La persona bienaventurada alaba la majestad y la grandeza del Señor. [Meditaciones sobre los Salmos]

Índice

Introducción

Bienaventurada es, en verdad, esa persona (Salmo 1)

Al meditar en la Palabra de Dios (Salmo 1)

El camino de los impíos frente al camino de los justos (Salmo 2)

Dios, quien levanta mi cabeza (Salmo 3)

Oh pueblo (Salmo 4)

«Temblad y no pequéis» (4:4)

«Endereza tu camino delante de mí» (Salmo 5)

Una oración de lágrimas (Salmo 6)

¡Establece a los justos! (Salmo 7)

Dios, que se indigna (7:11)

«¿Qué es el hombre?» (Salmo 8)

¡Confía en el Señor! (Salmo 9)

El Señor que escucha los deseos de los humildes (Salmo 10)

Pensamientos arrogantes (10:4)

«Si los fundamentos son destruidos, ¿qué puede hacer el justo?» (Salmo 11)

El refugio seguro que anhelan los piadosos (Salmo 12)

Los piadosos y fieles (12:1-4)

El proceso de la oración (Salmo 13)

El pueblo de Dios bajo asedio (Salmo 14)

¡Habita en la presencia de Dios! (Salmo 15)

No tengo bien alguno fuera del Señor (Salmo 16)

Inclina tu oído a mi oración (Salmo 17)

«Oh SEÑOR, fortaleza mía, te amo» (18:1-19)

Dios, que recompensa conforme a mi justicia (18:20-27)

El secreto de la victoria (18:28-42)

El Señor que me hace cabeza de las naciones (18:43-50)

La Palabra de Dios (Salmo 19)

¡Deséala aún más! (19:10)

"Ahora sé" (Salmo 20)

Dios Padre, quien no puede negar la oración del deseo de mi corazón (20:4; 21:2)

"La fortaleza del Señor" (Salmo 21)

Cuando no hay nadie que ayude (22:1-11)

"Apresúrate a ayudarme" (22:12-21)

"El Señor lo ha hecho" (22:22-31)

Una vida satisfecha (Salmo 23)

Es preciso sentir una profunda necesidad (23:1)

Aquel que tiene comunión con Dios (Salmo 24)

"Señor, recuerda esto" (25:1-7)

Acuérdate de mí conforme a tu misericordia (25:7)

El camino que debo elegir (25:8-15)

"Guarda mi alma y líbrame" (25:16-22)

¡Ama el lugar donde habita la gloria de Dios! (1) (Salmo 26)

¡Ama el lugar donde habita la gloria de Dios! (2) (Salmo 26)

Una situación aterradora (27:1-6)

"Lo único que he pedido al Señor" (27:4)

"¡Oh alma mía, espera en Dios!" (27:7-14)

¿Lo crees con certeza? (27:13)

Una iglesia no edificada por el Señor (Salmo 28)

Una iglesia no establecida por el Señor (28:5)

¡Dad al Señor la gloria debida a su nombre! (Salmo 29)

¡Oh Dios, sé mi ayudador! (Salmo 30)

¡Confía en Dios! (31:1-8)

Una fe que dice «aun así» (31:9-14)

Quien confía en Dios (31:15-24)

La persona bienaventurada (Salmo 32)

El deber del justo (Salmo 33)

Aunque las cosas no salgan según lo planeado (33:11)

¡Revístete de resplandor! (34:1-7)

«Temed al Señor» (34:8-14)

«Muchas son las aflicciones del justo» (34:15-22)

¡Hazlos como el tamo ante el viento! (35:1-8)

Dios, quien me rescata (35:9-16)

Dios, quien se deleita en mi prosperidad (35:17-18)

«En tu luz vemos la luz» (Salmo 36)

Quien pone su mirada en el Señor (Salmo 37)

¡No te quejes! (37:1, 7, 8)

¡Sé paciente y espera! (37:7)

Los impíos frente a los justos (37:17-22)

Dios, quien afirma nuestros pasos (37:23-30)

Factores que nos hacen tropezar (37:31)

«A causa de mi pecado» (38:1-12)

Las relaciones humanas (38:11)

«Oh Señor, mi salvación» (38:12-20)

«Oh Dios mío, no te alejes de mí» (38:21-22)

«Hazme conocer mi fragilidad» (Salmo 39)

Los innumerables pensamientos del Señor hacia nosotros (40:1-10)

«Oh Señor, apresúrate a ayudarme» (40:11-17)

Cuidemos de los necesitados (Salmo 41)

¡Espera en Dios! (Salmo 42)

«¿Dónde está tu Dios?» (42:5)

«Mi gozo supremo» (Salmo 43)

Desesperación y ansiedad (43:5)

Lo que el Señor hizo en tiempos antiguos (44:1-8)

«Aunque todo esto nos ha sobrevenido» (44:9-12)

Una lengua como pluma de escribiente veloz (Salmo 45)

Una lengua como pluma de escribiente veloz (45:1)

«Estad quietos, y conoced que yo soy Dios» (Salmo 46)

¿Por qué debemos alabar a Dios? (Salmo 47)

El Dios que nos guía hasta la muerte (Salmo 48)

«Dios me recibirá» (Salmo 49)

No confiemos en las riquezas (49:6-8)

Cristianos como las bestias (49:12, 20)

Hipocresía (Salmo 50)

La verdadera adoración que agrada a Dios (Salmo 51)

«Confiaré en la misericordia de Dios para siempre» (Salmo 52)
Los insensatos (Salmo 53)
El Señor que sostiene mi alma (Salmo 54)
«Echa tu carga sobre el Señor» (Salmo 55)
¡Confía en Dios! (Salmo 56)
Alabando la Palabra de Dios (56:4, 10)
«Pon mis lágrimas en tu redoma» (56:8)
¡Fija tu corazón! (Salmo 57)
Cuando mi alma sufre injusticia (Salmo 57:6)
Dios que juzga (1) (Salmo 58)
Dios que juzga (2) (Salmo 58)
Cantemos a la fortaleza del Señor (Salmo 59)
«¡Restáuranos ahora!» (Salmo 60)
"Cuando mi corazón está abrumado" (Salmo 61)
Esperemos en silencio solo a Dios (Salmo 62)
Cuando mi corazón vacila (62:8)
"Oh Dios, tú eres mi Dios" (Salmo 63)
El cántico de Santiago: Alabanza entonada en el desierto (63:3)
¡Medita profundamente en las obras de Dios! (Salmo 64)
"Satisfechos con la belleza de tu templo" (Salmo 65)
"¡Venid y ved lo que Dios ha hecho!" (Salmo 66)
"¡Que todas las naciones te alaben!" (Salmo 67)
Oh justos, regocijaos y alegraos (68:1-18)
Dios, quien nos da fuerza y poder (1) (68:19-35)
Dios, quien nos da fuerza y poder (2) (68:19-35)
Aquel que más agrada a Dios (Salmo 69)
Cristianos que más agradan a Dios incluso en el sufrimiento (69:30-31)
Oh Dios, ayúdame pronto (Salmo 70)
Una oración urgente (70:1, 5)

«Siempre mantendré la esperanza» (71:1-14)

Un anciano admirable (71:9)

«Hazme aún más grande» (71:15-24)

El Rey ideal (Salmo 72)

Los de corazón puro (1) (Salmo 73)

Los de corazón puro (2) (Salmo 73)

¡Oh Señor, acuérdate! (Salmo 74)

Dios, el Juez (Salmo 75)

Dios, quien se nos revela (Salmo 76)

Clamaré a Dios con mi voz (Salmo 77)

Mi debilidad (77:10)

Cuando soy débil (77:10-12)

«Dadlo a conocer a la descendencia» (78:1-22)

Un corazón inconstante (78:23-41)

Con integridad de corazón (78:42-72)

Oh Dios de nuestra salvación (Salmo 79)

«Sálvanos» (Salmo 80)

Lo que Dios desea de nosotros (Salmo 81)

«Levántate, oh Dios, y juzga al mundo» (Salmo 82)

«Que sepan que solo Tú eres el Altísimo sobre toda la tierra» (Salmo 83)

La persona bienaventurada (Salmo 84)

«Concédenos tu salvación» (Salmo 85)

¡Fortalece a tu siervo! (Salmo 86)

La iglesia verdadera (Salmo 87)

«Inclina tu oído a mi clamor» (Salmo 88)

El bienaventurado (89:1-18)

Dios, quien me fortalece (89:19-52)

Enséñanos a contar nuestros días (Salmo 90)

«Mi refugio» (Salmo 91)

Los profundos pensamientos del Señor (Salmo 92)

Alabemos a Dios con acción de gracias (92:1)

¿Cómo debemos ver la prosperidad de los impíos? (92:7)

«El SEÑOR reina» (Salmo 93)

El Dios que vindica (Salmo 94)

Aquellos que entran en el reposo de Dios (Salmo 95)

Verdaderos adoradores (Salmo 96)

«El SEÑOR reina» (Salmo 97)

«Cantad al SEÑOR un cántico nuevo» (Salmo 98)

La iglesia bajo el gobierno de Dios (Salmo 99)

¿Cómo nos acercaremos a Dios? (Salmo 100)

El rey ideal y su pueblo ideal (Salmo 101)

Cristianos que caminan por el camino perfecto con un corazón perfecto (Salmo 101:2)

La oración del afligido (Salmo 102)

No olvidemos todos los beneficios de Dios (Salmo 103)

«¡Oh SEÑOR, cuán numerosas son tus obras!» (Salmo 104)

Recordemos las obras de Dios (Salmo 105)

Acuérdate de mí con gracia (Salmo 106)

Dios otorga gran gracia aun en medio de un gran pecado (Salmo 106:6-12)

Reconoce el gran amor de Dios (Salmo 107)

¿Reconoces el gran amor de Dios? (Salmo 107:43)

«Despertaré al alba» (Salmo 108)

«Soy un hombre de oración» (Salmo 109)

«Tus jóvenes son como el rocío de la mañana» (Salmo 110)

«Buen discernimiento» (Salmo 111)

Daré gracias a Dios con todo mi corazón y le alabaré para siempre (Salmo 111:1, 10)

La bendición de quienes guardan los mandamientos de Dios (Salmo 112)

«Alabad, siervos del Señor» (Salmo 113)

La iglesia como santuario de Dios (Salmo 114)

Los bendecidos por Dios (Salmo 115)

«Oraré toda mi vida» (Salmo 116)

«Oraré toda mi vida» (116:1-12)

Razones por las que debemos alabar a Dios (Salmo 117)

«Dad gracias al Señor» (Salmo 118)

Quien practica el Camino (la Palabra) (119:1-8)

¿Cómo puede el joven mantener puro su camino? (119:9-16)

«Para no pecar contra ti» (119:11)

«Para no pecar contra ti» (119:11)

Combustible espiritual (119:11, 56)

El propósito de la vida (119:17-24)

¡Correré hacia la Palabra del Señor! (119:25-32)

«La guardaré hasta el fin» (119:33-40)

¡Camina en libertad! (119:41-48)

¡Consuélate! (119:49-56)

El Señor que me dio esperanza (119:49-50)

Líderes cristianos victoriosos mediante la Palabra de Dios (119:49-56)

Mi posesión (119:56)

¡Vuelve tus pasos! (119:57-64)

¡Quita la grasa de tu corazón! (119:70)

Los beneficios del sufrimiento (119:71-72)

¡Espera la Palabra del Señor! (119:73-80)

«Señor, ¿cuándo me consolarás?» (119:81-88)

«Mi deleite» (119:89-96)

El que tiene discernimiento (119:97-104)

¡Perseveremos hasta el fin! (119:105-112)

¡Ten claro lo que amas y lo que odias! (119:113-120)

«Es tiempo de que el SEÑOR actúe» (119:121-128)

«¡Afirma mis pasos en tu Palabra!» (119:129-136)

Cuando me sobrevienen la angustia y la aflicción (119:137-144)

¡Clama al Señor! (119:145-152)

«¡Oh Señor, avívame!» (119:153-160)

¡Obedece los mandamientos de Dios! (119:161-168)

«Entonces te alabaré» (119:169-176)

«Aunque deseo la paz…» (Salmo 120)

Dios, mi ayudador (Salmo 121)

¿Quién guarda mi alma? (121:7)

Prosperan los que aman a la iglesia (Salmo 122)

Mirar solo al Señor (Salmo 123)

Si Dios no hubiera estado de nuestra parte (Salmo 124)

El que confía en Dios (Salmo 125)

«Fue como un sueño» (Salmo 126)

Si el Señor no edifica, es en vano (Salmo 127)

«Los que temen al Señor» (Salmo 128)

«No me han vencido» (Salmo 129)

Esperar (Salmo 130)

Cómo aquietar y calmar mi alma (Salmo 131)

Un corazón como el de un niño destetado (Salmo 131)

Un alma como la de un niño destetado (Salmo 131:2)

El Dios inmutable (Salmo 132)

La unidad de la iglesia (Salmo 133)

«Bendecid al Señor» (Salmo 134)

¡Alabad al Señor! (Salmo 135)

«Dad gracias al Señor» (Salmo 136)

¡Dad gracias a Dios! (Salmo 136:1)

Cuando pensamos en la iglesia (Salmo 137)

El mayor gozo (Salmo 137:6)

Por qué doy gracias y alabo al Señor con todo mi corazón (Salmo 138)

¡Fortalece mi alma! (Salmo 138:3)

El Dios que me escudriña y me conoce (Salmo 139)

El Dios que vindica al afligido (Salmo 140)

Pero, Señor, mis ojos están fijos en Ti (Salmo 141)

«Cuando mi espíritu desfallece en mi interior» (Salmo 142)

Un corazón desesperado (Salmo 143)

Situaciones que se repiten en nuestras vidas (Salmo 143:5)

«Hazme oír tu misericordia por la mañana» (Salmo 143:8)

Bienaventurados los que así son (Salmo 144)

Señor, ¿qué es el hombre para que te ocupes de él? (Salmo 144:3-4)

Exalto al Señor (Salmo 145)

Dad gloria al gran Señor (145:3)

No confíes en las personas; confía en Dios (Salmo 146)

Es bueno y hermoso alabar a nuestro Dios (Salmo 147)

¡Alabad a Dios! (147:1)

Es bueno alabar a nuestro Dios (147:1)

¡Todo lo que hay en el cielo y en la tierra, alabad a Dios! (Salmo 148)

Dios, que adorna a los humildes con la salvación (Salmo 149)

Dios, por favor, hazme hermoso (149:4)

«Que todo lo que respira alabe al Señor» (Salmo 150)

Conclusión

Introducción

Quería meditar en los Salmos. Decidí hacerlo mientras oraba a Dios, sintiéndome desorientado en medio de mi propia debilidad, insensatez y defectos. Aunque hay otros sesenta y cinco libros en la Biblia, no estoy del todo seguro de por qué elegí los Salmos; sin embargo, creo que influyó en mí el ánimo de la iglesia a leer cinco salmos (y un capítulo de Proverbios) diariamente. También me impactaron profundamente los escritos del Dr. Martyn Lloyd-Jones en su libro *Depresión espiritual*, particularmente sus reflexiones sobre el Salmo 42:5, 11 y el Salmo 43:5. Siempre que me sentía abatido por mi propia condición o ansioso ante diversas dificultades, yo —al igual que el salmista— proclamaba a mi propia alma: «¿Por qué te abates, oh alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios...». Al clamar a Dios, experimentaba cómo Él —mi Ayudador (Salmo 121)— me capacitaba para «alabar a mi Dios» (Salmo 42:5, 11; 43:5). Deseaba experimentar esto con mayor plenitud. Al observar cómo el salmista clamaba a Dios en medio de diversas adversidades y finalmente le alababa, quise disfrutar de esa misma gracia. Por eso decidí meditar en los Salmos.

Esta colección de meditaciones sobre los Salmos es una recopilación de escritos que preparé revisando el texto tras haber predicado en nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles. Gracias a la gracia que Dios me otorgaba, regresaba a mi estudio después del culto para reflexionar más a fondo sobre el salmo que acababa de predicar y organizar mis pensamientos por escrito. Elegí el título «La persona bienaventurada alaba la grandeza y majestad del Señor» porque, al reflexionar sobre la «persona bienaventurada» mencionada en el primer versículo del primer Salmo (Salmo 1:1) y en el llamado a que «todo lo que respira» alabe al Señor (¡Aleluya!) en el último versículo del último Salmo (Salmo 150:6), recordé el estribillo del himno 40, «Cuán grande es Él» (titulado originalmente «Oh Señor mi Dios, cuando contemplo con asombro»): «Mi alma alaba la grandeza y majestad

del Señor». Al conectar estos elementos y contemplar los Salmos en su conjunto, llegué a la conclusión de que «la persona bienaventurada alaba la exaltación y la grandeza del Señor». Oro para que usted y yo nos contemos entre aquellos bienaventurados que alaban la exaltación y la grandeza del Señor.

Habiendo recibido ya toda bendición espiritual mediante la fe en Jesucristo por la gracia de Dios,

Un mensaje del pastor James Kim
(Octubre de 2015 — con la oración de que alabemos la exaltación y la grandeza del Señor mientras tengamos aliento)

Verdaderamente bienaventurada es esa persona

[Salmo 1]

Existe una forma de humor eclesiástico conocida como "las bienaventuranzas de Satanás". De entre esas ocho bienaventuranzas, quisiera destacar tres que llamaron especialmente mi atención:

La primera bienaventuranza: "Bienaventurados aquellos que no asisten a la iglesia, usando el cansancio y las ocupaciones como excusa, pues se convertirán en mis colaboradores más fieles".

La segunda bienaventuranza: "Bienaventurados aquellos que buscan defectos o errores en el pastor, pues escucharán sermones sin recibir gracia alguna".

La séptima bienaventuranza: "Bienaventurados aquellos demasiado ocupados para leer la Biblia u orar, pues sucumbirán fácilmente a mis tentaciones y terminarán siendo objeto de mis burlas" (Fuente: Internet).

Al reflexionar sobre estas tres bienaventuranzas de Satanás, considero que este humor es sumamente relevante para los cristianos de hoy. Siento una profunda vergüenza y bochorno, especialmente al pensar en la séptima bienaventuranza y al darme cuenta de cuántos cristianos se han convertido en objeto de burla para el mundo. ¿Por qué nos hemos convertido los cristianos en el hazmerreír del mundo? Creo que una de las razones es nuestra incapacidad para dar el fruto de la Palabra. En otras palabras, nos hemos convertido

en objeto de burla porque no vivimos vidas que encarnen la Palabra; vidas en las que la Palabra se haya interiorizado en nuestro propio carácter. En medio de una abundancia de la Palabra, simplemente hemos crecido en conocimiento intelectual. Los cristianos podemos poseer mucha información, pero a nuestras vidas les falta una verdadera transformación. Esta es la realidad actual de la vida cristiana. Para experimentar la transformación, debemos volver a lo esencial. Debemos volver a la Palabra de Dios.

En el Salmo 1, Dios nos revela quién es verdaderamente la "persona bienaventurada". Para ser más precisos y basándonos en el hebreo original, Dios nos enseña en el Salmo 1 quién es exactamente esa "persona verdaderamente bienaventurada". Debemos aprender esta enseñanza de Dios y obedecerla, viviendo una vida que encarne Su Palabra. En otras palabras, debemos buscar la transformación en nuestras vidas para llegar a ser aquellos a quienes Dios considera verdaderamente bienaventurados. Entonces, ¿quién es esta persona a la que Dios considera verdaderamente bienaventurada? Quisiera reflexionar sobre dos puntos para comprender la lección que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la persona verdaderamente bienaventurada se aparta del pecado. Observemos el Salmo 1:1: «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado». Este pasaje revela que la persona verdaderamente bienaventurada se aparta del pecado en todas sus formas, ya sean pequeñas o grandes. Aquí, el «pecado pequeño» se refiere a andar en el consejo de los malos. La persona verdaderamente bienaventurada ni siquiera contempla el consejo de los malos ni muestra interés alguno en él. Ante la bifurcación del camino —el sendero de los justos (versículo 6) y el camino de los pecadores (versículo 1)—, jamás pone un pie en el camino de los pecadores.

Hoy en día, muchos cristianos caemos frecuentemente presa de las seducciones de los malos, entregándoles no solo nuestros ojos y oídos, sino incluso nuestros corazones. No deberíamos poner un pie en el camino de los malos en absoluto; sin embargo, actualmente

nos adentramos en él mientras recitamos el Padre Nuestro y pedimos: «Señor, no nos dejes caer en tentación». Luego, racionalizamos nuestras decisiones y circunstancias. Lo sorprendente es que esto ya ni siquiera nos escandaliza. La razón es que nos hemos acostumbrado demasiado a transitar por ese camino de pecado menor. Hay algo que olvidamos aquí: recorrer este camino de pecado pequeño nos lleva, a la larga, a caer en un pecado mayor. ¿Cuál es este pecado mayor? Es permanecer en el camino de los pecadores. Comenzamos andando según el consejo de los malos, pero finalmente nos encontramos detenidos en el camino de los pecadores. ¿Acaso no nos sorprendemos a veces recorriendo el camino de los pecadores sin siquiera darnos cuenta? No obstante, la persona verdaderamente bienaventurada no sigue el consejo de los malos —ese camino de pecado menor— y, por tanto, no se detiene en el camino de los pecadores. En cambio, recorre el camino de los justos, una senda reconocida por Dios (versículo 6). Además, la persona verdaderamente bienaventurada no se sienta en la silla de los arrogantes (versículo 1). La «silla de los arrogantes» se refiere al lugar donde se sientan los malvados que desprecian a Dios. Quienes se acercan al pecado comienzan siguiendo el consejo de los malos, luego se encuentran detenidos en el camino de los pecadores y, finalmente, terminan sentándose en la silla de los arrogantes que desprecian a Dios. Sin embargo, la persona verdaderamente bienaventurada mantiene a distancia todo pecado de este tipo, desde el más pequeño hasta el más grande.

Debemos reflexionar profundamente sobre esta afirmación: «Cuando se trata de evitar el pecado, no podemos ignorar su naturaleza progresiva, que va de lo pequeño a lo grande» (Park Yun-sun). Debemos estar alerta ante esta progresión del pecado. Hemos de arrancar de raíz incluso el pecado más pequeño. La razón es que, si tomamos el asunto a la ligera y, por mera curiosidad, seguimos el consejo de los impíos, terminaremos sentándonos en la silla de los soberbios. Conscientes de este peligro, debemos evitar hasta el pecado más leve. Para lograrlo, debemos acercarnos a la Palabra de Dios. Es una elección entre dos caminos: o nos acercamos a la Palabra de Dios y nos alejamos del pecado, o nos acercamos al pecado y nos alejamos de la Palabra de Dios.

Por último, la persona verdaderamente bienaventurada es aquella que se acerca a la Palabra de Dios.

Observemos el Salmo 1:2: «...que en la ley del Señor se deleita, y en su ley medita día y noche». Esa persona verdaderamente bienaventurada mantiene el pecado a distancia al acercarse a la Palabra de Dios. Ella «se deleita en la ley del Señor y medita en su ley día y noche» (versículo 2). Como ama a Dios, desea escuchar la voz de Dios. Alaba a Dios cantando: «No hay mayor gozo que oír la voz del Señor» (Himno 500, estrofa 1). Dado que el alma de esa persona verdaderamente bienaventurada halla gozo y satisfacción al escuchar la voz del Señor, medita en la Palabra de Dios día y noche. ¿Cuáles son, entonces, las bendiciones que recibe? Son tres:

(1) La bendición que recibe esa persona verdaderamente bienaventurada es una fe que da fruto. Observemos el Salmo 1:3: «Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto a su tiempo...». Esta bendición contrasta marcadamente con la situación de los «impíos» mencionados en el versículo 1. Mientras que los impíos no producen fruto moral ni de carácter (Park Yun-sun), la persona verdaderamente bienaventurada da fruto tanto en lo moral como en el carácter. Además, dado que vive una vida que encarna progresivamente la Palabra y está siendo santificada para llegar a ser alguien que manifiesta el fruto del Espíritu Santo, es indudablemente una persona verdaderamente bienaventurada.

(2) La bendición que recibe esa persona verdaderamente bienaventurada es una fe llena de vitalidad.

Observemos el Salmo 1:3: «...cuya hoja no cae...». Esta bendición también contrasta con la del «pecador» mencionado en el versículo 1. Mientras que el pecador no alcanza la meta (Park Yun-sun), la persona verdaderamente bienaventurada posee vitalidad —la meta misma de la fe— y, por tanto, es indudablemente una persona verdaderamente bienaventurada.

(3) La bendición que recibe esa persona verdaderamente bienaventurada es la bendición de la prosperidad.

Observemos el Salmo 1:3: «…todo lo que hace prosperará». La persona verdaderamente bienaventurada goza de la bendición de la prosperidad en todos sus emprendimientos porque Dios está con ella. ¡Qué vida tan verdaderamente bienaventurada es esa! Incluso en medio de extremas adversidades y sufrimientos, disfruta de la bendición de la prosperidad porque Dios está a su lado. Pensemos en Job, personaje bíblico. A pesar de enfrentar un sufrimiento y un dolor intensos, se mantuvo cerca de la Palabra de Dios, perseveró con paciencia y se apartó del pecado (Job 1:22; 2:10). Como resultado, experimentó la presencia de Dios, pasando de simplemente oír hablar de Él a verlo con sus propios ojos (42:5). Además, recibió de Dios bendiciones aún mayores que las que tenía al principio (v. 12). De este modo, la persona verdaderamente bienaventurada da fruto de fe y vive una vida vibrante y fiel, aun en medio del sufrimiento. Así, goza de la bendición de experimentar la obra de Dios, en la cual todas las cosas cooperan para el bien (Romanos 8:28). En cambio, los impíos son «como el tamo que arrebata el viento» (Salmo 1:4); no llegan a disfrutar de las bendiciones de los justos, no pueden «estar en el juicio» (v. 5) y, finalmente, perecen (v. 6).

La persona verdaderamente bienaventurada se aparta del pecado. La persona verdaderamente bienaventurada se acerca a la Palabra de Dios. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas verdaderamente bienaventuradas.

Al meditar en la Palabra de Dios

«Sino que en la ley del Señor se deleita, y en su ley medita día y noche» (Salmo 1:2).

Los cristianos que aman a Dios aman su Palabra. Y los cristianos que aman la Palabra de Dios la guardan cerca de sus corazones; por tanto, meditan en ella día y noche. El Salmo 1:2 nos dice que la persona bienaventurada «se deleita en la ley del Señor». En otras palabras, la persona bienaventurada encuentra su gozo y felicidad en la Palabra de Dios. En consecuencia, aquel que es bienaventurado y se deleita en la Palabra de Dios medita en ella día y noche (versículo 2). Entonces, ¿qué significa meditar en la Palabra de Dios? ¿Qué es la «meditación»? Meditar significa escuchar la voz de Dios. Al leer las Escrituras, debemos estar atentos a la voz de Dios que el Espíritu Santo nos comunica. Debemos practicar diligentemente la meditación —escuchar la voz de Dios a través de la Biblia— y debemos capacitarnos para ver nuestras vidas desde la perspectiva de la Palabra de Dios. Si descuidamos esta disciplina, terminaremos escuchando únicamente las voces del mundo, de Satanás o de nosotros mismos. Por ello, debemos meditar diligentemente en la Palabra de Dios. El tiempo de meditación es un momento para recibir el alimento que nuestras almas necesitan. Debemos rumiar nuestros pensamientos lenta y profundamente. Hemos de leer y meditar en la Biblia tal como un minero excava en busca de oro. Entonces, ¿qué pretendemos obtener al meditar en la Palabra de Dios?

En primer lugar, mediante la meditación en la Palabra de Dios, debemos llegar a conocer a Jesús cada vez más.

Lo que buscamos al leer, escuchar, estudiar y meditar en las Escrituras es conocer a Jesús. La Biblia es «Su historia»: la historia de Jesús. El Antiguo Testamento es una historia de promesas acerca de Jesucristo, el Mesías. El Nuevo Testamento, a su vez, es la historia de Jesús, quien vino para cumplir esas promesas. Más concretamente, el Nuevo Testamento relata cómo Jesús llegó conforme a las profecías del Antiguo Testamento, fue crucificado y murió para salvarnos, y resucitó al tercer día; también narra la historia de la Iglesia tras su resurrección y ascensión, así como la promesa de su regreso. Por lo tanto, debemos leer, escuchar, estudiar y meditar diligentemente en la Palabra de Dios cada día, profundizando cada vez más en nuestro conocimiento de Jesús. Al hacerlo, cuando Jesús nos pregunte: «¿Quién decís que soy yo?», debemos ser capaces de confesar, tal como lo hizo el apóstol Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:15-16).

En segundo lugar, al meditar en la Palabra de Dios, debemos imitar el corazón de Dios Padre.

Las Escrituras no son simplemente una historia sobre Jesucristo; también revelan el corazón de Dios Padre, quien envió a su Hijo unigénito a la tierra para otorgarnos la gracia de la salvación. Por eso, al deleitarnos en la Palabra de Dios y meditar en ella, debemos reflexionar profundamente sobre el corazón —los sentimientos y las intenciones— que Dios desea revelarnos. Una vez pude vislumbrar el corazón de Dios Padre mientras meditaba en el Salmo 103:13 durante un servicio de oración matutino. Guiado por el Espíritu Santo, llegué a comprender que su corazón era de compasión: el corazón de un Padre que se compadece y tiene misericordia de un pecador como yo. La Biblia nos dice que Dios Padre tiene compasión de quienes le temen, tal como un padre se compadece de sus hijos (v. 13). Habla del Dios Creador —que conoce nuestra propia condición— mostrando misericordia hacia mí, un simple mortal destinado a volver al polvo a causa del pecado y tan efímero como la hierba; Él no guarda ira perpetua ni me paga conforme a mis iniquidades, sino que aleja de mí mis transgresiones tanto como el oriente está del occidente (vv. 10-15). Al comenzar a comprender, aunque fuera levemente, el corazón de Dios Padre que actúa de esta manera, oré fervientemente para poder imitar su corazón. En ese proceso, recuerdo

cómo Dios Padre me guio a orar pensando en los miembros de nuestra familia de la iglesia a quienes Él ama. No deseo realizar un ministerio superficial. Imitando el corazón de Dios Padre —que mira el interior—, deseo llevar a cabo mi ministerio con todo mi corazón. ¿Cómo desea usted vivir su vida de fe, ya sea en el hogar, en el trabajo o en la iglesia? Mi oración es que, al meditar en la Palabra de Dios, lleguemos a comprender el corazón de Dios Padre y vivamos una fe que emule Su corazón.

En tercer lugar, al meditar en la Palabra de Dios, debemos permanecer firmes en nuestra fe y triunfar en la batalla espiritual.

La Segunda Venida de Jesús se acerca cada vez más. Por tanto, debemos anticiparnos a lo que ha de venir y prepararnos para las tribulaciones que enfrentaremos. Sabiendo que le queda poco tiempo, Satanás intensifica sus esfuerzos para engañarnos a nosotros, los que creemos en Jesús. Él se esfuerza con todas sus fuerzas por hacernos apartar de la fe y caer en la apostasía respecto a Jesús. Debemos estar preparados. Para librar esta batalla espiritual contra Satanás, debemos permanecer aún más firmes en nuestra fe. Así, incluso en medio de la tribulación y la persecución, podremos confesar como el apóstol Pablo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe» (2 Timoteo 4:7).

El camino de los impíos frente al camino de los justos

[Salmo 2]

Recuerdo una ocasión en la que visité una librería cristiana. Allí coincidí con un pastor veterano que comentó: «Si hubieras continuado tu ministerio en Corea, habrías logrado reunir a un gran número de seguidores...» (había estudiado y servido en Corea entre 2001 y 2003). Con un espíritu algo jovial, le mostré al pastor el libro que llevaba en la mano —titulado *Grace in the Wilderness* (Gracia en el desierto)— para explicarle mi punto de vista. Lo hice porque creía que llevar a cabo un «ministerio en el desierto» en Los Ángeles (EE. UU.), en lugar de un ministerio urbano en Corea, era la voluntad de Dios para mí. El libro *Grace in the Wilderness* contiene esta afirmación: «Aprender es cambiar. Si no has cambiado, no has aprendido... Hasta que no cambias, el conocimiento no es verdaderamente tuyo». Es una idea con la que coincido plenamente. Al experimentar —aunque sea en pequeña medida— la gran gracia de Dios en este entorno que asemeja un desierto, saboreo de manera especial el poder de Su Palabra. Por eso, incluso ahora, después de leer, meditar, preparar sermones y proclamar la Palabra de Dios, reflexiono sobre ella una vez más para ordenar mis pensamientos y ponerlos por escrito. Sin embargo, cuando me pregunto: «¿Es esto todo?», la única respuesta que puedo dar es «No». Esto se debe a que el verdadero aprendizaje requiere «transformación» (Hendricks). En consecuencia, me pregunto: «¿Qué clase de transformación estoy experimentando realmente a través del poder de la Palabra?». Entre los diversos cambios que se están produciendo, experimento cómo el Señor me afirma firmemente sobre la Roca mediante Su Palabra. Esta es la obra de cimentación que el Señor prometió realizar (Mateo 16:18). En particular, siempre que enfrento dificultades en

mi ministerio, experimento cómo el Señor me guía a aferrarme a las promesas que ha dado a la Iglesia Presbiteriana Victory: Su cuerpo. O mejor dicho, experimento cómo el Señor se aferra a *mí* a través de esas mismas promesas. Otra transformación provocada por la Palabra de Dios es que el Señor me está capacitando para permitir que Su Palabra hable directamente a mi propia alma. Este proceso de capacitación comenzó hace mucho tiempo, después de leer *Spiritual Depression* (Depresión espiritual), del Dr. Martyn Lloyd-Jones. Aún lo recuerdo vívidamente. Fue un desafío profundo para mí cuando leí al Dr. Lloyd-Jones señalar cómo el salmista hablaba a su propia alma, declarando: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios…» (Salmo 42:5, 11; 43:5). Desde ese momento, comencé a aprender a dejar que la Palabra de Dios hablara a mi alma. En consecuencia, cuando el ministerio se vuelve difícil, a menudo permito que la promesa del Señor —«Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18)— hable a mi alma; al hacerlo, experimento cómo el Espíritu Santo me capacita para mantenerme firme una vez más y llevar a cabo mi ministerio con fortaleza.

La semana pasada, tras meditar en el Salmo 1, desafié a varios miembros de la congregación a declarar a sus propias almas: «¡Eres verdaderamente bienaventurado, [inserta tu nombre]!». Yo también declaré a mi propia alma: «¡Eres verdaderamente bienaventurado, James!». Lo hice porque el Señor me ha guardado de andar en el camino de los impíos y me ha guiado a caminar por la senda de los justos. Esto se debe a que el Señor me ha capacitado para no seguir el camino de los impíos, ni detenerme en la senda de los pecadores, ni sentarme en la silla de los soberbios, sino más bien a deleitarme en la ley del SEÑOR y meditar en ella día y noche (Salmo 1:1–2). Puesto que el Señor me permite probar los frutos de la fe («dar fruto a su tiempo»), llevar una vida espiritual vibrante («cuya hoja no se marchita») y disfrutar de la bendición de la prosperidad en todos mis emprendimientos en Él («todo lo que hace prospera»), pude proclamar a mi propia alma: «¡Cuán bienaventurado eres, James!». Hoy deseo meditar sobre el camino de los impíos y el camino de los justos, examinándolos en relación con el mensaje del Salmo 2. Digo «en relación» porque el salmista comienza el Salmo 1 con las palabras «Bienaventurado el varón…» y

concluye el Salmo 2 —específicamente la segunda mitad del versículo 12— diciendo: «Bienaventurados [los que se refugian en el SEÑOR]». En otras palabras, dado que el salmista establece un vínculo entre el Salmo 1 y el Salmo 2, debemos meditar en el Salmo 2 como una continuación del Salmo 1. El enfoque de esta meditación es el «camino de los impíos» (1:6) y el «camino de los justos» (1:6).

En primer lugar, consideremos el camino de los impíos. ¿Qué clase de camino es? Podemos analizarlo bajo tres aspectos:

Primero, el camino de los impíos es un camino de ira.

El mundo en que vivimos es como un globo. Da la impresión de que la ira de la gente está a punto de estallar, tal como un globo al borde de reventar. En medio de las dificultades y el ajetreo de la vida, muchas personas tienen los nervios crispados por el estrés... Parece que la gente está al límite. Quizás por eso parecen buscar blancos sobre los cuales descargar su ira. Además, muchos parecen echar leña al fuego de su ira interior desenfrenada, alimentada por el odio, los celos y la envidia. Al vivir en tiempos como estos, debemos reflexionar sobre la ira de los impíos que se nos oponen. Aunque tal vez no sintamos el impacto inmediato de esta realidad —al vivir en un país que garantiza la libertad religiosa—, la situación es drásticamente diferente en los campos misioneros donde se niega tal libertad; allí, quienes se oponen a Jesucristo encarcelan y persiguen a las personas que proclaman el Evangelio a su propio pueblo.

Consideremos las palabras del Salmo 2:1: «¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos traman planes en vano?». La frase «¿Por qué se amotinan las naciones...?» se refiere a la actitud de la gente del mundo que, buscando eliminar a Jesús —el Mesías—, «cruje los dientes, vocifera y arremete con furia» (Park Yun-sun). Podemos presenciar el cumplimiento de esta profecía del Antiguo Testamento —que anunciaba cómo los adversarios albergarían odio y atacarían al Mesías— en los Evangelios sinópticos del Nuevo Testamento. La gente

del mundo que abofeteó a Jesús, le escupió en el rostro, le golpeó y le persiguió estaba llena de ira; crujían los dientes en un intento desesperado por matarlo y gritaban: «¡Crucifícalo!». Sin embargo, lo sorprendente es que las mismas personas que se enfurecían de esta manera eran los judíos a quienes Jesús había venido a salvar, y los líderes religiosos eran quienes orquestaban todo desde las sombras. Al igual que los fariseos y los sumos sacerdotes —quienes rechazaron la bendición y siguieron el camino de los impíos (el camino de la «generación de víboras») en lugar del camino de los justos—, aquellos que se enfurecían contra Jesús no eran, sorprendentemente, figuras tan ajenas a nosotros. Por consiguiente, existe una posibilidad muy real de que nosotros también recorramos el camino de la ira: el primer camino de los impíos. Al considerar la ira dirigida hacia Dios, las «oraciones» y «alabanzas» ofrecidas ante el Dios Santo que no son más que el resonar de gongs, y un estilo de vida hipócrita que busca apartar a Jesús de nuestras vidas, debemos reflexionar sobre si nosotros mismos estamos recorriendo actualmente este camino de los impíos.

En segundo lugar, el camino de los impíos es un camino de búsqueda de la vanidad.

En el libro *Grace in the Wilderness* (Gracia en el desierto), hay un pasaje que dice: «Escribe tus planes a lápiz y luego entrega la goma de borrar a Dios». Al leer esto, reflexioné sobre mi propio ministerio: «¿Estoy realmente encomendando a Dios los planes de mi ministerio? ¿O estoy llevando a cabo mi ministerio con una mentalidad de perfeccionismo espiritual…?». «¿Acaso no estoy cediendo el paso para que Dios actúe? ¿Es, por tanto, vano mi ministerio?». Creo que esta pregunta no solo se aplica a mi ministerio, sino a la vida de todos los cristianos. Debemos examinarnos para ver si estamos viviendo nuestra vida personal, familiar y profesional o empresarial ciñéndonos demasiado a nuestros propios planes. Debemos preguntarnos si realmente estamos entregando todo al Señor, permitiendo que Él edifique nuestras vidas, familias, negocios e iglesias.

Observemos el Salmo 2:1: «¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos traman planes vanos?». Este pasaje nos dice que la gente del mundo se dedica a tramar planes inútiles. Implica que, aunque los habitantes del mundo crucificaron a Jesús —el Mesías— en un intento por eliminarlo, sus esfuerzos resultaron finalmente vanos (Park Yun-sun). La razón es que Dios resucitó a Jesús después de tres días. Aunque el mundo mató a Jesús y lo puso en el sepulcro, sus acciones fueron inútiles porque Él resucitó de la tumba al tercer día (versículo 7: «Yo te he engendrado»). Por tanto, los planes humanos que se oponen a Jesús están destinados al fracaso. Cualquier plan elaborado sin la presencia del Señor es simplemente un esfuerzo inútil. Por eso Moisés declaró durante el Éxodo que no subiría a la tierra de Canaán a menos que Dios fuera con ellos (Éxodo 33:15). Un plan sin Dios no es más que un plan inútil.

En tercer lugar, el camino de los impíos es una senda de conspiración y oposición.

Observemos nuevamente el Salmo 2:2: «Se levantan los reyes de la tierra y los gobernantes conspiran juntos contra el SEÑOR y contra su Ungido». Este pasaje describe cómo los reyes de la tierra y los gobernantes conspiran contra el SEÑOR y su Ungido. Habla de líderes mundiales que traman juntos matar a Jesucristo y se oponen a Él. Además, buscaban romper los vínculos y deshacerse de las ataduras impuestas por Él (versículo 3). En otras palabras, los impíos que buscaban matar a Jesucristo veían la verdad como un yugo pesado; en consecuencia, rechazaron e intentaron deshacerse de esa verdad para liberarse de tal yugo (Park Yun-sun). Este pasaje me recordó a Ahitofel, el consejero de Absalón que buscaba matar al rey David. Si Absalón hubiera seguido el consejo de Ahitofel, bien podría haber logrado matar a su padre, el rey David; sin embargo, Dios envió a Husai —consejero de David— junto a Absalón y, mediante la estrategia de Husai, el consejo de Ahitofel fue frustrado (2 Samuel 17:14). Como resultado, el rey David sobrevivió, mientras que Absalón encontró la muerte (18:14–15). Al reflexionar sobre este relato bíblico, queda claro que siempre que los reyes o gobernantes de este mundo conspiran contra Jesús, el Mesías, el asunto resulta ridículo a los ojos de Dios; es algo de lo que Él se burla (Salmo 2:4).

Creo que el «Ungido» (versículo 2) mencionado en el texto de hoy no se refiere únicamente a Jesús, el Mesías, sino que también puede aplicarse a los pastores de nuestra época actual. Me llama la atención que, cuando personas dentro de la iglesia conspiran para oponerse a su pastor, Dios ríe y se burla desde los cielos. ¡Con qué frecuencia vemos a personas dentro de la iglesia oponiéndose temerariamente al Ungido —el pastor— y tramando activamente su destitución! Es verdaderamente lamentable que no consideren cómo Dios arderá en ira y furor (versículo 5). Ciertamente, la era en la que vivimos es un tiempo de oscuridad espiritual.

¿Cuál es, entonces, el camino de los justos? Podemos considerarlo desde tres perspectivas:

En primer lugar, el camino de los justos es un camino de arrepentimiento.

Observemos el Salmo 2:10: «Por tanto, oh reyes, sean sabios; acepten la advertencia, gobernantes de la tierra». La exhortación aquí —«sean sabios» y «acepten la advertencia»— es un llamado al arrepentimiento (Park Yun-sun). En otras palabras, la verdadera sabiduría y la instrucción residen en apartarse prontamente y arrepentirse del camino de ira que se opone a Jesucristo: el camino de idear planes vanos y de oponerse a Él.

En segundo lugar, el camino de los justos es un camino de servicio.

Observemos el Salmo 2:11: «Sirvan al Señor con temor y regocíjense con temblor». ¿Cómo nos dice la Biblia que sirvamos? Nos dice que sirvamos «con temor». Dicho de otro modo, la Biblia nos instruye a servir al Dios santo con una mezcla de temblor y regocijo. Por tanto, incluso después de obedecer los mandamientos de Dios, debemos ser siervos capaces de confesar: «Soy un siervo indigno; simplemente he hecho lo que debía hacer» (Lucas 17:10).

Finalmente, el tercer punto es que el camino de los justos es un camino de adoración. Observemos el Salmo 2:12: «Besad al Hijo, no sea que se enoje y perezcáis en el camino, pues se enciende pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían». Aquí, la Biblia nos manda «besar al Hijo». ¿Qué significa esto? Significa adorar a Jesucristo, el Mesías (Park Yun-sun). Sin embargo, cada vez que medito en este versículo, recuerdo la escena en la que Judas Iscariote besó a Jesús cuando vino a arrestarlo. Pienso en Judas Iscariote —el hombre malvado que traicionó a Jesús, aquel de quien Jesús dijo que habría sido mejor no haber nacido— y en el momento en que besó a Jesús. Por supuesto, tal acción no es en absoluto el comportamiento de alguien que recorre la senda de los justos; más bien, las acciones de Judas Iscariote caracterizan el camino de los impíos. Lo que debemos tener presente aquí es que Jesús está señalando la maldad de un falso adorador —como Judas Iscariote— que adora con labios engañosos. ¿Podría ser que nosotros también estemos ofreciendo tal adoración falsa a Dios cada domingo? Mientras honramos, alabamos y adoramos al Señor con nuestros labios, ¿acaso nuestro corazón está lejos de Él? ¿Son nuestros labios, como los de Judas Iscariote, acaso engañosos? Aquellos que recorren la senda de los justos adoran al Señor con labios veraces (versículo 12). Debemos contarnos entre quienes recorren esta senda de los justos.

Amados, ¿cómo debemos vivir nuestras vidas nosotros —hijos de Dios que hemos sido justificados mediante la muerte y resurrección de Jesús y que recorremos la senda de la justicia—? Si actualmente estamos recorriendo el camino de los impíos, debemos volvernos, arrepentirnos y servir al Señor con un corazón alegre y un espíritu de reverencia. Debemos ofrecer verdadera adoración al Señor. Además, aunque los impíos se enfurezcan, tramen planes inútiles y conspiren contra nosotros, debemos confiar en Dios, haciéndolo nuestro refugio, y recorrer fiel y firmemente la senda de los justos que el propio Señor recorrió. Tal persona es verdaderamente bienaventurada.

El Dios que levanta mi cabeza

[Salmo 3]

¿Alguna vez ha escuchado la expresión «un hombre con la cabeza baja»? Al mudarse de casa, un esposo se enfrenta a una elección sobre dónde sentarse en el camión de mudanza: (1) en el asiento del pasajero, junto al conductor, o (2) en la zona de carga, en la parte trasera. Las razones que se suelen dar para elegir la «zona de carga trasera» incluyen: (1) «proteger el equipaje», (2) «porque no había espacio debido a los familiares», (3) «ahorrar dinero» y (4) «simplemente por diversión». ¿Sabe cuál es la respuesta real? Resulta que la respuesta correcta —ninguna de las anteriores— es: «Por favor, no me tiren; llévenme con ustedes». Jaja. Aunque en cierto sentido es una respuesta graciosa, también la veo como un reflejo de una triste realidad en Corea. Hay hombres coreanos que bajan la cabeza avergonzados tras una jubilación anticipada; sufren lo que se conoce como el «síndrome del desempleo», una condición caracterizada por la creencia de que «he fracasado en la vida» y por la incapacidad de mirar a la cara a la esposa y a los hijos que dependían exclusivamente de ellos. Según se informa, luchan contra sentimientos de pérdida, traición, derrota y frustración. Tras leer un artículo sobre estos «hombres con la cabeza baja» en un sitio web coreano, comencé a reflexionar sobre la existencia de «cristianos con la cabeza baja». Ciertamente, los cristianos también pueden experimentar sentimientos de pérdida, traición, derrota y frustración. Sin embargo, el sentimiento que lleva a los cristianos a inclinar la cabeza aún más profundamente es la «culpa»: pensamientos como «Mi hijo terminó así por mi pecado» o «Mi familia está en este estado lamentable por mi pecado». Estas voces que resuenan en nuestro corazón pueden mantenernos cautivos de sentimientos de pérdida, derrota, frustración y, sobre todo, culpa.

David, el salmista del pasaje de hoy (Salmo 3), también tenía todas las razones para inclinar la cabeza avergonzado. Esto se debió a que había matado a su leal soldado Urías y había tomado a Betsabé como esposa... Probablemente, David sentía una profunda culpa por haberse visto reducido a la condición de fugitivo, huyendo de su propio hijo Absalón como consecuencia de su pecado (el Salmo 3 fue escrito cuando David huía de su hijo Absalón). Si nos ponemos en el lugar de David, podemos imaginarlo cabizbajo por la vergüenza, pensando: «He llegado a este estado lamentable a causa de mi pecado» o «Mi familia ha caído en esta ruina porque no cumplí con mis responsabilidades como cabeza de familia». Sin embargo, resulta notable que la segunda parte del versículo 3 del Salmo 3 nos muestre a David confesando que Dios es quien «levanta mi cabeza». ¡Qué gran fuente de consuelo y fortaleza es para nosotros la confesión de David! Hoy, bajo el título «El Dios que levanta mi cabeza», deseo meditar en el Salmo 3 y recibir humildemente la gracia que Dios nos ofrece tanto a usted como a mí.
El primer punto que quisiera considerar es el «aumento de mis adversarios».

Observemos el Salmo 3, versículo 1: «¡Oh Señor, cuántos son mis enemigos! ¡Cuántos se levantan contra mí!». En este pasaje, David exclama: «¡Cuántos son mis adversarios!». Señala que son muchos los que se levantan contra él (v. 1) y muchos los que dicen de él: «No hay ayuda para él en Dios» (v. 2). La palabra «muchos» aparece tres veces en estos versículos (Salmo 3:1-2). Esta repetición sugiere que, para nosotros los cristianos, el número de adversarios probablemente aumentará en lugar de disminuir. Cuando caminamos por la «senda de los justos» (v. 6) —negándonos a seguir el consejo de los impíos, a detenernos en el camino de los pecadores o a sentarnos en la silla de los escarnecedores, y meditando en cambio en la Palabra de Dios día y noche (1:1-2)—, los impíos, los pecadores y los soberbios se opondrán a nosotros, y sus fuerzas crecerán (3:1-2). Por esta razón, el salmista habla en el Salmo 2:2 de cómo los «reyes de la tierra» se alzan y los gobernantes conspiran juntos. Vemos un claro ejemplo de esto en la vida del Mesías, Jesucristo —el «Ungido» (v. 2)—. Un detalle interesante previo a su crucifixión es que Herodes y Pilato,

quienes anteriormente habían sido enemigos, se hicieron amigos ese mismo día (Lucas 23:12). Así como Herodes y Pilato —que alguna vez fueron enemigos— se hicieron amigos en su oposición a Jesús, la gente del mundo une fuerzas como amiga para intentar derribarnos a nosotros, sus discípulos. En cierto sentido, creo que un número creciente de adversarios implica una de dos cosas: (1) es una forma de disciplina de Dios porque, al igual que David, he cometido un pecado grave contra el Dios santo; o (2) [es la suerte] de los justos... ...una prueba de que uno camina fielmente por el sendero. ¿Cuál es el golpe fatal que nuestros adversarios —quienes, como león rugiente, se abalanzan sobre nosotros buscando derribar incluso a los creyentes (cf. 1 Pedro 5:8)— pretenden asestar? Es precisamente la voz que muchos adversarios dirigieron a David: «No hallará ayuda en Dios» (Salmo 3:2). El mensaje que estos numerosos adversarios lanzaban al alma de David era: «Dios no te rescatará; Él no te salvará». Esta es, innegablemente, una voz letal de Satanás, diseñada para derribar nuestra fe. Es una voz que resuena fuerte y clara cuando estamos agotados y hemos colapsado en medio de la adversidad y la crisis. Cuando nuestras almas escuchan una voz que dice: «Mira, sufres tanto dolor y adversidad, y sin embargo, por más que ores, Dios no te ayuda», esa voz —que se oye con demasiada claridad cuando nuestra fortaleza espiritual flaquea— basta para hundir nuestras almas en la desesperación y la ansiedad. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos? Debemos seguir adelante y triunfar mediante la fe: «La fe es la victoria, la fe es la victoria; oh, la fe en el Señor Jesús vence al mundo» (Himno 397, estribillo).

El segundo y último punto que deseo considerar es la «fe creciente» (un aumento de mi fe).

El aumento de mis adversarios puede servir como una oportunidad excelente para el aumento de mi fe. Consideremos tres características de esta fe creciente:

(1) La fe creciente es una "fe que dice 'pero'" o una "fe que va contra la corriente".

Observemos el Salmo 3:3: "Mas tú, oh Jehová, eres mi..." ...escudo, mi gloria y quien levanta mi cabeza". Aunque la Biblia coreana no incluye una conjunción en este versículo, el original hebreo y las versiones en inglés contienen la palabra "Mas" (o "Pero"). En otras palabras, cuando el salmista David se enfrentaba a una multitud de enemigos que buscaban derribarlo —enemigos que se burlaban de él diciendo: "Dios no te librará"—, él permaneció inquebrantable. En su lugar, declaró con valentía su confesión de fe: "Dios es mi escudo, mi gloria y quien levanta mi cabeza". Esto es precisamente lo que se llama "fe que va contra la corriente" (Park Yun-sun). "La fe realmente se regocija en la adversidad y en las circunstancias contrarias" (Park Yun-sun). Debemos nadar contra las corrientes pecaminosas del mundo. Al igual que un pez que nada río arriba contra una cascada, nosotros también debemos ascender contra las aguas torrenciales del pecado mundano. ¡Qué desafío tan tremendo es este! Sin embargo, aun cuando muchos enemigos buscaban su vida y afirmaban que Dios no le ayudaría, David respondió a sus palabras con una confesión audaz: Dios es su protector ("mi escudo"), quien le otorga gloria ("mi gloria") y —además— quien le da esperanza, consuelo y victoria ("quien levanta mi cabeza") (Park Yun-sun). ¡Qué maravillosa confesión de fe! Debemos procurar esta fe del "pero" —esta "fe que va contra la corriente"— demostrada por David. Sin importar lo que el mundo diga a nuestras almas —o incluso lo que nosotros mismos digamos acerca de Dios—, debemos ser personas capaces de hacer una confesión de fe correcta. Aunque otros digan mentiras sobre Dios, no debemos dejarnos engañar; al contrario, debemos permanecer firmes frente a esas mentiras y confesar la verdad, declarando: "Pero Dios es..." y afirmando Su verdadera naturaleza. También debemos hacer declaraciones a nuestras almas y luchar para triunfar sobre los adversarios que se encuentran ante nosotros o que se han infiltrado en nuestro interior.

(2) Una fe en crecimiento es una “fe que ora”.

Consideremos las palabras del Salmo 3:4, 7 y 8: “Clamo a gran voz al Señor, y él me responde desde su monte santo (Selah)... ¡Levántate, oh Señor! ¡Sálvame, Dios mío! Pues tú

golpeas en la mejilla a todos mis enemigos; rompes los dientes de los impíos. La salvación pertenece al Señor; ¡que tu bendición esté sobre tu pueblo! (Selah)". En estos versículos, vemos a David clamando a Dios (p. ej., versículo 4: "Clamo a gran voz al Señor..."). Parece que, a medida que sus adversarios se multiplicaban, él dependía más de Dios y le oraba con mayor intensidad. En particular, fortalecido por las respuestas que Dios había dado a sus oraciones en el pasado (versículo 7), imploraba la salvación divina —su liberación— en medio de la adversidad y la crisis que enfrentaba. Aunque sus enemigos insistían en que "Dios no te salvará", David no prestaba atención a sus voces; por el contrario, convencido de que "Dios es mi Salvador", proclamaba esta verdad a su propia alma y perseveraba en la fe, rogando a Dios por la salvación. Cuando David clamaba: "¡Levántate, oh Señor!", reconocía su propia incapacidad para enfrentar a la multitud de enemigos que se alzaban contra él (versículo 7). Esto nos ofrece una lección valiosa: el poder salvador de Dios se revela cuando reconocemos las limitaciones humanas, contemplamos la infinitud de Dios y acudimos a Él con nuestras peticiones. A la luz de estas enseñanzas, considero que no pedir a Dios equivale a negarse a reconocer las limitaciones humanas y a declarar implícitamente que no necesitamos depender de la naturaleza infinita de Dios. Tal actitud no puede describirse como una fe en crecimiento. El creyente que ignora las limitaciones humanas e intenta luchar contra sus adversarios confiando únicamente en sí mismo, inevitablemente fracasará en sostener la lucha por mucho tiempo, terminando por experimentar solo derrota y frustración. Parece que Satanás susurra constantemente a nuestras almas: "Estás cansado y tienes sueño; no ores, simplemente duerme. Puedes llevar adelante tu ministerio sin orar. Confía en ti mismo y ministra como quieras. Si las cosas no salen bien, no será demasiado tarde para orar entonces". ¿Dónde cree usted, pues, que radica la estrategia de Satanás? Su estrategia consiste en hacernos creer la mentira de que "hay un poder infinito dentro de ti; confía en ti mismo; tú eres Dios". Por tanto, debemos permanecer vigilantes y en oración, experimentando la salvación de Dios. No podemos salvarnos a nosotros mismos. Debemos orar. Debemos clamar con fe al Dios que salva.

(3) Una fe creciente es una "fe que no teme".

Consideremos las palabras del Salmo 3:6: "Aunque diez mil enemigos me rodeen por todos lados, no temeré". Aquí, el salmista David confiesa: "Aunque diez mil enemigos me rodeen por todos lados, no temeré". Naturalmente, a medida que aumenta el número de adversarios, también aumenta nuestro temor; sin embargo, David no temió. Esta es precisamente la respuesta de quien posee una fe creciente. Los cristianos que tienen una fe verdaderamente creciente descubren que, al multiplicarse sus adversarios, su temor disminuye gracias a la oración abundante. El temor ciertamente existe; no obstante, al igual que David, ellos declaran que no temerán y avanzan con fe. David pudo hacer tal declaración porque estaba sostenido por la oración, la cual alimentaba una fe capaz de desafiar toda probabilidad. Cuando oramos, el temor a las personas se desvanece, dando paso a un temor reverente hacia Dios. Quienes temen a Dios no temen —ni pueden temer— a simples mortales. David confiaba en Dios: el Escudo que lo protegía por detrás y por delante; el Dios que revelaría una gloria aún mayor a través de sus muchos adversarios; y el Dios que levanta su cabeza, otorgándole esperanza, consuelo y victoria en lugar de desesperación, desánimo o derrota. Debido a esta confianza, no temió a sus enemigos; al contrario, pudo acostarse y dormir en paz (versículo 5). Un creyente valiente capaz de dormir profundamente en medio de una crisis: ¡qué fe tan asombrosa! Así como las aguas profundas permanecen tranquilas bajo las olas más agitadas de la superficie, nosotros también podemos mantener nuestra mirada fija en Dios —sin importar cuán ferozmente rujan o ataquen nuestros adversarios— siempre que tengamos una fe profunda en Él. Esta quietud serena es nuestra verdadera fortaleza [(Isaías 30:15) "...en la quietud y en la confianza está vuestra fortaleza"].

Amados, el mundo busca hacernos inclinar la cabeza en señal de derrota. Satanás emplea toda táctica imaginable para convertirnos en cristianos que caminan con la cabeza baja en señal de derrota, haciéndonos probar la amargura de la pérdida, la traición, el fracaso, la frustración y la culpa. Él envía adversarios contra nosotros y nos golpea con el sufrimiento y la adversidad. Nos susurra al oído: «Dios no te rescatará», intentando impedir que miremos

a Dios, nuestro Salvador, y confiemos en Él. Sin embargo, cuanto más se intensifican las artimañas de Satanás, más debemos comprender la necesidad de que nuestra fe madure y buscar activamente una fe creciente. Esta fe creciente es aquella que avanza contra la corriente, se ejercita en la oración y se mantiene firme y sin temor. Mi oración es que todos caminemos por la senda de la victoria con constancia, cantando: «¡La fe es la victoria! ¡La fe es la victoria! ¡Oh, glorioso amor que vence al mundo!» (Himno 397, estribillo).

Oh, mortales

[Salmo 4]

Al recibir noticias casi a diario sobre personas que mueren por diversas causas en todo el mundo, y al presenciar cómo seres queridos a mi alrededor fallecen debido a enfermedades o a la vejez, he llegado a valorar profundamente la letra de la tercera estrofa del himno 474: «Este mundo está lleno de pecado y de innumerables formas de morir...». Escuchar tales noticias me hace comprender que el simple hecho de vivir día a día es, en verdad, un regalo precioso de la gracia de Dios. También encontré en internet un escrito de Kim Woo-jin titulado «Himno a la muerte» (*Sa-ui Chanmi*). He aquí algunas de sus líneas: «Este mundo hecho de lágrimas... / ¿Acaso todo terminará cuando yo muera? / Oh, mortales que buscan la felicidad, / lo que buscan es vanidad... / Oh, mortal que te precipitas en la vanidad, / ¿te das cuenta de que has sido engañado? / Las cosas mundanas no son más que vacío para ti; / tras la muerte, nada permanece». Cuando nos preguntamos —incluso a una edad temprana— qué es realmente la vida, creo que buscar una existencia verdaderamente significativa en medio de este mundo fugaz y vano es la clase de vida que agrada a Dios. Hoy, centrándome en el Salmo 4, quisiera reflexionar sobre tres aspectos de esta vida significativa bajo el título «¡Oh, mortales!» (versículo 2).

En primer lugar, quisiera considerar tres aspectos sobre aquello de lo que los mortales deben arrepentirse.

(1) Debemos arrepentirnos del pecado de convertir la gloria de Dios en vergüenza.

Observemos el Salmo 4:2: «Oh, mortales, ¿hasta cuándo convertirán mi gloria en vergüenza? ¿Hasta cuándo amarán la ilusión y buscarán la mentira? (Selah)». En este pasaje, el salmista David pregunta: «Oh, mortales, ¿hasta cuándo convertirán mi gloria en vergüenza?». Aquí, «mi gloria» se refiere a la gloria real que Dios otorgó al rey David; el pasaje llama al arrepentimiento respecto a las acciones hostiles de los adversarios que pretendían transformar esa gloria en vergüenza.

¿Cómo puede aplicarse, entonces, esta palabra a nuestros tiempos? Creo que oponerse al siervo del Señor —aquel ungido dentro de la iglesia— es también un pecado que convierte la gloria de Dios en vergüenza. Aunque los cristianos debemos vivir para la gloria de Dios, debemos examinarnos para ver si, por el contrario, estamos viviendo de una manera que transforma esa gloria en algo vergonzoso ante los ojos del mundo. La Biblia pregunta: «¿Hasta cuándo?» convertiremos la gloria de Dios en vergüenza. Nos insta a arrepentirnos, a volvernos a Dios y a vivir revelando su gloria a este mundo sumido en tinieblas.

(2) Debemos arrepentirnos del pecado de amar lo que carece de valor.

Observemos nuevamente el Salmo 4:2: «Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo convertirán mi gloria en vergüenza? ¿Hasta cuándo amarán lo que carece de valor y buscarán la falsedad? (Selah)». En este versículo, el salmista David pregunta: «Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo… amarán lo que carece de valor?». Aquí, David llama al arrepentimiento respecto al pecado de amar —o «deleitarse en»— actividades sin valor; específicamente, el acto inútil de oponerse a David, el hombre a quien Dios había designado.

En Eclesiastés, el Sabio declara: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Eclesiastés 1:2). Al vivir en este mundo pasajero, debemos preguntarnos si nuestras vidas aman cosas «sin valor», cosas que carecen de valor verdadero. Vivir para la gloria de Dios es un propósito verdaderamente valioso —que posee un valor eterno— y es el tipo de vida que todos los cristianos deberían procurar llevar. Sin embargo, si vivimos una vida de transigencia —

persiguiendo cosas que son meramente pasajeras o totalmente carentes de valor—, la Biblia nos insta a arrepentirnos del pecado de amar lo que es vano (Salmo 4:2).

(3) Debemos arrepentirnos del pecado de buscar la falsedad.

Observemos nuevamente el Salmo 4:2: «Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo convertirán mi gloria en vergüenza? ¿Hasta cuándo amarán lo que carece de valor y buscarán la falsedad? (Selah)». Aquí, el salmista —David— pregunta: «Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo… buscarán la falsedad?». La palabra «falsedad» aquí se refiere al engaño o a la artimaña. Muchos de los adversarios de David ya se habían opuesto a su alma afirmando falsamente: «Dios no te salvará» (3:2). Sin embargo, en el Salmo 4, sus enemigos continuaron oponiéndose a él por cualquier medio necesario, recurriendo al engaño. La mentira de que «Dios no te salvará» es, en efecto, una falsedad que sostiene que «Dios no es el Salvador». Es un engaño diseñado para llevar a la persona a negar a Dios como Salvador.

Aún hoy, Satanás se esfuerza por hacernos dudar de la salvación de Dios mediante tales engaños. Como padre de la mentira, Satanás trabaja incansablemente para atraernos a sus trampas, llevándonos a cuestionar la soberanía de Dios y la salvación que Él obra para nosotros. Otro de los engaños de Satanás consiste en inducirnos a engañarnos a nosotros mismos. Apliquemos a nuestras vidas las palabras de Santiago 1:22: «No se limiten a escuchar la palabra, engañándose así a sí mismos. Hagan lo que ella dice». Con demasiada frecuencia caemos en el engaño de Satanás que nos insta a limitarnos a escuchar la palabra de Dios sin ponerla en práctica. El salmista nos llama a arrepentirnos de este pecado de autoengaño.

En segundo lugar, quisiera considerar dos cosas de las que debemos ser conscientes.

(1) Debemos reconocer que Dios ha apartado para sí a los piadosos.

Observemos el Salmo 4:3: «Sepan que el Señor ha apartado para sí al piadoso; el Señor escuchará cuando yo lo invoque». Aquí, el salmista David declara: «Sepan que el Señor ha apartado para sí al piadoso». Esto significa que, dado que Dios eligió y designó a David —y, de hecho, a todos los santos— para su propia gloria, nada puede separarles del amor que Él les tiene (Park Yun-sun). ¡Qué fuente de inmenso consuelo y gracia es esto! Esta verdad nos recuerda Romanos 8:35–39: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? … Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida… ni ninguna otra cosa en toda la creación podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». En el texto de hoy, el Salmo 4:3, el término «piadoso» se refiere a «aquel que es favorecido»; es decir, quien recibe la misericordia y el amor de Dios. La razón por la que esta misericordia y este amor divinos permanecen inmutables es que Dios nos eligió «para sí mismo». Por tanto, no podemos convertir la gloria de Dios en deshonra. La futilidad y el engaño de nuestros adversarios jamás podrán alterar este hecho.

(2) Debemos comprender que Dios escucha las oraciones de los piadosos.

Observemos la última parte del Salmo 4:3: «…el Señor oirá cuando yo a Él clame». Este pasaje revela que el salmista David creía que Dios era quien respondía a sus oraciones. El punto crucial que debemos recordar aquí es que Dios escucha las oraciones de los piadosos no porque David —o nosotros mismos— seamos piadosos, sino porque nuestro Dios es el «Dios de justicia» (versículo 1). En otras palabras, la respuesta de Dios a la oración nunca se basa en nuestra propia justicia; más bien, Él responde a nuestras oraciones únicamente sobre la base de Su propia justicia. Debemos asimilar esta verdad.

En tercer lugar, quisiera considerar tres cosas que debemos hacer.

(1) Debemos temblar y no pecar.

Observemos la primera parte del Salmo 4:4: «Temblad, y no pequéis». La palabra «temblar» aquí se traduce como «airarse» en la Septuaginta (Park Yun-sun). En otras palabras, significa que no debemos pecar por causa de la ira. Dicho de otro modo, significa que no debemos permitir que nuestra ira ante el pecado nos lleve a cometer más pecados (Park Yun-sun).

Ya no debemos pecar por causa de la ira. Ya no debemos cometer pecados que conviertan la gloria de Dios en vergüenza. Además, ya no debemos amar lo que es vano. Ya no debemos vivir una vida que busca el engaño. No debemos repetir tales pecados; por el contrario, debemos indignarnos por haberlos cometido en el pasado y decidir no volver a pecar.

(2) Debemos dialogar con nuestro propio corazón y guardar silencio.

Observemos la última parte del Salmo 4:4: «...meditad en vuestro corazón estando en vuestro lecho, y callad». Si la «noche» se refiere generalmente al momento en que nos acostamos para descansar, el salmista nos desafía a hablar con nuestro propio corazón y a guardar silencio durante ese tiempo. La Biblia nos llama a no actuar a ciegas, sino a permanecer en silencio ante Dios mientras reflexionamos tranquilamente sobre nosotros mismos en la quietud de la noche.

Necesitamos entrenarnos para permitir que la Palabra de Dios hable a nuestros corazones. Este entrenamiento es crucial porque las voces del mundo y de Satanás se escuchan con demasiada facilidad en nuestro interior. Sin un entrenamiento constante para permitir que la Palabra de Dios hable a nuestros corazones, inevitablemente seguiremos pecando contra Dios. Por tanto, debemos triunfar en la batalla contra el pecado practicando la disciplina de la meditación: permitiendo que Dios hable a nuestros corazones a través de Su Palabra. Una parte esencial de esta disciplina meditativa es aprender a permanecer en silencio y quietud ante Dios. Debemos estar quietos para que Dios nos revele Su verdadera naturaleza. Tal quietud se convierte en nuestra fortaleza (Isaías 30:15).

(3) Debemos confiar plenamente en Dios con un corazón arrepentido. Consideremos las palabras del Salmo 4:5: «Ofreced sacrificios de justicia, y confiad en el Señor». ¿Qué es un «sacrificio de justicia» ante Dios? Es un «espíritu quebrantado», es decir, un corazón arrepentido (51:16, 17). El salmista nos desafía a arrepentirnos mientras depositamos nuestra plena confianza en Dios. Si no nos arrepentimos con un espíritu quebrantado por los pecados cometidos contra el Dios santo, no podemos afirmar que vivimos una vida que depende totalmente de Él. Quienes confían en Dios son aquellos que se arrepienten.

En conclusión, ¿cuáles son los resultados cuando las personas se arrepienten, comprenden lo que deben comprender y hacen lo que deben hacer? El pasaje de hoy, tomado del Salmo 4, destaca cuatro de estos resultados:

1. Dios tendrá misericordia de nosotros y escuchará nuestras oraciones (v. 1).
2. Dios hará resplandecer su rostro sobre nosotros (v. 6).
3. El Señor pondrá alegría en nuestros corazones (v. 7).
4. Como Dios nos mantendrá a salvo, podremos dormir en paz (v. 8).

Estas bendiciones son un privilegio del que disfrutan aquellos que conocen y ponen en práctica aquello de lo que deben arrepentirse, lo que deben comprender y lo que deben hacer. Oro para que todos podamos experimentar estas bendiciones.

"Temblad y no pequéis"

"Temblad y no pequéis; cuando estéis en vuestros lechos, escudriñad vuestros corazones y guardad silencio" (Salmo 4:4).

La Biblia nos ordena: "Temblad y no pequéis" (Salmo 4:4). Sin embargo, aplicar esta palabra de Dios a nuestras vidas resulta increíblemente difícil. En particular, la instrucción de "temblar" es imposible de seguir sin un corazón que reverencie a Dios. La Biblia afirma: "El temor del SEÑOR es aborrecer el mal" (Proverbios 8:13). Por tanto, ante la tentación, debemos rechazarla conforme a esta palabra y evitar cometer pecado. Aunque sabemos que esto es lo que debemos hacer, nuestra naturaleza pecaminosa desea acercarse poco a poco a la tentación cada vez que la encontramos. Al observar este aspecto de nosotros mismos, no podemos evitar preguntarnos si tal "temblor" existe realmente en nuestro interior.

¿Cuándo somos más propensos a pecar? Somos más vulnerables al pecado cuando nos encontramos en "angustia" (Salmo 4:1). El salmista David enfrentó angustias causadas por "su hijo Absalón" (Salmo 3), así como por "sus adversarios" (versículo 1) y "todos sus enemigos" (versículo 7). No obstante, el problema que pesaba aún más sobre David que estas dificultades externas era la burla: "Muchos dicen: 'No hallará ayuda en Dios'" (versículo 2). Lo mismo se aplica a nosotros. Si muchas personas nos dicen: "No recibirás ayuda de Dios", nosotros —que ya estamos en medio de la angustia— podemos desanimarnos fácilmente ante sus palabras. Además, podríamos caer en el pecado de buscar ayuda en las personas en lugar de volvernos hacia Dios. Es más, podríamos llegar a resentirnos con Dios o incluso abandonar la iglesia de Dios.

¿Qué clase de pecado somos propensos a cometer al enfrentar la adversidad? Somos susceptibles de cometer el pecado de "convertir la gloria de Dios en vergüenza" (4:2). ¿Cómo podríamos convertir la gloria de Dios en vergüenza? Podemos considerar dos formas:

(1) Podemos convertir la gloria de Dios en vergüenza amando lo vano y persiguiendo la falsedad. Observemos la última parte del Salmo 4:2: «...¿hasta cuándo amaréis la vanidad y buscaréis la mentira?». En tiempos de aflicción, a menudo no esperamos la ayuda de Dios; por el contrario, fácilmente volvemos la mirada hacia la vanidad y la falsedad —y nos sentimos atraídos por ellas—. En última instancia, esto puede llevarnos a deshonrar la gloria de Dios.

(2) Podemos convertir la gloria de Dios en vergüenza al cometer actos injustos y no confiar en Dios.

Observemos el Salmo 4:5: «Ofreced sacrificios de justicia y confiad en el Señor». Al enfrentar la adversidad, si no confiamos en Dios ni esperamos la ayuda del Dios justo, corremos un gran riesgo de apoyarnos en nosotros mismos y cometer actos injustos.

Entonces, ¿qué debemos hacer cuando enfrentamos la adversidad?

En primer lugar, debemos temblar y no pecar.

Observemos la primera parte del Salmo 4:4: «Temblad y no pequéis...». Algunos estudiosos relacionan este versículo con Efesios 4:26, que dice: «Airaos, pero no pequéis». Así, sugieren que incluso cuando sentimos ira, debemos —por reverencia a Dios— temblar y abstenernos de pecar.

En segundo lugar, debemos hablar en nuestro corazón. Observemos la última parte del Salmo 4:4: «...cuando estéis en vuestro lecho, escudriñad vuestro corazón y guardad silencio». Debemos acercarnos al Señor en un momento de quietud, en un lugar tranquilo y con el corazón sereno para meditar profundamente en la Palabra de Dios. Al hacerlo, debemos someternos a la Palabra de Dios, permitiendo que hable a nuestras almas.

En tercer y último lugar, debemos guardar silencio.

Observemos nuevamente la última parte del Salmo 4:4: «...cuando estéis en vuestro lecho, escudriñad vuestro corazón y guardad silencio». Debemos aprender a «estar quietos, y saber que yo soy Dios» (46:10). También debemos reconocer que confiar en Dios es nuestra fortaleza (Isaías 30:15). Por lo tanto, no debemos temblar y pecar mientras estamos en medio de la aflicción (Salmo 4:4).

"Endereza tu camino delante de mí"

[Salmo 5]

En una ocasión, llevé a mis suegros y a mis hijos a un restaurante para celebrar el cumpleaños de mi sobrino. Como no conocía bien el camino, consulté las indicaciones en internet de antemano y llegué al restaurante sin problemas. Sin embargo, me perdí al regresar a casa. La razón por la que me perdí fue que, en lugar de simplemente desandar el camino que había tomado para llegar allí, decidí tomar una ruta diferente. Elegí este camino alternativo porque estaba convencido de que eventualmente conduciría a la carretera que llevaba a casa. Mi suegro empezó a preocuparse al verme dar vueltas, sin saber adónde me dirigía. Yo lo tranquilizaba diciendo: "¿No confías en mí? Ten fe en mí, padre. Este camino sin duda llevará a la carretera de casa". Sin embargo, mientras conducía por la ruta que había elegido, perdí el rumbo y terminé alejándome mucho en dirección opuesta a mi hogar. Finalmente, admití que estaba perdido y me detuve en una gasolinera cercana para pedir indicaciones. Siguiendo las instrucciones del empleado de la gasolinera, pudimos regresar a casa a salvo. La lección que aprendí de esta experiencia es que, si bien tener confianza es importante, la confianza basada en información incorrecta puede ser peligrosa. Mi confianza no se basaba en hechos, sino en mis propias suposiciones.

Visto desde un avión, Los Ángeles parece un tablero de ajedrez. Aquí, la mayoría de las carreteras están trazadas en línea recta; hay muy pocas carreteras sinuosas. Esto hace que orientarse en Los Ángeles sea relativamente fácil. Por eso, supuse que la ruta alternativa que elegí también sería recta. Sin embargo, resultó ser un camino sinuoso. Aunque desde el asiento del conductor parecía recto, en realidad no lo era. Del mismo modo, el camino de la

fe no siempre es una línea recta; hay tramos sinuosos a lo largo del trayecto. Como creyentes, debemos caminar por el camino recto; sin embargo, podemos convencernos erróneamente de que un camino sinuoso es el correcto y avanzar con confianza basándonos en ese error. Inevitablemente, terminamos enfrentando las consecuencias de una mala elección. Por lo tanto, debemos elegir el camino recto y recorrerlo fielmente. Entonces, ¿qué es exactamente el "camino recto" que describe la Biblia? En el Salmo 5:8, el salmista David ora a Dios: «Endereza tu camino delante de mí». A pesar de la presencia de muchos caminos sinuosos y desvíos tentadores, David deseaba recorrer la senda del Señor con rectitud; y, de hecho, así lo hizo. Centrándome en el Salmo 5, quisiera reflexionar sobre tres aspectos de una vida que transita rectamente por el camino del Señor.

En primer lugar, una vida que recorre rectamente el camino del Señor es una «vida de oración». Consideremos las palabras del Salmo 5:1-3: «Escucha, oh Señor, mis palabras; considera mi meditación. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oirás mi voz por la mañana, oh Señor; por la mañana presentaré ante ti mi oración y esperaré». Últimamente, mientras sirvo a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, he experimentado cómo Dios me revela que estoy fallando en caminar rectamente por la senda del Señor porque no estoy orando adecuadamente. Me sorprendo desviándome hacia la izquierda o hacia la derecha. Mi ministerio pastoral, inconsistente y carente de rumbo, revela que existe un problema en mi vida de oración. Por ello, el Señor me está guiando a orar. Me llama al arrepentimiento y me guía para que deje de vagar sin rumbo y, en su lugar, camine por una senda recta, discerniendo su voluntad mediante la oración. Quien recorre el camino recto del Señor —en medio del peligro de desviarse a izquierda o derecha— presenta a Dios su «meditación» (definida por Park Yun-sun como «pensamientos centrados en Dios o un corazón dedicado a Él») (v. 1). En otras palabras, derrama su corazón ante Dios en súplica. El salmista, en particular, derramaba su corazón en oración «por la mañana» (v. 3) y aguardaba con anhelo la respuesta (v. 3). El pastor Spurgeon dijo una vez: «La oración debe ser la llave que abre el día y el cerrojo que lo cierra» (Park Yun-sun). Dicho de otro modo, antes de comenzar nuestra rutina diaria, debemos levantarnos temprano y orar: «Señor,

ayúdame a caminar rectamente por tu senda hoy». Luego, tras haber recorrido fielmente ese camino, debemos repasar el día antes de dormir y elevar una oración de acción de gracias por la gracia que Dios nos concedió para caminar con rectitud. Al hacerlo, podemos disfrutar de un sueño reparador, sabiendo que hemos vivido una jornada fructífera que glorificó a Dios. Sin embargo, si omitimos la oración —que actúa como llave y cerrojo de nuestra vida cotidiana—, nos volvemos vulnerables al pecado; en lugar de morar con el Señor, corremos un gran riesgo de permitir que el mal more con nosotros (v. 4). Por tanto, debemos cultivar el buen hábito de comenzar y terminar el día en oración.

En segundo lugar, una vida que avanza con rectitud por el camino del Señor es una «vida de adoración».

Consideremos el Salmo 5:7: «Mas yo, por tu gran amor, entraré en tu casa; con reverencia me inclinaré hacia tu santo templo». El salmista David adoraba a Dios incluso en circunstancias donde la adoración parecía imposible. Vivió una vida de adoración a pesar de estar rodeado de innumerables personas «arrogantes» (v. 5), «malhechores» a quienes el Señor aborrece (v. 5), «mentirosos» a quienes el Señor destruye (v. 6) y aquellos que «se deleitan en el derramamiento de sangre y el engaño»: personas a quienes el Señor detesta (v. 6). ¿Cómo logró David caminar con rectitud por el camino del Señor cuando todos los demás transitaban por sendas torcidas? Es probable que a nuestro alrededor haya muchas personas que, en lugar de avanzar rectamente por el camino del Señor, recorren sendas torcidas o caminan con inseguridad. No obstante, al reflexionar sobre cómo David logró caminar con rectitud por el camino del Señor —elevándose por encima de las circunstancias que enfrentaba—, considero que hubo dos razones para ello:

(1) La primera razón es que David pudo caminar con rectitud por la senda del Señor porque confió en la abundante misericordia del Señor (versículo 7).

Al observar las acciones de estas personas profundamente malvadas, comprendió que, para seguir el buen camino que anhelaba, no podía confiar en sus propias fuerzas, sino que debía depender únicamente de la misericordia de Dios (Park Yun-sun). Fue gracias a que recurrió a la abundante misericordia de Dios que pudo adorar a Dios en medio de tantos adversarios malvados, persecuciones, adversidades, dolor y sufrimiento.

(2) La segunda razón es que David temía al Señor.

Debido a que temía a Dios, pudo sobreponerse a las circunstancias difíciles y ofrecer verdadera adoración a "mi Rey, mi Dios" (versículo 2). Puesto que quienes temen a Dios aborrecen el mal, eligen la senda del Señor y caminan con rectitud en lugar de optar por un camino tortuoso.

David pudo mantener la mirada fija únicamente en Dios y adorarle —incluso en medio de una multitud de adversarios malvados— gracias a la gran gracia y misericordia divinas; pudo adorar en tales situaciones porque era un hombre de oración. ¿Qué hay de nosotros? ¿Adoramos a Dios incluso en medio de la adversidad, las dificultades, el dolor y las heridas? ¿O dejamos de adorar a Dios porque nos dejamos llevar por las circunstancias difíciles? Si somos incapaces de ofrecer alabanza y adoración a Dios, es porque existe un problema en nuestra vida de oración. Quienes no oran no pueden adorar a Dios en espíritu y en verdad. Al carecer de confianza en la abundante misericordia del Señor y del temor al Señor, no logran adorar a Dios en medio de las muchas dificultades y tentaciones que enfrentan. Por tanto, debemos prepararnos para la adoración dominical mediante la oración, comenzando desde el lunes. Y en el Día del Señor, debemos "entrar en la casa del Señor" (v. 7) y adorarle. Tal vida es, precisamente, la vida de caminar con rectitud por la senda del Señor.

En tercer y último lugar, la vida de caminar con rectitud por la senda del Señor es una "vida de gozo". Observemos el Salmo 5:11: «Pero alégrense todos los que en Ti se refugian; canten siempre de júbilo, y que Tú los protejas, para que los que aman Tu nombre se regocijen en

Ti». ¿Qué es, entonces, el gozo? Al reflexionar sobre el gozo que los cristianos debemos sentir y experimentar, pensé en Jesús. Me pregunté si la Biblia contenía algún pasaje que afirmara que «Jesús se regocijó». Sin embargo, que yo sepa —dentro de mis limitados conocimientos—, no me vino a la mente ningún versículo así. En cambio, recordé el momento en que Jesús fue bautizado por Juan el Bautista y estaba orando; mientras el Espíritu Santo descendía sobre Él, una voz vino del cielo diciendo: «Tú eres mi Hijo amado; en Ti tengo complacencia» (Lucas 3:22). Al considerar por qué Dios Padre se complacía en su Hijo unigénito, Jesús, creo que la razón es que Jesús obedeció la voluntad del Padre por completo: desde Belén hasta su muerte en la cruz en el Gólgota. Entonces me pregunté de nuevo: ¿afirma explícitamente la Biblia que Jesús «se regocijó» durante su vida en la tierra, desde Belén hasta la cruz? A los ojos humanos, fue una vida de miseria, lástima y dolor... y, sin embargo, creo que a los ojos de Dios Padre, Jesús vivió una vida de gozo. La vida que agrada a Dios Padre no tiene por qué contener necesariamente el tipo de «gozo» que solemos imaginar. No obstante, el verdadero gozo que estamos llamados a experimentar es el mismo gozo de Dios Padre: un gozo compartido por el Hijo, Jesús. Si vivimos una vida de oración y adoración que sigue fielmente el camino de Jesús, podemos probar y experimentar el gozo de Dios. Este es un gozo compartido por todos los creyentes que recorren el camino del Señor («alégrense todos») y un gozo eterno («canten siempre de júbilo») (versículo 11). El único objeto de este gozo es el Señor mismo («regocíjense en el Señor») (versículo 11). Los cristianos que encuentran su gozo únicamente en el Señor recorrerán su camino con fidelidad y firmeza hasta el final —regocijándose en el Señor, quien a su vez se regocija en ellos—, aun cuando nadie en el mundo los comprenda. Un miércoles por la tarde, mientras me dirigía a la parte delantera del santuario para cantar una canción especial con mi grupo pequeño, vi a mi hija menor, Ye-eun, corriendo y llegando un poco tarde, intentando alcanzar y tomar la mano de mi esposa. Al contemplar esa escena, me vino un pensamiento: "Si deseo recorrer el camino del Señor con rectitud y fidelidad, debo aferrarme fuertemente a Su mano. O, mejor dicho, es el Señor quien debe sostener mi mano con firmeza para que yo pueda transitar ese camino correctamente". Es precisamente porque el Señor sostiene nuestras manos con firmeza que podemos recorrer Su camino con fidelidad y rectitud —a

pesar de las numerosas tormentas, adversidades y dificultades— hasta el día en que Él nos llame a Su presencia. Oro para que hoy tú y yo caminemos con rectitud por la senda del Señor —un camino de oración, adoración y gozo— sin desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha.

Una oración entre lágrimas

[Salmo 6]

Mientras preparaba la conferencia bíblica de nuestra iglesia, elevé una oración llena de lágrimas, conmovido por el tierno amor de Dios. Antes de dirigir la primera sesión de la conferencia, el orador invitado participó en una entrevista radiofónica sobre el evangelio junto a otros dos pastores. Yo esperaba que mencionara la conferencia de nuestra iglesia durante la entrevista, y me sentí algo decepcionado cuando no dijo nada al respecto. Sin embargo, poco después, un periodista del *JoongAng Ilbo* —a quien yo no conocía— llamó a la iglesia y pidió entrevistarnos sobre nuestra congregación. Tras colgar el teléfono, incliné la cabeza en mi escritorio y lloré mientras oraba a Dios. Lo hice porque había sentido el amor delicado y personal de Dios. Al experimentar cómo Dios conoce y concede incluso mis pequeños deseos, derramé lágrimas de gratitud y profunda emoción en respuesta a Su amor.

En el Salmo 6:6, vemos al salmista David describir cómo empapaba su lecho de lágrimas cada noche. Me encuentro reflexionando sobre el significado de esas lágrimas. Creo que las lágrimas de David eran lágrimas de arrepentimiento. Durante la preparación de esta conferencia, la gracia que recibí fue darme cuenta de que carecía de tales lágrimas de arrepentimiento. El orador invitado había enfatizado durante la entrevista de radio que quienes asistíamos a la conferencia necesitábamos un corazón arrepentido; me di cuenta de que mis propias lágrimas de arrepentimiento se habían secado en gran medida. David deseaba recibir la disciplina de Dios nacida del amor —en lugar de la disciplina nacida de la ira divina— por los pecados que había cometido. En medio del temblor de sus huesos y de su alma causado por esta disciplina amorosa (versículos 2-3), derramó lágrimas de

arrepentimiento ante Dios. "La capacidad de arrepentirse del pecado mientras se soporta el sufrimiento físico es un don del Espíritu Santo" (Park Yun-sun). David derramó lágrimas de arrepentimiento —un don del Espíritu Santo— impulsado por el sufrimiento físico que le había sobrevenido. Al reconocer que este sufrimiento era la disciplina amorosa de Dios en respuesta a su pecado, lo aceptó como algo justo y no intentó evitarlo. Esta es precisamente la actitud de arrepentimiento (Park Yun-sun).

Yo carezco incluso de esta actitud de arrepentimiento. Parece que he perdido toda sensibilidad hacia el pecado; En consecuencia, no solo dejo de considerar el pecado como pecado, sino que parece que he perdido la propia capacidad para hacerlo. Albergo el instinto de rechazar incluso la amorosa disciplina de Dios, en lugar de temer su ira. En este momento, parezco empeñado en evitar la amorosa disciplina de Dios antes que en aceptarla humildemente. De hecho, aun mientras atravieso la disciplina divina, sigo sin percibir la naturaleza de mi propio pecado. Por tanto, hay muchas lágrimas que debería derramar ante Dios. Si bien ciertamente debería derramar lágrimas de gratitud, consagración y amor sincero, lo que anhelo derramar ahora son lágrimas de arrepentimiento. La razón es, probablemente, que sin tales lágrimas no puedo ofrecer honestamente gratitud, consagración o amor con un alma que permanece impura.

¡Establece a los justos!

[Salmo 7]

Esta semana, debido a problemas con mi propio automóvil, conduje el vehículo de la iglesia hasta una hamburguesería. Allí me encontré con un miembro de nuestra congregación. Apenas nos saludamos, esa persona me preguntó: "¿Vio la pelea que estalló aquí hace un momento?". Resultó que, durante una discusión verbal con otra persona, el miembro de nuestra iglesia aparentemente le había escupido en la cara. Naturalmente, la otra persona se enfureció. En consecuencia, regresó acompañada de un amigo y la discusión con el miembro de nuestra iglesia se reavivó. Me disculpé con la otra parte diciendo: "Lo siento". Sin embargo, uno de los individuos se fijó en el vehículo de la iglesia que yo conducía; al ver el nombre de la iglesia en él, confrontó a nuestro miembro preguntándole: "¿Cómo puede alguien que asiste a la iglesia comportarse así?". Me sentí verdaderamente afligido. La discusión de nuestro miembro y el acto indebido y vergonzoso de escupir a alguien en la cara habían oscurecido la gloria de Dios y manchado la reputación de nuestra iglesia. Como pastor principal, sentí una profunda responsabilidad. Me pregunté: "¿Cómo debo llevar a cabo mi ministerio pastoral?". Mientras meditaba en el Salmo 7, centré mi atención en la oración del salmista en el versículo 9: "Establece a los justos". A través de esta experiencia y de mis oraciones, me sentí desafiado a dedicar el máximo esfuerzo a formar personas justas. Durante la reciente serie de sermones, el pastor invitado habló sobre el pasaje en el que Abraham, buscando salvar a Lot antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, preguntó humildemente a Dios si perdonaría las ciudades por causa de cincuenta, cuarenta y cinco, cuarenta, treinta, veinte o incluso diez personas justas. Al escuchar esto, sentí la firme convicción de que nuestra iglesia no debe enfrentar la ruina simplemente por carecer

de diez personas justas. Me sentí desafiado a dedicarme de todo corazón a la tarea de formar a cada alma para que llegue a ser una persona justa. Aunque podría sentir la tentación de centrarme en las cifras, confío en que el Señor añadirá personas a nuestras filas; por ahora, mi prioridad es nutrir a cada alma con la Palabra, enseñarles y animarles a vivir rectamente, y orar por ellas. También recuerdo una conversación que tuve con el pastor invitado dentro del automóvil. Él habló sobre la «gracia barata», un concepto que resuena profundamente hoy en día, ya que muchos cristianos han recibido el don de la fe y han sido justificados al aceptar a Jesús como su Salvador y Señor, pero no viven una vida de rectitud. Si ser declarados justos por la gracia de Dios es una cara de la moneda, vivir una vida de rectitud es la otra; sin embargo, parece que afirmamos vivir bajo la gracia de Dios mientras descuidamos esta responsabilidad. Esto es, verdaderamente, gracia barata. Lamentablemente, la realidad es que incluso muchos pastores prefieren este tipo de «gracia barata». A medida que se amplía la brecha entre la fe y la vida cotidiana —lo que resulta en una desconexión entre la proclamación de la Palabra desde el púlpito y la obediencia a esa Palabra en la práctica—, el cristianismo ha degenerado hasta un estado en el que abundan pastores con mentalidad de «asalariados» que no se asemejan en nada a Jesús.

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos unirnos en oración, pidiendo a Dios que «levante a los justos». ¿Cómo levanta Dios a los justos? Hoy, al centrarnos en el Salmo 7, espero que podamos aprender cómo Dios establece a los justos y comprometernos a vivir vidas de rectitud tanto ante Dios como ante las personas.

En primer lugar, Dios levanta a los justos a través de situaciones de injusticia. En otras palabras, Dios establece a los justos incluso mediante circunstancias injustas.

La situación que enfrentó David fue verdaderamente injusta. Si había cometido alguna «falta» (o pecado), fue simplemente derrotar al general filisteo Goliat en el nombre de Dios; sin embargo, el rey Saúl buscaba matarlo por celos, provocados por el cántico del pueblo: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles». Como consecuencia, David se vio obligado

a huir del rey Saúl en medio de esta injusticia. No obstante, mediante la maravillosa providencia divina, incluso dentro de esta dura prueba injusta, Dios estaba vindicando la inocencia y la pureza de David. Observemos el Salmo 7:3–5: «Oh Jehová, Dios mío, si he hecho esto, si hay iniquidad en mis manos, si he pagado con mal al que estaba en paz conmigo, o he despojado a mi enemigo sin causa, que el enemigo persiga y alcance mi alma; que pisotee mi vida hasta el suelo y arroje mi gloria al polvo». David estaba diciendo esencialmente: «Si soy culpable de haber obrado mal —ya sea contra un amigo o incluso contra un enemigo—, entonces merezco morir». Incluso en medio de una situación verdaderamente injusta, la «justicia» y la «integridad» de David resplandecían con fuerza (versículo 8).

Al vivir en este mundo injusto, nosotros, los cristianos justos, podemos encontrarnos con muchas situaciones inicuas. Podríamos ser víctimas de un fraude, ser acusados falsamente o sufrir diversas adversidades. En tales momentos, al igual que David, debemos aprovechar estas circunstancias injustas o inicuas como una oportunidad para demostrar «mi justicia» y «mi integridad» (versículo 8) y, de este modo, glorificar a Dios. Debemos manifestar nuestra inocencia o pureza tanto ante Dios como ante los hombres. En lugar de murmurar y quejarnos por las situaciones injustas, debemos convertirnos en personas que sepan utilizarlas como oportunidades para mostrar justicia e integridad: verdaderas personas justas.

En segundo lugar, Dios afirma a los justos mediante la oración.

David oró a Dios mientras enfrentaba una situación injusta. ¿Y qué clase de oración fue aquella? Fue una oración «recta». Una oración recta elevada a Dios en medio de una situación de injusticia… ¡Qué maravillosa providencia divina es esta! Al afirmar a los justos, Dios los guía a elevar oraciones sinceras incluso en medio de circunstancias injustas. En última instancia, Dios enaltece a quienes oran con sinceridad a través de las mismas

situaciones de injusticia que enfrentan. Podemos identificar tres aspectos clave de la oración sincera de David, el justo:

(1) Confianza.

En tiempos de tribulación y circunstancias injustas, David no confió en sus propias fuerzas; por el contrario, al orar, se encomendó al poder y a la voluntad de Dios (Park Yun-sun; v. 1: «En ti me refugio»). «Quien es capaz de hacer esto puede estar tranquilo, sabiendo con certeza que Dios traerá la salvación» (Park Yun-sun). Incluso en una situación injusta, David puso su mirada únicamente en el Señor y confió solo en Él. Asimismo, hizo de Dios su escudo [(v. 10): «Mi escudo está en Dios, que salva a los rectos de corazón»].

(2) Una vida pura.

En el Salmo 7:3–5, David apela a Dios mientras reflexiona sobre situaciones como aquella en la cueva, cuando pudo haber matado a su enemigo, el rey Saúl, pero decidió perdonarle la vida (1 Samuel 24:1–15). Ver a David orar mientras afirma su inocencia nos enseña que nosotros también debemos elevar oraciones a Dios basadas en la integridad de nuestras propias vidas. ¿Por qué debemos orar a Dios mientras vivimos una vida pura? Porque nuestro Dios es «el Dios justo que escudriña la mente y el corazón» (Salmo 7:9).

(3) La justicia de Dios.

En el Salmo 7:6–16, David apela a Dios basándose en Su justicia (específicamente en los versículos 6, 8 y 11). Esta es una «oración de esperanza basada en la justicia de Dios» (Park Yun-sun). Así como David suplicó ser librado de su situación injusta —apelando a Aquel que es el «Juez justo» y el «Dios que expresa su ira cada día» (v. 11)—, nosotros también debemos apelar al Dios justo y recto.

Dios guía a los justos a elevar oraciones sinceras en medio de situaciones de injusticia o inequidad. Quienes no viven vidas justas tienden a recurrir a palabras y acciones deshonestas en lugar de elevar oraciones sinceras a Dios al enfrentarse a tales situaciones. Sin embargo, la justicia de Dios se revela en nuestras vidas y en las situaciones que afrontamos a través de nuestras oraciones sinceras. Por tanto, debemos elevar oraciones aún más sinceras a Dios cuando nos encontremos ante la injusticia.

En tercer lugar, Dios afirma a los justos mediante el juicio.

Dios, que se indigna cada día (v. 11), provoca la destrucción de los impíos y la salvación de los justos al destruir repentinamente a los pecadores llenos de iniquidad y sin arrepentimiento (v. 12), utilizando «saetas ardientes» (v. 13), una metáfora de los rayos (Park Yun-sun). Esto sucede porque los impíos conciben el mal (planes secretos para dañar a otros) y dan a luz iniquidad (v. 14). Dado que engendran iniquidad repetidamente, Dios se ve compelido a revelar su justicia. En última instancia, mediante el juicio, Dios afirma a los justos al abatir —como un rayo— a los pecadores sumidos en la iniquidad. Su juicio salva a los justos y destruye a los impíos, pues juzga conforme a la justicia e integridad que se hallan en los justos (v. 8).

Dios es santo y justo; es el Dios que revela su justicia al juzgar la injusticia. Dios lleva a cabo la obra de salvación para su pueblo justo —que se encuentra en situaciones injustas y desiguales— juzgando a los injustos y a los impíos. Por ello, debemos confiar en nuestro Dios y orar a Él. Debemos elevar oraciones sinceras a Dios. Y debemos aguardar con expectación nuestra liberación mediante el juicio de Dios sobre los impíos. Finalmente, Dios vindicará nuestra justicia e integridad, y nos establecerá como justos.

"¿Qué es el hombre?"

[Salmo 8]

El domingo 15 de noviembre de 2005, fallecieron dos personas. Ambas tenían 79 años (según el cómputo de edad estadounidense). Una era el padre de un amigo, y la otra, un colega pastor veterano de mi propio padre. Una fue incinerada tras una ceremonia budista de colocación en el féretro, mientras que la otra fue sepultada en un cementerio después de un servicio funerario cristiano. Reflexionar sobre sus muertes me llevó a meditar una vez más sobre la naturaleza de la humanidad.

En la Biblia, el profeta Isaías describió al hombre como "hierba" (Isaías 40:6), Pablo lo comparó con una "vasija de barro" (2 Corintios 4:7) y Santiago lo equiparó a la "neblina" (Santiago 4:14). Una vida como la hierba, una vida como una frágil vasija de barro, una vida como la neblina que aparece brevemente y luego se desvanece: vista desde una perspectiva eterna, la vida humana tal vez no sea tan larga ni tan magnífica como a menudo imaginamos. En resumen, uno podría incluso preguntarse si los seres humanos somos verdaderamente insignificantes. Sin embargo, la verdad asombrosa es que, entre la multitud de personas, nosotros, los cristianos, hemos sido elegidos por Dios por su amor y ahora gozamos de la gracia de la salvación. Por eso David, el salmista, pregunta en el Salmo 8:4: "¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?" Con esto en mente, he planteado cuatro preguntas de gracia centradas en el tema "¿Qué es el hombre?":

La primera pregunta es: "¿Qué es el hombre, para que establezcas fortaleza por medio de la boca de los niños y de los que maman?" Consideremos el Salmo 8:2: "De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al que se venga". El término "niños" aquí se refiere a "pequeños que apenas han comenzado a hablar" (Park Yun-sun). En cuanto a "los que maman", la costumbre judía implicaba que las mujeres hebreas amamantaran a sus bebés durante varios años; esto evoca la imagen de un infante que crece mientras se nutre de la leche materna. En última instancia, la afirmación de que Dios «estableció la fortaleza de la boca de los niños y de los que maman» significa que los creyentes llegan a conocer a Dios al aceptar y confiar en Su revelación, tal como lo hace un niño —libre de prejuicios— (Park Yun-sun).

Cuando anhelamos humildemente la Palabra de Dios —la leche espiritual— como niños y lactantes, Dios nos concede revelación y nos capacita para conocerle. ¡Qué gracia y bendición tan asombrosas! ¿Quiénes somos nosotros para poder conocer a Dios? Además, cuando anhelamos humildemente la Palabra de Dios como niños y lactantes, Dios manifiesta el poder de Su Palabra a través de nosotros. Así, Dios «hace callar al enemigo y al vengador» (versículo 2). Simplemente me siento lleno de gratitud por la gracia de Dios: por cómo reveló las palabras de llamamiento que se encuentran en Juan 6:1–15 y la promesa de regresar a la Iglesia Presbiteriana Victory, hallada en Mateo 16:18, a una persona como yo, James; y por cómo, al guiarme —en mi debilidad— a poner la mirada únicamente en Él, demostró el poder de esas promesas para avivar y restaurar mi alma.

La segunda pregunta es: «¿Qué es el hombre, para que lo ames y cuides de él?»

Observe el Salmo 8:4: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?» El versículo pregunta: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?» En el hebreo original, la palabra traducida como «tener memoria» (o «pensar en») implica «recordar», lo cual significa amor. Además, el versículo pregunta: «¿y el hijo del hombre, para que lo visites?» Aquí, la palabra «visitar» (o «cuidar») significa «velar por» o

«ocuparse de» (Park Yun-sun). Al contemplar «tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste» (versículo 3), el salmista David se maravilla ante la gracia con la que Dios ama y cuida a la humanidad. ¿Qué piensa usted? Al contemplar la creación de Dios —comparando los vastos cielos, la luna y las estrellas con nuestras propias vidas—, ¿acaso no nos preguntamos si nosotros, que somos meras vasijas de barro —infinitesimalmente pequeños, como la hierba o la neblina—, somos verdaderamente dignos del amor y el cuidado de Dios? Sin embargo, resulta aún más asombroso el hecho de que, entre toda la creación, Dios nos hizo a nosotros —los seres humanos— a su propia imagen. Precisamente por este hecho recibimos el amor y el cuidado de Dios. ¡Qué gracia y amor tan maravillosos los de Dios!

Yo, James —un simple ser humano—, solo puedo dar gracias por la gracia de Dios; me pregunto quién soy yo para que, entre las innumerables y maravillosas creaciones de Dios, Él me haya permitido llevar su imagen y disfrutar de las bendiciones de su amor y cuidado especiales.

La tercera pregunta es: «¿Qué es el hombre para que lo hayas coronado de gloria y honor?»

Observemos el Salmo 8:5: «Lo has hecho un poco menor que los ángeles y lo has coronado de gloria y honor». Este pasaje conlleva un doble significado: (1) profetiza que Jesús, en representación de la humanidad, sufriría y moriría —siendo hecho menor que los ángeles— para luego ser exaltado mediante la resurrección y la ascensión (Hebreos 12:6-9); y (2) al referirse a los santos redimidos por medio de Cristo, significa que serán plenamente redimidos y conformados a la imagen de Cristo (Park Yun-sun). El significado profético aplicado al Mesías ya se ha cumplido. Jesucristo, el Mesías, murió en la cruz, resucitó, ascendió al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Dios Padre exaltó a Jesús. Por tanto, el segundo significado permanece para nosotros. El día que Jesús regrese, seremos plenamente redimidos y transformados a la imagen de Cristo. En ese momento, Dios nos

«coronará de gloria y honor». ¿Qué es el hombre para recibir una bendición tan maravillosa, gloriosa y honorable?

¿Quién soy yo —James, un simple ser humano— para ser coronado con tal gloria y honor? ¿Qué podría ser, sino la gracia de Dios?

La cuarta y última pregunta es: «¿Qué es el hombre para que lo hayas puesto a gobernar sobre las obras de tus manos?» Observemos el Salmo 8:6: «Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies». Antes de la Caída, la humanidad gozaba de la bendición, otorgada por Dios, de tener autoridad para gobernar toda la creación. Sin embargo, al pecar, los seres humanos perdieron esa autoridad y no lograron gobernar el orden creado de manera ideal, en el verdadero sentido de la palabra. No obstante, mediante la redención de Cristo, la humanidad alcanzará finalmente la posición de gobernar sobre toda la creación el día en que la salvación llegue a su plenitud (Park Yun-sun). ¿Qué es el hombre para llegar a tal posición de dominio? No puede ser otra cosa que la gracia absoluta de Dios.

Viene a mi mente la primera estrofa del himno 410: «¡Sublime gracia! ¡Qué dulce el sonido que salvó a un miserable como yo!». Dios redimió a alguien que verdaderamente no tenía valor alguno; nos permitió conocerle y disfrutar de las bendiciones de su amor y cuidado; y prometió que, el día del regreso del Señor, nos coronaría de gloria y honor y nos elevaría a la posición de gobernar sobre toda la creación. En efecto, al considerar que los seres humanos no somos más que hierba, vasijas de barro o neblina, uno no puede sino confesar: «No alcanzo a comprender» por qué Él nos concede tales bendiciones.

¡Confía en el Señor!

[Salmo 9]

Para nosotros, los cristianos, los momentos de desánimo nos llevan a anhelar a Dios. En última instancia, el desánimo se transforma en anhelo, y ese anhelo fomenta la esperanza en Dios, llevándonos a alabarlo. Por eso el salmista declara en el Salmo 42:11: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío». Aquí, el salmista ordena a su alma «esperar en Dios», una declaración de su determinación de confiar en el Señor. Aun cuando los cristianos enfrentamos el desánimo en el mundo debido a diversas circunstancias, el Espíritu Santo transforma esa desesperación en un anhelo por Dios, impulsándonos a confiar aún más en Él. Así, en el Salmo 9:10, David afirma que «en ti confiarán los que conocen tu nombre». Reflexionemos ahora sobre tres maneras en que actúan aquellos que confían en el Señor, basándonos en el pasaje del Salmo 9:

En primer lugar, quienes confían en el Señor dan gracias a Dios con todo su corazón, y se regocijan y exultan en Él.

Observemos el Salmo 9:1-2: «Te alabaré, oh Jehová, con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas. Me alegraré y me regocijaré en ti; cantaré a tu nombre, oh Altísimo». La razón por la que David daba gracias con todo su corazón y se regocijaba en el Señor era que Dios había derrotado a los enemigos de David y a sus naciones. El motivo por el cual David daba gracias, se regocijaba y exultaba aquí no era simplemente que sus enemigos hubieran encontrado su ruina, sino que la justicia y la grandeza de Dios habían sido reveladas (Park Yun-sun).

Me pregunto: ¿cuál es la verdadera fuente de mi gratitud, alegría y exultación ante Dios? ¿Doy gracias con todo mi corazón y me regocijo en el Señor —como lo hacía David— porque se ha revelado la naturaleza misma de Dios, su soberanía y su esencia? ¿O acaso me regocijo y doy gracias basándome en lo que Dios ha *hecho*, en lugar de en quién *es* Él? Al reflexionar sobre esto, debo admitir que hay demasiadas ocasiones en las que no logro confiar plenamente en el Señor. La razón es que mi confianza a menudo se basa en Sus acciones más que en Su propia naturaleza. ¿Cómo podría yo comprender todas las obras de Dios? En consecuencia, si confío en el Señor basándome en Sus acciones, frecuentemente caigo en el pecado de confiar en cosas distintas a Él, simplemente porque no puedo abarcar Sus obras con mi entendimiento limitado.

Aquellos que verdaderamente confían en el Señor dan gracias y se regocijan de todo corazón cuando se revela la naturaleza de Dios —Su soberanía y esencia—. David dio gracias y se regocijó sinceramente porque había comprendido y experimentado el «justo juicio» de Dios (v. 4). Esto se debió a que la justicia de Dios se manifestó a través de aquel juicio justo. En medio de su sufrimiento y persecución actuales, David dio gracias y se regocijó en el Señor al recordar sucesos pasados: cómo el Señor, quien «defendió [su] derecho y [su] causa» y «se sentó en el trono» (v. 4), reprendió y destruyó a los impíos, y «borró el nombre de ellos para siempre» (vv. 5-6). Incluso en medio de nuestras dificultades y adversidades actuales, debemos afrontarlas con una actitud de gratitud sincera, gozo y deleite en Dios, recordando cómo Él se reveló como Dios en nuestras experiencias pasadas.

En segundo lugar, quienes confían en el Señor hacen de Dios su «refugio» (o fortaleza).

Consideremos el Salmo 9:9: «El Señor es refugio para el oprimido, refugio en tiempos de angustia». Cuando el salmista David enfrentó situaciones semejantes a las «puertas de la muerte» y sufrió a manos de sus enemigos (versículo 13), no solo dio gracias de todo corazón y se regocijó en el Señor al recordar la naturaleza de Dios —específicamente Su justicia—,

sino que también hizo del Señor su refugio mientras se encontraba al borde de la muerte. En el versículo 9, David declara que el Señor es un «refugio en tiempos de angustia»; la palabra para «angustia» aquí deriva de una raíz que significa «cortar» o «quedar aislado» (Park Yun-sun). En otras palabras, David hizo del Señor su refugio precisamente cuando toda esperanza había sido cercenada. ¡Qué fe tan preciosa es esta! El acto de David de hacer del Señor su refugio y fortaleza —confiando únicamente en Él incluso a las puertas mismas de la muerte— es una expresión de fe verdaderamente magnífica.

Al igual que David, nosotros también debemos hacer del Señor nuestra fortaleza y confiar únicamente en Él cuando toda esperanza terrenal parece perdida y no parece haber salida. Lo hacemos porque nuestro Señor es un Dios que nunca abandona a quienes le buscan (versículo 10). Además, puesto que nuestro Señor es el Dios que no olvida el clamor de los necesitados (v. 12) y el Señor rico en misericordia que ve nuestra aflicción (v. 13), debemos hacer de Él nuestra fortaleza. Dado que Él no nos olvida —es más, no puede olvidarnos— y asegura que nunca suframos una decepción definitiva (v. 18), debemos hacer de Él nuestra fortaleza con firmeza. Debemos refugiarnos en Él en tiempos de angustia y buscar Su protección.

En tercer y último lugar, quienes confían en el Señor alaban a Dios.

Consideremos el Salmo 9:2, 11 y 14: «Me alegraré y me regocijaré en Ti; cantaré alabanzas a Tu nombre, oh Altísimo… ¡Cantad alabanzas al Señor, que habita en Sion! Proclamad Sus obras entre los pueblos… para que yo cuente todas Tus alabanzas, para que a las puertas de la hija de Sion me regocije en Tu salvación». David, el salmista, decide alabar a Dios, confiando en la esperanza de que el Señor —su fortaleza— no abandonará a quienes confían en Él y le buscan, sino que mostrará misericordia, los rescatará de las puertas de la muerte y les otorgará la gracia de la salvación. Al creer que Él lo guiaría desde las puertas de la muerte (v. 13) hasta las puertas de Sion (v. 14), David no podía sino alabar al Señor con toda su alma. Esta alabanza de David en el Antiguo Testamento nos recuerda el relato de

Hechos 16:25, donde Pablo y Silas oraban y alababan a Dios en la cárcel: «Pero a medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, y los presos los escuchaban». Fue de esta manera como Pablo y Silas fueron liberados de aquella prisión. Del mismo modo, nosotros también podemos alabar a Dios en medio de cualquier adversidad o dificultad: «Cuando enfrento dificultades y mi fe se siente débil, me apoyo aún más en el Señor, en quien confío. Al pasar los años, Él sigue siendo mi único sustento; venga lo que venga, confío en Jesús» (Himno 342, estrofa 1 y estribillo).

El creyente que conoce el nombre del Señor es aquel que confía en Él. Tal persona contempla el pasado y medita en cómo ha experimentado la soberanía y la naturaleza de Dios; en consecuencia, ofrece gracias de todo corazón y se regocija en el Señor, aun en medio del sufrimiento y la adversidad presentes. Al hacerlo, convierte al Señor en su fortaleza y se refugia en Él. Especialmente cuando se ha desvanecido toda esperanza terrenal, son ellos quienes alaban a Dios, declarando: «¿Cuál es la esperanza de mi alma? Ninguna otra que nuestro Señor Jesús» (Himno 539). Cuando esto sucede, Dios —que habita en medio de nuestras alabanzas— revelará su gloria y su poder a través de ellas.

El Señor que escucha los deseos de los humildes

[Salmo 10]

Durante el servicio de oración de la madrugada del miércoles, el Espíritu Santo me guio a presentar ante Dios un deseo que Él había puesto en mi corazón. Mientras expresaba ese deseo en medio de un dolor silencioso en mi alma, derramé algunas lágrimas; lágrimas nacidas de un anhelo ferviente. Ese deseo era la «santidad de Dios y la gloria de Dios». Él me impulsó a orar fervientemente para descansar en el seno del Dios santo y glorioso, clamando: «¡Maranata!» y «¡Señor, ven pronto!».

El Salmo 10:17 nos dice que el Señor es el Dios que escucha «el deseo de los humildes». Cuando nos inclinamos humildemente ante el Dios santo y glorioso y presentamos nuestras oraciones y deseos, Él es el Dios que escucha y responde. Consideremos primero quiénes son los «humildes» mencionados en el pasaje de hoy. Podemos identificar cuatro características.

En primer lugar, los humildes son los «afligidos» (o «pobres/necesitados»).

Observemos el Salmo 10:2 y 9: «En su arrogancia, el impío persigue al débil [afligido], quien queda atrapado en las tramas que aquel ideó… Acecha como un león en su guarida; acecha para atrapar al indefenso; atrapa al indefenso y lo arrastra en su red». Un verdadero creyente es alguien que está afligido. Aquí, el término «afligido» se refiere a «aquel que sufre» (Park Yun-sun). Mientras viven en este mundo pecaminoso, los verdaderos creyentes sufren a manos de los «impíos» (versículos 3, 4, 14, 15). Los impíos atormentan de diversas maneras

a los santos que creen en Jesús. Por lo tanto, siempre que enfrentemos tal angustia, debemos inclinarnos humildemente y orar con fervor a Dios Padre.

En segundo lugar, los humildes son descritos como los «solitarios».

Observemos el Salmo 10:8, 10 y 14: «Se sienta al acecho en las aldeas; desde sus escondites asesina al inocente, vigilando en secreto al desvalido... Se agazapa y se oculta; los desvalidos caen bajo su fuerza... Pero Tú, oh Dios, ves la aflicción y el dolor; Tú los consideras para hacerte cargo de ellos. La víctima se encomienda a Ti; Tú eres el ayudador del huérfano». Un verdadero santo es una persona solitaria. Inevitablemente se experimenta soledad por causa de la justicia del Señor. Al vivir en un mundo de impíos lleno de injusticia, somos aquellos que eligen la soledad por causa de la justicia del Señor. Al sufrir debido a la maldad de los injustos, es inevitable que nos sintamos solos y aislados en este mundo pecaminoso.

En tercer lugar, los humildes son descritos como los «pobres».

Observemos el Salmo 10:12: «¡Levántate, oh Señor! Oh Dios, alza tu mano. No te olvides de los desvalidos». Un verdadero santo es una persona pobre; pobre no necesariamente en riqueza material, sino pobre de espíritu. En medio del sufrimiento y la opresión, nuestros espíritus inevitablemente se vuelven pobres. En consecuencia, llegamos a anhelar el Reino de los Cielos (Mateo 5:3). Así como Moisés, mientras estaba en el desierto durante el Éxodo, anhelaba profundamente la Tierra Prometida de Canaán con un espíritu empobrecido por sus circunstancias, así también nosotros —que vivimos en este mundo semejante a un desierto— anhelamos aún más nuestro hogar celestial.

En cuarto lugar, los «humildes» se refieren a «los huérfanos y los oprimidos».

Consideremos el Salmo 10:18: «Para hacer justicia al huérfano y al oprimido, a fin de que el hombre de la tierra no oprima más». Los verdaderos creyentes son aquellos oprimidos por «el hombre de la tierra» (v. 18). En este mundo, los verdaderos creyentes viven como huérfanos sin padres. Son huérfanos que sufren persecución y adversidad a manos de Satanás, el padre de aquellos que pertenecen al mundo.

Entonces, ¿cuál es el «deseo de los humildes»? Podemos considerar cuatro puntos.

Primero, el deseo de los humildes es: «Que los impíos y soberbios caigan en las mismas tramas que han ideado». Consideremos el Salmo 10:2: «El impío, en su soberbia, persigue al pobre; que sean atrapados en las tramas que han ideado». El salmista declara: «Cavó un hoyo y lo profundizó, y ha caído en la fosa que él mismo hizo» (7:15). En otras palabras, el «hoyo» cavado por el impío y soberbio es la ideología de que «no hay Dios» (10:4). Han cavado un hoyo basado en la noción de que Dios no existe: un hoyo lleno de ideas como «Dios no está mirando», «Dios se ha olvidado» y «Dios ha escondido su rostro» (v. 11). En consecuencia, los impíos caen en sus propias tramas (v. 2). Es por este desenlace que los humildes elevan a Dios su oración llena de anhelo.

En segundo lugar, el anhelo de los humildes es: «No te olvides del pobre».

Observemos el Salmo 10:12: «¡Levántate, oh Señor! ¡Oh Dios, alza tu mano! No te olvides de los afligidos». La mentalidad del impío sostiene que no hay Dios y, por consiguiente, que tal Dios jamás se acordaría del pobre. Por eso el salmista —un verdadero creyente— expresó su anhelo a Dios, pidiéndole que no se olvidara de los afligidos.

En tercer lugar, el anhelo de los humildes es: «Busca la maldad del malvado hasta que no quede rastro de ella».

Observemos el Salmo 10:15: «Quebranta el brazo del impío; busca su maldad hasta que no se halle ninguna». El salmista oró para que Dios no solo derribara el poder de los extremadamente impíos, sino que también los destruyera por completo hasta que no quedara rastro de su maldad. Debido a que el salmista reverenciaba a Dios y aborrecía el mal con tanta intensidad, suplicó al Dios santo y justo que erradicara totalmente esa maldad.

Finalmente, el cuarto anhelo de los humildes es: «Juzga al impío para que aquellos que pertenecen al mundo ya no nos amenacen».

Observemos el Salmo 10:18: «Para hacer justicia al huérfano y al oprimido, a fin de que el hombre de la tierra no oprima más». El salmista oró para que Dios juzgara a quienes pertenecen al mundo, asegurando así que ya no pudieran amenazar a los humildes. ¿Cómo respondió Dios, entonces, a la oración del salmista? En otras palabras, ¿qué clase de Dios experimentó el salmista?

En primer lugar, el Señor es el Dios que ve todas las cosas.

Observemos el Salmo 10:14: «Pero tú has visto, pues observas la maldad y la aflicción para tomarlas en tus manos; a ti se encomienda el desvalido; tú eres el ayudador del huérfano». El Señor es el Dios que ve las acciones crueles de los impíos en la tierra y la situación injusta que padecen los santos. Aunque los impíos dicen: «El Señor no ve» (v. 4) o «Dios ha olvidado; ha escondido su rostro; nunca lo verá» (v. 11), el salmista se lamenta por la gloria de Dios y pregunta: «¿Por qué renuncian los impíos a Dios? ¿Por qué han dicho en su corazón: "No pedirás cuentas"?» (v. 13) (Park Yun-sun). Dios es quien observa la maldad y la aflicción (v. 14). Él es el Dios que ve todas las cosas.

En segundo lugar, el Señor es el Dios que retribuye con su propia mano.

Miremos de nuevo el Salmo 10:14: «Pero tú has visto, pues observas la maldad y la aflicción para tomarlas en tus manos; a ti se encomienda el desvalido; tú eres el ayudador del huérfano». Los impíos —creyendo que Dios no ve y sin tener a Dios en sus pensamientos (v. 4)— se dicen a sí mismos: «No seré conmovido; a través de todas las generaciones no conoceré la adversidad» (v. 6); sin embargo, el Señor es quien los «juzga» (v. 18) y destruye por completo el poder de los impíos (v. 15).

Finalmente, el Señor es quien ayuda a los santos sinceros que confían en Él. Miremos nuevamente el Salmo 10:14: «Pero tú lo has visto, pues observas la maldad y la aflicción para tomarlas en tus manos; a ti se encomienda el desvalido; tú has sido el ayudador del huérfano». Puesto que quienes conocen su nombre ponen su confianza en Él (9:10), presentan humildemente sus peticiones al Señor. Nuestro Señor es el Dios que oye y responde a tales oraciones nacidas del anhelo del corazón. El Dios que socorrió al salmista en su momento de necesidad sigue con nosotros, ofreciendo gracia para ayudarnos en los tiempos de aflicción.

Nuestro Señor es quien escucha los anhelos de los humildes. Él es el Dios que atiende y responde a las humildes oraciones de los afligidos, los solitarios, los pobres de espíritu, los huérfanos y los oprimidos de entre los santos. Él es el Señor que hace que los impíos y soberbios —aquellos que nos atormentan y oprimen— caigan en sus propias trampas; Él los juzga y destruye por completo, asegurándose de que ya no puedan amenazar a los pobres. Él nunca olvida a los pobres y escucha sus oraciones; como todo lo ve, juzga a los impíos con justicia y otorga la gracia de la salvación a los humildes. Presentemos humildemente nuestras peticiones a este Dios.

Pensamientos de soberbia.

«Por su soberbia, el impío no busca a Dios; en todos sus pensamientos no hay lugar para Dios» (Salmo 10:4).

El Señor conoce todos nuestros pensamientos. Él sabe cuándo albergamos pensamientos malvados en nuestros corazones (Mateo 9:4). Sabe cuándo no ponemos la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Marcos 8:33). También conoce la vanidad de nuestros pensamientos (Salmo 94:11). En particular, el Señor percibe claramente los pensamientos de soberbia en nuestro corazón (Lucas 1:51). Entonces, ¿cuáles son estos pensamientos de soberbia?

En primer lugar, un pensamiento de soberbia en nuestro corazón es la idea de que «no hay Dios».

Observemos de nuevo el Salmo 10:4: «Por su soberbia, el impío no busca a Dios; en todos sus pensamientos no hay lugar para Dios». Por supuesto, como aquellos que hemos sido justificados mediante la fe en Jesús, no somos los «impíos» descritos aquí. Sin embargo, al seguir los instintos de nuestro «viejo hombre», a menudo albergamos pensamientos de soberbia tal como lo hacen los impíos. Ese pensamiento de soberbia es la idea de que «no hay Dios». En otras palabras, cuando somos soberbios, no hay lugar para Dios en nuestros pensamientos (v. 4). Además, cuando somos soberbios, no buscamos a Dios (v. 4); de hecho, ni siquiera sentimos la necesidad de buscarle. Sin embargo, cuando todo lo que hacemos prospera (v. 5), nuestros corazones se llenan cada vez más de codicia y avaricia. Nos jactamos de nuestros deseos y nos entregamos a la codicia (v. 3), y traicionamos y

menospreciamos a Dios (v. 3). Así, en nuestra mentalidad soberbia, no hay Dios (v. 4). Esta es la insensatez de nuestra soberbia. Observemos la primera parte del Salmo 14:1: «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”...». En la mente insensata de los soberbios, no hay Dios.

Si vivimos con la mentalidad de que «no hay Dios», estamos siendo soberbios. Si nos entregamos a la codicia y a la avaricia mientras pensamos que no hay Dios, estamos siendo soberbios. Pensar que «no hay Dios» es un pensamiento de soberbia. Debemos desechar esta mentalidad soberbia. Dios existe. Dios es real. Nuestro Dios es un Dios vivo. Esta es la mentalidad de humildad. Debemos vivir ante Dios manteniendo esta mentalidad.

En segundo lugar, un pensamiento de soberbia en nuestros corazones es: «Nunca seré sacudido y nunca enfrentaré problemas, sin importar las circunstancias».

Observemos el Salmo 10:6: «El impío dice: "Nunca seré sacudido; nunca enfrentaré problemas"» (Versión Coreana Contemporánea). Si emprendemos nuestros proyectos sin buscar a Dios —impulsados por el pensamiento soberbio de que Él no existe— y luego tenemos éxito (versículos 4-5), inevitablemente nos volvemos aún más soberbios. Al no darnos cuenta de que el juicio de Dios nos aguarda, nos convencemos de que «nuestros caminos siempre están seguros» (versículo 5). En este estado de soberbia, nos decimos: «Nunca seré sacudido; nunca enfrentaré problemas» (versículo 6). Imaginamos que «viviremos una vida saludable y libre de dolor, sin sufrir nunca adversidades ni enfermedades como los demás» (73:4-5, Versión Coreana Contemporánea). En consecuencia, llevamos la soberbia como un collar y nuestra codicia no conoce límites (versículos 6-7, Versión Coreana Contemporánea). Sin ser conscientes de que el juicio de Dios nos espera, asumimos que nuestro camino siempre permanecerá seguro, diciéndonos: «Nunca seré sacudido, ni enfrentaré jamás la adversidad» (10:6). Este es un pensamiento nacido de la arrogancia.

Si el camino que recorremos permanece constantemente seguro, corremos un gran riesgo de engañarnos pensando que se debe a nuestro propio mérito. Un engaño aún mayor es la creencia de que «nunca seré sacudido». Albergamos esta idea errónea porque nos convencemos de que nunca encontraremos adversidades. Sin embargo, el fundamento de esta creencia falsa y vana no es otro que nosotros mismos. ¿Cómo podríamos encontrar la base de nuestra estabilidad dentro de nosotros mismos? Es una noción verdaderamente inútil y arrogante, una que debemos desechar por completo. El verdadero fundamento de nuestra estabilidad es únicamente el Señor; Él es la Roca de nuestra firmeza (1 Corintios 10:4). Por lo tanto, debemos encomendar nuestras cargas a Dios. Cuando lo hacemos, el Señor nos sostendrá y nunca permitirá que seamos sacudidos (Salmo 55:22).

En tercer lugar, un pensamiento arrogante que se alberga en el corazón es la creencia de que "Dios nos ha olvidado y ha escondido su rostro, negándose a mirar".

Consideremos el Salmo 10:11: "Piensan que Dios los ha olvidado, ha escondido su rostro y no ve" (Versión Coreana Contemporánea). Los impíos arrogantes oprimen severamente a los indefensos (versículo 2). Se jactan de los deseos de su corazón y se entregan a la codicia (versículo 3). Sus bocas están llenas de maldiciones, mentiras y violencia, mientras que la maldad y la iniquidad acechan bajo sus lenguas (versículo 7). Matan a los inocentes en lugares secretos, y sus ojos acechan a los indefensos (v. 8). Acechan en secreto para atrapar a los indefensos (v. 9). Luego, derriban a los indefensos con violencia (v. 10). Al hacerlo, piensan: "Dios los ha olvidado y ha escondido su rostro para no ver" (v. 11). Esta es precisamente la mentalidad del orgullo: cometer pecado en secreto mientras se cree que Dios no está mirando. Sin embargo, ¿qué dice el salmista? "Oh Señor, tú has visto las malas obras que cometen" (v. 14).

Si pecamos contra Dios en secreto mientras imaginamos que Él ha escondido su rostro y no está mirando, eso es un pensamiento de soberbia. Dios ve cada pecado que cometemos en secreto. Él observa todos nuestros pasos (Job 34:21). Además, examina nuestros corazones

y conciencias (Proverbios 16:2; 21:2; Salmo 7:9). Aquellos que verdaderamente creen y comprenden esta verdad nunca albergarán pensamientos de soberbia ante el Dios que ve sus corazones y conciencias. En cambio, reconociéndose como los peores pecadores ante Dios, confesarán humildemente sus pecados y se humillarán.

En cuarto lugar, un pensamiento de soberbia en nuestros corazones es la creencia de que "Dios no me castigará".

Observemos el Salmo 10:13: "¿Cómo pueden los impíos despreciar a Dios y decir: 'Él no me castigará'?" Los impíos soberbios desprecian a Dios. Los malvados y soberbios, que se jactan de los deseos de su corazón y dan rienda suelta a su codicia, traicionan y menosprecian a Dios (v. 3). En su soberbia, oprimen duramente a los desvalidos (v. 2); incluso los atrapan (v. 9) y los derriban mediante la violencia (v. 10), todo ello creyendo que Dios no los castigará (v. 13). Piensan así porque Dios no los castiga de inmediato (Ecl. 8:11). En consecuencia, se envalentonan para cometer el mal (v. 11).

Si nos atrevemos a pecar con audacia, es porque Dios no nos castiga al instante. ¿Por qué Dios no nos castiga de inmediato? Porque desea que nos arrepintamos y volvamos a Él (Rom. 2:4). Sin embargo, menospreciamos las riquezas de su bondad, tolerancia y paciencia (v. 4). ¿Cómo menospreciamos a Dios? Lo menospreciamos cuando, al pecar contra Él en nuestra soberbia, pensamos: «Dios no me castigará» (o «no nos castigará»). ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos. Debemos arrepentirnos del pecado de menospreciar a Dios. Debemos confesar ante Dios y arrepentirnos de los pecados que cometemos en secreto.

Pensar que «no hay Dios» es un pensamiento soberbio. Pensar: «Nunca seré sacudido y no enfrentaré adversidad alguna» es un pensamiento soberbio. Pensar: «Dios nos ha olvidado y ha escondido su rostro» es también un pensamiento soberbio; un pensamiento que resulta soberbio a los ojos de Dios. Debemos desechar todos esos pensamientos soberbios a los

pies de la cruz. Confiando en la preciosa sangre de Jesús, debemos arrepentirnos de todo pensamiento soberbio. Además, debemos cultivar una mentalidad humilde; hemos de adoptar la mente de Jesús y pensar con humildad (cf. Filipenses 2:5).

"Si los fundamentos son destruidos, ¿qué puede hacer el justo?"

[Salmo 11]

Una de las cosas que vienen a la mente al recordar el año 2005 es el huracán Katrina, que azotó Nueva Orleans, Estados Unidos. Se dice que aproximadamente un millón de residentes de Nueva Orleans se vieron obligados a trasladarse a otros estados debido a este huracán; algunos incluso han calificado esta migración masiva como un "Éxodo Negro". La opinión pública atribuye en gran medida este desastre masivo a la falta de construcción y mantenimiento de diques sólidos. Destacan dos hechos sorprendentes: primero, a principios de 2005, el Ejército de los EE. UU. solicitó 37 millones de dólares para reparar los diques de Nueva Orleans, pero el gobierno recortó el presupuesto a 3,9 millones. Segundo, la Junta de Diques de Nueva Orleans incurrió, al parecer, en una mala gestión fiscal, utilizando fondos destinados al mantenimiento de los diques para comprar un casino. Es una situación verdaderamente lamentable; no se realizaron las inversiones necesarias y los fondos asignados no se utilizaron adecuadamente. En consecuencia, cuando golpeó el huracán, los diques colapsaron en dos puntos a lo largo del lago Pontchartrain, provocando inundaciones catastróficas en la mayor parte de la ciudad.

Me encuentro reflexionando sobre si nosotros también hemos establecido un fundamento sólido. Los corazones, las familias y las iglesias edificados sobre un fundamento firme permanecerán inamovibles —capaces de mantenerse firmes y resistir— incluso cuando las olas del pecado, como un huracán Katrina, irrumpan con furia. Sin embargo, si no invertimos en establecer correctamente un fundamento —o si invertimos pero utilizamos esos

recursos en otra parte en lugar de construir el fundamento de nuestros propios corazones, familias e iglesias—, entonces todo colapsará y se desmoronará inevitablemente cuando las olas del pecado se estrellen contra nosotros. Debemos reflexionar sobre los fundamentos de nuestros corazones, nuestras familias y nuestras iglesias.

En el Salmo 11:3, el salmista David pregunta: "Si los fundamentos son destruidos, ¿qué puede hacer el justo?". La palabra "fundamento" aquí, traducida literalmente del hebreo original, está en plural: "fundamentos". Esto significa "justicia y verdad" (J. Ridderbos). En otras palabras, en la época en que David era perseguido por Saúl, los fundamentos de la justicia y la verdad se habían derrumbado. ¿Qué ocurre con la época en que vivimos? No es diferente. Nosotros también vivimos en una época en la que los fundamentos de la justicia y la verdad se han derrumbado. ¿Cómo debemos vivir, entonces, en tiempos así? Quisiera extraer dos lecciones del pasaje de hoy.

En primer lugar, en una época en la que los cimientos de la justicia y la verdad se han desmoronado, debemos confiar aún más en Dios.

Observemos el Salmo 11:1: «En el Señor me refugio. ¿Cómo, pues, pueden decirme: "Huye como un ave a tu monte"?». Aquí, David declara: «En el Señor me refugio...». Incluso mientras enfrentaba la persecución de Saúl y sus hombres —en medio de una época y una situación donde la justicia y la verdad brillaban por su ausencia—, David confió en Dios. Debido a que depositó su confianza en el Señor en medio de tal sufrimiento y persecución, pudo sentirse seguro en Dios aun en medio de todo aquello (Park Yun-sun). Sin embargo, lo interesante aquí es la sugerencia que hicieron los amigos de David. Le aconsejaron que «huyera como un ave... a los montes» (v. 1). La razón era que «los impíos tensan sus arcos; preparan sus flechas sobre la cuerda para disparar desde las sombras contra los rectos de corazón» (v. 2). Era un consejo que sonaba verdaderamente persuasivo. Dado que los impíos buscaban hacer daño a David —un hombre justo—, sus amigos le instaban a huir a los montes, tal como un gorrión podría escapar hacia la espesura de la montaña. No obstante,

David no aceptó este consejo aparentemente convincente; en su lugar, se refugió en el Señor. Lo hizo porque confiaba únicamente en el Señor.

Deberíamos considerar cómo responderíamos si nos encontráramos en peligro como David. Nos enfrentamos a una elección: ¿huiremos hacia el Señor y encontraremos seguridad en Él, o seguiremos el consejo de nuestros amigos de huir a los montes y buscar seguridad confiando en personas o cosas distintas al Señor? Ya conocemos la respuesta. Sabemos que no existe verdadera seguridad si confiamos en alguien o algo que no sea el Señor. Confiar en otros o en otras cosas puede ofrecer una sensación pasajera de seguridad, pero no puede brindar la paz y la seguridad que solo el Señor puede dar. Por lo tanto, debemos huir únicamente hacia el Señor. Solo Él es nuestra fortaleza y nuestro refugio. Especialmente en esta época en la que los fundamentos de la justicia y la verdad se han desmoronado, debemos gozar de verdadera protección y seguridad confiando en el Dios de justicia y verdad.

Por último, en una era en la que los cimientos de la justicia y la verdad se han derrumbado, debemos transitar por la senda de la rectitud.

¿Por qué debemos andar por la senda de la rectitud? Porque Dios es justo y ama las obras justas. Consideremos el Salmo 11:7: «Porque el Señor es justo, y ama las obras justas; los rectos contemplarán su rostro». Como personas que han sido justificadas, nosotros también debemos amar la rectitud y caminar fielmente por la senda de la rectitud. Cuanto más crítica sea la situación, con mayor firmeza debemos aferrarnos a ese camino (Park Yun-sun). Ciertamente, el día del juicio de Dios se acerca. Vivimos en una era donde las tinieblas son profundas y la maldad se extiende desenfrenadamente. En estos tiempos, cuando las fuerzas de las tinieblas buscan tentar a los «rectos de corazón» (v. 2) y apartarlos de la senda de la rectitud hacia una vida de pecado, caminar fielmente hasta el final como «rectos» (v. 7) supone un desafío enorme. Es una tarea ardua mantener el corazón recto, amar la senda

de la rectitud y transitar por ella, especialmente en una época en la que los fundamentos de la justicia y la verdad se han desmoronado.

Vivimos en una era donde los caminos anchos de la maldad son claramente visibles y audibles en todas direcciones. En consecuencia, recorrer la senda estrecha y ardua de la rectitud —a menudo en soledad— resulta imposible sin confiar en el Señor. Es un camino solitario, pero es precisamente la senda que el propio Señor recorrió. David pudo transitar este camino porque creía que el Señor, en quien confiaba, ve tanto al justo como al impío (vv. 4–7). David sabía que Dios —quien atraviesa a los impíos con su mirada (v. 4: «contempla/examina») y «aborrece al impío y al que ama la violencia» (v. 5)— los juzgaría a su debido tiempo (v. 6). En medio de esto, David también confiaba en que Dios «examina» (v. 5) al justo. Aquí, la palabra «examinar» se refiere a una «prueba». En otras palabras, Dios pone a prueba a los justos antes de ayudarlos. Dios prueba a los justos para ver si sus corazones son rectos (versículo 2) y si son honestos (versículo 7). Además, Dios examina si confían plenamente en Él y les otorga su ayuda una vez que superan esa prueba. David confiaba totalmente en Dios; era un hombre de corazón recto y honesto. Por eso pudo recibir la ayuda de Dios.

Vivimos en una época en la que la justicia y la verdad se han desmoronado. Incluso dentro de nosotros mismos —como personas que nos llamamos cristianas—, los fundamentos de la justicia y la verdad en nuestros corazones se han derrumbado en gran medida. Los cimientos de nuestras familias y de nuestras iglesias también parecen estar desmoronándose. ¿Cómo debemos vivir, entonces, en tiempos así? Debemos confiar aún más en Dios y establecer firmemente los fundamentos de la justicia y la verdad en nuestros corazones, nuestras familias y nuestras iglesias. Debemos asegurarnos de que estos cimientos sean sólidos para poder construir nuestras vidas, familias e iglesias con seguridad sobre ellos. Al hacerlo, permaneceremos seguros, sin importar cuán violentas sean las olas de pecado —semejantes a huracanes— que se levanten contra nosotros. Debemos seguir caminando fielmente por la senda de la justicia. Aunque los caminos

anchos del mal sean visibles y audibles a nuestro alrededor, debemos transitar por el camino estrecho de la justicia. Por tanto, debemos hacer brillar la luz de la justicia y la verdad de Dios en este mundo tenebroso.

El refugio seguro que anhelan los piadosos

[Salmo 12]

En su libro *The Next Generation Leader* (El líder de la próxima generación), el pastor Andy Stanley expone las «5 C». La última «C» es «Carácter». El autor enfatiza que los líderes de la próxima generación deben centrarse en el carácter. Para ilustrar este punto, cita encuestas que indican que el tipo de líderes a quienes la gente *quiere* seguir son aquellos que son honestos, francos, veraces y dignos de confianza. Sin embargo, en la época en que vivimos —donde existen innumerables líderes a quienes la gente sigue solo por necesidad (en gran parte porque todos quieren ser líderes)—, deberíamos detenernos a considerar a cuántos líderes que nos rodean deseamos seguir *verdaderamente*. La razón es que tales líderes podrían ser muchos menos de lo que imaginamos.

En el Salmo 12:1, David se lamenta: «Los piadosos han desaparecido; los fieles se han esfumado de entre la humanidad». Incluso en el entorno de David, no había personas piadosas ni fieles. El término «hombre piadoso» se refiere aquí a alguien que goza de favor; específicamente, alguien amado por Dios (Park Yun-sun). Para ser más precisos, el «hombre piadoso» es un «hombre fiel»; describe a alguien de carácter firme y digno de confianza (Park Yun-sun). Una persona piadosa amada por Dios no se vuelve indulgente consigo misma debido a ese amor; más bien, se vuelve firme y constante (Park Yun-sun). Esto plantea la pregunta: «¿Soy yo, de hecho, una persona piadosa?». Me pregunto si mi carácter es firme y digno de confianza. No obstante, esta pregunta puede resultarnos ajena, simplemente porque rara vez nos la planteamos. Una pregunta más habitual —o tal vez una que *deberíamos* hacernos— es: «¿Es esa persona verdaderamente digna de confianza?». Rara

vez nos preguntamos: «¿Soy yo una persona digna de confianza?», porque a menudo nos preocupa más si *otros* poseen esa cualidad que esforzarnos por encarnarla nosotros mismos. Por ello, debemos detenernos y preguntarnos —una vez, o mejor aún, con frecuencia—: «¿Soy yo, de hecho, una persona digna de confianza?».

Vivimos en una época en la que la confianza mutua es escasa. Es un tiempo en el que a los pastores les cuesta confiar en sus congregaciones —e incluso entre ellos mismos— y en el que los miembros de la congregación no depositan en los pastores la misma confianza absoluta que antes. Al reflexionar sobre la causa raíz de esta situación a la luz del Salmo 12, creo que la respuesta reside en la disminución del número de «personas piadosas» (versículo 1). Ciertamente, el mundo se ha convertido en un lugar donde resulta difícil hallar a los piadosos, ya sea entre los pastores o entre los miembros de la congregación. Me pregunto: ¿cuántos pastores a mi alrededor son líderes verdaderamente piadosos a quienes desearía seguir desde lo más profundo de mi corazón? Al meditar hoy en este pasaje, he extraído algunas aplicaciones para nuestra iglesia: (1) En primer lugar, como pastor principal, me propongo cultivar un carácter firme y llegar a ser una persona digna de confianza. Decido no rendirme, sino esforzarme por alcanzar la madurez de carácter: llegar a ser un pastor que se asemeje cada vez más al Señor. (2) En segundo lugar, me propongo centrarme más intensamente en compartir el amor de Dios entre los líderes de la iglesia y en formar a personas de carácter firme y dignas de confianza. (3) Por último, el tercer punto es que tanto los líderes de la iglesia como la congregación deben esforzarse y orar para construir una comunidad caracterizada por la confianza mutua.

Entonces, ¿cuál es la «zona de seguridad» (o la «seguridad») de la persona piadosa mencionada en el Salmo 12:5? No es otra que la «salvación» (Park Yun-sun). En otras palabras, «la seguridad que él desea» se refiere a la salvación que los piadosos, los «afligidos» y los «necesitados» (v. 5) anhelan fervientemente (Park Yun-sun). Por eso David, el salmista, elevó una oración a Dios en el versículo 1 del pasaje de hoy —«¡Ayuda, oh Señor!»— pidiendo liberación. ¿Por qué elevó David tal oración al Señor? Porque, en una

época plagada de mentiras, labios lisonjeros y doblez de corazón (v. 2) —y con los impíos campando a sus anchas por todas partes (v. 8)—, los piadosos sufrían una opresión miserable y gemían en su necesidad (v. 5). La razón por la que los piadosos enfrentaban tal opresión y persecución era su propia veracidad (v. 6). Como alguien que encarnaba la verdad de la Palabra de Dios, David fue perseguido por mentirosos, aduladores y aquellos que hablaban con doblez y se afanaban en jactarse con sus lenguas. Aquellos malvados llegaron al extremo de decir: «Con nuestra lengua venceremos; nuestros labios son nuestros: ¿quién es nuestro señor?» (v. 4), pecando habitualmente con sus palabras a su antojo. ¿Acaso dejarían en paz a David, hombre veraz y piadoso? Por eso David clamó a Dios pidiendo ayuda. Rogó por la salvación divina; en otras palabras, buscaba un lugar seguro. En respuesta a su oración, Dios le dio una promesa: «… ahora me levantaré y lo pondré a salvo, como él desea…» (v. 5). Era la promesa de que Dios no se quedaría de brazos cruzados observando simplemente. Habiendo llegado el momento señalado, Él ya no se limitaría a mirar mientras su pueblo piadoso sufría persecución. Prometió que actuaría sin falta. Dios aseguró a David que obraría la salvación, levantándose como quien despierta del sueño. Declaró que protegería a los piadosos y los preservaría para siempre (versículo 7).

Vivimos en un mundo donde proliferan las lenguas mentirosas, lisonjeras, hipócritas y malvadas; lenguas audaces y desenfrenadas que se alzan desafiantes hacia el cielo. Dado que tantos cristianos caen presa de tales lenguas, vivimos una época en la que escasean cada vez más las personas piadosas y fieles. En tiempos así, debemos esforzarnos por ser personas piadosas: individuos de carácter firme y dignos de confianza. Además, aun en medio de la opresión y la persecución de los malvados —que a menudo se intensifican a medida que crecemos en piedad—, no debemos abandonar nuestra búsqueda de una vida piadosa; por el contrario, debemos invocar a Dios con fervor y anhelar su salvación. Al hacerlo, nuestro Señor nos colocará en el «refugio seguro» que deseamos. Dios no se limitará a observar; se levantará y nos situará en ese lugar de seguridad. ¡Victoria!

Los piadosos y fieles

«¡Sálvame, oh SEÑOR, porque ya no quedan piadosos; los fieles han desaparecido de entre los hombres! Todos mienten a su prójimo; sus labios lisonjeros hablan con doblez de corazón. Que el SEÑOR corte todos los labios lisonjeros y toda lengua jactanciosa: aquellos que dicen: "Triunfaremos con nuestras lenguas; dueños somos de nuestros labios, ¿quién es nuestro señor?"» (Salmo 12:1-4).

En esta época en la que los piadosos y fieles están desapareciendo, ¿qué clase de cristianos debemos ser? Debemos ser personas piadosas y fieles. Basándome en el pasaje del Salmo 12:1-4, he identificado tres características de la mentalidad que poseen los piadosos y fieles.

En primer lugar, los piadosos y fieles poseen un corazón veraz.

Aquellos que son impíos e infieles albergan un corazón engañoso. En consecuencia, inevitablemente dicen falsedades (v. 2). Nosotros, sin embargo, debemos decir la verdad. Debemos ser honestos ante Dios y ante los demás, y también debemos ser honestos con nosotros mismos. Debemos purificar nuestros corazones mediante la palabra de verdad (1 Pedro 1:22). Nuestros corazones deben ser aquellos que disfrutan de la libertad a través de la verdad de Dios (Juan 8:32). Desde tal corazón, la verdad de Dios debe fluir naturalmente a través de nuestros labios.

En segundo lugar, los piadosos y fieles poseen un corazón íntegro.

Los piadosos y fieles nunca son personas de doble ánimo que carecen de firmeza (Santiago 1:8). Los impíos e infieles albergan un corazón doble; mientras afilan una espada en sus mentes, ofrecen lisonjas con sus labios (Salmo 12:2). Tales labios lisonjeros conducen a la ruina (Proverbios 26:28). Sin embargo, los piadosos y fieles no adulan con sus labios. No hay discrepancia entre su corazón interior y sus palabras externas. Incapaces de mentir, no pronuncian palabras que no sienten; más bien, hablan con sinceridad desde un corazón veraz. Con integridad de corazón y propósito, viven honesta y verazmente tanto ante Dios como ante las personas.

En tercer lugar, los piadosos y fieles poseen un corazón humilde.

Los piadosos y fieles se jactan de Dios con sus labios. En cambio, los impíos e infieles se jactan con labios lisonjeros, diciendo: «Con nuestra lengua venceremos; nuestros labios son nuestros: ¿quién es nuestro señor?» (Salmo 12:4). Como no han recibido a Jesús como Señor en sus corazones, consideran que sus labios les pertenecen y los usan para jactarse de sí mismos. Los piadosos y fieles, por el contrario, viven con Jesús como Señor en sus corazones y reconocen que el Señor gobierna también sus labios. Por eso, consagran sus labios al Señor, utilizándolos para gloriarse en Él y darle gloria.

El proceso de la oración

[Salmo 13]

En su libro *This Is Success* (Esto es el éxito), A. W. Tozer escribe: «Debemos respetar a todas las personas. Quizás no podamos respetarlas basándonos en su apariencia actual, pero debemos respetarlas viendo el potencial de transformación mediante la sangre del Cordero y el poder renovador del Espíritu Santo». Uno no puede ver este «potencial de cambio» en los demás a menos que uno mismo esté experimentando un cambio. Cuando deseamos que otra persona cambie y nos preguntamos: «¿Por qué no cambia esa persona?», la razón a menudo radica en el hecho de que nosotros mismos no estamos cambiando.

Entonces, ¿qué debemos hacer para experimentar esta transformación? La Biblia nos enseña a orar. Al orar, debemos experimentar un cambio en nosotros mismos antes de que las circunstancias que enfrentamos cambien realmente. En este sentido, deberíamos ser diferentes después de la oración de lo que éramos antes. Por ejemplo, aunque antes de orar hayamos carecido de paz y estuviéramos llenos de odio, ansiedad y preocupación, deberíamos experimentar una transformación en la que nuestros corazones se llenen de paz, amor y seguridad después de hacerlo.

En el Salmo 13, vemos una clara diferencia en el salmista David antes y después de su oración. Espero que, al meditar en el proceso de su oración —su estado antes, durante y después—, podamos recibir la gracia que Dios tiene preparada para nosotros.

En primer lugar, el estado de David antes de la oración estaba definido por la pregunta: «¿Hasta cuándo?». Observemos el Salmo 13:1-2: «¿Hasta cuándo, oh Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo tendré que luchar con mis pensamientos y sentir tristeza en mi corazón todo el día? ¿Hasta cuándo triunfará mi enemigo sobre mí?». David, el salmista, clamó a Dios preguntando «¿Hasta cuándo?» en cuatro ocasiones. Apeló a Dios con esta pregunta mientras su espíritu estaba profundamente abatido, tras haber soportado durante mucho tiempo una adversidad agotadora causada por su «enemigo» (versículo 4) (Park Yun-sun). Nosotros también podemos experimentar tal lamento. Personalmente, al orar a Dios sobre la evangelización de mis queridos amigos, a veces he clamado con angustia: «Señor, ¿hasta cuándo?». ¿Y tú? ¿Alguna vez has elevado una oración de lamento —preguntando «¿Hasta cuándo?»— al enfrentarte a una adversidad prolongada y sentir que tu paciencia y tus fuerzas llegan a su límite? En nuestra vida de fe, hay momentos en que nuestro espíritu se abate, tal como le sucedió a David. También Elías se sentó una vez bajo un enebro, tan abrumado por la depresión que pidió morir. Nosotros también atravesamos momentos en los que nos sentimos tan abatidos que no sabemos qué hacer. Sin embargo, en lugar de ceder a la desesperación en tales situaciones, debemos aprovechar la experiencia como una oportunidad para anhelar a Dios. Debemos doblar nuestras rodillas en oración con mayor fervor y suplicar sinceramente a Dios. El pastor Park Yun-sun dijo una vez: «Hay momentos en que experimentamos la luz de la gracia de Dios como si fuera de día, pero también es un acto de gracia poder sentir angustia espiritual, como si fuera de noche». Ciertamente, es así. Al sentirnos espiritualmente oprimidos y angustiados, debemos clamar a Dios preguntando: «¿Hasta cuándo?». Esto también es gracia de Dios.

David se sentía espiritualmente oprimido y angustiado porque percibía que Dios lo había olvidado para siempre y que el Señor le ocultaba su rostro (versículo 1). Habló de «tener congoja en mi alma y dolor en mi corazón todo el día» (versículo 2); aquí, la expresión «tener congoja» (o «buscar consejo en el alma») significa «ser consumido por la preocupación y darle vueltas a diversos pensamientos en la mente debido al sufrimiento» (Park Yun-sun).

En otras palabras, el alma de David estaba llena de ansiedad y pensamientos cambiantes nacidos del sufrimiento, lo que provocaba un dolor constante en su corazón. ¿Con qué frecuencia nos encontramos en situaciones así? ¿Con cuánta frecuencia nos sentimos ansiosos y afligidos, consumidos por la preocupación y un torbellino de pensamientos causados por nuestro sufrimiento? El Dr. Park Yun-sun observó: «Cuando una persona soporta la angustia mental mediante la fe, adquiere discernimiento y recibe la gracia de Dios. Sin embargo, la preocupación que se aleja del Dios de gracia —es decir, la angustia mental arraigada en la incredulidad— es perjudicial». No debemos seguir entregándonos a esa preocupación dañina e inútil nacida de la incredulidad. Para evitarlo, debemos acudir al lugar de oración, arrodillarnos humildemente y preguntar con sinceridad al Señor: «¿Hasta cuándo?». Ya no debemos proferir gemidos de incredulidad, sino más bien gemidos de fe.

En segundo lugar, respecto a la naturaleza de la oración de David, él oró a Dios mientras se encontraba en medio del temor.

Consideremos el Salmo 13:3–4: "Mira y respóndeme, oh Señor, Dios mío. Alumbra mis ojos, no sea que duerma el sueño de la muerte; no sea que diga mi enemigo: 'Lo he vencido', y mis adversarios se alegren cuando yo caiga". Aquí, el "sueño de la muerte" se refiere a la "muerte espiritual: un estado de haber caído de la gracia de Dios" (Park Yun-sun). A medida que el espíritu se fatiga y la depresión se profundiza y persiste debido a la adversidad causada por los enemigos, la falta de recibir la ayuda misericordiosa de Dios crea el riesgo de que la visión espiritual se oscurezca, lo que podría conducir a la muerte espiritual (Park Yun-sun). David albergaba una preocupación espiritual —no una ansiedad mundana— respecto a este tipo de muerte espiritual. Oró a Dios porque temía que su enemigo pudiera triunfar. Al considerar a su enemigo como enemigo de Dios, deseaba vencer a ese adversario; por ello, imploró a Dios la victoria sobre él. También oró porque temía que, si el enemigo ganaba, él mismo se vería sacudido y sus adversarios se regocijarían. En resumen, David oró a Dios para no ser sacudido. En medio de esta situación, oró: "Mira y respóndeme, oh Señor, Dios mío. Alumbra mis ojos" (versículo 3). El significado literal de la palabra traducida aquí como

"considera" es "mira" (Park Yun-sun). David deseaba que Dios lo mirara aún más de lo que deseaba que sus propios ojos espirituales se abrieran para ver a Dios. Posteriormente, deseaba ver a Dios porque Dios había abierto sus ojos espirituales.

Un amigo de A.W. Tozer dijo una vez: "Es mejor que un pequeño grupo de personas se reúna y vea a un Dios grande, a que una gran multitud se reúna y vea a un Dios pequeño". Estas son palabras profundas. Debemos ver y percibir la grandeza de Dios durante la adoración. Asimismo, debemos ver y percibir la grandeza de Dios durante la oración. Cuando lo hacemos, otras cosas —tales como las adversidades, las dificultades y los problemas— nos parecerán pequeñas. Sin embargo, si ofrecemos oraciones de lamento carentes de fe, en las que otras cosas cobran una importancia desmesurada, el gran Dios inevitablemente nos parecerá pequeño. Por tanto, al igual que David, debemos experimentar la presencia del gran Dios mientras clamamos a Él en medio de nuestros temores. Cuando lo hacemos, se produce una transformación en nuestro interior tras la oración.

Por último, el tercer punto es que se produjo un cambio en David después de orar.

¿Qué clase de cambio tuvo lugar? Podemos identificar tres cambios en David:

(1) David confió en la misericordia amorosa de Dios.

Observemos el Salmo 13:5: «Mas yo en tu misericordia he confiado…». Antes de orar, David sentía como si Dios lo hubiera olvidado y hubiera escondido su rostro; sin embargo, durante la oración, experimentó al Dios de misericordia amorosa. En consecuencia, decidió seguir confiando en ese Dios de misericordia amorosa después de su oración. (2) David se regocijó en la salvación del Señor.

Observemos de nuevo el Salmo 13:5: «Mas yo en tu misericordia he confiado; mi corazón se alegrará en tu salvación». David, que se sentía fatigado y abatido de espíritu antes de orar,

se regocijó en la salvación del Señor después de la oración. Este gozo brotaba de la seguridad de la salvación; surgía porque, en medio de la oración, David se encontró con el Señor, su Salvador.

(3) David decidió alabar a Dios.

Observemos el Salmo 13:6: «Cantaré al Señor, porque me ha tratado con generosidad». David decidió alabar a Dios porque Dios lo había tratado con tal generosidad. Dios es quien también nos trata con generosidad a nosotros. Cuando, al igual que David, experimentamos la generosa gracia del Señor mediante la fe en la oración, nosotros también podemos alabar a Dios, incluso en medio de la adversidad o estando en prisión, tal como hicieron Pablo y Silas (Hechos 16:25).

La oración es un gran privilegio y una bendición para nosotros, los hijos de Dios. ¡Qué preciosa gracia de Dios es que, aun cuando estamos fatigados y nuestro espíritu se siente abrumado por la adversidad y las dificultades persistentes, podamos clamar a Él en medio de la angustia espiritual, elevando un lamento de fe y súplica: «Señor, ¿hasta cuándo?». Al orar a Dios en medio de nuestros temores y encontrarnos con el Dios grande, poderoso, misericordioso y Salvador —el Dios digno de toda alabanza—, somos inevitablemente transformados. Entonces, transformados por la oración, confiamos cada vez más en la amorosa bondad de Dios y nos regocijamos en la certeza de su salvación, impulsados a alabarlo por su cuidado lleno de gracia.

«¡Que todo lo que respira alabe al Señor! ¡Aleluya!» (Salmo 150:6).

El pueblo de Dios rodeado

[Salmo 14]

Al concluir el año 2005, medité en el Salmo 14 el último miércoles, 28 de diciembre. A lo largo del año —bajo el lema «Correré hacia la Palabra del Señor»— había pasado meses meditando en el Salmo 119, seguido de una serie semanal de los miércoles sobre los Salmos, comenzando por el Salmo 1 y llegando al Salmo 14 al finalizar el año. Meditar en el Salmo 14 aquel último miércoles me llenó de gratitud. Estaba agradecido al Señor por guiarme a meditar en los Salmos durante todo el 2005. Si bien ciertamente había innumerables cosas que podría haber recordado con pesar, Dios me concedió un corazón agradecido por Su gracia en lugar de uno lleno de remordimiento. Incluso respecto a aquellas cosas que podría haber lamentado, decidí cambiar mi perspectiva y dar gracias con fe. Como resultado, pude concluir el año 2005 con un corazón lleno de paz y gratitud.

En efecto, todo lo que necesitamos hacer es cambiar nuestra perspectiva mediante la fe. Por ejemplo, Éxodo 14:3 describe a Moisés y a los israelitas durante el Éxodo como personas «encerradas» (o atrapadas) en el desierto. Era el Faraón, el rey de Egipto, quien tenía esta visión; actuando conforme a ese pensamiento, movilizó a su ejército y persiguió a Moisés y a los israelitas, estando a punto de alcanzarlos. En ese momento, los israelitas compartían la misma mentalidad que el Faraón incrédulo. Creyendo que estaban atrapados, se referían al desierto donde se encontraban como un «cementerio» (versículo 11). Moisés, sin embargo, tenía una perspectiva diferente. Él no veía el lugar como un cementerio en absoluto; más bien, lo veía como un lugar de salvación donde experimentarían el poder de Dios. Escuchen las palabras de Moisés: «...No teman. Manténganse firmes y verán la

liberación que el SEÑOR les traerá hoy. A los egipcios que ven hoy, nunca más los volverán a ver. El SEÑOR peleará por ustedes; ustedes solo tienen que guardar silencio» (versículos 13-14). ¡Qué diferente es esta perspectiva de la de los israelitas! Una perspectiva arraigada en la fe difiere enormemente de una arraigada en la incredulidad. En el Salmo 14, el salmista David habla de estar cautivo; se había convertido en un «cautivo» (versículo 7). ¿Por quién estaba cautivo? Estaba cautivo de «el necio» (versículo 1). La palabra hebrea para «necio» aquí es *Nabal*. Curiosamente, Nabal era el nombre del esposo de Abigail —quien más tarde se convirtió en esposa de David— en la historia de David. Aunque no sabemos cómo llegó a tener un nombre que significa «necio», David compuso el Salmo 14 mientras estaba cautivo de tales necios. El Salmo 14:1 describe al necio como aquel que dice en su corazón: «No hay Dios». Ciertamente, hay muchos necios así en el mundo hoy en día. Nosotros también podríamos decir que estamos rodeados de necios, tal como lo estaba David. Aquí, el «necio» se refiere a un «ateo práctico» (Park Yun-sun). A diferencia de un ateo teórico, un ateo práctico reconoce a Dios con sus labios pero lo niega mediante sus acciones. El apóstol Pablo describe a tales personas como «detestables, desobedientes e incapaces de hacer nada bueno» (Tito 1:16). El texto que tenemos hoy ante nosotros identifica cinco características de las personas necias que rodeaban a David.

En primer lugar, los necios son aquellos que no hacen el bien.

Observemos el Salmo 14:1 y 3: «Dice el necio en su corazón: "No hay Dios". Se han corrompido, sus obras son viles; no hay quien haga el bien... Todos se han desviado, todos se han corrompido; no hay quien haga el bien, ni siquiera uno». El salmista David declara: «no hay quien haga el bien» y «no hay quien haga el bien, ni siquiera uno». Aunque los necios pueden alabar a Dios con sus labios —diciendo «Dios es bueno»—, niegan la bondad de Dios al no practicar la bondad en sus vidas. A pesar de haber probado la bondad de Dios (34:8), son malhechores porque han abandonado toda buena obra. La Biblia describe sus malas acciones como «corrupción» y «actos viles» (14:1). Aquí, la corrupción se refiere a la

«corrupción moral»; específicamente, a «una pecaminosidad extrema que no puede remediarse mediante los propios esfuerzos» (Park Yun-sun). Son personas «corruptas» (v. 3).

En segundo lugar, los necios son aquellos que no hacen ningún esfuerzo por conocer a Dios.

Observemos el Salmo 14:2: «Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios». Aunque profesan con sus palabras conocer a Dios, los necios —que en realidad no le conocen— no hacen ningún esfuerzo por buscarle. De hecho, ni siquiera sienten la necesidad de conocer a Dios. A pesar de que Dios «mira desde lo alto» para observar, ni uno solo entre los necios busca conocer a Dios.

En tercer lugar, los necios son aquellos que se han desviado.

Observemos el Salmo 14:3: «Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno». Esto se refiere a quienes se han apartado del camino de conocer a Dios (Park Yun-sun). Carecen incluso del deseo de buscar a Dios; no buscan a Dios exclusivamente, sino que persiguen otras cosas junto a Él; buscan cosas mundanas antes que a Dios; le buscan sin celo; no le buscan con perseverancia; no le buscan conforme a su Palabra (herejía); y le buscan en momentos inapropiados (como cuando no se arrepienten aun siendo necesario el arrepentimiento) (Park Yun-sun).

En cuarto lugar, los necios son aquellos que persiguen al pueblo de Dios.

Observemos el Salmo 14:4: «¿No tienen conocimiento todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comiesen pan, y a Jehová no invocan?». Los necios persiguen al pueblo de Dios sin vacilar y lo tratan como un asunto trivial; por ello, «todos los que hacen iniquidad no tienen conocimiento» (v. 4).

Por último, los necios son aquellos que no invocan a Dios.

Observemos nuevamente el Salmo 14:4: «¿No tienen conocimiento todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comiesen pan, y a Jehová no invocan?». Incluso después de cometer el pecado de perseguir al pueblo de Dios, no claman a Dios en arrepentimiento.

¿Qué nos dice el Salmo 14 sobre lo que hace Dios cuando su pueblo está asediado por tales necios y se encuentra en una situación lamentable? Destaca tres cosas:

En primer lugar, nos dice que Dios está con ellos.

Observemos el Salmo 14:5: "Allí están, sobrecogidos de espanto, pues Dios está presente en la compañía de los justos". Aunque pudiera haber parecido que Dios estaba ausente mientras David y el pueblo de Dios sufrían el asedio y la persecución de los necios, el Dios que es "Emanuel" (Dios con nosotros) estaba ciertamente con ellos. Incluso cuando nuestros pensamientos y sentimientos sugieren lo contrario —quizás porque nos sentimos rodeados de necios—, Dios permanece con nosotros. Cuando llegue el tiempo de Dios, comprenderemos esta verdad y experimentaremos plenamente su presencia.

En segundo lugar, nos dice que Dios se convierte en un refugio.

Observemos el Salmo 14:6: "Ustedes, malvados, frustran los planes de los pobres, pero el SEÑOR es su refugio". Los necios odian al pueblo de Dios e intentan avergonzarlo o arruinar sus planes —y a veces logran provocar el fracaso—, pero Dios actúa como refugio para su pueblo. Dios sirve de refugio para los santos —los "pobres" mencionados en el versículo 6— que sufren adversidades y persecución por creer en Él y vivir rectamente.

Por último, el tercer punto es que Dios salva a su pueblo.

Observemos el Salmo 14:7: "¡Oh, que de Sion venga la salvación de Israel! Cuando el Señor restaure la suerte de su pueblo, Jacob se regocijará e Israel se alegrará". Aunque el pueblo de Dios se encuentre cautivo de los necios y en una situación lamentable, Dios lo salva cuando llega el momento señalado. Cuando Dios salva a su pueblo, también provoca la destrucción de los impíos (Park Yun-sun). La salvación de Dios consiste en "restaurar la suerte de su pueblo" (v. 7). En ese momento, el pueblo de Dios se regocijará y se alegrará (v. 7). Nuestra tristeza dura solo un instante, mientras que nuestro gozo será eterno.

Al igual que los israelitas durante el Éxodo, actualmente viajamos a través de este mundo, semejante a un desierto, hacia la Tierra Prometida: el cielo. Somos guiados por Jesús, el verdadero Moisés, mientras fijamos nuestros ojos en Él. Sin embargo, en este viaje podemos vernos atrapados en el desierto, tal como les sucedió en su día a Moisés y a los israelitas. Es posible que miremos en todas direcciones —hacia el este, el oeste, el norte y el sur— sin hallar solución alguna, sintiendo una crisis que nos hace creer que estamos totalmente acorralados. En tales momentos, no debemos —al igual que aquellos israelitas que se asemejaban al incrédulo Faraón— fijar la vista únicamente en las circunstancias terrenales ni considerar la crisis como un sepulcro, sucumbiendo así al desánimo y a la queja. No debemos caer en el pecado de murmurar contra Moisés y contra Dios. Por el contrario, al igual que Moisés, debemos alzar la mirada al cielo y fijar nuestros ojos en el Señor, transformando esa situación de crisis y encierro en una oportunidad para que se manifieste el poder salvador de Dios. Debemos confiar plenamente en que Dios está con nosotros, siendo nuestro refugio y Salvador. Que experimentes el poder salvador de Dios.

¡Habita en la presencia de Dios!

[Salmo 15]

¿Cómo podemos los cristianos mantener nuestro caminar de fe sin vacilar? ¿Cómo podemos vivir en este mundo —firmes en la fe y fieles a nuestra confesión— sin tambalearnos? Hoy escuché una noticia en la CNN sobre una explosión en una mina de carbón en Virginia Occidental; doce de los trece mineros fallecieron y uno permanece en estado crítico. Después de que los hombres hubieran estado atrapados a gran profundidad bajo tierra durante cuarenta y un horas, las familias y amigos reunidos en una iglesia se regocijaron y tocaron las campanas al oír el informe inicial —aunque incorrecto— de que los trece habían sobrevivido. Incluso cantaron el himno "Sublime Gracia" (*Amazing Grace*). Sin embargo, unas tres horas más tarde, supieron que la información era errónea: doce habían perecido y solo uno había sido rescatado. Un observador en la iglesia notó que, mientras la gente "alababa a Dios" al oír el primer informe —el incorrecto—, "maldecía" cuando llegó el segundo informe, el veraz, tres horas después. En ese momento, el Sr. Hatfield, presidente de la compañía minera, dijo: "Oramos por trece milagros. Queremos celebrar el único milagro que se produjo". Quizás podamos empatizar en cierta medida con las emociones de aquellos que alabaron a Dios con "Sublime Gracia" al oír el primer informe, solo para maldecir al oír el segundo; sin embargo, no podemos evitar percibir una vacilación en su fe. Creo que tal vacilación no se limita a ellos: también existe en nosotros. Ofrecemos alabanza y acción de gracias cuando estamos alegres, pero en tiempos de adversidad y dificultad —especialmente al enfrentarnos a la muerte de un ser querido— podemos llegar a sentir resentimiento o incluso a maldecir a Dios, en lugar de ofrecerle constantemente gracias y alabanza. Creo que la causa raíz de tal fe vacilante —esta falta de constancia— es

nuestra debilidad al no confiar plenamente en Dios ni reconocerle tal como Él es realmente. En el contexto del Salmo 15, la razón radica en que no habitamos en la presencia de Dios.

En el Salmo 15:1, el salmista David pregunta: "Señor, ¿quién puede habitar en tu tabernáculo? ¿Quién puede vivir en tu santo monte?". En esencia, esto equivale a preguntar: "¿Quién es aquel que habita en la presencia de Dios?". En respuesta a esta pregunta, David ofrece diez respuestas en el pasaje. Considero estas diez respuestas como los «Diez Mandamientos para habitar en la presencia de Dios». Al guardar fielmente estos diez preceptos, recibimos la bendición de que «el que hace estas cosas jamás será conmovido» (versículo 5). Entonces, ¿cuáles son estos diez mandamientos para habitar en la presencia de Dios?

El primer mandamiento es vivir con integridad.

Observemos la primera parte del Salmo 15:2: «El que anda en integridad...». Aquí, la «integridad» (u honestidad) significa pureza o sinceridad. Implica un carácter firme y libre de duplicidad, lo opuesto a llevar una doble vida (Park Yun-sun). Job sirve como ejemplo de esto. En Job 2:3, vemos a Dios hablando con orgullo de Job ante Satanás: «No hay nadie en la tierra como él; es un hombre íntegro y recto, que teme a Dios y se aparta del mal. Tú me incitaste contra él sin motivo, pero él ha mantenido su integridad». Aunque Job sufría una agonía extrema debido a los ataques de Satanás, se aferró firmemente a su integridad. Como Job habitaba en la presencia de Dios, no pecó con sus labios, independientemente de las circunstancias, ni siquiera cuando todos sus hijos habían muerto. Pudo hacerlo porque su carácter íntegro lo llevó a vivir una vida que temía a Dios. En efecto, los íntegros no temen a las circunstancias, a las personas ni siquiera a Satanás; más bien, al temer a Dios, viven vidas que se apartan del mal. David mantuvo su integridad incluso cuando los «necios» lo rodeaban y perseguían (Salmo 14). Lo hizo porque sabía que Dios escudriña el corazón y «se deleita en la integridad» (1 Crónicas 29:17).

El segundo mandamiento es practicar la justicia.

Observemos la parte central del Salmo 15:2: «…practica la justicia…». Aquí, la «justicia» se refiere a «lo que es recto ante los ojos de Dios» (Park Yun-sun). Sin embargo, Satanás engaña a las personas para que vean como correctas cosas que no lo son a los ojos de Dios. Esta es una estratagema verdaderamente aterradora de Satanás. Podemos ver un ejemplo de esto en la historia de «la mujer» (Eva) en Génesis 3. Cuando la serpiente se acercó a la mujer y la incitó a comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal —un acto que de ninguna manera era correcto a los ojos de Dios—, Satanás hizo que el fruto pareciera «codiciable a la vista» (Génesis 3:6). Incluso hoy en día, Satanás nos engaña arrastrándonos hacia los deseos de los ojos, haciendo que lo que es correcto ante Dios parezca incorrecto para los seres humanos, y que lo que es incorrecto ante Dios les parezca correcto. Sin embargo, David, habiendo sido justificado, vivió una vida justa a pesar de las tentaciones de Satanás. Vivió rectamente haciendo lo que era correcto a los ojos de Dios, en lugar de lo que simplemente parecía correcto a la gente.

El tercer punto se refiere a hablar la verdad en el corazón.

Observemos la segunda parte del Salmo 15:2: «…y habla la verdad de corazón». David sabía que el Señor desea verdad en lo íntimo del ser (Salmo 51:6). Comprendía que, para habitar en la presencia de Dios, es necesario hablar la verdad desde el corazón. No obstante, aquellos de carácter inconstante que llevan una doble vida hablan falsedad en sus corazones en lugar de verdad. Tales personas no pueden habitar en la presencia de Dios. Fingir amor con las palabras mientras se alberga odio en el corazón es deshonestidad con uno mismo; por tanto, no se puede afirmar que se vive una vida justa ante Dios. Al no hacer lo que es correcto a los ojos de Dios, no practican la justicia. La Biblia nos exhorta a no vivir de esa manera. En cambio, nos insta a hablar la verdad desde el corazón —tanto a Dios como a los demás— para poder habitar en la presencia de Dios. El cuarto mandamiento es la instrucción de no calumniar con la lengua.

Observemos la primera parte del Salmo 15:3: «El que no calumnia con su lengua…». La palabra utilizada aquí para «calumniar» implica el uso de los «pies». En otras palabras, se refiere a ir de un lado a otro —usando los pies para visitar a la gente— y perjudicar a los demás mediante las palabras (Park Yun-sun). Dicho de forma sencilla, calumniar con la lengua alude a expresiones que hacen tropezar a otros. Tales palabras incluyen difundir rumores infundados o murmurar sobre los vecinos; palabras que, en última instancia, les causan daño. Ciertamente, esta no es la vida de un santo que habita en la presencia de Dios. Nuestros pies deben ser pies hermosos que proclamen el evangelio de Jesucristo; no están destinados a propagar palabras que dañen a los demás. Las palabras son verdaderamente importantes. Es maravilloso comenzar el día escuchando una palabra cálida, un cumplido, un comentario alentador o algo que traiga alegría; por el contrario, empezar el día pronunciando o escuchando palabras despectivas o negativas deja a uno con el corazón apesadumbrado y sombrío. Por eso Pablo ofrece esta exhortación en Colosenses 4:6: «Que su conversación sea siempre agradable y de buen gusto, para que sepan cómo responder a cada persona». La palabra que destaca aquí es «sazonada» (o «equilibrada/moderada»). Estamos llamados a hablar siempre con gracia —una tarea que no es fácil de llevar a la práctica— y reconozco que «sazonar» nuestras palabras requiere no solo gracia, sino también sabiduría.

El quinto mandamiento es la instrucción de no hacer el mal a un amigo.

Consideremos la parte central del Salmo 15:3: «…ni hace mal a su prójimo…». Este mandato contrasta con el tercer precepto analizado anteriormente: «practicar la justicia». Significa que quien desea habitar en la presencia de Dios debe hacer lo correcto ante los ojos de Dios en lugar de cometer el mal contra el prójimo. En otras palabras, no se debe perjudicar al prójimo. ¿Qué clase de mal podríamos cometer contra un vecino? Por ejemplo, si un vecino comete un pecado pero asume la responsabilidad y lo confiesa, la persona que practica la justicia lo perdona y lo acepta. Esto se debe a que Dios considera justo un corazón arrepentido y le concede comunión consigo mismo (Lucas 18:13–14) (Park Yun-sun). Sin

embargo, quien comete el mal contra tal vecino —negándose a considerarlo justo o a aceptarlo y, en cambio, condenándolo— le niega la comunión. Esto equivale a hacer el mal al prójimo; tal persona no puede habitar en la presencia de Dios. Por tanto, para habitar en la presencia de Dios, no debemos hacer el mal a nuestro prójimo.

El sexto precepto es el mandato de no calumniar al prójimo.

Observemos la segunda parte del Salmo 15:3: «...ni calumnia a su prójimo». Santiago 3:9–11 enseña que el propósito de la lengua es alabar y dar gracias a Dios. Si la usamos para dañar a otros, no cumplimos con ese propósito. En particular, el apóstol Santiago advierte: «Si tienen envidia amarga y ambición egoísta en sus corazones, no se jacten de ello ni nieguen la verdad» (v. 14). Él describe tal sabiduría como terrenal, no espiritual y demoníaca (v. 15), señalando que conduce al desorden y a toda práctica malvada (v. 16). Para habitar en la presencia de Dios, no debemos calumniar a nuestro prójimo, sino actuar con honestidad hacia él. Debemos hablar la verdad desde el corazón.

El séptimo punto consiste en menospreciar al vil y honrar a quienes temen al Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 15:4: «a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero que honra a los que temen al Señor...». Aquí, la «persona vil» se refiere a quien menosprecia a Dios; no tenemos la obligación de honrarla en un intento por congraciarnos (Park Yun-sun, Calvino). Sin embargo, debemos honrar a quienes temen a Dios. El Salmo 25:14 afirma: «El Señor confía en los que le temen...». Quienes habitan en la presencia de Dios comparten una comunión íntima con Él, y no podemos evitar respetarlos. Dios está con aquellos que le temen (103:13, 17). Por tanto, debemos habitar en la presencia de Dios menospreciando a quienes Dios menosprecia y honrando a quienes le temen.

El octavo mandamiento es la instrucción de cumplir los votos realizados.

Observemos la última parte del Salmo 15:4 en el texto de hoy: «...que cumple su juramento aun cuando le perjudique, y no cambia de parecer». Dios se complace en aquellos que llevan a cabo lo que han resuelto ante Él (Park Yun-sun). Aquí, un «voto» se refiere a una promesa hecha en relación con la verdad y la bondad de Dios. Eclesiastés 5:4 dice: «Cuando a Dios hagas promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple tu promesa». Por lo tanto, no debemos hacer promesas a la ligera. Si hemos hecho una promesa, debemos cumplirla sin falta. Al hacerlo, podemos habitar en la presencia de Dios.

El noveno mandamiento es la instrucción de no prestar dinero a interés.

Observemos la primera parte del Salmo 15:5: «quien su dinero no dio a usura...». En la antigua ley judía, la prohibición de prestar dinero a interés a los agricultores era un acto de compasión hacia los pobres (Levítico 25:35–38). En consecuencia, la ley hebrea no permitía cobrar intereses en los préstamos realizados a otros hebreos; el objetivo era aliviar el sufrimiento de los necesitados. Quienes ignoran esta ley están impulsados únicamente por el amor al dinero (Park Yun-sun). Por tanto, para habitar en la presencia de Dios, no debemos prestar dinero a interés al mostrar amor a nuestro prójimo.

El décimo y último mandamiento es la instrucción de no perjudicar al inocente a cambio de un soborno.

Observemos la parte central del Salmo 15:5: «...ni contra el inocente admitió cohecho». La Biblia nos ordena: «No aceptes soborno, porque el soborno ciega a los que ven y pervierte las palabras de los justos» (Éxodo 23:8). Para habitar en la presencia de Dios, no debemos perjudicar al inocente aceptando sobornos.

Observemos la última parte del Salmo 15:5: «El que hace estas cosas, no resbalará jamás». Esta es la promesa de Dios de que aquellos que observan fielmente estos mandamientos

—necesarios para habitar en Su presencia— nunca serán sacudidos. Oro para que todos permanezcamos firmes e inquebrantables en nuestra vida de fe guardando fielmente estos mandamientos y, de este modo, habitemos en la presencia de Dios.

Fuera del Señor, no tengo ningún bien.

[Salmo 16]

¿Qué considera usted que es la vida de fe? Con el paso del tiempo, he llegado a creer que la vida de fe consiste esencialmente en confesar las palabras que se encuentran en el Salmo 73:25 y en la primera mitad del versículo 28: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra… Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien». Una vida de fe que se acerca al Señor —la fuente misma de la bendición— es verdaderamente una vida bendecida. Todas las bendiciones fluyen de Él. La bendición de que nuestros pecados sean lavados, la bendición del refrigerio espiritual y la restauración de todas las cosas son bendiciones que provienen de Jesús (Hechos 3:17–26). Para el creyente que posee la sabiduría de contar las bendiciones del Señor —la fuente de todo bien—, la confesión que brota del corazón y de los labios es precisamente la que está escrita en el texto de hoy, Salmo 16:2: «…Fuera de ti, no tengo ningún bien».

Me gustaría reflexionar sobre cinco bendiciones específicas de las que disfrutó el salmista David, tal como se describen en el pasaje de hoy.

La primera bendición es la protección del Señor.

Observemos el Salmo 16:1: «Guárdame, oh Dios, porque en ti he puesto mi refugio». El salmista David acudía al Señor cuando enfrentaba peligros. Aquí podemos identificar dos tipos principales de peligro: primero, el peligro de muerte (versículo 10) y, segundo, el peligro de una fe sincrética (versículo 4) (Park Yun-sun). Un peligro afectaba a su vida física,

mientras que el otro concernía a su fe. Al igual que David, nosotros también podemos enfrentar dos tipos de peligro: físico y espiritual. Sin embargo, David convirtió estos peligros en oportunidades para acercarse más al Señor. Lo hizo porque comprendía que acercarse al Señor es una bendición (Salmo 73:28). En el texto de hoy, Salmo 16:1, la afirmación de David de que «puso su refugio» en el Señor refleja una actitud de fe caracterizada por la confianza en Dios y una sensación de seguridad (Park Yun-sun). En medio de peligros que afectaban tanto al cuerpo como al alma, él confió plenamente en Dios; como resultado, recibió la protección del Señor.

La segunda bendición es que el Señor preserva nuestra herencia.

Observemos la segunda parte del Salmo 16:5: «...Tú sustentas mi suerte». Dios no solo es nuestra herencia, sino también Aquel que preserva dicha herencia. Incluso cuando un creyente posee una herencia, protegerla no es tarea fácil. Sin embargo, puesto que el Señor mismo la guarda, no hay motivo de preocupación (Park Yun-sun). Dios es verdaderamente quien nos otorga una hermosa herencia. Para David se trazó una «línea divisoria» (versículo 6); esto alude a la medición de tierras al recibir una herencia, lo cual significa que Dios le había concedido a David su porción. Además, Dios no se limita a otorgar la herencia; también la protege. Tal como midió la hermosa tierra de Canaán para Abraham, Él nos concede la Tierra Prometida y preserva la herencia que nos ha dado, permitiéndonos así vivir una vida bendecida. La tercera bendición es la instrucción del Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 16:7: «Bendeciré al Señor, que me aconseja...». Un alma verdaderamente bendecida es aquella que recibe la revelación de Dios y vive conforme a ella. El apóstol Pedro es un ejemplo de esto. Él confesó ante Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente», una confesión que el propio Dios le había revelado (Mateo 16:16-17). En consecuencia, el Señor le dijo a Pedro: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás» (versículo 17). En el pasaje de hoy, el Salmo 16, David alabó al Señor porque era guiado por Su revelación y había recibido una hermosa herencia (versículo 7). También

confesó: «Mi corazón me instruye por las noches» (versículo 7). Él se deleitaba recibiendo la instrucción del Señor en el silencio de la noche (Park Yun-sun). Un alma que recibe instrucción de la palabra de verdad grabada en el corazón durante la noche es verdaderamente bendecida.

La cuarta bendición es la presencia del Señor a mi diestra.

Observemos la parte central del Salmo 16:8: «…porque Él está a mi diestra…». La afirmación de que el Señor está a la diestra de David significa que Dios le brindaba la ayuda más poderosa (Park Yun-sun). David, quien buscó refugio en el Señor y halló protección en medio de situaciones peligrosas, experimentó la fuerza fortalecedora de Dios. Cuando nos sentimos totalmente impotentes, desanimados y abatidos por el agotamiento, el Señor se acerca y nos fortalece poderosamente mediante su palabra prometida en nuestros momentos de debilidad; para quienes experimentan su presencia, la única respuesta natural del corazón y de los labios es esta confesión: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía» (18:1).

La quinta bendición es que el Señor da a conocer la senda de la vida.

Observemos la primera parte del Salmo 16:11: «Me mostrarás la senda de la vida…». David pronunció estas palabras mientras anhelaba la bendición de entrar en la vida eterna venidera (Park Yun-sun). El versículo 10 del texto de hoy, que profetiza la resurrección de Jesús, se cita en Hechos 2:27-28. En otras palabras, mediante su fe en la resurrección del Mesías, David creía en su propia resurrección y la esperaba. El Señor, que le reveló esa senda de vida eterna, era la «bendición» de David, tal como nosotros también nos vemos impulsados a confesar: «Fuera de ti no tengo bien alguno» (Sal. 16:2).

Debemos considerar entonces cómo ha de responder quien recibe tales bendiciones del Señor —quien es, en verdad, nuestra bendición—. Podemos reflexionar sobre cuatro aspectos de una vida que abraza al Señor como nuestra bendición.

En primer lugar, el santo se regocija.

Observemos el Salmo 16:3: «En cuanto a los santos que están en la tierra, ellos son los excelentes, en quienes está todo mi deleite». ¿Cómo encuentra un santo deleite en otros santos? Porque se sienten atraídos por su «excelencia» (Park Yun-sun). Aquí, «excelencia» significa gloria o majestad. Se refiere a la gloria de la herencia que se recibirá en la vida venidera, acorde con la condición de hijos de Dios (Park Yun-sun). El resplandor de esa gloria se manifiesta cuando un santo vive una vida santa conforme a la voluntad de Dios en este mundo. Al ver a tal santo, lo admiramos pensando: «¡Ah! Verdaderamente es un hijo de Dios», o «Es alguien que recibirá la gloria de un hijo de Dios» (Park Yun-sun). Por tanto, el santo debe regocijarse.

En segundo lugar, existe un aborrecimiento hacia los ídolos.

Observemos la primera parte del Salmo 16:4: «Se multiplicarán los dolores de aquellos que ofrecen presentes a otro dios…». David decidió no ofrecer libaciones de sangre a los ídolos ni siquiera mencionar sus nombres con sus labios. También decidió no tener ninguna asociación con los idólatras. ¿Cómo puede un santo que vive con el Señor —la fuente de la verdadera bendición— llevar una doble vida sirviendo también a ídolos que proclaman falsas bendiciones? Quienes viven con el Señor, nuestra bendición, deben aborrecer los ídolos y detestar a aquellos que se oponen a Dios.

En tercer lugar, uno mantiene siempre al Señor en su presencia.

Observemos la primera parte del Salmo 16:8: «Al SEÑOR tengo siempre delante de mí…». Esta es una gracia disponible para aquellos que creen en la Palabra de Dios y se esfuerzan por orar, arrepentirse y obedecer (Park Yun-sun). No debemos ser sacudidos, pues

caminamos con Dios (versículo 8). Acercarse al Señor es una bendición, y el alma bienaventurada que vive con el Señor bendito lo mantiene constantemente en su presencia.

En cuarto lugar, hay gozo y alegría. Observemos la primera parte del Salmo 16:9: «Por tanto, mi corazón se alegra y mi gloria se regocija…». David confiesa que, debido a que Dios está con él, su corazón se alegra, su alma se regocija y su cuerpo está seguro. En particular, el versículo 11 revela que, al mirar hacia el Señor —con quien habitaría para siempre en el cielo—, David experimentó, por medio del Espíritu Santo, un anticipo de la plenitud de gozo y del deleite eterno que se hallan en el cielo. Nosotros también debemos alegrarnos y regocijarnos como David. Debemos regocijarnos porque el Señor, fuente de todas las bendiciones, nos ha dado esperanza del reino eterno mediante su muerte y resurrección. Esta es la vida de los verdaderamente bienaventurados.

Al meditar en el pasaje de hoy, reflexioné sobre mi propia vida. Me pregunté si realmente confieso desde lo profundo de mi corazón que «fuera del Señor, no tengo bien alguno» (versículo 2). Al reflexionar sobre las cinco bendiciones otorgadas por el Señor —quien es mi bendición suprema—, no puedo sino reconocer que, en efecto, estoy recibiendo estas bendiciones en mi vida. Sentí la protección del Señor de primera mano cuando tuve que cambiar un neumático mientras me dirigía al servicio de oración de la madrugada del miércoles; el neumático se había desinflado por completo y estaba destrozado. Me sentí profundamente agradecido a Dios por Su protección, especialmente al recordar cómo un amigo había notado la semana anterior que ese mismo neumático estaba viejo y se estaba descascarando en algunas partes; una advertencia que agradecí en su momento. Cuando este neumático recién instalado volvió a desinflarse, podría haberme enfrentado a una situación peligrosa en la carretera, pero Dios me protegió de un accidente grave y, por ello, estoy profundamente agradecido. El Señor que me protege: Él es mi bendición. No deseo otra bendición que no sea el Señor; busco la mayor de todas las bendiciones. Al hacerlo, todas las demás bendiciones pasan a un segundo plano. Por eso, al igual que David, quiero confesar sinceramente: «Fuera de Ti, no tengo bien alguno».

Inclina tu oído a mi oración

[Salmo 17]

«De hecho, la oración del corazón es como un arroyo que susurra incesantemente bajo las muchas olas de la vida cotidiana. Abre la posibilidad de vivir en el mundo sin pertenecer a él, y de acercarnos a nuestro Dios desde el mismo seno de la soledad». (Henri Nouwen, *La vida de oración*)

«Las muchas olas de la vida cotidiana»... Cada día nos encontramos con una multitud de olas en nuestras vidas. Estas olas varían tanto en tipo como en tamaño. En medio de estas olas, debemos dominar el arte de surfear. Creo que el primer elemento de esta habilidad para surfear es la «oración del corazón». Henri Nouwen describió esta oración del corazón como «un arroyo que susurra incesantemente bajo las muchas olas de la vida cotidiana». Es un susurro incesante bajo las olas, muy parecido a las corrientes tranquilas que fluyen en lo profundo, bajo la superficie. Creo que tal tranquilidad refleja el estado de un alma que se acerca a Dios desde el «seno de la soledad». En medio de la soledad, podemos acercarnos a Dios tal como somos, en desnudez espiritual. Podemos derramar nuestro corazón en silencio. Al igual que Ana, nosotros también podemos presentarnos ante Dios con nuestra angustia y orar con amargo llanto (1 Samuel 1:10). En medio de esto, descubrimos una verdad asombrosa: en la soledad, nos damos cuenta de que el anhelo que Dios siente por nosotros es mucho mayor que el anhelo que nosotros sentimos por Él. En otras palabras, llegamos a comprender que el deseo de Dios de escuchar nuestras oraciones es mucho mayor que nuestro deseo de escuchar Su voz. En el Salmo 17, David, el salmista, eleva una oración a Dios; una oración a la que Dios inclina Su oído. Era una oración que brotaba de

«labios sin engaño» (versículo 1); dicho de otro modo, David oraba a Dios con sinceridad. ¿Cómo pudo David dirigir a Dios una súplica tan sincera? Podemos extraer tres lecciones de esto.

En primer lugar, está la cuestión de «mi juicio».

Observemos el Salmo 17:2: «Que de tu presencia proceda mi sentencia; que tus ojos vean la equidad». Este juicio de David era uno que se originaba en la presencia del Señor. David oró con sinceridad a Dios, guiado por este juicio justo, aun estando rodeado de «enemigos mortales» (versículos 9, 11): adversarios sumamente arrogantes (versículo 10), que tramaban planes astutos y poseían la fuerza de un león junto con una crueldad propia de las bestias. Su recto juicio lo llevó a refugiarse únicamente en Dios, su Salvador, en medio de la intensa persecución de estos enemigos mortales (versículo 7). El juicio de David implicaba confiar en el Dios justo ante una situación injusta (versículo 2). Él apeló a Dios, creyendo que el Salvador emitiría un juicio equitativo entre él y sus enemigos mortales. Además, oró con la convicción de que Dios respondería a su petición (versículo 6). Más aún, David presentó su súplica confiando en que Dios lo protegería y guardaría como a la niña de sus ojos (versículo 8). Fue en el marco de esta valoración que David elevó su oración a Dios.

En segundo lugar, está «mi determinación».

Observemos el Salmo 17:3: «Has probado mi corazón y me has visitado de noche; me has examinado y no has hallado falta; he resuelto que mi boca no peque». La traducción del hebreo original dice: «Aunque surjan pensamientos malvados en mi corazón, los reprimo y no permito que escapen por mis labios» (Park Yun-sun). Mientras clamaba a Dios, David tomó la firme decisión de no pecar con su boca; luego, llevó a la práctica esa resolución al orar. Aunque los opresores y enemigos mortales que lo rodeaban hablaban con arrogancia (versículo 10), David se propuso no pecar con sus labios. Su determinación fue tan firme que el Señor, quien examina el corazón, no halló falta en él (versículo 3). Si bien quienes son

propensos a pensamientos pecaminosos suelen caer también en pecados de palabra, David no pecó ni con sus labios ni en su corazón. Elevó su petición al Señor con un corazón y unos labios tan sinceros que el Señor no pudo hallar en ellos mancha alguna. Podemos imaginar cuán difícil debió ser mantener tal determinación —mantenerse firme como David— incluso en medio de circunstancias extremas. Rodeado de enemigos mortales que hablaban con arrogancia, David escuchó sus palabras altaneras, pero decidió no pecar con sus labios y llevó esa decisión a la práctica. Él fácilmente podría haber pecado en sus pensamientos; ¿cómo logró, entonces, vencer los pensamientos malignos en esa batalla mental y evitar pecar con sus labios? Fue porque poseía la capacidad de reprimir los pensamientos malignos. Esa capacidad es el poder de la Palabra y el poder del Espíritu Santo. Dado que el dominio propio es uno de los frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:23), el Espíritu Santo capacitó a David para ejercer dominio propio sobre sus pensamientos mediante la Palabra de Dios, permitiendo que los pensamientos buenos triunfaran sobre los malos (Romanos 12:21).

En tercer lugar, está la cuestión de «mis pasos».

Observemos el Salmo 17:5: «Mis pasos se han aferrado a tus sendas; mis pies no han resbalado». Cuando las personas enfrentan sufrimiento, adversidad o crisis, existe un riesgo considerable de que sus pasos se desvíen. En última instancia, pueden fracasar en mantener su fe y caer en el pecado. Por lo tanto, para evitar pecar, debemos seguir estrictamente la Palabra de Dios (Park Yun-sun). En medio de la crisis y la adversidad, David se acercó aún más a la Palabra de Dios. Al hacerlo, se «guardó de las sendas del destructor» atendiendo a las palabras de los labios del Señor (versículo 4). Ejerció dominio propio, negándose a caminar por la senda de la maldad y eligiendo, en cambio, caminar por la senda de la Palabra del Señor. David recorrió un camino justo y recto fundamentado en la Palabra.

¿Cuál fue la respuesta de Dios a la oración sincera de David? Podemos considerar dos puntos.

En primer lugar, está «mi salvación». Observemos el Salmo 17:13: «Levántate, oh Señor; hazle frente, derríbalo; libra mi alma del impío con tu espada». Cuando nos arrodillamos y elevamos oraciones sinceras a Dios, Él se levanta para enfrentar y derribar a nuestros feroces enemigos. Sin importar cómo nos rodeen los impíos y los opresores, Dios nos libra de ellos (versículo 9). Además, nos guarda como a la niña de sus ojos y nos esconde bajo la sombra de sus alas (versículo 8).

En segundo lugar, está «mi esperanza». Observemos el Salmo 17:15: «En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza». La esperanza de nosotros, los creyentes, reside únicamente en Dios (Park Yun-sun). La esperanza que se nos ha dado consiste en entrar en la vida venidera y contemplar a Dios. Ya sea en el momento de nuestra muerte o en la Segunda Venida del Señor, entraremos en el cielo mediante la justicia del Señor y hallaremos satisfacción en su semejanza.

Al igual que David, debemos elevar oraciones sinceras a Dios en cuanto a «mi juicio», «mi determinación» y «mis pasos». Al hacerlo, podremos disfrutar de las bendiciones de «mi salvación» y «mi esperanza» como respuesta a nuestras oraciones. De hecho, es probable que ya hayamos experimentado estas bendiciones en nuestras vidas. Por eso alabamos a Dios por su salvación y nos regocijamos en la esperanza. Sin importar qué olas de la vida cotidiana irrumpan en nuestra existencia, oro para que todos disfrutemos de la gracia de la salvación elevando oraciones sinceras a Dios y —llenos de una emoción y esperanza desbordantes— alcemos nuestras alabanzas a Él.

"¡Oh Señor, fortaleza mía, te amo!"

[Salmo 18:1-19]

¿Por qué nos desanimamos? ¿Por qué caemos en la frustración y la desesperación? Hay momentos en el camino de la vida en los que perdemos nuestras fuerzas. En tales instantes, corremos el riesgo de caer en un estado de resignación. Podemos sentir el impulso de simplemente dejarlo todo y rendirnos. Al reflexionar sobre por qué sucede esto, nos vienen a la mente tres palabras: "realidad", "pensamientos" y "emociones". En otras palabras, cuando las dificultades y adversidades irrumpen en nuestras vidas, la forma en que respondemos a esta realidad —que a menudo deseamos negar— resulta crucial.

Nuestra respuesta comienza con nuestros "pensamientos".

Cuando nos golpea la realidad de una adversidad o dificultad inesperada, suelen surgir cuatro preguntas en nuestra mente. La primera es "¿Por qué?". Es nuestro instinto y costumbre preguntar: "¿Por qué me pasó esto?" o "¿Por qué a mí?". En última instancia, esta pregunta del "por qué" revela nuestra negación de la realidad que enfrentamos. Tal negación a menudo se manifiesta como un sentimiento de victimización, expresado a través de quejas y lamentos. Más allá del "¿Por qué?", otra pregunta que formulamos con frecuencia es "¿Cómo?". Podemos intentar averiguar "cómo" sucedió esto o buscar una solución; sin embargo, ante las realidades difíciles de la vida, a menudo nos vemos incapaces de hallar una respuesta. A continuación, otra pregunta que los cristianos plantean a menudo es "¿Qué?". Preguntamos constantemente: "¿Cuál es la voluntad de Dios?", mientras nos esforzamos por discernirla en medio de las dificultades de nuestra realidad. No obstante,

no podemos negar que desconocemos mucho más de lo que conocemos. ¿Cómo podríamos llegar a comprender la totalidad de la voluntad de Dios? Ante nuestra realidad, la pregunta que deberíamos formular es: "¿Quién?". Debemos preguntar: "¿Quién es Dios?". Al hacerlo, llegamos a aceptar nuestra realidad mediante la fe, confiando en la soberanía de Dios y reconociéndola. Esta mentalidad nos permite expresar nuestras emociones de manera saludable; nos ayuda a mantener la estabilidad emocional y a expresar sentimientos firmes, arraigados en una mentalidad coherente. En el Salmo 18, la realidad que enfrentaba el salmista David se describe en los versículos 4 y 5: «Me rodearon ligaduras de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon; me tendieron trampas de muerte». Al reflexionar sobre el día en que Dios lo libró de «todos sus enemigos y de la mano de Saúl» (como se indica en el encabezado del salmo), David hizo una confesión sincera desde lo profundo de su alma: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía» (versículo 1). La palabra hebrea para «amor» que David utiliza aquí es *racham*. Un pastor la interpretó de esta manera: «Se refiere a la compasión, la misericordia y el amor que Dios derrama sobre la humanidad; un amor tan profundo que el corazón de Dios se conmueve y se derrite de emoción al mirarnos». El Dr. Park Yun-sun describió este amor como algo «profundamente arraigado en el alma humana»: un amor que verdaderamente «derrite el corazón». La razón por la que David podía confesar tal amor era que Dios se había convertido en su fortaleza. David declaró: «Te amo, oh Señor», porque había experimentado personalmente el poder y el amor de Dios, quien lo había librado a través de innumerables crisis. Al reflexionar sobre estas experiencias pasadas de liberación, David aceptó su realidad actual por fe y ofreció alabanza a Dios (versículo 3).

¿Por qué libró Dios a David de todos sus enemigos y de Saúl? Podemos identificar dos razones en el pasaje de hoy, Salmo 18:1–19.

La primera razón reside en la naturaleza misma de Dios; es decir, en su carácter divino.

Observemos el Salmo 18:2: «El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador; mi Dios, mi roca en quien me refugio; mi escudo y el poder de mi salvación, mi baluarte». Dios libró a David porque, por su propia naturaleza, Él es Salvador (Park Yun-sun). El carácter de Dios se expresa mediante varios títulos en el versículo 2 del pasaje de hoy: «mi roca» (en referencia a un terreno rodeado de riscos escarpados), «mi fortaleza» (en referencia a una colina elevada o a la cima de una montaña), «mi libertador» (un salvador en tiempos de crisis), «mi Dios», «mi roca de refugio» (en referencia a una cima montañosa escarpada), «mi escudo» (que bloquea las flechas del enemigo), «el poder de mi salvación» (literalmente «el cuerno de mi salvación», una metáfora de poder victorioso) y «mi baluarte» (un refugio establecido en la cima escarpada y elevada de una montaña). En resumen, Dios libró a David porque era su protector. Por tanto, David oraba proclamando a Dios como el Salvador que lo protegía.

La segunda razón por la que Dios libró a David de todos sus enemigos y de la mano de Saúl es que Él es el Dios que responde a nuestras oraciones.

Observemos el Salmo 18:6: «En mi angustia invoqué al SEÑOR; clamé a mi Dios pidiendo ayuda. Desde su templo escuchó mi voz; mi clamor llegó ante Él, a sus oídos». El Dios que es mi fortaleza es el Señor que escucha el sonido de mis oraciones. En particular, el Señor que escucha y responde a nuestras oraciones —cuando clamamos desde una angustia extrema y peligrosa (versículos 4-5: «muerte», «torrentes», «Seol») y suplicamos ayuda en medio de la irrupción repentina de tal tribulación— es nuestro Dios.

¿Cómo salvó Dios a David, entonces? Al leer hoy el Salmo 18:7-15, es imposible no sentir asombro. La razón es que la manera en que Dios llevó a cabo la liberación, descrita en estos versículos, revela su gloria majestuosa: «la tierra tembló y se estremeció, y los cimientos de los montes se sacudieron» (v. 7); «humo subía de su nariz; fuego consumidor salía de su boca» (v. 8); Él «rasgó los cielos y descendió» (v. 9); Él «cabalgó sobre los querubines y voló» (v. 10); Él «hizo de las tinieblas su manto» (v. 11); «del resplandor de su presencia avanzaron nubes, con granizo y brasas de fuego» (v. 12); Él desató «truenos» y «relámpagos» (vv. 13-14);

y al hacerlo, «quedaron al descubierto los lechos del mar y se mostraron los cimientos de la tierra» (v. 15). Todas estas expresiones transmiten el hecho de que, cuando Dios vino a salvar a David, llegó con tal majestad que el cielo y la tierra parecieron estremecerse (Park Yun-sun). Fue una manifestación de la majestad de Dios que sacudió los cielos y la tierra: la misma majestad con la que vino a rescatar a David. El Dr. Park Yun-sun señaló: «Esto resulta extraordinario. La majestad que Dios reveló era inmensa y, sin embargo, el objeto de su salvación era un solo individuo que parecía totalmente insignificante». «¿Acaso sacudió el cielo y la tierra solo para salvar a esta única persona?». Uno no puede menos que maravillarse ante la magnitud de la oración de un solo individuo. Es verdaderamente asombroso presenciar cómo la oración de una persona puede dar paso a una magnífica obra de salvación en medio del estremecimiento del cielo y la tierra.

He reflexionado sobre la naturaleza de la oración individual desde cuatro perspectivas:

En primer lugar, la oración abre las puertas del cielo.

Consideremos el Salmo 18:16: «Extendió la mano desde lo alto y me tomó; me sacó de las aguas profundas». Cuando David habló de ser sacado de «aguas profundas», describía una situación en la que todas las vías terrenales —norte, sur, este y oeste— estaban bloqueadas por calamidades y tribulaciones ineludibles. Sin embargo, al orar, se abrió una puerta que ningún ser humano podía bloquear: la puerta del cielo. Fue allí donde se llevó a cabo la obra de salvación de Dios. A diferencia de los israelitas, quienes —atrapados por todos lados— solo miraban hacia la tierra y se quejaban preguntando «¿Por qué?», Moisés miró hacia los cielos y oró. Sabemos que Dios escuchó su oración, abrió las puertas del cielo y otorgó la gracia de la salvación. Nuestras oraciones también abren las puertas del cielo.

En segundo lugar, la oración es poderosa.

Consideremos el Salmo 18:17: «Me libró de mi poderoso enemigo, de mis adversarios, que eran demasiado fuertes para mí». La oración nos permite experimentar el poder salvador de Dios —nuestro Salvador—, quien es más poderoso que los «enemigos fuertes y aquellos que nos odian». Aunque estos enemigos eran más fuertes que David, la oración le permitió experimentar el poder salvador y omnipotente de Dios.

En tercer lugar, la oración es un acto de dependencia de Dios.

Observemos el Salmo 18:18: «Me atacaron en el día de mi calamidad, pero el SEÑOR fue mi apoyo». Aunque el «día de calamidad» (v. 18) había llegado a la vida de David, mediante la oración aquel día de desastre se transformó en un día de salvación divina: un día en el que pudo apoyarse en Él.

En cuarto lugar, la oración nos ayuda a comprender cuánto se deleita Dios en nosotros.

Observemos el Salmo 18:19: «Me sacó a un lugar espacioso; me libró porque se deleitaba en mí». A través de la oración, David experimentó no solo la salvación de Dios, sino también su guía. Sin embargo, algo aún más asombroso fue darse cuenta de cuánto se deleitaba Dios en él. Por eso, la alabanza que brota de nuestros corazones es: «Quiero ser el gozo del Señor...».

En última instancia, sin importar la difícil realidad que enfrentemos, debemos aceptarla con fe mientras miramos al SEÑOR —nuestra fortaleza— y resolvemos la situación mediante la oración. Cuando lo hacemos, Dios, nuestro Salvador protector, se manifiesta con una majestad que parece hacer temblar los cielos y la tierra, revelando su poderoso poder para salvar. En esa experiencia, llegamos a comprender cuán profundamente se deleita Dios en nosotros, lo que no nos deja más opción que alabarlo. ¡Aleluya!

El Dios que me recompensa conforme a mi justicia

[Salmo 18:20-27]

Últimamente, al pasar tiempo con mis hijos, veo un reflejo de mí misma en mi tercera hija, Ye-eun. Ese reflejo es una actitud —nacida de la codicia— que clama a Dios: «¡Dios, no es justo!». En una ocasión, les di a cada uno de mis hijos diez huevos de chocolate. Mi hijo mayor, Dylan, y mi segunda hija, Ye-ri, parecían saborear los suyos, comiéndoselos lentamente uno por uno; sin embargo, mi hija menor, Ye-eun, se comió los diez exactamente como quiso y luego vino a pedirme más. Cuando me negué, señalando que había dado diez huevos por igual a su hermano mayor, a su hermana mayor y a ella, su respuesta fue simplemente: «¡No es justo!». No fue solo esa vez; últimamente Ye-eun se ha quejado con frecuencia —especialmente al compararse con su hermana mayor— preguntando por qué se le trata injustamente. Al observar esto, me di cuenta de que, aunque mi esposo y yo nos esforzamos por tratar a nuestros tres hijos por igual, evidentemente a Ye-eun le seguía pareciendo injusto. Al reflexionar sobre cómo Ye-eun me tachaba de injusta a pesar de haber dado a cada niño una parte igual de diez chocolates, comencé a preguntarme si nosotros también acusamos a nuestro Padre Celestial de ser injusto. Aunque no pronunciemos las palabras en voz alta, bien podríamos albergar tales pensamientos en nuestros corazones. Así como Ye-eun —impulsada por la codicia— consideró injusta la situación porque no quise darle más, a menudo ofrecemos oraciones llenas de exigencias caprichosas de recibir más, a pesar de que Dios, nuestro Padre, trata a Sus hijos con perfecta justicia. Cuando Dios Padre no nos concede lo que pedimos, a menudo nos quejamos y lo acusamos de ser injusto. Los hijos que carecen de contentamiento —el

pueblo de Dios que no se satisface solo con Dios Padre— inevitablemente llegarán a experimentar la justicia de Dios.

En el Salmo 18:20 y 24, el salmista David confiesa que nuestro Dios nos recompensa conforme a nuestra justicia. Como Dios justo, Él distingue claramente entre recompensar el bien y castigar el mal (Park Yun-sun). Él muestra su misericordia a los misericordiosos y su perfección a los íntegros (v. 25); revela su pureza a los puros, pero retribuye con juicio a los perversos (o rebeldes) (v. 26). Concede la salvación a los afligidos —es decir, a los humildes— mientras humilla a los soberbios (v. 27; Park Yun-sun).

Sin embargo, parece que albergamos una idea equivocada y carecemos de equilibrio en nuestro pensamiento. Con facilidad creemos en aspectos de la naturaleza de Dios —como su amor, gracia, misericordia y bondad—, confiamos en ellos y buscamos disfrutarlos; no obstante, vivimos nuestras vidas sin centrarnos en su santidad y justicia. En consecuencia, incluso cuando no obedecemos los mandamientos de este Dios santo y justo, tratamos el pecado a la ligera —afirmando que «vivimos bien simplemente por la gracia de Dios»— sin ofrecer un verdadero arrepentimiento. Esto es lo que Bonhoeffer llamó «gracia barata». Cometemos repetidamente el pecado de desobediencia mientras perdemos de vista la gravedad del pecado; interpretamos la gracia, el amor y la fidelidad de Dios únicamente para satisfacer nuestros propios deseos egoístas, engañándonos a nosotros mismos al pensar que llevamos una vida de fe adecuada. Es un grave error afirmar que vivimos por la gracia de Dios mientras actuamos así. El apóstol Pablo afirma que aquellos que realmente comprenden la gracia de Dios se esfuerzan por el Señor más abundantemente que nadie gracias a esa gracia (1 Corintios 15:10). Si realmente somos creyentes que viven por la gracia de Dios, debemos consagrarnos de todo corazón a obedecer los mandamientos de ese Dios santo y justo.

David, el personaje del pasaje de hoy, hizo exactamente eso. Se dedicó a guardar los caminos de Dios (versículo 21). No fue alguien que simplemente profesara de labios para

afuera la «gracia barata» en su caminar de fe; más bien, volcó todo su corazón y su alma en obedecer los mandamientos que Dios reveló a través de su Palabra. A través de esta Escritura, David nos desafía —a nosotros, que hemos sido verdaderamente justificados— a vivir una vida justa, lo cual es nuestra responsabilidad. David vivió una vida recta que buscaba «mi justicia» —la otra cara de la moneda— junto con «la justicia de Dios».

Actualmente estamos cometiendo un pecado verdaderamente grave contra Dios. Aunque hemos sido justificados por el mérito de la cruz de Jesús y llamados a vivir una vida de justicia para la gloria de Dios mientras estamos en este mundo, a menudo enfatizamos únicamente nuestra condición de justificados sin vivir realmente la vida justa que tal condición exige. Vivimos bajo la ilusión de que practicamos nuestra fe, aun cuando no nos dedicamos de todo corazón a dar frutos de justicia. Podemos enorgullecernos de cuánto tiempo llevamos viviendo una vida de fe; sin embargo, hemos llegado a un punto en el que los frutos de justicia brillan por su ausencia en nuestras vidas, tal como ocurre con una higuera estéril. Vivimos una fe que no da fruto; somos como una higuera que, si bien es higuera, carece del fruto propiamente dicho. Esto representa una fe desequilibrada. Centrarse exclusivamente en la justificación —ser declarados justos por la gracia de Dios— sin vivir posteriormente una vida justa en reverente fidelidad a Él, constituye una vida espiritual desequilibrada.

En cambio, David mantuvo una vida espiritual equilibrada; viviendo bajo la santa gracia de Dios y reverenciándolo, se esforzó sinceramente por seguir los caminos divinos. Él no se apartó «impíamente de [su] Dios» (v. 21). Deberíamos extraer lecciones valiosas de la vida de David. Estas lecciones pueden resumirse en tres puntos: primero, debemos valorar la revelación de Dios; segundo, debemos hacer una confesión de fe correcta basada en esa revelación; y tercero, debemos vivir una vida justa que esté en consonancia con dicha confesión. No obstante, Satanás nos ataca constantemente. Él busca impedir que recibamos la revelación de Dios a través de Su Palabra. En resumen, los esfuerzos de Satanás apuntan a crear una «sequía de la Palabra», evitando que la revelación divina llegue

hasta nosotros. Consideremos la profecía de Amós 8:11: «El Señor Soberano declara: "Vienen días en que enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de oír las palabras del Señor"». Hemos entrado en una era de sequía espiritual. En medio de esta hambruna de escuchar la Palabra de Dios, innumerables personas espiritualmente sordas y ciegas se sientan cada domingo en nuestros santuarios para participar en la adoración. El pueblo de Dios se reúne semana tras semana: tienen ojos, pero son incapaces de ver la providencia, la obra y la presencia de Dios en sus vidas; tienen oídos, pero no pueden oír la Palabra de Dios que se derrama como un torrente. Incluso los siervos de Dios que proclaman la Palabra predican una voz de Dios que ellos mismos no han escuchado. Como personas sordas que conversan entre sí, cada domingo ocurren cosas en nuestros santuarios que resultan absurdas a los ojos de Dios. Tal como se describe en el capítulo 1 de Isaías, en nuestros lugares de adoración se llevan a cabo semana tras semana prácticas que Dios detesta, cosas que ya no puede soportar. Parece que Satanás está teniendo éxito en este momento. Él busca apartarnos de la sana doctrina —la verdad— haciendo que «nos rodeemos de un gran número de maestros que digan lo que nuestros oídos, ávidos de novedades, quieren escuchar» y que «nos desviemos hacia los mitos» (2 Timoteo 4:3-4). Satanás parece estar ganando; el pueblo de Dios se está alejando de Su Palabra. Él ha logrado que consideren el cumplimiento de Sus mandamientos como algo totalmente trivial. Ha conseguido racionalizar y eludir la responsabilidad de obedecer dichos mandamientos, haciendo que el pecado de desobediencia parezca tan ligero como una pluma. Además, hace que valoremos la «gracia barata» por encima de todo, alejándonos así de la santidad y la justicia de Dios. Como consecuencia, nos desviamos de la verdad divina y vivimos nuestra vida cotidiana en la maldad, muy lejos de Él. David, sin embargo, no actuó así. En medio de todos los ataques y tentaciones de Satanás, vivió escuchando y obedeciendo la Palabra de Dios. No vivió una sequía de la Palabra, sino una temporada de cosecha abundante. Por ello, confiesa con confianza que «todos los decretos» de Dios estaban ante él y que nunca se apartó de Sus estatutos (Salmo 18:22).

David estaba decidido no solo a guardar los caminos de Dios (v. 21), sino también a protegerse de la iniquidad (v. 23). Se mantuvo alejado del pecado porque temía a Dios con todo su corazón (Park Yun-sun, Delitzsch). David era verdaderamente un hombre sabio. Tal como afirma Proverbios 16:6 que los sabios se apartan del mal porque temen a Dios, David era precisamente esa clase de persona. El reverendo Park Yun-sun señaló: «...Él consideraba constantemente su propia naturaleza rebelde como un peligro y se esforzaba por disciplinarse y dominarse a sí mismo. Una persona sabia se considera a sí misma como un peligro en primer lugar y permanece alerta» (Park Yun-sun). ¿Nos consideramos nosotros, de hecho, como el peligro principal y permanecemos alerta en consecuencia? Es inevitable preguntarse cuántos creyentes reconocen verdaderamente que ellos mismos son la fuente número uno de peligro. Esto se debe a que pocas personas reconocen su propia naturaleza rebelde y se protegen de ella. Una razón para esto es la creencia profundamente arraigada en nosotros de que estamos «bien» tal como somos. Si realmente comprendiéramos nuestra propia naturaleza rebelde, no tendríamos más remedio que estar alerta contra nosotros mismos. Vivimos con temor porque sabemos muy bien que, sin tal vigilancia, inevitablemente pecaremos contra el Dios santo y justo. Tememos cometer pecado y, además, tememos manchar el santo nombre de Dios. Tememos oscurecer la gloria de Dios. Por lo tanto, debemos permanecer siempre despiertos y en oración. Sabiendo que si le damos a Satanás la más mínima oportunidad, se abalanzará como un león y nos llevará a pecar, nunca debemos bajar la guardia. Esta semana visité un hogar de ancianos con un miembro de nuestra congregación. Aunque nunca había conocido al residente —un diácono—, fui a verlo después de orar porque era pariente de la persona que me acompañaba. Actualmente padece diabetes, una afección que ha requerido una cirugía cardíaca y la amputación de una pierna a la altura de la rodilla. Sin embargo, confesó que veía la pérdida de su pierna como una forma de disciplina divina. Al declarar que «no hay nadie más que el Señor», di gracias a Dios en silencio desde lo profundo de mi corazón. Fue una confesión verdaderamente preciosa. Reconocer la disciplina de Dios —nacida de Su amor justo— incluso después de perder una pierna, y profesar que el Señor es lo único que importa: ¡qué testimonio tan profundo! Dios es un Dios recto. Es un Dios justo. Es un Dios

que nos recompensa conforme a nuestra rectitud. Cuando seguimos los caminos de Dios, le reverenciamos con todo nuestro corazón y nos guardamos del pecado, Dios nos protege y nos otorga la gracia de la salvación (Park Yun-sun). Como personas justificadas por la gracia de Dios, debemos esforzarnos por vivir vidas rectas.

El secreto de la victoria

[Salmo 18:28–42]

Anoche, a las 8:00 p. m., se disputó un partido de fútbol entre la selección nacional de Corea del Sur y el L.A. Galaxy. Uno de los puntos centrales del debate en torno al encuentro fue si se debía emplear un sistema defensivo de tres o de cuatro defensas. El sistema de tres defensas es el enfoque tradicional con el que los jugadores coreanos están familiarizados, mientras que el sistema de cuatro defensas se considera una estrategia defensiva más reciente. Se dice que incluso el exentrenador Guus Hiddink intentó utilizar el sistema de cuatro defensas durante la Copa del Mundo de 2002, pero volvió al sistema de tres porque el equipo no lograba adaptarse plenamente al nuevo esquema. Lee Yong-soo, profesor de la Universidad Sejong y presidente del comité técnico en aquel entonces, señaló: «En realidad, la dicotomía de elegir entre un sistema de tres o de cuatro defensas es una clasificación inapropiada. Aunque el entrenador Hiddink utilizó el sistema de tres defensas, el factor clave era el movimiento orgánico de todo el equipo. Lograr esto requería un alto nivel de comprensión táctica y una resistencia física inquebrantable» (Fuente: Internet). Lo que más me llamó la atención de las palabras del profesor Lee fue el concepto del «movimiento orgánico de todo el equipo». Dado que la iglesia es simultáneamente una «organización» y un «organismo», creo que el servicio orgánico de los miembros de nuestra iglesia es igualmente vital. Para llevar una vida de fe tan orgánica —al igual que la «alta comprensión táctica» y la «resistencia inquebrantable» requeridas en el fútbol—, debemos poseer una profunda comprensión de la voluntad del Señor, quien es la Cabeza de la iglesia, y también necesitamos la «resistencia inquebrantable» del cuerpo espiritual. Solo entonces podremos salir victoriosos en nuestras batallas espirituales.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 18:28–42, la Biblia revela que el secreto de la victoria reside únicamente en el poder de Dios. Dios ciñó al salmista David con fortaleza para la batalla (versículos 32 y 39). Como resultado, David pudo vivir una vida de victoria en la guerra gracias al poder de Dios. Entonces, ¿cuál es ese «poder de Dios» del que se habla aquí? He reflexionado sobre esto y he identificado cinco aspectos.

En primer lugar, el poder de Dios es el "poder del conocimiento".

Observemos el Salmo 18:31: "¿Quién es Dios, sino solo el SEÑOR? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?". David pudo triunfar en la batalla porque conocía al Dios que es el Dios verdadero y la Roca. El conocimiento de quién es Dios constituye nuestra fortaleza, y un pueblo que conoce a Dios es fuerte. Por tanto, debemos crecer en el conocimiento de Dios. Sin embargo, Satanás busca arruinarnos despojándonos de ese conocimiento (Oseas 4:6). Así pues, debemos esforzarnos aún más por conocer a Dios tal como Él es verdaderamente (Oseas 6:3). El profeta Jeremías nos insta a "gloriarnos en conocer a Dios" (Jeremías 9:24). ¿De qué clase de Dios debemos gloriarnos? Debemos gloriarnos en el Dios que enciende nuestra lámpara (Salmo 18:28). La frase "encender la lámpara" simboliza la prosperidad; aplicada a David —un soldado—, se refiere a la victoria en la batalla concedida por la gracia de Dios (Park Yun-sun). En otras palabras, el Dios a quien debemos esforzarnos por conocer es el Dios de la victoria: Aquel que nos capacita para triunfar. Cuando llegamos a conocer a este Dios de la victoria en nuestra vida cotidiana, nosotros también podemos vivir una vida victoriosa. En segundo lugar, el poder de Dios es el "poder de la Palabra".

Consideremos el Salmo 18:30: "En cuanto a Dios, perfecto es su camino; probada es la palabra del SEÑOR; Él es escudo a todos los que en Él confían". David vivió una vida victoriosa mediante el poder de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es nuestra fortaleza; al alimentarnos de esa Palabra, podemos vivir una vida poderosa. El apóstol Pablo se refirió a las Escrituras de esta manera: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar,

para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17). Debemos reflexionar sobre si realmente estamos recibiendo instrucción, reprensión y corrección para nuestras vidas, así como capacitación en justicia, a través de las palabras de la Biblia. Siempre que surjan pensamientos pecaminosos o nos ataquen tentaciones en nuestra vida cotidiana, debemos permitir que la Palabra de Dios nos instruya y corrija —rectificando nuestros pensamientos y caminos erróneos— y nos capacite en justicia, para que podamos vivir victoriosamente en las batallas contra nosotros mismos, el pecado, el mundo y Satanás. Mediante la Palabra perfecta de Dios, David se protegió del pecado y triunfó en la batalla contra su propia naturaleza (Salmo 18:23); también fue protegido por el poder de la Palabra de Dios en medio de la persecución de sus enemigos (versículo 30). Dios hizo los pies de David como los de una cierva y lo puso en las alturas (versículo 33). En otras palabras, Dios llevó a David a un lugar seguro. Ciertamente, la Palabra de Dios es nuestro refugio seguro. Esa palabra nos colocará en las alturas.

En tercer lugar, el poder de Dios es el «poder de la dependencia».

Observemos el Salmo 18:29: «Porque contigo desbarataré ejércitos, y con mi Dios saltaré muros». El sentido común sugiere que un niño depende de sus padres pero se vuelve independiente gradualmente a medida que crece; sin embargo, nuestra vida de fe parece funcionar a la inversa. Antes de creer en Jesús, vivíamos vidas independientes, pero tras llegar a la fe, aprendemos gradualmente a vivir dependiendo únicamente del Señor; esta es la esencia de nuestra vida de fe. Con el paso del tiempo, la vida de fe se convierte en un proceso en el que comprendemos que el Señor es el único en quien confiar y llevamos esa convicción a la práctica. Además, quienes dependen del Señor son fuertes. Nuestra fortaleza se manifiesta como el poderoso poder de Dios obrando en nosotros cuando reconocemos plenamente nuestra propia debilidad. David es un ejemplo perfecto de esto. Confiando en el santo nombre de Dios, David arremetió contra Goliat tal como alguien «desbarataría un ejército» (2 Samuel 22:30). Esta es exactamente la actitud que debemos

tener. Debemos ser personas que avancen hacia el mundo confiando plenamente en Dios. Cuando avanzamos con valentía y coraje, confiando en Dios, Él ensancha el camino bajo nuestros pies y evita que tropecemos (Salmo 18:36).

En cuarto lugar, el poder de Dios es el «poder de la destreza».

Observemos el Salmo 18:34: «Él adiestra mis manos para la guerra, de modo que mis brazos puedan tensar un arco de bronce». Este pasaje muestra que Dios entrenó las manos de David para la batalla y capacitó sus brazos para tensar un arco de bronce. En otras palabras, Dios dotó a David —un soldado— de las habilidades necesarias. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dios concede a quienes confían en Él las habilidades adecuadas para sus vocaciones; por ejemplo, otorga al comerciante talento para el comercio y al escritor talento para las artes literarias». Eclesiastés 10:10 señala que «la sabiduría [destreza] conduce al éxito». La destreza es esencial para la victoria en la guerra, y el Señor también nos provee de ella. Éxodo 36:1 registra que, para la construcción de su santuario, Dios otorgó sabiduría e inteligencia a personas diestras, capacitándolas para realizar la obra necesaria. Al designar obreros para sus tareas, Dios no se limita a seleccionarlos; también los equipa con la sabiduría —o destreza— requerida para el trabajo. Debemos poseer la inocencia de las palomas, pero también la sabiduría de las serpientes (Mateo 10:16). Para luchar y triunfar en la guerra espiritual, necesitamos habilidades de combate. Debemos saber manejar el «escudo de la salvación» (Salmo 18:35) y la «espada del Espíritu» (Efesios 6:17). Una espada del Espíritu que no se sabe manejar no sirve de nada. Dios nos concede tanto destreza como poder, y mediante ese poder podemos vivir una vida victoriosa.

Finalmente, el quinto punto es que el poder de Dios es el «poder del carácter». Observemos el Salmo 18:35: «También me has dado el escudo de tu salvación; tu diestra me ha sostenido, y tu benignidad me ha engrandecido». La expresión «tu gentileza» se refiere al hecho de que David llegó a ser grande porque el Señor se humilló para ayudar bondadosamente a David, un ser humano imperfecto (Park Yun-sun). El secreto de la victoria para nosotros, los

cristianos, reside en un carácter que se asemeja al de Jesús. En particular, es la gentileza de Jesús la que nos permite triunfar en este mundo.

Armados con estas cinco formas del poder de Dios, debemos luchar y vencer a nosotros mismos, al pecado, al mundo, a Satanás y a la muerte. Ciertamente, ya somos victoriosos y continuaremos siéndolo. Seamos todos vencedores que marchan hacia el reino celestial, enarbolando la bandera de la victoria y entonando himnos de triunfo. ¡Victoria!

El Señor que me exalta por encima de todo

[Salmo 18:43–50]

Al vivir en este mundo, nos enfrentamos a diversos tipos de pruebas. Es un mundo lleno de situaciones verdaderamente difíciles de soportar, que traen lágrimas y angustia al corazón. Abrumadas por tales cosas, muchas personas caen en la desesperación y renuncian a la vida; y entre ellas se encuentran cristianos. ¿Cómo debemos ver, entonces, estas pruebas? El poeta romántico británico Byron dijo una vez: «La adversidad es el primer camino hacia la verdad». Este «primer camino» que conduce a la verdad… sin embargo, es un camino que no nos gusta. Intentamos evitarlo. Nadie se adentra voluntariamente en alta mar cuando se enfrenta a olas gigantescas; la razón es que no podemos sondear las profundidades insondables que yacen debajo (Himno 408). Existe un proverbio británico que dice: «Un mar en calma nunca hizo a un marinero experto». Nadie alcanza el éxito sin afrontar pruebas. Del mismo modo, nosotros, los creyentes, no podemos convertirnos en discípulos maduros en un mundo tranquilo y libre de pruebas. Por tanto, no debemos eludir este «primer camino» de la adversidad; al contrario, debemos recorrerlo con un corazón agradecido y con fe.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 18:43–50, nos encontramos con el Señor que nos exalta por encima de todo. En particular, los versículos 43 y 48 contienen estas palabras: «Me has puesto por cabeza de naciones» y «Me has exaltado por encima de los que se levantan contra mí». Nuestro Dios es el Señor que nos establece como cabeza en este mundo. La primera parte del versículo 46 revela cómo lo hace: «¡Vive el Señor!…». En otras palabras, Dios nos hace cabeza de las naciones al demostrar su presencia viva en nuestras

vidas. Quisiera reflexionar sobre tres formas específicas en las que nuestro Señor manifiesta su presencia viva en nuestras vidas.

En primer lugar, el Señor me establece como cabeza de las naciones al librarme. Observemos los versículos 43 y 48 del Salmo 18: «Me has librado de las contiendas del pueblo...» (v. 43), y «Me has rescatado de mis enemigos; me has exaltado sobre los que se levantan contra mí; me has librado del hombre violento» (v. 48). ¿De qué libró el Señor al salmista David? Dios demostró su presencia viva al rescatar a David de «las contiendas del pueblo» (v. 43), de «mis enemigos» (v. 48) y del «hombre violento» (v. 48). En otras palabras, el Señor —que es el cuerno de salvación (v. 2)— reveló que está vivo al otorgar a David el poder de la salvación. Por tanto, Dios hizo a David cabeza de las naciones (v. 43).

Así como los israelitas, durante el Éxodo, se vieron acorralados por todos lados frente al mar Rojo, nosotros también llegamos a comprender y reconocer plenamente nuestra absoluta incapacidad para salvarnos a nosotros mismos. Es entonces cuando confesamos sinceramente que solo Jesús es nuestro Salvador. Experimentamos el poder salvador de Dios únicamente cuando admitimos nuestra total incapacidad para rescatarnos a nosotros mismos. Sin embargo, con demasiada frecuencia parecemos cometer el pecado del silencio, tal como lo hicieron los israelitas en el monte Carmelo en los días de Elías. Durante el enfrentamiento entre los profetas de Baal y Asera y el profeta de Dios, Elías, este preguntó a los israelitas que observaban: «¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, seguidle; pero si lo es Baal, seguid a este»; y el pueblo no le respondió ni una palabra (1 Reyes 18:21). De igual manera, a menudo fallamos en seguir a Dios —nuestro Salvador— y optamos en cambio por permanecer en un silencio cobarde. El creyente que reconoce y confiesa que solo el Señor es el Salvador que lo rescata, da testimonio de la realidad del Dios vivo. Aunque la gente del mundo pueda «clamar, y no haya quien salve» (Salmo 18:41), nuestro Señor revela su majestad y viene a rescatarnos cuando le invocamos, demostrando así al mundo que Él es verdaderamente nuestro Salvador. En consecuencia, Dios nos exalta

para ser cabeza entre las naciones. En segundo lugar, el Señor me hace destacar en el mundo al enriquecerme.

El salmista David disfrutó de la abundante gracia de Dios incluso en medio de la persecución y la adversidad provocadas por sus enemigos. Al derramar Su abundante gracia sobre David, Dios lo estableció como un líder entre las naciones.

Dios está con nosotros mediante Su abundante gracia, revelando Su presencia viva incluso cuando estamos en necesidad. Sin embargo, a menudo, en lugar de percibir la abundante gracia de Dios, nos centramos únicamente en nuestras propias carencias. La razón de esto es nuestra propia "autosuficiencia". Aquellos que verdaderamente anhelan la abundante gracia de Dios —incluso en medio de lo que el mundo llama "escasez"— claman al Señor; a través de esto, escuchan con los oídos de su espíritu la voz del Señor diciendo: "Mi gracia te basta" (2 Corintios 12:9). Tal persona no es autosuficiente, sino que depende plenamente de Dios. Y quien depende de Dios confiesa: "Nuestra suficiencia proviene de Dios" (3:5).

Finalmente, el tercer punto: el Señor me hace destacar en el mundo al fortalecerme (capacitándome con poder).

Observemos el Salmo 18:45: "Los extranjeros desfallecen y salen temblando de sus fortalezas". Aunque los enemigos de David parecían formidables cuando lo atacaban, Dios finalmente fortaleció a Su siervo David y estuvo con él. Por tanto, debido a que Dios lo fortaleció (versículos 32 y 39), debilitó a los enemigos de David e hizo que temieran a David.

Nuestro Dios es el Todopoderoso que vive hoy —no solo para Su siervo David, sino también para nosotros— y nos ciñe con Su poder (versículos 32 y 39). Cuando nos encontramos en un estado de debilidad a causa de nuestros enemigos, Dios está con nosotros, dándonos poder. Al revelar Su poder a través de nuestra fragilidad, Él derriba las fortalezas de nuestros

enemigos y los obliga a temernos. En última instancia, nuestro Dios es quien nos fortalece y nos concede la victoria; Él es el Dios que nos eleva para destacar entre las naciones.

¿Cómo debemos responder, entonces, a esta gracia de Dios, que nos hace sobresalir en el mundo?

En primer lugar, debemos alabar y exaltar a Dios. Observemos el Salmo 18:46: «¡Vive el Señor! ¡Bendita sea mi Roca! ¡Exaltado sea Dios, mi Salvador!». Tras experimentar al Dios que lo fortalecía, David ofreció alabanzas y exaltó Su santo nombre. Dios es el Todopoderoso y Justo que derriba las fortalezas del mundo; es quien nos establece con firmeza. Como nuestra Roca, nos coloca seguros sobre un fundamento sólido y revela Su propia gloria. Debemos gloriarnos en este Dios y exaltarlo. En segundo lugar, debemos dar gracias al Señor entre las naciones del mundo.

Observemos el Salmo 18:49: «Por eso te daré gracias, oh Señor, entre las naciones, y cantaré alabanzas a tu nombre». David dio gracias a Dios después —o mientras— experimentaba la obra divina que lo hacía sobresalir entre las naciones mediante Sus abundantes bendiciones. Nosotros también debemos dar gracias a Dios tal como lo hizo David. Debemos agradecer a Dios incluso por nuestra propia pobreza y nuestras debilidades. La razón es que, a través de ellas, experimentamos la abundancia y el poder de Dios. Demos gracias a Dios.

Finalmente, en tercer lugar, debemos aguardar la Segunda Venida del Señor con la certeza de la salvación y la victoria.

Observemos el Salmo 18:50: «Él concede gran liberación a su rey y muestra misericordia a su ungido, a David y a su descendencia para siempre». Aquí, «su rey» y «su ungido» se refieren a Jesucristo, el descendiente de David. David anhelaba y aguardaba la Primera Venida del Mesías —Cristo—, el Salvador que es Todopoderoso y abundante en gracia y

amor. Al igual que David, nosotros también debemos anhelar y aguardar el regreso de Jesús, quien vino por primera vez para otorgarnos la gracia de la salvación. En esa espera, debemos aferrarnos firmemente a la certeza tanto de la salvación como de la victoria.

Reflexionemos una vez más sobre las palabras del poeta romántico británico Byron: «La adversidad es el primer camino hacia la verdad». Aunque nadie más elija recorrer este camino de preeminencia, nosotros, como santos de Dios, debemos transitarlo fielmente, confiando en Su gracia salvadora, Su abundante favor y Su poder. Mientras vivimos en este mundo, debemos ofrecerle alabanza y acción de gracias, y exaltarlo en nuestras vidas —reconociendo la gracia del Dios vivo que nos salva, nos enriquece y nos fortalece, haciéndonos así sobresalir en el mundo—, y debemos aguardar con anhelo el regreso del Señor, con la certeza de la salvación y la victoria.

La Palabra de Dios

[Salmo 19]

Como pueblo de Dios, debemos acercarnos a Él y alejarnos del mundo. Los cristianos debemos aferrarnos a la Palabra de Dios y no alinearnos con el mundo. Una razón para ello es que, cuando vivimos en alianza con el mundo, nos apartamos de la Palabra de Dios —desviándonos a izquierda o derecha— y pecamos contra Él. Lo verdaderamente alarmante es que, al alejarnos de la Palabra de Dios, dejamos de reconocer el pecado como tal. En consecuencia, caemos cada vez más en la comisión de pecados deliberados. Atrapados en el pecado habitual, nos vemos guiados por el pecado en lugar de por la Palabra de Dios. Lo inquietante es la rapidez con la que se produce este retroceso espiritual. Tal declive espiritual acelerado tiene su origen, en última instancia, en apartarse rápidamente de la Palabra de Dios. Deuteronomio 17:19 establece que, para ser rey de Israel, uno debía conservar consigo la Palabra de Dios y leerla todos los días de su vida, aprendiendo a temer a Dios y observando cuidadosamente todas las palabras de la ley. Nosotros somos un real sacerdocio; por tanto, también debemos mantener cerca la Palabra de Dios, leyéndola a lo largo de nuestra vida y poniéndola fielmente en práctica.

En el pasaje de hoy del Salmo 19 —específicamente a partir del versículo 7—, el salmista David habla de «la ley del SEÑOR». Así pues, bajo el título «La Palabra de Dios», quisiera reflexionar sobre qué es la Palabra de Dios y cómo debemos responder a ella.

¿Qué es la Palabra de Dios? David nos enseña al respecto de cuatro maneras.

En primer lugar, la Palabra de Dios es perfecta y restaura el alma. Observemos la primera parte del Salmo 19:7: «La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma…». Aquí, la palabra «perfecta» denota la perfección inherente a la Palabra de Dios, señalando su naturaleza sobrenatural (Park Yun-sun). En otras palabras, la Palabra de Dios posee el poder sobrenatural de hacer que un alma moribunda nazca de nuevo. Este es precisamente el propósito de la verdad. La Palabra de Dios es lo que da vida a las almas moribundas; tiene el poder de avivar almas que están muertas —separadas de Dios—. Además, esta Palabra tiene el poder de levantar y fortalecer las almas desanimadas de nosotros, los creyentes imperfectos. Así, mediante la Palabra perfecta de Dios, experimentamos el avivamiento de nuestras almas abatidas.

En segundo lugar, la Palabra de Dios es fiel y hace sabio al sencillo.

Observemos la segunda parte del Salmo 19:7: «…el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo». Decir que la Palabra de Dios —la verdad que conduce al conocimiento de Dios— es «fiel» significa que es «verdadera» (Park Yun-sun), y esta verdadera Palabra de Dios hace sabio al sencillo. El término «sencillo» aquí se refiere, en el hebreo original, a alguien que es «abierto». En otras palabras, la verdadera Palabra de Dios obra en la persona cuyo corazón está abierto, haciéndola sabia. Cuando la semilla de la Palabra se siembra en un corazón abierto —como buena tierra—, produce el fruto de la sabiduría. Por tanto, debemos abrir las puertas de nuestros corazones, recibir la Palabra de Dios con fe y obedecerla. En tercer lugar, la Palabra de Dios es recta y alegra el corazón.

Observemos la primera parte del Salmo 19:8: «Los preceptos del Señor son rectos, que alegran el corazón…». Decir que la Palabra de Dios es «recta» significa que es derecha o verdadera. La Palabra recta de Dios penetra el corazón del pecador, conduciéndolo al arrepentimiento. Una persona encuentra gozo en el corazón solo a través del arrepentimiento (Park Yun-sun). Un corazón que no es recto —un corazón torcido— se endereza al arrepentirse bajo la convicción que produce la Palabra de Dios. La Palabra de

Dios es recta. Nuestros corazones también pueden hallar verdadero gozo cuando se vuelven rectos. El verdadero gozo se encuentra en un corazón recto; no puede haber verdadero gozo en un corazón torcido.

Finalmente, el cuarto punto: la Palabra de Dios es pura y alumbra los ojos.

Observemos la segunda parte del Salmo 19:8: «...el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos». Aquí, «puro» significa limpio; En otras palabras, la Palabra de Dios es limpia. Cuando nuestras almas son purificadas por esa Palabra pura, los ojos de nuestro espíritu son iluminados. Entonces, llegamos a ver a Dios (Mateo 5:8) y a experimentarlo. Job es un ejemplo perfecto de esto. Tras recorrer el camino del sufrimiento, hizo esta confesión: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven» (Job 42:5). La lección que aprendemos de esta confesión es que, al perseverar en el camino del sufrimiento aferrándonos a la pura Palabra de Dios, finalmente llegamos a ver —con los ojos claros del espíritu— al Dios a quien antes solo conocíamos de oídas, todo ello mientras mantenemos la pureza de nuestras almas. Debemos purificar nuestras almas mediante la obediencia a la Palabra de Dios (1 Pedro 1:22). Al hacerlo, podemos experimentar a Dios incluso en medio de una vida de sufrimiento.

¿Cómo debemos, entonces, responder a la Palabra de Dios? Podemos considerar cuatro puntos.

En primer lugar, debemos reverenciar a Dios.
Observemos el Salmo 19:9: «El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos». La Palabra de Dios nos permite conocerlo; específicamente, conocer al Dios santo y justo (la frase «los juicios de Jehová son verdad, todos justos» se refiere al juicio certero y justo de Dios). En consecuencia, al llegar a reverenciar a Dios, obedecemos su Palabra. Al hacerlo, nuestros corazones son purificados por su Palabra. El pecado no puede existir en un corazón puro que reverencia a Dios. En

última instancia, los de limpio corazón (versículo 8) viven vidas que rechazan el pecado, reverenciando al Dios santo y justo a quien contemplan con ojos espirituales.

En segundo lugar, debemos valorar profundamente la Palabra de Dios.

Observemos el Salmo 19:10: «Más deseables son que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal». El oro puede aportar riqueza terrenal, pero no puede brindar riqueza espiritual. La Palabra del Señor enriquece nuestras almas (Park Yun-sun). El oro y la plata pueden traer riqueza material, pero con demasiada frecuencia empobrecen nuestras almas. Por lo tanto, debemos anhelar fervientemente la Palabra de Dios, la cual aporta riqueza espiritual. Cuanto más saboreamos la dulzura de la Palabra de Dios —una dulzura que conlleva riqueza espiritual—, más nos sentimos impulsados a desearla. En última instancia, los rectos (versículo 8) no pueden evitar anhelar la Palabra de Dios. Como consecuencia, los rectos experimentan gozo en sus corazones y llegan a disfrutar de ese mismo gozo.

En tercer lugar, debemos guardar la Palabra de Dios.

Observemos el Salmo 19:11: «Tu siervo es además amonestado por ellas; en guardarlas hay gran recompensa». David fue amonestado por la Palabra de Dios. Él guardaba la Palabra de Dios para evitar cometer pecado. La razón era que la «recompensa es grande». En otras palabras, David guardaba la Palabra de Dios porque existe un gran «resultado» o «consecuencia» para quienes la guardan (el significado original en hebreo de «gran recompensa» implica un «gran desenlace» o una «gran consecuencia» tras el acto [Park Yun-sun]). Nosotros tampoco debemos pasar por alto las advertencias de Dios. Debemos guardar la Palabra de Dios hasta el final y recibir la recompensa de la salvación de nuestras almas. En última instancia, aquellos que abren sus corazones (versículo 7: los «sencillos») adquieren sabiduría y guardan la Palabra de Dios.

Finalmente, el cuarto punto: debemos orar.

Observemos el Salmo 19:12-13: «¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí. Entonces seré íntegro y estaré libre de gran rebelión». David oraba para que Dios le ayudara a reconocer sus «errores» a través de Su Palabra. En particular, deseaba discernir los «pecados de soberbia» y evitar cometerlos. Así, su oración era: «Líbrame de los pecados ocultos» (v. 12) y «presérvame de la gran rebelión» (v. 13). Si cometemos repetidamente pecados de soberbia, ese pecado cobra dominio sobre nosotros (Park Yun-sun); en otras palabras, el pecado llega a gobernarnos. Por eso David oraba: «Que [el pecado] no se enseñoree de mí» (v. 13). La Biblia enseña que aquellos que son perfectos y maduros son personas de oración. Deseamos que nuestras almas sean avivadas al orar a Dios, confiando en Su Palabra (v. 7).

David, quien caminaba en estrecha comunión con Dios, deseaba que las palabras de su boca y la meditación de su corazón fueran aceptables ante Dios: su Roca y su Redentor (v. 14). Él era un hombre de oración. Valoraba la Palabra de Dios y la guardaba; era alguien que temía a Dios. El creyente que vive una vida centrada en la Palabra teme a Dios, valora y obedece Su Palabra, y ora aferrándose a ella. A través de la Palabra de Dios —perfecta, segura, recta y pura—, uno experimenta el avivamiento del alma, adquiere sabiduría, goza de alegría en el corazón y ve abiertos sus ojos espirituales. Oro para que tales bendiciones de la Palabra sean sobre todos nosotros.

¡Deséalo aún más!

«Son más preciosos que el oro, más que mucho oro puro; son más dulces que la miel, que la miel que destila del panal» (Salmo 19:10).

Últimamente, al observar las obras de renovación en el santuario principal de nuestra iglesia, he comprendido la importancia de la experiencia directa. Por supuesto, el trabajo lo realizan profesionales; sin embargo, al verlos trabajar, conversar con ellos y escuchar sobre los problemas del santuario y el proceso de reparación, recibo desafíos y enseñanzas del Señor. Si visitara el lugar solo antes de que comenzara la construcción y nuevamente al finalizar, podría notar los cambios, pero desconocería en gran medida el proceso: el «cómo» detrás de la transformación. Incluso si llegara a enterarme de ello, sería a través del relato de otra persona, en lugar de la experiencia directa de ver, oír y sentir las cosas de primera mano en la obra. Observar el trabajo reveló que el techo del santuario se había hundido considerablemente. Parece que ni siquiera los expertos previeron la magnitud del hundimiento hasta que realmente desmontaron el techo. No obstante, al descubrir la gravedad del problema, llevaron a cabo las reparaciones de manera exhaustiva y excelente. Simplemente les estoy agradecido.

Una de las lecciones espirituales que he aprendido a través de este proyecto de renovación es la importancia de experimentar la Palabra de Dios de primera mano. He vuelto a comprender cuán vital es experimentar la Palabra viva y eficaz de Dios abriendo personalmente la Biblia, leyéndola y meditándola, para luego obedecerla y aplicarla a nuestra vida real. Tal experiencia directa es precisamente la manera de hacer nuestra la Palabra de Dios (Salmo 119:56). Si encontramos la Palabra de Dios solo indirectamente a

través de otros, no podremos experimentarla profundamente. Esto se debe a que el mensaje nos llega mediante alguien que ya lo ha experimentado personalmente, en lugar de surgir de nuestro propio encuentro directo. Tal exposición indirecta no puede llevarnos a una experiencia profunda de la Palabra de Dios. La razón por la que las iglesias ofrecen diversos estudios bíblicos es para ayudar a las personas a crecer hasta el punto en que puedan alimentarse de la Palabra de Dios por sí mismas. Debemos avanzar hacia una etapa en la que meditemos, estudiemos y aprendamos la Palabra de Dios por nuestra propia cuenta. Al hacerlo, debemos experimentar la Palabra de Dios de primera mano. Solo entonces podremos confesar, como el salmista, que la Palabra de Dios es «más dulce que la miel, que la que destila del panal» (Salmo 19:10).

En el Salmo 19:10, ¿por qué el salmista David nos insta a desear la Palabra de Dios más que el «oro, y más que mucho oro afinado»? ¿Cuál es la razón? Es porque David había experimentado personalmente que la Palabra de Dios es «más dulce que la miel, que la que destila del panal». He identificado cuatro etapas en la experiencia de David con la Palabra.

En primer lugar, la Palabra de Dios nos proporciona límites.

Observemos el Salmo 19:11: «Tu siervo es además amonestado por ellas; en guardarlas hay gran recompensa». La Palabra de Dios traza límites para nosotros. Vivir dentro de esos límites es una bendición. Disfrutamos de verdadera libertad cuando vivimos en la verdad (Juan 8:32). Por tanto, recibir guía y límites a través de la Palabra de Dios es una bendición. En segundo lugar, la Palabra de Dios nos permite reconocer nuestras transgresiones.

Consideremos el Salmo 19:12: «¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos». La Palabra de Dios expone nuestros pecados (Efesios 5:11, 13). Revela incluso nuestras transgresiones más ocultas. Como una línea divisoria, la Palabra de Dios hace que nuestra conciencia se dé cuenta de cuándo hemos cruzado la línea hacia el pecado. Sin embargo, hay algunos entre nosotros cuya conciencia se ha endurecido.

Nuestros corazones se endurecen de esta manera porque vivimos repetidamente una vida que oscila de un lado a otro de ese límite. Al principio, podemos sentir el aguijón de la conciencia y un sentimiento de culpa; pero, a medida que cruzamos progresivamente la línea y vivimos una vida pecaminosa, ese estilo de vida se vuelve familiar y, finalmente, dejamos de considerar el pecado como pecado. En otras palabras, perdemos la capacidad de reconocer el pecado tal como es. Por tanto, darse cuenta a través de la Palabra de Dios de que hemos cruzado el límite es una bendición. Es una bendición reconocer nuestras transgresiones mediante Su Palabra. Por eso el salmista David oró: «Preserva también a tu siervo de los pecados deliberados; que no se enseñoreen de mí» (Salmo 19:13). Cuando vivimos cruzando ese límite, comenzamos a pecar intencionalmente, e incluso voluntariamente. Terminamos viviendo bajo el dominio del pecado, desobedeciendo la Palabra de Dios con poca sensación de culpa. Nos dejamos guiar por el pecado en lugar de por la Palabra de Dios. Por lo tanto, no debemos desobedecer la Palabra de Dios, la cual establece los límites para nosotros. Si llegamos a transgredir la Palabra de Dios, debemos reconocer ese hecho a través de la propia Palabra de Dios. Debemos permitir que la santa Palabra de Dios saque a la luz nuestros pecados. Solo entonces podremos confesar nuestros pecados a Dios y arrepentirnos.

En tercer lugar, la Palabra de Dios vivifica nuestras almas.

Observemos el Salmo 19:7: «La ley del Señor es perfecta, que vivifica el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo». Cuando cruzamos los límites establecidos por la Palabra de Dios y pecamos contra Él, nuestras almas se sienten agobiadas y oprimidas por el pecado, perdiendo su paz. Especialmente cuando reconocemos los pecados que hemos cometido a través de la Palabra de Dios, nuestras almas pueden caer en el desánimo o incluso en la desesperación. Es la Palabra de Dios la que vivifica nuestras almas desanimadas y desesperadas. Dios usa Su Palabra para hacernos conscientes de nuestras transgresiones y nos lleva a confesar y arrepentirnos aferrándonos a esa Palabra. Luego, vivifica nuestras almas abatidas mediante Su palabra de esperanza. En consecuencia,

llegamos a disfrutar de la gracia de la reconciliación y la restauración a través del arrepentimiento.

Finalmente, el cuarto punto: la Palabra de Dios alegra nuestros corazones.

Observemos el Salmo 19:8: «Los preceptos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que alumbra los ojos». Un corazón arrepentido no solo disfruta de la paz mediante la seguridad del perdón, sino que también experimenta el gozo que Dios otorga. Además, a medida que la Palabra de Dios ilumina los ojos del espíritu, uno adquiere una mayor capacidad para discernir entre el bien y el mal. Uno ve con mayor claridad los límites establecidos por la Palabra de Dios. En consecuencia, uno ya no permite que el pecado domine el corazón; Más bien, permitimos que la Palabra de Dios la gobierne. Ya no nos dejamos neciamente engañar por el pecado, sino que adquirimos sabiduría mediante la Palabra de Dios (versículo 7); así, discernimos la verdad de la falsedad, elegimos la verdad y vivimos en la libertad que ella nos brinda. Al hacerlo, vivimos una vida plena, llena del gozo que Dios nos otorga.

Al reflexionar sobre la Palabra de Dios —que nos marca límites, revela nuestras transgresiones, vivifica nuestra alma y alegra nuestro corazón—, recuerdo la letra y el estribillo del himno 235: «Dulce y maravillosa es esa Palabra, la Palabra de vida, esa Palabra preciosa; verdaderamente, la Palabra de vida revela con claridad mi camino y mi fe: una Palabra hermosa y preciosa, fuente de vida; una Palabra hermosa y preciosa, fuente de vida». Deseo que todos gustemos de la Palabra de Dios. Al igual que el salmista David, vivamos gustando de la Palabra de Dios, la cual es más dulce que la miel y que el destilado del panal. Valoremos todos la Palabra de Dios más que el oro, incluso más que el oro más fino.

"Ahora sé"

[Salmo 20]

¿Alguna vez has vivido un momento en el que, tras buscar a Dios con sinceridad durante una etapa difícil, te diste cuenta de que Él estaba respondiendo a tu oración? Si es así, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una experiencia semejante y qué sentiste? Últimamente, he sentido que Dios me impulsa —casi acorralándome— a perseverar en la oración. Por ello, a pesar de mis muchas limitaciones, estoy haciendo un esfuerzo pequeño pero sincero por orar. Además, a través del libro de los Hechos, he comprendido la importancia de que nuestra iglesia ore unida, así que me esfuerzo por participar en esa oración conjunta. Sin embargo, surge una pregunta: "¿Sé realmente que Dios está respondiendo a mis oraciones... y a las nuestras?". Esta interrogante vino a mi mente mientras meditaba en el Salmo 20, específicamente en la frase "Ahora sé" (Salmo 20:6). Hoy quisiera reflexionar sobre el Salmo 20 bajo el título "Ahora sé".

¿De qué se dio cuenta el salmista David? De que Dios le responde en el día de la angustia (v. 1). David reconoció que Dios atendía las oraciones que él elevaba en momentos de aflicción. También llegó a saber que Dios cumpliría "todas [sus] peticiones" (v. 5). El "día de la angustia" que aquí se menciona hace referencia a un tiempo de guerra. Podemos deducirlo por el versículo que dice: "Nos alegraremos en tu victoria y alzaremos bandera en el nombre de nuestro Dios..." (v. 5). Las palabras "victoria" y "bandera" indican que el contexto de este pasaje es bélico. Asimismo, la segunda parte del versículo 1 del Salmo 20 afirma que "el nombre del Dios de Jacob" te pondrá "a salvo en lo alto"; aquí, el "Dios de Jacob" se refiere al Dios que escucha la oración. ¿Recuerdas la historia de Jacob? ¿Te acuerdas de cómo, tras

enviar a su familia y a su ganado al otro lado del río Jaboc, luchó con un ángel y oró con la firme determinación de decir: "No te dejaré ir si no me bendices"? (Génesis 32:22–26). Cuando se dice que el Dios que escucha las oraciones de David lo «pone a salvo en lo alto», significa que le concede la victoria en todas las guerras y exalta el honor de la nación (Salmo 20:1; Park Yun-sun). Lo que debemos considerar aquí es que, para David, la guerra representaba una crisis nacional. Para un rey, librar una guerra contra otra nación es una crisis que trasciende el ámbito personal y se convierte en una crisis para todo el país. En un momento así, el propio rey David fue el primero en clamar a Dios. Nosotros también podemos enfrentar crisis, ya sean personales, familiares, profesionales o relacionadas con la iglesia o la nación. ¿Qué debemos hacer entonces? Debemos orar como lo hizo David. Más allá de la oración individual, también debemos participar en una oración unida y cooperativa. Así como el pueblo de Israel tuvo que unirse al rey para clamar a Dios durante una crisis nacional, de igual manera toda la familia —y no solo un individuo— debe unirse en oración a Dios durante una crisis familiar. Lo mismo se aplica a la iglesia; cuando la iglesia enfrenta una crisis, toda la congregación, comenzando por el pastor, debe unirse en oración. Al hacerlo, podemos experimentar cómo Dios responde a nuestras oraciones en medio de la crisis. Entonces, ¿cómo respondió Dios a la oración de David? ¿Y cómo responde Dios a nuestras oraciones? He analizado esto desde cinco perspectivas.

En primer lugar, Dios nos ayuda.

Observemos el Salmo 20:2: «Que te envíe ayuda desde el santuario y te dé apoyo desde Sion». Dios es quien nos ayuda. Aunque desde nuestra perspectiva su ayuda parezca demorarse, es segura. Debemos creer en este hecho. En el Salmo 121:1-2, el salmista confiesa: «Alzo los ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, creador del cielo y de la tierra».

En segundo lugar, Dios nos sostiene.

Observemos la última parte del Salmo 20:2: «…y te dé apoyo desde Sion». Esto significa que Dios nos sostiene para que no tropecemos. En el Salmo 121:3, el salmista dice: «El Señor… no permitirá que tu pie resbale». Podemos tomar a Asaf, el autor del Salmo 73, como ejemplo en este caso. Él «casi había tropezado» y sus «pies casi habían resbalado» (versículo 2); sin embargo, al final, no cayó. La razón por la que Asaf estuvo a punto de tropezar fue que los justos sufrían mientras los impíos prosperaban.

En tercer lugar, Dios acepta nuestras ofrendas (actos de devoción). Observemos el Salmo 20:3: «Que Él se acuerde de todas tus ofrendas de cereal y acepte tus holocaustos». Aquí, la «ofrenda de cereal» se refiere a las «ofrendas» en general. El «holocausto» significa una ofrenda que asciende, refiriéndose a un sacrificio que es consumido totalmente por el fuego en el altar (Levítico 1:3–9). En términos modernos, podríamos decir que esto se refiere a la adoración. Surge una pregunta, sin embargo, sobre cómo debemos entender la conexión entre la respuesta de Dios a nuestras oraciones y su aceptación de nuestra adoración. Pensemos en Ana, en 1 Samuel 1; al igual que David, ella adoró a Dios incluso en medio de la angustia de su corazón (1 Samuel 1:10). De esto aprendemos que nosotros también debemos adorar a Dios en tiempos de tribulación. Debemos adorar a Dios trascendiendo nuestras circunstancias. Este debería ser el motivo de nuestra oración: «¡Por favor, acepta nuestra adoración!».
En cuarto lugar, Dios concede los deseos de nuestro corazón.

Observemos el Salmo 20:4: «Que Él te conceda el deseo de tu corazón y cumpla todos tus planes». Aquí, el «deseo de tu corazón» se refiere a un deseo que está en consonancia con la voluntad de Dios. Cuando esto sucede, Dios cumple los deseos de nuestro corazón.

Por último, el quinto punto: Dios nos concede la victoria.

Observemos la primera parte del Salmo 20:5: «Gritaremos de alegría por tu victoria y alzaremos nuestras banderas en el nombre de nuestro Dios…». Nuestro Dios es el Dios de

la victoria. Él es el Dios que nos concede la victoria. Él es el Dios que nos capacita para triunfar en la batalla y entonar cánticos de victoria. Nuestro Dios nos permite enarbolar la bandera de la victoria.

¿Cómo oraba David a Dios, entonces? ¿Y cómo debemos orarle nosotros?

En primer lugar, debemos orar a Dios con la seguridad de la salvación. Observemos el Salmo 20:6: «Ahora sé que el Señor salva a su ungido; le responderá desde su santo cielo con el poder salvador de su diestra». Si bien el «ungido» aquí se refiere a David, en última instancia apunta a Cristo. Aunque la gente crucificó a Jesucristo, Dios lo resucitó de entre los muertos, demostrando así su poder salvador. Del mismo modo, cuando nuestra iglesia clama a Dios en tiempos de angustia, Él nos salva. Dios nos revela su poder salvador. Por tanto, cuando presentamos nuestras peticiones a Dios Padre en el nombre de Jesús, debemos hacerlo con la certeza de la salvación. La verdadera oración concluye con certeza; y dado que esa certeza proviene de Dios, sirve como preludio al cumplimiento de la oración (Park Yun-sun).

En segundo lugar, debemos confiar en Dios.

Observemos el Salmo 20:7: «Unos confían en carros y otros en caballos, pero nosotros nos gloriamos en el nombre del Señor nuestro Dios». Esto nos recuerda la historia de la victoria de David sobre Goliat. Así como David derrotó a Goliat al avanzar en el nombre del Señor de los Ejércitos, nosotros debemos librar nuestras batallas espirituales confiando únicamente en Dios. La Biblia nos dice: «Dejen de depender del hombre...» (Isaías 2:22). No debemos confiar en las personas, en el poder militar ni en nuestras propias posesiones; todas estas cosas están destinadas a desaparecer. En cambio, debemos confiar únicamente en el Dios eterno —el Dios de nuestra salvación— y presentar nuestras peticiones a Dios Padre.

En tercer lugar, debemos orar a Dios con la certeza de la victoria.

Observemos el Salmo 20:8: «Ellos se doblegan y caen, pero nosotros nos levantamos y permanecemos firmes». El Dios que concedió a David la victoria en la batalla es el mismo Dios que nos concede la victoria en la guerra espiritual. Por tanto, debemos orar con la confianza de que triunfaremos, y debemos alcanzar la victoria mediante la oración. El apóstol Pablo afirmó en 1 Corintios 10:13: «No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana. Y Dios es fiel; no permitirá que sean tentados más allá de lo que puedan soportar. Al contrario, cuando sean tentados, Él les dará también una salida para que puedan resistir». Por último, el cuarto punto es que debemos orar hasta recibir una respuesta.

Observemos el Salmo 20:9: «¡Señor, salva al rey! ¡Respóndenos cuando clamemos!». Al igual que David, debemos clamar a Dios en tiempos de angustia y perseverar en la oración hasta que Él nos responda.

Hoy, durante la oración de la madrugada, mientras meditaba en la oración de Ana que aparece en el capítulo 1 de 1 Samuel, me di cuenta de que Dios estaba respondiendo a mis propias oraciones. Yo había anhelado orar a Dios como Ana —derramando mi corazón con amarga angustia y llanto— y fue precisamente durante el servicio de esta mañana cuando reconocí que Él estaba respondiendo, en efecto, a esa misma oración. Tal como declaró David: «Ahora sé», yo también llegué a comprenderlo gracias a la revelación del Espíritu Santo; como resultado, la cruz que antes se sentía tan pesada, de repente pareció ligera. El Espíritu Santo me infundió nuevas fuerzas al hacerme ver esto. Cuando llegamos a conocer al Dios que responde a nuestras oraciones en tiempos de aflicción, podemos entonar cánticos de triunfo y enarbolar la bandera de la victoria. Triunfemos todos mediante la oración hasta el día en que alcemos esa bandera de victoria. ¡Victoria!

Dios Padre, que no niega los deseos de mi corazón

«Que Él te conceda los deseos de tu corazón y cumpla todos tus planes» (Salmo 20:4); «Le has concedido los deseos de su corazón y no le has negado la petición de sus labios» (Salmo 21:2).

Ayer, jueves, me reuní con cuatro amigos a quienes no veía desde hacía mucho tiempo. Tres de ellos son amigos de la época de la escuela secundaria, ya que emigré a los Estados Unidos cuando tenía doce años. El cuarto es también un amigo de hace años —un año mayor que yo—, cuya boda oficié por primera vez. Pasamos el día juntos: almorzamos, jugamos al billar, cenamos e incluso fuimos a jugar a los bolos. Creo que fue la primera vez que los cinco íbamos a los bolos juntos. El motivo de nuestra reunión fue que me había enterado de que uno de estos cuatro amigos estaba pasando por un momento difícil. Llamé a otro amigo para sugerirle que nos uniéramos para ayudar a quien lo necesitaba, y él organizó el encuentro. Aunque el ambiente no era el ideal para una conversación seria, Dios me dio un corazón valiente durante la cena y reuní el valor para compartir con ellos lo que llevaba en mente. Al ver mi seriedad, mis amigos bebieron poco y escucharon atentamente lo que tenía que decir. Compartí con estos cuatro queridos amigos el deseo más profundo de mi corazón: la salvación de sus almas. También mencioné que mi esposa está al tanto de este profundo anhelo que tengo por ellos. Les conté una ocasión —poco después de haberme casado— en la que llegué a casa a las 3 de la madrugada y encontré a mi esposa aún despierta; terminamos hablando durante tres horas, hasta las 6 de la mañana, sobre mi sincero deseo de ver sus almas salvadas. También compartí cómo tengo la costumbre de orar por ellos y cómo procuro reunirme con ellos con un corazón humilde y quebrantado. Además, les conté cómo, tras despedirme de ellos, a menudo lloraba desconsoladamente

mientras conducía solo de regreso a casa. En cierto modo, compartir historias así durante una comida y unas copas podría haber arruinado fácilmente el ambiente. Sin embargo, mis amigos escucharon con atención lo que yo llevaba en el corazón. En el pasado, podría haber habido todo tipo de reacciones, pero ayer escucharon con seriedad mi deseo más profundo. Les dije que podíamos llegar a ser amigos eternos en Jesús y compartí con ellos mi anhelo de esa clase de amistad perdurable. También mencioné que, dada la realidad de la muerte, no nos queda mucho tiempo. Simplemente expresé mi esperanza de que pronto creyeran en Jesús y sirvieran a la iglesia del Señor junto conmigo; les hice saber que ese era el deseo más profundo de mi corazón. Luego, los invité al «Festival de Nueva Vida» —un encuentro evangelístico en mi iglesia este sábado a las 6 p. m.— y les pedí encarecidamente que asistieran. Planeo volver a invitarlos hoy.

Ayer, después de dejar a todos frente a la casa de uno de los amigos (habíamos dejado nuestros autos allí y viajado en el mío), regresé a casa. Llegué alrededor de las 10 p. m.; los niños dormían y mi esposa me recibió. Aunque pasé la noche fuera con amigos y no llamé a mi esposa ni una sola vez, ella —conociendo el anhelo de mi corazón por ellos y sabiendo que estaba en su compañía— se abstuvo deliberadamente de llamarme. Al compartir con mi esposa los sucesos del día, hablé de los momentos en que sentí que Dios escuchaba y respondía nuestras oraciones. Un amigo mencionó que Dios había puesto en su camino a un colega cristiano más joven, y que él había prometido empezar a asistir a la iglesia una vez que se resolviera un problema grave que enfrentaba. Otro amigo había comenzado un nuevo trabajo donde el jefe era un diácono de la iglesia que constantemente le compartía el Evangelio. Un tercer amigo comentó que su hija de tres años, que asistía a un jardín de infancia dirigido por una iglesia, llegaba a casa cantando himnos o canciones cristianas en lugar de canciones infantiles, lo que lo llevó a decidir que debía llevarla a la iglesia. También supe ayer que los familiares de otro amigo se habían convertido en católicos devotos. Al reflexionar sobre esto, me di cuenta de que, si bien había orado durante más de veinte años por la salvación de mis amigos —preguntándome a menudo «¿Hasta cuándo?» (Salmo 13:1-2)—, Dios Padre había estado respondiendo todo el tiempo las oraciones nacidas del deseo

de mi corazón. Esta mañana, durante el servicio de oración de la madrugada, comprendí esto con mayor claridad y certeza mientras meditaba en los Salmos 20:4 y 21:2. Me di cuenta de que mi Dios es un Padre que no puede negar las oraciones que surgen de los deseos más profundos de mi corazón. Comprendí que el Dios que me ama tanto —hasta el punto de entregar a su único Hijo, Jesús, en la cruz— es un Padre amoroso que no puede decir que no a las oraciones de mi corazón. Mi corazón se conmovió profundamente al sentir el corazón de ese Padre a través de la meditación de su Palabra y de la oración. Sentí gratitud y consuelo al experimentar el corazón amoroso de Dios, quien no puede negar las oraciones que nacen de lo más profundo de mi ser. No lograba comprender cómo Dios podía amar tan profundamente a alguien como yo —un simple ser humano—; simplemente deseaba apoyarme en Dios Padre. En su presencia, comencé a soñar: a soñar un gran sueño. Era un sueño que superaba las capacidades humanas, uno que solo Dios podía hacer realidad. Esta visión se convirtió poco a poco en la oración sincera que le dirigía. Mi sueño era ver una ciudad transformada por Cristo —muy parecida a la Ginebra cristianizada por Calvino— a través de las relaciones que Dios me había concedido: mis compañeros de cuarto de la universidad, amigos que llegarían a creer en Jesús y otros vínculos valiosos. La visión implicaba construir una comunidad centrada en Cristo —anclada en la iglesia e integrada por escuelas cristianas, hospitales, bufetes de abogados y más— donde el Señor levantara obreros con sueños centrados en Cristo, enviándolos al mundo para expandir el Reino de Dios. Concebí este sueño por primera vez cuando visité Corea en 1995. Al regresar a los Estados Unidos, invité a mis compañeros de cuarto a mi iglesia y compartí la visión con ellos. Sin embargo, al pasar los años sin que compartiéramos un sueño unificado, me desanimé y me resigné, llegando incluso a dejar de orar fervientemente por ello. No obstante, durante las reuniones de oración de la madrugada, he vuelto a soñar. Últimamente, al orar a Dios sobre esta visión, experimento una pasión ardiente y un gran entusiasmo en mi corazón. También noto un cambio en mí mismo: mi vida de oración se está transformando de una postura pasiva a una más activa y audaz. La razón es que he aprendido a poner la mirada en Dios Padre en lugar de centrarme en mí mismo, en mis compañeros de cuarto o en mis circunstancias. A medida que Dios me permite comprender más profundamente el corazón

del Padre, he comenzado a soñar y a orar con mayor iniciativa. Puesto que solo Dios puede hacer realidad este gran sueño, simplemente oro. Oro únicamente a Él, confiando en el Dios que no puede negar los anhelos sinceros de mi alma. Oro para que solo la gloria de Dios sea revelada.

«El deseo de mi corazón es ser como Jesús; para llevar Su imagen, nada de este mundo estimo demasiado. Anhelo ser como Jesús —como Aquel que me redimió—; ven a mi corazón en este mismo instante y séllame con Tu imagen». (Himno 505, primera estrofa y coro).

«La fortaleza del Señor»

[Salmo 21]

Últimamente, a menudo me viene a la mente la canción góspel «Weary and Worn» (también conocida como «You Are My Son»). Me encuentro cantando en silencio: «Cuando estoy cansado y agotado, desanimado y caído, sin fuerzas para levantarme...». Parece que hay tantas cosas en nuestras vidas que nos dejan cansados, agotados y desanimados. Al observar a los hermanos en la fe que Dios ha traído a mi vida recientemente, los veo luchando contra diversas dificultades. ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando estamos tan cansados y agotados? Creo que debemos encontrarnos con el Dios que —tal como describe la canción— se acerca silenciosamente, nos toma de la mano y nos habla. Necesitamos experimentar a Dios Padre acercándose a sus hijos que han colapsado por el agotamiento, sosteniendo firmemente nuestras manos y levantándonos mediante su Palabra.

En el pasaje de hoy, el Salmo 21:1, encontramos la frase «la fortaleza del Señor». Cuando nos sentimos debilitados por las adversidades de la vida que nos desgastan, debemos experimentar la obra de ser llenos de la fortaleza del Señor. Con este fin, quisiera reflexionar sobre cuatro aspectos de la fortaleza del Señor.

En primer lugar, la fortaleza del Señor es «el poder de la oración contestada».

Observemos el Salmo 21:2: «Le has concedido el deseo de su corazón y no le has negado la petición de sus labios (Selah)». Aquí, el salmista David habla de la oración del «rey»

(mencionado en el versículo 1). En otras palabras, David confió en Dios y le oró. Él fue verdaderamente un «rey precioso» (Park Yun-sun). Este rey precioso oró a Dios y recibió respuesta a sus oraciones. El contenido de sus oraciones consistía en «el deseo de su corazón» y «la petición de sus labios» (versículo 2). Estos deseos y peticiones pueden entenderse de dos maneras:

(1) La primera petición de oración fue por la victoria en la guerra.

Observemos el Salmo 21:3: «Lo recibiste con ricas bendiciones y pusiste una corona de oro puro sobre su cabeza». Aquí, la «corona de oro puro» se refiere a la corona tomada como botín de guerra tras conquistar y derrotar a una nación gentil (probablemente los amonitas) (Park Yun-sun). De hecho, la motivación de David para componer el Salmo 21 fue dar gracias por esta victoria (Park Yun-sun). David había compuesto previamente un poema en el Salmo 20:5 celebrando una victoria concedida en respuesta a la oración: «Nos alegraremos en tu victoria y alzaremos bandera en el nombre de nuestro Dios. ¡Que el SEÑOR conceda todas tus peticiones!».

(2) La segunda petición de oración, derivada de la victoria, fue por «vida» o «longevidad eterna».

Observemos el Salmo 21:4: «Vida te pidió, y se la diste; largura de días eternamente y para siempre».

¿Cuál es, entonces, el poder de la oración contestada? Es gozo y alegría. Observemos el Salmo 21:1: «¡Oh SEÑOR, el rey se alegra en tu poder; cuánto se regocija en tu salvación!». Consideremos también el versículo de Juan 16:24 que nos asegura la respuesta a la oración: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido». Debemos recordar las palabras de Nehemías 8:10: «...el gozo del Señor es

vuestra fortaleza...». Nuestra fortaleza reside en regocijarnos en el Dios que responde a nuestras oraciones. Debemos guardar esta verdad cerca de nuestros corazones.

En segundo lugar, el poder del Señor es el «Poder de Salvación».

Observemos el Salmo 21:5: «Grande es su gloria en tu salvación; honra y majestad has puesto sobre él». David confesó que su victoria en la batalla llegó «por tu salvación». En otras palabras, reconoció que fue el poder salvador de Dios lo que le permitió triunfar. ¿Cuál fue, entonces, la bendición que Dios otorgó a David mediante este poder salvador? Dios engrandeció la gloria de David y lo revistió de honra y majestad. En consecuencia, David llegó a ser un hombre supremamente bendecido por Dios, regocijándose y alegrándose en la presencia del Señor (versículo 6).

Al igual que David, nosotros también debemos experimentar el poder salvador de Dios, disfrutar de las abundantes bendiciones que Él provee y regocijarnos en Su presencia. Para ello, cuando nos sintamos fatigados, agotados y al borde del colapso debido a las adversidades y crisis de nuestra vida, debemos buscar a Dios, nuestro Salvador. Debemos clamar a Él. Al hacerlo, Dios —quien desea conceder los anhelos de nuestro corazón y las peticiones de nuestros labios— manifestará el poder de la salvación en nuestra vida, magnificando así grandemente nuestra gloria y otorgándonos honor y majestad. De este modo, podremos regocijarnos y alegrarnos en la presencia del Señor, gracias a su salvación.

En tercer lugar, el poder del Señor es el "poder de la misericordia".

Observemos el Salmo 21:7: "Por cuanto el rey confía en el Señor, y en la misericordia del Altísimo, no será conmovido". David era un rey que confiaba en Dios. Si bien es relativamente fácil confiar en Dios cuando uno carece de poder, resulta difícil hacerlo cuando se posee una gran influencia —como era el caso del rey David— debido al alto riesgo de caer en el orgullo (Park Yun-sun). En última instancia, dado que David confiaba en Dios y obtenía

fortaleza de su misericordia, permaneció inquebrantable; en otras palabras, se mantuvo firme gracias a la misericordia divina.

Sin embargo, ¿por qué a veces vacilamos? La razón radica en lo que sucede después de haber buscado a Dios con sinceridad en medio de la adversidad —cuando estábamos fatigados y al borde del colapso— y de haber recibido la liberación (salvación) mediante la respuesta a nuestras oraciones. Al igual que los israelitas en la época de los Jueces clamaban a Dios mientras sufrían las consecuencias de su pecado —llevándolo a levantar jueces y concederles la liberación— para luego volver a caer en el pecado, nosotros también clamamos a menudo a Dios en tiempos de dificultad y somos rescatados en respuesta a nuestras oraciones; no obstante, al no percibir el amor y la misericordia del Padre, endurecemos el corazón y le desobedecemos una vez más. Es como un hijo que, tras sufrir las consecuencias de decisiones pecaminosas tomadas en rebeldía contra su padre, clama con angustia; el padre, movido a compasión, rescata al hijo y lo estrecha contra sí, permitiéndole sentir ese amor. Del mismo modo, tras experimentar la liberación de Dios Padre y la respuesta a nuestras oraciones, debemos descansar en su abrazo y experimentar su misericordia para permanecer firmes. Un hijo que no puede sentir el amor de su padre no puede mantenerse firme. Nuestra firmeza se arraiga en el amor bondadoso que Dios otorga a quienes confían en Él. Dios estableció a David —el rey que eligió, el rey conforme a su propio corazón y el rey a quien amaba— con tal firmeza que nadie podía hacerle daño. Del mismo modo, nuestra firmeza proviene de confiar únicamente en el Señor y permanecer en su amor. Cuando confiamos en el Dios Altísimo, Él nos levanta y nos protege para que ninguna persona ni poder pueda hacernos daño, permitiéndonos permanecer inquebrantables.

En cuarto y último lugar, el poder del Señor es el "Poder de la Ira". Observemos el Salmo 21:9: "Cuando te enojes, los convertirás en un horno ardiente; el SEÑOR los devorará en su ira, y el fuego los consumirá". Dios escuchó la oración de David —a quien amaba— y derramó su

ira sobre los enemigos de David para salvarlo. ¿Cómo derramó Dios su ira sobre los enemigos de David?

(1) Dios localizó a todos los enemigos de David.

Observemos el Salmo 21:8: "Tu mano encontrará a todos tus enemigos; tu diestra hallará a los que te odian". Esto significa que Dios mismo buscaría y localizaría a todos los enemigos de David. ¿Quién, entonces, podría esconderse de Dios?

(2) Dios destruyó a todos los enemigos de David.

Observemos el Salmo 21:9: "Cuando te enojes, los convertirás en un horno ardiente; el SEÑOR los devorará en su ira, y el fuego los consumirá". Dios devoró y consumió con su ira a todos los enemigos de David que había localizado.

(3) Dios destruyó incluso a los descendientes de los enemigos de David.

Observemos el Salmo 21:10: "Destruirás a sus descendientes de la tierra, y a su prole de entre los hijos de los hombres". Esto significa que Dios destruye no solo a los enemigos que se oponen, persiguen y buscan matar a aquel en quien Él se deleita, sino también a sus descendientes. (4) Dios hizo que todos los enemigos de David fracasaran en sus intentos. Observemos el Salmo 21:11: «Porque intentaron el mal contra ti; idearon una trama que no pudieron llevar a cabo». ¿Cómo podría prosperar un plan si Dios no lo respalda? ¡Cuánto menos podrían triunfar aquellos que conspiraron contra el rey David, a quien Dios mismo había establecido!

Quienes experimentan la fortaleza del Señor no pueden evitar alabar el poder de Dios. David fue una de esas personas. Tras experimentar el poder del Señor manifestado en la respuesta a sus oraciones, en la salvación, en la misericordia y en la ira divina, alabó el poder de Dios:

«¡Exaltado seas, oh Señor, en tu propia fortaleza! Cantaremos y alabaremos tu poder» (v. 13). En efecto, cuando estamos fatigados, agotados y sumidos en la desesperación —sin fuerzas para levantarnos— y clamamos a Dios, experimentando el poder de la oración contestada, de la salvación, de su misericordia y de su ira contra nuestros enemigos, no podemos sino alabar la fortaleza y el poder del Señor. ¡Aleluya!

Cuando no hay nadie que ayude

[Salmo 22:1–11]

¿Cuál fue el momento de mayor sufrimiento en su vida? ¿Qué pensamientos pasaron por su mente en aquel entonces? Es probable que uno de esos pensamientos fuera: «Nadie me entiende». Al sentir que nadie nos comprende, podemos llegar a la conclusión de que tampoco hay nadie que pueda ayudarnos. ¿Qué debemos hacer si surgen tales pensamientos? A menudo canto el himno «No cambiaré al Señor por nada» durante las reuniones de oración de la madrugada: «No cambiaré al Señor por nada; no buscaré otra gracia. Solo el Señor es mi ayuda; anhelo ver Su rostro. Te amo, Señor, con todo mi corazón y mi alma; deseo ser un amigo fiel de Dios». Cuando mi corazón está afligido y dolorido, me conmuevo profundamente al cantar: «No buscaré otra gracia; solo el Señor es mi ayuda; anhelo ver Su rostro». Así como un niño que sufre encuentra consuelo y paz al ver el rostro de sus padres, nosotros —como hijos de Dios— hallamos consuelo y fortaleza cuando atravesamos un profundo sufrimiento y nuestros corazones se llenan del anhelo y la esperanza de ver el rostro del Señor, el único que puede ayudarnos.

En el Salmo 22:11, el salmista David dice: «No te alejes de mí, porque la angustia está cerca y no hay nadie que ayude». Al enfrentarse a una gran tribulación, David reconoció que nadie más podía ayudarle y confió únicamente en el Señor. Hoy, centrándonos en el Salmo 22:1–11, quisiera preguntar: ¿qué debemos hacer cuando no hay nadie que nos ayude? Debemos confiar en el Señor. Observemos el Salmo 22:4: «Nuestros antepasados confiaron en Ti; confiaron, y Tú los libraste». Entonces, ¿cómo debemos confiar en el Señor? Podemos considerar tres puntos.

En primer lugar, quienes confían en el Señor claman a Él sin rendirse. Observemos el Salmo 22:1–2: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de mis gritos de angustia? Dios mío, clamo de día, pero no respondes; clamo de noche, pero no hallo descanso». ¿Cuáles eran las circunstancias de la oración de David? Él clamaba a Dios en medio de un sufrimiento extremo. David clamaba a Dios aun sintiendo el peso de Su ira (Park Yun-sun). Además, su oración era incesante; clamaba al Señor de día y no guardaba silencio de noche. David no abandonó su vida de oración, ni siquiera durante la dura tribulación en la que sus oraciones permanecieron sin respuesta durante mucho tiempo (Park Yun-sun). Aunque parecía que Dios hacía oídos sordos a sus oraciones (versículo 1), David persistió y clamó a Dios sin rendirse. Incluso cuando sentía que Dios lo había abandonado, o que mantenía distancia y retenía Su ayuda, David no se rindió; continuó clamando a Dios. Cuando las oraciones no reciben respuesta, puede parecer que Dios se ha alejado de quien ora. Sin embargo, en realidad, Dios nunca abandona verdaderamente a un creyente genuino. Simplemente retiene una respuesta inmediata para hacer que la oración del creyente sea más ferviente (Park Yun-sun).

No debemos rendirnos; debemos clamar al Señor. Aun cuando soportamos un sufrimiento tan intenso que parece que Dios se ha alejado o nos ha abandonado —y aun cuando estamos tan agotados que la carga parece insoportable—, no debemos dejar de clamar a Dios. No debemos dejar de orar simplemente porque la respuesta de Dios parece demorarse, ni debemos desistir cuando parece que Él ignora nuestros propios gemidos. ¿Por qué debemos persistir en la oración? Porque Dios ciertamente responderá a nuestras oraciones. Observemos el Salmo 22:3: «Sin embargo, tú eres santo, entronizado en las alabanzas de Israel». ¿Por qué escribió David este versículo después de las palabras de los versículos 1 y 2? ¿Por qué él —tras lamentarse en los dos primeros versículos de que Dios se había alejado y lo había abandonado, dejando sus clamores sin respuesta— de repente alaba a Dios y confiesa Su santidad en el versículo 3? Esto se debía a que David confiaba plenamente en que el Dios santo respondería a su oración. La alabanza es el acto de cantar sobre lo que Dios ha hecho en nuestras vidas. Dado que David estaba seguro de que Dios

respondería a su oración, proclamó la santidad del Señor, quien habita en medio de las alabanzas de su pueblo. Una de las razones por las que David oraba con valentía y sin desmayar, incluso en tiempos difíciles, era su convicción de que Dios es santo y que, finalmente, respondería a las oraciones de los santos (Park Yun-sun). Nuestro santo Señor, que habita en medio de las alabanzas de su pueblo, es el Dios que responde a nuestras oraciones y nos capacita para alabar su santo nombre.

En segundo lugar, quienes confían en el Señor reflexionan sobre la gracia salvadora que han experimentado en el pasado.

Consideremos el Salmo 22:4–5: «En ti confiaron nuestros padres; confiaron, y tú los libraste. Clamaron a ti y fueron salvados; confiaron en ti y no fueron avergonzados». Vivimos vidas muy ajetreadas. Aunque nos esforzamos diligentemente por alcanzar nuestras metas, a menudo olvidamos detenernos y mirar hacia atrás, hacia el pasado. Podemos poner excusas, alegando que nos falta tiempo para hacerlo. Sin embargo, quienes confían en el Señor deben saber detenerse y reflexionar sobre el pasado. David era un hombre sabio que sabía mirar atrás. No se dejaba consumir por el desánimo o el resentimiento obsesionándose con las heridas y el dolor del pasado; por el contrario, recordaba —traía a la memoria— al Dios que había salvado a los antepasados de Israel, adquiriendo así la convicción de que «quienes confían en Dios son salvados». En particular, David recordaba que los antepasados de Israel hallaron salvación cuando clamaron al Señor (versículo 5). En consecuencia, David también clamó a Dios en medio de su sufrimiento, con la certeza de que su oración sería respondida. Asimismo, recordaba que sus antepasados no solo hallaron salvación al confiar en el Señor, sino que también «no fueron avergonzados» (versículo 5). Quienes confían en Dios no quedan defraudados.

Debemos saber mirar hacia atrás con sabiduría. Al igual que los israelitas durante el Éxodo, cuando enfrentamos sufrimiento, adversidad o crisis, no debemos caer en el pecado de guardar resentimiento contra Dios o contra los demás al obsesionarnos con nuestro pasado

—como los días de esclavitud en Egipto—. En cambio, cuando nos encontramos en medio del dolor, la adversidad o la crisis, debemos volver la mirada hacia Dios. Hemos de meditar en el Dios de salvación que nos libró de tales crisis y dificultades en el pasado. Al hacerlo, en lugar de dejarnos dominar por las circunstancias críticas, debemos permitir que nuestros pensamientos, emociones y voluntades sean gobernados por Dios, nuestro Salvador. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Es indudable que uno cobra valor en la fe al reflexionar sobre las trayectorias espirituales de los santos que nos precedieron». En medio de un sufrimiento extremo, David no solo clamó a Dios confiando en Él, sino que también obtuvo la certeza de la salvación y valor en la fe al recordar cómo Dios había otorgado la gracia de la liberación a los antepasados de Israel. Además, al recordar que sus antepasados nunca quedaron defraudados cuando confiaron en Dios, David —mientras confiaba en Él y le suplicaba en medio de su propio y grave sufrimiento— descubrió que él tampoco quedaba defraudado; por el contrario, adquirió la certeza de la salvación.

Por último, el tercer punto es que quienes confían en el Señor mantienen una fe verdadera en cualquier situación.

Consideremos el Salmo 22:6: «Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo». La situación que enfrentaba David implicaba la persecución por parte de personas malvadas que lo consideraban tan insignificante como un «gusano» (Park Yun-sun). David estaba profundamente angustiado porque sus enemigos se burlaban de su fe y él se había convertido en objeto de su desprecio (vv. 6–8) (Park Yun-sun). Sus enemigos lo ridiculizaban, mofándose de él al «hacer muecas con los labios y menear la cabeza, diciendo: "¡Él confía en el SEÑOR; que Él lo libre! ¡Que lo rescate, ya que se deleita en él!"» (vv. 7–8). De algún modo, esta burla que soportó David evoca las mofas que Jesús enfrentó mientras estaba crucificado, cuando la gente se burlaba de Él por haber salvado a otros pero ser incapaz de salvarse a sí mismo.

Incluso en tales circunstancias, David dependió únicamente del Señor. Por favor, observemos el pasaje de hoy, el Salmo 22:9-10: «Pero tú eres quien me sacó del vientre; me hiciste confiar mientras estaba en los pechos de mi madre. Fui puesto a tu cuidado desde el nacimiento; desde el vientre de mi madre, tú has sido mi Dios». De las expresiones «me hiciste confiar» y «puesto a tu cuidado» (encomendado/entregado), debemos aprender la verdadera naturaleza de la fe. Es simplemente esto: «La fe consiste en depender de Dios y, al mismo tiempo, en la entrega (encomendarse) a Él» (Park Yun-sun). «La fe sin entrega no es aún una fe verdadera» (Park Yun-sun). Si alguien afirma depender de Dios pero no se entrega a Él, esa no es una fe genuina. David, sin embargo, confiesa que llegó a creer en el Señor desde su juventud y vivió dependiendo de Él y entregándose a Él (versículo 10). ¡Qué fe tan hermosa! Habiendo sido consagrado a Dios desde el nacimiento y habiendo vivido dependiendo únicamente de Él, David demuestra un espíritu de aún mayor dependencia y entrega a Dios, a pesar del intenso sufrimiento que enfrenta en ese momento. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Si estamos seguros de nuestra entrega al Señor, podemos orar con la certeza de que recibiremos la salvación y la gracia de Dios. Quien busca la ayuda de Dios sin confiar en Él es como una persona que desea curarse de una enfermedad mediante cirugía sin confiar su cuerpo al médico». Debemos depositar nuestra plena confianza en Dios y presentarle nuestras peticiones mientras dependemos de Él y nos entregamos a Él. Hoy reflexiono una vez más sobre la primera parte del Salmo 22:1: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Escuchamos este mismo clamor de David resonar en las palabras de Jesús en la cruz: «... "Elí, Elí, ¿lama sabactani?" (que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?")» (Marcos 15:34). Dios Padre apartó su rostro de la oración de su Hijo, Jesús, quien clamaba a Él en voz alta. Dios Padre no «salvó» a su Hijo, Jesús. Dios desamparó a su Hijo, Jesús —quien había confiado en el Padre y se había consagrado, incluso hasta la muerte, a cumplir su voluntad—. ¿Por qué hizo esto Dios Padre? Porque no quería desampararnos a nosotros —aunque merecíamos ser desamparados—, sino que deseaba salvarnos a nosotros, que enfrentábamos la muerte eterna sin nadie más que nos ayudara. Jesús fue desamparado por Dios Padre para que nuestras peticiones pudieran ser escuchadas cuando oramos en su nombre. Dios Padre abandonó a Jesús en la

cruz para poder concedernos la verdadera fe. Esta es, precisamente, la gracia y el amor de Dios.

«Apresúrate a ayudarme»

[Salmo 22:12–21]

Cuando la angustia acecha y no hay nadie que ayude (Salmo 22:11), podemos sentir que nadie nos comprende. En tales momentos, anhelamos tener a nuestro lado a alguien que *sí* pueda comprendernos. Es un fenómeno verdaderamente singular: creer que nadie nos entiende y, al mismo tiempo, buscar a alguien que pudiera hacerlo; esto refleja nuestra propia naturaleza. Revela cuán propensos a la soledad y cuán frágiles somos los seres humanos. Sin embargo, en medio de esa soledad, debemos preguntarnos al menos una vez: «¿De quiénes estoy rodeado? ¿Qué clase de personas hay a mi alrededor?». Si no hay una sola persona a quien podamos llamar o con quien reunirnos para abrir nuestro corazón, inevitablemente sufriremos una agonía aún mayor en medio de nuestra tribulación.

Esta fue la situación que enfrentó David, el salmista del Salmo 22:12–21. Se hallaba en circunstancias donde su sufrimiento se veía agravado por el aislamiento; no tenía a nadie más a quien acudir. No le quedaba más remedio que dirigirse a Dios en soledad. En medio de su dolor y angustia extremos, quienes lo rodeaban eran todos sus enemigos (v. 12). Por consiguiente, suplicó a Dios —su fuente de fortaleza— que se apresurara a ayudarlo (v. 19). Hoy, centrándonos en el versículo 19 del Salmo 22 y en el tema «Apresúrate a ayudarme», deseo reflexionar sobre las circunstancias apremiantes que motivaron la súplica de David y sobre la naturaleza de esa oración urgente, para luego considerar cómo podemos aplicar estas lecciones a nuestras propias vidas. Podemos analizar dos aspectos de la situación crítica que enfrentó David.

En primer lugar, desde una perspectiva del entorno, David estaba rodeado de sus enemigos.

Observemos el Salmo 22:12: «Muchos toros me rodean; fuertes toros de Basán me cercan». Los «toros» o «fuertes toros» aquí mencionados se refieren a aquellos que se oponían a David. En otras palabras, los enemigos de David eran poderosos —como los toros de Basán— y personas que no vacilaban en causar daño (Park Yun-sun). Los «fuertes toros de Basán» representan el ganado más robusto y de mayor tamaño (WBC). Así como los toros y el ganado robusto de Basán son animales poderosos, enormes y peligrosos, los enemigos de David lo rodeaban y sitiaban (versículo 12). Además, David describió a sus enemigos como «perros» y una «multitud de malvados» (versículo 16), afirmando que este grupo perverso lo «rodeaba» y «cercaba», y que «traspasaron [sus] manos y [sus] pies». El término «perros» aquí se refiere a personas malvadas, desvergonzadas, impuras y dañinas para los demás (Park Yun-sun); estos individuos malvados sitiaron a David y le infligieron sufrimiento, de manera muy parecida a como las manos y los pies de Jesús fueron clavados en la cruz. David también estuvo rodeado de enemigos en el Salmo 17:9: «Líbrame de los impíos que me oprimen, de mis enemigos mortales que me rodean». Esta es precisamente la táctica de Satanás. La estrategia de Satanás consiste en rodearnos y sitiarnos —a nosotros, el pueblo de Dios— para así cortarnos lentamente la respiración. Lucas 19:43 dice: «Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos levantarán un terraplén contra ti, te rodearán y te estrecharán por todas partes». En última instancia, Satanás nos sitia y nos atrapa; levanta un terraplén —como un muro por todos lados— para acorralarnos. Una vez atrapados, busca devorarnos (Salmo 22:13). Los enemigos de David, tras rodearlo, atacaron con la intención de devorarlo, tal como lo haría un león rugiente. Por eso el apóstol Pedro nos exhorta: «Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8).

En segundo lugar, podemos contemplar la situación crítica que enfrentaba David desde una perspectiva interna y personal.

Consideremos el Salmo 22:14–15: «He sido derramado como agua, y todos mis huesos se han dislocado; mi corazón es como cera; se ha derretido en mi interior. Mi fuerza se ha secado como un tiesto, y mi lengua se pega a mi paladar; me has reducido al polvo de la muerte». Como alguien que sufría, David sentía que se derramaba como agua; Sentía sus fuerzas totalmente agotadas y sus huesos dislocados e inútiles, como si él mismo se hubiera convertido en nada más que huesos rotos e inservibles (WBC). Es evidente que, en medio de su sufrimiento, su cuerpo se había consumido y su espíritu se había debilitado (Park Yun-sun). La fragilidad física de David era tal que confesó: «Puedo contar todos mis huesos» (v. 17). En otras palabras, había quedado tan demacrado a causa del sufrimiento que sus huesos sobresalían y podían contarse (Park Yun-sun). Lejos de mostrar compasión ante este aspecto cadavérico, sus enemigos lo observaban fijamente y lo convertían en un espectáculo (v. 17; Park Yun-sun). Incluso se repartieron sus vestiduras exteriores y echaron suertes sobre su túnica interior (v. 18). Si bien la persecución de los enemigos puede ciertamente debilitar el cuerpo y el espíritu —tal como experimentó David—, el Salmo 32:3-4 revela que no arrepentirse tras pecar contra Dios puede conducir a la misma condición: «Mientras callé, mis huesos se consumieron entre mis gemidos de todo el día. Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi fuerza se agotaba como en el calor del verano».

En definitiva, al contemplar la situación de David desde una perspectiva tanto externa como interna, lo vemos acosado por enemigos y soportando una tribulación y un sufrimiento extremos. ¿Qué hizo David en ese momento? Elevó una oración urgente a Dios pidiendo ayuda. ¿Cuál fue la naturaleza de su súplica apremiante?

En primer lugar, David rogó a Dios que se acercara a él.

Consideremos la primera parte del Salmo 22:19: «Oh Señor, no te alejes…». Las palabras de Matthew Henry resuenan profundamente: «La cercanía de la aflicción nos impulsa a acercarnos cada vez más a Dios». Es en medio de tales circunstancias cuando anhelamos que Dios se acerque a nosotros. Creo que las situaciones urgentes y difíciles que

enfrentamos en la vida nos obligan a elegir entre dos caminos: o buscamos fervientemente acercarnos a Dios, o albergamos resentimiento y nos alejamos aún más de Él. Incluso en medio de una crisis de sufrimiento extremo, David decidió buscar a Dios y acercarse a Él. El mero hecho de acercarse a Dios mediante la oración es una expresión del deseo de que Dios se acerque a nosotros. ¿No es algo extraordinario? David soportaba una agonía intensa mientras sus enemigos —comparados con toros y leones— lo acechaban de cerca, decididos a devorarlo; sin embargo, aun en esa situación, suplicó acercarse más a Dios. La fe de David nos inspira a invocar a Dios con mayor fervor.

En segundo lugar, David imploró ayuda inmediata de Dios, quien era su fortaleza.

Consideremos la segunda parte del Salmo 22:19: «...Oh Fortaleza mía, apresúrate a socorrerme». La palabra hebrea para «fortaleza» aquí es *eyal*, que significa la «esencia de la fortaleza» (Park Yun-sun). En otras palabras, la súplica de David de recibir ayuda inmediata nacía de una fe que reconocía a Dios como la fuente misma de la fortaleza. Esto nos recuerda las palabras del Salmo 18:1: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía». David, agotado por la persecución de sus enemigos, acudió a Dios —su fuente de fortaleza— y buscó Su ayuda. Observemos la parte final del Salmo 22:14 y la primera parte del versículo 15: «...mi corazón se ha vuelto como cera; se ha derretido en mi interior. Mi fuerza se ha secado como un tiesto, y mi lengua se pega a mi paladar». En este sentido, creo que perder parte de nuestra propia fuerza es, en realidad, algo bueno. Y es que, cuando carecemos de fuerzas, buscamos fervientemente a Dios, que es nuestra fortaleza. ¿Cuál fue la petición específica que David hizo a Dios —su fuente de fortaleza— al solicitar ayuda urgente? En una palabra: «salvación». Veamos el Salmo 22:20-21: «Libra mi alma de la espada, mi preciosa vida del poder de los perros. Rescátame de la boca del león; Tú me has respondido y me has salvado de los cuernos de los toros salvajes». Los animales aquí mencionados —toros, perros y leones— simbolizan a los enemigos que se oponen tanto a David como a nosotros: el «toro» representa la fuerza física bruta e irracional; el «perro» representa la suciedad y la mordedura feroz; y el «león» representa la crueldad de una bestia depredadora. Estas son

las características de nuestros enemigos (Park Yun-sun). David clamó a Dios para que lo librara de ellos (versículos 20-21).

Cuando nos encontramos en una situación desesperada y clamamos a Dios —nuestra fortaleza— en busca de ayuda, Él nos concede la gracia de la salvación (versículo 21). Aunque, al igual que David, nos veamos rodeados de enemigos, cuando invocamos a Dios, Él nos rodea con cánticos de liberación (Salmo 32:7).

En la lectura de hoy del Salmo 22:12–21, descubrimos sorprendentes similitudes entre la experiencia de David y la de Jesús en la cruz. Consideremos a Jesús en su sufrimiento: sus enemigos lo rodearon y traspasaron sus manos y sus pies; se limitaban a observarlo en su agonía, tratándolo como a un espectáculo; ¿y acaso no se repartieron sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica? (Juan 19:24). Sin embargo, Dios Padre hizo oídos sordos al fuerte clamor de su Hijo sufriente —«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»— y no se apresuró a socorrerlo (Mateo 27:46). Dios Padre permaneció en silencio, permitiendo que su Hijo unigénito, Jesús, muriera en la cruz en lugar de rescatarlo de ella. ¿Por qué hizo esto Dios Padre? Fue para salvarnos a ti y a mí. Para concedernos la vida eterna, Dios Padre decidió no responder a la oración de Jesús ni apresurarse a rescatarlo. Por eso, cuando ahora imploramos a Dios Padre en el nombre de Jesús pidiendo ayuda urgente, Él escucha nuestras oraciones y, en su gracia, nos concede un pronto socorro. ¡Aleluya!

"El Señor lo ha hecho."

[Salmo 22:22-31]

Ayer, mientras pasaba tiempo en casa con mis hijos, tuve una conversación interesante con mi hija menor, Ye-eun. Ella pidió ayuda porque quería comer algo; después de ayudarla, se dio la vuelta y comenzó a alejarse sin decir una palabra ni mostrar reacción alguna. Entonces, le dije: "De nada". Lo dije porque esperaba un "Gracias" a cambio. En cambio, Ye-eun simplemente me respondió "De nada" y siguió su camino. Al observar esto, reflexioné sobre la relación entre Dios y nosotros, sus hijos. Me pregunté si, después de orar a Dios Padre en momentos difíciles y recibir respuesta a nuestras oraciones, acaso no estaremos respondiendo con silencio o dándole la espalda —siguiendo nuestro propio camino sin expresar gratitud alguna. Al considerar la razón de este comportamiento, encontré una explicación en una afirmación del pastor Charles Swindoll, tomada de su libro *The Grace Awakening* (El despertar de la gracia): "La que considero la herejía más peligrosa de la tierra es el énfasis en lo que hacemos por Dios, en lugar de lo que Dios hace por nosotros". A menudo vivimos nuestra fe centrándonos en lo que debemos hacer —o estamos haciendo— por Dios, en vez de en lo que Él ha hecho o está haciendo por nosotros. En consecuencia, aunque podemos invocarle cuando necesitamos ayuda, a menudo le damos la espalda y seguimos nuestro propio camino tras recibir respuesta a la oración, en lugar de ofrecerle gracias. Me preocupa que no reflexionemos profundamente sobre las obras pasadas y presentes de Dios en nuestras vidas; en cambio, parecemos demasiado centrados y preocupados por lo que *nosotros* hemos hecho por Dios y por la Iglesia —el Cuerpo de Cristo. Como resultado, en lugar de permanecer en la gracia de Dios, caemos en una forma de "fe" legalista (o tal vez simplemente en una rutina religiosa). Por consiguiente,

buscamos nuestra propia gloria en lugar de la de Dios, permitiendo que una jerarquía de estatus prolifere dentro de la iglesia.

En el Salmo 22:31 (la segunda mitad), el salmista David confiesa: "El Señor ha hecho esto". Esto significa que el Señor ha consumado la salvación (Park Yun-sun). David hace esta confesión porque ha experimentado personalmente la gracia de la salvación del Señor. Por ello, quisiera reflexionar sobre tres formas en que responde una persona que ha experimentado la gracia salvadora del Señor, y considerar cómo podemos aplicarlo a nuestras propias vidas.

En primer lugar, aquellos que han experimentado la gracia de la salvación del Señor alaban a Dios. Observemos el Salmo 22:22–23a: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré. Los que teméis al Señor, alabadle…». ¿Por qué alababa David a Dios? La razón es que Dios respondió a la oración ferviente de David. Veamos el versículo 24: «Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, le oyó». En el texto hebreo original, la partícula «porque» aparece al comienzo de este versículo. Por tanto, este versículo explica la razón por la cual todos los santos mencionados en el versículo anterior (versículo 23) debían ofrecer alabanza (Park Yun-sun). El motivo de esta alabanza es que Dios escuchó el clamor del «afligido» —es decir, de David, quien estaba siendo perseguido por sus enemigos (versículo 24)—. En resumen, el contenido de aquella oración era la «liberación». Como meditamos anteriormente en los versículos 20 y 21, David había suplicado ser rescatado de enemigos comparados con «toros», «perros» y «leones»; Dios escuchó y respondió a su oración, librándolo de aquellos enemigos. Un detalle interesante es que, al principio, David sentía como si Dios no estuviera respondiendo a su oración. Por eso, en el versículo 1, clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi gemido?». Sin embargo, David no se rindió; al suplicar fervientemente a Dios, finalmente recibió respuesta a su oración.

Cuando oramos a Dios, no debemos rendirnos. Como aprendemos de la parábola sobre la oración en Lucas 18, debemos orar y no desmayar (versículo 1). Más bien, debemos perseverar en la oración hasta recibir una respuesta de Dios. Así como Jacob decidió no soltar al ángel con quien luchaba junto al río Jaboc hasta recibir una bendición, nosotros también debemos orar con la determinación de no rendirnos hasta que Dios nos responda. Aunque al principio parezca que Dios no escucha nuestras oraciones, no debemos desistir; al contrario, debemos orar con fe —confiando en que Dios ciertamente responderá— hasta que llegue la respuesta.

Entonces, ¿quién puede alabar a Dios? Observemos la primera parte del Salmo 22:26: «Comerán los humildes y se saciarán; alabarán al Señor los que le buscan...». En otras palabras, los humildes buscan a Dios, y quienes le buscan hallan satisfacción en Él, lo cual los lleva a ofrecer alabanza. El corazón de aquellos que experimentan tal satisfacción vivirá para siempre (versículo 26). Dicho de otro modo, quienes disfrutan de la abundancia de una vida espiritual eternamente bendecida son los que pueden ofrecer alabanza a Dios (Park Yun-sun). Así, David declara: «Comerán y adorarán todos los prósperos de la tierra...» (versículo 29). David oró fervientemente a Dios mientras se encontraba en necesidad; Dios respondió a su oración y sació su corazón. En consecuencia, confesó: «De ti viene el tema de mi alabanza en la gran asamblea...» (versículo 25). Reconocer que nuestra alabanza proviene de Dios implica admitir que somos salvos únicamente por su gracia. Dado que David sabía que la liberación recibida en medio de la tribulación provenía enteramente de Dios, le ofreció alabanza reconociendo, al mismo tiempo, que esa misma alabanza que él ofrecía procedía del Señor.

La lección que debemos aprender aquí es que nuestro Dios es un Salvador que responde a nuestras oraciones porque desea recibir nuestra alabanza. El nombre «Jesús» significa «Salvador». Por tanto, su naturaleza divina es la de un Dios que se deleita en salvarnos. En consecuencia, cuando clamamos a Él, responde a nuestras oraciones y nos otorga la gracia

de la salvación. Un alma que ha experimentado esta gracia salvadora no puede evitar ofrecer alabanza a Dios.

En segundo lugar, aquellos que han experimentado la gracia salvadora del Señor dan gloria a Dios. En el versículo 23 del pasaje de hoy, David declara: «…todos ustedes, descendientes de Jacob, denle gloria…». Los creyentes que han experimentado la gracia salvadora del Señor deben dar gloria a Dios. ¿Cómo, entonces, debemos dar gloria a Dios?

(1) Debemos dar gloria a Dios ofreciéndole alabanza y adoración (versículos 27, 29).

David alabó a Dios cantando al Señor en medio de la asamblea (versículo 22) y exaltando la justicia de Dios (versículo 31). En otras palabras, alabó a Dios por su salvación (Park Yun-sun).

(2) Debemos dar gloria a Dios sirviéndole. Observemos el Salmo 22:30, el texto de hoy: «La posteridad le servirá…». Aquí, «posteridad» se refiere a los descendientes de los creyentes mencionados en los versículos anteriores (Park Yun-sun). En otras palabras, no somos solo nosotros quienes servimos al Señor; nuestros descendientes también deben servirle y, de este modo, dar gloria a Dios.

(3) Debemos glorificar a Dios proclamando al Señor.

Observemos el Salmo 22:22, 30 y 31: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos…» (v. 22), «…proclamarán al Señor a la siguiente generación» (v. 30) y «Vendrán y anunciarán su justicia a un pueblo aún no nacido: que él ha hecho esto» (v. 31). Debemos proclamar el nombre del Señor. Debemos proclamar a las generaciones futuras la historia de salvación que Él ha obrado para nosotros. Debemos proclamar que «el Señor ha hecho esto» (v. 31). Así es como debemos glorificar a Dios.

En tercer lugar, aquellos que han experimentado la gracia salvadora del Señor temen a Dios.

Observemos la segunda parte del Salmo 22:23: «…todos vosotros, descendientes de Israel, temedle». Es fácil volverse arrogante después de recibir respuesta a una oración y experimentar la gracia salvadora de Dios. En consecuencia, podemos buscar nuestra propia gloria en lugar de dar gloria al Dios santo. También podemos promocionarnos a nosotros mismos en lugar de proclamar al Señor. Por tanto, tras experimentar la gracia salvadora de Dios, debemos temerle aún más. ¿Cómo debemos temer a Dios?

(1) Primero, debemos recordar a Dios.

Observemos la primera parte del Salmo 22:27: «Todos los confines de la tierra se acordarán del SEÑOR…». Quienes temen a Dios recuerdan que solo el Señor es el Salvador en esta tierra. Sin embargo, los israelitas en el libro de Jueces pecaron contra Dios porque no le temían ni le recordaban (Jueces 8:34–35). El salmista Asaf dijo en el Salmo 77:11–12: «Me acordaré de las obras del SEÑOR; sí, recordaré tus maravillas de antaño. Meditaré en todas tus obras y consideraré tus hechos poderosos».

(2) Debemos volver a Dios.

Observemos el Salmo 22:27: «Todos los confines de la tierra se acordarán del SEÑOR y se volverán a Él…». Quienes temen a Dios no solo le recuerdan, sino que también vuelven a Él. La bendición de Dios aguarda a quienes regresan (Deuteronomio 30:10). Aquellos que saben y creen que la salvación pertenece únicamente a Dios vuelven a Dios, el Salvador. No perdemos el tiempo buscando ayuda en otra parte; en cambio, volvemos únicamente a Dios, nuestro Salvador, y deseamos fervientemente la gracia de la salvación que proviene de Él.

(3) Debemos cumplir los votos que hemos hecho a Dios.

Observemos la última parte del Salmo 22:25: «...cumpliré mis votos en presencia de los que temen al Señor». David declara que ahora —tras haber sido librado— cumplirá el voto que hizo a Dios en medio de la aflicción. Quienes temen a Dios son aquellos que cumplen los votos que le han hecho.

Jesús es nuestro Salvador. Él es el Señor que nos otorga la gracia de la salvación. Tras experimentar la salvación que Él ha obrado para nosotros, debemos —al igual que David— confesar: «El Señor ha realizado esta salvación». Habiendo experimentado esta gracia salvadora, debemos alabar a Dios, darle gloria y reverenciarlo aún más.

Una vida plena

[Salmo 23]

¿Está satisfecho con su vida? Lee Jin-ho, autor de *99 fórmulas de esperanza que hacen que la vida valga la pena*, sugiere que las personas modernas sufren de una «carencia de satisfacción». El filósofo Sócrates dijo una vez: «La persona más rica del mundo es aquella que sabe estar satisfecha con lo mínimo». Sin embargo, hay muchas más personas en el mundo que no saben estar satisfechas que aquellas que sí lo saben. En su libro superventas *Pathfinders*, la autora estadounidense Gail Sheehy describió a quienes viven con verdadera satisfacción de la siguiente manera: (1) aquellos que conocen el sentido de su vida y la dirección que siguen; (2) aquellos que no se sienten decepcionados ni se arrepienten pensando que su vida ha sido en vano; (3) aquellos que tienen un plan claro a largo plazo y lo van cumpliendo gradualmente; (4) aquellos que tienen a alguien a quien aman sinceramente; (5) aquellos que tienen un buen amigo con quien compartir sus pensamientos más íntimos; (6) aquellos que son alegres y capaces de interpretar y afrontar incluso situaciones difíciles con una perspectiva positiva y trascendente; (7) aquellos que saben escuchar con generosidad las críticas o insultos de los demás sin dejarse perturbar excesivamente por ellos; y (8) aquellos que poseen la fortaleza mental para superar el miedo y la ansiedad (Fuente: Internet).

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 23, encontramos a David, el salmista que vivió una vida plena. Él confiesa: «El Señor es mi pastor; nada me faltará» (Versículo 1). En otras palabras, David declara su satisfacción porque el Señor es su Pastor. La vida del creyente que camina con Dios es una vida llena de satisfacción. Hoy, centrándome en este pasaje de

las Escrituras, quisiera reflexionar sobre seis formas de vivir una vida a la que no le falta nada: una vida verdaderamente plena. Es mi oración que nosotros también podamos experimentar esa vida de satisfacción.

En primer lugar, para vivir una vida plena, debemos recibir la provisión del Señor, quien es nuestro Pastor.

Observemos el Salmo 23:2: «En verdes pastos me hace descansar; junto a aguas tranquilas me conduce». Un verdadero pastor provee el pasto y el agua que sus ovejas necesitan. La razón por la que un pastor hace que sus ovejas se recuesten en "verdes pastos" es que dichos pastos ofrecen la hierba tierna que a las ovejas les encanta comer. De esta manera, el buen pastor alimenta a su rebaño. También las guía hacia "aguas de reposo" para que puedan beber. Aquí, "aguas de reposo" se refiere a aguas que fluyen suavemente, lo que facilita que las ovejas beban y resulta beneficioso para su salud (Calvino). El Señor, nuestro Buen Pastor, nos alimenta —a nosotros, sus ovejas— no solo con sustento físico, sino también con alimento espiritual: la Palabra de Dios. Y nos alimenta abundantemente. Él es "Jehová-jireh" (El Señor proveerá): el Dios que suple todas nuestras necesidades (Génesis 22:14).

Sin embargo, los pastores de Israel en tiempos de Ezequiel eran pastores que "se apacentaban a sí mismos". En consecuencia, Dios les habló a través del profeta Ezequiel: "...¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar al rebaño?" (Ezequiel 34:2). Los pastores de Israel "degüellan a la oveja gorda, comen su carne y se visten con la lana, pero no apacientan al rebaño" (v. 3). ¿Qué sucede con las ovejas cuando el pastor no proporciona el alimento necesario? Vagan y se dispersan, convirtiéndose finalmente en presa de Satanás: "Se dispersaron por falta de pastor, y al dispersarse se convirtieron en comida para todas las fieras del campo. Mi rebaño vagaba por todos los montes y por cada colina alta; mi rebaño estaba disperso por toda la faz de la tierra, y nadie los buscaba ni preguntaba por ellos" (vv. 5–6).

Muchos creyentes vagan y se dispersan, cayendo presa de las tentaciones de Satanás. ¿Cuál es el problema? Podemos considerar esta cuestión desde dos perspectivas:

(1) El problema radica en el pastor.

¿Por qué el pastor es el problema? Porque, al igual que los pastores de Israel en tiempos de Ezequiel, se alimentan a sí mismos en lugar de alimentar a la congregación. Otro problema es que, incluso cuando alimentan a las ovejas, no proporcionan alimento saludable, lo que conduce a la desnutrición espiritual. En otras palabras, debido a que no preparan ni proclaman fielmente la Palabra de Dios, los creyentes sufren de desnutrición espiritual.

(2) El problema radica en los creyentes. Incluso cuando los pastores preparan diligentemente una «mesa» de alimento espiritual y aguardan a la congregación, los creyentes no acuden a comer. Esto puede deberse a que ya están saciados o a que su «sistema digestivo espiritual» no funciona correctamente. ¿No resulta extraño? Vivimos en una época de «inundación de la Palabra» y, sin embargo, presenciamos un fenómeno en el que los creyentes se niegan a consumir dicha Palabra. Es como una madre que prepara con esmero tres comidas diarias para sus hijos, solo para ver cómo ellos se niegan a comer. ¿Por qué sucede esto? En el caso de mis propios hijos, a veces ocurre porque se han llenado de aperitivos, galletas o dulces antes de la comida; en otras ocasiones, se debe a que sus hábitos alimenticios irregulares hacen que simplemente no tengan hambre cuando llega la hora de comer. En cuanto a mí, a veces me salto el desayuno porque aún me siento lleno tras una cena tardía de la noche anterior que no se ha digerido por completo. Del mismo modo, la razón por la que podríamos sentir que no necesitamos consumir la Palabra de Dios a lo largo de la semana —tras haberla recibido el domingo— es que ya estamos «llenos». En otras palabras, al igual que ocurre con una mala digestión física, si no logramos «digerir» adecuadamente la Palabra en sentido espiritual obedeciéndola en nuestra vida cotidiana, no sentimos la necesidad de volver a consumirla. En consecuencia, parece haber cristianos cuyo sistema digestivo espiritual se ha deteriorado por completo.

Para vivir una vida plena, debemos ser creyentes que consuman adecuadamente el «pan de cada día» provisto por el Señor —nuestro Pastor—, así como el alimento espiritual que se encuentra en la Palabra de Dios. Además, nuestros sistemas digestivos espirituales deben funcionar con eficacia. Para garantizar esto, debemos obedecer —o aplicar— la Palabra en nuestra vida diaria tras haberla recibido. Por tanto, debemos acudir con entusiasmo a la Palabra de Dios, deseosos de consumirla (Salmo 119:32).

En segundo lugar, para vivir una vida plena, el Señor —nuestro Pastor— debe restaurar nuestras almas.

Observemos la primera parte del Salmo 23:3: «Él restaura mi alma…». Aquí, la expresión «restaurar el alma» significa conducir al arrepentimiento a un alma que ha pecado, permitiéndole así recibir la vida verdadera (Park Yun-sun). Cuando no nos arrepentimos tras cometer un pecado, nuestras almas se sienten agobiadas. David experimentó esto. Consideremos el Salmo 32:3–4: «Mientras callé, mis huesos se consumieron en mi gemir de todo el día. Porque de día y de noche tu mano pesaba sobre mí; mi vigor se desvanecía como con el calor del verano». Un alma con pecado no resuelto siente inevitablemente una sensación de carencia. Tal alma no solo está agobiada, sino también atada por el pecado, incapaz de experimentar la verdadera libertad. Un corazón impenitente no puede hallar satisfacción; un alma desprovista de las lágrimas del arrepentimiento no conoce el contentamiento. El Dr. Park Yun-sun observó: «Puesto que el alma muere solo a causa del pecado, solo puede volver a la vida mediante el arrepentimiento por ese pecado». Es cierto. Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, nuestras almas agobiadas pueden ser revividas. Sin embargo, esto solo es posible mediante la gracia de Dios. En otras palabras, nuestro Señor debe primero exponer nuestros pecados a través de Su Palabra —el alimento para nuestros espíritus— para que podamos reconocer el pecado como tal; solo entonces, al reconocer nuestro pecado y confiar en la ayuda del Espíritu Santo, podemos arrepentirnos verdaderamente. Solo el Señor, nuestro Pastor, puede avivar nuestras almas.

El acto del Señor de avivar nuestras almas está profundamente vinculado a Su Palabra. Por ejemplo, el Salmo 119 contiene versículos como: «Mi alma está pegada al polvo; avívame conforme a tu palabra» (v. 25); «Mi alma se deshace de pesadumbre; fortaléceme conforme a tu palabra» (v. 28); «…avívame en tu camino» (v. 37); y «…tu palabra me ha dado vida» (v. 50). El Señor aviva nuestras almas por medio de Su Palabra. Como nuestro Pastor, Él nos provee la Palabra —el alimento espiritual—, avivando así nuestras almas.

Muchos cristianos vivimos sin disfrutar de la verdadera libertad de la fe porque nuestras almas están agobiadas por el pecado no confesado. En consecuencia, aunque llevamos una vida de fe, carecemos de verdadera satisfacción. ¿Cuál es el problema? Creo que se debe a que, al no recibir el alimento adecuado de la Palabra de Dios, no examinamos fielmente nuestras vidas a la luz de dicha Palabra. En este estado, no reconocemos el pecado como tal y, por tanto, no elevamos oraciones de arrepentimiento; como resultado, nuestras almas permanecen cargadas. Debemos desear fervientemente el alimento espiritual que nos brinda el Señor, nuestro Pastor. Debemos examinarnos diligentemente a la luz de Su Palabra y arrepentirnos profundamente de los pecados que el Espíritu Santo nos revela. Cuando lo hacemos, el Señor aviva nuestras almas mediante Su Palabra. Solo podemos hallar verdadera satisfacción cuando vivimos una vida avivada por la Palabra de Dios.

En tercer lugar, para vivir una vida plena y satisfecha, debemos ser guiados por el Señor, nuestro Pastor.

Observemos la última parte del Salmo 23:3: «…me guía por sendas de justicia por amor de su nombre». La frase «me guía por sendas de justicia» significa que el Señor, como nuestro Pastor, nos conduce por un camino recto; es decir, un camino llano y sin obstáculos (Park Yun-sun). En este mundo pecaminoso, muchas personas eligen el camino de la maldad y transitan por él en lugar de optar por la senda de la justicia. Nosotros, los cristianos, sin embargo, debemos caminar por la senda de la justicia. En tales circunstancias, al igual que

el justo Lot que habitaba entre quienes seguían el camino del mal, nuestras almas justas inevitablemente sufren tormento al ver y oír día tras día sus actos de iniquidad (2 Pedro 2:8). Solo cuando el Señor —nuestro Pastor— aviva nuestras almas justas y heridas mediante Su Palabra, podemos levantarnos y caminar nuevamente por la senda de la justicia. Un hecho notable es que el Señor nos guía por la senda de la justicia no por mérito alguno de nuestra parte, sino por amor a Su propio nombre (Park Yoon-sun). Dios no solo es quien borra nuestros pecados por amor a Su nombre; es también el Señor que aviva nuestras almas y nos guía por la senda de la justicia por amor a Su nombre. El Dr. Park Yoon-sun dijo una vez: «Un camino que parece llano a los ojos de Dios puede parecernos a nosotros escabroso y estrecho. Sin embargo, es la ruta directa al Reino de los Cielos». Hay una profunda verdad en estas palabras. La perspectiva de Dios y la nuestra pueden diferir enormemente. Por tanto, para ser guiados por el Señor, debemos depositar toda nuestra confianza en Él —nuestro Pastor— y obedecerle. Nosotros, sus ovejas, debemos escuchar únicamente la voz del Pastor y seguirle. Consideremos Juan 10:26-27: «Ustedes no creen porque no son mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen». Nunca debemos seguir a un pastor asalariado. La razón es que «el asalariado no es el pastor y las ovejas no son suyas; así que, cuando ve venir al lobo, abandona a las ovejas y huye. Entonces el lobo ataca al rebaño y lo dispersa. El hombre huye porque es un asalariado y no le importan las ovejas» (versículos 12-13).

No debemos rechazar la guía del Señor, quien es nuestro Pastor. Así como un niño podría soltarse de la mano de su padre —destinada a apartarlo de aguas fangosas y llevarlo a tierra firme— solo para saltar al barro y empapar sus zapatos y pantalones, nosotros no debemos soltarnos de la mano del Señor para seguir nuestro propio camino. Debemos aferrarnos a la mano del Señor, recibir su Palabra y permitir que nuestras almas sean vivificadas por ella mientras seguimos su guía. Nuestro Señor, el Pastor, nos conduce por sendas de justicia por amor a su nombre. Cuando seguimos su guía y caminamos por el sendero recto y llano, podemos vivir una vida plena.

En cuarto lugar, para vivir una vida plena, debemos recibir la protección del Señor, nuestro Pastor.

Observemos el Salmo 23:4: «Aunque ande por el valle más oscuro, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento». Aquí, el «valle más oscuro» (o «valle de sombra de muerte») simboliza un peligro extremo (Park Yun-sun). Dado que David hizo del Señor su Pastor, no temía peligro alguno. La razón era su convicción de que Dios estaba con él. Dios estaba con José y, al gozar de la bendición de la prosperidad, José experimentó la protección divina tanto cuando servía como esclavo en la casa de Potifar —un egipcio— como cuando estaba encarcelado injustamente. El Señor, actuando como Pastor, estaba con David y lo protegía con su vara y su cayado. Así como un pastor utiliza su vara y su cayado para defender a sus ovejas de las fieras y guiarlas hacia verdes pastos y aguas tranquilas, el Señor —nuestro Pastor— nos protege a nosotros, su pueblo, de Satanás y sus huestes (que son como fieras) y nos guía.

David hizo esta confesión respecto al Señor: «Tú eres mi refugio; me protegerás de la angustia y me rodearás con cánticos de liberación» (Salmo 32:7). El Señor es nuestro refugio; nos guarda como a la niña de sus ojos y nos cobija bajo la sombra de sus alas (Salmo 17:8). Consideremos la primera parte de Rut 2:12. Booz le dijo a Rut: «...que el SEÑOR, Dios de Israel, te [recompense], tú que has venido a refugiarte bajo sus alas...». Al igual que Rut, quien halló protección bajo las alas del Señor, nosotros también permanecemos bajo la protección del Señor, nuestro Pastor; por tanto, no tenemos por qué temer, por extremo que sea el peligro. Somos las ovejas del Señor y vivimos bajo la protección de nuestro Pastor; bajo su cuidado, nada nos falta. Así pues, hacemos nuestras las palabras confesadas por el salmista: «El Señor es tu guardador; el Señor es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te herirá de día, ni la luna de noche» (121:5-6).

En quinto lugar, para vivir una vida de satisfacción, debemos ser exaltados por el Señor, quien es nuestro Pastor.

Observemos el Salmo 23:5: «Preparas una mesa delante de mí en presencia de mis enemigos; unges mi cabeza con aceite; mi copa rebosa». El Señor es el Pastor que nos prepara un banquete a la vista de nuestros enemigos. Como Pastor, Él concedió a David una victoria gozosa —semejante a ofrecer un banquete— justo ante los ojos de los enemigos que buscaban destruirlo (Park Yun-sun). Además, la frase «Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando» alude a la costumbre de ungir con aceite a un invitado de honor en un banquete (Park Yun-sun). Dios trató a David —quien era perseguido por sus enemigos— como a un invitado distinguido en un festín. En consecuencia, el honor y la porción que David recibió fueron abundantes y desbordantes (Park Yun-sun).

Nuestro Señor, el Pastor, es quien nos exalta ante nuestros enemigos. Él es el Señor que nos concede la victoria y nos ofrece un banquete, uno de gran abundancia. Por tanto, podemos vivir una vida de plenitud y satisfacción.

Finalmente, el sexto punto: para vivir una vida plena, debemos estar llenos del amor y la esperanza que nos brinda el Señor, nuestro Pastor. Observemos el Salmo 23:6: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por siempre». Aquí, David mira hacia el futuro mientras reflexiona sobre la gracia que experimentó en el pasado. Habiendo recibido el amor y la ayuda de Dios en el pasado (versículos 1-5), confiaba en que su futuro sería seguro y bendecido para siempre. Esto se debía a que la bondad y la misericordia del Señor estaban siempre con él. En consecuencia, David albergaba la esperanza segura de morar para siempre en la casa del Señor: el Reino de Dios. Una vida llena de tal esperanza no conoce la carencia. Una vida amada por el Señor —nuestro Pastor—, que experimenta Su provisión, restauración, guía, protección y exaltación, tiene un futuro seguro. Al vivir su presente con la esperanza cierta de morar eternamente en el Reino de Dios, vivió una vida de plenitud.

Al acercarse el final de la vida, deberíamos ser capaces de mirar atrás y confesar, tal como lo hizo David: «El Señor es mi pastor; nada me faltará» (versículo 1). Si podemos hacer esa confesión, podremos decir que hemos vivido una vida plena y satisfactoria. Si hemos vivido una vida plena del amor y la esperanza que el Señor nos otorga —recibiendo su provisión, experimentando su obra de restauración, aceptando su guía y protección, y disfrutando de su gracia mientras Él nos enaltece incluso ante nuestros enemigos—, entonces verdaderamente podemos afirmar que hemos vivido una vida de satisfacción. Solo una persona así puede confesar, como David: «El Señor es mi pastor; nada me faltará» (versículo 1). Ruego que tal bendición sea nuestra.

Debemos sentir profundamente nuestra propia insuficiencia.

«El Señor es mi pastor; nada me faltará» (Salmo 23:1).

Durante un tiempo de adoración en familia el 2 de enero de 2006, vinieron a mi mente las palabras del Salmo 23:1. Esto se debió a que era uno de los versículos bíblicos favoritos de mi abuela, quien ya había partido al cielo. Mientras meditaba en este pasaje, el Espíritu Santo me hizo comprender algo: debemos sentir profundamente nuestra propia insuficiencia. En consecuencia, declaro esto a mi propia alma en oración: «Alma mía —James—, ¡debes sentir profundamente tu propia insuficiencia!».

Las ovejas que tienen al Señor como su Pastor —escuchando Su voz y siguiéndolo en obediencia— no carecen de nada. Sin embargo, si nosotros, «como ovejas, nos hemos descarriado, cada cual apartándose por su propio camino» (Isaías 53:6), nos vemos obligados a confesar: «El Señor es mi Pastor; sin embargo, como seguí mi propio camino, tengo carencias». Un ejemplo apropiado de esto es el hijo pródigo en el capítulo 15 de Lucas. Él abandonó el abrazo de su padre, siguió su propio camino, se apartó de la senda correcta y vivió una vida de desenfreno y derroche. Tras malgastarlo todo, «vino una gran hambre en aquella tierra, y él comenzó a pasar necesidad» (versículo 14). Estaba experimentando una profunda insuficiencia. Así, el hijo pródigo dijo: «Volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí muero de hambre!"» (versículo 17). Si desobedecemos al Señor escuchando las voces de Satanás, del mundo, de nuestras circunstancias o incluso de nuestras propias emociones —en lugar de la voz del Señor—, inevitablemente experimentaremos una sensación de insuficiencia. No obstante, debemos

sentir y experimentar esta insuficiencia profunda y plenamente. La razón es que, a menos que reconozcamos plenamente nuestra propia insuficiencia, no volveremos por nuestra propia voluntad al Señor, nuestro Pastor. Del mismo modo que anhelamos la abundante gracia del Señor solo cuando estamos en profunda necesidad, buscamos la abundancia de Dios únicamente cuando afrontamos plenamente nuestras propias carencias. Como pastor, he luchado con una sensación de insuficiencia personal desde el culto de Año Nuevo del 1 de enero de 2006 —o, mejor dicho, desde la Navidad anterior—. Si bien comencé el año 2005 lidiando con debilidades y limitaciones físicas, el año 2006 se inició con la revelación de deficiencias en mi propio carácter y en mi mundo interior. En consecuencia, me he visto impulsado a depender aún más del Señor y a anhelar fervientemente el poder de la oración, del Espíritu Santo, del Evangelio (la Palabra) y del amor. No obstante, aún me queda un largo camino por recorrer; todavía no he comprendido plenamente la profundidad de mi propia insuficiencia. Aun cuando ello implique dolor, sufrimiento y angustia, deseo experimentar y reconocer plenamente mi propia insuficiencia. Por ello, oro fervientemente para depender únicamente del Señor, mi Pastor, y obedecer Su voluntad, cumpliendo así mi ministerio pastoral sin que me falte nada.

Aquel que tiene comunión con Dios

[Salmo 24]

Separarse nunca es fácil; sin embargo, debemos aprender a decir adiós. Por supuesto, la «separación» puede referirse a la muerte —dejar este mundo—, pero también incluye dejar el lugar de origen o terminar una relación sentimental. En medio de estas diversas formas de separación, podemos sentir tristeza, dolor y desánimo, o incluso caer en la desesperación. No obstante, debemos recordar que en tales despedidas reside la posibilidad de nuevos encuentros. Cuando dejé a mi familia, a los miembros de la iglesia y a mis amigos en Estados Unidos para pasar cerca de tres años en Corea, experimenté la bendición de nuevos encuentros. En primer lugar, me encontré con Dios; en segundo lugar, me encontré con mi verdadero yo; y en tercer lugar, fui bendecido con encuentros valiosos junto a compañeros de ministerio y hermanos en la fe. Como dijo Henri Nouwen, hallamos nuevos encuentros en nuestras despedidas.

En el Salmo 24:3, el salmista David pregunta: «¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién podrá estar en su lugar santo?». Este pasaje aborda la cuestión de quién está cualificado para tener comunión con el gran Dios, el Creador del cielo y de la tierra (versículos 1 y 2). Centrándome en el texto de hoy, quisiera reflexionar sobre cuatro requisitos para tener comunión con Dios, y oro para que esto sirva como una oportunidad para cultivar esas mismas cualidades.

En primer lugar, quien tiene comunión con Dios debe ser puro.

Observemos la primera parte del Salmo 24:4: «El de manos limpias y corazón puro...». El significado de este pasaje es que aquellos que tienen comunión con Dios deben ser puros, tanto externa como internamente. La expresión «manos limpias» se refiere a la pureza en la conducta externa, mientras que «corazón puro» alude a la pureza interior. En resumen, significa que aquellos cuyas acciones y corazones son limpios pueden tener comunión con Dios. Por supuesto, la pureza de la que aquí se habla no implica una ausencia absoluta de pecado. Más bien, denota a un creyente que prioriza a Dios por encima de todo, negándose a servir a dos señores y, en cambio, «buscando» y «persiguiendo» únicamente a Dios para servirle (versículo 6; Park Yun-sun).

Si bien la limpieza externa es importante, debemos esforzarnos ante todo por alcanzar la pureza interior. Esto se debe a que buscar la pureza en la conducta sin tener un corazón limpio resulta en una pureza incompleta. Así como lavamos nuestros cuerpos para limpiarlos, también debemos limpiar nuestros corazones; en otras palabras, necesitamos una "ducha espiritual". Esto es posible mediante la obediencia a la Palabra de Dios: "Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros fervientemente, de corazón puro" (1 Pedro 1:22). Sin embargo, vivir en este mundo pecaminoso hace que mantener la pureza en nuestra conducta y en nuestras vidas sea un desafío considerable. Por eso el salmista Asaf declaró en el Salmo 73:13: "Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia". ¿Por qué llegó Asaf a esta conclusión? Porque envidiaba la prosperidad de los impíos (versículo 3). Asaf dijo: "Casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos" (v. 2). Al igual que Asaf, muchos cristianos nos sentimos tentados a abandonar nuestra pureza cuando vemos a los impíos prosperar en medio de nuestro propio sufrimiento. En última instancia, debemos dar prioridad a Dios sobre todas las cosas y evitar servir a dos señores; sin embargo, aunque afirmamos servir a Dios, a menudo servimos a las riquezas junto con Él. No obstante, Jesús afirmó claramente: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mateo 6:24). No debemos servir a dos

señores en nuestros corazones; debemos servir únicamente al Señor. Al hacerlo, debemos guardar diligentemente nuestros corazones. Debemos servir al Señor con un corazón puro —dedicado exclusivamente a Él— y con una conducta pura.

En segundo lugar, aquellos que tienen comunión con Dios no deben poner su corazón en cosas vanas.

Consideremos la parte central del Salmo 24:4: "...que no ha elevado su alma a un ídolo [o 'cosas vanas']...". Aquí, la palabra "vano" (o "vanidad") se refiere a "deseos vanos de la gloria y las riquezas de este mundo que no pertenecen a la verdad de Dios" (Park Yun-sun). Aquellos que son puros de corazón y de conducta —manteniendo comunión con Dios— centran su corazón únicamente en Dios, en lugar de en cosas sin valor. Esto se debe a que se purifican amando la verdad en sus corazones y obedeciendo la Palabra de verdad en sus acciones (1 Pedro 1:22). Quienes han «purificado sus almas» están libres de falsedad. Por tanto, no se dejan engañar por mentiras para perseguir la gloria vana y las riquezas de este mundo; las reconocen como deseos vacíos. Quienes purifican sus almas permanecen en la verdad. En otras palabras, debido a que aman a Dios, obedecen Su verdad y Su Palabra (1 Pedro 1:22).

Sin embargo, al examinar nuestras propias vidas, ¿podría ser que estemos viviendo la fe «entre espinos» descrita en la parábola del sembrador? Respecto a la semilla que cayó entre espinos, Lucas 8 dice: «La semilla que cayó entre espinos representa a los que oyen, pero al seguir su camino son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no maduran» (v. 14). Aquí podemos identificar tres cosas que obstaculizan nuestra madurez espiritual: (1) las preocupaciones de la vida, (2) las riquezas y (3) los placeres. Cuando nos consume la ansiedad y la preocupación, cuando idolatramos el dinero (la riqueza material) poniéndolo al mismo nivel que Dios —persiguiéndolo y sirviéndolo— y cuando buscamos satisfacción en placeres mundanos, no podemos alcanzar la madurez espiritual, aunque escuchemos la Palabra de Dios. No es exagerado describir tal vida de fe

como una vida «entre espinos». El apóstol Pablo ofreció esta exhortación en Filipenses 2:3: «No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad, consideren a los demás como superiores a ustedes mismos». No debemos poner nuestro corazón en cosas sin valor. Las cosas mundanas son totalmente vanas. No debemos permitir que nos cautive la satisfacción de deseos vanos, obstaculizando así el crecimiento de nuestra fe. En cambio, debemos dedicar todo nuestro corazón y nuestras fuerzas a glorificar a Dios y a cumplir Su voluntad en esta tierra.

En tercer lugar, aquellos que tienen comunión con Dios no deben jurar en falso. Observemos la última parte del Salmo 24:4: «...ni jura con engaño». Aquellos cuya conducta y corazón son impuros ponen su corazón en cosas vanas y, por tanto, viven una vida de falsedad. Tales personas no temen jurar en falso. Sin embargo, la afirmación de que quienes tienen comunión con Dios no juran en falso conlleva dos significados:

(1) Para tener comunión con Dios, no debemos mentir.

Quienes ponen su corazón en cosas vanas mienten para lograr sus objetivos. En cambio, quienes ponen su corazón en Dios no mienten. En otras palabras, no levantan falso testimonio (Park Yun-sun).

(2) Debemos cumplir los propósitos hechos ante Dios sin tomarlos a la ligera (Park Yun-sun).

Dicho de otro modo, quienes tienen comunión con Dios cumplen los votos que han hecho en su corazón. Al cumplir un voto, es preciso llevarlo a cabo sin alterarlo, aun cuando resulte costoso o perjudicial (15:4).

Como personas ya purificadas por la Palabra de Dios, tenemos la Palabra del Señor morando en nosotros. Observemos Juan 15:3-4 (primera parte) y el versículo 7 (primera parte): «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo

en vosotros... Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros...». Quien está siendo purificado por la Palabra de Dios es como un pámpano que permanece en el Señor —la Vid— y está libre de falsedad. Por tanto, no debemos levantar falso testimonio. Debemos decir la verdad. También debemos vivir una vida de verdad. Debemos esforzarnos para que nuestro corazón y nuestras acciones proclamen la veraz Palabra de Dios.

En cuarto lugar, aquellos que tienen comunión con Dios deben recibirle con toda sinceridad.

Observemos el Salmo 24:7–10: «¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas! Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová, el fuerte y valiente; Jehová, el poderoso en batalla. ¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas! Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos; él es el Rey de gloria. (Selah)». En este pasaje, David pide que se abran las puertas del templo para que el gran Dios pueda entrar. Así, declara en el versículo 7: «¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas! Y entrará el Rey de gloria». El Dr. Park Yun-sun señaló: «Si no recibimos a Dios con sinceridad, estamos fallando en recibirle como el Rey de gloria». Por tanto, así como se abren de par en par las puertas del templo, debemos abrir de par en par las puertas de nuestros corazones. Debemos permitir que el Espíritu Santo —el Espíritu de Dios— more en nosotros y obre libremente. Al hacerlo, podemos experimentar una comunión íntima con el gran Dios.

Debemos apartarnos de un mundo lleno de inmundicia, vanidad y falsedad. En medio de esta separación del mundo, debemos encontrarnos íntimamente con Dios. Para mantener una comunión íntima con Él, nuestros corazones y nuestra conducta deben ser puros. No debemos poner nuestra mente en cosas vanas, ni debemos jurar en falso. Más bien, debemos abrir de par en par las puertas de nuestros corazones y recibir a Dios con toda sinceridad.

«Señor, recuerda esto»

[Salmo 25:1–7]

Tengo un recuerdo que jamás podré olvidar: el recuerdo de nuestra primogénita, Charis (Juyoung). El domingo 29 de abril de 1998, tras el culto, fui al Hospital Infantil de Los Ángeles, donde Charis estaba internada, y me reuní con el médico a cargo. No puedo olvidar la pregunta que el doctor me hizo entonces: «¿Quiere que su bebé muera rápidamente o quiere que muera lentamente?». El médico planteó esto porque, tras haber hecho todo lo posible, ya no quedaba nada más por hacer. En ese momento, le pedí al médico que dejara que la bebé muriera lentamente. Al reflexionar sobre por qué hice tal petición, me doy cuenta de que fue impulsada por mi propio egoísmo como padre, a pesar de que la bebé seguramente estaba sufriendo un gran dolor. A la mañana siguiente, lunes 30 de abril, tras meditar en el Salmo 63:3 con mi esposa, fui al hospital y le dije al médico que dejara que Charis muriera rápidamente. Ese día, después de reunirme con mis padres, mi hermano mayor y su esposa, y mi hermana menor para adorar a Dios, sostuve a Charis en mis brazos por primera y última vez. Y en mis brazos, ella se quedó dormida. Hoy, ese recuerdo vuelve a mí con especial intensidad.

Cada uno de nosotros tiene sus propios recuerdos. Puede haber buenos, pero tal vez guardamos otros aún más dolorosos: recuerdos de heridas, de sufrimiento, de angustia, etcétera. Es probable que todos alberguemos sucesos dolorosos del pasado que no queremos recordar; recuerdos hirientes que luchamos desesperadamente por olvidar. Son vivencias dolorosas que mantenemos enterradas en lo más profundo, sin querer sacarlas a la superficie. Aunque estos recuerdos —que deseamos ocultar a todos— parezcan

olvidados incluso para nosotros mismos con el paso del tiempo, a menudo resurgen cuando se ven desencadenados por algún otro suceso doloroso. Cuando eso ocurre, intentamos una vez más reprimirlos y olvidarlos. Si vivimos así, debemos prestar atención a las palabras de Henri Nouwen en su libro *Una carta de consuelo*: «Al negarnos a afrontar nuestros recuerdos dolorosos, perdemos la oportunidad de madurar mediante un cambio de corazón y el arrepentimiento». Solo aquellos que tienen el valor de afrontar verdaderamente sus heridas y recuerdos dolorosos aprovechan la oportunidad de madurar mediante el arrepentimiento y la transformación del corazón. Si no logramos madurar, es muy probable que la raíz del problema resida en esos recuerdos dolorosos que aún persisten en lo más profundo de nuestro ser. Quizás estemos perdiendo oportunidades de crecimiento y madurez por no afrontar esos recuerdos, cambiar nuestro corazón y arrepentirnos. Debemos abrir a Dios nuestros corazones cerrados, un acto posible únicamente mediante la fe. Es propio de nuestra naturaleza pecaminosa mantener las puertas del corazón cerradas a Dios cuando carecemos de fe en su poder sanador. Por tanto, primero debemos abrir el corazón y arrepentirnos de no haber creído en el poder de Dios. El proceso de sanidad verdadera radica en vincular constantemente nuestros propios recuerdos dolorosos con los recuerdos dolorosos de Jesús al traerlos a la memoria. Al establecer esta conexión, la obra de sanidad comenzará en nuestro interior.

En el Salmo 25:6, el salmista David ora: «Señor, acuérdate de tus misericordias y de tu gran amor, pues existen desde la antigüedad». ¿Alguna vez has dirigido una oración a Dios diciendo: «Señor, por favor, acuérdate de esto»? No creo haberlo hecho nunca. La oración de David me resulta algo desconcertante. Dado que Dios es un Dios abundante en misericordia y rico en amor, ¿por qué le pidió David que recordara su propia misericordia y su amor? ¿Por qué imploró al Señor que no olvidara —sino que recordara— sus propios atributos de misericordia y amor? La razón es que el propio David tenía presentes la misericordia y el amor del Señor. Él buscaba recibir la misericordia del Señor mientras se arrepentía de sus pecados. Recordaba la misericordia del Señor al orar para verse libre de

la disciplina divina que merecía por sus transgresiones, y recordaba el amor de Dios al anhelar su perdón.

Reflexionemos ahora sobre cuatro actitudes de quienes recuerdan la misericordia y el amor del Señor. En primer lugar, quienes recuerdan la misericordia y el amor del Señor ponen su mirada en Él.

Consideremos el Salmo 25:1: «A ti, oh Señor, elevo mi alma». David dirigía su mirada al Señor en medio del intenso sufrimiento causado por la persecución de sus enemigos y de quienes lo engañaban (versículos 2 y 3). La traducción literal de la frase «A ti elevo mi alma» es «Levanto mi alma hacia ti» (Park Yun-sun). Sin embargo, esta no es en absoluto una tarea sencilla. El Dr. Park Yun-sun observó: «Elevar el alma no es algo fácil de hacer. Debido al pecado profundamente arraigado en ella, el alma permanece en un estado de estancamiento —como si se aferrara a ras de suelo— y no puede volverse hacia Dios». Es imposible discrepar de esta afirmación. Al reflexionar sobre el alma que no puede volverse hacia Dios —el alma que permanece estancada y atada a la tierra—, hay que reconocer que la causa raíz es, en efecto, «mi propio pecado». Debido a nuestros pecados no arrepentidos ante un Dios santo, somos incapaces de elevar nuestras almas hacia Él. No obstante, el profeta Jonás sí elevó su alma a Dios. Tras confesar: «Por mi causa os ha sobrevenido esta tempestad», Jonás fue arrojado al mar (Jonás 1:12). Luego oró a Dios desde el vientre del gran pez (Jonás 2). En esa oración, concretamente en Jonás 2:4, el profeta oró así: «Dije: "He sido arrojado de tu presencia; mas volveré a mirar hacia tu santo templo"». Jonás decidió mirar hacia el Señor mientras estaba en el vientre del gran pez. Un alma que ha confesado sus pecados y se ha arrepentido puede volver a mirar al Señor, tal como hizo Jonás. Sin embargo, un alma que no se ha arrepentido ni mira hacia el Señor ni es capaz de hacerlo.

«Elevar el alma al Señor» significa que David confiaba plenamente en Él (Salmo 25:2). Juan Calvino señaló respecto a la oración: «El mayor obstáculo para la oración es un corazón agitado e indeciso, que cree poder hallar ayuda en cosas distintas a Dios». Cuando el

corazón está inquieto, no podemos mirar al Señor, pues nuestros pensamientos se desvían constantemente hacia otras personas o cosas en lugar de hacia Él. ¿Cuál es el problema? La duda que reside en el corazón. El apóstol Santiago se refirió a la duda de esta manera: «Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra» (Santiago 1:6). ¿Qué hace, entonces, la persona que confía en el Señor con fe? Espera en el Señor (Salmo 25:3). Aquí, «esperar en el Señor» implica una espera paciente. En otras palabras, al mirar hacia Dios y confiar únicamente en Él, David depositó su esperanza en el Señor y aguardó con paciencia (Park Yun-sun).

En segundo lugar, quien recuerda la misericordia y la bondad amorosa del Señor desea Su protección. Observemos el Salmo 25:2-3: «Dios mío, en ti confío; no sea yo avergonzado, no se alegren de mí mis enemigos. Ciertamente ninguno de cuantos en ti esperan será confundido; serán avergonzados los que se rebelan sin causa». David oró pidiendo la protección del Señor en medio de las circunstancias difíciles y angustiosas de la persecución por parte de sus enemigos y de aquellos que actuaban con traición (versículos 2-3). La súplica «no sea yo avergonzado» significa aquí «no permitas que fracase», lo cual implica una oración pidiendo protección (Park Yun-sun). David buscó fervientemente la protección y el cuidado de Dios mientras sufría una injusticia extrema a manos de sus enemigos. En lugar de tomar represalias para derrotar a sus adversarios con sus propias fuerzas, David confió únicamente en Dios. Esta es la actitud correcta para un creyente (Park Yun-sun). ¿Poseemos nosotros tal actitud? Una postura de fe que confía en Dios y le encomienda todo —en lugar de buscar ajustar cuentas con los enemigos mediante el propio poder— garantiza que uno no sufrirá vergüenza a manos de dichos enemigos. Por el contrario, Dios hace que los enemigos —o aquellos que «se rebelan sin causa» (es decir, los que engañan en vano)— sufran vergüenza (versículo 3; Park Yun-sun). Cuando los enemigos nos sumen en la angustia mediante mentiras y engaños, podemos experimentar una sensación de fracaso. Este sentimiento de fracaso puede manifestarse como duda en nuestros corazones, provocando una agitación interior que nos lleva a confiar en nosotros

mismos o en los demás en lugar de en Dios. Por lo tanto, debemos orar a Dios, pidiéndole que guarde y proteja nuestros corazones. Debemos orar para que Él proteja nuestros corazones y nos impida caer en las mentiras —los engaños— de nuestros enemigos.

En tercer lugar, aquellos que recuerdan la misericordia y la bondad amorosa del Señor desean ser instruidos en Su verdad.

Consideremos el Salmo 25:4–5: «Muéstrame, oh Señor, tus caminos; enséñame tus sendas. Guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti espero todo el día». Los enemigos de David (versículo 2) —específicamente aquellos que actuaban con traición sin causa (versículo 3), mentirosos sin escrúpulos que inventaban falsedades— perseguían a David, quien decía la verdad, en un intento por derribarlo. En ese momento, David no solo buscaba la protección de Dios, sino que también le suplicaba que le enseñara Su camino (la verdad) (versículo 4). Los términos «tus caminos», «tus sendas» y «tu verdad», utilizados aquí, tienen el mismo significado; en resumen, se refieren a la voluntad del Señor. Satanás, nuestro enemigo, utiliza mentiras y engaños para confundirnos respecto a la voluntad del Señor, y emplea a sus siervos para sembrar esa misma confusión. Por eso necesitamos desesperadamente la misericordia y la bondad amorosa del Señor. ¿Con qué frecuencia confundimos la voluntad del Señor y actuamos según nuestros propios deseos? Por esta razón, necesitamos absolutamente la misericordia del Señor. Al igual que David, también necesitamos absolutamente la bondad amorosa de Dios, porque es a través de ella que Él nos revela —o nos enseña— Su voluntad. Conocer la voluntad del Señor requiere revelación divina (versículo 4); a menos que Dios nos conceda la revelación para comprender las Escrituras, no podemos entender Su Palabra. En Mateo 16:17, tras escuchar la confesión de Pedro, Jesús afirma que fue «mi Padre que está en los cielos» quien reveló la verdad a Pedro, capacitándolo para declarar: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Sin la instrucción de Dios, no podemos comprender la voluntad del Señor (Salmo 25:4-5). Por ello, David oró: «Enséñame, oh Señor, tu camino; caminaré en tu verdad; une mi corazón para que tema tu nombre» (Salmo 86:11). Solo podemos comprender la voluntad del Señor

cuando Él nos guía (Salmo 25:5). En cuarto lugar, aquellos que recuerdan la misericordia y la bondad amorosa del Señor desean el perdón de sus pecados.

Consideremos el Salmo 25:7: "No te acuerdes de los pecados de mi juventud ni de mis transgresiones; acuérdate de mí conforme a tu misericordia, por tu bondad, oh SEÑOR". En medio de la persecución de sus enemigos, David puso su mirada en Dios; recordó incluso los pecados de su juventud y se arrepintió con un corazón contrito. La persecución y las adversidades, en realidad, nos impulsan a acercarnos a Dios. Al acercarnos a Él, nuestros pecados quedan al descubierto en Su santa presencia: no solo los pecados actuales, sino también aquellos cometidos en nuestra juventud. Por eso David oraba, implorando a Dios que recordara Su misericordia y bondad amorosa. En el libro de Lü Guolong, *Viewing Things from a Step Away* (Ver las cosas desde cierta distancia), hay un pasaje que dice así: "Recordar solo aquello por lo que estamos agradecidos: curiosamente, aunque nos cuesta olvidar las ocasiones en que nos sentimos menospreciados por otros, los momentos de gratitud tienden a desvanecerse silenciosamente de nuestra mente. Por el contrario, recordamos durante mucho tiempo las veces que mostramos bondad hacia los demás, pero olvidamos fácilmente aquellas en las que les hicimos daño. Si recordáramos la ayuda y la gracia recibidas de otros, dejando atrás los agravios contra ellos, la vida sería mucho más libre. La vida es demasiado corta para pasarla recordando algo que no sea aquello por lo que estamos agradecidos". Vivamos todos recordando la misericordia y la bondad amorosa de Dios. Vivamos con la mirada puesta únicamente en el Señor. Avancemos buscando fervientemente Su protección, Su enseñanza de la verdad y el perdón de nuestros pecados.

Acuérdate de mí conforme a tu misericordia, oh Señor.

«De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones no te acuerdes; conforme a tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad, oh Señor» (Salmo 25:7).

La vida consiste en «crear recuerdos». Desde aquellos sembrados en nuestros corazones durante nuestra infancia junto a nuestros padres hasta los que se forman al crecer con hermanos y amigos, vamos creando diversos recuerdos a través de nuestros encuentros con los demás. Por lo general, estos recuerdos pueden clasificarse en dos tipos: buenos y malos. Por supuesto, más allá de estas dos categorías, existen también recuerdos dolorosos o angustiosos; sin embargo, incluso estos pueden clasificarse finalmente como buenos o malos según la perspectiva con que los miremos. ¿Tienes más recuerdos buenos o malos en tu corazón? Deberíamos tomarnos tiempo de vez en cuando para mirar atrás y reflexionar sobre los recuerdos que guardamos. Al hacerlo, debemos comprometernos a crear más recuerdos buenos y esforzarnos por permitir que estos cubran a los malos. Solo así podremos llegar a ser verdaderamente ricos de corazón.

En el Salmo 25:7, el salmista David ora a Dios pidiéndole que no recuerde los pecados y rebeliones de su juventud, sino que se acuerde de él conforme a su misericordia. Elevó esta súplica confiando en la misericordia del Señor. ¿Qué habría sucedido si hubiera pedido a Dios que se acordara de él conforme a su santidad? ¿Puedes imaginarlo? Si Dios se hubiera acordado de David conforme a su santidad, ¿qué habría sido de él? Es algo que escapa a la

imaginación. Considera todos los pecados y rebeliones de David expuestos a la luz de la santidad de Dios; si Dios hubiera llevado un registro y recordado cada uno de ellos, ¿qué habría sido de David? Es inimaginable. Si Dios se acordara de nosotros conforme al estándar de su santidad, ni tú ni yo podríamos escapar de su ira y juicio. Sin embargo, la verdad maravillosa es que Dios cargó todos nuestros pecados y rebeliones sobre su Hijo unigénito, Jesús; al hacer que Jesús fuera crucificado y ejecutado, Dios derramó toda su santa ira sobre Él. En consecuencia, cuando nos arrepentimos y nos apartamos de nuestros pecados y rebeliones, Dios no solo los perdona, sino que ya no se acuerda más de ellos. Apoyándose en esta misericordia amorosa del Señor, David suplicó a Dios: "Acuérdate de mí conforme a tu misericordia" (versículo 7). Pidió ser recordado de esta manera en virtud de la bondad de Dios.

Nosotros también debemos elevar esta oración a Dios. Al igual que David, debemos orar a Dios apoyándonos en la misericordia amorosa del Señor. Como David, debemos orar: "Acuérdate de mí conforme a tu misericordia", para que la bondad de Dios se manifieste. Al orar así, debemos apoyarnos en el amor de Dios: un amor tan profundo que entregó a su Hijo unigénito a la cruz por nosotros (Juan 3:16). Debemos orar aferrándonos por fe a la promesa de que los pensamientos amorosos de Dios Padre hacia nosotros son más numerosos que la arena (Salmo 139:17-18). Debemos orar a Dios con fe, confiando en que Él —quien está lleno de pensamientos de amor— no solo nos perdona cuando confesamos nuestros pecados y nos arrepentimos de ellos, sino que también deja de recordarlos, atesorando en su lugar solo buenos recuerdos (pensamientos de bondad) sobre nosotros, por causa de su propia bondad. Además, debemos esforzarnos por recordar a nuestros amados hermanos y hermanas con el espíritu del amor del Señor. Debemos procurar cubrir cualquier recuerdo desagradable que tengamos de ellos con recuerdos buenos; debemos superar los recuerdos negativos con los positivos. Así, debemos llenar nuestra mente y nuestro corazón de recuerdos amorosos en el Señor. Oro para que todos nos dediquemos a crear tales recuerdos.

El camino que debo elegir

[Salmo 25:8–15]

¿Sientes remordimiento al mirar atrás y contemplar el camino que has recorrido? ¿Alguna vez te has preguntado: «¿Cómo habría sido mi vida si hubiera tomado un camino diferente? ¿Habría resultado mejor? ¿Acaso tomé el camino equivocado?»? Al reflexionar sobre mi propia vida, a veces me pregunto: «Si no hubiera pasado por un periodo de vagar sin rumbo durante mi adolescencia, ¿qué clase de pastor sería hoy?». Sin embargo, ¿de qué sirve lamentarse por el camino ya recorrido? Aunque quedarse anclado en el pasado puede resultar inútil, creo que no es malo mirar atrás, aprender de lo vivido y considerar el camino que debemos transitar en el presente y en el futuro.

En el Salmo 25:12, el salmista David declara: «¿Quién es el hombre que teme al SEÑOR? Él le instruirá en el camino que ha de elegir». Al considerar la naturaleza de este camino elegido, creo que se refiere a la «senda de los justos» descrita en el Salmo 1 (1:1). En dicho salmo, David sugiere que solo existen dos caminos en la vida: el de los justos y el de los impíos. Aquí, el camino de los justos es el «camino de la Palabra». Quienes transitan esta senda se deleitan en la Palabra de Dios y viven meditando en ella día y noche (versículo 2). David, que recorrió el camino de los justos, estaba profundamente arraigado en la Palabra de Dios; como un árbol plantado junto a corrientes de agua, extraía constantemente el agua de vida de esa Palabra (versículo 3). ¿Cuál es, entonces, el camino de los impíos? Es una senda que ignora la Palabra de Dios y sigue el consejo de los malvados. En lugar de examinar su conciencia a la luz de la Palabra divina o esforzarse por vivir rectamente, los impíos viven según sus propios caprichos y los caminos del mundo. En consecuencia, se adentran en la

senda de los pecadores y se sientan entre los soberbios que niegan a Dios. Al no estar arraigadas en la Palabra de Dios, tales personas no dan frutos sustanciales; lo único que producen es tamo que el viento se lleva. Esta paja cae inevitablemente al suelo; sin embargo, al carecer de grano, no puede echar raíces. Simplemente es arrastrada de nuevo por el viento. Así, la vida del impío es siempre inestable y voluble, marcada por constantes altibajos.

Aunque tenemos dos pies, nadie puede recorrer dos caminos simultáneamente. Debemos elegir transitar ya sea por el camino de los justos o por el camino de los impíos. Hemos de esforzarnos al máximo por elegir un camino y luego aceptar con serenidad las consecuencias. La vida nos presenta estos dos caminos distintos. ¿Qué camino estamos eligiendo recorrer tú y yo? Hoy, centrándome en el Salmo 25:8–15, deseo reflexionar sobre tres aspectos de la elección que debemos hacer; mi esperanza es que, al igual que David, elijamos el camino que Dios desea y lo recorramos fielmente. En primer lugar, el camino que nosotros, los pecadores, debemos elegir es un camino bueno y recto.

Consideremos el Salmo 25:8: «Bueno y recto es el Señor; por tanto, él instruye a los pecadores en el camino». Aquí se revelan dos aspectos del camino que nosotros, los pecadores, debemos elegir y recorrer:

(1) El primero es el camino bueno.

El «camino bueno» se refiere a una senda de bondad moral. En otras palabras, el camino bueno que debemos recorrer los pecadores consiste en «apartarse del mal y hacer el bien» (34:14). Recorrer el camino bueno significa vivir una vida que abandona el pecado y practica la bondad. En su libro *God's Eye View* (La perspectiva de Dios), el pastor Tommy Tenney afirmó: «Dios desea usar tu vacío para revelar abiertamente Su plenitud». Debemos vaciar nuestros corazones de pensamientos pecaminosos, desechando el amor al mundo, el odio y toda clase de pensamientos malvados. Cuando lo hacemos, Dios llena nuestros

corazones con Su Palabra y Su amor. El camino bueno también puede describirse como un camino de misericordia. La descripción de Dios como «bueno» (25:8) apunta a la misericordia con la que Él contempla a los pecadores (Calvino). Elegir recorrer el camino de la misericordia significa que, así como Dios en Su bondad (misericordia) no abandona a un pecador como yo, nosotros tampoco debemos abandonar a otros pecadores, sino cuidarlos con el corazón misericordioso de Dios. En última instancia, el buen camino significa abandonar el pecado sin rechazar al pecador; implica perdonarlo y cuidarlo con amor. Debemos tener un corazón compasivo hacia los pecadores, tal como Jesús vino a llamar a los pecadores. Debemos mostrarles misericordia. No debemos caer en el pecado de juzgar y condenar precipitadamente a los demás basándonos en nuestros propios criterios. Por el contrario, así como Dios ha perdonado nuestros pecados, debemos vivir una vida que perdone los pecados de los demás. Por eso David oró: «Por amor de tu nombre, oh Señor, perdona mi iniquidad, porque es grande» (v. 11). ¿No es algo extraordinario? Aunque sus enemigos lo rodeaban y lo perseguían con engaños (vv. 3-4), él no se centró en exponer los pecados de ellos; más bien, confesó la magnitud de su propio pecado ante Dios y pidió perdón por su gran transgresión.

(2) El segundo camino es el camino de la honestidad.

En el pasaje de hoy, el Salmo 25:8, David habla del Dios honesto que nos instruye; esta instrucción implica que nosotros también debemos ser honestos, tal como lo es Dios. Sabiendo que Dios «prueba el corazón y se complace en la rectitud» (1 Crónicas 29:17), David vivió con honestidad ante el Dios que examina el corazón. Entonces, ¿qué significa andar por el camino de la honestidad? Lucas 1:6 afirma: «Ambos eran justos delante de Dios y caminaban irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor». Una persona honesta vive en obediencia a los mandamientos de Dios. Además, así como Dios guía a los pecadores —entre los que nos contamos nosotros— por el camino correcto, una persona honesta guía a otros pecadores por ese mismo camino. En otras palabras, conduce a los pecadores hacia Jesús, pues solo mediante la preciosa sangre de Jesús pueden recibir

el perdón. En segundo lugar, el camino que nosotros, los mansos, debemos elegir es el camino de la justicia.

Consideremos el Salmo 25:9: «Él guía a los humildes en lo que es justo y les enseña su camino». Aquí, el término «mansos» (o humildes) se refiere a aquellos cuyo espíritu ha sido humillado mediante la disciplina de Dios (Calvino). Cuando Sus hijos pecan, Dios los disciplina con justicia para hacerlos mansos y humildes (Park Yun-sun). En última instancia, el corazón de David se volvió manso después de reconocerse como un pecador que había cometido una grave ofensa contra Dios y de elevar una oración de arrepentimiento buscando perdón. Nuestros corazones pueden volverse mansos —es decir, humildes— cuando nos arrepentimos. En Su justicia, Dios nos hace mansos disciplinándonos con la vara del amor cuando, como pecadores, no nos arrepentimos tras haber pecado. Una vez hecho esto, Él enseña el camino de la justicia en la tierra de nuestros corazones humillados. En consecuencia, llegamos a ser capaces de caminar por la senda de la justicia. La época en que vivimos es, al igual que los tiempos del profeta Ezequiel, un mundo lleno de iniquidad (Ezequiel 9:9). ¿Qué camino debemos elegir, entonces, al vivir en tales tiempos? Debemos volvernos mansos —humillados por la instrucción de Su Palabra y por Su bondad y rectitud— y elegir caminar por Su senda de justicia.

Por último, el tercer punto es que el camino que deben elegir quienes temen a Dios es el camino del pacto.

Consideremos el Salmo 25:14: «La comunión íntima del Señor es con los que le temen, y a ellos les da a conocer su pacto». David vivió una vida de temor a Dios incluso en una época de anarquía, plagada de los engaños de sus enemigos (versículos 2-3). Gracias a ello, pudo elegir el camino correcto (versículo 12). En una situación en la que pocos temían a Dios —y mientras muchos a su alrededor «dormitaban, atados por las debilidades de la carne» en lugar de seguir al Señor—, Dios enseñó a David el camino que debía elegir (Calvino, Park Yun-sun). Ese camino era uno de bondad, misericordia, integridad y justicia. Al haber

transitado fielmente por estos senderos, David disfrutó de una comunión íntima con Dios. En otras palabras, solo aquellos que comparten una comunión íntima con Dios pueden elegir el camino que Él desea. El camino que Dios quiere que elijamos es el camino del pacto; es decir, el camino de las promesas de Dios. Debemos aferrarnos a la palabra prometida de Dios y caminar por fe en la senda de la promesa que Él abre para nosotros. Es el camino del Señor: un camino de amor inagotable y verdad (versículo 10). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Nadie, salvo quienes temen a Dios, puede conocer la promesa (pacto) de Dios respecto a la salvación y la bendición de los santos. Está más allá del entendimiento de los hipócritas y de los no elegidos». Ciertamente, dado que los hipócritas y los no elegidos no temen a Dios, no pueden conocer ni disfrutar de las bendiciones de la promesa (pacto) divina. Sin embargo, nosotros somos quienes conocemos el camino de la promesa del Señor y lo recorremos con una fe paciente. Por tanto, al igual que David, debemos mantener una comunión íntima con Dios mediante el temor del Señor. Al hacerlo, debemos caminar fielmente por la senda del pacto que Dios nos revela (v. 14).

El camino que hemos de recorrer es el camino de los justos: una senda de bondad, integridad, justicia y pacto. En resumen, el camino que debemos seguir es la senda de la cruz que el propio Señor recorrió. Ese camino de la cruz no es, en absoluto, un camino ancho; la Biblia lo describe como un camino estrecho. El camino que debemos elegir es el de negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz que se nos ha asignado y seguir los pasos de Jesús. Debemos elegir este camino y recorrerlo fielmente. Con ese fin, oro para que seamos siempre personas que miren a Dios con expectación (v. 15).

«Guarda mi alma y líbrame»

[Salmo 25:16–22]

Satanás es un adversario que ataca constantemente nuestros corazones. Él siembra semillas de pecado indiscriminadamente, buscando someter nuestros corazones a su control. Lanza ataques implacables, intentando implantar estas semillas pecaminosas en nuestro interior a través de lo que vemos, oímos y pensamos. Cuando los pensamientos malignos e impuros echan raíces, nuestros corazones pasan a estar ocupados por las ideas pecaminosas de Satanás. Como consecuencia, nos alejamos de la santidad y es solo cuestión de tiempo antes de que cometamos actos de pecado reales. Lucas 21:34 advierte que, si no estamos vigilantes, nuestros corazones pueden verse «agobiados por la disipación, la embriaguez y las preocupaciones de la vida». Tener un corazón «agobiado» (o embotado) significa que se ha endurecido y vuelto insensible debido al descuido prolongado y a la exposición al pecado; implica volverse totalmente insensible a los asuntos espirituales. ¿Por qué sucede esto? Ocurre porque hemos fallado en guardar nuestros corazones.

En el Salmo 25:20, el salmista David suplica a Dios: «Guarda mi alma y líbrame». Al centrarnos en el pasaje de hoy (Salmo 25:16–22), espero que podamos reflexionar sobre cuándo y cómo debemos guardar nuestras almas, y extraer de ello valiosas enseñanzas.

En primer lugar, debemos guardar diligentemente nuestros corazones cuando nos sentimos solos y angustiados.

Observemos el Salmo 25:16: «Vuélvete a mí y ten misericordia de mí, porque estoy solo y afligido». Debemos guardar nuestros corazones con diligencia, pues cuando estamos solos y angustiados, Satanás puede atacar nuestras mentes y sembrar las semillas del pecado. ¿Por qué experimentamos momentos de soledad y sufrimiento? La razón por la que David enfrentó tal soledad y angustia fue que se negó a transigir con las falsedades de este mundo (Park Yun-sun). Podríamos sentirnos menos solos si cediéramos ante el mundo y nos mezcláramos con su gente; sin embargo, el camino del creyente guiado por la verdad es uno de soledad y sufrimiento. David estaba rodeado de «los que actúan con traición sin causa»: enemigos que lo atormentaban con engaños infundados (v. 3). En tales circunstancias, oró a Dios diciendo: "Guíame en tu verdad y enséñame..." (v. 5). Buscó fervientemente la guía y la instrucción de Dios a través de Su verdad en una situación plagada de engaño. Cuando nos sentimos solos y angustiados, debemos buscar al Señor en un lugar apartado. Debemos seguir el ejemplo de Jesús, quien "se retiraba a menudo a lugares solitarios y oraba" (Lucas 5:16). El término "lugar solitario" aquí se refiere a un lugar de soledad o, literalmente, al "desierto" en el texto griego. En medio de su soledad y sufrimiento, la oración de David fue: "Vuélvete a mí y ten misericordia de mí" (v. 16). Esta súplica —"vuélvete a mí"— revela el anhelo de David por el rostro de Dios; pedía fervientemente a Dios que volviera Su rostro hacia él. David estaba pasando del desierto solitario hacia un jardín de santa soledad. La verdadera "soledad" no es simplemente estar solo; es un estado de comunión con Dios. David anhelaba la presencia de Dios. También confiaba en la misericordia divina. Sabiendo que la misericordia y la bondad amorosa de Dios habían existido desde la eternidad pasada (versículo 6), David rogó a Dios que las recordara. Por tanto, al igual que David, cuando nos sintamos solos y angustiados, debemos acudir a un lugar tranquilo e invocar a Dios. Debemos buscar Su misericordia mientras anhelamos Su rostro. Al hacerlo, podremos guardar nuestros corazones en tiempos de soledad y sufrimiento. Entonces Dios escuchará nuestras súplicas y protegerá nuestras almas.

En segundo lugar, debemos guardar cuidadosamente nuestros corazones cuando estamos llenos de ansiedad.

Observemos el Salmo 25:17: "Las angustias de mi corazón se han multiplicado; sácame de mi aflicción". ¿Por qué estaba el corazón de David lleno de ansiedad? Porque sufría dolor físico y era profundamente consciente de los pecados que había cometido (Park Yun-sun). Así, David elevó una oración de arrepentimiento a Dios diciendo: "Por amor de tu nombre, oh SEÑOR, perdona mi iniquidad, porque es grande" (versículo 11). Sentía ansiedad en medio del sufrimiento físico causado por su propio pecado. Sin embargo, este tipo de ansiedad es beneficioso; Es la angustia la que conduce al arrepentimiento. En 2 Corintios 7:10, el apóstol Pablo afirma: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte». Pablo señala que la tristeza mundana conduce a la muerte, mientras que la tristeza que se alinea con la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que lleva a la salvación. Incluso el profeta Jonás, tras pecar al desobedecer la palabra de Dios, finalmente clamó a Él en medio de su sufrimiento: «Invoqué en mi angustia al SEÑOR, y él me respondió; desde el seno del Seol clamé, y tú oíste mi voz» (Jonás 2:2). Cuando pecamos, nuestros corazones se llenan de angustia. En ese estado de angustia, nos hundimos profundamente en la miseria. En tales momentos, al igual que David, debemos suplicar ser librados de nuestra aflicción. Cuando lo hacemos, Dios protege nuestras almas en medio de la angustia y nos saca de nuestra aflicción.

En tercer lugar, cuando enfrentamos miseria y tribulación, debemos guardar cuidadosamente nuestros corazones.

Consideremos el Salmo 25:18: «Mira mi aflicción y mi trabajo, y perdona todos mis pecados». Este versículo transmite dos puntos: primero, que cierto sufrimiento surge del pecado; y segundo, que si alguien se arrepiente humildemente mientras soporta el sufrimiento causado por el pecado, existe la esperanza de que dicho sufrimiento sea eliminado mediante el perdón de Dios (Park Yun-sun). Por eso David elevó una oración de arrepentimiento, diciendo: «Por amor de tu nombre, oh SEÑOR, perdona mi culpa, porque es grande» (v. 11). En lugar de centrarse en los pecados o engaños de sus enemigos y

criticarlos, David reconoció la magnitud de su propio pecado mientras sufría bajo la persecución de ellos, y se arrepintió ante Dios. Desde esta perspectiva, la «aflicción» nos resulta beneficiosa. Así, David confesó: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra» (Salmo 119:67), y «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos» (v. 71). El beneficio del sufrimiento reside en la gracia que nos lleva a arrepentirnos ante Dios al hacernos conscientes de nuestros pecados. Por tanto, cuando enfrentamos adversidades y tribulaciones, debemos arrepentirnos ante Dios, ya que tales pruebas sacan a la luz nuestros pecados graves. Nuestras almas, purificadas mediante el arrepentimiento, deben afirmarse en un amor más profundo hacia nuestros hermanos y hermanas al obedecer la palabra de verdad (1 Pedro 1:22). Dios vela por tales almas.

En cuarto y último lugar, debemos guardar bien nuestros corazones cuando nuestros enemigos nos odian intensamente.

Consideremos el Salmo 25:19: «Mira a mis enemigos, pues son muchos; me odian con odio intenso». Los creyentes no están exentos de enemigos. Sin embargo, como hijos de Dios, sus enemigos no son otros que los enemigos de Dios. Los enemigos de Dios son los mismos enemigos de nosotros, los creyentes (Park Yun-sun). Los enemigos del creyente son Satanás y sus siervos malvados. Ellos se oponen a nosotros —los hijos de Dios—, nos engañan y nos persiguen. Albergan un odio intenso hacia nosotros. David tuvo innumerables enemigos que lo odiaban ferozmente. Por ello, tras refugiarse en Dios, suplicó: «Guarda mi alma y líbrame; no permitas que sea avergonzado, pues en Ti me refugio. Que la integridad y la rectitud me protejan, porque en Ti espero» (versículos 20-21). Aquí, la «integridad» se refiere a actuar con sinceridad de corazón y sin hipocresía, mientras que la «rectitud» significa caminar con rectitud conforme a la verdad, sin desviarse (Park Yun-sun). Incluso al enfrentarse a la adversidad causada por el engaño de sus enemigos, David no abandonó el camino de la verdad en un intento desesperado por salvar su vida. En cambio, oró fervientemente para que Dios le permitiera caminar con rectitud en la verdad (Park Yun-sun). El alma misma ha

sido oscurecida por el pecado y no posee poder para salvarse a sí misma; solo Dios puede guardar y salvar el alma (Park Yun-sun). Cuando los enemigos nos odian intensamente, debemos acudir al Dios que más nos ama y poner nuestra mirada en Él. En medio del odio de nuestros enemigos, debemos contemplar y comprender aún más profundamente la magnitud del gran amor de Dios. Nuestro Dios preserva nuestras almas.

Debemos dedicarnos a guardar nuestros corazones. Satanás se esfuerza por aislarnos y atormentarnos, llenando nuestras mentes de preocupación y sumiéndonos en la miseria y la tribulación. Ante tales maquinaciones de Satanás, tenemos la responsabilidad de proteger nuestras propias almas. Para ello, debemos refugiarnos en el Señor e invocarle. Debemos buscar con diligencia la protección de Dios y pedirle que guarde nuestras almas. Además, debemos suplicar a Dios por nuestra salvación. David oró: «Vuélvete a mí y ten misericordia de mí» (v. 16), «Sácame de mis angustias» (v. 17), «Perdona todos mis pecados» (v. 18) y «Guarda mi alma y líbrame» (v. 20). Nosotros también debemos orar. Que Dios responda a nuestras oraciones, nos libre de toda tribulación (v. 22) y guarde nuestros corazones.

¡Ama el lugar donde habita la gloria de Dios! (1)

[Salmo 26]

En su libro *The God Chasers* (Los que persiguen a Dios), el pastor Tommy Tenney afirmó: «La adoración corporativa no es cuestión de cuántas personas se han reunido, sino de la magnitud de la presencia de Dios». Creo que esto tiene todo el sentido. Sin embargo, parece que —en lugar de buscar la presencia de Dios— deseamos lo que Tenney llama un «avivamiento instantáneo, al estilo microondas». Es como meter una bolsa de palomitas de maíz en el microondas y ver cómo los granos se inflan; es un método sencillo, rápido y fácil que requiere poco esfuerzo. La razón por la que anhelamos este tipo de «avivamiento de microondas» es que nuestro paladar espiritual ha desarrollado el gusto por la «comida rápida». Así como consumimos frecuentemente comida rápida, hemos llegado a preferir un enfoque de «comida rápida» para nuestra vida de fe. Queremos que los servicios de adoración sean breves y rápidos; nos desagradan los estudios bíblicos que implican tareas; y murmuramos y nos quejamos cuando las oraciones sobre nuestros asuntos personales no son respondidas de inmediato. Parece que nuestro apetito espiritual se ha distorsionado considerablemente. ¿Cuál es el resultado? El resultado no es otro que la «arteriosclerosis espiritual» (Tenney). Nuestra preferencia por la comida rápida, los servicios de adoración breves o las ceremonias rápidas conduce, en última instancia, a la arteriosclerosis espiritual. ¿Qué causa la arteriosclerosis? Entre los factores se incluyen el colesterol alto en sangre, el tabaquismo, la hipertensión, la obesidad y la falta de ejercicio. De estas causas, la obesidad y la falta de ejercicio son particularmente relevantes para nuestra vida espiritual. Parece que nos damos un festín con la Palabra de Dios cuando esta se derrama como un torrente; sin embargo, sufrimos de obesidad espiritual porque no obedecemos ni aplicamos

esa Palabra a nuestras vidas; el problema es la falta de ejercicio espiritual. Si bien la forma en que consumimos la Palabra de Dios puede tener sus propios problemas, el mayor inconveniente radica en no ejercitarnos espiritualmente después de recibirla. En última instancia, la arteriosclerosis espiritual distorsiona y paraliza nuestro pensamiento, tal como un vaso sanguíneo cerebral obstruido provoca un derrame cerebral. Además, así como las arterias coronarias obstruidas conducen a la angina de pecho, a los ataques cardíacos o a la muerte súbita, la arteriosclerosis espiritual impide que nuestros corazones sean transformados en el corazón de Cristo, dejándonos así incapaces de amar a las almas. Esta es precisamente la obra de Satanás. El «avivamiento instantáneo al estilo microondas» y la «arteriosclerosis espiritual» son obra de Satanás. Satanás se esfuerza por impedir que ofrezcamos verdadera adoración a Dios. Al obstaculizar la adoración —nuestro vínculo vital espiritual—, busca evitar que entremos en la gloria de Dios y experimentemos Su presencia. Job es un claro ejemplo de esto; Satanás atacó primero el ganado de Job —incluyendo sus vacas y ovejas— en un intento de despojarlo de la capacidad de adorar a Dios. Sin embargo, debemos contemplar la gloria de Dios en medio de la adoración. Debemos experimentar la presencia de Dios durante la adoración. Por consiguiente, debemos habitar en la gloria de Dios. Debemos amar el lugar donde habita Su gloria y anhelarlo aún más.

En el Salmo 26:8, el salmista David confiesa que ama «la casa donde habitas y el lugar donde reside tu gloria». Por ello, bajo el título «Ama el lugar donde habita la gloria de Dios», quisiera reflexionar sobre cómo se conducen aquellos que aman ese lugar.

Los versículos 1 y 11 del Salmo 26 afirman que quienes aman el lugar donde habita la gloria de Dios caminan en integridad: «He caminado en mi integridad y he confiado en el Señor sin vacilar; júzgame, oh Señor» (v. 1); «Pero en cuanto a mí, caminaré en mi integridad; redímeme y ten misericordia de mí» (v. 11). ¿Qué significa aquí «caminar en integridad»? No significa que David fuera perfecto y estuviera libre de pecado como Dios. Simplemente significa que, en los asuntos en cuestión, David permaneció fiel al Señor sin cometer errores. En otras palabras, nunca se asimiló a los grupos de personas que cometían maldad en su

época (vv. 4–5; Park Yun-sun). En resumen, David actuó con sinceridad y entrega total [«La palabra traducida como "integridad" (vv. 1, 11) es *tom* en el hebreo original, lo que significa sinceridad, entrega total y conceptos similares» (Park Yun-sun)]. Así, David, quien amaba el lugar donde habita la gloria de Dios, vivió con sinceridad y entrega total. Ahora, centrándonos en el texto de hoy, consideremos cómo llevan su vida de fe aquellos que viven con tal sinceridad y entrega absoluta… Me gustaría reflexionar sobre un solo punto.

Quienes actúan con fidelidad y entrega total no vacilan; por el contrario, confían en Dios.

Observemos el Salmo 26:1: «He andado en integridad y he confiado en el SEÑOR sin vacilar; vindícame, oh SEÑOR». David, el salmista, caminó con integridad —plena y fielmente— aun estando rodeado de impíos, porque amaba el lugar donde habita la gloria de Dios. El texto describe a estas personas impías como «hombres de falsedad» (v. 4), «hombres engañosos» (v. 4), «malhechores» (v. 5), «hombres inicuos» (v. 5), «pecadores» (v. 9) y «homicidas» (v. 9). En medio de tal situación, David se mantuvo firme y confió en Dios. Mantenerse firme significa que no vaciló ni albergó la más mínima duda en su confianza en Dios. Si estuviéramos en la misma situación que David, ¿podríamos también confiar en Dios sin vacilar? ¿Podríamos realmente confiar en Él plenamente, sin dudas? Esta es la esencia de la fe verdadera. La fe verdadera confía totalmente solo en Dios, sin vacilaciones. David poseía una fe pura, libre de dudas, al confiar en Dios (cf. Santiago 1:6). Confiando en Dios plenamente y sin dudas, David le suplicó: «Vindícame, oh SEÑOR» (Salmo 26:1). Buscaba el juicio de Dios, pidiéndole que dictaminara entre su propia inocencia y los impíos que se le oponían. David también oró: «Examíname, oh SEÑOR, y pruébame; escudriña mi corazón y mi mente» (v. 2). Aquí, «examinar» implica mirar profundamente en el corazón, mientras que «probar» (o «refinar») significa el proceso de usar fuego para purificar el metal (Park Yun-sun). «Esto significa que, en cuanto al carácter de la fe de uno…» Esto parece referirse al proceso de ser sacudido —muy parecido a pasar por una tribulación— para detectar impurezas (Park Yun-sun). David convirtió las circunstancias arduas y difíciles que enfrentaba en una oportunidad no solo para examinar profundamente su propio corazón a través de los ojos de

Dios, sino también para someterse a un proceso de refinamiento. En consecuencia, se mantuvo firme e inquebrantable en su confianza en Dios. Ahí reside la fortaleza de la fe: la capacidad —incluso en medio de una realidad dolorosa y rodeado de malvados— de confiar en Dios mientras se reflexiona sobre uno mismo y se refinan la voluntad y el corazón. David poseía esta clase de fe inquebrantable.

¿En qué estado se encuentra nuestra fe? ¿Es tan firme como la de David? ¿Confiamos plenamente en Dios, sin vacilar? Al igual que David, debemos aprender a ver las crisis y las adversidades como oportunidades para fortalecer nuestra fe. Para ello, debemos aplicar dos lecciones que se encuentran en el pasaje de hoy: en primer lugar, en medio de la crisis y la adversidad, debemos examinarnos profundamente a la luz de la Palabra de Dios; y en segundo lugar, debemos aprovechar estos momentos para disciplinar nuestro corazón y nuestra voluntad. Al examinar profundamente nuestro corazón durante tales pruebas, debemos reconocer la magnitud y la multitud de nuestros pecados y elevar oraciones de arrepentimiento a Dios (25:11). Además, a través de estas crisis y adversidades, debemos discernir la voluntad del Señor —en lugar de la nuestra— y obedecer para cumplirla. David experimentó esta disciplina del corazón mientras estaba rodeado y perseguido por fuerzas hostiles. Por tanto, nosotros también debemos aprender a convertir las crisis y las adversidades en oportunidades. Al hacerlo, debemos manifestar la gloria de Dios con mayor resplandor en medio de las pruebas que enfrentamos. Oro para que seamos personas que amen la morada de la gloria de Dios y que reflejen esa luz gloriosa con mayor intensidad en medio de la crisis y la adversidad.

¡Ama el lugar donde habita la gloria de Dios! (2)

[Salmo 26]

Hace algún tiempo, digitalicé fotografías antiguas de los álbumes de la iglesia para presentar una historia visual de nuestra congregación. Al escanear aquellas imágenes de antaño, me maravilló la rapidez con la que vuela el tiempo; al mismo tiempo, ver fotos de miembros de larga trayectoria me recordó una vez más la importancia vital de la fidelidad —una actitud espiritual crucial— en la vida de fe. En una época en la que muchas personas van frecuentemente de una iglesia a otra, creo que hay algo verdaderamente valioso en servir fielmente en una misma congregación durante muchos años.

David, el salmista del Salmo 26, fue un hombre de verdadera fidelidad. Como amaba el lugar donde habita la gloria de Dios, confesó que había «andado en [su] integridad» (versículos 1, 11). La frase «andar en integridad» no implica aquí que él fuera alguien sin pecado o perfecto como Dios; más bien, significa que nunca se conformó a las multitudes pecaminosas de su tiempo (versículos 4, 5) (Park Yun-sun). En resumen, significa que David vivió una vida de fidelidad [«La palabra hebrea para "integridad" es *tom*, que significa fidelidad, entrega de todo corazón y conceptos similares» (Park Yun-sun)]. He reflexionado sobre tres lecciones que podemos aprender de David, quien vivió con tal fidelidad.

En primer lugar, quienes caminan en fidelidad no vacilan; confían en Dios.

Observemos el Salmo 26:1: «He andado en mi integridad; he confiado en el Señor sin vacilar. Hazme justicia, oh Señor». Incluso en medio de las difíciles circunstancias que enfrentó,

David se mantuvo firme y confió en Dios. Por el contrario, utilizó esas adversidades como una oportunidad para orar a Dios. Oró así: «Examíname, oh Señor, y pruébame; escudriña mi mente y mi corazón» (versículo 2). Aquí, la palabra «examinar» implica mirar profundamente en el corazón, mientras que «probar» (o refinar) se refiere al proceso de usar fuego para purificar el metal (Park Yun-sun). Esto sugiere un proceso de ser sacudido —quizás a través de la tribulación— para ver si existen impurezas en el carácter espiritual de uno (Park Yun-sun). Nosotros también debemos permitir que la adversidad nos sacuda y nos ponga a prueba. La razón es que, sin dolor ni adversidad, rara vez examinamos profundamente nuestro propio corazón. Parece que solo nos detenemos a reflexionar sobre nosotros mismos cuando enfrentamos situaciones dolorosas. David no solo utilizó sus difíciles circunstancias como una oportunidad para examinar profundamente su corazón a través de los ojos de Dios, sino que también las aprovechó para ser refinado. Como resultado, se mantuvo firme e inquebrantable en su confianza en Dios. Al igual que David, debemos caminar en integridad y confiar en Dios sin vacilar.

En segundo lugar, quienes caminan en integridad caminan en la verdad del Señor.

Observemos el Salmo 26:3: «Porque tu misericordia está delante de mis ojos, y he caminado en tu verdad». Incluso en medio de la adversidad, David caminó conforme a la palabra del Señor, negándose a transigir con un mundo pecaminoso o con los impíos. Fácilmente podría haberse sentado con los vanidosos o haber caminado junto a los engañadores; sin embargo, vivió una vida de fe que trascendió tales circunstancias. ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo pudo David caminar en la verdad del Señor aun en un mundo lleno de falsedad y personas engañosas? Fue precisamente gracias a la misericordia del Señor. En otras palabras, David pudo caminar en la verdad porque, incluso en medio de la tribulación y la adversidad, veía sus pruebas como oportunidades para examinarse a sí mismo y refinar su corazón y su voluntad; a través de este proceso, contemplaba la misericordia de Dios justo ante sus ojos. ¿Estamos nosotros también viviendo nuestras vidas mientras vemos la misericordia de Dios con los ojos del espíritu?

La semana pasada experimenté la misericordia de Dios mientras leía el libro *Be Decisive* (Sé decidido), de Warren Wiersbe. Sentí su misericordia al reflexionar sobre cómo Dios no solo dio la palabra profética a Jeremías, sino que también protegió a su siervo hasta que dicha profecía se cumplió. Me brindó gran consuelo y fortaleza aplicar esto a mi propia vida, creyendo que Dios me protegerá hasta el día en que cumpla la promesa que dio a nuestra iglesia en Mateo 16:18: «…edificaré mi iglesia». Dado que David veía la misericordia amorosa de Dios justo ante sus ojos, pudo caminar en la verdad del Señor sin transigir con lo vano o lo engañoso. También podemos considerar esto desde la perspectiva opuesta: la razón por la que a veces transigimos en lugar de caminar en la verdad durante los tiempos de adversidad es que no logramos ver la misericordia amorosa de Dios justo ante nuestros ojos. Sin tal experiencia espiritual —ver Su amor de primera mano con los ojos del espíritu—, si nuestros ojos físicos se centran únicamente en las adversidades que enfrentamos, inevitablemente fallamos en caminar en la verdad y terminamos transigiendo.

Podemos describir la vida de David, quien caminó en la verdad del Señor gracias a Su misericordia amorosa, de tres maneras:

(1) David no se asociaba con aquellos que no caminaban conforme a la verdad.

David no caminaba junto a ellos; incluso aborrecía la asamblea de los malhechores (versículos 4-5). Aquí, los «hombres de falsedad» se refieren a aquellos que no actúan conforme a la verdad de Dios (Park Yun-sun). David, que caminaba en la verdad, no seguía los caminos de quienes menospreciaban la verdad de Dios (Park Yun-sun). El término «hombres engañosos» designa a aquellos que llevan una máscara: personas que son malvadas de corazón pero que parecen justas en apariencia (Park Yun-sun). Quien camina en la verdad puede discernir a tales individuos engañosos; puede distinguir a aquellos que fingen bondad mientras albergan falsedad y maldad en su interior. Además, David detestaba los grupos reunidos para cometer el mal —la asamblea de los malhechores— y se negaba a

tener comunión con los impíos, específicamente con los «disolutos» (o «inestables»): aquellos que carecen de firmeza moral, viven sin freno y actúan de manera desenfrenada.

(2) David mantuvo una vida pura mientras se comunicaba con Dios.

Véase el Salmo 26:6: «Oh Jehová, en inocencia lavo mis manos y me acerco a tu altar». Esto se refiere a la práctica de lavarse las manos antes de que un sacerdote comenzara su servicio en el altar (Éxodo 40; Deuteronomio 21:6-7, 30-33). Antes de acercarse al altar para comunicarse con Dios, David se aseguraba de que su vida diaria fuera pura (Park Yun-sun). Esto es similar a cómo uno puede vivir una vida pura durante la semana y luego acercarse a la casa del Señor el domingo para tener comunión con Él.

(3) David dio gracias a Dios y testificó de las obras que Dios había hecho.

Véase el Salmo 26:7: «Proclamando con voz de acción de gracias y contando todas tus maravillas». Dar gracias por lo que Dios ha hecho es una responsabilidad personal que cada individuo debe cumplir (Park Yun-sun). Sin embargo, David fue más allá al testificar a otros acerca de las cosas que Dios había hecho en su vida. Cumplió con la responsabilidad de un evangelista, ayudando a otros a conocer a Dios y alcanzar la salvación (Park Yun-sun).

Finalmente, el tercer punto: quienes caminan con integridad aman la iglesia.

Véase el Salmo 26:8: «Oh Jehová, amo la casa donde habitas, y el lugar donde mora tu gloria». Esto significa que David amaba el templo de Dios, es decir, la iglesia. Entonces, ¿qué hace una persona que ama la iglesia, donde mora la gloria del Señor?

(1) Aborrece la falsedad. ¿Cómo podría alguien que ama la iglesia, edificada sobre la roca de la verdad, deleitarse en la falsedad? Tal persona no puede evitar aborrecer la falsedad y el pecado. Debemos aborrecer intensamente tales pecados para asegurar que la maldad

engañosa jamás entre en la iglesia. Especialmente en tiempos de sufrimiento, debemos permitir que los ojos del Señor examinen lo más profundo de nuestros corazones, reconociendo el pecado de la hipocresía en nosotros y arrepintiéndonos sinceramente.

(2) La persona fiel que ama a la iglesia no se asocia con pecadores.

Quien camina en la verdad no se junta con pecadores engañosos ni presta atención a sus palabras. La razón es que «la maldad está en sus manos, y sus diestras están llenas de sobornos» (v. 10).

(3) La persona fiel que ama a la iglesia aborrece la asamblea de malhechores.

Quien ama a la iglesia —donde mora la gloria de Dios— aborrece la asamblea de malhechores, donde la gloria de Dios está ausente. La razón es que Dios mismo aborrece tales asambleas. Dios habló por medio del profeta Isaías: «No traigan más sacrificios vanos; el incienso me es abominación. Las lunas nuevas, los sábados y las asambleas, no puedo soportar la iniquidad ni las reuniones sagradas. Mi alma aborrece sus lunas nuevas y sus fiestas solemnes; me son una carga, estoy cansado de soportarlas» (Isaías 1:13-14).

Recuerdo haber derramado lágrimas al cantar el himno evangélico «Como las aguas cubren el mar». Anhelo esas lágrimas, lágrimas derramadas al contemplar el día en que la gloria de Dios llene este mundo. Viviendo en este mundo pecaminoso, donde el santo nombre de Dios es profanado y su gloria oscurecida, deseo ofrecerle alabanza con un corazón arrepentido por mis pecados y un profundo anhelo por su gloria. Creo que ese día llegará. Creo que sin duda llegará el día en que el mundo se llene de la gloria de Dios, y le ofrezcamos alabanza y adoración perfectas en medio de ese esplendor. Hasta que llegue ese día, deseo caminar por fe mientras habito en este mundo pecaminoso, anhelando siempre ese lugar glorioso donde Dios mora. Pase lo que pase, confiaré plenamente en Dios y permaneceré firme; no transigiré con la falsedad en este mundo engañoso, sino que permaneceré en la

verdad del Señor; y ruego que pueda amar a la iglesia —recomprada por la sangre del Señor— cada vez más profundamente.

«Amo tu reino, Señor, la casa de tu morada, la iglesia, nuestro bendito Redentor, salvada con su preciosa sangre. Por ella caerán mis lágrimas, por ella ascenderán mis oraciones; a ella le entrego mis preocupaciones y trabajos, hasta que cesen. Más allá de mi mayor gozo, aprecio sus caminos celestiales, su dulce comunión, sus votos solemnes, sus himnos de amor y alabanza. Tan cierto como que tu verdad perdurará, a Sión se le darán las glorias más brillantes que la tierra puede ofrecer, y la dicha más brillante del cielo». (Himno n.º 246)

Situaciones de temor

[Salmo 27:1-6]

¿Alguno de ustedes se enfrenta actualmente a una situación que le llena de temor? Si es así, ¿cuál es la causa de ese temor? Parece que el temor surge en nuestros corazones principalmente debido a la preocupación, la ansiedad y la inquietud. Cuando pienso en el "temor", me vienen a la mente las palabras de Isaías 41:10: "No temas, porque yo estoy contigo...". También recuerdo 1 Juan 4:18: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor". La Biblia afirma claramente que en el amor no hay temor; sin embargo, ¿por qué seguimos experimentando temor? La razón es la falta de un amor perfecto.

"Cartas para el desarrollo de liderazgo de empresarios cristianos" (Número 64) señala que cuatro tipos principales de temor inconsciente que acechan en nuestro interior pueden devastar nuestras vidas: (1) El temor paraliza tu potencial. Te ata y provoca vacilación, impidiéndote utilizar adecuadamente los dones que Dios te ha dado y, en última instancia, evitando que los emplees para la gloria de Dios. Es muy parecido al hombre que recibió un talento en la Parábola de los Talentos. (2) El temor destruye tus relaciones. El temor nos impide ser honestos con los demás. Por miedo al rechazo, usamos máscaras, fingiendo ser quienes no somos y negando nuestros verdaderos sentimientos. El temor nos impide experimentar el amor perfecto. (3) El temor obstaculiza la felicidad que disfrutamos; la felicidad y el temor no pueden coexistir. (4) El temor obstruye nuestro éxito. A menudo nos

encaminamos al fracaso al centrarnos en las cosas que tememos en lugar de en los resultados que deseamos. El temor tiende a provocar precisamente aquello que tememos.

¿Cómo podemos, entonces, superar el temor que devasta nuestras vidas? En el pasaje de hoy, Salmo 27:1-6, vemos que David se enfrentó a una situación aterradora. Aprendamos tres lecciones de la forma en que David respondió a ese temor, para que podamos aplicarlas a nuestras propias vidas.

En primer lugar, David mantuvo la calma y la valentía incluso ante una situación aterradora. Observemos el Salmo 27:3: «Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado». ¿Cómo logró David mantener la valentía en una situación tan aterradora? Fue porque mantuvo la mirada puesta en Dios. En medio de su temor, fijó serenamente su mirada en Aquel que era su luz, su salvación y la fortaleza de su vida.

(1) La primera manera de mantener la calma y la confianza en situaciones aterradoras es mirando a Dios: nuestra luz, nuestro Salvador y la fortaleza de nuestra vida.

La situación que enfrentó David era verdaderamente sombría. Sus adversarios —los malhechores que eran sus enemigos— avanzaban contra él «para devorar [su] carne» (versículos 2 y 3), y un «ejército» acampaba en su contra (versículo 3). David se encontraba en medio de la «angustia» (versículo 5). Sin embargo, en esa situación oscura, miró a Dios, reconociendo quién es Él y avanzando con firmeza. Como resultado, pudo mantenerse valiente en lugar de dejarse dominar por el miedo. No es fácil mantener la valentía en situaciones aterradoras como lo hizo David; esto se debe a que, cuando nos enfrentamos personalmente a tales circunstancias, el miedo es una reacción inevitable. No solo sentimos miedo, sino que también nos preocupamos, nos inquietamos y sentimos ansiedad. Tal es la fragilidad de la naturaleza humana. Incluso los apóstoles —según relata la Biblia— sintieron terror ante las olas impetuosas, a pesar de que Jesús dormía en la barca.

¿Cómo podríamos, entonces, evitar sentir miedo cuando las olas y las marejadas del pecado y de la vida rompen con fuerza sobre nosotros? No obstante, hay momentos en los que nos negamos a reconocer nuestro miedo y, en su lugar, fingimos imperturbabilidad. En vez de hacer eso, es mejor admitir con honestidad el temor que hay en nuestros corazones. En ese estado, debemos acudir a Dios y esperar serenamente en Él. Debemos mirar a Dios, que es Luz. Aquí, «Luz» implica el poder de disipar automáticamente las tinieblas. En el contexto de David, las «tinieblas» se refieren a sus adversarios; él identificaba a sus enemigos —particularmente a los ejércitos hostiles que enfrentaba en la guerra— como «tinieblas». David confiaba en que Dios, que es Luz, alejaría por completo esas tinieblas. Así como la luz brilla con mayor intensidad cuanto más profunda es la oscuridad, cuanto más aterradoras sean nuestras circunstancias, más debemos volver la mirada hacia Dios —quien es la Luz— y experimentar su obra de disipar toda tiniebla. Además, David veía a Dios como su salvación: el Dios de la victoria y la liberación. Confiaba en el poder de Dios para otorgarle la victoria en cualquier circunstancia. También veía a Dios como el «poder de la vida», su refugio y su fortaleza. En otras palabras, estaba seguro de que Dios lo protegería, independientemente de la situación militar. Por muy sombrías que sean nuestras circunstancias, debemos mirar a Dios, que es la Luz. Así como la luz de la salvación de Dios resplandece con más fuerza cuanto más oscura se vuelve la situación, debemos confiar aún más en su poder salvador al enfrentar circunstancias aterradoras. Al hacerlo, su poder —capaz de conceder la victoria en cualquier situación— gobernará nuestros corazones, pensamientos, emociones y todo nuestro ser. Como resultado, podremos mantenernos valientes en lugar de temerosos; permaneceremos firmes en la seguridad de la salvación.

(2) Para mantenernos valientes y no temerosos ante situaciones intimidantes, debemos reflexionar sobre las experiencias pasadas de victoria (salvación).

Al enfrentarse a una situación sombría, David miró hacia atrás y recordó cómo Dios había hecho tropezar y caer a sus enemigos (versículo 2). Por eso se mantuvo valiente incluso ante el temor. Antes de obsesionarnos con un futuro que parece desalentador en medio de

nuestra oscuridad actual, debemos reflexionar sobre la gracia salvadora que Dios nos ha mostrado en el pasado; esto nos permite mantener la certeza de la salvación y la victoria a través del Señor —nuestra Luz—, incluso en medio de las tinieblas presentes.

(3) Para mantenernos valientes y sin temor en situaciones de oscuridad, debemos encomendar nuestro futuro a Dios.

En otras palabras, debemos depositar nuestra confianza absoluta en Dios... Debemos mirar hacia el futuro con confianza. David confesó su fe, declarando que, aunque estallara una guerra y un ejército enemigo acampara contra él buscando quitarle la vida, no sentiría temor (versículo 3). Pudo hacer esta confesión porque depositaba su confianza absoluta en Dios: su luz, su Salvador y el poder de su vida.

Al igual que David, debemos mantenernos valientes frente a situaciones aterradoras. Me aferro a una convicción que se encuentra en Filipenses 1:6: «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». Tengo la certeza de que nuestro Señor fiel cumplirá sin duda la promesa que hizo a nuestra iglesia: «Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Sin importar las circunstancias atemorizantes que enfrentemos, deseo que nos guiemos por las promesas del Señor: negándonos a ceder ante el temor, manteniéndonos firmes y valientes, y participando en la obra del Señor de edificar la iglesia, que es su cuerpo.

En segundo lugar, David acudió a Dios en oración en medio de sus circunstancias atemorizantes.

Observemos el Salmo 27:4: «Una cosa he demandado al Señor, esta buscaré: que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor, y para inquirir en su templo». En medio del temor, David pidió a Dios una sola cosa. Esa única

petición de oración consistía en habitar en la casa de Dios y contemplar su hermosura. ¿Cuál era la razón para anhelar la casa de Dios en una situación tan aterradora?

(1) Esto se debe a que contemplar el rostro de Dios Padre disipa el temor del corazón y otorga paz interior.

Incluso en situaciones aterradoras, David meditaba en la belleza de Dios a lo largo de su vida. Quienes meditan en la belleza de la revelación de Dios, llena de gracia, experimentan paz en el corazón, aun en medio de circunstancias temibles.

(2) David habitaba en la casa del Señor y contemplaba la belleza de Dios porque anhelaba la protección de Dios Padre.

Observemos el versículo 5 del pasaje de hoy: «Porque en el día de la angustia él me protegerá en su morada; me esconderá al amparo de su tienda sagrada y me pondrá en alto, sobre una roca». La razón por la que David deseaba tener comunión con Dios en el templo (versículo 4) era que dicha comunión constituía el medio para librarse de todos los peligros (Park Yun-sun). Hay una canción góspel estadounidense que escuchaba y en la que meditaba con frecuencia cuando mi primer hijo, Ju-young, era un bebé. Se titulaba «Bajo la sombra de tus alas» y su letra decía así: «Bajo la sombra de tus alas, en tu santa morada, te espero, Dios mío. Aquí en tu morada, tu amor me guía; me entrego para conocerte. Cúbreme con tu amor; llévame a lo profundo de tu corazón. Protégeme bajo la sombra de tus alas; anhelo conocerte». Solía escuchar y cantar este himno mientras contemplaba el cielo abierto al salir del estacionamiento del hospital, tras haber pasado un tiempo con Ju-young por la noche. Mi esposa y yo lo cantábamos con un corazón lleno de oración, pidiendo a Dios que acunara y escondiera a nuestro bebé bajo la sombra de sus alas —en ese lugar santo y secreto— durante los momentos en que nosotros no podíamos estar con él. Aquel himno era una oración de súplica, un acto de encomendarse a la protección de Dios Padre.

(3) Dado que David confiaba en que Dios Padre derrotaría a sus enemigos y le concedería la victoria, pudo hacer una petición específica a Dios en medio de una situación aterradora (versículo 6).

Este pasaje indica que, lejos de sucumbir ante numerosos enemigos, él viviría con serenidad y esperanza (Park Yun-sun). No podemos vivir en circunstancias sombrías sin esperanza. Sin embargo, tenemos al Señor, que es nuestra esperanza. Debemos levantar la cabeza y mirar al Señor con esperanza.

Nosotros también debemos invocar a Dios cuando enfrentamos situaciones que inspiran temor. Al igual que David, debemos dirigirnos a Dios con un corazón que anhela habitar en su casa y contemplar su hermosura. Especialmente en momentos de temor, debemos permanecer en quietud ante Dios y orar fervientemente, anhelando su gloria. Cuanto más se agitan a nuestro alrededor las olas del pecado, más nos sentimos impulsados a anhelar la casa de Dios. Me viene a la mente la segunda estrofa del himno 543: «Aunque vivo aquí en un lugar de sufrimiento y pecado, contemplo a diario aquel lugar radiante y excelso en lo alto». Con tantas preocupaciones mundanas y la amenaza constante de la muerte a nuestro alrededor, ¿cómo no habríamos de anhelar la casa de Dios y buscar su hermosura y su gloria? Al igual que David, debemos invocar a Dios en tiempos de temor.

Por último, el tercer punto es que David ofreció alabanza a Dios en medio de su situación angustiosa.

Observemos el Salmo 27:6: «...ofreceré sacrificios de júbilo en su tabernáculo; cantaré, sí, cantaré alabanzas al Señor». Incluso en medio de una situación aterradora, David anhelaba la casa de Dios y esperaba su protección y victoria (v. 5). Además, prometió —por fe— ofrecer acción de gracias y alabanza por el cumplimiento futuro de sus deseos (v. 6). Este es el acto de ofrecer un sacrificio de acción de gracias a Dios como vencedor (Park Yun-sun). ¿Cómo es esto posible? David se encontraba aún en medio de una oscura tribulación

causada por sus adversarios y por los malhechores que eran sus enemigos; ¿cómo podía prometer alabar a Dios con un corazón agradecido, como un vencedor? Se debía a que, mientras clamaba a Dios, estaba convencido de que el Dios que le había concedido la victoria (salvación) en el pasado era plenamente capaz de librarlo y otorgarle la victoria, tanto en la sombría situación que enfrentaba entonces frente a sus enemigos como en cualquier situación futura similar. ¿No es asombroso? ¿No es extraordinario que, aunque las circunstancias permanecían inalteradas, el corazón de David hubiera cambiado? El temor había dado paso a la certeza. Esta es la actitud de quien posee una fe verdadera y tiene la mirada puesta en Dios.

Hechos 16:25 dice: «A medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, y los otros prisioneros los escuchaban». Pablo y Silas no se dejaron abatir por las circunstancias que enfrentaban; al contrario, las pisotearon. La razón por la que pudieron conducirse con tal alegría fue que poseían una fe verdadera (Park Yun-sun). David no se dejó dominar por sus circunstancias; más bien, poseía una fe preciosa que le permitió sobreponerse a ellas. Con una fe absoluta en Dios, David le ofrecía alabanza incluso en medio de las sombrías circunstancias que afrontaba. Quien ora de esta manera es capaz de alabar a Dios; la persona de oración se convierte en una persona de alabanza. Por tanto, nosotros también debemos alabar a Dios al enfrentar situaciones que inspiran temor, tal como lo hizo David. Dios nos habla diciendo: «No temas, porque yo estoy contigo…» (Isaías 41:10). Sin importar las situaciones aterradoras en las que nos encontremos ahora o que enfrentemos en el futuro, ruego que nosotros, al igual que David, mantengamos la valentía y —a través de la oración— lleguemos a ser adoradores que ofrecen alabanza a Dios.

"Lo único que pedí al Señor"

"Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor e inquirir en su templo" (Salmo 27:4).

Recuerdo una época, tras haber ingresado en la universidad, en la que a menudo lloraba mientras tocaba la guitarra y cantaba la canción cristiana "Una cosa pido". Llegué a amar este himno debido a las dificultades personales y a la angustia que enfrenté después de recibir el llamado de Dios durante mi primer año y decidir obedecerlo. Las luchas y el sufrimiento que experimentaba me impulsaron a buscar una cosa específica. Esa única cosa era "habitar en la casa del Señor" y contemplar "la hermosura del Señor".

En el Salmo 27:5, vemos a David buscando la casa del Señor en medio de su tribulación. ¿Por qué buscaba la casa del Señor? Lo que este mundo nos ofrece es tribulación, dolor y tristeza. Aunque momentos fugaces de alegría y placer puedan llevarnos a percibir el mundo de manera equivocada, en última instancia, todo lo que puede darnos es tribulación, dolor y lágrimas. Sin embargo, es notable que, cuando los cristianos experimentamos tales tribulaciones, dolores y tristezas, nos encontramos buscando fervientemente esa "única cosa" de parte de Dios. Cuando somos testigos del lado sombrío del mundo —que conduce al desánimo, la decepción, las heridas, el dolor y las lágrimas—, el Espíritu Santo llena nuestros corazones de un anhelo ardiente de "habitar en la casa del Señor" y contemplar "la hermosura del Señor". Es cuando soportamos tribulación, sufrimiento y adversidad que nuestros corazones arden de anhelo por el Señor dentro de la casa de Jehová: un lugar distinto a cualquier "hogar" terrenal. A medida que ese sufrimiento se intensifica, nos

encontramos buscando con mayor fervor esa única cosa específica. ¿Por qué sucede esto? Porque, como expresó David, deseamos ser guardados a salvo en lo secreto de su refugio, escondidos en lo recóndito de su tabernáculo y puestos en alto sobre una roca durante el día de la adversidad (versículo 5). Así como un polluelo busca refugio bajo las alas de su madre o en su abrazo al percibir el peligro de un águila, del mismo modo nosotros —cuando el enemigo, el Diablo, desata tentaciones, persecuciones y sufrimientos para devorarnos— buscamos fervientemente ser acogidos en el abrazo del Señor, dentro de la casa de Jehová.

Por tanto, para nosotros los cristianos, la «tribulación» es una bendición que nos impulsa a la oración. Sin embargo, es una oración que nos mueve a buscar una sola cosa: habitar en la casa de Jehová y contemplar la hermosura del Señor que tanto anhelamos. Los cristianos que perciben la hermosura del Señor aun en medio de las tribulaciones del mundo son aquellos que oran con un enfoque singular. Tras haber contemplado la hermosura del Señor con los ojos del espíritu durante la oración, solo logran concluirla una vez que se ven establecidos «en lo alto de una roca». Yo también deseo elevar una oración así.

"¡Espera en Dios, alma mía!"

[Salmo 27:7-14]

En su escrito titulado *¿Por qué preocuparse cuando puedes orar?*, Stormie Omartian afirmó: "No nos gusta esperar; queremos pasar a la acción". Me parece una observación muy profunda. A menudo somos más rápidos para actuar que para permanecer quietos ante Dios, esperando y poniendo la mirada en Él. Mientras esperamos, preguntamos: "¿Cuánto tiempo debo esperar?", y con frecuencia recurrimos a la acción cuando sentimos que ya no podemos soportar la espera. Al abordar este tema, Omartian sugiere que lo mejor es ver este "tiempo de espera" como una temporada para servir a Dios. Ella nos anima a cambiar nuestra perspectiva: "Es mucho más fácil soportar la situación actual si la ves como un servicio a Dios en lugar de simplemente sobrellevar una adversidad" (Internet).

En el Salmo 27:14, David declara: "Espera en el Señor; esfuérzate y aliéntate, y espera en el Señor". Aquí repite la palabra "espera" dos veces. Enfatiza el llamado a "esperar"; específicamente, a que nuestras almas esperen en Dios. David nos enseña la importancia de esperar al Señor en quietud y con paciencia. El Dr. Park Yun-sun señala cuatro formas en que los creyentes deben responder ante la adversidad: (1) debemos recordar que Dios es consciente de la adversidad que enfrentamos y esperar pacientemente; (2) debemos esperar humildemente a Sus pies, reconociendo que las obras de Dios son maravillosas y a menudo escapan a la comprensión humana; (3) debemos esperar con una actitud de oración, confiando en que Dios resolverá la adversidad en el momento oportuno; y (4) hay momentos en que permanecer quietos —en lugar de actuar— favorece más la solución del problema, por lo que lo mejor es encomendar el asunto al Señor y esperar. Hoy, bajo el título

"¡Espera en el Señor, alma mía!", deseo reflexionar sobre tres cosas que anhelan aquellos que esperan en Dios y, de este modo, extraer algunas enseñanzas.

En primer lugar, quienes esperan en Dios buscan la misericordia del Señor.

Observemos el Salmo 27:7: "¡Escucha, oh Señor, cuando clamo en voz alta; ten misericordia de mí y respóndeme!". ¿Por qué buscaba David la misericordia del Señor? Si yo estuviera en su lugar, en vez de buscar la misericordia de Dios, tal vez habría buscado Su justicia, rogándole que juzgara a mis adversarios y a los malhechores que eran mis enemigos (versículo 2). Sin embargo, ¿por qué buscó David la misericordia de Dios? Porque temía que el Señor se enojara y lo abandonara (versículo 9). Temía ser desechado tal como lo había sido Saúl (Park Yun-sun). ¿Por qué, entonces, fue el rey Saúl abandonado por Dios? Porque había rechazado la palabra de Dios. Por eso el SEÑOR rechazó al rey Saúl y lo apartó del trono (1 Samuel 15:23). Aunque el rey Saúl recibió la orden de Dios a través de Samuel de atacar y destruir por completo a los amalecitas, desobedeció dicho mandato (versículo 3). ¿Por qué desobedeció la palabra de Dios? La razón es que, si bien al principio el rey Saúl se consideraba insignificante, se volvió tan arrogante tras su victoria sobre los amalecitas que incluso erigió un monumento en su propio honor (versículo 12). La Biblia afirma que Dios no mira las apariencias externas como lo hacen los humanos, sino que mira el corazón (16:7); como el corazón del rey Saúl estaba lleno de soberbia, finalmente fue rechazado por Dios debido a la desobediencia que surgió de esa arrogancia. David temía esto. Temía que, al igual que Saúl, pudiera volverse arrogante, desobedecer los mandamientos de Dios a causa de ese orgullo y, en consecuencia, ser rechazado por Dios. Lo interesante es que, incluso en situaciones en las que tenía todos los motivos para temer a las personas, David temía a Dios. En otras palabras, David no temía ser rechazado por la gente, sino ser rechazado por Dios. A pesar de enfrentar la persecución de adversarios y malhechores (versículo 2) — hallándose en «angustia» (versículo 5)— y de estar en un estado de guerra con ejércitos acampados en su contra (versículo 3), David temía al Dios santo más que a ellos. David

temía incurrir en la ira de Dios y ser rechazado; temía que las semillas del orgullo brotaran en su corazón y condujeran a su rechazo por parte de Dios.

¿Qué hay de ti y de mí? ¿Temes —como lo hizo David— que una semilla de orgullo brote en lo profundo de tu corazón y conduzca a ser rechazado por Dios? ¿O acaso vives como Saúl, rechazando la Palabra de Dios y desobedeciéndola por orgullo? Si hemos rechazado la Palabra de Dios y vivido en desobediencia, debemos —al igual que David— poner nuestra esperanza en la misericordia de Dios y aguardarla. Si deseamos la misericordia de Dios tal como la deseaba David, debemos clamar a Él (versículo 7). Y mientras clamamos, debemos esperar a que Dios responda a nuestras oraciones.

En segundo lugar, aquellos que ponen su esperanza en Dios buscan el rostro del Señor.

Observemos el Salmo 27:8: "Cuando dijiste: 'Buscad mi rostro', mi corazón te respondió: 'Tu rostro buscaré, oh Señor'". Aquí, buscar el rostro del Señor significa esperar con un corazón que anhela Su presencia llena de gracia (Park Yun-sun). David, quien temía pecar en lo profundo de su corazón, buscaba el rostro lleno de gracia del Señor porque sabía que, sin la gracia y la ayuda de Dios, inevitablemente pecaría en su corazón.

El domingo pasado, tras regresar a casa y comer, compartí una reflexión con mi esposa. Me di cuenta de que, a menos que Dios derrame Su gracia y obre en nuestras vidas, no podemos cambiar ni siquiera el más pequeño mal hábito. Reflexioné sobre esto: si no podemos corregir ni siquiera los malos hábitos menores sin la gracia de Dios, ¿cómo podríamos proteger nuestros corazones corrompidos del orgullo sin Su ayuda? En el Salmo 27:9, David dice: "No escondas de mí tu rostro; no apartes con ira a tu siervo; tú has sido mi ayuda. No me desampares ni me abandones, oh Dios de mi salvación". Anhelando el rostro del Señor, David buscaba la ayuda de Dios y deseaba vivir una vida caminando con Él mediante Su gracia. Por eso le suplicaba a Dios: "No me desampares ni me abandones". Al mismo tiempo, David mantenía la convicción de que "aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor

me recogerá" (versículo 10). Temía no solo pecar contra Dios debido al orgullo en su corazón, sino también que el Señor escondiera Su rostro de él. Le aterraba la idea de dejar de ver el rostro lleno de gracia del Señor, tal como un bebé teme cuando no puede ver los rostros de sus padres. Así, David oró fervientemente para contemplar el rostro del Señor. En medio de tal oración, tenía la certeza de que presenciaría la gracia de Dios: «Creía que vería la bondad del Señor» (versículo 13). ¡Qué preciosa seguridad es esta! Dios revela su rostro a quienes lo buscan; David, que anhelaba su presencia llena de gracia, confiaba en que vería la gracia del Señor. Aunque temía pecar contra Dios por causa del orgullo, David —al anhelar cada vez más profundamente el rostro de Dios (versículo 8)— oró para llenar su corazón con la gracia de Dios en lugar de orgullo, y tuvo la certeza de que sus oraciones serían respondidas. Nosotros también debemos cuidarnos de que el orgullo entre en nuestros corazones y, al igual que David, buscar el rostro del Señor. Cuando, como David, buscamos fervientemente la presencia llena de gracia del Señor con todo nuestro corazón, las olas de la gracia de Dios fluirán a través de nuestras vidas.

En tercer lugar, aquellos que miran hacia Dios también desean el camino del Señor.

Consideremos el Salmo 27:11: «Enséñame, oh Señor, tu camino, y guíame por senda llana a causa de mis enemigos». David, quien deseaba caminar con el Señor, buscaba Su presencia llena de gracia y confiaba en que contemplaría Su bondad. En este contexto, clamaba a Dios con el deseo de aprender el camino del Señor mediante Su gracia y de andar en él. El «camino del Señor» aquí mencionado se refiere a la «senda de justicia» (Park Yun-sun). En medio de la persecución de adversarios malvados, y temiendo caer —al igual que el rey Saúl— en la soberbia y ser abandonado por Dios, David oraba para andar por la senda de justicia enseñada por el Señor, confiando únicamente en la gracia divina. También pidió a Dios que lo guiara «por senda llana»; esta era una oración que buscaba la ayuda del Señor mientras transitaba por el camino correcto (Park Yun-sun). Dado que sus adversarios y los malhechores que se le oponían lo perseguían para impedirle andar por la senda correcta, David oraba al Señor, reconociendo ante Dios que no podía recorrer ese camino fielmente

sin Su ayuda. Podemos comprender mejor la situación de David observando el versículo 12 del texto: «No me entregues a la voluntad de mis adversarios; porque se han levantado contra mí testigos falsos, y gente que respira violencia». En medio de una situación en la que sus enemigos buscaban hacerle daño —lanzando falsos testimonios y palabras maliciosas nacidas de una intención venenosa—, David imploraba a Dios la fortaleza para andar por el camino del Señor, la senda de la justicia.

Uno podría preguntarse cómo el camino del Señor, que David deseaba recorrer, podía considerarse llano o fácil. Esta pregunta surge porque las circunstancias y el entorno que David enfrentaba eran todo menos llanos. ¿Cómo podía describirse como llano el camino que David recorría —y anhelaba recorrer— en medio de la persecución de adversarios, malhechores y aquellos que proferían mentiras y malicia? Hallamos la respuesta al contemplar el camino de la Cruz que recorrió Jesucristo. Aunque un camino no parezca llano a los ojos humanos, cuando nos negamos a nosotros mismos, tomamos la cruz que nos corresponde y seguimos al Señor, Él gobierna nuestros corazones con una paz que el mundo no puede dar. En otras palabras, el Señor allana el camino en nuestro interior. Así como Dios abrió paso a través del Mar Rojo —permitiendo a los israelitas cruzar en tierra seca— después de que Moisés acudiera a Él en oración ante una situación aparentemente insuperable, de igual manera el Señor crea una "calzada hacia Sion" en los corazones de quienes buscan Su misericordia, Su rostro y Su camino al enfrentar adversidades y tribulaciones que, a simple vista, no parecen ofrecer una senda llana. ¡Qué maravillosa es la gracia de Dios! Tal como Él abrió el Mar Rojo para trazar un camino, nuestro Señor allana fielmente nuestra senda en medio de las situaciones que afrontamos.

¿Qué es lo que esperas y aguardas? Al igual que David, ¿esperas con la mirada puesta en la misericordia y la gracia de Dios, y en el camino del Señor, aun ante la adversidad o el peligro? ¿Caminamos fielmente por la senda del Señor hacia las alturas celestiales? Que nuestro Señor —quien hace llano el camino de nuestra vida, tal como se canta en la primera estrofa del Himno 470— continúe guiándonos por una senda recta; que, sin desviarnos a diestra ni

a siniestra, busquemos con fervor la misericordia y la gracia de Dios y, fortalecidos por Su ayuda, avancemos fielmente hacia nuestro hogar celestial.

¿Cree usted con certeza?

«Estoy convencido de esto: veré la bondad del Señor en la tierra de los vivientes» (Salmo 27:13).

Durante el servicio de oración del miércoles, recibí un mensaje sobre el Evangelio —las buenas nuevas— y su poder, impartido por el pastor principal de nuestra iglesia (Texto: Romanos 1:16–17). Mientras escuchaba el mensaje, vinieron a mi mente dos pensamientos. Uno de ellos fue que, si bien el mundo nos trae tristeza, el Señor nos da gozo a través del Evangelio. La razón por la que los cristianos podemos regocijarnos, incluso en medio de las lágrimas que provoca el mundo, es Jesucristo. Siempre que reflexionamos sobre la muerte y resurrección de Jesucristo, no podemos evitar regocijarnos —y volver a regocijarnos— debido a la gracia de la salvación que Él nos ha otorgado. Después del servicio, mientras estaba en la oficina pastoral, leía los Salmos 26 al 31 como preparación para la reunión de oración de la madrugada del jueves. Me detuve a meditar en los versículos 3 y 11 del Salmo 27. Me sentí atraído por estos versículos en particular debido a una palabra que se repite en ambos: «confiado» (o «convencido»). En la Biblia coreana, el versículo 3 traduce el sentimiento como «permaneceré sereno/inconmovible» (o «aun entonces estaré confiado»), y el versículo 13 lo traduce como «he creído con certeza» (o «sigo convencido de esto»). La lección que extraje al meditar en estos versículos es esta: «Aquellos que creen firmemente que verán la bondad de Dios pueden permanecer serenos e inconmovibles, incluso en medio de una crisis».

Al observar el contexto del Salmo 27, vemos que el salmista David enfrentaba una crisis. Esta crisis implicaba una situación en la que «los impíos» (v. 2), los «adversarios» o

«enemigos» (vv. 2, 6, 11) y un «ejército» se levantaban contra David (v. 3). En particular, estos adversarios lo rodeaban (v. 6), tal como un ejército que acampa por todos lados durante la guerra (v. 3). Eran falsos testigos que respiraban malicia (v. 12). Era una situación peligrosa en la que tales personas se levantaban para atacarlo (v. 12). Sin embargo, aun en medio de tal crisis, David se aferró a una convicción: que vería la bondad de Dios en la tierra de los vivientes (v. 13). Gracias a esta fe firme, David no sintió temor (v. 1). Su corazón no solo estaba libre de miedo, sino que él permanecía en absoluta calma (v. 3). Además, anhelaba una sola cosa de Dios: «habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y buscarle en su templo» (v. 4). Más allá de eso, David ofrecía sacrificios de júbilo, cantaba y alababa a Dios dentro de su tabernáculo (v. 6). Clamaba a Dios en voz alta (v. 7). Buscaba el rostro del Señor (v. 8). Y David se decía a sí mismo: «Espera en el Señor; cobra ánimo y ármate de valor, y espera en el Señor» (v. 14).

Para nosotros, los cristianos, una crisis es una oportunidad. ¿Qué clase de oportunidad? Es una oportunidad preciosa para presenciar la bondad de Dios. ¿Cuál es esa bondad de Dios que vemos en medio de una crisis? He considerado seis aspectos de ella.

En primer lugar, la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis es su protección. Observemos el Salmo 27:5: «Porque en el día de la angustia él me protegerá en su morada; me esconderá bajo el amparo de su tienda sagrada y me pondrá en alto, sobre una roca». Dios protegió a David durante el día de la angustia (v. 5). Lo protegió manteniéndolo a salvo y escondiéndolo en el refugio secreto de su tienda (v. 5).

Durante una crisis importante en mi vida, me encantaba escuchar una canción góspel estadounidense titulada «Hide Me in the Shelter» (Bajo la sombra de tus alas). La letra dice así: «Bajo la sombra de tus alas, aquí en el lugar secreto de tu santidad… y guárdame bajo la sombra de tus alas, a salvo en el lugar secreto de la santidad…». Cada noche, al salir del hospital donde mi primogénito, Ju-young, permanecía en la unidad de cuidados intensivos, escuchaba esa canción mientras conducía de regreso a casa. Lo hice porque deseaba

sinceramente que Dios protegiera a Ju-young y lo mantuviera a salvo en Su santa y secreta morada. Ciertamente, una crisis es una oportunidad maravillosa para experimentar la protección de Dios.

En segundo lugar, la faceta de la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis es Su acto de levantarnos.

Observemos la última parte del Salmo 27:5 y la primera parte del versículo 6: «...me pondrá en alto sobre una roca. Luego mi cabeza será exaltada por encima de los enemigos que me rodean...». Incluso en medio de aquella crisis, Dios puso a David en alto sobre una roca (v. 5b). En otras palabras, Dios elevó a David por encima de los enemigos que lo rodeaban (v. 6a). Una de las lecciones que Dios me enseñó durante los momentos difíciles de mi vida es que es mucho mejor ser exaltado por Dios que por las personas. Además, para ser exaltados por Dios, debemos humillarnos tanto ante Él como ante los demás. Dicho de otro modo, cuando nos mantenemos humildes ante Dios y ante las personas, Él nos exalta a su debido tiempo (véase Filipenses 2:5-11). Una crisis se convierte en una oportunidad porque Dios la utiliza para humillarnos; es también una ocasión propicia para que Él nos exalte.

En tercer lugar, la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis se manifiesta en Sus respuestas a nuestras oraciones.

Consideremos el Salmo 27:7: «Escucha, oh Señor, cuando clamo en voz alta; ten misericordia de mí y respóndeme». Cuando los ejércitos de sus adversarios acamparon contra él (versículo 3) y lo rodearon (versículo 6), David clamó a Dios en voz alta (versículo 7). Su clamor se centraba en una sola cosa (versículo 4): habitar en la casa del Señor todos los días de su vida, contemplando la hermosura del Señor y buscándolo en Su templo (versículo 4). Así, en medio de tantas crisis, la súplica de David se redujo a este único y singular deseo.

Parece que, cuando nosotros también enfrentamos crisis extremas en la vida, nuestras oraciones se vuelven más sencillas. En lugar de pedirle a Dios una multitud de cosas, nuestros corazones —agobiados por la adversidad— se llenan del anhelo de habitar en la casa de Dios, tal como lo hizo David. En consecuencia, anhelamos al Señor aún más, llenos de esperanza en el eterno Reino de los Cielos. Incluso en medio de la desesperación que provoca una crisis, el Señor nos guía a poner nuestra esperanza en Él y a anhelarlo. A través de las crisis, el Señor nos lleva a clamar a Él con fervor. Además, la crisis nos permite experimentar cómo Dios responde a nuestras oraciones. No solo hace que nuestros corazones habiten en el hogar eterno de Dios, sino que también nos capacita para contemplar la belleza divina aun en medio de la fealdad de este mundo. Por tanto, la crisis es una oportunidad para clamar a Dios y una ocasión maravillosa para recibir respuesta a nuestras oraciones.

En cuarto lugar, la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis es, precisamente, su ayuda.

Consideremos el Salmo 27:9: «No escondas de mí tu rostro; no apartes con ira a tu siervo; tú has sido mi ayuda. No me desampares ni me abandones, oh Dios de mi salvación». Mientras clamaba a Dios durante su crisis, David recordó la ayuda que Dios le había brindado desde el pasado hasta el presente (versículo 9). Lo hizo porque confiaba en que el Dios que le había ayudado en el pasado también lo ayudaría en el presente. Creía que el «Dios de mi salvación» —quien era «mi ayudador»— no lo desampararía ni lo abandonaría, sino que acudiría en su auxilio y lo salvaría (versículo 9).

La crisis siembra incertidumbre en nuestros corazones. Tales situaciones de incertidumbre nos sacuden, a veces hasta lo más profundo de nuestro ser. Sin embargo, el Señor, que nos afirma sobre una roca sólida, utiliza estas crisis para infundir en nosotros una profunda seguridad. Esta seguridad es la certeza de que "el Dios de mi salvación" ciertamente me ayudará y me librará (salvará). A través de la crisis, podemos encontrar a Dios como nuestro

Ayudador. De hecho, una crisis es una oportunidad inmejorable para experimentar profundamente la ayuda de Dios.

En quinto lugar, la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis es su acto de recibirnos y acogernos.

Consideremos el Salmo 27:10: "Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá". Incluso cuando estaba rodeado por todas partes de enemigos y adversarios, David creía firmemente que el Señor lo recibiría. Confiaba en que, aunque nadie más lo acogiera, el Señor ciertamente lo haría.

Incluso cuando enfrentamos sufrimientos extremos y crisis —tal como le sucedió a Job, cuyos "hermanos" (Job 19:13), "parientes" (v. 14), "criados" (v. 16) y "amigos íntimos" (v. 19) se volvieron contra él, y cuya propia esposa aborrecía su aliento mientras sus propios hijos lo miraban con lástima (v. 17)—, debemos mantener la misma fe inquebrantable que David: que el Señor nos recibe (Salmo 27:10). El Señor nunca nos desamparará. El Señor nunca nos abandonará. De hecho, nuestro Señor no solo no puede abandonarnos, sino que tampoco puede dejarnos. Aprendemos esta verdad con certeza a través de los tiempos de crisis. Por tanto, la crisis es una oportunidad maravillosa para experimentar la aceptación y la acogida de Dios.

En sexto y último lugar, la bondad de Dios que presenciamos en medio de una crisis es su guía.

Consideremos el Salmo 27:11: "Enséñame tu camino, oh Señor, y guíame por una senda recta a causa de mis enemigos". Ante una situación de vida o muerte provocada por sus enemigos, David suplicó al Dios que lo acogía y respondía a sus oraciones que lo guiara por una "senda recta" (versículo 11). En otras palabras, incluso en esa coyuntura crítica de vida

o muerte, David pidió a Dios que lo guiara por el camino correcto. También le pidió al Señor que le enseñara «tu camino» (versículo 11).

¿No es fascinante? Incluso en medio de tal crisis, oró para que se le enseñara el camino del Señor y para ser guiado por la senda correcta. Mientras que normalmente podríamos orar pidiendo una vía de escape o una forma de salir de esa situación de vida o muerte, David le pidió a Dios que lo guiara por el camino del Señor y por la senda correcta. Quizás las crisis de nuestra vida sean, en realidad, oportunidades inmejorables para aprender el camino del Señor. Tal vez los momentos en que los problemas nos asedian desde todas direcciones sean los mejores instantes para anhelar la senda que conduce a las alturas. En el camino de la fe —al mirar al Señor y seguirle—, una crisis puede ser una oportunidad maravillosa para experimentar, de manera impactante, la guía del Señor, quien es Él mismo el Camino de Vida. Una crisis es una oportunidad maravillosa para experimentar al Señor —nuestro Pastor— guiándonos hacia verdes pastos, aguas de reposo y sendas de justicia (Salmo 23:2-3).

Para nosotros, los cristianos, una crisis es una oportunidad. Para quienes creen firmemente que verán la bondad de Dios incluso en medio de una crisis, ese momento se convierte en una ocasión preciosa para contemplar la protección, la exaltación, las respuestas a la oración, la ayuda, la aceptación y la guía de Dios. Al aprovechar esta oportunidad, oramos fervientemente a Dios durante la crisis, aguardando con expectación su respuesta. Incluso en situaciones que fácilmente podrían provocar temor, fortalecemos nuestro corazón y esperamos con valentía. Esperamos con serenidad, arraigados en una fe inquebrantable en Dios. Ciertamente, aquellos que creen firmemente que verán la bondad de Dios permanecen tranquilos y serenos, incluso en medio de una crisis.

«Estad quietos, y conoced que yo soy Dios…» (Salmo 46:10).

La iglesia que el Señor no edifica

[Salmo 28]

La promesa que el Señor ha dado a la Iglesia Presbiteriana Victory, la iglesia a la que sirvo, se encuentra en Mateo 16:18: «…edificaré mi iglesia…». Deseo servir a la iglesia —el cuerpo de Cristo— no solo creyendo en esta promesa, sino también con plena confianza en ella. Además, anhelo ver con los ojos del espíritu que el Señor está, en efecto, edificando su iglesia.

En el pasaje de hoy, concretamente en la segunda mitad del Salmo 28:5, el salmista David declara: «…Jehová los destruirá y no los edificará». Centrándome en el Salmo 28, quisiera reflexionar sobre tres características de una iglesia que el Señor no edifica. En una época en la que se publican numerosos libros sobre el crecimiento de la iglesia y muchos pastores y líderes laicos muestran un gran interés en el tema, pretendo adoptar un enfoque diferente al considerar las condiciones bajo las cuales el Señor *no* edifica una iglesia. En consecuencia, espero extraer tres lecciones del pasaje de hoy acerca de nuestras responsabilidades para asegurar que la Iglesia Presbiteriana Victory llegue a ser una iglesia edificada por el Señor.

En primer lugar, una iglesia que el Señor no edifica es una iglesia que no hace del Señor su Roca.

Observemos el Salmo 28:1: «A ti clamaré, oh Jehová, Roca mía; no te desentiendas de mí, para que, si guardas silencio ante mí, no llegue yo a ser como los que descienden al

sepulcro». Lo que vemos claramente aquí es que una iglesia que no hace del Señor su roca no ora. Dado que David hizo del Señor su roca, clamó a Dios incluso cuando había caído en un estado de extrema miseria provocado por sus crueles enemigos (Park Yun-sun). El hecho de que orara a Dios de esta manera revela que su corazón confiaba en Él. Fijémonos en la primera mitad del versículo 7 del pasaje de hoy: «Jehová es mi fortaleza y mi escudo; en él confió mi corazón y fui ayudado…». La razón por la que David elevó una oración tan ferviente buscando la ayuda de Dios en medio de sus terribles circunstancias fue que, sin la salvación divina (versículos 8-9), temía llegar a ser «como los que descienden a la fosa» (versículo 1). Él consideraba que no recibir respuesta a la oración equivalía a la muerte; en otras palabras, David veía la respuesta a la oración como algo esencial para la vida misma (Park Yun-sun). La valiosa lección que esto nos deja es que una iglesia que hace del Señor su Roca es una iglesia de oración: una iglesia que considera la oración como su propia fuerza vital.

Al igual que David, debemos hacer del Señor «mi Roca» y dirigirle nuestras súplicas fervientes. Observemos las palabras de David: «¡Escucha la voz de mis súplicas cuando clamo a ti, cuando alzo mis manos hacia tu santo santuario!» (versículo 2). Mientras David presentaba sus peticiones al Señor hacia Su santuario, alababa a Dios con la certeza de que su oración sería respondida. Veamos el versículo 6: «¡Bendito sea el Señor, porque ha escuchado la voz de mis súplicas!». Una iglesia no establecida por el Señor ni ora ni recibe respuestas a la oración y, por consiguiente, no ofrece alabanza a Dios; en resumen, una iglesia no edificada por el Señor carece tanto de oración como de alabanza. Sin embargo, nuestra iglesia es una iglesia establecida por el Señor. Somos una iglesia que ha hecho de Jesús y de Su Palabra prometida nuestra Roca, y que ha clamado a Él. Debemos seguir confiando en el Señor, dándole a conocer nuestras peticiones y recibiendo Su ayuda.

En segundo lugar, una iglesia no edificada por el Señor es aquella en la que las palabras y el corazón no están en consonancia.

Observemos el Salmo 28:3: «No me arrastres junto con los impíos y con los que hacen iniquidad, que hablan de paz a sus prójimos…» …habla, pero hay maldad en su corazón. Los «impíos y los que hacen el mal» aquí mencionados no son simplemente personas malvadas comunes; son individuos detestables cuyas acciones van más allá de lo que incluso la paciencia de Dios puede tolerar (Park Yun-sun). Al sufrir a manos de tales impíos, David clamó a Dios —su Roca— y suplicó que su propio fin no fuera como el de ellos (versículos 3–5) (Park Yun-sun). ¿Qué caracteriza a estos impíos? Hablan de paz a sus prójimos, pero la malicia habita en sus corazones. En resumen, los impíos y los malhechores son hipócritas. Son personas que invocan la paz con sus labios mientras albergan maldad en su interior. Buscando la justicia de Dios, David oró para que Dios les retribuyera conforme a sus obras y a su maldad. Imploró al Dios justo que aplicara retribución sobre los impíos y los malhechores (versículo 4). Estos impíos —estos hipócritas— no consideran las obras de Dios ni los hechos de sus manos (versículo 5). Dado que los hipócritas no consideran las obras de Dios ni la obra de sus manos, ni hacen la obra de Dios ni son capaces de realizarla.

Debemos esforzarnos por lograr una coherencia entre nuestras palabras y nuestros corazones. No debemos, como los hipócritas que nos rodean, cometer el pecado de hablar de paz a nuestros prójimos mientras albergamos malicia en nuestros corazones. Para evitar esto, nuestros corazones deben apoyarse en Dios, quien es nuestra «fortaleza y escudo» (versículo 7). Si nuestros corazones confían en Dios como lo hizo David, no albergaremos malicia como los impíos y los malhechores. Además, nuestros labios no hablarán de «paz» basada en mentiras; en cambio, al igual que David, alabaremos a Dios (versículo 6). ¿Cuál es la razón de esto? Nuestro… …pues el corazón se regocijará grandemente, tal como lo hizo el corazón de David (versículo 7). Nuestra iglesia debe asegurarse de que nuestras palabras y acciones estén en consonancia, y nuestros corazones deben estar continuamente llenos de amor. Nunca debemos hablar de «paz» y «amor» mientras albergamos malicia en nuestro interior. Sobre todo, debemos dar el fruto del Espíritu —el amor— en nuestros corazones, convirtiéndonos en una iglesia que demuestra amor mediante acciones y no meras palabras.

En tercer lugar, una iglesia que el Señor no edifica es una iglesia que no hace del Señor su… Pastor.

Observe el Salmo 28:9: «Salva a tu pueblo y bendice a tu heredad; sé su Pastor y llévalos para siempre». David clamó a Dios desde lo profundo de su corazón en medio de una severa persecución por parte de los impíos y malhechores. Aun en tales circunstancias, confiaba en que sus oraciones serían respondidas; creía que Dios le ayudaría. Aferrándose a esta certeza, oró por el pueblo de Israel (versículo 9). Parte de esa oración fue: «Sé su Pastor y llévalos para siempre». David suplicó que el Señor fuera el Pastor de Israel: que los levantara y los llevara, tal como un pastor lleva a sus ovejas. En cambio, los impíos y malhechores no hacen del Señor su Pastor. Puesto que no consideran las obras de Dios, no buscan la guía ni la protección del Pastor.

Un creyente que no acepta al Señor como su Pastor no puede ser establecido por Él. Lo mismo se aplica a la iglesia; el Señor no edifica una iglesia que no le reconoce como su Pastor. Así como sería absurdo intentar construir una casa sin buscar la ayuda de un constructor, carece de sentido tratar de establecer una iglesia sin hacer del Señor —quien es la Cabeza de la iglesia y su piedra angular— nuestro Pastor. Los impíos y malhechores, que rechazan el papel del Señor como Pastor, rechazan también Su guía. Sin embargo, nuestra iglesia debe acoger al Señor, la Cabeza de la iglesia, como nuestro Pastor. Debemos aferrarnos a las promesas del Señor, obedecer Su Palabra y dedicarnos a la tarea de designar líderes y colaboradores. Al hacerlo, debemos confesar, tal como dice el Salmo 23:1: «El Señor es mi pastor; nada me faltará», y esforzarnos por vivir conforme a esa confesión en nuestro caminar de fe.

Al observar cómo mi corazón vacila con dudas sobre si el Señor está verdaderamente edificando nuestra iglesia, veo que he fallado en hacer del Señor mi «Roca», como lo hizo David. Veo que no dependo plenamente del Señor; en lugar de presentar peticiones con fe, oro en medio de la duda, careciendo de la certeza de una respuesta y, por consiguiente, de

la alabanza que debería brotar de mi corazón. Además, veo que participo en el ministerio mientras mis palabras y acciones no concuerdan: albergo pensamientos pecaminosos y cometo pecados contra Dios en mi mente, a pesar de lo que digo externamente. También veo que, aunque afirmo aceptar al Señor como mi Pastor, no logro distinguir Su voz, no confío plenamente en Él ni siquiera cuando la escucho, y no permanezco firme en lo que he aprendido y llegado a creer. No obstante, el Señor es fiel; Él está edificando firmemente nuestra iglesia conforme a la promesa que se encuentra en Mateo 16:18. Podemos ver pruebas de ello al observar el liderazgo de nuestra iglesia. He llegado a comprender con certeza que, aun cuando Satanás atacaba al liderazgo, Dios en realidad los estaba fortaleciendo y estableciendo con mayor firmeza. El Señor, quien me capacita para ver esta obra soberana de Dios con ojos espirituales y vivir en la certeza, me guía a hacer de Él y de Su Palabra prometida mi roca. Él también me guía para seguirle como mi Pastor. Es el Señor mismo quien nos lleva y nos sostiene. Mi oración es que, siempre que nuestra iglesia enfrente adversidades o dificultades, confiemos en el Señor —nuestra Roca— y le busquemos en oración, para que Él nos responda y nos mueva a alabarle. Nuestra iglesia debe fundamentarse en Jesús y en su Palabra como su roca. Debe ser una iglesia donde nuestros corazones, palabras y acciones estén en armonía. Además, debe ser una iglesia que mire al Señor como su Pastor. De este modo, oro fervientemente para que nuestra iglesia siga siendo edificada por el Señor.

La iglesia que el Señor no edifica

«Por cuanto no tienen en cuenta las obras del Señor ni la obra de sus manos, él los derribará y no los edificará» (Salmo 28:5).

Con demasiada frecuencia somos testigos de disputas eclesiásticas que terminan en tribunales seculares. Las valiosas ofrendas dedicadas a Dios por los santos a menudo se consumen en batallas legales, gastándose en honorarios de abogados, anuncios en periódicos y cosas por el estilo. Es una realidad verdaderamente lamentable ver que se hace un mal uso de estas ofrendas de tal manera. A menudo me pregunto qué piensa el Señor cuando ve problemas tan graves que afligen a la iglesia que Él compró con su propia sangre. Es un pensamiento aterrador considerar si el Señor realmente edificaría tales iglesias.

En el Salmo 28:5, la Biblia habla de iglesias que Dios «derribará» en lugar de «edificar». Consideremos dos características de tales iglesias, basándonos en los versículos 3 y 5 del Salmo 28.

En primer lugar, una iglesia que el Señor no edifica es aquella que no ama genuinamente a su prójimo.

Observemos la última parte del Salmo 28:3: «...Hablan de paz con su prójimo, pero hay maldad en sus corazones». Una iglesia que el Señor no edifica es aquella donde los labios pueden parecerse a los del Señor, pero el corazón está lleno de odio, envidia y celos. Si hablamos de «paz» con nuestros labios mientras albergamos malicia en nuestros corazones, el Señor no edificará esa iglesia. Por el contrario, la Biblia afirma que el Señor «derribará» tal

iglesia. El autor de Proverbios dice: «El que oculta el odio tiene labios mentirosos...» (Proverbios 10:18). Debemos prestar atención a estas palabras con un corazón reverente. Si no amamos a nuestro prójimo sinceramente, sino solo con los labios, el Señor no edificará nuestra iglesia. Si —dentro del ámbito más reducido de nuestra familia ministerial de habla coreana— hablamos de paz con los labios pero vivimos como quienes perturban la paz en lugar de como pacificadores, el Señor no edificará nuestra iglesia. Si aplicamos esto en un sentido más amplio, veremos que si nosotros, en el ministerio coreano, hablamos de los miembros de los ministerios hispano y de habla inglesa como una sola iglesia y una sola familia, pero albergamos prejuicios en nuestros corazones —como la gente del mundo—, ignorándolos y discriminándolos, el Señor no edificará nuestra iglesia (Nota: Nuestra Iglesia Presbiteriana Victory está compuesta por ministerios coreano, de habla inglesa e hispano). Si los labios expresan dulzura pero el corazón alberga amargura, se trata de un amor falso; no es amor verdadero. El amor falso no edifica a los demás; por el contrario, los derriba. El autor de Proverbios afirma: «Como esmalte de plata sobre vasija de barro son los labios fervientes con un corazón malvado» (Proverbios 26:23). Debemos prestar atención y obedecer las palabras de 1 Juan 3:18: «Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». Nuestro ministerio coreano debe convertirse en un «ministerio madre». Esto significa que debemos cumplir el papel de una madre. Por lo tanto, debemos acoger a los miembros de los ministerios de habla inglesa e hispano y amarlos mediante nuestras acciones y en verdad. Así como una madre abraza y ama incondicionalmente a sus hijos, independientemente de cómo se comporten, nosotros, en el ministerio coreano, debemos acoger y amar a los miembros de los ministerios de habla inglesa e hispano. Además, no debemos limitarnos a hablar de «paz»; debemos convertirnos verdaderamente en pacificadores que derriban todo muro entre nosotros mediante el Evangelio de Cristo y demuestran al mundo que somos, en verdad, un solo cuerpo en Cristo.

En segundo y último lugar, una iglesia que Dios no edifica es una iglesia que no toma en cuenta las obras de Dios.

Consideremos el Salmo 28:5: «Por cuanto no tienen en cuenta las obras del Señor ni la obra de sus manos, él los destruirá y no los edificará». Aplicando esto a nuestra propia congregación: si no reconocemos que el Señor está edificando ahora mismo su iglesia —su propio cuerpo—, tal como prometió en Mateo 16:18, entonces Él no nos edificará. Al contrario, nos derribará. Por eso, debemos implorar al Señor que abra los ojos de nuestro corazón para que podamos ser testigos de su obra de edificación de la iglesia. Solo entonces podremos confesar sinceramente, tanto ante Dios como ante los demás, que "esta obra había sido hecha por nuestro Dios" (Nehemías 6:16).

Nuestra iglesia no puede edificarse sin la ayuda del Señor; es imposible establecer la iglesia del Señor únicamente con nuestras propias fuerzas. La iglesia —su cuerpo— solo puede edificarse a medida que el Señor fiel cumple sus promesas. La verdad asombrosa es que el Señor está llevando a cabo esta obra activamente incluso ahora. Personalmente he experimentado esta obra de edificación —en la que el Señor revela las "grietas" de mi propia vida, derriba lo que debe ser derribado y luego me reedifica con firmeza— y también le veo obrar en la edificación de las vidas individuales de los líderes de nuestra iglesia. Nuestra iglesia pertenece al Señor, y es una iglesia que Él mismo está edificando (Mateo 16:18). Para llegar a ser una iglesia verdaderamente edificada por el Señor, todos debemos amar sinceramente a nuestro prójimo y mantener la mente fija en las obras que el Señor está realizando. Sin embargo, si amamos al prójimo solo de labios para afuera y no llevamos a cabo el ministerio de amor que fomenta la paz, el Señor nunca edificará nuestra iglesia. Además, si no reconocemos que el Señor está edificando activamente su iglesia, Él no la edificará. Oro para que aceptemos humildemente esta lección y nos unamos a la obra del Señor de edificar la iglesia: su cuerpo. ¡Victoria!

yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollila! [sipyeon 29pyeon] guyag seong-gyeong-eneun jung-yohan yeohowaui seongho 7gajiga naobnida: (1) yeohowa ile(chang22:14)neun hananimkkeseo isag daesin-e yang-eul junbi hasyeoss-eul ttaeui ileum-eulo "hananim-i junbihasyeossda"neun tteus-igo, (2) yeohowa syapa(chul15:26)neun chul-aegub ttae lama-eseo sseun mul-eul danmullo gochyeojusyeoss-eul ttaeui ileum-eulo "chilyohasineun yeohowa"(si103:3)lan tteus-imyeo, (3) yeohowa nis-si(chul17:15)neun amalleg jeonjaeng-eseo seunglihaess-eul ttaeui ileum-eulo "yeohowaneun naui gi"lan tteus-imyeo, (4) yeohowa sallom(sas6:24)eun gideuon-i hananim-ui buleusim-eul badgo jedan-eul ssah-ass-eul ttaeui ileum-eulo "yeohowaneun naui pyeong-gang"ilan tteus-imyeo, (5) yeohowa lea(si23:1)neun "yeohowaneun naui mogja"(yo10:19) lan tteus-imyeo, (6) yeohowa chiskinu(lem23:6)neun “yeohowaneun naui ui”(gojeon1:30)lan tteus-imyeo, (7) yeohowa samma(gel48:35)neun "yeohowakkeseo geogi gyesida"(gye21:3)neun tteus-ibnida. seong-gyeong-eun hananim-ui seongho-e daehayeo ileohge malsseumhago issseubnida: "ne hananim-ui ileum-eul yogdoege haji malla naneun yeohowanila"(le18:21). sesang salamdeul-eun uli geuliseudoindeul-eul tonghayeo hananim-eul bobnida. geuleomeulo midji anhneun salamdeul-ege uliga heum-eul jabhindamyeon geudeul-eun salam-ui jalmosman-eul malhaji anhgo hananimkkaji yoghabnida. seong-gyeong lewigi 21jang 6jeol-eun geu hananimkke daehayeo geolughago geu hananim-ui ileum-eul yogdoege haji mallago malsseumhago issseubnida. man-il uliga hananim ap-eseo uliui saeng-gaggwa salm-ui moseub-i geolughaji anh-eumyeon ulineun hananim-ui ileum-eul yogdoege haneun geos-ibnida. oneul seong-gyeong sipyeon 29pyeon 2jeol sangbanjeol malsseum-eul bomyeon “yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollimyeo…”lago malsseumhago issseubnida. gwayeon eotteohge uliga hananimkke habdanghan yeong-gwang-eul dollyeoya haneunji han 2gajilo gyohun-eul badgoja habnida. geuligo geu gyohun malsseumdaelo sal-agal ttaee hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun ja-ege jusineun chugbog-eun mueos-inji mugsanghaneun gaunde hananim-ui eunhyega jeowa yeoleobun-ege issgil giwonhabnida. cheosjjaelo, yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun janeun “geolughan

os-eul ibgo” hananimkke gyeongbaehabnida. seong-gyeong sipyeon 29pyeon 2jeol-eul bosibsio: “yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollimyeo geolughan os-eul ibgo yeohowakke gyeongbaehaljieoda.” yeogiseo “geolughan os-eul ibgo”lan malsseum-eun, geolughan ingyeog-eul gajyeoya doel geos-eul galikibnida(bag-yunseon). hananimkke habdanghan gyeongbaeleul deulim-e iss-eoseo uliege yogudoeneun geos-eun habdanghan ingyeog-ibnida. geuligo geu habdanghan ingyeog-eun balo ‘geolughan ingyeog’ibnida. geolughan ingyeog-eul gajin yebae janeun eotteohan salm-eul sal-agabnikka? geuneun hananim-ui geolughan ileum-eul jinin jaloseo jeong-gyeolhan saenghwal-eul habnida(bag-yunseon). ulineun geolughan salm-eul chuguhaeya habnida. ulineun sesang-gwa jjagjieo salji anhgo bunlidoen salm-eul salmyeonseo naejaehasineun seonglyeongnim-ui geolugke hasim-eul bad-a hananim bosigie jeong-gyeolhan salm-eul sal-agaya habnida. geuleona gwayeon “mosdoen haengsil da gochigo joejil saeng-gag da beolyeodo ju ap-eseo jeong-gyeoltago jalang”hal jaga nuga issgessseubnikka(chansong-ga 332jang 4jeol). gyeolgug ulineun yesu geuliseudoui sibjaga-eseo heullisin bohyeol bakk-e uijihal suga eobs-seubnida. geu yesunim-ui bobaeloun pilo malmiam-a joe ssis-eum-eul bad-eun jeowa yeoleobun-eun geuui pi gonglo uijihayeo hananim-ui eunhyeui bojwa ap-e naaga geuleul gyeongbaehaeya habnida(hi4:16). hananimkke mattanghi dollyeoya hal yeong-gwang-eul hananimkke dolligileul wonhaneun ulineun hananimkke habdanghan gyeongbaeleul deuligil wihayeo geolughan salm-eul chuguhaeya habnida. guyag-eseo jasin-eul gubyeolhayeo hananim ap-e heonsinhan salamdeul-i naobnida. geu salamdeul-eul “nasil-in”ilago malhabnida. yeogiseo “nasil-in”ilan mal-ui tteus-eun “seong-gyeolhada, geolughada”laneun hibeulieo dongsain ‘najaleu’lago haneun dan-eoeseo nawassseubnida. najaleulan dan-eoui tteus-eun seongbyeoldoeeossda, gubyeoldoeeossda, heonsindoen ja, gubundoen jalaneun tteus-i issseubnida. jeug, nasil-indeul-eun hananim ap-eseo geolughan salm-eul salgessdago jagi jasin-eul gubyeolhayeo heonsinhan salamdeul-ibnida. ulineun nasil-in yebaejaga dwaeya habnida. geolughan salm-eul salgessdago heonsinhan nasil-incheoleom ulineun i joeag doen sesang-eseo sal-agamyeonseo gubyeolhayeo heonsinhan jadeul-ibnida. geuleomeulo ulineun “hananim-eun uliege ‘naega geolughani neohuido geolughala’ haneun sin-ang-ui

pyojun-eul mogpyolo samgo geolughasin hananim-eul dalm-aseo sal-aganeun yebaejaga dwaeya habnida. ttohan ulineun hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollyeoya habnida. balagineun jeowa yeoleobun-i nasil-incheoleom geolughan salm-eul salgilo gyeoldanhamyeo sunjonghamyeo heonsinhaneun gaunde hananimkke gyeongbaeleul dollil su issgil giwonhabnida. geuleomeulo hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun jeowa yeoleobun-i doegil giwonhabnida. duljjaelo, yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun janeun hananim-ui solileul deudseubnida. seong-gyeong sipyeon 29pyeon 3-9jeol-eul bomyeon dawis-eun “yeohowaui soli”laneun mal-eul ilgob beon-ina sayonghago issseubnida. igeos-eun muuimihan banbog-i anila jayeon hyeonsang-eulo natanan ules-solileul yeongjeog-eulo haeseoghayeo hananim-ui eumseong-eulo ganjuhaneunde ho-eunghan geos-ibnida(bag-yunseon). hananim-ui solileul pogpung-ui noeseong-eulo pyohyeonhaneun dawis-eun hananim-ui malsseum-i eolmana wieomseuleoun geos-eul uliege allyeojugo issseubnida. hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun janeun geolughan os-eul ibgo hananimkke gyeongbaehamyeonseo hananim-ui wieomseuleoun malsseum-eul deudseubnida. geu wieomseuleoun malsseum-eun him-i iss-eo(4jeol) baeg-yangmogkkajido kkeokkseubnida(5jeol). ileohan hananim-ui solileul deul-eossdeon dawis-eun “geu jeon-eseo modeun geos-i malhagileul yeong-gwang-ila hadoda”(9jeol)lago malhago issseubnida. igeos-eun modeun seongdodeul-ui chansong-eul galikigo issseubnida(kalbin). hananim-ui yeong-gwang-eul cheon-yeon gyeeseo insighaneun modeun seongdodeul-eun hananim-eul chan-yanghaji anh-eul suga eobs-seubnida(bag-yunseon). ulineun mattanghi dollyeoya hal yeong-gwang-eul hananimkke dollyeoya habnida. geuleogil wonhaneun ulineun hananimkke habdanghan gyeongbaeleul deulimyeonseo hananim-ui wieomseuleoun malsseum-eul deul-eoya habnida. oneul bonmun-eseo malsseumhago issneun hananim-ui wieomseuleoun malsseum-eun simpan-ui munmaeg-eseo seonpodoego iss-eum-eul uliga insighal ttaee gwayeon uliga jigeum deudgo issneun hananim-ui malsseum-e ulineun eotteohan ban-eung-eul boyeoya haneungalaneun jilmun-eul deonjyeoya habnida. han 4gajilo saeng-gaghae bol suga issseubnida. (1) ulineun hananim-ui wieomseuleoun malsseum-eul deul-eumyeonseo

hananim-ui malsseum-e daehan gyeong-oesim-i iss-eoya habnida. gyeolko ulineun geu malsseum-eul gabyeobge yeogyeoseoneun ani doebnida. geuleomeulo hambulo hananim-ui malsseum-e uli ma-eumdaelo chugahago ppaego haneun deung malsseum-e bulgyeong-geonhan haengdong-eul ma-eum-eulodo joeleul beomhaji anhdolog himsseoya habnida. (2) ulineun hananim-ui him issneun malsseum-eul deul-eumyeonseo geu malsseum-e baeghyangmoggat-i uli gangsimjang-ila haljilado buseojigo kkeokk-eojyeoya habnida. hananim-ui wieomseuleoun malsseum-eul tonghayeo uliui gangpyaghan ma-eum-i buseojigo uliui gojib-i kkeokk-eojyeoya habnida. uliui mug-eun ttang-eul junim-ui him issneun malsseum-eulo hayeogeum gigyeonghaeya habnida. (3) ulineun hananim-ui malsseum-eulo malmiam-a gwang-yawa gat-i memaleun ma-eum-i jindonghaeya habnida(8jeol). sal-a yeogsahaneun hananim-ui malsseum-eul deul-eumyeonseo uli memaleun ma-eum-i heungbun dwaeya habnida(hag1:14). (4) ulineun hananim-ui geolughan malsseum-eul deul-eumyeonseo yeongjeog-eulo beolgeo beos-eoya habnida. oneul seong-gyeong sipyeon 29pyeon 9jeol-eul bosibsio: “yeohowaui soliga ... samlim-eul malgahge beosgisini....” ulineun pojangdoen moseub-eulo nawaseo hananimkke yebaeleul deulyeoseoneun ani doebnida. ulineun gyeong-geon-ui moyang-eul chuguhamyeonseo hananimkke yebaeleul deulyeoseoneun ani doebnida. hananim-ui geolughan malsseum-e uli jasin-ui gip-eun gos-e sumgyeojyeo issneun modeun geosdeulkkajido deul-eonaeeo boimyeonseo ulineun hananim ap-ui uliui moseub geudaelo gyeomsonhi naagaya habnida. geuleogi wihaeseo ulineun hananim-ui malsseum-eulo malmiam-a yeongjeog beolgeobeos-eum-eulo geuege naagaya habnida. hananimkke habdanghan yeong-gwang-eul dollineun janeun yebae jaibnida. geuligo ttohan geuneun deudneun jaigido habnida. geuneun hananim-ui wieomhan solileul deudneun jaibnida. ileohge yeohowaui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollineun janeun eotteohan chugbog-eul badseubnikka? seong-gyeong-eun uliga hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dollil ttaee hananim-eulobuteo himgwa pyeong-gang-ui bog-eul badneundago malsseumhago issseubnida. oneul bonmun sipyeon 29pyeon 11jeol-eul bosibsio: “yeohowakkeseo jagi baegseong-ege him-eul jusim-iyeo yeohowakkeseo jagi baegseong-ege pyeong-gang-ui bog-eul jusililoda.” hananim-ui ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul

dollineun janeun chamdoen yebaejayo ttohan deudneun jaibnida. geuleohan ja-ege jusineun hananim-ui chugbog-eun “him”gwa “pyeong-gang”ui bog-ibnida. gwayeon seongdodeul-i pil-yohan him-eun eotteohan him-ibnikka? han 2gajilo saeng-gaghae bobnida: (1) yebae gaunde jusineun him, geu him-eun “yeohowaleul gippeohaneun geos”ibnida(neu8:10). (2) hananim-ui malsseum-eul deudgo sunjong-ui salm gaundeseo jusineun him-eun malsseum-ui him-ibnida. i him-eun gyeolgug gong-ui pyeon-e issneun seongdodeullo hayeogeum hananim-ui simpan gaundedo yong-giwa wian-eul jubnida(bag-yunseon). yebaeui salmgwa malsseum deudgo sunjonghaneun salm gaundeseo hananim-i ulilo hayeogeum nulige hasineun chugbog-eun balo “pyeong-gang”ibnida. hananimkkeseoneun “iseula-el jogsog-i deul-eogan geu yeolgug-eseo deoleobhin nae geolughan ileum-eul naega akkyeossnola”go malsseumhago gyesibnida(gel36:21). hananimkkeseoneun geuui keun geolughan ileum-eul akkisineun hananim-isibnida. bilog iseula-el baegseongdeulcheoleom ulilo inhayeo sesang-eseo hananim-ui geolughasin ileum-il deolyeobhyeojiljilado hananimkkeseoneun geuui geolughasin ileum-eul akkisigie ulilo inhayeo geuui geolughasim-eul natanaesigessdago yagsoghasyeossseubnida(23jeol). bilog uli geuliseudoindeul-i yesu jongwihasin geu ileum-eul i sesang-eseo sal-agamyeonseo deoleobhyeojiljilado hananim-ui geuui geolughasin keun ileum-eul akkisigie ulilo inhayeo geuui geolughasim-eul natanaesibnida. i hananim-ui eunhyeleul al-aganeun jalamyeon ulineun geuui geolughan ileum-e habdanghan yeong-gwang-eul dolligi wonhayeo hananimkke “geolughan os-eul ibgo” gyeongbaeleul deulimyeo ttohan hananim-ui wieomseuleoun solileul gyeomsonhi deul-eul geos-ibnida. geuleomeulo hananim-i jusineun himgwa pyeong-gang-ui chugbog-eul nulil geos-ibnida. ileohan chugbog-i jeowa yeoleobun-ege issgileul giwonhabnida.

¡Den gloria al nombre de Jehová!

[Salmo 29]

El Antiguo Testamento revela siete nombres santos y significativos del SEÑOR: (1) Jehová-Jireh (Génesis 22:14) —el nombre utilizado cuando Dios proveyó un carnero en lugar de Isaac—, que significa "Dios ha provisto"; (2) Jehová-Rafá (Éxodo 15:26) —el nombre utilizado cuando Dios convirtió las aguas amargas de Mara en agua dulce durante el Éxodo—, que significa "El SEÑOR que sana" (Salmo 103:3); (3) Jehová-Nisi (Éxodo 17:15) —el nombre utilizado tras la victoria sobre los amalecitas—, que significa "El SEÑOR es mi estandarte"; (4) Jehová-Shalom (Jueces 6:24) —el nombre utilizado cuando Gedeón edificó un altar tras recibir el llamado de Dios—, que significa "El SEÑOR es mi paz"; (5) Jehová-Raah (Salmo 23:1), que significa "El SEÑOR es mi pastor" (Juan 10:19); (6) Jehová-Tsidkenu (Jeremías 23:6), que significa "El SEÑOR es mi justicia" (1 Corintios 1:30); y (7) Jehová-Shama (Ezequiel 48:35), que significa "El SEÑOR está allí" (Apocalipsis 21:3). Respecto al santo nombre de Dios, la Biblia declara: "No profanéis el nombre de vuestro Dios; yo soy el SEÑOR" (Levítico 18:21). La gente del mundo ve a Dios a través de nosotros, los cristianos. Por tanto, si damos a los incrédulos motivos para criticarnos, no solo hablarán en contra de nuestros errores, sino que también injuriarán a Dios mismo. Levítico 21:6 nos instruye a ser santos para Dios y a no profanar su nombre. Si nuestros pensamientos y vidas no son santos delante de Dios, estamos deshonrando su nombre.

El Salmo 29:2 (primera parte) dice: "Atribuid al SEÑOR la gloria debida a su nombre..." Quisiera aprender dos maneras en las que podemos atribuir verdaderamente la gloria debida a Dios. Al meditar en las bendiciones otorgadas a quienes dan a Dios la gloria que Él

merece —y al esforzarnos por vivir conforme a estas enseñanzas—, que la gracia de Dios esté sobre todos nosotros.

En primer lugar, aquellos que atribuyen al nombre del SEÑOR la gloria debida le adoran «vestidos de santidad».

Observemos el Salmo 29:2: «Atribuid al SEÑOR la gloria debida a su nombre; adorad al SEÑOR vestidos de santidad». La expresión «vestidos de santidad» denota la necesidad de poseer un carácter santo (Park Yun-sun). Lo que se nos exige para ofrecer una adoración digna a Dios es un carácter adecuado; específicamente, un carácter santo. ¿Qué clase de vida lleva un adorador que posee un carácter santo? Como alguien que lleva el santo nombre de Dios, vive una vida pura (Park Yun-sun).

Debemos procurar una vida santa. En lugar de amoldarnos al mundo, hemos de vivir una vida apartada, permitiendo que el Espíritu Santo que mora en nosotros nos santifique para que podamos vivir con pureza ante los ojos de Dios. Sin embargo, ¿quién puede jactarse verdaderamente de ser puro ante el Señor, aun después de corregir todo mal camino y desechar todo pensamiento pecaminoso? En última instancia, no tenemos otro refugio que la preciosa sangre que Jesucristo derramó en la cruz. Habiendo sido limpiados por esa sangre preciosa, debemos confiar en sus méritos para acercarnos al trono de la gracia de Dios y adorarle (Hebreos 4:16). Con el deseo de rendir a Dios la gloria que le corresponde, debemos buscar una vida santa para ofrecerle una adoración digna.

El Antiguo Testamento nos presenta a personas que se apartaron y dedicaron sus vidas a Dios; a estas personas se les conoce como «nazareos». El término «nazareo» deriva del verbo hebreo *nazar*, que significa santidad o consagración. *Nazar* implica ser apartado, distinguido y consagrado; en otras palabras, una persona dedicada a un propósito específico. Así pues, los nazareos eran individuos que se consagraban a sí mismos, resueltos a vivir vidas santas delante de Dios. Nosotros también estamos llamados a ser

adoradores semejantes a los nazareos. Al igual que los nazareos se dedicaron a la santidad, nosotros somos quienes nos hemos apartado y hemos consagrado nuestras vidas a Dios mientras vivimos en este mundo pecaminoso. Por tanto, debemos hacer de la norma de fe —«Sed santos, porque yo soy santo»— nuestra meta y convertirnos en adoradores que viven imitando al Dios santo. También debemos atribuir al nombre de Dios la gloria que merece. Mi oración es que tú y yo decidamos vivir una vida santa —como la de un nazareo— y ofrecer adoración a Dios mediante nuestra obediencia y consagración. Que seamos nosotros quienes demos a Dios la gloria digna de su nombre.

En segundo lugar, aquellos que atribuyen gloria digna del nombre del SEÑOR escuchan la voz de Dios.

En el Salmo 29:3-9, David utiliza la frase «la voz del SEÑOR» siete veces. No se trata de una repetición sin sentido; más bien, refleja una interpretación espiritual del trueno —un fenómeno natural— como la propia voz de Dios (Park Yun-sun). Al describir la voz de Dios como el trueno de una tormenta, David nos revela la naturaleza majestuosa de la palabra de Dios. Quienes dan a Dios la gloria digna de su nombre escuchan su palabra majestuosa mientras le adoran vestidos con santidad. Esa palabra majestuosa posee un poder (v. 4) capaz de quebrantar incluso los cedros del Líbano (v. 5). Tras haber escuchado esta voz de Dios, David declara: «Y en su templo todos dicen: "¡Gloria!"» (v. 9). Esto se refiere a las alabanzas de todos los santos (Calvino). Todos los creyentes que reconocen la gloria de Dios en el mundo natural no pueden evitar alabarlo (Park Yun-sun).

Debemos tributar a Dios la gloria que legítimamente le corresponde. Para ello, debemos ofrecerle una adoración adecuada y escuchar su palabra majestuosa. El Dios del que habla el pasaje de hoy... Al reconocer que estas palabras majestuosas se proclaman en el contexto del juicio, debemos preguntarnos cómo hemos de responder a la Palabra de Dios que estamos escuchando. Podemos considerar cuatro puntos:

(1) Al escuchar la majestuosa Palabra de Dios, debemos guardarla con reverencia.

Nunca debemos tratar esa Palabra a la ligera. Por tanto, debemos esforzarnos por evitar cualquier acción irreverente —incluso en nuestro corazón—, como añadir o quitar arbitrariamente algo a la Palabra de Dios. (2) Al escuchar la poderosa Palabra de Dios, incluso nuestros corazones —aunque sean fuertes e inflexibles como los cedros— deben ser quebrantados y hechos pedazos.

Mediante la majestuosa Palabra de Dios, nuestros corazones endurecidos deben ser quebrantados y nuestra obstinación, desmenuzada. Debemos permitir que la poderosa Palabra del Señor labre la tierra yerma de nuestros corazones.

(3) Debido a la Palabra de Dios, nuestros corazones —áridos como el desierto— deben ser sacudidos y conmovidos (versículo 8).

Al escuchar la Palabra viva y eficaz de Dios, nuestros corazones secos deben ser avivados con santo fervor (Hageo 1:14).

(4) Al escuchar la santa Palabra de Dios, debemos quedar espiritualmente al desnudo.

Observemos el Salmo 29:9: «La voz del Señor... desnuda los bosques...». No debemos acercarnos a adorar a Dios con una apariencia externa cuidadosamente elaborada. No debemos adorarle persiguiendo meramente la forma externa de la piedad. Por el contrario, debemos acercarnos humildemente a Dios tal como somos, permitiendo que su santa Palabra exponga incluso aquello que está oculto en lo más profundo de nuestros corazones. Para ello, debemos presentarnos ante Él en un estado de desnudez espiritual, expuestos por la Palabra de Dios. Un verdadero adorador es aquel que da a Dios la gloria que le corresponde. Tal persona es también alguien que escucha: alguien que oye la voz majestuosa de Dios.

¿Qué bendición reciben, entonces, aquellos que dan la gloria digna del nombre del SEÑOR? La Biblia nos dice que, cuando atribuimos al nombre de Dios la gloria que merece, recibimos de Él las bendiciones de fortaleza y paz. Observemos el texto de hoy, el Salmo 29:11: «El SEÑOR da fortaleza a su pueblo; el SEÑOR bendice a su pueblo con paz». Quienes rinden gloria digna del nombre de Dios son verdaderos adoradores y oyentes. Las bendiciones que Dios otorga a tales personas son «fortaleza» y «paz». ¿Qué clase de fortaleza necesitan verdaderamente los santos? Consideremos dos aspectos: (1) La fortaleza que se recibe durante la adoración, que es «el gozo del SEÑOR» (Nehemías 8:10). (2) La fortaleza que proviene de escuchar la Palabra de Dios y vivir una vida de obediencia: el poder de la Palabra misma. En última instancia, esta fortaleza otorga valentía y consuelo a los santos que permanecen del lado de la justicia, incluso en medio del juicio de Dios (Park Yun-sun). La bendición que Dios nos permite disfrutar mediante una vida de adoración y una vida en la que escuchamos y obedecemos Su Palabra es, precisamente, la "paz".

Dios declara: "Tuve preocupación por mi santo nombre, el cual la casa de Israel había profanado entre las naciones adonde fue" (Ezequiel 36:21). Dios es Aquel que estima profundamente Su gran y santo nombre. Aunque —al igual que el pueblo de Israel— provoquemos que el santo nombre de Dios sea profanado en el mundo, Él ha prometido manifestar Su santidad a través de nosotros porque valora ese santo nombre (versículo 23). Incluso si nosotros, los cristianos, empañamos el precioso nombre de Jesús mientras vivimos en este mundo, Dios revela Su santidad a través de nosotros porque estima Su gran y santo nombre. Al reconocer esta gracia de Dios, deseamos dar gloria digna de Su santo nombre; así, le adoramos "con santa hermosura" y escuchamos humildemente Su voz majestuosa. En consecuencia, llegamos a disfrutar de las bendiciones de fortaleza y paz que Dios provee. Oro para que estas bendiciones sean tanto para usted como para mí.

¡Oh Dios, sé mi ayudador!

[Salmo 30]

Hace poco, al ver a un anciano de mi iglesia sufrir una lesión en la espalda, pude empatizar hasta cierto punto con su dolor, ya que yo mismo había sufrido una lesión grave en la espalda. Verlo luchar —incapaz incluso de ponerse los calcetines sin ayuda— me hizo reflexionar sobre la naturaleza de la vida humana: comenzamos recibiendo cuidados de nuestros padres y, en la vejez, cuando ya no podemos movernos con libertad, nos encontramos nuevamente necesitando la ayuda de los demás. En última instancia, somos seres que dependemos de la ayuda de otros. Pero ¿qué debemos hacer cuando no hay nadie que nos ayude?

En el Salmo 22:11, el salmista David escribe: «No te alejes de mí, porque la angustia está cerca y no hay quien ayude». Ante una gran aflicción y reconociendo que ningún ser humano podía acudir en su ayuda, David confió en el Señor. Al igual que David, nosotros también debemos apoyarnos en el Señor cuando no haya nadie más que nos ayude. Debemos clamar a Él. Aunque parezca que Dios no responde a nuestras oraciones, no debemos rendirnos; por el contrario, debemos seguir clamando a Él (versículos 1-2). También debemos mirar hacia atrás y reflexionar sobre la gracia salvadora de Dios (versículos 4-5). Finalmente, debemos encomendarlo todo al Señor (versículos 9-10).

El Salmo 30:10 dice: «... ¡Oh Señor, sé mi ayudador!...». David, el salmista, reconoce que el Señor es el único que puede ayudarle y, por ello, acude al Señor en busca de auxilio. Hoy,

centrándome en este pasaje de las Escrituras, deseo reflexionar sobre cinco formas en que el Señor —nuestro Ayudador— nos socorre, y recibir la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, el Señor, que es nuestro Ayudador, nos levanta y nos saca de nuestra situación.

Observemos el Salmo 30:1: «Te exaltaré, oh Señor, porque me has levantado y no has permitido que mis enemigos se alegren por causa mía». David decide exaltar al Señor. ¿Cómo piensa hacerlo? Alabando al Señor, sirviéndole y amándole con todo su ser (Park Yun-sun). ¿Por qué decidió David exaltar al Señor de esta manera? Porque el Señor lo sacó de las manos de sus enemigos (versículo 3). La palabra traducida aquí como «sacar» o «levantar» corresponde al término árabe *talla*, que se refiere al acto de izar un cubo mediante una cuerda. Esta expresión describe la obra salvadora de Dios: levantar una vida que ha caído en una situación desesperada, tal como se extrae agua de un pozo (Park Yun-sun). Me lo imagino así: cuando nos hundimos cada vez más en un pozo —totalmente indefensos e incapaces de hacer nada por nuestra cuenta— y extendemos la mano hacia nuestro Salvador, como hizo Pedro, clamando: «¡Señor, ayúdame!», el Señor viene y nos rescata, izándonos tal como se saca agua con un cubo. Entonces, ¿de dónde sacó y rescató Dios a David? Sacó a David del reino de la muerte (el Seol) y le devolvió la vida (versículo 3). Dios impidió que David descendiera al sepulcro. Rescató a David de una situación crítica: un momento en el que estaba al borde de la muerte y parecía destinado a la tumba (Park Yun-sun). En consecuencia, Dios evitó que los adversarios de David se regocijaran a su costa. Satanás y sus seguidores buscan oponerse a nosotros —los hijos de Dios— tentándonos a pecar, con la esperanza de obtener un placer perverso de nuestras transgresiones (versículo 1). Sin embargo, David poseía tanto experiencia como convicción: la certeza de que el Señor lo libraría de las manos de sus adversarios, asegurando que sus enemigos no tuvieran motivo para alegrarse. Esta verdad nos brinda gran consuelo. El Dios que impide que nuestros enemigos se regocijen es el Salvador que nos libra. Cuando caemos en las fauces de la muerte, Él es el Dios que nos saca de allí, tal como se extrae

agua con un cubo. Habiendo experimentado esta gracia salvadora, nosotros, al igual que David, debemos exaltar a Dios. Debemos alabar y servir al Señor, amándolo con todo nuestro ser. Se dice que Santa Catalina vivió una vida exaltando al Señor mediante la obediencia y tratando su propia voluntad como si no existiera en Su presencia (Park Yun-sun). Al igual que Santa Catalina, nosotros también debemos vivir vidas que exalten al Señor, fortalecidos por Su gracia salvadora. En segundo lugar, el Señor, que es nuestro Ayudador, nos sana. Observemos el Salmo 30:2: «Oh Jehová, Dios mío, a ti clamé, y me sanaste». Cuando David era perseguido por sus enemigos, clamó a Dios entre lágrimas pidiendo ayuda. En respuesta, el Señor atendió la oración de David y lo sanó. Aquí, la palabra «sanaste» se refiere a una recuperación posible gracias a la ayuda de Dios tras un fallo temporal (Park Yun-sun). Si es así, ¿cuál fue ese «fallo temporal» que cometió David? Fue la arrogancia que mostró cuando las cosas iban bien: un orgullo que le llevó a decirse a sí mismo: «No seré jamás conmovido» (versículos 6 y 7). En consecuencia, debido a este pecado, el Señor escondió su rostro de David, causándole una gran angustia (versículo 7). ¡Qué clase de angustia tan preciosa es esta! No es una tristeza mundana, sino una tristeza según Dios que conduce al arrepentimiento. En medio de esta angustia, David clamó al Señor (versículos 2 y 8). Su oración fue: «Oye, oh Jehová, y ten misericordia de mí; Jehová, sé tú mi ayudador» (versículo 10). La súplica «ten misericordia de mí» es una oración que nosotros, como pecadores, debemos elevar a Dios. Como resultado de esta oración, David recibió la misericordia y la ayuda de Dios, y fue restaurado. Nosotros somos personas que fallamos tal como lo hizo David, o quizás con mayor frecuencia. Al considerar qué debemos hacer, hemos de buscar —al igual que David en este pasaje— la misericordia de Dios por encima de todo. Debemos aprovechar nuestros fracasos como oportunidades para invocar a Dios y experimentar su misericordia. Nuestra relación con Dios debe ser restaurada mediante su misericordia. Sin embargo, debemos tener presente que no existe verdadera reconciliación sin un verdadero arrepentimiento. Debemos experimentar el amor restaurador de Dios arrepintiéndonos sinceramente ante Él. Debemos experimentar ese amor restaurador al arrepentirnos tras recibir la vara de la disciplina, administrada por su santo amor.

En tercer lugar, el Señor, que es nuestro Ayudador, nos da gozo.

Observemos el Salmo 30:5: «Porque un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida; por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría». La verdad que David comprendió tras ser liberado y sanado con la ayuda de Dios fue que, de hecho, hay más momentos de alegría que de tristeza. En otras palabras, el gozo que experimentó después de ser rescatado superaba con creces el sufrimiento que padeció durante una situación crítica (Park Yun-sun). ¿Qué opinas tú? ¿Crees realmente que hay más momentos de alegría que de tristeza? Sin embargo, el instinto humano tiende a recordar más la tristeza que la alegría. Es muy parecido a cuando alguien olvida el aroma de una rosa pero recuerda durante mucho tiempo el pinchazo de su espina (Park Yun-sun). No obstante, dado que la ira de Dios es pasajera, el sufrimiento causado por su furia es breve, mientras que su favor perdura «toda la vida» (versículo 5). Por tanto, aunque pueda haber llanto al atardecer en medio del sufrimiento padecido bajo la ira de Dios, nos regocijamos en el nuevo día y en la nueva mañana gracias a su gracia.

El lunes pasado, mientras leía *God's Plan* (El plan de Dios) de J.I. Packer, el mensaje que Dios grabó en mi corazón fue: «... me alegraré, sí, y me alegraré» (Filipenses 1:18). Sin importar las circunstancias en las que me encontrara, el Espíritu Santo me impulsó a hablarle a mi propia alma y a decidir: «¡Alegrémonos y regocijémonos!». Inevitablemente experimentamos momentos de lágrimas y tristeza debido al sufrimiento. Sin embargo, esas mismas lágrimas y pesares nos permiten saborear un gozo aún mayor. El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «... Cuando aceptamos voluntariamente el sufrimiento que proviene de la ira de Dios, la naturaleza misma de ese sufrimiento se transforma, convirtiéndose en una bendición para nosotros». Al igual que un remedio a base de hierbas, el sufrimiento nacido de la ira de Dios puede saber amargo al paladar, pero aporta un beneficio inmenso a nuestras almas. En última instancia, nosotros también deseamos hacer la misma confesión que David: «Has cambiado mi lamento en baile; me has quitado el cilicio y me has vestido de alegría» (Salmo 30:11).

En cuarto lugar, el Señor, que es nuestro Ayudador, evita que seamos sacudidos.

Consideremos el Salmo 30:6–7: «En mi prosperidad dije yo: "Jamás seré conmovido". Oh SEÑOR, por tu favor hiciste que mi monte permaneciera firme; escondiste tu rostro y me turbé». Dios respondió a la oración de David, ayudándolo y estableciendo firmemente su reino. Este es precisamente el significado de la frase «estableciste firmemente los montes» (Park Yun-sun). Así como Dios estableció firmemente el reino de David, nuestro Señor establece con firmeza a cada uno de nosotros, a nuestras familias y a la iglesia —que Él compró con su sangre—, asegurándose de que permanezcamos inamovibles. Sin embargo, debemos guardarnos de la arrogancia y el orgullo. Aunque Dios había establecido firmemente el reino de David, este sucumbió a la arrogancia y declaró: «Jamás seré conmovido» (versículo 6; Park Yun-sun). Finalmente, la ira de Dios se encendió contra el orgulloso David, llevándolo a arrepentirse mientras estaba lleno de angustia. No es fácil arrepentirse cuando uno está bajo la disciplina de Dios (Park Yun-sun). Sin embargo, David ofreció un arrepentimiento precioso precisamente en aquel tiempo (véase el Salmo 51:4). Debemos tener presente la frase «por tu favor» (30:7). En otras palabras, el hecho de que el Señor nos establezca con firmeza y nos mantenga inamovibles no se debe a nuestra humildad ni a nuestras buenas obras, sino únicamente a la gracia del Señor. No debemos olvidar esta verdad.

Por último, el quinto punto es que el Señor, quien es nuestro Ayudador, nos capacita para alabarlo.

Observemos el Salmo 30:12: «Que mi gloria cante tus alabanzas y no calle. ¡Oh Señor, Dios mío! Te daré gracias para siempre». En última instancia, el Dios que nos ayuda nos lleva a alabar al Señor. Es el Dios de la salvación, quien nos libra de la tribulación, nos sana y restaura, nos llena de gozo y nos da firmeza para permanecer inamovibles ante cualquier circunstancia. Y, como receptores de la gracia del Señor, no podemos dejar de alabarlo. Por

eso, en el versículo 4 del pasaje de hoy, David proclama: «¡Canten al Señor, ustedes sus santos; alaben su santo nombre!». Al reflexionar sobre la gracia de Dios, David no podía guardar silencio. Tras haber clamado a Dios en su aflicción y haber recibido respuesta a su oración, se sintió lleno de un gozo desbordante y prometió alabar a Dios para siempre. David, quien había preguntado a Dios cómo podrían alabarlo los muertos o proclamar el evangelio (la verdad) (versículo 9), experimentó finalmente la gracia eterna de Dios; recibió misericordia y fue librado de sus enemigos, de la tristeza y de la ira de Dios (versículo 5). Así, prometió alabar a Dios eternamente. No debemos olvidar la gracia que Dios nos otorga. Por tanto, debemos alabar a Dios. Como quienes reciben su ayuda y disfrutan de su gracia, hemos de dar gracias al Señor y glorificarlo mediante nuestra alabanza.

Al contemplar la cruz, nos encontramos con un hecho asombroso: Dios —mi Ayudador— no respondió a la oración de su Hijo unigénito, Jesús, ni acudió en su auxilio, aun cuando Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», mientras soportaba la ira de Dios y moría en la cruz. Dios Padre no intervino para ayudar, aun mientras veía a su único Hijo descender al reino de los muertos. ¿Por qué hizo esto Dios Padre? Fue para salvarnos a ti y a mí de la muerte eterna. Dios Padre permitió que Jesús muriera en la cruz a fin de restaurar nuestra relación con Él. Se abstuvo de ayudar a su único Hijo, Jesucristo, para poder otorgarnos gozo divino y establecernos con firmeza. En última instancia, Dios... Él hace que le alaben. Por tanto, debemos vivir una vida que exalte al Señor, quien es nuestro Ayudador.

¡Confía en Dios!

[Salmo 31:1-8]

Hagámonos cada uno esta pregunta: «¿Confío verdaderamente en el Señor en todo momento, o acaso estoy confiando en dioses falsos o en cosas vanas?». Para responder a esto, primero debemos considerar en qué depositamos nuestra confianza. En un escrito titulado «Confiar es creer», encontramos una lección que aprendió el canónigo Battersby —ministro evangélico de la Iglesia de Inglaterra— mientras escuchaba un sermón sobre el oficial del rey que viajó de Capernaum a Caná para pedirle a Jesús que sanara a su hijo enfermo. La lección fue esta: el oficial creyó en las palabras de Jesús —«Vete, tu hijo vivirá» (Juan 4:50)— tal como fueron dichas, y su hijo sanó por completo. Esto ilustra que la fe es la convicción de confesar: «La palabra del Señor es suficiente», incluso cuando no se tiene nada más en el mundo en qué apoyarse, confiando en la promesa de protección de Dios. Esto es precisamente lo que significan la fe y la confianza. Me pregunté: «¿Es realmente suficiente para mí la promesa que el Señor dio a nuestra iglesia en Mateo 16:18: "Edificaré mi iglesia"?». O bien: «¿A menudo confío en mí mismo y/o en otros en lugar de confiar en esta promesa?». Si llevara a cabo mi ministerio con fe absoluta en la promesa del Señor, ciertamente no temería a ninguna persona ni situación, ni me sentiría ansioso o desanimado por nada. Un alma que cree y está convencida de que la promesa del Señor es suficiente, confía plenamente en Dios. Como sugiere la letra del himno 342 («Cuando enfrentas dificultades»), a medida que pasan los años, debemos llevar una vida de fe que confiese —sin importar lo que encontremos— que el Señor es el único en quien podemos confiar.

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 31:6, vemos al salmista David afirmar: «Aborrezco a los que se aferran a vanas mentiras; yo confío en el Señor». Centrándome en este versículo y en

el título «¡Confía en Dios!», quisiera reflexionar sobre dos cosas que hacen aquellos que confían en Dios; mi oración es que nosotros también lleguemos a ser creyentes que confían únicamente en Dios, tal como lo hizo David. En primer lugar, quienes confían en Dios se refugian en el Señor.

Observemos el Salmo 31:1: «En ti, oh Señor, me he refugiado; jamás sea yo avergonzado…». David acudió a Dios cuando enfrentaba tribulaciones. Refugiarse en Dios significaba que David hacía de Él su santuario y clamaba a Él. Habiendo acudido a Dios, David le oraba. Entonces, ¿cuál fue la súplica de David —un alma que se había refugiado en el Señor? Podemos considerar tres puntos:

(1) La primera súplica de David fue: «Líbrame».

Miremos nuevamente la última parte del Salmo 31:1: «…líbrame en tu justicia». David oró para que Dios lo salvara de la crisis que enfrentaba. Dicha crisis involucraba a enemigos poderosos y astutos que intentaban atrapar a David, tal como cazadores que lanzan una red para capturar a un animal (versículo 4). En medio de esta crisis, David depositó toda su confianza en Dios, clamando por liberación; le pidió al Señor —su refugio— que lo rescatara de la red que sus enemigos habían tendido en secreto y que obrara su salvación (v. 4). Es interesante notar que David no pidió la salvación basándose en su propia justicia, sino en la «justicia del Señor» (v. 1). Él esperaba la liberación mediante el acto justo del Señor de proteger fielmente a su escogido (Calvino). La valiosa lección aquí es que no debemos orar pidiendo liberación basándonos en nuestra propia justicia; por el contrario, debemos suplicar a Dios Padre que nos rescate confiando únicamente en la justicia de Jesucristo.

(2) La segunda petición de David fue: «Sé para mí una roca fuerte y una fortaleza salvadora».

Consideremos el Salmo 31:2: «Inclina hacia mí tu oído, rescátame pronto; sé para mí una roca fuerte y una fortaleza salvadora». Esta es una oración que busca la protección de Dios.

Es una oración elevada confiando en la omnipotencia de Dios y en su fortaleza inquebrantable. La «roca sólida» mencionada aquí en el versículo 2 simboliza una fortaleza construida sobre roca firme que ofrece un lugar de refugio, mientras que la «fortaleza» se refiere a un baluarte erigido en la cima de una montaña. Estos términos sirven como metáforas de Dios, quien es poderoso para proteger (Park Yun-sun). En medio de un sufrimiento extremo, David buscó refugio en Dios y oró pidiendo liberación basándose en la justicia de Jesús, solicitando la protección divina. Solo el Señor es nuestra roca de refugio; solo Él puede protegernos a través de cualquier dificultad o adversidad.

(3) La tercera petición de David fue: «Guíame y condúceme».

Consideremos el Salmo 31:3: «Porque tú eres mi roca y mi fortaleza; por tanto, por amor de tu nombre, guíame y condúceme». David suplicó al Señor —su roca y su fortaleza— que lo guiara y condujera. ¿Por causa de quién elevó David tal oración? Buscó la guía y dirección del Señor «por amor de su nombre». Apoyándose en la justicia del Señor y pidiendo la gracia de la salvación, David oró solicitando esta guía porque el Dios que guarda el pacto debe cumplir sus promesas y demostrar su fidelidad (versículo 3). Nosotros también debemos buscar la guía y dirección del Señor, tal como lo hizo David. ¿Por qué? Porque sin la guía del Señor, vagaríamos como ovejas perdidas e inevitablemente nos convertiríamos en objeto de burla de nuestros enemigos (Himno 82).

David, quien confiaba en Dios, hizo de Él su refugio; al presentar las tres peticiones de oración mencionadas anteriormente, también suplicó a Dios que no permitiera que sufriera una vergüenza eterna (versículo 1). En otras palabras, David oró para no enfrentar la deshonra a causa del fracaso (Park Yun-sun). Esto demuestra la confianza de David en que el Señor le ayudaría cuando buscara refugio en Él. Sin la ayuda de Dios, el fracaso sería inevitable y aquellos que lo observaban se burlarían de él (Park Yun-sun). Por eso David elevó esta oración a Dios.

Finalmente, el segundo punto es que aquellos que confían en Dios encomiendan su espíritu al Señor.

Observemos el Salmo 31:5: «En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Señor, Dios de verdad». Estas palabras significan que David encomendaba el asunto de su vida y su muerte enteramente a Dios. ¿Por qué encomendó David su espíritu al Señor? Hay dos razones:

(1) Porque el Señor es el Dios de verdad. Incluso en medio de un sufrimiento intenso, David encomendó su alma —y, por tanto, la cuestión de su vida y su muerte— al Dios que lo había salvado misericordiosamente en el pasado, pues creía que el Señor es el Dios de verdad. En otras palabras, David pudo confiar plenamente su vida y su muerte al Señor porque sabía que solo Él es el Dios verdadero. Habiendo conocido y experimentado a este Dios verdadero —que se revela a sí mismo y cumple fielmente las promesas de su pacto—, David encomendó su vida y su muerte a este Dios de verdad durante su tiempo de profunda aflicción. Tras haber experimentado ya la gracia salvadora de este Dios de verdad en el pasado, tomó esta determinación en medio de su sufrimiento actual: «Aborrezco a los que adoran ídolos vanos; yo pongo mi confianza en el SEÑOR» (v. 6). David detestaba las prácticas pecaminosas de los idólatras.

(2) La razón por la que David encomendó su alma al Señor fue que se regocijaba y se alegraba en la misericordia del Señor.

Observemos el Salmo 31:7: «Me gozaré y me alegraré en tu misericordia, porque has visto mi aflicción; has conocido las angustias de mi alma». Incluso en medio de su sufrimiento actual, David se regocijaba y se alegraba al recordar la gracia fiel y salvadora del Dios de verdad en el pasado y al experimentar nuevamente la misericordia del Señor. ¿No es algo verdaderamente asombroso? El hecho de que uno pueda regocijarse y alegrarse en la misericordia del Señor aun mientras soporta un sufrimiento extremo... Esto es

precisamente lo que es la fe. En particular, la razón por la que se regocijaba y se alegraba en la misericordia del Señor era que este había mirado su aflicción y lo había reconocido en su angustia (versículo 7b), y no lo había dejado en manos de sus enemigos, sino que lo había conducido a un lugar espacioso: un entorno de libertad (versículo 8).

Observemos la primera parte del Salmo 31:5: «En tu mano encomiendo mi espíritu…». Este pasaje trae a la mente las palabras que Jesús pronunció en la cruz, registradas en Lucas 23:46: «… Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu…». Al comparar estos dos versículos, surge un hecho sorprendente: cuando Jesús, el Hijo unigénito, encomendó totalmente a Dios el asunto de la vida y la muerte, Dios no lo rescató de la muerte en la cruz. Si bien Dios escuchó la oración de David y lo libró cuando este le encomendó su vida y su muerte, no rescató a su Hijo Jesús de la muerte en la cruz. ¿Cuál es la razón de esto? Es precisamente para concedernos vida eterna a ti y a mí. Aquellos que recuerdan y no olvidan esta gracia de redención —mientras confían plenamente en el Dios verdadero— reciben su gracia salvadora, su protección y su guía. Oro para que tales bendiciones sean también nuestras.

Una fe de «aunque no»

[Salmo 31:9-14]

En el libro de Daniel encontramos la historia de los tres amigos de Daniel: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Cuando el rey Nabucodonosor, enfurecido porque se negaron a postrarse ante la imagen de oro que había erigido, amenazó con arrojarlos a un horno ardiente, ellos respondieron: «... Nabucodonosor, no necesitamos defendernos ante ti en este asunto. Si somos arrojados al horno ardiente, el Dios a quien servimos puede librarnos de él, y nos librará de tu mano, oh rey. Pero aunque no lo haga, queremos que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni adoraremos la imagen de oro que has levantado» (Daniel 3:16-18). Al reflexionar sobre esta respuesta, quisiera llamar a la fe de los tres amigos de Daniel una fe de «aunque no». ¿Qué es, entonces, la fe de «aunque no»? Podemos considerarla de tres maneras: (1) La fe de «aunque no» es una fe que confía en Dios (3:28). (2) La fe de «aunque no» es una fe que obedece los mandamientos de Dios; los tres amigos de Daniel obedecieron el primer y el segundo mandamiento de los Diez Mandamientos. (3) La fe de «aunque no» es una fe que hace sacrificios para la gloria de Dios. Aunque los tres amigos de Daniel poseían la seguridad de la salvación, decidieron no «servir a los dioses [del rey] ni adorar la imagen de oro que [el rey] levantó», incluso si Dios decidía no librarlos. Estaban resueltos a entregar sus vidas en obediencia a la palabra del Señor, aun cuando su voluntad no implicara su liberación.

En el Salmo 31:14, encontramos una fe que dice «mas yo»: «Mas yo en ti confío, oh Jehová; digo: "¡Tú eres mi Dios!"». David, el salmista, poseía una fe que dependía únicamente del Señor, independientemente de sus circunstancias. Al reflexionar hoy sobre la fe de «mas yo»

de David, deseo imitarla. Quisiera examinar cinco situaciones específicas en las que David confió en el Señor y aplicar esas lecciones a nuestras propias vidas.

En primer lugar, una fe que dice «sin embargo» confía en el Señor incluso cuando nos encontramos en medio del sufrimiento y la angustia.

Observemos el Salmo 31:9: «Ten misericordia de mí, oh Señor, porque estoy angustiado; mis ojos se debilitan de tristeza, así como mi alma y mi cuerpo». A partir del versículo 9, David describe la situación de dolor extremo que enfrenta, comenzando por hablar de «mi angustia» y «tristeza». En otras palabras, David lidiaba con una angustia y un dolor personales que él experimentaba en soledad. ¿Cuál era la causa? Sus «muchos adversarios» (versículo 11). Sin embargo, esta era meramente una causa externa; en un nivel interno y más profundo, David sufría como consecuencia de su propio pecado (versículo 10). Así como un Dios justo y amoroso disciplina a su pueblo cuando este no se arrepiente tras pecar, David se sentía angustiado por su pecado y sufría a manos de sus enemigos como resultado de la disciplina divina. Cuando estamos angustiados y sufrimos dolor, ¿somos conscientes de si ello se origina en nuestras propias transgresiones? ¿O acaso, en nuestra ignorancia, cometemos un pecado aún mayor contra Dios al culpar a otros y a nuestras circunstancias? David estaba atribulado por su pecado, y esta angustia provocaba el deterioro de sus ojos, su alma y su cuerpo (v. 9). En otras palabras, se estaba deteriorando física y espiritualmente debido a su angustia. No obstante, en medio de tal sufrimiento y angustia, David confió en el Señor y buscó la misericordia de Dios: «Ten misericordia de mí» (v. 9).

Existen dolores que cada uno de nosotros siente y experimenta individualmente; es «mi dolor», no «nuestro dolor». Este «dolor mío» nos causa angustia, y dicha angustia puede conducirnos finalmente a un deterioro físico y espiritual. ¿Cómo podemos, entonces, confiar más profundamente en el Señor cuando nos hallamos en tal estado? Las palabras de Isaías 38:17 —«He aquí, para mi propia paz tuve gran amargura…»— nos ofrecen una

perspectiva bíblica coherente sobre el sufrimiento. Dicha perspectiva es simplemente esta: el sufrimiento nos resulta beneficioso. Para el rey Ezequías, el beneficio del sufrimiento residía en la oportunidad que brindaba de experimentar el amor de Dios; se convirtió en una ocasión para recibir la gracia de la liberación divina y el perdón de «todos sus pecados» (38:17). La perspectiva bíblica sobre la «tristeza» se expone en 2 Corintios 7:10: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte». Cuando afrontamos situaciones angustiosas, nuestra tristeza debe ser una tristeza según Dios, no una tristeza mundana. En otras palabras, en medio de nuestra tristeza, debemos arrepentirnos. Incluso en nuestra debilidad —tanto espiritual como física— debemos arrepentirnos ante Dios.

En segundo lugar, una fe que dice «sin embargo» confía en el Señor aun cuando nos encontramos en medio de la tristeza y el gemido.

Consideremos el Salmo 31:10: «Porque mi vida se va consumiendo de tristeza, y mis años de gemidos; mis fuerzas desfallecen a causa de mi iniquidad, y mis huesos se consumen». La «tristeza» y los «gemidos» de David aquí mencionados resultaron beneficiosos. Dado que David sintió pesar y tristeza conforme a la voluntad de Dios en medio de las dolorosas circunstancias provocadas por su iniquidad (específicamente, la persecución de sus enemigos), dicha tristeza le fue provechosa (versículo 10). A la larga, esta tristeza dio el fruto de llevar a David a confesar sus pecados mientras gemía (32:3). Cuando no nos arrepentimos, la mano del Señor pesa sobre nosotros día y noche (versículo 4). Por tanto, aun cuando sintamos pesar y gemimos de dolor y angustia, debemos confiar en la misericordia del Señor y encomendarle todos nuestros pecados.

Debemos recordar también las palabras del Salmo 30:11, sobre las cuales ya hemos meditado en relación con la «tristeza»: «Has cambiado mi lamento en baile…». Incluso cuando gemimos de tristeza, debemos confiar en el Señor, quien transformará nuestro pesar en baile (gozo). Esto se debe a que la ira del Señor «dura solo un instante, pero su favor

dura toda la vida» (v. 5). Ciertamente, para quienes confían en el Señor, aunque el llanto dure una noche, a la mañana vendrá la alegría (v. 5). En tercer lugar, una fe que dice «no obstante» confía en el Señor incluso cuando enfrentamos la deshonra o el oprobio.

Observemos el Salmo 31:11: «Por causa de todos mis enemigos, soy objeto de absoluto desprecio para mis vecinos y motivo de espanto para mis amigos más cercanos; quienes me ven en la calle huyen de mí». David era odiado y combatido por sus enemigos precisamente a causa de su rectitud (Park Yun-sun). En medio de esto, David quedó aislado incluso de sus vecinos y amigos; no solo sus enemigos, sino también sus vecinos —e incluso sus amigos— le dieron la espalda. Hasta los transeúntes lo evitaban. David se quedó completamente solo. En tal situación, confió únicamente en el Señor. Aun cuando fue prácticamente marginado por la sociedad, David dependió solo del Señor (Salmo 25:16).

Temer a la soledad es algo instintivo en nosotros. Dicho de otro modo, tenemos un deseo innato de ser reconocidos y elogiados por los demás. Al fin y al cabo, nadie quiere verse aislado de la gente. ¿Quién querría ser rechazado por quienes le rodean? Sin embargo, al observar a David en el pasaje de hoy —tan completamente aislado como estaba—, creo que hay momentos en los que nosotros también necesitamos experimentar cierto grado de aislamiento. La razón es que necesitamos poner a prueba nuestra fe para ver si, al igual que David, confiamos únicamente en el Señor cuando enfrentamos situaciones en las que nos sentimos aislados. Somos demasiado propensos a vivir nuestra fe pendientes de los demás; nuestras vidas espirituales se centran en las personas en lugar de en Dios. Debemos prestar atención a las palabras del Dr. Park Yun-sun: «... Los creyentes no necesitan dar gran importancia a los elogios o a las calumnias de la gente de este mundo. Los creyentes deben valorar únicamente la alabanza y el juicio de Dios, y vivir conforme a ese criterio».

En cuarto lugar, una fe del tipo «no obstante» confía en el Señor incluso cuando hemos sido olvidados.

Observemos el Salmo 31:12: «He sido olvidado como un muerto; me he vuelto como una vasija rota». David había sido apartado por la sociedad humana; fue desechado «como una vasija rota». Aquí, «vasija rota» se refiere a una pieza de cerámica hecha añicos; en otras palabras, David se sentía como una persona inútil, como una vasija quebrada. Se había vuelto socialmente inútil por completo. Tal persona es descrita en el Salmo 31:12 como alguien que ha sido «olvidado». Sin embargo, incluso en esos momentos, David confiaba únicamente en el Señor. Aun cuando todos lo marginaban y se convirtió en un hombre olvidado, David dependía solo del Señor.

¿Con qué frecuencia aducimos diversas razones para decir: «Soy inútil: en casa, en la sociedad, en la iglesia, etcétera»? ¿Con qué frecuencia pensamos y decimos: «La gente ya se ha olvidado de mí. Mis mejores años han pasado, así que debería morir pronto»? Personalmente, cuando pienso en cierta diaconisa de nuestra iglesia que padeció demencia antes de fallecer —alguien que había perdido la memoria y que, en cierto sentido, estaba aislada de la sociedad e incluso de nosotros—, estoy convencido de que Dios no la olvidó, sino que la tuvo presente con claridad. Debemos aferrarnos a esta firme convicción. Debemos tener presente que, aunque todos nos den la espalda, nos marginen y la sociedad nos olvide, nuestro Señor ciertamente no nos olvida. Aferrémonos a las palabras de Isaías 49:15: «¿Puede una mujer olvidar a su niño de pecho y no compadecerse del hijo de su vientre? Aunque ellas lo olvidaran, yo no te olvidaré» (cf. Salmo 27:10).

En quinto y último lugar, una fe del tipo «no obstante» confía en el Señor incluso cuando nos vemos atenazados por el miedo.

Observemos el Salmo 31:13: «Porque oigo la calumnia de muchos; el miedo me rodea por todas partes; mientras conspiran juntos contra mí, traman quitarme la vida». La persecución

que enfrentó David implicaba que sus enemigos intentaban destruir su reputación mediante calumnias, aterrorizarlo con amenazas y conspirar para matarlo (Park Yun-sun). Sin embargo, aun en medio de circunstancias tan aterradoras, David confió únicamente en el Señor.

Al igual que David, debemos confiar solo en el Señor cuando el temor nos rodea. En esos momentos, ¡aferrémonos todos a las palabras de Isaías 41:10!: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré, sí, te ayudaré, te sostendré con la diestra de mi justicia».

Poseyendo esta fe del «sin embargo» —una determinación de confiar únicamente en el Señor sin importar la situación—, David finalmente hace esta confesión: «Tú eres mi Dios» (Salmo 31:14). Incluso en medio del dolor y la preocupación, de la tristeza y el lamento —aun cuando enfrentamos insultos, somos olvidados o vivimos con miedo—, Dios sigue siendo Dios. Reconociendo la soberanía de Dios y confiando en que estamos dentro de su voluntad, incluso cuando no la comprendemos plenamente, debemos confesar con fe: «El Señor es mi Dios». Esta es la esencia de la fe del «sin embargo». Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas que posean esta fe del «sin embargo».

Quien confía en Dios

[Salmo 31:15-24]

¿Confías en Dios? ¿Cómo es el camino de la confianza? Brennan Manning lo expresa así: «El camino de la confianza no consiste en adentrarse en un futuro totalmente planificado, determinado y claramente trazado; más bien, es dar un paso hacia un mundo ambiguo, incierto y desconocido. El siguiente paso solo se revela al discernir la obra de Dios en el desierto del momento presente. Es la vida de un peregrino que deja atrás un mundo claro, seguro y protegido para adentrarse en lo desconocido, sin ninguna explicación racional que justifique sus decisiones o garantice el futuro. Esa es la cruda realidad de la confianza. ¿Por qué lo hacemos? Porque Dios ha dado la señal de avanzar y ha ofrecido su presencia y sus promesas» (Internet). Por supuesto, es probable que hubiera días en los que la ansiedad y la incertidumbre dominaran el viaje del peregrino hacia lo desconocido. Sin embargo, también hubo momentos en los que una voz suave nos tranquilizaba: «No temas, porque yo estoy contigo…» (Isaías 41:10). ¿Qué podría inspirar más confianza que el hecho de que Dios está con nosotros? Incluso en la encrucijada entre la vida y la muerte, Job confesó: «Aunque él me mate, en él confiaré» (Job 13:15). ¡Qué nivel tan asombroso de confianza! Al observar a Job, quien confiaba en Dios más que en su propia vida, debemos preguntarnos si realmente confiamos en Dios de la misma manera que él lo hizo.

¿Estás haciendo una confesión como la de Job? ¿Crees, como sugería Brennan Manning, que nada inspira mayor confianza que la realidad de la presencia de Dios con nosotros? Hoy, centrándonos en el Salmo 31:15-24, quisiera reflexionar sobre el título «Aquellos que

confían en Dios» —específicamente, cómo actúan tales personas— considerando tres puntos y aplicándolos a nuestras vidas.

En primer lugar, quienes confían en Dios saben que cada acontecimiento que encuentran a lo largo de sus vidas está en las manos del Señor.

Observemos el Salmo 31:15: «En tu mano están mis tiempos; líbrame de la mano de mis enemigos y de los que me persiguen». Aquí, la frase "mis tiempos" se refiere a los acontecimientos y circunstancias de toda la vida de una persona (Park Yun-sun). Significa que cada suceso, circunstancia y cambio en la vida del salmista David estaba en las manos del Señor. David conocía y creía en este hecho. Poseyendo una fe que decía "aun así", David dependía totalmente del Señor en cada situación. Mantenía la convicción de que todas las cosas estaban bajo el control del Señor. En consecuencia, debido a que confiaba en Dios, David se apoyaba en la misericordia amorosa del Señor sin importar lo que sucediera en su vida. Observemos el Salmo 31:16: "Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo; sálvame por tu misericordia". David sufría persecución por parte de sus enemigos (v. 15). Estos enemigos eran malvados (v. 17); en su arrogancia, atacaban insolentemente a David con palabras duras y proferían mentiras (v. 18). Incluso en tal situación, David —quien confiaba en Dios— anhelaba el rostro del Señor. Oraba para que el Señor hiciera resplandecer su rostro sobre él durante este tiempo de sufrimiento porque, en los momentos de adversidad, uno puede sentir como si el Señor hubiera ocultado su rostro (v. 16). Al hacerlo, se apoyaba en la misericordia amorosa del Señor. ¿No es algo extraordinario? ¿Verlo apoyarse en la misericordia amorosa de Dios incluso en medio de la persecución de sus enemigos? Aquellos que confían en Dios dependen de la misericordia amorosa del Señor. Y puesto que quienes dependen de la misericordia amorosa del Señor saben que la mano del Señor es incomparable a "la mano del enemigo y del perseguidor", poseen la certeza de que el Señor ciertamente los librará y salvará (versículo 15). Al orar con esta certeza, David también confiaba en que el Señor no lo avergonzaría, sino que avergonzaría a los impíos (versículo 17). ¿Cómo podría Dios avergonzar a un creyente que confía en Él? Más bien, el Señor

avergüenza a los enemigos de los santos; frustra sus expectativas, dejándolos decepcionados y humillados (Park Yun-sun). David estaba seguro de esto.

Nosotros también debemos vivir con tal certeza. ¿Qué clase de certeza? Debemos tener la certeza de que todo lo que encontramos a lo largo de nuestra vida está en las manos del Señor. Aun cuando no comprendamos la voluntad del Señor en el preciso momento en que enfrentamos adversidades, dificultades o sucesos dolorosos, debemos creer y estar seguros de que permanecemos dentro de Su voluntad. Aferrándonos a esta certeza, debemos confiar en la bondad amorosa de Dios y buscar fervientemente Su gracia salvadora.

En segundo lugar, quienes confían en Dios reconocen la magnitud de la gracia que el Señor ha otorgado.

Observemos el Salmo 31:19: «¡Cuán grande es tu bondad, que has reservado para los que te temen, que has otorgado a los que se refugian en ti, a la vista de los hijos de los hombres!». Incluso en medio de la persecución de enemigos arrogantes y malvados, David miraba hacia el pasado y meditaba en la gran gracia que el Señor le había concedido. Es interesante notar que nuestro Dios reserva gracia para aquellos que le temen —es decir, que le reverencian—; en otras palabras, Él es un Dios que acumula gracia para el futuro. En última instancia, al reflexionar sobre la gran gracia que Dios había mostrado en el pasado mientras atravesaba un sufrimiento intenso, David comprendió que la gracia recibida era algo que Dios había reservado para él de antemano. Estaba convencido de que Dios ya había reservado una gran gracia para él, incluso en medio de su sufrimiento presente. ¿Acaso nosotros también, al enfrentar circunstancias dolorosas, esperamos con confianza que el Señor ya haya reservado —o preparado— una gran gracia para nosotros en este mismo momento? ¿Cuál fue la gracia que Dios otorgó a David? ¿En qué gran gracia específica del pasado meditaba David? Fue la protección de Dios. Observemos el Salmo 31:20: «Los escondes en lo secreto de tu presencia de las conspiraciones del hombre; los guardas en un pabellón de la

contienda de lenguas». David recordaba cómo Dios lo había protegido cuando sus enemigos conspiraban para hacerle daño y lo perseguían mediante la «contienda de lenguas», es decir, calumniándolo con sus palabras (v. 20). David describió esta protección utilizando verbos como «esconder» y «guardar», junto con expresiones tales como «lo secreto de tu presencia» y «un pabellón» (v. 20). David ya había expresado una oración llena de confianza en el Salmo 27:5: «Porque en el día de la angustia él me mantendrá a salvo en su morada; me esconderá al amparo de su tienda sagrada y me pondrá en alto, sobre una roca». David reflexionaba sobre la gracia salvadora que Dios había mostrado en el pasado: cómo Dios lo había protegido en tiempos de peligro, escondiéndolo y ocultándolo para que nadie pudiera hacerle daño. Con la firme convicción de que todo está en manos del Señor, David meditaba en la gracia pasada de Dios en medio de sus tribulaciones y persecuciones, seguro de que el Señor volvería a protegerlo.

En medio de nuestras dolorosas circunstancias actuales, nosotros también debemos reflexionar sobre la gracia que Dios nos ha mostrado en el pasado, tal como lo hizo David. Debemos recordar el favor que Dios ha demostrado al protegernos y velar por nosotros. Debemos creer —creer firmemente— que el Señor ya ha reservado una gran gracia para derramarla sobre nosotros, incluso en medio de nuestro sufrimiento presente. Y debemos confiar en que Él derramará esa gran gracia cuando enfrentemos adversidades, dificultades y dolor.

Finalmente, el tercer punto: quienes confían en Dios obedecen los mandamientos del Señor.

En el pasaje de hoy, Salmo 31:21–24, David afirma que aquellos que confían en Dios obedecen tres mandamientos del Señor:

(1) El primer mandamiento es: «Alaben al Señor».

«¡Alabado sea el Señor, pues me mostró las maravillas de su amor cuando yo estaba en una ciudad sitiada!» (v. 21). Quienes confían en Dios —creyendo que todo está en manos del Señor y meditando en la gran gracia que Él mostró en el pasado— alaban a Dios incluso mientras enfrentan circunstancias dolorosas en el presente. En particular, David alababa a Dios al reflexionar sobre la gran gracia de Aquel que «me mostró su maravillosa misericordia en una ciudad sitiada» (v. 21). Alababa a Dios por la gracia y el amor que Él había demostrado al rescatarlo del peligro y colocarlo en un refugio seguro. ¿Qué debemos hacer nosotros, entonces? Como quienes confían en Dios, incluso cuando atravesamos sufrimientos, nosotros también debemos alabarle —tal como lo hizo David— meditando en el amor maravilloso que nos ha demostrado en el pasado.

(2) El segundo mandato es: «Amen al SEÑOR».

Observemos el Salmo 31:23: «¡Amen al SEÑOR, todos sus santos! El SEÑOR preserva a los fieles, pero recompensa abundantemente a quien actúa con soberbia». David, quien confiaba en Dios, experimentó «el amor inagotable del Señor» en medio de la persecución de sus enemigos (versículo 16). Experimentó la gran gracia de recibir la misericordia salvadora y la protección del Señor. Ese amor del Señor es un «maravilloso amor inagotable» (versículo 21). Habiendo experimentado este amor, David exhorta: «¡Amen al SEÑOR, todos sus santos...!» (versículo 23). Debemos amar a Dios. Este es el mandamiento de Jesús. ¿Quién es el que ama a Dios? El que ama a Dios es el «fiel» (versículo 23). Dios protege a aquellos que confían fielmente en Él y viven una vida de fe. Sin embargo, Dios revela su justicia hacia aquellos que actúan con soberbia.

(3) El tercer mandato es: «Esfuérzate y sé valiente».

Observemos el Salmo 31:24: «Esfuérzate y cobra ánimo, todos ustedes que esperan en el SEÑOR». Últimamente, al meditar en Josué 1:6–9, me he centrado particularmente en la instrucción de «esforzarse y ser valiente» (versículos 6, 7 y 9). Me siento desafiado a ser

fuerte y valiente porque Dios está con nosotros. También reflexiono sobre la necesidad de ser fuerte y valiente porque el Dios que está con nosotros nos ha dado sus promesas y ciertamente las cumplirá. Aquellos que confían en Dios son fuertes y valientes.

Nosotros somos quienes confiamos en Dios. Somos quienes vivimos vidas de peregrinos aventurándonos hacia lo desconocido. Hemos emprendido esta peregrinación debido a la presencia de Dios y a las promesas que Él nos ha dado. Al recorrer el camino de fe hacia la Tierra Prometida —el cielo—, debemos tener la certeza de que todo lo que sucede a lo largo del viaje está en las manos soberanas de Dios. Además, en medio de las tribulaciones y el sufrimiento que enfrentamos actualmente, debemos recordar la gran gracia que Dios ha otorgado en el pasado; al hacerlo, debemos orar por la gracia abundante que Él ha preparado para nosotros —incluso en nuestras dificultades presentes—, esperarla y aguardarla con expectación. En este proceso, debemos alabar al Señor y amar a Dios, fortalecidos por su gracia. Además, como quienes miran a Dios en medio de las pruebas y el dolor presentes, debemos avanzar hacia ese hogar celestial con fortaleza y valentía.

La persona bienaventurada

[Salmo 32]

Si observamos Jeremías 17:7–8, podemos apreciar similitudes con el mensaje del Salmo 1. Estos pasajes comparten un tema común: identificar quién es la persona bienaventurada. El profeta Jeremías afirma que la persona bienaventurada es aquella que «confía en Dios». Describe a tal persona de la siguiente manera: «Será como un árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces hacia la corriente. No teme cuando llega el calor; sus hojas siempre están verdes. No se preocupa en años de sequía y nunca deja de dar fruto» (Jeremías 17:8). Al meditar conjuntamente en el Salmo 1 y en Jeremías 17:7–8, podemos llegar a esta conclusión: «La persona bienaventurada es aquella que confía en Dios y medita en su palabra día y noche». En cierto sentido, confiar en Dios significa confiar en su palabra; creer en las promesas de Dios es sinónimo de confiar en Dios mismo.

En el pasaje de hoy, Salmo 32:1–2, la frase «Bienaventurado aquel» se repite dos veces. El salmista David revela una vez más la identidad de la persona bienaventurada. Centrándome en este texto, quisiera reflexionar sobre tres características de la persona bienaventurada y recibir humildemente la gracia que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la persona bienaventurada es aquella que ha recibido el perdón de los pecados (versículos 1–5).

Observemos el Salmo 32:1: «Bienaventurado aquel cuyas transgresiones son perdonadas, cuyos pecados son cubiertos». Aquí, la palabra «perdonadas» implica «ser eliminadas»,

mientras que «cubiertos» significa «volverse invisibles incluso a los ojos de Dios» (Park Yun-sun). En otras palabras, una persona bienaventurada es alguien cuyos pecados han sido completamente eliminados ante la vista de Dios. Con tres hijos en casa, el hogar suele estar desordenado. Sin embargo, la semana pasada vinieron mi suegra y mi cuñada y ordenaron todo; me quedé asombrado de lo limpio que quedó el lugar. No obstante, hubo algo que no se tocó: el cubo de basura que estaba afuera. Así pues, el lunes pasado por la mañana, después de que el camión de la basura se llevara los residuos, lavé el cubo a fondo con agua, lo puse boca abajo y dejé que se secara. Aquello pareció eliminar el mal olor; el cubo quedó realmente limpio. Creo que en nuestra vida de fe también hay cosas en nuestro interior que se están pudriendo: pecados de hedor repugnante, comparables a la fetidez de un cubo de basura. Sabemos que deberíamos irradiar la fragancia de Cristo; sin embargo, a menudo luchamos contra pecados personales —pecados de los que no nos hemos arrepentido— que nos impiden hacerlo. Podemos sentirnos frustrados cuando, aun sabiendo que debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos, nos vemos incapaces de lograr un arrepentimiento genuino. Esto sucede porque llegamos a comprender que incluso el arrepentimiento es imposible sin la gracia de Dios. ¿Cómo debemos, entonces, abordar la cuestión de nuestro pecado? Podemos considerar algunos puntos:

(1) Debemos confesar nuestros pecados a Dios.

En otras palabras, debemos reconocer nuestros pecados como tales ante el Dios santo. Si no lo hacemos, podríamos acabar gimiendo todo el día, tal como le ocurrió a David (versículo 3). ¡Qué angustia debió de sentir David al gemir durante todo el día —hasta el punto de que sus propios huesos se consumían— por no haber confesado su pecado! Apenas podemos imaginarlo. El Dr. Park Yun-sun comentó una vez sobre el pecado no confesado: «El pecado es algo virulento. Si lo mantenemos encerrado en nuestro interior, extingue la vida que hay en nosotros».

(2) Debemos anhelar que la mano del Señor pese sobre nosotros.

Observemos el Salmo 32:4: «Porque de día y de noche tu mano pesaba sobre mí; mi vitalidad se convirtió en sequedad de verano (Selah)». El significado literal en hebreo de la palabra traducida aquí como «presionar» o «pesar» es «pesado» (Park Yun-sun). Esto se refiere a cómo el Señor hace sentir su peso sobre nuestros corazones cuando no confesamos nuestros pecados. Necesitamos sentir esa pesadez en el corazón tras cometer un pecado. Personalmente, al examinarme, descubro que a menudo tomo el pecado a la ligera; en consecuencia, siento poca pesadez en el corazón y experimento menos angustia interior. Sin embargo, al reconocer esto en mí mismo, confieso que necesito anhelar la gracia de la mano del Señor presionando sobre mí «día y noche» —tal como sucedió con David— cuando no confieso mis pecados. Finalmente, después de que la mano del Señor pesara sobre él, David dejó de ocultar su pecado y lo confesó a Dios: «Dije: "Confesaré mis transgresiones al SEÑOR", y Tú perdonaste la iniquidad de mi pecado (Selah)» (versículo 5). Aquí somos testigos de la gracia y el amor de Dios, quien finalmente saca a la luz nuestros pecados y nos guía a confesarlos y arrepentirnos. ¡Qué bendición tan maravillosa de Dios es esta!

Entonces, ¿qué significa confesar los propios pecados? Podemos considerarlo de dos maneras (Park Yun-sun):

(1) Es reconocer la propia falta ante Dios.

No es simplemente un acto superficial destinado a guardar las apariencias o engañar la mirada de los demás. Cuando un pecador reconoce sinceramente su pecado de esta manera, Dios se complace en esa actitud.

(2) El acto de confesión es una expresión de fe en el amor de Dios.

Por lo tanto, el Dios fiel se asegura de que tal fe no falle ni sea en vano. Así pues, debemos confesar nuestros pecados al Dios santo. Debemos estar libres de engaño en nuestros

corazones (versículo 2). Quien está libre de engaño en su corazón es alguien que se arrepiente sin ocultar su pecado. En consecuencia, no es condenado por Dios; dicho de otro modo, su pecado no se le toma en cuenta (Park Yun-sun). Y la persona que recibe el perdón —a quien no se le imputa el pecado— no solo es bendecida, sino verdaderamente feliz (Romanos 4:6).

En segundo lugar, la persona bendecida es una persona piadosa (Salmo 32:6–9).

Observemos el Salmo 32:6: «Por eso, que todo piadoso ore a Ti mientras puedas ser hallado; ciertamente, cuando las grandes aguas se desborden, no llegarán hasta él». A los ojos de Dios, la persona bendecida es la persona piadosa. ¿Quién es, entonces, la persona piadosa? ¿Se refiere a alguien que nunca ha cometido pecado? No, ese no es el caso. Una persona piadosa es aquella que recibe el perdón de los pecados al confesarlos a Dios. En términos más teológicos, una persona piadosa es alguien a quien Dios ha declarado justo; es decir, un "justo". Tal persona aprovecha la oportunidad de oración que Dios le concede y ora al Señor (versículo 6). Para David, la oportunidad de encontrarse con el Señor en oración surgió durante el tiempo en que aún no se había arrepentido (versículos 3-4). En otras palabras, el preciso momento en que la mano del Señor pesaba sobre él —mientras permanecía sin arrepentirse— fue la oportunidad para encontrarse con el Señor. En tales momentos, nosotros también debemos seguir el ejemplo de David confesando nuestros pecados y elevando oraciones de arrepentimiento a Dios. ¿Cuál fue el resultado cuando David confesó sus pecados y se arrepintió? Dicho de otro modo, ¿cómo fue respondida su oración?

(1) La primera respuesta a su oración fue el perdón de los pecados (versículos 1-2).

(2) En segundo lugar, la respuesta que David recibió fue la liberación de la angustia (última parte del versículo 6).

En otras palabras, Dios nos otorga la gracia de la salvación incluso en medio de nuestras aflicciones (Park Yun-sun).

(3) En tercer lugar, David recibió la protección de Dios como respuesta a su oración (versículo 7).

David ya no estaba bajo la ira de Dios (versículo 4); por el contrario, cobró confianza en que alabaría a Dios, sabiendo que Él se había convertido en su escondite y que le brindaría ayuda en el día de la angustia (versículo 7; Park Yun-sun). Por tanto, nosotros también debemos aprovechar la oportunidad de encontrarnos con el Señor y orarle, tal como lo hizo David. El preciso momento en que la mano del Señor pesa sobre nosotros porque aún no hemos confesado nuestros pecados es la oportunidad para encontrarnos con el Señor. En ese instante, debemos invocarle fervientemente. Además, debemos recibir respuestas a nuestras oraciones por parte del Señor. Necesitamos obtener el perdón de nuestros pecados y hallar salvación en medio de las tribulaciones que enfrentamos, recibiendo así la protección del Señor, quien es nuestro refugio.

Por último, el tercer punto es que la persona bienaventurada es aquella que confía en Dios (versículos 10-11).

Observemos el Salmo 32:10: «Muchos dolores habrá para el impío; mas al que espera en Jehová, le rodea la misericordia». En otras palabras, mientras que los impíos que no se arrepienten enfrentan muchos dolores, aquellos que confían en Dios —y, por tanto, se arrepienten de sus pecados— son rodeados por el amor inagotable de Dios. Tras haber experimentado el amor inagotable de Dios, David decide enseñar a otros (versículo 8). ¿Qué decide enseñar? El arrepentimiento. David cobró el valor para instar a otros a arrepentirse solo después de experimentar personalmente el gozo del perdón mediante su propio arrepentimiento (Salmo 51:13) (Park Yun-sun). ¿Cuál era el contenido de la exhortación de David sobre el arrepentimiento? Observemos el Salmo 32:9: «No seáis como el caballo, o

como el mulo, sin entendimiento, que han de ser refrenados con cabestro y con freno, porque si no, no se acercan a ti». La instrucción de no ser «como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento» es una exhortación a no ser la clase de persona que se niega a obedecer a menos que se le obligue a someterse (Park Yun-sun). No debemos endurecer nuestros corazones. Cuando tenemos pecados de los cuales arrepentirnos, debemos hacerlo ante el Señor. No debemos ser como «el caballo o el mulo, sin entendimiento», negándonos a arrepentirnos hasta que Dios se vea obligado a intervenir.

Tras haber confesado sus pecados y haberse arrepentido de ellos, David declara: «¡Alegraos en Jehová y gozaos, justos; y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón!» (versículo 11). Aquí, los «justos» y los «rectos de corazón» se refieren a aquellos que se han arrepentido (Park Yun-sun). David exhorta a quienes se han arrepentido a regocijarse y alegrarse en Dios, y los anima a alabar a Dios con júbilo. Debemos arrepentirnos verdaderamente ante Dios para recibir el perdón de los pecados y ser declarados justos. Por tanto, oro para que usted y yo lleguemos a ser personas que confíen plenamente en Dios y se regocijen en Él.

El deber de los rectos

[Salmo 33]

Al meditar en Jeremías 1:4–10, comprendí cuál es el deber adecuado de aquellos que proclaman o enseñan la Palabra. El versículo 7 resume bien esta lección: «Pero el Señor me dijo: "No digas: 'Soy demasiado joven'. Debes ir a todos aquellos a quienes te envíe y decir todo lo que yo te ordene"». De esto extraje tres lecciones: (1) No debo decir: «Soy demasiado joven». No debo poner excusas como «no soy capaz y no puedo hacerlo» o «todavía soy demasiado joven». (2) Debo ir cuando el Señor lo ordene. Nos guste o no, si el Señor nos manda ir, debemos ir. (3) Debo hablar cuando el Señor lo ordene. Como predicadores y maestros de la Palabra, no debemos temer las reacciones de la gente; más bien, sabiendo que el Señor está con nosotros, debemos proclamar y enseñar la Palabra con valentía. Es, en verdad, una tarea desafiante, pues la Palabra de Dios puede tanto edificar como derribar a quienes la escuchan (versículo 10). Me pregunto si nosotros, a quienes se nos ha confiado la Palabra, estamos cumpliendo actualmente con este deber de manera honesta y fiel.

¿Estamos los cristianos, como hijos santos de Dios que vivimos en este mundo, cumpliendo adecuadamente con nuestros deberes? Sin embargo, antes de plantear esta pregunta, debemos responder primero: ¿cuál es exactamente nuestro deber? En el Salmo 33:1, el salmista declara: «¡Alégrense en el Señor, oh justos! Porque la alabanza de los rectos es hermosa». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre tres cosas que nosotros, los cristianos —como justos que hemos sido justificados y como personas rectas—, debemos hacer, y considerar cómo aplicarlas a nuestras vidas.

En primer lugar, el deber propio de los rectos es la alabanza.

Observemos el Salmo 33:1: «¡Alégrense en el Señor, oh justos! Porque la alabanza de los rectos es hermosa». La razón por la que solo los rectos pueden ofrecer una alabanza verdadera es que ellos son los únicos que no buscan glorificarse a sí mismos mientras alaban a Dios (Park Yun-sun). ¿Por qué dice la Biblia que los rectos deben alabar a Dios? Es porque Dios es nuestro Creador (versículos 6-7). ¿Qué clase de Creador es Él? Es el Dios Creador que hizo los cielos mediante su palabra (versículo 6). Debemos alabar a Dios porque Él, quien lleva a cabo la obra de la nueva creación, obra en nuestros corazones a través de su poderosa palabra para transformarnos, dándonos un corazón nuevo. ¿Cómo, entonces, debemos alabar a Dios? Debemos alabarlo con instrumentos musicales y acción de gracias (versículo 2), y cantarle con gozo un cántico nuevo (versículo 3). ¿Por qué debemos alabar a Dios con un cántico nuevo? Porque los creyentes experimentan un gozo renovado y una profunda emoción que surgen del gran acto de salvación de Dios (Park Yun-sun). Nosotros, los justos y rectos, debemos experimentar este gozo y emoción renovados cada día. Al experimentar y comprender que el Espíritu Santo —aquel que realiza la obra de la nueva creación— está transformando cada vez más nuestros corazones a semejanza del corazón de Jesús mediante la Palabra de Dios, debemos sentir un gozo nuevo y una profunda emoción en nuestros corazones cada día. Por tanto, debemos alabar a Dios con gozo mediante un cántico nuevo y ofrecerle alabanza con instrumentos y acción de gracias.

En segundo lugar, la conducta adecuada para los rectos es actuar con rectitud y verdad.

Observemos el Salmo 33:4: «Porque recta es la palabra del Señor y verdadera; Él es fiel en todo lo que hace». ¿Qué significa aquí actuar con rectitud y verdad? Podemos considerarlo de dos maneras, que son como las dos caras de una misma moneda.

(1) Actuar con rectitud y verdad significa obedecer la Palabra recta de Dios.

Para obedecer la Palabra de Dios, necesitamos un corazón que tema a Dios (versículo 8). Cuando tememos a Dios y obedecemos su Palabra, se cumple la voluntad del Señor (versículo 9). En otras palabras, cuando obedecemos la Palabra de Dios, cumplimos la voluntad del Señor y establecemos firmemente sus propósitos. Sin embargo, si desobedecemos la Palabra de Dios, Él frustra nuestros planes y hace inútiles nuestros pensamientos y proyectos (versículo 10). La incredulidad conduce a la desobediencia, y la consecuencia de la desobediencia es que nuestros planes son frustrados y nuestros pensamientos —nuestros proyectos— se vuelven inútiles.

(2) Actuar con rectitud y verdad significa amar lo que Dios ama.

¿Qué es lo que Dios ama? Observemos el Salmo 33:5: «El Señor ama la justicia y el derecho; la tierra está llena de su amor inagotable». Aquí vemos dos atributos de la santidad de Dios: la «justicia» y el «amor». Curiosamente, aunque ambos coexisten en Dios, la medida de su amor es aún más abundante que la de su justicia, pues llena el mundo entero (v. 5) (Park Yun-sun). En consecuencia, recibimos muchas más bendiciones nacidas del amor de Dios que calamidades resultantes de su justicia. Por tanto, quienes aman al Dios de justicia y amor —y aman esa misma justicia y ese mismo amor— le reverencian y ponen su esperanza en su amor inagotable (v. 18). Respecto a tales personas, la Biblia declara: «El Señor vela por quienes le temen, por quienes esperan en su amor inagotable, para librar sus almas de la muerte y mantenerlos con vida en tiempos de hambre» (vv. 18-19).

En tercer y último lugar, la conducta adecuada para los rectos consiste en hacer del Señor su Dios.

Consideremos el Salmo 33:12: «Bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él eligió como su heredad». El salmista es una de esas personas bienaventuradas que han hecho del Señor su Dios. Él nos enseña que los rectos hacen del Señor su Dios. Esto se debe a que Dios nos eligió antes de la fundación del mundo para ser su pueblo y sus hijos.

Así, somos la «heredad de Dios»; es decir, somos posesión propia de Dios (Park Yun-sun). Como posesión de Dios, los rectos se regocijan en Él y confían plenamente en Él (v. 21). La duda trae tristeza, mientras que la fe produce gozo (Spurgeon). ¿Por qué, entonces, los rectos se regocijan en Dios y confían en Él? La razón es que Dios es el auxilio y el escudo de los rectos (versículo 20). Tales personas rectas son bienaventuradas. ¿Qué clase de bendiciones reciben? Podemos considerar dos puntos al respecto.

(1) Los justos —es decir, los bienaventurados— viven bajo la providencia de Dios (versículos 13-14).

Nuestro Dios es quien gobierna todos los asuntos de la tierra mediante su providencia. Con absoluta soberanía, discierne los corazones de las personas y gobierna sobre ellas (Park Yun-sun). Los justos son bienaventurados porque viven bajo el gobierno de su providencia. Esta es, sin duda, una profunda bendición.

(2) Los justos —es decir, los bienaventurados— reciben la gracia salvadora de Dios.

Consideremos el Salmo 33:18-19: «El Señor vela por los que le temen, por los que esperan en su amor inagotable, para librarlos de la muerte y mantenerlos con vida en tiempos de hambre». Este pasaje implica que los justos pueden enfrentar situaciones de vida o muerte o tiempos de escasez. La Escritura no define a una persona bienaventurada como aquella que está libre de tales pruebas. Más bien, los justos son bienaventurados porque Dios vela por ellos, los rescata en las crisis y los sustenta en los momentos de necesidad. Nosotros también estamos experimentando esta bendición en nuestras propias vidas.

Ayer visité a mi querida suegra en el hospital; ella es una mujer que ha hecho del Señor su Dios, canta sus alabanzas y camina en la verdad. Mi suegro alabó a Dios al presenciar cómo Él le había salvado la vida cuando estuvo al borde de la muerte tras un accidente automovilístico, y cómo continúa obrando, logrando una recuperación asombrosa.

Después, mi suegro la miró con amor y la besó en la frente. Al presenciar esa escena, experimenté la bondad amorosa de Dios. Al ver a una hermosa pareja amándose con el amor de Cristo, vislumbré las bendiciones que Dios concede a los justos. También fui testigo de la bendición de Dios de una recuperación extraordinariamente rápida tras una lesión en la cabeza sufrida en un accidente automovilístico, un testimonio de su providencia. Al ver a mis suegros —quienes han hecho del Señor su Dios— en la unidad de cuidados intensivos, no pude evitar alabarlo.

[Himno 424: Señor, mi vida]

1. Señor, que eres mi vida, vengo ante ti; límpiame con tu preciosa sangre derramada y acéptame.

2. Al transitar por este mundo atribulado, guíame; si camino con fe en ti, no me extraviaré.

3. Mientras viva en este mundo, te amaré aún más; mi alma entrará en el brillante y radiante Reino de los Cielos.

{Coro} Día tras día, alabaré al Señor; átame firmemente con los lazos de tu amor. Amén.

Incluso cuando las cosas no salen según mis planes

«Los planes del SEÑOR permanecen firmes para siempre, los propósitos de su corazón por todas las generaciones» (Salmo 33:11).

Últimamente, el Espíritu Santo que habita en mí me ha llevado a cantar un himno en particular: «Gracias, Señor, por salvarme». Aunque no recuerdo la letra completa de memoria, el simple hecho de cantar y reflexionar sobre la frase inicial —«Gracias, Señor, por salvarme»— me llena de gozo y fortaleza. Cuanto más canto este himno, más rebosa mi corazón de gratitud. Es una gratitud que abraza los sentimientos expresados en la letra: dar gracias a Dios por la rosa y por sus espinas, y agradecerle tanto por las oraciones respondidas como por aquellas que Él decidió no conceder. Por supuesto, desde mi propia perspectiva humana, podría sentirme más agradecido si una oración fuera respondida afirmativamente en lugar de ser denegada, o si tuviera rosas sin espinas; sin embargo, el Espíritu Santo que mora en mí me capacita para ver las cosas desde la perspectiva de Dios. Él me guía a dar gracias incluso cuando las oraciones quedan sin respuesta y a estar agradecido por las dificultades —semejantes a espinas— que se permiten a lo largo de mi camino de fe. En particular, cuando las situaciones no se desarrollan según mis pensamientos y planes, el Espíritu Santo me ayuda a creer en los pensamientos y planes de Dios. Él me capacita para aceptar una realidad distinta a mis expectativas y me lleva a orar para que se cumplan la voluntad y el plan de Dios: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» y «No según mi plan, sino según el tuyo».

Proverbios 19:21 afirma: «Muchos son los planes en el corazón del hombre, pero es el propósito del SEÑOR el que prevalece». ¿Qué significa esto? En primer lugar, nos dice que, efectivamente, existen muchos planes en el corazón humano. Esto implica que, mientras vivimos en esta tierra, es necesario que tracemos diversos planes. Vivir sin rumbo y sin ningún plan —simplemente alegando que «con que se haga la voluntad de Dios basta»— refleja una mentalidad desequilibrada y una actitud de fe irresponsable. No obstante, aun cuando trazamos nuestros caminos en el corazón, debemos reconocer que es Dios quien dirige nuestros pasos (16:9). Debemos desear fervientemente que solo la voluntad de Dios permanezca firme. Ya sea a través de nuestros planes o de cualquier otra manera, debemos orar para que la voluntad soberana de Dios se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo.

El Salmo 33:11 nos dice que los planes de Dios permanecen para siempre y que sus propósitos perduran a través de todas las generaciones. En otras palabras, los planes de Dios y las intenciones de su corazón son eternos. Los planes que Él establece soberanamente —arraigados en un corazón que ama la justicia y el derecho (v. 5) y que es recto y verdadero (v. 4)— perduran para siempre. Puesto que Él es fiel (v. 4), todas sus obras son también fieles (v. 4). Por tanto, lo que Él dice ciertamente se cumplirá (v. 9). Consideremos Números 23:19: «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. ¿Acaso dice algo y no lo hace? ¿Promete algo y no lo cumple?». Nuestro Dios es fiel y lleva a cabo infaliblemente lo que ha dicho. Observemos también Isaías 55:11: «Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo deseo y cumplirá el propósito para el cual la envié». La palabra que procede de la boca de Dios nunca regresa a Él vacía; cumple infaliblemente su buena voluntad y lleva a cabo su obra. ¡Qué gran consuelo nos brinda esto! Podemos albergar esperanza porque Dios es fiel (Salmo 33:4) y cumple infaliblemente las palabras que ha pronunciado (versículo 9). ¿Qué clase de esperanza es esta? Es la esperanza de que la palabra prometida por Dios se cumplirá. Gracias a esta esperanza, podemos perseverar y resistir. Gracias a esta esperanza, nos regocijamos incluso en la tribulación y cumplimos nuestra misión con

firmeza. Gracias a esta esperanza, no rehuimos llevar las marcas de Jesús en nuestros cuerpos; más bien, las consideramos motivo de gloria (cf. Gálatas 6:17). Por tanto, aunque nuestros propios planes no lleguen a realizarse, no podemos dejar de dar gracias a Dios (cf. Salmo 33:10). Incluso si las cosas no suceden según nuestras expectativas, nos sentimos impulsados a ofrecer cánticos de acción de gracias a Dios. Dado que Dios ya ha realizado, está realizando y finalmente realizará la salvación que se nos prometió en Jesucristo, estamos obligados a darle gracias a lo largo de nuestra vida y en toda circunstancia.

Job 42:2 declara en la Biblia: «Yo sé que todo lo puedes, y que ningún propósito tuyo puede ser impedido». Para nuestro Dios Todopoderoso, nada es imposible y ningún plan está fuera de su alcance. El Dios fiel ciertamente llevará a cabo su gran plan de salvación en Jesucristo por medio del Espíritu Santo. Aunque las cosas no salgan según nuestros planes, el plan de Dios se cumplirá con certeza y eternamente.

¡Vístanse de resplandor!

[Salmo 34:1-7]

Efesios 5:27 afirma que el propósito del amor del esposo hacia su esposa es presentarla como una «iglesia gloriosa» ante Jesús. La «iglesia gloriosa» a los ojos del Señor se refiere a una iglesia que es «santa y sin mancha», libre de cualquier «mancha o arruga o cosa semejante» (v. 27). Este es precisamente el propósito por el cual el Señor —la Cabeza de la iglesia— ama a nuestra iglesia. Nuestro Señor nos ama hasta el fin porque desea constituirnos como Su iglesia gloriosa. Entonces, ¿qué deben hacer los esposos para constituir a sus esposas como esposas gloriosas? En Efesios 5:25-26, Pablo responde: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra». En otras palabras, la Biblia enseña que es responsabilidad del esposo purificar a su esposa —específicamente a través de la Palabra de Dios— y, de este modo, constituirla como una esposa gloriosa.

El Salmo 34:5 dice: «Miraron a él y fueron radiantes, y sus rostros no fueron avergonzados». Aquí, la expresión «fueron radiantes» (literalmente «vestidos de resplandor») significa convertirse en luz o brillar intensamente como una lámpara (Park Yun-sun). El significado del versículo 5 es que David —quien había sido expulsado tras fingir locura ante Abimelec— y otros como él que están «afligidos» (versículo 2), reciben gracia espiritual en medio de sus adversidades mientras miran con certeza hacia una esperanza futura bendita al esperar en el Señor (Park Yun-sun). Hoy, centrándome en el Salmo 34:1–7 y en el tema «Vístanse de resplandor», deseo reflexionar sobre dos cosas que hacen aquellos vestidos de resplandor;

espero que aprendamos de estas lecciones, las obedezcamos y vivamos vidas que brillen con resplandor.

En primer lugar, aquellos vestidos de resplandor alaban a Dios (Salmo 34:1–3).

En el Salmo 34:1–3, el salmista David expresa la exhortación a alabar a Dios utilizando tres palabras diferentes. Al emplear estos tres términos, David nos enseña un significado más completo de lo que implica alabar a Dios:

(1) «Bendecir»

Observemos el Salmo 34:1: «Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará continuamente en mi boca». Aquí, la palabra hebrea para «bendecir» significa «arrodillarse». Esto denota una actitud de adoración o humildad. Nos enseña que debemos ofrecer alabanza a Dios con un corazón humilde. En cuanto a los atributos específicos de Dios alabados de esta manera humilde, David exaltó la misericordia y la fidelidad de Dios (31:21). Por tanto, bendecir a Dios nos desafía no solo a alabar su misericordia y fidelidad durante la adoración, sino también a manifestarlas en nuestra vida de adoración.

(2) «Jactarse»

Observemos el texto de hoy, Salmo 34:2: «En el Señor se gloriará mi alma; lo oirán los afligidos y se alegrarán». Aquí, «gloriarse en el Señor» se refiere a una clase de jactancia que reconoce que todo bien proviene de Dios y le da gloria a Él (Park Yun-sun). Es precisamente este tipo de jactancia lo que produce alegría en los «afligidos» —aquellos humillados ante el Señor a través del sufrimiento y la tribulación— al escucharla (Park Yun-sun).

(3) «Exaltar»

Observemos el versículo 3 del texto de hoy: «Engrandezcan al Señor conmigo, y exaltemos a una su nombre». En este contexto, la palabra «exaltar» tiene un significado similar a «engrandecer» o «hacer grande». Dado que Dios ya es infinitamente grande, ¿cómo podríamos nosotros, los seres humanos, hacerlo aún más grande? Simplemente debemos orar para que la grandeza y la majestad de Dios se revelen a través de nuestra propia debilidad y humildad.

¿Cómo debemos, entonces, alabar a Dios? La Biblia nos ofrece tres lecciones clave:

(1) Debemos alabar a Dios «en todo tiempo» (Salmo 34:1).

En 1 Tesalonicenses 5:16, el apóstol Pablo nos dice que nos «gocemos siempre», y en el pasaje de hoy —Salmo 34:1— David nos exhorta a bendecir a Dios en todo tiempo. Para ello, debemos contemplar y experimentar las obras que Dios realiza en nuestras vidas; ...a través de Sus obras, podemos bendecir al Señor. ¿Significa esto que, si no llegamos a experimentar las obras de Dios, no podemos alabarlo "en todo tiempo"? No. Existe una razón eterna por la que debemos alabar a Dios "en todo tiempo": la obra que Dios realizó en la cruz. Siempre que reflexionamos sobre este acto inmutable y definitivo de Dios, nos sentimos impulsados a alabarlo continuamente por la salvación que ha obrado.

(2) Debemos alabar a Dios con nuestra "alma" (Salmo 34:2).

David no alababa a Dios meramente con sus labios; lo alababa con su alma. Aquí, alabar con el "alma" significa ofrecer todo el propio ser en alabanza (Park Yun-sun). No se trata simplemente de alabar al Señor con los labios... más bien, debemos alabar a Dios con todo nuestro ser; es decir, con nuestro intelecto, nuestras emociones y nuestra voluntad.

(3) Debemos alabar a Dios "juntos" (Salmo 34:3).

Esto se refiere a la "alabanza comunitaria". David invitó a otros —específicamente a aquellos que enfrentaban el mismo tipo de angustia que él experimentaba— a unirse a él para alabar a Dios, en lugar de hacerlo a solas. ¿Por qué hizo esta petición? En primer lugar, porque su propio espíritu necesitaba la colaboración de otros para despertar plenamente y alabar a Dios con mayor vigor; en segundo lugar, porque la gracia que recibió fue tan profunda que deseaba fervientemente sumar las acciones de gracias de los demás; en tercer lugar, porque la gracia que recibió era beneficiosa para otros creyentes; y en cuarto lugar, porque otros creyentes también albergaban la esperanza de recibir una gracia similar (Park Yun-sun).

Incluso cuando nos encontramos en circunstancias en las que alabar a Dios parece difícil, el mero pensamiento de la gracia salvadora que Dios ha otorgado a través de Jesucristo debería capacitarnos para ofrecerle alabanza con nuestras almas. En particular, confiando en la misericordia y la fidelidad del Señor, y seguros de que la buena voluntad de Dios se está cumpliendo en cada situación (Romanos 8:28), debemos tributar gran gloria al Señor poderoso mediante nuestra alabanza. Al hacerlo, como personas revestidas de resplandor, podemos hacer brillar con intensidad la luz de Jesucristo en este mundo de tinieblas.

En segundo lugar, aquellos revestidos de resplandor elevan súplicas a Dios (Salmo 34:4-6). En el Salmo 34:4-6, David describe su oración a Dios utilizando tres términos distintos:

(1) «Busqué» (o «Pedí»)

En el texto de hoy, el Salmo... Observemos el Salmo 34:4: «Busqué al Señor, y él me respondió y me libró de todos mis temores». Aquí, la palabra «busqué» implica esforzarse sinceramente por encontrar a Dios (Park Yun-sun). Se refiere al acto de orar a Dios con persistencia y fervor (Park Yun-sun).

(2) «Miraron a Él»

Observemos el texto de hoy, el Salmo 34:5: «Miraron a Él y resplandecieron, y sus rostros jamás serán avergonzados». Aquí, la frase «miraron a Él» significa contemplar a Dios mientras se busca fervientemente su salvación. Si no fijamos nuestros ojos únicamente en el Señor en este mundo complejo y engañoso, inevitablemente caeremos presa de todas esas tentaciones y engaños (Park Yun-sun). Aquellos que miran al Señor —es decir, quienes lo contemplan mientras buscan sinceramente su salvación— no serán avergonzados.

(3) «Clamó»

Observemos el texto de hoy, el Salmo 34:6: «Este pobre hombre clamó, y el Señor lo oyó y lo libró de todas sus angustias». La palabra «clamar» aquí se refiere a elevar una súplica sincera a Dios alzando la voz con fuerza. Tal oración es valiosa no por el volumen de la voz, sino por la sinceridad del corazón (Park Yun-sun).

¿Qué respuesta a la oración recibió David cuando buscó sinceramente a Dios, anheló fervientemente su salvación y clamó a Él mientras fijaba su mirada en el Señor? Fue que Dios libró a David nada menos que de «todos los temores» (v. 4) y de «todas las angustias» (v. 6). Esto nos enseña que la oración es poderosa. Cuando oramos, Dios nos libra interiormente de todo temor. En consecuencia, ya no permite que temamos a los enemigos o a las circunstancias, sino que nos establece como personas que temen a Dios (v. 7). Además, cuando oramos, Dios nos libra exteriormente de todas las angustias. Nuestro Dios es un Dios de salvación. Quienes irradian luz son aquellos que alaban e invocan a Dios. Tales personas reciben la liberación divina; experimentan la gracia de la salvación de Dios en medio de todos los temores y aflicciones. Por tanto, mientras vivimos en este mundo de tinieblas, debemos ofrecer humildemente alabanza a Dios, irradiando esa luz. Con la fe de que todo bien proviene de Dios, debemos exaltar Su gran y santo nombre. Hemos de alabar a Dios siempre —y hacerlo con toda nuestra alma—, mientras meditamos únicamente en la gracia de la cruz de Jesucristo. También debemos alabar a Dios junto a nuestros hermanos

y hermanas. Es preciso orar; debemos buscar a Dios con sinceridad y clamar a Él anhelando la salvación. Al hacerlo, Dios escuchará las súplicas de quienes le temen y nos librará de todo temor y tribulación.

«Alma mía, alaba a Dios. Alma mía, ora a Dios».

«Temed al Señor»

[Salmo 34:8-14]

¿Quién es un cristiano verdaderamente feliz? Deuteronomio 10:12-13 nos dice que Dios nos manda guardar sus estatutos para nuestra propia felicidad. Uno de estos mandamientos se encuentra en Amós 5:14-15: aborrecer el mal y amar el bien. Sin embargo, a menudo no reconocemos el mal como tal. En consecuencia, en lugar de aborrecer el mal, a veces vivimos de una manera que satisface nuestros propios instintos pecaminosos; instintos que, en realidad, desean el mal. ¿Qué dice la Biblia? Afirma: «El temor del Señor es aborrecer el mal…» (Proverbios 8:13). Debemos vivir en el temor de Dios.

Hoy encontré un artículo en línea escrito después de que el autor leyera un libro titulado *A Heart That Fears God* (Un corazón que teme a Dios). Un punto concreto del artículo me dio motivo de reflexión. En resumen, el autor comprendió que temer a Dios significa compartir su actitud de aborrecer el pecado; además, Dios no es simplemente un Juez que nos castiga y disciplina por nuestras transgresiones, sino Aquel que sufre más que nadie cuando pecamos. He aquí un par de frases del artículo: «Al comprender el corazón de Dios de esta manera, mi reacción inmediata fue un odio y una aversión genuinos hacia el pecado. No se trataba tanto de un temor al castigo resultante del pecado, sino más bien de un odio profundo hacia el pecado mismo que surgió en mi interior» (Internet). ¿Estamos desarrollando tal odio hacia el pecado? Si respondemos «sí», debemos preguntarnos si ese sentimiento surge de la comprensión de que nuestro Padre Celestial sufre por los pecados que hemos cometido, en lugar de surgir simplemente del hecho de haber sido disciplinados por Dios.

Hoy, centrándome en el Salmo 34:8-14 y en el tema «Temed al Señor», quisiera reflexionar y aprender sobre cuatro características de aquellos que verdaderamente temen a Dios.

En primer lugar, quienes temen a Dios se refugian en Él.

Observemos el Salmo 34:8: «Gustad, y ved que es bueno el Señor; dichoso el hombre que se refugia en él». Aquí, la expresión «refugiarse en Dios» significa confiar en Dios, depositar la esperanza únicamente en Él y obedecerle (Park Yun-sun). En otras palabras, quien teme a Dios es alguien que confía en Él, ancla su esperanza solo en el Señor y obedece sus mandamientos. Tal persona experimenta la bondad de Dios; es decir, aquellos que se refugian en Dios vivencian su bondad. David ya había hecho una confesión similar en el Salmo 31:19 respecto a quienes temen al Señor y se refugian en Él: «¡Cuán grande es tu bondad, que has reservado para los que te temen, y que has otorgado a la vista de los hombres a quienes se refugian en ti!». Más allá de su protección (5:11), la gran gracia que Dios concede a quienes se refugian en Él incluye experimentar su salvación y, en consecuencia, su «maravilloso amor inagotable» (17:7). David experimentó no solo el amor inagotable de Dios, sino también su bondad.

¿Alguna vez has experimentado la bondad de Dios? Yo experimenté la bondad de Dios a lo largo del proceso de mi matrimonio. Fue gracias a la guía divina que conocí a mi esposa y, mientras le dedicábamos nuestra ceremonia nupcial —sostenidos por su gran amor y gracia—, Él me dio el pasaje del texto de hoy: el Salmo 34:8. Realmente experimenté que nuestro Dios es un Dios bueno que hace que todas las cosas cooperen para nuestro bien (Romanos 8:28). Nuestro Dios es verdaderamente bueno; es un Dios de misericordia y bondad. Por tanto, debemos confiar en Él. Depositar nuestra esperanza únicamente en Él y obedecer su palabra nos trae verdadera bendición. ¿Cómo se convierte en bendición para nosotros obedecer la palabra de Dios? Quienes temen a Dios se refugian en Él, y quienes se refugian en Él experimentan su bondad. Para experimentar esa bondad divina, debemos

confiar en Dios, poner nuestra esperanza solo en Él y obedecer su palabra. Tal vida es una vida bendecida para nosotros.

En segundo lugar, quienes temen a Dios no carecen de nada. Observemos el Salmo 34:9–10: «Temed al Señor, vosotros sus santos, pues nada les falta a quienes le temen. Los leones pueden debilitarse y pasar hambre, pero a los que buscan al Señor no les falta ningún bien». Quienes temen a Dios no solo se refugian en Él, sino que también le buscan. En tiempos de peligro, los que temen a Dios primero se refugian en Él y luego le buscan. Y a quienes buscan al Señor «no les falta ningún bien» (v. 9). Los leones son criaturas feroces que dañan y saquean a otros, por lo que no tienen que preocuparse por la carencia o la escasez. Uno podría pensar: «Parece probable que un creyente que vive con integridad y no hace daño a nadie muera de hambre» (Park Yun-sun). Sin embargo, la Biblia declara que, aunque los leones pasen hambre, los creyentes no lo harán: «Fui joven y ahora soy viejo, pero no he visto al justo desamparado ni a sus hijos mendigando pan» (37:25). El león joven simboliza la «autosuficiencia» en cuanto al sustento físico (provisiones almacenadas). En cambio, quienes temen a Dios no son autosuficientes; dependen de Dios para sus necesidades diarias básicas. El Señor está con aquellos que le temen. ¿Qué clase de Señor está con ellos? El Señor, que es su Pastor, está con quienes temen a Dios. En consecuencia, pueden hacer la misma confesión que David: «El Señor es mi pastor; nada me faltará» (23:1). Puesto que quienes temen a Dios se refugian en Él y buscan al Señor como su Pastor —experimentando así su abundante provisión—, no carecen de nada. Dios reserva su abundante gracia para quienes le temen y la derrama generosamente sobre quienes le buscan (31:19). Por tanto, aquellos que temen y buscan a Dios no sufren carencia alguna.

En tercer lugar, quienes temen a Dios son bendecidos.

Observemos el Salmo 34:12: «¿Quién es el hombre que desea la vida y ama muchos días para ver el bien?». ¿Cuál es la bendición de la que se habla aquí? No es otra que el deseo de vida; específicamente, la bendición de una larga vida. Los términos «vida» y «larga vida»

empleados aquí tienen el mismo significado que «vida eterna», un concepto claramente articulado en el Nuevo Testamento (J. Ridderbos, Park Yun-sun). David buscaba enseñar el temor de Dios a sus discípulos («los pequeños») mientras hallaba refugio en Dios en medio del peligro y sin que le faltara nada (v. 11). La lección que David deseaba impartir como maestro se refería al aspecto más fundamental de todas las cosas: el sentido de la vida. Ese sentido reside en desear la vida y la longevidad; en otras palabras, en desear recibir bendición (v. 12). Habiendo experimentado plenamente esta satisfacción, David instruyó a sus discípulos para que ellos también pudieran disfrutar de tal plenitud en sus propias vidas. Su enseñanza expone cómo alcanzar esta bendición —el verdadero sentido de la vida— mediante el discernimiento del propósito de Dios y una vida recta y adecuada conforme a dicho propósito. Una vida vivida rectamente según el propósito de Dios es aquella que le glorifica a través del temor de Dios, expresado mediante la alabanza y la súplica (vv. 1–7). Además, David ofrece dos instrucciones específicas para vivir rectamente conforme al propósito de Dios (vv. 13–14): (1) debemos refrenar la lengua y evitar que nuestros labios pronuncien engaño (v. 13); y (2) debemos apartarnos del mal, hacer el bien, y buscar y seguir la paz (v. 14). Debemos glorificar a Dios viviendo una vida que le tema, le alabe y le presente peticiones. Al controlar nuestras palabras, apartarnos del mal y hacer el bien, debemos vivir para disfrutar de la bienaventuranza de la vida eterna que Dios otorga. En cuarto lugar, quienes temen a Dios se apartan del mal y hacen el bien.

Observemos el Salmo 34:14: «Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela». Este versículo ofrece una de las respuestas a la pregunta planteada en el versículo 12: «¿Quién es el hombre que desea la vida y ama muchos días para ver el bien?». En otras palabras, todo aquel que desee una vida bendecida —larga y próspera— debe temer a Dios, apartándose así del mal y haciendo el bien. Consideremos la primera parte de Proverbios 8:13: «El temor del SEÑOR es aborrecer el mal…». Son sabios quienes se apartan del mal porque temen a Dios (Proverbios 14:16). David afirma que quien teme a Dios se aparta del mal (una acción pasiva) y hace el bien activamente (Salmo 34:14). Aquí, «hacer el bien» se refiere a «buscar y perseguir la paz». Entonces, ¿cómo buscamos y perseguimos la paz? Encontramos la

respuesta en el pasaje de hoy, el Salmo 34:13: «Aparta tu lengua del mal y tus labios de hablar engaño». Esto significa que debemos evitar los pecados cometidos con los labios, tales como las palabras maliciosas, las maldiciones, la adulación, la calumnia, la revelación de secretos y la mentira (Park Yun-sun). Para buscar y perseguir la paz dentro de la comunidad de la iglesia, debemos controlar nuestros labios. La falta de dominio propio perturba la paz de la iglesia. La razón es que la lengua, si se usa mal, se convierte en «un mal que no se puede refrenar, lleno de veneno mortal» (Santiago 3:8).

Quienes temen a Dios son verdaderamente felices. Al refugiarse en Dios, experimentan su bondad y disfrutan de la abundante gracia que Él ha reservado para ellos. No solo reciben la protección y la salvación de Dios, sino que también experimentan su amor maravilloso. Al confiar en Dios y obedecer sus mandamientos con esperanza, cobran nuevas fuerzas. Puesto que el Señor —su Pastor— está con ellos, a quienes temen a Dios nada les falta. Se apartan del mal, hacen el bien y buscan y persiguen la paz; así, refrenan su lengua para no hablar mal. En verdad, quienes temen a Dios son verdaderamente felices.

«Muchas son las aflicciones del justo»

[Salmo 34:15–22]

¿Cree usted que el sufrimiento puede ser ligero? Si responde «sí» a esta pregunta, ¿cómo cree que eso es posible? Encuentro una respuesta sobre cómo el sufrimiento puede ser ligero al leer las siguientes palabras del pastor Kim Nam-jung:

«La profundidad del pecado del mundo se hace aún más evidente a través del sufrimiento de los justos. [...] El sufrimiento que soportan los justos conlleva el significado de expiación por el pecado del mundo. Es un sentimiento, una intuición y una convicción humana que el mal debe ser inevitablemente castigado. Sin embargo, el mundo entero está manchado por el mal. Si es así, ¿no debería perecer este mundo? La razón por la que el mundo no perece a pesar de su maldad es que alguien paga el precio del pecado en su lugar. Ese es el significado del sufrimiento de los justos. El sufrimiento de los justos implica cargar con el pecado del mundo y pagar el precio por él. Haya tenido o no la intención de hacerlo, la persona justa cumple el papel de un sacrificio expiatorio. De esta manera, los justos salvan al mundo. Los justos enfrentan muchas aflicciones. Sin embargo, el sufrimiento que no desearon se convierte en el medio para salvar al mundo» (Kim Nam-jung).

Nuestro sufrimiento puede ser ligero cuando miramos y contemplamos a Jesús: el Cordero de Dios que cargó con los pecados del mundo en medio de su propio sufrimiento. En otras palabras, nuestro sufrimiento puede volverse ligero cuando, en medio de nuestras propias pruebas, reflexionamos sobre Jesús —quien sufrió e incluso murió para pagar el precio por nosotros— y cuando nosotros también pagamos el precio por el pecado de otra persona, tal

como lo hizo Jesús. Creo que existen dos clases de sufrimiento. Hay dos tipos de sufrimiento: el primero es consecuencia del propio pecado, y el segundo no es causado por el pecado propio, sino que es una participación en el sufrimiento del Señor. Este sufrimiento —compartir el sufrimiento del Señor— es una gracia de Dios (Filipenses 1:29). Para aquellos que saben disfrutar de esta gracia, el sufrimiento se vuelve ligero; esto se debe a que están experimentando la gracia que se encuentra dentro de ese sufrimiento. Esa gracia es, de hecho, la experiencia de la presencia de Dios. En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 34:15–22, vemos al salmista David experimentar esta gracia en medio de su sufrimiento. Él declara: «Muchas son las aflicciones del justo…» (v. 19). Centrándome en este versículo y en el tema «Muchas son las aflicciones del justo», quisiera reflexionar sobre tres aspectos del Dios con quien se encuentran los justos en su sufrimiento. Mi oración es que nosotros también podamos disfrutar de la gracia de experimentar la presencia de Dios en medio de nuestras propias adversidades.

En primer lugar, el Dios con quien se encuentran los justos en el sufrimiento es un Dios que se acerca a los quebrantados de corazón.

Observemos el Salmo 34:18: «Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu». El Dios con quien David se encontró en su sufrimiento fue aquel que se acerca a los quebrantados de corazón. ¿Por qué estaba David quebrantado de corazón? ¿Por qué estaba abatido de espíritu? Al parecer, se debía a que había pecado contra Dios. Por supuesto, el texto no especifica exactamente qué pecado había cometido David. No sé si fue pecado «fingir locura» mientras sufría —es decir, si pecó al mentir o al no apartarse del mal y, en cambio, pecar con sus labios (versículos 13–14)—. Sin embargo, una cosa es segura: David, un hombre justo, estaba profundamente angustiado de espíritu en medio de sus muchas aflicciones (versículo 18). En medio de su sufrimiento, su corazón estaba verdaderamente contrito. Este es precisamente el sacrificio que Dios busca. Miremos el Salmo 51:17: «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». Nuestros corazones necesitan ser

quebrantados o, dicho de otro modo, hechos pedazos. Así como la tierra en barbecho debe ser removida para el cultivo, nuestros corazones duros e inflexibles necesitan ser quebrantados. Ya sea mediante la reprensión de Dios o Su disciplina —como a través del sufrimiento y el dolor—, nuestros corazones necesitan experimentar este proceso de quebrantamiento. No obstante, la razón por la que a menudo no reconocemos esta necesidad es que no vemos el pecado como pecado, o escondemos nuestros pecados de Dios en lugar de confesarlos. Debemos dejar de ocultar nuestros pecados y confesárselos a Dios. En medio de la convicción de conciencia y el quebrantamiento de nuestro corazón, debemos buscar la misericordia y la compasión de Dios.

Isaías 57:15 equipara el corazón del contrito con el espíritu del humilde; en otras palabras, los humildes son los contritos. Nuestro Señor se acerca a los humildes —aquellos con corazones quebrantados o espíritus contritos— y vivifica sus corazones. Él no solo vivifica nuestros corazones contritos, sino que es el Dios que «sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas» (Salmo 147:3). La canción evangélica «To the Brokenhearted» (Para los quebrantados de corazón) habla de cómo Dios se acerca a quienes sufren en medio de la adversidad y nos ofrece una lección para aplicar: «Él se acerca a los quebrantados de corazón y salva a los verdaderamente contritos; bienaventurados los pobres de espíritu, pues el consuelo del Señor los abrazará; el Dios de amor aparta a los soberbios y [consuela] a los que lloran…». «Él está buscando: ¿quién compartirá esa copa de sufrimiento por el Señor y por su prójimo? ¿Qué te produce tal alegría que sonríes, mientras el Señor llora por los perdidos?».

En segundo lugar, el Dios con quien se encuentran los justos en medio del sufrimiento es el Dios que escucha su clamor.

Observemos el Salmo 34:15 y 17: «Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor… Claman los justos, y el Señor oye y los libra de todas sus angustias». En Éxodo 3:7, Moisés describe al Dios de Israel de la siguiente manera: «Dijo el SEÑOR:

"Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he escuchado su clamor a causa de sus capataces, pues conozco sus sufrimientos"». Claramente, el Dios de Israel —nuestro Dios— es un Dios que ve el sufrimiento de los justos y escucha sus oraciones cuando claman. David ya había confesado en el Salmo 34:4 y 6 que nuestro Dios es un Dios que nos responde: Aquel que escucha nuestros clamores cuando estamos angustiados y le invocamos. En el Salmo 34, el pasaje que hoy nos ocupa, David habla de la oración en repetidas ocasiones —cuatro veces (versículos 4, 6, 15 y 17)—, revelando que, en medio de un gran sufrimiento, eleva oraciones frecuentes o fervientes. El gran sufrimiento nos impulsa a elevar muchas oraciones a Dios, o bien oraciones de mayor fervor. Este es el secreto de la victoria al enfrentar el sufrimiento: clamar a Dios. Cuando lo hacemos, Dios inclina su oído hacia nuestro clamor (Salmo 34:15).

Si Dios inclina su oído y escucha nuestros clamores, cabe preguntarse si existen oraciones que Él no escucha. Sin embargo, hay oraciones que Dios oye pero no responde. Se trata de aquellas elevadas sin un corazón verdaderamente contrito y arrepentido: «He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Isaías 59:1-2). La lección que esta verdad nos enseña es que, por más fervientemente que clamemos a Dios, Él no escuchará nuestras oraciones si nuestros corazones permanecen sin humillarse y carecen de verdadera contrición. Por eso es tan crucial la oración de arrepentimiento. Por tanto, debemos acercarnos al Dios santo, arrepentirnos de nuestros pecados con un corazón verdaderamente contrito y luego presentar nuestras peticiones confiando en su gracia salvadora. Cuando lo hacemos, nuestro Dios escucha nuestras súplicas.

En tercer lugar, el Dios con quien se encuentran los justos en medio del sufrimiento es el Dios que los libra de todas sus aflicciones.

Consideremos el Salmo 34:17, 19 y 22: «Los justos claman, y el Señor los oye; los libra de todas sus angustias... Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo libra el Señor... El Señor rescatará a sus siervos; nadie que se refugie en él será condenado». Nuestro Dios es quien escucha nuestros clamores y nos libra de toda adversidad cuando, habiéndonos arrepentido con un corazón contrito, buscamos sinceramente la gracia de la salvación e imploramos liberación. La verdad asombrosa es que la salvación de Dios es segura y clara. Las Escrituras nos dicen que, cuando clamamos a Él, nuestro Dios nos libra de «todos nuestros temores» (v. 4). Él es el Dios que nos salva de «todas nuestras angustias» (v. 6). Él es el Dios que nos libra de «todos nuestros problemas» (v. 17); aunque el justo pueda enfrentar muchas aflicciones, Dios nos libra de «todas ellas» (v. 19). En resumen, nuestro Dios garantiza que a quienes le buscan —a quienes le invocan— no les falte ningún bien (v. 10).

Dios escucha nuestras oraciones y salva a los quebrantados de corazón; al hacerlo, trae destrucción sobre los impíos. En otras palabras, salva al justo destruyendo al impío (v. 16). Dios revela su santidad mediante la salvación de los justos. Por tanto, los impíos no pueden permanecer en su santa presencia. Dios elimina todo rastro de los malvados de este mundo. En última instancia, los impíos son destruidos por su propia maldad: «La maldad matará al impío; los enemigos del justo serán condenados» (v. 21). Sin embargo, nuestro Dios protege ciertamente al justo: «Él protege todos sus huesos; ni uno solo de ellos será quebrado» (v. 20). Dios vela por nosotros en nuestra aflicción y, finalmente, nos salva.

Los justos enfrentan muchas dificultades, pero la bendición de la que disfrutan en medio de ese sufrimiento es la experiencia de la presencia de Dios. Él es el Dios que se acerca a los quebrantados de corazón, escucha las oraciones de quienes claman y los libra de todas sus aflicciones. Para los justos que experimentan a este Dios, el sufrimiento se vuelve ligero, porque Jesús lleva la carga por ellos. Al contemplar a Jesús, quien sufrió en nuestro lugar, es inevitable pensar en Dios Padre, quien apartó su rostro de Jesús —quebrantado de corazón— y, más aún, lo abandonó. En efecto, Dios Padre no respondió al clamor que Jesús

pronunció en la cruz ni lo libró. ¿Por qué abandonó Dios Padre a Jesús —quebrantado de corazón— y se negó a salvarlo respondiendo a su oración en la cruz? Fue a causa de todos nuestros pecados. Jesús cargó con nuestros pecados, murió en la cruz y los borró todos. Por tanto, al librarnos de todas nuestras adversidades, tribulaciones y temores, Él nos bendice con todo bien (Salmo 34:10; Efesios 1:4). Así pues, debemos alabar a Dios (Salmo 34:1–3).

¡Haz que sean como la paja ante el viento!

[Salmo 35:1-8]

Ayer, durante una reunión del presbiterio al que pertenece nuestra iglesia, varios pastores —incluyéndome a mí— analizamos el sermón pronunciado por uno de los dos evangelistas que buscaban obtener su licencia como candidatos al ministerio. El evangelista habló sobre la guerra espiritual, y un versículo bíblico específico que citó —Efesios 6:12— me llevó a una profunda reflexión. La pregunta que surgió en mi mente fue esta: ¿Es mi batalla (o "lucha") contra "carne y sangre", o es contra "principados, potestades, los gobernadores de las tinieblas de este siglo y huestes espirituales de maldad en las regiones celestes"? En otras palabras, me vi llevado a considerar si mi lucha es una batalla de la carne o una batalla espiritual. Sin embargo, me di cuenta de que me he estado centrando —y gastando más energía— en batallas de la carne en lugar de en la guerra espiritual. Esto sirve como prueba de que no estoy espiritualmente despierto. En un escrito titulado "La vida cristiana como guerra espiritual", el pastor Kim Nam-jun describe a los cristianos que padecen ceguera nocturna espiritual: "La ceguera nocturna —literalmente, la incapacidad de ver objetos en la oscuridad— es una condición que impide desenvolverse en la penumbra... Me entristece que, incluso entre los guerreros de Cristo que libran la guerra espiritual, haya quienes muestran síntomas de esta ceguera nocturna espiritual. Nuestros adversarios son los gobernadores de las tinieblas de este mundo. Si permanecemos atrapados en la oscuridad como pacientes con ceguera nocturna —incapaces de dar un solo paso y viviendo en conformidad con las tendencias mundanas—, no tenemos ninguna posibilidad de victoria. En una oscuridad donde ni siquiera podemos distinguir al amigo del enemigo, es imposible discernir los tiempos o comprender la voluntad de Dios" (Internet). Esto me hace

preguntarme cuántos de nosotros, los cristianos, estamos librando imprudentemente batallas que es imposible ganar. A fin de cuentas, a menudo tropezamos y caemos, volviéndonos pasivos debido a una sensación de derrota y, finalmente, rindiéndonos en la desesperación. Sin embargo, hay esperanza para nosotros. La razón es que el Señor —Emanuel— está con nosotros, obrando activamente en nuestras batallas espirituales. Hoy, centrándome en el Salmo 35:1-8, deseo reflexionar sobre dos aspectos del Dios que obra en nuestra guerra espiritual; Oro para que, mediante la gracia recibida, nuestros ojos espirituales sean abiertos y todos salgamos victoriosos en nuestras batallas espirituales.

En primer lugar, el Dios que obra en nuestra guerra espiritual es el Dios que pelea a nuestro favor. Observemos el Salmo 35:1: «Pleitea, oh Señor, con los que contienden conmigo; pelea contra los que me combaten». Mientras sufría a manos de enemigos despiadados, el salmista David clamó a Dios para que peleara por él (Park Yun-sun). ¿Quiénes eran, entonces, los enemigos de David? El texto los describe de la siguiente manera: «los que buscan mi vida» (v. 4), «los que despojan» (v. 10), «testigos injustos» (v. 11), «burladores» (v. 16), «mis enemigos» (v. 19), «los que me aborrecen» (v. 19) y «los que se alegran de mi mal» (v. 26). Habría sido imprudente que David intentara luchar por sí solo contra enemigos tan despiadados. Al reconocer esto, confió en Dios y le suplicó que peleara contra sus enemigos en su lugar. El apóstol Pablo también instruyó a los creyentes a no vengarse, sino a dejarlo en manos de la ira de Dios (Romanos 12:19), porque la venganza pertenece a Dios. ¿Por qué depositó David su confianza absoluta en Dios y le pidió que peleara a su favor? El texto destaca un par de razones:

(1) Porque Dios es un escudo seguro para David.

Observemos el Salmo 35:2: «Echa mano del escudo y del adarga; levántate y ven en mi ayuda». Aquí, «escudo» se refiere a un escudo grande diseñado para proteger todo el cuerpo, mientras que «adarga» se refiere a un escudo más pequeño utilizado para proteger la cabeza (Park Yun-sun). Como guerrero invencible, Dios proporcionó una defensa y protección

seguras a su amado siervo David, permitiéndole sentirse seguro. Lo mismo se aplica a nosotros. Nosotros también podemos hallar seguridad cuando —al igual que David— confiamos plenamente en Dios y le imploramos que pelee contra nuestros enemigos a nuestro favor. (2) La razón por la que David depositó una confianza absoluta en Dios y le pidió que luchara en su lugar fue que Dios es un «atacante» capaz de asegurarle una victoria cierta.

Consideremos el pasaje de hoy, el Salmo 35:3: «Empuña la lanza y cierra el paso a quienes me persiguen; di a mi alma: "Yo soy tu salvación"». En el versículo 2, David habla del «escudo» y la «adarga» —instrumentos defensivos—, pero en el versículo 3 menciona la «lanza», un arma ofensiva utilizada en la batalla. Al luchar en favor de su pueblo, Dios empuña esta arma ofensiva —la lanza— para bloquear el camino de aquellos que persiguen a David. El Dios de David —y nuestro Dios— se presenta aquí como un soldado completamente armado, listo tanto con el escudo como con la lanza. Una cosa es segura: puesto que Dios está totalmente armado cuando lucha por David, no hay absolutamente ningún margen de error (Park Yun-sun). En última instancia, al salvar a David, Dios deseaba que este, una vez rescatado, confesara: «Dios es mi salvación». Al igual que David, debemos confiar en el Dios que actúa como nuestro escudo seguro y nos otorga una victoria cierta, orando: «Contiende con los que contienden conmigo; pelea contra los que pelean contra mí» (versículo 1). En segundo lugar, el Dios que obra en nuestra batalla espiritual es el Dios que provoca la destrucción de nuestros enemigos.

Observemos el Salmo 35:8: «Que la ruina les sobrevenga inesperadamente; que la red que escondieron los enrede; que caigan en el hoyo de la destrucción». Nuestro Dios lucha en nuestro favor y nos libra (nos salva) de las manos de nuestros enemigos. Al hacerlo, no debemos olvidar un hecho: que nuestra salvación conlleva la destrucción de nuestros enemigos. En otras palabras, cuando Dios nos concede la gracia de la salvación, revela simultáneamente su justicia (santidad). Es una cuestión que abarca tanto nuestra salvación

como la destrucción de nuestros enemigos. ¿Cómo se manifiesta, entonces, la justicia (santidad) de Dios hacia nuestros enemigos? Podemos considerar cuatro puntos:

(1) Nuestro Dios justo hace que nuestros enemigos fracasen. Observemos el texto de hoy, el Salmo 35:4: «Sean avergonzados y humillados los que buscan mi vida; retrocedan y sean confundidos los que traman mi ruina». Este pasaje nos enseña que nuestros enemigos son aquellos que buscan nuestra vida y planean hacernos daño. Sin embargo, nuestro Dios nos protege y nos guarda, luchando contra nuestros enemigos en nuestro favor. Por tanto, Dios hace que quienes buscan nuestra vida y traman hacernos daño sufran vergüenza y humillación, y que retrocedan confundidos.

(2) Nuestro Dios justo hace que nuestros enemigos sean «como el tamo ante el viento». Observemos el texto de hoy, el Salmo 35:5: «Sean como el tamo ante el viento, y que el ángel del Señor los disperse». ¿Cómo es el tamo ante el viento? Al ser ligero, inevitablemente sale volando. Este versículo nos recuerda el Salmo 1:4: «No así los impíos, que son como el tamo que arrebata el viento». Los impíos no pueden resistir el juicio ni la tribulación (v. 5) (Park Yun-sun).

(3) Nuestro Dios justo hace que nuestros enemigos resbalen.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 35:6: «Sea su camino tenebroso y resbaladizo, y que el ángel del Señor los persiga». En el Salmo 73, el salmista Asaf afirma que envidiaba a los soberbios al ver la prosperidad de los impíos (v. 3). En consecuencia, estuvo a punto de tropezar y casi resbaló (v. 2). Sin embargo, tras entrar en el santuario de Dios (v. 17), confiesa la verdad que comprendió: «Ciertamente los has puesto en lugares resbaladizos; los has precipitado a la destrucción» (v. 18).

(4) Finalmente, nuestro Dios justo destruye a nuestros enemigos.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 35:8: «Que la destrucción les sobrevenga inesperadamente, que queden atrapados en la misma red que escondieron y que caigan en esa destrucción». En última instancia, Dios hace que nuestros enemigos resbalen y los destruye repentinamente por completo (73:19). Los cristianos, que a menudo padecemos una especie de ceguera nocturna espiritual, solemos librar batallas espirituales de manera imprudente —confiando en nuestro propio celo impulsivo, en nuestras emociones y en nuestras fuerzas— en lugar de seguir el ejemplo de David, quien dependía plenamente de Dios para que luchara en su favor. Además, no logramos percibir cómo la gracia salvadora de Dios se entrelaza con su justicia en la destrucción de los impíos. Como resultado, nos convertimos en cautivos de las tinieblas, aferrándonos a batallas que es imposible ganar. En cambio, los creyentes como David —cuyos ojos espirituales están verdaderamente abiertos— confían plenamente en Dios e imploran al Señor que luche por ellos. Gozan de una sensación de seguridad al confiar en el Dios que actúa como su escudo y protector. Debemos llegar a ser creyentes así; debemos experimentar la salvación de Dios mientras Él destruye a nuestros enemigos.

El Dios que me rescata

[Salmo 35:9-16]

El pastor Spurgeon dijo una vez: «Cuando la gente del mundo empuña martillos de hierro para golpear, los cristianos deben convertirse en los yunques que resisten los golpes». Los «martillos de hierro» a los que aquí se hace referencia adoptan muchas formas: insultos, persecución, tribulación, calumnias y palabras maliciosas. Satanás incita a sus hijos a atacarnos implacablemente a nosotros, los santos, golpeándonos con estos diversos «martillos de hierro». ¿Cómo debemos responder, entonces?

En el pasaje de hoy, Salmo 35:9-16, vemos a David siendo golpeado por los «martillos de hierro» empuñados por los hijos de Satanás. Sin embargo, aun en tal situación, David confiesa: «Mi alma se regocijará en el Señor; se alegrará en su salvación» (v. 9). Lo notable es que hace esta confesión no después de su liberación, sino mientras todavía soporta la tribulación y la persecución a manos de sus enemigos. ¿Cómo es esto posible? Es posible solo mediante la fe. Además, en el versículo 10, David hace una confesión llena de confianza arraigada en esa fe: «Todos mis huesos dirán: "Señor, ¿quién como tú, que libras al pobre de aquel que es más fuerte que él; sí, al pobre y al necesitado de quien lo despoja?"». Aquí, David reconoce y confiesa al Dios de la salvación —el Dios que nos rescata—, proclamando que no hay nadie como nuestro Dios. Hoy, centrándome en el pasaje del Salmo 35:9-16 y en el tema «El Dios que me rescata», quisiera reflexionar sobre cuatro aspectos de aquello de lo que Dios nos rescata y aplicar estas verdades a nuestras vidas. Mi oración es que nosotros también podamos confesar como David: «Mi alma se regocijará en el SEÑOR y se alegrará en su salvación» (v. 9).

En primer lugar, «el Dios que me rescata» es quien nos salva de aquellos que nos acusan falsamente y nos interrogan.

Observemos el Salmo 35:11: «Se levantan testigos maliciosos; me interrogan sobre cosas que desconozco». Los "testigos maliciosos" aquí mencionados se refieren a falsos testigos que buscaban atribuir culpa al inocente David. Estos falsos testigos confrontaron a David, acusándolo de asuntos que él desconocía en un intento por incriminarlo (Park Yun-sun). ¿Por qué acusaron a David de esta manera? Porque buscaban quitarle la vida "sin causa" (v. 7).

Los hijos de Satanás buscan hacernos daño —a nosotros, los hijos de Dios— sin causa alguna. Tal como hicieron con David, se acercan a nosotros acusándonos de cosas que ni siquiera conocemos, tratando de hacernos sentir culpables. Se esfuerzan por todos los medios para que vivamos una vida centrada en el pecado, intentando que nos dominen los sentimientos de culpa. Debemos estar alerta ante esto. No debemos permitir que nos enreden en los interrogatorios hostiles de testigos injustos. En particular, no debemos dejar que nuestra mente sea dominada por pensamientos que se asemejen a las acusaciones de tales testigos injustos. Estos testigos injustos nos impiden confiar en el mérito de la cruz de Jesús y, en cambio, desvían nuestra atención hacia nuestros propios méritos humanos. Como resultado, terminamos obsesionados con nuestras propias obras en lugar de confiar en Jesús. Nos vemos atormentados por una culpa autoimpuesta que nos impide vivir una vida de fe verdadera. Al reflexionar sobre términos como "interrogatorio hostil" o "acusación" en este contexto, recuerdo el pasaje de Hechos 4:14. Cuando Pedro y Juan estaban junto al hombre que había sido sanado, sus adversarios "no tenían nada que decir en contra". ¿Por qué no podían decir nada en su contra? Porque existía una evidencia innegable. El mismo hombre que había sido lisiado pero que ahora caminaba —sanado en el nombre de Jesús— estaba allí mismo con Pedro y Juan; por eso sus oponentes no tenían motivos para acusarlos. Aquí es precisamente donde reside nuestra responsabilidad. A menudo vivimos nuestra vida de fe en una ambigua "zona gris": sin ser plenamente una cosa

ni la otra. Al hacerlo, proporcionamos a los testigos injustos de Satanás munición para sus acusaciones. Si una evidencia innegable fuera claramente visible en nuestras vidas, ¿cómo podrían los testigos injustos encontrar motivos para acusarnos? Sin embargo, aun cuando —en nuestra debilidad— damos motivos para tales acusaciones, tal como hizo David, no debemos caer en la desesperación. Por el contrario, al igual que David, debemos buscar fervientemente la gracia salvadora de Dios. Debemos implorar la gracia salvadora de Dios para que nos libre de nuestra culpa. Dios nos salva llevándonos a contemplar a Jesús, quien sufrió una muerte inocente en la cruz. En otras palabras, Dios nos libera del sentimiento de culpa mediante la verdad —el hecho— de que hemos sido declarados justos gracias a la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz.

En segundo lugar, el «Dios que me libra» es quien nos salva de aquellos que hacen que nuestras almas se sientan solas.

Observemos el Salmo 35:12: «Me devuelven mal por bien y dejan mi alma desolada». Lo notable es que el salmista David amaba a sus enemigos y les mostraba bondad. Sin embargo, ellos pagaban la bondad de David con maldad. En esos momentos, David experimentaba soledad. ¿Qué clase de bondad mostraba David a sus enemigos?

(1) David oraba por sus enemigos.

Observemos el texto de hoy, Salmo 35:13: «Pero cuando ellos enfermaban, yo me vestía de cilicio y me humillaba con ayuno. Cuando mis oraciones volvían a mí sin respuesta…». David incluso ayunaba y oraba cuando sus enemigos estaban enfermos; no obstante, ellos eran tan malvados que rechazaban a David, su benefactor, quien se afligía y oraba por ellos (Park Yun-sun).

(2) David se preocupaba profundamente por sus enemigos.

Observemos el texto de hoy, Salmo 35:14: «Andaba afligido, como quien llora por un amigo o un hermano; me inclinaba abatido por el dolor, como quien llora por su madre». Aquí, «inclinarse abatido por el dolor» denota una tristeza profunda. En otras palabras, a David le preocupaban las enfermedades de sus enemigos (Park Yun-sun).

La Biblia afirma que hemos sido «creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2:10). En resumen, la responsabilidad del creyente es hacer el bien, incluso cuando los destinatarios son nuestros enemigos, tal como lo eran los de David. Sin embargo, los enemigos que pagaban con maldad el bien que David hacía no eran simples malhechores comunes. El Dr. Park Yun-sun señaló: «Quien hace daño a una persona que le ha mostrado bondad carece de conciencia y de humanidad; es incorregible, enemigo de Dios y enemigo del creyente». Debemos hacer el bien, extendiendo esa bondad incluso a nuestros enemigos. Hemos de interceder por ellos y sentir preocupación cuando sufren enfermedades o aflicciones. Sin embargo, debemos tener presente que podemos desanimarnos al hacer tal bien. Es posible que nos sintamos desalentados, especialmente cuando mostramos bondad y recibimos maldad a cambio. En esos momentos, en medio del desánimo, puede cruzársenos por la mente el pensamiento: «¿Por qué debo hacer esto?». Bien podríamos preguntarnos cuánto tiempo se espera que soportemos y sigamos mostrando bondad. Tales pensamientos pueden conducir a una sensación de soledad espiritual, pues estamos realizando una tarea que pasa inadvertida para los demás: una labor reconocida únicamente por el Señor. Cuando caemos en esta soledad espiritual, debemos buscar la liberación en el Señor: «Vuélvete a mí y ten misericordia de mí, porque estoy solo y afligido» (Salmo 25:16). En tercer lugar, el «Dios que me libra» es quien nos salva de aquellos que se regocijan en nuestra aflicción.

Consideremos el Salmo 35:15: «Pero al tropezar yo, se alegraron y se juntaron; se juntaron contra mí gente vil a quien yo no conocía; me despedazaban sin cesar». Cuando los enemigos de David vieron su sufrimiento, se reunieron para celebrar y conspiraron para causarle más daño. Esto sirve como prueba de su extrema maldad (Park Yun-sun). David era

consciente de estas reuniones: grupos de personas que, en lugar de ofrecer consuelo o ayuda, se alegraban de su desgracia, cuchicheando entre sí y regodeándose con júbilo. Incluso la «gente vil» —lo más bajo de la sociedad— se unía a estas reuniones para deleitarse con la aflicción de David (véase Job 19:18; 30:1) (Park Yun-sun).

Es verdaderamente un fenómeno fascinante. Cuando se trata de oponerse a los hijos de Dios, los hijos de Satanás —que de otro modo podrían ser enemigos entre sí— se hacen amigos (como Herodes y Pilato), uniéndose como uno solo sin importar si son de clase baja o alta. El Salmo 35:15 habla de cosas que suceden «sin que yo lo supiera»; esto implica que incluso la gente más baja —rufianes desconocidos para David— se comunicaba con sus enemigos, unía fuerzas con ellos y se regocijaba en la aflicción de David. Ya encontramos la frase «cosas que yo no sabía» en el versículo 11 de este pasaje. Parece que los enemigos de David —y los enemigos de nosotros, los creyentes— a menudo nos confrontan por asuntos que ni siquiera conocemos y están formados por personas que ni siquiera reconocemos. En otras palabras, desconocidos se oponen a nosotros y nos atormentan cuestionándonos sobre cosas que ignoramos. Sin embargo, una cosa es segura: ellos se regocijan cuando sufrimos aflicción. La lección aquí es que, mientras nuestras almas se deleitan en el Señor y se regocijan en su salvación (versículo 9), nuestros enemigos se regocijan en nuestro sufrimiento (versículo 15). Los motivos de nuestros respectivos regocijos son muy diferentes. Incluso si nuestros enemigos se reúnen para regocijarse en nuestra aflicción —burlándose de nosotros y destrozando nuestro carácter con calumnias y palabras maliciosas—, debemos seguir deleitándonos en Dios y regocijándonos en su salvación (versículo 9).

Finalmente, el cuarto punto es que el «Dios que me libra» es quien nos salva de aquellos que crujen los dientes contra nosotros. Consideremos el Salmo 35:16: «Como bufones impíos en un banquete, crujían los dientes contra mí». Este versículo revela que los enemigos de David lo trataban a él —su propio benefactor— como objeto de burla incluso en los banquetes, crujiendo los dientes en señal de su intención de hacerle daño. Un banquete suele ser una ocasión en la que incluso se resuelven las enemistades; sin embargo, albergar

tal envidia e intención de dañar a un benefactor en un entorno así delata un corazón profundamente endurecido e injusto (Park Yun-sun).

Tales corazones a menudo se alían a nuestro alrededor —sin que lo sepamos—, acechando para atacarnos y hacernos daño. Esta es una artimaña de Satanás. Observemos Hechos 7:54: «Al oír esto, se sintieron profundamente irritados y crujieron los dientes contra él». Aquellos que se oponían a Esteban —quien predicaba lleno del Espíritu Santo— se sintieron «profundamente irritados» por sus palabras; sin embargo, en lugar de arrepentirse, crujieron los dientes contra él. Finalmente, lo apedrearon hasta matarlo (versículos 59-60). Aun cuando sus enemigos crujían los dientes contra él, David confiaba en que Dios lo libraría de ellos; se regocijaba en Dios y se deleitaba en su salvación.

Personalmente, reconozco que mis oraciones deben cambiar. Si bien es importante interceder por nuestros hermanos en la fe —compartiendo su dolor, llorando y orando desde el corazón—, estoy aprendiendo que debo ir más allá y orar con fe, aferrándome a la seguridad de la salvación. Al reflexionar sobre la gracia salvadora que hemos experimentado en el pasado, deseo que nos propongamos mirar a Dios —incluso en el momento presente, cuando nuestros enemigos nos golpean con «martillos de hierro»— y regocijarnos en Él y deleitarnos en su salvación. En última instancia, oro para que experimentemos la realidad de la gracia salvadora de Dios.

El Dios que se deleita en mi prosperidad

[Salmo 35:17-28]

¿Qué es la "prosperidad"? En hebreo, la prosperidad se expresa comúnmente mediante las palabras *sakal* y *tsalach*. *Sakal* significa prosperar y tener éxito, mientras que *tsalach* denota florecer y abundar. Otro término utilizado con frecuencia es *shalah*, que significa estar seguro, próspero y feliz. De esta raíz proviene la palabra *Shalom* —que se refiere al bienestar, la paz y la felicidad—, la cual los hebreos emplean como saludo. Así, podemos ver que la prosperidad abarca no solo aspectos externos y materiales, sino también dimensiones internas, emocionales y espirituales. Sin embargo, parece que muchos cristianos de hoy equiparan la prosperidad únicamente con una vida libre de dificultades y adversidades: un estado en el que todo transcurre a la perfección. Tienden a ver la prosperidad como un florecimiento y un éxito carentes de sufrimiento u obstáculos. No obstante, no deberíamos desear esa clase de existencia "perfecta y sin problemas". En el fondo, considero errónea la mentalidad que asocia tal vida con la bendición; de hecho, parece que en esta tierra no existe una vida totalmente libre de problemas. Una vez leí un pasaje en línea que decía: "Para proteger nuestras almas, Dios nos guía por caminos llenos de curvas y giros en lugar de líneas rectas. Ahí reside el profundo propósito de Dios". Es verdad. Nuestras vidas están llenas de altibajos, muy parecidos a los de una montaña rusa en Disneyland. Lo notable es que, así como un paseo en tren carente de las emociones de una montaña rusa no logra entusiasmar a un niño, el viaje de nuestra propia vida requiere sus propios altibajos; es a través de esos giros y cambios de rumbo como descubrimos la profunda voluntad de Dios y experimentamos el verdadero gozo.

Me gustaría examinar a dos personajes bíblicos que experimentaron tales fluctuaciones en sus vidas. El primer ejemplo es José, del libro del Génesis en el Antiguo Testamento. A través de José, aprendemos una perspectiva verdaderamente bíblica sobre la prosperidad. Descubrimos que la prosperidad no consiste simplemente en que todo marche bien y sin dificultades; más bien, es la realidad de la presencia de Dios con nosotros, incluso en medio del sufrimiento y la adversidad (Génesis 39:2, 3, 23). La verdadera prosperidad no se define por la presencia o ausencia de adversidad, ni por la abundancia o la escasez, sino por el cumplimiento de la voluntad de Dios mientras Él camina a nuestro lado. El segundo ejemplo es el de Pablo, que encontramos en el capítulo 16 del libro de Hechos, en el Nuevo Testamento. En el día de reposo, Pablo fue con Silas a la orilla del río, fuera de las puertas de la ciudad, buscando un lugar de oración (v. 13); allí conoció a una mujer llamada Lidia y, finalmente, tanto ella como toda su familia llegaron a creer en Jesús y fueron bautizados (v. 15). Más tarde, mientras se dirigía a un lugar de oración (v. 16), se encontró con una joven esclava poseída por un demonio; tras ser sanada, Pablo enfrentó persecución y encarcelamiento, pero aun así continuó orando mientras estaba en la cárcel (v. 25). En respuesta a sus oraciones, la presencia de Dios abrió las puertas de la prisión, llevando al carcelero y a toda su familia a creer en Dios (v. 34). Aunque la vida de Pablo estuvo marcada por muchos altibajos de este tipo, la voluntad salvadora de Dios finalmente se cumplió y se estableció la iglesia en Filipos. Al reflexionar sobre estos dos ejemplos, concluyo que la prosperidad es, en esencia, el cumplimiento de la voluntad del Señor. En el Salmo 35:27, la Biblia dice: «¡Que griten de alegría y regocijo los que se deleitan en mi vindicación! ¡Que digan siempre: "Sea exaltado el Señor, que se deleita en el bienestar de su siervo"!». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre el mensaje titulado «El Dios que se deleita en mi prosperidad». Me propongo explorar, en dos etapas, cómo Dios obra nuestra prosperidad y recibir gracia a través de esta reflexión.

La primera etapa mediante la cual Dios nos trae prosperidad es la «etapa de observación».

Observemos el Salmo 35:17: «¿Hasta cuándo, oh Señor, te quedarás mirando? Rescata mi alma de sus estragos, mi preciosa vida de estos leones». David, el salmista, clamó al Señor mientras sufría a manos de sus enemigos, preguntando: «¿Hasta cuándo, oh Señor, te quedarás mirando?». Cuando nosotros también soportamos un sufrimiento prolongado, a menudo llegamos al límite de nuestra paciencia y nos lamentamos, preguntando: «¿Cuánto tiempo debo sufrir así?». En medio de tal lamento, al igual que David, a veces miramos a Dios con el corazón apesadumbrado, preguntándonos cuánto tiempo más se limitará a observar. David ya había expresado este sentimiento en el Salmo 13:1-2: «¿Hasta cuándo, oh Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo lucharé con mis pensamientos y sentiré tristeza en mi corazón día tras día? ¿Hasta cuándo triunfará mi enemigo sobre mí?». La oración de lamento «¿Hasta cuándo?» refleja la experiencia de David al llegar al límite de su resistencia en medio del sufrimiento; él cuestiona por qué Dios parece limitarse a observar desde fuera. Esta «etapa de observación» también puede describirse como una «etapa de silencio». Consideremos el pasaje de hoy, el Salmo 35:22: «Señor, tú has visto esto; no guardes silencio. Señor, no te alejes de mí». Aunque David no podía comprender por qué el Señor permanecía en silencio o distante —especialmente cuando veía claramente el sufrimiento de David—, aun así buscaba fervientemente la ayuda de Dios.

¿Por qué parece que Dios simplemente observa y guarda silencio mientras sufrimos? Precisamente porque ello conlleva un beneficio espiritual para nosotros (Park Yun-sun). En otras palabras, el silencio de Dios durante nuestro sufrimiento contribuye a nuestro bienestar espiritual. ¿Cuál es, entonces, este beneficio espiritual? Es el «entrenamiento en la oración», así como la «paciencia y el refinamiento» (Park Yun-sun). Dios guarda silencio durante nuestro sufrimiento para llevarnos a invocarle con mayor fervor y a confiar en Él (Salmo 28:1, 7). Como afirma Isaías 30:15: «…en el sosiego y en la confianza estará vuestra fuerza…». Cuando Dios guarda silencio, debemos confiar serenamente en Él y apoyarnos en Él. Por tanto, debemos invocar a Dios. ¿Cuál fue el motivo de la oración de David en el pasaje de hoy, el Salmo 35? Observemos los versículos 19 al 21: «No permitan que se alegren de mí

aquellos que son mis enemigos injustamente; no permitan que guiñen el ojo con malicia quienes me odian sin causa. Pues no hablan de paz, sino que traman engaños contra los que viven tranquilos en la tierra. Abren mucho la boca contra mí y dicen: "¡Ajá! ¡Ajá! Lo hemos visto con nuestros propios ojos"». David oraba para que sus enemigos —que lo odiaban— no pudieran alegrarse de su desgracia y sufrimiento, ni regodearse del hecho de que parecía que Dios no lo ayudaba. Otro beneficio espiritual es que aprendemos paciencia al atravesar el túnel del sufrimiento; mediante la paciencia, experimentamos un proceso de refinamiento, lo que significa que nuestro carácter se moldea para asemejarse cada vez más a Jesús. Nuestro carácter se forma a través del sufrimiento. Miremos el Salmo 119:71: «Me hizo bien haber sido afligido, para así aprender tus estatutos». Al aprender los mandamientos de Dios a través del sufrimiento y obedecerlos, nuestro carácter se moldea para ser más semejante al de Jesús.

En un escrito titulado «El Dios silencioso», Song Won-jun dice lo siguiente sobre el silencio: «Dios puede guardar silencio. Dios guardó silencio durante los cuarenta años en que sacó a Moisés de la corte egipcia e hizo que viviera en el desierto de Madián». Después de ungir a David como rey cuando este tenía diecisiete años, Dios permaneció en silencio hasta que David finalmente ascendió al trono. Dios también guardó silencio ante las oraciones llenas de lágrimas y súplicas de Pablo —quien había hecho del mundo su campo misionero—, quien pedía la sanidad de la dolencia que constituía un «aguijón en su carne». Finalmente, Dios denegó la petición declarando: «Mi gracia te basta». Además, Dios guardó silencio en la Cruz cuando un hombre oró fervientemente: «Aparta de mí esta copa». … Henri Nouwen declaró que la ausencia de Dios equivale a la presencia activa de Dios. … Como el salmista no comprendía esta verdad, se sentía agraviado por el silencio de Dios. ¡Sin embargo, Dios obra activamente incluso en medio de ese silencio! De hecho, es en el silencio donde Dios refina mi corazón. … Es en el silencio donde Dios me guía a orar. Al leer esto, personalmente me sentí impulsada a adoptar una postura más pasiva o, dicho de otro modo, decidí una vez más ser como María en lugar de la activa Marta. Esto se debe a que he llegado a creer que, cuando permanezco pasiva, Dios obra y actúa con mayor intensidad. Ruego que, al confiar

cada vez más profundamente en Dios, pueda aguardar en oración silenciosa, a la espera de Su poderosa y activa obra.

La segunda etapa en el proceso mediante el cual Dios nos lleva a la prosperidad es aquella en la que Él «se espabila y despierta».

Consideremos el Salmo 35:23: «¡Despierta y levántate para defenderme, Dios mío y Señor mío, para defender mi causa!». Aunque el «Dios que se deleita en mi prosperidad» veía la lamentable situación de David, permanecía en silencio (v. 22); por ello, David suplicaba a Dios que «se espabilara y despertara» para ejecutar juicio (v. 23). Aquí, la palabra «espabilarse» implica «armarse de valor», mientras que «despertar» denota el deseo de que Dios «se levante de un estado semejante al sueño para ejecutar juicio» (Park Yun-sun). ¿Acaso Dios duerme realmente? ¿Necesita verdaderamente despertar? El Salmo 121:3–4 afirma: «...no se adormecerá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel». David imploraba a Dios que saliera de ese estado de aparente letargo y juzgara a sus enemigos con justicia divina. No quería que sus enemigos se regocijaran ante su ruina ni que afirmaran haber «logrado lo que querían» (vv. 24–25). Además, oraba por el fracaso de sus enemigos. En otras palabras, David pedía a Dios que dejara de limitarse a observar y, en cambio, se espabilara y despertara para llevar a sus enemigos a la vergüenza y a la derrota: «Sean avergonzados y confundidos los que se alegran de mi mal; sean cubiertos de vergüenza y deshonra los que se enaltecen contra mí» (v. 26). Asimismo, la oración de David era una súplica para que Dios permitiera a otros creyentes unirse a él en alabanza: «¡Canten de alegría y regocíjense los que se deleitan en mi justicia; digan siempre: "Grande es el Señor, que se deleita en el bienestar de su siervo"!» (v. 27). Esta petición se hace realidad porque Dios responde concediendo a David la victoria sobre sus enemigos. Al hacerlo, David puede ofrecer alabanza a Dios junto con esos otros creyentes; específicamente, con aquellos que lo consideran justo («los que se deleitan en mi justicia», v. 27).

El Señor nos guía por senderos sinuosos en lugar de caminos rectos, revelando sus profundos propósitos en el proceso. ¿Por qué el Dios que «se deleita en mi bienestar» parece limitarse a observar nuestro sufrimiento? ¿Percibimos verdaderamente —con los ojos de la fe— que, incluso en su aparente ausencia y silencio, Dios obra diligente y activamente? ¿Estamos atravesando la disciplina de la oración confiando serenamente en Dios? ¿Estamos experimentando las bendiciones de la paciencia y el moldeado de nuestro carácter? En última instancia, Dios se levanta y despierta para ejecutar un juicio justo, haciendo que nuestros enemigos fracasen y perezcan. Como resultado, Él nos mueve a darle gracias y a cantarle alabanzas: «Te daré gracias en la gran asamblea; te alabaré entre mucha gente» (v. 18).

«En tu luz vemos la luz»

[Salmo 36]

¿Está nuestra iglesia realmente irradiando su luz en este mundo de tinieblas? En un artículo titulado *Mientras la iglesia dormía*, el autor Jeong Min-young afirma: «La elección es nuestra: despertar y brillar, o permanecer dormidos y perecer» (Internet). Sin embargo, parece que la iglesia —que debería iluminar las tinieblas y despertar a un mundo adormecido— ha caído ella misma en un sueño profundo. Al igual que los marineros gentiles, que ante el peligro de muerte provocado por un Jonás dormido terminaron despertándolo, parece que el mundo actual está despertando a la iglesia. Esto es precisamente lo que observamos cuando personas no religiosas y los medios de comunicación reprenden abiertamente a la iglesia.

En el Salmo 36, vemos al salmista David lamentarse por la maldad de los impíos, pero hallando consuelo al contemplar la misericordia y la justicia de Dios (Park Yun-sun). Centrándome en el pasaje de hoy, deseo meditar sobre «las tinieblas del impío» y «la luz del justo». Mi oración es que, en lugar de desanimarnos por la maldad que vemos y de la que oímos hablar, encontremos consuelo fijando nuestra mirada en la misericordia y la justicia de Dios.

En primer lugar, meditemos sobre las tinieblas del impío.

D. L. Moody señaló que los versículos 1 al 4 del Salmo 36 describen siete etapas de un descenso cada vez más profundo en el pecado. De hecho, el pasaje revela siete aspectos de las tinieblas presentes en el impío:

(1) No hay temor de Dios.

Observemos el Salmo 36:1: «Oráculo dentro de mi corazón acerca de la transgresión del impío: No hay temor de Dios delante de sus ojos». Al observar la maldad de los impíos, David llegó a una profunda comprensión. En otras palabras, mientras el impío se precipita hacia el pecado sin temor alguno a Dios, David decidió —tras presenciar su conducta— reverenciar a Dios con mayor profundidad. Juan Calvino comentó: «El impío se precipita al pecado con una falsa sensación de seguridad, mientras que el santo se deja guiar por un corazón que reverencia a Dios». La razón de esta distinción es que el pecado habla al corazón del impío, mientras que Dios habla al corazón del justo (Oseas 2:14).

(2) En lugar de aborrecer el pecado que han cometido, halagan sus propios corazones, considerándolo aceptable y restándole importancia.

Considere el texto de hoy, el Salmo 36:2: "Porque ante sus propios ojos se lisonjea demasiado como para detectar o aborrecer su pecado". La palabra traducida aquí como "lisonjear" (o "enorgullecerse") implica literalmente "alisar las cosas"; denota adulación. Cuando uno comete el mal pero se dice a sí mismo: "No pasa nada, está bien", se está lisonjeando; al mismo tiempo, se está engañando a sí mismo y precipitándose directamente por el camino de la destrucción (Park Yun-sun). ¡Qué insensatez! Observe cómo tratan sus propios pecados a la ligera incluso después de haberlos cometido. Ante la posible exposición y el rechazo que su maldad podría provocar, halagan sus propios corazones, insistiendo en que "todo está bien". Juan Calvino señaló: "El impío lisonjea su propio corazón, mientras que el santo se examina y se refrena rigurosamente". El santo que teme a Dios aborrece el mal —y lo aborrece profundamente—, pero el impío, que vive en tinieblas y

carece del temor de Dios, trata el pecado a la ligera y se precipita hacia la maldad. (3) Sus bocas son propensas a la mentira.

Observe la primera parte del Salmo 36:3 en el texto de hoy: "Las palabras de su boca son iniquidad y engaño...". Como los impíos tratan el pecado a la ligera, pecan al hablar imprudentemente. Nuestros labios están destinados a mostrar gracia a los demás y a decir la verdad; sin embargo, los impíos hacen lo contrario, usando sus lenguas para dañar a otros y decir falsedades (Park Yun-sun). El apóstol Pablo dijo: "Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas practican el engaño; veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura" (Romanos 3:13–14). Las bocas de los impíos vomitan mentiras.

(4) Se apartan de la sabiduría y de la bondad.

Observe la segunda parte del Salmo 36:3 en el texto de hoy: "...ha dejado de ser sabio y de hacer el bien". Los impíos, que habitan en tinieblas, se han corrompido por completo; al carecer de sabiduría, han perdido la capacidad de hacer el bien. La sabiduría les resulta innecesaria. Puesto que ya no desean la sabiduría necesaria para obrar el bien, inevitablemente se apartan de ella y de la bondad, persistiendo en cambio en sus malas acciones. Al carecer de sabiduría, los impíos no producen las buenas obras que los justificarían (Mateo 11:19).

(5) Traman el mal mientras están en su lecho.

Observemos la primera parte del Salmo 36:4 en el texto de hoy: «Traman el mal en su lecho...». Para el creyente, el «lecho» es un lugar propicio para la reflexión y el arrepentimiento (4:4); sin embargo, los impíos utilizan ese mismo lugar para tramar el mal (Park Yun-sun). Al observar esto, vemos a una persona cuyo espíritu está lleno de maldad hasta lo más profundo: alguien que aprovecha incluso las oportunidades para hacer el bien

con el fin de cometer actos malvados. No se trata de alguien que sucumbe repentinamente a un impulso de hacer el mal, sino de alguien que lo comete de manera deliberada y premeditada.

(6) Se sitúa deliberadamente en un camino que no es bueno.

Observemos la parte central del Salmo 36:4 en el texto de hoy: «...se sitúa en un camino que no es bueno...». Esto indica que el impío no cae en el pecado a regañadientes debido a coacción o tentación externa; más bien, comete el pecado intencionalmente y sin reservas, deleitándose en él (Park Yun-sun). Considero que existe un proceso que conduce a este estado de deleite en el pecado. Podemos rastrear dicho proceso en el Salmo 1:1: primero, seguir el consejo de los impíos; segundo, detenerse en el camino de los pecadores; y tercero, sentarse en la silla de los soberbios.

(7) No aborrece el mal.

Observemos la última parte del Salmo 36:4: «...no aborrece el mal». Mientras que quienes temen a Dios odian el mal, los impíos —que carecen de tal temor— no lo aborrecen, sino que se deleitan en él.

Sin embargo, en medio de esta oscuridad de los impíos, los justos declaran: «Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz vemos la luz» (versículo 9). En segundo lugar, meditemos sobre la luz de los justos.

En el Señor —la fuente de la vida— y en su resplandor, o luz, contemplamos la luz. En otras palabras, en medio de las tinieblas de los impíos, David dirigió su mirada hacia la luz del Señor. ¿Qué es esa luz? Se refiere a la naturaleza divina de Dios. Quisiera considerar dos aspectos de la naturaleza divina de Dios tal como se presentan en este pasaje:

(1) La misericordia y la fidelidad de Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 36:5: «Tu misericordia, oh Señor, se extiende hasta los cielos; tu fidelidad alcanza hasta las nubes». La afirmación de que su misericordia y su fidelidad —que constituyen el resplandor de Dios— se extienden hasta los cielos y alcanzan las nubes implica que resplandecen con fuerza desde lo alto. Así, tras haber experimentado la protección del Señor, David confesó: «¡Cuán preciosa es tu misericordia, oh Dios! Por eso los hijos de los hombres buscan refugio bajo la sombra de tus alas» (v. 7). Además, el alma de David halló satisfacción en la abundante gracia de Dios. Veamos el versículo 8: «Se sacian de la abundancia de tu casa, y tú les das a beber del río de tus delicias». Aquí, el «río de delicias» se refiere al «río de su gozo» (Park Yun-sun). Esto simboliza la abundancia de gracia que sacia espiritualmente la vida humana (Park Yun-sun). Juan 1:14 afirma que Jesús estaba «lleno de gracia y de verdad». Reflexionar sobre la luz de la misericordia y la fidelidad de Dios nos lleva a contemplar la plenitud de la gracia de Jesús. Incluso cuando nos encontramos en medio de las tinieblas de los impíos, avanzamos mirando hacia el resplandor del Señor: la luz de su misericordia y su fidelidad.

(2) La justicia y el juicio de Dios. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 36:6: «Tu justicia es como los montes imponentes; tus juicios, como el gran abismo; oh Señor, tú preservas tanto al hombre como a la bestia». Este versículo significa que Dios permanece inmutable, al igual que las montañas majestuosas; Él observa todas las injusticias que enfrenta su pueblo escogido y manifiesta su justicia. Su juicio, ejercido dentro de esa justicia, es como el «gran mar», en referencia al «gran abismo». Esto significa que el obrar y los juicios inescrutables de Dios son un misterio que trasciende la comprensión humana (Park Yun-sun).

Al meditar profundamente en el Salmo 36, tengo la impresión de que el David aquí retratado apunta hacia Jesús. Cuando contemplamos a Jesús —rodeado por las tinieblas de los impíos— y su cruz, vislumbramos la misericordia, la fidelidad, la justicia y el juicio de Dios. En última instancia, mediante su muerte en la cruz, Jesús satisfizo la justicia y el juicio de

Dios, permitiéndonos así beber del río de las delicias del Señor. Además, a medida que el Señor nos permite probar continuamente su misericordia (v. 10), nos capacita para beber del río de su gozo. Dios, quien sacia abundantemente nuestras almas, seguirá revelando su misericordia y fidelidad a través de nuestras vidas e impedirá que los impíos que nos atacan lleguen a alcanzarnos (v. 11). Al final, mediante su sabio juicio, el Señor se asegurará de que los impíos jamás vuelvan a levantarse (v. 12).

Aquellos que ponen su mirada en el Señor

[Salmo 37]

En el libro *Flight of the Buffalo* (publicado en coreano bajo el título *La ley de la confianza para ganar juntos*), del pastor John Maxwell, aparece una cita impactante de Ralph Stayer, propietario y director ejecutivo de Johnsonville Foods: "Hay un hecho del que me di cuenta muy pronto y sobre el cual reflexiono a menudo: la mayoría de los problemas se originan dentro de mí mismo. Descubrí que el mayor obstáculo para el éxito no es otro que mi propia mentalidad: mis propias expectativas" (Internet). Me encuentro reflexionando sobre la idea de que "mis propias expectativas" pueden ser, de hecho, la mayor barrera para el éxito. Todos albergamos ciertas expectativas sobre nosotros mismos. Cuanto más elevadas son esas expectativas, mayor es el riesgo de sentirnos decepcionados con nosotros mismos. Esto sucede porque nos vemos obligados a enfrentar nuestra propia incompetencia, algo que nos resistimos a admitir. Sin embargo, ¿quién reconocería voluntariamente su propia incapacidad? Necesitamos experimentar una profunda decepción con nosotros mismos. A través de ello, debemos llegar a comprender plenamente nuestra propia incompetencia. La razón es que solo entonces confiaremos plenamente en Dios y buscaremos su ayuda. En consecuencia, en medio de nuestra absoluta incapacidad, quedaremos cautivados por el poder de Dios. Guiados por ese poder, podremos vivir una vida que manifieste su grandeza.

En el pasaje de hoy, el Salmo 37, el salmista David declara: "Porque los malhechores serán destruidos, pero los que esperan en el Señor heredarán la tierra" (versículo 9). Aquí, "esperar en el Señor" (o poner la mirada en el Señor con expectación) se refiere a una fe que reconoce la ayuda de Dios como la única bendición verdadera y la aguarda con anhelo (Park Yun-sun).

David, quien comprendía que solo la ayuda de Dios constituye la verdadera bendición, fue un paso más allá: consideraba que el encuentro con Dios mismo —más que el simple hecho de recibir su ayuda— era la bendición suprema (Park Yun-sun). Al reflexionar sobre la mentalidad de David, quisiera extraer algunas lecciones sobre cómo viven su fe aquellos que ponen su mirada en Dios, considerando cuatro puntos clave.

En primer lugar, aquellos que ponen su mirada en el Señor no se quejan. Observemos el Salmo 37:1 y la última parte del versículo 7: «No te alteres a causa de los malhechores, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad» (v. 1); «No te alteres a causa del que prospera en su camino, ni del hombre que lleva a cabo sus planes malvados» (v. 7b). Esto significa que los creyentes no deben albergar quejas en sus corazones respecto a aquellos que parecen prosperar a pesar de hacer el mal (Park Yun-sun). El mandato de la última parte del versículo 1 —«no tengas envidia»— transmite un mensaje similar. La «envidia» se refiere al sentimiento de desagrado que uno experimenta al ver la prosperidad de los demás; tal actitud es impropia de un creyente (Park Yun-sun). Quejarse es un mal hábito. John Maxwell, en su libro *The Law of Trust* (La ley de la confianza), comparte una historia al respecto: un anciano dormía la siesta cuando sus traviesos nietos cortaron un trozo de queso podrido y se lo colocaron justo debajo de la nariz, donde estaría el bigote. Al despertar, el abuelo percibió un olor pútrido. Pensando que el hedor provenía de la cocina, fue a comprobarlo y, efectivamente, encontró un olor desagradable. Entonces abrió la ventana e inhaló profundamente aire fresco, solo para volver a percibir la podredumbre… Había un olor fétido. Parecía como si el mundo entero apestara a podredumbre… pero, en realidad, el olor provenía de un trozo de queso podrido situado justo debajo de la nariz de la persona (Internet). La lección que se extrae de este ejemplo es que, si el corazón de uno está podrido, todo parece podrido. Por ejemplo, si nuestros corazones albergan quejas, todo nos parece motivo de queja; en consecuencia, vamos por ahí buscando cosas de las que murmurar. ¿Por qué caemos en la queja y la envidia, actitudes impropias de un creyente? La causa raíz es la «ira». En el versículo 8 del pasaje de hoy, David dice: «Deja la ira y abandona el enojo; no te alteres, pues eso solo conduce al mal». Del mismo modo, Proverbios 24:19 afirma: «No

te alteres a causa de los malhechores ni tengas envidia de los impíos». ¿Por qué nos dice David en el Salmo 37:8 que no nos quejemos de los malhechores? ¿Por qué advierte que no debemos envidiar a quienes cometen injusticias? (1) David da la primera razón: «Porque como la hierba pronto se marchitarán; como las plantas verdes, pronto perecerán» (versículo 2). La razón por la que no debemos quejarnos de los malvados es que, al igual que la «hierba» o las «plantas verdes» desaparecen rápidamente, la prosperidad de los impíos es efímera (Park Yun-sun) (cf. Isaías 40:6-8). (2) La segunda razón se encuentra en la segunda parte del Salmo 37:8: «…solo conduce al mal». El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dado que la ira proviene de la carne, no logra rectificar las situaciones injustas del mundo exterior; por el contrario, engendra desorden en el alma propia. Solo aumenta el mal. Un santo debe mantener siempre un corazón en paz, deseando el bienestar de los demás en lugar de albergar envidia o celos» (Park Yun-sun). ¿Cómo debemos responder, entonces, cuando vemos prosperar a los malvados? Debemos atender el consejo de los sabios: (1) Debemos temer siempre al SEÑOR: «No envidie tu corazón a los pecadores, sino teme siempre al SEÑOR» (Proverbios 23:17). (2) No debemos siquiera desear estar en compañía de los malvados: «No envidies a los malvados, ni desees estar con ellos» (24:1).

En segundo lugar, quienes miran al SEÑOR ponen su confianza en Dios.

Observemos el Salmo 37:3: «Confía en el SEÑOR y haz el bien; habita en la tierra y aliméntate de su fidelidad». Aunque nosotros, los creyentes, no alcancemos prosperidad física, no tenemos motivos para quejarnos. Esto se debe a que confiar en el SEÑOR Dios es una bendición mucho mayor que la prosperidad física (Park Yun-sun). ¿Somos realmente conscientes de que confiar en Dios es una bendición mayor que el éxito material? La prosperidad de los malvados se convierte, a la larga, en una maldición para ellos. Esto sucede porque tal prosperidad los lleva a confiar cada vez más en sí mismos; creen que prosperan gracias a sus propios méritos. Al vivir únicamente para sí mismos, estos individuos malvados no hacen el bien a su prójimo. Y una vida que no sabe hacer el bien a los demás nunca podrá llamarse una vida bendecida. Park Yun-sun afirmó: «¿Quién puede

hacer el bien verdadero sin confiar en Dios? La esperanza del creyente al hacer el bien reside en la recompensa de Dios, y el poder para hacer el bien también proviene de confiar en Él» (Park Yun-sun). ¿Cómo debemos, entonces —nosotros que miramos a Dios—, depositar específicamente nuestra confianza en Él?

(1) Debemos confiar en la fidelidad de Dios.

En otras palabras, en lugar de envidiar o quejarnos de la prosperidad de los impíos, debemos confiar en la fidelidad de Dios y aguardar con esperanza Su «recompensa fiel».

(2) Debemos encomendar nuestro camino a Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 37:5: «Encomienda al Señor tu camino; confía en Él, y Él actuará». Aquí, el «camino» se refiere a todas las preocupaciones del creyente y a su futuro incierto. La palabra traducida como «encomendar» proviene del término hebreo *gol*, que significa «hacer rodar» (Park Yun-sun). «Es difícil subir una montaña cargando una piedra pesada; sin embargo, es fácil y placentero hacer rodar esa misma piedra desde la cima. Aunque es imposible ascender al cielo cargando las pesadas cargas de la preocupación y el pecado, resulta fácil y placentero encomendar todas mis cargas a Jesús, quien descendió del cielo a la tierra para llevarlas por mí. Este es el descanso que se alcanza mediante la fe» (Park Yun-sun).

¿Cuál es el resultado de encomendar nuestro camino a Dios? Observemos el versículo 6 del pasaje de hoy: «Él hará que tu justicia resplandezca como el amanecer, y la justicia de tu causa como el sol del mediodía». En otras palabras, cuando nosotros —como creyentes— sufrimos injusticias a manos de los impíos y encomendamos ese agravio al Señor, el Dios justo no nos abandona; por el contrario, nos vindica y exalta de manera maravillosa, haciéndonos resplandecer como la luz.

En tercer lugar, aquellos que miran al Señor hallan gozo en Dios.

Observemos el Salmo 37:4: «Deléitate en el Señor, y Él te concederá los deseos de tu corazón». Una fe que se deleita en Dios es una fe que ha madurado más allá de aquella que simplemente depende de Dios (versículo 3) (Park Yun-sun). Es una fe que ha avanzado a una etapa de vida en la que uno considera la voluntad de Dios como propia. Por eso se cumplen las oraciones y los deseos de David. ¡Qué fe tan maravillosa es esta! Pasar de una fe que depende de Dios a una fe que se deleita en Dios... ¿Qué es, entonces, una fe que se deleita en Dios?

(1) Es una fe que «se deleita en la ley del SEÑOR y medita en su ley día y noche».

Observemos el Salmo 1:2: «...se deleita en la ley del SEÑOR, y en su ley medita día y noche».

(2) Es una fe que alaba a Dios.

Observemos el Salmo 43:4: «Entonces iré al altar de Dios, al Dios de mi supremo gozo; y al son de la lira te alabaré, oh Dios, Dios mío».

(3) Es una fe que sabe cuánto se deleita Dios en mí.

Observemos Sofonías 3:17: «El SEÑOR tu Dios está en medio de ti, poderoso Salvador; se regocijará sobre ti con alegría, te calmará con su amor, se deleitará en ti con cánticos».

Finalmente, el cuarto punto: aquellos que miran al SEÑOR permanecen en silencio ante Dios y esperan pacientemente.

Observemos el Salmo 37:7: «Guarda silencio ante el Señor y espera pacientemente en él; no te alteres cuando la gente triunfa en sus caminos, cuando llevan a cabo sus planes

malvados». Cuando vemos prosperar a los malvados e injustos y reaccionamos con envidia, celos e ira, la agitación interior resultante nos impide permanecer en calma. En otras palabras, no podemos disfrutar del reposo en el Señor. A fin de cuentas, perdemos la serenidad. Esto fue lo que le sucedió al salmista Asaf, como vemos en el Salmo 73. Al ver la prosperidad de los impíos, sintió envidia de los soberbios (versículo 3). Confesó que estuvo a punto de tropezar y que sus pies casi habían resbalado (versículo 2). Sin embargo, fue solo cuando Asaf «entró en el santuario de Dios» (versículo 17) que comprendió el destino final de los impíos: que enfrentan una destrucción repentina (versículos 18–20). Al darse cuenta de esto, Asaf confesó: «Cuando mi corazón estaba afligido y mi espíritu amargado, yo era un insensato e ignorante; me comportaba como una bestia bruta delante de ti» (versículos 21–22). Debemos permanecer en calma ante Dios. No debemos permitir que nuestro corazón se perturbe por la prosperidad de los impíos ni por el sufrimiento de los justos. No hay razón para envidiar a los impíos ni sentir celos de ellos. En cambio, simplemente debemos permanecer en calma ante Dios y aguardar su salvación y su juicio. Sin duda, nuestro Señor juzgará a los impíos y nos librará (de nuestro sufrimiento). Confiando en este Señor, debemos esperar con paciencia y serenidad. Observemos el pasaje de hoy, Salmo 37:9–10: «Porque los malvados serán exterminados, pero los que esperan en el Señor heredarán la tierra. Pues dentro de poco los impíos dejarán de existir; buscarás con cuidado su lugar, pero ya no estarán allí». Los impíos ciertamente desaparecerán. Aunque parezcan prosperar ahora, esa prosperidad es pasajera. Es más, su prosperidad se convertirá en una maldición para ellos; debido a ella, pecarán aún más contra Dios. En consecuencia, el juicio de Dios caerá sobre ellos.

Aquellos que esperan en el Señor son los «mansos» (v. 11). En otras palabras, los que miran al Señor son los humildes. Los humildes no se quejan al ver prosperar a los impíos. Puesto que confían en Dios, los humildes le encomiendan todo su camino. Se deleitan en Dios y saben guardar silencio y esperar pacientemente ante Él. Así, finalmente heredan la tierra (v. 11) y obtienen la herencia del mundo venidero (Park Yun-sun). Además, los humildes gozan de abundante paz. Dado que los mansos y humildes ponen su esperanza únicamente en

Dios y hallan satisfacción solo en Él, sus almas están siempre llenas de gozo y paz (Park Yun-sun). Ruego que tales bendiciones sean para ti y para mí.

¡No te quejes!

“No te irrites a causa de los malhechores, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad… Guarda silencio ante el Señor, y espera en él con paciencia; no te alteres por el que prospera en su camino, ni por el hombre que lleva a cabo sus planes malvados. Deja la ira y desecha el enojo; no te irrites, pues eso solo causa daño” (Salmo 37:1, 7, 8).

Ayer, durante el servicio de oración de la madrugada del viernes, mientras reflexionaba sobre el Salmo 33:11 bajo el título “Aun cuando las cosas no salen según mis planes”, me vino un pensamiento: «La razón de la insatisfacción en mi corazón es que no confío plenamente en Dios». Cuando las cosas no salían según mis planes —una y otra vez—, me sentía frustrado, enojado y desanimado; me di cuenta de que la razón era que no dependía verdaderamente del Dios en quien decía creer y de quien afirmaba depender. Con ese pensamiento en mente, comencé a leer los Salmos 37 al 41 —el pasaje programado para la oración de la madrugada de hoy— y la frase «no te irrites» (o «no te quejes»), que aparece en los versículos 1, 7 y 8 del Salmo 37, llamó mi atención. Me encontré meditando sobre por qué David, el salmista, se decía a sí mismo «no te irrites» y oraba a Dios de esa manera, no solo una vez, sino tres veces. Ahora, tras haber proclamado la Palabra de Dios basada en el Salmo 37:1–11 en el servicio de oración de la madrugada de este sábado, estoy sentado en mi oficina, reflexionando más a fondo y escribiendo esto. He elegido «¡No te quejes!» como título para esta meditación.

En el pasaje de hoy del Salmo 37 (versículos 1, 7–8), se nos dice repetidamente —tres veces— que no nos quejemos. En otras palabras, la Biblia nos dice que no envidiemos a los impíos que cometen injusticias, aun cuando los veamos prosperar (versículos 1 y 7). Reflexionar sobre este pasaje me trajo a la mente el Salmo 73. Esto se debe a que, hace años, antes de fallecer, un anciano de la iglesia preguntó: «¿Por qué sufren los justos mientras prosperan los impíos?». Dios entonces me llevó a meditar en el Salmo 73, donde encontré la respuesta a esa pregunta. Por consiguiente, siempre que reflexiono sobre el tema de la "prosperidad de los impíos", recuerdo el Salmo 73. En ese salmo, Asaf también sintió envidia de los soberbios tras presenciar la prosperidad de los impíos (Salmo 73:1). Al ver a los impíos —que no sufren dolor al morir, se mantienen fuertes y sanos (versículo 4) y están libres de sufrimientos y calamidades (versículo 5), con cuerpos bien alimentados y ganancias que superan los deseos de su corazón (versículo 7)—, Asaf sintió tal envidia que estuvo a punto de tropezar (versículo 2). Especialmente al verlos vivir en paz constante mientras su riqueza seguía creciendo (versículo 12), Asaf llegó a decir: "Ciertamente en vano he mantenido puro mi corazón y he lavado mis manos en inocencia" (versículo 13). Cuando vemos a los justos sufrir mientras los impíos prosperan, los cristianos podemos caer fácilmente en la envidia hacia ellos, tal como les sucedió a Asaf o a David. No solo podríamos envidiarlos, sino incluso sentir ira ante su prosperidad (37:8). Además, podemos encontrarnos quejándonos incesantemente por insatisfacción (versículos 1, 7 y 8). Sin embargo, en el pasaje de hoy —Salmo 37:1, 7 y 8—, la Biblia nos dice claramente, no una sino tres veces, que no debemos quejarnos. ¿Cuál es la razón? Que la queja solo conduce al mal (versículo 8). En otras palabras, no debemos quejarnos porque, si envidiamos la prosperidad de los impíos y murmuramos por insatisfacción, terminaremos pecando. Otra razón por la que no debemos quejarnos al ver la prosperidad de los impíos es que pronto serán exterminados (versículos 9, 22, 28, 34, 38; cf. 37:2, 36). Serán exterminados tan rápidamente como se marchita y se desvanece la hierba verde (versículo 2). En el Salmo 73, el salmista Asaf comprendió esta verdad solo cuando entró en el santuario de Dios (versículo 17). ¿De qué se dio cuenta? Él comprendió cuál es el fin de los impíos (versículo 17). ¿Cuál es el fin de los impíos? Es la destrucción (versículo 18). Es una destrucción que

sobreviene repentinamente: son llevados a la ruina en un instante (versículo 19). Tal como uno desecha un sueño al despertar, el Señor menospreciará a los impíos cuando se levante (versículo 20).

Amados, aquellos que hacen el mal ciertamente serán exterminados (Salmo 37:9). No solo serán exterminados los malditos del Señor (versículo 22), sino que también lo será su descendencia (versículo 28). Además, el futuro de estos transgresores será cercenado (versículo 38). Veremos claramente cómo los impíos son exterminados (versículo 34). Por tanto, no debemos envidiar la prosperidad de los impíos ni quejarnos de ella. En lugar de quejarnos, ¿qué debemos hacer? Primero, debemos confiar en Dios (versículo 3). También debemos hacer de la fidelidad de Dios nuestro sustento (v. 3). Asimismo, debemos deleitarnos en Dios (v. 4). Cuando lo hacemos, Dios concede los deseos de nuestro corazón (v. 4). Debemos encomendar nuestro camino a Dios (v. 5). Si confiamos en Dios, Él hará que se cumpla (v. 5). Debemos guardar silencio ante Dios y esperar pacientemente (v. 7). Esto se debe a que somos aquellos que esperan en Dios (v. 9). También debemos ser mansos (v. 11) e íntegros (v. 37). Al hacerlo, heredaremos el reino eterno de Dios y nos deleitaremos en abundante paz (v. 11; cf. v. 37).

¡Espera pacientemente!

«Guarda silencio ante el Señor y espera pacientemente en él; no te irrites cuando la gente tenga éxito en sus caminos, cuando lleven a cabo sus planes malvados» (Salmo 37:7).

¿Cómo debe un cristiano llevar sus negocios o desenvolverse en su lugar de trabajo? Uno puede abordar estos asuntos centrándose en las personas o centrándose en Dios. El Salmo 37 sugiere que pueden surgir dos reacciones específicas en empresarios o empleados que se centran en las personas en lugar de en Dios:

En primer lugar, se quejan de los malvados y envidian a quienes cometen injusticias.

Observemos el Salmo 37:1: «No te irrites a causa de los malvados ni envidies a los que hacen el mal». La razón por la que un empresario o empleado centrado en las personas podría quejarse de los malvados y envidiar a los injustos es que los impíos a menudo prosperan (versículo 7). Dado que los malvados alcanzan el éxito mundano mediante «planes malvados», los justos se ven fácilmente tentados a caer en los pecados de la queja y la envidia (versículo 7). En una sociedad competitiva, incapaces de superar el impulso de compararse con los demás, pueden poner la mirada en las personas en lugar de en Dios mientras lidian con el contraste entre el sufrimiento del justo y la prosperidad del impío; en consecuencia, pueden quejarse ante Dios y albergar envidia por el éxito de los malvados.

En segundo lugar, se enojan con Dios (versículo 8). Quejarse y envidiar la prosperidad de los malvados puede conducir, en última instancia, a un enojo dirigido contra Dios.

Esto solo conduce al «mal» (versículo 8). Las quejas y la envidia iniciales dirigidas hacia los malvados no se detienen ahí; fácilmente se transforman en ira contra Dios. Si se examinara profundamente la ira que sienten los empresarios o empleados cristianos, sería difícil afirmar que gran parte de ella no está dirigida, en realidad, contra Dios. Entonces, ¿qué clase de vida llevan los empresarios y empleados centrados en Dios? Podemos considerar dos aspectos principales:

(1) Esperan pacientemente en Dios con una expectativa serena (versículos 7, 9).

Sabiendo que el fin último de la prosperidad de los malvados es la destrucción (Salmo 74), esperan pacientemente y en calma, con la mirada puesta en Dios. Son capaces de perseverar porque saben que Dios frustrará los planes malvados de los impíos y pondrá fin rápidamente a su efímera «prosperidad». En lugar de regocijarse en el éxito mundano, se deleitan en Dios (versículo 4), encomiendan su camino a Él (versículo 5) y practican la justicia y el derecho (versículo 6).

(2) Hacen el bien fielmente (Salmo 37:3).

Un emprendedor o empleado centrado en Dios es aquel que, incluso en circunstancias difíciles y adversas, confía en Dios y hace fielmente lo que es bueno. Como alguien que «se nutre de la fidelidad» (versículo 3) y confía en que Dios concederá los deseos de su corazón (versículo 4), nunca deja de hacer el bien, sin importar la situación.

¿Estamos realmente viviendo vidas centradas en Dios como emprendedores o empleados cristianos? ¿O vivimos de una manera marcada por la queja, la envidia y la ira, sin confiar en Dios, sin regocijarnos en Él ni encomendarle nuestros caminos? Aquellos que se deleitan en Dios, confían en Él y encomiendan sus caminos a Él son quienes esperan pacientemente

y hacen fielmente el bien. Oro para que todos seamos personas que esperan pacientemente de esta manera.

Los impíos frente a los justos

[Salmo 37:12–22]

Según cierto psicólogo, existen seis tipos de prisiones en las que habitan las personas. La primera es la prisión del narcisismo; una vez que alguien es consumido por un sentido exagerado de su propia importancia —actuando como una "princesa" o un "príncipe"—, se vuelve verdaderamente incorregible. La segunda es la prisión de la crítica; quienes están atrapados aquí se centran constantemente en los defectos de los demás y aman criticar. La tercera es la prisión de la desesperación; estos individuos ven el mundo de manera negativa, quejándose constantemente y sucumbiendo a la falta de esperanza. La cuarta es la prisión de vivir en el pasado; desperdician el presente aferrándose a los "buenos tiempos de antaño". La quinta es la prisión de la codicia; al no valorar lo que tienen, se obsesionan con lo que poseen los demás, considerándolo muy superior. La sexta es la prisión de los celos; ver el éxito ajeno les provoca una angustia irracional y un impulso de menospreciar o derribar a los demás. Entre estas seis prisiones, personalmente creo que muchos creyentes a menudo se encuentran viviendo en la sexta: la "prisión de los celos". En particular, tal como describió el salmista Asaf en el Salmo 73, muchos creyentes a menudo sienten envidia y celos al presenciar la prosperidad de los impíos (versículo 3). Por eso David, el autor del pasaje de hoy (Salmo 37), escribe en el versículo 1: "No te irrites a causa de los malhechores, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad". Sin embargo, Satanás busca por todos los medios atraer a los creyentes a esta prisión de los celos. Además, como un león rugiente que busca devorarnos, Satanás utiliza a los impíos —sus siervos— para atormentarnos y perseguirnos, tentarnos a pecar y hacernos apartar de la fe. En el pasaje de hoy, Salmo 37:12–22, vemos a Satanás intentando dañar a David, un hombre justo, a través de los impíos que le sirven.

Centrándome en este texto, quisiera reflexionar sobre la naturaleza de los impíos frente a la de los justos y recibir la gracia que Dios nos ofrece.

Los impíos son aquellos que están bajo la maldición del Señor.

Observemos la segunda parte del Salmo 37:22: "...los malditos de Él serán destruidos". Los impíos, que están bajo la maldición del Señor, buscan hacer daño a los justos. ¿Cómo intentan hacerlo? Podemos considerar dos formas.

(1) Los impíos traman atacar a los justos movidos por la ira.

Observemos el Salmo 37:12: «El impío maquina contra el justo, y cruje los dientes contra él». El salmista David describió a estas personas impías como aquellas que «traman planes malvados» (versículo 7). Uno de sus planes consiste en «pedir prestado y no devolver» (versículo 21). Impulsados por la codicia y la avaricia —sin quedar nunca satisfechos con la riqueza que poseen—, los impíos pueden prosperar materialmente pidiendo prestado a otros y sin devolver lo que tomaron (versículo 16). Son personas dispuestas a derribar a los justos (los santos) para acumular su propia riqueza. Podemos ver a los impíos —que crujen los dientes mientras llevan a cabo sus planes malvados (versículos 7, 12)— reflejados en la actitud de los judíos hacia Esteban en el capítulo 7 de Hechos: «Al oír esto, se sintieron profundamente irritados y crujieron los dientes contra él» (Hechos 7:54). Los impíos escuchan la predicación de los justos, sienten un aguijonazo en sus corazones (conciencias) y dirigen su ira hacia los justos. Sin embargo, tal ira conduce finalmente solo a hacer el mal (Salmo 37:8).

(2) Los impíos buscan matar a los justos.

Observemos el versículo 14 del Salmo 37, nuestro texto de hoy: «Los impíos desenvainan la espada y tensan el arco para derribar al pobre y al necesitado, para matar a los de camino

recto». Aquí vemos a los impíos poniendo en práctica sus maquinaciones contra los justos, realizando un intento desesperado y definitivo de matarlos utilizando armas como la «espada» o el «arco». En marcado contraste con estos impíos homicidas, la Biblia describe a los justos como «pobres y necesitados» (versículo 14). Esta descripción se refiere a creyentes que no tienen ninguna fuente humana de ayuda (Park Yun-sun). ¡Qué contraste con los impíos! Los justos parecen débiles, impotentes y desamparados, lo que los convierte en presa fácil para los impíos homicidas. Vemos un contraste similar entre los impíos y los justos en el capítulo 9 de Hechos: Saulo, «respirando aún amenazas de muerte» (versículo 1), acudió al sumo sacerdote para solicitar cartas dirigidas a las sinagogas de Damasco, con la intención de arrestar a cualquier seguidor de Jesús —ya fueran hombres o mujeres— y llevarlos encadenados a Jerusalén (versículo 2). ¿Cómo debemos responder cuando nos encontramos con personas impías que nos hacen daño a nosotros, los santos? En lugar de afligirnos, debemos mirar con fe a Dios mientras Él se ríe. Consideremos el pasaje de hoy, el Salmo 37:13: «El Señor se ríe del impío, pues ve que su día se acerca». La imagen del Señor riendo también aparece en el Salmo 2:4. Cuando los reyes de la tierra se alzan y los gobernantes conspiran juntos contra el Mesías (v. 2), Dios se ríe y se burla de ellos (v. 4). Por tanto, incluso cuando los impíos traman atacarnos, no debemos afligirnos, sino más bien participar del gozo de Dios. La razón es que el tiempo del juicio del Señor —su destrucción— se acerca. No hay necesidad de que un santo llore cuando Dios se ríe. Si un santo llora ante la risa de Dios, es porque su propia visión espiritual se ha nublado (Park Yun-sun). Por ello, debemos orar. A través de la oración, nuestros ojos espirituales se abren para ver la risa de Dios, permitiéndonos participar de su gozo incluso en medio del dolor (Calvino). ¿Por qué no debemos temer a los impíos, sino más bien compartir el gozo de Dios? David explica la razón: «Sus espadas atravesarán sus propios corazones, y sus arcos serán quebrados» (37:15). El preciso instante en que los impíos, llenos de furia asesina, realizan su último y desesperado intento de atacar, es el momento de su destrucción (Park Yun-sun). En el pasaje de hoy, el Salmo 37:20, David declara: «Los impíos perecerán; los enemigos del Señor serán como la grasa de los corderos: se desvanecerán como el humo». Imaginemos la grasa consumiéndose y convirtiéndose en humo. De la misma manera, la destrucción de

los impíos será una aniquilación total que ocurrirá en un instante. En última instancia, los impíos, que están bajo la maldición del Señor, serán exterminados (v. 22; cf. vv. 9–10).

Los justos son aquellos que han recibido la bendición del Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 37:22: «Los bendecidos por el Señor heredarán la tierra…». ¿Cuál es la bendición del Señor que reciben los justos? El texto que tenemos ante nosotros destaca dos aspectos de ella.

(1) La bendición que reciben los justos es que Dios los sostiene.

Observemos el Salmo 37:17: «Los brazos de los impíos serán quebrados, pero el Señor sostiene a los justos». Este versículo explica la razón de la afirmación del versículo 16: «Lo poco que tiene el justo es mejor que la abundancia de muchos impíos» (Park Yun-sun). En otras palabras, Dios quiebra los «brazos de los impíos», es decir, el poder en el que confiaban, específicamente su abundancia material. Sin embargo, aunque los justos posean poco, esto se convierte en una bendición para ellos porque Dios los sustenta. ¿Cómo llega a ser realmente una bendición la escasa posesión del justo? Hay dos razones para ello (Park Yun-sun): (a) En primer lugar, incluso una pequeña posesión es una bendición porque fue dada por el Dios Todopoderoso; si llegara a faltar, Él provee de nuevo. (b) En segundo lugar, debido a que la pequeña posesión del justo no se obtiene injustamente, conduce a una vida agradable y feliz, convirtiéndose así en una bendición. Otra bendición es que tener poco nos impide caer en la soberbia. Mientras que una gran riqueza material a veces puede resultar en escasas bendiciones espirituales, poseer poco materialmente puede conducir a grandes bendiciones espirituales. Debemos prestar atención a las palabras del Dr. Park Yun-sun: «La verdadera vida no consiste en la abundancia de posesiones (Lucas 12:15), sino en poseer justicia». ¿Acaso nosotros, como creyentes, no hemos sido declarados justos mediante el mérito de la cruz de Jesús? Ciertamente, Dios

nos ha justificado. ¡Qué tremenda bendición es esta! Poseer esta justicia es incomparable a la abundancia material.

(2) La bendición que el Señor otorga a los justos es la promesa de Dios de que nuestra herencia perdurará para siempre. Observemos el texto de hoy, el Salmo 37:18: «El Señor conoce los días de los íntegros, y su herencia será para siempre». Aquí, el término «íntegros» no se refiere a alguien totalmente libre de pecado, sino a una persona sincera: alguien que actúa ante Dios conforme a una conciencia fiel. Dios conoce los «días» —es decir, la vida entera— de esa persona recta que se esfuerza por cumplir la voluntad de Dios (Park Yun-sun). Por tanto, la herencia de aquel a quien Dios reconoce —los bienes de los que disfruta a lo largo de su vida— jamás llegará a su fin. Dado que Dios es su Salvador y Protector, es imposible que su herencia se pierda (Park Yun-sun). En efecto, Dios concede gracia suficiente a los justos, asegurando que su herencia no falte ni siquiera en tiempos de adversidad (versículo 19). En consecuencia, aun durante una hambruna, los justos pueden «mostrar bondad» a los demás gracias a la gracia suficiente de Dios (parte final del versículo 21). Como los justos viven con frugalidad y recursos modestos, disponen de un excedente; son capaces de ayudar a los necesitados. Son personas que, aunque pobres, viven una vida de abundancia. En última instancia, mientras los impíos —a pesar de su riqueza— se encaminan a la destrucción, los justos —que reparten y dan generosamente— heredan la tierra y su descendencia prospera (Park Yun-sun).

Los impíos, que están bajo la maldición del Señor, conspiran contra nosotros e incluso buscan matarnos en un frenesí final y desesperado. Sin embargo, por fe, debemos contemplar a Dios mientras se ríe de ellos. Los impíos perecerán sin duda en un instante; ciertamente serán exterminados. Por tanto, aun en medio del dolor, podemos participar del gozo de Dios. Recordemos esto. Proclamémoslo a nuestras almas: declaremos con fe: «Soy alguien a quien el Señor ha bendecido». La verdadera bendición reside en ser sostenidos por Dios. No nos desanimemos si nuestras posesiones parecen escasas en comparación con la abundancia de los impíos. Dios es quien destroza la riqueza material en la que los impíos

depositan su confianza. Aunque los justos posean poco, el simple hecho de que Dios los sustente constituye una bendición en sí misma. El Dios que nos sostiene se convierte en nuestra herencia eterna. Nuestro Señor, la fuente misma de la bendición, se convierte en nuestra bendición. Así, ya sea en tiempos de tribulación o de hambre, podemos extender gracia a los demás mediante la gracia suficiente que Dios nos otorga. Oro para que tú y yo vivamos vidas tan bendecidas.

El Dios que establece nuestro camino

[Salmo 37:23–40]

¿Puede usted dar gracias a Dios incluso en situaciones en las que parece imposible hacerlo? Mientras escribía una carta de agradecimiento durante esta temporada de gratitud, recibí una noticia: la esposa de un pastor —antiguo compañero mío del seminario— había sido diagnosticada con cáncer de estómago terminal. Para compartir su dolor y orar con el corazón apesadumbrado, recordé deliberadamente a mi hijo primogénito, Ju-young, quien ya ha partido al cielo. Los problemas de salud de Ju-young también se descubrieron en noviembre —el mes de acción de gracias— y recuerdo haberme preguntado entonces cómo era posible dar gracias en una situación así; ahora, empatizo con el dolor que experimentan el pastor Kim y su esposa al enfrentar esta adversidad durante el mismo mes. Supe que la iglesia donde sirve el pastor Kim está organizando un culto para este domingo, en el que los miembros compartirán testimonios sobre sus propios motivos de gratitud; cuando el pastor Kim se dirigió al hospital el lunes, inicialmente pensó que su motivo de gratitud sería la esperanza de que Dios permitiera realizar la cirugía. Sin embargo, ahora está preparando los arreglos funerarios y ha comenzado un ayuno a partir de hoy.

En momentos como estos, uno de los versículos bíblicos en los que a menudo reflexionamos y que compartimos es Job 23:10: «Mas él conoce el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como oro». Al meditar en este versículo, solía centrarme principalmente en la segunda parte: «cuando me haya probado, saldré como oro». Parece que rara vez —o nunca— había meditado profundamente en la primera parte: «Mas él conoce el camino que tomo». Al meditar en la verdad de que el Dios omnisciente conoce el

camino que cada uno de nosotros recorre, encontramos en el Salmo 37:23 la declaración de que «el SEÑOR afirma los pasos del hombre». En otras palabras, Dios ya ha ordenado nuestro camino. Además, la Biblia nos dice que Dios se deleita en el camino que Él ha establecido (versículo 23). El Dios que conoce nuestro camino —que preordena nuestros pasos y nos guía por esa senda— es el Dios que hace seguro nuestro camino. Y este Dios, que establece nuestro camino, se deleita en la senda que recorremos. Hoy, centrándome en el Salmo 37:23–40, deseo reflexionar sobre tres aspectos del Dios que asegura nuestro camino y recibir la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, el Dios que asegura nuestro camino es Aquel que nos sostiene cuando tropezamos.

Observemos el Salmo 37:24: «Aunque tropiece, no caerá, porque el Señor lo sostiene con su mano». La frase «aunque tropiece» nos recuerda que —ya fuera David o nosotros mismos— somos seres frágiles e inevitablemente propensos a tropezar. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué somos personas destinadas a tropezar? Podemos identificar tres razones relacionadas en el pasaje de hoy:

(1) La primera razón es que tropezamos inevitablemente porque Satanás, consciente de nuestras debilidades, nos acecha y ataca, buscando derribarnos.

Tomando las palabras de David en el pasaje: «El impío acecha al justo, buscando matarlo» (versículo 32). Recuerdo haber visto un documental sobre naturaleza en el que un león divisaba a su presa, bajaba el cuerpo y se acercaba sigilosamente; luego, en un repentino estallido de movimiento, saltaba y arremetía para capturar y devorar a la presa. Parece que Satanás actúa de manera muy similar. Como león rugiente, nos acecha buscando cualquier forma de devorar a los creyentes, procurando constantemente una «oportunidad para matarnos». Por tanto, a menos que permanezcamos alertas, sobrios y vigilantes, Satanás nos atacará implacablemente en el momento en que mostremos la más mínima «brecha»

debido a nuestras debilidades. ¿Cómo, entonces, podría incluso David —o cualquiera de nosotros— esperar mantenerse firme sin caer?

(2) La segunda razón es que estamos destinados a caer porque el poder de los impíos —los siervos de Satanás que nos atacan— es inmenso.

Observemos el texto de hoy, Salmo 37:35: «He visto al impío con gran poder, extendiéndose como un árbol verde y frondoso». Aquí, David compara el gran poder del impío con la frondosidad de un árbol verde y vigoroso. La Septuaginta traduce esto como un "cedro del Líbano", evocando la imagen de un árbol vigoroso y próspero. Esto implica que el poder de los impíos es inmenso, semejante a un árbol enorme de ramas frondosas (Park Yun-sun).

(3) La tercera razón es que a menudo caemos debido a la tribulación.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 37:39: "La salvación de los justos proviene del Señor; Él es su fortaleza en el tiempo de angustia". En última instancia, dado que los impíos —siervos de Satanás— poseen un gran poder y acechan para atacarnos y derribarnos, inevitablemente tropezamos y caemos en medio de la tribulación. Sin embargo, aunque tropecemos momentáneamente, no nos apartamos por completo del camino que recorremos; nos levantamos de nuevo y continuamos esa travesía (v. 24). Aunque podamos tropezar brevemente debido a los ataques y tentaciones de Satanás o a la persecución de los impíos, Dios Padre nos sostiene con su mano, permitiéndonos levantarnos y caminar por la senda que Él ha dispuesto.

¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de los creyentes al recorrer este camino ordenado por Dios? Es apartarse del mal y hacer el bien (v. 27). Rodeados de impíos —quienes, con su inmenso poder, parecen listos para atacar en cualquier momento—, nos enfrentamos a una elección: apartarnos del mal para hacer el bien, o apartarnos del bien para hacer el mal. Si abandonamos la bondad por el mal, es posible que al principio sintamos remordimientos o

culpa; sin embargo, a medida que cometemos actos malvados poco a poco, esos sentimientos se desvanecen y, externamente, la vida puede parecer tranquila. Incluso podríamos llegar a acumular grandes riquezas (v. 16). No obstante, esto es solo temporal; si transigimos con los impíos y cambiamos la bondad por el mal, enfrentaremos la destrucción. Por el contrario, si nos apartamos del mal y hacemos el bien, Dios nos concede una bendición: nuestra descendencia será bendecida (v. 26). El pasaje del Salmo 37:25-26 refleja la propia experiencia de David. Esa experiencia consistió en presenciar —desde su juventud hasta su vejez— que los justos nunca son desamparados ni sus hijos mendigan el pan (v. 25), y que los justos llevan vidas caracterizadas por mostrar misericordia y prestar a otros durante todo el día (v. 26). Así, David estaba convencido de que la descendencia de los justos ciertamente sería bendecida. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «La gente se preocupa mucho por el sustento futuro de sus descendientes. Tal preocupación es inútil. En lugar de preocuparse, simplemente deberían esforzarse por vivir rectamente. En otras palabras, deben procurar ser personas justas en su trato con los asuntos materiales».

En segundo lugar, el Dios que establece nuestro camino es el Dios que nos protege en tiempos de aflicción.

Observemos el Salmo 37:28: «Porque el Señor ama la justicia y no desampara a sus santos. Ellos son preservados para siempre, pero la descendencia de los impíos será exterminada». ¿Qué clase de personas son los santos a quienes Dios protege? Son aquellos que aman la justicia y son fieles (versículo 28). Puesto que el Dios justo ama la justicia, se deleita en proteger a quienes la aman y la practican. Además, Dios no desampara a sus santos fieles. En resumen, Dios protege a los santos que practican fielmente la justicia. Entonces, ¿qué debemos hacer para practicar fielmente la justicia? Debemos llevar la ley de Dios en nuestros corazones (versículo 31). Este es el secreto para practicar fielmente la justicia. Cuando hacemos esto, nuestra boca puede hablar sabiduría y justicia (versículo 30).

¿Cómo nos protege, entonces, nuestro Dios cuando practicamos fielmente la justicia?

(1) Dios evita que nuestros pasos tropiecen.

Observemos la última parte del Salmo 37:31: «...sus pasos no vacilarán». Dios impide que nuestros pies resbalen. Por tanto, podemos permanecer firmes y continuar en nuestro camino.

(2) Dios no nos abandona en manos de los impíos.

Observemos el pasaje de hoy, Salmo 37:33: «El Señor no lo dejará en manos de ellos ni permitirá que sea condenado cuando sea juzgado». Aunque los impíos arrastren a los justos ante los tribunales en un intento por destruirlos, Dios no se queda de brazos cruzados permitiendo que condenen a los justos. Por muy poderosas o influyentes que sean las manos de los impíos, Dios —cuya mano es todopoderosa— no nos abandonará simplemente a ellas.

En tercer lugar, el Dios que establece nuestro camino es, en última instancia, el Dios que nos concede la paz.

Observemos el Salmo 37:37: «Considera al íntegro, mira al recto; un futuro aguarda a quienes buscan la paz». ¿Cómo nos concede Dios la paz?

(1) Dios nos concede la paz salvándonos (versículo 39).

Nuestro Dios es quien ayuda a los justos y los libra de los impíos (versículo 40).

(2) Dios nos concede la paz convirtiéndose en nuestra fortaleza en tiempos de angustia (versículo 39).

Nuestro Dios se convierte en nuestro refugio en los momentos difíciles. Cuando nos refugiamos en Él, nos protege y nos otorga paz. ¿Dónde más podríamos hallar paz en tiempos de angustia sino en el Señor?

Entonces, ¿cuál es la responsabilidad del creyente para obtener esta paz? Podemos extraer dos lecciones del pasaje de hoy:

(1) Debemos ser personas «íntegras» y «rectas».

Miremos de nuevo el Salmo 37:37: «Considera al íntegro, mira al recto; un futuro aguarda a quienes buscan la paz». Aquí, una «persona íntegra» se refiere a alguien sincero y libre de engaño, mientras que una «persona recta» es alguien que vive rectamente ante Dios, sin nada que ocultar (Park Yun-sun). Para disfrutar de la paz que Dios da —incluso en tiempos de angustia—, debemos vivir con sinceridad, sin engaños, y caminar con rectitud ante Dios, sin nada que encubrir. (2) Debemos confiar en Dios.

Observemos el texto de hoy, Salmo 37:40: «El Señor los ayuda y los libra; los libra de los impíos y los salva, porque en él se refugian». Debemos confiar en Dios y caminar por fe, no por vista. Al hacerlo, podremos disfrutar de la paz que Dios otorga: una paz que el mundo no puede comprender.

Dios, quien ya ha trazado el camino que recorremos, nos guía y nos protege. Cuando tropezamos, Él nos sostiene, nos levanta y nos capacita para continuar en ese camino. Además, Dios se deleita en ese camino. Esto me lleva a reflexionar sobre cómo Dios Padre dispuso el camino de su Hijo unigénito, Jesús, y si el propio Jesús se regocijó en la senda de la cruz. ¿Qué padre se alegraría si el camino ordenado por el Señor para su amado hijo resultara ser el camino del martirio? Hay padres que ni siquiera pueden alegrarse cuando su hijo emprende el camino de servicio al Señor; resulta difícil comprender cómo alguien podría regocijarse al ver a un hijo amado recorriendo la senda de la cruz —o, más

concretamente, el camino del martirio dispuesto por el Señor—. Sin embargo, si Dios Padre dispuso claramente el camino de su Hijo unigénito —complaciéndose en la trayectoria que iba desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario—, entonces debo considerar cuál debería ser la actitud de los discípulos de Jesús. Al seguir los pasos de Jesús y recorrer el camino de la cruz que Dios ha dispuesto para cada uno de nosotros, debemos regocijarnos en esa travesía. Aun si tropezamos en medio de la tribulación debido a las tentaciones y ataques de Satanás y de malhechores poderosos, Dios nos sostiene con su mano poderosa, nos levanta de nuevo y nos capacita para transitar el camino de la cruz que Él ha señalado para cada uno de nosotros. Además, Dios nos protege en los momentos de adversidad para que podamos recorrer fielmente ese camino; Él es un Dios que nos otorga protección eterna. En última instancia, nuestro Dios nos concede una paz que el mundo no puede comprender ni ofrecer. Es este Dios quien hará que nuestro camino sea cada vez más firme.

Factores que nos hacen tropezar

"La ley de su Dios está en su corazón; sus pies no resbalan" (Salmo 37:31).

El domingo pasado por la noche, casi sufro un accidente mientras conducía. Seguía el coche de mi esposa cuando un vehículo que iba delante de ella giró bruscamente a la derecha, obligándola a frenar en seco; naturalmente, yo también tuve que frenar bruscamente. La distancia entre nuestros coches era de menos de un metro. También vi cómo el gran vehículo todoterreno que venía detrás de mí se desviaba bruscamente hacia un lado. Más tarde supe que la razón por la que mi coche no derrapó excesivamente —a pesar de haber frenado con fuerza sobre una carretera mojada— se debía a un sistema de frenado especial instalado en el vehículo.

El camino de nuestra fe puede ser a menudo tan resbaladizo como una carretera mojada. En otras palabras, existen muchos peligros que pueden hacernos tropezar en nuestra vida de fe. Identifiqué tres de estas causas en el Salmo 37.

En primer lugar, un factor que nos hace tropezar es la "envidia" (o los celos).

Observemos la segunda parte del Salmo 37:1: "...no envidies a los que hacen el mal". Albergar celos o envidia en el corazón nos lleva a tropezar. El pastor de una iglesia pequeña podría envidiar al pastor de una iglesia grande. Un creyente pobre podría envidiar a uno rico. En el Salmo 73, el salmista Asaf estuvo a punto de resbalar y caer porque envidiaba la prosperidad de los impíos mientras los justos sufrían. Por tanto, debemos examinar frecuentemente nuestro corazón en busca de envidia.

En segundo lugar, un factor que nos hace tropezar es la "queja". Observemos la primera parte del Salmo 37:1: "No te irrites a causa de los malhechores...". David nos dice que no nos irritemos por aquellos que prosperan en sus caminos y logran llevar a cabo sus planes malvados (versículo 7). ¿Por qué? Porque la irritación solo conduce a hacer el mal (versículo 8). Albergar quejas en el corazón es señal de que vivimos una vida de insatisfacción. Si los cristianos pasamos la vida quejándonos de nuestras circunstancias, de otras personas, del mundo y de otros asuntos, inevitablemente tropezaremos.

En tercer lugar, un factor que nos hace tropezar es la "ira". Observemos la primera parte del Salmo 37:8: «Deja la ira, y desecha el enojo...». ¿Por qué debemos dejar la ira y desechar el enojo? Porque, en última instancia, la ira nos lleva a cometer el mal. Considero que controlar los sentimientos de ira es verdaderamente difícil. Vivimos en un mundo donde cada vez hay más cosas que provocan ira. La gente parece enfadarse con mayor facilidad que nunca; esto demuestra que están perdiendo el dominio propio. Si albergamos ira en nuestros corazones, tropezaremos.

¿Cómo podemos, entonces, superar estos factores que nos hacen tropezar? En el pasaje de hoy, la Biblia nos enseña a «guardar la ley de Dios en nuestros corazones». Veamos el Salmo 37:31: «La ley de su Dios está en su corazón; por tanto, sus pies no vacilan». Cuando la Palabra de Dios habita en nuestros corazones, no tropezamos. Esto se debe a que tener la Palabra de Dios en nuestro interior nos lleva a deleitarnos en hacer la voluntad del Señor (40:8). ¿Y cuál es la voluntad del Señor? Practicar la sabiduría y la justicia (37:30). Quienes guardan la Palabra de Dios en sus corazones ven a los malvados bajo la óptica de la justicia divina; al reconocer su inevitable destrucción y confiar en que la venganza pertenece a Dios, encomiendan a estos malvados enteramente a Él. En lugar de sucumbir a la envidia, la queja o la ira hacia los malvados, quienes atesoran la Palabra de Dios responden con sabiduría. En otras palabras, la persona sabia que guarda la Palabra de Dios en su corazón confía en Dios y hace el bien (v. 3), se goza en Dios (v. 4), encomienda su camino a Dios (v. 5), guarda silencio y espera pacientemente ante Dios (v. 7) y pone su esperanza en Dios (v. 9). En

consecuencia, quienes guardan la Palabra de Dios en sus corazones superan con éxito obstáculos como la envidia, la queja y la ira, caminando fielmente por la senda del Señor. Oro para que todos caminemos fielmente por esta senda del Señor.

«A causa de mi pecado»

[Salmo 38:1-12]

Mientras leía el libro del pastor Kim Jun-su, *La sanidad del corazón*, encontré un pasaje que resonó en mí y que quisiera compartir: «Lo que mostramos al exterior es simplemente una máscara para ocultar nuestro verdadero ser; una coraza para esconder las heridas o los sentimientos de inferioridad que llevamos dentro. La gente cree que, si se presenta bien ante los demás y obtiene su aprobación, sus heridas internas o inseguridades se aliviarán de alguna manera». Inspirado por esto, escribí una reflexión titulada «Llevar una máscara»:

«Si uno no tiene ni un solo amigo en el Señor —alguien con quien pueda ser honesto y transparente sobre su verdadero ser, con la confianza de ser aceptado tal como es—, ¿acaso no es una vida verdaderamente lamentable? ¡Qué trágico es vivir constantemente tras una máscara, llegando a olvidar quiénes somos realmente y acostumbrándonos tanto a esa falsa identidad que terminamos confundiéndola con la realidad! Aún más lamentable, creo yo, es la persona que se acerca a Dios Padre sin quitarse la máscara. ¡Cuánto debe dolerle a Dios ver a alguien que viene a adorarle cubierto apenas por una apariencia de piedad: preocupado solo por las formas, fingiendo santidad y fidelidad, mientras oculta su verdadero estado!».

¿Cuál es el problema? El problema es que no somos honestos con nosotros mismos. El problema es que nos falta el valor para afrontar directamente nuestros propios asuntos. Cuando nos miramos de frente, debemos ir quitando las capas —como al pelar una cebolla— para examinar nuestro interior. Al hacerlo, debemos cultivar la capacidad de

vernos desde la perspectiva de Dios. Esto no es nada fácil. Debemos enfrentar nuestros propios problemas y los pecados ocultos en lo más profundo de nuestro ser. Cuando lo hacemos, somos capaces de aceptar con humildad los acontecimientos que surgen en nuestra vida como consecuencia de nuestro pecado. Además, llegamos a experimentar la amorosa disciplina de Dios.

Recibimos disciplina de Dios a causa de nuestros pecados. En el Salmo 38:3, el salmista David reconoce que está siendo disciplinado por Dios «a causa de mi pecado», y por ello suplica: «Oh Señor, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues en tu ira» (versículo 1). ¿Cuál fue, entonces, la disciplina que David recibió de Dios a causa de su pecado? Quisiera analizar seis aspectos de esto, tomándonos el tiempo para reflexionar sobre nuestras propias vidas y comprender cuán aterradoras pueden ser las consecuencias del pecado.

En primer lugar, la disciplina de Dios implica que Él «ejerce una fuerte presión» sobre nosotros.

Observemos el Salmo 38:2: «Tus flechas me han traspasado, y tu mano pesa pesadamente sobre mí». La palabra «presionar» utilizada aquí también aparece en el Salmo 32:4, un pasaje que ya hemos meditado anteriormente: «Tu mano pesaba sobre mí día y noche; mi vitalidad se convirtió en la sequedad del verano». Aunque desconozco el significado exacto de la frase «presionarme fuertemente», una cosa es segura: Dios nos lleva a confesar nuestros pecados, incluso a través de medios como la aflicción (versículo 3). La expresión «Tus flechas me han traspasado» (38:2) probablemente se refiere a la obra de Dios de penetrar nuestras conciencias —usando Su palabra como una flecha— para impulsarnos a confesar nuestros pecados.

En segundo lugar, la disciplina de Dios se manifiesta como sufrimiento físico.

Consideremos el Salmo 38:3 y 7: «No hay integridad en mi carne a causa de tu indignación, ni salud en mis huesos debido a mi pecado… Mis lomos están llenos de un dolor ardiente, y no hay integridad en mi carne». En estos dos versículos, David afirma repetidamente: «No hay integridad en mi carne». Esto se debía a que la ira del Señor había caído sobre él a causa de su pecado (versículos 1, 3). Como resultado de esa ira, David sufría dolor físico, quedando sus huesos sin paz ni salud (versículo 3). La frase «no hay salud en mis huesos» denota el grado máximo de sufrimiento (Park Yun-sun). ¿Por qué a veces soportamos un dolor tan insoportable, tal como lo hizo David? David explica la razón en el versículo 4: «Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza; como una carga pesada, son demasiado pesadas para mí». Debido a nuestros muchos pecados, recibimos la disciplina del sufrimiento físico en medio de la ira de Dios. Esa disciplina se siente verdaderamente como una «carga pesada» (versículo 4). David describe el sufrimiento físico —la disciplina de Dios como consecuencia de nuestro pecado— de la siguiente manera: «Mi corazón palpita, mis fuerzas me abandonan; hasta la luz se ha ido de mis ojos» (v. 10). Aquí, la frase «mi corazón palpita» no se refiere al corazón lleno de gozo propio de la fe, sino más bien a un corazón inquieto y agitado (Park Yun-sun). ¿Cómo podría un corazón que ha pecado estar lleno de gozo? Tal corazón está destinado a sentirse intranquilo y angustiado. En última instancia, un corazón agitado por el pecado inevitablemente se verá sacudido. Además, las palabras «mis fuerzas me abandonan; hasta la luz se ha ido de mis ojos» (v. 10) indican que la vista de David se había debilitado debido al intenso sufrimiento físico que soportaba como parte de la disciplina de Dios (Park Yun-sun).

En tercer lugar, la disciplina de Dios se manifiesta en forma de «heridas» y «dolor».

Observemos el Salmo 38:5-6: «Mis heridas supuran y son repugnantes debido a mi insensatez pecaminosa. Estoy encorvado y abatido; todo el día camino afligido». En conversaciones recientes con mi esposa, me he dado cuenta de que, si bien el «gozo» es una bendición otorgada por Dios, nuestras decisiones pecaminosas a menudo nos impiden regocijarnos incluso cuando deberíamos hacerlo; en cambio, nos vemos llenos de dolor.

¡Qué estado tan doloroso es ese! En última instancia, al desobedecer la palabra de Dios, infligimos heridas en nuestros corazones y atraemos dolor sobre nosotros mismos. Por supuesto, las «heridas» mencionadas en el versículo 5 podrían referirse a lesiones físicas más que a emocionales. Sin embargo, ya sea que la herida sea física, emocional o ambas, lo crucial es que ha llegado a la etapa de «supurar y desprender un olor fétido». Esto puede interpretarse como una señal de que la persona ha estado bajo el castigo de Dios durante un largo periodo (Park Yun-sun). Al imaginar el dolor de sufrir tales heridas durante tanto tiempo, debemos comprender cuán terribles son las consecuencias del pecado. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Su dolor no proviene de ninguna circunstancia mundana desafortunada, sino que es puramente el dolor de un castigo autoinfligido como resultado de sus propias transgresiones». Si bien esta «tristeza derivada de un castigo autoinfligido» puede describirse como la disciplina de Dios, es en realidad una tristeza beneficiosa para nosotros; es un pesar saludable que nos conduce al arrepentimiento.

En cuarto lugar, la disciplina de Dios se manifiesta como una agitación interior.

Consideremos el Salmo 37:8: «Estoy débil y profundamente quebrantado; gimo a causa de la agitación de mi corazón». Tras cometer pecado, experimentamos una profunda inquietud en el alma. Los incrédulos no sienten esta clase de agitación espiritual; como no consideran el pecado como tal, no pueden sentir dolor en el corazón a causa de él. Sin embargo, nosotros, los creyentes, sentimos dolor por nuestros pecados, lo cual conduce al agotamiento y a heridas espirituales; en última instancia, esta agitación interior nos lleva a gemir. La expresión «agitación de mi corazón» también puede entenderse como «el alma que tiembla violentamente», especialmente al compararla con el Salmo 6:3. Es una consecuencia de soportar un sufrimiento prolongado bajo la disciplina de Dios. Se trata de un estado mental que surge cuando uno llega al límite de la resistencia humana y se pregunta cuánto tiempo más deberá sufrir. En medio de tal agitación angustiosa, no nos queda más remedio que gemir o lamentarnos. En Ezequiel 21:6, Dios ordena al profeta Ezequiel: «¡Hijo de hombre, gime! Gime delante de ellos con el corazón destrozado y amargo

pesar». ¿Cuál es la razón de esto? La razón son «las noticias» (versículo 7). Tales noticias se refieren a una calamidad. ¿Cuáles son las consecuencias de dicha calamidad? «Todo corazón desfallecerá, toda mano se debilitará, todo espíritu desmayará y toda rodilla se volverá débil como el agua» (versículo 7). Gemimos y suspiramos porque, debido a nuestros pecados, estamos fatigados, profundamente afligidos y angustiados de corazón (Salmo 38:8).

En quinto lugar, la disciplina de Dios conlleva quedar aislado en nuestras propias circunstancias.

Observemos el Salmo 38:11: «Mis seres queridos y mis amigos se mantienen alejados de mi plaga, y mis parientes se quedan lejos». Ciertamente, esta es una forma aterradora de la disciplina divina. Si bien el dolor físico, las heridas, la tristeza y la angustia mental que oprimen el corazón son sin duda agonizantes, también experimentamos una profunda sensación de soledad cuando, a causa de nuestros pecados, incluso los demás nos dan la espalda y se distancian de nosotros. Esto nos recuerda a Job. Su sufrimiento físico debió de ser inimaginablemente atroz, pero también me pregunto cuán solo debió sentirse cuando su propia esposa le dijo: «¿Todavía te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2:9). Cuando incluso la esposa —con quien se supone que uno es «una sola carne»— no comprende y habla insensateces... la soledad es inevitable. El pecado es algo terrible; aísla completamente a la persona. Dios nos disciplina porque nos ama; al hacerlo, parece cortar nuestros vínculos incluso con los amigos y familiares en quienes confiamos, así como con la fortaleza física de la que dependemos.

Por último, el sexto punto es que la disciplina de Dios implica permitir que los enemigos nos ataquen.

Observemos el Salmo 38:12: «También aquellos que buscan mi vida me tienden trampas; los que buscan mi mal hablan de destrucción y traman engaños todo el día». Estas son las

acciones de los enemigos de David. Los enemigos de David buscaban hacerle daño empleando trampas, palabras maliciosas y planes engañosos. Aquí, «trampa» se refiere a una estratagema astuta ideada para perjudicar a David; «palabras maliciosas» se refiere a expresiones dirigidas a su destrucción; y «planes engañosos» se refiere a la intención traicionera de engañarlo (Park Yun-sun). Una frase recurrente aparece en Romanos 1:24, 26 y 28: «los entregó». «Por eso Dios los entregó a los deseos pecaminosos de sus corazones para que cayeran en impureza sexual…» (1:24); «Por esta razón, Dios los entregó a pasiones vergonzosas…» (1:26); «Y como ellos no estimaron conveniente reconocer a Dios, Dios los entregó a una mente depravada…» (1:28). Cuando tomamos decisiones pecaminosas, Dios simplemente nos deja a merced de las consecuencias de dichas decisiones. Un aspecto de este abandono es que Él no nos protege cuando los enemigos nos atacan, sino que nos deja expuestos ante ellos.

¿Qué debemos hacer cuando enfrentamos tal disciplina de Dios a causa de nuestros propios pecados? Debemos clamar a Dios con sinceridad. Debemos elevar oraciones de arrepentimiento. Observemos el Salmo 38:9, el texto de hoy: «Señor, todo mi deseo está delante de Ti; mis gemidos no te son ocultos». Al elevar oraciones de arrepentimiento a Dios, debemos poner la mirada en Jesús, quien fue crucificado y murió a causa de nuestros pecados. Jesús, que no tenía pecado, fue crucificado por todas nuestras faltas y atravesado en el costado con una lanza. Él soportó no solo una agonía física inimaginable, sino también un profundo sufrimiento interior: el dolor de ser abandonado por Dios Padre. ¿Por qué hizo esto? Lo hizo para perdonar nuestros pecados y salvarnos. Dios Padre derramó toda su ira sobre su Hijo unigénito, Jesús. Gracias a esto, hemos recibido el perdón de los pecados. Ya no estamos solos, pues Jesús está siempre con nosotros. Ya no tenemos por qué temer; puesto que Dios nos protege, ¿quién podría atacarnos o hacernos daño? Por tanto, avancemos hoy manteniendo la mirada fija en Jesús, quien murió en la cruz.

Relaciones humanas

"Mis amigos y mis compañeros se alejan de mis heridas; mis parientes se mantienen a distancia" (Salmo 38:11).

¿Por qué las personas que amamos se alejan de nosotros? La razón es que nosotros nos hemos alejado de Dios. Entre los libros que estoy leyendo estos días se encuentra *David: A Spirituality Rooted in Reality* (David: una espiritualidad arraigada en la realidad), de Eugene Peterson. Hay un capítulo en ese libro titulado "David y Absalón", y mientras leía esa sección, el Señor me concedió revelaciones valiosas. Una de ellas es que, cuando David no había perdonado verdaderamente a su hijo Absalón, se negaba a verlo, aun cuando Absalón había sido llevado al palacio real (2 Samuel 14:24, 28). En otras palabras, debido a que David no había perdonado sinceramente a Absalón por asesinar a Amnón —incluso después de permitirle regresar a la ciudad—, no buscó reunirse con él ni permitió que fuera a visitarlo. En resumen, David mantuvo a Absalón a distancia. Absalón, el hijo que deseaba ser aceptado; Absalón, que anhelaba el perdón personal; Absalón, que quería el abrazo de su padre; sin embargo, David se negó a aceptarlo verdaderamente: lo perdonó de manera impersonal y lo rechazó en lugar de abrazarlo. ¡Qué relación tan lamentable entre padre e hijo!

No obstante, este no es meramente un problema de la relación entre David y Absalón que encontramos en la Biblia. Observemos nuestras relaciones matrimoniales. Observemos nuestras relaciones entre padres e hijos o madres e hijas. Al contemplar estos vínculos, ¿cuántas relaciones familiares se están distanciando cada vez más, tal como David se distanció de Absalón? ¿Cuál es el problema? La Biblia dice que es el pecado. El problema

de nuestras relaciones humanas radica en que el pecado de no perdonar y el pecado de negarse a ser perdonado —es decir, el pecado de alejarse de Dios— son la causa de nuestro distanciamiento. A causa de ese pecado, no hay paz en nuestros corazones (Salmo 38:3) y nos vemos obligados a cargar un peso agobiante en el corazón en todo momento (versículo 4). Además, el "hedor repugnante" de ese pecado (versículo 5) termina convirtiéndose en la causa que aleja de mí a "mis amigos y mis compañeros" (versículo 11). Entonces, ¿cómo podemos restaurar las relaciones humanas armoniosas, como aquellas entre esposos, padres e hijos, o madres e hijas? Debemos orar a Dios como lo hizo el salmista David: "Oh Señor, no me desampares; Dios mío, no te alejes de mí" (versículo 21). Con el tiempo, David fue abandonado por Absalón. La situación llegó a tal extremo que Absalón intentó matar a su padre, David. Durante ese periodo, mientras huía hacia el desierto, David experimentó la restauración de tres cosas: la humildad, la oración y el amor (Peterson). En resumen, David recuperó su verdadero ser (su esencia davídica) en medio del sufrimiento en el desierto. Al orar humildemente al Señor, este se acercó a David en el desierto y restauró en su corazón el amor hacia Absalón. Como consecuencia, David instruyó a los comandantes de su ejército que no mataran a Absalón (2 Samuel 18:5). Sin embargo, cuando Joab mató a Absalón, David recibió la noticia y lloró amargamente, clamando con dolor: "¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!" (versículo 33).

Antes de que sea demasiado tarde, debemos restaurar nuestras relaciones matrimoniales deterioradas, los vínculos entre padres e hijos o madres e hijas, así como las relaciones con familiares y amigos. Para lograrlo, espero que tú y yo nos convirtamos en personas que procuren relaciones humanas hermosas ante los ojos del Señor, reconociendo nuestra propia naturaleza pecaminosa que nos ha alejado de Él, ofreciéndole humildemente oraciones de arrepentimiento y brindando un perdón verdadero con el corazón lleno del amor que Él nos otorga.

«Oh Señor, mi salvación»

[Salmo 38:12–22]

¿Qué considera usted que es la mejor vida posible? Un pastor escribió una vez en su libro: «Vivir la mejor vida significa comprender la propia misión y vivir una vida que cumpla con dicha misión». Y añadió:

«Los jóvenes a menudo piensan de manera egocéntrica. Creen que el mundo solo empieza a entender algo cuando *ellos* se dan cuenta de ello, y que el mundo se acabará si *ellos* se rinden. Sin embargo, el mundo fluye siguiendo la gran corriente de la salvación de Dios. Nosotros simplemente nos hemos incorporado a ese proceso por un breve tiempo. Por tanto, una vez que hemos cumplido la misión que Dios nos encomendó, debemos retirarnos discretamente. Aun entonces, la historia de la salvación de Dios sigue fluyendo majestuosa e incesantemente. No obstante, hay quienes no logran resignarse a retirarse o partir en silencio. A cualquiera que diga: "Pero tengo que lograr esto...", yo le respondería de inmediato: "Puedes descansar tranquilo y partir". Porque Dios obra también a través de otros».

Nuestra misión histórica individual consiste en comprender aquello que estamos llamados a hacer —y entender el contexto en el que Dios nos ha llamado— dentro del gran flujo abarcador de la obra salvadora de Dios. Cada uno de nosotros debe reflexionar seriamente sobre cuál es nuestra misión dentro de la corriente de la historia de la salvación de Dios.

Debemos preguntarnos qué significa vivir una vida acorde con esa misión y, acto seguido, dedicar todo nuestro corazón y nuestras fuerzas a cumplir la misión única que se nos ha encomendado. En medio de esto, debemos soportar y superar las adversidades y dificultades que surjan al cumplir nuestras respectivas misiones, así como las tentaciones y persecuciones derivadas de las artimañas de Satanás. Para lograrlo, debemos experimentar la obra salvadora de Dios en nuestra propia vida personal. En otras palabras, debemos reconocer y comprender el curso de la obra salvadora de Dios en nuestras vidas individuales. En última instancia, un elemento esencial para cumplir nuestra misión es conocer al Señor como nuestro Salvador, creer en Él y encontrarnos con Él.

David, el salmista del pasaje de hoy (Salmo 38), fue alguien que conoció al Señor como su Salvador, creyó en Él y experimentó su salvación. En medio de la aflicción y la persecución provocadas por su propio pecado, clamó a Dios: «¡Apresúrate a ayudarme, oh Señor, Salvador mío!» (v. 22). Deseo recibir la gracia que Dios ofrece reflexionando sobre tres aspectos de la vida de quien conoce, cree y experimenta al Señor como su Salvador.

En primer lugar, aquellos que conocen, creen y experimentan al Señor como su Salvador ponen su mirada en Él en silencio.

Observemos el Salmo 38:15: «Señor, en ti espero; tú responderás, oh Señor, Dios mío». Cuando quienes buscaban quitarle la vida le tendían trampas, hablaban con malicia para perjudicarlo y tramaban engaños todo el día (v. 12), David se comportó como alguien sordo y mudo (v. 13). En otras palabras, cuando sus enemigos intentaban dañarlo mediante artimañas astutas, David cerraba sus oídos y su boca, fijando la mirada únicamente en el Señor y guardando silencio. Al igual que David, nosotros también debemos actuar como si fuéramos sordos, negándonos a escuchar palabras que no deberían oírse. Cuando los enemigos que rodeaban a David pronunciaban «cosas perversas» (v. 12) —es decir, cuando tramaban su destrucción—, él actuaba como si fuera sordo y no escuchaba sus palabras. ¿Cómo podríamos vivir si prestáramos atención a todo lo que dicen aquellos que nos odian,

nos rechazan o se oponen a nosotros? Hay momentos en los que necesitamos cerrar los oídos. En particular, debemos bloquear las voces del mundo y escuchar atentamente la voz del Señor. Al igual que David, también necesitamos mantener la boca cerrada, actuando como si fuéramos mudos; hay ocasiones en las que el silencio es necesario. Incluso cuando sus enemigos conspiraban astutamente para dañarlo y empleaban maniobras arteras para provocar su ruina, David no abrió la boca para defenderse ni para protegerse (v. 14).

Es probable que todos hayamos vivido situaciones en las que alzar la voz para defendernos solo empeoraba el problema. A veces, dar explicaciones o excusas simplemente agrava el conflicto. Se cuenta que el famoso filósofo Platón afrontó una vez un grave malentendido entre quienes le rodeaban. A pesar de que muchos lo calumniaban, no intentó justificar sus acciones ni explicar su situación. Cuando un discípulo preguntó: «Maestro, ¿por qué no presenta su defensa?», se dice que Platón respondió: «No será mi defensa lo que ponga fin a sus críticas; la única manera de silenciar sus acusaciones es mediante mi propia conducta recta». Al transitar por la vida, inevitablemente enfrentamos momentos en los que somos criticados debido a malentendidos. Es probable que hayamos intentado diversos métodos para aclarar tales malentendidos. Sin embargo, a menudo descubrimos que, lejos de resolverse fácilmente, la situación se enreda más —como un hilo anudado— y el malentendido se agrava. Como creyentes, debemos aprender a aguardar en silencio la guía de Dios y su tiempo perfecto. Es insensato adelantarse a Dios en un intento por resolver los problemas que tenemos delante. Jesús enfrentó innumerables malentendidos y acusaciones mientras estuvo en la tierra; no obstante, los soportó todos y esperó el tiempo del Padre. Esa es la hermosa imagen de una vida plenamente obediente a la voluntad de Dios.

Cuando nos sentimos angustiados y abrumados por el peso de acusaciones injustas, debemos guardar silencio y fijar la mirada únicamente en el Señor. No debemos ser excesivamente sensibles a las palabras de los demás. El simple hecho de abrir la boca para dar excusas no aclara necesariamente los malentendidos. Al igual que David, debemos —

en cierto sentido— cerrar los oídos como si fuéramos sordos y abstenernos de hablar como si fuéramos mudos; en medio de este silencio, hemos de acercarnos tranquilamente al Señor y presentarle nuestras súplicas. Además, al acercarnos al Señor en oración, debemos hacerlo con la misma confianza en su respuesta que tenía David. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 38:15: «Porque en ti, oh Señor, espero; tú responderás, oh Señor, Dios mío». Una traducción literal dice: «Tú —tú mismo— responderás, oh Señor mío, Dios mío». Al igual que David, quien miraba solo a Dios y oraba con la certeza de que Él respondería, nosotros también debemos mirar únicamente a Dios mientras guardamos silencio. En segundo lugar, aquellos que conocen, creen y experimentan al Señor como su Salvador abren su boca para confesarle sus iniquidades.

Consideremos el Salmo 38:18: «Confieso mi iniquidad; me angustia mi pecado». Esto es verdaderamente fascinante. Resulta notable la forma en que David confiesa su propio pecado. Aunque ciertamente fue testigo de la maldad de sus enemigos, decidió centrarse en su propia iniquidad y confesarla ante Dios en lugar de obsesionarse con la de ellos; este aspecto del carácter de David nos invita a reflexionar nuevamente sobre nuestra propia actitud de fe. En otras palabras, en medio de la persecución, la adversidad, el sufrimiento y el dolor infligidos por los enemigos —y mientras se está expuesto a sus calumnias y críticas—, no hay necesidad de angustiarse ni de sentirse herido al escuchar sus palabras, ni tampoco de abrir la boca para dar excusas. Por el contrario, uno debe simplemente mirar al Señor en sereno silencio y, en la santa presencia de Dios, reconocer su propio pecado y confesárselo a Él. En lugar de utilizar la hostilidad y la persecución de los enemigos como motivo de resentimiento o queja, David las aprovechó como una oportunidad para examinarse a sí mismo y confesar sus pecados ante Dios; él nos enseña a acercarnos a Dios —actuando como si fuéramos sordos y mudos ante el mundo— y a derramar nuestro corazón, incluyendo la confesión de nuestros propios pecados.

En el Salmo 38:16–18, vemos a David elevando su súplica a Dios mientras mantiene la mirada fija únicamente en el Señor. El contenido de esa oración puede resumirse en uno o

dos puntos. (1) La primera parte de la oración se encuentra en el versículo 16 del texto de hoy: «Porque dije: "No sea que se alegren de mí; no sea que, cuando mi pie resbale, se engrandezcan sobre mí"».

La oración de David contenía dos peticiones: (a) en primer lugar, rogaba que sus enemigos no se alegraran de su fracaso; y (b) en segundo lugar, pedía que, al verlo fracasar, no menospreciaran aún más a Dios ni se exaltaran con arrogancia (Park Yun-sun). En esencia, se trata de una oración que busca la gloria de Dios. La razón es que David miraba únicamente a Dios y clamaba por ayuda en medio de la persecución de sus enemigos; si Dios dejara la oración sin respuesta, permitiendo que sus enemigos «se engrandecieran sobre él» —es decir, que se volvieran arrogantes y se creyeran superiores—, entonces su confianza en Dios parecería inútil. Esto resultaría en deshonra para Dios en lugar de gloria. Por tanto, David imploró a Dios que concediera su petición, aunque solo fuera por causa de Su propia gloria.

(2) El segundo aspecto de la oración implica confesar los propios pecados, tal como se ve en el versículo 18, que ya hemos leído. Debido a su pecado, David estaba a punto de tropezar, y su dolor estaba constantemente ante él (versículo 17).

Para situarlo en el contexto del versículo 3, David sufría una agonía tan extrema por su pecado que no había "salud en [sus] huesos". Sin embargo, vemos cómo finalmente se aflige por su pecado y lo confiesa a Dios. Cuando la mano del Señor pesaba sobre él —día y noche—, David se vio finalmente impulsado a derramar una confesión de su pecado (32:4; 38:2). ¡Qué obra tan maravillosa de Dios es esta! Podría haber abierto la boca para defenderse o excusarse, pero en cambio, Dios utilizó la aflicción para llevar a David a confesar su pecado en medio de su dolor y tristeza. Debemos guardar silencio ante las personas mientras abrimos nuestra boca a Dios para confesar nuestros pecados.

Finalmente, el tercer punto es que aquellos que conocen, creen y experimentan al Señor como su Salvador buscan lo que es bueno.

Observemos el Salmo 38:20: "Los que pagan mal por bien se oponen a mí porque busco lo que es bueno". Incluso mientras enfrentaba la persecución de sus enemigos, David continuó buscando una vida de bondad mientras clamaba a Dios y confesaba sus pecados. Mostró bondad a sus enemigos, pero ellos pagaron su bondad con maldad; en otras palabras, se volvieron contra él. Verdaderamente, esta es una fe admirable: la vida de David buscando la bondad incluso en medio de la oposición de sus enemigos... Un dato interesante es que cuanto más hacemos el bien, más intensa y feroz se vuelve la oposición de Satanás. Observemos las acciones de los enemigos de David cuando él practicaba la bondad a pesar de la persecución: "Mis enemigos sin causa son poderosos, y muchos son los que me odian injustamente" (v. 19). Si hacer el bien a nuestros enemigos solo provoca que nos odien y persigan con mayor ferocidad, ¿seguiríamos eligiendo buscar la bondad?

Esta es la vida del creyente que avanza mirando únicamente al Señor, nuestra salvación. El secreto para vivir una vida que busca el bien —cerrando nuestros oídos y bocas ante nuestros enemigos, mientras los abrimos al Señor para escuchar su voz, presentar nuestras peticiones y confesar nuestros pecados— reside en mantener la mirada fija en el Señor, nuestra salvación, y depender totalmente de Él. Así, mientras buscaba el bien frente a sus enemigos, David clamaba a Dios: «¡No me desampares, oh Señor; Dios mío, no te alejes de mí! ¡Apresúrate a ayudarme, oh Señor, salvación mía!» (vv. 21–22).

Para llevar a cabo nuestra misión dentro del gran curso de la obra salvadora de Dios y dedicarnos plenamente a cumplirla, debemos conocer, encontrar y experimentar al Señor —nuestro Salvador— cada día. En otras palabras, el caudal de la obra salvadora de Dios debe fluir también a través de nuestras propias vidas. Al experimentar el curso de esta historia de salvación, hoy debemos aferrarnos a las palabras de Sofonías 3:17 y avanzar hacia nuestro hogar celestial, cantando a la salvación del Señor: «El Señor tu Dios está en

medio de ti, poderoso Salvador; se regocijará sobre ti con alegría, te calmará con su amor y se deleitará en ti con cánticos».

«Dios mío, no te alejes de mí»

[Salmo 38:21–22]

En su libro *El problema del dolor*, C. S. Lewis —un gran pensador del siglo XX que se esforzó por difundir el amor y la fe cristianos con un intelecto agudo y un corazón compasivo— plantea esta pregunta: «Si Dios es bueno y omnipotente, ¿por qué permite que sus criaturas sufran?». En otras palabras: «Si Dios es todopoderoso y bueno, ¿por qué existen el mal y el sufrimiento en el mundo?». ¿Alguna vez se han planteado esta pregunta que formuló C. S. Lewis? Especialmente en momentos de sufrimiento, ¿no se han preguntado: «Si Dios es bueno, ¿por qué me ha infligido este dolor y por qué simplemente me deja sufrir?»? C. S. Lewis abordó este problema del sufrimiento —que a menudo parece un enigma irresoluble para la humanidad— desde una perspectiva teológica: «El dolor es el megáfono de Dios para despertar a un mundo sordo». Sugiere que el dolor es la manera que tiene Dios de despertarnos y reclamar nuestra atención. En resumen, el dolor ofrece una oportunidad única para la reforma y el arrepentimiento; a través del sufrimiento, alcanzamos la plenitud.

Personalmente, cuando pienso en el «sufrimiento», lo clasifico en dos tipos: el sufrimiento de disciplina y el sufrimiento de corrección.

(1) El sufrimiento de disciplina

El sufrimiento de disciplina es aquel dolor que Dios permite dentro de su soberanía; lo autoriza para fomentar el crecimiento y la madurez de nuestra fe. Un ejemplo destacado de

esto es la figura de Job, del libro bíblico homónimo. Según Job 1:1, se le describe como un hombre «íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal». Dios mismo se jactó de Job ante Satanás en estos términos: «No hay nadie como él en la tierra: hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (1:8; 2:3). Sin embargo, como sabemos, aparte de Jesús, no parece haber nadie en la Biblia que haya sufrido una agonía tan extrema como Job. Perdió no solo todas sus posesiones (1:13–17), sino también a todos sus hijos (v. 19). Afligido por dolorosas llagas desde la planta de los pies hasta la coronilla (2:7), llegó a sentarse entre las cenizas, raspándose el cuerpo con un trozo de vasija rota (v. 8). ¿Por qué permitió Dios que Satanás hiriera a Job —un hombre íntegro, recto y temeroso de Dios— y le causara tal sufrimiento? La razón se encuentra en Job 42:5: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven». Dios permitió que Job pasara por un sufrimiento tan intenso para otorgarle la bendición de una fe que trasciende el mero hecho de oír hablar de Dios para llegar a verlo realmente; es decir, experimentar a Dios profundamente.

(2) El dolor de la disciplina

El dolor de la disciplina se refiere al sufrimiento que el Dios santo inflige como consecuencia de nuestro pecado; es un dolor destinado a llevarnos a confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos, librándonos finalmente de los mismos. Un ejemplo destacado de este tipo de sufrimiento disciplinario se encuentra en la figura de David, protagonista del pasaje de hoy: el Salmo 38. Hoy, al centrarme en los versículos 21 y 22 del Salmo 38 y meditar en el salmo en su conjunto, deseo recibir el mensaje que Dios tiene para nosotros —un mensaje de instrucción impartido mientras Él nos vigila (Salmo 32:8)— a través de la experiencia de David, quien soportó la agonía de la disciplina divina.

Al meditar hoy en el Salmo 38, quisiera plantear dos preguntas que nos ayuden a escuchar el mensaje que Dios desea transmitirnos: (1) En primer lugar, ¿cuál es la naturaleza del sufrimiento que experimentan los cristianos que han pecado contra Dios? y (2) En segundo lugar, ¿cómo debemos responder cuando atravesamos tal sufrimiento?

En primer lugar, ¿cuál es el sufrimiento que experimentan los cristianos que han pecado contra Dios?

David describe el sufrimiento que soportamos tras pecar en el Salmo 38:2: «Tus saetas me han traspasado, y sobre mí ha caído pesadamente tu mano». Cuando pecamos y no lo confesamos, Dios no solo traspasa nuestra conciencia con la Palabra del Señor —la espada del Espíritu Santo—, sino que también ejerce presión sobre nosotros con su mano. Esta expresión de «presionar» o «oprimir» también aparece en el Salmo 32:4: «Tu mano pesaba sobre mí día y noche; mi fuerza se consumía como en el calor del verano». Aunque tal vez no sepamos con exactitud qué significa que la mano del Señor nos oprima día y noche, una cosa es segura: Dios nos impulsa a confesar nuestros pecados, incluso si para ello debe recurrir al sufrimiento (versículo 3).

Debido a que las flechas del Señor lo atravesaron y Su mano pesaba fuertemente sobre él, David soportó tres tipos específicos de sufrimiento.

(1) El primero es el sufrimiento físico.

Observemos el pasaje de hoy, Salmo 38:3 y 7: «A causa de tu ira no hay integridad en mi carne; no hay salud en mis huesos debido a mi pecado... Porque mis lomos están llenos de un dolor ardiente, y no hay integridad en mi carne». David confesó dos veces que no había «integridad en su carne» porque las flechas del Señor lo habían atravesado y Su mano pesaba fuertemente sobre él. En otras palabras, David había perdido la salud. No solo habían fallado sus fuerzas, sino que sufría una aflicción tan grave que incluso su vista se debilitaba (versículo 10). En resumen, David estaba soportando sufrimiento físico. Cuando perdemos la salud y sufrimos dolor físico, debemos aprovechar ese mismo sufrimiento como una oportunidad para reconocer nuestros pecados. C. S. Lewis dijo una frase célebre: «El dolor es el megáfono de Dios para despertar a un mundo sordo». A través del sufrimiento físico, debemos despertar espiritualmente y escuchar la voz de reprensión de Dios,

mientras Él señala nuestros pecados usando la Palabra de Dios, la espada del Espíritu. Me viene a la mente el pasaje de Juan 5:14. Después de que Jesús sanara en el estanque de Betesda, en Jerusalén, a un hombre que había estado enfermo durante treinta y ocho años, se encontró con él en el templo y le dijo: «Mira, has sido sanado. No peques más, no sea que te ocurra algo peor». ¿Qué le transmiten estas palabras de Jesús? Si Dios desea que confesemos nuestros pecados y nos arrepintamos de ellos —incluso a través de la enfermedad física—, ¿qué será de nosotros si, tras haber sido sanados, continuamos cometiendo los mismos pecados? ¿No es acaso un pensamiento aterrador? (2) Ese sufrimiento es, de hecho, angustia del corazón. Abrumado por una carga pesada (v. 4), no solo perdió su paz interior (v. 3), sino que también gemía angustiado debido a su corazón atribulado (v. 8). Como consecuencia, sufrió heridas tanto en el cuerpo como en el alma (v. 5) y se vio obligado a andar entre lamentos (v. 6). ¡Qué consecuencia tan dolorosa tiene el pecado! Como cristianos, experimentamos una agitación interior al pecar: una angustia del espíritu que los incrédulos no sienten. Al no reconocer el pecado como tal, no pueden sentir el dolor profundo que lo acompaña. Los creyentes, en cambio, sufren a causa de sus pecados; este sufrimiento conduce al agotamiento y a tener el espíritu herido, llevándolos finalmente a gemir angustiados. La expresión «corazón atribulado» en el Salmo 38:8 puede entenderse —al compararla con el Salmo 6:3— como un estado en el que el alma tiembla violentamente. Es el resultado de soportar un sufrimiento prolongado bajo la disciplina de Dios. Se trata de un estado mental que surge cuando se llega al límite de la resistencia humana, preguntándose cuánto tiempo más deberá durar tal sufrimiento. En medio de esa ansiedad, no podemos evitar gemir o lamentarnos. En este contexto, el dolor emocional específico que David soportó fue la soledad: una profunda sensación de aislamiento. Observemos el Salmo 38:11: «Mis seres queridos y mis amigos se mantienen alejados de mi plaga, y mis parientes permanecen lejos». Si bien el dolor físico, las heridas, la tristeza y la agitación interior son verdaderamente agonizantes, también sentimos una profunda soledad cuando los demás nos dan la espalda y se distancian de nosotros a causa de nuestro pecado. De algún modo, esto nos recuerda a Job. La agonía física debió de ser insoportable —más allá de lo que podamos imaginar—, pero consideremos la profunda

soledad que debió sentir Job cuando su propia esposa, la persona más cercana a él y con quien formaba «una sola carne», no logró comprenderlo y, en cambio, habló insensatamente diciendo: «¿Todavía te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2:9). Cuando ni siquiera el compañero más cercano ofrece comprensión, sino solo palabras insensatas, la soledad es inevitable. Tal es la naturaleza aterradora del pecado: aísla completamente a la persona. Dios nos ama y, aunque nos disciplina, hay momentos en que corta nuestros vínculos incluso con aquellos amigos y familiares en quienes confiamos, tal como nos despoja de la dependencia que depositamos en nuestra propia fuerza física.

(3) Ese sufrimiento es, de hecho, el sufrimiento del alma.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 38:12: «Los que buscan mi vida tienden trampas; los que buscan mi mal hablan de ruina; todo el día traman engaños». Esto describe las acciones de los enemigos de David. Intentaban hacerle daño empleando trampas, palabras maliciosas y planes engañosos. En otras palabras, no solo conspiraban contra él, sino que también buscaban destruirlo por cualquier medio necesario, incluso mediante el engaño. ¿No resulta llamativo? Cuando David pecó, incluso sus seres queridos, amigos y parientes se alejaron de él; sin embargo, en medio de esa situación, sus enemigos se acercaron con la intención de quitarle la vida. Aquello era, sin duda, una guerra espiritual. Nuestro enemigo, Satanás, no solo se esfuerza por hacernos pecar, sino que también nos ataca implacablemente después de haber pecado, obstaculizando nuestro arrepentimiento y buscando, en última instancia, llevarnos a traicionar al Señor, a cometer apostasía, a apartarnos de la fe y a enfrentar la destrucción eterna. En medio de todo esto, la mayor fuente de angustia para David era la sensación de que Dios lo había desamparado y mantenía distancia. Observemos el versículo 21: «No me desampares, oh Señor; Dios mío, no te alejes de mí». David temía que, a causa de su pecado, Dios se alejara de él o lo abandonara. Por supuesto, esto era simplemente lo que David sentía; no era la realidad. Dios nunca dejó a David, ni lo desamparó ni se alejó de él. Más bien, Dios se acercó a David y ejerció una fuerte presión sobre él con su propia mano, hiriéndolo con sus propias flechas

(v. 2). Dios estaba cerca de David porque deseaba que confesara sus pecados y se arrepintiera. En resumen, Dios quería rescatar —salvar— a David de su pecado.

En segundo lugar, ¿qué debemos hacer cuando sufrimos? El Salmo 38 nos ofrece tres lecciones clave:

(1) Debemos volver la mirada hacia el Señor, nuestro Salvador, en silencio.

Observemos el Salmo 38:15 en el texto de hoy: «Porque en ti, oh Señor, espero; tú responderás, oh Señor, Dios mío». Cuando aquellos que buscaban quitarle la vida le tendían trampas, pronunciaban palabras maliciosas para hacerle daño y tramaban traiciones durante todo el día, David se comportaba como alguien sordo y mudo (vv. 12–13). En otras palabras, aun cuando sus enemigos conspiraban astutamente para dañarlo y destruirlo mediante artimañas engañosas, David no abría la boca para defenderse ni protegerse (v. 14). En cambio, cerraba tanto los oídos como la boca, manteniendo la mirada fija únicamente en el Señor y guardando silencio. Al igual que David, debemos decidir no escuchar palabras que no deberían oírse; actuando, en cierto sentido, como si fuéramos sordos. Cuando los enemigos que rodeaban a David pronunciaban «palabras maliciosas» (v. 12) —es decir, palabras dirigidas a su destrucción—, él las ignoraba como si fuera sordo. ¿Cómo podríamos vivir si escucháramos cada palabra pronunciada por aquellos que nos odian, nos rechazan y se oponen a nosotros? Hay momentos en los que necesitamos cerrar los oídos. En particular, debemos hacer oídos sordos a las voces del mundo y escuchar, en su lugar, la voz del Señor. También creo que, al igual que David, necesitamos mantener la boca cerrada: permanecer en silencio, como si fuéramos mudos. Como David —actuando como sordo y mudo, absteniéndonos de hablar—, debemos acercarnos al Señor en silencio y presentarle nuestras súplicas. Además, cuando nos acercamos al Señor con nuestras peticiones, debemos hacerlo con la misma seguridad de recibir respuesta que tenía David. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 38:15. David declara: «Tú, oh Señor, Dios mío, responderás». Una traducción literal dice: «Tú —sí, Tú— responderás; oh Señor mío, oh Dios

mío» (Park Yun-sun). Así como David miraba únicamente a Dios y oraba con la certeza de que Él respondería, nosotros también debemos fijar los ojos solo en Dios mientras permanecemos en silencio.

(2) Debemos abrir la boca y confesar nuestras iniquidades al Señor.

Observemos el Salmo 38:18: «Confieso mi iniquidad; me duele mi pecado». Esto es verdaderamente notable. Resulta impactante ver cómo David confiesa su propio pecado. Aunque ciertamente fue testigo de la maldad de sus enemigos, decidió no centrarse en los pecados de ellos, sino en los suyos propios, confesándolos ante Dios. El ejemplo de David nos invita a reflexionar una vez más sobre la actitud correcta de fe. En otras palabras, en medio de la persecución, la adversidad, el sufrimiento y el dolor infligidos por los enemigos, no es necesario angustiarse ni sentirse herido por las calumnias y críticas ajenas, ni tampoco abrir la boca para dar excusas; más bien, uno simplemente guarda silencio, fija la mirada en el Señor y permanece en la santa presencia de Dios para reconocer y confesar sus pecados ante Él. En lugar de utilizar la hostilidad y la persecución de sus enemigos como motivo de queja o murmuración, David las aprovechó como una oportunidad para examinarse a sí mismo y confesar sus pecados ante Dios; él nos enseña a acercarnos a Dios —actuando como si fuéramos sordos y mudos ante el mundo— y a derramar nuestro corazón, incluyendo la confesión de nuestros propios pecados.

(3) Debemos procurar el bien.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 38:20: «Los que pagan mal por bien se oponen a mí porque procuro el bien». Incluso en medio de la persecución de sus enemigos, David no dejó de buscar una vida de bondad mientras clamaba a Dios y confesaba sus pecados. Mostró bondad incluso hacia sus enemigos, pero ellos pagaron su bondad con maldad; en resumen, se opusieron a él. Su fe es verdaderamente admirable: una vida que busca el bien incluso frente a enemigos hostiles. Un dato interesante es que, cuanto más bien hacemos, mayor e

intensa se vuelve la oposición de Satanás. Podemos ver las acciones de los enemigos de David en el versículo 19, que describe la situación cuando él seguía haciendo el bien a pesar de la persecución: «Mis enemigos son vigorosos y fuertes, y muchos son los que me odian sin causa». Si cuanto más bien hacemos a nuestros enemigos, con mayor ferocidad e intensidad nos odian y persiguen, ¿seguiríamos eligiendo procurar el bien? Esta es la vida del creyente que avanza mientras fija sus ojos únicamente en el Señor, nuestra salvación. El secreto para vivir una vida que busca el bien —cerrando nuestros oídos y bocas ante nuestros enemigos, mientras los abrimos únicamente al Señor para escuchar Su voz, presentar nuestras peticiones y confesar nuestros pecados— reside en poner la mirada y confiar exclusivamente en el Señor, nuestra salvación. Así, mientras buscaba el bien frente a sus adversarios, David clamó a Dios: «¡No me desampares, oh Señor; Dios mío, no te alejes de mí! ¡Apresúrate a ayudarme, oh Señor, salvación mía!» (versículos 21–22).

La mayor angustia que enfrentamos es la sensación de que Dios está lejos o nos ha abandonado. En tales momentos, debemos volver nuestra mirada hacia Jesús, quien fue crucificado y murió tras ser desamparado por Dios Padre. Gracias a que Jesús fue desamparado, nosotros hemos sido perdonados. Por tanto, a través del dolor de la disciplina divina, debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos. Oro para que tú y yo podamos disfrutar de la bendición de ser restaurados mediante el dolor de la disciplina de Dios.

"Hazme conocer mi fragilidad"

[Salmo 39]

Un colega pastor dejó un mensaje en el libro de visitas de mi página de Cyworld expresando sus condolencias por el fallecimiento del "Sr. James Kim". Esto se debió a que mi nombre también es James Kim y la persona que había fallecido se llamaba igual. Sentí una profunda tristeza al leer el titular —"Hallan muerto al Sr. James Kim en medio de una fuerte nevada"— que compartió aquel pastor. James Kim, un hombre coreano que había desaparecido tras tomar un camino equivocado mientras viajaba con su familia y quedar atrapado por una intensa nevada, fue finalmente hallado sin vida doce días después del incidente. La noticia de su muerte —era esposo y padre, y había dejado a su familia en el automóvil para buscar ayuda en un intento desesperado por salvar a su esposa y a sus dos hijos (de cuatro años y siete meses de edad)— conmovió a muchas personas en todo el mundo. Al conocer la noticia, me vi reflexionando sobre mi propia muerte o, dicho de otro modo, contemplando mi propio final. Comencé a plantearme cómo viviría el resto de mi vida si realmente supiera cuándo llegaría mi fin y cuánto tiempo me quedaba.

En el pasaje de hoy, el Salmo 39:4, se nos presenta a David en un estado de sufrimiento. El texto nos permite identificar dos causas de su padecimiento: (1) la primera eran los "impíos" o los "insensatos" (versículos 1 y 8), y (2) la segunda era la enfermedad (versículos 10, 11 y 13). En medio de este sufrimiento, David clamó a Dios diciendo: "Hazme saber, oh Jehová, mi fin, y cuánta sea la medida de mis días; sepa yo cuán frágil soy" (v. 4). En otras palabras, David deseaba comprender su propia fragilidad al tomar conciencia de la naturaleza de su final y del tiempo de vida que le restaba. Mientras sufría a causa de los impíos y de su

enfermedad, David oraba para que Dios le ayudara a comprender verdaderamente la brevedad de su vida (Park Yun-sun). Anhelaba comprender profundamente, aun en medio del dolor, cuán fugaz y velozmente transcurre la vida. Hoy, centrándome en el Salmo 39:4 y en el tema «Hazme conocer mi fragilidad», deseo extraer tres lecciones para los creyentes que sufren. Al comprender la naturaleza efímera de la vida —específicamente la brevedad de nuestros propios días—, ¿cómo debemos vivir cada jornada?

En primer lugar, mientras sufrimos y percibimos que la vida pasa rápida y fugazmente —reconociendo la brevedad de nuestra propia existencia—, debemos ser cuidadosos con nuestras palabras y acciones.

Observemos el Salmo 39:1: «Dije: "Cuidaré mis caminos, para no pecar con mi lengua; pondré freno a mi boca mientras los impíos estén delante de mí"». A menudo, los seres humanos terminamos lamentándonos y preguntándonos: «¿Por qué actué así? ¿Por qué dije eso?». Una vez pronunciadas, las palabras no pueden retirarse; ningún arrepentimiento posterior puede deshacerlas. Lo mismo se aplica a nuestras acciones. Con frecuencia actuamos con demasiada precipitación, agravando situaciones y sintiendo remordimiento después. Por tanto, debemos esforzarnos por hacer una pausa y reflexionar antes de hablar o actuar; en otras palabras, debemos ejercer prudencia en nuestras palabras y hechos. Navegando por Internet, encontré un artículo titulado «La actitud de un evangelista», que afirmaba: «Un evangelista no sale al campo misionero a título personal, sino que representa a la iglesia y actúa en nombre del Señor; por ello, debe realizar su labor con el sentido de responsabilidad propio de un representante... Como embajador que representa a la iglesia y al Señor al tratar con no creyentes, el evangelista debe mantener un sentido de misión, asegurándose de que su actitud y conducta sean prudentes y dignas de elogio». Tal como sugiere este artículo, nosotros también debemos procurar que nuestras actitudes y acciones como evangelistas sean prudentes y encomiables. ¿Por qué, entonces, David cuidaba sus palabras y acciones en medio del sufrimiento? Porque buscaba evitar el pecado de guardar resentimiento contra Dios durante una adversidad insoportable (Park Yun-sun).

Al meditar en el Salmo 38:12-22, aprendemos la lección de que hay momentos en los que debemos comportarnos como sordos y mudos (versículo 13). Se nos insta a no prestar oídos a las palabras de los impíos cuando sufrimos a manos de ellos, ni a ofrecerles justificaciones o defensas; por el contrario, debemos abrir nuestros oídos para escuchar la voz de Dios y abrir nuestra boca para elevarle súplicas. En el pasaje de hoy, David también guardó silencio ante los impíos. ¿Por qué eligió el silencio en su presencia? Porque deseaba evitar pecar contra Dios con sus labios. En otras palabras, buscaba evitar el pecado de albergar resentimiento contra Dios y expresarlo con sus labios mientras atravesaba el sufrimiento. ¡Qué sabia manera de actuar! Cuando albergamos resentimiento o quejas contra Dios en nuestro corazón durante los tiempos de sufrimiento, necesitamos guardar silencio por un tiempo. Del mismo modo, cuando sentimos deseos de quejarnos o murmurar contra la iglesia —el cuerpo de Cristo— y sus líderes, también debemos practicar el silencio. De lo contrario, existe una gran probabilidad de que nuestras palabras y acciones imprudentes nos lleven a pecar contra Dios. Sin embargo, parece que la boca humana simplemente no puede quedarse quieta; a menudo sentimos la necesidad imperiosa de hablar si no lo estamos haciendo, y tendemos a sentirnos insatisfechos a menos que expresemos nuestros pensamientos. Por eso Santiago se refirió a la lengua de la siguiente manera en Santiago 3:8-10: «Ningún ser humano puede domar la lengua. Es un mal inquieto, lleno de veneno mortal. Con la lengua alabamos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a los seres humanos, creados a imagen de Dios. De la misma boca salen alabanza y maldición. Hermanos míos, esto no debería ser así». Así pues, en la segunda parte del Salmo 39:1 —el pasaje que nos ocupa hoy—, David declara: «Pondré un freno a mi boca». La razón por la que guardó silencio —incluso mientras soportaba la disciplina de Dios (versículos 8-9) y escuchaba las calumnias de los impíos— fue que reconoció que, aunque era objeto de las burlas de los impíos, en cierto modo se lo merecía (Park Yun-sun). Si bien es cierto que David sufría a causa de los impíos, su mayor sufrimiento provenía de la enfermedad que padecía como disciplina divina por su propio pecado (Park Yun-sun). Así, sabiendo que su sufrimiento era la disciplina de Dios por su pecado, David guardó silencio ante Dios para evitar el pecado de quejarse contra Él. ¿Cómo debemos vivir, entonces?

Debemos reconocer nuestra fragilidad y cuidar nuestras palabras y acciones cuando sentimos dolor. No debemos actuar precipitadamente ni hablar con descuido, incurriendo en el pecado de murmurar contra Dios y contra los demás. Necesitamos ser más prudentes. Por tanto, en medio del paso fugaz y veloz del tiempo, debemos vivir rectamente delante de Dios.

En segundo lugar, debemos reflexionar, siendo plenamente conscientes de que la vida pasa rápidamente y de que la duración de nuestra existencia es breve.

Consideremos el Salmo 39:3: «Se calentó mi corazón dentro de mí; mientras meditaba, se encendió un fuego, y así hablé con mi lengua». Si realmente comprendemos con qué rapidez vuela el tiempo, debemos hacer una pausa en medio de nuestras vidas ajetreadas para dedicar tiempo a la reflexión. No debemos precipitarnos por la vida simplemente porque el tiempo avanza deprisa. Aunque otros nos perciban como lentos, necesitamos detenernos y contemplar el sentido de la vida. Esta semana leí una carta de un misionero en Asia Central, apoyado por nuestra iglesia, que incluía esta petición de oración: «Por favor, oren para que pueda bajar el ritmo y amar a mi esposa, a mis hijos y a las personas que Dios pone en mi camino». Esta petición surgió de un pasaje de un libro de John Ortberg que el misionero estaba leyendo: «El síntoma más grave de la enfermedad de la prisa es una capacidad disminuida para amar…». El amor y la prisa son fundamentalmente contradictorios. El amor siempre requiere tiempo, mientras que, para quienes viven apresurados, el tiempo realmente no existe. Necesitamos aminorar la marcha en medio del ritmo acelerado de este mundo; debemos caminar despacio en lugar de precipitarnos. Mientras el tiempo fluye veloz como un río, debemos detenernos —evitando las prisas— para reflexionar sobre nuestra vida ante Dios y dedicar tiempo a la contemplación.

En medio de su sufrimiento, David cuidaba atentamente sus palabras y acciones mientras reflexionaba sobre la naturaleza de la vida ante Dios. A través de esta reflexión, presenta cuatro conclusiones en el pasaje de hoy:

(1) La primera conclusión es que la vida es breve.

David expresa este hecho poéticamente en la primera mitad del versículo 5: «He aquí, diste a mis días término corto, y mi edad es como nada delante de ti…». La descripción de la vida como una «medida de un palmo» desde la perspectiva humana, y como «nada» desde la perspectiva de Dios, es una forma poética de transmitir la brevedad de la existencia humana (Park Yun-sun).

(2) La segunda conclusión es que la vida es pasajera: una mera nada.

Nuestras vidas son breves; llegamos solo para partir rápidamente. Observemos la segunda mitad del Salmo 39:5: «…ciertamente es pura vanidad todo hombre». La palabra hebrea traducida aquí como «vanidad» (o «aliento»/«futilidad») significa literalmente «un soplo de aire» o «vapor» (Park Yun-sun). En el versículo 11, David confiesa nuevamente: «Ciertamente todo hombre es un soplo». El apóstol Santiago llega a una conclusión similar en Santiago 4:14: «Ni siquiera saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? Son como la niebla que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece». David describe nuestras vidas como un andar entre sombras (Salmo 39:6).

(3) La tercera conclusión es que las personas se ocupan en afanes vanos.

Observemos la segunda mitad del Salmo 39:6: «…en vano se afanan; amontonan riquezas, sin saber quién las recogerá». En el libro de Santiago, encontramos personas entre los destinatarios de la carta que pensaban exactamente así: «…Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí un año, compraremos, venderemos y ganaremos dinero…» (Santiago 4:13).

(4) Finalmente, el cuarto punto es que la conclusión de la meditación de David es: «Mi esperanza está en ti». Observemos el texto de hoy, el Salmo 39:7: «Y ahora, Señor, ¿qué espero? Mi esperanza está en Ti». Vemos a David meditando en silencio en medio de su sufrimiento, comprendiendo profundamente la futilidad de la vida y lamentándose, para finalmente depositar su esperanza en Dios. Al igual que David, necesitamos comprender profundamente la absoluta futilidad de este mundo mediante nuestra propia meditación. Además, al observar cómo nosotros —cuyas vidas son breves y pasajeras— perseguimos afanosamente cosas vanas, debemos captar profundamente la futilidad de nuestra existencia. Solo entonces podremos confesar sinceramente, como hizo David: «Mi esperanza está en Ti».

Por último, en medio de nuestro sufrimiento, debemos orar siendo plenamente conscientes de que la vida pasa rápida y fugazmente; es decir, que la duración de cada una de nuestras vidas es breve.

Observemos el Salmo 39:12: «Escucha mi oración, oh Señor, y presta oído a mi clamor; no guardes silencio ante mis lágrimas; pues soy un forastero junto a Ti, un peregrino, como todos mis padres». Sabiendo que su sufrimiento provenía de su propio pecado, David aceptaba humildemente dicho sufrimiento, ya fuera causado por los impíos o por la enfermedad. Por eso cuidaba sus palabras y acciones, deseando evitar cometer un pecado aún mayor contra Dios. Al igual que David, debemos ser capaces de reconocer nuestros propios pecados contra Dios cuando estamos en medio del sufrimiento. De lo contrario, al reflexionar sobre por qué soportamos tal dolor, podríamos terminar quejándonos contra Dios y albergando resentimiento hacia Él. Por esta razón, David decidió «poner un freno a [su] boca» (v. 1). Sin embargo, cuando David guardaba silencio y no hablaba, su angustia no hacía más que intensificarse (v. 2). ¿Por qué empeoraba la angustia de David? ¿Por qué se sentía más afligido cuando permanecía en silencio? La razón es que anhelaba desahogar ante Dios su doloroso sentimiento de agravio —su «angustia»— (Park Yun-sun). En otras palabras, se sentía atormentado porque no abrir la boca para orar a Dios hacía que su

sufrimiento fuera aún más insoportable. Personalmente, creo que, si bien su corazón ardía en su interior al no poder exponer ante Dios sus quejas y agravios, otra razón de ese ardor interno era probablemente el hecho de no haber confesado sus pecados a Dios. Consideremos las palabras del Salmo 39:8–9: «Líbrame de todas mis transgresiones; no permitas que sea objeto de burla para los insensatos. Guardé silencio; no abrí la boca, pues fuiste Tú quien hizo esto». Aquí, David reconoció que la causa de su sufrimiento era enteramente consecuencia de su propio pecado, y estaba convencido de que recibir el perdón de Dios era la clave para resolver la situación (Park Yun-sun). Por ello, suplica a Dios que perdone sus pecados: «Aparta de mí tu mirada, para que pueda volver a sonreír antes de partir y dejar de existir» (v. 13). Tras haber orado por el perdón de sus pecados, David —que ya no guarda silencio ante Dios— ruega al Señor que no permanezca callado mientras él llora: «Escucha mi oración, oh Señor; atiende mi clamor de auxilio; no seas sordo a mi llanto. Pues habito contigo como forastero y peregrino, tal como lo fueron todos mis antepasados» (v. 12).

El tiempo fluye rápida e incesantemente, como el agua corriente. Nuestras vidas no son particularmente largas; de hecho, la Biblia nos dice que son breves. En este mundo, al que llegamos solo para partir tras una breve estancia, no debemos ocuparnos en afanes vanos. Por el contrario, debemos esforzarnos por poner nuestra esperanza únicamente en el Señor y vivir una vida de obediencia a Su Palabra. A través del pasaje de hoy, Dios nos enseña que, cuando sufrimos, debemos cuidar nuestras palabras y acciones, dedicarnos a la meditación y elevar oraciones. Reconociendo y aceptando nuestra fragilidad, oro para que tú y yo vivamos vidas caracterizadas por la prudencia al hablar, la meditación y la oración hasta el mismo momento en que el Señor nos llame a su presencia: «Hazme conocer mi fragilidad» (v. 4).

Los innumerables pensamientos del Señor hacia nosotros

[Salmo 40:1–10]

Mientras proclamaba la Palabra de Dios durante la reunión de oración de esta mañana, Dios sacó a la luz mi pecado. Ese pecado consistió en no obedecer la Palabra a pesar de haberla escuchado; específicamente, la instrucción de «guardar mis caminos» (o vigilar mis palabras y acciones) que se encuentra en el Salmo 39:1, la cual había proclamado durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada. Al repasar la semana transcurrida desde que compartí aquel mensaje, recuerdo momentos en los que no cuidé mis palabras y sentí remordimiento solo después de haberlas pronunciado. Pensamientos como: «No debí haber dicho eso en ese momento...», «¿Por qué dije algo que no ayudaba a la otra persona?» o «Debí haberme limitado a escuchar en silencio...»; estos lamentos surgieron solo a posteriori, cuando me di cuenta de que no había refrenado mi lengua. Si hubiera meditado continuamente en la instrucción bíblica de «guardar mis caminos», habría ejercido dominio propio al hablar —tanto antes como durante las conversaciones— y me habría abstenido de hablar sobre los demás. Por ello, hoy me propongo esforzarme aún más en mi vida de fe para mantener constantemente la Palabra de Dios en mis pensamientos.

Una vida que reflexiona sobre la Palabra de Dios —y, más aún, una vida vivida teniendo a Dios presente— nos ayuda a consolidarnos como creyentes que agradan a Sus ojos. Sin embargo, aún más importante que eso es la medida en que Dios piensa en nosotros. En otras palabras, importa menos cuánto pensamos nosotros en Dios que cuánto piensa Dios en nosotros.

Consideremos el pasaje de hoy, el Salmo 40:5: «Muchas son, oh Señor, Dios mío, las maravillas que has hecho, y los pensamientos que tienes hacia nosotros; ¡nadie puede compararse contigo! Si quisiera declararlos y hablar de ellos, serían demasiados para contarlos». ¡Cuán grande es el amor de Dios! La verdad de que los pensamientos de Dios hacia nosotros son innumerables trae a la mente las palabras del Salmo 139:17–18: «¡Cuán preciosos me son tus pensamientos, oh Dios! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos! Si intentara contarlos, superarían en número a los granos de arena; al despertar, sigo estando contigo». Nuestro Dios nos ama inmensamente. El hecho de que los pensamientos del Señor hacia nosotros sean innumerables revela un amor verdaderamente inmensurable. Hoy, centrándonos en el Salmo 40:5, deseo que experimentemos este amor de Dios meditando en cuatro aspectos del Señor, quien alberga pensamientos tan incontables respecto a nosotros.

En primer lugar, el Señor que tiene pensamientos innumerables hacia nosotros es el Señor que escucha nuestros clamores.

Observemos el Salmo 40:1: «Pacientemente esperé al Señor, y él se inclinó a mí y oyó mi clamor». Considero esto como la etapa de «recién nacido», o la etapa del llanto desconsolado de un bebé. Así como un recién nacido clama fuertemente por su madre cuando tiene hambre, nosotros buscamos fervientemente al Señor cuando enfrentamos dificultades y necesitamos Su ayuda. Sin embargo, a diferencia del recién nacido que llora incesantemente, a menudo dejamos de clamar. Abandonamos la oración antes de recibir una respuesta porque cedemos a la tentación de preguntarnos si Dios realmente está ahí. ¿Con qué frecuencia caemos en la tentación de dudar de la presencia de Dios? Cuando parece que nuestros clamores fervientes a Dios quedan sin respuesta, a menudo sentimos tal frustración y desesperación que no solo guardamos resentimiento hacia las personas y nuestras circunstancias, sino incluso hacia Dios mismo. En consecuencia, dejamos de confiar en Dios y nos desviamos hacia la izquierda o hacia la derecha. No obstante, quien ora continúa confiando en Dios hasta el final. Tal persona es bienaventurada:

«Bienaventurado el hombre que puso en el Señor su confianza, y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira» (v. 4). Cuando las respuestas a la oración se demoran, a menudo nos vemos tentados a abandonar nuestra confianza en Dios. Por tanto, debemos perseverar en la oración dirigida a Él (Park Yun-sun). Al igual que David, debemos orar con firme perseverancia para ser librados de nuestras pruebas. Cuando lo hacemos, Dios escucha nuestras oraciones tal como escuchó el clamor de David.

Necesitamos orar con persistencia, tal como lo hizo David. No debemos rendirnos. Jesús nos enseña esta lección a través de la parábola sobre la oración que se encuentra en Lucas 18:1–8. Él contó esta parábola para mostrar que «es necesario orar siempre, y no desmayar» (v. 1). La historia relata el caso de un juez en cierta ciudad que no temía a Dios ni respetaba a las personas; una viuda de esa misma ciudad insistía ante él —hasta el punto de volverse una molestia— exigiendo justicia por su agravio. Finalmente, él no tuvo más remedio que acceder a su petición y resolver su reclamación. En aquel momento, el Señor dijo: «¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se demorará en responderles? Les aseguro que les hará justicia, y pronto…» (versículos 7-8). Nuestro Dios es un Dios paciente, pero también un Dios que no puede esperar. Es decir, Él es paciente mientras aguarda a que confesemos nuestros pecados, nos arrepintamos y volvamos a Él. El apóstol Pablo es un ejemplo de esto. Observemos 1 Timoteo 1:16: «Pero precisamente por eso recibí misericordia: para que en mí, el peor de los pecadores, Cristo Jesús mostrara su inmensa paciencia como ejemplo para quienes habrían de creer en él y recibir la vida eterna». Sin embargo, existe otra faceta de Dios; Él, que alberga innumerables pensamientos hacia nosotros, nos ama tan profundamente que, cuando le buscamos con sinceridad en medio de la adversidad, no puede esperar para responder a nuestras oraciones. Tal como una madre —que piensa constantemente en su amado hijo y reflexiona sobre la mejor manera de expresar su amor— seguramente se apresuraría a atender el desesperado clamor de auxilio de su hijo en un momento de gran angustia, así actúa Dios. Nuestro Dios, que piensa en nosotros más veces de las que se pueden contar, es el Dios que escucha nuestros clamores y no puede esperar para responder a nuestras oraciones.

En segundo lugar, el Señor, que alberga innumerables pensamientos hacia nosotros, es quien afirma nuestros pasos. Observemos el Salmo 40:2: «Me sacó del pozo de la desesperación, del lodo y del cieno; puso mis pies sobre una roca y me dio un lugar firme donde estar». Considero esto como la etapa en la que se aprende a caminar, semejante al desarrollo de un niño de entre uno y tres años de edad. Durante la reunión de oración de esta mañana, medité en el Salmo 37:31: «La ley de su Dios está en su corazón; sus pies no resbalan». Al meditar en este versículo, reflexioné sobre tres factores que nos hacen tropezar en nuestro caminar: la envidia, la queja y la ira. La manera de vencerlos es guardar la ley de Dios —su Palabra— en nuestro corazón. Cuanto más profundamente grabemos la Palabra de Dios en las tablas de nuestro corazón, menos probabilidades tendremos de tropezar en nuestro caminar.

En el pasaje de hoy, el Salmo 40, David habla de su experiencia al ver cómo Dios escuchaba su súplica y lo sacaba del pozo de la desesperación y del lodo cenagoso (versículo 2). En otras palabras, David describe haber experimentado la gracia de la salvación. Sin embargo, la gracia salvadora de Dios no terminó ahí; Dios no solo salvó a David, sino que también afirmó sus pasos: lo puso sobre una roca (versículo 2).

Personalmente, cuando pienso en la palabra «roca», uno de los versículos bíblicos que me viene a la mente es el Salmo 61:2: «Cuando mi corazón esté abrumado, clamaré a ti desde los confines de la tierra; guíame a la roca que es más alta que yo». «La roca que es más alta que yo»... Hay momentos en los que elevo oraciones reconociendo mi propia incapacidad —al igual que David, quien suplicaba a Dios que lo guiara a una «roca» demasiado alta para ser escalada solo con fuerzas humanas— y decido confiar en el poder y la omnipotencia de Dios. En esos instantes, experimento cómo Él fortalece mi corazón —un corazón que, de otro modo, estaría agobiado por esa clase de «desesperación y agotamiento nacidos de una angustia abrumadora» (Park Yun-sun)— y afirma mis pasos. Tengamos esto presente: Dios nos ama y sus pensamientos hacia nosotros son innumerables. No olvidemos nunca que Él

es el Señor que nos guía a una roca más alta que nosotros mismos y afirma nuestros pasos con firmeza.

En tercer lugar, el Señor, que alberga innumerables pensamientos hacia nosotros, es quien pone un cántico nuevo en nuestra boca.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 40:3: «Puso en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Muchos verán esto, y temerán, y confiarán en el SEÑOR». Considero que esta es una etapa de crecimiento; el acto de alabar y adorar a Dios constituye una etapa de crecimiento espiritual. David, el salmista del pasaje de hoy, ofreció un «cántico nuevo» de alabanza a Dios debido a Su gracia salvadora. Dios respondió a las oraciones de David —quien había clamado en medio de la adversidad y esperado pacientemente (v. 1)— sacándolo de un «pozo de desesperación, del lodo cenagoso», afirmando sus pies sobre una roca y afirmando sus pasos (v. 2). Así, David confiesa que Dios puso un cántico nuevo —un himno de alabanza— en su boca (v. 3). Este «cántico nuevo» es entonado por los redimidos y nace de la experiencia fresca de la salvación (Park Yun-sun). Gracias a esta «nueva experiencia» de la salvación de Dios, nosotros también podemos ofrecerle un cántico nuevo de alabanza. ¡Con qué fuerza se aplica esto a nuestras propias vidas! Siempre que enfrentamos dificultades, debemos clamar anhelando la gracia salvadora de Dios; luego, mediante la salvación que Él nos otorga en todo momento, debemos abrir nuestros corazones y labios para alabar al SEÑOR Dios. Debemos ofrecer alabanza a Dios con fe, aun si Él no nos libra de la manera que esperamos; incluso diciendo «aunque no lo haga» (Daniel 3:18). En otras palabras, aunque Dios no nos rescate, debemos seguir ofreciéndole nuestra alabanza con fe. La razón es que Dios es digno de alabanza. Cuando hacemos esto, al igual que Pablo y Silas fueron liberados de la prisión (Hechos 16:25 y ss.), nosotros también seremos liberados. Últimamente, Dios ha puesto personalmente en mis labios el himno n.º 404: «El amor de Dios es mucho mayor de lo que la lengua o la pluma jamás podrían expresar... Si llenáramos el océano de tinta y los cielos fueran de pergamino... el amor de Dios —tan grande, tan rico, tan puro—, ¿cómo podría escribirse todo? Aunque se apilara

hasta los cielos, no podría contenerse. (Coro) El amor de Dios es inmensurable; santos, alabad este amor que nunca cambia». Al alabar este amor inmensurable e inmutable de Dios, siento Su amor por mí. Y al experimentar Su amor, voy creciendo.

En cuarto y último lugar, el Señor —que alberga innumerables pensamientos hacia nosotros— es quien abre nuestros oídos.

Observemos el Salmo 40:6: «Me has hecho oír —has abierto mis oídos— la verdad de que no te complaces en sacrificios ni ofrendas, ni requieres holocaustos ni ofrendas por el pecado». Dios no solo abre nuestra boca para cantarle un nuevo cántico de alabanza, sino que también abre nuestros oídos. Él abrió los oídos de David para revelarle Su voluntad. En otras palabras, Dios otorgó gracia a David, abriendo su percepción espiritual —como si le perforara los oídos— para que pudiera comprender qué agradaba a Dios (Calvino). Esa voluntad en la que Dios se complace es, sencillamente, la obediencia. Para profundizar en esto, podemos remitirnos al dicho: «La obediencia es mejor que el sacrificio» (1 Samuel 15:22). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Todo el sistema de sacrificios establecido por Dios en el Antiguo Testamento no se instituyó porque Él deseara las ofrendas o los holocaustos en sí mismos; más bien, el punto esencial era la obediencia de la persona que los presentaba». ¿Cómo actuó David una vez que comprendió esta verdad? «Entonces dije: "Aquí estoy, he venido; de mí está escrito en el rollo del libro"» (Salmo 40:7). En otras palabras, tal como un siervo se presenta ante su amo, listo para obedecer, David aguardaba ante Dios, preparado para cumplir Su voluntad. Al saber que la voluntad de Dios estaba contenida en el rollo, resolvió firmemente obedecer las palabras de la ley de Dios (Park Yun-sun).

¡Qué hermosa actitud espiritual es esta: la actitud de esperar ante Dios, listos para obedecer Su voluntad! Observemos la disposición del corazón de David: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (versículo 8). Quien guarda la ley de Dios en su corazón encuentra gozo únicamente en hacer la voluntad del Señor. David, quien agradaba a Dios, poseía tal gozo. Incluso en medio de circunstancias

difíciles y penosas, su único deseo era cumplir la voluntad del Señor. El Señor alberga innumerables pensamientos hacia nosotros; cuando un creyente clama a Él en medio de la tribulación y la adversidad, y experimenta la gracia de Su salvación mientras aguarda una respuesta a su oración, no solo abre sus labios para alabar a Dios, sino que también proclama las alegres noticias de Su salvación: «He anunciado las buenas nuevas de justicia en la gran congregación; oh SEÑOR, tú sabes que no refreno mis labios. No he ocultado tu justicia en mi corazón; he declarado tu fidelidad y tu salvación; no he encubierto tu misericordia y tu verdad ante la gran congregación» (versículos 9–10). Al igual que David, tras recibir la gracia de la salvación de Dios, nosotros también debemos dar testimonio de las alegres noticias de esa salvación ante toda la congregación. No debemos ocultar a la asamblea la misericordia y la verdad del Señor —quien tiene innumerables pensamientos hacia nosotros—; por el contrario, debemos salir a proclamar Su fidelidad y Su salvación.

«Oh Señor, ayúdame pronto»

[Salmo 40:11–17]

Kim Hyun-seung, un poeta cristiano devoto que falleció en 1975 a los 63 años —como una hermosa hoja caída—, escribió un poema titulado *Oración de otoño*. Quisiera compartir sus versos finales: «En otoño, déjame estar solo. Que mi alma sea como un cuervo que ha atravesado mares agitados y el valle de los lirios, para finalmente posarse en la rama desnuda de un árbol». Respecto a este pasaje, el pastor Lee Jae-chul comentó: «Solo aquellos que comprenden que son individuos absolutamente solitarios en el momento en que sus vidas descienden como hojas caídas pueden establecer una relación correcta con Dios, el Absoluto» (Internet). Aunque el otoño ha pasado y ha llegado el invierno, personalmente me identifico con la idea —extraída de las palabras del poeta y del comentario del pastor Lee— de que yo (y, de hecho, todos nosotros) necesitamos reafirmar nuestra existencia como seres totalmente desprendidos del mundo. Por tanto, debemos inclinarnos y suplicar ante Dios, el Absoluto, como individuos solitarios.

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 40:11–17, vemos al salmista David inclinándose y suplicando ante Dios, el Absoluto, como un individuo solitario. En su súplica, específicamente en la segunda mitad del versículo 13, encontramos estas palabras: «Oh Señor, ayúdame pronto». Bajo este tema, deseo reflexionar sobre las tres situaciones concretas en las que David clamó: «Oh Señor, ayúdame pronto», y recibir la gracia que surge de tal reflexión.

En primer lugar, la situación en la que David oró «Oh Señor, ayúdame pronto» fue una de absoluta desesperación. Consideremos el Salmo 40:12: «Porque me han rodeado males innumerables; mis iniquidades me han alcanzado, de modo que no puedo alzar la vista; son más numerosas que los cabellos de mi cabeza; por eso mi corazón desfallece». La frase «mi corazón desfallece» indica que David estaba al borde de la desesperación. ¿Por qué enfrentaba David tal desesperación? La razón principal eran los «males innumerables» que lo rodeaban, y otra eran sus incontables pecados. En medio de los «males innumerables» —es decir, la multitud de malvados que lo rodeaban— y de la tribulación y el sufrimiento resultantes, David llegó a comprender la magnitud de sus propios pecados. Confesó que estos pecados eran «más que los cabellos de mi cabeza» (v. 12). Es interesante notar que fue precisamente a causa de estas numerosas calamidades que David llegó a reconocer sus muchos pecados ante Dios. En consecuencia, en medio de estos innumerables problemas, oró: «No retengas de mí tus tiernas misericordias, oh SEÑOR; que tu misericordia y tu verdad me preserven continuamente» (v. 11). Aun enfrentando calamidades implacables e innumerables, David —plenamente consciente de sus propios pecados incontables— rogó a Dios que no retuviera su misericordia. Al reconocer que no poseía mérito propio alguno que justificara la salvación, puso su mirada en la misericordia y la verdad de Dios. Depositó su confianza en la virtud inmutable de Dios —específicamente en su fidelidad— mientras Él vela por sus santos (Park Yun-sun).

Necesitamos experimentar la desesperación a fondo. La razón es que, en medio de la desesperación, gozamos de la bendición de reconocer nuestros innumerables pecados y, además, llegamos a comprender profundamente que no poseemos mérito propio alguno. Al hacerlo, pasamos a depender únicamente del mérito de la cruz de Jesús. Por tanto, incluso cuando nos encontremos en una desesperación tan profunda que sintamos que nuestros corazones desfallecen, debemos clamar a Dios diciendo: «Oh SEÑOR, ayúdame pronto»: «Ten a bien, oh SEÑOR, salvarme; oh SEÑOR, apresúrate a ayudarme» (v. 13). En ese instante, la desesperación de nuestros corazones se transforma en esperanza. ¿Qué clase de esperanza? Es la esperanza de la salvación.

En segundo lugar, la situación en la que David oró «Oh SEÑOR, ayúdame pronto» era una en la que corría peligro de sufrir daño.

Observemos el Salmo 40:14: «Sean avergonzados y confundidos todos los que buscan quitarme la vida; retrocedan en desgracia todos los que desean mi ruina». En este mundo, si bien hay quienes nos desean el bien, también hay quienes esperan secretamente nuestra caída. El texto revela que había personas que se deleitaban con el sufrimiento de David. Se trataba de personas que buscaban destruir su propia alma. Lo rodeaban con innumerables problemas (v. 12) y pretendían causarle «vergüenza y confusión» (v. 14). Eran ellos quienes se burlaban de él diciendo: «¡Ajá! ¡Ajá!» (v. 15). En aquel momento, la oración de David a Dios fue que aquellos que intentaban hacerle daño quedaran avergonzados y confundidos, y que se vieran obligados a retroceder en desgracia (v. 14). David suplicó a Dios que quienes buscaban destruirlo —aquellos que se mofaban de él con escarnio— quedaran «horrorizados por su propia vergüenza» (v. 15). Aquí surge un contraste interesante: mientras los enemigos de David buscaban su vida (v. 14), David buscaba al Señor. Además, pidió a Dios que todos los que buscan al Señor pudieran «regocijarse y alegrarse en Él» (v. 16). David acudió al Señor precisamente cuando sus enemigos acechaban su vida para destruirla, y oró para que todos los que buscan al Señor hallaran gozo y alegría en Él. Consideremos esto: ¿qué motivo podría haber para el gozo y la alegría en una situación como la de David? Si nos rodean «innumerables problemas» —problemas que nos obligan a comprender verdaderamente la magnitud de nuestros pecados—, ¿qué gozo o alegría podría quedar? Cuando estamos rodeados de quienes buscan destruir nuestras almas, que se burlan de nosotros con escarnio y pretenden llevarnos a la vergüenza y a la ruina, ¿en qué o en quién podemos hallar gozo y alegría? Solo en el Señor. Él es el único que se convierte en nuestro gozo y alegría en tiempos de aflicción. ¿Por qué el Señor es nuestra única fuente de gozo y alegría en tales momentos? Porque solo Él es nuestro Salvador, y solo Él nos concede el gozo y la alegría de esa salvación. Así, David se refiere a quienes «buscan al Señor» como aquellos que «aman su salvación»: «...que digan siempre los que aman tu salvación:

"¡Engrandecido sea el Señor!"» (v. 16). Aquí, la frase «Engrandecido sea el Señor» significa que nuestro Dios nos otorga misericordiosamente la salvación a nosotros, sus santos (Park Yun-sun). Dios salva misericordiosamente a quienes le buscan: a aquellos que, en medio de innumerables calamidades y tribulaciones que amenazan con destruir sus almas, aman la salvación del Señor, la cual es su gozo y deleite. A este Dios de salvación, David clamó: «¡Oh Señor, apresúrate a ayudarme!» (v. 13).

Debemos buscar al Señor cuando sufrimos a manos de quienes pretenden hacernos daño. Debemos anhelar y amar la salvación del Señor. Al hacerlo, el Dios de salvación —que nos busca— nos concederá el gozo y la alegría de la salvación.

Por último, el tercer punto es que David oró: «¡Oh Señor, apresúrate a ayudarme!», mientras se encontraba en un estado de pobreza y necesidad.

Observemos el Salmo 40:17: «Pero yo soy pobre y necesitado; sin embargo, el Señor piensa en mí. Tú eres mi ayuda y mi libertador; no te demores, oh Dios mío». David sufría y estaba necesitado debido a «innumerables males» (v. 12), a sus propios pecados incontables (v. 12) y a aquellos que buscaban destruir su alma (v. 14) o se alegraban de su desgracia (v. 14). En ese momento, David buscó al Señor, confiando en que Él tenía presente su situación. El fundamento de esta convicción reside en el conocimiento de quién es Dios y en la experiencia de ese conocimiento en la propia vida. En otras palabras, David conocía a Dios como su «Ayuda» y «Libertador», habiéndolo experimentado a lo largo de su pasado. Tras haber recibido la ayuda y la liberación de Dios en innumerables ocasiones durante su camino de fe, David —al escribir el Salmo 40— confiaba en que Dios seguiría ayudándole y librándole; por ello, clamó: «Oh Dios mío, no te demores» (v. 17) y «¡Oh Señor, apresúrate a ayudarme!» (v. 13).

Cuando enfrentamos el sufrimiento o la indigencia, debemos meditar profundamente en quién es nuestro Dios. Nuestro Dios es «mi Ayuda» y Aquel que me «liberta» (v. 17). Al meditar

en Él, debemos reflexionar sobre nuestras experiencias pasadas de su presencia y recordar la gracia de su ayuda y liberación. Incluso en medio del dolor y la necesidad, debemos confiar y estar convencidos de que nuestro Dios nos ayudará y nos librará. En tales momentos, debemos clamar: «¡Oh Dios mío, no te demores!» y «¡Date prisa en ayudarme!».

En medio de la desesperación, debemos humillarnos y suplicar ante el Dios Absoluto, como individuos que comparecen a solas ante Él. Cuando lo hacemos, Dios transforma nuestra desesperación en la esperanza de la salvación. Además, cuando enfrentamos la amenaza de algún daño, debemos buscar a Dios —tal como lo hizo David— y experimentar el gozo y la alegría de la salvación. A través de la oración en tiempos de sufrimiento y necesidad, debemos experimentar la ayuda y la liberación de Dios. Oro para que nuestra vida de oración esté llena de las bendiciones de la esperanza, el gozo y la certeza de la salvación, incluso en medio de la desesperación, el peligro, el sufrimiento y la indigencia.

Cuidemos de los necesitados.

[Salmo 41]

Aunque solo han pasado tres días desde el inicio del año nuevo, ya estoy disfrutando de la bendición de experimentar la gracia y el amor de Dios. El día de Año Nuevo, experimenté el amor de Dios a través de las reuniones familiares; ese amor me llevó a reconocer mi propio pecado de no amar a los demás y, al confesar ese pecado y recibir el perdón, pude disfrutar del gozo de la libertad. Además, durante las reuniones de oración de la madrugada del martes y el miércoles, Dios me habló a través de los capítulos 4 al 9 del Génesis. Me mostró a Caín, quien no logró dominar su pecado (cap. 4); la frase «Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor» en medio de una época plagada de pecado (Gén. 6:8); a Noé como un hombre justo, íntegro en su generación, que caminaba con el Señor (Gén. 6:9); a Noé construyendo un altar para adorar a Dios inmediatamente después de salir del arca (Gén. 8:20); y, finalmente, a Noé cayendo en el pecado de la embriaguez y la desnudez (Gén. 9:21). A través de estos aspectos contrastantes de la vida de Noé, Dios me permitió ver reflejos tanto de Abel como de Caín. Tras presenciar la imagen de Caín en Noé —quien finalmente no logró dominar su pecado—, pasé estos tres primeros días del año nuevo recibiendo noticias frecuentes de seres queridos y conocidos cercanos que sufren a causa del pecado. En medio de todo esto, me impactó el poder aterrador del pecado. Cuando presenciamos o escuchamos sobre el inmenso sufrimiento, el dolor, las lágrimas y la angustia que la decisión pecaminosa de una sola persona causa a tantos —ya sean familiares o hermanos en la fe—, naturalmente nos preguntamos cuál es la mejor manera de consolar y ayudar a los directamente afectados y a quienes los rodean. Hoy deseo buscar orientación sobre este asunto en el Salmo 41.

En el Salmo 41:1, el salmista David declara: «Bienaventurado el que piensa en el desvalido...». El término traducido aquí como «el desvalido» se refiere a aquellos que carecen de recursos para ayudarse a sí mismos. En otros pasajes bíblicos, esta palabra hebrea se traduce como «pobre» o «débil». Describe a personas que han sido abatidas por la pobreza económica: individuos de condición humilde que son vulnerables a la opresión (John MacArthur). El término «los débiles» puede referirse a los indigentes (Éxodo 30:15), a los enfermos (Génesis 41:19) o a los pusilánimes (1 Tesalonicenses 5:14); sin embargo, en el pasaje de hoy, abarca todos estos significados para referirse a «cualquiera que sufra bajo la disciplina de Dios» (Park Yun-sun). La Biblia nos instruye a cuidar de tales personas débiles. En otras palabras, la Biblia nos llama a actuar con compasión y consideración hacia los débiles (Park Yun-sun).

¿Cómo debemos, entonces, cuidar a los débiles? Primero, debemos considerar cinco cosas que *no* debemos hacer con respecto a ellos.

En primer lugar, no debemos menospreciar, juzgar con severidad ni ignorar a los débiles, asumiendo que su sufrimiento es simplemente el resultado de la disciplina de Dios por sus propios pecados.

En segundo lugar, no debemos hablar mal de los débiles.

Observemos el Salmo 41:5 en el pasaje de hoy: «Mis enemigos hablan mal de mí, diciendo: "¿Cuándo morirá y perecerá su nombre?"». Los enemigos de David hablaban mal de él cuando se encontraba en un estado de fragilidad y angustia; el contenido de sus palabras maliciosas era: «¿Cuándo morirá David?». En otras palabras, deseaban su muerte, que desapareciera de la faz de la tierra. Los enemigos malvados desean la muerte de un creyente que sufre —que atraviesa la amorosa disciplina de Dios por sus propios pecados—. Un ejemplo claro de esto es Jesús. Los judíos incrédulos, que creían que Jesús estaba bajo la

maldición de Dios mientras colgaba de la cruz de madera, deseaban fervientemente su muerte. Por eso gritaron a Pilato: «¡Crucifícalo!» (Lucas 23:21).

En tercer lugar, no debemos tramar planes malvados contra los débiles.

Consideremos las palabras del Salmo 41:6: «Cuando alguien viene a verme, habla falsedad; su corazón acumula iniquidad en su interior; cuando sale, la divulga». Cuando David estaba angustiado, sus enemigos lo visitaban fingiendo afecto y ofreciendo adulación; mientras tanto, lo escudriñaban para inventar mentiras y tramar planes maliciosos en sus corazones. Su plan malvado consistía en difundir propaganda maliciosa en su contra. Aunque lo adulaban en su presencia fingiendo interés, una vez fuera de su vista, no cesaban de proferir mentiras y calumnias contra él. No debemos actuar de esa manera. No debemos visitar a los necesitados adulándolos con un amor fingido, para luego difundir chismes maliciosos sobre ellos a sus espaldas.

En cuarto lugar, no debemos odiar a los necesitados, murmurando contra ellos y tramando hacerles daño.

Observemos el Salmo 41:7: «Todos los que me odian murmuran juntos contra mí; contra mí traman mi mal». ¡Qué oportunidad tan propicia parece ser esta! Si se trata de alguien a quien no estimábamos —o quizás a quien envidiábamos— y ahora sufre la disciplina de Dios por sus pecados, surge una ocasión tentadora para murmurar y chismorrear a sus espaldas. Sin embargo, creo que tal murmuración es un acto que, en la práctica, vuelve a matar a la persona vulnerable. Ya sufren el dolor de la disciplina divina a causa de su propio pecado; si nosotros nos dedicamos a murmurar sobre ellos, no hacemos más que añadir nuevo sufrimiento al dolor que ya padecen. Es una acción que no beneficia a nadie.

En quinto y último lugar, no debemos traicionar a los vulnerables ni volvernos contra ellos.

Observemos el Salmo 41:9: «Aun mi amigo íntimo, en quien yo confiaba, el que compartía mi pan, ha alzado su talón contra mí». La expresión «alzar el talón» se refiere al acto de patear a alguien. Simboliza la malvada acción de la ingratitud (Park Yun-sun). Un ejemplo claro de esto es Judas Iscariote, quien traicionó a Jesús.

¿Cómo debemos, entonces, aconsejar a los vulnerables? Extraigamos tres lecciones del pasaje de hoy.

En primer lugar, debemos mostrar compasión hacia los vulnerables.

Observemos la primera parte de los versículos 4 y 10 del Salmo 41: «Dije: "Oh Señor, ten misericordia de mí..."» y «Pero tú, oh Señor, ten misericordia de mí...». El creyente que ha experimentado la amorosa disciplina de Dios a causa de su propio pecado siente compasión y misericordia al ver a otro creyente pasar por la misma disciplina. Habiendo sufrido y soportado dolor a causa del pecado, puede empatizar con el sufrimiento ajeno y sentir compasión por él. David, el salmista del pasaje de hoy, reconoció su pecado contra el Señor; buscó la misericordia de Dios y suplicó la sanidad de su alma (versículo 4). ¿Realmente se apartaría Dios de una persona así? ¿Qué padre le daría la espalda a un hijo amado que admite su pecado y se arrepiente? Debemos acoger a los débiles con el amor del Señor.

En segundo lugar, debemos confiar en los débiles.

¿Cómo es esto posible? Podemos confiar en los débiles porque confiamos en Dios. En el versículo 9 del pasaje de hoy, vemos que David fue traicionado incluso por un amigo cercano en quien había confiado. ¡Qué situación tan dolorosa! En cierto sentido, se podría decir que David traicionó a Dios al pecar. Creo que lo mismo se aplica a nosotros cuando pecamos. ¿Con qué frecuencia defraudamos la confianza de Dios y le traicionamos? Sin embargo, nuestro Dios es un Dios que nos acepta y vuelve a confiar en nosotros cuando sentimos

remordimiento, nos arrepentimos y regresamos a Él. ¿Cómo es esto posible? Es porque Él ha lavado nuestros pecados con la preciosa sangre de su Hijo unigénito, Jesús. Puesto que confiamos en Dios, debemos confiar los unos en los otros.

En tercer lugar, debemos levantar a los débiles.

La Biblia... Miremos el Salmo 41:10: «Mas tú, oh Señor, ten misericordia de mí y levántame...». La disciplina amorosa que nuestro Señor administra no tiene como único fin derribarnos. A través de esta disciplina de amor, Dios derriba por completo aquellas partes de nosotros que necesitan caer, pero su objetivo final es edificarnos. Precisamente por esto podemos acudir a la misericordia de Dios. Así como el Señor promete edificar su iglesia y lleva a cabo esa obra, nosotros debemos participar en su ministerio de edificación (Mateo 16:18). Por ello, la lección que debemos extraer del pasaje de hoy es que, fortalecidos por la misericordia de Dios, debemos esforzarnos por cuidar y levantar a nuestros hermanos débiles. Esto requiere que confiemos en ellos —tal como confiamos en el Señor— y que nos aseguremos de que nuestras palabras y acciones les brinden consuelo y fortaleza. Debemos abstenernos de palabras o actos que impongan una disciplina adicional a un hermano en la fe que ya está sufriendo bajo la disciplina amorosa de Dios. ¿Cuál es, entonces, la bendición que reciben aquellos que cuidan de los débiles?

En primer lugar, es la bendición de la liberación.

Observemos la segunda parte del Salmo 41:1: «...el Señor lo librará en el día de la aflicción». Dios es quien libra, en el día de la calamidad, a quienes cuidan de los necesitados. Al ser Él quien salva a quienes socorren al necesitado, experimentaremos su gracia salvadora mientras cuidamos de los pobres y vulnerables.

En segundo lugar, la bendición que Dios otorga a quienes cuidan de los necesitados es la «bendición de protección».

Observemos la primera parte del Salmo 41:2: «El Señor lo protegerá y lo mantendrá con vida…». La Biblia nos dice que Dios protege y sustenta a quienes cuidan de los necesitados. En otras palabras, Dios vela por aquellos que atienden a los pobres y a los débiles.

En tercer lugar, la bendición que Dios otorga a quienes cuidan de los necesitados es que serán bendecidos en este mundo.

Observemos la parte central del Salmo 41:2: «…será bendecido en la tierra…». Esto significa que Dios recompensa con bendiciones, aquí mismo en la tierra, a quienes cuidan de los necesitados.

Finalmente, la cuarta bendición que Dios concede a quienes cuidan de los necesitados es la gracia de la sanidad.

Observemos el Salmo 41:3: «El Señor lo sostiene en su lecho de enfermo y lo restaura de su cama de enfermedad». El Dios sanador restaura la salud de quienes cuidan de los necesitados, sanándolos por completo cuando enferman.

Debemos mostrar compasión hacia aquellos que sufren la disciplina de Dios por haber pecado —confiando en Dios al mismo tiempo que confiamos en ellos— y ayudar a levantarlos. Jamás debemos cometer el pecado de hundirlos aún más hablando mal de ellos, tramando planes maliciosos, difundiendo calumnias o murmurando en su contra. Nunca debemos traicionarlos ni oponernos a ellos, ni causarles tal frustración y desesperación que les impida volver a levantarse. Para lograrlo, debemos mirar a Jesús, quien fue verdaderamente desvalido. Pues Jesús —el Hijo de Dios sin pecado— soportó toda forma de sufrimiento y castigo divino por parte de Dios Padre a causa de nuestros pecados. Al contemplarlo a Él, y fortalecidos por Su amor, gracia y compasión, nosotros también podemos tender la mano a los desvalidos y ministrarlos con el amor del Señor. Al

hacerlo, recibiremos las bendiciones divinas de salvación, protección y sanidad, así como la gracia que nos trae bendiciones en este mundo.

¡Pon tu esperanza en Dios!

[Salmo 42]

Existe una historia sobre una subasta organizada por Satanás. Satanás reunió a compradores para vender artículos tales como la preocupación, el miedo, el deseo, la tristeza y el orgullo. En un lado de la exhibición había un objeto con una etiqueta desgastada que decía: «No está a la venta». Cuando le preguntaron por qué ese artículo en particular no se vendía, Satanás respondió: «Tengo muchos otros artículos de sobra. Sin embargo, este artículo en particular es lo más valioso y útil que poseo. Sin él, no puedo penetrar en lo profundo del corazón de las personas para realizar mi obra. Ese artículo no es otro que el "desánimo"» (Internet). De hecho, creo que el «desánimo» —esa arma de Satanás— puede ser fatal para nuestra vida de fe. ¿Qué es el desánimo? Es un estado en el que se ha perdido el valor, la esperanza y la confianza en uno mismo (Kang Jun-min). En otras palabras, es un estado en el que el espíritu de la persona está quebrantado. El desánimo también se expresa como *nakmang* (pérdida de esperanza); esto significa literalmente que la esperanza se ha desvanecido. Otro término utilizado es *nakdam* (pérdida de ánimo o valor); esto se refiere a un estado en el que se ha perdido la audacia o la confianza en uno mismo. El desánimo se convierte en el enemigo de quienes se esfuerzan por alcanzar sus sueños, ya que fomenta una mentalidad de rendición.

Al recibir el año nuevo, pienso en mis queridos hermanos en la fe que enfrentan situaciones que fácilmente podrían conducir al desánimo, al desaliento y a la desesperación. Son incapaces de visualizar un futuro para el año nuevo; en lugar de un comienzo esperanzador, sufren diversas pruebas que engendran desesperanza y desesperación. ¿Qué debemos

hacer, entonces, ante tales adversidades? Nosotros, como creyentes, no debemos ceder ante el desánimo al enfrentar dificultades. La razón es que reconocemos y creemos en las bendiciones ocultas en esas adversidades. Entonces, ¿cuáles son las bendiciones que se encuentran en tales pruebas? El Dr. Park Yun-sun identifica cuatro de ellas:

(1) La bendición de la adversidad es que, a través de ella, recibimos una formación del carácter.

A través de la adversidad, nos volvemos cada vez más semejantes a Jesús... ...llegamos a parecernos a Su carácter. (2) Una bendición que se encuentra en la adversidad es que aprendemos a dar gracias incluso en medio de las dificultades.

Cualquiera puede dar gracias en situaciones que justifican la gratitud, aunque, por supuesto, los quejosos habituales podrían refunfuñar incluso entonces. Sin embargo, creo que nosotros, como creyentes, somos quienes podemos dar gracias incluso en circunstancias verdaderamente difíciles, donde parece imposible hacerlo. Por muy desprovista de motivos de gratitud que parezca una situación, podemos dar gracias en todo al reflexionar sobre la gracia de la salvación: un regalo recibido mediante la muerte y resurrección de Jesús en la cruz.

(3) Una bendición que se encuentra en la adversidad es que las dificultades nos llevan a aferrarnos con más fuerza a las promesas de Dios.

Podemos aferrarnos a otras cosas, pero a medida que el dolor y el sufrimiento causados por la adversidad se intensifican, terminamos soltando todo lo demás para asirnos a la Palabra prometida de Dios. En ese proceso, descubrimos que no somos nosotros quienes simplemente seguimos las promesas de Dios; más bien, son esas promesas las que nos guían a nosotros.

(4) Una bendición que se encuentra en la adversidad es que llegamos a confiar más profundamente en la omnipotencia de Dios.

En particular, al comenzar el año nuevo, el versículo de Génesis 18:14 —«¿Hay para Dios alguna cosa difícil?»—, compartido durante la oración matutina, nos inspiró a confiar en el poder todopoderoso de Dios, a anhelarlo y a aguardarlo con esperanza.

Hoy, en el Salmo 42, vemos al salmista enfrentando la adversidad. Observamos cómo superó su situación haciendo esta declaración a su propia alma: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío» (v. 5). Basándome en este pasaje, y bajo el título «¡Pon la mirada en Dios!», quisiera reflexionar sobre dos formas en que actúan aquellos que ponen su mirada en Dios y considerar cómo aplicar esto a nuestras vidas.

En primer lugar, quienes ponen su mirada en Dios no se rinden ante la desesperación; por el contrario, anhelan a Dios.

En el Salmo 42, la palabra «desesperación» (o el estado de estar «abatido») aparece tres veces (versículos 5, 6 y 11). ¿Por qué cayó el salmista en la desesperación? Fue porque enfrentaba una adversidad que naturalmente conduce al desaliento (Park Yun-sun). Esta adversidad se refiere a las dificultades que encontró mientras recibía la disciplina de Dios por sus propios pecados. Concretamente, esta aflicción tomó la forma de opresión por parte de sus enemigos (versículo 9). Dicha opresión se manifestaba mediante constantes calumnias y burlas que preguntaban: «¿Dónde está tu Dios?» (versículos 3 y 9). En consecuencia, el salmista no solo se llenó de tristeza debido a esta burla incesante (versículo 3), sino que llegó incluso a pensar que Dios lo había olvidado (versículo 9).

Nosotros también podemos caer fácilmente en la desesperación, tal como lo hizo el salmista. Cuando enfrentamos una disciplina prolongada de Dios por nuestros pecados,

podemos cansarnos mientras esperamos Su mano salvadora y, finalmente, desanimarnos. Somos particularmente propensos a la desesperación cuando esa liberación se retrasa y nos vemos sometidos a las burlas de enemigos que preguntan: «¿Dónde está tu Dios?» (versículo 3). En medio de tal desesperación, podemos incluso caer en el pecado de dudar de la existencia de Dios; es decir, llegamos a desconfiar de Él. Este es un estado verdaderamente peligroso. Por lo tanto, debemos cuidarnos de este patrón: Transgresión — disciplina de Dios — sufrimiento — desesperación — incredulidad.

¿Qué debemos hacer cuando caemos en la desesperación? La lección que nos enseña el pasaje de hoy, el Salmo 42, es «anhelar a Dios». Observemos el versículo 2 del Salmo 42: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?». Cuando el salmista estaba desesperado, anhelaba a Dios, y este anhelo encontraba su expresión en la adoración. En otras palabras, debido a que deseaba la presencia de Dios, se acercaba a Él a través de la adoración. Él describe este anhelo por Dios de la siguiente manera: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía» (v. 1). Esta sed surge cuando el salmista —al negarse a rendirse ante la desesperación y, en cambio, fijar sus ojos en Dios— toma profunda conciencia de su propia impotencia e indignidad absolutas, haciendo que su alma rebose de anhelo por Dios. Sin embargo, debemos tener presente que Dios anhela estar con nosotros aún más de lo que nosotros anhelamos estar con Él (Nouwen). Sabiendo esto, podemos —al igual que el salmista en el pasaje de hoy— proclamar a nuestra propia alma: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios» (vv. 5, 11).

En segundo lugar, quienes ponen su mirada en Dios recuerdan al Señor en lugar de quedarse anclados en el pasado.

El salmista sentía angustia al recordar el pasado. Observemos el versículo 4 del Salmo 42: «Al acordarme de estas cosas, derramo mi alma dentro de mí; porque yo iba con la multitud, y la conducía hasta la casa de Dios, entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en

fiesta». El salmista se sentía profundamente afligido al rememorar la época en que había servido como líder religioso (Park Yun-sun). En otras palabras, al encontrarse en una situación de sufrimiento en la que Dios parecía ausente, su corazón sufría aún más al recordar el pasado: aquel tiempo en que había recibido la gracia de Dios y guiado a otros hacia el Señor. Así, en medio de la desesperación que traía la adversidad, el corazón del salmista se sentía más apesadumbrado al reflexionar sobre la gracia que Dios le había mostrado anteriormente. No obstante, en ese preciso instante, recordó al Señor. Observemos el versículo 6: «Dios mío, mi alma está abatida en mí; por eso me acordaré de ti desde la tierra del Jordán, y desde los montes de Hermón, desde el monte Mizar». Cuando estamos desanimados, la sabiduría no consiste en alimentar ese desánimo, sino en tomar medidas inmediatas para contrarrestarlo (Park Yun-sun). Ese remedio consiste en recordar al Señor. En el libro de Henri Nouwen *A Person Who Reminds Us of Jesus* (Una persona que nos recuerda a Jesús), hay un pasaje que dice:

"Es probable que todos tengamos sucesos dolorosos en nuestro pasado que no deseamos recordar: recuerdos hirientes que nos esforzamos desesperadamente por olvidar. Hay recuerdos dolorosos que mantenemos profundamente enterrados, sin querer sacarlos a la superficie. Aunque estos recuerdos —que deseamos ocultar a todos— puedan parecer olvidados incluso para nosotros mismos con el paso del tiempo, llega un momento en que otro suceso doloroso desencadena su retorno. Cuando eso ocurre, intentamos una vez más reprimirlos y olvidarlos. Sin embargo, cuanto más lo intentamos, más profundas se vuelven las heridas. Creo que solo aquellos que tienen el valor de afrontar verdaderamente sus heridas y recuerdos dolorosos pueden convertirse en 'sanadores heridos'. Para lograrlo, debemos cambiar nuestro corazón". Debemos abrir a Dios nuestro corazón cerrado; esto solo puede hacerse mediante la fe. Es propio de nuestra naturaleza pecaminosa no abrir la puerta de nuestro corazón a Dios cuando no creemos en su poder sanador. "El proceso de sanación verdadera implica conectar constantemente mis recuerdos dolorosos con los recuerdos dolorosos de Jesús al evocarlos" (Nouwen).

En medio del sufrimiento, debemos recordar al Señor, específicamente conectando nuestra experiencia con el propio sufrimiento del Señor. Para ello, debemos orar con un profundo anhelo de Dios. Observemos el texto de hoy, el Salmo 42:8: «De día el Señor envía su amor, y de noche su canción me acompaña: una oración al Dios de mi vida». La razón por la que el salmista oraba al Dios de la vida, anhelándolo en medio de su sufrimiento, era su convicción de que Dios mostraría su amor misericordioso en el futuro. También confiaba en que Dios le capacitaría para ofrecer alabanza. Por eso clamó a Dios. Obedeció la enseñanza de Jesús de «orar siempre y no desmayar» (Lucas 18:1). ¿Cuál era, entonces, el contenido de su oración? (1) El salmista derramó su angustia ante Dios —lamentándose por la opresión de sus enemigos— y buscó la misericordia divina [(Salmo 42:9) «Le digo a Dios, mi Roca: "¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué debo andar afligido, oprimido por el enemigo?"»]. (2) El salmista presentó ante Dios las burlas de sus enemigos y buscó la justicia divina (versículo 10).

En nuestras vidas, hay muchas ocasiones en las que sufrimos profundamente debido a sucesos inesperados. Y cuanto más persisten ese dolor y esa angustia, mayor es la probabilidad de caer en la desesperación. Sin embargo, al igual que el salmista en el pasaje de hoy, debemos seguir adelante declarando a nuestra propia alma: «¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios, pues aún lo alabaré; ¡él es mi Salvador y mi Dios!» (versículos 5, 11). En lugar de ceder a la desesperación, debemos alabar a Dios al recibir la ayuda del Señor a través de nuestro anhelo por Él. Debemos reconocer y abrazar la gracia de Dios que se encuentra al participar en el sufrimiento del Señor: recordándolo a Él en lugar de al pasado, y uniendo constantemente nuestro propio dolor con la agonía de su cruz (Filipenses 1:29). Por tanto, oro para que no sucumbamos a la desesperación ni a la ansiedad, sino que pongamos nuestra esperanza únicamente en Dios y lo alabemos por la ayuda que Él nos brinda.

«¿Dónde está tu Dios?»

«¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, ¡Salvador mío y Dios mío!» (Salmo 42:5).

Una de las preguntas que a menudo nos hacemos los cristianos es: «¿Por qué deben sufrir los justos?». A veces nos preguntamos por qué prosperan los impíos mientras nosotros —que hemos sido justificados por la fe en Jesús— debemos soportar el sufrimiento. En medio de tales interrogantes, hay una pregunta que inquieta nuestro corazón y nos sume en la desesperación: «¿Dónde está tu Dios?». Es fácil desanimarse cuando los no creyentes que nos rodean —aquellos que no confían en Jesús— nos lanzan esta pregunta. Podemos sentirnos aún más angustiados y desalentados cuando nuestros enemigos —aquellos que nos atormentan, nos menosprecian y nos persiguen— nos arrojan esa misma pregunta.

Esta era precisamente la situación que enfrentaba el salmista en el pasaje de hoy, el Salmo 43. Estaba lleno de desesperación y ansiedad. Esto se debía a que sufría la opresión de sus adversarios y enemigos (v. 9); lo calumniaban (v. 10) y se burlaban de él todo el día, preguntándole: «¿Dónde está tu Dios?» (vv. 3, 10). Sin embargo, aun en lo más profundo de su desesperación, el salmista anhelaba a Dios (v. 2). Tenía sed de Dios con la misma intensidad con la que un ciervo busca una corriente de agua (v. 1). ¡Qué preciosa gracia de Dios es esta! Es verdaderamente un acto de la gracia divina que Él hiciera que el salmista anhelara Su presencia incluso en medio de la desesperación. Descansando en la gracia de Dios, el salmista se acordó del Señor (v. 6) y oró al Dios de su vida (v. 8). Al hacerlo, llegó a poner su esperanza en Dios; volvió su mirada hacia Él (vv. 5, 11; Sal. 43:5). En última instancia, Dios utilizó la desesperación del salmista para despertar en él un anhelo por Su

presencia y, dentro de ese anhelo, le permitió poner su esperanza en Él. Además, Dios guio al salmista, lleno de esperanza, a alabarlo por la ayuda hallada en su presencia (vv. 5, 11; 43:5). ¡Qué maravillosa es esta gracia del Dios vivo!

Nuestro Dios no es en absoluto un Dios muerto; Él es el Dios vivo. Él es Emanuel: el Dios que está con nosotros. Dios conoce y ve plenamente el sufrimiento que enfrentamos bajo el amparo de su soberanía. Aun cuando sintamos que nuestra paciencia llega al límite porque parece no haber solución para nuestro dolor, debemos protegernos de la burla de nuestros enemigos: «¿Dónde está tu Dios?». Jamás debemos permitir que esas palabras penetren en nuestro corazón y nos lleven a preguntarnos: «¿Dónde está, en realidad, mi Dios?». Hacerlo nos conduciría a la misma ansiedad y desesperación que experimentó el salmista. Sin embargo, incluso cuando caemos en la desesperación, debemos transformarla en una oportunidad para anhelar a Dios. Al igual que el salmista, debemos buscar a Dios con fervor mediante la oración en medio de nuestra desesperación. Cuando lo hacemos, Dios infunde esperanza en nuestros corazones y nos concede la certeza de su ayuda. En consecuencia, alabaremos a Dios con un corazón lleno de esperanza. Ruego que esta preciosa gracia repose sobre todos nosotros.

«Dios mío, mi alegría suprema»

[Salmo 43]

Según el pastor Charles Swindoll, hoy en día existen tres factores principales que nos roban el gozo: la preocupación, el estrés y el miedo. Aunque puedan parecer similares, existen diferencias marcadas entre ellos. En primer lugar, la preocupación es una «ansiedad irracional sobre cosas que podrían suceder». Mientras aguardamos el desenlace de los acontecimientos, la preocupación corroe nuestro gozo, tal como el ácido desgasta lentamente una superficie. En segundo lugar, el estrés es más grave que la preocupación; se refiere a una tensión intensa ante situaciones que no podemos cambiar ni modificar: cosas que escapan a nuestro control. En lugar de encomendar nuestros problemas a Dios, permitimos que nuestro corazón se agite, y esta agitación persistente intensifica el estrés. Por último, el miedo es aún más serio que la preocupación o el estrés; es una sensación aterradora de inestabilidad que se experimenta ante el peligro, la desgracia o el sufrimiento. Al igual que la preocupación y el estrés, el miedo tiende a exagerar las situaciones más allá de la realidad. La fe es la clave para liberarnos de estas fuerzas que nos roban el gozo (Swindoll).

¿Qué hay de nosotros? ¿Estamos venciendo mediante la fe a estos tres ladrones del gozo: la preocupación, el estrés y el miedo? Debemos triunfar sobre ellos depositando nuestra fe en la Palabra de Dios. En particular, aferrémonos todos a las palabras de Sofonías 3:17: «El Señor tu Dios está en medio de ti; ¡él es poderoso y salvará! Se deleitará en ti con alegría, te calmará con su amor y se regocijará por ti con cánticos». Debemos superar la preocupación, el estrés y el miedo mediante la fe en el hecho de que Dios Padre se regocija en nosotros

con un gozo inmenso. Al poner la mirada en el Dios que canta sobre nosotros con alegría y regocijo, debemos despojarnos de toda preocupación, estrés y miedo, y revestirnos del gozo que Dios otorga: el gozo que es fruto del Espíritu Santo.

En el Salmo 43:4, el salmista confiesa que Dios es «mi alegría suprema». Esta frase puede traducirse literalmente como «el Dios del gozo en quien me deleito». ¿Por qué hizo el salmista de Dios su mayor alegría? Quisiera explorar tres razones para ello que encontramos en el texto de hoy. Al hacerlo, ruego que nosotros también hagamos de Dios nuestro mayor gozo.

La primera razón por la que el salmista hizo de Dios su mayor gozo es que el Señor es su Salvador.

Observemos el Salmo 43:1: «Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa contra una nación impía; ¡líbrame del hombre engañador e injusto!». Hechos 12:1–19 relata la historia de cómo el Señor libró de la cárcel al apóstol Pedro. Por más segura que fuera la custodia que el rey Herodes había dispuesto para Pedro, todas las cadenas, los soldados, los muros de la prisión y las puertas de hierro resultaron inútiles frente al poder salvador del Señor. El Señor libró a Pedro de «todas las expectativas» del rey Herodes y de los judíos incrédulos (Hechos 12:11). Él escuchó y respondió a las oraciones de la iglesia, salvando así a Pedro. Aun si las oraciones fervientes, persistentes y unidas de la iglesia no llegaban a ser oraciones o expectativas de fe perfecta, el Señor cumplió su voluntad soberana al salvar a Pedro. ¿De qué podemos jactarnos, entonces, tras experimentar la gracia salvadora de Dios? ¿Podemos verdaderamente atribuirnos el mérito ante Dios por nuestras oraciones? ¿Existe algún mérito que podamos reclamar respecto a la obra soberana de salvación de Dios? Por tanto, como quienes experimentamos hoy esta gracia salvadora, nos unimos al coro del himno 474: «Es la gracia salvadora del Señor Jesús; ¡qué gozo y deleite tan verdaderos! Disfrutaré de esa gracia para siempre y descansaré en paz». En efecto, como sugiere la letra, este mundo está lleno de preocupaciones, adversidades y pecado; al vivir en medio de esto,

no es fácil hallar la paz verdadera y, a menudo, parece no haber descanso. Sin embargo, aun viviendo en un mundo plagado de peligros mortales, podemos descansar en paz gracias a la gracia salvadora del Señor Jesús. Por eso podemos regocijarnos y alegrarnos en el Dios de nuestra salvación.

El salmista, en el pasaje de hoy, presenta una queja ante Dios mediante la oración. El versículo 1 describe el objeto de la queja utilizando dos frases: la primera es «una nación impía». Este término denota una «nación despiadada»; Según Juan Calvino, esto parece referirse a Saúl y a su régimen, que persiguió a David impulsado por una incredulidad propia de los paganos (Park Yun-sun). La segunda expresión es «hombres engañadores e injustos». El salmista presenta una queja ante el Dios justo respecto a estos hombres engañadores e injustos —individuos malvados que desafían toda lógica— y le suplica que lo libre de ellos.

La razón por la que nos regocijamos —y nos volvemos a regocijar— en el Señor Jesucristo es que Él es nuestro Salvador. Mediante su muerte en la cruz y su resurrección, salvó a personas como nosotros, que en otro tiempo fuimos impíos, engañadores e injustos. Así, poseemos el gozo de esta salvación. El Señor de nuestra salvación es el Dios que escucha y responde a nuestras oraciones, otorgándonos la gracia de la liberación incluso en medio de las adversidades y dificultades inesperadas de nuestra vida cotidiana. En consecuencia, experimentamos un gozo duradero en la salvación. El Dios que nos libra continúa manifestando su justicia —tanto hoy como mañana— rescatándonos de este mundo malvado. Por tanto, podemos regocijarnos, y volver a regocijarnos, en el Dios de nuestra salvación.

La segunda razón por la que el salmista hizo de Dios su gozo supremo es que el Señor es su fortaleza. Observemos el Salmo 43:2: «Tú eres Dios, mi fortaleza. ¿Por qué me has desechado? ¿Por qué he de andar afligido por la opresión del enemigo?». El salmista ora a Dios expresando sus sentimientos sinceros de abandono en medio del sufrimiento y la tristeza causados por la opresión y la persecución de los impíos y los incrédulos. En los

clamores repetidos de «¿Por qué?... ¿por qué?...», podemos percibir el fervor del salmista. Parece natural preguntar a Dios «¿Por qué?» cuando nos enfrentamos a un sufrimiento extremo. Nosotros también podríamos preguntar «¿Por qué?» cuando —en medio del dolor y la tristeza provocados por la opresión de un enemigo— sentimos que Dios nos ha desamparado. Sin embargo, el clamor de «¿Por qué?» del salmista en el pasaje de hoy no nace del tipo de resentimiento que podríamos imaginar; más bien, surge de una convicción semejante a la de haber recibido ya la respuesta de Dios (Park Yun-sun). Podemos percibir esto al observar la palabra traducida como «fortaleza». Si bien la Biblia coreana utiliza la palabra para «fortaleza» (al igual que las versiones en inglés), el término hebreo original *ma'oz* significa en realidad «refugio» o «baluarte» (Park Yun-sun). Al confiar en el Señor como su refugio, el salmista clamaba: «¿Por qué me has rechazado? ¿Por qué he de andar afligido a causa de la opresión del enemigo?» (versículo 2). Aunque sentía una profunda tristeza y un dolor tal que se creía abandonado por Dios, sabía que Él era su refugio; por ello, al acudir a Él, halló la fortaleza que necesitaba.

Al igual que el salmista, hay momentos en los que nosotros también preguntamos: «¿Cómo es posible?» o, simplemente: «¿Por qué?». Especialmente cuando sufrimos adversidades y sentimos que el dolor es insoportable, podemos buscar refugio en el abrazo del Señor y elevar oraciones que plantean esa misma pregunta: «¿Por qué?». Cuando el salmista sufría a manos de personas engañosas e injustas, su alma se llenaba de desesperación y ansiedad (versículo 5). Sin embargo, al volver su mirada hacia Dios, se sentía reconfortado y fortalecido por el poder que Él le otorgaba. Esto nos recuerda las palabras del Salmo 18:1, sobre las cuales hemos meditado anteriormente: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía». En nuestro camino de fe —al reconocer nuestra propia e absoluta impotencia—, confiamos en el Señor, quien es nuestra Roca, nuestra Fortaleza, nuestro Refugio y nuestro Baluarte; al hacerlo, cobramos nuevas fuerzas y nos levantamos como creyentes que se elevan por el cielo abierto cual águilas. Por eso el salmista se regocijaba en el Señor; se regocijaba una y otra vez.

Por último, la tercera razón por la que el salmista hacía de Dios su gozo supremo es que el Señor era su Guía.

Consideremos el Salmo 43:3: «¡Oh, envía tu luz y tu verdad! Que ellas me guíen; que me lleven a tu monte santo y a tu tabernáculo». Aun cuando el salmista estaba lleno de desesperación y ansiedad debido a las acciones engañosas e injustas de sus enemigos, buscaba la guía de la luz del Señor en medio de la oscuridad de su corazón. ¿Es esto realmente posible? Al atravesar el túnel del sufrimiento, a veces sentimos que la oscuridad no tiene fin; en nuestra desesperación y ansiedad, podemos vernos tentados a rendirnos. Lo aterrador es que, al acostumbrarnos a la oscuridad, perdemos la capacidad de ver la luz. Sin la gracia de Dios, perdemos incluso la fuerza —o la fe— para buscar la luz en medio de esa oscuridad. Solo cuando Dios nos concede su gracia podemos contemplar al Señor —que es la Luz— en medio de esa oscuridad absoluta, seguir su guía y salir de ella. ¿Cuál es, entonces, el significado de ser guiados por «tu verdad», tal como se menciona aquí? Esta verdad se refiere a la fidelidad con la que Dios cumple su promesa de proteger infaliblemente a sus santos (Park Yun-sun). En otras palabras, el salmista anhelaba la guía del Señor —quien es la Luz— mientras atravesaba el oscuro túnel del sufrimiento; específicamente, anhelaba esa guía apoyándose en la fidelidad del Señor. Suplicó al Señor, que es a la vez Luz y Verdad, que lo condujera a su monte santo y a su morada (versículo 3). Así, deseaba permanecer en la presencia del Señor. Vienen a la mente las palabras de Jonás 2:4: "Dije: 'He sido echado de tu presencia; mas aún miraré hacia tu santo templo'". Jonás, quien había terminado dentro del pez en lo "profundo del mar" (versículo 3) debido a su desobediencia al mandato de Dios, finalmente halló la salvación al mirar una vez más hacia el templo del Señor. En consecuencia, confesó: "La salvación es del Señor" (versículo 9). Ese Dios de salvación se convierte en nuestro refugio y nos otorga nuevas fuerzas, guiándonos incluso hoy a seguir adelante hacia la Tierra Prometida: aquel lugar en lo alto. Dios de gozo supremo que se regocija sobre nosotros con cánticos —el Dios en quien hallamos motivo para alegrarnos una y otra vez—; gracias a Él, no cedemos ante la desesperación ni la ansiedad. Por el contrario, anhelamos a Dios. Al hacerlo, poseemos

esperanza: la esperanza de la salvación. Por tanto, debemos regocijarnos, y regocijarnos continuamente, en Dios, quien es nuestra salvación, nuestra fortaleza (nuestro refugio) y nuestro guía.

Desaliento y ansiedad

«¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios, pues todavía lo alabaré; ¡él es mi Salvador y mi Dios!» (Salmo 43:5).

Existen muchas razones por las que una persona puede sentirse desalentada y ansiosa. Una de ellas es el abandono por parte de un ser querido. Por ejemplo, sentimos desaliento y ansiedad cuando percibimos que hemos sido abandonados por nuestro amado esposo o esposa. Lo mismo ocurre con los hijos: si se sienten abandonados por sus amados padres, inevitablemente caen en el desaliento —o incluso en la desesperación— y experimentan una profunda ansiedad. Pero ¿qué sucede cuando nosotros, como cristianos, sentimos que hemos sido abandonados por Dios Padre?

En el Salmo 43, la razón por la que el salmista se sentía desalentado y ansioso era precisamente porque se sentía abandonado por Dios. Por eso clamó: «Tú eres Dios, mi fortaleza. ¿Por qué me has rechazado?» (versículo 2). El salmista sufría a manos de gente «engañosa y malvada» (versículo 1) y estaba consumido por la tristeza debido a la opresión de sus enemigos (versículo 2). En medio de tal sufrimiento y tristeza, se sentía desalentado y ansioso porque creía que el Señor —su fuente de fortaleza— no lo estaba rescatando. Se sentía abandonado por Dios porque Su liberación parecía demorarse. En consecuencia, el salmista, en su desaliento y ansiedad, suplicó a Dios: «Envía tu luz y tu fidelidad; que ellas me guíen y me lleven a tu monte santo, al lugar donde habitas» (versículo 3). Aun sintiéndose desalentado y ansioso debido a las acciones engañosas e injustas de sus enemigos —y en medio de la oscuridad de su corazón—, el salmista buscó la luz del Señor para ser guiado.

Deseaba ser conducido por el Señor hacia el Dios de su alegría suprema (v. 4) y anhelaba alabar a ese Dios de inmensa alegría.

Nos sentimos desalentados y ansiosos cuando percibimos que Dios nos ha abandonado. Nos sentimos desalentados y ansiosos cuando la liberación de Dios se demora en medio del sufrimiento y la adversidad. Somos especialmente propensos a la desesperación y a la turbación interior cuando parece que el Dios que es «mi fortaleza» (v. 2) no nos rescata de la opresión (v. 2) de enemigos impíos, engañadores e injustos (v. 1). En tales momentos, debemos hablar a nuestra alma tal como lo hizo el salmista: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios…» (v. 5). Debemos decirles a nuestras almas abatidas y ansiosas que «esperen en Dios». Debemos clamar. Debemos exhortar a nuestra propia alma a dejar de estar abatida y ansiosa y, en cambio, poner la mirada en Dios. Debemos fijar los ojos en el Dios que nos ayuda. Al hacerlo, en lugar de sucumbir al abatimiento y a la ansiedad, nos encontraremos alabando a Dios.

Lo que el Señor hizo en tiempos antiguos

[Salmo 44:1–8]

Se dice que en el Museo de Israel en Tel Aviv —la capital administrativa de Israel— hay tres líneas de texto inscritas en la pared, dentro del edificio blanco. Estas tres líneas dicen: "Recuerda el pasado, vive el presente y confía en el futuro". Estas palabras traen a la mente al salmista. Al meditar en los Salmos, a menudo observo al salmista mirando hacia atrás y recordando el pasado en medio del sufrimiento y la adversidad presentes, mientras expresa simultáneamente confianza para alabar a Dios por el futuro.

En el pasaje de hoy, específicamente en el Salmo 44:1, vemos al salmista recordando el pasado: "Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído —nuestros antepasados nos han contado— lo que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos". Él rememora las obras que el Señor realizó para sus antepasados en el pasado, reconociendo que ha oído hablar de ellas de primera mano. Las obras que el Señor realizó en aquellos "tiempos antiguos" fueron, de hecho, actos de liberación milagrosa. Deuteronomio 5:15 se hace eco de este sentimiento: "Acuérdate de que fuiste esclavo en la tierra de Egipto y de que el SEÑOR tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido...". En el Salmo 44, el salmista —al igual que en el pasaje de Deuteronomio— recuerda la historia de liberación que ocurrió en los días de sus antepasados; específicamente, no se refiere únicamente al Éxodo de Egipto, sino al acontecimiento de la entrada en la Tierra Prometida de Canaán. Hoy, centrándome en el pasaje del Salmo 44:1–8 y en el título "Lo que el Señor hizo en tiempos antiguos", quisiera reflexionar sobre tres aspectos de la asombrosa salvación que el Señor llevó a cabo

en el pasado. Oro para que, a través de esto, podamos recibir la gracia que Dios desea otorgarnos.

El primer punto sobre el que deseo reflexionar es: "¿Cómo llevó a cabo el Señor esta asombrosa obra de salvación?"

Al salvar al pueblo de Israel en la época del Éxodo, Dios realizó su obra de salvación expulsando a las tribus cananeas, estableciendo a los israelitas en la tierra de Canaán y haciéndolos prosperar. Observemos el Salmo 44:2 en el texto de hoy: «Con tu mano expulsaste a las naciones y plantaste a nuestros antepasados; afligiste a los pueblos e hiciste florecer a nuestros antepasados». Este pasaje hace referencia a cómo, bajo el liderazgo de Josué, el Señor permitió a los israelitas conquistar a las tribus cananeas y tomar posesión de la tierra de Canaán. Un aspecto interesante aquí es la metáfora que compara el establecimiento de la nación de Israel con la plantación de un árbol. El salmista asemeja al Señor con un agricultor y a los israelitas con un árbol plantado; tal como se cuida esmeradamente un árbol para que florezca, Dios nutrió personalmente al pueblo de Israel e hizo que prosperara. Para plantar el árbol de Israel, Dios arrancó la «maleza» —las tribus cananeas que habían crecido en aquella buena tierra que fluía leche y miel— y plantó el árbol de Israel en su lugar. Durante este proceso, Él cuidó del árbol para que creciera frondoso y diera fruto abundante, haciéndolo florecer. Esto constituye un cumplimiento de las palabras de 2 Samuel 7:10: «Dispondré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré, para que habite en su propio sitio y no se mueva más; ni los hijos de iniquidad volverán a oprimirlos, como lo hicieron anteriormente». Esta imagen nos recuerda la parábola de la vid que Jesús relata en Juan 15. Jesús es la vid verdadera y Dios Padre es el «viñador» (v. 1); así como nosotros, los pámpanos, nada podemos hacer separados del Señor (v. 5), el pueblo de Israel en tiempos del Éxodo nada podía hacer separado del Señor, quien lo plantó e hizo prosperar.

Al llevar a cabo nuestra salvación, Dios es quien nos arranca y nos planta. En particular, Él es el Dios que arranca la «raíz de amargura» de nuestro interior. Consideremos Hebreos 12:15: «Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; no sea que brotando alguna raíz de amargura, cause problemas y por ella muchos sean contaminados». La raíz de amargura —comparada con una «planta venenosa» (Deuteronomio 29:18) que aún persiste en nosotros— busca destruir nuestras almas alejándonos de Dios y llevándonos a pecados como la idolatría. Isaías 5:2 revela cómo a menudo no alcanzamos las expectativas de Dios: «La cavó, la limpió de piedras y la plantó con las mejores vides. Construyó una torre de vigilancia en ella y también labró un lagar. Luego esperó una cosecha de buenas uvas, pero solo produjo frutos malos». Dios, quien arranca esta raíz de amargura, desea que echemos raíces en Jesucristo y seamos edificados en Él. Consideremos Colosenses 2:6-7: «Por tanto, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, sigan viviendo sus vidas en él, arraigados y edificados en él, fortalecidos en la fe tal como se les enseñó, y rebosantes de gratitud».

El segundo punto de reflexión es: «¿Por qué realizó el Señor una obra de salvación tan maravillosa?».

La razón por la que el Señor llevó a cabo esta asombrosa obra de salvación para el pueblo de Israel fue, sencillamente, porque se deleitaba en ellos. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 44:3: «No fue por su espada que conquistaron la tierra, ni su brazo les dio la victoria; fue tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro, porque los amabas». Cuando el Señor permitió a los israelitas conquistar la tierra de Canaán, quedó claro que su victoria no se logró en absoluto mediante sus propias fuerzas («brazo») ni sus armas y ejércitos («espada»). Su capacidad para conquistar Canaán se debió enteramente al poder de Dios (versículo 3). ¿Por qué usó Dios su poder para luchar a favor del pueblo de Israel, destruir a los cananeos, conceder la victoria a Israel y permitirles conquistar la tierra de Canaán? La razón es que el Señor se deleitaba en el pueblo de Israel.

Isaías 5:7 se refiere al pueblo de Israel como «la planta de su deleite». Dios los salvó porque se deleitaba en ellos. Dios otorgó una gracia tan especial a Israel no porque fueran justos; Más bien, fue únicamente porque, según Su beneplácito, Él les tuvo un favor incondicional (Park Yun-sun). Observemos Deuteronomio 7:7–8: «El Señor no puso su afecto en ustedes ni los eligió porque fueran más numerosos que otros pueblos, pues eran el menor de todos los pueblos. Pero fue porque el Señor los amó y cumplió el juramento que hizo a sus antepasados que los sacó con mano poderosa y los redimió de la tierra de esclavitud, del poder del Faraón, rey de Egipto».

El tercer y último punto de reflexión es: «¿Cómo actúa aquel que recuerda la asombrosa historia de la liberación pasada?».

Quien recuerda la asombrosa historia de la liberación pasada —como el salmista— responde de tres maneras:

(1) Oró al Señor. Observemos el texto de hoy, el Salmo 44:4: «Oh Dios, Tú eres mi Rey; ordena la salvación para Jacob». Al confesar que solo el Señor era su Rey, el salmista le suplicó que concediera la salvación a Israel. Pidió la liberación de Israel mientras recordaba cómo Dios había otorgado la gracia de la salvación durante el Éxodo en el pasado. Al igual que el salmista, nosotros también debemos buscar la gracia de la salvación con fe, confiados en que el Dios que nos salvó en el pasado es capaz de salvarnos hoy.

(2) Dependió del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 44:5: «Por medio de Ti derribaremos a nuestros enemigos; en Tu nombre hollaremos a los que se levantan contra nosotros». Al reflexionar sobre la historia de liberación de Israel mediante la dependencia del Señor, el salmista confiaba en Dios incluso en medio de la adversidad y el sufrimiento presentes. Dependía de Dios porque estaba seguro de que solo el Señor podía salvar al pueblo de Israel. Por tanto,

no dependía de sí mismo (versículo 6). ¡Qué fe tan preciosa! Una fe que no depende de uno mismo; una fe que reconoce que ni el propio arco ni la espada pueden traer la salvación... No dependía de su propia fuerza. ¿Por qué? Las palabras del Salmo 44:7 dan la respuesta: «Pero Tú nos has salvado de nuestros enemigos y has avergonzado a los que nos odiaban». (3) Se gloría en el Señor durante todo el día. Observemos el texto de hoy, el Salmo 44:8: «En Dios nos hemos gloriado todo el día, y daremos gracias a tu nombre para siempre». Con la humildad de reconocer que no podía confiar en sí mismo como ser humano (v. 6), el salmista alababa a Dios y le daba gracias, manteniendo una fe que situaba a Dios por encima de todo lo demás (Park Yun-sun).

Mientras meditaba en "las obras que el Señor realizó hace mucho tiempo", vino a mi mente la canción góspel "Long, Long Ago" (Hace mucho, mucho tiempo): "Hace mucho, mucho tiempo, en el cielo, había un plan para ti. Dios te miró y dijo: 'Es bueno'. Más precioso que cualquier cosa en este mundo, te creé con Mis propias manos. Me regocijo en ti; te amo. Te amo; te bendigo. Ofrecemos nuestro amor a tu corazón". Entonces pensé en mi querido hermano Yoo Ho-sung, en la hermana Seong Nam-sin y en el regalo que Dios les dio: el pequeño Ji-seong. Miré al pequeño Ji-seong, quien actualmente padece leucemia mieloide aguda, mientras recordaba a mi propio primogénito, Ju-young. Al reflexionar sobre el Dios que llevó a cabo la obra de salvación en mi pasado —recordando aquellos momentos en que el Señor recibió gloria a través de Ju-young, cuyo nombre significa "Gloria del Señor"—, pensé en el precioso pequeño Ji-seong. Al hacerlo, apliqué la letra de esa canción a Ji-seong:

"Hace mucho, mucho tiempo —incluso antes de que Ji-seong naciera—, Dios tenía un plan para él. Dios miró a Ji-seong y dijo: 'Es bueno'. Más precioso que cualquier cosa en este mundo, Dios creó a Ji-seong con Sus propias manos. Y Dios se regocija en Ji-seong. Dios ama a Ji-seong. Por tanto, declaro a Ji-seong: Te amo, Ji-seong. Te bendigo, Ji-seong". "Ofrecemos nuestro amor a tu corazón".

Así como Dios realizó la obra de salvación para mi primogénito, Ju-young, en el pasado, oro fervientemente para que Él también lleve a cabo la obra de salvación para mi amado Ji-seong conforme a Su voluntad, y reciba toda la gloria para Sí mismo.

«Aunque todo esto nos ha sobrevenido»

[Salmo 44:9-26]

Hay personas a nuestro alrededor que, tras fijarse nuevas metas y esforzarse por alcanzarlas con la sensación de un nuevo comienzo, se encuentran luchando en medio de adversidades inesperadas. ¿Qué debemos hacer en tales momentos? Quizás podamos aprender de las tradiciones de los nativos americanos. Se dice que ellos llaman a enero el «Mes de la Morada Interior Profunda». No ven enero simplemente como una época de nuevos comienzos, sino como un mes para aquietar el corazón. En medio de dificultades y adversidades imprevistas, necesitamos permanecer en calma ante Dios. En Austria, existe una competición que consiste en cruzar a nado el río Danubio. La parte más peligrosa de la carrera es la zona de remolinos en el centro del río; muchos nadadores abandonan la prueba justo en ese punto. Se dice que incluso los nadadores más hábiles quedan indefensos ante el remolino: cuanto más luchan y mueven el cuerpo, más profundamente son arrastrados hacia el fondo, hasta que finalmente se agotan y se rinden. Sin embargo, los nadadores experimentados logran superar los remolinos con éxito. El secreto es sencillo: los profesionales se entregan brevemente a la corriente del remolino. Las poderosas aguas arrastran al nadador hacia abajo por completo antes de devolverlo a la superficie. Permanecer quieto por un instante es la clave para superar el remolino. Nosotros también nos encontraremos con los remolinos de la vida este año, y es posible que algunos de ustedes ya los hayan enfrentado. En esos momentos, confiémonos plenamente a Dios; Él nos devolverá al lugar que nos corresponde en la vida. En el libro de Daniel, del Antiguo Testamento, encontramos a los tres amigos de Daniel —Sadrac, Mesac y Abed-nego— enfrentándose a una crisis tumultuosa en sus vidas. Al negarse a postrarse ante la estatua

de oro erigida por el rey Nabucodonosor de Babilonia, fueron arrojados a un horno ardiente. Aun enfrentando esta dura prueba, tenían la certeza de que Dios podía librarlos. No obstante, declararon con valentía ante el rey: «Y si no lo hace... no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has levantado» (Daniel 3:18). ¡Qué hermosa expresión de fe! Tras haber confiado plenamente sus vidas al Dios que gobierna soberanamente la vida, la muerte y el destino, Sadrac, Mesac y Abed-nego fueron efectivamente librados de la tormenta de sus vidas.

En el Salmo 44:9–26, vemos que el salmista también afronta una crisis que transforma su vida, al igual que los tres amigos de Daniel. En medio de esta tribulación, observamos que el salmista poseía una fe preciosa, semejante a la de ellos: «Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti, ni hemos faltado a tu pacto» (Salmo 44:17). Al centrarme hoy en este pasaje, oro fervientemente para que, al recibir la gracia que Dios tiene preparada para cada uno de nosotros, lleguemos a ser personas que —aun al enfrentarse a las tormentas de la vida— no olviden al Señor y permanezcan fieles a su pacto. Lo primero que quisiera considerar es «todas estas cosas».

Por favor, observemos el Salmo 44:17: «Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti, ni hemos faltado a tu pacto». ¿Qué eran exactamente «todas estas cosas» que sobrevinieron al salmista y a su pueblo, Israel? En una palabra: «aflicción». Y la Biblia afirma que la causa de esta aflicción era que el Señor había abandonado al salmista y a Su pueblo, Israel: «Pero ahora nos has desechado y nos has avergonzado...» (versículo 9). Aquí, la expresión «desechado» se refiere a ser rechazado por odio (Calvino). En otras palabras, el salmista creía que él y el pueblo de Israel sufrían porque el Señor los había odiado y dejado de lado. Pero ¿es esto realmente cierto? ¿Es Dios verdaderamente un Dios que odia al pueblo de Israel? La razón por la que Dios otorgó la gracia de la salvación a los israelitas mientras conquistaban la tierra de Canaán durante el Éxodo fue que «te complaciste en ellos» (versículo 3). ¿Por qué, entonces, ese mismo Dios habría de odiar ahora al salmista y al pueblo de Israel? ¿Y cómo podría Dios rechazarlos y desecharlos? Estas palabras

simplemente reflejan los propios sentimientos del salmista en medio de un sufrimiento extremo.

A partir del versículo 9 del Salmo 44, el salmista lamenta el sufrimiento personal y la tribulación nacional que enfrentan en ese momento. En particular, lamenta su incapacidad para comprender por qué Dios ha desechado a los israelitas, atribuyendo esta tribulación al odio y al rechazo del Señor hacia ellos (Park Yun-sun). Se aflige por el hecho de que, aunque Dios alguna vez se complació en los israelitas y los salvó con Su poder, ahora los ha abandonado. Existen específicamente dos razones por las que el salmista creía que Dios había desechado al pueblo de Israel:

(1) La derrota en la guerra.

Observemos el versículo 10 del Salmo 44: «Nos haces retroceder ante el enemigo, y los que nos odian…» «…saquean para sí». El pueblo de Israel retrocedió derrotado tras luchar contra sus enemigos y, como consecuencia, fue saqueado. ¿Cuál fue la causa de esto? Observemos la segunda mitad del versículo 9: «…no sales con nuestros ejércitos». En otras palabras, la victoria en la guerra depende de la presencia de Dios; dado que Dios no salió con el pueblo de Israel, la derrota era inevitable.

(2) Se debe a la opresión sufrida por la nación conquistada de Israel.

Al examinar el pasaje de hoy, el Salmo 44:11–16, podemos identificar tres aspectos de la opresión que padeció el pueblo de Israel: (a) parte del pueblo fue masacrado como ovejas destinadas al matadero (versículo 11) (Park Yun-sun); (b) tras perder la guerra, el pueblo fue hecho cautivo por sus enemigos —tratado como algo sin valor— y llevado a tierras extranjeras (desde la segunda mitad del versículo 11 hasta el versículo 12) (Park Yun-sun); y (c) durante el cautiverio, el pueblo de Israel fue objeto de calumnias y humillaciones por parte de sus enemigos. Observemos el Salmo 44:13–16: «Nos haces objeto de oprobio para

nuestros vecinos, blanco de burlas y escarnio para quienes nos rodean. Nos conviertes en objeto de proverbios entre las naciones, en hazmerreír de los pueblos. Mi deshonra está ante mí todo el día y la vergüenza cubre mi rostro, ante la voz del que me insulta y vitupera, ante el enemigo y el vengador». Es inevitable; una nación derrotada está condenada a sufrir el maltrato y el desprecio del vencedor (Park Yun-sun). El pueblo de Israel perdió la guerra, fue llevado cautivo a una tierra extranjera y soportó toda clase de calumnias y humillaciones.

El segundo punto que quisiera considerar es este: dado que todos estos sucesos le ocurrieron al pueblo de Israel, ¿cómo reaccionó este?

En el Salmo 44:17, el salmista afirma que el pueblo de Israel no se olvidó del Señor. Además, testifica que ni él ni el pueblo de Israel quebrantaron el pacto del Señor. ¡Qué fe tan preciosa es esta! A pesar de enfrentarse a toda clase de calumnias, humillaciones y sufrimientos, el salmista y el pueblo de Israel no olvidaron al Señor, ni rompieron la promesa —el pacto— que habían hecho con Él. El Dr. Park Yun-sun señaló: «Es preciosa la fe que permanece firme a pesar de todo sufrimiento. Los creyentes débiles, al enfrentarse a la persecución, pueden ceder ante la injusticia y pecar en un intento por evitar el sufrimiento. Sin embargo, los fieles permanecen firmes e inquebrantables incluso en tales momentos» (Park Yun-sun).

En concreto, ¿cómo se manifiesta que el salmista y el pueblo de Israel no olvidaron al Señor ni quebrantaron su pacto en medio de todas sus tribulaciones? Podemos identificar tres aspectos:

(1) El salmista y el pueblo de Israel no se desviaron de la verdad del Señor.

Observemos el Salmo 44:18, el texto de hoy: «Nuestro corazón no se ha vuelto atrás, ni nuestros pasos se han apartado de tu camino». La razón por la que el salmista y el pueblo de Israel no se apartaron de la senda del Señor —incluso en medio de todo sufrimiento y tribulación— fue que sus corazones no se habían alejado de Él. Por el contrario, disfrutaban

de una rica vida espiritual en medio de sus tribulaciones. El Dr. Park Yun-sun observó: «Aunque quienes viven en circunstancias cómodas pueden parecer felices, su vida espiritual tiende a volverse descuidada» (Park Yun-sun). Sin embargo, el salmista y el pueblo de Israel mantuvieron una vida espiritualmente abundante aun en medio del sufrimiento. Él habla de la pureza de su devoción y de la integridad de su fe ante Dios, preguntando: «Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios o extendido nuestras manos hacia un dios extraño, ¿no lo habría descubierto Dios? Pues Él conoce los secretos del corazón» (versículos 20-21). Él confesó la pureza de su piedad ante el Dios que conoce lo más profundo del corazón. (2) El salmista y el pueblo de Israel compartieron el sufrimiento del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 44:22: «Por causa tuya somos muertos todo el día; somos considerados como ovejas para el matadero». El salmista y el pueblo de Israel sufrían injustamente a manos de sus perseguidores, y lo hacían «por causa del Señor». Si hubieran olvidado a Dios, habrían quebrantado el pacto, se habrían apartado de la verdad del Señor y habrían evitado sufrir por causa de Él. En cambio, fueron tratados como ovejas destinadas al matadero por causa del Señor. En Filipenses 3:10, el apóstol Pablo también habla de asemejarse a la muerte de Jesús para conocer la «comunión de sus padecimientos». ¿Cuál es la razón de esto? Se debe a que el apóstol Pablo comprendía que participar en el sufrimiento del Señor era una gracia de Dios (1:29). Del mismo modo, el salmista y el pueblo de Israel en el pasaje de hoy —el Salmo 44— no olvidaron al Señor a pesar del sufrimiento que les había sobrevenido; por el contrario, compartieron el sufrimiento del Señor.

(3) El salmista y el pueblo de Israel no olvidaron al Señor; más bien, clamaron a Él.

Observemos los versículos 23 y 24 del Salmo 44: «¡Despierta, oh Señor! ¿Por qué duermes? ¡Levántate! No nos deseches para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro y olvidas nuestra aflicción y nuestra opresión?». A primera vista, esta oración podría dar la impresión de que el Señor está dormido o de que el salmista se está quejando ante Dios. Sin embargo, se trata

en realidad de una oración de ferviente súplica, elevada mientras se soporta el sufrimiento con paciencia. En particular, el salmista declara que no ha olvidado al Señor aun en medio de este sufrimiento, y ruega encarecidamente a Dios que no olvide la aflicción y la opresión que él y el pueblo de Israel están padeciendo. Él describe su difícil situación diciendo: «Nuestra alma está postrada hasta el polvo; nuestro cuerpo está pegado al suelo» (v. 25); sin embargo, en medio de esto, clama a Dios: «¡Levántate para ayudarnos y redímenos por tu misericordia!» (v. 26).

A nuestro alrededor hay hermanos y hermanas que luchan y sufren en medio de los trastornos inesperados de la vida. Mi esperanza es que, tal como nos dice hoy la Palabra, aun cuando enfrentemos toda clase de sufrimientos y adversidades, no olvidemos al Señor, al igual que hicieron el salmista y el pueblo de Israel. No debemos quebrantar el pacto del Señor. No debemos apartarnos de la verdad del Señor —su Palabra—, sino más bien abrazar la gracia de participar en los sufrimientos del Señor. Al hacerlo, ruego que todos podamos confiar en la misericordia amorosa del Señor y buscar fervientemente su salvación.

Una lengua como pluma de escribiente veloz

[Salmo 45]

«¿Cuál es la parte del cuerpo humano más difícil de controlar? Es la lengua: ese pequeño miembro de apenas tres pulgadas. Dios dispuso dos barreras naturales para ayudarnos a controlar la lengua: los dientes y los labios. Cuando palabras dañinas o malvadas están a punto de escapar, uno debe morderse la lengua con los dientes. Además, si la lengua logra traspasar la barrera de los dientes, es preciso sellar bien los labios para impedir que las palabras salgan. A pesar de estas salvaguardas, los seres humanos pueden pecar fácilmente por medio de esta pequeña lengua. Los cristianos deben usar sus labios para edificar a los demás y proclamar esperanza. Si un cristiano pronuncia palabras cargadas de veneno, cierra la puerta a la evangelización. Debemos examinarnos a la luz de la Palabra de Dios y, mediante la oración constante, purgar la maldad que acecha en nuestras lenguas. Esa es la virtud que el creyente debe cultivar» (Internet). Así lo declaró el profeta Isaías: «Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que escuche como los sabios» (Isaías 50:4).

En el pasaje de hoy, el autor del Salmo 45 describe su lengua como «pluma de escribiente veloz» y afirma haber compuesto un poema sobre el Rey, inspirado por el «buen tema» que rebosaba de su corazón (versículo 1). En otras palabras, cautivado por la magnífica presencia del rey, el salmista emplea sus labios preparados de manera extraordinaria para expresar una confesión acerca del monarca. Al reflexionar sobre esto a través de tres puntos clave, deseo también considerar cuál debería ser nuestra propia actitud hacia el Rey.

La primera confesión del salmista es: «El Rey es más hermoso que los hijos de los hombres».

Observemos el Salmo 45:2: «Eres más hermoso que los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre». Aquí, el salmista —valiéndose de una lengua que actúa como la pluma de un escribiente veloz— alaba al rey describiéndolo como alguien más hermoso que los hijos de los hombres. Este pasaje significa que su virtud trasciende su apariencia física (Park Yun-sun). El salmista señala que este rey, cuya virtud supera su apariencia, tiene "gracia derramada en sus labios" (versículo 2). Esto se refiere a las palabras sabias y de gobierno del rey, indicando que gobierna a su pueblo con rectitud mediante su sabiduría y discernimiento (Park Yun-sun).

Recuerdo la primera estrofa y el coro del himno 87: "El manto que viste mi Señor es verdaderamente hermoso; su fragancia impregna mi corazón y se convierte en mi gozo. Al dejar aquella ciudad celestial —más radiante que Sion—, vino a este mundo humilde; verdaderamente, Él es mi Salvador". Al cantar este himno, me pregunto: "¿Cómo debo revelar la belleza de Jesús con mis propios labios?". Al hacerlo, recuerdo el concepto de una "vida de descenso" (*downwardly mobile life*) que se encuentra en el libro de Henri Nouwen, *Compasión*. Nuestros instintos nos impulsan a buscar una vida de "ascenso social", por lo que la idea de vivir una vida de "descenso" —tal como lo hizo Jesús— nos resulta profundamente incómoda. Mientras todos los demás luchan desesperadamente por asegurarse una vida mejor, un salario más alto o un puesto prestigioso, nosotros tenemos la responsabilidad de replicar la vida de descenso de Jesús aquí en la tierra. Tenemos el deber de revelar la belleza de Jesús en lugares humildes y poco atractivos. Henri Nouwen se refirió a la compasión de Dios de esta manera:

"La compasión no es simplemente sentir lástima por aquellos que no han logrado alcanzar una vida de ascenso social. Por el contrario, la compasión significa dirigirse directamente hacia esas personas, entrar en los lugares donde el sufrimiento es más intenso y permanecer allí. ... La compasión (de Dios) es

la compasión de Aquel que se dirige constantemente hacia los lugares más olvidados del mundo, y que no puede descansar tranquilo sabiendo que todavía hay alguien con lágrimas en los ojos" (Nouwen).

Debemos tener presentes las palabras de Isaías 53:2: "Creció delante de él como renuevo tierno, y como raíz de tierra seca; no hubo en él belleza ni majestad que nos atrajera, ni aspecto que deseáramos". La belleza de Jesús no puede ser percibida por los ojos del mundo; ante la mirada mundana, Él no posee belleza que suscite admiración. En consecuencia, al igual que Jesús, nosotros también podemos parecer ante el mundo carentes de una belleza digna de admiración; o más bien, *no deberíamos* tenerla. Nunca debemos buscar la belleza mundana. ¿Cuál es la razón? Se debe a que, mientras que la belleza mundana puede caracterizarse por una «vida de ascenso», la vida de Jesús fue una «vida de descenso» (Nouwen). Debemos tener presente que la belleza de Jesús se revela precisamente en nuestras propias vidas de descenso. Además, no debemos olvidar que Dios bendice una vida que manifiesta así la belleza de Jesús: «...por tanto, Dios te ha bendecido para siempre» (Salmo 45:2).

La segunda confesión del salmista es que «el Rey es un vencedor».

Consideremos el Salmo 45:4: «En tu majestad, cabalga victorioso por la causa de la verdad, la humildad y la justicia; que tu diestra realice hazañas asombrosas». Aquí vemos al Rey en guerra. El propósito de esta guerra es «la verdad, la humildad y la justicia» (versículo 4). Con este fin, el salmista pronuncia la bendición: «Cabalga victorioso en majestad» (versículo 4). Esta bendición revela que él considera al Rey como un vencedor. El Rey, eternamente bendecido por Dios, sale a la batalla en un caballo de guerra y triunfa. Es la diestra de su poder la que obra todas estas maravillosas hazañas (Park Yun-sun). Así, el salmista declara: «Que tus agudas flechas atraviesen los corazones de los enemigos del Rey; que las naciones caigan ante ti» (versículo 5). Representado como un general invencible, el Rey va a la guerra y atraviesa los corazones de sus enemigos. Este Rey victorioso apunta directamente a

Jesucristo, el Rey de los Ejércitos. Él es espiritualmente victorioso (Apocalipsis 19:11-21) (Park Yun-sun).

Deuteronomio 20:4 afirma: «Porque el SEÑOR tu Dios es quien va contigo para pelear por ti contra tus enemigos y darte la victoria». El Dios de la victoria es quien lucha a nuestro favor y nos permite triunfar. Así, el apóstol Pablo declara: «¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Corintios 15:57). Por medio del Dios que nos concede la victoria, somos capaces de luchar y vencer sobre nosotros mismos, el pecado, el mundo y Satanás. Sin embargo, debemos plantearnos una pregunta: ¿Cómo logró Jesús la victoria? Debemos considerar cómo luchó Jesús contra Satanás y triunfó. La respuesta es que Jesús obtuvo la victoria mediante su muerte en la cruz. Como escribe el apóstol Pablo: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley» (versículos 55-56). Mediante su muerte en la cruz, Jesús venció al pecado —el aguijón de la muerte— y lavó por completo todos nuestros pecados. Además, Dios nos ha concedido la vida eterna. Por tanto, el secreto de una vida victoriosa es «morir cada día» (versículo 31). Debemos, cada día, «disciplinar [nuestro] cuerpo y someterlo» (9:27). La tercera confesión del salmista es: «El Rey ama la justicia y aborrece la maldad».

Observemos el Salmo 45:7: «Amas la justicia y aborreces la maldad; por eso Dios, tu Dios, te ha exaltado por encima de tus compañeros ungiéndote con aceite de alegría». La razón por la que el reino del Señor victorioso —el cual Él establece— perdura para siempre es que su autoridad real se fundamenta en la «justicia» (versículo 6). El reino de Dios es justo porque el Señor, el Rey, «ama la justicia y aborrece la maldad» (versículo 7). Por eso hay alegría en su reino.

Isaías 11:1-5 contiene una profecía sobre el Mesías. Observemos los versículos 3 al 5: «Se deleitará en el temor del Señor. No juzgará según lo que vean sus ojos ni decidirá según lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los necesitados y fallará con equidad a

favor de los pobres de la tierra. Herirá la tierra con la vara de su boca; con el aliento de sus labios matará al impío. La justicia será su cinturón y la fidelidad, la faja de su cintura». Al avanzar con la visión de extender el reino de Dios levantando y enviando obreros centrados en Cristo, debemos vivir vidas que busquen la justicia, tal como lo hace el Señor. Debemos recordar las palabras de Miqueas 6:8: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno. ¿Y qué pide el Señor de ti? Que actúes con justicia, que ames la misericordia y que camines humildemente con tu Dios». Una de las cosas que Dios nos pide es «actuar con justicia». Para hacerlo, debemos —al igual que el rey del pasaje de hoy, el Salmo 45— amar la justicia y aborrecer la maldad.

El «rey» del pasaje de hoy se refiere a Jesucristo, el Mesías. Jesús, el Rey de reyes, es un Señor glorioso y victorioso que ama la justicia y aborrece la maldad. Entonces, ¿cuál debería ser la actitud de nosotros, los creyentes, hacia Jesús? Podemos considerar tres puntos:

(1) Debemos romper nuestros vínculos con este mundo y anhelar únicamente al Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 45:10: «Escucha, hija, presta atención e inclina tu oído; olvida a tu propio pueblo y la casa de tu padre». Aquí, el salmista habla de la reina. Esta reina representa al creyente, quien puede compararse con la novia de Cristo (Park Yun-sun). Por tanto, la actitud del creyente hacia Jesús, el Rey, exige olvidar el propio pueblo y la casa del padre. En otras palabras, es preciso romper los vínculos con este mundo y anhelar únicamente al Señor (Park Yun-sun).

(2) Debemos adorar al Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 45:11: «El Rey deseará grandemente tu belleza; puesto que Él es tu Señor, adóralo». Aquí, el salmista nos enseña qué clase de creyente considera Dios hermoso. Ese creyente es quien adora al Señor. Dios halla belleza en aquellos que le adoran. La belleza del creyente reside en adorar humildemente a Dios. Quienes adoran

humildemente a Dios le obedecen. Viven una vida de adoración. A través de una vida de adoración, proclaman el evangelio. En consecuencia, ven descendencia espiritual. Observemos el versículo 16: «En lugar de tus padres estarán tus hijos; los harás príncipes en toda la tierra». La afirmación «En lugar de tus padres estarán tus hijos» es figurada; significa que «los creyentes ven descendencia espiritual mediante la proclamación del evangelio» (Park Yun-sun). Nuestra responsabilidad como creyentes es expandir el Reino de Dios proclamando el Evangelio de Jesucristo, el Rey. En este sentido, tenemos el deber de obedecer el mandato del Señor de difundir el Evangelio. A través de este proceso, y gracias a Jesús, el Rey, nosotros también llegaremos a ser reyes (Apocalipsis 5:10) (Park Yun-sun).

(3) Debemos aferrarnos a la esperanza en el Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 45:15: «Son conducidas con alegría y regocijo; entran en el palacio del rey». Nuestra esperanza es entrar en el palacio real del Señor y vivir adorándole por la eternidad. Consideremos el versículo 13: «Toda gloriosa es la hija del rey dentro del palacio; su vestidura está entretejida con oro». Aquí, la «hija del rey» se refiere a nosotros, los creyentes; el salmista habla de cómo seremos conducidos al palacio real con gozo y alegría, y de cómo disfrutaremos de «toda gloria» allí (versículos 13-15).

Una lengua como pluma de escribiente veloz

«Mi corazón rebosa de un buen tema; dirijo mis versos al Rey; mi lengua es como la pluma de un escribiente veloz» (Salmo 45:1).

En la pared de nuestra sala cuelga un cuadro grande con caligrafía. Muestra cuatro caracteres chinos que dicen *Gido-manneung* (La oración todo lo puede). Por supuesto, mi cónyuge y yo no sabemos leer caracteres chinos; solo aprendimos el significado de la frase gracias a un anciano de la iglesia. Recibimos esta obra de caligrafía como regalo de bodas de parte de un pastor amigo de mi padre. Este pastor sirve como misionero para la gente de mar en Canadá. Aún recuerdo una ocasión en que visitó nuestra iglesia para predicar y utilizó una ilustración para explicar la importancia de obedecer la Palabra de Dios. La comparó con conducir un automóvil: poner la marcha en «D» hace que el coche avance, la «R» lo hace retroceder y la «P» lo estaciona. De igual manera, explicó que cuando Dios nos dice que avancemos, debemos avanzar; cuando nos dice que retrocedamos, debemos retroceder; y cuando nos dice que nos detengamos, debemos quedarnos quietos. Creo que es un mensaje verdaderamente precioso. Cuando Dios nos ordena avanzar, progresamos en fe; cuando nos pide mirar atrás, reflexionamos sobre la gracia que nos ha otorgado; y cuando nos dice que nos detengamos y reconozcamos que Él es Dios, paramos y experimentamos en silencio su soberanía. Al reflexionar esta mañana sobre la caligrafía que dice «La oración todo lo puede» —escrita con tanta sinceridad por el misionero que compartió palabras tan valiosas con nosotros—, estoy seguro de que nos hizo este regalo porque cree verdaderamente en la omnipotencia de la oración y vive él mismo una vida de oración.

Observemos la segunda parte del Salmo 45:1: «...mi lengua es como la pluma de un escribiente veloz». Al reflexionar sobre este versículo, recordé la caligrafía del misionero; me di cuenta de que, si bien las palabras en sí mismas son significativas, la convicción del autor sobre el poder de la oración y su propia vida de oración son aún más importantes. En otras palabras, el corazón de la persona que escribió la caligrafía importa más que la caligrafía misma. Asimismo, si bien nuestras lenguas —comparadas con la pluma de un escribiente hábil— son importantes, el corazón que dirige la lengua es mucho más crucial. Esto se debe a que lo que reside en nuestros corazones inevitablemente fluye a través de nuestras lenguas. Si nuestros corazones rebosan de amor, se expresará un mensaje de amor; por el contrario, si el odio ha echado raíces y dado fruto en nuestros corazones, inevitablemente surgirán palabras de odio. Por supuesto, uno podría albergar odio en el corazón y, sin embargo, decir falsamente: «Te amo»; no obstante, en el curso natural de las cosas, un corazón lleno de odio inevitablemente dará lugar a palabras de odio. Por tanto, al considerar la «lengua como pluma de escribiente hábil» mencionada por el salmista, debemos considerar también el corazón de la persona a quien pertenece dicha lengua. He identificado dos características clave de tal corazón.

En primer lugar, el corazón de la persona cuya lengua es como la pluma de un escribiente hábil es un «buen corazón».

Observemos el Salmo 45:1: «Mi corazón rebosa de un buen tema; recito mi composición acerca del Rey; mi lengua es pluma de escribiente hábil». Aquí, el salmista confiesa que su corazón rebosa de buenas palabras. Si nuestros corazones son buenos, no podemos evitar pronunciar buenas palabras. Entonces, ¿qué es un «buen corazón»? Cuando pienso en la palabra «bueno», recuerdo a la «mujer virtuosa» descrita en Proverbios 31:10 y versículos siguientes. La Biblia dice que esta mujer virtuosa «habla con sabiduría, y hay enseñanza de bondad en su lengua» (versículo 26) —o, como expresan otras traducciones, ella habla la «ley de la bondad»—. En otras palabras, debido a que siente y experimenta la amorosa bondad (el amor) de Dios en su corazón, ella habla la ley de la bondad con su lengua. Del

mismo modo, si hemos gustado y visto el amor y la bondad de Dios (Salmo 34:8), no podemos evitar pronunciar buenas palabras.

Como creyentes en Jesús, debemos ser capaces de confesar por fe que «Dios es bueno», sin importar cuán difíciles o penosas sean nuestras circunstancias. Si cantamos la canción góspel «Good, Good Father» (o «God is Good») solo cuando la vida es tranquila y todo marcha bien, pero dejamos de cantarla cuando las dificultades y las pruebas nos agobian, creo que eso demuestra que no estamos percibiendo ni reconociendo la bondad y la amorosa misericordia de Dios en nuestros corazones. Si logramos trascender nuestras circunstancias y —sin importar la situación— declaramos con confianza, como el salmista: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida» (Salmo 23:6), entonces miraremos a Dios con fe, más allá de nuestras circunstancias inmediatas. Alabaremos al Dios bueno, confiando en que «todas las cosas ayudan a bien» (Romanos 8:28). Un corazón lleno de tal bondad no puede pronunciar más que buenas palabras.

En segundo lugar, el corazón de aquel cuya lengua es como pluma de escribiente veloz es un corazón lleno de gracia.

Consideremos el Salmo 45:2: «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre». Los labios de un rey bendecido por Dios —o, de hecho, los labios de nosotros, los creyentes— deben estar llenos de gracia. En otras palabras, para glorificar a Dios con nuestros labios, debemos pronunciar palabras que impartan gracia a los demás. Para lograrlo, nuestros corazones deben estar llenos de la gracia de Dios. Si, al igual que el apóstol Pablo, reconocemos que «por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15:10) y vivimos una vida de fe impregnada de esa gracia, nuestras palabras serán naturalmente «siempre con gracia, sazonadas con sal» (Colosenses 4:6). Como resultado, glorificaremos a Dios con nuestros labios al tiempo que ministramos gracia a los demás.

Jesús dijo: «No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mateo 15:11), y añadió que «lo que sale de la boca, del corazón sale» (versículo 18). Si nuestros corazones no son puros, las palabras que salen de nuestra boca tampoco pueden serlo. Sin embargo, nuestros corazones ya han sido purificados por la preciosa sangre que Jesús derramó en la cruz; somos hijos de Dios, salvos por su gracia. Por tanto, como quienes llegan a conocer esta gracia con mayor profundidad y amplitud, de nuestros labios deben brotar palabras amables, nacidas de un corazón lleno de gracia. Además, habiendo gustado la bondad de Dios, debemos pronunciar palabras buenas que surjan de un buen corazón. Oro para que la bondad y la gracia de Dios se manifiesten a través de nuestra lengua, actuando como la pluma de un escritor diestro.

«Estad quietos, y conoced que yo soy Dios».

[Salmo 46]

«Esperar con expectación y paciencia es el fundamento mismo de la vida espiritual» (Simone Weil). En su libro *La espiritualidad de la soledad*, Henri Nouwen afirma que «la paciencia es la madre de la expectación» y se refiere a la espera paciente de este modo: «Esperar pacientemente significa permitir que nuestro llanto y nuestro duelo se conviertan en preparación para la purificación. A través de esto, llegaremos finalmente a disfrutar de la alegría que se nos ha prometido... Cuando creemos que la paciencia puede hacer crecer nuestras expectativas, solo entonces el destino puede transformarse en vocación; las heridas, en un llamado a una comprensión más profunda; y el dolor, en la cuna de la alegría». ¿Qué opinas al respecto? Me vienen a la mente las palabras de Job 23:10: «Él conoce el camino que sigo; cuando me haya probado, saldré como el oro». Las circunstancias difíciles, arduas y aterradoras que enfrentamos en la vida sirven como instrumentos —como un horno— para refinarnos. Una de las cualidades que se forjan en nosotros al pasar por ese horno es la «paciencia». Miguel de Molinos lo expresa así: «La purificación del alma a través del sufrimiento engendra paciencia. En medio del sufrimiento, podemos cultivar las virtudes más elevadas, como el amor y la misericordia. El sufrimiento aniquila y purifica el yo. Toma las cosas de este mundo y las transforma en cosas del cielo. No hay momento que nos acerque más a Dios que aquel en que Él nos deja en medio del sufrimiento». ¿Qué debemos hacer ante la adversidad? ¿Qué debemos hacer cuando sucesos inesperados —como una tormenta en alta mar— irrumpen con fuerza sobre nosotros, nuestras familias, nuestros negocios y nuestras iglesias? Hoy quisiera reflexionar sobre un par de puntos basados en el

Salmo 46. Oro para que, mediante la gracia que Dios nos otorga, podamos experimentar un encuentro profundo con Él en medio de las olas turbulentas de nuestra vida.

En primer lugar, no debemos temer.

Observemos el Salmo 46:2-3: «Por tanto, no temeremos, aunque la tierra se conmueva y los montes se desplomen en el corazón del mar; aunque sus aguas bramen y espumen, y los montes tiemblen ante su furia (Selah)». Este pasaje describe los fenómenos más aterradores: sucesos que sacuden los cimientos mismos del mundo (Park Yun-sun). Me pregunto si existen en nuestras propias vidas sucesos tan aterradores que nos sacuden hasta lo más profundo de nuestro ser. ¿Cuáles son las cosas más temibles que amenazan con sacudir incluso los cimientos de nuestra fe? Los psicólogos nos dicen que los seres humanos experimentan un miedo intenso cuando se enfrentan a desafíos externos poderosos, es decir, cuando se ven confrontados por una fuerza superior a ellos mismos. Sin embargo, existe un miedo mucho mayor: un desafío que no surge del exterior, sino del interior. Ese desafío no es otro que la soledad: la sensación de estar solo. Es la percepción de estar aislado de todos, de no tener con quién hablar, de sentir que ni el cielo ni la tierra existen para uno, y de ser un ser solitario y abandonado. Los psicólogos afirman que la soledad —la realidad de quedarse completamente solo— es lo más aterrador de todo, la máxima expresión del miedo. Creo que hay verdad en ello. La sensación de estar completamente solo... es, innegablemente, algo aterrador. Se dice que este miedo inconsciente y latente en nuestro interior puede devastar nuestras vidas de cuatro maneras principales (según fuentes en línea): (1) El miedo paraliza nuestro potencial. Nos ata, impidiéndonos utilizar nuestros talentos y haciéndonos dudar, lo que finalmente nos lleva a perder oportunidades. (2) El miedo destruye nuestras relaciones. Nos impide ser honestos con los demás. Por miedo al rechazo, usamos máscaras, fingiendo ser quienes no somos y negando nuestras verdaderas emociones. (3) El miedo interfiere con nuestra felicidad. No se puede ser feliz y sentir miedo al mismo tiempo. (4) El miedo obstaculiza nuestro éxito. A menudo nos encaminamos al fracaso al centrarnos en las cosas que tememos que sucedan,

en lugar de en aquellas que esperamos que ocurran. El miedo provoca que sucedan precisamente las cosas que más tememos.

En Deuteronomio 1:29, Moisés se dirige a los israelitas —y a nosotros— diciendo: «No se aterroricen; no les tengan miedo». ¿Por qué no debemos tener miedo? Deuteronomio 1:30–31 ofrece un par de razones:

(1) Porque Dios luchará en nuestro favor. Observemos Deuteronomio 1:30: «El Señor, tu Dios, que va delante de ti, peleará por ti, tal como lo hizo por ti en Egipto, ante tus propios ojos».

(2) Porque Dios nos llevará y nos guiará. Observemos Deuteronomio 1:31: «Y en el desierto viste cómo el Señor, tu Dios, te llevó, tal como un padre lleva a su hijo, durante todo el camino que recorriste hasta llegar a este lugar».

Ya hemos meditado sobre las tres formas en que David, el salmista, superó situaciones que inspiraban temor, según el Salmo 27:1–6. Se nos ha desafiado a aplicar estos mismos tres principios cuando enfrentamos situaciones de temor en nuestras propias vidas:

(1) Debemos mantenernos confiados (valientes).

En medio de situaciones que nos causan temor, debemos ser valientes y poner la mirada en el Señor: nuestra luz, nuestra salvación y la fortaleza de nuestra vida. Debemos ser valientes meditando en la gracia de las liberaciones (victorias) pasadas. Debemos encomendar nuestro futuro a Dios, depositando en Él nuestra confianza absoluta.

(2) Debemos orar al Señor en situaciones de temor.

Busquemos una sola cosa: habitar en la casa del Señor y contemplar su hermosura. Al contemplar su rostro, hallemos paz en el corazón, su protección y la esperanza de la victoria.

(3) Debemos alabar a nuestro Dios aun en situaciones de temor.

Como vencedores, debemos ofrecer sacrificios de acción de gracias. Al igual que Pablo y Silas, debemos orar y ofrecer alabanzas a Dios, incluso desde el interior de una prisión.

Finalmente, debemos estar quietos y reconocer a Dios como Dios.

Observemos el Salmo 46:10: «Él dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones, seré exaltado en la tierra"». Aun cuando enfrentemos las situaciones más aterradoras —circunstancias que sacuden los cimientos mismos de nuestra fe—, necesitamos permanecer quietos, tal como nos instruye hoy el salmista. Aunque las montañas se sacudan y tiemblen, debemos permanecer en calma en la presencia de Dios. Debemos guardar silencio ante Dios. Debemos escuchar la voz de Dios hablando en medio de ese silencio. Para lograrlo, debemos evitar que nuestros corazones se inquieten o se distraigan. En última instancia, el silencio del corazón es mucho más importante que el silencio de los labios. Abba Poemen dijo una vez: «Una persona puede parecer silenciosa cuando no habla; sin embargo, si su corazón está condenando a otra, está parloteando incesantemente. Por el contrario, otra persona podría hablar desde la mañana hasta la noche y, no obstante, guardar verdadero silencio» (Internet).

¿Cuál es la voz del Señor que debemos escuchar en el silencio? La voz que nos habla en el pasaje de hoy —el Salmo 46:10— nos llama a «reconocer que Él es Dios». ¿Qué clase de Dios se revela en este pasaje? Podemos considerar cuatro aspectos:

(1) Dios es nuestro «refugio».

Observemos el texto de hoy —Salmo 46:1, 7 y 11—: «Dios es nuestro refugio...» (v. 1), «¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! Nuestro refugio es el Dios de Jacob» (v. 7),

«¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! Nuestro refugio es el Dios de Jacob» (v. 11). En medio de un mundo convulso y lleno de agitación, el salmista no cedió ante el temor; por el contrario, buscó refugio en Dios. ¿Por qué acudió el salmista a Dios? Porque anhelaba la gracia de la salvación. Observemos el versículo 4: «Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo». Aquí, el «río» simboliza «la revelación de Dios, la fuente de la salvación». Además, la frase «alegran el santuario de las moradas del Altísimo» implica que el lugar donde habita la gracia de la salvación se convierte en un lugar de gozo (Park Yun-sun). En resumen, el salmista buscó refugio en el santuario de Dios porque es precisamente el lugar de gozo donde se halla la gracia de la salvación.

(2) Dios es Emanuel: Dios con nosotros.

Observemos el texto de hoy —Salmo 46:7 y 11—: «¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! Nuestro refugio es el Dios de Jacob» (v. 7), «¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! Nuestro refugio es el Dios de Jacob» (v. 11). Deuteronomio 1:42 afirma: «Y Jehová me dijo: “Diles: ‘No subáis ni peleéis, pues no estoy entre vosotros; no sea que seáis derrotados delante de vuestros enemigos’”». Este pasaje transmite la verdad de que la victoria en la batalla depende de la presencia de Dios con el pueblo de Israel; sin Su presencia, se enfrentan a la derrota. El secreto de la victoria es, precisamente, la presencia de Dios.

(3) Dios es quien nos da fortaleza.

Observemos el texto de hoy, Salmo 46:1: «Dios es nuestro refugio y fortaleza…». ¿Recuerdas las palabras del Salmo 18:1, sobre las cuales ya hemos meditado? «Te amo, oh Señor, fortaleza mía». El Dr. Park Yun-sun señaló: «Aquel que hizo posible la victoria sobre Goliat con una sola piedra de honda es, en verdad, la Fortaleza misma. Aunque el poder del pecado es inmenso, Dios es aún más poderoso». Cuando enfrentamos problemas o dificultades enormes —como Goliat—, sentimos nuestra propia debilidad o insuficiencia. En tales

momentos, volvemos la mirada hacia la omnipotencia de Dios y depositamos nuestra confianza en Él.

(4) Dios es una gran ayuda para nosotros en tiempos de angustia.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 46:1 y 5: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (v. 1); «Dios está en medio de ella; no será conmovida; Dios la ayudará al despuntar el alba» (v. 5). El significado original en hebreo de la frase que describe a Dios como un «pronto auxilio en las tribulaciones» se traduce como «Aquel que ha demostrado plenamente ser una ayuda en tiempos de angustia» (Park Yun-sun). ¿Hemos experimentado verdaderamente —a través de la ayuda recibida en medio de la adversidad y las dificultades— que Dios es, en efecto, quien nos socorre en los momentos de angustia? ¿No es Él el Dios cuya ayuda ha quedado demostrada, Aquel que auxilia en tiempos de aflicción? Debemos recordar esto. Nuestro Dios es la «gran ayuda» que encontramos en los momentos de angustia. Por tanto, por muy grande que sea la tribulación, nuestro Dios sigue siendo el Dios que es nuestra «gran ayuda». Él es el Dios que nos ayuda «al despuntar el alba» (versículo 5). El alba, en contraste con la oscuridad de la noche, simboliza la salvación y el gozo (Park Yun-sun); significa que Dios nos ayuda y nos salva cuando estamos en apuros, otorgándonos el don del gozo de la salvación. Que Él nos ayude al despuntar el alba implica un «auxilio pronto» (Park Yun-sun). Un ejemplo de esto se encuentra en 2 Reyes 19:35, donde la destrucción del ejército asirio —provocada por un milagro divino— fue descubierta temprano por la mañana. Dios resuelve nuestros problemas de maneras que ni anticipamos ni percibimos. Él nos permite descubrir la solución —metafóricamente, «temprano en la mañana»— incluso antes de que nos hayamos propuesto abordar el asunto por nuestra cuenta (Park Yun-sun).

Se dice que el águila progenitora comienza a adiestrar a sus crías en el momento oportuno, partiendo desde la seguridad de un nido construido en las alturas. Primero, el águila introduce espinas en el nido y aletea sobre ellas. Cuando los aguiluchos se pinchan con las

espinas, salen precipitadamente del nido. Intentan volar, batiendo las alas imitando al águila padre; sin embargo, al carecer de la fuerza necesaria, inevitablemente caen al vacío desde las alturas. Se cuenta que entonces el águila padre extiende sus alas para atraparlos y sostenerlos sobre ellas. ¡Qué aterrados deben sentirse esos aguiluchos al caer! No obstante, si saben que su padre extenderá las alas para atraparlos y llevarlos consigo, ¿acaso no sentirían, más bien, una serena confianza? Tengamos esto presente: es solo cuando el aguilucho abandona el nido y cae desde las alturas que experimenta verdaderamente el rescate del águila padre. Por tanto, no temamos. Si un águila padre actúa de tal manera, ¿cuánto más hará nuestro Padre Celestial por nosotros? Él es nuestro refugio, el Dios Emanuel que siempre está con nosotros, nuestra fortaleza y un auxilio muy presente en tiempos de angustia.

¿Por qué debemos alabar a Dios?

[Salmo 47]

A menudo se dice que la alabanza posee tres tipos de poder (según fuentes en línea): En primer lugar, la alabanza tiene el "poder de ascender". La alabanza que nos acerca al Señor actúa como una fuerza ascendente. Este poder de ascender puede describirse como una "guía para la fe". En segundo lugar, la alabanza tiene el "poder de penetrar en el corazón". La alabanza que despierta consuelo, paz, arrepentimiento, gozo, determinación y valentía en nuestro interior llega a lo más profundo de nuestros corazones. La alabanza que entra en nosotros e infunde gozo y valentía sirve como guía hacia la esperanza. Finalmente, en tercer lugar, la alabanza tiene el "poder de proyectarse hacia afuera". La alabanza que despierta fe y esperanza desempeña otro papel crucial: actúa como una "guía para el amor", representando este poder de proyección externa. La alabanza consuela el corazón afligido, levanta el espíritu en tiempos de depresión, fomenta un corazón agradecido y despeja los pensamientos confusos. Aquellos que cantan himnos con fervor durante la adoración son personas cuyos corazones están centrados en Dios y que realmente experimentan la emoción de la adoración. Por lo tanto, si deseamos una abundancia de gracia, debemos cantar alabanzas con todo nuestro corazón.

Debemos ofrecer a Dios este tipo de alabanza "poderosa". ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debemos alabar a Dios? Hoy quisiera explorar tres razones que se encuentran en el Salmo 47. Mi oración es que, a través de esto, todos lleguemos a ser personas que ofrecen una alabanza verdadera y adecuada a Dios. En primer lugar, la razón por la que debemos alabar a Dios es que Él es el Dios Altísimo.

Observemos el Salmo 47:2 y la última parte del versículo 9: "Porque el SEÑOR Altísimo es temible, un gran Rey sobre toda la tierra" (v. 2); "... los escudos de la tierra pertenecen al SEÑOR; Él es grandemente exaltado" (v. 9b). ¿Qué significa que Él sea el Dios Altísimo? Significa que es Aquel que está supremamente exaltado: el más alto de todos. Significa que es el Dios de majestad y honor incomparables. Al alabar al Dios Altísimo, no debemos olvidar Su grandeza imponente. Esto significa que debemos tener presente que Dios es el objeto de nuestra reverente admiración. En otras palabras, nuestros corazones deben estar llenos de reverencia al alabar al Dios Altísimo. Aunque esta es una verdad evidente, parece que, al alabar a Dios, a menudo actuamos con demasiada familiaridad informal en lugar de con reverencia. Dicho de otro modo, al olvidar nuestra propia condición humilde mientras alabamos al Dios Altísimo, parece que ofrecemos alabanza según nuestros propios caprichos y comodidad. Reflexionemos sobre esto: ¿no es acaso natural que nosotros —los más humildes entre los humildes— sintamos un profundo respeto reverente hacia Dios al alabar al Altísimo?

¿La alabanza que se ofrece al Dios Altísimo realmente lo exalta a Él —aquel que ya es supremamente exaltado— o nos exalta (o atrae la atención) hacia nosotros mismos? Esto nos recuerda el relato del Éxodo: mientras Moisés estaba en el monte Sinaí, los israelitas fabricaron un becerro de oro y —como registra la Biblia— «comieron y bebieron» (Éxodo 32:6), cantaron y bailaron (v. 19), y «se entregaron a la desenfrenada diversión» (v. 6). Me preocupa que, al afirmar que alabamos al Dios Altísimo, podamos estar haciéndolo de la misma manera que los israelitas: simplemente comiendo, bebiendo, cantando y bailando. Al alabar al Dios Soberano, debemos aplicar las palabras de Juan 3:30: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe...». En otras palabras, mientras alabamos al Dios Altísimo y exaltamos su propia naturaleza divina, nosotros mismos debemos menguar. Debemos humillarnos y hacernos pequeños.

Debemos alabar humildemente al Dios Soberano, al Dios Altísimo. Recuerdo el himno número 40, «Cuán grande es Él» (título en coreano: «Todos los mundos creados por el Señor Dios»). El estribillo, en particular, me viene a la mente: «Mi alma alaba la grandeza y majestad del Señor; mi alma alaba la grandeza y majestad del Señor».

En segundo lugar, la razón por la que debemos alabar a Dios es que Él es el Señor que nos ama profundamente.

Consideremos el Salmo 47:4: «Él eligió nuestra herencia para nosotros: la gloria de Jacob, a quien amó (Selah)». El amor de Dios se manifestó cuando Él eligió al pueblo de Israel y le otorgó una herencia: la tierra de Canaán (la Tierra Prometida), descrita como "la gloria de Jacob". Para quienes son objeto de esta elección, ello representa un amor profundo y supremo (Park Yun-sun). Por eso el apóstol Pablo se expresa así: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Efesios 1:3-4). Como elegidos de Dios y receptores de su amor infinito, debemos alabarlo. De hecho, el propósito mismo por el cual Dios nos eligió en Cristo fue para hacernos "alabanza de su gloria" (versículo 12). Entendido literalmente, esto significa que nosotros, los santos elegidos, existimos para la alabanza de la gloria de Dios (Park Yun-sun). El propósito último de nuestra redención es alabar la gloria de Dios.

Por tanto, debemos alabar a Dios por la gracia de su salvación. Debemos ofrecer esta alabanza con alegría, acompañados de instrumentos musicales (versículo 5). Un himno que viene a la mente es "El amor de Dios es mucho mayor" (Himno 404, Estrofa 1): "El amor de Dios es mucho mayor / de lo que lengua o pluma pueden expresar; / va más allá de la estrella más alta / y llega hasta lo más profundo del abismo; / a la pareja culpable, agobiada por la aflicción, / Dios entregó a su Hijo para rescatarla; / reconcilió a su hijo extraviado / y le

perdonó su pecado". (Coro) "¡Oh, amor de Dios, cuán rico y puro! / ¡Cuán inmenso y fuerte! / Perdurará por siempre jamás: / el canto de los santos y de los ángeles".

Finalmente, la tercera razón por la que debemos alabar a Dios es que Él es el Rey que reina sobre nosotros.

Observemos el Salmo 47:8: "Dios reina sobre las naciones; Dios está sentado en su santo trono". Debemos alabar a Dios: Aquel que se sienta en un trono santo, el "Gran Rey" (v. 2), el "Rey sobre toda la tierra" (v. 7) y el Gobernante de las naciones (v. 8). Por ello, el salmista nos exhorta: "¡Cantad alabanzas a Dios, cantad alabanzas! ¡Cantad alabanzas a nuestro Rey, cantad alabanzas!" (v. 6). Además, la razón por la que nos reunimos como el pueblo del Dios de Abraham para alabarlo como Rey es que este Rey —nuestro Señor— nos protege (v. 9).

Debemos alabar a Dios, nuestro Rey, con un "salmo de sabiduría" (v. 7). Esto implica alabarlo con un corazón sabio que verdaderamente le conoce. Esto es de suma importancia, pues existe el peligro de alabar a Dios sin un fundamento de verdadero conocimiento. La alabanza emocional que carece de este fundamento corre el riesgo de convertirse en un acto que complace a uno mismo en lugar de a Dios. Debemos alabar a Dios, nuestro Rey. Me viene a la mente la canción evangélica "My God, My King" (Mi Dios, mi Rey): "Mi Dios, mi Rey, te exaltaré y bendeciré tu nombre para siempre".

Al concluir hoy mi meditación sobre el Salmo 47, el himno que me viene a la mente es el número 403: "Por mí, en la cruz". Se dice que Robert Lowry (1826–1899) escribió tanto la letra como la música de este himno. Se dice que la letra original es la siguiente: (Estrofa 1) "Mi vida fluye en un canto sin fin; escucho el himno suave y resonante —oído desde lejos— que saluda a una nueva creación en medio de las penas de esta tierra. Ese sonido resuena en mi alma; ¿cómo no habría de ofrecer alabanza?" (Estrofa 2) "Aunque mi gozo y consuelo se desvanezcan, ¿qué importa si mi Salvador vive? Él da un canto en la oscuridad de la noche; ¿qué importa si la oscuridad me rodea? Amparado en el refugio del Señor, ni siquiera la

tormenta puede sacudir la paz en lo profundo de mi alma. Cristo es el Señor del cielo y de la tierra; ¿cómo no habría de ofrecer alabanza?" Al leer esta letra original, el verso «Mi vida fluye en una canción sin fin» me recuerda que nuestras vidas y nuestra alabanza son inseparables. Mientras tengamos aliento, debemos alabar a Dios: al Altísimo, al Dios de amor que nos aprecia profundamente y al Rey que reina sobre nosotros.

El Dios que nos guía hasta la muerte

[Salmo 48]

Al mirar atrás hacia tu pasado, ¿qué crisis enfrentaste? ¿Recuerdas aquellos momentos específicos que quedaron profundamente grabados en tu corazón? ¿Y recuerdas también haber experimentado la guía y la gracia salvadora de Dios en medio de esas mismas crisis? Hoy visité un hogar de ancianos y pasé un tiempo con la señora Jang Eul-su, miembro de nuestra iglesia. Mientras conversaba con ella, compartí brevemente la historia de mi primogénito, Ju-young. Hablé de esto porque, al reflexionar, me preguntaba si —impulsado por el deseo de padre en lugar de considerar la perspectiva del bebé— había causado sufrimientos innecesarios al niño mientras estaba enfermo. Al comentar esto con la señora Jang, reflexionamos sobre la idea de que, en la vida, el proceso y, sobre todo, el final son más importantes que el comienzo. Cuando recordamos la gracia de Dios durante las crisis pasadas, podemos superar también las crisis presentes gracias a la gracia que el Señor nos brinda.

Uno de los himnos que cantamos a menudo es "Hágase tu voluntad" (Himno 431). El trasfondo de este himno es el siguiente: Hubo un pastor que elevaba oraciones entre lágrimas cuando toda Alemania yacía en ruinas debido a treinta años de guerras religiosas. Él viajaba a los hogares de creyentes perseguidos para llevarles mensajes de consuelo. Para empeorar las cosas, la Peste Negra azotó Alemania, cobrándose la vida de más de diez millones de personas; se decía que el país parecía un "cementerio gigante". Un día, tras visitar el hogar de un creyente que estaba gravemente enfermo, el pastor y su esposa regresaron a casa y presenciaron una escena devastadora: su iglesia y su propia casa se

habían quemado por completo y reducido a cenizas. Sus dos amados hijos yacían muertos, abrazados el uno al otro. Se cuenta que la pareja, mientras lloraba y estrechaba los cuerpos de sus hijos, elevó una oración silenciosa: "Señor mío, hágase tu voluntad; te entrego mi cuerpo y mi alma; guíame a través de las alegrías y las penas de este mundo; gobierna sobre mí y que se haga tu voluntad". Este hombre era el pastor Benjamin Schmolck. La oración elevada en aquel momento fue posteriormente musicalizada, convirtiéndose en el Himno n.º 431: "Señor mío, hágase tu voluntad". La verdadera fe consiste en obedecer a Dios aun en medio del dolor y las pruebas.

Al meditar hoy en el Salmo 48, me centré especialmente en el versículo 14: «Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aun más allá de la muerte». Centrándome en este versículo —bajo el título «El Dios que nos guía hasta la muerte»—, deseo reflexionar sobre cuatro aspectos de «este Dios» y extraer cuatro lecciones correspondientes acerca de nuestras propias responsabilidades.

En primer lugar, el Dios que nos guía hasta la muerte es un Dios grande y majestuoso.

Observemos el Salmo 48:1: «Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo». El Dios que nos guía hasta la muerte es un Dios poderoso. Además, este Dios poderoso es el «gran Rey» (versículo 2). Puesto que Él es tan grande, la manera en que nuestro majestuoso Dios nos salva es también magnífica. Sin embargo, a menudo tendemos a subestimar la magnitud de la forma en que Dios obra la salvación. En otras palabras, al no ver el panorama completo, nuestros corazones se llenan de nuestras propias ideas y expectativas sobre cómo Dios lleva a cabo la salvación. Cuando Dios no obra la salvación de la manera que imaginamos, podemos quejarnos o incluso desanimarnos y rendirnos. Esto es precisamente lo que les sucedió a los israelitas durante el Éxodo: murmuraron contra Dios y contra Moisés. No obstante, no lograron captar la voluntad del Señor —ni comprender su método de salvación— respecto a por qué los hizo

vagar por el desierto durante cuarenta años. El propósito del Señor era este: «humillarte y probarte, para que al final te vaya bien» (Deuteronomio 8:16).

Recuerdo una ocasión en la que meditaba sobre la vida de José y me maravillaba ante el método de salvación de Dios. Reflexionaba sobre cómo Dios salvó a José: no sacándolo instantáneamente de los problemas, sino librándolo de una situación difícil para llevarlo a otra, hasta que, tras trece años, alcanzó la edad de treinta y se convirtió en primer ministro de Egipto. La forma en que Dios lo salvó implicó una serie de pruebas: salvó a José de la muerte solo para que fuera vendido como esclavo a Potifar en Egipto; Más tarde, José fue encarcelado tras ser tentado por la esposa de Potifar... Fue una travesía de liberación que pasó de una adversidad a otra. Sin embargo, Dios finalmente nombró a José primer ministro de Egipto y lo utilizó para salvar a la nación de Israel. En su gran plan, Dios no pretendía salvar solo a José; al guiarlo a través de sucesivas pruebas y liberarlo, finalmente trajo salvación a toda la nación de Israel. ¡Qué magnífica es la manera en que Dios obra la salvación!

Tengamos esto presente: nuestro gran Dios es quien nos salva y nos guía conforme a su poderoso plan de salvación. Ya sea que nos conduzca al desierto o a través del valle de Acor, nunca olvidemos que lo que Él realmente desea darnos es «bendición».

En segundo lugar, el Dios que nos guía hasta el mismo final de nuestras vidas es nuestro refugio.

Salmo 48, versículo 3: «Dios se ha dado a conocer como refugio en sus ciudadelas». El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es el mismo Dios que nos sirve de refugio. Así como la ciudad santa de Dios es «hermosa por su elevación» (v. 2), Dios —nuestro refugio— se convierte en nuestra fortaleza inexpugnable (v. 3). Como nuestra fortaleza y refugio, Él nos protege. Por eso David confesó: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento» (23:4). No

necesitamos temer ni siquiera al caminar por el valle de sombra de muerte, porque Dios, nuestro refugio, nos protege y nos consuela.

Este Dios se ha revelado como un «refugio» (48:3). Nuestro Dios es quien aparece repetidamente como Salvador para liberar a su pueblo. Consideremos la historia de la salvación del pueblo de Israel en el Antiguo Testamento: ¿acaso Dios los salvó solo una o dos veces? Al reflexionar sobre el nombre «Jesús» —que significa «Dios es salvación»—, vemos que nuestro Señor se deleita en salvarnos. Este Dios es nuestro refugio. Por tanto, debemos acudir al Dios que se declara a sí mismo como nuestro refugio. Así, David oró: «Inclina a mí tu oído, líbrame pronto; sé para mí una roca de refugio, una fortaleza de salvación para salvarme. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza; por tanto, por amor de tu nombre, guíame y condúceme» (31:2-3).

En tercer lugar, el Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es quien nos concede la victoria… Él es Dios.

Observemos el Salmo 48:4-5: «Porque he aquí que los reyes se reunieron; pasaron juntos. Lo vieron, y se maravillaron; se turbaron, se dieron prisa a huir». Este pasaje describe cómo reyes extranjeros se congregaron para invadir y conquistar Jerusalén, pero se desvanecieron como la niebla. Al presenciar el poder de Dios, los invasores se llenaron de temor y huyeron (Park Yun-sun). En última instancia, tal como destrozó las naves de Tarsis con un viento del este, el Señor destruyó el poderío de las naciones, otorgando así la victoria a Israel. Nuestro Dios es quien derrota a nuestros enemigos en nuestro favor y nos concede la victoria. Consideremos Deuteronomio 20:4: «Porque el Señor vuestro Dios es quien va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros». Así, también el salmista no dependía de su propio arco ni de su espada, sino que confiaba únicamente en el Señor, quien lo salva de sus enemigos y le concede la victoria (Salmo 44:6-7).

Personalmente, cuando reflexiono sobre la obra misionera en China emprendida por el pastor principal de nuestra iglesia, recuerdo 1 Corintios 10:13: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportarla». Al escuchar cómo Dios rescata al pastor principal de momentos de peligro, vemos verdaderamente que Él es un Dios de salvación y quien nos concede la victoria.

Tengamos esto presente: nuestro Dios es quien finalmente nos lleva a la victoria. Por tanto, debemos vivir por fe, confiados en esa victoria. Por último, el cuarto punto es que el Dios que nos guía hasta el mismo final es un Dios lleno de justicia.

Observemos el Salmo 48:10: «Oh Dios, conforme a tu nombre, así es tu alabanza hasta los confines de la tierra; tu diestra está llena de justicia». La frase «tu diestra está llena de justicia» significa que Dios ejerce su justicia infaliblemente —recompensando al bueno y castigando al malvado— y, en última instancia, vindica al verdadero creyente que ha sufrido injusticias (Park Yun-sun). Cuando presentamos nuestras quejas ante Él, descubrimos que es el Dios lleno de justicia que repara los agravios cometidos contra nosotros.

Un ejemplo real de esto se encuentra en el caso del hijo del pastor Gómez, quien dirige el ministerio hispano de nuestra iglesia. Hace unas dos semanas, me enteré de la demanda que involucraba a su hijo, Víctor Jr. Al parecer, ocurrió un accidente automovilístico en el que la otra parte tuvo la culpa; sin embargo, esa persona demandó al hijo del pastor Gómez. La otra parte resultó ser un político influyente; en consecuencia, se dice que el oficial de policía que redactó el informe del accidente mintió ante el tribunal para favorecer al político. Además, la empresa donde trabajaba el hijo del pastor Gómez también ofreció un testimonio desfavorable para él. El pastor Gómez y su esposa atravesaron un momento muy difícil, buscando fervientemente la ayuda de Dios. En medio de esto, el pastor Gómez tuvo un sueño interesante en el que caía fuego del cielo sobre el político, el oficial de policía que

hizo el informe falso y las personas de la empresa. Finalmente, hace unas dos semanas, el juez falló a favor del hijo del pastor Gómez. Tras ganar el caso, el abogado de su hijo hizo dos sugerencias: una era que la parte contraria lo indemnizara por los ingresos perdidos mientras no pudo trabajar durante el proceso legal, y la otra era presentar una contrademanda para que el tribunal se pronunciara oficialmente sobre las mentiras y la mala conducta de los implicados. Sin embargo, según el pastor Gómez, decidieron no llevar el asunto más allá. En esto, soy testigo de una fe verdaderamente admirable. Por supuesto, tal como nos dice el pasaje bíblico de hoy, he experimentado —al menos indirectamente— la verdad de que Dios, quien es justo, vindica a los creyentes ante las injusticias que sufren. No obstante, lo más notable es que, aun teniendo la opción de emprender acciones legales contra el político y el oficial de policía que mintió, decidieron detenerse. Lo que comprendí gracias a esto es que la venganza pertenece a Dios; en otras palabras, debemos saber cuándo detenernos y contenernos. ¿Por qué? Porque debemos encomendar la venganza al Dios justo. Dios, que es justo, se encargará del asunto. Él derrotará a nuestros adversarios. Debemos confiar en este Dios y seguir Su guía.

El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es un Dios grande y majestuoso; Él es nuestro refugio, quien nos otorga la victoria y el Dios que es justo. ¿Cómo debemos responder, entonces, a este Dios que nos guía? Podemos considerar cuatro puntos:

(1) Debemos alabar a nuestro Dios con todo nuestro corazón.

Observemos el Salmo 48:1, nuestro texto de hoy: «Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, su monte santo». Alabemos al Dios Altísimo —el Dios que nos ama y reina como nuestro Rey—: «Cantad salmos a Dios, cantad; cantad salmos a nuestro Rey, cantad» (47:6). Al igual que Pablo y Silas, incluso en el confinamiento de una prisión, debemos experimentar la gran salvación de nuestro majestuoso Dios orando y cantándole alabanzas con fe. Por tanto, debemos acudir al templo santo de Dios y ofrecer nuestra máxima alabanza a este Dios grande y majestuoso.

(2) Debemos reflexionar sobre la misericordia del Señor dentro de su templo. Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:9: «Oh Dios, hemos meditado en tu misericordia en medio de tu templo». Aquí, la palabra hebrea original traducida como «meditado en» (*damam*) significa aguardar o esperar con anhelo. El salmista no desmayó en medio de la tribulación; por el contrario, se refugió en Dios —su amparo— y aguardó con anhelo la gracia del Señor. Como resultado, el salmista llegó a comprender la grandeza del Señor (Park Yun-sun). Nosotros tampoco debemos desmayar en tiempos de aflicción, sino aguardar con anhelo la gracia del Señor dentro de su templo. Mientras esperamos su misericordia, debemos llegar a comprender la grandeza de Dios.

(3) Debemos regocijarnos y alegrarnos.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:11: «Alégrese el monte Sion, regocíjense las hijas de Judá, por tus juicios». Podemos regocijarnos y alegrarnos debido a los juicios justos de Dios, quien está lleno de justicia. Podemos regocijarnos y alegrarnos porque Él es el Dios que nos otorga la victoria. Además, puesto que experimentamos su salvación a través de los juicios justos del Señor, podemos regocijarnos y alegrarnos en esa salvación.

(4) Debemos transmitirlo a las generaciones futuras. Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:13: «Considerad sus murallas, examinad sus palacios, para que podáis contarlo a la generación venidera». El salmista nos insta a observar atentamente la seguridad y la belleza de Sion (Jerusalén) —garantizadas por la presencia de Dios allí— y a transmitir este conocimiento a las generaciones futuras. Uno de los errores que cometió la primera generación de Israel en tiempos del Éxodo fue no enseñar la historia de los actos salvadores de Dios a las generaciones siguientes. En consecuencia, esas generaciones posteriores también pecaron contra Dios al caer en la idolatría tras entrar en la tierra de Canaán. Por tanto, debemos recordar las palabras de Deuteronomio 6:6-7: «Estos mandamientos que

hoy te ordeno llevarás en tu corazón. Incúlcaselos a tus hijos. Habla de ellos cuando estés en casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes».

El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es un Dios magnífico y nuestro refugio. Es también el Dios que se enfrenta a nuestros enemigos y nos concede la victoria. Es un Dios justo, lleno de justicia. Así pues, debemos alabarlo de todo corazón y esperar con ilusión su amor y misericordia en su casa. Debemos también regocijarnos y alegrarnos, confiando en que Él nos dará la victoria. Al hacerlo, debemos transmitir el conocimiento de este Dios —que nos guía hasta el final de nuestras vidas— a las generaciones venideras.

«Dios me recibirá»

[Salmo 49]

Se dice que los animales superan a los seres humanos en muchos aspectos. Por ejemplo, los guepardos son más veloces que los humanos y las jirafas son más altas; en cuanto al peso, siete personas juntas no igualan a un solo elefante. Los halcones y las águilas tienen una vista más aguda que la humana, y se dice que el sentido del olfato de un perro está más de 10.000 veces más desarrollado que el nuestro. Respecto al oído, los oídos humanos no se comparan con los de un conejo. En cuanto a la natación, los humanos no pueden seguir el ritmo de las focas. En estos sentidos, hay muchos aspectos en los que los humanos quedan por debajo de los animales. Sin embargo, existe una razón por la que los humanos son superiores a los animales: el Dios Creador otorgó Su imagen únicamente a la humanidad. El primer aspecto de esta imagen divina es el anhelo de eternidad en el corazón humano y la fe para reverenciar al Dios Creador. El segundo es el don de una buena conciencia. La conciencia sirve como fundamento de la moral y la ética. Aunque reside en nuestro interior, la conciencia siempre se alinea con Dios; por eso, cuando cometemos un pecado, nuestra conciencia siente los remordimientos de la culpa y se inquieta. Por tanto, una persona verdaderamente humana —superior a las bestias— es aquella que posee una buena conciencia y guarda el misterio de la fe en Cristo.

Entonces, ¿qué clase de persona se considera inferior a una bestia? Es alguien que no alberga anhelo de eternidad en su corazón y carece de fe en el Dios Creador. Además, aquellos inferiores a las bestias pueden describirse como individuos con una conciencia paralizada: personas que carecen de una buena conciencia. En el pasaje de hoy del Salmo

49 (versículos 12 y 20), encontramos la afirmación de que el hombre es «como las bestias». En este pasaje, hallamos la figura de una persona que perece como una bestia. Quisiera reflexionar sobre quién es esta persona y por qué se la considera insensata. Al mismo tiempo, deseo considerar el otro tipo de persona —aquella que, como el salmista, confía en que «Dios me recibirá» (versículo 15)— y examinar la naturaleza y las responsabilidades de tal persona. A través de este pasaje, buscamos aprender qué clase de personas debemos ser y cómo hemos de vivir nuestras vidas.

En primer lugar, la persona que perece como una bestia.

¿Qué clase de persona describe la Biblia como alguien que perece como una bestia? Se refiere a aquellos que, a pesar de disfrutar de riquezas y gloria terrenales, no conocen a Dios (versículos 12 y 20). Dado que estos individuos —comparados con las bestias— no conocen a Dios mientras gozan de prosperidad terrenal, confían en sus riquezas en lugar de en Dios y se jactan de su abundancia (versículo 6). En consecuencia, sueñan como si fueran a vivir para siempre en este mundo y reclaman la propiedad de tierras a su propio nombre (versículo 11). En otras palabras, se esfuerzan por hacerse un nombre en la tierra (Park Yun-sun). Tal comportamiento —centrarse únicamente en la prosperidad terrenal— es insensato. ¿Cuáles son las razones de esto? Encontramos tres de ellas en el pasaje de hoy.

(1) La primera razón se encuentra en el versículo 17 del Salmo 49: «Porque al morir no llevará nada consigo, ni descenderá tras él su gloria». Llegamos a este mundo con las manos vacías y nos vamos con las manos vacías; por mucha riqueza que uno posea, no puede llevársela consigo al morir. ¡Qué insensatez, entonces, es una vida dedicada a confiar en tales riquezas y a jactarse de ellas! En muchos aspectos, innumerables personas convierten la riqueza (el dinero) en un ídolo, viviendo una vida vana para terminar de manera vana, volviendo al polvo.

(2) Una segunda razón por la que actúan como insensatos quienes se comportan como bestias es que sus riquezas finalmente pasarán a manos de otros.

Observemos el pasaje de hoy, Salmo 49:10: «Pues ve que aun los sabios mueren; tanto el necio como el insensato perecen y dejan sus riquezas a otros». Encontramos un sentimiento similar en el Salmo 39:6, sobre el cual meditamos anteriormente: «Ciertamente, como una sombra vaga el hombre; en vano se afana acumulando riquezas, sin saber quién se quedará con ellas». En última instancia, como dicen las Escrituras, la riqueza de los impíos pasa a manos de los justos. ¡Qué inútil resulta, entonces, una vida dedicada a vivir para acumular riquezas con afán, sin saber quién se quedará con ellas tras la muerte! Es, verdaderamente, una existencia insensata.

(3) Se puede encontrar una razón más en los versículos 7 al 9: «Nadie puede redimir la vida de otro ni dar a Dios un rescate por él —pues el rescate de una vida es costoso y ningún pago basta jamás— para que viva para siempre y no vea la corrupción». Por mucha riqueza que uno posea, esta no puede librar a una persona de la muerte. La redención de nuestra vida tiene un valor inmenso; no se puede comprar con dinero. Las grandes riquezas jamás podrán garantizarnos la posibilidad de vivir eternamente en el cielo sin experimentar la corrupción. Se dice que la reina Isabel de Inglaterra pronunció estas palabras en su lecho de muerte: «Daría un millón en oro a quien pudiera concederme tan solo un instante más de vida» (Park Yun-sun).

No debemos envidiar a tales personas, que son como bestias destinadas a la destrucción. El salmista Asaf confiesa en el Salmo 73:22-23: «Yo era tan insensato e ignorante; era como una bestia delante de ti. Sin embargo, siempre estoy contigo; tú me sostienes por mi mano derecha». En otro tiempo, Asaf había «envidiado» a los soberbios al ver la prosperidad de los impíos (versículo 3); no obstante, tras entrar en el santuario de Dios y comprender cuál sería el fin de los impíos (versículo 17), confesó su propia insensatez e ignorancia, reconociendo que era como una bestia ante el Señor (versículo 22). Sin embargo, como permanecía

constantemente con el Señor, este sostenía su mano derecha (versículo 23); así, aunque estuvo a punto de resbalar, no cayó. No tenemos necesidad de envidiar la prosperidad de los impíos, pues están destinados a la destrucción.

En segundo lugar, los rectos que son redimidos

Mientras que aquellos que son como bestias perecen, Dios recibe a los rectos que son redimidos. Observemos el texto de hoy, el Salmo 49:15: «Dios me recibirá; él redimirá mi alma del poder del sepulcro (Selah)». Aquí, la afirmación de que Dios «recibe» a los rectos redimidos se refiere a que Dios acoge sus almas en Su reino tras la muerte (Park Yun-sun). Mientras que aquellos que perecen —comparados con las bestias— depositan su esperanza únicamente en la vida y las riquezas de este mundo, nosotros, los creyentes, vivimos con la esperanza puesta en el mundo venidero: el cielo.

(1) Por tanto, ante todo, no debemos temer a quienes son como las bestias.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 49:5: «¿Por qué he de temer en los días de adversidad, cuando la maldad de mis enemigos me rodea?». Aquí, la «maldad» no se refiere al pecado propio del creyente, sino a las malas obras y a la tiranía de quienes lo persiguen (Park Yun-sun). El salmista no temía a los impíos que lo perseguían, a pesar de sus malas obras y su tiranía. La razón es que, mientras los impíos no pueden salvarse de la muerte mediante las riquezas o la abundancia en las que confían, los creyentes han recibido la redención de Dios y han alcanzado la vida eterna (Park Yun-sun).

(2) Debemos andar por el camino correcto.

Debemos andar por el camino de la justicia. Jamás debemos transitar por el camino de la injusticia. Observemos el texto de hoy, el Salmo 49:14: «Como ovejas son destinados al Seol; la muerte será su pastor; y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana; su figura se

consumirá en el Seol, sin lugar donde habitar». Aquí, «los rectos» se refiere a «los justos», es decir, a nosotros, los creyentes. Por consiguiente, nosotros, como creyentes, no debemos andar por el camino de la injusticia —jactándonos de las riquezas y la abundancia terrenales mientras ignoramos a Dios, tal como hacen aquellos que perecen como bestias—. En cambio, con la mirada puesta en la vida venidera, debemos recorrer fielmente el camino de justicia que el propio Señor transitó.

(3) Debemos vivir con la certeza de que Dios nos conducirá a Su reino eterno después de la muerte.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 49:15: «Pero Dios redimirá mi alma del poder del sepulcro, pues Él me recibirá (Selah)». Nuestro Dios es quien nos guía hasta el mismo momento de la muerte (48:14). Incluso ahora, Él nos conduce hacia el reino eterno de Dios. Por ello, podemos confesar: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por siempre» (23:6).

Cuando visité a la señora Jang Su-su —una querida mujer de fe— en el hogar de ancianos el pasado martes, vi que, aunque su cuerpo físico se había debilitado, ella no temía ni siquiera a la muerte; al contrario, anhelaba aún más ver a Jesús. Profundamente agradecida de que la preciosa sangre de la cruz de Jesús hubiera lavado todos sus pecados, la señora Jang —ahora una preciosa hija de Dios, justificada por la fe— continúa su camino hacia aquel hogar celestial incluso hoy. A la abuela Jang, quien cantó conmigo la primera estrofa y el coro del himno 495 («Mi alma ha recibido gracia») —*«Mi alma ha recibido gracia y, habiendo dejado atrás la pesada carga del pecado, veo que este mundo lleno de dolor se ha transformado en el cielo; (Coro) ¡Aleluya, alabemos! Habiendo recibido el perdón de todos mis pecados y caminando con el Señor Jesús, cualquier lugar donde esté se convierte en el cielo»*—: sepa que Dios le dará la bienvenida en su presencia.

No pongamos nuestra confianza en la riqueza.

«Los que confían en sus riquezas y se jactan de sus grandes caudales no pueden redimir a sus hermanos ni pagar a Dios su rescate, pues el rescate de una vida es demasiado costoso y el precio nunca podrá pagarse» (Salmo 49:6-8).

Ayer terminé de leer un libro titulado *Freedom from Financial Fear* (Libertad frente al temor financiero), del reverendo James Kennedy. Compré el libro no solo porque el título llamó mi atención, sino también por el autor. Al terminarlo, resumí algunos puntos que invitan a la reflexión. Uno de ellos es que diezmar a Dios no es una cuestión de finanzas, sino de fe. El problema de fe surge porque no creemos en la promesa que Dios nos dio en Malaquías 3:10: «Traigan íntegro el diezmo a los graneros, para que haya alimento en mi casa. Pruébenme en esto —dice el Señor Todopoderoso— y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes tanta bendición que no haya lugar suficiente para almacenarla». En consecuencia, no solo perdemos las bendiciones de Dios —quien cumple sus promesas—, sino que tampoco experimentamos la libertad frente al temor financiero. En cambio, terminamos viviendo preocupados y ansiosos por asuntos económicos. Sin embargo, surge un problema aún más grave cuando nuestra riqueza aumenta a pesar de no creer en las promesas de Dios ni entregar el diezmo completo. Esta es una cuestión más seria porque, en tales situaciones, nuestro instinto es confiar en esa abundancia de riqueza. No hacer de Dios nuestra fortaleza es un problema grave (Salmo 52:7). En el Salmo 49, el salmista describe cómo se veía rodeado de enemigos malvados (versículo 5): personas que confiaban en su riqueza y se jactaban de sus caudales (versículo 6). Eran necios que confiaban en sí mismos en lugar de confiar en Dios (versículo 13). Su necedad radicaba en

no comprender que ninguna cantidad de dinero podía salvar la vida de otra persona ni pagar el precio del rescate a Dios (versículo 7). No entendían que el costo de redimir una vida humana es tan inmenso que jamás podría pagarse (versículo 8). No comprendieron que, a pesar de su inmensa riqueza, ningún pago podía permitir a una persona vivir para siempre y escapar de la muerte (versículos 8–9). Además, actuaron con insensatez porque, en el fondo, creían que sus hogares perdurarían eternamente (versículo 11). No se dieron cuenta de que, al morir, no podrían llevarse nada consigo a la tumba (versículo 17). No vieron que finalmente dejarían sus riquezas a otros (versículo 10). No entendieron que, por mucha satisfacción que hallaran en este mundo o por muchos elogios que recibieran por su éxito, acabarían muriendo como sus antepasados y nunca más verían la luz de la vida (versículos 18–19). ¿Qué sentido tiene vivir en medio del esplendor mundano? (versículo 20). Pues, por mucha gloria de la que disfruten las personas, no pueden vivir para siempre (versículo 12). En última instancia, están destinadas a la muerte (versículo 14); todas perecerán y su belleza se desvanecerá (versículo 14). No se percatan de que sus tumbas se convertirán en sus hogares eternos, donde habitarán para siempre (v. 11). Quienes carecen de tal entendimiento son como las bestias que perecen (vv. 12, 20). Sin embargo, el salmista comprendía todo esto, pues poseía sabiduría y discernimiento (v. 3). También sabía que Dios lo recibiría y libraría su alma del poder de la muerte (v. 15). Por ello, nos invita a todos a escuchar con atención (vv. 1–2). Nos dice: «No se desanimen al ver a otros acumular riquezas y aumentar el prestigio de sus familias» (v. 16).

No debemos ser insensatos que confían en las riquezas. No debemos ser como las bestias que carecen de entendimiento. Debemos reconocer la verdad: Dios pagó un precio inmenso para redimir nuestras almas del poder de la muerte. ¿Cuál fue ese precio? Su Hijo unigénito, Jesús, se hizo maldición por nosotros para redimirnos de la maldición de la ley (Gálatas 3:13). Dios expió todos nuestros pecados mediante la muerte sacrificial de su único Hijo en la cruz (Hebreos 2:17; Salmo 130:8). Hemos obtenido la redención —el perdón de los pecados— en el Hijo de Dios (Colosenses 1:14). Mediante la redención que hay en Cristo Jesús, hemos sido justificados gratuitamente por la gracia de Dios (Romanos 3:24) y hemos recibido la

condición de hijos de Dios (Gálatas 4:5). Así, hemos sido redimidos sin dinero (Isaías 52:3). Dios nos redimió a través de la muerte sacrificial de su Hijo unigénito, Jesús, en la cruz, salvando nuestras almas del poder de la muerte (Salmo 49:15). Por tanto, debemos confiar en Dios. Debemos hacer de Dios la fortaleza de nuestra salvación (52:7).

El cristiano semejante a las bestias

«El hombre, a pesar de sus riquezas, no perdura; es como las bestias que perecen… El hombre que tiene riquezas pero carece de entendimiento es como las bestias que perecen» (Salmo 49:12, 20).

Un cristiano semejante a las bestias es un necio (v. 13). Y el necio dice en su corazón: «No hay Dios» (53:1). En otras palabras, aunque un cristiano necio pueda afirmar con sus labios que confía en Dios, en su corazón no hace de Dios su fortaleza; más bien, confía en la abundancia de sus riquezas (52:7). Es decir, un cristiano semejante a las bestias es aquel que confía en su fortuna y se jacta de sus riquezas (49:6). Dios enseña a tales cristianos tres razones por las que confiar en las riquezas es una insensatez:

En primer lugar, confiar en las riquezas es una insensatez porque no podemos llevárnoslas con nosotros al morir.

Observemos el Salmo 49:17: «Porque al morir no se llevará nada consigo; su gloria no descenderá tras él». En esta vida —donde llegamos con las manos vacías y nos vamos con las manos vacías— no debemos temer (v. 16) ni envidiar (cf. Sal. 73) a una persona cuando se enriquece o cuando aumenta la gloria de su casa. La razón es que, al morir, esa persona no puede llevarse consigo sus riquezas ni su gloria (49:17). Aunque durante su vida se haya felicitado a sí misma —pensando: «Soy verdaderamente bendecido» o «Soy verdaderamente exitoso»— y haya recibido elogios de otros (v. 18), finalmente volverá a la generación de sus antepasados al morir y nunca más verá la luz (v. 19); por lo tanto, no

debemos confiar en las riquezas. En segundo lugar, confiar en las riquezas es una insensatez porque, al morir, veremos que debemos dejar esas riquezas atrás para otros.

Observemos el Salmo 49:10: «Porque ve que aun los sabios mueren; tanto el necio como el insensato perecen y dejan sus riquezas a otros». No necesitamos envidiar la prosperidad de los impíos. No necesitamos codiciar la abundante riqueza de los impíos. La razón es que «la riqueza del pecador está reservada para el justo» (Proverbios 13:22). Por tanto, no debemos confiar en la riqueza. La riqueza no dura para siempre (27:24). La riqueza es pasajera (23:5). De hecho, dado que la riqueza echará alas y volará como un águila que se eleva en el cielo, no debemos fijar nuestros ojos en tales riquezas vanas (versículo 5). No debemos confiar en la abundancia de riquezas.

Finalmente, la tercera razón por la que confiar en la riqueza es insensatez es que no podemos redimir nuestras vidas con ella.

Observemos el Salmo 49:7–8: «Ningún hombre puede redimir la vida de otro ni dar a Dios un rescate por él —pues el rescate de una vida es costoso y ningún pago basta jamás— para que viva para siempre y no vea la corrupción». Por mucha riqueza que uno posea, esta no puede redimir a un ser humano de la muerte. La redención de nuestras vidas es de inmenso valor; no puede lograrse con dinero. No podemos asegurar la vida eterna en el cielo, libre de corrupción, mediante grandes riquezas. Puesto que nunca podremos redimir nuestras vidas con la riqueza, no debemos confiar en ella.

El cristiano que actúa como una bestia es insensato e ignorante (Salmo 73:22). Además, ese cristiano insensato y semejante a una bestia envidia a los arrogantes al ver la prosperidad de los impíos (v. 3). Al observar a los impíos arrogantes —cuyas ganancias superan los deseos de sus corazones (v. 7) y cuya riqueza sigue creciendo (v. 12)—, el cristiano que actúa como bestia compara su situación con la de ellos, marcada por una aflicción constante (v. 14), y concluye que mantener puro su corazón fue verdaderamente en vano (v. 13). En

consecuencia, este cristiano intenta servir tanto a Dios como a la riqueza (Mateo 6:24). Tal cristiano convierte la riqueza en un ídolo y ama el dinero (1 Timoteo 6:10; 2 Timoteo 3:2). Aunque no puede llevarse su riqueza consigo al morir —sino que debe dejarla para otros—, el cristiano que actúa como bestia confía en esa riqueza y se jacta de sus bienes (Salmo 49:6). ¿Podría ser que tú o yo seamos cristianos tan semejantes a las bestias?

«¡Ay! ¿Y sangró mi Salvador? ¿Y murió mi Soberano? ¿Dedicó Él esa cabeza sagrada por un gusano como yo?» (Himno 141, estrofa 1).

Hipocresía

[Salmo 50]

En el libro *The Integrity Advantage* (La ventaja de la integridad), de Adrian Gostick y Dana Telford, se describen diez características de una persona íntegra. La tercera de estas características es "admitir honestamente cuando se comete un error". Con respecto a este rasgo, los autores hacen una afirmación profunda: "Un error no es una falta grave; la falta verdaderamente grave es el acto de intentar encubrirlo". Sin embargo, nuestro instinto es tratar de ocultar nuestros errores. En otras palabras, ocultar nuestros pecados es propio de nuestra naturaleza pecaminosa. Quizás por eso existe el concepto de "hipocresía". ¿Qué es la hipocresía? El significado hebreo apunta a "alguien que se oculta" o a un "simulador". En el Nuevo Testament, la palabra griega *hypokritēs* —que originalmente se refería a un actor que llevaba una máscara en el escenario— pasó a significar hipócrita o simulador. Este término describe una actitud falsa —a menudo presente entre personas religiosas— caracterizada por una apariencia externa de piedad desprovista de su poder real. La hipocresía describe acertadamente el estado de aparentar ser un cristiano devoto por fuera, mientras se alberga falsedad e hipocresía en el interior. Los fariseos eran los hipócritas por excelencia de la época de Jesús. De alguna manera, reflexionar sobre la hipocresía trae a la mente el pecado de David, sobre el cual medité durante la reunión de oración de esta mañana. David intentó enviar a Urías con su esposa embarazada, Betsabé, en un esfuerzo por encubrir su propio pecado; cuando el leal Urías se negó a ir a casa, David conspiró con el general Joab para que este fiel soldado muriera a espada a manos de un gentil. Entonces Dios envió al profeta Natán para exponer el pecado de David, quien había estado tratando de ocultarlo todo. Dios le declaró: "Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto a plena luz del

día ante todo Israel" (2 Samuel 12:12). Aunque cometamos pecados en secreto, el Dios santo es quien expone nuestros pecados ante todos.

En el pasaje de hoy, Salmo 50:5, Dios ordena: "Reúnan ante mí a mis santos". Aquí, el salmista Asaf define a los "santos" como aquellos que han hecho un pacto con Dios mediante el sacrificio. Al aplicar esto a nuestras vidas, podemos identificar a los cristianos —quienes han entrado en un nuevo pacto con Dios mediante el sacrificio de Jesús en la cruz— como «mis santos», o los santos de Dios. ¿Por qué ordena Dios que Sus santos sean reunidos ante Él? La razón residía en la hipocresía del pueblo de Israel, que eran los santos de Dios (Park Yun-sun). Espero sinceramente que, al reflexionar sobre tres puntos acerca de lo que Dios quiere decir a estos santos hipócritas cuando los reúne, podamos prestar atención a Su reprensión y aprovechar esto como una oportunidad para el arrepentimiento.

En primer lugar, Dios declara que juzgará nuestra hipocresía (Salmo 50:1–6).
Observemos el Salmo 50:6: «Los cielos proclaman su justicia, porque Él es un Dios de justicia (Selah)». El salmista Asaf declara que Dios, el Juez, proclama pública y universalmente Su justicia al juzgar al hipócrita pueblo de Israel. Asaf destaca con fuerza la magnitud de los pecados cometidos por estos israelitas hipócritas de la siguiente manera:

(1) Llama a todos los habitantes de la tierra a presenciar la escena del juicio contra los israelitas hipócritas (versículo 1).

Esta es una declaración de juicio aterradora: aunque los israelitas hipócritas cometan pecados en secreto, Dios los sacará a la luz, y lo hará públicamente, invitando a todos a presenciar dicha exposición. Este mensaje también se aplica a nosotros. Significa que si nosotros, como hijos de luz, no reprendemos (exponemos) las obras de las tinieblas y, en cambio, participamos en ellas, el Dios santo expondrá nuestros pecados ante todos (Efesios 5:11).

(2) Cuando Dios juzga a los israelitas hipócritas, lo hace principalmente a través de Su Palabra revelada (versículo 2); un juicio descrito como temible, semejante al fuego o a una tormenta furiosa (versículo 3).

Esto significa que Él juzga conforme a la verdad (la luz) de la iglesia verdadera establecida por Dios. Jesús también afirmó que Su palabra sería, en última instancia, la base del juicio (Juan 12:48). El Salmo 119:130 dice: «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos». Nos volvemos insensatos cuando persistimos en cometer pecados en secreto. Nuestros corazones también se endurecen. Dejamos de considerar el pecado como pecado. A tales personas de corazón insensible, Dios hace resplandecer Su Palabra en nuestros corazones, permitiéndonos reconocer nuestro pecado.

(3) Se dice que Dios juzga primero a los creyentes hipócritas (versículo 4).

El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dado que la Iglesia de Dios ha recibido bendiciones únicas, conlleva una gran responsabilidad. Por tanto, el juicio comienza por la casa de Dios (la iglesia) (1 Pedro 4:17)».

En segundo lugar, Dios nos advierte contra nuestro formalismo hipócrita (Salmo 50:7-15).

Observemos el Salmo 50:7: «Escucha, pueblo mío, y hablaré; escucha, Israel, y testificaré contra ti; ¡yo soy Dios, tu Dios!». Aquí, Dios dice que «testificará contra» el Israel hipócrita; al hacerlo, advierte contra la hipocresía —es decir, el formalismo— del pueblo de Israel. Ese formalismo consistía en que los judíos de aquella época creían poder satisfacer a Dios simplemente visitando el templo y ofreciendo sacrificios (Park Yun-sun). A los israelitas, absortos en la realización de rituales externos en lugar de adorar a Dios en espíritu y en verdad, el salmista Asaf les ofrece tres lecciones sobre la adoración:

(1) Nos instruye a ofrecer sacrificios (adoración) con acción de gracias (versículo 14).

¿Por qué debemos ofrecer sacrificios (adoración) a Dios con acción de gracias? La razón es que hacerlo glorifica a Dios (v. 23). Además, quien ofrece un sacrificio de acción de gracias vive una vida de gratitud, no limitándose a dar gracias con los labios. No solo adoran a Dios con acción de gracias, sino que viven una vida de adoración.

(2) Se nos dice que cumplamos nuestros votos a Dios (v. 14b).

Una característica de la persona fiel es que cumple invariablemente sus promesas. Sin embargo, ¿cuántas personas fieles que cumplen sus promesas vemos a nuestro alrededor hoy en día? Vivimos en un mundo donde resulta verdaderamente difícil encontrar personas dignas de confianza. En consecuencia, uno podría preguntarse: «Si una persona no cumple las promesas hechas a los demás, ¿cómo podría cumplir una promesa hecha a Dios?». El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Cumplir una promesa hecha a Dios puede considerarse un acto que evita la interrupción de la gracia divina». Por tanto, quienes adoran verdaderamente a Dios deben cumplir los votos que le han hecho para no cortar el flujo de su gracia.

(3) Se nos insta a invocar a Dios en el día de la angustia (v. 15).

Dios desea la oración —una expresión de fe— más que la ofrenda de meros sacrificios rituales.

Por último, el tercer punto es que Dios señala los pecados de nuestra hipocresía (Salmo 50:16–22).

¿Cuál era el pecado del pueblo hipócrita de Israel? En resumen, consistía en profesar piedad con sus palabras mientras incumplían los mandamientos de Dios (Park Yun-sun). Observemos el versículo 16 del Salmo 50: «Pero al impío Dios le dice: "¿Qué derecho tienes tú de declarar mis estatutos o de tomar mi pacto en tu boca?"». Este pasaje reprende al pueblo hipócrita de Israel por profesar la religión de Dios solo de palabra (Park Yun-sun).

Veamos el versículo 17: «Aborreces la instrucción y echas a tus espaldas mis palabras». ¿Qué significa esto? Los israelitas hipócritas aborrecían la instrucción de Dios y echaban sus palabras a sus espaldas. ¿No es esta también nuestra hipocresía y nuestro pecado? ¿Acaso no somos nosotros quienes, tras recibir la Palabra de Dios y salir del santuario en el Día del Señor, echamos esa Palabra a nuestras espaldas al adentrarnos en el mundo y pecar nuevamente contra Dios? ¿Por qué vivimos relegando la Palabra de Dios a un segundo plano y tratándola con desprecio? Calvino identifica la causa de la siguiente manera: «La marca de quien profesa una religión hipócrita es la falta de reverencia hacia la Palabra de Dios». Es esta falta de reverencia hacia Dios la que nos lleva a cometer el pecado de aborrecer su Palabra y echarla a nuestras espaldas.

En el pasaje de hoy, ¿qué mandamientos específicos de Dios quebrantó el pueblo de Israel —que no temió a Dios y actuó con hipocresía—?

(1) El pueblo de Israel violó el séptimo y el octavo de los Diez Mandamientos.

Observe el versículo 18: «Cuando veías al ladrón, te unías a él; con los adúlteros te asociabas». La frase «cuando veías al ladrón, te unías a él» se refiere a la violación del octavo mandamiento: «No hurtarás»; mientras que «con los adúlteros te asociabas» alude a la violación del séptimo mandamiento: «No cometerás adulterio».

(2) Violaron el noveno de los Diez Mandamientos.

Observe el versículo 19: «Tu boca empleas para el mal y tu lengua para el engaño». Esto viola el noveno mandamiento: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio».

(3) Fue el pecado de no amar al hermano.

Observe el versículo 20: «Te sientas y hablas contra tu hermano; difamas al hijo de tu propia madre». Este es un pecado que viola el sexto mandamiento: «No matarás». La razón es que «todo aquel que aborrece a su hermano es homicida» (1 Juan 3:15). Dios advirtió al hipócrita pueblo de Israel y los instó a arrepentirse; sin embargo, ellos creyeron erróneamente que Dios era tan indiferente al pecado como ellos (Salmo 50:21). En otras palabras, pensaban que Él no juzgaría el pecado. Por consiguiente, persistieron en sus caminos pecaminosos. Como Dios guardaba silencio mientras ellos seguían pecando, asumieron que Él era igual a ellos: indiferente al pecado. No obstante, Dios los reprendió y declaró que juzgaría y castigaría sus pecados uno por uno. En el pasaje de hoy, el Salmo 50:22, Él lanza esta advertencia: «Considerad esto, los que os olvidáis de Dios, no sea que os despedace sin que haya quien os libre». El pueblo de Israel, que había pecado y tratado con desprecio la palabra de Dios, había olvidado no solo Su palabra, sino al propio Dios. Por eso les instó a «considerar esto»: a reflexionar sobre el hecho de que Él señalaría sus pecados, advertiría contra su formalismo vacío y, finalmente, ejecutaría juicio sobre ellos. No hacerlo acarrearía la ira y la disciplina de Dios, sin que quedara nadie para salvarlos.

¿Acaso el mensaje del Salmo 50 —dirigido originalmente a los israelitas hipócritas— no se aplica a nosotros hoy en día? Dios nos ha reunido en su casa y nos dirige estas mismas palabras. Dios nos advierte contra nuestra hipocresía y señala nuestros pecados con detalle; declara que juzgará nuestra hipocresía. Al escuchar esta palabra de Dios, debemos arrepentirnos del pecado de la hipocresía. Debemos adorar a Dios con un corazón agradecido, cumplir los votos que hemos hecho y vivir una vida de obediencia a los mandamientos divinos. Debemos practicar la verdadera adoración y vivir una vida que sea, en sí misma, un acto de adoración.

La adoración perfecta que agrada a Dios

[Salmo 51]

En su libro *El pecado y la tentación* (Sin and Temptation), el reverendo John Owen afirma que el pecado se opone a Dios de cuatro maneras: (1) El pecado se opone a Dios incitando los deseos de la carne (Gálatas 5:17). Nuestros corazones albergan una inclinación secreta hacia el mal; poseen una tendencia habitual a cometer actos indebidos. Satanás utiliza los deseos de la carne para aliarse con el pecado y avivar las llamas del mal. (2) El pecado se opone a Dios provocando conflicto y contienda (Romanos 7:23; Santiago 4:1; 1 Pedro 2:11). Este conflicto conlleva tres elementos: primero, el rechazo de la gracia; segundo, un ataque al alma para tomar el control; y tercero, la alteración de las emociones. (3) El pecado se opone a Dios tomando cautiva al alma (Romanos 7:23). El concepto de cautividad ante el pecado implica cuatro cosas: primero, el poder del pecado es tan inmenso que nos ata como esclavos; segundo, el pecado nos captura mediante intentos y éxitos repetidos; tercero, este estado de esclavitud es profundamente miserable; y cuarto, este concepto de cautividad se aplica específicamente a los creyentes. Aquellos que no han nacido de nuevo nunca son mantenidos cautivos por la ley del pecado. (4) El pecado se opone a Dios conduciendo gradualmente a la persona hacia la locura (Eclesiastés 9:3). Satanás aviva una pequeña chispa hasta convertirla en un incendio voraz. Satanás se aprovecha de nuestro historial de pecado para atraernos a cometer más pecados, y pecados aún mayores.

¿Por qué sucede que, incluso después de haber pecado y de que dicho pecado ha sido expuesto por la revelación de la Palabra de Dios, no sentimos el dolor de nuestra propia transgresión? ¿Por qué carecemos de un sentido profundo de la gravedad del pecado? Hay

dos razones para ello: primero, nuestros espíritus se han entumecido porque amamos y valoramos el mundo más que a Dios. Segundo, albergamos una mentalidad de justicia propia. Esta actitud de justicia propia es: (1) falsa, (2) un acto de arrogancia que pretende ser más sabio que Dios, (3) una negación pecaminosa de la autoridad de la Palabra de Dios y (4) un pecado que blasfema contra la preciosa sangre de Cristo. En el Salmo 51:19, el salmista David confiesa: "Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda quemada totalmente; entonces se ofrecerán becerros sobre tu altar". La frase "te agradarán los holocaustos" nos enseña que debemos ofrecer el tipo de adoración completa y sincera que agrada a Dios. ¿Cómo podemos hacerlo? Debemos comprender qué desea Dios de nosotros al adorarle. Por ello, centrándome en el texto de hoy, deseo reflexionar sobre una o dos cosas que Dios requiere de nosotros para que podamos ofrecer una adoración que verdaderamente le agrade. Es mi ferviente oración que, mediante este proceso, todos seamos establecidos como verdaderos adoradores que ofrecen la adoración completa que trae gozo a Dios. En primer lugar, lo que Dios desea de nosotros es "verdad en lo íntimo".

Observemos el Salmo 51:6: "He aquí, tú deseas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me harás comprender sabiduría". El miércoles pasado, al meditar en el Salmo 50, reflexionamos sobre el tema de la hipocresía. Al hacerlo, también consideramos brevemente la hipocresía de David. David intentó encubrir su pecado enviando a Urías a casa de Betsabé (con quien había cometido adulterio); cuando el leal Urías se negó a ir a su hogar, David conspiró con el general Joab para que este fiel soldado fuera asesinado a espada por los gentiles. Dios envió al profeta Natán para exponer el pecado de David, quien había estado tratando de ocultarlo todo. Dios le dijo: "Porque tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto delante de todo Israel, a plena luz del sol" (2 Samuel 12:12). Podemos cometer pecados en secreto, pero el Dios santo es quien expone nuestros pecados ante todos.

¿Qué debemos hacer, entonces, cuando Dios expone los pecados cometidos en secreto? Debemos arrepentirnos de nuestros pecados con verdad en el corazón.

(1) Debemos confesar nuestros pecados. Observemos el pasaje de hoy, Salmo 51:3–4: «Porque yo reconozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos...». Consideremos también 2 Samuel 12:13: «David dijo a Natán: "He pecado contra el Señor"...». David reconoció y confesó su pecado ante el profeta Natán, quien se lo había señalado. Llegó a ver su pecado desde la perspectiva de Dios. En consecuencia, su confesión fue: «He hecho lo malo ante tus ojos». En otras palabras, David confesó: «Señor, he cometido el mal a tu vista». ¿Fue algo fácil de hacer? Creo que no fue nada fácil. La razón es que, cuando Dios saca a la luz un pecado que hemos cometido, a menudo resulta más difícil confesárselo a Él que a otra persona. ¿Cuál fue el pecado que cometió David? Podríamos pensar en transgresiones de los Diez Mandamientos: asesinato (el sexto mandamiento), adulterio (el séptimo), robo (el octavo), falso testimonio (el noveno) o codicia (el décimo). Al respecto, el profeta Natán señaló el pecado de David de la siguiente manera: «¿Por qué menospreciaste la palabra del Señor haciendo lo malo ante mis ojos?» (2 Samuel 12:9). En resumen, el pecado de David puede describirse como «menospreciar a Dios» (versículo 10). Sin embargo, David no se detuvo ahí; llegó a ver la verdadera naturaleza de su iniquidad. Así, en el pasaje de hoy —Salmo 51:5—, David confiesa: «En iniquidad nací, y en pecado me concibió mi madre». David se dio cuenta de que su propia existencia estaba manchada por el pecado desde su inicio. Llegó a percibir la naturaleza profundamente arraigada de su pecado. Esto también es gracia de Dios. Dios concedió a David la sabiduría (v. 6) para percibir el verdadero estado de lo más profundo de su alma (Park Yun-sun).

(2) Debemos buscar la compasión y la misericordia de Dios. Observemos el Salmo 51:1, el texto de hoy: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu amor inagotable; conforme a tu gran compasión, borra mis transgresiones». Al confesar el pecado tras haberlo cometido, lo único en lo que podemos apoyarnos es en el amor inagotable del Señor y en su misericordia. La razón es que, sin el amor inagotable y la misericordia de Dios, es imposible recibir el perdón de los pecados. Por tanto, al igual que David, no tenemos más remedio que suplicar: «Oh Dios, ten piedad de mí».

(3) Debemos implorar a Dios que lave nuestros pecados.

Observemos el Salmo 51:2 y 7, el texto de hoy: «Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado» (v. 2); «Purifícame con hisopo y quedaré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve» (v. 7). Existen dos tipos de arrepentimiento: el arrepentimiento legalista y el arrepentimiento evangélico (Park Yun-sun). El arrepentimiento legalista es una oración dirigida a Dios motivada por la preocupación ante el castigo del pecado, más que por el pecado mismo. El arrepentimiento evangélico, en cambio, no nace de la preocupación por el castigo, sino de la inquietud por las consecuencias de la transgresión: a saber, haber oscurecido la gloria de Dios, haber dado a los enemigos del Señor la oportunidad de blasfemar (2 Samuel 12:14) y haber quedado separado de Dios. David ofreció a Dios un arrepentimiento arraigado en el Evangelio. El lenguaje que empleó —expresiones como «borra mis transgresiones», «lávame a fondo de mi maldad» y «límpiame de mi pecado»— indica que no oraba para que Dios lo eximiera del castigo anunciado por el profeta Natán (2 Samuel 12:11–14); más bien, suplicaba que Dios limpiara la impureza que había roto su comunión con Él (Park Yoon-sun).

Debemos confesar nuestros pecados a Dios con sinceridad de corazón y arrepentirnos verdaderamente. Se informa que el pastor de una gran iglesia hizo recientemente la siguiente confesión ante su congregación: «Cometí adulterio, quebrantando así el séptimo mandamiento ante Dios... He pasado los últimos dos meses en un estado semejante a la muerte», dijo entre lágrimas. Además, confesó: «Nuestro Señor, que perdonó a David por su adulterio y perdonó a la mujer sorprendida en el acto de adulterio, ha perdonado también mi pecado. Sin embargo, aunque he recibido el perdón de Dios, me resulta insoportable pensar en la sensación de traición y en la carga que he impuesto a la congregación».

En segundo lugar, lo que Dios desea de nosotros es un «espíritu quebrantado».

Observemos el Salmo 51:17: «Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». ¿Qué es este «espíritu quebrantado» del que se habla aquí? Es un «corazón quebrantado y contrito». Se refiere a un estado mental en el que la dureza y la arrogancia del espíritu se transforman, llevando a la persona a comprender que no hay nadie más que Dios capaz de traer salvación (Park Yun-sun). Por ello, David clamó a Dios con un espíritu quebrantado: «Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación...» (versículo 14). Un espíritu quebrantado caracteriza al creyente que, en arrepentimiento, considera sus propias acciones como profundamente viles. Tal persona ya no siente ninguna sensación de importancia personal (Park Yun-sun). A partir de ese momento, la hipocresía dejó de hallarse en él. Por eso David dijo: «Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto» (versículo 16). Había llegado a comprender que Dios no desea una adoración ofrecida en medio de la hipocresía religiosa. Confiesa la verdad de que Dios no quiere una adoración realizada por costumbre mientras se ocultan los pecados y sin un arrepentimiento genuino. David ya no confiaba en sí mismo; en cambio, se acercaba a Dios con peticiones, creyendo que solo Dios podía salvarlo. ¿Cuál fue, entonces, la oración que David elevó mientras suplicaba humildemente a Dios y confiaba plenamente en Él? (1) David suplicó a Dios, el Creador, que renovara en él un corazón puro y un espíritu firme.

Observemos el texto de hoy, Salmo 51:10: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí». David deseaba evitar volver a pecar y, al comprender que la única manera de lograrlo era mediante la recreación de su corazón, presentó su petición a Dios. Al hacerlo, pidió a Dios que «renovara un espíritu firme»; es decir, oró por un corazón que confía firmemente en el Señor (Park Yun-sun).

(2) David suplicó la presencia de Dios. Observemos el texto de hoy, el Salmo 51:11: «No me eches de tu presencia, ni quites de mí tu Santo Espíritu». David oró para no ser separado de Dios (Park Yun-sun).

(3) David suplicó a Dios por su restauración.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 51:12: «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente». ¿Qué clase de restauración buscaba él?

(a) En primer lugar, buscaba la restauración del gozo de la salvación (versículo 12).

El pecado nos roba el gozo o la alegría. En otras palabras, cuando desobedecemos los mandamientos de Dios y pecamos, nos vemos atormentados por la culpa y perdemos el verdadero gozo que Dios provee. Por ello, tras arrepentirse, David pidió a Dios que le devolviera el gozo de Su salvación. (b) La segunda restauración que David buscaba era la restauración del servicio.

Observemos el Salmo 51:13: «Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti». Tras recibir la gracia de Dios mediante el arrepentimiento, David prometió guiar a otros hacia Dios (Park Yun-sun).

(c) Finalmente, la tercera restauración que David buscaba era la restauración de la alabanza (adoración).

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 51:14-15: «…mi lengua cantará con júbilo tu justicia. Señor, abre mis labios, y proclamará mi boca tu alabanza». Ciertamente, una de las restauraciones más cruciales es, sin duda, la restauración de la adoración y la alabanza.

Hace poco leí un artículo sobre un incidente en el que el pastor de una gran iglesia quebrantó el séptimo mandamiento; el texto decía lo siguiente: «¿Qué es lo que Dios requiere de nosotros en esta época? Ciertamente no son magníficos edificios eclesiásticos, sofisticados programas de capacitación, eventos multitudinarios ni personas talentosas. Lo que Dios busca de nosotros es un corazón quebrantado y contrito. Sin dormitar ni dormir,

Dios espera que los hijos pródigos, que han abandonado el abrazo del Padre, se arrepientan y regresen» (Internet). Lo que Dios desea es que nos arrepintamos ante Él con un corazón quebrantado.

Para ofrecer la adoración plena que agrada a Dios, debemos comprender qué es lo que Él desea de nosotros. No es otra cosa que «verdad en lo íntimo» y un «corazón quebrantado». Debemos arrepentirnos de nuestros pecados con sinceridad en el corazón. Además, debemos buscar a Dios con diligencia y con un espíritu contrito. Hemos de orar por la renovación de un espíritu firme en nuestro interior, así como por la presencia y la restauración de Dios. También debemos orar por la restauración del gozo de la salvación, del espíritu de servicio y de un corazón de alabanza y adoración.

"Confiaré en el amor inagotable de Dios para siempre"

[Salmo 52]

"Confío en el amor inagotable de Dios para siempre".

El psicólogo Larry Crabb dijo una vez: "Anhelamos tener relaciones. Y, precisamente porque las anhelamos, sufrimos heridas". Si bien el anhelo de relacionarnos es un instinto humano, también lo es el instinto de evitar las relaciones cuando hemos sido heridos en ellas. Hay momentos en que el dolor sufrido hace que incluso nuestro deseo saludable de una conexión profunda se marchite. En otras palabras, debido a las heridas infligidas en relaciones pasadas, dejamos de buscar la intimidad por completo o dudamos en perseguirla.

¿Cómo está tu corazón durante esta Semana de la Pasión? Personalmente, siento cierta angustia al comenzar este tiempo. La raíz de esta angustia reside en la naturaleza imperfecta del amor humano; específicamente, en la pesadez, el dolor y la angustia que surgen de un amor humano destinado a fallar una y otra vez. Sin embargo, curiosamente, esa misma pesadez y ese dolor me han llevado a meditar en el pasaje bíblico de hoy, impulsándome a confiar aún más en el amor de Dios: un amor que nunca falla. Me aferro al versículo del Salmo 63:3 que Dios me dio cuando nació mi primer hijo, Juyoung: "Porque tu amor inagotable es mejor que la vida, mis labios te alabarán". Mientras preparaba este sermón sobre el Salmo 52, abrí el álbum de fotos de Juyoung para mostrárselas a mi hija, Yea-eun; al hacerlo, me encontré meditando una vez más en el amor eterno e inagotable de

Dios. En el Salmo 52:8, David hace esta confesión y resolución: "Pero yo soy como un olivo verde en la casa de Dios; confío en el amor inagotable de Dios para siempre". Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre tres aspectos de la vida de un creyente que confía en el amor inagotable de Dios para siempre y, de este modo, recibe la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, aquellos que confían en el amor inagotable de Dios ven y temen.

Observa la primera parte del Salmo 52:6: "Los justos verán y temerán...". ¿Qué es lo que debemos ver y a quién debemos temer? Esto significa que debemos reconocer que Dios castiga infaliblemente a los pecadores y, en consecuencia, temer a Dios. Sin embargo, parece que carecemos de esta clase de reverencia y temor hacia Él. ¿A qué se debe esto? Creo que se origina en no distinguir entre el perdón del pecado y las consecuencias del pecado. En otras palabras, aunque creemos que arrepentirse tras cometer un pecado conduce al perdón, también solemos asumir que las consecuencias de dicho pecado desaparecen simplemente porque hemos sido perdonados. En su libro *Sin and Temptation* (El pecado y la tentación), John Owen afirmó: «...Es un error pensar que uno puede pecar y simplemente ser perdonado por gracia en cualquier momento». Estamos abusando de la gracia. Cometer pecado sin darle la debida importancia no puede considerarse una actitud de fe adecuada. Tendemos a depositar más fe y confianza en Dios como Aquel que perdona el pecado que como Aquel que inevitablemente lo castiga. Por consiguiente, carecemos de un temor adecuado hacia Dios y no sentimos el pavor necesario al cometer pecado.

Creo que es preciso distinguir entre el perdón del pecado y las consecuencias del pecado. Encuentro un ejemplo de esto en la vida de David. Tras pecar contra Dios y ser reprendido por el profeta Natán, David confesó su pecado y se arrepintió; así, fue perdonado. No obstante, como resultado de su pecado, el primer hijo que tuvo con Betsabé murió, y su familia sufrió las horribles consecuencias de una violación, un asesinato y un golpe de

Estado. Otro ejemplo se encuentra en la relación entre David y Simei. Cuando David huía de Absalón, Simei lo maldijo y le arrojó piedras; aunque uno de los generales de David quiso matar a Simei, David se lo prohibió (2 Samuel 16:5-6, 9-10). Más tarde, cuando David regresó a Jerusalén tras la muerte de Absalón, Simei salió a recibirlo y David lo perdonó. Sin embargo, antes de morir, David instruyó a su hijo Salomón para que no considerara inocente a Simei (1 Reyes 2:8-9), reforzando así la idea de que el perdón del pecado y las consecuencias del pecado son cuestiones distintas.

El pecador que aparece en el pasaje de hoy, el Salmo 52, es un hombre llamado Doeg. Para identificar a este hombre: cuando David huía del rey Saúl, recibió ayuda de un sacerdote llamado Ahimelec. Doeg, el edomita, presenció esto e informó al rey Saúl; posteriormente, cumpliendo las órdenes de Saúl, Doeg se atrevió a masacrar a ochenta y cinco sacerdotes (1 Samuel 22:9–18). Al examinar tres aspectos del pecado de Doeg, debemos aprender la lección de que debemos temer a Dios y evitar cometer el mismo tipo de pecado.

(1) El pecado de Doeg fue el pecado de jactarse de sí mismo.

En otras palabras, el pecado de Doeg fue el orgullo. Observemos el Salmo 52:1, el texto de hoy: «¿Por qué te jactas del mal, oh hombre poderoso?...». Si incluso jactarse arrogantemente de las buenas obras es malo, ¡cuánto más perverso es jactarse del mal! (Park Yun-sun). Esta es una observación verdaderamente aguda: que «jactarse arrogantemente de las buenas obras es malo». Sin embargo, el hombre impío se jacta de su propia maldad (de sus planes malvados); ¡qué pecado tan perverso es ese! Debemos guardarnos del pecado arrogante de jactarnos de nosotros mismos. Debemos evitar el orgullo. Además, debemos prestar atención a las palabras de Jeremías 9:24: «Alábese en esto el que se alabe: en entenderme y conocerme, pues yo soy el Señor, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice el Señor». Debemos jactarnos de conocer a Dios. Reconocer que Dios es quien ejerce la misericordia, el juicio y la justicia —y jactarse en ese Dios— es, en cierto sentido, admitir que nosotros mismos no practicamos tal misericordia, juicio y justicia. Por eso el apóstol

Pablo dice: «El que se gloría, gloríese en el Señor» (1 Corintios 1:31). ¿De qué podemos jactarnos en el Señor? ¿Acaso no es de nuestra insensatez y debilidad? ¿Por qué habríamos de jactarnos de nuestra insensatez y debilidad? La razón es «para que nadie se jacte en la presencia de Dios» (versículo 29). (2) El pecado de Doeg fue un pecado cometido con la lengua.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 52:2–4: «Tu lengua maquina destrucción; es como una navaja afilada, oh artífice de engaño. Amas el mal más que el bien, y la mentira más que decir lo que es justo. Amas todas las palabras que devoran, oh lengua engañosa». David describió la lengua engañosa del pecador como «una navaja afilada»; ¿qué es una navaja? A diferencia de un cuchillo común, ¿no es acaso un instrumento extremadamente afilado, capaz de cortar incluso algo tan fino como un cabello? El punto es que una lengua malvada es exactamente así: despedaza el corazón de la otra persona. El pecador usa su lengua para hablar con engaño y profiere palabras que causan heridas. Debemos tener cuidado con nuestra lengua. Debemos prestar atención y obedecer las palabras de Santiago 3:9–10: «Con ella [la lengua] bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a las personas que han sido creadas a imagen de Dios. De la misma boca proceden la bendición y la maldición. Hermanos míos, esto no debería ser así».

(3) El pecado de Doeg fue el pecado de asesinato.

Como se relata en 1 Samuel 22:18, Doeg mató a ochenta y cinco sacerdotes. Mató imprudentemente a los sacerdotes, quienes eran siervos de Dios. Aunque tal vez no cometamos un asesinato como lo hizo Doeg, 1 Juan 3:15 sugiere que podemos cometer el pecado de asesinato innumerables veces simplemente al odiar a un hermano. Debemos tener presente que Dios ciertamente nos disciplinará cuando cometamos tales pecados. Debemos abandonar la ilusión de que podemos evitar la disciplina racionalizando nuestras acciones con la idea de que seremos perdonados al arrepentirnos. Aquellos que confían eternamente en la misericordia amorosa de Dios deben temer a Dios.

En segundo lugar, aquellos que confían para siempre en la misericordia amorosa de Dios hacen de Él su fortaleza.

Observemos el Salmo 52:7: «Aquí está el hombre que no hizo de Dios su fortaleza, sino que confió en la abundancia de sus riquezas y se fortaleció mediante su propia maldad». La persona violenta —aquella que ama el mal más que el bien— confía en sus riquezas en lugar de en Dios, fortaleciéndose al causar la ruina de los demás. ¿Por qué sucede esto? Porque creen que el dinero es poder. Sin embargo, quien vive haciendo del dinero su fortaleza es verdaderamente insensato y digno de lástima; la razón es que, a la larga, será arruinado precisamente por ese dinero. Quienes persiguen el dinero encontrarán su ruina en él, mientras que quienes buscan a Dios vivirán gracias a Él. En el Salmo 73, el salmista Asaf —luchando con el contraste entre el sufrimiento de los justos y la prosperidad de los impíos— estuvo a punto de tropezar al sentir envidia de los malvados. No obstante, solo después de entrar en el santuario de Dios y presenciar el fin de ellos —ruina repentina, destrucción total y desolación— confesó su propia insensatez e ignorancia. Debemos comprender esto: confiar en el dinero es como apoyarse en una tela de araña (Job 8:14-15).

Necesitamos reconocer profundamente cuán impotentes, desvalidos e incapaces somos en realidad. El problema es que a menudo creemos poseer demasiada fuerza. En consecuencia, innumerables veces confiamos en nuestro propio poder, hablando y actuando exactamente como nos place. Todo —nuestros criterios, pensamientos, obstinación y afirmaciones— está excesivamente centrado en nosotros mismos. Por tanto, necesitamos despojarnos de esa autosuficiencia, aunque para ello sea necesario pasar por la adversidad o el sufrimiento. Al hacerlo, llegamos a confiar en el poder (la fortaleza) de Dios. Es por eso que el apóstol Pablo incluso se gloriaba de sus propias debilidades; buscaba que «el poder de Cristo reposara» sobre él (2 Corintios 12:9). El poder de Dios se perfecciona en la debilidad (versículo 9).

Solo Dios es nuestra fortaleza y nuestro baluarte. Aquellos que confían para siempre en la misericordia amorosa de Dios —y que se glorían de conocerle— reconocen que Él es su fortaleza y depositan su confianza únicamente en Él. Así, en el Salmo 18:1-2, David confesó y cantó: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía. El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador; mi Dios, mi roca, en quien me refugio; mi escudo y el poder de mi salvación, mi baluarte». Debemos tener presente que nuestra fortaleza reside en «confiar en silencio» (Isaías 30:15) en el Dios que es «mi fortaleza» y «mi baluarte».

Finalmente, el tercer punto: aquellos que confían en la misericordia de Dios dan gracias al Señor para siempre.

Consideremos el Salmo 52:9: «Te daré gracias para siempre, porque Tú lo has hecho; y esperaré en Tu nombre, porque es bueno, en presencia de Tus fieles». ¿Por qué dijo el salmista David que daría gracias al Señor para siempre? La razón es que «Tú lo has hecho» (versículo 9). En otras palabras, debido a que el Señor castigó al hombre violento —el impío que se jactaba de la maldad y practicaba el engaño con una lengua afilada como una navaja—, David dio gracias al Señor para siempre en presencia de Sus santos.

Dios es un Dios justo y santo que castiga a los impíos. Ya fuera Doeg o Saúl, aquellos que se opusieron a David y buscaron matarlo terminaron enfrentando el juicio de Dios. Así, David declaró: «Dios también te destruirá para siempre; te arrebatará, te arrancará de tu tienda y te desarraigará de la tierra de los vivientes (Selah)» (v. 5). David habla de cómo Dios castiga al impío de dos maneras:

(1) La frase «arrancarte de tu tienda» implica que Dios hace inseguro el mismo lugar donde el impío se sentía seguro.

La «tienda», considerada aquí como un lugar de seguridad, también puede representar la «abundancia de riquezas» en la que confiaba el impío. Sin embargo, cuando Dios castiga al

pecador, le despoja de esas riquezas, dejándolo así en una situación de inseguridad. Consideremos Hageo 1:6: «Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no os satisfacéis; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto».

(2) La frase «arrancarte de la tierra de los vivientes».

Esto significa una destrucción total como retribución por su extrema maldad (Park Yun-sun). En cambio, los justos —aquellos que confían en Dios para siempre— son «como olivo verde en la casa de Dios» (v. 8). Los creyentes que confían en nuestro Dios son como un olivo verde —un árbol de hoja perenne— plantado en la casa de Dios, firme e inquebrantable. Así como un árbol de hoja perenne conserva su follaje verde y vibrante incluso en lo más crudo del invierno, nosotros, los creyentes, vivimos experimentando la bondad y la misericordia inmutables de Dios en medio de cualquier adversidad o persecución, ofreciéndole nuestra acción de gracias dentro de Su casa.

Experimentamos la gran misericordia de Dios incluso en medio de un sufrimiento intenso. Cuanto más profundo es el dolor, más profunda y poderosamente experimentamos el amor de Dios. Al hablar de un sufrimiento extremo, es inevitable pensar en Jesús, quien tomó forma humana y murió en la cruz. Al contemplar a Jesús soportando la agonía suprema de la cruz, comprendemos el amor perfecto de Dios revelado a nosotros a través de Su muerte. Dios Padre derramó Su ira y castigo sobre Su Hijo unigénito —humilde, manso y sin pecado—, Jesús; ¿por qué permitió el Padre que Jesús fuera crucificado y muriera? Fue para nuestra salvación. ¿Cómo pudo Jesús —que es el Poder mismo— quedar despojado de poder y colgar de aquel madero maldito? Fue para expiar todos nuestros pecados. En última instancia, Dios Padre nos salvó al ejecutar el juicio sobre Dios Hijo en la cruz. ¿Cómo podríamos, entonces, dejar de alabar y dar gracias a Dios? Debemos dar gracias y alabanza al Señor por siempre jamás.

Los insensatos

[Salmo 53]

¿Qué es la «sabiduría»? Según Ken Gire, el concepto hebreo de sabiduría es el «arte de vivir». Él sugiere que este arte se aprende cultivando el hábito de escuchar con mayor sensibilidad la voz de Dios en nuestros corazones. C. S. Lewis comentó una vez: «Como criaturas, la mayor dignidad de los seres humanos no reside en tomar la iniciativa, sino en responder». Cuando Dios habla, escuchamos; cuando Él siembra la semilla, la recibimos. La siembra de la semilla representa el intento de Dios de restaurar el Edén dentro de los corazones humanos —que se asemejan a un desierto—, mientras que recibir la semilla es nuestra parte en la participación de esa obra. Necesitamos lo que Charles Swindoll llama «sabiduría del desierto». La palabra hebrea para «desierto» es *midbar*, que deriva de *dabar*, que significa «hablar». Dada esta raíz, el desierto puede entenderse como el lugar donde Dios habla: el lugar donde nos transmite sus mensajes más vitales. Por lo tanto, debemos entrar voluntariamente en el desierto, buscar un lugar tranquilo y escuchar la voz de Dios. Luego, debemos vivir una vida de obediencia a esa voz. Esta es la vida del sabio. Sin embargo, últimamente, Dios ha estado exponiendo continuamente mi propia insensatez. En particular, a través del libro *Love & Respect* (Amor y respeto) del Dr. Emerson Eggerichs, Él me ha revelado cuán lejos estoy de construir un matrimonio que se ajuste a los principios bíblicos. Al verme a mí mismo —fallando en aplicar la Palabra de Dios a mi matrimonio y exponiendo así mi propia insensatez—, me siento como… Como «un perro que vuelve a su vómito»: me doy cuenta de que yo también sigo repitiendo mis propias actitudes insensatas.

El Salmo 53:1 habla de «insensatos». Estos insensatos rodeaban y perseguían a David, el salmista (versículo 6). Si bien los «insensatos» de este pasaje se refieren a los impíos que buscaban perseguir y matar al justo David, deseo reflexionar sobre la verdadera naturaleza del insensato —basándome tanto en este pasaje como en el Salmo 14— para examinar la insensatez que hay en nosotros mismos. Mi oración es que, al reconocer nuestra propia insensatez mediante la revelación de la Palabra de Dios, podamos arrepentirnos y experimentar la gracia de la salvación divina. Que así se nos conceda la gracia de restaurar el gozo y la alegría que provienen de Dios.

En primer lugar, necios son aquellos que dicen en su corazón: «No hay Dios».

Observemos la primera parte del Salmo 53:1: «Dice el necio en su corazón: "No hay Dios"...». La palabra hebrea para «necio» es *Nabal*. Este es también el nombre del esposo de Abigail, quien aparece en la historia de David. En 1 Samuel 25, cuando Nabal respondió con maldad a las buenas acciones de David (versículo 21), su esposa Abigail —una mujer de buen juicio y belleza (versículo 3)— se acercó a David, cayó a sus pies con el rostro en tierra y pidió que la culpa recayera sobre ella misma (versículo 24). Al hacerlo, se refirió a su esposo de la siguiente manera: «...Por favor, señor mío, no haga caso de ese hombre malvado, Nabal; pues su nombre le va bien: se llama Nabal y es un necio...» (versículo 25). Al considerar a Nabal —el necio que pagó con maldad la bondad de David—, nos damos cuenta de que nosotros también somos «Nabales» ante Dios. En otras palabras, aunque Dios nos colma de bondad, nosotros respondemos a su bondad con pecado; por tanto, ante sus ojos somos como «Nabales».

En su comentario, el Dr. Park Yun-sun describió al «necio» como un «ateo práctico». A diferencia del ateo teórico, el ateo práctico es alguien que reconoce a Dios con sus palabras pero lo niega con sus acciones. Estos necios «habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido» (Romanos 1:21). Ciertamente, los necios conocen la existencia

de Dios; sin embargo, debido a que sus pensamientos se han vuelto vanos y sus corazones necios se han oscurecido, viven de una manera que lo niega. Reconocen a Dios con los labios, pero lo niegan con sus obras (Tito 1:16); Tito describe a tales personas como «rebeldes, habladores de vanidades y engañadores» (Tito 1:10). El consejo de Tito respecto a ellos es que «hay que taparles la boca». La razón es que, cuando los necios dentro de la iglesia reconocen a Dios solo de palabra mientras lo niegan con sus obras, toda la iglesia se arruina por causa de ellos (versículo 11).

En segundo lugar, los necios son aquellos que no hacen el bien.

Observemos la segunda parte del Salmo 53:1 y el versículo 3: «…se han corrompido e hicieron abominable maldad; no hay quien haga el bien» (v. 1b); «…todos se han desviado; a una se han corrompido; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno» (v. 3). Los necios pueden alabar a Dios con sus labios diciendo: «Dios es bueno», pero niegan la bondad de Dios al no practicar la bondad en sus vidas. Aunque hayan probado la bondad de Dios (Salmo 34:8), al haber abandonado toda buena obra, son malhechores que no hacen lo que es bueno. Sus malas acciones se describen como «corrupción» y «abominable maldad» (v. 1). Aquí, «corrupción» se refiere a la «corrupción moral», es decir, un estado de depravación tan extremo que no puede ser restaurado por el propio poder (Park Yun-sun). Finalmente, David describió su «abominable maldad» llamándolos «corruptos» (v. 3).

Dado que los necios dicen en su corazón que no hay Dios, no solo dejan de hacer el bien, sino que son incapaces de hacerlo. ¿Cómo podrían aquellos que niegan la existencia de un Dios bueno realizar buenas obras? El apóstol Pablo afirmó: «La mentalidad de la carne es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo» (Romanos 8:7). Los necios ni se someten al mandato de Dios de «hacer el bien» ni poseen la capacidad para hacerlo. En consecuencia, cometen habitualmente actos de corrupción y abominable maldad.

En tercer lugar, los necios son aquellos que no se esfuerzan por conocer a Dios. Observemos el Salmo 53:2: «Dios mira desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si hay algún entendido que busque a Dios». Los «insensatos» aquí mencionados son aquellos que tal vez profesan con sus labios conocer a Dios, pero no le conocen verdaderamente ni se esfuerzan por conocerle; de hecho, ni siquiera sienten la necesidad de hacerlo. A pesar de que Dios «observa desde lo alto» para examinarlos, ni uno solo de estos insensatos busca conocer a Dios. Su falta de esfuerzo por conocer a Dios implica que no le buscan ni le invocan (versículo 4). Incluso después de cometer el pecado de perseguir al pueblo de Dios, no claman a Él con arrepentimiento.

El Salmo 14:3 afirma que todos los insensatos se han desviado. Esto significa que se han apartado del camino de conocer a Dios (Park Yun-sun). [No buscan a Dios de diversas maneras:] careciendo de todo deseo de buscarle; buscando otras cosas junto a Dios en lugar de buscar solo a Dios; buscando cosas mundanas antes que a Dios; buscando a Dios sin celo; no buscándole con constancia; no buscándole conforme a Su Palabra (como hacen los herejes); y no buscándole en el momento oportuno (por ejemplo, no arrepintiéndose cuando se debe hacerlo —Park Yun-sun). En cuarto lugar, los insensatos son aquellos que persiguen al pueblo de Dios.

Observemos el Salmo 54:4: «¿No tienen conocimiento los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como si comieran pan, y no invocan a Dios?». David afirma que los insensatos son obradores de iniquidad y verdaderamente ignorantes. Son personas cuyos corazones han sido endurecidos por el pecado, totalmente incapaces de aprender o comprender. Además, cuando David dice «...que devoran a mi pueblo como si comieran pan...», quiere decir que los insensatos persiguen al pueblo de Dios sin vacilar. Dado que tratan tales actos como asuntos triviales, él pregunta: «¿No tienen conocimiento los que hacen iniquidad?» (v. 4).

¿Qué dice la Biblia sobre el destino de tales insensatos? Dios ha desechado a los insensatos. Observemos la última parte del versículo 5: «...porque Dios los ha desechado, por lo cual los has avergonzado». Debido a que Dios ha rechazado a los insensatos, estos sufren vergüenza. Además, los insensatos experimentan un gran temor allí donde no hay motivo para temer (v. 5). La razón es que Dios dispersa los huesos de los insensatos. Los insensatos... Aquellos que no temen a Dios —que se entregan a una maldad corrupta y detestable mientras persiguen al pueblo de Dios— terminarán sintiendo un gran temor ante Él al enfrentarse a Su justo juicio y castigo.

Dios desecha a los insensatos y salva a Su propio pueblo. Observemos el texto de hoy, el Salmo 52:6: «¡Oh, que de Sion venga la salvación para Israel! Cuando Dios restaure la suerte de Su pueblo, ¡que Jacob se regocije y que Israel se alegre!». David nos exhorta a regocijarnos y alegrarnos porque Dios traerá la salvación al desechar a los insensatos y restaurar a Su pueblo de la cautividad. Nuestra tristeza dura solo un instante, mientras que nuestro gozo es eterno.

El Señor que sostiene mi alma

[Salmo 54]

En el libro de Henri Nouwen *Una persona que nos recuerda a Jesús*, hay un capítulo titulado «Una persona que nos recuerda la presencia sustentadora de Jesús». En este capítulo, Nouwen analiza «lo que sostiene, el acto de sostener y la persona que sostiene». Los pasajes clave aquí son Juan 16:7 y 13: «…Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros… Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad…». El punto fundamental es que, mediante la partida de Jesús, fue posible que sus discípulos experimentaran un encuentro —o comunión— aún más íntimo con el Señor (por medio del Espíritu Santo). En otras palabras, la ausencia de Jesús permitió en realidad que los discípulos compartieran una intimidad más profunda con Él. Esta comunión íntima los sostuvo en medio del sufrimiento y avivó en ellos la esperanza de volver a ver a Jesús. ¿Cómo fue esto posible? Fue posible gracias al «acto de recordar» (Nouwen). Al convertir el pasado en una realidad presente, los discípulos pudieron soportar y superar sus dificultades, sostenidos por su esperanza en Jesús. El Espíritu Santo —el Consolador que vino tras la partida de Jesús— sostiene a los discípulos en medio de la persecución, la adversidad y el sufrimiento, trayendo a su memoria las palabras que Jesús enseñó y el amor que mostró.

¿Qué recuerdos tienes de Jesús? ¿Qué recuerdos de Él te sostienen en medio de las dificultades y adversidades que enfrentas hoy? La memoria no solo nos conecta con el pasado, sino que también nos da fuerzas para seguir viviendo en el presente (Nouwen). Los

recuerdos de la salvación pasada nos capacitan para avanzar a través de las adversidades que enfrentamos actualmente.

En el Salmo 54:4, David confiesa: «Dios es mi ayudador; el Señor es quien sostiene mi vida». La frase «quien sostiene mi vida» se refiere al Señor como Aquel que sustenta mi alma, o Aquel que… Habla de Aquel que nos sostiene. Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «El Señor que sostiene mi alma», deseo reflexionar y aprender sobre tres aspectos de la vida de un alma sostenida por el Señor. En primer lugar, el alma sostenida por el Señor eleva súplicas a Dios.

Observemos el Salmo 54:2: «Oh Dios, escucha mi oración; atiende a las palabras de mi boca». El pasaje que hoy nos ocupa se sitúa en el contexto de la huida de David ante la persecución de Saúl; los habitantes de Zif habían traicionado a David al informar al rey Saúl sobre su escondite (se pueden encontrar más detalles en 1 Samuel 23:19 y en el capítulo 26). El trasfondo de este salmo es similar al del Salmo 52. En el Salmo 52 —sobre el cual ya hemos reflexionado—, el contexto también era la huida de David ante la persecución del rey Saúl; concretamente, cuando Doeg el edomita informó a Saúl de que David había visitado la casa del sacerdote Ahimelec. Tanto este pasaje como el Salmo 52 son salmos escritos mientras David sufría la persecución del rey Saúl; fueron redactados en momentos en que afrontaba peligros y crisis derivados de la traición. En medio de tales peligros y crisis, la primera reacción de David fue volver su mirada hacia Dios y elevarle súplicas (versículo 2). Uno de los elementos fundamentales o culminantes de su oración se encuentra en el versículo 1 del pasaje de hoy: «Oh Dios, sálvame por tu nombre; defiéndeme con tu poder». Incluso ante el peligro, en lugar de centrarse en la amenaza misma, David miró primero a Dios y clamó por su salvación. Lo que no debemos olvidar aquí es que, al clamar por la liberación divina en una situación peligrosa, David se apoyaba en «tu nombre». El nombre del Señor es un «buen nombre» (v. 6). Suplicar la salvación de Dios confiando en ese buen nombre significa orar con la convicción de que Dios hará que incluso la situación peligrosa que enfrentamos obre para bien.

Henri Nouwen dijo una vez lo siguiente sobre la oración: «La oración es una forma de presentarse ante Dios con el corazón vacío y reconociendo nuestra propia impotencia, declarando que todo es gracia y que nada es simplemente el resultado de nuestro propio esfuerzo denodado». Por eso, al igual que David en el pasaje de hoy, suplicamos a Dios apoyándonos en «tu poder». Nosotros también debemos invocar a Dios, confiando en el buen nombre del Señor y en su poder. En medio de circunstancias peligrosas y adversidades, debemos anhelar la salvación de Dios y clamar al Dios que salva. Tal oración nos sostendrá. Dios sustenta a quienes oran.

En segundo lugar, el alma sostenida por el Señor mantiene a Dios presente ante sí.

Observemos el Salmo 54:3: "Extraños se han levantado contra mí, y hombres despiadados buscan mi vida; no han puesto a Dios delante de sí (Selah)". Aquí podemos comprender la razón por la que David clamaba fervientemente a Dios. El motivo era precisamente que se hallaba en una situación en la que "extraños" —es decir, hombres impíos y malvados— lo atacaban y buscaban quitarle la vida. Más concretamente, los "extraños" aquí mencionados se refieren a los zifeos, quienes traicionaron a David ante el rey Saúl. Además, la frase "hombres despiadados buscan mi vida" alude a las acciones del rey Saúl al intentar capturar y dañar a David. En última instancia, David describe a estos hombres malvados como aquellos que cometen el mal sin temor a Dios. Los zifeos, que delataron a David ante el rey Saúl, temían a Saúl —a quien podían ver con sus ojos físicos— en lugar de mirar y reverenciar al Señor, el Rey de reyes. En consecuencia, ayudaron a Saúl revelando el paradero de David.

El creyente que es verdaderamente sostenido por Dios vive una vida *Coram Deo*. El término *Coram Deo* es una expresión latina compuesta por *coram* ("en presencia de") y *Deo* ("Dios"), que significa "en la presencia de Dios". Ser conscientes de que el rostro de Dios está siempre ante nosotros —mantener la conciencia de Su presencia— es precisamente lo que nos otorga verdadero valor y santidad. José es un ejemplo

sobresaliente de una figura bíblica que vivió con esta fe *Coram Deo*; a lo largo de su vida, permaneció consciente de la presencia de Dios ante él en todo momento. Observemos Génesis 39:9: "No hay nadie mayor que yo en esta casa; mi señor no me ha negado nada, excepto a ti, porque eres su esposa. ¿Cómo, pues, podría yo cometer tal maldad y pecar contra Dios?". "¿Cómo, pues, podría yo cometer tal maldad y pecar contra Dios?". No había nadie más allí. Nadie lo sabía. Nadie lo veía. Sin embargo, José veía a Dios ante sí. Dios observaba. Dios escuchaba. Dios lo sabía todo. ¿Cómo, entonces, podría cometer una maldad tan grande? Esta era la fe de José vivida *coram Deo*. Nosotros también debemos vivir una vida de fe *coram Deo*. Para triunfar —manteniéndonos firmes ante las constantes tentaciones de este mundo—, debemos vivir con la convicción del *coram Deo*: la conciencia de que vivimos en la presencia de Dios.

En tercer lugar, el alma sostenida por el Señor tiene la certeza de contar con la ayuda de Dios.

Observemos el Salmo 54:4: «Ciertamente Dios es mi ayuda; el Señor es quien sostiene mi vida». ¿Cómo podía David estar tan seguro de la ayuda y del poder sustentador de Dios? Encontramos la respuesta en el versículo 7: «Porque Él me ha librado de todas mis angustias, y mis ojos han contemplado triunfantes a mis enemigos». En medio de las amenazas y crisis del momento, David tenía la certeza de la ayuda divina al recordar cómo Dios lo había librado de problemas en el pasado. Además, al rememorar los momentos en que vio a Dios retribuir a sus enemigos, confiaba en que Dios juzgaría y tomaría represalias contra quienes lo perseguían en ese instante, ya fuera Saúl o los habitantes de Zif. Veamos el versículo 5: «Que el mal recaiga sobre los que me calumnian; destrúyelos conforme a tu fidelidad». El Dios justo es quien retribuye fielmente a los enemigos de David. ¿Cuál fue la respuesta de David ante esta certeza? Dio gracias a Dios: «Voluntariamente te ofreceré sacrificios; alabaré tu nombre, oh SEÑOR...» (versículo 6). Habiendo experimentado la ayuda de Dios en el pasado y confiando en experimentarla en el presente, David ofrecía voluntariamente un sacrificio de acción de gracias.

Henri Nouwen dijo una vez lo siguiente sobre el acto de recordar: «Recordar no es simplemente mirar hacia atrás, hacia sucesos ocurridos en el pasado. Más importante aún, es traer esos acontecimientos pasados al presente y conmemorarlos aquí y ahora». Cuando traemos los sucesos pasados de salvación a nuestra crisis actual y los conmemoramos, podemos tener la certeza de la ayuda de Dios; específicamente, de su obra de juzgar a los impíos y salvar a los justos. En consecuencia, incluso en medio de tales crisis, podemos ofrecer voluntariamente adoración y acción de gracias a Dios.

Conmemoramos a Jesús, quien fue crucificado y murió en el monte Calvario hace unos 2000 años, a través de la ordenanza de la Santa Cena. Lo recordamos al participar del pan —que simboliza su cuerpo, desgarrado en la cruz— y del vino, que simboliza la preciosa sangre que derramó allí. Además, el Espíritu Santo que habita en nosotros trae a nuestra memoria las palabras y el amor de Jesús, capacitándonos para superar cualquier adversidad, dolor o sufrimiento en nuestras vidas. A medida que el Espíritu Santo nos guía a confiar en el nombre y el poder de nuestro buen Señor y a invocar a Dios Padre, adquirimos la certeza de que el Señor hará que todas las cosas cooperen para el bien. Por tanto, debemos ofrecer adoración de acción de gracias a Dios por la gracia de su salvación.

"Deposita tu carga sobre el Señor"

[Salmo 55]

El mundo en el que vivimos deposita gradualmente pesadas cargas sobre nuestros corazones. Este mundo no ofrece más que ansiedad, preocupación, tristeza y dolor. Sin embargo, como creyentes, disfrutamos de paz aun viviendo en un mundo así. Continuamente depositamos todas las pesadas cargas del mundo ante el Señor, experimentando la paz que Él nos da en medio de un mundo carente de ella. Si no logramos disfrutar de esta paz, es probable que se deba a que no estamos depositando eficazmente nuestras cargas a los pies de la cruz. En su libro *Surrender* (o *Laying It Down*), el pastor Lee Yong-kyu escribe: "Satanás, que actúa como el señor de este mundo, nos tienta constantemente a adquirir cosas y a aferrarnos a ellas con fuerza". Estoy de acuerdo con esta afirmación. La obra de Satanás consiste en tentarnos incesantemente a "aferrarnos con fuerza". Entre las cosas a las que Satanás nos insta a aferrarnos están los "fardos de nuestro pasado" y las cargas emocionales que pesan sobre nuestros corazones: heridas, dolor, angustia, ansiedad y preocupación. Sin embargo, el apóstol Pedro nos dice: "Echad toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros" (1 Pedro 5:7). Nuestro Dios es un Dios que cuida de nosotros. Puesto que Él nos ama y sus preciosos pensamientos hacia nosotros superan en número a los granos de arena (Salmo 139:17-18), debemos —tal como exhorta Pedro— depositar todas nuestras ansiedades sobre el Señor, quien nos ama y cuida de nosotros. Además, no debemos preocuparnos por el mañana. La razón es que debemos preocuparnos por el mañana cuando este llegue, pues a cada día le basta su propio afán (Mateo 6:34).

Al observar hoy el Salmo 55:22, la Biblia nos exhorta: "Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará; nunca permitirá que el justo sea conmovido". Centrándonos en este versículo, oro para que recibamos la gracia que Dios desea darnos bajo el título: "Deposita tu carga sobre el Señor".

En primer lugar, ¿cuál era la carga de David?

Podemos considerar esto de dos maneras.

(1) La carga de David era la ansiedad. Observemos la segunda parte del versículo 2 del texto de hoy, el Salmo 55: «...estoy inquieto en mi queja y gimo». La palabra hebrea utilizada aquí para referirse a la «ansiedad» conlleva también el significado de «matorral» o «maraña de arbustos». El Dr. Park Yun-sun sugirió que probablemente se empleó este término porque la ansiedad surge de un estado mental complejo y confuso, semejante a un matorral o a una maraña de espinos. ¿Cuál era la causa de la ansiedad de David? La respuesta se encuentra en el versículo 3: «Por la voz del enemigo, por la opresión del impío; pues descargan aflicción sobre mí y con ira me aborrecen». David sentía ansiedad en su corazón debido a la opresión y persecución de sus enemigos. No existe nadie que no haya experimentado ansiedad. El gran escritor inglés Shakespeare afirmó: «La ansiedad es enemiga de la vida». Mientras persiste la ansiedad, es imposible ser feliz o hallar gozo. La ansiedad perjudica la salud, acorta la vida e impide que las personas se dediquen a empresas nuevas y creativas. La medida de la felicidad no reside en la riqueza, sino en la fortaleza que uno posee para superar la ansiedad. Una vida humilde vivida sin preocupaciones es más valiosa que una vida opulenta sepultada bajo la ansiedad. Esopo, famoso por sus fábulas, también dijo: «Un trozo de pan comido en paz es mejor que un banquete consumido en medio de la ansiedad».

(2) La carga de David era una profunda angustia mental.

Observemos el texto de hoy, Salmo 55:4: «Mi corazón está angustiado dentro de mí, y terrores de muerte han caído sobre mí». David no solo sufría una profunda angustia mental debido a la opresión y persecución de sus enemigos, sino que también sentía que su vida corría peligro. Por eso confesó: «Temor y temblor han venido sobre mí; el horror me ha sobrecogido» (v. 5). Deseaba tener alas como una paloma para poder volar lejos, hacia el desierto, y hallar descanso (v. 6). En resumen, la carga era tan pesada que David quería escapar de su situación actual. Sufría enormemente al presenciar violencia y conflictos dentro de la ciudad, así como maldad, destrucción, malicia, opresión y engaño (vv. 10-11). Además, una causa importante de su angustia fue la traición de un amigo. Observemos el Salmo 55:12–13: «Si un enemigo me insultara, podría soportarlo; si un adversario se levantara contra mí, podría esconderme. Pero eres tú: un hombre como yo, mi compañero, mi amigo íntimo». El corazón de David fue profundamente herido por la traición de un amigo cercano con quien alguna vez había caminado en la casa de Dios, compartiendo dulces consejos y comunión (v. 14). Este amigo íntimo atacó a David —con quien había vivido en armonía— y traicionó el pacto que había hecho con él (v. 20). Aunque sus palabras eran más suaves que la mantequilla, en su corazón había guerra; aunque sus palabras eran más blandas que el aceite, en realidad eran espadas desenvainadas (v. 21).

En segundo lugar, ¿cómo podemos depositar nuestras cargas en Dios?

David depositó sus cargas en Dios mediante la oración. Observemos el texto de hoy, Salmo 55:1–2: «Escucha, oh Dios, mi oración, y no te escondas de mi súplica. Atiéndeme y óyeme...». David encomendó a Dios todas sus pesadas cargas a través de la oración. También confió al Señor —mediante la oración— la angustia de corazón causada por sus propias preocupaciones y por la situación malvada y pecaminosa en la que se encontraba. En particular, encomendó al Señor el dolor provocado por la traición de su amigo íntimo. ¿Por qué depositó David todas sus pesadas cargas en Dios mediante la oración? Porque creía que solo Dios podía salvarlo. Observemos los versículos 16–17: «En cuanto a mí, invocaré a Dios, y el Señor me salvará. Por la tarde, por la mañana y al mediodía oraré y

clamaré, y Él oirá mi voz». David apartó momentos específicos —la tarde, la mañana y el mediodía— para clamar a Dios en su angustia. Derramó ante el Señor todas sus preocupaciones, graves dificultades y dolores mediante la súplica. Lo hizo porque estaba convencido de que solo el Señor era su Salvador.

La oración es una expresión de confianza en Dios. En otras palabras, quienes confían en Dios oran. David, el autor del salmo, confió plenamente a Dios sus pesadas cargas, ansiedades y profunda angustia emocional mediante la oración, apoyándose en Él (versículo 23). Nosotros también debemos confiar en Dios y depositar todas nuestras pesadas cargas sobre Él a través de la oración.

"Si hay ansiedad en tu corazón, cuéntaselo todo al Señor Jesús; aun cuando tu corazón esté triste, cuéntaselo al Señor Jesús" (Versículo 1); "Cuéntaselo todo al Señor Jesús, pues el Señor es nuestro Amigo; no te preocupes por nada, sino cuéntaselo al Señor Jesús" (Estribillo) (Himno 484, Versículo 1 y Estribillo).

En tercer lugar, ¿qué sucede cuando depositamos nuestras cargas sobre Dios?

Cuando confiamos todas nuestras cargas a Dios mediante la oración, Él nos otorga dos bendiciones:

(1) Dios nos sostiene.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 55:22: "Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sostendrá…". En el Salmo 54, sobre el cual meditamos el miércoles pasado, ya conocimos la confesión de David: "Dios es mi ayudador; el Señor es quien sostiene mi vida" (versículo 4). En medio de las amenazas y crisis del momento, David halló seguridad en la ayuda de Dios al recordar cómo Él lo había librado de los problemas en el pasado. De igual manera, en el pasaje de hoy —el Salmo 55—, David recordó la gracia salvadora de Dios en el pasado

y confió en que, si depositaba todas sus pesadas cargas sobre Dios, Él lo sostendría. Además, disfrutó de la paz que Dios proporciona (versículo 18). Quienes confían todas sus pesadas cargas a Dios mediante la oración experimentan paz en el corazón porque Dios los sostiene.

(2) Dios no permite que seamos sacudidos.

Observemos la segunda parte del Salmo 55:22: "...Él nunca permitirá que el justo sea sacudido". Cuando confiamos todas nuestras cargas a Dios mediante la oración, Él escucha nuestras peticiones, nos sostiene y asegura que no seamos sacudidos. En cambio, Dios trae retribución sobre los impíos —aquellos que no le temen y no se apartan de sus malos caminos (versículo 19)—, haciéndolos caer en el abismo de la destrucción (versículo 23). Aquellos que confían en Dios no serán sacudidos (21:7).

Uno de mis himnos favoritos es el número 363: "Debo contarle a Jesús todas mis pruebas". La letra dice: "Debo contarle a Jesús todas mis pruebas; no puedo soportar estas cargas a solas. En mi angustia, Él me ayudará bondadosamente; siempre ama y cuida a los suyos...". Este himno fue escrito por el reverendo Elisha Hoffman. Un día, un creyente que atravesaba una prueba difícil acudió al reverendo Hoffman y exclamó: "¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer cuando me siento tan abrumado por la preocupación?". Tras escuchar pacientemente el desahogo de aquel creyente, el reverendo Hoffman oró fervientemente para que el Señor del consuelo obrara en su vida. Después de la oración, el rostro del creyente se iluminó y confesó: "Es verdad. No debo cargar este peso tan grande yo solo; debo encomendárselo a Jesús". Cuando el creyente se marchó, el reverendo Hoffman sintió una repentina inspiración; tomó la pluma y comenzó a escribir la letra: "...Cuando llevo una carga pesada a solas y estoy a punto de desfallecer, el único que tiene misericordia y me salva es el Señor de gracia, Jesús". Así fue como surgió el himno número 363. Recuerdo un momento concreto relacionado con este himno: el pasado mes de octubre, mientras visitaba a mi padre en Pekín, agentes de seguridad pública y policías irrumpieron repentinamente en el lugar.

Durante la reunión de oración de la madrugada, mientras yo estaba dentro de la habitación, escuché a mi padre cantar este himno con gran fervor. Aquel día, Dios proporcionó una vía de escape para mi padre; yo también pude salir a salvo hacia Corea y, finalmente, regresar a Estados Unidos sin sufrir daño alguno. Verdaderamente, nuestro Dios es quien carga con todos nuestros pesados fardos. Cuando luchamos bajo el peso de la ansiedad, la preocupación y una profunda angustia emocional, si confiamos en Dios y le encomendamos todas nuestras cargas mediante la oración, Él es el Dios que nos libra y nos salva. Él es el Dios que nos sostiene, nos mantiene firmes y nos da estabilidad para que no vacilemos. Encomendemos todas nuestras pesadas cargas a este Dios.

¡Confía en Dios!

[Salmo 56]

¿Qué debemos hacer para confiar únicamente en Dios? Un escrito titulado "Más cerca del corazón de Jesús" resume esto en cuatro puntos: (1) Reflexionar sobre nuestra propia debilidad; (2) reconocer que, sin la ayuda de Dios, no podemos realizar ni siquiera la tarea más pequeña; (3) pedir a Dios aquello que solo Él puede proveer; y (4) comprender que no poseemos estas cosas por nosotros mismos y que no tenemos a dónde más acudir para obtenerlas. Arrodíllate a los pies del Señor y ruégale que conceda nuestras peticiones (Internet).

En el Salmo 31:14, sobre el cual ya hemos meditado, vemos que David poseía una fe caracterizada por la actitud del "pero": "Mas yo en ti confío, oh Jehová; digo: 'Tú eres mi Dios'". David tenía la convicción de que confiaría únicamente en el Señor, independientemente de sus circunstancias. Confiaba en el Señor incluso en medio del dolor y la angustia (v. 9), la tristeza y los gemidos (v. 10), el oprobio (v. 11), el olvido (v. 12) y el temor (v. 13). En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 56, la frase "confiar en Dios" aparece repetidamente: "En el día que temo, yo en ti confío" (v. 3); "A Dios alabaré por su palabra; en Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?" (v. 4); "A Dios alabaré por su palabra; alabaré al Señor por su palabra; en Dios he confiado" (v. 10); "En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?" (v. 11). Hoy, bajo el título "¡Confía en Dios!", deseo que recibamos la lección que Dios quiere impartirnos.

En primer lugar, ¿cuándo confiaba David en Dios?

David confiaba en Dios "cuando tenía miedo". Observemos el versículo 3 del texto de hoy, el Salmo 56: "En el día que temo, yo en ti confío". ¿Por qué sentía miedo David? Se debió a la opresión (v. 1) por parte de los filisteos (véase el encabezado del salmo) —sus enemigos (v. 2)—, quienes buscaban quitarle la vida (v. 6). Es interesante notar que la opresión y la persecución por parte de los enemigos de David no fueron meros sucesos ocasionales; continuaron «todo el día» sin cesar (vv. 1, 2, 5). Esto nos revela que la obra de Satanás nunca descansa. Satanás busca constantemente tentarnos, oprimirnos y derribarnos a lo largo del día. Un ejemplo destacado de la tentación incesante de Satanás es la historia de José, que se encuentra en Génesis 39. La Biblia nos dice que la esposa de Potifar tentó a José —quien era de hermoso parecer y buena presencia (Génesis 39:6)— para que se acostara con ella «día tras día» (versículo 10). En el pasaje de hoy, vemos la obra de Satanás manifestada a través de sus siervos —los enemigos de David—, quienes oprimían, perseguían y buscaban matar a David sin cesar. ¿Por qué los impíos, como siervos de Satanás, atacan, atormentan y oprimen implacablemente a los justos? Encontramos la razón en la segunda parte del versículo 5: «Todos sus pensamientos son contra mí para mal». Dado que los pensamientos de Satanás y de sus siervos hacia nosotros son siempre malvados, nos tientan y atacan incesantemente, buscando nuestra caída. Por lo tanto, debemos confiar en Dios en todo momento, cada día. El hecho de que la obra de Satanás implique tentarnos y atacarnos sin cesar «todo el día» nos enseña que nosotros también debemos confiar en Dios «todo el día», sin interrupción. ¿Cómo podríamos dejar de confiar en el Señor sin cesar cuando Satanás nos ataca constantemente e intenta derribarnos? Aferrémonos todos a las palabras de Isaías 41:10: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios; te fortaleceré, te ayudaré, te sostendré con la diestra de mi justicia». La Biblia nos dice que nuestro Señor nos sostiene con su poderosa diestra. Nuestro Dios nos fortalecerá. Así que, sin importar la situación aterradora que enfrentemos, confiemos en Dios. En segundo lugar, ¿cómo dependía David de Dios?

(1) David dependía de Dios a través de la oración.

Al observar el contenido de sus oraciones, vemos que, en primer lugar, David buscaba la misericordia de Dios. Por favor, miremos el texto de hoy, el Salmo 56:1: «Ten misericordia de mí, oh Dios, porque la gente me acosa todo el día; me oprimen y me atacan». Lo único que verdaderamente podemos buscar es la misericordia de Dios, ya que todo es cuestión de la gracia divina. El sufrimiento soportado por causa del Señor es gracia de Dios, y la liberación hallada en medio de una crisis es también gracia de Dios. Por tanto, al igual que David, no tenemos más remedio que buscar la misericordia de Dios. En Nehemías 9:25-31 vemos que nuestro Dios es un Dios lleno de gracia y misericordia (versículo 31). Incluso cuando disfrutamos de las abundantes bendiciones del Señor (versículo 25), a menudo le desobedecemos y nos rebelamos contra Él, dándole la espalda a su palabra y pecando contra Él (versículo 26). En consecuencia, el Señor nos disciplina por amor, hiriéndonos y permitiendo que enfrentemos tribulaciones (versículo 27). Luego, cuando clamamos a Dios, Él escucha nuestras oraciones, muestra gran misericordia y nos libera (versículo 27). Sin embargo, tras hallar paz, volvemos a hacer lo malo ante el Señor (versículo 28). Entonces llega una vez más la amorosa disciplina del Señor; clamamos, y el Señor escucha nuestras oraciones, mostrando misericordia repetidamente para rescatarnos (versículo 28). Nuestro Dios es un Dios que otorga misericordia una y otra vez. Es el Dios que nos perdona a lo largo de los años (v. 30). David suplicó a este Dios de misericordia, y nosotros debemos hacer lo mismo. En segundo lugar, al examinar el contenido de la oración de David, vemos que buscaba la ayuda de Dios. Consideremos el pasaje de hoy, el Salmo 56:9: «Cuando clame a Ti, mis enemigos retrocederán; esto lo sé, porque Dios está a mi favor». Cuando David presentaba sus peticiones a Dios, creía que Él respondería a su oración y haría que sus enemigos se retiraran. En otras palabras, David confiaba en que Dios le ayudaría. Con esa seguridad, David imploró entre lágrimas la misericordia y la ayuda de Dios (v. 8).

(2) David confiaba en Dios a través de la alabanza.

Observemos el Salmo 56:4 y 10: «En Dios, cuya palabra alabo, he puesto mi confianza» (v. 4); «En Dios, cuya palabra alabo —en el Señor, cuya palabra alabo— he puesto mi confianza»

(v. 10). ¿Qué significa «alabar la palabra de Dios»? Significa ofrecer alabanza con la convicción de que las promesas que Dios ha otorgado ciertamente se cumplirán. Esto solo es posible mediante la fe. Solo a través de la fe se puede alabar a Dios en medio de circunstancias peligrosas y dolorosas, manteniendo la confianza de que las oraciones serán respondidas. Por eso Pablo y Silas oraban y cantaban alabanzas a Dios incluso estando en prisión (Hechos 16:25).

Por lo general, sabemos que confiar en Dios implica la necesidad de orarle. Por eso ofrecemos alabanzas a Dios, como dicen la primera estrofa y el coro del Himno 363: «Cuando presento todas mis pruebas y pesadas cargas ante el Señor Jesús, Él me mira en mi angustia y toma sobre sí todas mis preocupaciones; cuando llevo una carga pesada a solas y desfallezco, incapaz de soportarla, Aquel que tiene misericordia y me salva es el Señor de gracia, solo Jesús». Llevamos todas nuestras pruebas y pesadas cargas a Dios en oración. Sin embargo, es interesante notar que David confiaba en Dios a través de la alabanza. Al reflexionar y meditar sobre lo que esto significa, nos damos cuenta de que, si bien llevamos nuestros temores a Dios en oración, el proceso mismo de orar nos conduce a la alabanza. Esto se debe a que, cuando meditamos en el Señor Jesucristo, no podemos evitar ofrecer alabanza. De hecho, la segunda estrofa del Himno 455 refleja este sentimiento: «Mi temor se convirtió en oración, y los suspiros de ayer se transformaron en mi canto». Al igual que David, debemos confiar en Dios tanto orándole como alabándole. Ruego que, incluso en situaciones que nos causen temor, todos seamos como el apóstol Pablo y Silas: ofreciendo tanto oración como alabanza.

En tercer lugar, ¿cuál era la actitud del corazón de David al confiar en Dios?

(1) David poseía la certeza de la salvación.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 56:13: «Porque has librado mi alma de la muerte. ¿No has preservado mis pies de tropezar, para que camine delante de Dios en la luz de los

vivientes?». En medio de la opresión y la persecución de enemigos implacables —en una situación aterradora donde su vida corría peligro—, David confió plenamente en Dios mediante la oración y la alabanza. Habiendo experimentado la liberación de Dios en el pasado, estaba seguro de que Dios también lo salvaría de su crisis actual. Dios no solo salvó a David, sino que también evitó que tropezara para que pudiera caminar en la luz de la vida. Nuestro Dios es el Dios de salvación que nos preserva de tropezar; es el Dios que nos capacita para caminar en la luz de la vida. Debemos perseverar para superar la adversidad y el sufrimiento, aferrándonos firmemente a esta certeza de la salvación de Dios.

(2) David decidió cumplir los votos que había hecho a Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 56:12: «Sobre mí, oh Dios, están los votos que te he hecho; te ofreceré alabanzas». David decidió cumplir sus responsabilidades ante Dios. Determinó llevar a cabo fielmente los votos que le había hecho. Decidió honrar sus votos a Dios con acción de gracias y alabanza. Como personas que viven confiando en Dios, nosotros también debemos asumir la responsabilidad de cumplir los votos que hemos hecho ante Él. Nunca debemos tomar a la ligera el cumplimiento de nuestros votos. Nuestros votos deben hacerse con reflexión y, una vez que hayamos decidido cumplirlos, debemos llevarlos a cabo.

Sin importar cuán intimidantes sean las circunstancias que enfrentamos, confiemos en Dios mediante la oración y la alabanza. Mantengámonos firmes como adoradores que, poseyendo la certeza de la salvación y presentando nuestras peticiones a Dios, finalmente le ofrecemos alabanza y acción de gracias. Además, decidamos cumplir los votos que hemos hecho y llevemos esa decisión a la práctica. El domingo pasado por la tarde, tras finalizar el estudio bíblico para maestros, hablé por teléfono con un hermano en el Señor. Sin saber bien qué decir, busqué en silencio la guía del Espíritu Santo al responder a la llamada. El Espíritu Santo trajo a mi memoria el mensaje proclamado durante el culto en inglés de aquel domingo, y lo compartí con aquel amado hermano: «Tomemos las

decisiones correctas, centradas en la Palabra de Dios y guiadas por el Espíritu Santo. Confiemos plenamente en Dios y tomemos las decisiones acertadas». Entonces él confesó que su lucha radicaba en su incapacidad para confiar en Dios. Así que oré por él allí mismo, por teléfono. Me dolía el corazón al oírlo llorar. Sin embargo, habiéndolo encomendado a Dios mediante la oración, creo que Dios lo sostendrá y lo librará. Amados hermanos, confiemos totalmente en Dios. Dios nos salvará. ¡Victoria!

Alabando la Palabra de Dios

«En Dios, cuya palabra alabo; en Dios he puesto mi confianza, no temeré. ¿Qué puede hacerme el hombre? ... En Dios, cuya palabra alabo; en el Señor, cuya palabra alabo» (Salmo 56:4, 10).

Mientras meditaba en la Palabra de Dios la semana pasada, recibí dos lecciones que decidí poner en práctica: primero, no quejarme (Salmo 37:1, 7, 8) y, segundo, ser agradecido incluso por las cosas pequeñas. Al reflexionar nuevamente sobre estas lecciones, me doy cuenta de que, si bien a menudo no agradezco las cosas pequeñas, frecuentemente me quejo de asuntos insignificantes. Por ejemplo, esta mañana, al despertar, no di gracias a Dios. Aunque a veces, tras levantarme y dirigirme al baño, le agradezco en silencio por el nuevo día y la mañana, esta vez no di gracias por el simple hecho de despertar. Parece que di por sentado el despertar. Sin embargo, a menudo me quejo cuando los miembros de mi familia no recogen o limpian cosas que requieren atención. Incluso la semana pasada, tras aprender la lección de no quejarme, me esforcé por evitarlo, pero terminé quejándome ante mis hijos al llegar a casa. De este modo, estoy fallando en ser fiel en las cosas pequeñas. En medio de esto, mientras meditaba en el Salmo 56:4 y 10 durante la reunión de oración de esta mañana, surgió un pensamiento en mí: «Debo confiar en Dios empezando por las cosas pequeñas». Comprendí que no debía vivir simplemente guiado por el instinto humano de buscar a Dios y orar a Él solo ante grandes crisis que escapan a mi control. Más bien, recordando cómo el Señor elogió a quienes fueron fieles en lo poco (Mateo 25:21), decidí convertirme en alguien fiel en las cosas pequeñas y, por consiguiente, capaz de ser fiel también en asuntos mayores. Así, determiné vivir cada día —y, de hecho, cada instante— orando en mi corazón, expresando así mi confianza en Dios incluso en las tareas más

insignificantes. Creo que, al vivir confiando en Dios en estas cosas pequeñas, Él finalmente me llevará a alabarle. En la lectura de hoy de los versículos 4 y 10 del Salmo 56, vemos que el salmista David confiaba en Dios y alababa Su palabra. La situación en la que depositó su confianza en Dios fue cuando había sido capturado por los filisteos. Los filisteos buscaban devorarlo «todo el día» (versículos 1-2), lo atacaban y oprimían «todo el día» (versículo 1) y tergiversaban sus palabras «todo el día» (versículo 5). Además, sus enemigos —atacantes arrogantes (versículo 2)— se reunían a escondidas para vigilar cada uno de sus pasos (versículo 6), pues estaban decididos a quitarle la vida (versículo 6). En medio de una situación tan aterradora, David «confió» en el Señor (versículo 3). Confiaba en Él mientras derramaba lágrimas y clamaba a Dios (versículo 8). Decidió no temer, precisamente porque «confiaba» en Dios (versículos 4, 11). Al «confiar» en Dios, sabía que simples mortales nada podían hacer para dañarlo (versículos 4, 11). Asimismo, David estaba seguro de que el Señor libraría su vida de la muerte (versículo 13). Por ello, ofreció sacrificios de acción de gracias al Señor (versículo 12) y alabó la palabra de Dios (versículos 4, 11). Recuerdo la primera estrofa del himno 543, «Cuando enfrento dificultades»: «Cuando enfrento dificultades, aunque mi fe sea pequeña, más me apoyo en el Señor en quien confío». Me encanta esta letra porque, siempre que afronto mis propias adversidades, me doy cuenta de cuán débil es mi fe. En consecuencia, coincido plenamente con las palabras de este himno. Lo que resuena aún más profundamente en mí es el sentimiento de que, precisamente debido a esta debilidad, llego a confiar todavía más en el Señor. Así, me siento impulsado a buscar al Señor y a aferrarme a las promesas que Él me ha dado. Deposito nuevamente mi confianza en las promesas hechas a mí personalmente —que se encuentran en Juan 6:1-15— y a nuestra iglesia —en Mateo 16:18—, proclamándolas ante el Dios fiel que cumple Su pacto y elevándolas en oración. Al hacerlo, la gracia que Dios me otorga es la capacidad de reconocer, mediante la fe, que Dios es verdaderamente Dios. En otras palabras, Él me guía a confesar con fe que es un Dios veraz y fiel. En medio de esto, me capacita para confiar en las promesas que el Señor fiel nos ha dado, tanto a mí como a la iglesia a la que sirvo. A través de este proceso, recibo la paz, el consuelo y la fortaleza que proporciona el Espíritu Santo que habita en mí. Finalmente, el Espíritu Santo me lleva a alabar al Señor; me mueve

a cantar alabanzas en gratitud por la palabra del Señor. <El himno que canto al reflexionar sobre la promesa de los "cinco panes y dos peces", dada a mí personalmente, es "Todo lo que soy, todo lo que tengo">

1. Todo lo que soy y todo lo que tengo, se lo ofrezco plenamente al Señor; acepta todo mi dolor, toda mi alegría y cada lágrima que derramo.

2. El ayer y el mañana, mis sueños y esperanzas —todo lo ofrezco—; acepta todas mis aspiraciones, mis planes, mis manos y mi corazón.

(Estribillo) Ofrezco mi vida; úsala para Tu gloria. Mientras viva, alabaré al Señor y seré una ofrenda gozosa; por favor, acéptame.

<El himno que cantamos al reflexionar sobre la promesa dada a nuestra iglesia —"...edificaré mi iglesia..."— es "Amo tu reino, Señor">

1. Amo tu reino, Señor, la casa de tu morada, la iglesia que nuestro bendito Redentor salvó con su propia sangre preciosa.

2. ¡Tu iglesia! Es como la ciudad celestial; apreciada como la niña de tus ojos, está siempre bajo tu protección.

3. A esta iglesia, con lágrimas y oraciones, serviré fielmente hasta el fin de mi vida.

4. Aprecio la comunión de los santos, la vida de la iglesia y el pacto hecho con el Salvador.

5. La gloria celestial y las bendiciones otorgadas rebosarán en Sion para siempre, junto con la verdad.

«Pon mis lágrimas en tu odre»

«Tú conoces mi pesar. Pon mis lágrimas en tu odre...» (Salmo 56:8a).

Hay lágrimas guardadas en el recipiente de mi corazón; lágrimas que jamás olvidaré mientras viva. Recuerdo vívidamente el momento en que cayeron; tienen un significado profundamente preciado para mí. Las lágrimas que más profundamente han quedado grabadas en mi corazón son las de mi primogénita, Ju-young. Cuando Ju-young —a quien sostuve en brazos una sola vez, por primera y última vez— se quedó profundamente dormida en mi abrazo, una sola lágrima descansaba en el rabillo de su ojo derecho. Pienso deliberadamente en esa bebé —que llevaba innumerables marcas de agujas tras sus cincuenta y cinco días en la unidad de cuidados intensivos— cada vez que administro la Santa Comunión. En cada ocasión, esa única lágrima suya conmueve profundamente mi corazón. El segundo grupo de lágrimas profundamente impresas en mi corazón pertenece a mi amada esposa. Recuerdo verla llorar, con las lágrimas recorriéndole el rostro mientras permanecía a poca distancia, observando a Ju-young en la UCI; nuestra bebé estaba en estado crítico, con todo el cuerpo tornándose azul debido a problemas cardíacos y mala circulación. Nunca antes mi esposa me había parecido tan hermosa como en aquel momento. Otro momento inolvidable relacionado con las lágrimas de mi esposa ocurrió después de que el cuerpo de Ju-young fuera incinerado. Íbamos en una pequeña embarcación, llevando la cajita que contenía sus cenizas, cuando mi esposa de repente se volvió hacia mí —yo conducía el barco desde la popa— y dijo: «Titanic», mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Jamás olvidaré a mi esposa por haber hecho esa broma (?) en medio de un dolor tan profundo. Otra lágrima guardada en el «odre de mi corazón» es la que resbaló por el rabillo del ojo derecho de mi abuelo. Sucedió una mañana de domingo

—el día antes de que falleciera en el hospital—, justo después de que yo terminara de orar y abriera los ojos. Aunque no podía hablar porque estaba conectado a un respirador, nunca he olvidado aquella lágrima. Tampoco puedo olvidar las lágrimas de mi abuela. Cuando mi esposa y yo fuimos a visitarla al hospital, ella rompió a llorar de repente. Le pregunté: «Abuela, ¿lloras porque tienes miedo a la muerte?». Ella respondió que lloraba por una inmensa gratitud hacia Dios. Cuando le pregunté por qué estaba tan agradecida, dijo que sentía una profunda gratitud porque Dios había levantado a varios siervos del Señor de entre los miembros de nuestra familia. Esas lágrimas de gratitud también permanecen guardadas en el odre de mi corazón.

A lo largo de mi vida de fe, me había centrado únicamente en las lágrimas acumuladas en ese odre dentro de mi corazón. Sin embargo, anoche, mientras leía el pasaje bíblico para la reunión de oración de esta mañana temprano, mi atención se dirigió al Salmo 56:8. Me impactó la súplica del salmista David a Dios: «Señor, tú conoces mi dolor; pon mis lágrimas en tu odre». Debo haber leído este versículo muchas veces antes, pero parece que simplemente lo había pasado por alto hasta anoche. Luego, al compartir un mensaje centrado en el Salmo 56:4 durante la reunión de oración de esta mañana, me interesé aún más por el versículo 8; es con ese enfoque y esa meditación renovados que escribo estas palabras ahora. Ahora deseo desviar mi atención de las lágrimas que se acumulan en el odre de mi propio corazón hacia las lágrimas de mis seres queridos, guardadas en el odre del Señor. De hecho, confiando en que las lágrimas de mis seres queridos —que también están en mi corazón— ya están recogidas en el odre del Señor, deseo encomendárselas por completo a Él; pues Él los ama mucho más que yo y comprende sus lágrimas mejor que nadie. ¿Cómo podría yo comprender el significado pleno de las lágrimas derramadas por mi primogénito, Ju-young, por mi esposa o por mis abuelos? Sin embargo, dado que el Dios omnisciente conoce y comprende plenamente el significado de esas lágrimas, oro para que Él las recoja todas en su propio odre. Al hacerlo, oro también para que recoja los tres tipos de lágrimas que derramé durante un retiro universitario con el grupo de jóvenes universitarios de la Iglesia Presbiteriana Seungri en mayo de 1987: lágrimas de

arrepentimiento, lágrimas de consagración y lágrimas de gratitud. Oro para poder seguir derramando estos tres tipos de lágrimas, tanto ahora como en el futuro, y así llenar con ellas el odre del Señor.

¡Decídete!

[Salmo 57]

El lunes pasado, mientras estaba en casa con mi hija menor, Ye-eun, vi brevemente con ella unos dibujos animados llamados "Caillou". En el episodio, el protagonista, Caillou, planta un árbol con su padre, pero se preocupa cuando empieza a soplar el viento. Su padre acude a ayudarle; al ver que el árbol recién plantado se mece con el viento, lo ata a una estaca para mantenerlo firme y evitar que oscile. Esa escena vino a mi mente durante el servicio de oración de la madrugada del Día de los Padres (día 8). Al reflexionar sobre aquel momento, tomé la decisión de ser como esa estaca: atada junto a los árboles (mis hijos) para brindarles apoyo. En otras palabras, oré a Dios para servir como un apoyo sólido y confiable para mis hijos, tal como lo hace esa estaca.

Tras leer el libro *¿Quién es un padre?* (de Kim Jong-yoon), encontré las siguientes opiniones de lectores: "La importancia de un padre: algo que sabemos pero que a menudo pasamos por alto; una persona valiosa a quien a veces podemos guardar rencor, pero a quien también consideramos un pilar de apoyo confiable en lo profundo de nuestro corazón... Fue un libro maravilloso que despertó en mí un sentido de valor y gratitud hacia mi padre, algo que antes daba por sentado". Otra reseña, titulada "Padre: El pilar de la vida" (de Jo Geon-jong), dice: "Un padre es alguien que vela por nosotros como un gran pilar de apoyo a lo largo de nuestra vida, aunque no siempre nos sintamos cercanos a él". Al leer estas opiniones, percibí que, en las relaciones entre muchos padres y sus hijos (o hijas) —incluso en medio de sentimientos de resentimiento o distancia emocional—, los padres siguen siendo figuras valiosas que actúan como pilares de apoyo firmes. Así como nuestro

Padre de fe actúa como un pilar confiable para nosotros, nosotros también debemos convertirnos en pilares firmes para nuestros propios hijos. ¿Cómo podemos lograrlo? Debemos tomar una decisión firme en nuestro corazón. En el pasaje de hoy, el Salmo 57:7, vemos a David tomar esa determinación: "Firme está mi corazón, oh Dios, firme está mi corazón; cantaré y entonaré salmos". Aquí, la palabra «firme» implica algo inquebrantable, fijo e inmutable: una convicción sólida. En otras palabras, no denota simplemente una decisión casual, sino una determinación resuelta. Significa decidir con la convicción de que no existe otra opción; implica que hay esperanza en este camino, y solo en este camino. «La vida de una persona que ha tomado una decisión firme es una vida feliz. La diferencia entre una vida vacilante y una vida resuelta es tan grande como la diferencia entre la felicidad y la infelicidad. El miedo visita a quienes no han tomado una decisión. No hay temor para aquellos que han resuelto firmemente su corazón, pues no tienen remordimientos. Un corazón libre de remordimientos es un corazón firmemente resuelto... Nuestros corazones deben estar fijos y centrados en un solo lugar. Si el corazón de un creyente vacila, no puede agradar a Dios. La fe del creyente debe estar anclada en Dios; si la fe que depende de Dios vacila, uno no puede vivir una vida llena de gracia» (Internet).

Hoy, al centrarme en este mensaje titulado «¡Fija tu corazón!», deseo aprender tres lecciones sobre cómo actúa un creyente con un corazón firme en medio de la crisis y la adversidad.

En primer lugar, el creyente con un corazón firme busca refugio en medio de la crisis y la adversidad.

Observemos el Salmo 57:1: «Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti se refugia mi alma. Me refugiaré bajo la sombra de tus alas hasta que pase el desastre». David, el salmista, acudió al Señor debido al desastre que se había abatido sobre él. ¿Cuál era ese desastre? La persecución por parte de Saúl. Como indica el encabezado del texto, el Salmo 57 fue escrito mientras David se escondía en una cueva para escapar de Saúl.

David huía a causa de la persecución de Saúl. Curiosamente, el término «Al-tashjet», que aparece en el encabezado, significa «No destruyas». En el versículo 4 del pasaje de hoy, David describe su situación de la siguiente manera: «Estoy en medio de leones; yazco entre fieras voraces: hombres cuyos dientes son lanzas y flechas, y cuyas lenguas son espadas afiladas». David compara a sus adversarios —Saúl y sus hombres— con «leones» debido a la manera despiadada y feroz con la que buscaban hacerle daño (Park Yun-sun). Habían preparado una red para atraparlo (versículo 6). En consecuencia, David derramó su corazón ante Dios, clamando: «Mi alma está angustiada» (versículo 6). Finalmente, al enfrentarse a una crisis de vida o muerte provocada por la calamidad de la persecución de Saúl, se refugió en el Señor. David buscó amparo hasta que pasó la calamidad (versículo 1).

¿Adónde huyó, entonces, David? Se refugió bajo la sombra de las alas del Señor. Esta expresión es una metáfora que significa que la protección de Dios hacia el creyente es como la de una gallina que cobija a sus polluelos bajo sus alas (Park Yun-sun). Esta imagen aparece en varios lugares de la Biblia; cabe destacar Deuteronomio 32:11-12, donde Dios habla a Moisés diciendo: «Como el águila que alborota su nido y revolotea sobre sus crías, que extiende sus alas para atraparlas y las lleva en alto, así el Señor los guio solo a ellos; ningún dios extranjero estaba con ellos». Tal como el águila alborota su nido, revolotea sobre sus crías, extiende sus alas para atraparlas y las lleva sobre sus plumas, Dios a veces altera nuestros nidos —donde tal vez vivimos nuestra fe con demasiada comodidad— y hace que caigamos, de manera muy parecida a como una madre águila empuja a sus crías desde un nido elevado en un precipicio escarpado. En ese instante, impulsados por el instinto de evitar estrellarnos contra el suelo, nosotros —al igual que el aguilucho que bate frenéticamente las alas— luchamos desesperadamente por escapar de la crisis. Sin embargo, a pesar de ese forcejeo desesperado, hay momentos en que nos vemos cayendo en picada e indefensos hacia la tierra, tal como cae el aguilucho. Es precisamente entonces —en la fracción de segundo antes del impacto— cuando Dios nos salva y nos guía; Él se lanza en picada como la madre águila, nos atrapa sobre sus alas y remonta el vuelo de regreso al nido.

En segundo lugar, el creyente cuyo corazón está firme ora en medio de la crisis y la adversidad.

Observemos el Salmo 57:2: «Clamo al Dios Altísimo, al Dios que cumple su propósito en mí». En medio de la calamidad, David hizo de Dios su refugio, buscó amparo en Él y clamó a Él. Al considerar la oración de David —elevada mientras confiaba en Dios—, debemos centrarnos en el Dios mismo a quien él oraba:

(1) El Dios en quien David confiaba al orar era el «Dios Altísimo» (v. 2).

En cierto sentido, podría decirse que David puso su mirada en el Dios Altísimo y clamó a Él precisamente cuando se hallaba en lo más profundo de la adversidad. Es como un aguilucho que, tras caer de su nido y precipitarse hacia la tierra, clama a su madre para que lo salve antes de estrellarse contra el suelo; cuanto más nos hundimos en el abismo de la calamidad —reconociendo que la esperanza no reside en nosotros mismos, sino únicamente en el Señor—, más volvemos la mirada hacia el Dios Altísimo y clamamos a Él. El profeta Jonás es un ejemplo de esto. En el libro de Jonás, lo vemos descendiendo hacia Tarsis, embarcándose en una nave y, finalmente, hundiéndose en las profundidades del mar dentro de un gran pez; sin embargo, aun allí, oró con la determinación de «volver a mirar hacia [el] santo templo» de Dios (Jonás 2:4).

(2) El Dios en quien David confiaba al orar era el Dios «que lleva a cabo todo por mí» (Salmo 57:2).

El Dios Altísimo es quien cumple su voluntad a favor nuestro. A este Dios fue a quien David dirigió su súplica. Consideremos Isaías 14:24 y 27: «Jehová de los ejércitos juró diciendo: “Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado”… Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?». ¿Cuál es la voluntad del Señor para nosotros?

¿Cuáles son sus pensamientos? ¿Qué es lo que Él se propone realizar? No es otra cosa que nuestra «salvación».

(3) El Dios en quien David confiaba al orar era un Dios de amor inagotable y verdad. Observemos el texto de hoy, el Salmo 57:3: «Él enviará desde los cielos y me salvará de la afrenta de aquel que me quiere devorar (Selah); Dios enviará su misericordia y su verdad». Cuando David clamaba al Dios Altísimo —el Señor que cumple su voluntad a favor de David—, lo hacía con la certeza de la salvación. ¿Cómo estaba seguro David de que el Señor lo salvaría? Confiaba en que el Señor enviaría «su misericordia y su verdad» desde los cielos para rescatarlo de la calumnia de aquellos que buscaban devorarlo. ¿Qué significa esto? Es una expresión poética que personifica los actos salvadores de Dios —su misericordia y su verdad— (Park Yun-sun). Puesto que nuestro Señor es fiel en su misericordia y verdad, Él lleva a cabo nuestra salvación —que es su voluntad— únicamente por medio de su amor. No tenemos mérito alguno; somos salvos únicamente por su misericordia y su verdad.

En tercer lugar, el creyente de corazón firme glorifica a Dios en medio de las crisis y la adversidad.

Observemos el Salmo 57:5 y 11: «Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria» (v. 5); «Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria» (v. 11). ¿Cómo glorificaba David a Dios? Lo glorificaba alabándolo. Veamos desde la última parte del versículo 7 hasta el versículo 9: «... Cantaré y entonaré alabanzas. ¡Despierta, gloria mía! ¡Despierten, salterio y arpa! Despertaré al alba. Te daré gracias, oh Señor, entre los pueblos; te cantaré alabanzas entre las naciones». ¿Cómo pudo David glorificar a Dios mediante la alabanza mientras se encontraba en una encrucijada de vida o muerte? Fue porque su corazón estaba firme (v. 7). ¿Qué caracteriza a un corazón firme? El Dr. Park Yun-sun identificó tres aspectos: (1) La determinación de afrontar la muerte. David estaba decidido a enfrentar la muerte y había preparado su corazón para ello. (2) La disposición para hacer el bien. Una característica de la persona insensata es la falta de preparación

mental; vacila constantemente sin una meta clara. Los creyentes, en cambio, actúan con un corazón preparado. (3) La confianza en el Señor y la paz interior. Debemos mirar siempre al Señor, esperar en Él, orar y acogerlo en nuestras vidas. ¿Qué significa acoger al Señor? Se refiere a la promesa bíblica de que Dios camina junto al creyente. El creyente de corazón firme tiene la certeza de la salvación de Dios en cualquier situación y desea fervientemente que la gloria de Dios sea exaltada sobre todo el mundo. Incluso cuando somos abatidos o nos hallamos en medio del sufrimiento y la adversidad, oramos con fervor para que la gloria del Dios exaltado cubra toda la tierra, tal como las aguas cubren el mar. Aunque la calamidad se había abatido sobre David, él alabó al Señor con un corazón agradecido (versículo 8). ¿Por qué? Porque había experimentado el gran amor inagotable y la verdad del Señor, que Dios había enviado (versículo 3). Por eso, ruego que nosotros también podamos confesar como David: «Porque grande es tu misericordia, que llega hasta los cielos; tu verdad alcanza hasta las nubes» (versículo 10).

Una tarde de domingo, visité un hogar de ancianos para ver a la señora Jang Eul-su. Le dije: «Usted es hermosa». La razón por la que dije esto fue que vi a Jesús en ella. Al observarla —cantando alabanzas con un corazón agradecido (himnos 40 y 355), recitando el Salmo 23 y repitiendo con frecuencia el Padre Nuestro y el Credo de los Apóstoles— fui testigo de un verdadero ejemplo de fe, alabando al Señor hasta su último aliento; en ella vi la imagen de Jesús. Al ver a la abuela Jang —quien, en la encrucijada entre la vida y la muerte, puso su corazón en Jesús, su Salvador y única esperanza, se refugió en Él, clamó a Él con fervor y le ofreció gloria mediante la alabanza—, sentí verdaderamente que ella era hermosa a los ojos de Dios. Siguiendo su ejemplo, yo también deseo poner mi corazón en el Señor y ofrecerle alabanzas de gratitud hasta mi último aliento.

Cuando mi alma se siente agraviada

“Red prepararon a mis pasos; se ha abatido mi alma. Cavaron un hoyo delante de mí, pero en medio de él han caído ellos mismos” (Salmo 57:6).

Hay momentos en los que nos sentimos profundamente agraviados. Alguien me odia y me atormenta, a pesar de que no he hecho nada malo. No sé por qué me odian ni por qué me atormentan. Desearía al menos conocer la razón, pero me odian y me hostigan sin motivo alguno. Sin embargo, no parecen satisfechos solo con eso. Reúnen a otros, inventan historias sobre mí, me calumnian e incluso conspiran en mi contra. Difunden rumores maliciosos. Unen fuerzas para derribarme e intentan llevarme a una crisis. Ya no tengo dónde apoyarme. No puedo soportarlo más. Mi corazón está sumido en una profunda angustia y aflicción. Siento una profunda sensación de injusticia. ¿Qué debo hacer cuando mi alma se siente agraviada de esta manera?

En el pasaje de hoy, el Salmo 57:6, el salmista David declara: “Se ha abatido mi alma” (o bien: “Mi alma se siente agraviada”). ¿Por qué dijo esto David? Porque, a pesar de no haber hecho nada malo —y de haber llevado la victoria a Israel al derrotar al gigante filisteo Goliat en el nombre de Dios—, el rey Saúl comenzó a mirarlo con celos y buscó matarlo. Así, mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, David compuso el Salmo 57 y derramó su corazón ante Dios, clamando contra la injusticia que sufría. Reflexionemos sobre cinco formas en que David respondió cuando su alma sufrió injusticia, y consideremos las lecciones que podemos aprender de ellas:

Primero, cuando el alma de David sufrió injusticia, él buscó refugio en Dios.

Observemos el Salmo 57:1: “Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos”. Cuando el alma de David enfrentó la injusticia, anheló la gracia de Dios. Rogó a Dios que le mostrara misericordia. Al mismo tiempo, buscó refugio en el Señor —específicamente bajo la sombra de sus alas—, aguardando allí hasta que pasaran las calamidades que enfrentaba (v. 1). Nosotros también debemos acudir al Señor cuando nuestras almas sufren injusticia. Esto se debe a que Dios es nuestro refugio y una torre fuerte contra el enemigo (61:3). Cuando arrecian las tormentas y los vientos de la vida, debemos apresurarnos hacia el Señor —nuestro refugio— y permanecer allí hasta que pase la tempestad (55:8). Debemos buscar amparo bajo la sombra de sus alas (36:7). Confiando siempre en Dios como nuestro refugio (62:8), debemos acudir al Señor cuando nuestras almas enfrentan injusticias. Él nos esconderá bajo la sombra de sus alas (17:8), guardándonos y protegiéndonos.

En segundo lugar, cuando el alma de David sufría injusticia, clamaba a Dios, quien lleva a cabo todas las cosas por él.

Observemos el Salmo 57:2: «Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que lleva a cabo todas las cosas por mí». Mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, David clamó al Dios Altísimo, quien realiza todas las cosas a su favor. ¿Cómo pudo David elevar tal súplica? Si hubiera contemplado sus circunstancias meramente con los ojos físicos, seguramente no habría podido confesar su fe en un Dios que cumple su propia voluntad a favor de él. Si se hubiera centrado únicamente en su difícil situación mientras estaba atrapado en aquella cueva, la desesperación lo habría consumido tanto que ni siquiera habría buscado la voluntad de Dios. Sin embargo, debido a que David miró al Dios Altísimo con fe mientras estaba en la cueva, creyó que Dios cumpliría su voluntad para con él, y no su propia voluntad. Nosotros también debemos poseer esta clase de fe. Recuerdo a Pablo y a Silas en el capítulo 16 de Hechos. Atrapados entre los muros de una prisión, oraban a Dios y le cantaban alabanzas. Si bien sus oraciones a Dios resultan comprensibles, uno podría preguntarse

cómo era posible que le alabaran en tal situación. Creo que el creyente que presenta sus peticiones a Dios y confía en el cumplimiento de su voluntad puede alabarle por fe, porque —independientemente del desenlace— cree en la naturaleza misma de Dios y confía en ella. Este es el poder de la alabanza: una alabanza que no se fundamenta en las circunstancias, sino en la realidad de quién es Dios. Sin importar la situación que enfrentemos, nuestro Dios es digno de alabanza. Por tanto, independientemente de nuestras circunstancias, debemos alabar al Señor por Su grandeza y majestad. Debemos clamar al Dios Altísimo con la fe de que, aun en medio de las calamidades que encontremos, Él cumplirá Su voluntad para con nosotros. En tercer lugar, David confiaba en que, cuando su alma estuviera angustiada, Dios enviaría Su misericordia y Su verdad hacia él.

Consideremos el Salmo 57:3: «Él enviará desde los cielos y me salvará; avergonzará a quien me pisotea. Dios enviará Su misericordia y Su verdad». David tenía la certeza de la salvación. Aunque se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, creía que Dios lo salvaría. Además, David confiaba en que Dios enviaría Su misericordia y Su verdad (versículo 3). ¿Qué significa que Dios envíe Su misericordia y Su verdad? Yo mismo experimenté esto cuando mi primogénito padecía una enfermedad. La palabra de verdad que Dios me envió se encontraba en el Salmo 63:3: «Porque mejor es Tu misericordia que la vida, mis labios te alabarán». Al recibir esta palabra un lunes por la mañana, mi esposa y yo tomamos la decisión de permitir que nuestro primogénito, Ju-young, falleciera. Nuestra familia se reunió en círculo alrededor de Ju-young en la unidad de cuidados intensivos del hospital para adorar a Dios; luego, tras apagar las máquinas y retirar los tubos, Ju-young se quedó dormido en mis brazos. Más tarde, al regresar a tierra firme después de haber incinerado a Ju-young y esparcido sus cenizas, Dios me movió a alabar Su magnífico y maravilloso amor salvador. En última instancia, durante la mayor crisis de nuestras vidas, Dios envió Su amor y Su verdad, capacitándonos para alabarle. Por ello, creo que una crisis es una oportunidad maravillosa para experimentar el amor y la verdad de Dios. En cuarto lugar, cuando el alma de David se sentía agobiada por una sensación de injusticia, él cantaba y alababa a Dios con un corazón firme y resuelto. Observemos el Salmo 57:7: «Firme está mi corazón, oh Dios,

firme está mi corazón; cantaré y entonaré salmos». Tras refugiarse en Dios en medio de las calamidades que enfrentaba, David confiaba no solo en que Dios cumpliría Su voluntad para con él, sino también en que enviaría Su amor inagotable y Su verdad (versículos 1-3). Finalmente, al experimentar la gracia de Dios en medio de estas pruebas, el corazón de David se llenó de certeza (versículo 7). Estaba seguro no solo de su salvación, sino también de que la voluntad de Dios se cumpliría plenamente y de que experimentaría el amor y la verdad de Dios aun en medio de la adversidad. Con esta certeza, David decidió alabar a Dios (versículo 7). En consecuencia, su alma —que antes estaba agobiada por un sentimiento de injusticia— despertó e hizo despertar al alba (versículo 8). Nuestras almas también deben despertar y hacer despertar al alba. En lugar de permanecer abrumados por un sentimiento de injusticia, debemos alabar la majestad y la grandeza del Señor con corazones llenos de certeza.

Por último, el quinto punto: cuando el alma de David estaba agobiada por un sentimiento de injusticia, él oró para que Dios fuera exaltado sobre los cielos y para que Su gloria se alzara en lo alto sobre toda la tierra.

Observemos los versículos 5 y 11 del Salmo 57: «¡Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos! ¡Que Tu gloria esté sobre toda la tierra! … ¡Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos! ¡Que Tu gloria esté sobre toda la tierra!». Es algo sorprendente. Resulta extraordinario que David, mientras se escondía en una cueva para escapar del rey Saúl, orara para que Dios fuera exaltado sobre los cielos y para que Su gloria se alzara en lo alto sobre toda la tierra. Me desafía especialmente el hecho de que, aun siendo perseguido injustamente por el rey Saúl y enfrentando calamidades, David diera gracias al Señor entre los pueblos y le cantara alabanzas entre las naciones (v. 9), orando para que Dios fuera exaltado sobre los cielos y Su gloria sobre toda la tierra. Al considerar cómo David pudo hacer esto, creo que fue posible porque había experimentado el amor inagotable y la verdad que Dios envía (v. 3). Observe el versículo 10: «Porque grande es tu misericordia, que llega hasta los cielos; tu verdad alcanza hasta las nubes». Cuando el alma de David buscó refugio en Dios en medio

de la injusticia y el desastre, experimentó la gracia que había implorado, la voluntad de Dios que había reclamado a gritos, y la misericordia y la verdad que había anhelado; por ello, confesó: «Porque grande es tu misericordia, que llega hasta los cielos; tu verdad alcanza hasta las nubes». En consecuencia, pudo orar a Dios: «Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sea tu gloria sobre toda la tierra» (v. 11).

Lo recuerdo bien; es un recuerdo grabado en mi corazón que no puedo olvidar. Recuerdo el momento, durante el servicio de cierre del ataúd de mi tercer tío —quien era pastor—, en el que, tras proclamar la Palabra de Dios, me uní a todos los presentes para cantar con fervor al Señor el himno número 40, «Cuán grande es Él» («Señor, mi Dios, al contemplar los cielos…»). En particular, no puedo olvidar la experiencia de sentir al Espíritu Santo morando en mí e impulsando mi alma a alabar a Dios mientras cantaba el estribillo: «¡Mi alma canta… cuán grande es Él!». También recuerdo vívidamente la imagen de mi tío cuando, estando aún en vida, viajó a Tijuana (México) y cantó ese mismo estribillo en español ante un grupo de personas mexicanas con discapacidad. Además, recuerdo cómo, durante un culto familiar de Año Nuevo antes de fallecer —mientras padecía cáncer—, reunió fuerzas para levantarse, a pesar de su fragilidad, y alabar la grandeza y majestad del Señor. ¿Cómo podía un paciente de cáncer, mientras soportaba tal agonía física, alabar la grandeza del Señor? ¿Cómo podía alguien alabar la grandeza del Señor en un funeral, mientras se despedía de un ser querido? Me siento profundamente desafiado al pensar en el rey David; escondido en una cueva para escapar del rey Saúl, no se centró en sus calamitosas circunstancias, sino que puso sus ojos en el Dios de la salvación. Confiando en el amor inagotable y la verdad de Dios, exaltó al Señor y oró para que Su gloria fuera enaltecida sobre toda la tierra. Yo también me he dado cuenta de que mis oraciones han sido demasiado limitadas, centradas principalmente en mis propias circunstancias actuales o en mi ministerio. Ahora deseo orar para que el reconocimiento de la gloria de Dios llene el mundo entero, tal como las aguas cubren el mar. Oro para que Dios amplíe el alcance de mis oraciones, de modo que la grandeza exaltada y la gloria del Señor llenen el mundo entero.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Vivimos en un mundo lleno de injusticias; tal trato injusto ocurre incluso dentro de la iglesia. No comprendo por qué la lengua de las personas es tan afilada como una espada (Salmo 57:4) o por qué calumnian a sus hermanos y hermanas (v. 3). Cavan toda clase de fosas —como si pretendieran hacer que alguien cayera en ellas— específicamente para provocar que sus hermanos y hermanas tropiecen y caigan (v. 6). Como consecuencia, algunos miembros de la iglesia sufren heridas profundas. Soportan injusticias sin tener a nadie a quien expresar sus quejas, lo que lleva a algunos a terminar abandonando la iglesia por completo. Eso no es todo; también hay muchos dentro de la iglesia que sufren diversas calamidades y no saben qué hacer. Debemos mirar únicamente al Señor y clamar a Él. Debemos refugiarnos en Dios, quien es nuestro amparo. Dios cumplirá Su voluntad para con nosotros. Además, cuando nos encontremos en medio de la adversidad, Él enviará Su amor inagotable y Su verdad, permitiéndonos experimentarlos profundamente. Así, nuestros corazones permanecerán firmes y alabaremos a Dios con plena certeza: «Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos; que Tu gloria esté sobre toda la tierra» (v. 5).

El Dios que juzga (1)

[Salmo 58]

Esta tarde, mientras regresaba a la iglesia tras una breve visita a un hogar de ancianos, encendí la radio y escuché una noticia sobre un pastor de una gran iglesia coreana en Los Ángeles que había agredido a su esposa. Oí al reportero decir: «Se ha señalado que los miembros de la iglesia deben reflexionar sobre su tendencia a seguir ciegamente a un líder simplemente por su título de "pastor"... El argumento es que los propios miembros necesitan ejercer discernimiento». Me quedé algo impactado al escuchar esta noticia. También me preocupaba que tal incidente pudiera empañar la gloria de Dios y obstaculizar la evangelización. En medio de estos pensamientos, coincidí con la afirmación de que «los miembros de la iglesia necesitan ejercer discernimiento». La razón es que creo que nosotros, los cristianos, estamos perdiendo nuestra capacidad de discernir. Al considerar la causa, creo que se deriva de una hambruna de escuchar la Palabra de Dios; una hambruna que ya ha llegado (Amós 8:11). A pesar del flujo incesante de sermones transmitidos y de la abundancia de Biblias disponibles, nuestro discernimiento se nubla inevitablemente porque, aunque tenemos oídos, no logramos escuchar verdaderamente la Palabra de Dios. Muchos cristianos parecen conocer muy bien la Palabra de Dios a nivel intelectual, pero no logran asimilarla en sus corazones. En consecuencia, nos dejamos guiar por las circunstancias o las emociones en lugar de por la Palabra de Dios. En última instancia, nuestro discernimiento se ha nublado debido a esta hambruna de la Palabra de Dios. En su libro *Líder, ten el corazón de un león*, el pastor Han Hong afirma: «... No interpretes la voluntad de Dios basándote únicamente en las circunstancias visibles; más bien, interpreta tus circunstancias a través de la lente de la voluntad de Dios. No juzgues a Dios; deja que

Dios te juzgue a ti. En lugar de hablar constantemente ante Dios, escucha en silencio lo que Él te dice» (Internet). Debemos interpretar las situaciones que enfrentamos en cada momento a la luz de la voluntad de Dios. Además, para permitir que Dios nos juzgue, debemos permanecer quietos ante Él y escuchar Su voz. La semana pasada, durante nuestra reunión de oración de los miércoles, el mensaje que Dios nos transmitió a través del Salmo 57 fue que debíamos «afirmar nuestros corazones». En particular, al meditar en el versículo 7 —donde David declara: «Firme está mi corazón, oh Dios, firme está mi corazón; cantaré y entonaré alabanzas»— aprendimos que nosotros también debemos afirmar nuestro corazón. Incluso en medio de la calamidad que enfrentaba (versículo 1), David afirmó su corazón y ofreció alabanza a Dios. Sin embargo, el camino para llegar a ese estado de alabanza probablemente no fue fácil; en otras palabras, su corazón estaba lejos de estar tranquilo antes de volverse firme. Podemos verlo en la forma en que expresó sus sentimientos mientras huía de Saúl, describiendo su alma como profundamente afligida o agraviada (versículo 6). Si tú y yo nos encontráramos en una situación tan injusta, ¿qué haríamos? Como nos dice el Salmo 58:11, debemos mirar a Dios —aquel que juzga— incluso al enfrentar circunstancias injustas. En otras palabras, debemos confiar en el juicio del Dios justo. Hoy, al centrarnos en este pasaje y en el tema «Dios que juzga», espero que aprovechemos esta oportunidad para escuchar la voz del Señor meditando en un aspecto de Dios como Juez, dejando los otros dos puntos para la próxima semana.

En primer lugar, el «Dios que juzga» es un Dios que reprende a los impíos.

En el Salmo 58:1–5, vemos que el Dios justo, quien actúa como Juez, reprende a los impíos: los enemigos de David. Al examinar cuatro aspectos de su reprensión, oro para que podamos usar este tiempo de autorreflexión para considerar si Dios podría estar reprendiéndonos a nosotros también.

(1) Dios nos reprende diciendo: «¡No permanezcan en silencio!»

Observemos el texto de hoy, Salmo 58:1: «¿Acaso hablan ustedes, gobernantes, con justicia? ¿Juzgan con rectitud?». Si bien hay verdad en el dicho «la palabra es plata, el silencio es oro», también existen formas de silencio que son cobardes, o incluso malvadas. ¿Qué es el «silencio malvado»? Se refiere al silencio de no pronunciar las palabras correctas que deberían decirse (Park Yun-sun). Permanecer en silencio al presenciar una injusticia, o callar cuando uno debería alzar la voz por la rectitud, constituye un silencio malvado. En Isaías 56:10, el profeta Isaías describe a los pastores —los centinelas de Israel— como «perros mudos» incapaces de ladrar. El deber de un perro es ladrar cuando se acercan las «bestias» (v. 9). Sin embargo, los pastores de Israel no lo hicieron; no cumplieron adecuadamente con su papel de centinelas. Como consecuencia, el rebaño de Dios fue devorado por lobos y quedó vagando por los campos y las montañas (Ezequiel 34). ¿Cuál fue la causa raíz? La codicia. Impulsados por la codicia, los pastores de Israel buscaban únicamente su propio beneficio (Isaías 56:11). Mientras llenaban sus propios vientres, no alimentaban adecuadamente al rebaño con la Palabra. Al descuidar el deber del centinela y codiciar solo el lucro personal, estos pastores se convirtieron en «perros mudos». Tal silencio es un «silencio malvado».

Cuando aplico esta reprensión de Dios a mi propia vida, me siento confrontado por la descripción del «perro mudo» en Isaías 56:10. Recuerdo una ocasión, durante mis estudios en el seminario, en la que un conocido pastor principal de una iglesia de inmigrantes nos visitó e instó a «predicar sermones de consuelo». Recuerdo haber recibido consejos similares de otros pastores principales también. Hoy en día, los «sermones de sanidad» parecen estar de moda; ver a colegas pastores enfatizar constantemente la «sanidad» refuerza esta impresión. Sin embargo, me cuestiono si yo —y otros predicadores— estamos proclamando verdadera y fielmente el mensaje que Dios nos ha dado como sus portavoces. Por ejemplo, consideremos si nosotros, los predicadores —a pesar de la existencia de pasajes bíblicos que absuelven al pueblo de Dios de sus pecados—, realmente predicamos sermones que apliquen esa misma absolución a nuestros propios pecados; como todos sabemos, tales sermones rara vez se escuchan desde el púlpito en la actualidad. Si este es

el caso, ¿qué somos nosotros, los pastores, sino los «perros mudos» de los que habló el profeta Isaías? Un perro que guarda el rebaño debe ladrar cuando se acercan los lobos; si simplemente se sacia y no cumple con su deber, se convierte en un perro mudo e inútil. Peor aún, se convierte en un perro que destruye el rebaño de Dios. Por lo tanto, no debemos mantener un silencio malvado. Debemos juzgar con honestidad y hablar de justicia (Salmo 58:1). (2) Dios nos reprende diciendo: «¡No maquinéis maldad en vuestros corazones!».

Observad el texto de hoy, el Salmo 58:2: «Más bien, en el corazón maquináis maldad; en la tierra repartís la violencia de vuestras manos». Aunque sus palabras eran más suaves que la mantequilla y más blandas que el aceite (55:21) —alardeando de gobernar con equidad—, los funcionarios y líderes malvados de Israel cometían actos de injusticia (Park Yun-sun). En resumen, eran hipócritas. Jesús habló de esto en Mateo 7:5: «¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claramente para sacar la paja del ojo de tu hermano». El hipócrita debe enfrentarse a su propio corazón engañoso: el corazón que comete el mal. Solo entonces podrá quitarse la «viga» de su propio ojo.

Necesitamos valentía. Necesitamos la valentía para enfrentar la «viga» en nuestro propio ojo. Debemos mirar directamente a lo profundo de nuestro corazón a través de la lente de la Palabra de Dios, pues Dios desea la verdad en nuestro ser más íntimo (Salmo 51:6). Nunca debemos ser creyentes cuyas palabras y corazones estén en desacuerdo. No debemos acostumbrarnos tanto a los rituales religiosos que olvidemos quiénes somos realmente, engañándonos a nosotros mismos al fingir vivir una vida de fe. Debemos permitir que la Palabra de un Dios justo juzgue nuestros corazones y, con un espíritu contrito, arrepentirnos ante Él de los pecados del corazón que así se revelan. Por tanto, al igual que David, debemos convertirnos en personas conforme al corazón de Dios. Nunca debemos ser hipócritas. Ante Dios, que mira el corazón, debemos vivir una vida caracterizada por una fe verdadera, un corazón recto y una conducta justa.

(3) Dios nos reprende diciendo: «¡No digan mentiras!».

Observemos el texto de hoy, Salmo 58:3: «Los impíos se apartan desde el vientre; se desvían desde el nacimiento, diciendo mentiras». Los impíos acumulan malas acciones desde la infancia y finalmente no se arrepienten, haciendo que su iniquidad abunde (Park Yun-sun). Entre estas malas acciones, decir mentiras es un hábito particularmente pecaminoso de los impíos. En consecuencia, se han acostumbrado a desviarse del camino correcto. No debemos decir mentiras. Tampoco debemos desviarnos del camino correcto diciendo mentiras.

(4) Dios nos reprende diciendo: «¡Escuchen la voz!». Observemos el pasaje de hoy, Salmo 58:5: «…como la cobra sorda que no atiende a la melodía del encantador, por muy hábil que este sea». Como el veneno de una serpiente —como una víbora que daña la vida humana—, los impíos buscan destruir nuestras vidas. David describe a estas personas impías como «cobras sordas». En lugares como Arabia o la India, los encantadores de serpientes utilizan instrumentos como flautas y tambores para atraer a las serpientes; estas responden a tales sonidos y se mueven en consecuencia. Sin embargo, David dice que los impíos descritos en este pasaje son como víboras que se niegan a escuchar tales sonidos. En resumen, los impíos son como «víboras sordas» (versículo 4). Quienes tienen oídos deben escuchar la voz del Señor. Debemos inclinar nuestros oídos hacia la voz del Señor. Nunca debemos cerrar nuestros oídos a Él para seguir nuestro propio camino.

Al meditar en la reprensión de Dios hacia los impíos, me pregunto: ¿Soy un «perro mudo»? ¿Albergo maldad en mi corazón? ¿Pronuncio falsedades? ¿Escucho verdaderamente la voz de Dios? Me cuestiono si, al igual que un «perro mudo» o una «víbora sorda», estoy fallando en proclamar con valentía la palabra de Dios por no poder escuchar Su voz. Ruego poder cumplir la función de un centinela: alguien que busca la verdad en el corazón, escucha la palabra de verdad y la proclama con valentía.

El Dios que juzga (2)

[Salmo 58]

El domingo pasado, mientras escuchaba el testimonio de un joven —compartido a través de una canción— durante el culto en inglés de nuestra iglesia, confirmé una vez más cuán profundamente ama Dios a ese hermano. Al cantar la misma canción que él había interpretado entre lágrimas la noche del viernes anterior, aprendí la lección de que, por mucha oscuridad que envuelva nuestras vidas, debemos alabar la santidad de Dios. En este contexto, mientras leía los Salmos 21 al 23 —los pasajes programados para la reunión de oración de esta madrugada de miércoles—, mi atención se centró en el Salmo 22:1-3 y me detuve a reflexionar sobre esos versículos. Aunque David, el salmista, clamó a Dios día y noche en medio de su angustia sin recibir respuesta —sintiéndose abandonado y creyendo que Dios estaba lejos y no le ayudaba—, aun así confesó: "Tú eres santo, que habitas entre las alabanzas de Israel" (22:3). Al meditar nuevamente en este versículo durante la reunión de oración de esta mañana, pensé en aquel amado hermano. Recordé cómo él, al igual que David, había alabado al Dios santo. Alabar al Dios santo es una bendición maravillosa que proviene de Él; por tanto, experimentar la presencia santa de Dios es una bendición verdaderamente maravillosa.

Ese Dios santo es también un Dios de justicia. Es un Dios que juzga con rectitud. Por ello, cuando nos encontramos en situaciones en las que hemos sido tratados injustamente —al igual que David—, debemos volver la mirada hacia "el Dios que juzga" (Salmo 58:11). En otras palabras, ante la injusticia, debemos confiar en el juicio del Dios justo. El Dios que juzga es el Dios que reprende a los impíos (vv. 1-5). Este Dios justo, que reprende a los impíos,

también nos reprende a nosotros, instándonos a no permanecer callados. Dicho de otro modo, el Dios que juzga nos reprende por mantener un silencio pecaminoso (v. 1). Un pastor que guarda silencio ante la injusticia es un "perro mudo" (Isaías 56:10). Puesto que tal persona no ladra cuando debería hacerlo —permitiendo así que el rebaño de Dios sea devorado por las fieras—, Dios reprende a quienes mantienen este silencio pecaminoso. Además, este Dios justo y juez nos reprende por albergar maldad en nuestros corazones (v. 2). Nos reprende por vivir como hipócritas, cuyas palabras y acciones no concuerdan. El Dios que juzga nos reprende por practicar la falsedad. Nos reprende por desviarnos del camino al incurrir en el engaño. Asimismo, el Dios que juzga nos reprende por no escuchar su voz. Nos reprende porque, como una cobra sorda, nos negamos a oír cuando Él habla (v. 5). Hoy, bajo el título «El Dios que juzga (2)», oro para que este mensaje sea una oportunidad de escuchar la voz del Señor mientras reflexionamos sobre dos aspectos adicionales del Dios que juzga.

En segundo lugar, «el Dios que juzga» nos mueve a orar (vv. 6–9).

El salmista David clamó a Dios en medio de la persecución de los impíos. Rogó al Dios que juzga que actuara contra ellos. Podemos considerar el contenido de la oración de David de tres maneras principales:

(1) David rogó a Dios que destruyera los instrumentos que los impíos usaban para cometer el mal.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 58:6: «¡Oh Dios, rómpeles los dientes de la boca; arranca, oh SEÑOR, los colmillos de los leoncillos!». David describió a sus perseguidores —los impíos— como seres inhumanos y crueles, comparándolos con leones. Así como el león usa su boca para atrapar y devorar a su presa, estas personas buscaban atacar y derribar a los justos mediante medios malvados; por ello, David oró para que Dios destruyera los mismos instrumentos que ellos utilizaban para perpetrar su maldad.

(2) David rogó a Dios que los impíos desaparecieran y que sus planes fueran frustrados.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 58:7 y 9: «¡Que se disuelvan como aguas que corren; que se quiebren como flechas rotas!» (v. 7); «Antes de que sus ollas sientan el calor de los espinos, ya sean verdes o ardientes, Él los arrebatará en un torbellino» (v. 9). El versículo 7 sugiere que los impíos desaparecerán tal como un arroyo en la ladera de una montaña que fluye brevemente tras la lluvia y luego se seca (Park Yun-sun). La frase sobre las flechas que se rompen significa que, al igual que una flecha dirigida a un blanco se quiebra antes de alcanzar su objetivo, los planes malvados de los impíos fracasarán en su propósito (Park Yun-sun). El versículo 9 transmite un mensaje similar. Así como un viajero en el desierto, hambriento y cocinando sobre una hoguera de espinos, podría ver de repente cómo un fuerte torbellino se lleva el combustible, los planes de los impíos fracasan y quedan en nada (Park Yun-sun). Un ejemplo de cómo Dios frustra los planes de los impíos se encuentra en la historia de David. Cuando David huía de Absalón, Dios utilizó a Husai el arquita, amigo de David (2 Samuel 16:16), para derrotar el buen consejo de Ahitofel (17:14). La Biblia registra la razón de esto: «Porque Jehová había ordenado que se frustrara el buen consejo de Ahitofel, para que Jehová trajera el mal sobre Absalón» (versículo 14).

(3) David suplicó a Dios que hiciera a los impíos como un caracol.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 58:8: «Sean como el caracol que se deshace al moverse, como el aborto que nunca ve el sol». ¿Por qué oró David para que fueran como un caracol? Porque el caracol consume y desgasta su propio cuerpo cada vez que se desplaza por el suelo. David pedía a Dios que hiciera que los impíos provocaran su propia ruina cada vez que cometieran sus actos malvados (Park Yun-sun).

Por último, el tercer punto es que el «Dios que juzga» nos otorga bendiciones (versículos 10–11).

Podemos considerar las bendiciones de Dios de dos maneras:

(1) La primera bendición es el gozo. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 58:10: «Se alegrará el justo cuando vea la venganza; lavará sus pies en la sangre de los impíos». Nuestro Dios es un Dios de justicia. Es un Dios que juzga con rectitud. Él provoca la destrucción de los impíos. ¿Por qué, entonces, se regocijó David —un hombre justo—? Ciertamente no fue porque se deleitara en la destrucción de los impíos en sí misma. Se regocijó únicamente porque contempló la gloria de Dios; se regocijó porque fue testigo de la justicia de Dios y de su justo juicio.

(2) En segundo lugar, la bendición que nos otorga el Dios que juzga es la certeza.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 58:11: «Entonces la gente dirá: "Ciertamente hay recompensa para el justo; ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra"». Dios nos da la seguridad de que Él es el Juez, no solo para nosotros, sino también para los demás.

Cuando permitimos que Dios nos juzgue en lugar de intentar juzgarlo a Él, nuestros pecados quedan al descubierto y debemos afrontar su reprensión. En ese proceso, debemos rogar a Dios que borre nuestras transgresiones. Oro para que todos experimentemos la bendición que Dios otorga en medio de esto.

Cantemos al poder del Señor.

[Salmo 59]

Hoy dediqué tiempo a meditar en la historia de Job, un relato que creía conocer bien. Al reflexionar sobre ella nuevamente, me pregunté qué habría sentido Job cuando Satanás y sus fuerzas lo atacaron bajo la soberanía de Dios. Perdió todas sus posesiones y a todos sus hijos; aunque Satanás no pudo quitarle la vida, Job soportó una agonía física insoportable. Es un sufrimiento inimaginable; sin embargo, me sorprendió descubrir que podía empatizar con los amigos de Job. Al pensar en ellos —quienes, a pesar de querer consolarlo, terminaron siendo «consoladores molestos» (Job 16:2) que solo le causaron más angustia—, me pregunto con qué frecuencia yo también he actuado como un «consolador que causa problemas» al intentar consolar, con buenas intenciones, a hermanos en la fe que sufren. También reflexioné sobre lo que el propio Job debió estar atravesando. Sus amigos no comprendían su calvario; lejos de ofrecer consuelo, solo aumentaron su angustia. En medio de tal sufrimiento, ni siquiera Job podía comprender plenamente los acontecimientos que se desarrollaban bajo la soberanía de Dios; él también soportó un dolor extremo mientras permanecía en la ignorancia. Me pregunto: ¿qué habría podido hacer por Job si hubiera sido uno de sus amigos? ¿Qué puedo hacer al ver a hermanos y hermanas que sufren —incluso enfrentando peligro de muerte— debido a las fuerzas tenebrosas de Satanás? Comprendo que solo puedo volverme hacia Dios, buscando su misericordia e implorándole que los salve y los libre. Especialmente al ser testigo de la cruda realidad de la impotencia humana ante el sufrimiento extremo, confieso que debo depender totalmente del poder de Dios. En este contexto, recordé las cuatro áreas de poder por las que nuestra iglesia ha estado orando desde principios de año, basándose en el libro de los Hechos: el poder de la oración, el

poder del Espíritu Santo, el poder de la Palabra y el poder del amor. Al orar por estos cuatro aspectos, los uno en un solo concepto: el «poder del Espíritu Santo». Entonces, ¿qué es el poder del Espíritu Santo? Podemos considerarlo desde tres perspectivas: en primer lugar, el *principio* del poder del Espíritu Santo es el poder de la Palabra de Dios; en segundo lugar, el *modelo* del poder del Espíritu Santo es el poder del amor de Jesús; y, finalmente, el *poder efectivo* del Espíritu Santo es el poder de la oración.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 59:16-17, el salmista David decide: «Cantaré de tu poder…» y «Oh, Fortaleza mía, te cantaré alabanzas…». ¿Cuál es exactamente el poder del Señor que movió a David a decidir cantar sobre él? Hoy, bajo el título «Cantemos al poder del Señor», quisiera reflexionar sobre esto a través de cuatro puntos. Mi oración es que, al experimentar este poder del Señor en nuestras propias vidas, nosotros también —al igual que David— podamos cantar alabanzas al poder del Señor, sin importar cuán difíciles o dolorosas sean nuestras circunstancias.

En primer lugar, el poder del Señor es un poder de protección.

Observemos el Salmo 59:9, la última parte del versículo 16 y el versículo 17: «Dios es mi fortaleza; a ti miraré por causa de tu poder» (v. 9); «…Tú eres mi fortaleza y mi refugio en el día de mi angustia» (v. 16b); «Tú eres mi fortaleza, y te cantaré alabanzas; porque Dios es mi fortaleza y el Dios que me muestra misericordia» (v. 17). Últimamente he sentido —aunque sea en pequeña medida— la realidad de que los seres humanos somos increíblemente frágiles. Somos como vasijas que se rompen fácilmente; sin la gracia de Dios, no podemos vivir ni un solo día ni siquiera un solo instante. Sin la protección de Dios, somos propensos a la corrupción; tropezamos, caemos y nos desanimamos con facilidad, y somos inevitablemente susceptibles de abandonar rápidamente a Dios —y a su Palabra— y traicionar al Señor. Por ejemplo, si Dios no guarda nuestros corazones, somos fácilmente abrumados y derrotados por las fuerzas de Satanás en la batalla espiritual, llegando finalmente a cometer el pecado de desobediencia nacido de la incredulidad.

Especialmente al enfrentar circunstancias difíciles o aterradoras, si Dios no protege nuestros pensamientos, emociones y voluntades, inevitablemente nos vemos dominados por la situación y quedamos a la deriva en el miedo: somos vasijas verdaderamente frágiles y fáciles de quebrantar. ¿Cuál era la situación que enfrentaba David en el pasaje de hoy, el Salmo 59? Estaba siendo perseguido por los hombres del rey Saúl. Estos hombres eran enemigos de David: malhechores que se deleitaban en el derramamiento de sangre (vv. 1-2). Se abalanzaban sobre David (v. 4) y rondaban la ciudad, aullando como perros (vv. 6, 14). En dos ocasiones, David describió a sus perseguidores como perros que aullaban y merodeaban por la ciudad. Imagínelo: como perros hambrientos de sangre, aullando mientras rondan a nuestro alrededor... Si nos viéramos perseguidos —tal como lo fue David—, ¿qué haríamos? ¿Acaso no huiríamos? ¿No correríamos con todas nuestras fuerzas para escapar de esos perros voraces y salvar nuestras vidas? David huyó de los hombres de Saúl, que lo perseguían como perros, y corrió a refugiarse en Dios, su fortaleza.

El Dr. Park Yun-sun lo expresó de esta manera: «Mirar al Señor es la única forma de vivir. Si miramos a nuestro alrededor, simplemente nos distraemos y nos inquietamos con las tentaciones y amenazas de este mundo; si miramos hacia nuestro interior, solo encontramos motivos de desaliento. Pero cuando miramos al Señor, hallamos gozo y felicidad. Esto se debe a que Él es como una "fortaleza" —nuestro refugio— y otorga salvación a quienes ponen sus ojos en Él». Considero que esta es una perspectiva verdaderamente válida. Cuando observamos el mundo que nos rodea, podemos confundirnos; y al mirar en nuestro interior, podemos experimentar desaliento o incluso estancamiento espiritual. Sin embargo, como personas que poseen la seguridad de la salvación e invocan al Dios de nuestra salvación, buscamos refugio en el Señor —nuestra fortaleza— anhelando su protección. En consecuencia, experimentaremos el poder de la protección del Señor. En ese momento, podremos cantar a Dios el himno 432: «Cuando estés desalentado, el Señor te guardará; cuando enfrentes peligro, el Señor te guardará» (Estrofa 2); «El Señor te guardará; en todo momento y lugar, el Señor te guardará; Él siempre velará por ti» (Estribillo).

En segundo lugar, el poder del Señor es el poder del amor.

Observemos el Salmo 59:10: «Mi Dios saldrá a mi encuentro con su amor inquebrantable; me permitirá contemplar triunfante a mis enemigos». Somos personas que vivimos gracias al poder del amor de Dios. Como creyentes, somos quienes —especialmente en tiempos difíciles y de prueba— resistimos y perseveramos mediante la bondad amorosa de Dios, triunfando finalmente sobre nuestras circunstancias. Al reflexionar sobre el amor de Dios, recuerdo al profeta Jonás. Así como Jonás, tras desobedecer el mandato divino, se encontró dentro de un pez hundiéndose en las profundidades del mar —pero aun así dirigió su mirada hacia el santo templo de Dios desde aquel abismo—, también nosotros, los creyentes, estamos llamados a experimentar profundamente el amor y la bondad de Dios en medio de nuestro propio dolor y sufrimiento intensos. Creyentes capaces de percibir la profundidad del amor de Dios incluso en medio de un sufrimiento profundo... Existe una canción góspel estadounidense que he cantado a menudo, titulada «Power of Love» (conocida en coreano como «Coming to the Lord»). La letra de la primera estrofa dice así: «Señor, vengo a Ti; permite que mi corazón sea transformado y renovado, fluyendo de la gracia que hallé en Ti. Y Señor, he llegado a comprender que las debilidades que veo en mí serán despojadas por el poder de Tu amor». Al reflexionar sobre esta letra y considerar cuándo experimento con mayor frecuencia el gran amor de Dios, reconozco que es precisamente cuando tomo conciencia de mi propia debilidad. Confieso que, cuando soy débil, entonces soy fuerte. En el pasaje de hoy, el Salmo 59:10, David expresa su confianza en que Dios saldrá a su encuentro con su amor inquebrantable. Aquí, la palabra «encontrar» implica «venir hacia mí en el momento oportuno» (Park Yun-sun). En otras palabras, mientras David se refugiaba en Dios —su Salvador y fortaleza protectora— durante los tiempos de angustia, tenía la certeza de que el Señor acudiría en su ayuda en el momento señalado. Sostenido por esta convicción, David soportó todas las adversidades y dificultades, como quien camina por el valle de sombra de muerte. Creo que esta es la esencia misma de la «perseverancia de los santos». Sin embargo, incluso esta perseverancia nace del amor inquebrantable de Dios. La razón es que la propia paciencia de Dios y su profundo anhelo de acercarse a nosotros

superan con creces —y son más profundos que— nuestra propia paciencia al soportar la adversidad mientras le esperamos. Quienes conocen este amor de Dios confían en su poder para sobrellevar el sufrimiento y las dificultades mientras aguardan la ayuda del Señor. Surge un contraste interesante entre los versículos 15 y 16 del pasaje. Mientras los enemigos de David vagan en busca de alimento —pasando la noche inquietos si no logran saciarse (v. 15)—, David decide cantar a la fortaleza del Señor y proclamar con alegría su amor inquebrantable al llegar la mañana (v. 16). Creo que podemos extraer dos lecciones de esto: (1) La primera lección es que, aunque los impíos vagan en busca de sustento físico, en última instancia... La cuestión es que, mientras los impíos no logran hallar verdadera satisfacción, los justos encuentran plenitud gracias a la fortaleza del Señor. (2) La segunda lección es que, mientras los impíos pasan la noche en vela —incapaces de encontrar sosiego—, los justos duermen profundamente aun en medio de la persecución y el temor a la muerte, para luego alabar con fuerza la misericordia del Señor al amanecer. ¿A qué se debe esto? A que, gracias a la misericordia del Señor, pudieron dormir y recibir un nuevo día y una nueva mañana junto a Él.

Cuando experimentamos el poder del amor de Dios, podemos cantar la estrofa y el estribillo restantes de la canción góspel estadounidense "I Come to the Lord" (Vengo al Señor): "Abre mis ojos para verte y conocer tu amor; seré renovado por tu amor para cumplir tu voluntad en mi vida cada día" (Estrofa 2); "El amor me sostiene firmemente y me lleva a tu lado; como un águila que se eleva sobre sus alas, me levantaré y caminaré contigo en tu amor" (Estribillo).

En tercer lugar, el poder del Señor es un poder de justicia.

Consideremos el Salmo 59:11: "No los mates, para que mi pueblo no olvide; dispérsalos con tu poder y derríbalos, oh Señor, escudo nuestro". David suplicó a Dios que no matara a sus enemigos de inmediato, sino que les permitiera sufrir las consecuencias de sus pecados, asegurando así que la gente tuviera presente el hecho de que los pecadores inevitablemente

enfrentan la retribución divina (Park Yun-sun). Sin embargo, parece que la gente olvida de alguna manera el hecho de que los impíos ciertamente enfrentarán el juicio divino. ¿Cuál es la razón de esto? Encontré la respuesta en el Salmo 50:21: "Cuando hiciste estas cosas y yo guardé silencio, pensaste que yo era exactamente como tú...". Debido a que Dios permanece en silencio después de que cometen pecados y no les sucede nada, los impíos continúan cometiendo pecados aún mayores sin temor. En otras palabras, los impíos no se dan cuenta de que Dios es un Dios de justicia. Creen erróneamente que Él es un Dios que comete injusticias tal como ellos lo hacen. Sin embargo, Dios es un Dios de justicia. Él es el Dios que posee el poder de dispersar y humillar a nuestros enemigos. A este Dios, David le suplicó: "Levántate y castiga a las naciones; no tengas misericordia de ningún hombre traicionero y malvado" (59:5). De hecho, nuestro Dios justo permitió que David presenciara cómo sus enemigos recibían su justa retribución (v. 10). También oró a Dios: "Consúmelos en tu ira, consúmelos hasta que dejen de existir; que se sepa hasta los confines de la tierra que Dios gobierna sobre Jacob" (v. 13).

En cuarto y último lugar, el poder del Señor es un poder salvador. Consideremos el Salmo 59:1–2: «Dios mío, líbrame de mis enemigos... rescátame de los que hacen el mal y sálvame de hombres sanguinarios». Al meditar en los Salmos, resulta evidente que David oraba con la certeza de la salvación. En otras palabras, incluso antes de experimentar la liberación de Dios —mientras enfrentaba una crisis de vida o muerte y amenazas contra su vida por parte de enemigos como Saúl o Absalón—, él creía que Dios lo rescataría y, por tanto, buscaba Su gracia salvadora. Es por eso que David decidió, como se observa en este pasaje, cantar al poder del Señor (para salvar). ¿Cómo podía decidir cantar al Señor en medio de tal crisis? ¿Cómo pudieron Pablo y Silas alabar a Dios en la cárcel, aun sabiendo que serían ejecutados al día siguiente? (Hechos 16). Esto difiere de la perspectiva del pastor Hong Sung-gun, de Juventud con una Misión (JUCUM). Recuerdo que el pastor Hong definía la alabanza como la celebración de lo que Dios ha hecho por nosotros; sin embargo, al observar al apóstol Pablo y a Silas —o a David en el pasaje de hoy—, vemos que alababan a Dios y decidían hacerlo incluso antes de experimentar Su liberación. ¿Cómo podemos

explicar esto? Podríamos intentar dos explicaciones: (1) En primer lugar, Pablo, Silas y David alababan a Dios porque, a través de la oración, experimentaban por fe que la obra de liberación de Dios ya había comenzado; o (2) como verdaderos adoradores, conocían y creían en la naturaleza misma de Dios (como Dios Salvador), lo que les permitía alabarlo aun sin haber sido liberados todavía. Creo que la segunda explicación es más aplicable a la situación del pasaje de hoy.

Si David se hubiera centrado en la injusticia de su situación, no habría podido alabar a Dios con fe por Su poder salvador. Sus enemigos se habían reunido y acechaban para quitarle la vida, y no a causa de alguna transgresión o pecado de su parte (versículo 3b). De hecho, David era inocente, y sin embargo sus enemigos se precipitaban hacia él, listos para atacar (versículo 4). Incluso en una situación tan injusta, David anhelaba y suplicaba la gracia salvadora de Dios. Buscaba la ayuda de Dios e imploraba al Señor que despertara y examinara su caso. Por tanto, en lugar de centrarnos en nuestras circunstancias (injustas), debemos centrarnos en Dios. Debemos creer que nuestro Dios es el Dios de salvación que nos libra de esas situaciones (injustas). Debemos implorar fervientemente a este Dios de salvación con la certeza de ser salvos. Al hacerlo, fortalecidos por el poder salvador del Señor, podremos cantar el estribillo del Himno 474: «¡Oh, la gracia salvadora del Señor Jesús! Verdaderamente gozosa y deleitable; disfrutaré de esa gracia por siempre y descansaré en paz».

Al recorrer el camino de esta vida, percibo cada vez más, por experiencia propia, que este mundo está lleno de preocupaciones, adversidades, pecado y el espectro de la muerte. Por eso canto a menudo el Himno 474. Mientras canto, medito en la gracia salvadora del Señor y oro en mi corazón pidiendo Su protección. ¿Cómo podríamos vivir en este mundo sin la protección del Señor? Debemos experimentar la bendición de hallar el profundo amor de Dios incluso en medio de la profunda desesperación y el sufrimiento. Debemos resistir y perseverar en este mundo pecaminoso, confiando en el poder de la justicia de Dios. Al hacerlo, debemos ofrecer gratitud y alabanza por la gracia salvadora del Señor. Sostenidos

por el poder de Dios —Su protección, amor, justicia y salvación—, debemos seguir cantando Sus alabanzas hasta nuestro último aliento.

"¡Restáuranos ahora!"

[Salmo 60]

Cuando pienso en la "restauración", recuerdo una visita que hice hace uno o dos años al hogar de una pareja, acompañado por un diácono de la iglesia. La esposa atravesaba un momento difícil, así que oré a Dios por su restauración. Más tarde, ella parecía desconcertada sobre por qué los pastores siempre oran por la restauración. Al regresar a la iglesia tras aquella visita, me pregunté: "¿Por qué no insté a esa pareja a arrepentirse?". Creo que nadie puede disfrutar de la gracia de la verdadera restauración a menos que el asunto del pecado se resuelva ante el Señor. Aún recuerdo un mensaje que prediqué sobre las "5 R" durante un culto de fin de año hace un par de años: Arrepentimiento → Reconciliación → Restauración → Reforma → Avivamiento. Para que ocurra una verdadera restauración, primero debemos arrepentirnos y reconciliarnos con Dios.

En el pasaje de hoy, la segunda mitad del Salmo 60:1, el salmista David suplica a Dios: "... ¡restáuranos ahora!". Centrándome en este versículo y en el título "¡Restáuranos ahora!", deseo reflexionar sobre por qué David oró por la restauración, cómo elevó esa oración y cuál fue su actitud después de orar, para que podamos aprender de su ejemplo.

En primer lugar, ¿por qué oró David por la restauración?
La razón fue que había sufrido una derrota temporal en la batalla debido a la disciplina de Dios (Salmo 60:1–3). David identifica las causas de una derrota militar temporal de la siguiente manera: "Oh Dios, nos has rechazado y dispersado; te has airado..." (v. 1); "Has hecho temblar la tierra y abrirse en grietas..." (v. 2); "Has mostrado a tu pueblo la adversidad

y nos has hecho beber el vino que hace tambalear" (v. 3). Aquí, el "vino" (v. 3) es una metáfora de la ira de Dios (Park Yun-sun). En otras palabras, David sufrió una derrota temporal debido a una invasión de Edom, y reconoció que la causa subyacente era la ira de Dios. En última instancia, David (y el pueblo de Judá) soportaron adversidades a causa de la ira de Dios (v. 3). Por eso David le suplicó a Dios: «Restáuranos ahora» (v. 1) y «Repara la brecha, pues la tierra se estremece» (v. 2). Dado que el Señor había hecho que la tierra temblara y se partiera, naturalmente se formó una brecha; David pidió a Dios que reparara dicha brecha. Esta es una oración de restauración.

Si Dios, en su ira, nos abandona, inevitablemente perderemos la batalla espiritual. A menos que Dios nos sostenga, caeremos, tropezaremos y fracasaremos inevitablemente en la vida. Por muy firme que parezca nuestra fe, o por muy seguras que luzcan nuestras familias, negocios o iglesias, el Señor puede hacer que la tierra tiemble y se parta (v. 2). Si Dios, en su furor, sacude los cimientos mismos de nuestras vidas, familias, negocios e iglesias a las que servimos, ¿cómo podríamos permanecer inamovibles? Cuando nos sentimos sacudidos e inquietos porque nuestras vidas muestran grietas producto de la ira de Dios, debemos recordar que el pecado que provoca su enojo reside en nosotros; debemos arrepentirnos de nuestros pecados ante Dios y buscar su misericordia. Esto se debe a que la verdadera restauración no puede ocurrir sin un arrepentimiento genuino.

En segundo lugar, ¿cómo elevó David su oración de restauración?

David presentó su oración de restauración a Dios con dos convicciones:

(1) David oró por la restauración con la seguridad de la salvación.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 60:5: «Sálvanos y ayúdanos con tu diestra, para que tus amados sean librados». Aquí vemos a David haciendo su petición a Dios mientras confía en su amor (su misericordia y bondad). David estaba convencido de que Dios —quien ama

a su pueblo más que nadie— no ignoraría el clamor de nuestra oración, sino que respondería y nos salvaría con su poderosa diestra. Me viene a la mente la canción evangélica «Visión»: «Nos reunimos ante el trono, alabando juntos al Señor / El amor de Dios entregó a su Hijo; por su sangre somos salvos / El amor derramado en la cruz fluye como un río por toda la tierra / De toda nación, tribu y pueblo, los salvos adoran al Señor / La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero / La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero». (2) David elevó una oración de restauración con la certeza de la victoria.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 60:4: «Has dado un estandarte a los que te temen, para que sea enarbolado a causa de la verdad (Selah)». La Biblia afirma que Dios da un «estandarte» a quienes le temen. ¿Por qué le dio Dios un «estandarte» a David? Para mostrar que estaba con él y que le concedería la victoria. En resumen, el «estandarte» aquí mencionado es una bandera de victoria. ¿Cuál es la fuente de esa victoria? No se debe a que el ejército fuera fuerte, las tropas numerosas o las armas poderosas, sino a que Dios estaba con ellos. Debido a que Dios estaba con él, David confiaba en que triunfaría en la batalla contra Moab, Edom y los filisteos (v. 8). Por eso declaró: «Me regocijaré» (v. 6). David se alegraba anticipando la victoria; ¿cómo pudo tener tal certeza? Porque «Dios ha hablado en su santidad» (v. 6). David se regocijaba con la certeza de la victoria porque el Dios santo había prometido estar con él. Consideremos la letra de la cuarta estrofa y del coro del Himno 400: «El enemigo ya está derrotado, totalmente vencido por la mano de Jesús; solo el estandarte del Señor resplandece gloriosamente sobre la tierra» (v. 4); «Avancemos, avancemos solo por amor al Señor Jesús; entregando incluso nuestras vidas, marchemos al campo de batalla» (Coro).

En tercer lugar, ¿cuál fue la actitud de David después de elevar su oración de restauración?

En resumen, David confió en Dios y actuó con valentía. Observemos el Salmo 60:12, el texto de hoy: «En Dios haremos proezas, pues él es quien hollará a nuestros enemigos». ¿Qué implica la afirmación de que él confiaba en Dios?

(1) Confiar en Dios significa creer que solo Él nos dirige y nos guía.

Observemos el Salmo 60:9: «¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? ¿Quién me guiará hasta Edom?». Aquí, la "ciudad fortificada" se refiere a Petra, la capital de Edom, una fortaleza considerada inexpugnable (Park Yun-sun). La fortaleza de Edom era sólida como la roca... sin embargo, David creía que solo Dios podía derribar esa ciudad y conducirlo a él y a las tropas israelitas a su interior.

(2) Confiar en Dios significa tener una fe basada en el "Emanuel".

En otras palabras, es la fe de que Dios está con nosotros. Observemos el versículo 10: "¿No eres tú, oh Dios, quien nos ha rechazado? Tú no sales con nuestros ejércitos, oh Dios". Mientras David clamaba a Dios, recordaba cómo, en su ira, Dios había permitido anteriormente que él y su ejército sufrieran una derrota temporal; por ello, oró fervientemente para que Dios estuviera con ellos en esta ocasión. Lo hizo porque sabía que, a menos que Dios marchara a la batalla con ellos, el tamaño de su ejército no serviría de nada. En resumen, sabiendo que la victoria en la guerra dependía enteramente de si Dios estaba con ellos o no, él buscó la presencia de Dios.

(3) Confiar en Dios significa reconocer la inutilidad de la ayuda humana.

Observemos el versículo 11: "Ayúdanos contra el enemigo, pues la ayuda humana es inútil". Confiar en Dios significa no depender de las personas. La fe de David dependía únicamente de Dios, y no de los seres humanos. Al igual que David, debemos depositar nuestra plena confianza en Dios y actuar con valentía. No necesitamos temer a nuestros adversarios; por

el contrario, debemos enarbolar con audacia la bandera de la Cruz y marchar hacia adelante para luchar y triunfar sobre el pecado, el mundo y Satanás.

Tras haber experimentado una derrota temporal en la guerra contra Edom debido a la ira de Dios, David oró por la restauración con la certeza de la salvación y la victoria. Decidió confiar en Dios y actuar con valentía. Nosotros también debemos suplicar fervientemente a Dios, diciendo: "¡Restáuranos ahora!". Debemos orar por la restauración con fe, aferrándonos a la certeza de la salvación y la victoria, y debemos actuar valientemente mientras confiamos en Dios.

«Cuando mi corazón está abrumado»

[Salmo 61]

Últimamente he estado leyendo el libro *La guerra cristiana* (título original: *The Christian Warfare*), del Dr. Martyn Lloyd-Jones. Me sentí motivado a leerlo tras conversar sobre la historia de Job con un querido colega en el ministerio; sentía la necesidad de aprender más sobre las fuerzas de Satanás y la naturaleza de la guerra espiritual. Durante la lectura, me llamó especialmente la atención una observación del Dr. Lloyd-Jones sobre una de las estrategias del diablo: que este posee la autoridad para ejercer cierto grado de control incluso sobre el mundo natural. Cuando Satanás comenzó a atacar a Job con el permiso de Dios, uno de los siervos de Job informó que sus bueyes y asnos habían sido arrebatados y sus cuidadores asesinados. Mientras aún hablaba, llegó otro hombre e informó: «...Fuego de Dios —es decir, un rayo— cayó del cielo y consumió a las ovejas y a los siervos, y solo yo he escapado para contártelo» (Job 1:16). Esto nos enseña claramente que la capacidad de invocar rayos y utilizarlos para causar destrucción entra dentro del ámbito y el poder del diablo. Lo que más le interesa al diablo —que posee un poder tan formidable— es la mente humana, el mayor don otorgado a la humanidad; la ataca con astucia y una autoridad aterradora. Emplea diversas artimañas para atacar nuestras mentes; una de ellas consiste en intentar aplastarnos mediante un espíritu de temor. Un ejemplo claro es el apóstol Pedro: a pesar de haber declarado que nunca abandonaría al Señor —aunque todos los demás lo hicieran—, terminó negándolo tres veces, afirmando que no lo conocía en absoluto. ¿Por qué hizo eso Pedro? La razón es que el diablo —un espíritu de terror extremo— infundió en él el miedo a perder la vida (Jones). El Dr. Lloyd-Jones pronunció estas palabras

contundentes sobre la iglesia actual: «La iglesia ha sido anestesiada y aturdida hasta caer en un sueño profundo, permaneciendo totalmente ajena a esa lucha [la batalla espiritual]».

El diablo, que constantemente tiende trampas y lazos, parece estar teniendo éxito dentro de la iglesia en este momento. El Dr. Lloyd-Jones afirmó: «El abatimiento, el desánimo, la sensación de derrota y la desesperación absoluta son, por lo general, el resultado de la actividad del diablo»; Sin embargo, ¿cuántos de nosotros, los cristianos, vivimos nuestras vidas en un estado de abatimiento, desánimo y derrota? ¿Cuántos experimentamos una sensación de desesperación? Debemos luchar y triunfar en esta batalla espiritual contra el diablo mediante el poder del Señor Jesús, quien ya ha obtenido la victoria. Debemos vivir una vida cristiana militante, confiados en esa victoria. Debemos librar una guerra espiritual. Un ejemplo de esto se encuentra en el pasaje de hoy, el Salmo 61. En el versículo 2, el salmista David habla del momento «cuando mi corazón desfallece». La palabra «desfallece» (o «se abruma») implica aquí un estado de estar «envuelto en uno mismo». Se refiere a una condición de agotamiento y desesperación al verse consumido por diversas aflicciones y ansiedades (Park Yun-sun). David se hundía en la desesperación debido a la persecución infligida por sus enemigos (versículo 3). Basándome en el pasaje de hoy, quisiera aprender cuatro lecciones sobre cómo podemos luchar y triunfar —tal como lo hizo David— cuando nuestros corazones se sienten agobiados por las fuerzas malignas del diablo.

En primer lugar, cuando nuestros corazones se sienten oprimidos como el de David, debemos clamar a Dios.

Observemos el Salmo 61:1: «Escucha, oh Dios, mi clamor; atiende a mi oración». Recuerdo un servicio de oración de un miércoles en el que, mientras meditábamos en el Salmo 42, se nos desafió a convertir el desánimo y la desesperación de la vida en una oportunidad para anhelar a Dios. Cuando nos sentimos ansiosos, desanimados o sin esperanza debido a las diversas adversidades y dolores de la vida, debemos clamar a Dios tal como lo hizo David en el pasaje de hoy. Además, al clamar a Él, debemos presentar nuestras peticiones

teniendo presente que Dios nos anhela aún más de lo que nosotros le anhelamos a Él. Sin embargo, parece que cuando estamos en profunda angustia y agonía, a menudo olvidamos que Dios nos anhela. David declara en el pasaje de hoy: «Cuando mi corazón desfallece, clamaré a Ti desde los confines de la tierra». ¿Por qué dice «desde los confines de la tierra»? Porque se encontraba en un estado de desesperación absoluta. David sentía que Dios lo había abandonado y que, por lo tanto, estaba muy lejos de Él. Incluso en medio de tales sentimientos, no se rindió a la resignación ni se entregó a la desesperación. En cambio, clamó a Dios: «Llévame a la roca que es más alta que yo». Aun en lo profundo de la desesperación, David clamó a Dios, mirando hacia la «roca que es más alta» que él mismo.

Necesitamos una fe que diga: «Aun así». En otras palabras, al igual que David, necesitamos una fe que anhele a Dios incluso cuando estamos sumidos en una profunda desesperación. Debemos clamar al Señor precisamente cuando estamos desesperados. Tal como el profeta Jonás, desde lo profundo del mar, declaró: «He sido echado de tu presencia, mas volveré a mirar hacia tu santo templo» (Jonás 2:4), nosotros también debemos mirar al Señor sin importar nuestras circunstancias. Incluso cuando nuestros corazones estén abrumados, debemos clamar al Señor.

En segundo lugar, al igual que David, debemos refugiarnos en el Señor cuando nuestros corazones estén abrumados.

Observemos el Salmo 61:4: «Habitaré en tu tabernáculo para siempre; me refugiaré bajo la sombra de tus alas (Selah)». Lo que podemos hacer en medio de la desesperación es clamar a Dios Padre y refugiarnos en Él. La razón es que solo Dios es nuestro Protector. Por ello, cuando el corazón de David estaba abrumado —incluso mientras se sentía distante de Dios—, clamó a Él y confesó la naturaleza misma de Dios: «Has sido para mí un refugio, una torre fuerte contra el enemigo» (v. 3). ¿Cómo pudo David confesar que Dios era su refugio y torre fuerte aun en medio de una desesperación extrema y de la sensación de estar lejos de Dios? Encontré la respuesta en la última parte del versículo 7 del texto de hoy: «... Dispón

misericordia y verdad que lo preserven». David pudo confesar que Dios era su refugio y torre fuerte precisamente porque Dios había preparado «misericordia y verdad» para él mientras su corazón estaba abrumado. Así, aun cuando su corazón estaba abatido, se vio protegido por la misericordia y la verdad de Dios; por consiguiente, buscó refugio en el Señor e invocó su nombre. La lección que aprendemos aquí es que, incluso cuando nuestros corazones se sienten abrumados, debemos aferrarnos firmemente a la misericordia y a la verdad de Dios, sin soltarlas jamás. En otras palabras, debemos acudir al Señor con fe, confiando en que el Dios que nos ama incondicionalmente ha prometido salvarnos y cumplirá fielmente esa promesa (Park Yun-sun). Aun en medio de la desesperación de la vida, debemos aferrarnos al amor eterno (misericordia) y a la verdad de Dios. Al hacerlo, debemos dejarnos guiar por la esperanza de habitar para siempre en el tabernáculo de Dios (versículo 4). En medio de la desesperación pasajera, debemos poner la mirada en el tabernáculo eterno de Dios.

En tercer lugar, al igual que David, cuando nuestros corazones se sientan abrumados, debemos recordar la gracia que Dios nos ha concedido en el pasado.

Observemos el Salmo 61:5: «Porque tú, oh Dios, has escuchado mis votos; me has dado la heredad de los que temen tu nombre». Este pasaje hace referencia al momento en que el gobierno de Israel pasó temporalmente a manos de la facción impía de Absalón antes de regresar a las manos de David (Park Yun-sun). Dicho de otro modo, David recordaba la gracia mediante la cual Dios lo había librado durante la rebelión de su hijo Absalón en el pasado (Park Yun-sun). Cuando David se sentía agobiado por sus enemigos (versículo 3), recordaba lo que Dios había hecho por él en el pasado, en lugar de centrarse en lo que él mismo había hecho por Dios. Esto no es, en absoluto, nuestro instinto natural. Cuando nuestros corazones están cargados, nuestro instinto es suplicar a Dios resaltando nuestras propias obras o méritos. Elías, tal como se describe en 1 Reyes 19, es un ejemplo de ello. Temiendo las amenazas de Jezabel, Elías huyó al desierto. Allí, sostenido por el toque y la provisión de un ángel, logró llegar al monte Horeb. Cuando Dios se apareció y le preguntó: «¿Qué haces aquí, Elías?». (versículos 9, 13), Elías respondió: «He sentido un gran celo por el Señor, Dios

Todopoderoso» (versículos 10, 14). Al reflexionar sobre esta respuesta, parece que Elías se quejaba ante Dios mientras hacía valer sus propias acciones —o méritos— realizados por causa de Él.

Uno de nuestros problemas es que no logramos olvidar lo que debería olvidarse, mientras olvidamos lo que debería recordarse. Por ejemplo, Dios no solo ha perdonado los pecados de los que nos hemos arrepentido, sino que también ha declarado que no se acuerda más de ellos; por tanto, nosotros tampoco deberíamos obsesionarnos con ellos, y sin embargo, a menudo nos vemos incapaces de olvidarlos y los traemos a colación una y otra vez. Por el contrario, en cuanto a lo que no deberíamos olvidar… Olvidamos con demasiada rapidez la gracia que Dios nos ha otorgado en el pasado. Al igual que David en el pasaje de hoy, debemos recordar la gracia que Dios nos ha mostrado a lo largo de nuestra vida. Especialmente cuando nos sentimos abrumados, necesitamos mirar atrás y repasar nuestro camino, recordar los actos salvadores de Dios en cada momento crítico y sobrellevar nuestras actuales circunstancias desesperadas mediante la fe. Cuando nuestro corazón está apesadumbrado, recordar la gracia que Dios nos ha mostrado en el pasado debería transformar nuestra desesperación en esperanza.

En cuarto lugar, cuando nuestros corazones se sienten agobiados —tal como le sucedió a David—, debemos anhelar el reino eterno de Dios.

Consideremos el Salmo 61:7: «Que permanezca él para siempre ante Dios; ¡ordena que tu amor inagotable y tu fidelidad lo protejan!». David suplicó a Dios que le concediera una larga vida, prolongando sus años a través de las generaciones (versículo 6). Pidió a Aquel que controla soberanamente la vida, la muerte y el destino que alargara sus días; en otras palabras, buscó la bendición de la longevidad. Además, David oró para habitar en la presencia de Dios para siempre. Imaginemos la escena: David, con el corazón apesadumbrado y lleno de desesperación a causa de sus enemigos, mira hacia Dios, se refugia en Él y —al recordar la gracia que ha recibido— encuentra esperanza; en medio de

su desesperación pasajera, ora para permanecer eternamente en la presencia de Dios. Nosotros también debemos orar para habitar en la presencia de Dios para siempre, incluso al enfrentar momentos de desesperación. En particular, como ciudadanos del reino de Dios, debemos orar para habitar eternamente en aquel reino donde el Señor —el Rey de reyes— reina para siempre. Al elevar esta oración, debemos también pronunciar las palabras que el Señor nos enseñó: «Venga tu reino». Y cuando Jesús declara: «El que da testimonio de estas cosas dice: "Sí, vengo pronto"», debemos responder —tal como lo hizo el apóstol Juan— orando: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!» (Apocalipsis 22:20).

Cuando el corazón de David estaba agobiado, clamó a Dios y se refugió en Él. Entonces, recordando la gracia pasada de Dios y anhelando su reino eterno, David clamó a Él. Decidió que, si Dios respondía a su oración —guiándolo, protegiéndolo y otorgándole la gracia de la salvación para que pudiera habitar en su presencia para siempre—, él «alabaría tu nombre para siempre y cumpliría mis votos día tras día» (versículo 8). Al igual que David, cuando nuestros corazones se sientan abrumados, nosotros también debemos clamar a Dios y refugiarnos en el Señor, quien es nuestro amparo y torre fuerte. Habiendo buscado refugio, debemos recordar la gracia que el Señor nos ha mostrado en el pasado y esperar habitar en la presencia de Dios para siempre.

Miremos en silencio únicamente a Dios.

[Salmo 62]

Debemos aprender a guardar silencio ante Dios. En su libro *El camino del corazón*, Henri Nouwen habló sobre el silencio: «La pregunta que más debería preocuparnos a los pastores... mientras dirigimos las diversas actividades organizativas de la iglesia, no es cómo mantener a la gente ocupada, sino cómo ayudarla a apartarse del ajetreo para que pueda escuchar la voz de Dios hablando en el silencio» (Nouwen). Llevamos vidas muy ajetreadas. Nuestras mentes, en particular, están increíblemente ocupadas. ¿Hasta qué punto están ocupadas nuestras mentes? Están tan preocupadas por otros asuntos que carecemos de la serenidad necesaria para escuchar en silencio la voz de Dios en su presencia. Necesitamos prestar atención a las palabras del profeta Isaías: «...en el sosiego y en la confianza estará vuestra fortaleza...» (Isaías 30:15). Debemos comprender la verdad de que confiar serenamente en Dios es nuestra verdadera fuente de fortaleza.

Observemos los versículos 1 y 5 del Salmo 62: «En silencio, mi alma espera solo en Dios...» (v. 1); «Alma mía, espera en silencio solo en Dios...» (v. 5). Hoy, al centrarme en estos versículos y en el tema «Miremos en silencio únicamente a Dios», deseo escuchar la voz de Dios: una voz dirigida a todos nosotros que anhelamos permanecer en silencio ante Él y escuchar al Señor.

En primer lugar, ¿qué significa mirar en silencio únicamente a Dios?

Mirar en silencio a Dios significa depender totalmente de Él, libres de nuestros propios deseos egoístas o de cualquier impulso de actuar por iniciativa propia (Park Yun-sun). Observemos el texto de hoy, Salmo 62:8: «¡Confiad en Él en todo tiempo, oh pueblo! Derramad vuestro corazón delante de Él. Dios es nuestro refugio (Selah)». Aquí, la expresión «en todo tiempo» significa «en cualquier momento». David exhorta al pueblo que le es leal a depender totalmente de Dios en todo momento. También les insta a «derramar su corazón delante de Él» (es decir, delante de Dios). En otras palabras, David los anima a vaciar sus corazones ante Dios. Esto significa ofrecer el corazón a Dios tal como se derrama el agua (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun señala dos aspectos en este acto de ofrecer el corazón a Dios: (1) En primer lugar, ofrecemos nuestro corazón plenamente a Él en amor para poder recibir Su amor. (2) En segundo lugar, derramar el corazón ante Dios significa exponerle todas nuestras dificultades, confiar plenamente en Él y hallar paz.

Debemos volvernos a Dios en quietud. Debemos confiar en Él totalmente y en todo momento. Debemos ofrecer todo nuestro corazón al Dios que ve lo más profundo de nuestro ser. Además, debemos acercarnos a Él en silencio y derramar nuestro corazón en oración. Consideremos el estribillo del himno 483, «Ve en silencio a Jesús»: «Ve en silencio al Señor Jesús y derrama tu corazón; el Señor, que ve en lo secreto, te otorgará gran gracia». Debemos presentarnos ante Dios en quietud y derramar nuestro corazón.

En segundo lugar, ¿cuándo debemos volvernos a Dios en quietud? Cuando David era perseguido por los seguidores rebeldes de Absalón, él se volvió a Dios en quietud. Consideremos el pasaje de hoy, Salmo 62:3-4: «¿Hasta cuándo maquinarán contra un hombre para derribarlo, todos ustedes, como pared inclinada, como cerca que se tambalea? Solo piensan derribarlo de su lugar elevado; se deleitan en la mentira. Con la boca bendicen, pero en el corazón maldicen (Selah)». Los rebeldes buscaban por todos los medios derribar de su trono al rey David, a quien Dios había ungido. Su traición consistía en bendecir al rey con los labios mientras lo maldecían en el corazón; aquellos hombres, que se deleitaban en la falsedad, conspiraban juntos para matarlo. En esa situación, David confió plenamente en

Dios. Resulta interesante que describiera a los seguidores de Absalón —aquellos que se habían rebelado contra él— como una «pared inclinada» y una «cerca que se tambalea». Aunque Absalón y sus hombres podían parecer fuertes y formidables ante muchos mientras David huía de ellos, para David —que mantenía su mirada fija en Dios en quietud— no eran más que una pared inclinada o una cerca tambaleante. La lección aquí es que la perspectiva de quien busca a Dios en silencio durante una crisis difiere de la de quien no lo hace. En otras palabras, una persona común que enfrenta una crisis —alguien que no confía plenamente en Dios— percibe a un grupo como los rebeldes de Absalón como una fuerza increíblemente fuerte, poderosa y formidable. Sin embargo, la perspectiva de quien confía totalmente en Dios —muy parecida a la de David— ve tales fuerzas como nada más que "una pared inclinada o una cerca tambaleante".

¿Cuál es tu perspectiva en este momento? ¿Realmente ves las adversidades y dificultades que enfrentas simplemente como "una pared inclinada o una cerca tambaleante", tal como lo hizo David cuando esperaba en silencio a Dios?

En tercer lugar, ¿por qué debemos esperar en silencio a Dios?

La razón es que "mi salvación" y "mi esperanza" provienen de Dios. Observa los versículos 1 y 5 del Salmo 62: "En silencio, mi alma espera solo en Dios; de Él viene mi salvación" (v. 1); "Alma mía, espera en silencio solo a Dios, porque de Él viene mi esperanza" (v. 5). Incluso en medio de la peligrosa situación causada por la rebelión de Absalón, el alma de David esperaba en silencio solo a Dios, porque sabía y creía que solo Dios era su salvación y su esperanza. Por eso confesó en el pasaje de hoy: "Mi alma espera solo en Dios" (v. 1), "Alma mía, espera en silencio solo a Dios" (v. 5) y "Él solo es mi roca, mi salvación y mi fortaleza" (vv. 2, 6).

¿Cuál es nuestro problema? Es la tendencia hacia "Dios más alfa", es decir, confiar en otras personas o cosas además de en Dios. En última instancia, al resolver este asunto, Dios

elimina todo lo demás en lo que habíamos estado confiando aparte de Él mismo. Así, Él nos lleva a confesar —tal como proclama la letra de la tercera estrofa del himno 539, «Mi esperanza se funda en nada menos»—: «Cuando todo a mi alrededor parece desmoronarse, Él es mi única esperanza y mi firme sostén; sobre Cristo, la Roca sólida, me mantengo firme». Un recuerdo que permanece vivo hasta el día de hoy es el de mi abuelo pidiéndome que cantara el himno 82 («Señor, Tú eres mi gozo y mi esperanza») antes de fallecer. Cada vez que canto ese himno, ciertos versos —particularmente de la primera y la cuarta estrofa— resuenan profundamente en mí: «Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida…» (estrofa 1); «…Mi vida y mi verdadera esperanza se hallan solo en el Señor Jesús» (estrofa 4).

En cuarto y último lugar, ¿cómo podemos volvernos a Dios en quietud?

(1) Debemos reconocer a Dios tal como es verdaderamente.

En otras palabras, debemos reconocer que solo nuestro Dios es "mi roca", "mi salvación" y "mi fortaleza". Observemos los versículos 2 y 6 del Salmo 62: "Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi fortaleza; no seré grandemente conmovido" (v. 2); "Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi fortaleza; no seré conmovido" (v. 6). Cuando conocemos la verdadera naturaleza de Dios —reconociéndolo como "mi roca", "mi salvación" y "mi fortaleza"— y confiamos en Él con quietud, permanecemos firmes e inamovibles. En resumen, quienes conocen a Dios son fuertes. Aquellos que conocen a Dios y confían plenamente en Él no vacilan. Por el contrario, quienes no conocen a Dios —los ignorantes que no hacen de Él su roca, salvación y fortaleza— son como "pared inclinada y cerca que se derrumba" (v. 3).

(2) Para volvernos a Dios en quietud, no debemos confiar en nadie ni en nada que no sea Dios.

(a) No debemos confiar en las personas.

Observemos el Salmo 62:9: "Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres; mentira, los hijos de varón; al pesarlos en la balanza, todos juntos pesan menos que un soplo". Las personas no pueden ser el objeto de nuestra confianza. Por eso David confesó en el Salmo 60:11: "...pues vano es el auxilio del hombre". Él confiaba únicamente en Dios y actuaba con valentía (v. 12).

(b) No debemos confiar en el poder ni en las posesiones materiales.
Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 62:10: "No confiéis en la violencia, ni en la rapiña pongáis esperanza; si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas". Es instinto humano confiar cada vez más en el poder o la riqueza a medida que estos crecen. Por eso David nos exhorta a no confiar en la opresión, en los bienes robados ni en las riquezas. Debemos confiar plenamente solo en Dios.

(3) Para aguardar en silencio a Dios, debemos confiar en Su poder y en Su misericordia. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 62:11–12: «Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: que de Dios es el poder. También tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra». La palabra de Dios que David escuchó fue que «de Dios es el poder» (v. 11). La guerra pertenece a Dios, y la victoria en ella también le pertenece a Él. Dios es quien, en su poder, retribuye a cada persona según sus obras. David, que confiaba únicamente en Dios y esperaba en silencio en Él, fue salvado por Dios; por el contrario, Dios destruyó a Absalón y a sus seguidores, quienes habían intentado matar a David.

¡Miremos todos únicamente a Dios! Confiemos plenamente en Dios: nuestra salvación, nuestra esperanza, nuestra roca y nuestra fortaleza. Acerquémonos todos en silencio ante Dios y derramemos nuestro corazón. No dependamos de las personas, del poder ni de la acumulación de riquezas; más bien, depositemos nuestra confianza en el poder y la misericordia de nuestro Dios. Cuando lo hacemos, incluso los problemas o dificultades que para otros parecen formidables —como Absalón— nos parecerán a nosotros, que confiamos plenamente en Dios, nada más que un muro que se derrumba o una cerca que

se tambalea. ¡Miremos todos en silencio únicamente a Dios, quien es nuestra Roca, nuestra Salvación y nuestra Fortaleza!

Cuando mi corazón vacila

«Confiad en Él en todo tiempo, oh pueblo; derramad delante de Él vuestro corazón. Dios es nuestro refugio. Selah» (Salmo 62:8).

Viene a mi mente la lección de que debemos permanecer vigilantes después de recibir gracia. Allá por el año 2016, tras regresar a los Estados Unidos de un viaje ministerial por internet a Corea —una época llena de abundante gracia—, experimenté un momento en el que mi corazón comenzó a vacilar. Me vi cayendo en un estado de melancolía sin siquiera darme cuenta. Aunque me estaba recuperando físicamente del agotamiento, no lograba entender por qué mi estado de ánimo oscilaba entre la depresión y la estabilidad. Mientras lidiaba con esto, leí el pasaje de hoy, el Salmo 62, y el versículo 3 llamó mi atención: «¿Hasta cuándo atacaréis a un hombre? Todos vosotros seréis derribados, como pared inclinada y como cerca que se tambalea». David, el salmista, estaba siendo atacado; sus enemigos se habían unido para derribarlo. Describió su precaria situación comparándola con una pared inclinada o una cerca que se tambalea. Esto se debía a que sus enemigos no solo conspiraban para derribarlo de su elevada posición, sino que también se deleitaban en la falsedad: bendecían con la boca mientras maldecían en sus corazones (versículo 4). En otras palabras, buscaban sacudir a David; específicamente, desestabilizar y derrumbar las barreras protectoras —como muros o cercas— que lo resguardaban. Esta es precisamente la obra y la estrategia de Satanás. Satanás nos ataca implacablemente, esforzándose por sacudir e incluso derribar los muros y cercas que protegen nuestros corazones, la fuente misma de la vida (Proverbios 4:23). Satanás ataca nuestros corazones sin tregua, tratando de desanimarnos, deprimirnos e incluso llevarnos a la desesperación. Como consecuencia,

hay momentos en los que nuestro corazón vacila. ¿Qué debemos hacer en tales momentos? He reflexionado sobre dos puntos:

Primero, cuando nuestro corazón vacila, debemos apoyarnos silenciosamente en Dios (confiar en Él).

Observemos la primera parte del Salmo 62:8: «Oh pueblo, confiad en Él en todo tiempo…» [(Versión coreana contemporánea) «Pueblo mío, confiad siempre en Dios»]. Cuando nuestros corazones se ven sacudidos por los ataques de Satanás, debemos comprender dos verdades simultáneamente: (1) no debemos confiar en nuestras riquezas, aunque estas aumenten (versículo 10, Versión Coreana Contemporánea), y (2) debemos confiar únicamente en Dios (versículos 1, 2, 5, 6). Satanás nos ataca frecuentemente con la tentación de las cosas materiales. Nos tienta insistentemente con el dinero, especialmente cuando atravesamos necesidades económicas. Llega incluso a permitir que nuestras riquezas crezcan para atraernos, buscando finalmente que sirvamos tanto al Señor como al dinero. Nuestros corazones pueden dejarse llevar fácilmente por esta tentación de Satanás. Sin embargo, tal como dice la Biblia, no debemos confiar en las riquezas, aunque aumenten (versículo 10, Versión Coreana Contemporánea). En cambio, al igual que el salmista David, debemos confiar siempre y únicamente en Dios (versículo 8). Incluso cuando nuestros corazones vacilan, nuestras almas deben mirar en silencio solo hacia Dios (versículos 1, 5). Debemos mirar en silencio solo hacia el Señor (versículos 2, 6). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos mirar en silencio solo hacia Dios cuando nuestros corazones están sacudidos? Recuerdo las palabras de los Salmos 42:5, 11 y 43:5: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Pon tu esperanza en Dios, pues aún le alabaré, mi Salvador y mi Dios». A menudo hago de estos versículos mi propia oración a Dios. Especialmente cuando me siento desanimado y ansioso, oro a Dios mientras declaro esto a mi propia alma: «James, ¿por qué te abates? ¿Por qué te turbas tanto por dentro? James, pon tu esperanza en Dios». Cuando hago esto, experimento la ayuda de Dios. Dios aviva y levanta mi alma desanimada y ansiosa mediante las palabras de su promesa. Del mismo

modo, cuando mi corazón se ve sacudido, quiero acercarme a Dios en oración, clamando a mi alma tal como lo hizo el salmista David: «Alma mía, en Dios solamente guarda silencio» (62:5). ¿Por qué debemos mirar en silencio solo hacia Dios? Porque «mi salvación» y «mi esperanza» provienen del Señor (versículos 1, 5). Esto se debe a que solo el Señor es «mi roca» y «mi fortaleza» (versículos 2 y 6). Por tanto, si confiamos en Dios y ponemos nuestra mirada en Él con serenidad, no seremos sacudidos (versículos 2 y 6). Al contrario, cobraremos nuevas fuerzas (Isaías 30:15).

Por último, el segundo punto es que, cuando nuestro corazón se ve sacudido, debemos derramarlo ante Dios. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 62:8: «¡Confiad en él en todo tiempo, oh pueblo; derramad vuestro corazón delante de él! Dios es nuestro refugio (Selah)». Muchos miembros de la comunidad son incapaces de compartir sus preocupaciones y luchas. Al parecer, la razón de ello es el temor a que, si comparten sus cargas, la información se difunda por la iglesia y termine causándoles daño. En consecuencia, no les queda más remedio que cargar a solas con esas preocupaciones y luchas. Aunque la iglesia debería ser una comunidad donde se comparte, da la impresión de que no se ha establecido una cultura que permita expresar abiertamente las inquietudes de cada uno. Es una realidad verdaderamente lamentable. Sin embargo, la razón por la que no desesperamos ante esta situación es que podemos acudir al Señor y derramar nuestro corazón ante Él. Por eso, personalmente, me encanta el himno 539, «Ve en silencio a Jesús». El estribillo dice así: «Ve en silencio al Señor Jesús y derrama tu corazón; el Señor, que ve en lo secreto, te otorgará gran gracia». ¡Qué agradecidos debemos estar de poder acercarnos al Señor en silencio y derramar nuestro corazón! Es un privilegio y una bendición poder acudir al Señor —quien más nos ama y mejor nos conoce— en oración, clamando y expresando nuestros sentimientos más profundos. El salmista David exhortó al pueblo de Israel a confiar siempre en Dios y a derramar su corazón ante Él, pues Dios es nuestro refugio (versículo 8). Pudo hacer esta exhortación porque él mismo, en medio de los ataques de sus enemigos (versículos 3 y 4), había confiado únicamente en Dios —su fortaleza, su roca y su refugio— y había derramado su corazón ante Él (versículo 7). Al hacerlo, David escuchó la palabra de

Dios. Él escuchó dos cosas: (1) «El poder pertenece a Dios» (v. 11) y (2) «El amor fiel pertenece al Señor» (v. 12). Cuando nuestro corazón vacila, si confiamos en Dios y derramamos nuestro corazón ante Él, experimentaremos su poder y su amor. Al volver la mirada en silencio únicamente hacia Dios y confiar en Él, obtendremos la fortaleza que Él provee (Isaías 30:15) y experimentaremos su amor eterno, que es mejor que la vida misma (Salmo 63:3).

Quisiera concluir esta meditación. Somos como un muro que se tambalea o una cerca inclinada (62:3, *Versión Coreana Contemporánea*). Satanás y nuestros enemigos lanzan constantemente ataques coordinados contra nosotros (v. 3). Se deleitan en la falsedad; con bocas que dicen algo distinto a lo que hay en sus corazones (v. 4) y mediante el engaño (v. 9), buscan únicamente hacernos caer de la fe (v. 4). Son plenamente capaces de sacudir nuestro corazón. En tales momentos, debemos apoyarnos en silencio —y confiar— en Dios (v. 8). Debemos volver la mirada en silencio únicamente hacia Dios, quien es nuestra salvación y nuestra esperanza (vv. 1, 5). Y debemos derramar nuestro corazón ante Él (v. 8). Cuando lo hacemos, Dios sostiene nuestro corazón con su poder y su amor fiel (vv. 11-12). En consecuencia, ya no seremos sacudidos (vv. 2, 6).

"Oh Dios, tú eres mi Dios"

[Salmo 63]

Durante la reunión de oración de esta mañana temprano, medité en Proverbios 12:3: "El hombre no se afirmará por medio de la impiedad; mas la raíz de los justos no será removida". Al reflexionar sobre las raíces firmes e inamovibles de los justos y considerar cómo se puede alcanzar una fe tan arraigada, hallé la respuesta en el primer versículo del mismo capítulo: "El que ama la instrucción ama el conocimiento...". La fe inamovible y profundamente arraigada de los justos se fundamenta precisamente en el conocimiento de Dios. Sin embargo, como señala el Dr. Martyn Lloyd-Jones en su libro *Conflicto espiritual*, una de las tácticas de Satanás es impedir que crezcamos en el conocimiento de Dios. En última instancia, ha caído sobre nosotros una "hambre de oír las palabras de Jehová" —tal como profetizó Amós— (Amós 8:11). Por consiguiente, creo que el pueblo de Dios perece por falta de conocimiento, tal como predijo el profeta Oseas (Oseas 4:6). Debemos crecer en el conocimiento de Dios. Como afirma el apóstol Pablo en Efesios 4:13, todos debemos llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, alcanzando la madurez y la plena medida de la estatura de Cristo. Solo entonces seremos fuertes; pues el sabio es poderoso, y el que tiene conocimiento aumenta su fuerza (Proverbios 24:5). En el Salmo 63:1, David —tras haber experimentado la presencia de Dios en el desierto de Judá— llega a conocer a Dios de manera más profunda y amplia allí que en el palacio real, lo que le lleva a hacer esta confesión: "Oh Dios, tú eres mi Dios...". Al meditar en el salmo de David, en el que reconoce a Dios como su Dios, quisiera reflexionar sobre el corazón del creyente que hace tal confesión, considerando seis aspectos clave para extraer las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, el alma de David, que confesaba "Oh Dios, tú eres mi Dios", anhelaba a Dios. Observemos el Salmo 63:1: «Oh Dios, tú eres mi Dios; te busco con afán; mi alma tiene sed de ti; mi carne desfallece por ti, como en tierra seca y agotada donde no hay agua». Tal como lo describió David, el desierto es una «tierra seca y agotada donde no hay agua». Mientras huía de Absalón, David buscaba a Dios del mismo modo que alguien busca agua cuando está sediento en el desierto. En otras palabras, tenía un deseo ferviente de buscar a Dios. Sin embargo, uno podría preguntarse: «¿Tenía David ese mismo deseo ferviente de buscar a Dios cuando estaba en el palacio real?». En su libro *David: A Man of Passion and Destiny* (publicado en coreano como *David: Spirituality Rooted in Reality*), el pastor Eugene Peterson afirma que, entre los graves pecados que David cometió a lo largo de su vida, el más inexcusable —y por el cual pagó el precio más alto— fue no haber perdonado verdaderamente a su hijo Absalón. Respecto al pecado que David cometió en el palacio real, hizo la siguiente observación: «El adulterio con Betsabé fue una relación extramatrimonial impulsada por un momento de lujuria, y el pecado que cometió como rey para encubrirlo fue el asesinato de Urías. Sin embargo, su rechazo hacia Absalón fue un pecado de negativa obstinada a compartir con su hijo la misma abundancia que él había recibido tan generosamente de Dios» (Peterson). El pastor Peterson sugirió que, al tratar a Absalón con frialdad incluso después de traerlo de vuelta al palacio, es probable que también disminuyeran su interés en Dios y su vida de oración. En otras palabras, cuanto más mantenía David a Absalón a distancia sin perdonarlo verdaderamente, más se alejaba él mismo de Dios. Naturalmente, esto significaba que era poco probable que elevara oraciones fervientes a Dios.

Creo que esto refleja nuestra propia condición; no somos diferentes de David. A menudo no buscamos a Dios con fervor mientras disfrutamos de la abundancia que Él nos provee; sin embargo, cuando nuestros pecados conducen a la disciplina —llevándonos de una vida de comodidad en el «palacio real» al desierto—, nos encontramos en una «tierra agotada» y desprovista de recursos mundanos, clamando a Dios en oración ferviente. Esto es, innegablemente, un acto de la gracia de Dios y una bendición. Es una bendición que Dios

nos lleve al desierto. Consideremos Oseas 2:14: «Por tanto, he aquí que yo la atraeré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón». En tiempos de Oseas, el pueblo de Israel practicaba una fe sincrética, sirviendo tanto a Dios como a Baal; en consecuencia, Dios los disciplinó con la vara del amor, llevándolos al desierto. Sin embargo, la gracia y la bendición asombrosas residen en el hecho de que, incluso en ese desierto, Dios le habló con ternura a Israel.

Cuando pecamos al alejarnos de Dios en medio de la abundancia, es Él quien nos conduce al desierto mediante una disciplina amorosa. ¿Cuál es el verdadero deseo de Dios? En ese desierto, Él busca restaurar en nosotros un anhelo ferviente de buscarle. ¿Cómo se restauró el fervor de David en el desierto? En aquel desierto árido y fatigoso —desprovisto de agua—, su cuerpo no ansiaba ni anhelaba a una mujer como Betsabé. En otras palabras, si bien hubo un tiempo en el palacio real en que David codició los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida (1 Juan 2:16), en el desierto, tanto su alma como su cuerpo llegaron a anhelar y adorar únicamente al Señor. Así, David pudo confesar: «Oh Dios, tú eres mi Dios» (Salmo 63:1).

En segundo lugar, el alma de David —que confesaba: «Oh Dios, tú eres mi Dios»— se acordaba del Señor durante la noche.

Observemos el Salmo 63:6: «Cuando me acuerdo de ti en mi lecho, medito en ti en las vigilias de la noche». Si bien la madrugada —el comienzo del día— es un momento maravilloso para meditar en el Señor, la noche —cuando concluye la jornada laboral— también es un momento excelente para dicha meditación. Necesitamos momentos para sentarnos a solas en silencio y meditar en el Señor, reflexionando y recordando las cosas que Él ha hecho en nuestras vidas a lo largo del día. Además, cultivar el hábito de reflexionar sobre el Dios revelado en las Escrituras —mientras consideramos quién es verdaderamente el Dios con quien nos encontramos hoy— beneficiará enormemente nuestro crecimiento espiritual. El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «Cuando una persona está en su "lecho", aparta

su mente de todos los asuntos externos. Ese momento es una oportunidad excelente para cultivar un corazón piadoso».

¿Qué significa que el alma de David recordara al Señor durante la noche en el desierto de Judá? Significa que David rememoraba cómo el Señor le había ayudado en el pasado. En consecuencia, confiaba en que el Señor, quien le había socorrido anteriormente, también le ayudaría en su situación actual en el desierto. Por ello declaró: «Porque has sido mi ayuda, me alegraré a la sombra de tus alas» (versículo 7). David sabía que la gracia de Dios le había permitido escapar al desierto —incluso mientras era perseguido por Absalón—, tal como Dios le había ayudado en el pasado. Así, mientras meditaba en la ayuda de Dios durante la noche, alababa al Señor —su Ayudador— desde el refugio de sus alas.

El Señor es «mi ayuda». Cuando estamos en peligro, Él nos guía a la sombra de sus alas y nos protege. Debemos meditar en este Señor. En particular, al igual que David, deberíamos dedicar tiempo a pensar en el Señor mientras estamos en nuestro lecho por la noche. Debemos recordar la ayuda del Señor y reflexionar profundamente sobre su gracia salvadora.

En tercer lugar, el alma de David halló satisfacción en la confesión: «Oh Dios, tú eres mi Dios».

Consideremos el Salmo 63:5: «Mi alma quedará satisfecha como con médula y grosura…». Es evidente que, al haber huido de Absalón hacia el desierto de Judá, David no podía estar consumiendo los manjares —la médula y la grosura— de los que disfrutaba en el palacio real. En otras palabras, desde el punto de vista físico, no podía haber hallado satisfacción en aquel desierto árido y sin agua. Sin embargo, espiritualmente, se sentía satisfecho. ¿Cómo podía hallar tal satisfacción espiritual en el desierto, como si estuviera banqueteando con los alimentos más exquisitos? Se debía a que allí experimentaba la

misericordia amorosa de Dios. Al haber experimentado que la misericordia del Señor es mejor que la vida misma, su alma halló satisfacción en el amor eterno de Dios (versículo 3).

¿Están nuestras almas verdaderamente satisfechas en este momento? ¿Podría ser que, a diferencia de David, vivamos rodeados de comodidades —quizás incluso en un entorno similar a un palacio, bien alimentados y saciados físicamente—, pero espiritualmente hambrientos? David había disfrutado en otro tiempo de satisfacción física en el palacio real, pero aquella etapa terminó en pecado —el adulterio con Betsabé y el asesinato de Urías—, seguido por la disciplina de Dios, lo cual condujo a la traición y huida provocadas por Absalón. En medio de aquella dura prueba en el desierto de Judá, aunque físicamente hambriento y desvalido, transformó el desierto en un santuario; al anhelar el poder y la gloria de Dios, finalmente halló satisfacción espiritual.

Existe una canción cristiana titulada «No hay nadie como tú». Su letra dice así: «No hay nadie que toque mi corazón como el Señor; tras buscar durante tanto tiempo, comprendí que no hay nadie más que Él para mí. / Su misericordia fluye como un río y su toque trae sanidad; Él abraza a sus hijos que sufren: no hay nadie más que Él. / No hay nadie que toque mi corazón como el Señor; tras buscar durante tanto tiempo, comprendí que no hay nadie más que Él para mí». En última instancia, aun cuando nos sintamos solos en medio de la multitud, debemos buscar al Señor con sinceridad, creyendo que solo Dios puede saciar nuestras almas anhelantes. Solo entonces podrán nuestras almas hallar verdadera satisfacción. En cuarto lugar, el alma de David —al confesar: «Oh Dios, tú eres mi Dios»— alabó al Señor.

Observemos el Salmo 63:3: «Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán». ¿Por qué alabó David a Dios en el desierto? Porque allí experimentó la misericordia de Dios. En otras palabras, cuando David buscó fervientemente a Dios en el desierto de Judá, experimentó la presencia de un Dios amoroso, lo que le llevó a hacer esta confesión de fe: Dios es amoroso.

En el libro del pastor Hong Sung-geon titulado *La persona que Dios busca*, el capítulo 6 lleva por título «El Señor que habita en la alabanza: El poder de la alabanza». En dicho capítulo, él habló sobre el poder de la alabanza: «¿Dónde reside el poder de la alabanza? No reside en el acto de alabar en sí mismo; más bien, cuando el contenido de la alabanza es una confesión de fe, Dios libera su poder a través de esa fe. La alabanza es una confesión de fe... Cuando decimos "Alabaré al Señor", la expresión implica una decisión deliberada de ofrecer alabanza. Significa elegir alabar a Dios incluso cuando mis circunstancias son tan agobiantes que alabar parece imposible» (Hong Seong-geon). Pablo y Silas, tal como se relata en Hechos 16, son un ejemplo de esto; mientras estaban en prisión, decidieron por fe cantar alabanzas a Dios mientras oraban. De igual manera, David —el protagonista del pasaje de hoy, el Salmo 63— decidió alabar a Dios porque reconoció que el amor inagotable de Dios era mejor que la vida misma. Fue en el desierto donde llegó a percibir verdaderamente el amor eterno de Dios hacia él. Ciertamente, no habría experimentado el amor inagotable de Dios de una manera tan profunda dentro del palacio real como lo hizo en el desierto de Judá. Si hubiera experimentado verdaderamente ese amor en el palacio, probablemente no habría cometido el pecado de no perdonar sinceramente a su hijo Absalón, manteniéndolo a distancia incluso después de que Absalón hubiera matado a su otro hijo, Amnón. En última instancia, fue mientras huía de Absalón tras haber sido expulsado del palacio —mientras Dios lo protegía de los hombres de su hijo y lo cobijaba bajo «la sombra de [Sus] alas» (versículo 7)— que David experimentó el amor de Dios en el desierto de Judá. Fue en el desierto, y no en el palacio, donde David experimentó más profundamente la mano buena y bondadosa de Dios, que lo auxiliaba con gracia oportuna. En el desierto, David comprendió que el anhelo de Dios por él era mucho más intenso que su propio anhelo por Dios; impulsado por este amor asombroso, David no pudo evitar alabarlo.

En quinto lugar, el alma de David —al confesar: «Oh Dios, tú eres mi Dios»— seguía al Señor muy de cerca.

Observemos el Salmo 63:8: «Mi alma te sigue muy de cerca; tu diestra me sostiene». ¿Qué significa aquí «seguir al Señor muy de cerca»? Podemos encontrar una pista en Deuteronomio 4:4: «Pero ustedes, que se aferraron al SEÑOR su Dios, hoy viven todos». En otras palabras, seguir al Señor muy de cerca significa aferrarse a Él y no apartarse nunca de Él. Esto refleja el compromiso inquebrantable de David con el Señor. En resumen, David renovó su compromiso en el desierto de Judá. Mientras estaba en el palacio real, se había alejado brevemente del Señor y había pecado contra Dios; sin embargo, al ser expulsado al desierto, no abandonó a Dios, sino que siguió al Señor aún más de cerca. David, que no había logrado aferrarse al Señor en el palacio, se aferró firmemente a Él en el desierto. Dicho de otro modo, demostró un compromiso inquebrantable con Dios en el desierto, algo que no había logrado hacer en el palacio. ¿No es fascinante? Ver cómo vaciló en el palacio pero mantuvo un compromiso firme en el desierto... En el desierto, David experimentó cómo la diestra del Señor lo sostenía. Procuró contemplar el «poder y la gloria» del Señor haciendo del desierto su santuario (Salmo 63:2); Dios respondió a esa oración aferrándose firmemente a David con Su poder, específicamente con la diestra de Su fuerza. Como resultado, David permaneció firmemente unido al Señor, sin apartarse nunca de Él. Debemos seguir al Señor de cerca. Al hacerlo, seremos sostenidos firmemente por la diestra de su poder. En otras palabras, es en el desierto —durante nuestros momentos de mayor debilidad y adversidad— donde experimentaremos el poder de Dios. El Señor no solo nos sostendrá con firmeza mediante su poderosa diestra, sino que también destruirá a nuestros adversarios, tal como destruyó a aquellos que buscaban quitarle la vida a David (versículos 9-10).

Finalmente, el sexto punto: el alma de David —al confesar: «Oh Dios, tú eres mi Dios»— se regocija en Dios.

Observemos el Salmo 63:11: «Pero el rey se regocijará en Dios; todos los que juran por él se gloriarán; pero la boca de los que hablan mentiras será cerrada». David experimentó gozo en el desierto. Ese gozo era muy distinto de los placeres mundanos que había disfrutado

brevemente en el palacio real. El gozo que sintió en el desierto era algo que el mundo no podía comprender ni ofrecer. Se regocijaba porque experimentó la misericordia eterna del Señor en el desierto. David estaba lleno de alegría porque su alma halló satisfacción allí. Habiendo recibido la ayuda del Señor y siendo sostenido por la diestra de su poder, David no podía sino regocijarse. Hallar gozo en Dios no depende necesariamente de las circunstancias. Miremos a David: él se regocijó en Dios no en el palacio real, sino en el desierto. El gozo de David provenía únicamente del Señor; hallaba su alegría y deleite solo en Él. Por tanto, al igual que David, nosotros también debemos regocijarnos y encontrar nuestro gozo únicamente en el Señor.

El lunes pasado por la noche, recibí inesperadamente una llamada de un hermano de nuestra comunidad del ministerio en inglés. Quería reunirse conmigo para compartir una «revelación» que había recibido durante el culto en inglés del domingo anterior. Nos reunimos al día siguiente, martes, para almorzar y conversar. Estaba convencido de que el Señor quería que sirviera a la iglesia, el cuerpo de Cristo. Me preguntó cómo podía servir —aunque fuera de la manera más sencilla— y lo animé primero a comprometerse a asistir regularmente al culto dominical. Esto se debe a que los actos de servicio deben surgir naturalmente de la propia identidad como adorador. Pareció estar de acuerdo con mi sugerencia. Mientras compartíamos nuestros corazones en el Señor durante la comida, me llené de gratitud y alegría al vislumbrar su fe inquebrantable: una fe que creía verdaderamente en la existencia de Dios.

El profeta Oseas nos exhorta: «... Conozcamos al Señor; esforcémonos por conocerle...» (Oseas 6:3). Mi oración es que, al buscar diligentemente conocer a Dios, nosotros —tanto tú como yo— podamos confesar como David: «Oh Dios, tú eres mi Dios» (Salmo 63:1). Al vivir en este mundo que es como un desierto, ruego que —aun en medio de la adversidad, las dificultades, la persecución y el sufrimiento que podamos enfrentar al igual que David— experimentemos la obra de Dios al saciar nuestras almas mientras anhelamos y recordamos al Señor durante la noche. Alabemos a nuestro Dios bajo la sombra de sus alas,

experimentando su eterno amor, poder y gloria. Y consagrémonos nuevamente a Él. Al hacerlo, nosotros también podremos regocijarnos únicamente en Dios, tal como lo hizo David.

El canto de James: Alabanza entonada en el desierto

“Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán” (Salmo 63:3).

Doy una cordial bienvenida a todos los que han asistido a esta “Noche de Alabanza”. Me alegra enormemente que el equipo de adoración del Ministerio Coreano de nuestra iglesia haya preparado este evento, brindándonos la oportunidad de alabar a Dios juntos y de todo corazón. Al pensar en los amados hermanos y hermanas que prepararon esta velada, deseo llamar a esto un “canto entonado en el desierto”. Por supuesto, a nuestros ojos, ellos no viven en un desierto literal; viven en el corazón de la ciudad. Sin embargo, al mirar sus corazones —y ver su esfuerzo sincero por ofrecer alabanza a Dios, impulsado por el amor de Jesús, quien se convierte en un verdadero oasis incluso en el paisaje árido de un desierto—, se percibe como un canto entonado en el desierto. Así como David —en medio de la tribulación y la persecución— convirtió el desierto en un santuario y alabó al Señor por su misericordia inagotable (tal como se describe en el texto de hoy, Salmo 63:3), estos amados hermanos y hermanas ofrecen su alabanza a Dios esta noche, movidos por el amor del Señor.

Personalmente, al reflexionar sobre esta Noche de Alabanza, me tomé un tiempo para repasar mi propia vida. Decidí contemplar mi historia de vida a través de seis canciones diferentes:

Soy lo que en nuestra iglesia llaman un “cristiano de cuna”: alguien nacido en una familia de creyentes. De hecho, nací en la familia de un pastor, por lo que probablemente comencé a asistir a la iglesia cuando aún estaba en el vientre de mi madre. Recuerdo vívidamente haber pasado mi infancia en la iglesia Sanghyun, en Sanggye-dong, Corea. Al rememorar el tiempo que asistí a la iglesia donde servía mi padre, el himno que más destaca en mi memoria es “No puedes comprar tu entrada” (conocido a menudo por la frase “No puedes ir con dinero”). Aunque tiene tres estrofas, en realidad solo recuerdo la primera: (Estrofa 1) "No se entra con dinero —el Reino de Dios; no se entra con poder —el Reino de Dios", (Estribillo) "Un reino al que se entra naciendo de nuevo —el Reino de Dios; un reino al que se entra por la fe —el Reino de Dios". A menudo me pregunto por qué, de entre todos los himnos que canté a tan temprana edad, este en particular permanece tan nítido en mi memoria... Quizás sea simplemente porque la palabra "dinero" aparece justo al comienzo de la primera estrofa. Jaja.

También recuerdo haber emigrado a Estados Unidos con mis padres tras terminar la escuela primaria —a los doce años, según el cómputo coreano— y haber vivido en Koreatown. Recuerdo haber llegado sin saber siquiera el alfabeto; cuando tuve que hacer un examen al ingresar a una escuela primaria estadounidense, lloré mientras memorizaba veinte palabras de vocabulario. Tal vez porque llegué justo al entrar en la adolescencia, me costó adaptarme a la vida en EE. UU. y superar las barreras culturales y lingüísticas. Naturalmente, tendía a relacionarme con amigos coreanos. Al entrar en la escuela secundaria, me junté con un grupo de amigos y pasé por lo que podría llamarse una etapa de rebeldía o falta de rumbo. Sin embargo, como hijo de pastor, nunca faltaba a los cultos dominicales. Fue durante esa época cuando descubrí los escritos de Kim Hyung-seok y Kim Dong-gil. Leer sus libros me convirtió en un filósofo en ciernes; me planteaba incesantemente preguntas como "¿Cuál es el propósito de la vida?" y "¿Cómo puede uno encontrar la verdadera felicidad?" mientras vagaba por el mundo en busca de esa felicidad y ese propósito. Quizás porque fue una etapa oscura (?) de mi vida, al mirar atrás ahora, no logro recordar los himnos que solía cantar entonces.

Más tarde, durante mi primer año de universidad, se celebró aquí mismo un retiro para el ministerio universitario. Es probable que asistiera a aquel encuentro a regañadientes, simplemente por ser hijo de pastor. Sin embargo, en la segunda o tal vez la última noche del retiro, me sucedió algo inimaginable mientras escuchaba al pastor invitado hablar sobre el milagro de Juan 6, donde Jesús alimentó a 5000 hombres con solo dos peces y cinco panes. Mi corazón comenzó a arder de emoción; cuando el pastor invitó a pasar al frente a cualquiera que estuviera dispuesto a ofrecer su vida a Jesús —tal como el muchacho de la Biblia había ofrecido sus dos peces y cinco panes—, me encontré caminando hacia adelante. Recuerdo haberme arrodillado justo allí y haber llorado desconsoladamente. No estoy del todo seguro de por qué las lágrimas brotaban con tanta libertad. De alguna manera, el encuentro con Jesús —a quien antes solo conocía intelectualmente— hacía que las lágrimas afloraran a mis ojos. Al pensar en todos los pecados que había cometido a sabiendas y deliberadamente, simplemente quería pedirle perdón a Dios (lágrimas de arrepentimiento). También me embargaba la gratitud. Estaba profundamente agradecido de que Él llamara y usara a alguien como yo, alguien que no era más que aquellos dos peces y cinco panes (lágrimas de gratitud). Además, el Espíritu Santo obraba en mi corazón, llevándome a dedicar mi vida al Señor (lágrimas de consagración). Fue entonces cuando decidí convertirme en pastor y comencé a prepararme para el seminario. Antes de eso, la meta de mis estudios universitarios había sido el «dinero», pero tras aquel retiro, mi propósito cambió hacia «Jesús» y «la gloria de Dios». Desde entonces, un himno que me encanta cantar es «Mi vida, todo lo que soy» (*Na-ui Mo-seup, Na-ui So-yu*). En inglés se titula «I offer my life» (Ofrezco mi vida), lo que significa «Dedico mi vida»:

(Estrofa 1) «Todo lo que soy y todo lo que poseo, lo pongo ante Ti, Señor. Por favor, acepta todo mi dolor, toda mi alegría y cada lágrima que derramo.
(Estrofa 2) Mi pasado y mi futuro, mis sueños y mis esperanzas: te los ofrezco todos. Todas mis aspiraciones y planes, mis manos y mi corazón: por favor, acéptalos, Señor.
(Coro) Te ofrezco mi vida; úsala para Tu gloria. Mientras viva, Te alabaré y seré una ofrenda de alegría. Por favor, acéptame; por favor, acéptame». Este himno quedó profundamente

grabado en mi corazón desde aquel entonces y permanecerá así hasta el día de mi muerte. Fue por esa época cuando empecé a aprender a tocar la guitarra por mi cuenta. Solía viajar desde la universidad hasta Los Ángeles cada fin de semana para reunirme con amigos; sin embargo, tras encontrarme con Jesús y dedicarle mi vida, ya no podía acompañarlos a beber, fumar, salir de fiesta y pasar el rato. Antes, había ignorado mi conciencia y vagado sin rumbo a pesar de la culpa, pero ya no quería vivir así. Así que, cada fin de semana, extendía mi saco de dormir sobre una mesa aquí en la iglesia. Antes de dormir, contemplaba el cielo nocturno y me preguntaba dónde estarían mis amigos; en medio de esa soledad, comencé a aprender guitarra. Recuerdo que en la parte posterior de mi cancionero de música cristiana había diagramas que mostraban cómo colocar los dedos para los acordes. Gracias a ellos, aprendí acordes como Re, Sol y La. La primera canción que toqué y canté por mi cuenta fue «Good, Good God» (o «God is So Good»); verás, tenía los acordes de guitarra más sencillos. Jaja. «Buen, buen Dios; buen, buen Dios; mi Dios verdaderamente bueno». Después de llegar a la fe en Jesús, Dios puso en mi corazón el deseo de servir en un grupo cristiano universitario durante mis años de estudio, así que asumí el papel de «encargado de atención personal» para servir a mis hermanos y hermanas. No era nada sofisticado; en aquel entonces llevaba un buscapersonas y, cada vez que recibía una llamada, me ponía en contacto con ellos. Como no tenían coche, los llevaba a donde necesitaran ir: ya fuera al supermercado, a la iglesia para orar o de regreso a las residencias estudiantiles. Mientras cuidaba de todos, desarrollé sentimientos románticos por algunas de las hermanas, y fue una verdadera lucha reprimir esas emociones mientras seguía sirviéndolas. Pensaba que yo era el único que lo pasaba mal, pero más tarde, tras graduarme, descubrí que había una hermana que también sentía algo secreto por mí. A través de mis estudios de psicología y del tiempo que pasé sirviendo a estas hermanas, llegué a comprender profundamente los conceptos de «supresión» y «rechazo». Hay una canción de adoración en inglés que aprendí en aquella época —tras haber sido rechazado por algunas chicas en varias ocasiones— titulada "Nobody Knows Me Like You", de Benny Hester. Aún lo recuerdo vívidamente: aquel momento en que reuní el valor para intentar conquistar a una chica que me gustaba, solo para acabar herido por su respuesta; dejé de estudiar para los exámenes finales, conduje

solo hasta la playa, bajé las ventanillas y canté esa canción a todo pulmón. La letra —especialmente el estribillo— me brindó un gran consuelo:

“Nadie me conoce como Tú
Me rodeas con Tus brazos
Me sacas adelante
Y muchas veces no sé qué hacer
Aunque algunos me conocen bien
Aun así, nadie me conoce como Tú
Te confío todos mis secretos
Viste cada vez que tropecé y caí
Y todos mis defectos, sí, los conoces bien
Pero nunca me has rechazado, no, no, no”

Tras graduarme de la universidad y del seminario, y mientras servía como candidato al ministerio, Dios guio mis pasos para conocer a mi esposa. Un himno que permanece en mi corazón y en mi memoria hasta el día de hoy es el número 492, “Mi herencia eterna” (conocido a menudo en inglés como *Nearer, My God, to Thee* — “Más cerca, oh Dios, de ti”), el cual cantamos en nuestra boda:

(Estrofa 1) Mi herencia eterna, más preciosa que la vida misma; camina conmigo hasta que termine mi viaje. Acercándome a Ti, voy hacia Ti; camina conmigo hasta que termine mi viaje.
(Estrofa 2) Dejando atrás las riquezas mundanas, la comodidad y todo honor, camina conmigo mientras recorro este sendero escabroso. Acercándome a Ti, voy hacia Ti; camina conmigo hasta que termine mi viaje.
(Estrofa 3) Atravesando valles oscuros y cruzando mares agitados, camina conmigo hasta que llegue a las puertas del cielo. Acercándome a Ti, voy hacia Ti; camina conmigo hasta que termine mi viaje. Amén.

Cuando ofrecimos este himno a Dios en aquel entonces, ni mi esposa ni yo pudimos contener las lágrimas.

Otro himno que mi esposa y yo jamás podremos olvidar es uno que cantamos a Dios después de que nuestro primer hijo falleciera; lo cantamos de regreso, tras la cremación y la dispersión de las cenizas. Se trata del himno en inglés *My Savior's Love for Me* (también conocido como *I Stand Amazed*):

(Estrofa 1) Me maravillo ante la presencia de Jesús el Nazareno, y me asombra cómo pudo amarme a mí, un pecador, condenado e impuro. (Estrofa 2) Fue por mí que en el jardín oró: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". No derramó lágrimas por sus propios pesares, sino gotas de sangre por los míos. (Estrofa 3) Con compasión los ángeles le contemplaron y descendieron del mundo de luz para consolarle en los dolores que sufrió por mi alma aquella noche.
(Estrofa 4) Él tomó mis pecados y mis pesares, los hizo suyos; llevó la carga hasta el Calvario, y sufrió y murió en soledad.
(Estrofa 5) Cuando al fin vea su rostro junto a los redimidos en gloria, será mi gozo eterno cantar sobre su amor por mí.
(Coro) ¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! Y mi canto siempre será: ¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! ¡Es el amor de mi Salvador por mí!

Creo en el poder de la alabanza. Consideren el ejemplo de Pablo y Silas —siervos de Dios mencionados en Hechos 16—, quienes oraron y alabaron a Dios mientras estaban en prisión (Hechos 16:25). De repente, un gran terremoto sacudió los cimientos de la cárcel, las puertas se abrieron de par en par y las cadenas de todos cayeron (v. 26). Esta noche, oro para que la alabanza que ustedes, mis amados hermanos y hermanas, ofrecen, abra de par en par las puertas de nuestros corazones y obre un milagro que rompa toda atadura terrenal. Asimismo, tal como el carcelero —quien al principio pensó que los prisioneros habían escapado e intentó quitarse la vida (v. 27)— llegó a creer en el Señor Jesús gracias a Pablo y

se regocijó grandemente con toda su familia (vv. 31–34), oro fervientemente para que las alabanzas que hoy cantamos en este desierto den paso a una obra milagrosa de salvación.

¡Reflexione profundamente sobre las obras de Dios!

[Salmo 64]

Mientras leía la Biblia el lunes por la noche, me detuve a meditar en Eclesiastés 3:18: «Dije en mi corazón respecto a la condición de los hijos de los hombres, que Dios los prueba, para que vean que ellos mismos son como animales». Mi reacción inicial ante este versículo fue de desconcierto. La idea de que Dios prueba a las personas para que se den cuenta de que no son diferentes de las bestias... ¿Qué piensa usted de este versículo? Al reflexionar más sobre ello, recordé el Salmo 73:22: «Tan torpe e ignorante era yo; era como una bestia delante de Ti». Asaf, el salmista que por un breve tiempo había envidiado la prosperidad de los impíos, solo comprendió el fin último de estos tras entrar en el santuario de Dios; entonces confesó su propia insensatez e ignorancia, admitiendo que había sido como una bestia delante del Señor. Una persona que es como una bestia delante del Señor es aquella que ignora el destino final de los impíos. En otras palabras, tal persona vive envidiando la prosperidad actual de los malvados sin ver el fin que les espera. Como sugiere el Salmo 64:9, esa persona no reflexiona profundamente sobre las obras de Dios. Dicho de otro modo, quien es como una bestia delante del Señor vive sin saber cómo Dios castiga a los impíos. Por ello, centrándome en el texto de hoy —específicamente en el versículo 9—, quisiera compartir dos reflexiones bajo el título: «¡Reflexione profundamente sobre las obras de Dios!». El primer punto que deseo tratar es la naturaleza astuta de los enemigos de David. A continuación, reflexionaremos profundamente sobre cómo Dios trató a los enemigos de David. Oro para que la gracia que Dios otorga a través de este proceso esté sobre todos nosotros.

En primer lugar, debemos reconocer la naturaleza astuta de nuestro enemigo, el Diablo.

Observe el Salmo 64:6: «Traman injusticias y dicen: "¡Hemos perfeccionado un plan astuto!", pues profundo es el pensamiento interior y el corazón de cada hombre». Aquí, el pronombre «ellos» se refiere a los enemigos de David, ya sea Saúl (mencionado en el versículo 1) o Absalón y sus seguidores. Mientras tramaban el mal para eliminar a David, finalmente idearon una «mañosa estratagema»: un plan aparentemente perfecto. Al darse cuenta de esto, David observó que los pensamientos íntimos y los corazones de los hombres son astutos [Nota: La frase «el corazón es profundo» implica que el corazón es engañoso o astuto] (versículo 6). Examinemos cuatro formas en que se manifestaron los corazones astutos de los enemigos de David; al hacerlo, que podamos comprender la naturaleza astuta de nuestro propio enemigo, el Diablo.

(1) Los enemigos de David albergaban un «plan secreto» para hacerle daño.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 64:2: «Escóndeme de los planes secretos de los malhechores, del tumulto de los que hacen iniquidad». Este pasaje indica que los enemigos de David atentaban contra su vida (versículo 1) y habían ideado numerosas estratagemas para destruirlo. Además, los malhechores que eran enemigos de David creían que su plan era una estrategia brillante, una táctica perfecta (versículo 6). Una vez atrapados en tales estratagemas astutas de los malhechores, no podemos escapar por nuestras propias fuerzas. Solo el Dios omnisciente y omnipotente puede librarnos de tales complots (Park Yun-sun). Por eso David clamó al Señor diciendo: «Escóndeme... líbrame del tumulto [el alboroto insensato de las masas] de los malhechores y de los que cometen iniquidad» (versículo 2). Como meditamos anteriormente en el Salmo 2:1–2, el Diablo se opone a Dios y a su Ungido, el Mesías (Jesucristo); él reúne a sus siervos —«las naciones y los pueblos» (versículo 1) y «los reyes y gobernantes de la tierra» (versículo 2)— incitándolos a «enfurecerse» y a «tramar algo vano» (versículo 1), conspirando juntos para oponerse a Dios y a Jesús, su Ungido, por cualquier medio necesario. ¿Cuánto más, entonces, se opondrá el

Diablo a nosotros —a ti y a mí—, que somos hijos de Dios y su pueblo? El Diablo está constantemente tramando «conspiraciones». Siempre está ideando estratagemas astutas, planeando cómo provocar nuestra destrucción. Por lo tanto, debemos estar atentos a cómo vivimos nuestra vida de fe.

(2) Los enemigos de David se animaban mutuamente con «malas intenciones» y deliberaban sobre cómo «tender trampas en secreto».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 64:5: «Se animan unos a otros en sus malos propósitos; hablan de ocultar sus trampas diciendo: "¿Quién las verá?"». Aquí, por supuesto, el «mal propósito» se refiere a quitarle la vida a David. Para lograr este fin, los enemigos de David tendían trampas en secreto. ¿Sabe qué es una «trampa» o un lazo? ¿Alguna vez ha visto a alguien colocando una trampa o un lazo para atrapar un conejo o un pájaro? La verdadera destreza al manejarlos reside, por supuesto, en el ocultamiento; al colocar una trampa, uno la disimula y cubre por completo (Jones). Cuando los enemigos de David tendían sus trampas en secreto, perfectamente camufladas, estas les parecían perfectas; estaban tan bien ocultas que pensaban: «¿Quién las verá?» (versículo 5). Si ni siquiera David podía ver estas trampas secretas —conocidas solo por Dios y el diablo—, ¿cómo podríamos verlas nosotros? Debemos reconocer el peligro de las trampas que el diablo coloca secretamente en nuestras vidas y aprender a evitarlas. Él busca nuestras vidas; y por «vida» debemos entender la «vida eterna», más que la mera vida física. Este es precisamente el objetivo malvado del diablo: tiende trampas secretas en nuestras vidas para impedirnos, por cualquier medio, alcanzar la vida eterna. Por tanto, al igual que David, no tenemos más remedio que suplicar a Dios: «Oh Dios... guarda mi vida del temor del enemigo» (versículo 1).

(3) Los enemigos de David lo atacaban con palabras maliciosas.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 64:3: «Afilan sus lenguas como espadas y apuntan sus amargas palabras como flechas». Esto se refiere a la maldad de los labios. Tales palabras maliciosas hieren y matan a otros como flechas; en otras palabras, destruyen la reputación de una persona y la arruinan por completo (Park Yun-sun). Los enemigos de David hicieron un mal uso de sus lenguas —afiladas y venenosas como espadas y flechas— intentando atravesarlo y matarlo con sus crueles palabras. Ciertamente, la lengua puede utilizarse de una manera tan perversa. Por eso el apóstol Santiago se refirió a ella de esta manera: «Ningún hombre puede domar la lengua; es un mal indomable, lleno de veneno mortal» (Santiago 3:8). La lengua del impío está llena de veneno mortal; es un mal indomable que nadie puede controlar. Mientras tramaban en secreto cómo atrapar a David, sus enemigos dirigían sus lenguas maliciosas —como espadas y flechas— directamente contra él.

(4) Los enemigos de David lanzan ataques repentinos desde sus escondites.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 64:4: «Para disparar desde lugares secretos contra el íntegro; disparan de repente y no temen». Los enemigos de David mantenían sus planes en secreto; acechaban para hacerle daño y lanzaban un ataque repentino y audaz. Tenderon una emboscada a David —un hombre inocente que no había hecho nada malo— desde sus escondites. Al ver las noticias sobre la guerra en Irak en estos días, escuchamos informes de francotiradores que disparan y matan a soldados estadounidenses desde posiciones ocultas. También esconden bombas al borde del camino y las detonan para matar a las tropas estadounidenses. No debemos bajar la guardia, pues el Diablo nos ataca cuando estamos indefensos.

En su libro *La guerra espiritual*, el Dr. Martyn Lloyd-Jones afirma: «La astucia es una característica principal del Diablo» (cf. Génesis 3:1). Basándonos en el texto de hoy, hemos considerado cuatro aspectos de la naturaleza astuta de los enemigos de David: tramaron planes secretos para hacerle daño, tendieron trampas ocultas, lo atacaron con palabras maliciosas y, finalmente, le tendieron una emboscada desde un lugar oculto. Ahora que

reconocemos la astucia del Diablo, ¿qué debemos hacer? Debemos, al igual que David, clamar a Dios. ¿Qué debemos pedirle?

(1) Debemos presentar nuestras ansiedades ante Dios en oración. Observemos la primera parte del Salmo 64:1: «Escucha, oh Dios, la voz de mi queja…». Debemos entregar al Señor, mediante la oración, nuestras mentes atribuladas —enmarañadas como un espeso zarzal— (Park Yun-sun).

(2) Debemos rogar a Dios que preserve nuestra vida.

Observemos la segunda parte del Salmo 64:1: «…» «Preserva mi vida del temor del enemigo». No podemos vencer la astucia del diablo por nuestras propias fuerzas; no podemos prevalecer sin la ayuda de Dios. Por tanto, al igual que David, debemos pedir fervientemente a Dios que preserve nuestra vida. También debemos rogarle que nos esconda (v. 2). En cuanto al Dios que escondió a David, vemos que los enemigos de este llevaban a cabo todas sus acciones en secreto: tramaban «planes secretos» (v. 2) y «tendían trampas en secreto» (v. 5). En medio de estos actos maliciosos y ocultos de sus enemigos, David oraba: «Señor, escóndeme de los planes secretos de los malhechores y de las trampas que tienden en secreto» (vv. 2, 5).

En segundo lugar, una vez que hemos comprendido la naturaleza astuta de nuestro enemigo —el diablo—, debemos esforzarnos deliberadamente por contemplar profundamente las acciones de Dios.

Consideremos el Salmo 64:9: «Todos los hombres temerán; proclamarán las obras de Dios y meditarán sobre lo que Él ha hecho». La obra específica de Dios que debemos meditar es, en resumen, su acto de castigar a nuestros enemigos. Respecto a esta obra, la Escritura afirma: «Pero Dios les disparará flechas; de repente serán abatidos. Serán derribados por sus propias lenguas…» (versículos 7-8). Aquí se describe el método mediante el cual Dios

castiga a los impíos: hace que caigan en el mismo hoyo que ellos mismos han cavado (Park Yun-sun). Por ejemplo, mientras los enemigos de David acechaban para dispararle —a menudo atacando por sorpresa (versículo 3)—, Dios, en cambio, les disparó a *ellos*. Como consecuencia, los enemigos de David fueron abatidos repentinamente (versículo 7) y derribados (versículo 8). Además, aunque apuntaron sus lenguas maliciosas —afiladas como espadas y arcos— contra David, Dios no permitió que esas lenguas le hicieran daño; por el contrario, hizo que acarrearan la ruina sobre los propios impíos.

¿Cuál fue el resultado de que Dios castigara a los enemigos de David?

(1) Las personas que presenciaron cómo Dios castigaba a los impíos llegaron a reconocer la existencia de Dios (Park Yun-sun). Observemos los versículos 8 y 9 del Salmo 64, nuestro texto de hoy: «...todos los que los vean menearán la cabeza. Todos los hombres temerán; proclamarán la obra de Dios y meditarán sobre lo que Él ha hecho». Todos temerán a Dios, lo proclamarán y reflexionarán profundamente sobre sus obras.

(2) Los justos se regocijan aún más en Dios.

Observemos el versículo 10 del Salmo 64: «Los justos se alegrarán en el Señor y se refugiarán en Él; y todos los rectos de corazón se gloriarán». El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Si bien el acto de Dios de vengarlos frente a sus enemigos fue ciertamente algo bueno para los justos, Dios mismo fue aún mejor para ellos. Por tanto, a través de esa venganza, se acercan más a Dios y se regocijan en Él». El diablo es verdaderamente astuto y engañoso. Trabaja constantemente para hacernos daño: urde planes y tiende trampas en secreto, nos ataca con lengua maliciosa y acecha para golpearnos por sorpresa. En verdad, ¿quién podría escapar de las trampas del diablo por sus propias fuerzas? Sin la ayuda de Dios Todopoderoso, no podemos librarnos de los lazos del maligno. Por ello, debemos invocar a Dios con fervor. Cuando lo hacemos, Él nos libera castigando al diablo y a sus servidores. Quienes desconocen esta verdad no son mejores que las bestias ante el Señor. Jamás

debemos pecar contra Dios por una ignorancia insensata. Debemos librar fielmente la batalla espiritual en nuestro interior, confiando en la fe y reflexionando profundamente sobre el hecho de que Dios castiga a nuestros enemigos.

"Nos saciaremos del bien de tu casa"

[Salmo 65]

El libro *Why Can't I Be Satisfied?* (de Laurie Ashner y Mitch Meyerson) es un análisis psicológico dirigido a aquellas personas que, a pesar de alcanzar sus metas, permanecen perpetuamente insatisfechas y ansiosas, o que se convencen compulsivamente de que son infelices incluso cuando ocurren acontecimientos alegres. Basándose en más de una década de experiencia en consejería, los autores denominan a esta condición "Síndrome de Insatisfacción Crónica"; analizan siete síntomas psicológicos asociados y examinan formas de sanarlos. Señalan que estos síntomas de insatisfacción suelen ser más graves no en quienes han enfrentado fracasos reiterados, sino en aquellos que han logrado con éxito sus deseos y han obtenido lo que querían. Al observar a personas que se sienten deprimidas en momentos en los que deberían estar felices, los autores destacan que la satisfacción nunca es una mera cuestión de logros o posesiones; más bien, el problema real es una insatisfacción insidiosa que se acumula gradualmente y atrapa al individuo. Se dice que las personas con Síndrome de Insatisfacción Crónica presentan los siguientes rasgos psicológicos (Fuente: Internet):

* No sienten alegría ni siquiera al alcanzar el éxito; en lugar de regocijarse, se preocupan por si podrán repetir la hazaña.
* Pueden considerarse especiales y talentosas, pero al mismo tiempo albergan dudas sobre esa misma autopercepción.
* Se molestan cuando sus esfuerzos no son reconocidos por los demás, pero se sienten incómodas cuando realmente reciben elogios.

* Se conforman con desempeñar un papel secundario para otros en lugar de asumir el liderazgo. Sienten amargura al ver triunfar a alguien a quien consideraban menos capaz o insignificante que ellas mismas.
* El éxito mediocre no es suficiente; ser común equivale al fracaso.
* Creen que no deben depender de los demás; siempre que surgen problemas en las relaciones, la familia o el trabajo, se culpan a sí mismas.
* Sienten una necesidad constante de demostrar su valía.
* Repiten inconscientemente situaciones que conducen a la frustración. No le gusta pedir ayuda a los demás.
Siempre está esforzándose y luchando al máximo.

¿Está satisfecho con su vida? Si no es así, ¿qué le aportaría satisfacción? ¿Se sentiría satisfecho si poseyera una gran riqueza y tuviera ingresos elevados? El rey Salomón, el Predicador, confiesa en Eclesiastés 5:10: «El que ama la plata, no se saciará de plata; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad». ¿Encontraría satisfacción si disfrutara de todo lo que sus ojos desearan y de todo lo que deleitara a su corazón? Salomón confiesa al respecto: «No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni privé a mi corazón de placer alguno; porque mi corazón gozó de todo mi trabajo, y esta fue la recompensa de toda mi faena. Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol» (2:10-11). Me pregunto si alguna vez ha habido alguien en este mundo que haya disfrutado de todo tanto como el rey Salomón. Cuando consideramos que incluso Salomón, habiéndolo experimentado todo, finalmente confesó: «¡Vanidad de vanidades!», nosotros también nos vemos obligados a admitir —tal como él lo hizo— que estas cosas no pueden, en última instancia, satisfacer nuestras almas.

Sin embargo, en el Salmo 65:4, el salmista David confiesa: «Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo». Aquí, «tu casa, tu santo templo» simboliza la «iglesia», y la frase

«saciados del bien» se refiere a la satisfacción con la «gracia espiritual» (Park Yun-sun). Por lo tanto, habiendo titulado el mensaje de hoy «Saciados del bien del templo del Señor», deseo extraer tres lecciones sobre las gracias espirituales específicas con las que nuestra iglesia debe sentirse satisfecha.

En primer lugar, debemos encontrar satisfacción en las respuestas de Dios a la oración (Salmo 65:1-4).
Observemos el Salmo 65:2: «¡Oh, tú, que escuchas la oración! A ti vendrán todos los hombres». Lo que podemos aprender aquí es que nuestro Señor es un Señor que escucha la oración. Sin embargo, hay momentos en los que el Señor no responde a nuestras oraciones. En otras palabras, existen tres obstáculos principales para que nuestras oraciones sean respondidas:

(1) Nuestros pecados.

Observemos Isaías 59:1–2: «Ciertamente no se ha acortado la mano del Señor para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír. Pero sus iniquidades los han separado de su Dios; sus pecados han ocultado su rostro de ustedes, de modo que no escucha».

(2) Dios no responde a nuestras oraciones porque no escuchamos su Palabra.

Observemos Proverbios 28:9: «Si alguien hace oídos sordos a la ley, incluso sus oraciones son detestables».

(3) Nuestro orgullo.

Observemos Santiago 4:6: «Pero él nos da más gracia. Por eso dice la Escritura: “Dios se opone a los orgullosos, pero muestra favor a los humildes”». Dios no responde a nuestras oraciones cuando somos orgullosos.

Entonces, ¿qué clase de oraciones escucha nuestro Señor?

(1) Nuestro Señor escucha oraciones de alabanza.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 65:1: «La alabanza te espera, oh Dios nuestro, en Sion; a ti se cumplirán nuestros votos». Como aprendimos en nuestro estudio bíblico en grupos pequeños del mes de junio sobre «El poder de la oración», existen varios tipos de oración: alabanza, acción de gracias, confesión, intercesión y súplica. Entre ellas, la oración de alabanza es aquella que comienza reconociendo la unicidad de Dios al acercarnos a Él. Un excelente ejemplo de esto se encuentra en el Salmo 18:1–2: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía. El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador; mi Dios, mi fuerza, en quien confiaré; mi escudo y el poder de mi salvación, mi baluarte». El salmista David aguardaba en silencio en la presencia del Señor, «esperando con anhelo» el momento de alabar a Dios (Park Yun-sun). En particular, el Dios a quien deseaba alabar era «el Dios de nuestra salvación» (versículo 5).

(2) Nuestro Señor escucha nuestras oraciones de acción de gracias.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 65:2: «¡Oh Tú, que escuchas la oración! A Ti vendrá toda carne». El Dios de David —que es también nuestro Dios— es el Señor que escucha la oración. Por eso ofrecemos oraciones de acción de gracias a Dios. Además, como afirmó David, «toda carne» —ya sea judía o gentil, noble o humilde— acude a orar a Dios (Park Yun-sun).

(3) El Señor escucha las oraciones de confesión (arrepentimiento).

Observemos el texto de hoy, el Salmo 65:3: «Las iniquidades prevalecen contra mí; en cuanto a nuestras transgresiones, Tú las perdonarás». Consideremos el conocido pasaje bíblico sobre la seguridad del perdón, 1 Juan 1:9, que promete: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad».

La iglesia es una casa de oración. Somos un pueblo de oración. Por tanto, debemos acudir a la casa del Señor y presentar nuestras súplicas a Dios. Debemos ofrecerle oraciones de alabanza, acción de gracias y arrepentimiento. Al hacerlo, debemos hallar satisfacción en el Dios que responde a nuestras oraciones.

En segundo lugar, debemos hallar satisfacción en la victoria que se nos concede en la batalla (Salmo 65:5–8).

En el Salmo 65:5–8, David da gracias a Dios por la gracia de la victoria en la batalla, reflexionando sobre su liberación de la rebelión de Absalón (Park Yun-sun). En medio de la persecución y las crisis provocadas por Absalón, David confió plenamente en Dios; cuando ofreció oraciones de alabanza, acción de gracias y arrepentimiento, Dios las escuchó y respondió. Concretamente, Dios libró a David de Absalón y de sus fuerzas. Así, David confesó: «¡Oh Dios de nuestra salvación! Tú nos respondes con obras asombrosas de justicia; Tú, en quien ponen su confianza todos los confines de la tierra y los mares más lejanos» (v. 5). La frase «respóndenos con obras portentosas» refleja la convicción de David de que Dios lo había librado en el pasado —y lo libraría en el presente— mediante «obras maravillosas, es decir, actos sobrenaturales» (Park Yun-sun). Al clamar al Dios de su salvación, David confiaba en que Él escucharía y respondería a sus oraciones. Un elemento central de esta fe era su dependencia de la fortaleza del Señor (versículo 6). Aunque se encontraba debilitado y perseguido por Absalón y sus hombres, David depositó su confianza en el Dios Todopoderoso: Aquel que estableció los montes y está ceñido de poder. El Dios Todopoderoso en quien confiaba es quien calma el rugido de los mares, el ímpetu de las olas y el tumulto de las naciones (versículo 7). David hallaba gozo al confiar en este Dios, mientras que el temor se apoderaba de Absalón y de sus hombres, quienes se oponían a David, el siervo de Dios (versículo 8).

2 Samuel 8:6 afirma: «…el Señor daba la victoria a David dondequiera que iba». El Señor concedía a David la victoria en la batalla adondequiera que fuera. En consecuencia, David

confiaba en Dios y actuaba con valentía (Salmo 60:12). Con el Dios de la victoria a su lado, David entraba en batalla con la certeza del triunfo; hallaba satisfacción y gratitud en la victoria que el Señor le otorgaba. Nosotros también debemos actuar con valentía mientras confiamos plenamente en Dios, tal como lo hizo David. Por supuesto, la continua batalla espiritual puede dejar nuestras almas maltrechas, angustiadas, ansiosas y desanimadas. Sin embargo, al igual que David en el pasaje de hoy, debemos confiar plenamente en el Dios de la salvación —y específicamente en su poder— mientras libramos esta batalla espiritual. En medio de la lucha, debemos apoyarnos en el Señor de la victoria. Puesto que Él está con nosotros, nos capacitará para triunfar en nuestra guerra espiritual. Debemos vivir como guerreros, aferrándonos a esta certeza de victoria. Al hacerlo, nuestras almas hallarán satisfacción en la victoria que el Señor provee. Además, debemos hallar satisfacción en el propio Señor de la victoria.

En tercer lugar, debemos hallar satisfacción en la abundancia de la cosecha (Salmo 65:9–13).

Observemos el Salmo 65:9: «Visitas la tierra y la riegas; la enriqueces en gran manera. Los arroyos de Dios se llenan de agua para proveer grano al pueblo, pues así lo has dispuesto». Dios, el Creador del cielo y de la tierra, es quien gobierna providencialmente la naturaleza para proveer una cosecha abundante a su pueblo. Él es el Dios que abre las compuertas del cielo para enviar la lluvia, empapando la tierra y haciéndola sumamente fértil, logrando así que produzca cosechas abundantes. Él es el Dios que «riega abundantemente sus surcos, allana sus lomos, la ablanda con chubascos y bendice su crecimiento» (v. 10). Dios bendijo a David con una cosecha abundante; esto sirvió como prueba de que había escuchado la oración de arrepentimiento de David. Ciertamente, Dios es quien —a menudo cuando no nos arrepentimos tras pecar— permite que caigamos en la miseria, como el hijo pródigo, llevándonos así a anhelar su casa abundante y a volvernos a Él en arrepentimiento. Cuando David se vio obligado a huir de Absalón debido al pecado que había cometido en el palacio

real, Dios lo condujo al arrepentimiento en el desierto. Posteriormente, Dios lo guio de regreso al palacio y restauró su prosperidad.

Debemos dar gracias incluso cuando enfrentamos la indigencia, tal como el hijo pródigo, pues la pérdida de las cosas materiales en las que antes confiábamos crea una oportunidad para volver la mirada hacia Dios y depositar nuestra confianza en Él una vez más. Si somos capaces de dar gracias a Dios en tiempos de escasez, ¿cómo no habríamos de estar agradecidos por la abundancia que Él nos otorga? Somos aquellos que hemos recibido «toda bendición espiritual» en Jesucristo (Efesios 1:4). Hemos sido elegidos y predestinados por Dios Padre, y nos hemos convertido en sus hijos. Además, hemos recibido el perdón de los pecados (redención) y hemos llegado a ser «alabanza de su gloria». Todas estas son bendiciones espirituales que Dios Padre nos ha otorgado en Cristo. Ya hemos recibido abundante gracia de Dios. Por tanto, debemos vivir en contentamiento, sostenidos por esa gracia abundante.

Debemos aprender el secreto del contentamiento, tal como lo hizo el apóstol Pablo (Filipenses 4:11–12). ¿Cuál es ese secreto? Es hallar satisfacción únicamente en el Señor. Consideremos Filipenses 4:11–13: «No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar contento cualesquiera que sean las circunstancias. Sé lo que es vivir en la necesidad y sé lo que es vivir en la abundancia. He aprendido el secreto de estar contento en cualquier situación, ya sea que esté saciado o hambriento, que viva en la abundancia o en la escasez. Todo esto lo puedo hacer gracias a aquel que me fortalece». Por grande que sea nuestra abundancia, si no logramos hallar satisfacción únicamente en el Señor, dicha abundancia se convertirá en una maldición para nosotros. Por el contrario, incluso en tiempos de escasez, si logramos hallar satisfacción únicamente en el Señor, esa misma necesidad se transformará en una bendición.

«¡Vengan y vean lo que Dios ha hecho!»

[Salmo 66]

¿Cómo está su vida espiritual en estos días? A menudo pregunto a los hermanos y hermanas que encuentro: «¿Cómo está su vida espiritual?». Aunque algunos se sorprenden un poco ante la pregunta, la mayoría responde enumerando las cosas que hacen: servir de diversas maneras en la iglesia, asistir a reuniones de oración y participar en estudios bíblicos. Al escuchar estas respuestas, me da la impresión de que sus vidas espirituales se centran más en el «hacer» que en el «ser». En otras palabras, cuando se les pregunta por su vida espiritual, las personas tienden a hablar de sus propias acciones —lo que hacen por Dios o por su propia fe— en lugar de compartir cómo Dios está obrando en sus vidas, cómo su gracia fomenta su crecimiento espiritual y cómo se están pareciendo más a Jesús. Esto sugiere que nuestras vidas espirituales a menudo se centran en nuestras propias acciones más que en las obras de Dios; es decir, en lo que Dios está haciendo y cómo se mueve en nuestras vidas. Por supuesto, esto no significa que nuestras acciones carezcan de importancia; de hecho, nuestras acciones son vitales, ya que una fe viva es aquella que se manifiesta en obras. Sin embargo, lo que debe tener prioridad no es nuestro propio hacer, sino lo que Dios ha hecho.

En el Salmo 66:5, el salmista declara: «¡Vengan y vean lo que Dios ha hecho, cuán imponentes son sus obras a favor de la humanidad!». Hoy, centrándome en el pasaje «Vengan y vean lo que Dios ha hecho», deseo recibir humildemente la gracia que Dios ofrece mientras reflexionamos sobre uno o dos puntos clave.

El primer punto que debemos considerar son las obras de Dios.

(1) El salmista habla de la naturaleza imponente de las obras de Dios hacia la humanidad.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 66:5: «¡Vengan y vean lo que Dios ha hecho, cuán imponentes son sus obras a favor de la humanidad!». Entre las grandes y maravillosas obras que Dios realizó para el pueblo de Israel, una que no puede pasarse por alto es la apertura del mar Rojo durante el Éxodo: convertir las aguas en tierra seca para que los israelitas pudieran cruzar a pie (versículo 6). Este fue un acto sobrenatural de Dios. Así, el salmista confiesa que las obras de Dios hacia la humanidad son imponentes (versículo 5). En otras palabras, él declara que las obras sobrenaturales de Dios son «grandes y maravillosas» (Apocalipsis 15:3). Esta obra grande, maravillosa y sobrenatural demostró el poder de Dios y, al mismo tiempo, reveló la profundidad de su amor y cuidado por su pueblo (MacArthur). Cuando las generaciones posteriores de israelitas recordaban este poder y amor (cuidado) divinos, se regocijaban en el Señor (Salmo 66:6). El salmista registra otra gran y maravillosa obra de Dios de la siguiente manera: «Él gobierna para siempre con su poder; sus ojos vigilan a las naciones; ¡que no se alcen los rebeldes contra él! (Selah)» (versículo 7). Esto habla de la providencia soberana de Dios, mediante la cual Él gobierna y rige el mundo para siempre con su poder (Park Yun-sun). El Dios Todopoderoso, que gobierna y rige el mundo, también vigila a las naciones (cf. 11:4-5). Por ello, el salmista exhorta: «Que no se enaltezcan los rebeldes» (66:7). No podemos comprender la gran y maravillosa voluntad de nuestro Señor: por qué Él, en su poder, nos gobierna, nos vigila y cuida de nosotros, simples seres humanos. Por eso cantamos: «¡Sublime gracia! ¡Qué dulce el sonido que salvó a un miserable como yo!» (Himno 410, estrofa 1).

(2) El salmista declara que Dios no permite que tropecemos.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 66:9: «Él preserva nuestra vida y evita que nuestros pies resbalen». Mientras Dios gobierna y rige el mundo con su poder, Él aprecia, preserva y

sustenta la vida de su pueblo, Israel. Así, Dios impidió que el pueblo de Israel tropezara. ¿Cómo evitó Dios que tropezaran? El Señor evitó que tropezaran refinándolos tal como se refina la plata (v. 10). ¿Cómo refinó el Señor al pueblo de Israel? Observemos los versículos 11 y 12 del pasaje de hoy: «Nos llevaste a la red y pusiste una pesada carga sobre nuestras espaldas; dejaste que hombres cabalgaran sobre nuestras cabezas; pasamos por el fuego y por el agua, pero nos sacaste a un lugar de abundancia». El Señor refinó al pueblo de Israel llevándolo a la red y poniéndole pesadas cargas; ¿por qué permitió tal sufrimiento? La razón es que deseaba moldear su carácter revelándose a ellos —su pueblo— (11:4–5, 7b) (WBC). Tras refinarlos, Dios los sacó del sufrimiento y los llevó a un lugar de abundancia (66:12). Nuestro Señor es el Dios que actúa como un Alfarero, refinándonos a través del sufrimiento y dándonos forma para que nos parezcamos cada vez más a Jesús. Aunque permite que soportemos sufrimientos por un tiempo, dicho sufrimiento es para nuestro bien (119:71). En otras palabras, a través del sufrimiento, el Señor se revela y moldea nuestro carácter.

En segundo lugar, consideremos las cosas que debemos hacer.

(1) Debemos alabar a Dios y glorificarlo.

Observemos los versículos 1–2 y 8 del Salmo 66: «¡Aclamad con júbilo a Dios, toda la tierra! ¡Cantad la gloria de su nombre! ¡Haced gloriosa su alabanza!» (vv. 1–2); «¡Oh pueblos, bendecid a nuestro Dios y haced oír la voz de su alabanza!» (v. 8). Aquí, el mandato de «cantar la gloria de su nombre» (v. 2) significa «hacer de la alabanza a Dios nuestra propia gloria» (Park Yun-sun, Ibn Ezra, Calvino). Mientras el salmista meditaba en las obras asombrosas que Dios había realizado para el pueblo de Israel y en su poder para regir y gobernar el mundo, hizo de la alabanza a Dios su propia gloria, declarando: «¡Aclamad con júbilo a Dios, toda la tierra!...». El salmista también nos exhorta a alabar a Dios y a proclamarle: «Decid a Dios: "¡Cuán asombrosas son tus obras! Por la grandeza de tu poder, tus enemigos se someterán a ti. Toda la tierra te adorará y te cantará alabanzas; cantarán alabanzas a tu nombre" (Selah)» (vv. 3–4).

(2) Debemos ofrecer adoración a Dios.

Observemos el Salmo 66:13 en el texto de hoy: «Entraré en tu casa con holocaustos; te pagaré mis votos». Vemos al salmista tomar la decisión —tras reflexionar sobre la gracia que Dios le había otorgado— de entrar en el templo del Señor, ofrecer holocaustos y cumplir sus votos. ¿Cuándo tomó el salmista esta resolución? Fue «en mi angustia» (v. 14). ¿Por qué se propuso el salmista ofrecer holocaustos junto con una alabanza gloriosa? Porque la gratitud y la alabanza humanas a menudo están contaminadas por el pecado y, por tanto, no pueden ser aceptadas por Dios (Park Yun-sun). Por ello, el salmista decidió ofrecer —y de hecho ofreció— un holocausto de animales cebados, acompañado del aroma de carneros (v. 15). Nosotros también debemos ofrecer acción de gracias y alabanza a Dios, creyendo en la muerte expiatoria de Jesucristo en la cruz. Además, así como David ofreció a Dios los mejores toros y cabritos, debemos dedicarle por completo nuestros cuerpos y mentes: ofrendas preciosas.

(3) Debemos proclamar las obras que Dios ha realizado en nuestras almas.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 66:16: «Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho por mi alma». Al reflexionar sobre la gracia de salvación que había recibido, el salmista instó a quienes temen a Dios a «venir y oír», testificando ante todos ellos sobre lo que Dios había hecho por él. El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «Recibir la gracia de Dios es más valioso que cualquier otra cosa. Esto es así no solo por la gracia en sí, sino por la relación más profunda con Dios que surge de la experiencia de recibir tal gracia. Por tanto, uno no puede —ni debe— permanecer en silencio». El salmista David también habló de esto en el Salmo 39:2: «Enmudecí con silencio, callé aun respecto de lo bueno; y se agravó mi dolor». Debemos proclamar las obras de Dios; debemos declarar a todos lo que Él ha hecho por nosotros y la gracia que nos ha otorgado.

(4) Debemos orar a Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 66:17: «A él clamé con mi boca, y fue exaltado con mi lengua». El salmista oró a Dios y le ofreció alabanza. Al igual que Pablo y Silas oraron y cantaron alabanzas a Dios en Hechos 16, el salmista ofreció oración y alabanza mientras meditaba en las obras que Dios había realizado. No albergaba pecado en su corazón al orar; sabía que, de haberlo hecho, el Señor no habría escuchado su oración (Salmo 66:18). Él confiesa: «Mas ciertamente escuchó Dios, atendió a la voz de mi súplica» (versículo 19). Dios no rechazó su oración ni le negó su misericordia (versículo 20).

Meditemos todos en la gran y maravillosa obra que Dios realizó en la cruz del Calvario hace unos 2000 años. Recordemos la gran y maravillosa hazaña que llevó a cabo en la cruz para nuestra vida eterna (salvación). Además, sumerjámonos profundamente en su gracia mientras Él nos gobierna, nos vigila y nos cuida —a nosotros, los redimidos— dentro de su soberanía. Él es el Dios que no permite que tropecemos. Él nos refina a través del sufrimiento; en medio de ese sufrimiento, se revela y nos moldea para que nos asemejemos a Jesús. Asimismo, debemos meditar por fe en el Jesús que ha de volver y en las grandes y maravillosas obras que realizará a su regreso. Cuando Él vuelva, seremos transformados en un instante y revestidos de cuerpos espirituales gloriosos. Y Él nos conducirá al cielo eterno. Asistiremos a las bodas del Cordero y ofreceremos alabanza y adoración eternas en la gloriosa presencia de Dios. Por tanto, debemos alabar y glorificar a Dios aún más, y adorarle en espíritu y en verdad con todo nuestro corazón, mente y devoción. También debemos proclamar a todos lo que Dios ha hecho por nosotros. Además, en nuestras oraciones, debemos clamar como el apóstol Juan: «Maranata»: «Ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20).

«¡Que todos los pueblos alaben al Señor!»

[Salmo 67]

Hoy hemos recibido noticias tristes. Nos hemos enterado de que el pastor Bae Hyung-kyu —quien lideraba un grupo de veintitrés hermanos y hermanas de la iglesia Bundang Saemmul, en Corea— fue asesinado mientras permanecía como rehén de los talibanes en Afganistán. Vi una fotografía en el sitio web de CNN que mostraba el cuerpo del pastor Bae, envuelto en telas como un fardo, siendo cargado en la parte trasera de un camión. También leí un artículo en Yahoo News titulado «El asesinado pastor Bae Hyung-kyu encuentra una muerte trágica el día de su cumpleaños», que decía: «Se ha confirmado que el pastor Bae Hyung-kyu (42 años), asesinado por el grupo militante afgano de los talibanes, encontró una muerte espantosa precisamente el día de su cumpleaños, lo que aumenta el dolor de la situación. El pastor Bae nació el 25 de julio de 1965. El día que cumplió cuarenta y dos años, perdió la vida en tierra extranjera tras recibir diez disparos en la cabeza, el pecho y el abdomen por parte de militantes armados. El pastor Bae, quien servía en la iglesia Bundang Saemmul, era oriundo de la isla de Jeju y le sobreviven su esposa y una hija que actualmente cursa la escuela primaria» (Internet). Es, verdaderamente, una tragedia desgarradora. Oro para que el consuelo de Dios acompañe a su esposa, a su hija en edad escolar, a toda su familia y parientes, a la congregación de la iglesia Saemmul y a sus amigos. Al conocer la noticia del fallecimiento del pastor Bae, recordé el pasaje de Hechos 16 —sobre el cual he predicado muchas veces— que describe cómo Pablo y Silas oraban y alababan a Dios mientras estaban en prisión, enfrentándose a una situación en la que podían morir al día siguiente. En cierto sentido, el difunto pastor Bae y los otros veintidós coreanos —nuestros hermanos y hermanas en el Señor que actualmente permanecen cautivos de los

talibanes— se encuentran en una situación en la que, al igual que el apóstol Pablo y Silas, están verdaderamente en la encrucijada entre la vida y la muerte. Imagino que ellos pueden identificarse con el apóstol Pablo y Silas de Hechos 16 a un nivel mucho más inmediato y realista de lo que usted o yo jamás podríamos hacerlo. Me pregunto: si yo fuera tomado como rehén al igual que ellos, ¿sería realmente capaz de orar a Dios y, sobre todo, ofrecerle alabanza mientras enfrento un peligro mortal?

C. S. Lewis comentó una vez sobre el tema de la alabanza: «Las personas más capaces, aquellas con las mentes más humildes y equilibradas, son siempre las que alaban; mientras que quienes tienden a quejarse son los que menos alaban». Creo que es una observación válida. Cuando el corazón está lleno de quejas, la alabanza no puede fluir. Sin embargo, cuando uno posee un espíritu humilde y equilibrado ante Dios, no puede evitar alabarlo. ¿Por qué debemos alabar? Aunque hay muchas razones, tres destacan en particular. Primero, Dios es digno de alabanza (Salmo 18:3; Salmo 96:4). Segundo, la alabanza es el propósito mismo de nuestra creación (Isaías 43:21; Efesios 1:13-14). Tercero, la alabanza agrada a Dios (Salmo 69:30-31; Salmo 147:11). En el pasaje de hoy —específicamente en los versículos 3 y 5 del Salmo 67—, el salmista ora a Dios: «Que los pueblos te alaben, oh Dios; que todos los pueblos te alaben». Centrándome en este texto, quisiera explorar tres razones por las que todos debemos alabar al Señor, bajo el título: «Que todos los pueblos alaben al Señor». Mi oración es que, a través de este mensaje, nuestras vidas se fundamenten en la adoración; vidas que verdaderamente alaben al Señor.

En primer lugar, debemos alabar al Señor por su gracia.

Observemos el Salmo 67:1: «Que Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, y haga resplandecer su rostro sobre nosotros (Selah)». El salmista intercedía por la nación de Israel («nosotros»), y su principal petición de oración era que la gracia de Dios reposara sobre el pueblo de Israel. ¿Cuál era la razón de esto? ¿Por qué pidió el salmista a Dios que otorgara gracia a Israel? Fue por causa de su salvación. En otras palabras, buscaba la gracia de Dios

porque deseaba que el pueblo de Israel fuera salvo mediante ella. Además, él pidió la gracia de Dios porque deseaba que todas las naciones fueran salvas a través del pueblo de Israel. Oró a Dios diciendo: «Que tus caminos sean conocidos en la tierra, y tu salvación entre todas las naciones» (versículo 2).

La salvación es totalmente una cuestión de la gracia de Dios. Mientras meditaba en Isaías 59 durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, recordé una vez más que la salvación es obra exclusiva de la gracia de Dios. En Isaías 59:1-2, el profeta Isaías señala «vuestras iniquidades» o «vuestros pecados» como la razón por la cual Dios no escucha nuestras oraciones. A continuación, a partir del versículo 3, se presenta una lista de estos pecados. He reflexionado sobre tres aspectos específicos de esta lista: «confiar en cosas vanas» (v. 4), «pensamientos de iniquidad» (v. 7) y «trazar senderos torcidos para sí mismos» (v. 8). Al considerar tan solo estos tres ejemplos de la lista de pecados en Isaías 59, es inevitable reconocer la fragilidad humana; la profundidad de la pecaminosidad humana es tan vasta que escapa a nuestra propia capacidad de solución. Sin embargo, respecto a nosotros —seres humanos frágiles e incapaces de salvarnos a nosotros mismos—, la Biblia registra en Isaías 59:16: «Vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera intercesor; por tanto, su propio brazo le trajo la salvación, y su propia justicia le sostuvo». Dios es quien, sabiendo que no podemos salvarnos de nuestro pecado, «trajo la salvación» mediante su propio brazo. Por consiguiente, tú y yo hemos sido salvos enteramente por la gracia de Dios; de ninguna manera es por nuestras propias obras o méritos (Efesios 2:8-9). Habiendo recibido esta gracia, debemos alabar al Señor: «¡Sublime gracia! ¡Qué dulce el sonido…! Por qué redimiría a un miserable como yo, no lo sé» (Himno 410, estrofa 1).

En segundo lugar, debemos alabar al Señor por su justo juicio. Observemos el Salmo 67:4: «Que las naciones se alegren y canten con júbilo, porque tú juzgas a los pueblos con equidad y guías a las naciones sobre la tierra (Selah)». El salmista señala que la razón por la cual todas las naciones (versículo 2) deben cantar con alegría y gozo para alabar al Señor es, en primer lugar, que han sido salvadas por la abundante gracia de Dios (versículo 1); la

segunda razón, expuesta en el versículo 4, es precisamente que el Señor juzga a los pueblos con equidad y los gobierna. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Si Dios no recompensara el bien ni castigara el mal, la vida de los justos (los santos) que buscan el bien carecería de sentido y de alegría. Pero, dado que Él gobierna y actúa con equidad, ¿cómo no habrían de estar sus vidas llenas de gozo?». El Dios justo, que recompensa el bien y castiga el mal, finalmente salva a los justos (los santos) que buscan el bien al castigar a los impíos mediante su justo juicio.

El mundo en que vivimos está verdaderamente lleno de tanta injusticia. En este mundo pecaminoso, hay personas encarceladas injustamente debido a fallos judiciales arbitrarios, mientras que —al parecer en mayor número— hay quienes cometen crímenes atroces pero quedan impunes y caminan en libertad. Da la impresión de que no solo los jueces de los tribunales, sino también los líderes nacionales e incluso los líderes de la iglesia, están perdiendo el sentido del juicio justo. Al analizar la causa de esto, observamos que la distinción entre el bien y el mal se está volviendo cada vez más difusa en nuestro mundo. La razón de ello, por supuesto, es la negación de la existencia de una verdad absoluta. «En griego, la palabra "justicia" significa "alineación con la voluntad de Dios"» (Internet).

Al vivir en un mundo donde la voluntad de Dios a menudo está oculta, y al carecer de un conocimiento suficiente de la verdad absoluta que se encuentra en Su Palabra, con frecuencia vivimos nuestra fe en la ignorancia, incapaces de discernir la voluntad divina. En consecuencia, son demasiadas las ocasiones en que nuestras vidas no se ajustan a Su voluntad. Sin embargo, nuestro Dios es un Dios de justicia. Aun cuando somos incapaces de emitir juicios justos, Él es el Dios de justicia que juzga con equidad. Él es el Dios que actúa con rectitud, recompensando el bien y castigando el mal. El Salmo 96:13 declara: «Él viene; viene a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su fidelidad». La Biblia nos dice que, al juzgar a Su pueblo con fidelidad, Él se levanta para «dar a los soberbios su merecido» (Salmo 94:2) y recompensar a los justos (Salmo 58:11). Por tanto, nosotros, los santos —los justos—, debemos alabar al Señor por Su justo juicio.

En tercer y último lugar, debemos alabar al Señor por las bendiciones que nos otorga.

Consideremos el Salmo 67:6: «La tierra ha dado su fruto; Dios, nuestro Dios, nos bendecirá». Este pasaje se refiere a la bendición de una cosecha abundante recibida por Israel. La palabra traducida aquí como «fruto» (o «producto») conlleva connotaciones de crecimiento, expansión o rendimiento. Originalmente, este término se utilizaba en el contexto de la productividad agrícola. Es probable que transmita la idea de que la tierra produce fruto gracias a la bendición de Dios (WBC). En otras palabras, Dios bendijo la tierra habitada por el pueblo de Israel, haciendo que diera fruto y concediéndoles la bendición de una cosecha abundante. Por supuesto, antes de esta bendición de abundancia, no debemos olvidar que Dios otorgó misericordiosamente al pueblo de Israel la mayor bendición de todas: la salvación. Él salvó a Su pueblo juzgando a los impíos con un juicio justo. Por ello, el salmista oró: «Que todos los pueblos te alaben» (versículos 3 y 5). Al alabarlo, debemos hacerlo con un corazón lleno de reverencia (versículo 7). Nuestro Dios es un Dios que desea bendecirnos. Las bendiciones pueden clasificarse en tres tipos: la bendición de Dios, las bendiciones relacionadas con las personas (las relaciones) y las bendiciones materiales. El orden de prioridad entre estas tres es crucial. En primer lugar, debemos recibir la bendición de Dios; dicho de otro modo, debemos buscar las bendiciones espirituales por encima de todo. Solo entonces —o mientras lo hacemos— debemos orar por bendiciones relacionadas con las personas. Debemos pedirle a Dios que traiga a nuestras vidas colaboradores fieles y leales. Sin embargo, nunca debemos olvidar que la bendición suprema es Jesucristo mismo; Él es la fuente de toda bendición. Según Efesios 1:3, ya hemos recibido «toda bendición espiritual en los lugares celestiales». Hemos recibido el amor de Dios, su elección y su predestinación; hemos llegado a ser hijos de Dios (al haber sido adoptados) y ya hemos recibido la redención: el perdón de los pecados (versículos 4–7). Por tanto, debemos alabar a Dios.

Al reflexionar sobre el difunto pastor Bae Hyung-kyu, deseo contemplar con ustedes esta tarde la muerte de Jesucristo en la cruz. Quiero que recordemos el amor y la gracia de Jesús,

quien soportó la terrible agonía de la cruz y murió en nuestro lugar para nuestra salvación. Así, no podemos sino confesar, tal como declara el himno 403: «¿Cómo no hemos de alabarle, habiendo sido redimidos de la muerte eterna por su preciosa sangre?». Nosotros, que hemos recibido la gracia salvadora de Dios, alabemos al Señor sin importar las circunstancias que enfrentemos. Que, a través de nosotros, todas las naciones lleguen a alabar al Señor.

¡Oh justos, regocíjense y alégrense!

[Salmo 68:1–18]

Esta mañana vi una fotografía en una noticia en línea que mostraba al padre del difunto Sim Seong-min lamentando la muerte de su hijo. Era una imagen del Sr. Sim Jin-pyo —quien había perdido a su hijo— derramando lágrimas mientras contemplaba el retrato de este. «Seong-min, por favor, ve a un buen lugar. Una vez allí, ayuda a las muchas personas que sufren y tienen necesidades. Tu padre, tu madre y tus hermanos también viviremos bien». Al llegar a la capilla funeraria instalada en el Hospital Bundang de la Universidad Nacional de Seúl para el difunto Shim Seong-min (29 años), su padre, Shim Jin-pyo (62 años), contempló el retrato de su hijo. Cuando finalmente asimiló la realidad de la muerte —algo que le había costado creer—, acarició repetidamente la fotografía y sollozó desconsoladamente durante más de diez minutos, provocando lágrimas en los ojos de todos los que presenciaron la escena. Ciertamente, este mundo está lleno de «problemas», «adversidades» y «pecado». Es un mundo donde «abundan las causas de muerte» (Himno 474). Todo lo que un mundo así puede ofrecernos es dolor, sufrimiento, tristeza y lágrimas. Sin embargo, aun viviendo en este mundo, nosotros, los cristianos, podemos alabar a Dios y decir: «¡Qué verdaderamente gozoso y deleitable es!», gracias a «la gracia salvadora del Señor Jesús». Como personas que disfrutamos eternamente de «la gracia salvadora del Señor Jesús», podemos hallar paz incluso en un mundo carente de ella.

Nuestro Dios es quien transforma nuestra tristeza en danza y alegría. Miren el Salmo 30:11: «Has cambiado mi lamento en baile; me has quitado el cilicio y me has vestido de alegría». En el Salmo 68:3, el salmista David declara: «Pero que los justos se alegren y se regocijen

delante de Dios; que estén felices y llenos de gozo». Hoy, centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre cinco razones por las cuales los justos se regocijan y se alegran, con la esperanza de que esto sirva como una oportunidad para que nosotros también nos regocijemos y nos alegremos. En primer lugar, la razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios provoca la ruina de los impíos.

Observemos el Salmo 68:1-2: «¡Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos; huyan de su presencia los que le aborrecen! ¡Dispérsalos como se dispersa el humo con el viento; que perezcan los impíos ante Dios, como la cera que se derrite ante el fuego!». Nuestro Dios es quien dispersa, expulsa y, finalmente, lleva a la ruina a nuestros enemigos: aquellos que aborrecen al Señor. Así como el humo se disipa al instante con el viento, los impíos que aborrecen al Señor perecen bajo la ira de Dios; son destruidos ante Él como la cera que se derrite ante el fuego. Por tanto, los justos se regocijan y se alegran cuando el Dios justo castiga a los impíos y provoca su ruina. En otras palabras, los justos hallan gozo y alegría al experimentar la justicia de Dios.

Durante la reunión de oración de esta mañana, oré por los hermanos y hermanas retenidos como rehenes en Afganistán, pidiendo fervientemente a Dios que revelara su justicia. Oré para que Él juzgara a los impíos y salvara a los justos. Pedí que, mediante la manifestación de la gloria de Dios, se silenciara la boca de aquellos que difaman el cristianismo y que el Evangelio de Cristo fuera proclamado aún más ampliamente a través de los redimidos. Aunque no suelo orar por la destrucción de los impíos para asegurar la salvación del pueblo de Dios, seguí el ejemplo del salmista —en cuyas oraciones he estado meditando— al presentar esta petición. Nuestro Dios justo ciertamente se levantará para dispersar, expulsar y, finalmente, destruir a quienes le aborrecen. Puesto que Dios no puede negarse a sí mismo, podemos tener confianza y fe al reflexionar sobre su justicia; por eso podemos regocijarnos y alegrarnos.

En segundo lugar, la razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios concede prosperidad a los justos... esa es la razón.

Observemos el Salmo 68:6: «Dios hace habitar en familia a los desamparados; saca a los cautivos a prosperidad; pero los rebeldes habitan en tierra seca». Nuestro Dios es «padre de huérfanos, defensor de viudas» (versículo 5). Él es el Dios que guía a los solitarios —aquellos que viven sin familia, los «solitarios»— hacia un lugar semejante a un hogar cálido (Park Yun-sun). Como el Dios que recompensa el bien y castiga el mal, Él trae la ruina sobre los impíos, haciendo que la morada de aquellos que «se rebelan contra Él» —los apóstatas o traidores— se convierta en una «tierra seca» (Park Yun-sun). Sin embargo, Dios concede prosperidad a los justos a quienes ama, a las almas que luchan en soledad y, especialmente, a aquellos que antes estaban cautivos. La persona solitaria que goza de esta prosperidad se alegra y se regocija gracias al amor cálido y salvador de Dios.

En Jeremías 22:21, pasaje sobre el cual se reflexionó durante la reunión de oración de esta mañana, encontramos estas palabras: «Te hablé en tu prosperidad, pero dijiste: "No escucharé". Esta ha sido tu costumbre desde tu juventud: no obedecer mi voz». Al meditar en este pasaje, reflexioné sobre mis propios hábitos defectuosos; específicamente, sobre la tendencia pecaminosa de no prestar atención a la voz de Dios. Al considerar cuándo suelo dejar de escuchar a Dios, noto que, si bien la Biblia coreana habla de tiempos de «paz», la versión NASB especifica «en tu prosperidad», lo que significa que a menudo descuido la palabra del Señor cuando las cosas van bien. La lección crucial aquí es la importancia de mantener una actitud espiritual siempre dispuesta a escuchar la voz del Señor, ya sea en tiempos de prosperidad o de adversidad. Si lo hacemos, experimentaremos la obra salvadora de Dios y la bendición de su prosperidad —tal como David describe en el Salmo 68—, incluso en el «desierto» (Salmo 68:4; versículo 6). Al hacerlo, podremos verdaderamente alegrarnos y regocijarnos.

En tercer lugar, la razón por la que los justos se alegran y se regocijan es que Dios los fortalece cuando tienen necesidad.

Observemos el Salmo 68:9: «Enviaste lluvia abundante, oh Dios; fortaleciste tu heredad cuando estaba agotada». Nuestro Dios es quien envía lluvia abundante sobre «tu heredad» —la tierra de Canaán—, fortaleciéndola en tiempos de dificultad, como cuando la sequía amenaza la supervivencia de los cultivos y los árboles frutales; Él es el Dios que devuelve la prosperidad a la tierra (Park Yun-sun). Para guiar al pueblo hacia la fe en Dios, David los exhortó a recordar el poder que Dios había manifestado durante el Éxodo y los años en el desierto (versículo 7 y siguientes; Park Yun-sun). Ese poder divino otorgó la generosidad del Señor —su bondad— a su pueblo (versículo 10) dentro de la tierra de Canaán. Él es el Dios que revela su bondad incluso en tiempos de necesidad. Habiendo experimentado esa bondad (Salmo 34:8), el salmista se regocijó y se llenó de júbilo en Dios.

Incluso en tiempos de adversidad, debemos volver la mirada hacia el Dios verdaderamente bueno, quien hace que todas las cosas cooperen para el bien (Romanos 8:28). Si bien no podemos actuar con fe sin la gracia de Dios, cuando Él nos otorga dicha gracia, podemos cantar con fe el himno «Dios bueno» (*Good God*), aun en medio de la adversidad. Por tanto, debemos confiar en que Dios transformará nuestra escasez en abundancia. Puede resultar fácil alabar a un «Dios bueno» cuando prosperamos; sin embargo, al alabarlo con fe incluso en tiempos de necesidad, experimentamos cómo Él transforma nuestra tristeza en gozo y alegría. La misericordia y la bondad de Dios hacia nosotros son eternas. Nos regocijamos al experimentar esa misericordia y bondad eternas —no solo en tiempos de prosperidad, sino también en los de adversidad—; debemos ser un pueblo de Dios que se regocija.

En cuarto lugar, la razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios nos concede la victoria.

Observemos el Salmo 68:14: «Cuando el Todopoderoso dispersó a los reyes allí, fue como nieve cayendo sobre Salmón». En los versículos 11 al 14 del pasaje de hoy, David relata la historia de la conquista de Canaán por parte de Israel. Con respecto al Éxodo y a la conquista de la tierra de Canaán, Dios dio su poderosa palabra: una promesa de victoria segura. En consecuencia, el pueblo de Israel marchó con fe en esa palabra, y sus mujeres entonaron cánticos de triunfo (versículo 11) (Park Yun-sun). Cabe destacar que la historia de la conquista revela que «huyeron los reyes de los ejércitos» (versículo 12). Dios, mediante su poder, derrotó a todos los reyes de Canaán. Así, incluso las mujeres —físicamente más débiles— pudieron expulsar a las tropas enemigas y participar del botín de guerra (Park Yun-sun). Aunque la estancia de los israelitas en Egipto o en el desierto fue como habitar en un lugar inmundo —tal como un redil—, a través de esa vida de sufrimiento, sus vidas espirituales llegaron a brillar como la plata y el oro (Park Yun-sun). El Dios Todopoderoso dispersó a los reyes de Canaán y otorgó la victoria al pueblo de Israel; por ello, se regocijaron y se alegraron.

En nuestras batallas contra nosotros mismos, el mundo, el pecado, Satanás y la muerte, a menudo sufrimos derrotas, tropezamos y caemos; en consecuencia, frecuentemente nos vemos sumidos en el desánimo, la culpa y la angustia. Sin embargo, la razón por la que podemos regocijarnos y alegrarnos en medio de todo esto no es otra que la victoria de la cruz de Jesús. Cuando ponemos la mirada en Jesús, quien venció a la muerte y resucitó, vivimos en la esperanza de la victoria. Además, con la certeza de esa victoria, nos levantamos de nuevo para librar la batalla espiritual. Por tanto, damos gracias a Dios, «que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:57). Junto con esa acción de gracias, podemos regocijarnos y alegrarnos gracias a la victoria de Jesús.

Finalmente, la quinta razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios está con nosotros.

Consideremos el Salmo 68:18: «Subiste a lo alto, llevando contigo una multitud de cautivos y recibiendo dones de entre los hombres, incluso de los rebeldes, para que el Señor Dios

habitara allí». En los versículos 15 al 18 de este pasaje, David relata cómo, tras permitir que Israel conquistara Canaán, Dios designó a Jerusalén como el lugar del templo y derramó su gracia sobre ellos (Park Yun-sun). La razón por la que David se regocijaba y se alegraba en medio de esa gracia era que Dios habitaba con el pueblo de Israel. En particular, David se alegraba porque Dios —quien habita en «montañas elevadas» (versículo 16) como el «monte de Basán» (versículo 15) y el «monte Sinaí» (versículo 17), y quien reside en las «alturas» (versículo 18)— estaba con David, quien habitaba en los lugares más humildes. Al reflexionar sobre esto, recuerdo las palabras de Habacuc 3:17-18: «Aunque la higuera no florezca ni haya uvas en las vides, aunque falle la cosecha de aceitunas y los campos no produzcan alimento, aunque no haya ovejas en el redil ni ganado en los establos, aun así me regocijaré en el Señor, me alegraré en Dios, mi Salvador». La razón por la que nos regocijamos y nos alegramos es Dios mismo. En lugar de basar nuestro gozo y alegría en lo que Dios da o retiene, Dios mismo se convierte en nuestro gozo y deleite. Recuerdo la letra del himno 82, primera estrofa: «Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida; aunque cante tus alabanzas día y noche, siempre anhelo ofrecer más».

También recuerdo Sofonías 3:17: «El Señor tu Dios está contigo, el Guerrero Poderoso que salva. Él se deleitará profundamente en ti; en su amor ya no te reprenderá, sino que se regocijará sobre ti con cánticos». Nuestra capacidad para regocijarnos y alegrarnos, incluso en un mundo lleno de tristeza, se fundamenta en el hecho de que Dios se deleita tanto en nosotros que no puede contener su gozo. Él es el Dios que destruye a los impíos y concede prosperidad a los justos. Él es el Dios que nos fortalece cuando estamos necesitados. Él es el Dios que nos concede la victoria y está siempre con nosotros. Por eso Dios se regocija y se deleita en los justos.

En cuarto lugar, la razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios nos concede la victoria.

Observemos el Salmo 68:14: «Cuando el Todopoderoso dispersó a los reyes allí, fue como nieve cayendo sobre Salmón». En los versículos 11 al 14 del pasaje de hoy, David relata la historia de la conquista de Canaán por parte de Israel. Con respecto al Éxodo y a la conquista de la tierra de Canaán, Dios dio su poderosa palabra: una promesa de victoria segura. En consecuencia, el pueblo de Israel marchó con fe en esa palabra, y sus mujeres entonaron cánticos de triunfo (versículo 11) (Park Yun-sun). Cabe destacar que la historia de la conquista revela que «huyeron los reyes de los ejércitos» (versículo 12). Dios, mediante su poder, derrotó a todos los reyes de Canaán. Así, incluso las mujeres —físicamente más débiles— pudieron expulsar a las tropas enemigas y participar del botín de guerra (Park Yun-sun). Aunque la estancia de los israelitas en Egipto o en el desierto fue como habitar en un lugar inmundo —tal como un redil—, a través de esa vida de sufrimiento, sus vidas espirituales llegaron a brillar como la plata y el oro (Park Yun-sun). El Dios Todopoderoso dispersó a los reyes de Canaán y otorgó la victoria al pueblo de Israel; por ello, se regocijaron y se alegraron.

En nuestras batallas contra nosotros mismos, el mundo, el pecado, Satanás y la muerte, a menudo sufrimos derrotas, tropezamos y caemos; en consecuencia, frecuentemente nos vemos sumidos en el desánimo, la culpa y la angustia. Sin embargo, la razón por la que podemos regocijarnos y alegrarnos en medio de todo esto no es otra que la victoria de la cruz de Jesús. Cuando ponemos la mirada en Jesús, quien venció a la muerte y resucitó,

vivimos en la esperanza de la victoria. Además, con la certeza de esa victoria, nos levantamos de nuevo para librar la batalla espiritual. Por tanto, damos gracias a Dios, «que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:57). Junto con esa acción de gracias, podemos regocijarnos y alegrarnos gracias a la victoria de Jesús.

Finalmente, la quinta razón por la que los justos se regocijan y se alegran es que Dios está con nosotros.

Consideremos el Salmo 68:18: «Subiste a lo alto, llevando contigo una multitud de cautivos y recibiendo dones de entre los hombres, incluso de los rebeldes, para que el Señor Dios habitara allí». En los versículos 15 al 18 de este pasaje, David relata cómo, tras permitir que Israel conquistara Canaán, Dios designó a Jerusalén como el lugar del templo y derramó su gracia sobre ellos (Park Yun-sun). La razón por la que David se regocijaba y se alegraba en medio de esa gracia era que Dios habitaba con el pueblo de Israel. En particular, David se alegraba porque Dios —quien habita en «montañas elevadas» (versículo 16) como el «monte de Basán» (versículo 15) y el «monte Sinaí» (versículo 17), y quien reside en las «alturas» (versículo 18)— estaba con David, quien habitaba en los lugares más humildes. Al reflexionar sobre esto, recuerdo las palabras de Habacuc 3:17-18: «Aunque la higuera no florezca ni haya uvas en las vides, aunque falle la cosecha de aceitunas y los campos no produzcan alimento, aunque no haya ovejas en el redil ni ganado en los establos, aun así me regocijaré en el Señor, me alegraré en Dios, mi Salvador». La razón por la que nos regocijamos y nos alegramos es Dios mismo. En lugar de basar nuestro gozo y alegría en lo que Dios da o retiene, Dios mismo se convierte en nuestro gozo y deleite. Recuerdo la letra del himno 82, primera estrofa: «Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida; aunque cante tus alabanzas día y noche, siempre anhelo ofrecer más».

También recuerdo Sofonías 3:17: «El Señor tu Dios está contigo, el Guerrero Poderoso que salva. Él se deleitará profundamente en ti; en su amor ya no te reprenderá, sino que se regocijará sobre ti con cánticos». Nuestra capacidad para regocijarnos y alegrarnos, incluso en un mundo lleno de tristeza, se fundamenta en el hecho de que Dios se deleita tanto en

nosotros que no puede contener su gozo. Él es el Dios que destruye a los impíos y concede prosperidad a los justos. Él es el Dios que nos fortalece cuando estamos necesitados. Él es el Dios que nos concede la victoria y está siempre con nosotros. Por eso Dios se regocija y se deleita en los justos.

El Dios que nos da fuerza y poder (1)

[Salmo 68:19–35]

En este momento, en Huntington, Utah, muchas personas se esfuerzan por rescatar a seis mineros atrapados a 1.500 pies bajo tierra. Si bien cuatro de los diez mineros lograron escapar con vida, se desconoce aún la suerte de los seis restantes. No obstante, se está llevando a cabo una misión de rescate para salvar a estos mineros, quienes podrían seguir vivos. Se dice que, de estar vivos, se encuentran en una situación de la que no pueden escapar por sus propios medios; dependen totalmente del éxito de la misión de rescate externa para ser salvados de esas profundidades. Me imagino el miedo inimaginable y el terror a la muerte que deben estar experimentando. Cuán desesperadamente deben estar esperando que alguien los rescate lo antes posible. Esto me trae a la mente al profeta Jonás. Pienso en Jonás dentro del vientre del gran pez, clamando a Dios desde las profundidades del mar, tal como se describe en el segundo capítulo del libro de Jonás. Recuerdo la confesión que Jonás hizo en aquel momento de crisis extrema: «... La salvación viene del Señor» (Jonás 2:9).

Para vivir una vida de fe auténtica, debemos reconocer plenamente nuestra propia impotencia e incapacidad. Solo entonces podremos depender totalmente de Dios: el Señor que es nuestra fortaleza. Personalmente, a menudo siento esta impotencia e incapacidad en la batalla contra mí mismo. Al ver cosas que no puedo cambiar, a pesar de saber lo que es correcto, llego a comprender —al menos en cierta medida— mi propia impotencia e incapacidad para cambiar sin la ayuda de Dios. Por eso no tengo más remedio que confiar en el poder de Dios. Por eso me veo impulsado a orar a Dios. En medio de la oración —

incluso al enfrentar mi propia impotencia e incapacidad— experimento la fuerza y el poder de Dios.

Hoy, en el Salmo 68:35, el salmista David declara: «¡Cuán imponente eres, oh Dios, desde tu santuario! El Dios de Israel da poder y fuerza a su pueblo. ¡Bendito sea Dios!». Centrándome en este pasaje, deseo reflexionar sobre la naturaleza del Dios que nos otorga fuerza y poder —específicamente, sobre un aspecto de su carácter— para que podamos disfrutar plenamente de la gracia que Él nos concede. En primer lugar, el Dios que nos da fuerza y poder es el Señor que lleva nuestras cargas cada día.

Observemos el Salmo 68:19: «Bendito sea el Señor, el Dios de nuestra salvación, que cada día lleva nuestras cargas». ¿Cuál es, entonces, la «carga» de la que habla aquí el salmista David? Podemos considerar cuatro aspectos de ella.

(1) Esta carga se refiere al peso que los «enemigos» (versículo 1) o los «impíos» (versículo 2) imponían sobre el pueblo de Dios.

Naturalmente, esta carga incluía el dolor y el sufrimiento causados por la persecución. Una descripción específica de este sufrimiento se encuentra en la mención de los israelitas mantenidos en cautiverio o confinamiento (versículo 6). Creo que nosotros también llevamos tales cargas. Es decir, debido a nuestro enemigo Satanás, hay muchas ocasiones en que nuestras almas se sienten atormentadas y agotadas, y nuestros corazones se sienten agobiados en medio de innumerables ataques y tentaciones. Así como los enemigos de los israelitas los mantuvieron cautivos en otro tiempo, ¡cuántas veces nos ataca Satanás en el corazón, aprisionándonos dentro de nuestra propia mente! Por ejemplo, al llevarnos a desobedecer el mandato del Señor de perdonarnos unos a otros, Satanás nos atrapa en una vida de cautiverio. ¡Qué carga tan pesada resulta esto para nosotros!

(2) Nuestra carga es la «soledad» que experimenta el pueblo de Dios (versículo 6).

Cuando los israelitas eran perseguidos por sus enemigos —los impíos—, se sentían solos en medio de su sufrimiento y dolor. Por eso David describe a Dios como padre de huérfanos y defensor de viudas (versículo 5). Imagino que, en efecto, había muchos huérfanos y viudas entre los israelitas; después de todo, un número considerable de hombres israelitas había perecido, ya fuera en el desierto o, más notablemente, durante la conquista de la tierra de Canaán. Sin embargo, más allá del sentido literal, creo que también existe un significado espiritual al describir a los israelitas como «huérfanos» y «viudas». Esto simboliza la soledad que sentían mientras sufrían a manos de sus enemigos (los impíos). Nosotros también experimentamos soledad, tal como lo hicieron los israelitas. Especialmente cuando sufrimos o sentimos que Dios está lejos, a menudo nos sentimos solos aun estando rodeados de mucha gente. (3) Nuestra carga se refiere a la indigencia en relación con la herencia del pueblo de Dios (versículo 9).

Esto alude al estado de necesidad y adversidad que enfrentaron los israelitas respecto a la tierra de Canaán tras su salida del desierto. En otras palabras, se refiere al tiempo en que la sequía azotó la tierra de Canaán, haciendo imposible la supervivencia de los cultivos y los árboles frutales (Park Yun-sun). Esta situación de penuria económica pesaba enormemente sobre el pueblo de Israel. Es probable que la carga fuera aún más pesada porque, en medio de la escasez en una tierra que habían creído próspera, albergaban pensamientos pecaminosos de anhelo por su vida pasada en Egipto. Nosotros, los coreano-estadounidenses que vivimos en los prósperos Estados Unidos, tal vez podamos identificarnos con los israelitas. ¡Qué carga tan pesada sería dejar nuestra patria, Corea, por la abundancia de los EE. UU., solo para encontrarnos en un estado de indigencia como el de los israelitas! Del mismo modo que la agricultura fracasó en Canaán debido a la sequía, ¡qué carga tan pesada supone para el corazón intentar emprender un negocio en Estados Unidos y fracasar, cayendo en dificultades financieras!

(4) Nuestra carga es la pobreza del pueblo de Dios (versículo 10).

En el pasaje de hoy, el Salmo 68:10, David declara: «...Oh Dios, por tu bondad has provisto para el pobre». Parece que, incluso después de entrar en Canaán, los israelitas a veces enfrentaban la pobreza cuando la sequía dejaba a la tierra incapaz de sustentar cultivos y árboles frutales. Qué ironía: pobreza en una tierra de abundancia... Sin embargo, esta también puede ser nuestra realidad: pobreza en Estados Unidos, una tierra tan próspera como Canaán... Por supuesto, el contexto aquí se refiere a la pobreza material, pero si reflexionamos más profundamente, ¿cuántas almas se empobrecen espiritualmente incluso en una tierra de abundancia? A menudo me pregunto cuántos cristianos, al tiempo que prosperan materialmente, sucumben a las tentaciones de Satanás y quedan espiritualmente desvalidos. Es, ciertamente, una carga pesada de considerar.

Dios llevó las cargas del pueblo de Israel en su lugar; ¿cómo lo hizo exactamente? Podemos considerar cuatro formas:

(1) Él llevó la carga causada por los enemigos o los impíos —específicamente en lo que respecta a la difícil situación de los israelitas— otorgándoles prosperidad y éxito (versículo 6). (2) Él cargó con la pesada carga de la soledad que sufría el pueblo de Israel; actuando como "Padre de los huérfanos" y "Defensor de las viudas", los condujo a un lugar semejante a un hogar cálido y lleno de amor (versículos 5–6) (Park Yun-sun).

(3) Él llevó nuestras cargas al enviar lluvia abundante cuando la tierra de Canaán estaba reseca y necesitada, restaurando así la tierra a un estado de prosperidad (versículo 9; Park Yun-sun).

(4) Él cargó con las necesidades de los pobres, proveyendo para ellas con generosidad (versículo 10).

La Biblia nos exhorta: "Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará; no dejará jamás que el justo sea conmovido" (Salmo 55:22). Por muy pesadas que sean las cargas que llevamos, confiémoslas todas a Dios mediante la oración. Dios nos concederá la fortaleza y la capacidad para sobrellevar dichas cargas.

El Dios que nos da fuerza y poder (2)

[Salmo 68:19-35]

Para vivir una vida de fe adecuada, debemos comprendernos verdaderamente a nosotros mismos. En otras palabras, debemos reconocer profundamente que somos pecadores. En los pasajes de Ezequiel 16 (versículos 14-15, 26 y 28-29), sobre los cuales meditamos en la reunión de oración de esta mañana, Dios señala los pecados del pueblo de Israel a través del profeta Ezequiel: «…tu esplendor era perfecto gracias a la majestad que te otorgué… Pero confiaste en tu belleza y te prostituiste debido a tu fama… tu lujuria no quedó satisfecha… te prostituiste y aun así lo consideraste insuficiente… no supiste cuándo era suficiente». Confiando en el esplendor perfecto que Dios les había dado e impulsados por su propia fama, el pueblo de Israel cometió actos de adulterio espiritual con los egipcios (v. 26), los filisteos (v. 27), los asirios (v. 28) y los caldeos (v. 29), sin embargo, permanecieron insatisfechos. Abusaron de las bendiciones —el esplendor y la fama— que Dios les había otorgado en lugar de usarlas para Su gloria, cometiendo así el pecado de adulterio espiritual. Al igual que los israelitas en tiempos de Oseas cometieron adulterio espiritual al ofrecer a Baal las abundantes bendiciones que habían recibido de Dios, los israelitas en tiempos de Ezequiel también cometieron el pecado de adulterio espiritual. El profeta Ezequiel los comparó con una mujer promiscua, señalando que su «promiscuidad no se parecía a la de otras mujeres, pues nadie te perseguía para cometer adulterio; al contrario, tú dabas [favores] sin recibir pago alguno» (v. 34). ¿Acaso no albergamos nosotros también las mismas tendencias pecaminosas que se hallaban en el pueblo de Israel? Creo que no somos diferentes; como ellos, somos simplemente humanos, propensos a las mismas faltas. Nuestra naturaleza pecaminosa nos impulsa a cometer adulterio espiritual —tal

como hicieron los israelitas—, pero nunca podemos hallar verdadera satisfacción en ello. Esto se debe a que Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad (Eclesiastés 3:11). Por lo tanto, como nuevas criaturas en Cristo, solo podemos encontrar plenitud cuando buscamos las cosas eternas. Por más que persigamos con fervor las cosas pecaminosas y pasajeras de este mundo, nosotros —al igual que los israelitas— nunca nos sentiremos satisfechos.

Al ver mi propio reflejo en la descripción de los israelitas que aparece en Ezequiel 16, no solo quiero sentir decepción de mí mismo, sino una verdadera desesperación. Deseo esto porque solo cuando alcanzo ese punto de desesperación puedo anhelar verdaderamente a Dios y depositar mi esperanza únicamente en Él. Hoy, al sentir mi propia impotencia e incapacidad en la batalla contra mi propia naturaleza, me apoyo en la fortaleza y el poder de Dios. Dando continuidad a lo del miércoles pasado, oro para que experimentemos la gracia de Dios mientras meditamos en otros dos aspectos del Dios que nos otorga fortaleza y poder.

En segundo lugar, el Dios que nos da fortaleza y poder es el Dios de salvación.

Observemos el Salmo 68:20: «Nuestro Dios es Dios de salvación; y de Jehová el Señor es el librar de la muerte». El Señor, que cada día lleva nuestras cargas, es también el Dios de nuestra salvación (versículos 19-20). Ese Dios de salvación nos libra de nuestros enemigos. Respecto a estos enemigos, David nos enseña varios hechos:

(1) Nuestros enemigos son también enemigos del Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 68:21: «la cabeza del enemigo…». Aquí, David habla de «el enemigo». Esto significa que nuestros enemigos son, de hecho, enemigos del Señor.

(2) Nuestros enemigos son aquellos que habitualmente cometen actos pecaminosos.

Observemos el Salmo 68:21: «Dios aplastará la cabeza del enemigo, la coronilla del que persiste en sus transgresiones».

(3) El objetivo de nuestros enemigos es nuestra muerte.

Observemos el Salmo 68:20: «Dios es para nosotros un Dios de salvación; y de Jehová el Señor es el librar de la muerte». Como afirma David aquí, el objetivo de nuestros enemigos no es otro que la «muerte». David declara que Dios —quien nos otorga fortaleza y poder— nos libra de estos enemigos. Nuestro Dios es quien nos rescata de la muerte y nos guía a la vida (v. 20), y quien «destroza» a nuestros enemigos (v. 21). El Dios que nos salva busca y castiga a nuestros enemigos, aunque se escondan en las montañas o en lo profundo del mar (v. 22; Park Yun-sun). Él promete destruir a los enemigos de su pueblo, Israel (v. 23). Así, al prever la victoria del Señor al destruir a los enemigos y salvar a su pueblo, David profetizó la visión de «mi Dios, mi Rey, entrando en el santuario» (v. 24).

Por tanto, David afirma que la respuesta adecuada para el pueblo de Israel es bendecir a Dios: «Ustedes, que provienen de la fuente de Israel, bendigan a Dios —al Señor— en la gran asamblea» (v. 26). Dado que Dios trae ruina sobre sus enemigos, David exhorta al pueblo de Israel: «Alégrense los justos; regocíjense ante Dios y llénense de júbilo. Canten a Dios, alaben su nombre; preparen el camino para aquel que cabalga por el desierto —su nombre es el SEÑOR— y regocíjense ante él» (vv. 3–4). Nehemías 8:10 declara en la Biblia: «...el gozo del SEÑOR es vuestra fortaleza...». Debemos regocijarnos en el Dios de nuestra salvación. También debemos restaurar el gozo de la salvación que Él nos ha otorgado. A través de ese gozo de la salvación, Dios nos concede fortaleza y poder.

En tercer lugar, el Dios que nos da fortaleza y poder es el Dios de poder.

Observemos el Salmo 68:34: «Atribuyan poder a Dios; su majestad está sobre Israel, y su poder, en los cielos». Dios es quien lleva nuestras cargas y nos salva (versículos 19–20). Él

es también el Dios que nos fortalece con el gozo de la salvación y somete a todos nuestros enemigos. ¿Qué clase de poder nos da Dios?

(1) Es el poder de la gracia.

Cuando vemos a David suplicando a Dios que fortalezca la gracia que ya había otorgado al pueblo de Israel (versículo 28), comprendemos que él dependía de la gracia divina. Al igual que David, nosotros también debemos luchar contra nuestros enemigos —nosotros mismos, el mundo, el pecado y Satanás— mediante la gracia de Dios. Debemos librar esta batalla espiritual apoyándonos en el poder de la gracia de Dios.

(2) Es el poder de la devoción.

Observemos el versículo 29 del texto de hoy: «Por causa de tu templo en Jerusalén, los reyes te traerán presentes». Debemos ofrecernos al Señor tal como somos y participar en la batalla espiritual.

(3) Es el poder de la certeza de la victoria.

Observemos el versículo 30: «Reprende a la bestia de los cañaverales, a la manada de toros entre los becerros de las naciones, y pisotea los fragmentos de plata; dispersa a los pueblos que se deleitan en la guerra». Debemos entrar en la batalla espiritual con la convicción de que la guerra pertenece a Dios y que Él concede la victoria.

(4) Es el poder de la alabanza.

Observemos el versículo 32: «Cantad a Dios, oh reinos de la tierra; cantad alabanzas al Señor (Selah)». Ya conocemos los sucesos registrados en Hechos 16, donde Pablo y Silas oraban y cantaban alabanzas mientras estaban en prisión.

El apóstol Pablo le dice a Timoteo, su hijo espiritual: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1:7). No somos personas que viven con temor; más bien, Dios nos ha otorgado poder, amor y dominio propio. Por tanto, debemos utilizar el poder que Dios nos da para triunfar en la batalla contra nosotros mismos, el pecado, el mundo y Satanás. Una vez logrado esto, debemos devolver a Dios la gloria por ese poder (versículo 34).

De vez en cuando comparto por correo electrónico mis reflexiones del tiempo devocional con varios hermanos y hermanas. A raíz de esto, un diácono me envió recientemente un mensaje para relatarme la gracia recibida durante un viaje a China. A mi parecer, el mensaje central de esa historia giraba en torno a «soltar la tensión» (o «aflojar el agarre»). Tal como una persona que no sabe nadar y se ahoga en el mar —necesitando desesperadamente ser rescatada— debe dejar de forcejear para, en cambio, relajarse y permanecer quieta cuando el rescatador se acerca, este diácono aprendió la lección de «soltar» durante el viaje. Ciertamente, necesitamos liberarnos de nuestra propia tensión. Debemos sentir profundamente nuestra propia impotencia e incapacidad; solo entonces podremos experimentar la fortaleza y el poder de Dios. El Dios que nos concede esta fortaleza es el Señor que lleva nuestras cargas a diario; es el Dios de salvación y el Dios de poder. Gracias a Él podemos vivir hoy con fortaleza y poder.

Aquel que agrada más a Dios

[Salmo 69]

El domingo pasado por la mañana, mientras estaba en mi oficina, mi hija menor, Ye-eun, estaba sentada en la silla frente a mí. Había estado sentada en silencio, absorta en sus pensamientos, cuando de repente se volvió hacia mí y preguntó: "¿Sabes cómo me siento?". Queriendo comprender y empatizar con los sentimientos de mi amada hija, pregunté: "No estoy seguro; ¿cómo te sientes ahora mismo?". Ella respondió: "Feliz". Entonces pregunté: "¿Por qué?". Por supuesto, tenía ciertas expectativas al hacer esa pregunta. Tras haber estado fuera de casa unos trece días en un viaje a Corea y Mongolia, pensé que diría: "Estoy feliz porque papá ha vuelto". Sin embargo, recibí una respuesta inesperada de mi hija: "Un permanente". ¡Mi momento de alegría duró poco! Jajaja. Ye-eun se había hecho un permanente la tarde del sábado, cuando ella y mi esposa fueron al aeropuerto a recogerme. Cuando llegamos a la iglesia el domingo por la mañana, la gente —como su tía y su abuela— notó y elogió su nuevo peinado; por eso estaba de tan buen humor. Aunque sonreí para mis adentros ante su respuesta inesperada, me sentí feliz simplemente porque mi amada hija estaba feliz.

Como padres, nos regocijamos cuando nuestros hijos son felices. Sin embargo, me pregunto si nuestros hijos, a su vez, se sienten felices cuando sus padres lo están. Cuando yo estaba en la universidad, vi una vez a un estudiante preocupado por sus malas calificaciones y le animé a "disfrutar" de sus estudios. Su respuesta fue, en esencia: "¿Por qué no intentas decirles eso a mis padres?". Si bien era evidente que el estudiante quería complacer a sus padres obteniendo buenas notas, aquello no parecía reportarle ninguna

alegría personal. La lección espiritual aquí es que complacer a Dios Padre debería ser una fuente de alegría para nosotros, sus hijos. Así como complacer a sus padres se había convertido en una carga para aquel estudiante, complacer a Dios Padre no debe convertirse en una carga para nosotros. Al contrario, complacer a Dios Padre debería ser nuestro deleite y nuestra alegría. Entonces, ¿cómo podemos complacer a Dios? Si bien ciertamente se puede afirmar que obedecer la Palabra de Dios le agrada, quisiera centrarme menos en nuestras acciones y más en nuestro «ser»: en qué clase de hijos de Dios debemos ser.

En el Salmo 69:31, el salmista David declara: «Esto agradará al Señor más que un buey, más que un toro con cuernos y pezuñas». David sabía qué era lo que verdaderamente agradaba a Dios. No se trataba de ofrecer un buey —un toro con cuernos y pezuñas—, sino de alabar el nombre de Dios y engrandecerlo con acción de gracias (versículo 30). Centrándome en este pasaje y en el título «Aquel que más agrada a Dios», deseo reflexionar sobre cuatro características de quienes agradan a Dios y reciben las enseñanzas que imparte el Espíritu Santo.

En primer lugar, la persona que más agrada a Dios es aquella que busca al Señor.

Observemos el Salmo 69:6: «Que no sean avergonzados por mi causa los que en Ti esperan, oh Señor de los ejércitos; que no sean deshonrados por mi causa los que Te buscan, oh Dios de Israel». Aquí, «los que buscan al Señor» y «los que esperan en el Señor» se refieren a las mismas personas. Quienes esperan en el Señor —es decir, quienes depositan su esperanza en Él— buscan al Señor. ¿Por qué David depositaba su esperanza en el Señor y lo buscaba con diligencia? Porque había caído en un profundo cenagal donde no tenía terreno firme sobre el cual sostenerse (versículo 2). La razón por la que David había caído en ese profundo cenagal era que aquellos que lo odiaban sin causa superaban en número a los cabellos de su cabeza (versículo 4). En otras palabras, se encontraba en esa situación desesperada porque enemigos poderosos, que lo odiaban sin motivo, buscaban quitarle la vida. Otra razón de su difícil situación se describe en el versículo 8 del texto de hoy: «Me he convertido

en un extraño para mis hermanos, en un desconocido para los hijos de mi madre». Lo que más le atormentaba en su estado de extrema angustia era que incluso sus propios hermanos le daban la espalda. David estaba solo. Esperaba y buscaba a alguien que le mostrara compasión y a alguien que lo consolara, pero no encontró a nadie (versículo 20). Cuando nosotros, al igual que David, nos encontramos en situaciones injustas, naturalmente buscamos a alguien que nos muestre compasión y nos ofrezca consuelo; es un instinto humano. Sin embargo, hay momentos en que Dios parece privarnos de tales personas. Incluso los amigos que acuden a consolarnos —muy al estilo de los de Job— pueden convertirse en «consoladores molestos» que solo aumentan nuestra angustia (Job 16:2). El propósito de Dios es llevarnos a buscar únicamente al Señor, quien es el único que nos muestra verdadera compasión y actúa como nuestro Consolador genuino.

Atrapado en un profundo lodazal, sin dónde apoyarse y rechazado incluso por sus propios hermanos —sin hallar a nadie que le mostrara compasión u ofreciera consuelo—, David finalmente se volvió hacia Dios y oró (Salmo 69:13). En otras palabras, mientras estaba hundido en aquel profundo abismo, fijó su mirada en el Señor y lo buscó con fervor. Su oración suprema fue: «Sálvame, oh Dios» (v. 1). Al elevar esta súplica de salvación, clamó: «Estoy agotado de tanto pedir ayuda; mi garganta está reseca. Mis ojos desfallecen esperando a mi Dios» (v. 3). Su garganta estaba seca por el agotamiento de sus gritos desesperados, y sus ojos se nublaban por el esfuerzo de anhelar a Dios. Mientras imploraba fervientemente la gracia salvadora de Dios, también confesaba sus pecados: «Oh Dios, tú conoces mi insensatez; mi culpa no te es oculta» (v. 5). Aunque sufría injustamente a manos de sus enemigos, David reconocía que —ante Dios, si no ante los hombres— de ninguna manera podía declararse inocente. Por tanto, el sufrimiento de David le resultó beneficioso. La razón es que, a través de su padecimiento, llegó a confesar sus pecados a Dios. Tras confesar sus pecados, David buscó la abundante misericordia de Dios y la verdad de su salvación (versículo 13). Esta oración también aparece en el Salmo 57:3: «Él enviará desde los cielos y me salvará de la afrenta de aquel que me devoraría (Selah); Dios enviará su misericordia y su verdad». Se trata de una expresión poética que personifica los actos

salvadores de misericordia y verdad de Dios (Park Yun-sun). Él clamó a Dios, apoyándose en Su gran amor y en la verdad que conduce a la salvación. Incluso al enfrentarse a enemigos poderosos que lo odiaban —y que superaban en número a los cabellos de su cabeza—, él acudió a Dios, confiando en Su abundante misericordia y en Su verdad salvadora.

Hay momentos en los que nosotros también debemos orar a Dios; concretamente, cuando sufrimos injustamente, tal como lo hizo David. En lugar de ceder a la desesperación, debemos ver tales momentos como oportunidades privilegiadas para que se manifieste la ayuda de Dios. Por tanto, debemos invocar a Dios con esperanza. Y al suplicar, debemos desear fervientemente Su respuesta a nuestras oraciones (versículos 16-17).

En segundo lugar, quienes más agradan a Dios son los mansos.

Consideremos el Salmo 69:32: «Lo verán los mansos, y se gozarán; buscaréis a Dios, y vivirá vuestro corazón». La palabra hebrea para «los mansos» aquí es *Anavim*, que significa «los afligidos» o «aquellos que sufren» (Park Yun-sun). En otras palabras, quienes agradan a Dios son aquellos que sufren por causa de su fe. Además, quienes sufren por su fe son los que, a través de ese sufrimiento, se vuelven cada vez más humildes ante Dios. Quienes se humillan son los que buscan a Dios. Dicho de otro modo, puesto que aquellos que son humillados mediante el sufrimiento miran a Dios y confían plenamente en Él… Él ora. Así, David dice: «Humillé con ayuno mi alma…» (v. 10). Esto denota un estado de ayuno y de vestir cilicio: un acto de humillarse espiritual y silenciosamente ante Dios y de orar (Park Yun-sun). En otras palabras, es una expresión externa de humillación ante Dios en medio del dolor espiritual y la oración. La razón por la que tales personas mansas se regocijan incluso en medio del sufrimiento es su convicción o certeza respecto a la salvación que Dios proveerá. Es al orar con esa certeza de salvación y, finalmente, al alabar a Dios (vv. 29-30), como el corazón de los mansos revive (v. 32; cf. Sal. 138:7). Al igual que el salmista, incluso cuando enfrentamos tribulaciones, debemos experimentar la obra del Señor vivificando nuestros corazones

mientras le suplicamos humildemente. Debemos experimentar cómo Dios fortalece nuestros corazones mientras nos inclinamos humildemente ante Él en oración (10:17).

Los mansos, los que sufren por su fe y los que se humillan cada vez más a través de ese sufrimiento, son los que agradan a Dios. Los de corazón apacible le agradan. Por lo tanto, respondemos a la invitación de Jesús: «Soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí...» (Mateo 11:29).

En tercer lugar, los que más agradan a Dios son los necesitados.

Consideremos el Salmo 69:33: «Porque el Señor oye a los necesitados y no desprecia a sus prisioneros». David se describió a sí mismo como pobre y afligido (versículo 29). Esto no significa simplemente que David se encontrara en una situación externa miserable; más bien, indica que su espíritu se había humillado, lo que lo llevó a confiar únicamente en el Señor (Park Yun-sun). Se había vuelto necesitado debido a un gran sufrimiento. En otras palabras, el espíritu de David se empobreció porque había caído en un lodazal profundo donde no tenía terreno firme donde apoyarse. Por eso David suplicó a Dios: «Acércate a mi alma y redímela...» (versículo 18). Empobrecido de espíritu por un gran sufrimiento, David imploró a Dios que se acercara a él. La razón es que acercarse a Dios es una bendición (Salmo 73:28).

Jesús dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3). Aquí, los «pobres de espíritu» son aquellos que sufren en la pobreza; estas personas, que sufren espiritualmente, se caracterizan por lo siguiente: (1) Primero, son aquellos que reconocen su propia incapacidad y comprenden que solo Dios puede ayudarlos. (2) Segundo, son aquellos que sufren persecución por parte de los arrogantes porque sus vidas contrastan con la arrogancia de tales personas. (3) Tercero, son aquellos que se quebrantan de corazón por el pecado y se arrepienten. Estas personas que sufren

espiritualmente son bienaventuradas porque el reino de los cielos —es decir, el reino espiritual de Dios— les pertenece (Park Yun-sun). Los necesitados —los pobres de espíritu— son quienes agradan a Dios. Los necesitados acuden únicamente a Dios como aquel que les muestra misericordia y les ofrece consuelo (Salmo 69:20). Por consiguiente, al vivir bajo el gobierno espiritual de Dios, disfrutan de la bendición de acercarse a Él.

Finalmente, el cuarto tipo de persona que agrada aún más a Dios es quien ama el nombre del Señor.

Consideremos el Salmo 69:36: «La heredarán los descendientes de sus siervos, y habitarán en ella los que aman su nombre». Quienes aman el nombre del Señor lo alaban (v. 30). Además, glorifican a Dios con acción de gracias (v. 30). Dado que David confiaba en que Dios lo libraría del sufrimiento y el peligro que enfrentaba, alabó el nombre de Dios y lo glorificó con acción de gracias, fundamentado en esa seguridad de salvación. Así, David declara: «Que el cielo y la tierra lo alaben, los mares y todo lo que en ellos se mueve. Porque Dios salvará a Sion y reconstruirá las ciudades de Judá; entonces habitarán allí y la poseerán» (versículos 34-35). Después de que Dios salva al pueblo de Israel y reconstruye las ciudades de Judá, concede a quienes aman su nombre una morada eterna en esa tierra.

Nuestro santo Dios es un Dios que guarda celosamente su santo nombre para que no sea profanado en el mundo (Ezequiel 36:21). Por lo tanto, Dios mismo santifica su gran nombre, que fue profanado entre las naciones, y específicamente por nosotros entre los pueblos del mundo (versículo 23). Debemos atesorar el gran y santo nombre del Señor. Debemos amar el santo nombre del Señor. Quienes aman el santo nombre del Señor son quienes le agradan.

Agradar a Dios Padre debe ser nuestra alegría. Antes de buscar agradar a Dios con nuestras acciones, debemos agradarle aún más con nuestro ser. ¿Quiénes son, entonces, los que verdaderamente agradan a Dios? Son los que buscan al Señor, los mansos, los necesitados

y los que aman su nombre. Ruego fervientemente que tú y yo seamos tales personas. Anhelo ser alegría para el Señor

1. Anhelo ser alegría para el Señor; renueva mi corazón. Hazme un odre nuevo, y que tu luz brille a través de mí.

{Coro} Lo único que deseo es ser alegría para el Señor; lo único que deseo es ser alegría para el Señor.

2. Humildemente te ofrezco mi corazón; por favor, acéptame tal como soy. Limpia mi corazón y purifícalo, y guíame por tus caminos.

Cristianos que agradan a Dios aun en medio del sufrimiento

«Alabaré el nombre de Dios con cánticos y lo exaltaré con acción de gracias. Esto agradará al Señor más que un buey o un toro con cuernos y pezuñas» (Salmo 69:30–31).

Probablemente no haya nadie en este mundo que no haya experimentado dolor y sufrimiento en sus relaciones humanas, ni nadie que no haya soportado una gran preocupación y estrés a causa de ellas. Las relaciones se vuelven particularmente difíciles y estresantes cuando la otra persona nos odia por razones que simplemente no podemos comprender. El estrés, la ansiedad y el dolor se vuelven abrumadores cuando —sin motivo alguno— no solo una persona nos odia, sino que se forma un grupo en torno a ella, llevando a un número creciente de personas a albergar una animosidad infundada hacia nosotros. En tales momentos, anhelamos consuelo; sin embargo, cuando nadie nos lo ofrece —y, por el contrario, la gente nos da la espalda y se aleja—, experimentamos una profunda soledad. Podemos sentirnos profundamente desanimados y heridos cuando los mismos familiares en quienes confiábamos y en quienes nos apoyábamos nos dan la espalda y mantienen su distancia. Circunstancias tan dolorosas pueden sumirnos en una profunda desesperación, como si nos estuviéramos hundiendo en un lodazal. ¿Es realmente posible, en medio de tal desesperación, pensar en agradar a Dios? ¿Podemos ofrecerle genuinamente alabanza y acción de gracias?

El sufrimiento que soportó David, el autor del Salmo 69, fue una experiencia dolorosa comparable a estar atrapado en un «lodazal profundo» o en «aguas profundas». ¿Por qué se encontraba David en un lodazal tan profundo? La razón era que aquellos que lo odiaban sin causa superaban en número a los cabellos de su cabeza (v. 4). Además, sus poderosos enemigos buscaban quitarle la vida (v. 4). En medio de este estado de angustia extrema, lo que más le atormentaba era que incluso sus propios hermanos le habían dado la espalda (v. 8). David estaba solo. Buscó a alguien que le mostrara compasión y le ofreciera consuelo, pero no encontró a nadie (v. 20). Sin embargo, aun en medio de tal sufrimiento, David ofreció cánticos de acción de gracias y alabanza a Dios (v. 30). Él creía que hacer esto agradaría aún más a Dios (v. 31). ¿Cómo pudo ofrecer cánticos de acción de gracias y alabanza a Dios mientras soportaba un sufrimiento tan intenso? ¿Cómo podemos nosotros también agradar a Dios más profundamente durante nuestros propios tiempos de sufrimiento, tal como lo hizo David? Consideremos cuatro lecciones.

En primer lugar, para agradar a Dios más profundamente incluso en tiempos de sufrimiento, debemos invocarle con sinceridad.

Observemos el Salmo 69:13–14 y 16–17: «Pero yo a ti oraba, oh Jehová, al tiempo de tu buena voluntad; oh Dios, por la abundancia de tu misericordia, por la verdad de tu salvación, escúchame. Sácame del lodo, y no sea yo sumergido; sea yo librado de los que me aborrecen, y de lo profundo de las aguas... Escúchame, oh Jehová, porque buena es tu misericordia; mírame conforme a la multitud de tus piedades. Y no escondas de tu siervo tu rostro, porque estoy angustiado; apresúrate, escúchame». Cuando estamos rodeados de fuerzas poderosas que buscan nuestra vida y de muchos que nos odian sin causa, fácilmente podemos vernos luchando en medio de un estrés, temor y angustia extremos. En tales momentos, aunque no podamos acudir a cualquiera en busca de consuelo, nuestro instinto nos impulsa a buscar alivio en quienes nos aman: nuestra familia, hermanos o amigos cercanos. Sin embargo, podemos sentir una profunda soledad cuando incluso aquellos a quienes acudimos con esperanza parecen extraños. Experimentamos un

profundo aislamiento al darnos cuenta de que no hay nadie que se compadezca de nuestros corazones quebrantados y nuestras pesadas cargas, ni que nos consuele (v. 20). Es entonces cuando comprendemos dolorosamente que las personas no son en quienes debemos confiar, y finalmente nos volvemos a Dios, clamando a Él en medio de una lucha desesperada. En ese momento, la verdad que debemos comprender claramente es que Dios nos acoge (v. 13). En una situación donde nadie más nos recibe, necesitamos comprender más profundamente que solo el Señor nos acoge siempre. Solo entonces, sin importar las dificultades o tribulaciones que enfrentemos en el futuro, acudiremos primero a Dios —arrodillándonos en oración y súplica— en lugar de buscar ayuda primero en las personas. Incluso en medio de un gran sufrimiento y rodeados de enemigos que superan en número a los cabellos de nuestra cabeza, debemos anhelar la abundante misericordia y la verdad salvadora de Dios, esperando pacientemente y con fe su respuesta a nuestras oraciones. Dios ciertamente nos salvará (v. 1). El Dios de salvación sin duda nos rescatará del profundo cieno y nos librará de aquellos que nos odian (v. 14). En segundo lugar, para agradar a Dios más plenamente aun en medio del sufrimiento, debemos reconocer y confesar nuestros pecados.

Consideremos el Salmo 69:5: «Oh Dios, tú conoces mi insensatez; mis pecados no te son ocultos». Cuando nos vemos amenazados por quienes nos odian sin causa —o incluso por fuerzas poderosas que buscan nuestra vida—, recurrir a las personas en quienes confiamos a menudo no nos brinda suficiente consuelo; por el contrario, es probable que desahoguemos nuestras quejas y agravios ante ellas. De hecho, cuando no confiamos en Dios ni acudimos a Él primero en oración, solemos recurrir a nuestros allegados para expresar nuestro descontento. Sin embargo, si primero acudimos a Dios en oración, el dedo acusador se aparta de quienes nos odian y señala hacia nosotros mismos. En la oración, somos llevados a examinar nuestra propia vida ante el Dios santo; de hecho, su santa presencia inevitablemente deja al descubierto nuestros pecados ocultos. A través de la oración, comprendemos que confiar en las personas en lugar de en Dios fue, en sí mismo, un acto de «insensatez» (versículo 5): un error que una persona verdaderamente sabia jamás

cometería. Además, reconocemos que nuestros pecados no pueden ocultarse de Dios. En consecuencia, nos sentimos impulsados a confesarle nuestra insensatez y nuestros pecados. Esta es precisamente la bendición que se encuentra en el sufrimiento. A través del sufrimiento, llegamos a comprender que Dios Padre nos acoge; al invocarle, experimentamos la bendición de confesar y arrepentirnos incluso de nuestros pecados ocultos a la luz de su santa presencia, la cual los pone al descubierto. ¿Acaso no anhelas esta bendición?

En tercer lugar, para agradar aún más a Dios en medio de nuestro sufrimiento, debe encenderse en nosotros un celo ardiente por el templo del Señor.

Consideremos el Salmo 69:9: «El celo por tu templo arde en mi interior, de modo que los insultos lanzados contra ti recaen sobre mí» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede arder en nosotros un celo por la iglesia del Señor mientras sufrimos? Lógicamente, resulta difícil de comprender. Por lo general, cuando enfrentamos adversidades, carecemos de la capacidad de pensar en alguien que no seamos nosotros mismos —o incluso nuestras propias familias—; entonces, ¿cómo podríamos, en medio de tales pruebas, pensar en el cuerpo del Señor (la iglesia) y crecer en nuestro amor y celo por ella? Cuando invocamos a Dios, la grandeza de su amor acogedor nos lleva a confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos, haciendo que le amemos aún más. Y quienes aman a Dios no pueden evitar amar a su iglesia. En ese momento, al igual que el apóstol Pablo, sentimos celo por la iglesia, un celo que proviene de Dios (2 Corintios 11:2). En el caso de David, él habla de soportar la calumnia y la burla de sus enemigos y de aquellos que le odiaban; lo soportaba todo por causa del Señor (versículos 7, 10, 12). Describe cómo la vergüenza cubría su rostro (versículo 7). Además, los enemigos de David y quienes le odiaban no solo lanzaban insultos y oprobio contra él, sino también contra aquellos que confiaban en el Señor y le buscaban (versículo 6). Injuriaban al Señor en quien David confiaba y a quien servía (v. 9). En ese instante, el corazón de David ardía de celo por el templo del Señor (v. 9). Nuestros corazones deberían ser iguales. Cuando muchas personas

contrarias al cristianismo —que nos odian sin motivo— nos injurian, se burlan de nosotros y calumnian a la iglesia del Señor, debemos amar aún más a la iglesia, el cuerpo de Cristo. Cuantas más personas hablen mal de la iglesia, la calumnien y se opongan a ella, más debemos amarla y consagrarnos a ella con mayor celo. Cuando la iglesia enfrenta persecución y tribulación, nuestro celo por ella debe arder con mayor intensidad en nuestro interior. Como dice la letra del himno, incluso en medio de la tribulación y la persecución, no solo debemos aferrarnos a nuestra fe, sino también permanecer fieles hasta la muerte al Señor y a su cuerpo, la iglesia, conforme a esa fe (Nuevo Himnario n.º 383).

Finalmente, el cuarto punto: para agradar a Dios más profundamente, incluso en medio del sufrimiento, debemos ofrecerle alabanza con un corazón lleno de gratitud.

Observemos el Salmo 69:30 en la Biblia: «Alabaré yo el nombre de Dios con cántico, lo exaltaré con alabanza». La gracia de Dios es verdaderamente maravillosa. Esto se debe a que, cuando Dios derrama su gracia sobre nosotros los cristianos, deseamos agradar a Dios antes que a nosotros mismos, incluso en medio del sufrimiento. Esta es la obra de Dios. ¿Cómo hace Dios para que le agrademos? Precisamente haciendo que le alabemos con gratitud, incluso en medio de ese sufrimiento. ¿Lo comprende? ¿Cómo pudo David alabar a Dios con gratitud aun en medio de un sufrimiento extremo? Recuerdo las palabras del Salmo 63:3: «Mis labios te alabarán, porque tu misericordia es mejor que la vida». Mientras huía de su hijo Absalón por el desierto de Judá, David experimentó el amor fiel del Señor; así, incluso en aquel sufrimiento, convirtió el desierto de Judá en un santuario (versículo 2) y alabó al Señor (versículo 3). ¿Cómo podemos ofrecer alabanza a Dios con gratitud incluso en medio del sufrimiento? Gracias a Dios, quien nos acoge en nuestro sufrimiento y nos responde con amor abundante y la verdad de la salvación (versículo 13), somos capaces de ofrecerle alabanza con gratitud aun en medio de la aflicción. Los cristianos que aman a Dios por haber experimentado su amor abundante (versículo 36) no pueden evitar alabar con gratitud el amor salvador de Dios. ¿Acaso no hicieron lo mismo Pablo y Silas en la cárcel? Oraron y alabaron a Dios en plena noche (Hechos 16:25). También recuerdo haber alabado a Dios al

experimentar su amor eterno (Salmo 63:3) con una profundidad aún mayor. Después de que nuestra primera bebé, Juyoung —a quien Dios nos dio como un regalo de gracia—, falleciera en mis brazos, incineré su cuerpo y esparcí sus cenizas en el agua. Mientras contemplaba el cielo azul, Él me llevó a alabar a Dios cantando el himno «El amor de mi Salvador» (o «Me maravillo»):

(Estrofa 1) Me maravillo ante la presencia de Jesús el Nazareno, y me asombra cómo pudo amarme a mí, un pecador, condenado e impuro. (Estrofa 2) Fue por mí que en el huerto oró: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». No derramó lágrimas por su propio dolor, sino gotas de sangre por el mío.

(Estrofa 3) Los ángeles le contemplaron con compasión y descendieron del mundo de luz para consolarle en los sufrimientos que soportó por mi alma aquella noche.

(Estrofa 4) Él tomó mis pecados y mis pesares, los hizo suyos; llevó la carga hasta el Calvario, y sufrió y murió en soledad.

(Estrofa 5) Cuando al fin vea su rostro junto a los redimidos en gloria, será mi gozo eterno cantar sobre su amor por mí.

(Estribillo) ¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! Y mi canto siempre será:
¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! ¡Es el amor de mi Salvador por mí!

"Oh Dios, ayúdame pronto"

[Salmo 70]

Al meditar en el Salmo 13, reflexionamos en una ocasión sobre la pregunta: "¿Hasta cuándo?": "¿Hasta cuándo, oh Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?" (v. 1); "¿Hasta cuándo tendré que luchar con mis pensamientos y sentir tristeza en mi corazón todo el día? ¿Hasta cuándo triunfará mi enemigo sobre mí?" (v. 2). Cuando la respuesta de Dios a la oración se demora, inevitablemente sentimos ansiedad y temor. En tales momentos, podemos orar tal como lo hizo el salmista David: "Oh Señor, no te alejes; oh Fortaleza mía, ven pronto a ayudarme" (22:19). Cuando la respuesta de Dios se retrasa, sentimos como si Él estuviera demasiado lejos de nosotros. Además, tales demoras pueden dejarnos sin fuerzas. En esos momentos, acudimos al Señor, quien es nuestra fortaleza. Al igual que David, oramos al Señor: "Ayúdame pronto" (70:1).

En el Salmo 70:1, el salmista David suplica a Dios: "Oh Dios, líbrame; oh Señor, ayúdame pronto". A lo largo de este Salmo, David utiliza la palabra "pronto" dos veces en el versículo 1 y una vez en el versículo 5; en la parte final del versículo 5, ora: "Oh Señor, no te demores". Bajo el tema "Oh Dios, ayúdame pronto", espero que podamos reflexionar sobre algunos puntos y recibir la gracia que Dios ofrece a cada uno de nosotros. En primer lugar, ¿por qué necesitaba David la ayuda de Dios?

La razón es que David era "pobre y necesitado". Observemos el Salmo 70:5, el texto de hoy: "Pero yo soy pobre y necesitado; ven pronto a mí, oh Dios..." Este pasaje no se refiere meramente a la pobreza material, sino específicamente a la situación de David al ser

perseguido por los impíos (Park Yun-sun). Entonces, ¿quiénes eran las personas que perseguían a David? ¿Cómo los describe el texto?

(1) Son aquellos que "buscan mi vida". Observe la primera parte del Salmo 70:2: «Sean avergonzados y confundidos los que buscan mi vida...». Los perseguidores de David atentaban contra su vida. En consecuencia, lo atacaban y perseguían continuamente.

(2) Son aquellos que «se deleitan en mi mal».

Observe la segunda parte del Salmo 70:2: «...sean vueltos atrás y cubiertos de deshonra los que se deleitan en mi mal». Los enemigos de David querían ver su ruina. Por ello, se regocijaban en su sufrimiento.

(3) Son aquellos que dicen: «¡Ajá, ajá!».

Observe el Salmo 70:3: «Sean vueltos atrás, avergonzados, los que dicen: "¡Ajá, ajá!"». Aquí, quienes dicen «¡Ajá, ajá!» son los enemigos de David, que lo menospreciaban. David se describía a sí mismo como pobre y necesitado porque estaba siendo perseguido por aquellos que lo despreciaban.

¿Qué se vio obligado a hacer David, entonces, en tal situación? Observe el Salmo 109:4: «En pago de mi amor me acusan, pero yo soy un hombre de oración». David no tenía más remedio que acudir a Dios en oración debido a sus adversarios: aquellos que buscaban su vida, los que se alegraban de su desgracia y los que se burlaban de él diciendo: «¡Ajá! ¡Ajá!». En resumen, mientras sus enemigos buscaban la vida de David, David buscaba a Dios.

En segundo lugar, ¿qué clase de ayuda pidió David a Dios?

(1) David oró para que Dios lo librara de sus perseguidores.

Observe el texto de hoy, el Salmo 70:1: «Oh Dios, líbrame pronto; oh SEÑOR, apresúrate a ayudarme». Este versículo sugiere que David llevaba mucho tiempo sufriendo a manos de sus perseguidores (Park Yun-sun). Por consiguiente, había esperado durante mucho tiempo la liberación de Dios. Es por eso que David deseaba que la ayuda y el rescate de Dios llegaran «pronto» (mencionado dos veces). Clamó a Dios diciendo: «…oh Dios, ven pronto a mí» (versículo 5). Tras haber esperado tanto tiempo la salvación divina, lo que David anhelaba fervientemente era la liberación de Dios. (2) David oró para que Dios hiciera retroceder a sus perseguidores en medio de la vergüenza. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 70:2–3: «Que sean avergonzados y confundidos los que buscan mi vida; que retrocedan en desgracia todos los que desean mi ruina. Que vuelvan atrás, cubiertos de vergüenza, aquellos que me dicen: "¡Ajá! ¡Ajá!"». Quienes perseguían a David tenían la intención de insultar no solo a David, sino a Dios mismo. Por eso David suplicó a Dios que trajera vergüenza y deshonra sobre ellos, obligándolos a retroceder. La razón es que, si sufrían vergüenza, tanto ellos como los demás llegarían a reconocer la existencia y el poder de Dios, y la fe de los santos se fortalecería (Park Yun-sun). Así, David oró por el fracaso de sus enemigos.

(3) David oró para que aquellos que buscan al Señor —o aquellos que anhelan Su salvación— se regocijaran y se alegraran en Él.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 70:4: «Que todos los que te buscan se regocijen y se alegren en Ti; que los que aman Tu salvación digan siempre: "¡Dios es grande!"». Aquí, la frase «Dios es grande» significa que Dios derrama gracia abundantemente sobre los creyentes (Park Yun-sun). Dios es Aquel que nunca defrauda a quienes le buscan, es decir, a quienes anhelan Su salvación. Él derrama generosamente Su gracia sobre quienes le buscan.

Al retomar la lectura de *Christian Counseling* (Consejería cristiana) del profesor Jay Adams después de mucho tiempo, encontré la sección dedicada a la consejería en situaciones de crisis. Me interesó la observación de algunos estudiosos de que la palabra china para «crisis» abarca dos características: «peligro» y «oportunidad». Las crisis nos permiten cambiar y crecer; podemos transformarlas en valiosas oportunidades para desarrollar mejores formas de superar la adversidad. Existe una historia de la Segunda Guerra Mundial al respecto. Cuando la Alemania nazi invadió Gran Bretaña, el primer ministro Winston Churchill pidió al reverendo William Temple que ofreciera una oración por la salvación de la nación. El reverendo Temple emitió una declaración pública diciendo: "Ha llegado el momento de que el Imperio Británico se arrodille ante Dios. La guerra es un acontecimiento trascendental, pero adorar a Dios es algo aún mayor. Si nuestro pueblo adora a Dios en este momento y confía en Su presencia, entonces la guerra no será una crisis abrumadora. Con la ayuda de Dios —a quien adoramos—, sin duda triunfaremos". Conmovidos por sus palabras, los británicos acudieron en masa a las iglesias para arrodillarse en adoración y clamar a Dios en oración. Finalmente, la guerra culminó con la victoria de Gran Bretaña y las fuerzas aliadas.

¿Con qué propósito debemos implorar a Dios diciendo: "Oh Dios, ayúdame pronto"? ¿Cuál es tu petición de oración más urgente? Oro para que la obra de salvación del Señor se manifieste en ti. Tengamos esto presente: Dios hace que aquellos que le buscan y anhelan Su salvación se regocijen y se alegren en Él.

Una oración urgente

«¡Oh Dios, apresúrate a librarme! ¡Oh Señor, apresúrate a ayudarme! … Mas yo estoy afligido y necesitado; ¡apresúrate hacia mí, oh Dios! Tú eres mi ayuda y mi libertador; ¡oh Señor, no te demores!» (Salmo 70:1, 5).

El jueves pasado me enteré de la noticia de la muerte del famoso cantante estadounidense Michael Jackson. Al saber que había fallecido a la edad relativamente joven de cincuenta años, me pregunté cómo podía ocurrir una muerte tan repentina; vi las noticias y los informes que indicaban que probablemente había muerto de un paro cardíaco. Leí un artículo en línea que afirmaba que el paro cardíaco es una afección misteriosa y mortal que cobra la vida de entre 200.000 y 300.000 personas en Estados Unidos cada año. Un cardiólogo entrevistado en las noticias explicó que, si alguien sufre un paro cardíaco, muere a menos que se administre una descarga eléctrica al corazón en un plazo de diez minutos. Sin embargo, para cuando se reconocen los síntomas y se llama al servicio de emergencias (911), por lo general transcurren más de diez minutos antes de que llegue una ambulancia. En consecuencia, las probabilidades de supervivencia son escasas una vez que se presenta esta afección. Es, verdaderamente, una dolencia aterradora. Escuchar esta noticia me recordó al padre de un amigo. Mi amigo me contó que su padre había sufrido un ataque al corazón y agonizaba en los brazos de su madre; aunque finalmente llegó una ambulancia, ya era demasiado tarde. Escuchar a mi amigo describir aquella situación desesperada y crítica me hizo reflexionar: si alguna vez me encontrara en una situación tan urgente, ¿cuán ferviente y angustiado estaría mi corazón? Me pregunto si tengo alguna petición de oración que presente ante Dios con ese mismo sentido de urgencia. En el Salmo 70:1 y 5, la palabra «pronto» (o «apresuradamente») aparece tres veces. Esta triple repetición revela que el

salmista David estaba haciendo un llamado urgente a Dios; elevó una oración nacida de una situación tan crítica que ya no podía esperar más. ¿Cuál era, entonces, el contenido de la oración urgente de David? Sus peticiones fueron: «Ven pronto a mí», «Ayúdame pronto» y «Líbrame pronto». ¿Por qué elevó David una oración tan urgente? Fue a causa de aquellos que buscaban su vida (v. 2)—aquellos que se alegraban de su desgracia (v. 2). David sufría y se encontraba en gran necesidad debido a ellos (v. 5). Por ello, clamó a Dios con urgencia. Sin embargo, aun al orar con tal urgencia, lo hizo con fe, reconociendo a Dios como «mi ayuda y mi libertador» (v. 5). Sostenido por esta fe y anhelando la ayuda y la liberación de Dios, concluyó su oración con la súplica: «Oh Señor, no te demores» (v. 5).

Al igual que David, nosotros también debemos elevar oraciones urgentes a Dios cuando enfrentamos situaciones críticas, buscando fervientemente su ayuda y liberación (salvación). Necesitamos comprender más profundamente la necesidad de la oración urgente. Orar de manera pausada o casual cuando la situación exige urgencia es incurrir en el pecado de negligencia ante Dios (Jeremías 48:10). Consciente de que el tiempo se agota, deseo elevar oraciones urgentes a Dios, pidiendo fervientemente: «Haznos capaces de amarnos unos a otros». Deseo elevar oraciones urgentes a Dios, plenamente consciente de la importancia y la urgencia de salvar almas. Ruego que Dios nos utilice cada día para brindar consuelo y ayuda a los hermanos y hermanas que enfrentan situaciones urgentes.

"Siempre mantendré la esperanza"

[Salmo 71:1-14]

Chuck Colson, colaborador del presidente Nixon, escribió un libro titulado *Born Again* (Nacido de nuevo) basado en sus experiencias en prisión. Observó tres tipos de prisioneros (Fuente: Internet): el primer tipo eran prisioneros sin esperanza que se golpeaban la cabeza contra las paredes y se autolesionaban; el segundo tipo también carecía de esperanza y permanecía inmóvil en los rincones de sus celdas; y el tercer tipo eran aquellos que, mientras esperaban el día de su liberación, salían al patio a hacer ejercicio siempre que era posible. Incluso estando confinados en sus celdas, actuaban como si fueran a ser liberados al día siguiente. Aunque sus cuerpos estaban encarcelados, sus mentes ya estaban fuera, disfrutando de la libertad. La vida de una persona que vive con esperanza es una vida libre. Quienes albergan esperanza rebosan optimismo. Las personas positivas y proactivas buscan la luz incluso en medio de la oscuridad. Los pesimistas, en cambio, ven oscuridad incluso en medio de la luz. ¿Buscas tú la luz en la oscuridad o ves oscuridad incluso en la luz?

¿Cuáles son los pensamientos de Dios hacia nosotros? Jeremías 29:11 en la Biblia dice: "Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza". Dios, que desea darnos un futuro lleno de esperanza, quiere transmitirnos esa esperanza hoy a través del pasaje del Salmo 71:1-14. El Señor quiere que tomemos la determinación de decir: "Siempre mantendré la esperanza". Por ello, quisiera meditar sobre el texto bajo el título "Siempre mantendré la esperanza" analizando tres puntos: (1) ¿Cuál era la situación aparentemente

desesperada que enfrentaba el salmista? (2) ¿Por qué decidió el salmista "mantener siempre la esperanza"? Y (3) ¿cómo fue la vida del salmista después de tomar esta decisión?

El primer punto a considerar es la situación desesperada del salmista, que parecía carecer de toda esperanza.

El salmista se enfrentaba a una situación que ponía en peligro su vida, causada por "la mano del impío, del hombre injusto y cruel" (versículo 4) o por "enemigos" (versículo 10). Acechaban para quitarle la vida (versículo 10). El significado hebreo de la palabra traducida aquí como "cruel" (o "despiadado") se refiere literalmente a alguien que está "hinchado como la levadura". Describe a una persona malvada o injusta de una malicia tan extrema que no sabe cómo detener su maldad ni cómo arrepentirse; por el contrario, hace que el mal se propague aún más (Park Yun-sun). Dado que tales individuos atentaban contra su vida, el salmista se encontraba en una encrucijada entre la vida y la muerte, en una situación que —desde una perspectiva humana— no ofrecía esperanza alguna. Sin embargo, en ese momento, el salmista tomó una decisión: "Siempre mantendré la esperanza y te alabaré cada vez más" (versículo 14).

En segundo lugar, quisiera considerar las razones por las que el salmista decidió "mantener siempre la esperanza" incluso en medio de una situación tan desesperada. (1) Porque el Señor es su esperanza.

Observemos la primera parte del Salmo 71:5 en el texto de hoy: "Oh Señor Soberano, tú eres mi esperanza...". Este mundo nunca puede darnos esperanza; lo único que ofrece es desesperación. Satanás intenta constantemente llevarnos a la desesperación. No obstante, aun en este mundo que busca desesperarnos, vivimos regocijándonos en la esperanza. La razón es que nuestro Señor es nuestra esperanza. La letra del himno 539, en su tercera estrofa, lo expresa así: "Cuando fallan todos los apoyos terrenales, confiando en el pacto del Salvador, mi esperanza crece cada vez más". Como cristianos, a medida que

desaparecen las cosas de este mundo en las que antes confiábamos, nos mantenemos más firmes en las promesas del Señor, y nuestra esperanza en Él inevitablemente se fortalece.

(2) Porque el Señor es la roca donde él habita.

Observemos el Salmo 71:3 en el texto de hoy: "Sé mi roca de refugio, a la que siempre pueda acudir; da la orden de salvarme, pues tú eres mi roca y mi fortaleza". Siempre que sus enemigos intentaban matarlo, el salmista se refugiaba en el Señor: su Roca y su Fortaleza. Él describe al Señor, quien es su roca y fortaleza, simplemente como una "roca" (versículo 3). Aquí, la «roca» simboliza un objeto de fe firme y digno de confianza (Park Yun-sun). En particular, cuando sus fuerzas flaqueaban debido a sus enemigos, el salmista se apoyaba y confiaba en el Señor Dios, quien era su fortaleza. La razón por la que su corazón permaneció inquebrantable en medio de la persecución y el sufrimiento causados por sus enemigos fue precisamente porque se había refugiado en el Señor: su roca y fortaleza. Al igual que Abraham, el padre de la fe, quien mantuvo la esperanza contra toda esperanza, nosotros también debemos hallar esperanza en el Señor, incluso cuando parece no haber motivos para ella en este mundo desesperanzado. Podemos hacerlo gracias a las promesas que el Señor nos ha dado. Cuando nos mantenemos firmes en esas promesas, no seremos sacudidos. Además, podemos orar al Señor, anhelar su intervención y aguardar en Él, pues es quien cumplirá dichas promesas. La promesa a la que el salmista se aferró tras refugiarse en el Señor —su roca— fue esta: «Porque has ordenado salvarme» (versículo 3). Así, al esperar la salvación y poseer la certeza de ella, se refugió y habitó en el Señor, su roca firme.

(3) Porque el Señor ha sido su esperanza desde su juventud.

Observemos la última parte del Salmo 71:5 en el texto de hoy: «...mi esperanza desde mi juventud». La razón por la que el salmista pudo decidir «albergar siempre esperanza» en el Señor —incluso en circunstancias aparentemente desesperadas— fue que había

experimentado la guía y la liberación de Dios desde su juventud hasta el mismo momento en que escribió este salmo. En consecuencia, confiaba en que Dios lo protegería y rescataría del sufrimiento y las crisis que enfrentaba en ese momento. Deseo inculcar esta misma convicción que tenía el salmista no solo en nosotros mismos, sino especialmente en nuestros hijos pequeños. Si aprenden a confiar en Dios desde una edad temprana, ¡qué tremenda fuente de fortaleza y esperanza será para ellos al desenvolverse en este mundo hostil que les espera!

En tercer y último lugar, consideremos la naturaleza de la vida que llevaba el salmista, quien decidió «albergar siempre esperanza».

(1) Se refugia en Dios. Observemos el Salmo 71:1, el texto de hoy: «En ti, oh Señor, me refugio...». El salmista confiesa que el Señor es su refugio seguro (versículo 7). En consecuencia, buscó refugio en el Señor —su fortaleza inquebrantable— para escapar de los enemigos que le causaban desesperación. Además, acudió a este refugio seguro «en todo momento» (versículo 3).

(2) Ora a Dios.

Sus peticiones de oración fueron las siguientes: (a) En primer lugar, oró pidiendo la liberación de Dios. El salmista oró: «Rescátame y líbrame en tu justicia; inclina hacia mí tu oído y sálvame» (versículo 2). Al pedir a Dios salvación frente a sus enemigos —los impíos, los injustos y los despiadados—, suplicó específicamente que Dios le permitiera escapar de ellos (versículo 4). (b) En segundo lugar, el salmista oró para que Dios no lo abandonara. Observemos el versículo 9: «No me deseches cuando sea viejo; no me abandones cuando mis fuerzas fallen». El salmista oró para que Dios no lo desamparara a medida que envejecía y sus fuerzas disminuían. (c) La tercera petición del salmista fue una súplica para que Dios provocara el fracaso de sus enemigos. Al examinar los versículos 10 al 13 del pasaje de hoy, vemos que el salmista elevó esta oración respecto a sus enemigos —quienes acechaban su

alma y afirmaban falsamente que Dios lo había abandonado y que nadie podría rescatarlo de sus manos—: «Que mis acusadores sean avergonzados y consumidos; que quienes buscan mi mal sean cubiertos de deshonra y oprobio» (versículo 13).

(c) Siempre alaba al Señor.

Observemos los versículos 6 y 14 del Salmo 71 en el pasaje de hoy: «Desde el nacimiento he dependido de ti; tú me sacaste del vientre de mi madre. Siempre te alabaré» (versículo 6); «En cuanto a mí, siempre tendré esperanza; te alabaré cada vez más» (versículo 14). El salmista decidió alabar al Señor aún más, incluso mientras sus enemigos propagaban el mal cada vez más. Tras haberse refugiado en el Señor —quien es siempre una roca firme y un santuario—, el salmista lo alababa continuamente bajo su protección. Así, declaraba: «Mi boca está llena de tu alabanza, proclamando tu esplendor durante todo el día» (versículo 8). Quienes confían constantemente en Dios alaban al Señor en todo momento, incluso en situaciones que parecen no tener salida. Esto se debe a que saben y creen que solo el Señor es su esperanza. Al vivir nuestra vida de fe con el Señor —nuestra esperanza— habitando en nuestros corazones, debemos alabar al Señor en cualquier situación.

Por muy desesperada que parezca una situación, propongámonos —al igual que el salmista— decir: «Siempre tendré esperanza», gracias al Señor, que es nuestra esperanza, nuestra roca de refugio y nuestro apoyo desde la juventud. Y alabémoslo siempre. Quienes siempre ponen su esperanza en el Señor, siempre lo alaban. Ruego que seamos personas que alaben al Señor incluso en medio de la desesperación.

Una persona mayor hermosa

«No me deseches en el tiempo de la vejez; no me desampares cuando mis fuerzas fallen» (Salmo 71:9).

Personalmente, no me gusta cuando los jóvenes de mi edad se refieren a las personas mayores simplemente como «viejos» o «carcamales». Sin embargo, al meditar en el pasaje bíblico de hoy y titular este mensaje «Una persona mayor hermosa», me surgió una duda —dadas las matices del idioma coreano— sobre si es realmente apropiado utilizar la palabra «viejo» (*neulgeuni*) para describir a los abuelos y abuelas. Mi intención es simplemente reflexionar sobre la frase bíblica «tiempo de la vejez». Solo espero que el término «viejo» no hiera el corazón de nuestros mayores. Centrándome en el pasaje de hoy, quisiera considerar tres características que definen la belleza de las personas mayores; específicamente, qué es lo que hace hermosa a una persona mayor a los ojos de Dios. Al hacerlo, también aspiro a convertirme yo mismo en una persona mayor así de hermosa.

En primer lugar, una persona mayor hermosa confía en el Señor, quien es su esperanza.

Observemos el Salmo 71:5: «Porque tú eres mi esperanza, oh Señor Dios; en ti he confiado desde mi juventud». El salmista creció recibiendo instrucción del Señor desde sus primeros días (versículo 17). En consecuencia, pudo vivir su vida confiando en el Señor desde la infancia. Con el paso de los años, confió en el Señor aún más profundamente. Para él, el Señor era un refugio seguro (versículo 7). Cuando sus enemigos —aquellos que acechaban el alma del salmista— conspiraron juntos (v. 10), diciendo: «Dios lo ha abandonado; persíganlo y atrápenlo, pues no hay nadie que lo rescate» (v. 11), el salmista clamó a Dios:

«¡Oh Dios, no te alejes de mí; oh Dios mío, apresúrate a ayudarme!» (v. 12). Así, aquellos que confían en el Señor —su esperanza— elevan sus súplicas a Dios.

¡Qué hermosa imagen presenta el salmista! Debemos emular la vida del salmista, quien vivió confiando constantemente en el Señor —su esperanza— desde su juventud hasta que envejeció y sus cabellos se tornaron blancos. Cuando nosotros, al igual que el salmista, enfrentamos «muchas y graves angustias» (v. 20), debemos confiar aún más en Dios, nuestra esperanza. Al hacerlo, Dios nos librará de esas aflicciones. El Señor nos dará nueva vida y nos hará subir una vez más desde las profundidades de la tierra (v. 20). Una persona mayor que envejece confiando en el Señor a medida que pasan los años es hermosa a los ojos de Dios.

En segundo lugar, una persona mayor hermosa proclama las obras del Señor a las generaciones futuras.

Observemos el Salmo 71:18: «Oh Dios, no me desampares aun cuando sea viejo y canoso, hasta que proclame tu fortaleza a la siguiente generación, tu poder a todos los que han de venir». El salmista deseaba proclamar la fortaleza y el poder del Señor a las generaciones futuras y a todas las personas. Quería «proclamar las proezas del Señor DIOS» y «tu justicia, la tuya solamente» (v. 16). Su lengua hablaba de la justicia del Señor durante todo el día (v. 24). La razón radica en la «insondable justicia y salvación» del Señor —aquel que fue su esperanza desde la juventud hasta la vejez—, las cuales habían sido derramadas sobre él (v. 15). El salmista no podía soportar la idea de dejar de proclamar la inmensa gracia salvadora del Señor a las generaciones venideras. Por ello, rogó a Dios que no lo desamparara en su vejez hasta haber cumplido esta misión.

Es hermosa la persona mayor que transmite un legado de fe a sus hijos y descendientes. Sabia es la persona mayor que relata y comparte con su descendencia la gracia de Dios recibida al confiar en el Señor —su esperanza— desde la juventud hasta la vejez. Tal persona,

que da testimonio de las grandes obras que Dios ha realizado en su vida en lugar de hablar de sus propios logros, es digna de confesar: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15:10). En tercer lugar, una hermosa persona mayor alaba al Señor.

Observemos el Salmo 71:14: «Mas yo siempre esperaré, y te alabaré más y más». Con el paso de los años, el salmista —quien había confiado en el Señor— no solo proclamaba las obras maravillosas y poderosas que Dios había realizado en su vida, sino que también ofrecía alabanzas al Señor. Él alababa al Señor cada vez más con el transcurso del tiempo (v. 14) y lo alababa continuamente (v. 6). Su boca estaba llena de alabanza y honra al Señor durante todo el día (v. 8). Alababa al Señor y su fidelidad con el arpa (v. 22). Alababa al Santo de Israel con la lira (v. 22). Mientras alababa al Señor, sus labios clamaban de júbilo y su alma —redimida por el Señor— se regocijaba (v. 23).

Nosotros también guardamos siempre la esperanza y cantamos alabanzas al Señor: «¡Oh, la amorosa gracia del Señor Jesús, que soportó la dura agonía de la cruz y murió en mi lugar! ¿Cómo no hemos de alabarlo, habiendo sido redimidos de los pecados que conducen a la muerte eterna mediante su preciosa sangre?» (Himno 403, estrofa 1). Nuestras almas también alaban la majestad y la grandeza del Señor (Himno 40, estribillo). Deseamos acercarnos cada vez más al Señor, cantando alabanzas hasta nuestro último aliento (Himno 464, estrofa 4 y estribillo).

"Hazme aún más grande"

[Salmo 71:15–24]

Una de las cosas que comprendí al asistir a una reunión del presbiterio hace unas dos semanas fue la importancia de que un pastor tenga un final hermoso en su ministerio. Decidí que, para lograrlo, debo mantener una fe inquebrantable desde el principio hasta el final de mi ministerio; a medida que pasa el tiempo, debo encarnar la Palabra y parecerme cada vez más a Jesús. Solo así el desenlace del ministerio de un pastor puede ser verdaderamente hermoso y ganarse el respeto de los pastores más jóvenes. Si bien el comienzo de un ministerio es importante, creo que el final lo es aún más. Para asegurar un final hermoso, comprendí que debo caminar con fidelidad y humildad, manteniendo un corazón firme de principio a fin; o mejor dicho, un corazón en maduración que emule cada vez más el corazón del Señor.

Al reflexionar sobre la trayectoria de nuestras vidas, vienen a la mente las palabras de Job 8:7: "Tus comienzos parecerán humildes, pero tu futuro será muy próspero". Aunque nuestros inicios puedan ser pequeños, oro para que nuestro futuro llegue a ser grandioso. En el Salmo 71:21, vemos al salmista orando a Dios y pidiéndole: "Hazme aún más grande". Centrándome en este versículo, deseo reflexionar sobre tres responsabilidades que tenemos al pedirle a Dios que nos haga más grandes y al recibir las enseñanzas que Él nos ofrece.

En primer lugar, para llegar a ser aún más grandes, debemos recibir la instrucción de Dios desde nuestra juventud. Consideremos el Salmo 71:17: "Oh Dios, me has enseñado desde

mi juventud, y hasta el día de hoy anuncio tus maravillas". El salmista había hecho del Señor su esperanza desde sus primeros días (versículo 5). Pudo decidir "tener siempre esperanza" en el Señor —incluso en situaciones aparentemente desesperadas— porque había sido guiado y librado por la mano protectora de Dios desde la infancia hasta el mismo momento de escribir este salmo. Por ello confesó: "Me has sostenido desde el vientre de mi madre" (versículo 6). Sostenido firmemente por el Señor, el salmista confiaba en que Dios lo protegería y libraría, aun en medio del sufrimiento, las crisis y la desesperación que enfrentaba en ese momento. Gene A. Getz destaca tres elementos clave en la crianza de los hijos: el «ejemplo de los padres», la «enseñanza directa» y el «ánimo». Sin embargo, al criar a nuestros hijos, conductas tales como la sobreprotección, la permisividad excesiva, las restricciones exageradas y la cautela desmedida pueden generar en ellos ansiedad e inestabilidad. Por ello, debemos enseñarles la Palabra de Dios desde una edad temprana. Hemos de tomar muy en serio la instrucción de Deuteronomio 6:4-9 —amar al Señor nuestro Dios, que es Uno, «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (versículo 5)— y enseñarla diligentemente a nuestros hijos (versículo 7). El Señor hará que prosperen y lleguen a ser grandes aquellos que le aman desde su juventud, que ponen su confianza en Él y se aferran a Él.

En segundo lugar, para prosperar y crecer, debemos madurar en la gracia inmensa de Dios, incluso en medio de sufrimientos grandes y severos.

Consideremos el Salmo 71:15: «Mi boca proclamará tu justicia y tu salvación todo el día, pues no conozco sus límites». Quienes han sido instruidos por Dios y han confiado en el Señor desde su juventud necesitan pruebas para crecer aún más en Él. A través de estas pruebas, experimentan la gracia de Dios con mayor profundidad, amplitud y magnitud. En el pasaje de hoy, el Salmo 71:20, el salmista reflexiona sobre su vida en la vejez y reconoce que Dios permitió que enfrentara «muchas y severas aflicciones» para refinarlo. En medio de aquellas adversidades pasadas, experimentó cómo el Señor le «vivificaba» y le «hacía subir de nuevo de las profundidades de la tierra», y mantuvo la confianza de que ese mismo

Señor lo libraría de su desesperación actual. Habiendo experimentado la inescrutable «justicia y salvación» de Dios, el salmista decidió abrir su boca y proclamarlas durante todo el día (versículos 15, 24). Asimismo, se propuso: «Vendré y proclamaré los hechos poderosos del Señor Soberano; proclamaré tu justicia, la tuya solamente» (versículo 16).

Es posible que nos encontremos sumidos en el desánimo y la desesperación debido a un sufrimiento intenso. Sin embargo, aun en ese estado, siempre podemos aferrarnos a la esperanza (versículo 14), porque el Señor mismo es nuestra esperanza (versículo 5). En particular, el Señor —nuestra esperanza— es el Dios de salvación que nos «aviva» y nos «hace subir de nuevo» cuando estamos en lo más profundo de la desesperación (versículo 20). Él es el Dios que nos consuela (versículo 21). Cuando experimentamos plenamente esta gracia de Dios —que nos aviva, nos levanta y nos consuela—, nosotros, al igual que el salmista, no podemos evitar alabarlo. Dios hará que aquellos que crecen en medio de Su gracia insondable florezcan y lleguen a ser grandes.

Por último, el tercer punto es que, para llegar a ser aún más grandes, debemos proclamar el poder del Señor a las generaciones futuras, incluso cuando envejezcamos y tengamos canas.

Observemos el Salmo 71:18: «Oh Dios, no me desampares aun cuando sea viejo y canoso, hasta que proclame Tu poder a la siguiente generación, Tu fortaleza a todos los que han de venir». Estas palabras revelan claramente que el salmista es una persona mayor (Park Yun-sun). Además, su oración en el versículo 9 —«No me deseches en el tiempo de la vejez; no me desampares cuando mis fuerzas fallen»— confirma su avanzada edad. Él oró para que Dios no lo abandonara aun cuando envejeciera y su cabello se volviera blanco (versículo 18). ¿Por qué oró de esta manera? Porque deseaba proclamar el poder del Señor a las generaciones futuras (versículo 18). Esto demuestra el intenso deseo del salmista de dar testimonio del Señor y compartir el Evangelio, incluso en su vejez, cuando sus fuerzas físicas disminuían (Park Yun-sun).

¡Qué hermosa imagen de la vejez es esta! Aunque sus fuerzas físicas habían disminuido —y seguían haciéndolo—, el salmista permaneció dedicado a proclamar el poder del Señor. Qué hermosa imagen de una persona mayor. Al mirar atrás hacia su vida durante el ocaso de sus años y recordar la gracia inmensurable que Dios le había otorgado, el salmista sintió que no podía evitar proclamar las «grandes cosas» que el Señor había hecho (versículo 19). Nuestro Dios es Aquel que realiza grandes obras en nuestras vidas con "fidelidad" (versículo 22). Además, es el Dios que revela Su grandeza y majestad a través de seres insignificantes como nosotros, llevándonos finalmente a alabarle: "Dios mío, te alabaré con el arpa y cantaré sobre tu fidelidad; oh Santo de Israel, con la lira..." "Alabaré al Señor; cuando le alabe, mis labios gritarán de alegría y mi alma, a la que Él ha redimido, se regocijará" (versículos 22–23).

Durante la reunión de oración de esta mañana temprano, oré por mi hijo mayor, Dillon, en el día de su cumpleaños. Después, quise escribirle una tarjeta, así que redacté una nota breve y sincera. Más tarde, mientras lo llevaba a casa desde la escuela, le entregué la tarjeta. La reacción de Dillon fue simplemente decir: "Gracias". Luego, protegió la tarjeta para que su hermana menor, Yeri, no la viera y así poder leerla en privado. Yeri, curiosa, preguntó: "¿Cómo dibujó papá un corazón en la tarjeta?". Mientras tanto, mi hija menor, Yeeun, me preguntó: "¿Dónde está el regalo de cumpleaños de mi hermano?". En la tarjeta, me dirigí a él llamándolo "Dillon, un hijo precioso amado por Dios" y expresé mi gratitud por el amor restaurador y sanador que Dios nos ha otorgado a través de él. También compartí que mamá y papá oramos para que él esté a la altura del significado de su nombre —"Dillon"— siendo "fiel y veraz" ante Dios. Mi esperanza es que, habiendo recibido la enseñanza de Dios desde temprana edad, ame al Señor, confíe en Él y permanezca firme en Su mano. También oro para que crezca en la gracia inmensurable de Dios, incluso en medio de las muchas dificultades y adversidades que pueda enfrentar en el futuro. Además, oro para que, incluso en su vejez, sea alguien que proclame el poder del Señor a las generaciones venideras.

Aunque sus comienzos parezcan humildes, oro para que Dios haga que su futuro sea verdaderamente grande.

El rey ideal

[Salmo 72]

Se dice que los presidentes se clasifican en seis categorías: el tipo "funcionario erudito", el tipo "administrador", el tipo "director ejecutivo" (CEO), el tipo "político", el tipo "apostador" y el tipo "impulsado por eventos". Entre ellos, los tipos "funcionario erudito", "administrador" y "director ejecutivo" representan la imagen ideal de un presidente, mientras que los tipos "político", "apostador" e "impulsado por eventos" representan la realidad que a menudo se observa en ellos. Algunas figuras e imágenes representativas de cada tipo son: "Funcionario erudito": Jeong Do-jeon, Kim Gu, Lincoln (modelo de libro de texto, ejemplar, culto, digno de imitación, aunque tal vez agobiante); "Administrador": Go Kun, Hwang Hui (estilo primer ministro, competente, administrativo, hábil en tareas asignadas, consejero de Estado); "Director ejecutivo": Chin Dae-je, Moon Kook-hyun, Sohn Hak-kyu, Lee Myung-bak (rasgos femeninos, jefe de gobierno local, democrático, al que le falta ese último 2%, conservador racional); "Político": Daewongun, Park Chung-hee, Hitler (pragmático, tóxico en la cercanía, exige lealtad ciega, demagogia, dictadura); "Apostador": Kim Young-sam, Roh Moo-hyun (estafador, jugador de alto riesgo, carente de sustancia, simplista/obstinado, frívolo); e "Impulsado por eventos": Lee Myung-bak, Roh Moo-hyun (fácilmente engañable, estilo de marketing multinivel, delirante, ruidoso, que avanza arrasando con todo). Paradójicamente, se dice que "el presidente más ideal es el presidente más pragmático reconocido por el propio pueblo" (fuente de Internet).

Hoy, centrándome en el Salmo 72, deseo reflexionar sobre la naturaleza de un "rey ideal" —considerando específicamente dos aspectos clave— y recibir la gracia que Dios provee.

Especialmente ahora que se acercan las elecciones presidenciales tanto en Estados Unidos como en Corea del Sur, espero que, al adoptar las enseñanzas de la Biblia, todos podamos convertirnos en personas capaces de elegir a un presidente ideal.

En primer lugar, un rey ideal juzga con el discernimiento del Señor. Observemos el Salmo 72:1: «Oh Dios, da al rey tu justicia, y al hijo del rey tu rectitud». El salmista, el rey Salomón, suplicó a Dios que le concediera el discernimiento y la rectitud del Señor. El motivo era juzgar al pueblo del Señor con rectitud (versículo 2). Aquí, «tu rectitud» se refiere a una conducta correcta que se ajusta a las normas de Dios (Park Yun-sun). En otras palabras, el rey Salomón deseaba juzgar al pueblo del Señor con justicia, conforme a las normas de Dios (versículo 2). ¿Por qué? Porque sabía que, cuando el pueblo del Señor fuera juzgado con justicia según las normas divinas, Dios les concedería paz (versículo 3). En términos modernos, esto significa que un presidente ideal trae paz a los ciudadanos mediante un gobierno justo que se alinea con las normas de la Palabra de Dios. Si los ciudadanos de una nación no gozan de paz, es porque el presidente (y otros líderes) no están gobernando con rectitud conforme a las normas de la Palabra de Dios. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «El gobierno que trae verdadera paz y orden es teocéntrico; es decir, un gobierno basado en la verdad dada por Dios» (Park Yun-sun).

Entonces, ¿qué significa juzgar al pueblo del Señor con justicia y conforme a las normas de Dios? Podemos encontrar la respuesta en el texto de hoy, el Salmo 72:4: «Él hará justicia a los pobres del pueblo, salvará a los hijos de los necesitados y aplastará al opresor».

(1) Un rey ideal, que juzga al pueblo del Señor con rectitud y conforme a las normas de Dios, hace justicia a los pobres y salva a los hijos de los necesitados.

El rey Salomón explica esto con mayor detalle en el texto de hoy, Salmo 72:12-14: «Porque él librará al necesitado que clama, al pobre y al que no tiene quien le ayude. Tendrá compasión del pobre y del necesitado, y salvará la vida de los necesitados. Redimirá sus

vidas de la opresión y la violencia; y preciosa será su sangre ante sus ojos». Un rey ideal, que juzga al pueblo del Señor con el discernimiento del Señor, no solo siente compasión en su corazón por los necesitados y los pobres desvalidos, sino que también les brinda una salvación tangible (Park Yun-sun). De este modo, otorga libertad y paz al pueblo del Señor. Por el contrario, un rey o líder malvado ejerce un gobierno inicuo y, en última instancia, priva al pueblo de su libertad. Stalin y Hitler fueron ejemplos de ello.

(2) Un rey ideal, que juzga con justicia conforme a las normas de Dios, aplasta a quienes oprimen al pueblo del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 72:4: «Él hará justicia a los pobres del pueblo, salvará a los hijos de los necesitados y aplastará al opresor». Al salvar a los necesitados y a los pobres desvalidos del Señor, el rey ideal los libera dictando sentencia contra sus opresores. En última instancia, pues, incluso los enemigos del pueblo del Señor rinden humilde homenaje al rey ideal elegido por el Señor (v. 9).

En segundo lugar, el rey ideal brinda satisfacción al pueblo del Señor al ejercer el juicio justo del Señor.

¿Qué clase de satisfacción proporciona?

(1) El rey ideal brinda satisfacción al otorgar la gracia de la salvación al pueblo del Señor.

Observemos el Salmo 72:4, el texto de hoy: «Él hará justicia a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos de los necesitados y aplastará al opresor». El pueblo de Dios halla satisfacción en este rey ideal, que los salva juzgando a sus enemigos con el juicio justo del Señor. ¿Por qué salva el rey ideal al pueblo del Señor de sus enemigos? Porque son preciosos para él. Observemos el versículo 14: «Él redimirá sus vidas de la opresión y la violencia, pues su sangre es preciosa a sus ojos».

(2) El rey ideal brinda satisfacción al conceder paz al pueblo del Señor.

Observemos el Salmo 72:3 y 7: «Que los montes traigan paz al pueblo, y las colinas, justicia» (v. 3); «En sus días florecerá el justo, y abundancia de paz perdurará hasta que no haya más luna» (v. 7). La palabra hebrea original para «paz» en este pasaje conlleva dos significados (según Calvino): «paz» y «prosperidad». En última instancia, el pueblo de Dios disfruta de las bendiciones de la paz y la prosperidad por medio del rey ideal. En otras palabras, gracias al rey ideal, el pueblo de Dios llega a disfrutar de «prosperidad» y «abundancia» junto con la paz (versículo 16).

¿Cómo responde al rey ideal el pueblo del Señor, que goza de tal plenitud?

(1) El pueblo del Señor teme a Dios.

Observemos el Salmo 72:5 en el texto de hoy: «Que te teman mientras dure el sol, y mientras dure la luna, por todas las generaciones». Puesto que el rey ideal teme a Dios y gobierna a su pueblo con juicio justo, el pueblo bajo su mandato también teme a Dios.

(2) El pueblo del Señor sirve al rey ideal.

Observemos el Salmo 72:11 en el texto de hoy: «Que todos los reyes se postren ante él y todas las naciones le sirvan». Por supuesto, no es solo el pueblo del Señor quien sirve al rey ideal. Dado que Dios está con el rey ideal —quien juzga con justicia— y le capacita para gobernar el mundo (versículo 8), todas las naciones llegan a servirle. En este servicio, los reyes que están sujetos al rey ideal le ofrecen regalos (versículo 10).

(3) El pueblo del Señor ora continuamente por el rey ideal.

Observemos el Salmo 72:15 en el texto de hoy: «Que viva y se le dé del oro de Sabá; que se ore por él continuamente y se le alabe todo el día». El pueblo del Señor oraba constantemente a Dios, pidiéndole que siguiera bendiciendo a su rey ideal. En particular, se elevaban oraciones por su longevidad —para que «viviera»— y para que las bendiciones de paz y prosperidad reposaran sobre él. Cuando esto sucede, el pueblo del Señor puede seguir disfrutando de la paz. Además, el pueblo del Señor alababa a este rey ideal durante todo el día; en otras palabras, pronunciaban continuamente bendiciones sobre él.

(4) En última instancia, el pueblo del Señor alaba a Dios. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 72:18–19: «Bendito sea el Señor Dios, el Dios de Israel, el único que hace maravillas. Bendito sea su glorioso nombre para siempre». Al final, el pueblo del Señor no se detiene en alabar al rey ideal; en última instancia, ofrecen alabanza a Dios, quien designó y bendijo a ese rey ideal.

¿Qué dice la Biblia acerca del pueblo que tiene un rey ideal, uno que los juzga y gobierna con la justicia del Señor? Veamos el versículo 17: «Que su nombre perdure para siempre; que permanezca mientras dure el sol. Entonces todas las naciones serán bendecidas por medio de él, y lo llamarán bienaventurado». El pueblo que sirve al rey ideal recibe bendiciones a través de él, y todas las naciones lo proclaman bienaventurado. Ese rey ideal no es otro que nuestro Señor Jesucristo. Solo Jesús, el Rey de reyes, es nuestro rey ideal. Él es el Dios que juzga a los impíos y nos salva mediante su justo juicio. Puesto que Él reina sobre nosotros, disfrutamos de paz y de las bendiciones de la prosperidad. Solo Él puede satisfacernos. Por tanto, le reverenciamos y le servimos, le oramos y también le alabamos para siempre.

Los de limpio corazón (1)

[Salmo 73]

Después de comprar un coche nuevo el pasado mes de octubre, les dije a mis hijos que no comieran en el asiento trasero para poder mantenerlo en buen estado. Durante cerca de un año, logré mantener el vehículo limpio sin mayores contratiempos. Sin embargo, hace unas tres semanas, mi hijo mayor, Dillon, vomitó repentinamente una gran cantidad en el asiento trasero. Se había sentido mal y no había podido dormir la noche anterior; finalmente, terminó vomitando dentro del coche. Mi hija mayor, Yeri, se tapó la nariz con la mano debido al olor insoportable, y mi hija menor, Yeeun, también expresó su desagrado ante el hedor. Jaja. Afortunadamente, había una gasolinera cerca; fuimos allí para limpiar aquel desastre maloliente y pasar paños húmedos por todas partes. Tras este incidente, aproveché la oportunidad para compartir con mis hijos algunas palabras de Jesús. Les expliqué que, si bien la comida en sí no es impura cuando entra en nuestro cuerpo, lo que sale de nuestro interior —como aquel vómito— es maloliente e impuro. Intenté enseñarles la importancia de guardar nuestro corazón frente a los malos pensamientos, las mentiras, los celos, la envidia y otras cosas pecaminosas.

Debemos guardar diligentemente nuestro corazón, pues de él mana la vida. Necesitamos proteger nuestro corazón de los elementos pecaminosos de este mundo. Hay tantas cosas pecaminosas a nuestro alrededor que buscan contaminar nuestro corazón. A través de lo que vemos, oímos, sentimos y olemos, nos rodean innumerables tentaciones e influencias pecaminosas que pretenden desviarnos del buen camino y corromper nuestro corazón. Al vivir en este mundo pecaminoso, debemos esforzarnos por mantener la pureza de corazón.

En Mateo 5:8, Jesús dijo: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios». Debemos contarnos entre los bienaventurados: aquellos que tienen un corazón puro y ven a Dios.

En el Salmo 73, el salmista Asaf declara que Dios es ciertamente bueno con aquellos de Israel que son de limpio corazón (versículo 1). No obstante, confiesa que estuvo a punto de tropezar (versículo 2). ¿Por qué estuvo a punto de tropezar? En otras palabras, ¿cuáles son los factores que nos hacen tropezar mientras intentamos mantener un corazón puro? Podemos considerar tres de estos factores. En primer lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar porque fue testigo de la prosperidad de los impíos.

Observemos el Salmo 73:3: «Porque tuve envidia de los arrogantes al ver la prosperidad de los impíos». Asaf se vio tentado a envidiar a los impíos al contemplar su prosperidad. Tal envidia es totalmente comprensible. Una vez alguien me preguntó: «¿Por qué los creyentes en Jesús a menudo luchan contra la pobreza y las adversidades, mientras que los no creyentes poseen grandes riquezas y viven bien, sin mayores problemas?». Aquel creyente anciano parecía profundamente inquieto por esta cuestión. Sin embargo, no es solo él quien alberga tales pensamientos; creo que muchos de nosotros, los cristianos, a menudo lidiamos con el mismo dilema. En esos momentos, Satanás aviva los celos o la envidia en lo profundo de nuestros corazones. Entonces, ¿qué se entiende aquí por la «prosperidad de los impíos»? Significa que, a diferencia de los justos, los impíos están libres de sufrimiento y adversidad (versículo 5). Además, gozan de buena salud (versículos 4 y 5). También viven en paz constante y ven cómo aumentan sus riquezas (versículo 12). ¿Cómo no habríamos de envidiar a los impíos? Bien podríamos preguntarnos: «Si alguien que no cree en Jesús puede vivir tan bien —sano y libre de sufrimiento—, ¿por qué yo soporto constantemente adversidades y dolores tan intensos mientras mi cuerpo se marchita?».

En segundo lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar debido a la arrogancia de los impíos.

Observemos la primera parte del Salmo 73:6: «Por eso el orgullo es su collar…». Asaf no solo observó la prosperidad de los impíos, sino también su arrogancia. Podemos considerar esta arrogancia desde tres perspectivas:

(1) Arrogancia en la acción.

Esto se refiere a la violencia de los impíos. En el versículo 6, Asaf afirma: «la violencia los cubre como un manto». Esto significa que todas sus acciones y expresiones consisten únicamente en la opresión y la explotación despiadada de los demás (Park Yun-sun).

(2) Arrogancia del corazón.

Esto se refiere a la soberbia de los impíos. Observemos el versículo 7: «Sus ojos sobresalen por la gordura; los pensamientos de sus corazones desbordan». ¿Qué sucede cuando uno está bien alimentado? Inevitablemente, uno se vuelve soberbio. En otras palabras, significa que su imaginación no tiene límites, lo que los lleva a acumular riquezas por codicia. En consecuencia, al apropiarse de lo que pertenece a otros, obtienen ingresos que superan con creces lo que cabría esperar (Park Yun-sun).

(3) La arrogancia de la boca.

Esto se refiere al pecado cometido con la boca. Observemos los versículos 8 y 9 del texto de hoy: «Se burlan y hablan con maliciosa opresión; en su arrogancia, amenazan. Sus bocas desafían al cielo y sus lenguas recorren la tierra». ¿Qué significa esto? La frase «sus bocas desafían al cielo» denota su soberbia, actuando como si fueran tan exaltados como los cielos. Por otro lado, «sus lenguas recorren la tierra» alude a su costumbre de proferir palabras maliciosas dondequiera que van.

En tercer lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar debido a las personas que seguían a los impíos.

Veamos el Salmo 73:10-11: «Por eso su pueblo se vuelve hacia ellos y bebe agua en abundancia. Dicen: "¿Cómo puede saberlo Dios? ¿Acaso tiene conocimiento el Altísimo?"». Asaf estuvo a punto de perder el equilibrio al ver surgir una facción que adoptaba e imitaba los pensamientos malvados y la mentalidad arrogante de los impíos: una multitud creciente que seguía a los malvados. Quienes imitaban a los impíos caían en la apostasía; dudaban del gobierno providencial de Dios —en el que antes habían creído— y concluían que Dios era indiferente a los asuntos de este mundo. ¡Qué desafío tan difícil fue este para Asaf! Ver al propio pueblo de Dios apartarse y seguir a los impíos debió de conmover profundamente su corazón, al menos hasta cierto punto. En este punto, la conclusión de Asaf respecto a los impíos fue precisamente esta: «He aquí, estos son los impíos; siempre tranquilos, aumentan sus riquezas» (versículo 12).

¿Cómo reacciona usted cuando presencia tal prosperidad entre los impíos, al verlos constantemente tranquilos y acumulando más riqueza? ¿Se siente desanimado? ¿Se enoja? ¿Los maldice? ¿Cómo reaccionó Asaf al ver esta prosperidad de los impíos?

(1) Sintió que haber mantenido puro su corazón había sido en vano.

Observemos el Salmo 73:13: «Ciertamente en vano he limpiado mi corazón y he lavado mis manos en inocencia». (2) Lamentó su propia vida de aflicción.

Observe el Salmo 73:14: «Pues todo el día he sido azotado y castigado cada mañana».

En última instancia, el factor que suscitó la queja en el corazón del justo fue el contraste entre el florecimiento (prosperidad) de los impíos y su propio estado de aflicción (Park Yun-sun). ¿Qué hizo Asaf ante esta realidad —la prosperidad de los impíos frente a la aflicción

de los justos—? En primer lugar, intentó comprenderla. Dicho de otro modo, se esforzó por sondear la «complejidad de la providencia divina» con su conocimiento limitado (Park Yun-sun). Sin embargo, este esfuerzo acabó provocándole una gran angustia mental (versículo 16).

Los de limpio corazón (2)

[Salmo 73]

¿Qué hizo Asaf en medio de tal angustia? Entró en el santuario de Dios (Salmo 73:17). Al hacerlo, comprendió tres cosas.

En primer lugar, Asaf comprendió cuál es el fin de los impíos.

Observemos el Salmo 73:17: «Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos». ¿Cuál es el fin de los impíos? Es la «ruina» (v. 18), la «desolación» (v. 19), la «destrucción total» (v. 19) y el ser «menospreciados» (v. 20). Veamos los versículos 18 al 20: «Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores. Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despiertes, menospreciarás su apariencia». La prosperidad de los impíos es pasajera. En poco tiempo, caen en la «ruina». Dios soporta pacientemente sus malas obras como si estuviera dormido, pero cuando llega el momento, los castiga como si hubiera «despertado».

En segundo lugar, Asaf comprendió cuál es el fin de los justos.

¿Cuál es el fin de los justos? Observemos el Salmo 73:24: «Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria». El destino final de nosotros, los justos, es que el Señor nos reciba en gloria. Por ello, el apóstol Pablo nos transmite este mensaje de esperanza:

«Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18).

En tercer lugar, Asaf llegó a comprender su propia insensatez e ignorancia.

Observemos el Salmo 73:22: «Se atormentaba mi corazón, y en mi mente sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti». Asaf, quien anteriormente había envidiado la prosperidad de los impíos —albergando un corazón lleno de agitación y de quejas angustiosas y punzantes (versículo 21)—, solo comprendió su insensatez tras entrar en el santuario de Dios (versículo 17). Al darse cuenta de esto, se arrepintió y se reprochó a sí mismo haber actuado como una «bestia» (versículo 22).

Tras comprender el destino de los impíos y su propia identidad ante Dios al entrar en el santuario, Asaf hizo tres hermosas confesiones en los versículos 23 al 28.

La primera confesión fue: «Me has sostenido por mi mano derecha».

Observemos el Salmo 73:23: «Siempre estoy contigo; me has sostenido por mi mano derecha». Asaf, que estuvo a punto de tropezar al ver la prosperidad y la arrogancia de los impíos y de quienes los seguían, fue preservado de la caída porque el Señor sostenía su mano derecha; más aún, fue guiado por el consejo del Señor (versículo 24). Este pasaje revela que, en el santuario, el Señor permitió a Asaf comprender no solo el fin último de los impíos, sino también el destino de los justos: la gloria de la vida venidera.

La segunda confesión fue: «Bueno es para mí acercarme a Dios».

Observemos el Salmo 73:28: «Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en el Señor Dios mi esperanza, para contar todas tus obras». Asaf decidió depositar su

confianza eterna en Dios —la roca de su corazón y su porción eterna—, independientemente de las adversidades que pudieran afrontar su cuerpo y su mente.

La tercera confesión fue: «No deseo a nadie más en la tierra fuera de Ti».

Observemos el Salmo 73:25: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra». El creyente de corazón puro —aquel que verdaderamente ha tenido un encuentro con Dios— no envidia la prosperidad de los impíos en esta tierra, ni peca por arrogancia, ni codicia riquezas, ni busca únicamente saciar su propio vientre por avaricia mientras evita el sufrimiento y el dolor. Por el contrario, tal creyente comprende el fin último tanto de los impíos como de los justos; Sin desear nada de este mundo, vive anhelando únicamente al Señor. Me viene a la mente el himno número 102:

Nada es más precioso que el Señor Jesús; no puede cambiarse por las riquezas (el honor, la felicidad) de este mundo...

1. No puedo olvidar ese amor asombroso: Él murió en mi lugar, cuando yo estaba condenado a la muerte espiritual.
2. Las cosas mundanas que alguna vez disfruté no pueden arrebatarme el amor por el Señor.
3. Aun cuando surgen tentaciones y persecuciones, mi corazón permanece firme en servir al Señor.
(Coro) He dejado atrás todos los placeres y las vanidades del mundo; nada es más precioso que el Señor Jesús; no hay nadie fuera de Jesús.

Así como Satanás estuvo a punto de hacer tropezar a Asaf —un hombre de corazón puro—, él se esfuerza por hacernos tropezar mediante la prosperidad y la arrogancia de los impíos, y a través de quienes los siguen. En tales momentos, debemos —al igual que Asaf— entrar en el santuario de Dios. Allí, debemos comprender cuál será el fin último de los impíos y de los justos. También debemos reconocer nuestra propia insensatez e ignorancia, tal como lo

hizo Asaf. Cuando lo hagamos, nosotros también podremos expresar hermosas confesiones como las suyas: «Has sostenido mi mano derecha», «Me es bueno acercarme a Dios» y «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra».

¡Señor, acuérdate!

[Salmo 74]

Eran Katz, oriundo de Jerusalén y poseedor de un récord mundial Guinness (1998) de memoria —tras memorizar un número de 500 dígitos después de escucharlo una sola vez—, es un experto en desarrollo cerebral. Ha forjado una reputación internacional impartiendo cerca de 1.000 talleres para reconocidas corporaciones multinacionales y organizaciones como Motorola, IBM, Microsoft y Coca-Cola. En su libro *Jerome Becomes a Genius* (publicado por Golden Bough), aborda los métodos de desarrollo cerebral transmitidos entre el pueblo judío, destacando dos características clave: la «imaginación» y la «incomodidad». El concepto de imaginación es relativamente fácil de comprender; resulta lógico pensar que el uso continuo de la imaginación evita que el cerebro se oxide, previniendo así el deterioro de la memoria y mejorando la retención de información. Sin embargo, la idea de la «incomodidad» es menos intuitiva. Katz sostiene que estudiar o trabajar en una postura incómoda puede, de hecho, arrojar mejores resultados. Sugiere que, cuando nos acostumbramos a un estado de comodidad, dejamos de utilizar activamente el cerebro. Según Katz, una técnica preferida por los judíos es estudiar de pie o balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Él explica: «El balanceo del cuerpo aporta oxígeno al cerebro y el movimiento físico lo estimula; algo parecido a cómo a menudo se nos ocurren mejores ideas mientras caminamos». Existe un dicho en el Talmud: «Si no puedes soportar el dolor de aprender, sufrirás el dolor de la ignorancia». En última instancia, aunque a menudo se comenta que los judíos son inteligentes —como señaló Katz—, he llegado a pensar que esto no se debe a la genética ni al linaje. Más bien, puede derivar de los métodos de desarrollo cognitivo que cultivaron para sobrevivir a una historia trágica, como el

Holocausto. En este sentido, podemos afirmar que la incomodidad o el dolor, en realidad, favorecen nuestra memoria.

En el Salmo 74, vemos al salmista y al pueblo de Israel sufriendo a manos de sus enemigos: adversarios del Señor. Debido a la opresión, habían caído en la pobreza y la miseria (versículo 21). En medio de esta situación, vemos al salmista clamando a Dios y lamentándose: «¿Por qué nos has desechado para siempre?» (versículo 1), al tiempo que suplica: «¡Señor, acuérdate!». (versículos 2, 18, 20). Centrándome en el texto de hoy y en el tema «¡Señor, acuérdate!», quisiera resumir y reflexionar sobre tres peticiones específicas que el salmista hizo a Dios. Mi esperanza es que, al hacerlo, el acto de Dios de recordar se convierta en nuestra propia fuente de memoria en tiempos de sufrimiento.

En primer lugar, la petición del salmista fue: «¡Acuérdate de tu congregación!»

Observemos el Salmo 74:2: «Acuérdate de tu congregación, la que adquiriste desde tiempos antiguos, la que redimiste para que fuera la tribu de tu heredad; y acuérdate del monte Sion, donde has habitado». El salmista clama al Señor —el Pastor del pueblo de Israel, su rebaño— preguntando por qué la obra salvadora de Dios ha estado ausente a pesar de su prolongado sufrimiento: «Oh Dios, ¿por qué nos has rechazado para siempre? ¿Por qué humea tu ira contra las ovejas de tu prado?» (Versículo 1). En medio de esta situación, suplicó a Dios que se acordara del sufriente pueblo de Israel, que es la congregación del Señor (Versículo 2). ¿Había olvidado Dios realmente a su pueblo, Israel? ¿Acaso los abandonó mientras soportaban un sufrimiento tan prolongado? Veamos Isaías 49:15: «¿Puede una mujer olvidar a su niño de pecho y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella lo olvidara, yo no te olvidaré». Ciertamente, Dios no había olvidado al pueblo de Israel. Lo sabemos porque, tal como se dijo a través del profeta Isaías, nuestro Dios prometió: «Yo no te olvidaré» (Versículo 15).

Entonces, ¿por qué Dios se acuerda de su pueblo en lugar de olvidarlo? El pasaje de hoy —Salmo 74:1-2— ofrece dos razones:

(1) Porque Dios es nuestro Pastor y nosotros somos sus ovejas.

Observemos el Salmo 74:1: «...contra las ovejas de tu prado...». Un pastor nunca olvidaría a sus ovejas. Nuestro Señor, que es nuestro Pastor, se acuerda de nosotros para siempre. Veamos Juan 10:27: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen».

(2) Porque Dios nos ha redimido y nos ha hecho su propia posesión. Observemos el texto de hoy, el Salmo 74:2: «Tu congregación, que adquiriste desde tiempos antiguos, que redimiste para que fuera la tribu de Tu heredad...». ¿Cómo podría Dios, quien nos redimió comprándonos con la preciosa sangre de Jesucristo y nos hizo Sus hijos, olvidarse de nosotros? El Señor se acuerda de ti y de mí. Aunque a veces cuestionemos si Él nos ha olvidado —pensando que Su liberación se demora mientras soportamos un dolor, una adversidad y un sufrimiento prolongados—, nuestro Dios se acuerda de nosotros para siempre. Miremos el Salmo 139:17-18: «¡Cuán preciosos son, oh Dios, Tus pensamientos para mí! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los contara, serían más numerosos que la arena; cuando despierto, todavía estoy contigo». ¿Cómo podría el Dios que tanto nos ama y piensa constantemente en nosotros innumerables veces dejar de recordarnos o permitir que nos borremos de Su mente?

En segundo lugar, la petición del salmista fue: «¡Acuérdate de los enemigos del Señor!».

Observemos el Salmo 74:18: «Acuérdate de esto, oh Señor: cómo el enemigo ha injuriado, y cómo un pueblo insensato ha blasfemado Tu nombre». El salmista rogó a Dios no solo que se acordara de Su pueblo, Israel, sino también de los enemigos que perseguían a Israel e injuriaban al Señor (versículos 18 y 22). En otras palabras, pidió a Dios que no olvidara a los enemigos de Israel —que eran también los enemigos del Señor— y que los juzgara. Este es

un patrón recurrente que observamos al meditar en los Salmos: el salmista oraba para que Dios salvara a Israel mediante Su amor y misericordia, y para que juzgara a los enemigos de Israel mediante Su santidad y justicia. La Biblia afirma que los enemigos de Israel y del Señor mencionados en el pasaje de hoy «causaron estragos en el santuario» (versículo 3). Estos enemigos —aquellos que se oponían al Señor— provocaron un gran alboroto en Su santuario (versículo 4; Park Yun-sun) y devastaron el templo (versículo 3). Además, destruyeron despiadadamente el templo de Dios, tal como leñadores que talan un bosque a hachazos (versículos 5-6; Park Yun-sun). Incluso incendiaron el santuario de Dios y profanaron el templo (versículo 7). Observemos el versículo 8: «Dijeron en su corazón: "¡Destruyámoslos por completo!", y quemaron todos los lugares de reunión de Dios en la tierra». Los enemigos del Señor buscaban la aniquilación total del pueblo de Dios. En consecuencia, incendiaron todos los lugares de culto en la tierra donde habitaban los israelitas. ¡Qué despiadados fueron estos enemigos, tanto de nosotros como del Señor! Se oponen al Señor y también al pueblo de Israel —el pueblo del Señor—, así como a nosotros. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tiempos como estos?

(1) Así como el apóstol Pablo se llenó de indignación al ver los numerosos ídolos en la ciudad de Atenas, nosotros debemos sentir indignación al contemplar nuestras iglesias hoy en día.

¿Hasta qué punto está siendo profanado el templo de Dios? ¿Qué tan extendido está el pecado? ¿Vemos el santo santuario de Dios cayendo en ruinas? Una santa indignación debe encenderse en nuestro interior.

(2) Debemos poseer el corazón de quien llora (Park Yun-sun).

Debemos llorar al contemplar la iglesia actual. Necesitamos derramar lágrimas de arrepentimiento, enfrentándonos —aunque sea parcialmente— a la realidad de que el santo

templo del Espíritu de Dios está siendo profanado y devastado, y viéndolo a través de los ojos santos de Dios.

(3) Debemos ser capaces de sentir una soledad espiritual al presenciar la desolación de la iglesia (Park Yun-sun).

El salmista, en el pasaje de hoy, contempló las ruinas de Jerusalén y del templo y sintió una profunda sensación de soledad, como si Dios se hubiera alejado (versículo 3; Park Yun-sun). Por ello, suplicó fervientemente a Dios: «No vemos nuestras señales; ya no hay profeta, ni hay entre nosotros quien sepa cuánto durará esto. ¿Hasta cuándo, oh Dios, se burlará el adversario? ¿Injuriará el enemigo tu nombre para siempre? ¿Por qué retiras tu mano, tu mano derecha? Sácala de tu seno y destrúyelos» (versículos 9–11). Él oró fervientemente pidiendo el juicio de Dios, preguntando cuánto tiempo más el Señor se limitaría a observar mientras sus adversarios —quienes causaban la desolación del santuario de Dios y deshonraban su nombre— continuaban insultando al Señor y devastando su templo durante aquella oscura era espiritual, carente de señales o profetas; preguntó cuándo el Señor los juzgaría con su poderosa diestra. También suplicó a Dios: «No olvides el clamor de tus adversarios, el tumulto de los que se alzan contra ti, que asciende continuamente» (v. 23). No debemos olvidar: nuestro Dios santo y justo es quien ciertamente juzgará a nuestros enemigos —y a los enemigos del Señor—. Aunque a nuestros ojos su juicio parezca demorarse, el Señor es un Dios santo y justo que juzgará infaliblemente a nuestros enemigos y a sus adversarios a su debido tiempo. Consideremos Isaías 13:11: «Castigaré al mundo por su maldad, a los impíos por su iniquidad; pondré fin a la arrogancia de los soberbios y humillaré la altivez de los despiadados».

Finalmente, la tercera petición del salmista fue: «¡Acuérdate de tu pacto, oh Señor!».

Observemos el Salmo 74:20: «Ten en cuenta el pacto, porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de guaridas de violencia». En los versículos 12 al 17 de este pasaje, vemos

al salmista elevar su súplica apoyándose en la fidelidad de Dios y recordando la gracia que Dios otorgó al pueblo de Israel en el pasado. En otras palabras, en medio del sufrimiento y la oscuridad presentes, el salmista buscaba la salvación y la ayuda de Dios rememorando la gracia fiel que Dios había mostrado en tiempos pasados. A lo que se aferraba firmemente era al propio pacto que Dios había establecido con el pueblo de Israel. Así como el Dios fiel no olvidó el pacto y salvó misericordiosamente a los israelitas cuando atravesaron tiempos de oscuridad en el pasado, el salmista rogaba a Dios que recordara su pacto y salvara al pueblo de Israel —a quien amaba y había elegido— de la oscuridad del presente. De este modo, oraba para que el pueblo pobre y necesitado de Israel pudiera alabar el nombre del Señor (versículo 21).

Nuestro Dios es un Dios fiel que mantiene firmemente el pacto que ha hecho con nosotros. Observemos el Salmo 89:28: «Mantendré mi misericordia para con él para siempre, y mi pacto con él permanecerá firme». Dios nos ama con un amor inmutable y sostiene fielmente el pacto que ha establecido con nosotros. Incluso cuando las dificultades y adversidades inesperadas de la vida nos hacen sentir envueltos en tinieblas, debemos aferrarnos a las promesas fieles de Dios. Por muy desesperada que parezca la situación o muy incierto que se vea el futuro, debemos recordar el pacto de Dios. Personalmente, me aferro a las palabras de Números 23:19, hallando en ellas fortaleza y esperanza: «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. ¿Acaso dice algo y no lo hace? ¿Promete algo y no lo cumple?». También me aferro a Isaías 55:11: «Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo deseo y cumplirá el propósito para el cual la envié».

Dios nunca nos olvida —a nosotros, a quienes ha amado, elegido y reclamado como suyos. Él también tiene presentes a nuestros enemigos; Él no los olvida. Por tanto, Él es el Dios que ciertamente los juzgará a su debido tiempo. Además, es el Dios que recuerda el pacto que hizo con nosotros. Debemos tener presente a este Dios y no olvidar jamás el pacto que estableció con nosotros por medio de Jesucristo. Debemos aferrarnos a las promesas que

nos ha dado e invocarlo con fe. Al hacerlo, disfrutaremos de la gracia de la salvación, pues el Señor nos librará al juzgar a los impíos.

Dios como Juez

[Salmo 75]

Ayer, martes por la mañana, mientras revisaba las noticias en línea de CNN, encontré un reportaje en el que un bombero describía los recientes incendios forestales del sur de California diciendo: "Se sentía como presenciar el fin del mundo". ¿Qué tan graves habrán sido los incendios para que él dijera eso? Hasta el día de hoy, hay incendios activos en unos 16 lugares y se ha ordenado la evacuación de sus hogares a aproximadamente un millón de personas. Las noticias de esta mañana también informaron que, tan solo en San Diego, los daños materiales causados por los incendios ya ascienden a unos mil millones de dólares. Ayer, nuestra iglesia fue sede de una reunión de pastores de nuestro presbiterio y conocí a varios de ellos; un pastor que vive en Santa Clarita tuvo que evacuar su casa y actualmente se aloja con sus suegros. Otro pastor compartió la historia de un miembro de su congregación que evacuó; cuando regresaron más tarde para ver cómo estaba su casa, descubrieron que los bomberos habían logrado extinguir las llamas justo en el patio trasero —o casi en la puerta de entrada—, salvando así la vivienda de quemarse por completo. La prima menor de mi esposa también evacuó desde San Diego y se está quedando en casa de mi cuñada. Al ver las noticias de NBC ayer, observé con qué intensidad ardían los incendios; una pieza de acero de un automóvil estacionado frente a una casa se había derretido y, tras el paso del fuego, el metal fundido se había enfriado formando una figura plana y afilada, semejante a un cuchillo. Al ver estas escenas, me puse a reflexionar sobre el fin del mundo, tal como lo había hecho aquel bombero. Comencé a contemplar cómo sería realmente ese "fin del mundo" que él describió. Lucas 17:29-30 dice: "El día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos. Así será el día en que se manifieste el

Hijo del Hombre". La Biblia profetiza claramente la destrucción del mundo y un juicio por fuego.

He reflexionado sobre este juicio centrándome en Hechos 17:31, específicamente en el hecho de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y lo nombró Juez de todo el mundo. Dios ha "establecido un día en el que juzgará al mundo con justicia" por medio de Jesús. Esta verdad nos ofrece dos lecciones: la primera es "¡Arrepiéntanse!". y segundo: «¡Cree en Jesús y sé salvo!». El salmista también habla de Dios como Juez en el pasaje de hoy, el Salmo 75:7: «Dios es el juez: a uno humilla y a otro exalta». Nuestro Dios justo es quien juzga con equidad en «el tiempo señalado» (versículo 2). Al meditar hoy sobre este Juez justo —Dios— desde dos perspectivas, espero que recibamos las enseñanzas que Él tiene para nosotros.

En primer lugar, Dios, como Juez, es quien humilla.

¿A quiénes humilla Dios, el Juez? La Biblia los identifica como los jactanciosos y los impíos. Observemos el Salmo 75:4: «Dije a los jactanciosos: “No se jacten”; y a los impíos: “No alcen su cuerno”». A estos individuos arrogantes y malvados también se les puede describir como soberbios. Por ello, el salmista se dirige a ellos diciendo: «No alcen en alto su cuerno; no hablen con cerviz erguida» (v. 5). El problema de estas personas soberbias es que se exaltan a sí mismas (v. 6). El apóstol Pablo señaló que, en los tiempos peligrosos de los últimos días, la gente sería «jactanciosa» (2 Timoteo 3:2). En estos días finales, las personas se jactan de sí mismas en lugar de hacerlo de Dios, y se exaltan a sí mismas en vez de manifestar la gloria de Dios (Jeremías 9:23–24). Al albergar pensamientos que van más allá de lo debido (Romanos 12:3), se alaban a sí mismas con sus propios labios (Proverbios 27:2) y se enaltecen.

¿Cómo ve Dios, entonces, esta soberbia? Consideremos Proverbios 8:13: «El temor del SEÑOR es aborrecer el mal; yo aborrezco la soberbia y la arrogancia, la conducta malvada y el hablar perverso». La Biblia declara que Dios aborrece la soberbia. En consecuencia,

derrama su ira sobre los pecadores que son arrogantes, soberbios e impíos. El salmista describe esta realidad: «En la mano del SEÑOR hay una copa llena de vino espumoso mezclado con especias; Él lo derrama, y todos los impíos de la tierra lo beben hasta las heces» (Salmo 75:8). Dios derrama la copa de su ira sobre los impíos soberbios y corta el «cuerno de los impíos» —es decir, su poder (v. 10)—, haciendo finalmente que «se deshagan» (v. 3). En segundo lugar, Dios, que es el Juez, es quien exalta.

¿A quiénes exalta Dios, el Juez? Exalta a aquellos que se humillan; es decir, a los que son humildes delante del Señor. Por eso, el apóstol Santiago dijo: «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (Santiago 4:10). Observemos Santiago 4:6: «Pero él da mayor gracia. Por esto dice: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes"». ¿Qué caracteriza, entonces, a quienes se humillan delante del Señor?

(1) Dan gracias al Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 75:1: «¡Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos! Pues tus maravillosas obras proclaman que tu nombre está cerca…». La razón por la que el salmista y el pueblo de Israel daban gracias a Dios era que «tu nombre está cerca» (v. 1). En otras palabras, daban gracias porque experimentaban la presencia del Señor. Para ellos, la presencia de Dios significaba salvación, por lo que le ofrecían gracias. La presencia de Dios —el Juez justo— significa, en última instancia, destrucción para los impíos y salvación para los justos. Por tanto, el salmista, junto con el pueblo de Israel, daba gracias humildemente a Dios.

(2) Los humildes alaban al Señor.

Observemos el Salmo 75:9: «Pero yo anunciaré siempre, cantaré alabanzas al Dios de Jacob». Con la confianza de que Dios —el Juez justo— manifestaría su presencia para

destruir a los impíos soberbios y salvar a los justos humildes, el salmista decidió y se comprometió a alabar a Dios con fe.

(3) Los humildes proclaman las obras maravillosas del Señor.

Observemos la última parte del Salmo 75:1 en el texto de hoy: «...los hombres proclaman tus obras maravillosas». El salmista declara que el pueblo de Dios proclamará las obras asombrosas («maravillosas hazañas») de Dios, quien, mediante su presencia, derrama su ira en juicio sobre los soberbios mientras salva a su pueblo humilde.

¿Cómo exalta Dios a los humildes que dan gracias y alabanza al Señor y proclaman sus maravillosas hazañas? El Señor los afirma. Observemos la primera parte del Salmo 75:3: «Yo he afirmado las columnas de la tierra...». El Señor afirma a los humildes. Mientras el Señor abate a los soberbios, afirma a los humildes, y los afirma con firmeza. Por consiguiente, aun cuando llegue el día del juicio ante la presencia del Juez, Dios se asegura de que su pueblo humilde permanezca inconmovible. Nuestro Dios, el Juez, exaltó grandemente a Jesús —quien «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» y quien «se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte» en la cruz—: «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:7-8). Por tanto, como discípulos de Jesús, nosotros también debemos imitarle despojándonos de nosotros mismos y humillándonos. Debemos asimismo «obedecer» humildemente a Dios, tal como lo hizo Jesús. A su debido tiempo, Dios nos exaltará, así como exaltó a Jesús.

Dios se da a conocer a nosotros

[Salmo 76]

¿Qué es la revelación? Revelación significa «dar a conocer algo que estaba oculto» (muy parecido a correr una cortina para mostrar lo que hay detrás). El término se utiliza generalmente en el contexto de la «revelación divina», enfatizando específicamente la naturaleza de Dios —quien es la Verdad— dándose a conocer a sí mismo («autorrevelación»). Dios se revela intencionalmente a nosotros. Por eso Agustín dijo: «Creo para entender» (*Credo ut intelligam*). Existen dos tipos de revelación: la «revelación general» y la «revelación especial». La revelación general también se denomina «revelación natural» porque se transmite universalmente a toda la humanidad a través del mundo natural. El mundo natural creado por Dios refleja su existencia y sus principios. La revelación especial también se llama «revelación sobrenatural» porque se transmite a personas específicas mediante medios sobrenaturales. La revelación especial es más directa y clara que la general; complementa, reafirma enfáticamente e interpreta correctamente la revelación general. La gracia de Dios a través de la revelación especial es esencial para la salvación de los pecadores, ya que, bajo los principios de la revelación general, el pecador solo enfrenta el juicio y la destrucción.

En el pasaje de Gálatas 1:11-12, leído durante la reunión de oración de esta mañana, está escrito: «Quiero que sepan, hermanos y hermanas, que el evangelio que prediqué no es de origen humano. No lo recibí de ningún hombre ni se me enseñó; más bien, lo recibí por revelación de Jesucristo». En su carta a los creyentes de la iglesia de Galacia, el apóstol Pablo se dirige a quienes seguían un «evangelio diferente» (v. 6), afirmando que el «evangelio

de Cristo» (v. 7) que él proclamaba no se originó en la «voluntad humana» (v. 11). En otras palabras, declaró que el evangelio de Cristo no fue aprendido de otros ni enseñado por hombres, sino que provino «por revelación de Jesucristo» (v. 12).

Nuestro Dios es un Dios que se revela a sí mismo. En pocas palabras, Él desea darse a conocer a nosotros. En el Salmo 76:1, el salmista declara que Dios se ha dado a conocer en Judá. El Dios supremamente grande y glorioso se reveló a Su pueblo Israel, un pueblo que era poco numeroso. Al meditar en cuatro aspectos de este Dios que se ha revelado, oro para que todos lleguemos a conocerle más profundamente.

En primer lugar, el Dios que se nos revela es un Dios de ira.

Consideremos el Salmo 76:7: «¡Tú, sí, Tú eres temible! ¿Quién podrá mantenerse en pie ante Ti cuando se encienda Tu ira?». Dios derrama Su ira sobre los enemigos de Su pueblo Israel, quienes son, de hecho, Sus propios enemigos. En consecuencia, Él destroza sus flechas, escudos, espadas y armas de guerra (v. 3). En otras palabras, este Dios de ira derrota y destruye a los enemigos de Israel. El salmista escribe: «Ante Tu reprensión, oh Dios de Jacob, tanto el carro como el caballo quedaron sumidos en un sueño profundo» (v. 6). Jesús es quien reprendió a la tormenta y la calmó; Dios ha señalado un día para juzgar al mundo entero y ha establecido a Jesús como el Juez. En Su juicio sobre los impíos, Él derrama Su ira, y ellos son condenados al castigo eterno.

El salmista declara que este Dios de ira refrena la ira humana (versículo 10). Esto implica que Dios se ciñe con la ira humana (Park Yun-sun). Decir que Dios se ciñe con la ira humana significa que Él utiliza la ira humana para revelar Su propia gloria. La ira humana que Dios permite aquí se refiere a la ira de los enemigos de Israel; Dios permite y emplea esta ira malvada para provocar finalmente su destrucción, haciendo así que Su pueblo presencie la ruina de los impíos y le ofrezca alabanza. En última instancia, Dios usa la ira de los impíos como ocasión para derramar Su propia ira santa. Así, al destruir a los impíos, manifiesta Su

santidad y justicia a Su pueblo. Al experimentar la presencia de Dios de esta manera, el pueblo de Israel no puede evitar alabarlo (versículo 10). Él es el Dios que utiliza incluso la ira de los impíos para derramar Su ira sobre ellos, revelando así Su gloria.

Cuando contemplamos a este Dios de ira, debemos comprender la necesidad de temerle. Nuestro Dios es Aquel a quien se debe temer (versículo 7). El salmista se refiere a Dios como aquel a quien se debe temer (versículo 11). Él es el Dios que infunde terror en los corazones de los reyes de la tierra (versículo 12). No debemos olvidar que el Dios a quien debemos reverenciar es el Dios que reprende nuestras iniquidades. Consideremos el Salmo 39:11: «Cuando con reprensiones castigas al hombre por su iniquidad, haces que se consuma su belleza como la polilla; ciertamente todo hombre es solo un soplo (Selah)». Por tanto, debemos temer la reprensión de Dios en su ira: «Oh SEÑOR, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor» (38:1).

En segundo lugar, el Dios que se nos revela es el Dios que salva.

Consideremos el Salmo 76:9: «Cuando Dios se levantó para juzgar, para salvar a todos los mansos de la tierra (Selah)». Dios, el Juez, «hizo oír juicio desde los cielos» (v. 8), derramando su ira sobre los impíos para destruirlos mientras salvaba a su pueblo. Él es el Dios que salva; específicamente, el Dios que salva a los mansos. En otras palabras, Dios salva a los humildes. ¿Quiénes son estos humildes? El término «mansos» se refiere a los creyentes que, en medio de la tribulación y la persecución, se han humillado y han llegado a depender únicamente de Dios (Park Yun-sun). Podemos identificar cuatro características de estos creyentes humildes —aquellos que han humillado sus corazones y han llegado a confiar solo en Dios— tal como se describen en el texto de hoy: (1) Los humildes son aquellos que conocen a Dios (v. 1). Puesto que conocen a Dios, no pueden evitar ser humildes. (2) Los humildes son aquellos que habitan en la morada del Señor (v. 2). En otras palabras, son aquellos que habitan en la presencia del Señor o caminan con el Señor. (3) Los humildes son aquellos que temen a Dios (v. 7). Y (4) los humildes son aquellos que alaban al Señor (v.

10). Dios salva a estas personas humildes; las salva rechazando y destruyendo a los soberbios: aquellos que se oponen a los humildes y los persiguen, o los de «corazón obstinado» (v. 5). Dios es quien exalta a los humildes (Salmo 75). El apóstol Santiago afirmó: «Pero Él da mayor gracia. Por eso dice: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes"» (Santiago 4:6). Dios es quien se opone a los soberbios y otorga gracia a los humildes. Esa gracia que Él concede es precisamente la «salvación». Respecto al celo de Dios por la salvación de los humildes, Juan Calvino señaló: «Es imposible que Dios abandone a quienes son injustamente oprimidos, así como es imposible que Él se niegue a sí mismo» (Calvino).

En tercer lugar, el Dios que se nos revela es un Dios glorioso y majestuoso.

Consideremos el Salmo 76:4: «Glorioso eres tú, más majestuoso que los montes de presa». En el hebreo original, la palabra traducida como «glorioso» significa estar «vestido de luz». Esto simboliza una manifestación de poder que trasciende el alcance humano (Dan. 2:22; 1 Tim. 6:16) (Park Yun-sun). Este Dios glorioso se muestra majestuoso ante su pueblo escogido al derrotar a las naciones que se dedicaban al pillaje y al asegurar la victoria para salvar a su pueblo (Park Yun-sun). Ante este Dios victorioso y majestuoso, los «valientes de corazón» o «guerreros» quedan impotentes (v. 5).

Por tanto, el salmista nos exhorta a «hacer votos al SEÑOR nuestro Dios y cumplirlos»: «Haced votos al SEÑOR vuestro Dios y cumplidlos; que todas las naciones vecinas traigan ofrendas a Aquel que es digno de temor» (v. 11). El pueblo de Dios, tras haber recibido la gracia de la salvación —mediante la cual Dios salvó a Israel derrotando a las naciones gentiles saqueadoras—, debe hacer votos a Dios y cumplirlos. Además, el salmista declara que todas las naciones vecinas también deben ofrecer presentes a Dios. Debemos reflexionar sobre la gracia salvadora de este Dios majestuoso y atribuirle honor y gloria. Debemos cumplir nuestros votos y ofrecer nuestros dones a Dios con sincera devoción. Al considerar el hecho de que el Dios glorioso derramó sobre su Hijo unigénito, Jesús, la ira

destinada a pecadores como nosotros —otorgándonos así la gracia de la salvación y considerándonos preciosos—, debemos ofrecernos a Él como sacrificios vivos. Debemos consagrarnos al Señor tal como somos.

En cuarto y último lugar, el Dios que se nos revela es un Dios grande.

Observemos el Salmo 76:1: «Dios es conocido en Judá; grande es su nombre en Israel». Dios reveló su gloria y honor al derramar su ira sobre los enemigos de Israel —destruyéndolos y salvando a su pueblo— para que los israelitas llegaran a conocerle. El salmista, que conocía a este Dios, confesó: «Grande es su nombre en Israel» (v. 1). Dios, quien eligió y amó a Israel —la más pequeña de todas las naciones (Deuteronomio 7:6–8)—, reveló su gran nombre al mundo entero al destruir una nación extranjera (Asiria), tal como había revelado su gloria durante el Éxodo al redimir a Israel de la mano del Faraón con su mano poderosa. ¿Acaso este mismo Dios —que, siendo el más grande, mostró un amor y una gracia salvadora tan inmensos hacia el más pequeño de los pueblos— no nos ama también a nosotros (que somos igualmente pequeños o insignificantes) con ese mismo gran amor, salvándonos y librándonos mediante una gracia que nos socorre en momentos de necesidad? ¿Cómo debemos responder a este gran amor de Dios? En primer lugar, debemos alabar al Señor (v. 10). También debemos temer al Señor (versículos 7, 11 y 12). En tercer lugar, debemos ser humildes ante el Señor (versículo 9). En cuarto lugar, debemos servir al Señor con todo nuestro corazón, mente, devoción y entrega (versículo 11).

Hoy, de camino al hogar de ancianos, Yae-eun dijo que quería ver a una de las ancianas de nuestra iglesia y sugirió que visitáramos únicamente a esa persona. Cuando pregunté: «¿Por qué?», ella explicó que, dado que las otras señoras no podían hablar ni reconocernos, quería visitar solo a aquella que sí podía conversar. Le respondí a Yae-eun: «Si hacemos eso, la señora que no puede hablar podría sentirse triste. Aunque ella no nos reconozca, Dios sabe todo acerca de nuestro encuentro con ella». Estoy convencida de que, aunque la señora

Park haya perdido toda memoria debido a la demencia, Dios no ha olvidado a su amada hija; Él se acuerda de ella.

Aunque no comprendamos plenamente las cosas cuando Dios se revela, me aferro a las palabras de 1 Corintios 8:3: «Pero si alguno ama a Dios, es conocido por Él». Y la esperanza que tenemos es esta: «...ahora conozco en parte; pero entonces conoceré plenamente, tal como fui conocido» (13:12). Con esta esperanza, oro para que tanto tú como yo sigamos creciendo hoy en el conocimiento de Dios.

Clamaré a Dios con mi voz

[Salmo 77]

Al prepararnos para el nuevo año, hemos elegido el lema: «¡Dedíquense a la oración!». Este lema se basa en Hechos 1:14: «Todos ellos perseveraban unánimes en oración, junto con las mujeres, con María la madre de Jesús y con sus hermanos». Deseamos congregarnos como los creyentes de la iglesia primitiva, unidos de corazón, y orar aferrándonos a la Palabra de promesa.

Juan Calvino expuso cinco premisas sobre la oración: (1) Es una invitación llena de gracia por parte de Dios. Dios toma la iniciativa en la oración; Él nos ha dado sus promesas y nos ha mandado orar. (2) Jesús como Mediador. Toda oración es posible gracias a la obra de reconciliación e intercesión de Cristo. Para que una oración sea aceptable y agradable a Dios, debe ser santificada por Jesús, nuestro Mediador. (3) La indispensable Palabra de Dios. Nuestras oraciones deben fundamentarse, formarse y guiarse por la Palabra de Dios. La oración implica clamar a Dios mientras nos aferramos a las promesas que Él nos ha dado y confiamos en ellas. «Orar sin creer en la Palabra de promesa es simplemente fingir que se ora». (4) El papel del Espíritu Santo. Romanos 8:26 explica esta premisa: «De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos qué debemos pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras». (5) La importancia de la fe. La fe es el fundamento y una condición necesaria para la verdadera oración. «La fe se fortalece con la oración, y la oración se nutre de la fe».

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 77:1, el salmista declara: «Clamé a Dios con mi voz; a Dios clamé con mi voz, y Él me escuchó». Centrándome en este versículo y en el título «Clamaré a Dios con mi voz», quisiera reflexionar sobre dos aspectos de la oración del salmista y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, consideremos *cuándo* clamó el salmista a Dios con su voz. Hay dos puntos que vale la pena destacar. En primer lugar, el salmista clamó a Dios con su voz cuando su alma se negaba a ser consolada.

Observemos el Salmo 77:2: «En el día de mi angustia busqué al Señor; de noche mi mano se extendía sin cesar; mi alma se negaba a ser consolada». En medio de la profunda angustia de una crisis nacional que enfrentaba Israel, el salmista no bajó las manos en oración; por el contrario, persistió hasta que Dios le respondió. En este estado de oración ferviente, confesó que se negaba a aceptar consuelo para su alma hasta que Dios respondiera a su súplica. En otras palabras, afirmaba que su alma *solo* podría hallar consuelo cuando Dios respondiera a su oración. ¿Cuál era el estado del alma del salmista al negarse a recibir consuelo?

(1) El espíritu del salmista estaba herido. Observemos el Salmo 77:3, el texto de hoy: «Me acordaba de Dios, y me conmovía; me quejaba, y desmayaba mi espíritu (Selah)». La afirmación de que su espíritu desmayaba —o estaba abrumado— significa que el alma del salmista estaba llena de ansiedad y aflicción. ¿Por qué, entonces, el alma del salmista estaba ansiosa y afligida? Porque pensaba en Dios. En otras palabras, se sentía turbado y abrumado porque le parecía que Dios no estaba actuando como lo había hecho en el pasado; como si hubiera escondido su rostro o estuviera enojado (Park Yun-sun).

(2) El salmista se encontraba en profunda aflicción.

Observemos el Salmo 77:4, el texto de hoy: «Me mantienes los ojos abiertos; estoy tan turbado que no puedo hablar». El salmista sufría tal agonía que ni siquiera podía hablar. No lograba conciliar el sueño mientras agonizaba y meditaba, incapaz de comprender por qué no cesaba el sufrimiento que padecía (Park Yun-sun). Sin embargo, esos momentos —cuando somos incapaces de hablar debido al insomnio y la angustia en medio de un sufrimiento interminable— pueden ser, en realidad, una oportunidad inmejorable para escuchar la voz del Señor hablándonos.

Puede haber momentos en los que nosotros, al igual que el salmista, estemos tan afligidos y nuestros espíritus tan abrumados que nos neguemos a ser consolados. En tales ocasiones, ninguna palabra ni acción de consuelo proveniente de otros puede brindarnos alivio; nuestros corazones incluso rechazan el consuelo que nos ofrecen los seres queridos que nos rodean. En momentos así, solo Dios puede consolarnos. Por eso clamamos a Él. Resuenan profundamente las palabras del Salmo 119:50: «Este es mi consuelo en mi aflicción: que tu palabra me ha vivificado». Aferrémonos a esta promesa de Dios y clamemos a Él.

En segundo lugar, el salmista clamó a Dios con su propia voz cuando se sentía débil.

Observemos el Salmo 77:10: «Y dije: "Esta es mi debilidad: los años de la diestra del Altísimo"». La debilidad del salmista se manifestaba en sus pensamientos: «¿Desechará el Señor para siempre? ¿Y no volverá a ser propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus tiernas misericordias? (Selah)» (versículos 7–9). Debilitado por el sufrimiento y el dolor, el salmista comenzó a albergar diversas dudas sobre Dios en su mente. Estas dudas eran contrarias a la fe: «¿Desechará el Señor para siempre? ¿Y no volverá a ser propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia…?» (versículos 7–8). ¿Puede realmente cesar la misericordia de Dios hacia el salmista —y hacia nosotros—, tal como él temía? ¿Puede Dios realmente olvidar mostrar gracia? ¿Puede el Señor realmente

desecharnos para siempre? Como sabemos, todas estas dudas son incompatibles con la naturaleza misma de Dios. Dios nunca nos abandona, ni es posible que lo haga. Nuestro Dios jamás puede olvidar derramar gracia sobre nosotros; Él es el Dios que sigue derramando su gracia incluso ahora. Nos ama tan profundamente que entregó a su Hijo unigénito, Jesús. Su amor no tiene límites.

No somos diferentes del salmista. A medida que se prolongan nuestro sufrimiento y nuestras adversidades, nos debilitamos tanto física como espiritualmente, lo que nos lleva a albergar los mismos pensamientos frágiles que tuvo el salmista: «¿Realmente me rescatará Dios de este sufrimiento? ¿Cuánto tiempo se limitará a verme pasar por esto? Ciertamente no me ha abandonado…». En momentos así, ¿clamamos nosotros —al igual que el salmista— a Dios con nuestra propia voz? Personalmente, creo que hay momentos en los que nuestro sufrimiento nos deja tan agotados física y emocionalmente que ni siquiera podemos abrir la boca para orar en voz alta. En esos momentos, una canción góspel que solía cantar era «Alguien está orando por ti»: «Cuando estés cansado y no puedas orar, y las lágrimas caigan como lluvia, el Señor conoce nuestra debilidad y nos guía con amor. {Estribillo} Alguien está orando por ti; alguien está orando. Cuando te sientas solo y tu corazón se rompa, alguien está orando por ti». Otra canción góspel que me ha brindado consuelo es «Pon tus ojos solo en el Señor»: (Estrofa 1) «Tú que anhelas el amor de Dios, tú que buscas la paz de Dios: comprende cuán profundamente te ama el Señor, quien creó todo lo que eres. {Estribillo} Con ojos de amor, Dios vela por ti en todo momento; con oídos de bondad, Él siempre se inclina hacia ti. Él hace brillar una luz intensa en la oscuridad y responde incluso a tu suspiro más tenue; así que, dondequiera que estés, vuélvete hacia el Señor y pon tus ojos solo en Él».

El último punto sobre el que deseo reflexionar es cómo el salmista pudo clamar a Dios con su propia voz.

Fue precisamente porque contemplaba las cosas que Dios había hecho en el pasado.

Observemos el Salmo 77:11: «Me acordaré de las obras del SEÑOR; sí, recordaré tus maravillas de antaño». El salmista actuó de esta manera cuando su alma se negaba a ser consolada y cuando se sentía débil: «Consideré los días de antaño, los años de tiempos remotos; recordé mi cántico en la noche; medité en mi corazón, y mi espíritu inquiría con diligencia» (versículos 5-6). Cuando su alma rechazaba el consuelo y se sentía frágil, él recordaba la gracia que Dios había otorgado en el pasado. A través de esto, buscaba hallar sosiego y se esforzaba por aferrarse a la esperanza para el futuro. En este proceso —que conduce al versículo 11—, el salmista reflexionó sobre las maravillas de Dios de antaño (las obras que Él había realizado), lo alabó, halló satisfacción en ellas y confió el futuro enteramente a Dios (Park Yun-sun). Al meditar en todas las obras del Señor y reflexionar profundamente sobre sus hechos (v. 12), pudo clamar a Dios con su propia voz (vv. 13–20). El Dios en quien meditaba es santo y grande (v. 13), un Dios que revela su poder (v. 14) y redime al pueblo de Israel (v. 15). Contempló los milagros de Dios, quien rescató a los israelitas de Egipto y los guio a través del mar Rojo (vv. 16–20). Por ello, pudo clamar a Dios.

Al igual que el salmista, cuando nos encontremos con el espíritu quebrantado y en tal angustia que nuestras almas se nieguen a ser consoladas, nosotros también debemos encomendar todas nuestras preocupaciones al Señor en oración, mientras meditamos profundamente en la gracia salvadora que Dios nos ha mostrado en el pasado. Ciertamente, nuestro Señor es un Dios que escucha nuestras oraciones (v. 1). Y a su debido tiempo, y conforme a su voluntad, Él responderá a nuestras oraciones.

Me gustaría cantar con ustedes la canción evangélica "You Are My Son" (Tú eres mi hijo):

Cuando estoy fatigado, exhausto y sumido en la desesperación, sin fuerzas para levantarme, Tú te acercas en silencio, tomas mi mano y me hablas. Cuando me siento decepcionado de mí mismo y, en mi debilidad, derramo lágrimas en medio de mi dolor, Tú secas mis lágrimas con Tus manos marcadas por los clavos y me dices: «Eres Mi hijo; hoy te he engendrado.

Eres Mi hijo, Mi hijo amado. Eres siempre, inmutablemente, Mi hijo; pues te he dado a luz a través de la agonía de Mi cruz: el dolor del parto».

Mi debilidad

«Y dije: "Esta es mi debilidad..."» (Salmo 77:10).

Con el paso del tiempo, nos damos cuenta cada vez más de cuán frágiles son los seres humanos. Sentimos esta debilidad intensamente, sobre todo en medio de la adversidad y el sufrimiento. Cuanto mayor es la adversidad —especialmente cuando supera nuestra capacidad para soportarla—, más agudamente percibimos nuestra propia impotencia. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos?

En el pasaje de hoy, el Salmo 77:10, el salmista Asaf reconoce su debilidad. Él expresó esta debilidad de cuatro maneras (versículos 1 al 9).

En primer lugar, Asaf estaba angustiado y turbado.

Observemos la primera parte del Salmo 77:3: «Me acordaba de Dios, y me conmovía [o turbaba]...». Este mundo está verdaderamente lleno de dificultades y motivos de preocupación (Himno 474). Además, las situaciones que nos generan ansiedad ocurren con demasiada frecuencia. ¿Por qué siente ansiedad la gente? Una razón es el temor a ser abandonados por sus seres queridos. Para los cristianos en particular, la ansiedad a menudo surge del sentimiento de haber sido desamparados por el Dios a quien aman (Salmo 43:2). En el pasaje de hoy, Asaf buscó al Señor durante su «día de angustia» (Salmo 77:2); sin embargo, se sintió angustiado y turbado, tal vez porque la respuesta de Dios parecía demorarse. Un corazón lleno de ansiedad y preocupación es, verdaderamente, un corazón frágil.

En segundo lugar, el espíritu de Asaf estaba abrumado. Observemos la última parte del Salmo 77:3: «...desfallecía mi espíritu (Selah)». En el día de angustia, entre la ansiedad y la preocupación, el espíritu de Asaf terminó sintiéndose abrumado y debilitado. Como consecuencia, no podía dormir y sufría tal agonía que no lograba hablar (versículo 4). Cuando las personas atraviesan una profunda angustia, a menudo no pueden dormir ni siquiera hablar. Aún recuerdo una época durante mi ministerio en la que pasé por dificultades y no pude dormir bien durante unas tres semanas. También recuerdo haber experimentado un estrés tan extremo que, aun teniendo la comida delante, no lograba ingerir nada. Muchas personas se ven incapaces de dormir o comer adecuadamente cuando enfrentan grandes adversidades y angustias. Si podemos decirle a un ser querido: «Me siento atribulado en estos días», es posible que la angustia aún no haya alcanzado su punto máximo. Existen formas de sufrimiento tan profundas que dejan a la persona verdaderamente sin palabras. Tal angustia nos lleva al silencio; un silencio no solo ante los demás, sino incluso ante Dios. La angustia hiere nuestro espíritu, y un espíritu herido es un espíritu frágil.

En tercer lugar, Asaf se negó a ser consolado.

Observemos la última parte del Salmo 77:2: «...mi alma no quería consuelo». Asaf se encontraba en una angustia tan profunda que se negaba a aceptar consuelo. Su espíritu estaba tan quebrantado por la ansiedad, la preocupación, el insomnio y la incapacidad de hablar que le provocaba su terrible experiencia, que rechazaba todo consuelo. Esto nos recuerda la historia de Job. Job sufría un dolor y una angustia extremos; sus amigos acudieron a consolarlo, pero él los calificó de «consoladores molestos» (Job 16:2). Cuando una persona sufre intensamente, a menudo no desea ser consolada por nadie. Esto se debe a que cree que nadie es capaz de consolarla verdaderamente. Esos momentos también ocurren en nuestras vidas. Podemos rechazar el consuelo de los demás porque creemos

que solo Dios puede consolarnos de verdad. Quien rechaza el consuelo de esta manera se encuentra en un estado de debilidad.

En cuarto lugar, Asaf dudó de Dios.

Consideremos el Salmo 77:7–9: «¿Desechará el Señor para siempre? ¿No volverá más a mostrarnos su favor? ¿Se ha acabado para siempre su amor inagotable? ¿Ha fallado su promesa para siempre? ¿Se ha olvidado Dios de tener misericordia? ¿Ha retenido su compasión a causa de su ira? (Selah)». Asaf clamó a Dios durante su aflicción pero no recibió respuesta, lo que debilitó su corazón y su espíritu. En este estado de debilidad, Asaf comenzó a dudar de la salvación de Dios; su certeza de salvación se vio sacudida. Tal incertidumbre revela un corazón debilitado. Un corazón debilitado alberga una mente dividida: una parte parece confiar en Dios, mientras que la otra alberga incredulidad hacia Él. En última instancia, la incredulidad termina echando raíces en un corazón lleno de ansiedad, preocupación y un espíritu quebrantado que se niega a ser consolado.

¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en un estado de tal debilidad? En primer lugar, debemos recordar las maravillas que Dios realizó en el pasado.

Observemos la primera parte del Salmo 77:11: «Me acordaré de las obras del Señor…». Cuando nos sentimos abrumados por las dificultades y la angustia, debemos reflexionar —incluso en nuestra debilidad— sobre la gracia salvadora que Dios nos ha otorgado en el pasado. Personalmente, cuando enfrento momentos difíciles, a menudo pienso en mi primogénito, Ju-young, quien falleció en mis brazos. Lo hago porque nunca he conocido un dolor semejante. Sin embargo, ya no hay dolor en mi corazón; solo permanece la gracia y el amor que Dios nos mostró a mi cónyuge y a mí. Por eso recuerdo. Por eso conmemoro. Al recordar y honrar la gracia y el amor que Dios me mostró en aquel entonces, en medio de mis luchas actuales, experimento la restauración de mi corazón y espíritu debilitados.

Recupero mis fuerzas. Mientras recuerdo y conmemoro, el poder de Dios se revela en mi debilidad.

En segundo lugar, debemos relatar las obras que Dios ha realizado.

Observemos la última parte del Salmo 77:11: «…relataré las obras que has hecho». No solo debemos recordar las obras que Dios realizó en el pasado, sino también relatarlas. A veces, los miembros mayores de la congregación me preguntan por qué sigo hablando de Ju-young, nuestro primogénito. No obstante, de vez en cuando comparto historias sobre Ju-young durante mis sermones. Lo hago porque deseo compartir la gracia y el amor que Dios nos otorgó a través de Ju-young en aquel tiempo. Fiel al significado del nombre «Ju-young» —que quiere decir «ver la gloria del Señor»—, quiero glorificar al Señor de quien fuimos testigos. Compartimos estas historias porque, si el Señor no hubiera estado con nosotros, mi esposa y yo no habríamos podido perseverar. Así pues, recordamos y compartimos lo que Dios hizo en nuestras vidas durante aquel tiempo con Ju-young. Cuando recordamos y compartimos las cosas que Dios ha hecho en el pasado, experimentamos cómo su obra fortalece nuestros corazones débiles.

En tercer lugar, debemos meditar profundamente en todas las obras del Señor. Observemos el Salmo 77:12: «Meditaré en todas tus obras y consideraré todos tus hechos poderosos». En tiempos de aflicción y debilidad, Asaf recordaba los milagros que Dios había realizado en el pasado y rememoraba sus obras; al hacerlo, meditaba en Dios, no solo en relación con el pasado, sino —en un sentido más amplio— como Aquel que actuaba activamente en medio de su tribulación presente. Ciertamente, cuando nos sentimos débiles y nos centramos en las dolorosas circunstancias que enfrentamos, no logramos ver lo que Dios está haciendo. Sin embargo, al enfocarnos en lo que Dios ha hecho en el pasado, llegamos a creer que ese mismo Dios está obrando en el presente y, mediante esa fe, comenzamos a ver las obras del Señor. No obstante, Asaf no se detuvo ahí; también contempló y meditó profundamente sobre lo que Dios haría en el futuro. Tal meditación es un acto profundo,

imposible de realizar sin fe en el Señor. Es una forma de meditación que solo es posible mediante la fe; constituye el secreto mismo para superar nuestras debilidades. Podemos vencer nuestra fragilidad cuando meditamos profundamente en todas las obras de Dios.

Con el paso del tiempo, nuestros cuerpos se debilitan y a menudo nos vemos luchando contra la ansiedad y la preocupación. En tales momentos, enfrentamos noches de insomnio y sufrimos una angustia indescriptible. Con el espíritu quebrantado, buscamos fervientemente a Dios; sin embargo, cuando su respuesta parece tardar en llegar, es posible que —presa de la duda— rechacemos el consuelo de cualquiera. En esos instantes, debemos recordar los hechos poderosos que Dios realizó en la antigüedad. Hemos de meditar en las obras que Él ha llevado a cabo y rememorarlas. Asimismo, mi oración es que superemos nuestras debilidades meditando profundamente en todo lo que Dios ha hecho.

Cuando soy débil

«Y dije: “Esta es mi debilidad; pero recordaré los años de la diestra del Altísimo, las maravillas del Señor de antaño; relataré sus hechos y meditaré en sus obras”». (Salmo 77:10–12)

En un mundo donde la supervivencia parece depender de la fortaleza, todos se esfuerzan por ser fuertes de diversas maneras. Las personas procuran ser fuertes no solo física, sino también intelectual y socialmente. En consecuencia, a menudo somos reacios a admitir nuestras debilidades ante los demás. Sin embargo, al transitar por la vida, las tormentas de la adversidad y las dificultades nos obligan inevitablemente a reconocer cuán frágiles somos realmente los seres humanos. Incluso un joven robusto, al recibir de su médico un diagnóstico de cáncer terminal, se encuentra impotente ante la muerte inminente. En verdad, los seres humanos somos criaturas increíblemente frágiles.

En el Salmo 77:10, el salmista Asaf confiesa: «Esta es mi debilidad». Al reconocer su fragilidad, admite que esa misma debilidad lo llevó a albergar pensamientos frágiles e inestables. ¿Cuáles eran esos pensamientos nacidos de la debilidad? Observemos los versículos 7 al 9 del mismo salmo: «¿Nos rechazará el Señor para siempre? ¿No volverá a mostrarnos su favor? ¿Ha cesado para siempre su amor inagotable? ¿Ha fallado su promesa para siempre? ¿Se ha olvidado Dios de ser misericordioso? ¿Ha retenido su compasión a causa de su ira?». Dios nunca abandona a su pueblo; sin embargo, en su fragilidad, Asaf se preguntaba: «¿Nos rechazará el Señor para siempre?». Aunque Dios es un Dios lleno de gracia que se deleita en mostrar favor, Asaf cuestionaba: «¿Se ha olvidado Dios de ser misericordioso?». A pesar de ser un Dios de amor cuyo afecto hacia nosotros es infinito y

eterno, Asaf, en su debilidad, llegó a pensar: «¿Ha llegado a su fin su amor inagotable?». Dios cumple fielmente sus promesas, pero Asaf incluso dudó de si las promesas divinas habían cesado para siempre. En su profunda fragilidad, Asaf no lograba percibir la compasión de Dios. Tales eran los pensamientos de un ser humano que luchaba con su propia debilidad.

Asaf dudó del amor, la gracia y la compasión de Dios en medio de su fragilidad; ¿qué lo llevó a reconocer esta debilidad? Fue la aflicción que había caído sobre él (versículo 2). Debido a esta aflicción, Asaf buscó fervientemente a Dios y se negó a ser consolado hasta que Él respondiera a sus oraciones (versículo 2). Cuando clamamos a Dios en tiempos de aflicción y parece que no recibimos respuesta, nosotros también podemos sucumbir a la frágil idea de que el Señor nos ha abandonado. David también experimentó esto. En particular, el Salmo 22:1-2 registra cómo, tras derramar los gemidos de su corazón ante Dios en oración día y noche sin recibir respuesta, clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (22:1). En tiempos de tribulación y sufrimiento extremo, figuras como David y Asaf a veces sentían que Dios los había abandonado. Sin embargo, como sabemos, Dios nunca nos abandona para siempre. En medio de tal agonía intensa, cuando las oraciones parecían no tener respuesta a pesar de sus gritos desesperados, Asaf —en su fragilidad— llegó a pensar que tal vez Dios lo había desechado (Salmo 77:7). Estaba lleno de ansiedad y angustia, y su espíritu se sentía abrumado (v. 3). Sufrió profundamente, incapaz de conciliar el sueño (v. 4). La tribulación que enfrentaba lo dejó en un estado de profunda debilidad: espiritual, física, mental y emocional. ¿Qué hizo Asaf en este estado de profunda fragilidad? Decidió recordar las maravillas de Dios en la antigüedad: «Me acordaré de las obras del Señor; sí, recordaré tus maravillas de antaño. Meditaré en todas tus obras y reflexionaré sobre tus hechos poderosos» (vv. 11-12). Buscó superar sus dificultades actuales recordando y reflexionando profundamente sobre todo lo que el Señor había hecho en el pasado. Tomó la decisión correcta en medio de su intenso sufrimiento. ¿Por qué eligió Asaf recordar las obras pasadas de Dios? Porque quería meditar profundamente en la naturaleza misma de Dios —en quién es Dios realmente— a través de las cosas que Él había hecho. De hecho, en el Salmo 78:34-35, cuando el pueblo de Israel estaba bajo la disciplina de Dios

por sus transgresiones, se volvieron hacia Él y lo buscaron fervientemente; recordaron que Dios era su Roca y que el Dios Altísimo era su Redentor (v. 35). Asaf meditó profundamente sobre la naturaleza de Dios, reflexionando en las obras que Él había realizado. Del mismo modo, cuando enfrentamos el sufrimiento y la adversidad, debemos reconocer profundamente nuestra propia fragilidad y reflexionar sobre todo lo que Dios ha hecho en nuestras vidas. Hemos de contemplar profundamente la verdadera naturaleza de Dios a través de sus obras poderosas; esta es la única manera de superar nuestras debilidades. Al hacerlo, la fragilidad que descubrimos en medio de nuestras tribulaciones se transformará en fortaleza en el Señor. No olvidemos nunca que recordar al Señor es nuestra fuente de fortaleza.

«Darlo a conocer a los descendientes»

[Salmo 78:1–22]

Un artículo titulado «El secreto de la educación judía tridimensional para superdotados: criar hijos con corazón de paloma y mente de serpiente» sugiere que, para triunfar en una sociedad competitiva, es necesario poseer un corazón bondadoso (inteligencia emocional) y una mente aguda (coeficiente intelectual). Jesús también instruyó a sus doce discípulos: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas» (Mateo 10:16). El pueblo judío interpreta esto en el sentido de que, si bien el corazón (inteligencia emocional) debe permanecer puro, la mente (coeficiente intelectual) debe superar la sabiduría mundana. En consecuencia, se dice que los padres judíos comienzan a enseñar leyes complejas a sus hijos con insistencia desde los tres años de edad. El estudio de la ley inculca una naturaleza meticulosa, asegurando que nada se pase por alto ni se maneje con descuido. Este es el secreto detrás de que el pueblo judío se haya convertido en una nación líder. El autor del artículo se interesó por los métodos de crianza judíos tras preguntarse: «¿En qué se diferencia la educación judía de la nuestra? Los coreanos están igualmente obsesionados con la educación de sus hijos; entonces, ¿por qué no producimos tantos talentos sobresalientes?». Un aspecto intrigante reside en las tres etapas de la educación judía para superdotados: «Educación de primera dimensión: desarrollo de la inteligencia basada en el conocimiento, incluida la educación centrada en el coeficiente intelectual que se imparte en las escuelas convencionales; educación de segunda dimensión: desarrollo de la sagacidad, la astucia y la perspicacia; educación de tercera dimensión: desarrollo de la sabiduría». Al ordenar estas tres etapas de menor a mayor, la secuencia es: conocimiento, *sagacidad* y sabiduría. Naturalmente, el

objetivo de la educación es elevar a los alumnos a la tercera etapa —la sabiduría—; sin embargo, la realidad en Corea es que la educación a menudo se estanca en la primera etapa: el conocimiento. Por el contrario, la educación judía para superdotados prioriza la enseñanza del nivel más alto (sabiduría) en primer lugar, seguida de la *sagacidad* y, finalmente, el conocimiento (que suele enseñarse en las escuelas). En otras palabras, la sabiduría y la *sagacidad* se cultivan mediante una educación del carácter basada en la Biblia.

Este enfoque tridimensional de la educación judía para superdotados resulta fascinante. Resulta especialmente interesante que, al educar a niños superdotados, las familias judías no prioricen la primera dimensión —el desarrollo de la inteligencia centrado en el conocimiento—, sino más bien la tercera dimensión: el cultivo de la sabiduría. En consecuencia, los niños judíos reciben una educación orientada a la sabiduría a través de la vida religiosa desde una edad temprana y aplican esas lecciones a su vida cotidiana. Creen que la sabiduría es un don de Dios y que su fundamento reside en el temor de Dios; esto implica vivir con la conciencia constante de que Dios otorga sabiduría a los humildes. La sabiduría judía se condensa en textos como los Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Job del Antiguo Testamento, así como en el Talmud y la Ley (Torá). Integran el contenido y la forma de estas enseñanzas en la estructura misma de sus vidas, permitiendo que la sabiduría impregne profunda y ampliamente su singular "cultura vertical". Aquí, la "cultura vertical" se refiere a una cultura moldeada por la historia, la filosofía, la ideología, la tradición, los clásicos y la religión: elementos que constituyen el mundo espiritual interior de una persona. Por el contrario, la "cultura horizontal" alude a aspectos externos y tangibles, como la riqueza material, el poder, el honor, las tendencias y las actividades académicas y científicas modernas. Mientras que la cultura vertical representa valores para el alma inmutable, la cultura horizontal representa cosas que cambian constantemente... ...cosas propias de la carne. Si la "cultura vertical" es una cultura de profundidad que busca el sentido de la vida, la "cultura horizontal" es una cultura de superficie que busca la diversión. La cultura vertical fortalece el espíritu humano, sirviendo como un recipiente que cultiva la

confianza interior. Si la cultura vertical fuera el *hardware* de una computadora, el saber académico y científico moderno podría compararse con el *software*. El conocimiento solo puede utilizarse adecuadamente cuando se fundamenta en una gran sabiduría.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 78:4-5, el salmista se propone "contar a la generación venidera" (versículo 4) y nos exhorta a "darlas a conocer a sus hijos" (versículo 5). Por ello, bajo el título "Dáselas a conocer a tus hijos", deseo extraer tres lecciones del texto de hoy sobre aquello que debemos transmitir a nuestra descendencia.

En primer lugar, lo que debemos dar a conocer a nuestros descendientes son las obras de Dios. Observemos el Salmo 78:4 y 7: «No los ocultaremos a sus hijos; contaremos a la siguiente generación las obras dignas de alabanza del Señor, su poder y las maravillas que ha realizado» (versículo 4); «...no olvidar las obras de Dios...» (versículo 7). Las obras de Dios que el salmista da a conocer al pueblo de Israel en el pasaje de hoy abarcan desde el cruce del mar Rojo hasta los acontecimientos ocurridos en el desierto (versículos 12-22) (Park Yun-sun). A partir del versículo 12, el salmista relata cómo Dios realizó «maravillas» en la tierra de Egipto hace mucho tiempo, ante los antepasados de los israelitas de su propia época. ¿Cuáles fueron estas «maravillas»? Entre ellas se incluyen: dividir el mar Rojo y hacer que las aguas se mantuvieran erguidas como un muro para que los israelitas pudieran pasar (versículo 13); guiar a los israelitas en el desierto mediante una nube durante el día y una luz de fuego por la noche (versículo 14); partir la roca en el desierto para hacer brotar agua, permitiendo que el pueblo bebiera hasta saciarse (versículos 15-16, 20); y abrir las compuertas del cielo para hacer llover maná —alimento celestial— sobre ellos (versículo 23 y siguientes). Sin embargo, ¿cuál era el problema? La respuesta se encuentra en el versículo 11: «Olvidaron lo que Él había hecho y las maravillas que les había mostrado». Dios realizó muchas obras maravillosas para el pueblo de Israel; sin embargo, ellos olvidaron todos los milagros que Él había obrado. Olvidaron —y de hecho, olvidaron con alarmante facilidad— los actos milagrosos que Dios había llevado a cabo. No obstante, este no parece ser un problema exclusivo de los israelitas. Nosotros también olvidamos con demasiada

facilidad las cosas que Dios ha hecho en nuestro pasado y la gracia que nos ha concedido. Por tanto, al igual que el salmista decidió hacer y llevó a la práctica (Salmo 77:11), nosotros también debemos decidir recordar y actuar conforme a las «maravillas de antaño» de Dios: las obras que Él ha realizado en nuestras propias vidas.

En segundo lugar, lo que debemos dar a conocer a nuestros descendientes son los mandamientos de Dios.

Consideremos el Salmo 78:5 y 7: «Él estableció un testimonio en Jacob y puso una ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que enseñaran a sus hijos» (versículo 5), «...» «...solo para guardar sus mandamientos» (v. 7). Dios estableció «estatutos» para el pueblo de Israel —su pueblo del pacto— y les ordenó que los enseñaran a sus descendientes (v. 5). Además, mandó que esos descendientes, a su vez, enseñaran a sus propios hijos a guardar los mandamientos de Dios (v. 7). Aquí, los «estatutos» de Dios pueden interpretarse en sentido estricto como una referencia a los Diez Mandamientos que Moisés recibió en el monte Sinaí durante el Éxodo, o en sentido más amplio como una referencia a todos los mandamientos de Dios. Además de la palabra «estatutos», el salmista utiliza la palabra «testimonio» en la primera mitad del versículo 5. Este término denota un testimonio que da fe, generación tras generación, del hecho de que Dios se ha revelado a su pueblo (Park Yun-sun). Un ejemplo de esta autorrevelación se encuentra en Deuteronomio 6:4: «¡Escucha, oh Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es!». Sin embargo, el problema se describe en el Salmo 78:10: «No guardaron el pacto de Dios; se negaron a andar en su ley». Este pasaje hace referencia al hecho de que los descendientes de Efraín —a pesar de poseer una habilidad natural para la batalla (Génesis 49:24)— sufrieron una derrota durante la conquista de Canaán (Jueces 1:29) (Park Yun-sun). La causa de esta derrota fue su desobediencia y falta de fe al no guardar los mandamientos de Dios. El salmista registra los pecados de desobediencia e incredulidad cometidos por los antepasados de Israel de la siguiente manera: el pecado de «seguir pecando contra Dios y rebelándose contra el Altísimo en el desierto» (Salmo 78:17); el pecado de «tentar a Dios» en sus corazones por codicia (versículo 18); y el pecado de

dudar del poder de Dios (versículos 19-20). Además, el pueblo de Israel habló contra Dios, cuestionando si Él podría preparar una mesa en el desierto; preguntándose si, a pesar de haber golpeado la roca para que brotara agua y fluyeran torrentes, Él también podría proveer pan y preparar carne para su pueblo (versículos 19-20). El único Dios verdadero nos ordena, tanto a los antepasados de Israel como a nosotros: «Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa, y cuando andes por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes. Las atarás como una señal en tu mano, y serán como frontales entre tus ojos». «Las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas» (Deuteronomio 6:6–9). Dios ordena al pueblo de Israel —y a nosotros— grabar sus mandamientos en nuestros corazones y enseñarlos diligentemente a nuestros hijos.

En tercer lugar, lo que debemos dar a conocer a nuestra descendencia es la importancia de poner su esperanza en Dios.

Observemos el Salmo 78:7: «...para que pusieran su esperanza en Dios...». En el pasaje de hoy, el salmista relata la historia de pecado de Israel para advertir al pueblo de su tiempo y a sus descendientes (Park Yun-sun). Su intención es evitar que el pueblo de Israel peque —tal como hicieron sus antepasados— al olvidar las obras maravillosas de Dios y desobedecer sus mandamientos. En cierto sentido, la conclusión del salmista no es la incredulidad, sino la fe. En otras palabras, la conclusión es que debemos confiar en Dios en lugar de dudar de Él. Para ello, tanto el pueblo de Israel como nosotros mismos debemos recordar las obras maravillosas de Dios y obedecer sus mandamientos. Visto desde otra perspectiva, solo teniendo fe en Dios podemos recordar verdaderamente sus obras maravillosas y obedecer sus mandamientos (Park Yun-sun). El profeta Isaías nos exhorta: «Confiad en el SEÑOR para siempre, porque el SEÑOR DIOS es una roca eterna» (Isaías 26:4). Solo Dios es el objeto de nuestra confianza eterna. Debemos poner nuestra esperanza en el Señor, quien es nuestra roca eterna, y debemos mostrar esa clase de vida a nuestros hijos.

Esta es una historia de la época en que mi tío, el difunto pastor Kim Chang-hyuk, estaba hospitalizado a causa del cáncer. Cuando fui a visitarlo una mañana de lunes, conversamos y reímos bastante. Naturalmente, hablamos de su esposa y de sus dos hijos. Durante aquella conversación, compartió específicamente los nombres que tenía pensados para sus futuros nietos. Para su hijo mayor, imaginaba el nombre «Seung-gyeom» si fuera varón y «Ye-son» si fuera mujer. En cuanto a su segundo hijo, mencionó «Seung-ye» para un niño y «Ye-bang» para una niña, en caso de que este llegara a casarse y tener hijos en el futuro. ¿Por qué eligió estos nombres para su descendencia? Creo que hubo dos razones: la «humildad» y la «prevención». Él se consideraba propenso al orgullo, por lo que eligió nombres con la esperanza de que los hijos de su primogénito encarnaran la «humildad», mientras que para los hijos de su segundo hijo optó por nombres basados en la idea de la «prevención» (protegerse contra los tropiezos). Al reflexionar sobre los nombres que eligió para sus hijos y descendientes, comprendí que una persona sabia es aquella que es humilde y practica la prevención. Esto se debe a que los sabios temen a Dios y, por tanto, no pueden mostrarse arrogantes ante Él. En cambio, los sabios recuerdan con humildad las obras que Dios ha realizado en sus vidas y obedecen sus mandamientos. Además, los sabios nunca depositan su esperanza en sí mismos ni en el mundo; ponen su esperanza únicamente en el Señor. Mi oración es que, hasta el día en que el Señor nos llame a su presencia, nosotros —tú y yo— enseñemos y demostremos a nuestros hijos y descendientes las obras de Dios, sus mandamientos y la importancia de poner nuestra esperanza solo en Dios, tanto a través de nuestras palabras como de nuestras vidas.

Un corazón inestable

[Salmo 78:23–41]

El lunes pasado llevé a mi madre al hospital para realizarle una resonancia magnética y una tomografía computarizada. Mientras se llevaba a cabo la resonancia, la puerta de la sala donde se encontraban el médico y el técnico permaneció abierta, lo que me permitió ver brevemente a mi madre en el monitor. Me informaron que los resultados tardarían algún tiempo en procesarse. Al reflexionar sobre el hecho de que mi madre se sometía a estas pruebas para evaluar su salud física, comencé a pensar en cómo —si bien el cuerpo puede diagnosticarse mediante tales métodos médicos— podríamos diagnosticar el corazón humano. Se me ocurrió que podemos diagnosticar nuestros corazones a través de la Palabra de Dios.

En Santiago 1:7–8, el apóstol Santiago escribe: «No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos». Él enseña que un corazón enfermo se caracteriza por tener «doble ánimo» y carecer de firmeza. El doble ánimo es un corazón dividido y disperso; un corazón que inevitablemente vacila y fluctúa. Lleno de falsedades, tal corazón da lugar a una constante inconstancia y a situaciones impredecibles. Al no ser íntegro ni saludable, este tipo de corazón se hiere y se frustra fácilmente, además de ser propenso al colapso. Débil e incapaz de soportar las tensiones de la vida, aleja a la persona de una existencia sana y vibrante, arrastrándola hacia una vida carente de sentido y marcada por el letargo. Es un corazón enfermo. Por eso, Proverbios 4:23 nos instruye: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». En el Salmo 78:37, el salmista habla de un corazón que no es firme: «Porque

su corazón no era recto con él, ni fueron fieles a su pacto». ¿Qué significa aquí que los corazones de los israelitas no fueran firmes? Significa que sus espíritus no eran leales a Dios (versículo 8). En otras palabras, un corazón que no es firme es un corazón infiel. Tal corazón infiel no es fiel al pacto de Dios ni capaz de serlo (versículo 37). Quisiera reflexionar sobre este concepto de corazón inestable desde tres perspectivas, aprovechándolo como una oportunidad para examinar nuestros propios corazones. Mi oración es que podamos presentar nuestros corazones examinados ante Dios Padre, hallar purificación mediante el arrepentimiento y experimentar una transformación hacia corazones firmes y constantes.

En primer lugar, un corazón que no es firme sigue los impulsos de la codicia.

Observemos el Salmo 78:30: «No se apartaron de su deseo; mientras la comida estaba aún en sus bocas…». El salmista advierte a los israelitas que no pequen, instándolos a mirar a sus antepasados como un ejemplo de advertencia. Al hacerlo, describe el pecado de codicia cometido por sus antepasados: «Pidieron comida conforme a su deseo y tentaron a Dios en sus corazones» (versículo 18). ¿Cómo tentaron a Dios los antepasados de los israelitas mediante su codicia durante el tiempo del Éxodo? Veamos el pasaje de hoy, Salmo 78:19–20: «Sí, hablaron contra Dios, diciendo: "¿Podrá Dios preparar mesa en el desierto? He aquí, hirió la roca y brotaron aguas, y torrentes desbordaron. ¿Podrá dar también pan? ¿Podrá proveer carne para su pueblo?"». Los antepasados de Israel dudaron del poder de Dios. Aunque Dios se encendió en furiosa ira contra ellos por esto, en su lugar ordenó a las nubes de arriba y abrió las puertas de los cielos; hizo llover maná sobre ellos para que comieran y les dio el grano del cielo (versículos 23–24). ¿Qué es esto sino la gracia de Dios? A los antepasados de Israel —quienes merecían castigo en medio de su ira— Dios «en cambio» les abrió los cielos e hizo llover maná. Dios proveyó abundantemente alimento para el pueblo de Israel que lo estaba tentando (versículo 25). En su poder (versículo 26), hizo llover carne «como el polvo» (versículo 27), y el pueblo de Israel comió y se sació (versículo 29). Dios les dio alimento conforme a sus propios deseos (versículo 29). Sin embargo, el pueblo de Israel no se apartó de su codicia (versículo 30). Pecaron cuando les faltaba

comida y pecaron incluso mientras eran alimentados; debido a que eran verdaderamente incorregibles, Dios finalmente les infligió castigo (Números 11:33–35; Salmo 78:31) (Park Yun-sun). Santiago 1:15 dice: «Luego, cuando el deseo ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, cuando ha madurado, engendra la muerte». En última instancia, la codicia conduce inevitablemente a la muerte. Sin embargo, la codicia humana parece no tener límites; es propia de su naturaleza ser insaciable. La semana pasada, mientras visitaba una librería cristiana por asuntos de la iglesia, encontré un libro titulado *Heedae's Hope* (de Lee Hee-dae). Intrigado por el hecho de que el autor —un oncólogo que había padecido cáncer— escribió la obra tras ser sanado por la gracia de Dios, decidí comprarlo y leerlo. Al leer el relato del autor sobre cómo experimentó una «quinta etapa de la vida» —preparada por Dios— tras luchar contra un cáncer en fase 4, me interesó especialmente su descripción de las células cancerosas. Según el autor, estas células se originan a partir de mutaciones genéticas en células que normalmente deberían seguir un ciclo de crecimiento y muerte; en cambio, se transforman en células que nunca mueren y crecen incesantemente. Lo que hace que las células cancerosas sean tan aterradoras es que acaparan los nutrientes destinados a otras células para alimentar su propio crecimiento implacable. En otras palabras, migran constantemente de un lugar a otro, arrebatando y acumulando nutrientes de alto valor calórico para crecer. En resumen, el autor define la esencia misma de la célula cancerosa como codicia. Debemos desechar la codicia. Al vivir en un mundo que constantemente aviva nuestra codicia, debemos —momento a momento, día a día— depositar a los pies de la Cruz esa codicia que se agita en nuestro interior. Al igual que Jesús, debemos vaciar constantemente nuestros corazones; debemos soltar las cosas una y otra vez. Debemos llenar nuestros corazones con el corazón de Jesús. Debemos aprender el secreto de hallar contentamiento únicamente en Jesús. Hemos de dar gracias en toda circunstancia por el don de la vida eterna (Romanos 6:23) y por el amor inquebrantable de Dios (Romanos 8:38-39) que encontramos en Cristo Jesús. Por tanto, no debemos permitir que la codicia —que actúa exactamente como una célula cancerosa— domine nuestros corazones. En segundo lugar, un corazón carente de firmeza no cree en Dios. Consideremos el Salmo 78:32: «A pesar de todo esto, siguieron pecando; a pesar de sus maravillas, no

creyeron». Aunque Dios, en su gracia, abrió los cielos e hizo llover maná en abundancia para los israelitas durante el Éxodo, su codicia quedó insatisfecha. Incluso después de enfrentarse a la ira y al castigo divinos debido a sus deseos insaciables (versículo 31), continuaron pecando y no creyeron en las obras milagrosas de Dios (versículo 32). En última instancia, pecaron contra Dios a causa de su codicia; la codicia había concebido y dado a luz al pecado. Ese pecado era, de hecho, la «incredulidad». El salmista identificó el pecado de los israelitas durante el Éxodo de esta manera: «porque no creyeron en Dios ni confiaron en su liberación» (versículo 22). A pesar de los numerosos milagros que Dios realizó —desde el mar Rojo hasta el desierto—, los israelitas no creyeron en Él ni confiaron en Su salvación, provocando Su ardiente ira (versículo 21). Como consecuencia, Dios hizo que sus días se desvanecieran como un soplo y que sus años terminaran en terror (versículo 33). Solo entonces buscaron sinceramente a Dios y recordaron que Él era su Roca y el Dios Altísimo, su Redentor (versículos 34–35). En Juan 20:30–31, el apóstol Juan explica que Jesús realizó muchas otras señales además de las registradas en el Evangelio de Juan, declarando el propósito: «para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer tengáis vida en su nombre». Jesús instó a la gente a «creerme» debido a las obras que realizaba, si es que de otro modo no creían en Él (Juan 10:38; 14:11). Las palabras que Jesús resucitado dirigió a los dos discípulos en el camino a Emaús —registradas en Lucas 24:25— resuenan con verdad y se aplican también a nosotros: «¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!». Ciertamente, a menudo somos insensatos y tardos para creer la palabra de Dios. Sin embargo, con respecto a esta lentitud para creer, Pablo afirma claramente: «…todo lo que no proviene de fe es pecado» (Romanos 14:23). Por tanto, para nuestro crecimiento en la fe, debemos escuchar diligentemente las palabras de Cristo (Romanos 10:17). En consecuencia, ya no debemos ser como aquellos que necesitan leche y no pueden consumir alimento sólido (Hebreos 5:12). Ya no debemos ser personas «inexpertas en la palabra de justicia» (v. 13). Más bien, debemos alcanzar la madurez, siendo aquellos que «por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (v. 14).

En tercer lugar, un corazón inestable pronuncia falsedades.

Consideremos el Salmo 78:36: «Pero le adulaban con la boca y le mentían con la lengua». La ira de Dios se encendió contra el pueblo de Israel cuando pecaron al no creer en Él. Aunque la Biblia afirma que se volvieron a Dios y lo buscaron con diligencia (versículo 34), aquel arrepentimiento no fue más que adulación. En otras palabras, su arrepentimiento era mera adulación vacía, destinada a ganarse el favor de Dios. Se señalan dos razones por las que su arrepentimiento equivalía a simple adulación: primero, no estaba centrado en Dios, sino que era totalmente egoísta; y segundo, era solo un intento externo de agradar a Dios, carente de un remordimiento sincero y profundo por su pecado (Park Yun-sun). Respecto a esta tendencia entre los israelitas, el profeta Isaías declaró: «Dice el Señor: "Este pueblo se acerca a mí con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Su adoración se basa meramente en reglas humanas que les han enseñado"» (Isaías 29:13). En última instancia, aunque sus labios parecían estar en sintonía con el Señor, sus corazones se habían alejado mucho de Él. Debido a que sus corazones eran inestables de esta manera, no lograron permanecer fieles al pacto con Dios (Salmo 78:37). Sin embargo, lo verdaderamente notable es la gracia fiel de Dios hacia ese mismo pueblo que fue infiel a su pacto. Observemos el texto de hoy, Salmo 78:38–39: «Pero Él fue misericordioso; perdonó sus iniquidades y no los destruyó. Una y otra vez contuvo su ira y no desató todo su furor. Recordó que no eran más que carne: una brisa pasajera que no regresa». Sabiendo que el pueblo de Israel —que decía mentiras y cometía pecados— no era más que carne (vidas humanas), como una brisa pasajera que nunca vuelve, Dios apartó su ira y, en su misericordia, perdonó sus iniquidades en lugar de destruirlos. Sin embargo, el pueblo de Israel cometió estos pecados contra Dios: «¡Cuántas veces se rebelaron contra él en el desierto y lo afligieron en el yermo! Una y otra vez pusieron a prueba a Dios; provocaron al Santo de Israel» (versículos 40–41). Olvidaron la gracia y la misericordia de Dios, poniéndolo a prueba y afligiéndolo repetidamente.

Durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, medité en las palabras de Apocalipsis 14:5: «En sus bocas no se halló mentira; son irreprensibles». Este pasaje significa que los redimidos —aquellos que pertenecen a Dios y al Cordero, específicamente los simbólicos 144.000 hijos de Dios— no tienen mentira en sus bocas. Aquí, la ausencia de mentiras en la boca de los redimidos simboliza un «habla y conducta honestas» (Park Yun-sun). Proverbios 6:16–17 afirma que la «lengua mentirosa» es una de las cosas que Dios aborrece. Por lo tanto, debemos desechar la lengua mentirosa. Como redimidos, debemos estar libres de falsedad; en otras palabras, debemos poseer un corazón y una lengua veraces.

Dios apartó su ira «muchas veces» (Salmo 78:38), pero el pueblo de Israel lo afligió «una y otra vez» (v. 40). Mientras que Dios no desató plenamente su ira, los israelitas se entregaron por completo a su codicia y pecaron contra Él. En resumen, Dios contuvo su ira, mientras que los israelitas de la época del Éxodo no supieron contener su codicia. Dios mostró misericordia y compasión a los israelitas (v. 23), pero ellos pecaron contra Él y se negaron a creer en sus obras milagrosas (v. 32). Los israelitas fueron infieles al pacto de Dios (v. 37), pero Dios permaneció fiel a él. Mientras que a los israelitas les faltaba un corazón firme hacia Dios, Él amaba a su pueblo, Israel, con un corazón firme. Somos testigos del amor fiel y de pacto de Dios persiguiendo a los israelitas incluso mientras ellos perseguían el pecado. Un corazón que experimenta este amor fiel de Dios... Serviré con un corazón firmemente puesto en Él. En lugar de codicia, hallaré contentamiento solo en Jesús; Creeré en las maravillosas obras de Dios y confiaré en su salvación, y viviré una vida que glorifique a Dios con un corazón y una lengua sinceros.

Con sinceridad de corazón

[Salmo 78:42–72]

La semana pasada, centrándonos en el Salmo 78:23–41, meditamos sobre la naturaleza de un "corazón inconstante": un corazón falto de firmeza o sinceridad. Aprendimos que tal corazón sigue la codicia, alberga incredulidad y dudas hacia Dios, y profiere falsedades. Al reflexionar sobre los antepasados de Israel —cuyo arrepentimiento era mera adulación, pues sus labios parecían honrar al Señor mientras sus corazones permanecían lejos de Él—, dedicamos tiempo a examinar nuestros propios corazones. En medio de estas reflexiones, vinieron a mi mente las palabras de Jeremías 17:9: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?". Jesús ha purificado este corazón corrompido con la preciosa sangre que derramó en la cruz. En consecuencia, hemos recibido un corazón nuevo. Sin embargo, todavía percibimos un corazón inconstante en nuestro interior. ¿Cómo podemos, entonces, guardar y refinar tal corazón?

Durante la reunión de oración de esta mañana, medité en el Salmo 26:2: "Examíname, oh Señor, y pruébame; escudriña mi mente y mi corazón". Basándome en este versículo, consideré tres formas de refinar nuestros corazones. En primer lugar, respecto al aspecto intelectual, comprendí que para refinar nuestros corazones debemos esforzarnos por conocer "tu verdad" (versículo 3). En segundo lugar, en cuanto a la disciplina de nuestras emociones, comprendí que el "amor" al Señor (versículo 8) debe servir como fuerza motriz en nuestros corazones. En tercer lugar, respecto a la disciplina de nuestra voluntad, comprendí que debemos "andar en integridad", tal como lo hizo el salmista David (versículo 11). En otras palabras, aprendí la lección de que debemos conducirnos con honestidad.

En el Salmo 78, el versículo final (versículo 72) registra la confesión del salmista respecto a Dios: "Y los pastoreó conforme a la integridad de su corazón, y los guio con la pericia de sus manos". Centrándome en este pasaje —específicamente en la frase «con la integridad de su corazón»—, deseo reflexionar sobre tres maneras en que nuestro Señor, actuando como nuestro Pastor, nos otorga gracia a través de esa misma integridad, y recibir así la gracia que Él nos ofrece a todos.

En primer lugar, nuestro Señor, que es nuestro Pastor, nos eligió por amor.

Observemos los versículos 68 y 70 del Salmo 78: «Pero eligió a la tribu de Judá, al monte Sion, al cual amaba… También eligió a David, su siervo, y lo tomó de los rediles». La elección soberana de Dios es clara; existe una diferencia marcada entre aquellos a quienes eligió y aquellos a quienes no. Mientras que la traducción coreana del versículo 68 comienza con la palabra «Solo» (*ojik*), las traducciones al inglés comienzan con «Pero». La razón de este «Pero» es contrastar el versículo con el 67: «Además, desechó la tienda de José y no eligió a la tribu de Efraín». El salmista afirma claramente que Dios no eligió a la tribu de Efraín —los descendientes del segundo hijo de José—. El salmista señala que, si bien Dios no eligió a la tribu de Efraín, sí eligió a David (versículo 70). Por tanto, los actos de Dios de elegir y no elegir son evidentes.

El apóstol Pablo habla de esta elección —y no elección— soberana y clara de Dios: «Como está escrito: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí"» (Romanos 9:13). El capítulo 9 de Romanos aborda específicamente la soberanía de Dios. Cabe destacar que, a partir del versículo 20, aparece la famosa parábola del alfarero. Al referirse a Dios como el Alfarero que tiene derecho a hacer «de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra» (versículo 21), el apóstol Pablo pregunta en Romanos 9:20: «Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: "¿Por qué me has hecho así?"». La lección aquí es que un ser creado no puede atreverse a desafiar la soberanía del Creador. Por tanto, así como Dios eligió soberanamente a Jacob y no a Esaú, debemos

aceptar humildemente la enseñanza del pasaje de hoy (versículos 67-68): que Dios eligió a David y no a la tribu de Efraín.

En el conocido pasaje de Efesios 1:4, el apóstol Pablo afirma: «según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor». Dios nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo. Esta elección divina no se realizó, en absoluto, porque hubiera algo en nosotros que nos hiciera dignos de ser elegidos. Dios nos eligió incondicionalmente antes de la fundación del mundo. Nuestro Dios, que es el Pastor, nos amó, nos eligió y nos hizo sus ovejas.

En segundo lugar, nuestro Dios, el Pastor, redimió a aquellos a quienes había elegido.

Observemos el Salmo 78:42: «No se acordaron de su poder, ni del día en que los redimió del enemigo». Aunque los antepasados de Israel, faltos de fe, no recordaron el poder de Dios que los había redimido de sus enemigos, Dios se acordó del pacto que había hecho con Abraham y, en la fidelidad de su corazón, redimió al pueblo de Israel. A partir del versículo 43, el salmista relata el acontecimiento de la redención de Israel frente a sus enemigos. El relato describe cómo Dios —mientras los antepasados de Israel vivían esclavizados en Egipto— envió diez plagas sobre la tierra (versículos 43-51) y finalmente obligó al faraón a dejar ir al pueblo, redimiendo así a «su propio pueblo» (versículo 52) de Egipto. ¿Qué significa «redención» aquí? Redimir significa adquirir algo pagando un precio. Así como se compra a un esclavo en un mercado de esclavos, la redención se refiere a que Dios pagó un alto precio para rescatar a los pecadores del mercado del diablo y llevarlos a la casa de Dios. En última instancia, la redención significa que Dios y Jesús pagaron el precio de la sangre para comprarnos y sacarnos del mercado de esclavos del diablo. Antes de la décima plaga durante el Éxodo, Dios ordenó a los israelitas que aplicaran la sangre de un cordero en los postes de sus puertas; esa sangre apunta directamente a la sangre de Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Reflexionar sobre este acontecimiento de redención nos permite comprender las palabras de Isaías 43:4: «Porque fuiste precioso a mis ojos,

fuiste estimado y yo te amé; por tanto, daré hombres por ti y pueblos por tu vida». ¿Por qué nos considera Dios preciosos y estimados? Porque hemos sido comprados a precio de sangre, con la preciosa sangre de Jesús. Nos hemos vuelto preciosos y estimados ante los ojos de Dios porque Jesús murió en la cruz en nuestro lugar.

En tercer lugar, Dios, nuestro Pastor, nos cuida y nos guía con «integridad de corazón».

Observemos el Salmo 78:72: «Y los pastoreó conforme a la integridad de su corazón, y los guio con la pericia de sus manos». En el versículo 52 del pasaje de hoy, el salmista afirma que Dios, actuando como Pastor, sacó de Egipto a los antepasados de Israel como a un rebaño y los guio por el desierto como a una manada de ovejas. Puesto que Dios condujo y guio a los israelitas a salvo, ellos estuvieron libres de temor (versículo 53). Finalmente, Dios llevó a los israelitas a la Tierra Prometida de Canaán —descrita como «el territorio de su santuario, este monte que su diestra había adquirido» (versículo 54)—, donde expulsó a las naciones delante de ellos, repartió la tierra como heredad y los estableció allí (versículo 55). Sin embargo, ¿cómo respondieron los antepasados de Israel? Veamos los versículos 56 al 58 del pasaje de hoy: «Pero ellos tentaron y se rebelaron contra el Dios Altísimo, y no guardaron sus testimonios; se desviaron y actuaron con infidelidad como sus padres; se torcieron como un arco engañoso, provocándolo a ira con sus lugares altos y despertando sus celos con sus imágenes talladas». Aunque Dios pastoreó y guio al pueblo de Israel con la integridad de su corazón (versículo 72), ellos —a pesar de esto— tentaron a Dios, se rebelaron contra Él y lo traicionaron (versículo 56). En su traición, se «torcieron como un arco engañoso», construyeron lugares altos y provocaron la ira de Dios con sus imágenes talladas (versículos 57-58). Finalmente, en su ira, Dios llegó a aborrecer profundamente a Israel (versículo 59); Él «abandonó la morada» que había establecido entre los hombres (versículo 60) y entregó a su pueblo —que era su «gloria»— en manos y a espada del enemigo (versículos 60-61). Sin embargo, aun en medio de esto, Dios eligió a David (versículo 70) y lo condujo, pastoreó y guio «con la integridad de su corazón» (versículos 71-72).

Al reflexionar sobre el Salmo 78:23-41, vemos que, incluso cuando los israelitas pusieron a prueba el poder de Dios por codicia durante el Éxodo (versículos 18-20), Dios, «en cambio», abrió las puertas de los cielos e hizo llover maná para que comieran (versículos 23-24). En otras palabras, cuando el pueblo de Israel pecó, Dios, «en cambio», les otorgó gracia. Esto no puede ser otra cosa que la gracia fiel y el amor de Dios. Incluso hacia el pueblo de Israel, cuyos corazones eran inconstantes, Dios —actuando conforme a la fidelidad de su propio corazón— los alimentó, los guio y los condujo. Esto ilustra la diferencia entre el corazón de Dios y los corazones del pueblo de Israel: el corazón fiel de Dios frente a los corazones inconstantes del pueblo de Israel.

Nuestros corazones son inconstantes, pero el corazón de Dios es inquebrantable. Con un corazón inquebrantable, Dios Padre nos eligió antes de la fundación del mundo, Dios Hijo nos redimió y Dios Espíritu Santo nos guía y conduce. Puesto que nuestro Dios Trino —movido por la firmeza de su corazón— nos elige, nos redime y nos guía, a pesar de nuestros propios corazones inconstantes o infieles, ¿cómo no habríamos de alabarlo con todo nuestro corazón?

«Te alabo, Señor, con todo mi corazón; contaré al mundo las maravillas que has hecho. Te alabo, Señor, con todo mi corazón; me regocijo y me gozo en ti. ¡Aleluya! Alabo tu nombre, oh Altísimo; ¡Aleluya!».

«Oh Dios de nuestra salvación»

[Salmo 79]

He estado meditando en el Salmo 34, centrándome en el versículo 8: «Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él». ¿Cuál es la bondad —o la bendición— que experimentan aquellos que se refugian en Dios? En una palabra, es la «salvación tanto del cuerpo como del alma». Físicamente, es «liberación» [(v. 4) «…me libró de todos mis temores», (v. 6) «…los salvó de todas sus angustias», (v. 7) «…los libra», (v. 17) «…los libró de todas sus angustias», (v. 18) «…salva a los contritos de espíritu», (v. 19) «…los libra de todas sus aflicciones»]. Espiritualmente, la bendición que Dios otorga a quienes se refugian en Él es la redención [(v. 22) «Jehová redime el alma de sus siervos, y no serán condenados cuantos en él confían»].

En el pasaje de hoy, el Salmo 79, vemos al salmista refugiándose en Dios y clamando a Él. Entre sus peticiones, el versículo 9 resuena especialmente en mí: «Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; líbranos y expía nuestros pecados, por amor de tu nombre». Al centrarme en este versículo y en el título «Oh Dios de nuestra salvación», deseo meditar en las tres peticiones que el salmista dirigió al Dios de la salvación y, de este modo, recibir las enseñanzas y la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, la petición del salmista es: «¡Oh Dios de nuestra salvación, ayúdanos!». Observemos el Salmo 79:9: «Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre…». ¿Por qué imploraba ayuda el salmista al Dios de la salvación? Porque el pueblo del Señor —Israel— se encontraba en un estado lamentable, sufriendo una gran tribulación

y la destrucción de Jerusalén a manos de sus perseguidores. Podemos ver esto claramente en los versículos 1 al 4 del pasaje de hoy: «Oh Dios, las naciones han invadido tu heredad; han profanado tu santo templo y han reducido Jerusalén a escombros. Han dado los cuerpos de tus siervos como alimento a las aves del cielo, y la carne de tus santos a las bestias de la tierra; han derramado su sangre como agua alrededor de Jerusalén, y no hubo quien los sepultara. Nos hemos convertido en objeto de oprobio para nuestros vecinos, y en blanco de desprecio y burla para quienes nos rodean». Los enemigos de Israel profanaron Jerusalén —el lugar de «tu templo»— y convirtieron la ciudad en un montón de escombros (versículo 1). Mataron y dejaron sin sepultura a «tus siervos» y a «tus santos» que se encontraban dentro de la ciudad (versículo 2). En consecuencia, su sangre fue derramada como agua por todos los alrededores de Jerusalén (versículo 3). Además, el pueblo de Israel se convirtió en objeto de oprobio, desprecio y burla para sus vecinos (versículo 4). En tales momentos, el salmista clamó al Dios de salvación pidiendo ayuda. Sin embargo, al buscar este auxilio, imploró específicamente a Dios que ayudara por amor a la gloria del nombre del Señor (versículo 9). Esto refleja el reconocimiento de que no poseen justicia propia; más bien, desean la salvación únicamente por amor a la santa reputación del Señor, porque Él los ha elegido (Park Yun-sun). Si bien buscaba fervientemente la ayuda de Dios, el salmista no pidió auxilio por amor a su propio nombre o gloria; al contrario, imploró a Dios que interviniera por amor a Su gloria y a Su nombre. Elevó una oración deseando únicamente que se cumpliera la voluntad de Dios.

Cuando nos sentimos impotentes en medio de la tribulación y la persecución, debemos buscar la ayuda de Dios. Aunque parezca que hay muchas cosas que podemos lograr con nuestras propias fuerzas, en realidad somos seres frágiles que ni siquiera podemos gobernar adecuadamente nuestros propios corazones. En cierto sentido, la vida de fe implica una comprensión cada vez más profunda de nuestra propia debilidad e impotencia, reconociendo y confesando al mismo tiempo que no podemos vivir sin la ayuda de Dios. Pensemos en Job, por ejemplo. En medio de su sufrimiento, confesó: «¿No está mi ayuda dentro de mí?». (Job 6:13). En lo profundo de una tribulación extrema, Job reconoció su

propia impotencia y admitió que no podía salvarse a sí mismo. Por tanto, debemos orar haciendo la misma confesión que el salmista expresó en el Salmo 46:1: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones». Cuando, en nuestra impotencia, clamamos al Dios que es un poderoso auxilio en tiempos de angustia, Él ciertamente se convierte en nuestra gran ayuda.

En segundo lugar, la petición del salmista es: «¡Oh Dios de nuestra salvación, líbranos!». Consideremos el Salmo 79:9: «Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre...». El salmista —quien había implorado ayuda por la gloria de Dios en medio de la destrucción de Jerusalén, la muerte de los santos del Señor y la impotencia del pueblo de Israel en su tribulación— clama a Dios en el versículo 5 de este pasaje: «¿Hasta cuándo, oh Señor? ¿Estarás enojado para siempre? ¿Arderá tu ira como el fuego?». Ya hemos meditado anteriormente sobre esta oración de «¿Hasta cuándo?» en el Salmo 13: «¿Hasta cuándo, oh Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo tendré que buscar consejo en mi alma y tener tristeza en mi corazón todo el día? ¿Hasta cuándo se exaltará mi enemigo sobre mí?» (vv. 1-2). Tales oraciones reflejan el deseo de los santos de recibir una pronta liberación de parte de Dios mientras soportan pacientemente la tribulación y la persecución. En cuanto al Salmo 79, el versículo 7 explica por qué el salmista se vio impulsado a pedir tal liberación inmediata: «Porque han devorado a Jacob y han asolado su morada». En medio de esta crisis de destrucción, el salmista imploró a Dios que apartara su ira del pueblo de Israel y, en cambio, la derramara sobre las naciones —sus adversarios— que no invocan el nombre del Señor (v. 6). ¿Por qué hizo el salmista tal petición a Dios? Podemos encontrar la respuesta en el versículo 10: «¿Por qué han de decir las naciones: "¿Dónde está su Dios?"? Que se dé a conocer entre las naciones, a nuestra vista, la venganza por la sangre derramada de tus siervos». El salmista suplicó a Dios que derramara su ira sobre las naciones porque los gentiles incrédulos no solo habían profanado el templo de Jerusalén (versículo 1), sino que también deshonraban el nombre de Dios al preguntar dónde estaba el Dios de Israel. Una razón más específica para esta súplica era el deseo de

que las naciones presenciaran cómo Dios vengaba la sangre de sus siervos. De hecho, el versículo 12 revela que las naciones que perseguían al pueblo de Israel habían acumulado «oprobio» sobre el Señor. Mientras imploraba a Dios que derramara su ira sobre las naciones que mataban a los israelitas, el salmista también pidió al Señor que escuchara los gemidos de los cautivos y «preservara a los condenados a muerte» mediante su gran poder (versículo 11).

¡Qué petición tan maravillosa es esta! El salmista pidió a Dios no solo que rescatara a los condenados a muerte mediante su gran poder, sino también que preservara al pueblo de Israel. Su preocupación por el honor de Dios era aún mayor que su preocupación por la salvación del pueblo de Dios (Park Yun-sun). Aunque deseaba fervientemente la salvación de Dios y oraba: «Líbranos» (versículo 9), no podía soportar oír a los gentiles incrédulos burlarse de los israelitas que sufrían preguntando: «¿Dónde está su Dios?» (versículo 10). Debemos orar a Dios con esta mentalidad, pidiéndole que nos libre. En otras palabras, debemos presentar nuestras peticiones de oración a Dios con un corazón que busque fervientemente su gloria.

En tercer lugar, la petición de oración del salmista es: «¡Oh Dios de nuestra salvación, perdona nuestros pecados!».

Volvamos a examinar el Salmo 79:9: «¡Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados, por amor de tu nombre!». Al reconocer que la tribulación y el desastre que azotaban a Jerusalén y al pueblo de Israel eran consecuencias del pecado —provocadas por la ira de Dios—, el salmista suplicó a Dios que «perdonara nuestros pecados» (v. 9b). Pidió perdón específicamente por amor al nombre del Señor. Asimismo, rogó a Dios: «No tomes en cuenta contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; que tu compasión venga pronto a nuestro encuentro, pues estamos profundamente abatidos» (v. 8). Éxodo 20:5 afirma que Dios visita la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Esto implica que tal juicio ocurre cuando

los descendientes continúan cometiendo los mismos pecados que sus antepasados sin arrepentirse (Park Yun-sun). Por ello, el salmista buscó la compasión del Señor. En un estado de profunda humillación y angustia, pidió humildemente la misericordia de Dios. En el marco de esa misericordia, imploró a Dios que lo recibiera y restaurara —a él y al pueblo de Israel— con prontitud. En última instancia, la ayuda y la liberación (salvación) que el salmista necesitaba estaban intrínsecamente ligadas a la cuestión del pecado. En otras palabras, lo que necesitaba desesperadamente era el perdón de los pecados mediante la compasión del Señor. Consciente de que toda la tribulación y el desastre habían caído sobre Israel a causa del pecado, reconoció que —sin resolver primero la cuestión fundamental del pecado ante el Señor— cualquier ayuda o liberación de tal sufrimiento carecería de verdadero sentido. La lección aquí es que debemos resolver primero el asunto de nuestro pecado ante el Señor. Dicho de otro modo: cuando nosotros —al igual que el salmista o el pueblo de Israel— enfrentamos tribulaciones, sufrimientos o crisis que amenazan nuestra vida, ciertamente debemos buscar la ayuda y la liberación de Dios; sin embargo, en medio de ello, no debemos olvidar pedirle a Dios que «perdone nuestros (mis) pecados» si, por casualidad, nuestra situación se deriva de nuestras propias malas acciones. Al presentar estas tres peticiones de oración a Dios, el salmista declara cómo él y el pueblo de Israel responderán si Dios les responde: «Entonces nosotros, tu pueblo, las ovejas de tu prado, te daremos gracias para siempre; de generación en generación proclamaremos tu alabanza» (v. 13). Esto nos enseña que la respuesta adecuada para los creyentes que han recibido la ayuda, la liberación y el perdón de Dios es ofrecerle acción de gracias y alabanza. Es mi deseo que estas tres peticiones del salmista se conviertan en las nuestras y que, al recibir respuesta a nuestras oraciones, lleguemos a ser adoradores que ofrecen acción de gracias y alabanza a Dios.

«Sálvanos»

[Salmo 80]

Imagino que todos habrán oído la noticia de la elección de Lee Myung-bak como presidente. Los medios de comunicación coreanos, al informar sobre su victoria, también emitieron programas que repasaban su trayectoria vital, desde el pasado hasta el presente. Un detalle curioso es que el presidente electo Lee Myung-bak comparte fecha de cumpleaños con mi esposa: el 19 de diciembre. Resulta que el 19 de diciembre es también su aniversario de bodas. Según se cuenta, decidió casarse el día de su cumpleaños para no olvidar el aniversario. En cambio, la razón por la que yo me comprometí el día del cumpleaños de mi esposa —el 19 de diciembre— fue simplemente para ahorrar dinero haciendo un solo regalo (matar dos pájaros de un tiro)... Jaja. Poco después de conocer la noticia de su elección, recibí mi correo diario de «La carta de Go Do-won», y el título del mensaje de ese día era «El verdadero liderazgo». Esto es lo que decía el mensaje:

«¿Qué es el verdadero liderazgo? Un líder no es simplemente alguien que gestiona tareas con eficiencia. Un líder es alguien que hace "lo correcto". Un líder no es alguien que no se detiene ante nada para alcanzar una meta, sino alguien que actúa basándose en valores sólidos. Un líder es alguien que comprende con precisión sus propias fortalezas y debilidades, y se esfuerza por superar estas últimas». [De *The Shadow Side of Leadership* (El lado sombrío del liderazgo), de Gary L. McIntosh y Samuel D. Rima]

«Un líder es alguien que camina por el filo de la navaja entre la luz y la sombra». Uno debe examinarse siempre con mirada crítica para asegurarse de que el camino que sigue es el

correcto. Hay dos formas de hacerlo: mediante la introspección personal y observándose a través del reflejo que ofrecen los demás. Si un líder no sigue el camino correcto, proyecta una sombra larga y oscura sobre el pueblo y la historia. Parece que este mensaje llegó por correo electrónico justo después de que se difundiera la noticia de la elección del Sr. Lee Myung-bak como presidente.

Al escuchar las declaraciones del presidente electo Lee Myung-bak en las noticias, parecía haber hecho tres promesas clave: primera, revitalizar la economía; segunda, fomentar la armonía en una sociedad dividida; y tercera, servir al pueblo con humildad. Ahora es responsabilidad del presidente electo cumplir fielmente estas promesas. Me pregunto: ¿será realmente capaz de reactivar la economía coreana? ¿Logrará verdaderamente unir a una sociedad que ha estado dividida durante tanto tiempo? Como cristianos coreanos, debemos apoyar en primer lugar al nuevo presidente electo —quien también es anciano de iglesia— mediante la oración mientras guía a la nación. Asimismo, debemos seguir orando por nuestra patria, Corea. Hoy quisiera extraer tres lecciones del pasaje bíblico sobre los motivos específicos de oración que debemos presentar.

El primer motivo de oración es: "Haz resplandecer Tu luz sobre nosotros".

Por favor, observen el Salmo 80, versículos 1, 3, 7 y 19: "Escúchanos, Pastor de Israel, tú que guías a José como a un rebaño. Tú que estás entronizado entre los querubines, resplandece" (v. 1); "Restáuranos, oh Dios; haz resplandecer tu rostro sobre nosotros, para que seamos salvos" (v. 3); "Restáuranos, oh Dios Todopoderoso; haz resplandecer tu rostro sobre nosotros, para que seamos salvos" (v. 7); "Restáuranos, oh Señor Dios Todopoderoso; haz resplandecer tu rostro sobre nosotros, para que seamos salvos" (v. 19). En el pasaje de hoy, el salmista repite cuatro veces la súplica "Haz resplandecer Tu luz" —es decir, "haz que Tu rostro..."—. La razón por la que el salmista rogaba a Dios: "Haz resplandecer tu rostro sobre nosotros", era que el pueblo de Israel atravesaba un tiempo de profunda oscuridad. Este "tiempo de oscuridad" se refiere a una situación de extrema miseria y desdicha (Park Yun-

sun). ¿En qué consiste exactamente este estado de extrema miseria? Se refiere a una situación en la que, debido a la ira de Dios (versículo 4), poderosas naciones vecinas pugnaban por devorar a Israel (versículo 6). En resumen, describe un estado de ruina provocado por la reprensión del Señor (versículo 16). ¿Por qué enfrentó el pueblo de Israel tal ruina bajo la reprensión del Señor? La razón fue su pecado. Aunque el texto de hoy no especifica la naturaleza exacta de dicho pecado, es seguro que este provocó la ira del Señor y dio lugar a Su disciplina (Park Yun-sun). Así, durante aquella época sombría, el salmista sintió que el Señor había ocultado su rostro debido al pecado de Israel; por consiguiente, imploró a Dios que hiciera «resplandecer su rostro sobre nosotros».

El lunes pasado asistí a un encuentro de exalumnos del Seminario Teológico Westminster, celebrado en la iglesia de un pastor principal, donde recibí como regalo un CD con un sermón de otro pastor principal. Escuché el CD en mi automóvil y me conmovió profundamente una reflexión en particular que deseo compartir. El mensaje era sencillamente este: «La religión cristiana trata sobre Dios buscándonos a nosotros, mientras que nuestra vida de fe trata sobre nosotros buscando a Dios». Para ilustrar este punto, el pastor utilizó el ejemplo del juego del escondite. Cuando los padres juegan al escondite con sus hijos pequeños, estos terminan encontrándolos... Se dice que, al jugar, los padres se esconden de tal manera que a sus hijos les resulta fácil hallarlos. Si un padre se escondiera tan bien que sus hijos fueran incapaces de encontrarlo, resultaría algo extraño. Por lo general, los padres se esconden donde sus hijos puedan verlos, o bien ofrecen pistas cuando a estos les cuesta encontrarlos. Cuando el Señor oculta su rostro de nosotros debido a nuestros pecados no confesados, no actúa como un Dios que se oculta por completo para impedir que lo encontremos; es un Dios que desea revelarse a nosotros. Por tanto, cuando enfrentamos la disciplina divina por nuestros pecados y todo parece envuelto en tinieblas, debemos —al igual que el salmista— suplicar: «Señor, haz resplandecer tu rostro sobre nosotros».

Al recibir esta temporada navideña, regocijándonos y conmemorando el nacimiento de Jesús, aguardamos con esperanza su Segunda Venida y depositamos nuestra confianza en la Nueva Jerusalén y en la tierra nueva. Respecto a la Nueva Jerusalén y la tierra nueva, el apóstol Juan escribió en Apocalipsis 21:23: «La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera». No existe absolutamente ninguna oscuridad en el cielo hacia el cual nos dirigimos. Allí, la luz del sol o del día resulta innecesaria, pues la gloria de Dios y el propio Jesús serán la luz que ilumine resplandecientemente el cielo. Mi oración es que, aferrándonos a esta esperanza mientras vivimos en esta tierra, nunca desmayemos —aun al enfrentar circunstancias sombrías y desalentadoras—, sino que sigamos adelante orando: "Señor, haz resplandecer Tu luz sobre nosotros".

El segundo motivo de oración es: "Haznos volver a Ti".

Si volvemos a examinar el Salmo 80 —específicamente los versículos 3, 7 y 19—, vemos al salmista orando: "Restáuranos, oh Dios...", "Restáuranos, oh Dios de los ejércitos..." y "Restáuranos, oh SEÑOR Dios de los ejércitos...", clamando así a Dios. Este pasaje parece ser una oración que pide el regreso del pueblo de Israel —que se encontraba cautivo en tierra extranjera— a su propia tierra (Park Yun-sun). Implica que la ira de Dios había caído sobre los israelitas debido a sus pecados; sufrieron una gran humillación a manos de poderosas naciones vecinas y, finalmente, fueron conquistados y llevados cautivos por una de ellas. En consecuencia, el salmista clamaba: "Restáuranos, oh Dios", pidiendo a Dios que obrara su liberación del cautiverio y su retorno a la tierra natal (versículo 3). En particular, recordando cómo Dios había rescatado a los israelitas de Egipto y los había llevado a la Tierra Prometida de Canaán, así como la "Edad de Oro" bajo los reinados de David y Salomón, el salmista suplicaba a Dios que concediera nuevamente tal gracia restauradora (Park Yun-sun) (versículos 8-11). En los versículos 8 y 9, el salmista compara a los israelitas con una "vid", describiendo cómo Dios la trasplantó de Egipto a Canaán, donde echó raíces profundas y se extendió por toda la tierra; los versículos 10 y 11 hablan de cómo Dios

aumentó su población y expandió su territorio, haciendo referencia específica a la Edad de Oro, cuando las fronteras se extendían hasta el río Éufrates durante los reinados de David y Salomón. Luego, en los versículos 12 y 13, el salmista describe el posterior declive de los israelitas —quienes alguna vez fueron tan bendecidos por la gracia y el poder de Dios—, reconociendo que esta situación se produjo por intervención divina. Vemos que se hace este reconocimiento; el salmista pronuncia estas palabras con un espíritu de autocrítica y arrepentimiento, al tiempo que confía en la soberanía de Dios (Park Yun-sun). ¿Por qué cayó Israel en tal decadencia? La razón radica en su pecado. En consecuencia, el pueblo de Israel enfrentó la disciplina en medio de la ira de Dios.

Al aplicar este pasaje a nuestras vidas, aprendemos que antes de orar a Dios diciendo «Vuélvete a nosotros» —es decir: «Oh Dios, restáuranos»—, primero debemos arrepentirnos de nuestros pecados ante Él. Hace unos dos o tres años, durante un culto de fin de año, prediqué sobre las «5 R»: Arrepentimiento, Restauración, Reconciliación, Reforma y Avivamiento. La verdadera restauración no puede ocurrir sin una oración de arrepentimiento ofrecida a Dios con un corazón quebrantado y contrito. Si deseamos un verdadero avivamiento, debemos comenzar por el arrepentimiento. Solo entonces podrán producirse la verdadera restauración, la reconciliación, la reforma y el avivamiento. ¿Cómo debemos arrepentirnos, entonces? No debemos tomar a la ligera la reprensión de Dios (versículo 16). En otras palabras, cuando recibimos la reprensión de Dios, debemos estar atentos, humillarnos ante el Señor y arrepentirnos de nuestros pecados. Además, debemos orar a Dios pidiéndole que nos «fortalezca por amor a Ti» (versículo 17). También debemos suplicar a Dios, tal como lo hizo el salmista: «Avívanos» (versículo 18).

La tercera petición de oración es: «Ven y sálvanos».

En el Salmo 80 (versículos 2, 3, 7 y 19), el salmista habla de Dios viniendo con su poder para salvarnos, le pide que nos conceda la salvación y declara que seremos salvos. En nombre del pueblo de Israel, que estaba sumido en un estado de absoluta miseria y profunda

oscuridad, el salmista suplicaba a Dios: «Haz resplandecer tu rostro sobre nosotros» y «Haznos volver a Ti»; sin embargo, su oración suprema era: «Oh Dios, sálvanos». Al elevar esta oración, el salmista confiaba en el poder de Dios: «...despierta tu poder y ven a salvarnos» (v. 2). ¿Por qué confiaba el salmista en el poder de Dios? Porque tanto él como el pueblo de Israel sentían que sus propias fuerzas flaqueaban en medio de aquella situación de miseria y oscuridad (Park Yun-sun). Al fallarles las fuerzas, llegaron a la profunda convicción de que no podían salvarse a sí mismos; en consecuencia, se apoyaron aún más en el poder de Dios y anhelaron fervientemente la gracia de la salvación. Mientras oraba por la liberación de Israel, el salmista también recordaba la «época dorada» del pueblo —un tiempo anterior a que su fuerza decayera— y pedía que Dios fortaleciera nuevamente a su pueblo por amor a sí mismo (v. 15). Cuando el pueblo de Dios experimentó su poder salvador en respuesta a esta oración, también experimentó la fortaleza que solo Él proporciona.

Necesitamos renunciar a nuestras propias fuerzas o, dicho de otro modo, debemos reconocer profundamente nuestra propia impotencia. Solo entonces podremos confiar en el poder de Dios y sostener nuestra vida de fe mediante la fortaleza que Él nos brinda. Si intentamos vivir nuestra fe apoyándonos en nuestras propias fuerzas, caemos en el orgullo y oscurecemos la gloria de Dios. Por tanto, ya sea que enfrentemos adversidad y sufrimiento bajo la providencia soberana de Dios, o que —al igual que los israelitas en el pasaje de hoy— recibamos la amorosa disciplina divina a causa de nuestros pecados, necesitamos aprender a dejar de lado nuestras propias fuerzas y a confiar en el poder del Señor. Además, debemos elevar nuestras oraciones a Dios, confiando en Él y anhelando fervientemente la gracia de su salvación.

Lo que Dios desea de nosotros

[Salmo 81]

Anoche —día de Año Nuevo—, antes de realizar nuestro culto familiar, los cinco estábamos sentados en nuestra cama, recostados contra la pared y leyendo. Mi esposa, Dylan y yo leíamos la Biblia, mientras Yeri le leía un libro de princesas a su hermana menor, Yeeun. Al cabo de un rato, sugerí: "Hagamos nuestro culto ahora". Yeeun parecía reticente y le costó un poco dejar el libro; finalmente, Yeri leyó el primer pasaje de la Biblia de Dylan y yo ofrecí una breve exhortación basada en el mensaje clave de ese capítulo antes de orar. Sin embargo, Yeeun no se mostraba muy colaboradora. Le pedí que bajara de la cama y se pusiera frente a mí, y cuando le pregunté si quería orar con nosotros, respondió en voz baja: "No". Entonces le dije: "Pues toma el libro que estabas leyendo y vete a tu habitación". Ella esbozó una sonrisa radiante y feliz, y se dirigió directamente a su cuarto. Jaja. De hecho, antes de que todos nos reuniéramos para leer, Yeeun había tomado a escondidas el libro de su hermano mayor de la estantería, se había sentado sola en nuestra cama y lo estaba "leyendo" mientras conversaba animadamente con Dios. Tenía tantas ganas de seguir leyendo ese libro de princesas que se sintió un poco disgustada cuando la llamamos para el culto familiar. Esta mañana, durante una llamada telefónica con mi esposa, me enteré de que, mientras Dylan y Yeri aún dormían, Yeeun se había despertado temprano solo para volver a mirar ese libro. Jaja. Realmente debía tener muchas ganas de verlo... Jaja. Desde nuestra perspectiva como padres, queríamos que Yeeun se uniera a nosotros en el culto familiar, pero lo que ella quería era seguir leyendo ese libro de princesas. Aunque me sentí un poco inquieto al respecto, solo mi esposa, Dylan, Yeri y yo participamos en el culto familiar; Yeeun se quedó en su habitación con su libro de princesas. Le encanta que su

hermana mayor, Yeri, le lea ese libro y, aunque habíamos retrasado deliberadamente el inicio del culto para permitirlo, parece que Yeeun simplemente necesitaba más tiempo con su libro de princesas. Jaja. Al reflexionar sobre este incidente, pensé en cómo los deseos de Dios Padre y los de Sus hijos —nosotros— a veces pueden diferir. Ciertamente, Dios espera cosas de nosotros; sin embargo, ¿acaso no hay muchas ocasiones en las que, al igual que Yeeun, actuamos según nuestros propios deseos? En última instancia, creo que una fe madura es aquella en la que vivimos conforme a la voluntad de Dios Padre, tal como un hijo maduro que comprende el corazón de sus padres y obedece sus deseos. Hoy, centrándome en el Salmo 81, quisiera meditar sobre tres cosas que Dios desea de nosotros, bajo el título: "Lo que Dios quiere de nosotros". Mi oración es que aprendamos estas tres cosas y vivamos de manera que cumplamos la voluntad de Dios Padre.

En primer lugar, lo que Dios desea de nosotros es "alabanza".

Observemos el Salmo 81:1: "Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra; alabad con júbilo al Dios de Jacob". Al componer este salmo en el contexto de la celebración de una festividad en Judá, el salmista exhorta al pueblo a alabar a Dios (versículos 1–4). El objeto de esta alabanza es, por supuesto, Dios, a quien el salmista describe como "Dios, fortaleza nuestra" (versículo 1). El Dios que es nuestra fortaleza es el Dios Todopoderoso. Ese Dios Todopoderoso nos otorga poder. Una forma de recibir ese poder es ofreciendo alabanza a Dios con un corazón alegre. El Dr. Park Yun-sun afirmó: "Al alabar verdaderamente a Dios, la persona le glorifica y, al mismo tiempo, obtiene fortaleza para su propia vida espiritual". En efecto, ofrecer una alabanza gozosa a Dios no solo le glorifica a Él, sino que también fortalece nuestra vida espiritual. ¿Cómo debemos, entonces, alabar a Dios? Debemos alabarle con un corazón alegre. La razón se encuentra en la parte final de Nehemías 8:10: "...Este día es santo para nuestro Señor. No os entristezcáis, porque el gozo del SEÑOR es vuestra fortaleza...". Puesto que regocijarnos en Dios es nuestra propia fortaleza, le ofrecemos alabanza con un corazón alegre.

El propósito de la alabanza para quienes adoran a Dios es fomentar la unidad en la fe, hacer una confesión pública de piedad y promover el crecimiento de la vida espiritual (Calvino, Park Yun-sun). (1) El primer propósito —la unidad en la fe entre los creyentes— significa que, al alabar a Dios juntos, nos reafirmamos mutuamente que compartimos la misma fe. (2) En segundo lugar, el propósito de nuestra alabanza es hacer una «confesión pública de piedad». En otras palabras, al cantar alabanzas a Dios juntos, confesamos públicamente: «Amamos a Dios». (3) El tercer propósito puede describirse como «crecimiento espiritual». Crecemos espiritualmente al ofrecer alabanza a Dios —dentro de nuestra fe compartida— que confiesa públicamente nuestro amor por Él. Pero, ¿cuál es el problema? El propósito de nuestra alabanza como cristianos a menudo se convierte en complacernos a nosotros mismos en lugar de complacer a Dios. Si el objetivo principal es complacernos a nosotros mismos y deleitar los oídos de los oyentes, tal «alabanza centrada en uno mismo» nunca podrá confesar públicamente que somos un solo cuerpo en el Señor, compartiendo una misma fe; ni tampoco podrá fomentar nuestro crecimiento espiritual. Por lo tanto, tal como nos enseña hoy el salmista, debemos ofrecer el tipo de «alabanza» que Dios desea. Debemos ofrecerla con un corazón alegre (v. 1), usando instrumentos musicales (v. 2) y en el día del Señor (v. 3), cantando con fuerza a Dios, quien es nuestra fortaleza (v. 1). Este es el «estatuto» —el mandato de Dios— que tú y yo debemos observar (v. 4).

En segundo lugar, lo que Dios desea de nosotros es la «oración».

Observemos el Salmo 81:7: «En la angustia clamaste, y te libré; te respondí en el lugar secreto de los truenos; te probé junto a las aguas de Meriba (Selah)». Este pasaje es particularmente significativo para nosotros mientras nos esforzamos por dedicarnos a la oración. Al recordar los acontecimientos del Éxodo, el salmista recuerda al pueblo de Israel que, cuando sus antepasados clamaron a Dios en su angustia, Él respondió a sus oraciones. ¿Por qué el salmista recuerda y hace presente al pueblo de su propia época que Dios respondió a las oraciones de los israelitas durante el Éxodo? Porque quería animar al pueblo de Israel a buscar fervientemente a Dios en oración. En otras palabras, esta es una

exhortación para que tú clames a Dios, tal como los israelitas clamaron a Él durante su tiempo de sufrimiento. Las palabras específicas de esta exhortación son: «...Abre bien tu boca y yo la llenaré...» (versículo 10). Este pasaje significa que debemos desear fervientemente la gracia y la salvación de Dios (Park Yun-sun).

Debemos anhelar la gracia y la salvación de Dios. Así como los israelitas clamaron a Dios en su angustia, nosotros también debemos clamar a Él. Al clamar, debemos suplicar por Su gracia y salvación. Además, debemos orar con la certeza de que nuestras oraciones serán respondidas. Dios prometió claramente en la Escritura de hoy: «Abre bien tu boca y yo la llenaré» (versículo 10). Debemos aferrarnos a esta promesa mientras clamamos a Dios. Nuestro Dios es un Dios que llena. Sin embargo, para ser llenos, debemos cumplir con la responsabilidad de vaciarnos. ¿Qué debemos vaciar? Nuestros pecados. ¿Qué clase de pecados? Observemos el versículo 11 del texto de hoy: «Pero mi pueblo no quiso escuchar mi voz, e Israel no quiso saber nada de mí». ¿Cuál era la voz —o la palabra— de Dios que los israelitas se negaron a escuchar? Se encuentra en el versículo 9: «No habrá entre vosotros dios ajeno, ni adoraréis a ningún dios extraño». Sin embargo, al final, los israelitas desobedecieron este mandato y cometieron el pecado de idolatría. Cuando nos arrepentimos de este pecado, nos decidimos y comprometemos a escuchar la palabra de Dios y clamamos a Él, Dios escucha nuestras oraciones y nos otorga gracia y la bendición de la salvación. Nuestro Dios es un Dios que escucha el clamor de nuestras oraciones. La verdad asombrosa es que, aunque hay innumerables ocasiones en las que no escuchamos la voz de Dios ni le deseamos (versículo 11), Él es el Dios que nos desea y anhela escuchar nuestras oraciones. Debemos consagrarnos aún más a la oración ante este Dios que abunda en gracia.

En tercer lugar, lo que Dios desea de nosotros es «obediencia».

Observemos el Salmo 81:8 y 13: «¡Escucha, pueblo mío, y te amonestaré! ¡Oh Israel, si tan solo me escucharas!» (v. 8); «¡Oh, si mi pueblo me escuchara, si Israel caminara en mis

caminos!» (v. 13). Lo que Dios desea de nosotros es que escuchemos su voz y la obedezcamos. Sin embargo, los israelitas de la época del Éxodo no quisieron escuchar la voz de Dios; la desobedecieron. ¿Cuál fue el resultado? Veamos el versículo 12: «Así que los entregué a la dureza de su propio corazón, para que siguieran sus propios consejos». Hay dos formas en que Dios castiga a los pecadores: «La primera es dejar que el pecador continúe en su pecado, y la segunda es traer activamente sufrimiento o destrucción sobre el pecador» (Park Yun-sun). Personalmente, encuentro más aterrador el primer método. Esto se debe a que, si Dios simplemente nos abandona a nuestros propios corazones endurecidos, desafiaremos interminablemente su palabra y viviremos vidas de desobediencia. En última instancia, Dios disciplinó al pueblo desobediente de Israel entregándolo a sus enemigos (v. 14). No obstante, Dios promete bendecir al pueblo de Israel —y a nosotros— si tan solo nos arrepentimos y volvemos a Él. El salmista habla de esta promesa de dos maneras: la primera es la promesa de someter a los enemigos de Israel (v. 14). Es una promesa de que la mano de la disciplina divina, que se había dirigido contra los israelitas pecadores, se volvería hacia sus enemigos una vez que ellos se arrepintieran. La segunda promesa de Dios se expresa en el versículo 16 del pasaje de hoy: «Él los alimentaría con lo mejor del trigo y los saciaría con miel de la roca». Esta promesa se refiere a bendiciones materiales (Park Yun-sun). En otras palabras, es una promesa de que, aunque el pueblo de Israel —mientras vivía en abundancia y prosperidad en la tierra de Canaán— finalmente pecó al desobedecer la palabra de Dios y adorar a dioses extranjeros, Dios les concedería una abundancia aún mayor en esa tierra si se arrepentían de sus pecados y volvían a Él.

Que nosotros también nos aferremos a estas promesas de Dios al avanzar en oración. En cuanto a la promesa que el Señor nos dio: «Edificaré mi iglesia...». Así como los 120 creyentes de la iglesia primitiva se reunieron y se dedicaron fervientemente a la oración —aferrándose a la promesa de Hechos 1:8 junto con las palabras de Mateo 16:18—, nosotros también buscamos dedicarnos de todo corazón a la oración. Si, en el proceso, llegamos a pecar contra Dios al negarnos a atender Su Palabra y desobedecerle, debemos

arrepentirnos y volver al Señor, aferrándonos a las promesas que se encuentran en el Salmo 81:14 y 16. Cuando lo hacemos, Dios perdona nuestros pecados, dirige hacia nuestros enemigos la mano del juicio que estaba sobre nosotros y derrama abundantes bendiciones.

Ayer, día del Año Nuevo Lunar, nuestra familia se reunió en casa de mi hermano mayor para un servicio de adoración. A través de mi tío —que es pastor—, Dios transmitió un mensaje basado en 1 Tesalonicenses 5:18. Nos esforzamos por hacer de este un año en el que decidamos dar gracias en toda circunstancia. Aunque mi tercer tío, el pastor Kim Chang-hyuk, padece cáncer, decidimos dar gracias a Dios y ofrecimos una oración ferviente y unánime por él tras el servicio. También decidimos comenzar un ayuno familiar por turnos, práctica que ya hemos puesto en marcha. Antes de despedirnos, el pastor Kim Chang-hyuk salió de su habitación —donde había estado postrado en cama— hacia la sala de estar y cantó alabanzas a Dios en presencia de nuestros familiares. Cantó la primera estrofa y el estribillo de su himno favorito, «Cuán grande es Él» (Himno n.º 40). Incluso en medio de su sufrimiento, alabó a Dios con toda su alma; mientras orábamos juntos y obedecíamos el mandato de «dar gracias en toda circunstancia» para el nuevo año 2008... Al ver al pastor y a su familia, siento que esta es exactamente la clase de imagen que Dios desea para nuestras propias familias.

«Levántate, oh Dios, y juzga al mundo»

[Salmo 82]

Ayer, martes por la noche, mi esposa y yo conversamos sobre política estadounidense durante la cena. Aunque la charla comenzó con las opiniones de mi esposa sobre las leyes migratorias actuales de Estados Unidos, pasamos a tratar una amplia variedad de temas, incluidas las políticas de inmigración de los candidatos presidenciales, sus valores personales y cuestiones de interés para los cristianos evangélicos estadounidenses, como el aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo. Acabábamos de enterarnos de que la senadora Hillary Clinton había derrotado al senador Barack Obama por un margen del 2 % en las primarias demócratas de New Hampshire. Al reflexionar sobre esto, reafirmamos nuestra esperanza de que —independientemente de quién llegue finalmente a la presidencia de Estados Unidos— el líder sea un creyente en Jesús que gobierne la nación basándose en normas y valores bíblicos. Más tarde esa misma mañana, leí un artículo titulado «Lo que la iglesia coreana espera del nuevo presidente» en el periódico *Gospel Newspaper* (con fecha del 23 de diciembre de 2007). Quedó claro que la iglesia coreana desea que el presidente electo, Lee Myung-bak, sea un líder que tema a Dios. El día de las elecciones, el 19 de diciembre, la iglesia Somang —a la que asiste el presidente electo— celebró un culto de acción de gracias por su elección a las 8:30 p. m., tras su servicio habitual de los miércoles a las 7:30 p. m.; al parecer, muchas otras iglesias también organizaron sesiones de oración por el presidente recién elegido. Al leer el artículo sobre el ambiente en las iglesias durante el servicio del miércoles posterior al cierre de las votaciones, la frase «Que gobierne con la justicia de Dios» resonó profundamente en mí, especialmente a la luz del pasaje bíblico de hoy. Espero sinceramente que el presidente

electo Lee Myung-bak gobierne Corea conforme a la justicia de Dios. Aquí en Estados Unidos también —aunque aún no sabemos quién será elegido presidente— oro para que la persona que asuma el cargo sea un líder que tema a Dios y gobierne bien la nación, defendiendo Su justicia.

En este contexto, al observar el Salmo 82:8, vemos al salmista suplicar: «Levántate, oh Dios, juzga la tierra». Espero que esta noche, esta oración del salmista se convierta en nuestra propia oración. Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre dos lecciones —o motivos de oración— para nosotros, derivadas de la voz con la que Dios habló, a través del salmista, a los jueces y gobernantes de Israel.

En primer lugar, los jueces y gobernantes no deben emitir juicios injustos.

Observemos el Salmo 82:2: «¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y mostraréis parcialidad hacia los impíos? (Selah)». El mundo en que vivimos parece verdaderamente lleno de injusticia y falta de equidad. Un ejemplo reciente de esto es el incendio en el almacén frigorífico de Icheon, en la provincia de Gyeonggi (Corea), ocurrido hace apenas dos o tres días. Hace poco leí una noticia sobre dicho almacén en Icheon. Las instalaciones contaban con una póliza de seguro corporativo integral por valor de 15.300 millones de wones, contratada por la empresa operadora, Korea 2000 Co., Ltd. Aunque la indemnización máxima era de 15.300 millones de wones —con un pago real previsto de 15.000 millones, incluidas las coberturas adicionales del seguro contra incendios—, el informe revelaba que las cuarenta víctimas mortales y los demás heridos no recibirían absolutamente nada. Resulta inimaginable lo que deben estar pasando las familias afligidas. Otro ejemplo proviene de noticias en Estados Unidos, donde ocasionalmente oímos hablar de personas condenadas y encarceladas injustamente durante años, para luego ser exoneradas y liberadas tras demostrarse su inocencia mediante pruebas de ADN. Cuando escucho que estas personas pasaron no solo uno o dos años, sino más de diez o veinte tras las rejas antes de su liberación, no puedo evitar reflexionar sobre el profundo sentimiento de injusticia que

deben experimentar. La verdad que el salmista transmite claramente en el pasaje de hoy es que Dios juzga a los jueces que emiten veredictos injustos (versículo 1). ¿Por qué juzga Dios a los jueces de Israel? Porque mostraron parcialidad hacia los impíos y pervirtieron el curso de la justicia (versículo 2; Park Yun-sun). Respecto a estos jueces israelitas que dictan sentencias injustas por favoritismo hacia los impíos, el salmista declara: «No saben nada, no entienden nada. Caminan en tinieblas; todos los cimientos de la tierra se tambalean» (versículo 5). La causa fundamental de su ignorancia, insensibilidad y juicio injusto es que «caminaban en tinieblas». La Biblia dice: «No tuerzas la justicia ni muestres parcialidad. No aceptes sobornos, pues el soborno ciega los ojos de los sabios y pervierte las palabras de los justos» (Deuteronomio 16:19). Que un juez acepte un soborno y pervierta la justicia no es, en absoluto, algo propio de un pasado remoto del Antiguo Testamento; tales pecados se siguen cometiendo con frecuencia hoy en día. Tal como advierten las Escrituras que los sobornos ciegan los ojos y distorsionan las palabras de los justos, no debemos permitir que los sobornos nos hagan perder el discernimiento ni perviertan nuestro juicio.

Es probable que le resulte familiar el término *tamgwan-ori* (funcionario corrupto). Por definición, se refiere a un funcionario que codicia y extorsiona la riqueza del pueblo y carece de integridad moral. Históricamente, entre los ejemplos más destacados de estos funcionarios corruptos figuran Baek Nak-sin, comandante militar de Gyeongsang-udo, cuyas acciones desencadenaron el Levantamiento de Jinju, y Jo Byeong-gap, magistrado de Gobu, cuya conducta sirvió de catalizador para la Revolución Campesina Donghak. Estos funcionarios corruptos —que despojaban al pueblo del dinero ganado con tanto esfuerzo y lo sumían en el sufrimiento— también fueron figuras recurrentes en la ficción histórica. Aparecieron en obras como *La historia de Im Kkeok-jeong*, *La historia de Jeon Woo-chi* y *La historia de Chunhyang*. Entre ellos, el gobernador Byun, de *Chunhyangjeon* (*La historia de Chunhyang*), se convirtió en sinónimo de funcionario corrupto. Para prevenir tal corrupción, Dasan Jeong Yak-yong delineó principios de conducta para los magistrados locales en la sección *Yulgi* (Autodisciplina) de su libro *Mongminsimseo* (Amonestaciones sobre el gobierno del pueblo): «Primero, mantener una conducta personal

digna; segundo, conservar el corazón y la mente siempre rectos e incorruptibles; tercero, nunca aceptar solicitudes ni favores de otros; cuarto, evitar la extravagancia y vivir con frugalidad; y quinto, gobernar bien el propio hogar; específicamente, no llevar a familiares al asumir el cargo y asegurarse de que los hermanos o parientes que visiten no permanezcan por períodos prolongados. Sexto, identificó la conservación de los recursos y la disposición a compartir generosamente con el pueblo como una virtud crucial que el magistrado debía mantener... Incluso en la sociedad moderna, los funcionarios corruptos han seguido siendo algo común. La gente ofrecía sobornos para asegurar ascensos mientras exigía comisiones ilegales a sus subordinados; pagaban cuotas de nominación para obtener cargos electivos y no se detenían ante nada —incurriendo en todo tipo de actos ilícitos— para ganar elecciones. Incluso transportaban dinero en cajas de manzanas o en camiones enteros para servir a sus propios intereses. Para recuperar estos costos, aceptaban sobornos y comisiones, abusando de su poder para acumular riqueza privada» (Internet). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Cuando gobiernan funcionarios corruptos, el orden social cae en el caos y la inestabilidad». «Por lo tanto, el elemento fundamental para establecer el orden en la sociedad humana es la justicia: el producto de la verdadera religión» (Internet). Debido a que funcionarios corruptos —específicamente jueces— emiten fallos injustos dentro del sistema judicial de los EE. UU., personas inocentes son encarceladas; además, la prevalencia de tales figuras corruptas está provocando el desmoronamiento del orden social y generando una inestabilidad generalizada. Dios no se quedará simplemente de brazos cruzados observando esto. Nuestro Dios de justicia ciertamente juzgará a estos jueces injustos. Observemos el texto de hoy, Salmo 82:6–7: «Yo dije: "Vosotros sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo". Pero como hombres moriréis, y como cualquiera de los príncipes caeréis». Aquí, los términos «dioses» e «hijos del Altísimo» se refieren a los jueces de Israel. Se les dirigía de esta manera porque el cargo de gobernante implica actuar como representante de la obra de Dios (Park Yun-sun). Cuando no juzgan conforme a la voluntad de Dios y, en su lugar, emiten veredictos injustos, Dios los juzgará.

En segundo lugar, y finalmente, los jueces y gobernantes deben emitir juicios justos.

Observemos el Salmo 82:3: «Defended la causa del débil y del huérfano; haced justicia al pobre y al oprimido». En el pasaje de hoy, el salmista declara que Dios, el Dios de justicia, preside el juicio entre los jueces (v. 1) y los exhorta: «Vosotros, jueces de Israel, administrad justicia». ¿Cómo, entonces, debe administrarse la justicia?

(1) Deben emitir juicio a favor del pobre y del huérfano.

En otras palabras, los jueces de Israel deben defender la justicia para los afligidos y los desvalidos (v. 3). Deben cuidar y garantizar la justicia para aquellos que son injustamente oprimidos: los pobres, los huérfanos, los afligidos y los desvalidos. Esto constituye la verdadera piedad (religión): «La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo» (Santiago 1:27).

(2) Deben rescatar al pobre y al necesitado.

En otras palabras, deben librar al pobre y al necesitado de las manos de los impíos (v. 4). Cuando los pobres y necesitados —que son débiles y vulnerables— enfrentan persecución y adversidad a manos de los impíos, un juez justo tiene la responsabilidad de rescatarlos. Proteger al débil es el deber de un juez justo. Observemos Proverbios 31:9: «Abre tu boca, juzga con justicia y defiende los derechos del afligido y del necesitado». Este es precisamente el deber de los jueces de Israel: juzgar con justicia y defender la causa de los vulnerables. Al hacerlo, cumplirán fielmente su papel como representantes del Juez verdadero —Dios mismo— y, de este modo, revelarán la gloria de Dios.

«Una vida y un gobierno caracterizados por la justicia se logran cuando se fundamentan en la Palabra de Dios. Dios espera que su pueblo sea justo y honesto, pues la justicia y la integridad son inherentes a su propia naturaleza. Una vida de justicia y verdad es la forma

de vivir adecuada para aquellos que reconocen al SEÑOR Dios como su Padre» (Internet). Esta noche, elevemos la misma súplica que el salmista dirigió a Dios: «Levántate, oh Dios, y juzga la tierra». Oremos para que la justicia de Dios se manifieste en este mundo. Sin duda, Dios juzgará al mundo con su justicia. Por tanto, quienes sirven como sus representantes —jueces que creen en Él— deben emitir juicios imparciales. Deben defender los derechos de los pobres, los huérfanos, los necesitados y los vulnerables, librándolos de las manos de los impíos. Que todos seamos usados como instrumentos de la justicia salvadora de Dios.

«Que el mundo sepa que solo Tú eres el Altísimo»

[Salmo 83]

Durante el servicio de oración de la madrugada del martes pasado, meditamos en Éxodo 3:7–8: «Dijo luego Jehová: "Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo"». Reflexionamos sobre la obra de salvación de Dios a favor nuestro centrándonos en los seis verbos presentes en estos dos versículos: «ver», «oír», «preocuparse» (conocer sus angustias), «descender», «sacar» (librar) y «guiar». Apliqué este pasaje a la vida de la difunta Sra. Jang Eul-su, miembro de nuestra iglesia: Dios vio su sufrimiento, escuchó su clamor —«Dios, por favor llévame al cielo»— y comprendió su dolor; Él descendió para librarla de todo aquel sufrimiento y la guio a la verdadera tierra de Canaán: la Tierra Prometida del cielo. Al reflexionar sobre esta obra de Dios, no puedo sino confesar que Él es verdaderamente un Dios bueno. Es un Dios que desea revelarnos su bondad de esta manera; en otras palabras, es un Dios que se revela a sí mismo. En el Salmo 83:18, el salmista dirige esta súplica a Dios: «Que sepan que solo Tú, cuyo nombre es Jehová, eres el Altísimo sobre toda la tierra». Centrándome en este versículo y en el deseo del salmista de que solo el Señor sea reconocido como el Altísimo, deseo reflexionar sobre una o dos formas en que Dios se revela como el Gobernante Supremo del mundo y considerar las lecciones que nos transmite a través de ello.

En primer lugar, el Señor se revela como el Altísimo sobre toda la tierra al protegernos a nosotros, su pueblo. Durante el culto de Fin de Año del año pasado, al recibir el año nuevo, impartí a toda nuestra familia de la iglesia tres bendiciones basadas en la bendición sacerdotal de Aarón (Números 6:22–26). La primera de ellas fue la bendición de la protección de Dios. Oré —y sigo orando— para que Dios velara por nosotros, protegiéndonos del pecado, de los malvados y de Satanás. En aquel momento, también animé a todos a aferrarse a las palabras del Salmo 121:3–8: «No permitirá que tu pie resbale; jamás dormitará quien te cuida. En efecto, nunca dormitará ni dormirá quien cuida a Israel. El Señor es quien te cuida; el Señor es tu sombra protectora a tu derecha. De día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. El Señor te protegerá de todo mal; él protegerá tu vida. El Señor cuidará tu salida y tu entrada, ahora y para siempre». ¿Por qué Dios nos protege y vela por nosotros sin dormitar ni dormir jamás? Podemos encontrar la respuesta en el pasaje de hoy, el Salmo 83:3: «Con astucia conspiran contra tu pueblo; traman planes contra aquellos a quienes amas». La razón por la que Dios nos protege y nos guarda es precisamente porque somos el pueblo de Dios: aquellos a quienes Él ama y mantiene a salvo. La expresión «aquellos a quienes amas» (traducida como «tus tesoros escondidos» en algunas versiones) se refiere a las personas que el Señor estima y mantiene cerca de su corazón. Nosotros somos aquellos a quienes Dios lleva en su corazón; somos aquellos a quienes Él atesora profundamente. Por eso estamos bajo su protección. Somos su posesión preciada: «Porque tú eres un pueblo santo para el Señor tu Dios. El Señor tu Dios te ha elegido de entre todos los pueblos de la tierra para ser su pueblo, su posesión preciada» (Deuteronomio 7:6).

Dios nos protege y vela por nosotros sin dormitar ni dormir no solo porque somos «aquellos a quienes Él ama», sino también porque somos sus «ovejas». Observemos el Salmo 83:12 en el pasaje de hoy: «Dijeron: "Apoderémonos de las praderas de Dios"». Aquí, «las praderas de Dios» se refieren a la tierra de Canaán (según Park Yun-sun). Los impíos buscaban invadir la tierra de Canaán —donde residía el pueblo de Israel, el rebaño de Dios— y reclamarla como propiedad suya. Describir la tierra de Canaán —donde habitaba el pueblo de Israel— como el pastizal de Dios implica que Dios considera a los israelitas como sus propias ovejas.

El Señor, nuestro Pastor, ama tanto a sus ovejas que dio su vida por ellas (Juan 10:15). Él es el Dios que arriesga su vida para protegernos y velar por nosotros: sus ovejas. Nuestro Señor y Pastor nos lleva en lo profundo de su corazón; somos las ovejas que ama lo suficiente como para sacrificar su vida por nosotros. Él nos protege y nos guarda sin dormirse ni adormecerse jamás. Así, el Señor da a conocer que solo Él es el Altísimo sobre toda la tierra.

En segundo y último lugar, el Señor se revela como el Altísimo sobre el mundo entero al destruir a los impíos.

Los impíos buscaban destruir al pueblo de Israel: las ovejas del Señor, a quienes Él atesoraba en su corazón. Conspiraron contra el pueblo del Señor, reuniéndose para planear su ataque (versículo 3). ¿Cuál era la naturaleza de su conspiración? Observemos el Salmo 83:4: «Dicen: "Vengan, destruyámoslos como nación, para que el nombre de Israel no sea recordado más"». Cuando estos impíos se reunieron para discutir cómo aniquilar a Israel y borrar su nombre de la memoria, lo hicieron con «un mismo corazón y una misma mente» (versículo 5). Al reflexionar sobre el pasaje que comienza en Hechos 4:25, recuerdo cómo las naciones y los gobernantes del mundo se opusieron a Jesús; cabe destacar que Herodes y Pilato —que antes habían sido enemigos— unieron sus fuerzas y se hicieron amigos para lanzar una ofensiva conjunta contra Él. De manera similar, en el texto de hoy —Salmo 83:4-5—, los enemigos de Israel se unieron y conspiraron para destruir al pueblo de Israel. Estos adversarios malvados no solo se reunieron con un mismo propósito para conspirar, sino que también establecieron una alianza entre sí (versículo 5); en otras palabras, formaron un frente unido. Esta coalición de enemigos incluía a las tiendas de Edom y a los ismaelitas, a Moab y a los agarenos, a Gebal, a Amón y a Amalec, así como a los filisteos y a los habitantes de Tiro; incluso Asiria se unió a ellos para apoyar a los descendientes de Lot (versículos 6–8).

Ante esta situación, el salmista recordó cómo Dios había destruido a los enemigos de Israel en el pasado y le suplicó que actuara contra los enemigos actuales tal como lo había hecho

entonces (versículo 9), provocando su derrota (versículos 10–11). Por ejemplo, en el versículo 9, el salmista invoca acontecimientos históricos —como cuando Gedeón destruyó al vasto ejército madianita con la ayuda de Dios durante la época de los Jueces, y cuando Barac derrotó decisivamente a los enemigos Sísara y Jabín junto al río Cisón bajo la dirección de Débora— mientras ora para que Dios provoque la ruina de los adversarios actuales de Israel. Las peticiones del salmista respecto a los enemigos del pueblo de Israel pueden resumirse en uno o dos puntos principales:

(1) La primera petición es una oración para que los enemigos de Israel sean avergonzados: «Llena sus rostros de vergüenza para que busquen tu nombre, oh SEÑOR. Que sean avergonzados y aterrados para siempre; que perezcan en desgracia» (versículos 16–17).

Cuando el salmista pide a Dios que cubra de vergüenza a los enemigos de Israel, en esencia está orando para que fracasen los planes de los impíos de destruir al pueblo escogido de Dios (Park Yun-sun). Además, ora para que, a través de este fracaso, los impíos lleguen a buscar el nombre del Señor. En otras palabras, el salmista le pide a Dios que, al desmoronarse su plan para destruir a Israel, ellos finalmente se arrepientan y se vuelvan a Él. (2) La segunda petición es una súplica para que los enemigos de Israel sean destruidos: «Dios mío, hazlos como el cardo rodante, como la paja que arrastra el viento. Persíguelos con tu vendaval y aterrorízalos con tu tempestad, tal como el fuego consume el bosque y las llamas incendian los montes» (versículos 13–15).

La oración del salmista —en la que pide a Dios que ahuyente a los impíos (que no son nada ante Él) con su vendaval y su tempestad— implica que los impíos son como la paja arrastrada por el viento. Sugiere que son seres que, cuando Dios ejecuta el juicio y sopla sobre ellos con su viento poderoso, no tienen más remedio que ser barridos. Nuestro santo Señor es el Dios que, al juzgar a los impíos, da a conocer que solo Él —el Señor de todo el mundo— es el Altísimo. Mediante la revelación de su santidad y justicia, declara al mundo que solo Él es el Altísimo.

Nuestro Dios es un Dios que se revela a sí mismo. Él es el Señor Altísimo sobre toda la tierra; solo Él ocupa esa posición suprema. Ese Señor Altísimo descendió a esta humilde tierra y murió en la cruz —un madero de maldición— para proclamar al mundo no solo Su santidad y justicia, sino también Su gran amor, gracia y misericordia. Jesús soportó el castigo de la ira de Dios en la cruz, en nuestro lugar, por los pecados que merecían nuestra destrucción eterna; mediante Su muerte y resurrección, hemos recibido la salvación. Hemos sido exaltados porque el Hijo del Dios Altísimo murió en la cruz. Nos hemos convertido en hijos preciosos y honrados de Dios. Incluso ahora, el Señor nos guía hacia nuestro hogar celestial. Al igual que el difunto hermano Jang Eul-su, nosotros también debemos partir de este mundo y entrar en aquel reino celestial, alabando la grandeza y la majestad del Señor hasta nuestro último aliento.

Una persona de bendición

[Salmo 84]

Abraham Lincoln tuvo varios apodos; uno de ellos era «Honest Abe» (Abe el Honesto). Existe una anécdota de su adolescencia, cuando trabajaba como dependiente en una tienda. Un cliente pagó por un artículo y se marchó, pero más tarde Lincoln se dio cuenta de que había olvidado devolverle diez centavos de cambio. Inquieto toda la noche por aquel error de diez centavos, caminó tres millas al día siguiente —que era su día libre— para encontrar al cliente y devolverle el dinero. Quienes le rodeaban elogiaron su honestidad. Sin embargo, según se cuenta, él respondió: «No sé por qué debería ser elogiado. No quiero ser alguien a quien se alabe simplemente por hacer lo que se espera; quiero ser alguien a quien se alabe por hacer más de lo que se requiere». Tras convertirse en abogado, una de las primeras cosas que hizo Lincoln fue ofrecer representación legal gratuita a una persona agraviada que no podía costear un litigio por falta de fondos. Se dice que, en el primer día del juicio, comentó: «Me alegra poder cumplir la promesa que le hice a Dios durante mi adolescencia» (Fuente: Internet).

Creo firmemente que Abraham Lincoln fue un canal de bendición utilizado por Dios. Al reflexionar sobre cómo tantas personas disfrutaron de la bendición de la libertad gracias a él, recordé cómo Dios utilizó tanto a mis padres como a mis suegros como canales para derramar abundantes bendiciones sobre mí. Debido a las bendiciones que Dios me otorgó a través de ellos, yo también deseo convertirme en un canal de bendición para los demás. Con ese propósito, hoy quiero meditar en el pasaje del Salmo 84. En este salmo, la frase «bienaventurados...» aparece tres veces (versículos 4, 5 y 12). Al reflexionar sobre esas

palabras, quisiera contemplar tres características de una «persona de bendición». Es mi oración —en el nombre de Jesús— que todos nosotros, como personas de bendición, sirvamos como canales de la bendición del Señor a lo largo de nuestra vida en este mundo.

En primer lugar, una persona de bendición es aquella que habita en la casa del Señor.

Observemos el Salmo 84:4: «Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán (Selah)». Es probable que el salmista fuera un sacerdote que había peregrinado a Jerusalén (Park Yun-sun). Anhelaba profundamente ir al templo (versículos 1-4). ¿Por qué deseaba con tanta intensidad el templo del Señor? La razón es que el templo del Señor es un lugar de oración a Dios (Park Yun-sun). Lo anhelaba porque, al orar allí a Dios, podía encontrarse y tener comunión con Él. Movido por ese profundo anhelo, el salmista confesó: «¡Cuán amables son tus moradas, oh Señor de los ejércitos!» (versículo 1). El Dr. Park Yun-sun comentó en una ocasión: «La belleza de la iglesia no se define por el edificio en sí, sino por el hecho de que el Espíritu de Dios habita en ella». El templo de Dios es una casa de oración. Es un lugar donde nos encontramos con el Dios que se acerca a nosotros cuando oramos (Deuteronomio 4:7); el salmista confesaba su amor por el templo porque allí experimentaba la presencia de Dios. ¿Con qué intensidad anhelaba el templo del Señor? Observemos el versículo 2 del texto de hoy, el Salmo 84: «Mi alma anhela, y aun desfallece, por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne claman por el Dios vivo». El salmista anhelaba los atrios de Dios con tal intensidad que incluso llegaba a debilitarse físicamente a causa de ese deseo. La razón de su profundo anhelo por el templo del Señor era su intenso deseo de experimentar la presencia de Dios a través de la oración. Por ello, su corazón y su carne clamaban al Dios vivo. Al clamar a «mi Rey, mi Dios y Señor de los ejércitos» (v. 3), el salmista expresaba sus sentimientos de esta manera: «Mi Rey, mi Dios y Señor de los ejércitos: aun el gorrión ha hallado casa junto a tu altar, y la golondrina un nido para sus dos crías» (v. 3). Aquí, el salmista contrasta su propia situación de aflicción —al estar lejos del templo— con la del gorrión que encuentra un nido para sus crías; expresa así una súplica desesperada por poder acudir al templo del Señor (Park Yun-sun). Así pues, él declara: «Porque mejor es un

día en tus atrios que mil fuera de ellos; preferiría ser portero en la casa de mi Dios que habitar en las moradas de los impíos» (v. 10). Habitar en los atrios del Señor se refiere aquí a «una vida de verdadera comunión con Dios» (Park Yun-sun). La confesión del salmista —que un solo día de verdadera comunión con Dios es mejor que mil días viviendo una vida impía— nos enseña que nosotros también debemos anhelar cada vez más al Señor y a su iglesia.

Debemos, al igual que el salmista, anhelar la iglesia, que es la casa de Dios. Debemos subir a la casa de Dios, congregarnos y —aferrándonos a la Palabra prometida en un mismo sentir y dedicándonos a la oración— experimentar la presencia de Dios. La iglesia, la casa del Señor, es una casa de oración. Habiendo gustado la dulzura de la oración, deberíamos anhelar aún más la casa de Dios. En este anhelo, como aquellos que son verdaderamente bienaventurados, debemos habitar en la casa del Señor y alabarle continuamente (v. 4). Aún lo recuerdo bien. En el retiro de 2003 del Consejo de Pastores para la Renovación de la Iglesia (KOCER)... recuerdo un momento en el que, aferrándome a la promesa de Mateo 16:18 —«Edificaré mi iglesia»—, derramé lágrimas al pensar en la Iglesia Presbiteriana Victory y al cantar el himno 246, «Amo tu reino, Señor». Me sentí especialmente conmovido al cantar la primera estrofa, incapaz de contener las lágrimas: «Amo tu reino, Señor, la casa de tu morada, la iglesia que nuestro bendito Redentor salvó con su propia sangre preciosa». Luego, al cantar la tercera estrofa —«Por ella caerán mis lágrimas, por ella ascenderán mis oraciones; a ella dedicaré mis afanes y trabajos, hasta que los trabajos y afanes lleguen a su fin»—, tomé la decisión de regresar a la Iglesia Presbiteriana Victory y servir fielmente. ¡Cuánto más, entonces, deberíamos anhelar habitar en aquel hogar celestial: la casa eterna de Dios! Al igual que el salmista en el pasaje de hoy, somos peregrinos que ya hemos emprendido el camino hacia ese hogar celestial, el verdadero templo de la Nueva Jerusalén. Por eso, como los héroes de la fe de Hebreos 11, damos testimonio de que somos "extranjeros y peregrinos sobre la tierra" (Hebreos 11:13). Somos aquellos que "anhelan una patria mejor, esto es, celestial" (versículo 16). Mientras caminamos hacia esa patria, veremos al Señor cara a cara (1 Corintios 13:12) y moraremos con Él para siempre. Por tanto,

debemos poner la mira en las cosas de arriba y buscar las cosas que son de arriba (Colosenses 3:1-2). Tal persona es verdaderamente bienaventurada.

En segundo lugar, una persona bienaventurada es aquella que encuentra fortaleza en el Señor.

Observemos el Salmo 84:5: "Bienaventurado el hombre que tiene en Ti sus fuerzas, en cuyo corazón están los caminos a Sion". La persona bienaventurada, anhelando el templo del Señor, clamaba a Dios con un deseo ferviente de subir a sus atrios y recibir la fortaleza que Él provee. En oración, buscaba sinceramente experimentar la presencia de Dios: "el SEÑOR, mi fortaleza" (18:1). ¿Por qué deseaba el salmista con tanta intensidad obtener la fortaleza del Señor? Veamos el versículo 7: "Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion". Anhelaba experimentar la presencia de Dios y recibir su fortaleza porque sabía que solo mediante el poder provisto por Dios se podía ascender al templo en Sion (Park Yun-sun). ¿Por qué es necesaria la fortaleza de Dios para ascender al templo del Señor? La razón se encuentra en el versículo 6 del texto de hoy: "Al pasar por el Valle de Lágrimas, lo convierten en un lugar de manantiales; también las lluvias de otoño lo cubren de bendiciones". El Dr. Park Yun-sun lo explicó de esta manera: "Para los israelitas que vivían en el extranjero en la antigüedad, el plan y el esfuerzo de visitar el templo de Jerusalén implicaban sufrimientos y obstáculos semejantes a un 'valle de lágrimas'. Sin embargo, si perseveraban y lo atravesaban, llegaban a un 'lugar de manantiales': un estado de consuelo y éxtasis espiritual. Allí recibían dones celestiales, como las 'lluvias de otoño', y experimentaban espiritualmente el encuentro con Dios". Por eso, el salmista clamó a Dios: "¡Oh Señor, Dios de los ejércitos, escucha mi oración; presta oído, oh Dios de Jacob! (Selah)" (Versículo 8).

Hay una canción góspel que me encanta, titulada "Una persona bendecida" (o "Hallando fortaleza en el Señor"). La letra dice así: "Tú, que hallas fortaleza en el Señor y llevas los caminos a Sion en tu corazón, eres una persona bendecida por Dios; el Señor se deleita profundamente en ti. Tú, que anhelas habitar en la casa del Señor y alabarlo siempre, eres

una persona bendecida por Dios; el Señor te ama profundamente. Tu servicio es un hermoso himno; tu devoción es una oración fragante; dondequiera que pises, el nombre del Señor será exaltado". Esta canción se basa en el Salmo 84. A menudo encuentro fortaleza cuando la escucho. Escuchar o cantar esta canción me ayuda a obtener fuerzas del Señor y profundiza mi anhelo de habitar en Su casa. Incluso cuando estoy desanimado, la fortaleza que el Señor me da me permite levantarme de nuevo y seguir adelante hacia ese hogar celestial. En particular, mientras camino hacia ese hogar celestial, pensar en las cosas de arriba y en los antepasados de la fe que ya están allí hace que anhele el cielo aún más. Creo que esto es precisamente lo que significa tener un corazón con "caminos a Sion". El camino a Sion queda profundamente grabado en nuestros corazones a medida que estos se transforman cada vez más en un reflejo del cielo; los pasos que damos por ese camino junto al Señor están llenos de fortaleza y esperanza. Por eso somos personas bendecidas.

En tercer lugar, una persona bienaventurada es aquella que se apoya en el Señor.

Observemos el Salmo 84:12: «¡Oh Jehová de los ejércitos, bienaventurado el hombre que en ti confía!». ¿En qué clase de Dios se apoyaba el salmista?

(1) El salmista se apoyaba en Dios, quien es nuestro escudo (versículo 9).

Dado que el camino hacia el templo en Sion está lleno de sufrimientos y obstáculos —como un «valle de lágrimas»—, el salmista se apoyaba aún más en el Señor, quien sirve como escudo de la iglesia. El salmista declara: «Mi escudo está en Dios, que salva a los rectos de corazón» (7:10).

(2) El salmista se apoyaba en Dios, quien «da gracia y gloria».

Observemos el Salmo 84:11: «Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad». El Dios en quien se apoyaba el salmista es

Aquel que otorga gracia y gloria, y no niega el bien a quienes caminan con integridad. Ese es el Dios en quien confiaba el salmista.

El himno 342 (del Himnario Coreano), en su primera estrofa y el coro, dice: «Cuando enfrento tiempos difíciles y mi fe flaquea, me apoyo aún más en el Señor en quien confío. Al pasar los años, Él es el único en quien me respaldo; venga lo que venga, confío en Jesús». Debemos apoyarnos únicamente en Dios —nuestro escudo, que otorga gracia y gloria a los rectos y no les niega ningún bien—. Con el paso del tiempo, siempre que encontremos dificultades y reconozcamos la fragilidad de nuestra fe, debemos —plenamente conscientes de esa debilidad e impotencia— apoyarnos cada vez más solo en Jesús. Aquellos que se apoyan únicamente en el Señor de esta manera son verdaderamente bienaventurados.

Ustedes son personas bienaventuradas por haber venido a la casa del Señor en esta lluviosa tarde de miércoles, movidos por el anhelo de Su presencia, para alabarle y orarle. Son personas bienaventuradas que hallan fortaleza en el Señor al clamar a Él y que llevan el camino hacia Sion en sus corazones. Son personas bienaventuradas que, al pasar los años, se apoyan cada vez más en el Señor. El Señor se deleita grandemente en ti. El Señor te ama profundamente. Tu servicio es un hermoso himno de alabanza. Tu devoción es una oración fragante. Dondequiera que pongas el pie, el nombre del Señor será exaltado.

«Concédenos tu salvación»

[Salmo 85]

El mensaje de «ocuparse de la propia salvación» nos ofrece varias lecciones. (1) Nos enseña a ser fieles a Dios incluso en las cosas pequeñas. Muchas personas desperdician la mayor parte de su vida lamentándose de sus malos hábitos. Hablan de haber nacido de nuevo a una vida nueva, pero nunca se ponen realmente manos a la obra para cultivar su salvación. Tienes el privilegio de adentrarte más plenamente en tu salvación en cada instante. Aprovecha las oportunidades que Dios te brinda en cada momento. (2) Nos enseña a escuchar a Dios. Debemos vivir en la presencia de Dios y evitar todo aquello que nos aleje de Él. Debemos descubrir que Él habita en nuestro interior y derramar nuestro corazón ante Él. Debemos amar a Dios por encima de todas las cosas. Debemos rendir nuestros planes a la voluntad de Dios. Debemos descubrir lo que Él desea para nosotros y actuar en consecuencia sin demora. Cuando realizamos incluso la acción más pequeña conforme a la voluntad de Dios, ese pequeño acto se convierte en algo grande. (3) Nos enseña a obedecer a Dios y a hacer lo que Él nos pide por amor. Eso basta. Por muy difíciles o incómodas que se vuelvan tus circunstancias, permaneces libre porque las has aceptado todas de la mano de Dios. El acto más grande consiste en aceptar el sufrimiento sin desanimarse (Internet).

Recuerdo un pasaje de los sermones expositivos del Dr. Martyn Lloyd-Jones sobre el capítulo 3 de Efesios, que leí anoche. Me recordó que quienes creemos en Jesús somos personas que nos regocijamos y hallamos alegría incluso en medio del sufrimiento... No somos simplemente personas que aceptan el dolor de su realidad con la vaga esperanza de

que las cosas mejoren. Lo aceptamos con alegría. Y al aceptarlo, debemos recibirlo todo de la mano de Dios. En tales momentos, somos libres. Por tanto, cuando sufrimos, no debemos ceder al desánimo ni a la desesperación; al contrario, debemos anhelar la salvación de Dios.

En el Salmo 85:7, vemos al salmista anhelando la salvación de Dios: «Muéstranos tu amor inagotable, oh Señor, y concédenos tu salvación». Centrándome en este versículo y en el título «Concédenos tu salvación», quisiera explorar —en cuatro etapas— cómo Dios nos salva cuando buscamos fervientemente su liberación.

En primer lugar, el Señor que nos salva aparta su ira de nosotros.

Observemos el Salmo 85:3–4: «Retiraste toda tu ira y te apartaste del ardor de tu enojo. Restáuranos, oh Dios Salvador nuestro, y haz cesar tu indignación contra nosotros». Como personas que desean la salvación del Señor, lo primero que debemos hacer tras pecar es buscar su misericordia (v. 10). Aunque merecemos el castigo que es consecuencia natural del pecado, debemos suplicarle que no nos imponga tal castigo, sino que aparte su ira de nosotros. Al implorar a Dios que «nos conceda su salvación» (v. 7), el salmista oraba para que Dios apartara y cesara toda la ira encendida que dirigía contra nosotros (vv. 3–4). Elevó esta súplica convencido de que Dios no permanecería airado para siempre con el pueblo que ama: «¿Estarás airado con nosotros para siempre? ¿Prolongarás tu ira por todas las generaciones?» (v. 5). Consideremos las palabras que el salmista confesó en el Salmo 30:5: «Su ira dura solo un instante, pero su favor dura toda la vida…». Nuestro Dios es lento para la ira. Su furor dura apenas un momento. Por tanto, cuando hemos pecado y provocado la ira de Dios, debemos buscar su misericordia y pedirle fervientemente que aparte su furor de nosotros. Debemos elevar esta súplica con un corazón que reverencia al Señor (85:9). Es con este espíritu de reverencia como debemos buscar la salvación de Dios. Cuando lo hacemos, el Dios que nos salva aparta todo su furor de nosotros.

En segundo lugar, el Señor que nos salva cubre todos nuestros pecados.

Observemos el Salmo 85:2: «Perdonaste la iniquidad de tu pueblo y cubriste todos sus pecados (Selah)». En el proceso de salvarnos, tras haber apartado primero su furor, la gracia que el Señor nos otorga (versículo 1) consiste en cubrir todos nuestros pecados. En otras palabras, como parte de nuestra salvación, Dios perdona todos nuestros pecados. Nuestro Dios, rico en amor y gracia —quien perdonó nuestros pecados y cubrió nuestras transgresiones en el pasado (versículo 2)—, todavía desea y se deleita en perdonar los pecados que cometemos hoy. ¿Por qué Dios desea y se deleita en perdonarnos? Porque quiere mostrarnos su amor inagotable (versículo 7). Por eso, el salmista suplicó a Dios: «Por amor de tu nombre, oh SEÑOR, perdona mi iniquidad, porque es grande» (25:11).

Aunque nuestros pecados sean grandes, el amor de Dios por nosotros es aún mayor. Por eso, al salvarnos, nuestro Dios perdona nuestros grandes pecados mediante su inmenso amor. Además, Dios nos habla de paz (Salmo 85:8). Por tanto, al igual que el salmista, debemos decidir escuchar esta palabra de Dios (versículo 8). No debemos volver a la insensatez (versículo 8); en otras palabras, no debemos regresar al pecado. Respecto a aquellos que son verdaderamente bienaventurados, el salmista David escribe en el Salmo 32:1-2: «Bienaventurado aquel cuya transgresión es perdonada y cuyo pecado es cubierto. Bienaventurado aquel en cuyo corazón no hay engaño y a quien el Señor no condena». Son bienaventurados aquellos que han recibido el perdón y cuyos pecados han sido cubiertos. Son bienaventurados aquellos a quienes Dios no condena por sus pecados. Tales personas bienaventuradas no albergan engaño en sus corazones; es decir, no ocultan los pecados que han cometido, sino que los confiesan honesta y sinceramente ante Dios, buscando el perdón. Esta es la responsabilidad que recae sobre cada uno de nosotros. Debemos confesar todos nuestros pecados a Dios con un corazón honesto y buscar su perdón. Cuando lo hacemos, nuestro Dios —rico en amor y gracia— cubre todos nuestros pecados.

En tercer lugar, el Señor que nos salva también nos aviva.

Observemos el Salmo 85:6: «¿No nos avivarás de nuevo, para que tu pueblo se regocije en ti?». Cuando Dios nos salva, aparta su ira contra nosotros y cubre nuestros pecados, avivándonos posteriormente. En otras palabras, restaura y revitaliza nuestras almas. Un corazón que ha pecado necesita ser restaurado tras el arrepentimiento. Un espíritu agobiado por el pecado, tras haberse arrepentido, necesita ser avivado y revitalizado, no solo mediante el perdón divino del pecado, sino también a través de Su Palabra. En el pasaje de hoy, la segunda mitad del versículo 1 revela exactamente cómo describió el salmista la obra salvadora y vivificante de Dios: «…hiciste volver a los cautivos de Jacob». Aquí, la expresión «cautivos de Jacob» se refiere al pueblo de Israel, que había estado cautivo en Babilonia o bajo el dominio de otras naciones (Park Yun-sun). El clamor del salmista para que Dios infundiera nueva vida —al tiempo que anhelaba Su obra salvadora— era, en esencia, una oración por la liberación de los israelitas cautivos. Así, oraba para que el pueblo de Israel fuera conducido de regreso a la tierra de Canaán. En resumen, el salmista clamaba por la «restauración» [«…hiciste volver a los cautivos de Jacob» (v. 1); «Restáuranos, oh Dios de nuestra salvación…» (v. 4)].

El Dios de nuestra salvación es el Señor, quien nos hace regocijarnos al restaurarnos (v. 6b). Si bien ciertamente nos regocijamos por haber recibido restauración (salvación), en última instancia, Dios nos capacita para hallar gozo y deleite en Él (v. 6; Park Yun-sun). Esto nos recuerda la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster: P1: ¿Cuál es el fin principal del hombre? R: El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre. Dios es el Señor que hace que su pueblo escogido y amado le glorifique y, al hacerlo, halle gozo en Él. Al avivarnos y levantarnos, Él nos capacita para vivir en la presencia del Señor (Oseas 6:2).

Finalmente, el cuarto punto es que el Señor que nos salva nos da cosas buenas.

Observemos el Salmo 85:12: «El Señor dará el bien, y nuestra tierra dará su fruto». El Dios que nos restaura es un Dios verdaderamente bueno que nos permite vivir en su presencia y

nos otorga generosamente cosas buenas. No es un Dios que concede únicamente abundantes bendiciones espirituales; es también un Dios que provee abundantemente bendiciones materiales. Es el Dios que no niega ningún bien a los que andan en integridad (84:11). Miremos Romanos 8:32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?». Dios, quien no escatimó a su Hijo unigénito, Jesús, sino que lo entregó en la cruz para concedernos la salvación, es el mismo Dios que generosamente nos otorga todo bien. Según el apóstol Pablo, Dios nos amó y nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3). Él nos escogió y predestinó antes de la fundación del mundo, concediéndonos la redención —el perdón de los pecados— y haciéndonos sus hijos (versículos 4-5). Dios nos otorgó estas bendiciones espirituales gratuitamente (versículo 6). Así, tú y yo vivimos nuestras vidas disfrutando de las bendiciones que Dios da tan libremente.

¿Qué clase de Dios es Él? En primer lugar, Él es el Dios que mejor me conoce (Salmo 139). En segundo lugar, Él es el Dios que más me ama (Romanos 8:32). En tercer lugar, Él es el Dios que me da lo mejor en este preciso momento (Salmo 84:11; 85:12). Este Dios derramó toda su ira sobre su Hijo unigénito, Jesús. Él apartó la ira que debió haber caído sobre nosotros y, en su lugar, la derramó sobre Jesús. Además, para perdonar todos nuestros pecados, hizo que Jesús cargara con ellos y muriera en la cruz. Sin embargo, al cabo de tres días, Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. Y en Jesús, nos ha otorgado abundantemente toda bendición espiritual (Efesios 1:3).

¡Dale fuerzas a tu siervo!

[Salmo 86]

Por la gracia de Dios, han concluido todos los servicios funerarios del difunto Rvdo. Kim Chang-hyuk, quien sirvió como ministro de atención pastoral en nuestra iglesia y fue mi tío. Aunque ya no camina entre nosotros en carne y hueso, atesoramos los recuerdos que Dios ha dejado en nuestras vidas sobre él. Al valorar estos recuerdos y dar gracias por la gracia y el amor que Dios nos otorgó a cada uno a través de él, debemos poner en práctica las enseñanzas que nos dejó como siervo del Señor. Creo que esto constituye una forma del "ministerio del recuerdo" del que habló Henri Nouwen. Incluso ahora, al reflexionar sobre estas cosas —y específicamente al considerar el pasaje de Números 11:4 durante la reunión de oración de esta mañana: "La gente extranjera que viajaba con ellos empezó a sentir antojos de otra comida, y los israelitas volvieron a quejarse diciendo: '¿Quién nos dará carne para comer?'"—, recuerdo las palabras del hermano Lee Hee-dae, director del Centro de Cáncer del Hospital Yongdong Severance: "El cáncer es codicia". Un libro que me sentí impulsado a leer —motivado por la lucha del pastor contra el cáncer— contenía la frase "El cáncer es codicia", la cual inspiró mi meditación durante la reunión de oración de esta mañana. El Dr. Lee Hee-dae explica que las células cancerosas existen dentro de todos nosotros. Sin embargo, la razón por la que estamos vivos y no sufrimos como los pacientes de cáncer es que poseemos más células sanas que cancerosas. Al reflexionar sobre esto, si definimos las células cancerosas espirituales como "codicia", ¿qué constituye entonces las células sanas? Llegué a la conclusión de que representan "hallar satisfacción solo en Jesús" (contentamiento). En otras palabras, la salud espiritual significa vivir satisfechos solo con Jesús —a diferencia de los no creyentes que albergan codicia—, tal como lo hizo el

apóstol Pablo. Cuando hacemos esto, podemos vivir con salud espiritual gracias a la fortaleza que Jesús nos brinda. Les animo a examinar su salud espiritual a la luz de la Palabra. Así como nos sometemos a un chequeo médico completo una vez al año, debemos evaluar nuestra salud espiritual día a día, momento a momento. Un creyente espiritualmente sano vive contento solo con Jesús; ...incluso en medio de sus propias carencias, insuficiencias y debilidades, avanzan con valentía hacia las alturas, fortalecidos por el poder que Dios otorga.

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 86:16, el salmista David ora a Dios: «Vuélvete a mí y ten misericordia de mí; da tu fortaleza a tu siervo y salva al hijo de tu sierva». Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «Da fortaleza a tu siervo», deseo reflexionar sobre tres aspectos de la fortaleza que el Señor nos concede, y oro para que Él nos otorgue esta fortaleza tanto a ti como a mí.

En primer lugar, la fortaleza que el Señor nos da es la fortaleza de la oración.

Observemos los versículos 1, 6 y 7 del Salmo 86: «Escucha, oh Señor, y respóndeme, porque soy pobre y necesitado» (v. 1); «Escucha mi oración, oh Señor; atiende a mi clamor pidiendo misericordia» (v. 6); «En el día de mi angustia te llamaré, porque tú me responderás» (v. 7). David clamó al Señor en el día de su angustia. Invocó a Dios mientras se encontraba en un estado de aflicción y necesidad. David describe la tribulación que enfrentaba de la siguiente manera: «Oh Dios, los soberbios se han levantado contra mí; una banda de hombres despiadados busca mi vida, hombres que no te tienen en cuenta» (v. 14). Los enemigos de David eran soberbios y no temían a Dios; por ello, buscaban quitarle la vida a David, un hombre justo. ¿Por qué atentaban contra la vida de David? La razón era que lo odiaban (v. 17). En esta situación, David confió en Dios (v. 2) y clamó al Señor. ¿Qué le pidió a Dios? En primer lugar, suplicó la misericordia divina (vv. 3, 15). Clamó al Señor pidiendo su misericordia durante todo el día (v. 3). También pidió al Señor que preservara su alma: «Preserva mi vida, pues te soy fiel. Tú eres mi Dios; salva a tu siervo que confía en ti» (v. 2).

En resumen, la petición de oración de David era por la salvación de Dios (versículo 2). Él rogó a Dios que lo rescatara de sus enemigos y confiaba en que su oración sería respondida. David estaba seguro de que el Dios de salvación lo libraría de las manos de sus adversarios. ¿Cómo podía estar tan seguro? Se debía a que el amor inagotable del Señor hacia él era grande (versículo 13).

Creo que, debido a que tantas personas oraron por el difunto pastor Kim Chang-hyuk, Dios le mostró misericordia y realizó una obra de salvación para preservar su alma eternamente. Si bien la "salvación" ciertamente puede referirse a la sanidad física, tras el fallecimiento de mi primogénito, Ju-young, Dios puso una convicción en mi corazón: el hecho de que Él respondió a nuestras oraciones llevando a Ju-young al cielo eterno fue, en sí mismo, un acto de gracia salvadora. Tengo la esperanza de que, al dedicarnos a la oración, experimentemos la obra salvadora de Dios con mayor profundidad y, de este modo, cobremos fuerzas gracias al Dios de salvación que responde a nuestras oraciones.

En segundo lugar, la fortaleza que el Señor nos da es la fortaleza del amor.

Observemos el Salmo 86:5, 13 y 15: "Porque tú, Señor, eres bueno, y estás dispuesto a perdonar, y eres abundante en misericordia para con todos los que te invocan" (versículo 5); "Porque grande es tu misericordia para conmigo, y has librado mi alma de lo profundo del Seol" (versículo 13); "Pero tú, oh Señor, eres Dios lleno de compasión y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad" (versículo 15). Cuando David anhelaba la salvación de Dios y clamaba a Él... poseía esta certeza porque sabía quién era Dios. Concretamente, David sabía que su Dios era un Dios de compasión que deseaba otorgar gracia. Creía que Dios es lento para la ira y abundante en amor inagotable y fidelidad. Al clamar confiando en este Dios, David estaba seguro de que sus oraciones serían respondidas. Sabía que Dios es bueno con quienes le invocan y rico en amor inagotable (versículo 5). Por tanto, la certeza que tenía al clamar a Dios —confiando en Su abundante

amor inagotable— era la certeza del perdón de los pecados. David creía que Dios es bueno y desea perdonar.

Somos personas que necesitamos la seguridad de haber sido perdonadas. Una razón para ello es que muchos de nosotros vivimos con la culpa de haber hecho daño a nuestros seres queridos. Algunos incluso pueden estar viviendo con una culpa intensificada debido a la muerte de un ser querido. También necesitamos el poder del amor. Mediante el amor de Dios, debemos llegar a ser personas que sepan perdonarse mutuamente. Necesitamos perdonarnos a nosotros mismos, tal como Dios nos ha perdonado en Jesucristo. Y debemos perdonar a quienes han pecado contra nosotros. Somos el pueblo de Dios, cuyos pecados han sido todos perdonados. Al haber recibido el perdón, experimentamos —al menos en parte— la magnitud del amor inagotable de Dios a través de su acto de perdonarnos. Por consiguiente, debemos manifestar este amor de Dios. En otras palabras, debemos vivir una vida de perdón. Este es, precisamente, el poder del amor. Para experimentar este poder del amor, debemos obedecer la palabra de Dios. Quienes aman a Dios obedecen sus mandamientos. Por eso David suplicaba a Dios: «Oh Señor, [enséñame] tus caminos...» «Enséñame para que camine en tu verdad; dame un corazón indiviso para temer tu nombre» (v. 11). Debemos esforzarnos por obedecer la palabra del Señor con un corazón indiviso. Uno de sus mandamientos es perdonar. Por tanto, como personas que han recibido el perdón de Dios, debemos vivir perdonándonos unos a otros. Al hacerlo, debemos obtener fortaleza del Dios de amor.

En tercer lugar, la fortaleza que el Señor nos da es el poder de la alabanza.

Observemos los versículos 9 y 12 del Salmo 86, nuestro texto de hoy: «Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, oh Señor, y glorificarán tu nombre» (v. 9); «Te alabaré, oh Señor Dios mío, con todo mi corazón, y glorificaré tu nombre para siempre» (v. 12). Confiando en el amor abundante de Dios, David clamó a Él con la seguridad de que sus oraciones serían respondidas. En consecuencia, decidió no solo alabar al Señor con

todo su corazón, sino también glorificarlo para siempre (v. 12). Además, David exhorta a todas las naciones a venir y adorar delante del Señor (v. 9). Declara que todas las naciones deben dar gloria al Señor (v. 9). Entonces, ¿qué clase de Dios es aquel a quien David alababa con todo su corazón?

(1) El Dios a quien David alababa con todo su corazón es un Dios magnífico y grande.

Observemos el Salmo 89:10, nuestro texto de hoy: «Porque tú eres grande y haces maravillas; solo tú eres Dios». Puesto que este gran Dios había realizado una poderosa obra de salvación en la vida de David, este no podía dejar de alabarlo con todo su corazón, conmovido por la gracia y el amor de ese gran Dios.

(2) El Dios a quien David alababa con todo su corazón es el único Dios verdadero.

Observemos el Salmo 89:8, nuestro texto de hoy: «Entre los dioses no hay nadie como tú, oh Señor, ni hay obras como tus obras». No existe ningún dios en este mundo que realice obras de salvación como las que realiza Dios. (3) El Dios a quien David alababa con todo su corazón es el Dios que nos ayuda y nos consuela.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 89:17: «Muéstrame una señal de tu favor, para que la vean los que me odian y sean avergonzados, pues tú, oh Señor, me ayudas y me consuelas». Al celebrar hoy los servicios funerarios y de sepultura del difunto reverendo Kim Chang-hyuk, hemos recibido la ayuda y el consuelo de Dios al reflexionar sobre cómo él alababa la majestad y la grandeza del Señor durante su vida. Al igual que el difunto, nosotros también debemos alabar a Dios hasta nuestro último aliento. Como quienes hemos recibido el gran amor de Dios, debemos alabarlo.

Nuestro Señor es el Dios que nos da fortaleza. Él es el Dios que responde a nuestras oraciones, nos otorga su amor grande y abundante, y es el magnífico y único Dios de

salvación que nos ayuda y nos consuela. La fortaleza que Él nos da es la fortaleza de la oración, la fortaleza del amor y la fortaleza de la alabanza. ¿Cómo podemos recibir esta fortaleza que Dios provee? Observemos el texto de hoy, el Salmo 86:4: «Oh Señor, a ti elevo mi alma; oh Señor, alegra mi alma». Debemos volver nuestra mirada hacia el Señor. Cuando lo hacemos, el Señor nos concede fortaleza y llena nuestras almas de gozo.

La Iglesia verdadera

[Salmo 87]

El libro de A. W. Tozer, *¿Soy auténtico o falso?* (*Am I Real or Fake?*), sirve como un llamado a restaurar la fe genuina y como una advertencia contra la hipocresía religiosa. El autor critica la «fe falsa» —distorsionada por el materialismo de la iglesia moderna—, la cual se manifiesta en creencias desequilibradas, experiencias carentes de teología y una ortodoxia muerta que carece del fervor apasionado del encuentro con Dios. Él insta a volver a una fe que sea resistente como las flores silvestres del campo, que actúe como verdadera sal en el mundo y que abrace la cruz. Dado que los cristianos verdaderos creen en la victoria de Cristo, no rehúyen ningún sufrimiento necesario para participar de ese triunfo. Tozer describe cinco características del creyente genuino: (1) el creyente auténtico no se avergüenza de la cruz áspera (Capítulo 1); (2) el creyente auténtico rechaza el «evangelio de algodón de azúcar» y abraza el evangelio de la corona de espinas (Capítulo 2); (3) el creyente auténtico da prioridad al Señor mismo por encima de la «obra» del Señor (Capítulo 3); (4) el creyente auténtico anhela la santidad más que la felicidad (Capítulo 4); y (5) el creyente auténtico permanece fiel a los fundamentos de la fe (Capítulo 5). En cambio, los creyentes con una fe distorsionada ponen un énfasis excesivo en los pasajes bíblicos que prefieren, lo que inevitablemente conduce a restar valor a otras Escrituras. En su libro, el pastor Tozer enumera ocho características de la fe falsa: (1) la falsificación es instantánea (Capítulo 7); (2) la falsificación descuida la transformación del carácter (Capítulo 8); (3) la falsificación confunde la disciplina de Dios con cargar la cruz (Capítulo 9); (4) la falsificación busca el perdón de los pecados mediante las obras (Capítulo 10); (5) la falsificación menosprecia los credos (Capítulo 11); (6) la falsificación resta importancia a la teología (Capítulo 12); (7) la

falsificación descuida las emociones (Capítulo 13); y (8) la falsificación carece de equilibrio espiritual (Capítulo 14).

Debemos prestar atención a las palabras de 1 Juan 4:1: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo». Como creyentes, debemos distinguir entre los espíritus. Existe el Espíritu Santo —el Espíritu de verdad que proviene de Dios y nos guía rectamente— y existen los espíritus malignos: espíritus falsos que engañan a los creyentes y los conducen a la corrupción. En particular, debemos ser capaces de distinguir entre falsos profetas, falsas iglesias y falsos creyentes, y verdaderos profetas, verdaderas iglesias y verdaderos creyentes. ¿Cómo podemos hacer esta distinción? «Una persona que dirige una iglesia mientras está engañada por un espíritu maligno —un espíritu de engaño— es un falso profeta; una iglesia que recibe las enseñanzas de un falso profeta es una falsa iglesia; y un creyente que acepta las enseñanzas de un falso profeta es un falso creyente. Por el contrario, una persona que dirige una iglesia bajo la guía del Espíritu Santo —el Espíritu de Verdad que proviene de Dios— es un verdadero profeta; una iglesia que recibe las enseñanzas de un verdadero profeta es una verdadera iglesia; y un creyente que acepta las enseñanzas de un verdadero profeta es un verdadero creyente».

Hoy, centrándome en el Salmo 87, quisiera reflexionar sobre cuatro características de una iglesia verdadera, con la oración de que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia verdadera a los ojos de Dios.

En primer lugar, una iglesia verdadera tiene un fundamento firme.

Observemos el Salmo 87:1: «Su fundamento está en el monte santo». Este pasaje señala el firme fundamento espiritual de la iglesia verdadera (Park Yun-sun). En otras palabras, la iglesia verdadera es firme y segura. ¿Cómo puede la iglesia verdadera ser tan firme? Porque el Señor, que es la Cabeza de la iglesia, estableció su iglesia «sobre esta roca» (Mateo 16:18).

Aquí, la «roca» se refiere a la confesión de fe del apóstol Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:18). Así, una iglesia edificada sobre la roca es una comunidad de personas que, al igual que el apóstol Pedro, hacen una confesión de fe correcta respecto a Jesús. Además, una iglesia edificada sobre la roca es una comunidad de discípulos de Jesús que no solo profesan esa fe, sino que también viven conforme a ella. Para ser más específicos, la «roca» aquí se refiere a Jesucristo mismo. Consideremos Efesios 2:20: "Habéis sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular". Tal como lo describió el apóstol Pablo, una iglesia firme edificada sobre la roca es aquella que se asienta sobre los apóstoles y profetas, teniendo a Jesucristo como piedra angular. El término "piedra angular" aparece en el Nuevo Testamento en pasajes como 1 Pedro 2:6 y Efesios 2:20. La palabra griega para piedra angular es *akrogōniaios*; el prefijo *akro-* significa "alto", lo que denota una "roca colocada en un lugar elevado". Se dice que la construcción de todos los edificios en Israel comenzaba con la piedra angular, y que la orientación de toda la estructura venía determinada por la posición de dicha piedra. Del mismo modo, la iglesia debe edificarse con Jesús como piedra angular, y la dirección de toda la iglesia debe alinearse con el camino de Cristo. Por tanto, al ser edificados juntos sobre el fundamento de la Palabra del Señor —específicamente sobre la piedra angular que es Jesucristo, quien ocupa el centro de dicha Palabra— y cuando Dios habita en esta casa mediante el Espíritu Santo, esta se convierte en una iglesia verdadera y hermosa.

¿Por qué, entonces, estableció el Señor su iglesia sobre una roca firme? La razón se revela en el pasaje de hoy, el Salmo 87:2: "Ama el Señor las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob". La razón por la que el Señor ha establecido firmemente su iglesia es que la ama. Mi oración es que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia verdadera ante los ojos de Dios: una iglesia amada por Dios, una iglesia que tiene a Jesucristo como piedra angular y una iglesia firme edificada sobre el fundamento de la Palabra de Dios, proclamada a través de los siervos del Señor.

En segundo lugar, una iglesia verdadera es gloriosa.

Observemos el Salmo 87:3: "Cosas gloriosas se dicen de ti, oh ciudad de Dios (Selah)". ¿Por qué es gloriosa la iglesia verdadera? La razón es que la iglesia verdadera es la "Ciudad de Dios" (versículo 3). En otras palabras, la iglesia verdadera es gloriosa porque Dios habita en ella. No es gloriosa porque la Ciudad de Dios sea intrínsecamente hermosa por sí misma, sino porque el Señor de gloria la ama (Park Yun-sun). La iglesia verdadera es gloriosa porque Dios tiene en alta estima esta Ciudad de Dios, a la cual ama el Señor de gloria. Este pasaje trae a la mente el libro de Agustín, *La Ciudad de Dios*. Agustín vivió durante la época en que el Imperio Romano de Occidente se estaba desmoronando. La caída de dicho imperio lo impulsó a escribir su famosa obra, *La Ciudad de Dios*. El título original del libro —«Aunque la ciudad más grande del mundo caiga, la Ciudad de Dios perdurará para siempre»— explica claramente la intención del autor. Roma había reconocido el cristianismo como religión oficial del Estado en el año 313 d. C. y había establecido un vasto imperio donde la política y la religión estaban unidas. En consecuencia, la gente de aquella época consideraba a Roma como el Reino de Dios e incluso la llamaba el «Sacro Imperio Romano». Estaban convencidos de que Roma sería un imperio eterno que jamás caería. Sin embargo, Roma terminó cayendo tras ser atacada por tribus bárbaras (los godos). Esto llevó a la gente a enfrentarse a la pregunta: «¿Cómo pudo el Reino de Dios ser destruido por bárbaros?». Agustín también reflexionó profundamente sobre esta cuestión. Tras una profunda meditación, concluyó: «Roma, un reino terrenal, no es el Reino de Dios; por tanto, es susceptible de colapsar en cualquier momento. El verdadero Reino de Dios es el dominio bajo el gobierno del Señor, y este reino se consumará en la Segunda Venida del Señor». «Y este Reino de Dios no perecerá, sino que perdurará para siempre» (Internet).

Nuestra iglesia es una que el glorioso Señor está estableciendo firmemente. El glorioso Señor ama y se deleita en nuestra iglesia, y la está edificando fielmente conforme a su promesa en Mateo 16:18. Por tanto, nuestra oración debe ser que el Señor establezca a la Iglesia Presbiteriana Victory —su propio cuerpo— como una «iglesia radiante» (Efesios 5:27).

Oramos para que el Señor purifique nuestra iglesia con la Palabra y la santifique (versículo 26).

En tercer lugar, la iglesia verdadera es establecida por el Señor mismo.

Observemos el Salmo 87:5: «Ciertamente, de Sion se dirá: "Este y aquel nacieron en ella"; y el Altísimo mismo la establecerá». La frase «el Altísimo mismo establecerá a Sion» es una promesa de que el Señor —el Altísimo— establecerá personalmente a Sion, es decir, su iglesia. Este pasaje transmite el mismo sentido que el versículo al que nuestra iglesia se aferra, Mateo 16:18: «... yo edificaré mi iglesia...». Lo que estas dos Escrituras nos indican claramente es que la iglesia verdadera —el cuerpo del Señor— es establecida personalmente por el Señor Altísimo, quien es la Cabeza de la iglesia. Además, a medida que el Señor establece su iglesia, también los gentiles se arrepentirán y volverán al Señor, convirtiéndose, juntos, en el pueblo de Sion (versículo 4) (Park Yun-sun).

La iglesia gloriosa que el Señor mismo establece está compuesta por pueblos de todas las naciones que Él ha elegido; es multiétnica y universal. La iglesia establecida por el Señor jamás levanta muros entre grupos étnicos —como hicieron en su día los judíos por prejuicio contra los gentiles—, ni tampoco niega la realidad de las diversas etnias y procedencias. La iglesia que el Señor establece es una iglesia firme. Es también una iglesia gloriosa. Es el glorioso Señor mismo quien está edificando esta iglesia gloriosa. Tengamos esto presente: es la iglesia de nuestro Señor. Ya sea que miremos a Mateo 16:18 o al texto de hoy en el Salmo 87:5, no olvidemos la verdad de que la iglesia —el cuerpo de Cristo— es establecida por el Señor mismo. Por tanto, no cometamos el pecado de intentar edificar la iglesia del Señor usando nuestras propias fuerzas y métodos. Si intentamos edificar la iglesia del Señor con nuestro propio poder, su cimiento no podrá ser seguro; inevitablemente vacilará y se derrumbará. Además, tal iglesia exaltaría inevitablemente la gloria humana en lugar de la gloria de Dios. Mi oración es que la nuestra sea una iglesia establecida por el Señor mismo.

En cuarto y último lugar, la iglesia verdadera es una comunidad de ciudadanos del reino de los cielos.

Observemos el Salmo 87:6: «El SEÑOR anotará, al registrar a los pueblos: "Este nació allí" (Selah)». La frase «cuando el SEÑOR registra a los pueblos» es una profecía sobre la era del Nuevo Testamento, en la que pueblos de todas las naciones son inscritos en el reino de los cielos; es decir, entran en la salvación mediante la fe en Cristo (Park Yun-sun). Las naciones incluidas en esta profecía son Rahab (nombre poético de Egipto), Babilonia, Filistea, Tiro y Cus (versículo 4). El salmista profetiza que, a pesar de ser adversarias de Israel, estas naciones serán llevadas un día por Dios al arrepentimiento y a volver a Él. Por eso el salmista declara: «entre los que me conocen» (v. 4). En otras palabras, Dios considera a todos los que le reconocen —ya sean judíos o gentiles— como ciudadanos del reino de los cielos (Park Yun-sun). En consecuencia, todos esos ciudadanos del Reino responden a la gracia de Dios diciendo: "Todas mis fuentes de alegría están en Ti" (v. 7). Llenos de gratitud por la gracia de Dios, le ofrecen alabanza.

Aférremonos todos por fe a las palabras de Filipenses 3:20–21: "Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. Y de allí esperamos ansiosamente a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien, mediante el poder que le permite someter todas las cosas a su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso". Nuestra ciudadanía está en los cielos; ciertamente no es de esta tierra. Nunca debemos olvidar que poseemos la ciudadanía del eterno Reino de los Cielos. Por tanto, mientras vivimos en esta tierra, debemos comportarnos como ciudadanos de ese Reino. Debemos vivir con una fe firme, edificada sobre la Roca. Debemos vivir para la gloria de Dios. Debemos avanzar hacia la Ciudad de Dios.

¿Cómo podemos, entonces, distinguir entre una iglesia verdadera y una iglesia falsa? Una iglesia verdadera es aquella edificada sobre un fundamento sólido: sobre la Roca. Una iglesia verdadera es una iglesia gloriosa. Una iglesia verdadera es establecida por el Señor

mismo. Y una iglesia verdadera es una comunidad de ciudadanos del Reino de los Cielos. En cambio, una iglesia falsa está edificada sobre un fundamento inestable o sobre arena. Una iglesia falsa busca la gloria humana. Una iglesia falsificada es aquella que los hombres intentan establecer, y es una comunidad de ciudadanos del mundo. Nuestra iglesia debe llegar a ser una iglesia verdadera.

«Inclina tu oído a mi clamor»

[Salmo 88]

El pasado lunes (25 de febrero), visité el hospital donde se encontraba enferma la señora Jeong Myeong-seon, esposa del difunto pastor Jeong Sang-woo. Al encontrar allí a su hijo mayor y a su nuera, pregunté si podía orar brevemente por ella; con su permiso, puse mi mano sobre su frente y oré junto a ellos. Mientras oraba, busqué la misericordia y la gracia de Dios. Aunque no podía comprender plenamente lo que sentían sus hijos, supliqué fervientemente a Dios que le concediera la gracia de recuperar la conciencia, aunque fuera por un instante, para que pudiera conversar con ellos. Al escuchar los sollozos de su hijo, simplemente rogué a Dios que respondiera a nuestras oraciones. Después, salí del hospital y me dirigí a la residencia de ancianos donde vive la *Kwon-sa* (diaconisa mayor) Park, pues sabía que ese día —el 25— era su cumpleaños número 90. Al llegar, la saludé mientras yacía tranquila con los ojos abiertos; tras intercambiar unas breves palabras, le canté «Feliz cumpleaños» para celebrar la ocasión. Luego elevé una oración a Dios y canté el himno 495, «Salvado por gracia» (también conocido como «Mi alma ha recibido gracia»). Por alguna razón, cada vez que canto ese himno, ella suele cerrar lentamente los ojos y quedarse dormida; al verla dormir, me despedí en silencio. Más tarde esa misma noche, recibí una llamada de mi cuñada. Entre sollozos, me pidió que orara por su madre —reconociendo que probablemente ya lo estaba haciendo— y elevé una oración a Dios allí mismo, por teléfono. Al reflexionar sobre la profundidad de su angustia y dolor, recordé aquella vez, hace años, cuando mi propio primogénito, Ju-young, falleció en mis brazos con apenas 55 días de vida. Al contemplar la posibilidad de una situación en la que hubiera que retirar las medidas de soporte vital —como un respirador—, intenté empatizar con los sentimientos de mi cuñada

recordando lo que yo viví cuando Ju-young se encontraba en un estado similar. Lamentablemente, sin embargo, la señora Jeong falleció esta madrugada. Ha partido hacia el mundo eterno —al Cielo—, donde ya no derramará lágrimas por el rabillo de su ojo derecho.

El mundo en que vivimos está verdaderamente lleno de circunstancias que conducen a la muerte. Siento más que nunca —tal como describe la letra del himno 474— que este mundo abunda en tristeza, aflicción y pecado. ¿Cómo, entonces, hemos de vivir el resto de nuestros días en un mundo así? El pasaje de hoy, el Salmo 88, nos dice que debemos suplicar y clamar fervientemente a Dios. Tomando como título la frase «inclina tu oído a mi clamor» (de la segunda parte del Salmo 88:2), quisiera reflexionar sobre dos puntos: primero, «¿Por qué clamó el salmista al Señor?» y segundo, «¿Qué clase de Dios buscaba fervientemente el salmista?». Al responder a estas dos preguntas basándonos en el texto de hoy, oro para que el Señor haga de cada uno de nosotros una persona de oración.

La primera pregunta que deseo considerar es: «¿Por qué clamó el salmista al Señor?». La respuesta es que el salmista se encontraba en una situación en la que no tenía más remedio que orar. Podemos identificar cuatro aspectos de dicha situación:

En primer lugar, la situación que impulsó al salmista a orar estaba llena de profunda angustia. Consideremos los versículos 3, 9 y 15 del Salmo 88: «Porque mi alma está llena de males, y mi vida cercana al Seol» (v. 3); «Mis ojos desfallecen a causa de la aflicción; te he llamado, oh Jehová, cada día; he extendido a ti mis manos» (v. 9); y «Afligido he estado, y quebrado, desde la juventud; he llevado tus terrores, he estado confundido». El salmista clamó fervientemente a Dios porque su alma estaba llena de una aflicción tan profunda que sentía que su propia vida corría peligro. Esta aflicción consistía en «depresión y dolor» (Park Yun-sun). El «dolor» puede referirse a una «enfermedad dolorosa» (el significado del término *Mahalat Leannot*, que aparece en el título del salmo), y la «depresión» podría ser el abatimiento resultante de esa dolencia penosa. Así, el salmista declara: «Mi alma está llena

de males» (v. 3). Al parecer, una de las razones de esto era su historial de sufrimiento: haber soportado aflicciones y enfrentado situaciones cercanas a la muerte desde su juventud (v. 15). Además, confiesa que sus ojos se habían debilitado por el esfuerzo de elevar oraciones diarias al Señor en medio de tal sufrimiento (v. 9) (Park Yun-sun).

Al meditar en estos versículos, recordé la letra de la segunda estrofa del himno 474: «Muchas son las aflicciones en este mundo, y no ha habido un verdadero día de descanso…». ¿Cuántas personas a nuestro alrededor sufren enfermedades y dolor? ¿Acaso no hay algunas que se encuentran justo en el umbral entre la vida y la muerte? ¿Qué podemos hacer, entonces, en tiempos como estos? Vienen a mi mente las palabras: «Yo soy hombre de oración» (Salmo 109:4). Cuando nos vemos abrumados por los problemas, lo único que podemos hacer es orar a Dios. Ciertamente, a medida que nuestras aflicciones aumentan, debemos —al igual que el salmista— clamar a Dios con mayor fervor y constancia diaria.

En segundo lugar, el salmista se vio impulsado a la oración porque se sentía profundamente solo.

¿Por qué experimentaba el salmista una soledad tan profunda? Podemos hallar dos razones en el texto de hoy.

(1) Porque se sentía abandonado por Dios.

Observemos el Salmo 88:14: «¿Por qué, oh Señor, desechas mi alma y escondes de mí tu rostro?». Al meditar en los Salmos cada miércoles, a menudo hemos encontrado al salmista preguntando: «Oh Dios, ¿por qué me has abandonado?». El salmista se sentía abandonado por Dios, especialmente cuando clamaba en agonía sin recibir respuesta alguna. Esto le resultaba insoportable; en tal situación, experimentaba una profunda soledad. En medio de este profundo aislamiento, el salmista clamaba fervientemente a Dios. (2) Porque creía que el Señor había hecho que sus seres queridos y amigos se alejaran de él.

Observemos los versículos 8 y 18: «Has alejado de mí a mis amigos más íntimos y me has hecho repugnante para ellos; estoy encerrado y no puedo escapar» (v. 8); «Has alejado de mí al amigo y al vecino; la oscuridad es mi compañera más cercana» (v. 18). El salmista se sentía abandonado no solo por el Señor, sino también por sus queridos amigos; se encontraba verdaderamente en una situación lamentable.

Al igual que el salmista, nosotros también podemos sentirnos fácilmente abandonados por Dios, por nuestra querida familia o por nuestros amigos, lo que nos lleva a experimentar una profunda sensación de soledad. Si nos encontramos en tal situación —ya sea ahora o en el futuro— debemos, como el salmista, orar fervientemente a Dios. En lugar de caer en la desesperación, deberíamos aprovechar esta soledad como una oportunidad para apartarnos del mundo, adentrarnos en el desierto y buscar a Dios con todo nuestro corazón.

En tercer lugar, el salmista se vio impulsado a orar porque se hallaba en la encrucijada entre la vida y la muerte.

Consideremos la última parte del Salmo 88:3, junto con los versículos 4, 5, 6, 10 y 15: «…mi vida se acerca al sepulcro» (v. 3b); «Soy contado entre los que descienden a la fosa; soy como un hombre sin fuerzas» (v. 4); «Abandonado entre los muertos, como los caídos que yacen en la tumba, de quienes ya no te acuerdas y que han sido separados de tu mano» (v. 5); «Me has puesto en la fosa más profunda, en tinieblas, en los abismos» (v. 6); «¿Harás maravillas por los muertos? ¿Se levantarán los difuntos para alabarte? (Selah)» (v. 10); y «He estado afligido y a punto de morir desde mi juventud; sufro tus terrores; estoy desconcertado» (v. 15). En realidad, cuando vemos a nuestros seres queridos enfrentarse a la encrucijada entre la vida y la muerte, nos damos cuenta de lo poco que realmente podemos hacer. En otras palabras, al encontrarme con personas que se hallaban en la encrucijada entre la vida y la muerte, y al experimentar mi propia impotencia, llegué a sentir —de una manera profundamente personal— que la oración era lo único que podía ofrecer. Es probable que los propios pacientes compartieran este mismo sentimiento. Podemos ver

pruebas de ello en la confesión del salmista: «Soy contado entre los que descienden a la fosa; soy como un hombre sin fuerzas» (versículo 4). Al considerar por qué el salmista confesaba sentirse tan impotente, encontramos la respuesta en el versículo 5 del pasaje de hoy: sentía que «el Señor ya no se acuerda de ellos y están separados de su mano». Ante el umbral de la muerte, la sensación de que el Señor ya no se acuerda de nosotros ni se preocupa por nosotros puede dejarnos sintiéndonos totalmente impotentes, llevándonos a la desesperación y al desaliento. Sin embargo, aun en medio de tal desesperación, el salmista puso su mirada en Dios y clamó a Él.

Necesitamos convertirnos en personas de oración que clamen fervientemente a Dios en favor de nuestros seres queridos que enfrentan la encrucijada entre la vida y la muerte. Además, cuando nosotros mismos lleguemos a enfrentar esa misma encrucijada, debemos recordar al salmista y clamar a Dios incluso en esas circunstancias. Así como Jesús ofreció una oración ferviente en el huerto de Getsemaní la noche anterior a su crucifixión, nosotros también debemos orar con fervor a Dios cuando nos encontremos en el umbral de la vida y la muerte.

En cuarto lugar, la situación que impulsó al salmista a orar fue que estaba soportando la ira del Señor.

Observemos el Salmo 88:7 y 16: «Tu ira pesa sobre mí; me has abrumado con todas tus olas (Selah)» (v. 7); «Tu ardiente ira ha pasado sobre mí; tus terrores me han aniquilado» (v. 16). Al pensar en la ira del Señor, recuerdo un incidente ocurrido la semana pasada en el que tuve que disciplinar a mi amada hija menor, Ye-eun. El motivo de la disciplina fue que había golpeado a unos amigos en el jardín de infancia, a pesar de saber que estaba mal. La disciplíné con la vara, aun viendo las lágrimas y la mucosidad de mi amada hija mientras lloraba. Levanté la vara y la disciplíné, incluso mientras la veía aterrorizada y sollozando desconsoladamente. Por supuesto, sé que esto no se puede comparar con la ira del Señor; sin embargo, al contemplar Su ira, a menudo sentimos —al igual que el salmista— una

sensación de pavor y, en nuestra angustia, no sabemos qué hacer. En tales momentos, no nos queda más remedio que clamar a Dios. Nos vemos impulsados a confesar nuestros pecados y a orar pidiendo Su perdón. Precisamente ayer, el martes por la noche, mientras hablaba con Ye-eun, la escuché confesar que había roto la promesa que me hizo y que había vuelto a golpear a un niño. Cuando tomé la vara y entré en la habitación, Ye-eun —tal como había hecho la semana anterior— supo lo que iba a suceder; se puso de pie sobre la cama y se preparó para ponerse en posición de firmes. Podía ver el miedo en su rostro. Así que le pedí que se sentara en la cama y conversamos. Cuando le pregunté por qué lo había golpeado, dijo que él la había empujado. Cuando le pregunté dónde lo había golpeado, respondió que le había pegado en la espalda. Y cuando le pregunté cómo había reaccionado el otro niño, dijo que no hubo reacción alguna. Entonces, le enseñé una vez más a Ye-eun que golpear a los demás está mal —sin importar cuán enojada esté— y la animé a confesar su pecado a Dios y a orar pidiendo perdón. En respuesta, Yae-eun oró a Dios diciendo: "Lo siento mucho", y le pidió perdón. Después, la abracé y le dije que su papá la ama.

Cuando enfrentamos la ira de Dios debido a nuestros pecados, debemos ofrecerle oraciones de arrepentimiento, llenas de un temor reverente hacia el Señor nacido de Su disciplina. Debemos clamar a Dios, reconociendo que toda esta situación proviene de nuestro propio pecado; recordando que Su ira nos ha sumido en la angustia, haciéndonos sentir abandonados tanto por Dios como por nuestros seres queridos, e incluso llevándonos al límite entre la vida y la muerte. ¿Qué hay de nosotros? ¿Cuáles son las circunstancias que nos impulsan a orar? Creamos que estas situaciones —que nos llevan a la oración— son ordenadas por Dios, y dediquémonos fervientemente a orar.

En segundo lugar, y para terminar, quisiera considerar esta pregunta: "¿Quién era el Dios que el salmista buscaba fervientemente en una situación tan desesperada?". En otras palabras, ¿a qué clase de Dios clamaba? El texto de hoy nos revela dos aspectos al respecto.

Primero, el Dios que el salmista buscaba fervientemente era el Dios de la salvación.

Observemos el Salmo 88:1: "Oh Jehová, Dios de mi salvación, día y noche he clamado delante de ti". La expresión "Oh Jehová, Dios de mi salvación" —este título para Dios— surge de la conciencia de alguien que ha experimentado repetidamente la salvación que Dios provee (Park Yun-sun). Habiendo experimentado la gracia salvadora de Dios al clamar a Él durante crisis pasadas, el salmista —al encontrarse una vez más en una situación que le obligaba a orar— clamó a Dios con la certeza de que su oración sería respondida.

En segundo lugar, el Dios a quien el salmista buscaba fervientemente era el Señor que responde a la oración.

Observemos el Salmo 88:13: "Mas yo a ti he clamado, oh Jehová; y de mañana mi oración llega a tu presencia". El salmista clamó *únicamente* al Señor. Esto se debía a que no había nadie más que el Señor que pudiera responder a su oración y traerle salvación. Por eso suplicó al Señor por la mañana. Nuestro Dios es quien inclina su oído hacia nuestros clamores (versículo 2).

Oremos juntos a ese Dios esta noche. Sin importar la situación que tú y yo estemos enfrentando, convirtamos esa circunstancia en una oportunidad para orar y clamemos a Dios. El Señor que escucha nuestras oraciones es el Dios de nuestra salvación. Oremos a Él juntos esta noche.

El bienaventurado

[Salmo 89:1–18]

¿Qué define realmente a una "familia bienaventurada"? Según el diccionario, por supuesto, una familia bienaventurada podría describirse como aquella que posee riqueza material. Pero, ¿es una familia cristiana bienaventurada —tal como se describe en la Biblia— simplemente una que goza de abundancia material? El Salmo 1:1 habla de la "persona bienaventurada", y el versículo 2 aclara que se trata de aquella que "se deleita en la ley del SEÑOR y medita en su ley día y noche". Una familia que medita en la Palabra de Dios día y noche es una familia bienaventurada. Una familia que llega a conocer a Dios mediante la meditación en su Palabra es una familia bienaventurada.

Últimamente, al reflexionar sobre el "legado de fe", Dios me está enseñando una vez más cuán vital es conocerle y cuán importante resulta transmitir ese conocimiento a nuestros hijos y descendientes. En particular, mientras meditaba en Jueces 2:7 y 10 durante el servicio de oración matutino de la semana pasada, me llamó la atención el contraste entre la generación que conocía a Dios y la generación posterior que no lo conocía: "El pueblo sirvió al SEÑOR durante toda la vida de Josué y de los ancianos que le sobrevivieron y que habían visto todas las grandes obras que el SEÑOR había hecho por Israel" (v. 7); "Toda aquella generación fue también reunida con sus antepasados. Después de ellos surgió otra generación que no conocía al SEÑOR ni la obra que Él había hecho por Israel" (v. 10). Las personas que presenciaron las grandes hazañas que Josué y Dios realizaron por Israel sirvieron a Dios durante toda su vida; sin embargo, tras la muerte de aquella generación, surgió una nueva que no conocía ni a Dios ni las obras que Él había hecho por Israel. En

consecuencia, cometieron el mal y pecaron contra Dios (versículo 11 y siguientes). Esto subraya la importancia vital de conocer a Dios. Es verdaderamente crucial, tanto para nosotros como para nuestros hijos, comprender cómo actuó Dios en la vida de nuestros antepasados. Por tanto, debemos enseñar; debemos dar a conocer a Dios a nuestros hijos y compartir las obras que Él ha realizado en nuestras propias vidas. Cuando hacemos esto, nuestras familias, las familias de nuestros hijos y nuestros descendientes serán verdaderamente bienaventurados. El Salmo 89:15 dice: «Bienaventurado el pueblo que conoce el grito de júbilo...». Aquí, el «grito de júbilo» se refiere a las buenas nuevas de la salvación de Dios (Park Yun-sun). Significa que aquellos que reciben estas buenas nuevas son verdaderamente bienaventurados. Centrándome en este versículo y en el título «El Bienaventurado», deseo reflexionar sobre cinco aspectos del Dios a quien la persona bienaventurada mira y en quien confía. Mi oración es que, mediante la fe en Él, no nos limitemos a oír las noticias de la salvación, sino que vivamos la experiencia de dicha salvación, convirtiéndonos en personas verdaderamente bienaventuradas.

En primer lugar, el Dios a quien la persona bienaventurada mira y en quien confía es un Dios de amor inquebrantable. Por favor, observen la primera parte de los versículos 1 y 2, así como el versículo 14 del Salmo 89: «Cantaré eternamente las misericordias [el amor inquebrantable] del Señor...» (v. 1a); «Porque dije: "El amor inquebrantable será edificado para siempre..."» (v. 2a); y «La justicia y el juicio son el cimiento de tu trono; el amor inquebrantable y la fidelidad van delante de ti» (v. 14). El salmista decide cantar y alabar para siempre el amor inquebrantable de Dios, reconociendo su naturaleza eterna. ¿Por qué decidió alabar eternamente el amor inquebrantable de Dios? Porque creía que Dios actuaría con amor inquebrantable hacia su pueblo para siempre (Park Yun-sun). ¿Cómo ha mostrado Dios, entonces, su amor inquebrantable a su pueblo? Nos eligió en Jesús. Miren el versículo 3: «Tú has dicho: "He hecho un pacto con mi escogido; he jurado a David mi siervo"». Nos hemos convertido en «los escogidos de Dios» («mi escogido») gracias al amor eterno de Dios. Aunque el texto aquí se refiere a David, el siervo de Dios, al verlo a la luz de Efesios 1:4, nosotros —usted y yo— somos el pueblo de Dios, elegidos por Él dentro de su amor eterno.

Por tanto, como personas elegidas por Dios, debemos confiar en su amor inquebrantable (Sal. 89:14; Park Yun-sun). Una vida que se apoya en el amor inquebrantable de Dios es aquella que se vive creyendo, experimentando y disfrutando del hecho de que Dios nos ama lo suficiente como para haber dado a su Hijo unigénito (Juan 3:16). Como personas que han experimentado —y siguen experimentando— el amor de la cruz de Jesús, confiadas en la seguridad de que «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8), debemos vivir apoyándonos en la eterna misericordia y bondad del Señor.

En segundo lugar, el Dios a quien la persona bienaventurada mira y en quien confía es un Dios fiel.

Considere los siguientes versículos del Salmo 89: «…haré notoria tu fidelidad con mi boca a todas las generaciones» (v. 1b), «…en los cielos afirmarás tu fidelidad» (v. 2b), «Celebrarán los cielos tus maravillas, oh Jehová; tu fidelidad también en la congregación de los santos» (v. 5), y «Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú? Poderoso eres, Jehová, y tu fidelidad te rodea» (v. 8). El Dios fiel en quien confiaba el salmista es aquel que cumple fielmente su pacto con el pueblo que ha elegido con amor eterno (Park Yun-sun). Aun si el pueblo elegido de Israel quebranta el pacto hecho con Dios, el Dios fiel permanece leal a dicho pacto. La fidelidad de Dios nunca vacila ni cambia; esto se debe a que está firmemente establecida en los cielos, donde no existe inestabilidad alguna (Park Yun-sun). En su amor, Dios estableció un pacto con su siervo elegido, David, y le juró: «Estableceré tu descendencia para siempre, y edificaré tu trono por todas las generaciones» (Selah) (v. 4). Este juramento se hace eco del pacto que Dios estableció con David a través del profeta Natán, registrado en 2 Samuel 7:16: «Tu casa y tu reino serán firmes para siempre delante de mí; tu trono será establecido para siempre». En realidad, este pacto profetizaba la bendición universal de la salvación que se revelaría a través de Cristo (Isa. 55:3–5) (Park Yun-sun). Nuestro Dios, que cumple fielmente ese pacto, ha salvado —y sigue salvando— a su pueblo escogido en Jesucristo mediante su fidelidad inmutable, es decir, su perfecta

constancia (Isa. 25:1). Por tanto, al igual que el salmista, debemos proclamar con nuestros labios la fidelidad del Señor a todas las generaciones (Sal. 89:1). En otras palabras, debemos alabar la fidelidad del Señor (v. 5). Nos viene a la mente el himno 447, «Grande es tu fidelidad»: «Grande es tu fidelidad, oh Dios mi Padre; no hay sombra de variación en ti; tú no cambias, tus misericordias no fallan; tal como has sido, siempre serás» (Coro): «¡Grande es tu fidelidad! ¡Grande es tu fidelidad! Cada mañana veo nuevas misericordias; todo lo que he necesitado, tu mano lo ha provisto. ¡Grande es tu fidelidad, Señor, para conmigo!».

En tercer lugar, el Dios a quien el bienaventurado dirige su mirada y en quien confía es el Dios Creador.

Observemos el Salmo 89:12: «Tú creaste el norte y el sur; el Tabor y el Hermón se regocijan en tu nombre». Este pasaje significa que Dios creó no solo todo el territorio de Israel —tanto el norte como el sur—, sino también el monte Tabor (situado en Judá) y el monte Hermón (situado en la región de Siria), los cuales están muy alejados el uno del otro; todos ellos son, por igual, obra de las manos de Dios. En otras palabras, no existe región alguna que Dios no haya creado (Park Yoon-sun). El Dios que creó los cielos y la tierra permitió que su pueblo escogido, Israel, cruzara el mar Rojo como en tierra seca para librarlo de Egipto (versículos 9-10). Es decir, el Dios Creador, que tiene dominio incluso sobre el mar, transformó las aguas del mar Rojo en tierra seca, permitiendo que los israelitas cruzaran a salvo. Respecto a este Dios Creador, el salmista confiesa: «Tuyos son los cielos, tuya también la tierra; el mundo y su plenitud, tú los fundaste» (versículo 11). El Dios de salvación en quien él confiaba es el mismo Dios que estableció el mundo entero. Ciertamente, el Dios de nuestra salvación es el Dios Creador. Así como Él controló soberanamente la naturaleza para salvar a los israelitas del Faraón y del ejército egipcio durante el Éxodo, hoy sigue actuando y gobernando la naturaleza para salvar a su pueblo escogido. Por tanto, al igual que el salmista, debemos regocijarnos en el nombre del Dios de salvación: el Dios Creador. En otras palabras, debemos alabar el nombre del Dios Creador. Me viene a la mente el himno n.º 40, «Cuán grande es Él» (título en coreano: «Todos los mundos creados por el Señor

Dios»): (Estrofa 1) «Cuando contemplo en mi corazón todos los mundos creados por el Señor Dios —las estrellas en los cielos, el retumbar del trueno—, veo que el poder del Señor llena el universo», (Estribillo) «Mi alma alaba la grandeza y majestad del Señor; mi alma alaba la grandeza y majestad del Señor».

En cuarto lugar, el Dios a quien la persona bienaventurada mira y en quien confía es el Dios Todopoderoso.

Considere el Salmo 89:6, la primera mitad del versículo 8, el versículo 10 y el versículo 13: «¿Quién en los cielos se igualará al Señor? ¿Quién entre los seres celestiales es como el Señor?» (v. 6); «¡Oh Señor, Dios de los ejércitos, quién es poderoso como Tú…?» (v. 8a); «Tú aplastaste a Rahab como a un herido de muerte; dispersaste a tus enemigos con tu brazo poderoso» (v. 10); y «Tu brazo tiene poder; tu mano es fuerte, tu diestra está exaltada» (v. 13). El Dios de nuestra salvación es el Dios Todopoderoso. Él es el Dios capaz de librarnos de la tribulación. Él es el Dios que dispersa a sus enemigos con el brazo poderoso de su fuerza (v. 10) y salva a su pueblo. Un ejemplo de esto es el acontecimiento durante el Éxodo, cuando Dios destruyó a los egipcios en el Mar Rojo y libró al pueblo de Israel. El pueblo de Israel experimentó el poder de Dios Creador: el poder de su salvación. Así, el salmista confesó: «Porque Tú eres la gloria de su fortaleza, y por tu favor nuestro poder es exaltado» (v. 17). Esto significa que el Señor es la fuente de la fortaleza de la cual podemos gloriarnos (Park Yun-sun). Nuestro Señor es la fuente de nuestra fortaleza; a través de Él, cobramos fuerzas. Puesto que el Señor es la gloria de nuestra fortaleza, somos personas bienaventuradas. Nosotros, que experimentamos el poder salvador de Dios, somos verdaderamente los bienaventurados. En quinto y último lugar, el Dios a quien la persona bienaventurada mira y en quien confía es el Dios Santo.

Observe el Salmo 89:18: «Porque nuestro escudo pertenece al Señor, y nuestro rey al Santo de Israel». El salmista declara que el rey de Israel pertenece al Señor Santo. Confiesa que este Dios Santo es el «escudo» de Israel. Este Dios Santo actúa como escudo para el pueblo

de Israel, protegiéndolo de sus adversarios. Además, el Dios Santo es quien juzga a los impíos; es el mismo Dios que nos salva de los impíos. Él nos ama, y Su amor es un amor santo. Cuando pecamos contra Él, es el Dios que nos disciplina con la vara del amor. Él es fiel incluso en la forma en que nos disciplina por amor. Como el Dios Todopoderoso que creó el cielo y la tierra, Él revela Su santidad tanto a nosotros como a los impíos. Tú y yo —quienes miramos a este Dios Santo y confiamos en Él— somos los verdaderamente bendecidos.

Reflexioné sobre este mensaje mientras oraba en la reunión de oración de esta mañana. Al orar por mis hermanos en el Señor, sentí un deseo profundo y ferviente de escuchar ese «sonido de júbilo»: la buena nueva de la salvación de Dios. Ojalá pudiéramos escuchar la alegre noticia de que el Señor nos salva y nos libra… Esta noche, al orar por nuestros seres queridos, oremos juntos con fervor: «Señor, que ellos sean personas bendecidas». Oremos juntos a nuestro Dios diciendo: «Dios, anhelo escuchar las noticias de Tu salvación» y «Dios, por favor, líbrame».

El Dios que me fortalece

[Salmo 89:19-52]

Imagino que habrán escuchado la noticia: la historia de un exjugador de béisbol en Corea que asesinó a una madre y a sus tres hijas antes de quitarse la vida. Al enterarme, me pregunté cómo un ser humano podía ser tan cruel. Esto me hizo reflexionar sobre el alcance de la depravación humana y la capacidad para tal crueldad. Según los informes de prensa, el exjugador había extorsionado a la madre de las tres hermanas —a quienes luego mató— y utilizó esos fondos para saldar diversas deudas que tenía con otras personas. Esto me lleva a preguntarme si la presión financiera fue la causa subyacente de estos asesinatos. Últimamente, escucho en las noticias y a la gente de mi entorno que la situación económica es crítica, no solo en Estados Unidos, sino también en Europa y Asia. Parece que, como consecuencia, están surgiendo diversos actos pecaminosos derivados de las dificultades económicas. Muchas personas parecen desanimadas y frustradas, sintiendo impotencia y desesperación; algunas incluso llegan a renunciar por completo a la vida.

Ciertamente, este mundo está lleno de preocupaciones y adversidades. Es un mundo plagado de pecado y de la sombra de la muerte (como se refleja en el Himno 474). Al vivir en un mundo así, a menudo experimentamos frustración, desánimo e incluso desesperación. ¿Qué debemos hacer entonces? Recuerdo un versículo bíblico muy apreciado por el difunto reverendo Sang-woo Jung (pastor emérito de la Iglesia Misionera Chunghyun) y su esposa: el Salmo 18:1: "Oh Señor, fortaleza mía, te amo". Si bien la Biblia coreana lo expresa de esta manera, el hebreo original y las traducciones al inglés permiten la siguiente formulación: "Te amo, oh Señor, fortaleza mía". Al reflexionar sobre este versículo, me doy cuenta de que una

de las razones por las que amamos al Señor es precisamente porque Dios es nuestra fortaleza. Hoy, el Salmo 80:21 nos dice que nuestro Dios es quien nos fortalece. Bajo el título "El Dios que me fortalece", deseo reflexionar sobre dos formas en que Él nos otorga su gracia y recibir juntos esa gracia.

En primer lugar, el Dios que me fortalece me añade el poder de su ayuda. Observemos el Salmo 89:19: "Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: 'He puesto el socorro sobre uno que es poderoso; he exaltado a uno escogido de entre el pueblo'". Para salvar a su pueblo escogido, Israel, Dios estableció un pacto con su siervo elegido, David, y lo cumplió fielmente, otorgándole a David —"el poderoso"— el poder del auxilio divino. Dios ungió a su siervo David con su santo aceite (v. 20), lo nombró rey de Israel y permaneció con él para afirmarlo; fortaleció a David con su poderosa diestra (v. 21). En consecuencia, fortalecido por Dios, David clamó a Él: "Tú eres mi Padre, mi Dios y la roca de mi salvación" (v. 26). Mientras clamaba a Dios Padre —la roca de su salvación—, Dios impidió que sus enemigos lo dominaran y evitó que los impíos lo afligieran (v. 22). Dios destruyó a los enemigos de David delante de él (v. 23). Además, Dios exaltó a David (v. 24) y extendió su dominio (v. 25). Nuestro Dios es quien nos otorga gracia para ayudarnos en momentos de necesidad: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebreos 4:16). Nuestro Dios conoce perfectamente nuestras necesidades, las tuyas y las mías. Él es el Dios Todopoderoso que sabe exactamente cuándo y qué tipo de ayuda requerimos. Además, es el Dios que "se compadece de nuestras debilidades" (Hebreos 4:15). Puesto que empatiza con nuestra fragilidad, permanece a nuestro lado cuando necesitamos ayuda y nos fortalece. Él nos sostiene con su poderosa diestra. Como describe la letra de la canción góspel "You Are My Son" (Eres mi hijo), cuando estamos "cansados, agotados, desanimados y caídos, sin fuerzas para levantarnos", Él se acerca silenciosamente, nos toma de la mano y nos habla. ¿Qué dice Dios? Tal como dice la canción: "Eres mi hijo; hoy te he engendrado. Eres mi hijo, mi hijo amado". Oro para que esta noche todos podamos escuchar esta voz de Dios y recibir fortaleza. Dios desea impartirnos fortaleza para ayudarnos. Que el Dios que otorga gracia en

tiempos de necesidad esté con nosotros, fortaleciéndonos mientras escuchamos Su Palabra e invocamos Su nombre con fe esta noche.

En segundo lugar, el Dios que me fortalece preserva su misericordia para siempre.

Observemos el Salmo 89:28: «Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él». En el Salmo 89:1–18, específicamente en los versículos 2 y 3, Dios establece un pacto y un juramento con su elegido, David, declarando: «Estableceré tu descendencia para siempre, y edificaré tu trono por todas las generaciones». ¿Cómo dijo Dios que cumpliría este juramento? Prometió establecerlo para siempre mediante su amor inquebrantable y asegurar el pacto mediante su fidelidad (versículo 2). En su promesa a David, Dios se comprometió a permanecer con él eternamente a través de su amor (amor inquebrantable). En este contexto, Dios no solo prometió hacer de David el más eminente de los reyes de la tierra (versículo 27) y preservarlo para siempre (versículo 28), sino que también prometió que el linaje de David perduraría eternamente (versículo 29). Sin embargo, Dios también prometió que, si los descendientes de David pecaban contra Él, los castigaría (versículos 30–32). Observemos el versículo 32: «Castigaré con vara su transgresión, y con azotes su iniquidad». No obstante, el amor eterno y maravilloso de Dios se revela en los versículos 33–34 del pasaje de hoy: «Pero no quitaré de él mi misericordia, ni faltaré a mi fidelidad. No violaré mi pacto, ni cambiaré lo que ha salido de mis labios». Dios prometió que, si bien castigaría a los descendientes de David si pecaban, no los desecharía por completo. La razón por la que Dios no puede desechar para siempre a los descendientes de David es que, habiendo jurado por su santidad, no puede mentirle a David (v. 35). Por tanto, David suplicó a Dios que recordara el pacto que había hecho con él y que librara a Israel de su aflicción y deshonra actuales (vv. 38–51) (Park Yun-sun). Reconociendo que el sufrimiento y la vergüenza que padecía el pueblo de Israel provenían de la ira de Dios (vv. 38, 46), clamó al Señor preguntándole cuánto tiempo ocultaría su rostro en medio de tal ira (v. 46). En su ira, el Señor había exaltado la diestra del adversario (v. 42), permitiéndole ultrajar al pueblo de Israel (v. 50). Así, mientras oraba pidiendo la misericordia de Dios (vv. 47–48),

David imploró la salvación divina, apoyándose en «las misericordias de antaño» que Dios le había jurado en su fidelidad (v. 49).

El amor de Dios por nosotros es eterno. Con ese amor eterno, Dios nos ama a ti y a mí: en el pasado, en el presente y por siempre. Sin embargo, no debemos olvidar que el amor de Dios es también un amor santo. Cuando pecamos contra Dios, Él nos disciplina precisamente porque nos ama. No obstante, la maravillosa gracia de Dios garantiza que, aun cuando nos disciplina, no nos retira su amor eterno. Dios es Aquel que no retira por completo su amor hacia nosotros, ni siquiera en medio de su ira. Por tanto, al igual que el salmista, incluso cuando somos disciplinados bajo la ira de Dios por nuestros pecados, debemos confiar en su amor eterno e inquebrantable (su misericordia) y buscar fervientemente su gracia salvadora.

Al igual que el salmista, ¿qué podemos hacer en tiempos de angustia, fortalecidos por el Dios que nos capacita? Podemos decidir alabar a Dios y llevar esa decisión a la práctica [(Versículo 52) «Bendito sea el SEÑOR para siempre. Amén y amén»]. Nuestro Dios nos concede la fuerza para perseverar cuando clamamos a Él en nuestra aflicción; Él es el Dios que nos revela su amor eterno (su misericordia). Así, un alma que ha experimentado este amor eterno de Dios no puede sino alabarlo.

Enséñanos a contar nuestros días.

[Salmo 90]

Existe una actriz llamada Ingrid Bergman. Alcanzó la fama gracias a películas como *Por quién doblan las campanas*, *Las campanas de Santa María* y *Luz de gas*; los filmes que protagonizaba siempre recibían los mayores elogios, en gran medida debido a su excepcional actuación. Originaria de Suecia, gozó de gran éxito en Europa antes de dirigirse a Hollywood con la ambición de lograr un renombre aún mayor. En Hollywood, protagonizó películas y ganó el premio de la Academia en dos ocasiones, una hazaña pocas veces igualada por otros actores. Sin embargo, en la cúspide de su éxito, esta célebre actriz exclamó: «¡Hollywood! La pantalla grande... ¿es realmente tan desoladora? ¿Está tan vacía?». Había dejado a su esposo y a su hija para casarse con un famoso director de cine, solo para ver cómo el matrimonio se desmoronaba poco después. Más tarde se casó con otros hombres. Entonces, un día, ocurrió un incidente terrible: su hija mató a su padrastro. Ella había tenido una meta y la había alcanzado. Sin embargo, carecía de un propósito verdadero. Finalmente, tuvo un triste desenlace al morir de cáncer. Había vivido una vida que tenía metas, pero carecía de propósito. Muchas personas tienen metas pero carecen de propósito. Mientras que una meta apunta a la dirección, un propósito cuestiona el sentido. «¿Por qué vivo?» es una pregunta sobre el propósito, mientras que «¿A dónde voy?» es una pregunta sobre las metas. Muchas personas confunden las metas con el propósito, tratándolos como si fueran lo mismo; al hacerlo, vagan sin rumbo y desperdician su preciosa existencia, una vida única e irrepetible.

Al igual que Ingrid Bergman —la actriz que alcanzó sus metas pero experimentó un profundo vacío—, ¿cuántas personas hoy en día sienten ese mismo vacío? Un ejemplo bíblico destacado de esto es el rey Salomón, autor del Eclesiastés. Su afirmación en Eclesiastés 1:2 —«¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!»— revela que fue alguien que experimentó personalmente la absoluta futilidad de la vida. Si se pudiera resumir el libro de Eclesiastés en una sola frase, esta nos enseñaría cuán vacía resulta una vida sin Dios. En otras palabras, demuestra que todos los esfuerzos humanos emprendidos al margen de Dios son vanos, y que la humanidad solo puede hallar un valor y un sentido eternos mediante la restauración de la relación entre Dios y el hombre. Sin Dios, la sabiduría es inútil (1:12–6:9), el placer y las posesiones materiales carecen de sentido (2:1–11), la búsqueda de riquezas es vana (vv. 12–23), la opresión es vacía (4:1–3), todo afán carece de propósito (vv. 4–12) e incluso la política resulta inútil (vv. 13–16). El autor de Eclesiastés no presentó estas ideas basándose meramente en especulaciones o teorías abstractas; más bien, las compartió como lecciones extraídas de sus propias vivencias. En última instancia, el gozo verdadero y eterno no se encuentra en este mundo; la verdadera satisfacción vital se halla únicamente en una relación con Dios, o bien, en Dios mismo.

¿Cómo debemos vivir, entonces, en este mundo que carece tanto de sentido? Para hallar la respuesta, debemos elevar a Dios la misma oración que el salmista pronunció en el pasaje de hoy, el Salmo 90:12: «Enséñanos a contar nuestros días». Podemos analizar esta petición desde dos perspectivas; el ruego «Enséñanos a contar nuestros días» abarca dos peticiones distintas.

La primera petición es: «Enséñanos sobre la fugacidad de la vida». El pasaje de hoy, Salmo 90:3–10, nos enseña tres razones por las cuales la vida humana es efímera y vana:

(1) La vida es efímera porque, al final, volvemos al polvo.

Observemos el Salmo 90:3: «Vuelves al hombre al polvo y dices: "¡Volved, hijos de los hombres!"». Dios le dijo a Adán: «Pues polvo eres y al polvo volverás» (Génesis 3:19). Dios, quien creó a Adán del polvo, declaró: «Eres polvo y al polvo volverás». Ciertamente, nuestra vida es tal que no tenemos más remedio que volver al polvo. Por eso la vida es efímera. El rey Salomón también habló de esto en Eclesiastés 3:19–21: «Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como muere la una, así muere la otra; y un mismo aliento tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?». Como dijo el Predicador, todo es vanidad; puesto que todo proviene del polvo y vuelve al polvo —dirigiéndose al mismo lugar—, la vida humana es fugaz.

(2) La vida es fugaz porque es breve. Consideremos el Salmo 90:4–6: «Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche. Los arrebatas como con torrente de aguas; son como un sueño; por la mañana son como la hierba que crece: en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca». La vida humana es «como un sueño» y «como la hierba que brota por la mañana». El tiempo y la vida llegan y se marchan rápidamente; es, inevitablemente, una existencia fugaz y vacía. Así como una inundación arrastra a las personas, causando una destrucción masiva repentina, las vidas humanas se extinguen rápidamente. La vida es semejante a quedarse dormido por un breve instante y luego despertar. Dado que el tiempo transcurre sin que uno se dé cuenta mientras duerme, parece pasar mucho más rápido que cuando se está despierto. Además, así como el sueño está lleno de sueños, la vida humana a menudo está llena de afanes vacíos y quiméricos (Park Yun-sun). Como dice el salmista, la vida es como la hierba que brota por la mañana. Es fugaz y vacía porque, al igual que la hierba que florece y crece por la mañana solo para ser cortada y marchitarse al atardecer, la vida humana sigue el mismo curso. Por ello, el apóstol Santiago declaró: «No sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se

desvanece» (Santiago 4:14). Esto se hace especialmente evidente al contrastarlo con la naturaleza eterna de Dios —quien es Dios desde la eternidad y hasta la eternidad (Salmo 90:2)—; la vida humana no puede compararse con la eternidad de Dios. En verdad, la vida es sumamente breve. No es más que un instante fugaz: una existencia inevitablemente vacía y pasajera.

(3) La vida está vacía porque no consiste más que en afán y pesar a lo largo de nuestros días. Observemos el Salmo 90:10: «Los días de nuestra vida llegan a setenta años, o a ochenta si tenemos fuerzas; pero lo mejor de ellos es solo afán y pesar, pues pasan rápidamente y volamos». La vida es vana porque nuestra existencia —setenta años, u ochenta si somos fuertes— está llena únicamente de afán y pesar mientras transcurre velozmente. Por eso el rey Salomón, el Predicador, dijo: «¿Qué saca el hombre de todo el afán y el esfuerzo con que trabaja bajo el sol? Todos sus días su labor es dolor y sufrimiento; ni siquiera de noche descansa su mente. También esto es vanidad» (Eclesiastés 2:22-23). La Biblia nos dice que la vida es una travesía de preocupaciones y fatigas constantes que solo produce pesar: una vida llena de dolor y sufrimiento, donde uno trabaja sin descanso ni siquiera de noche, solo para descubrir que, al final, todo carece de sentido. Así, el rey Salomón declaró: «¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!» (1:2).

Al igual que el salmista, nosotros también debemos orar a Dios, pidiéndole que nos enseñe sobre la vanidad de la vida. En particular, debemos aprender las tres razones expuestas en el pasaje de hoy que explican por qué la vida es vana. Necesitamos comprender profundamente esta verdad: la vida carece de sentido porque volvemos al polvo, nuestro tiempo aquí es fugazmente breve y nuestros días están llenos únicamente de afán y pesar.

La penúltima petición de oración es: "Enséñanos a vivir una vida valiosa".

Si reconocemos la naturaleza efímera de la vida, nunca debemos desperdiciarla. En otras palabras, debemos considerar cómo vivir esta vida breve con sentido. Podemos extraer tres lecciones del pasaje de hoy:

(1) Para vivir una vida valiosa, debemos temer a Dios.

Observemos el Salmo 90:11: "¿Quién conoce el poder de tu ira? ¿Quién conoce tu furor conforme al temor que se te debe?" Para temer a Dios, debemos buscar un "corazón sabio", tal como lo hizo el salmista (versículo 12). ¿Por qué? Porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría (Proverbios 1:7). Así, el rey Salomón, tras declarar en Eclesiastés que todo es "vanidad de vanidades", concluyó en Eclesiastés 12:13: "El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre". La Biblia nos dice que nuestro deber como seres humanos es temer a Dios y guardar sus mandamientos. Por lo tanto, para vivir una vida con sentido, debemos —al igual que el salmista— pedirle a Dios un corazón sabio y vivir una vida que le tema.

(2) Para vivir una vida valiosa, debemos hallar satisfacción en el amor inagotable del Señor.

Observemos el Salmo 90:14: "Sácianos por la mañana con tu amor inagotable, para que cantemos de alegría y nos regocijemos todos nuestros días". A nosotros —que de otro modo podríamos pasar la vida esforzándonos en medio del dolor y la futilidad— Dios nos ha dado, y sigue dándonos, verdadera alegría a través de Jesucristo. Esa alegría y ese regocijo provienen directamente de la bondad amorosa del Señor. En otras palabras, cuando estamos satisfechos con el amor del Señor, podemos disfrutar de verdadera alegría a lo largo de nuestra vida. Además, al poner en práctica los mandamientos de Jesús —amar a Dios y amar al prójimo— mediante ese mismo amor del Señor, podemos llevar una vida de verdadero valor.

(3) Para vivir una vida valiosa, debemos vivir para la gloria del Señor. Observemos el Salmo 90:16: «Que tus obras se manifiesten a tus siervos, y tu esplendor a sus hijos». El salmista rogó a Dios que concediera alegría en proporción a los días de aflicción (los años de sufrimiento) que el pueblo —específicamente, el pueblo de Israel— había experimentado, y pidió que el Señor revelara sus obras y su gloria para que dicha alegría pudiera hacerse realidad (versículo 15). En una vida a menudo llena de fatiga y pesar, experimentar la alegría que Dios otorga requiere que sus obras se manifiesten en nuestras vidas. Ciertamente, cuando la gloria de Dios se revela en nosotros, no podemos evitar regocijarnos. La razón por la que la vida se convierte a menudo en una lucha en medio de la fatiga y el pesar es que vivimos para nuestra propia gloria en lugar de para la de Dios, buscando únicamente exhibirnos a nosotros mismos. Para vivir una vida verdaderamente valiosa, debemos vivir para la gloria de Dios. Cuando lo hacemos, y cuando las obras de Dios se revelan en nuestras vidas, nuestra existencia adquiere un sentido y un valor auténticos.

(4) Para vivir una vida valiosa, debemos buscar fervientemente el favor de Dios.

Observemos el Salmo 90:17: «Que el favor del Señor nuestro Dios repose sobre nosotros; confirma la obra de nuestras manos, sí, confirma la obra de nuestras manos». Durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, medité en 2 Samuel 9:1, centrándome en la «bondad de Dios» (v. 3) que David mostró a Mefiboset —hijo de Jonatán, quien era lisiado de ambos pies—. Fiel al pacto que había hecho con Jonatán, David le dijo a Mefiboset: «Sin duda te mostraré bondad por amor a tu padre Jonatán» (v. 7). Le restituyó todas las tierras que habían pertenecido a su abuelo Saúl (v. 7) y dispuso que comiera regularmente a la mesa del rey, tal como uno de los propios hijos del monarca (vv. 7, 10, 11, 13). Además, asignó a Siba —siervo de Saúl—, junto con los quince hijos y los veinte siervos de este, para que sirvieran a Mefiboset (v. 10). La respuesta de Mefiboset fue de humildad: «Él se inclinó y dijo: "¿Quién es tu siervo, para que te fijes en un perro muerto como yo?"» (v. 8). Reflexionar sobre este pasaje nos lleva a una única conclusión: solo podemos ofrecer un agradecimiento y una alabanza infinitos a Dios, quien nos otorgó la gracia de la salvación y

toda bendición espiritual en Jesucristo, a pesar de que éramos totalmente indignos de tal favor divino. Por eso cantamos el himno 495, «Mi alma ha recibido gracia»: (Estrofa 1) «Mi alma ha recibido gracia y se ha despojado de la pesada carga del pecado; ahora este mundo lleno de tristeza se ha transformado en cielo». (Coro) «¡Aleluya, alabemos! Perdonado de todos mis pecados y caminando con el Señor Jesús, cualquier lugar donde esté se convierte en cielo». Mientras meditaba en el mensaje de hoy, encontré en Internet un poema que me gustaría compartir con ustedes: «¿Hacia dónde fluye el arroyo en su sinuoso curso? Hace gala de su belleza antes de que caigan las hojas; sin embargo, cuando estas descienden silenciosamente —hoja tras hoja—, solo queda una sensación de vacío. Esa belleza deslumbrante no es más que un instante fugaz; tal como nuestra juventud pasa en un abrir y cerrar de ojos, finalmente afrontamos el otoño tardío de la vida, convirtiéndonos en hojas solitarias y marchitas, dejando tras de sí solo un sentimiento de futilidad. Han pasado ya los tiempos en que clamábamos ante las adversidades de la vida; al contemplar la caída de las hojas y aguardar los momentos finales de la existencia en un estado tan conmovedor, me veo llevado a reflexionar sobre el verdadero sentido de la vida. Al igual que los brillantes matices del follaje otoñal, el eco persistente de la vida se desvanece en silencio, sin dejar rastro. ¡Ah! ¿Cuál fue el sentido de la vida en esta tierra? Nuestras vidas adquieren los colores de las hermosas hojas de otoño, tiñendo nuestros recuerdos y despertando un dolor agridulce en nuestros corazones» (Internet). Debemos comprender profundamente la futilidad de la vida en este mundo, que en última instancia es vanidad. Por ello, debemos aprender de las Escrituras —y poner en práctica— cómo vivir una vida con propósito durante este viaje único que emprendemos. Vivamos con reverencia ante Dios, hallando satisfacción en la amorosa bondad del Señor. Oro para que todos vivamos para la gloria del Señor, buscando fervientemente su gracia.

«Mi refugio»

[Salmo 91]

La semana pasada vi un reportaje televisivo sobre las personas sin hogar. Mostraba una escena en una ciudad del sur de California donde el gobierno local había destinado un presupuesto para ayudar a estas personas; sin embargo, a medida que más gente sin hogar acudía a la zona desde diversos lugares, la situación se volvió inmanejable y la ciudad finalmente tuvo que desalojar el campamento. Vi a un reportero entrevistar a una o dos mujeres sin hogar; cuando se les preguntó qué planeaban hacer a continuación, respondieron que realmente no lo sabían, aunque no parecían particularmente preocupadas. Ver a estas personas sin hogar vagando sin rumbo me recordó a los israelitas durante el Éxodo. Mientras viajaban desde Egipto hacia la Tierra Prometida de Canaán, vivían en campamentos temporales en el desierto, sin hogares permanentes. Para los israelitas, el «tabernáculo» era de suma importancia; era el centro de sus vidas. Montaban el tabernáculo para que sirviera como lugar de descanso y adoración a Dios mientras atravesaban el desierto, convirtiéndolo así en el punto focal de su adoración. El interior del tabernáculo (o santuario) estaba dividido en el Lugar Santísimo y el Lugar Santo; el Arca de la Alianza se guardaba en el Lugar Santísimo, mientras que el altar del incienso, la mesa de los panes de la proposición y el candelabro de oro se ubicaban en el Lugar Santo. Alrededor de este tabernáculo —la morada de Dios—, las doce tribus de Israel acampaban en grupos de tres, situadas al este, oeste, sur y norte. Los levitas ministraban dentro del tabernáculo, el lugar de la presencia de Dios. Siempre que el tabernáculo de Dios se trasladaba, todas las tribus de Israel se movían con él, y cuando se detenía, ellas también se detenían. En el Salmo 84:1-2, el salmista confesaba: «¡Cuán amada es tu morada, oh Señor de los ejércitos!

Mi alma anhela, y aun desfallece, por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne claman por el Dios vivo». ¿Por qué anhelaba el salmista con tanta profundidad los atrios del Señor? Porque allí estaba la presencia de Dios. En otras palabras, lo que realmente importa no es el tabernáculo o el palacio en sí, sino si Dios está presente allí o no. En el Salmo 91:2, el salmista declara: «Diré yo del SEÑOR: "Él es mi refugio y mi fortaleza, mi Dios, en quien confío"». Al centrarme en este versículo y en el título «Mi refugio», espero que este sea un tiempo de gracia —para recordar la bondad de Dios y darle gracias— mientras meditamos en tres formas en que Dios, quien es nuestro refugio, derrama su gracia sobre nosotros.

En primer lugar, Dios, que es mi refugio, nos libra.

Observemos el Salmo 91:3: «Ciertamente Él te librará del lazo del cazador y de la peste destructora». Este versículo nos habla de dos cosas —o situaciones— de las cuales Dios, nuestro refugio, nos libra.

(1) El salmista afirma que Dios nos libra del «lazo».

Un «lazo» es un dispositivo utilizado para atrapar aves o animales. Dado que causa daño mediante medios engañosos, los creyentes de corazón sencillo pueden caer fácilmente en él (Park Yun-sun). Entonces, ¿cómo atrae Satanás a los creyentes de corazón sencillo hacia sus lazos? Existen varios métodos, pero uno de ellos es la falsedad. En otras palabras, Satanás —el padre de la mentira— utiliza mentiras para engañar a los creyentes de corazón sencillo y atraparlos en una trampa. ¿Cuál es el propósito de Satanás al engañarnos a nosotros, los creyentes, y atraparnos de esta manera? Su objetivo no es otro que nuestra «destrucción» (la última parte del versículo 6). Sin embargo, el Dios fiel (versículo 4) —que es nuestro refugio— nos ha librado del lazo de Satanás y continúa librándonos.

(2) Se afirma que Dios nos libra de la «peste destructora».

El término «peste» aquí se caracteriza por su naturaleza contagiosa y expansiva; también sirve como metáfora de una lengua maliciosa que se dedica a calumniar y denigrar a los demás (Park Yun-sun). Esta palabra, «peste», también aparece en la primera mitad del versículo 6: «la peste que acecha en la oscuridad...». Además, el versículo 5 menciona «el terror nocturno...». Al considerar estos pasajes en conjunto, la «peste destructora» se refiere, ante todo, a una enfermedad que nos lleva a la muerte. Sin embargo, también puede simbolizar la lengua venenosa de Satanás, quien vaga buscando arruinar a los creyentes engañándolos con mentiras, mientras simultáneamente los calumnia y difama (Park Yun-sun). En conclusión, Dios, que es nuestro refugio, es quien nos libra del lazo y de la peste mortal. En otras palabras, Dios, nuestro refugio, es el Dios de salvación que nos rescata de la ruina y de la muerte (y del temor a ellas).

Entonces, ¿a quién libra nuestro Dios de salvación del lazo y de la peste mortal, según la Biblia? Observemos el versículo 14: "Dios dice: 'Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré...'" El Dios de salvación, que es nuestro refugio, libra a quienes le aman. Quienes aman a Dios reconocen que Él es el "Altísimo" y el "Todopoderoso" (versículo 1). Creyendo que este Dios Altísimo y Todopoderoso es capaz de rescatarlos del "lazo" y de la "peste mortal", invocan a Dios, su refugio. Observemos el versículo 15: "Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le honraré". Dios es quien responde a las oraciones de aquellos que le aman y le invocan con fe. Por tanto, Dios responde a las oraciones de quienes le aman y le invocan; permanece con ellos en tiempos de angustia, los libra y los glorifica. En segundo lugar, Dios, que es mi refugio, nos protege.

Observemos el Salmo 91:11: "Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos". Para los creyentes que hacen de Dios su refugio (versículo 9), Dios garantiza la seguridad de sus moradas (versículos 9-10). ¿Cómo garantizó Dios la seguridad de las moradas del salmista y del pueblo de Israel, quienes habían hecho de Él su refugio? Observemos los versículos 10-11: "No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada; pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos". Dios protege a

quienes le aman y le invocan, escudándolos del daño y del desastre. Él es el Dios que nos protege para que el mal y la calamidad no puedan acercarse a las moradas de quienes le aman. Este Dios envía ángeles para velar por nosotros y guardarnos en todos nuestros caminos. Pasajes como el Salmo 37:7 y 2 Reyes 6:16 no enseñan el concepto de un único ángel guardián asignado a cada individuo; más bien, revelan que muchos ángeles actúan en favor de una sola persona. Aunque existen muchas fuerzas del mal que buscan dañar al santo, las fuerzas que lo protegen son mucho mayores (Park Yun-sun). Dios, quien así nos protege y guarda mediante ángeles, es Aquel que no solo hace que los ángeles nos sostengan con sus manos para que nuestros pies no tropiecen con una piedra (versículo 12), sino que también nos ampara y protege de criaturas feroces como leones y víboras (versículo 13). Aquí, animales feroces como el «león», la «víbora», el «cachorro de león» y la «serpiente» sirven como metáforas de enemigos ignorantes y maliciosos (Park Yun-sun). Puesto que amamos a Dios y le invocamos, Él nos protege y nos guarda de estos enemigos maliciosos.

Por tanto, debemos confiar en Dios, que es nuestro refugio (v. 2). El Dios que nos protege y guarda —nuestro refugio— es Aquel en quien depositamos nuestra confianza. Él es nuestra fortaleza (v. 2). Su fidelidad se convierte en nuestro «escudo y adarga» (v. 4). Oro para que las palabras del Salmo 18:2 se conviertan en la confesión de todos nosotros: «El SEÑOR es mi roca, mi fortaleza y mi libertador; mi Dios, mi roca en quien me refugio; mi escudo y el poder de mi salvación, mi baluarte».

En tercer y último lugar, Dios, que es mi refugio, nos sacia.

Observemos el Salmo 91:16: «Lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación». ¿Con qué promete saciarnos Dios, quien es nuestro refugio? Con «larga vida». Una promesa bíblica muy conocida sobre la larga vida se encuentra en Efesios 6:2-3: «Honra a tu padre y a tu madre —que es el primer mandamiento con promesa— para que te vaya bien y disfrutes de una larga vida en la tierra». Lo que debemos comprender de este pasaje es que recibir la

bendición de una larga vida —la promesa de Dios— conlleva nuestra propia responsabilidad. En el caso de Efesios 6:2-3, esa responsabilidad consiste en «honrar a los padres». Entonces, ¿cuál es nuestra responsabilidad según el texto de hoy, el Salmo 91? En otras palabras, ¿qué debemos hacer para recibir la bendición prometida de una larga vida? Consiste en conocer y amar a Dios (Sal. 91:14), confiar en Él (v. 2), refugiarnos en Él (vv. 2, 9) e invocarlo (v. 15). Cuando hacemos esto, Dios —nuestro refugio— sacia nuestra alma. Al librarnos de la angustia (v. 15), Él prolonga nuestra vida.

¿Qué es lo que verdaderamente deseamos? Si vivimos genuinamente con Dios como nuestro refugio, anhelaremos más morar con el Señor en nuestro hogar celestial eterno que tener una larga vida en esta tierra. Ciertamente aguardaremos el día en que la salvación de Dios se haga realidad plena mediante la Segunda Venida de Jesús. En ese momento, nuestro Señor saciará completamente nuestra alma. Hasta ese preciso instante, debemos hacer del Señor nuestro refugio. Oramos para que usted viva disfrutando de la salvación y la protección de Dios, así como de la gracia que sacia su alma, al confiar en Él, amarlo e invocarlo.

Los profundos pensamientos del Señor

[Salmo 92]

Hoy, mi esposa fue a una tienda de pasteles de arroz en Koreatown para encargar un "pastel de arroz arcoíris" para nuestra hija menor, Ye-eun, con el fin de celebrar su cumpleaños en el jardín de infancia. Ye-eun le había dicho a su mamá que quería usar *hanbok* (vestimenta tradicional coreana) junto con el pastel de arroz arcoíris para la celebración de este próximo viernes. Jaja. Después de encargar el pastel, mi esposa fue a recoger a los niños del programa extraescolar de la iglesia, y Ye-eun presentó a su madre a una amiga diciendo: "Esta es mi mamá". Escuchar esto me hizo sonreír, pero también me hizo preguntarme —ya que la presentó a una amiga simplemente como "mi mamá"— si ella ve a su madre más como una amiga. Jaja. Al pensar en Ye-eun, Ye-ri y Dylan, me doy cuenta de que, aunque soy un padre muy imperfecto, es Dios mismo quien está criando a estos niños.

Reflexionar sobre estos niños —regalos de Dios para nosotros— me recuerda el pasaje del capítulo 1 de Job que leí anoche antes de dormir. En particular, me viene a la mente la frase "quizás... hayan maldecido a Dios en sus corazones" (versículo 5). Como sabemos, Job era un hombre "irreprochable y recto, que temía a Dios y se apartaba del mal" (versículo 1). Sin embargo, por la preocupación de que sus siete hijos y tres hijas (versículo 2) hubieran pecado o maldecido a Dios en sus corazones, él ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos a la mañana siguiente de que celebraran un banquete en casa de sus hijos (versículo 5). Este pasaje revela que Job, como padre, se preocupaba profundamente por el corazón mismo de sus hijos. Mientras que la Biblia coreana lo expresa como si sus hijos hubieran traicionado a Dios en sus corazones, las traducciones al inglés sugieren que Job ofrecía

holocaustos por la preocupación de que sus hijos hubieran *maldecido* a Dios en sus corazones. Al continuar leyendo el libro de Job ayer, noté que la palabra "maldecir" aparecía con frecuencia. Por ejemplo, en Job 2:9 —después de que Satanás afligiera a Job con dolorosas llagas desde la planta de los pies hasta la coronilla (2:7)—, su esposa, al ver a su marido sufriente, le dijo: «¿Todavía te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!». Al reflexionar sobre este pasaje y observar la integridad, la honestidad y el aborrecimiento del mal que Job sentía —fruto de su reverencia hacia Dios—, me siento desafiado a cuidarme de pecar contra Dios en mi corazón o en mis pensamientos, y a librar con diligencia la batalla espiritual que tiene lugar en mi mente. Para librar con éxito esta batalla espiritual, debemos ser «transformados mediante la renovación de [nuestra] mente» (Romanos 12:2). Para lograrlo, necesitamos entrenarnos para alinear nuestros pensamientos con los del Señor mediante la meditación en Su Palabra, comprendiendo Sus pensamientos y meditando en ellos.

En el Salmo 92:5, el salmista declara: «¡Oh Señor, cuán grandes son tus obras! ¡Muy profundos son tus pensamientos!». Al centrarme en la frase «muy profundos son tus pensamientos», espero que este tiempo de meditación —explorando uno o dos aspectos de los pensamientos profundos del Señor— nos ayude a comprenderlos y a confiar en ellos. Que podamos alinear nuestro propio pensamiento con el Suyo, obteniendo así la fortaleza para guardar nuestros corazones y continuar nuestra transformación.

En primer lugar, consideremos los pensamientos profundos del Señor respecto a los impíos. En resumen, los pensamientos profundos del Señor sobre los impíos se refieren a su destrucción. Aunque los impíos broten como la hierba y florezcan todos los que hacen el mal, finalmente perecerán para siempre (v. 7). Este pasaje nos enseña cómo debemos ver la prosperidad de los impíos:

(1) Nos dice que, tal como observamos en la vida real, los impíos ciertamente prosperan, y lo hacen rápidamente.

En este pasaje, el salmista compara a los impíos con la hierba, señalando cómo «brotan» o crecen. Esto implica que alcanzan el éxito rápidamente mediante la astucia, sin realizar un esfuerzo genuino. En otras palabras, aunque los impíos puedan triunfar velozmente por medios engañosos y sin trabajo arduo, tal éxito no es el verdadero éxito bendecido por Dios (Park Yun-sun). (2) La prosperidad de los impíos puede parecerse al crecimiento exuberante de la hierba silvestre, pero el punto crucial es que no da fruto.

Es decir, en medio de su florecimiento, los impíos no producen fruto alguno ante los ojos de Dios. Una prosperidad semejante a la de la hierba estéril: esa es precisamente la imagen de los impíos tal como se describe en la Biblia.

(3) Significa que la rápida prosperidad de los impíos solo sirve para conducirlos a la destrucción eterna.

Al igual que un cerdo es bien alimentado y engordado antes de ser llevado al matadero, la prosperidad de los impíos sirve al propósito de su destrucción final y eterna. Respecto a la prosperidad de los impíos mencionada en este versículo, D. L. Moody comentó: «Los impíos crecen como la hierba, solo para convertirse en combustible».

Una vez recibí una lección de Dios sobre «la prosperidad de los impíos y el sufrimiento de los justos» mientras meditaba en el Salmo 73. En cuanto a la prosperidad de los impíos, las Escrituras nos dicen que, aunque parezcan «brotar como la hierba» y «florecer» exteriormente, su fin último es la destrucción eterna (Prov. 20:21). No debemos envidiar ni sentir celos de los impíos cuando alcanzan un éxito o una prosperidad rápidos (Sal. 73:3). ¿Por qué? Porque, así como su ascenso al éxito es veloz, también lo será su destrucción. Consideremos el Salmo 73:18-20: «Ciertamente los has puesto en lugares resbaladizos; los arrojas a la destrucción. ¡Oh, cómo son llevados a la desolación en un momento! ¡Son consumidos totalmente por terrores! Como un sueño al despertar, así, Señor, cuando despiertes, menospreciarás su imagen». Los impíos encontrarán su ruina tan rápidamente

—o incluso más rápido— como lograron su éxito. Serán repentinamente devastados y destruidos en un instante, desvaneciéndose como un sueño al despertar. El pasaje de hoy, el Salmo 92:9, declara: «Porque he aquí, oh Señor, tus enemigos... porque he aquí, tus enemigos perecerán; todos los que hacen iniquidad serán esparcidos». Los impíos —aquellos que cometen el mal— son enemigos de Dios; perecerán y serán esparcidos. Por lo tanto, no debemos envidiar a nuestros enemigos ni guardarles rencor cuando los vemos triunfar y prosperar. Es más, aunque los impíos y malvados parezcan triunfar por un tiempo mientras persiguen a la iglesia de Dios, debemos permanecer firmes en la fe, inquebrantables, creyendo que Dios finalmente los juzgará y destruirá (v. 11; Park Yun-sun).

Al reflexionar sobre este pasaje, me vi contemplando —con toda humildad— los pensamientos profundos del Señor. Me hice la pregunta: «¿Por qué permite Dios que los impíos crezcan y prosperen, aunque sea solo por un tiempo?». Medité sobre la intención de Dios detrás de esto. Dicha intención es por nuestro bien, el de los hijos de Dios. En otras palabras, la prosperidad, el crecimiento y el florecimiento temporales de los impíos son, en realidad, para nuestro beneficio. Observemos la última parte de Proverbios 13:22: «...la riqueza del pecador está reservada para el justo». A la luz de este versículo, la Biblia nos dice que el crecimiento y la prosperidad de los impíos —como sus riquezas— están destinados a nosotros. Este es precisamente el profundo propósito de Dios. Cuando comprendemos esta profunda intención del Señor, nos damos cuenta de que no hay necesidad de envidiar ni sentir celos por el crecimiento, la prosperidad o el éxito de los impíos. Además, creo que el Señor permite que los impíos prosperen para probarnos a través de esa misma prosperidad. Esa prueba examina si los justos, al presenciar la prosperidad de los impíos, confiarán plenamente en Dios y dependerán de Él —incluso en medio de su propio sufrimiento—, confesando las palabras del Salmo 73:25: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti, nada deseo en la tierra».

En segundo lugar, y para terminar, quisiera reflexionar sobre los pensamientos profundamente profundos del Señor con respecto a los justos.

Cuando los impíos prosperan (Salmo 92:7) mientras los justos sufren persecución a manos de sus enemigos —los malhechores (v. 11)—, a menudo nos preguntamos por qué Dios, que nos ama, permite que soportemos tal persecución y sufrimiento injustos. Sin embargo, debemos tener presente que, incluso en medio de ese sufrimiento, reside el pensamiento profundo del Señor: Su propósito. El texto de hoy, el Salmo 92, revela tres aspectos de este pensamiento profundo del Señor.

(1) El pensamiento profundo del Señor es que, cuando sufrimos, Él planea y lleva a cabo Sus obras poderosas; específicamente, una gran salvación.

Observemos el versículo 5 del Salmo 92: «¡Cuán grandes son tus obras, oh Señor! ¡Muy profundos son tus pensamientos!». Las «grandes obras» del Señor mencionadas aquí por el salmista se refieren precisamente a la «salvación». En otras palabras, nuestro Dios de salvación es Aquel que, en medio de la prosperidad de los impíos y el sufrimiento de los justos, destruye a los impíos y libra (salva) a los justos. Mediante este acto de salvarnos, el propósito profundo del Señor es revelarnos Su grandeza, Su majestad y Su identidad como Salvador; en resumen, revelar Su propia naturaleza como Dios.
(2) El pensamiento profundo del Señor es otorgarnos la gracia de la salvación, llenándonos así de gozo y llevándonos a alabarle.

Observemos la primera parte del versículo 4 del Salmo 92: «Porque tú, oh Señor, me has alegrado con tus obras…». A través de Su poderoso acto de salvación, Dios nos concede el gozo de la salvación (Salmo 51:12). En consecuencia, el Señor nos guía a alabar a Dios con una acción de gracias nacida de ese gozo. Así, el salmista declara en el pasaje de hoy, el Salmo 92:1–4: «Bueno es dar gracias al SEÑOR y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo; proclamar tu misericordia por la mañana y tu fidelidad cada noche, con el laúd de diez cuerdas y el arpa, con la música resonante de la lira. Porque tú, oh SEÑOR, me has alegrado con tus obras; cantaré de júbilo ante las obras de tus manos».

(3) El profundo propósito del Señor es que florezcamos en los atrios de Dios.

Observemos el Salmo 92:13 en el pasaje de hoy: «Plantados en la casa del SEÑOR, florecerán en los atrios de nuestro Dios». La frase «plantados en la casa del SEÑOR» es una metáfora que significa nuestra unión con Cristo (Park Yun-sun). En otras palabras, habla de cómo nosotros, como personas unidas a Jesucristo, floreceremos eternamente en el Reino de los Cielos: el propio atrio de Dios. Es una promesa de que, si bien los impíos pueden florecer brevemente en esta tierra, los justos florecerán para siempre en el Cielo. «Floreceremos como la palmera y creceremos como el cedro del Líbano» dentro de los atrios de Dios (versículo 12). Es decir, revestidos de cuerpos gloriosos e incorruptibles, viviremos eternamente en los atrios de Dios, irradiando la fragancia de Cristo. Además, a diferencia de la falta de fruto de los impíos, los justos «aun en la vejez darán fruto; estarán llenos de savia y verdor» (versículo 14). En otras palabras, Dios hará que los justos den fruto y rebosen de vitalidad (Park Yun-sun). Este es precisamente el profundo pensamiento del Señor hacia nosotros. ¿Por qué nos hace Dios tales promesas? Porque el Señor nos ama y nos valora. Observemos el texto de hoy, el Salmo 92:10: «Pero tú has exaltado mi poder como el del toro salvaje; he sido ungido con aceite fresco». La frase «ungido con aceite fresco» alude a la costumbre de Judea de honrar a un invitado distinguido ungiéndolo; significa que Dios trata a aquellos a quienes ama como a invitados de honor (Park Yun-sun). Así, Dios nos recibirá en sus atrios —el cielo— y nos tratará como a invitados de honor, permitiéndonos vivir allí con el Señor para siempre.

¿Cómo podríamos llegar a comprender la profundidad total de los pensamientos del Señor? Sin embargo, una verdad permanece innegable: el Señor piensa constantemente en nosotros. El salmista declara: «¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumerara, serían más numerosos que la arena; al despertar, aún estoy contigo» (139:17-18). Aunque no podamos comprender plenamente los innumerables y profundos pensamientos que el Señor tiene para nosotros, debemos

vivir con la convicción y la certeza de que —aun si sufrimos brevemente en este mundo— floreceremos para siempre en sus atrios, regocijándonos, dando gracias y alabando al Señor mediante la gracia de su salvación.

Ofrezcamos alabanzas y acción de gracias a Dios.

«Bueno es dar gracias al Señor, cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo; proclamar por la mañana tu misericordia, y por la noche tu fidelidad, con arpa de diez cuerdas y con laúd, con armoniosa melodía de arpa» (Salmo 92:1-3).

En su libro *El Despertar de la Iglesia*, el pastor Charles Swindoll nos exhorta a comprometernos con la adoración. Observa que, en lugar de estar comprometida con la adoración, la iglesia se encuentra actualmente inmersa en una «guerra» por ella; atribuye este conflicto al hecho de que nos enfocamos en la expresión de la adoración en lugar de en su esencia. Dentro de la iglesia, hay quienes insisten en cantar himnos tradicionales, mientras que otros argumentan que los cantos góspel son aceptables. De igual manera, algunos abogan por el uso de tambores en la adoración, mientras que otros se oponen vehementemente. Estos diferentes puntos de vista terminan por convertirse en choques de opinión, lo que lleva a conflictos internos. El pastor Swindoll señala que, en última instancia, esto no es más que la afirmación de las preferencias personales de cada individuo. Exhorta a los cristianos a priorizar la esencia de la adoración y a comprometerse con ella. En otras palabras, debemos permanecer firmes en nuestro compromiso con las prácticas bíblicas de «enseñanza», «comunión», «partición del pan» y «oración» (Hechos 2:42). Personalmente, estoy de acuerdo con el pastor Swindoll. Su distinción entre la esencia y la expresión de la adoración me pareció particularmente perspicaz, y coincido plenamente con su punto de vista de que la expresión de la adoración debe fluir naturalmente de su esencia. Al mismo tiempo, creo que es crucial reconocer —como señaló Calvino— que para ser establecidos como los verdaderos adoradores que Dios busca (Juan 4:23), debemos conocernos a

nosotros mismos conociendo a Dios. Debemos conocer a Dios a través de la Palabra de Verdad. Cuando el Espíritu Santo nos capacita para percibir la verdadera naturaleza de Dios a través de su Palabra, inevitablemente llegamos a comprendernos a nosotros mismos. Solo entonces podemos inclinarnos humildemente y ser establecidos como verdaderos adoradores que ofrecen alabanza y gloria a Dios. En el pasaje de hoy del Salmo 92 —un salmo para el día de reposo— el salmista declara que es bueno dar gracias a Dios y alabar su nombre. También afirma la bondad de proclamar el amor inagotable del Señor por la mañana y su fidelidad por la noche. ¿Por qué? Porque el Señor, en su amor inagotable y fidelidad, ha alegrado al salmista con sus obras (v. 4). Por consiguiente, el salmista cantó con gozo por lo que las manos del Señor habían realizado (v. 4). Alabó al Señor con alegría y gratitud al contemplar las grandes obras que Dios había realizado (v. 5). En particular, ofreció alabanza con acción de gracias y gozo, conmovido por la profunda naturaleza de los pensamientos de Dios (v. 5). Alabó al Señor con tal gratitud y gozo porque había llegado a comprender los profundos pensamientos del Señor, pensamientos que los necios e ignorantes jamás podrán comprender (v. 6). ¿Cuáles fueron, entonces, los profundos pensamientos del Señor que el salmista comprendió? En resumen: Dios trae destrucción eterna sobre los impíos que parecen prosperar (vv. 9-11), mientras que hace florecer a los justos que sufren (vv. 12-14). En definitiva, el profundo propósito del Señor es juzgar a los impíos y salvar a los justos. Dios ciertamente juzgará a los impíos (v. 7), aquellos que son sus enemigos (v. 9). Aunque los impíos parezcan alcanzar un éxito rápido mediante astucia y sin mucho esfuerzo, en realidad, no se trata de un éxito verdadero bendecido por Dios. A ojos humanos, su prosperidad puede asemejarse al exuberante crecimiento de la hierba silvestre, pero lo crucial es que no dan fruto producido por Dios. Incluso si parecen prosperar ante los ojos del mundo, la prosperidad de los impíos —que no dan fruto ante los ojos de Dios— finalmente los llevará a la destrucción eterna (v. 7). La prosperidad de los impíos en este mundo solo sirve para conducirlos a la ruina eterna. Los enemigos del Señor que hacen el mal sin duda sufrirán su caída (v. 9). Dios castigará a los malhechores (v. 11). Sin embargo, los justos serán salvos. Dios ciertamente nos salvará a quienes hemos sido justificados por la fe en Jesús. Él ciertamente hará que crezcamos, prosperemos y demos

fruto (vv. 12-13). Además, nos capacitará para seguir dando fruto incluso en la vejez (v. 14). Por consiguiente, Dios no solo nos impulsará a ofrecerle alabanza con gratitud y alegría, sino que también nos guiará a proclamar que Él es recto, que Él es nuestra Roca y que no hay injusticia en Él (v. 15).

¿Cómo debemos ver la prosperidad de los impíos?

«Aunque los impíos broten como la hierba y florezcan todos los malhechores, serán destruidos para siempre» (Salmo 92:7).

Unas semanas antes de fallecer y partir al cielo, un anciano de la iglesia me preguntó: «¿Por qué prosperan los impíos mientras los justos sufren?». Dada su naturaleza reflexiva, sospecho que pudo haber meditado sobre esta cuestión a lo largo de su vida; o al menos, al acercarse al destino final de su viaje terrenal, sin duda luchó profundamente con este asunto. ¿Comparte usted esta inquietud? ¿Alguna vez ha reflexionado verdaderamente sobre cómo debemos, como cristianos, percibir la prosperidad de los impíos frente al sufrimiento de los justos? A menudo hemos escuchado las palabras reconfortantes de que el sufrimiento de los justos nos permite participar en los padecimientos de Jesús. Pero, ¿sabe usted cómo debemos aceptar la prosperidad de los impíos?

El Salmo 92:7 nos ofrece la perspectiva de Dios sobre este asunto. Podemos considerar tres puntos clave:

(1) Los impíos florecen —y de hecho, lo hacen rápidamente—, tal como observamos en la vida real.

En este pasaje, el salmista compara a los impíos con la hierba, señalando que «brotan». Esto implica que alcanzan el éxito con rapidez, a menudo mediante la astucia en lugar del trabajo honrado. Hace poco tiempo, mi esposa y yo notamos zonas de hierba marchita en nuestro jardín; intentamos aplicar tratamientos, regar el área y sembrar nuevas semillas. Ahora

vemos una hierba verde y frondosa que crece con vigor. Parece que el salmista describe la prosperidad de los impíos de manera muy similar: como algo que brota rápidamente, como la hierba. (2) La prosperidad de los impíos puede parecerse al crecimiento exuberante de la hierba silvestre, pero el punto crucial es que no da fruto.

En otras palabras, en medio de su florecimiento, los impíos no producen fruto alguno ante los ojos de Dios. La prosperidad de los impíos —comparada con hierba estéril— es precisamente la imagen que la Biblia presenta de ellos.

(3) La rápida prosperidad de los impíos sirve, en última instancia, para prepararlos para la destrucción eterna.

Así como un cerdo es bien alimentado y engordado antes de ser llevado al matadero, la prosperidad de los impíos está destinada a la ruina eterna. Con respecto a la prosperidad de los impíos mencionada en este pasaje, el pastor D. L. Moody comentó: «Los impíos crecen como la hierba, solo para convertirse en combustible».

Hoy en día somos testigos de la prosperidad de los impíos en nuestras propias vidas. Ver su éxito conlleva el riesgo muy real de llevarnos a comparar nuestra vida con la de ellos y a caer en una profunda angustia. En tales momentos, debemos ver a los impíos a través del prisma del Salmo 92:7, contemplándolos tal como Dios los ve. Tal como declaró el salmista en el versículo 11: «Mis ojos han visto la derrota de mis adversarios; mis oídos han escuchado la ruina de los malhechores que se alzaron contra mí», nosotros también debemos presenciar y escuchar —a través de la Palabra— el juicio de Dios sobre los impíos. Cuando reconozcamos y creamos que su destino final es la destrucción eterna, ya no los envidiaremos ni nos inquietará el dilema de «la prosperidad de los impíos frente al sufrimiento de los justos».

«El Señor reina»

[Salmo 93]

Nuestro Dios creó toda la naturaleza y reina sobre ella (Salmo 8:1, 3, 6). En otras palabras, Él creó a la humanidad y gobierna sobre ella, dirigiendo soberanamente la vida, la muerte, la fortuna y la adversidad de las personas. Dios no solo creó el universo, sino que también lo gobierna y lo sostiene, impulsando el curso de la historia; Él es el Dios que reina sobre toda la creación (Salmo 103:19). Entonces, ¿cómo debemos responder nosotros —creyentes que confiamos en la elección soberana y el gobierno de Dios— ante las diversas pruebas dolorosas de la vida? Basándonos en Romanos 8:28, si creemos que todo sucede por la elección independiente y el gobierno soberano de Dios, debemos permanecer firmes e inquebrantables, confiando en que, al final, todas las cosas obran para bien. ¿Cómo debe un creyente —elegido y salvado por Dios, y que vive bajo Su gobierno— mantener su relación con Él? Basándonos en el Salmo 23:1–6, debemos mantener la relación que existe entre un pastor y sus ovejas. Cuando las ovejas siguen y obedecen al pastor, él las guía hacia verdes pastos y aguas tranquilas. Este camino de seguir al Buen Pastor debe continuar a lo largo de toda nuestra vida, llevándonos a habitar en la casa del Señor para siempre. Así, nos sentimos impulsados a obedecer las palabras del Salmo 103:22: «¡Bendecid al Señor, todas sus obras, en todos los lugares de su dominio!» (Internet).

El pasaje bíblico de hoy, el Salmo 93:1, declara: «¡El Señor reina! Se ha vestido de majestad; el Señor se ha vestido de majestad y se ha ceñido de poder; ciertamente, el mundo está establecido, firme y seguro». Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «El Señor reina», deseo recibir la gracia que proviene de meditar en tres aspectos del gobierno de Dios.

El primer aspecto del gobierno de Dios es «la autoridad de Dios».

Observemos la primera parte del Salmo 93:1: «¡El Señor reina! Se ha vestido de majestad…». La «autoridad» con la que Dios se ha revestido aquí se refiere a la gloria y la majestad propias del Gobernante del universo (Park Yun-sun). Nuestra responsabilidad es someternos a esta autoridad de Dios. En otras palabras, es responsabilidad tanto tuya como mía obedecer la Palabra de Dios, la cual posee autoridad. No debemos cuestionar la autoridad de Dios, pues es absoluta. Como hijos de Dios que nos sometemos a Su autoridad absoluta, tenemos el deber de escuchar y obedecer Su Palabra autoritativa. ¿Cómo podemos manifestar la autoridad de Dios? Por ejemplo, el cabeza de familia manifiesta la autoridad de Dios en el hogar al someterse a la Palabra de Dios y obedecerla. Del mismo modo, un pastor manifiesta la autoridad de Dios en la iglesia cuando él mismo se somete a la Palabra de Dios. Sin embargo, si yo viviera una vida hipócrita —proclamando la Palabra de Dios sin esforzarme por obedecerla—, no estaría manifestando la autoridad de Dios; por el contrario, me convertiría en un pastor autoritario que abusa de dicha autoridad. Asimismo, en el hogar, si hablo de las Escrituras con mis labios pero no me someto a la Palabra de Dios ni la obedezco personalmente, me convierto en un esposo y padre autoritario. Para que nosotros, los cristianos —hijos de Dios—, manifestemos la autoridad de Dios en este mundo, debemos vivir en obediencia a Su Palabra autoritativa. Debemos manifestar la autoridad de Dios a través de nuestras vidas poniendo en práctica Su Palabra; específicamente, los dos mandamientos de Jesús: amar a Dios y amar a nuestro prójimo.

El segundo aspecto del gobierno de Dios es «el poder de Dios».

Consideremos el Salmo 93:1 (la última parte) y el versículo 4: «…el SEÑOR se ha revestido de poder y se ha ceñido; el mundo está establecido, firme e inamovible», y «El poder del SEÑOR en las alturas es mayor que el rugido de muchas aguas y que las poderosas olas del mar». Aquí, «poder» se refiere a «la fuerza natural o sobrenatural empleada para sostener el mundo creado» (Park Yun-sun). A este atributo de Dios lo llamamos «omnipotencia de Dios».

Este atributo significa el poder infinito para llevar a cabo todo lo que Él desea. Por ejemplo, podemos observar la omnipotencia de Dios en el ámbito natural; específicamente, en Su poder creador que dio existencia a los cielos y a la tierra (Génesis 1:1; Hebreos 11:3) y en el poder mediante el cual sostiene el universo creado (Colosenses 1:17). También podemos ver la omnipotencia de Dios en el ámbito espiritual; esta se extiende no solo al control de sus santos ángeles (Daniel 4:35), sino también al dominio sobre Satanás y los espíritus malignos (Job 1:12). Así, el salmista declara: «Más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las poderosas olas del mar, es el Señor en las alturas» (Salmo 93:4). ¿Cómo, entonces, puede manifestarse este poder de Dios en nuestras vidas? Podemos encontrar la respuesta en 2 Corintios 12:9: «Pero él me dijo: "Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad". Por tanto, con mayor gusto me gloriaré de mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo». El poder de Dios se revela a través de nuestras debilidades. Por eso, al igual que el apóstol Pablo, debemos gloriarnos de nuestras debilidades. Dios es quien elige a los débiles —como tú y como yo— para avergonzar a los fuertes (1 Corintios 1:27). Cuando el poder de Dios se manifiesta a través de nuestras debilidades, nos mantenemos firmes e inquebrantables. El salmista declara que, gracias al poder de Dios, «el mundo está establecido; jamás será conmovido» (Salmo 93:1). Puesto que Dios reina con su poder, el mundo permanece firme e inquebrantable. Si Dios reina sobre nosotros, también nosotros permaneceremos firmes e inquebrantables (versículos 1-2). Si Dios gobierna nuestras familias y nuestras iglesias con su poder, ellas permanecerán firmes e inquebrantables.

El tercer aspecto del gobierno de Dios es «la santidad de Dios».

Observemos el Salmo 93:5: «Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Señor, por siempre jamás». Dios gobierna todo el universo con su autoridad y su poder. Además, revela su santidad al gobernar este mundo con su justicia. Dios Padre es santo. Su autoridad es una autoridad santa, y su poder es un poder santo. En última instancia, el Dios Trino revela su santidad a través de su autoridad y su poder. ¿Cómo, entonces, podemos

manifestar esta santidad de Dios? Encontramos la respuesta en 1 Pedro 1:16: «Porque escrito está: “Sed santos, porque yo soy santo”». Al vivir nosotros mismos en santidad, podemos manifestar la santidad de Dios en medio de este mundo impío. Por tanto, debemos procurar la santidad de Dios. Para alcanzarla, debemos permanecer fieles a la Palabra y a la oración, anhelar fervientemente la obra santificadora del Espíritu Santo y esforzarnos por obedecer la Palabra de verdad; esa es nuestra responsabilidad.

Existe una canción góspel estadounidense titulada «Ruler over My Soul» (Gobernante de mi alma). Mientras meditaba en el mensaje de hoy, recordé esa canción y se la canté a Dios como una oración. Oro para que Dios gobierne mi alma. Oro para que el Señor gobierne a mi familia. Y oro para que el Señor reine sobre nuestra Iglesia Presbiteriana Victory. Al hacerlo, oro para que se manifiesten la autoridad, el poder y la santidad de Dios.

El Dios que retribuye

[Salmo 94]

El sábado pasado, tras predicar un sermón basado en el capítulo 9 de Esdras, reflexioné más profundamente sobre el pasaje bajo el título: "Dios, debes estar sin palabras, ¿verdad?". Al meditar en Esdras —quien permanecía sentado en un silencio atónito, incapaz de alzar el rostro ante Dios debido a la vergüenza—, comprendí que yo también debía sentir vergüenza como cristiano y pastor. Tuve que reconocer que había poca diferencia entre mi persona y el pueblo de Israel, que había olvidado la gracia de Dios y había vuelto a traicionar sus mandamientos. Así como los líderes de Israel habían encabezado la traición a la palabra de Dios, reflexioné sobre mi propio pecado como líder de la iglesia: cómo yo también había estado a la vanguardia de la desobediencia a la palabra divina. Con la convicción de que debía vivir una vida fiel y andar por el camino correcto, pasé a meditar en el pasaje de hoy: el Salmo 94.

El Salmo 94:1 dice: "Oh SEÑOR, Dios de las retribuciones; oh Dios de las retribuciones, resplandece". La palabra "retribuir" aquí puede interpretarse de dos maneras: como "castigo" para los impíos o como "disciplina" para los justos. Centrándome en el Salmo 94 y en el tema "El Dios que retribuye", deseo aprender las lecciones que Dios imparte sobre cómo retribuye tanto a los impíos como a su pueblo justo.

En primer lugar, nuestro Dios que retribuye es un Dios que castiga a los impíos.

Observemos el Salmo 94:2: "Levántate, oh Juez de la tierra; da a los soberbios su merecido". Nuestro Dios, que retribuye, es un Dios de justicia. Dios no es alguien que permanece inactivo mientras los impíos triunfan indefinidamente (v. 3). Ciertamente, Él es un Dios justo que juzga a los impíos; como Dios de retribución, les impone el castigo adecuado. ¿Por qué este Dios justo y retribuidor inflige un castigo tan apropiado a los impíos?

(1) La primera razón es que los impíos son soberbios (v. 2). Debido a su arrogancia, los impíos parlotean, hablan con soberbia, cometen actos malvados y se jactan de sí mismos (v. 4). En otras palabras, los impíos arrogantes vomitan palabras maliciosas, hablan sin freno para dañar a otros e incluso profieren insultos contra Dios sin vacilar (Park Yun-sun); por ello, el Dios justo impone un castigo apropiado a tales impíos arrogantes.

(2) La segunda razón por la que Dios impone un castigo apropiado a los impíos es que persiguen al pueblo de Dios y asesinan a los vulnerables (Park Yun-sun).

Observemos el texto de hoy, el Salmo 94:5-6: «Aplastan a tu pueblo, oh Señor, y afligen a tu heredad; matan a la viuda y al extranjero, y asesinan al huérfano». Los impíos persiguen al pueblo de Dios. Se «juntan contra la vida del justo y condenan la sangre inocente» (v. 21). Además, muestran crueldad al matar y asesinar a la «viuda», al «extranjero» y al «huérfano»: aquellos a quienes Dios mira con especial compasión (v. 6). Por tanto, el Dios justo les aplica un castigo apropiado. Mientras cometen tales actos malvados, ¿qué dicen los impíos? Veamos el versículo 7: «Dicen: "El Señor no ve, ni el Dios de Jacob se da cuenta"». En resumen, los impíos ignoran y menosprecian a Dios (Park Yun-sun). Creen que Dios no ve los pecados malvados que cometen y que no le importan en absoluto. Dios conoce la insensatez de tales pensamientos que albergan los impíos (v. 11). Así, Dios habla de esta manera: «¡Entended, insensatos del pueblo! ¡Necios, ¿cuándo seréis sabios? El que plantó el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?» (vv. 8-9). Los impíos —aquellos que carecen de entendimiento y son ignorantes— deben comprender este hecho: Dios, que creó el ojo, lo ve todo, y Aquel que formó el oído, lo oye todo. En última instancia, Dios, que hace justicia,

hará recaer las consecuencias de sus pecados sobre los impíos y los eliminará debido a sus malas obras (v. 23). En segundo lugar, nuestro Dios, que se venga, es también un Dios que disciplina a su pueblo.

Consideremos el Salmo 94:12: «Bienaventurado el hombre a quien tú disciplinas, oh Señor, y a quien instruyes en tu ley». Esto significa que nuestro Dios, como Dios que se venga, actúa conforme a su justicia para encauzar nuevamente los asuntos por el camino correcto. ¿Cómo debe ver el pueblo de Dios —que sufre persecución a manos de los impíos— dicha persecución? Tal persecución por parte de los impíos conlleva el sentido de disciplina e instrucción (Park Yun-sun). Por tanto, el pasaje declara que el creyente que atraviesa tal persecución es bienaventurado, pues puede recibir las lecciones que Dios imparte a través de ella. Esta es una perspectiva verdaderamente fascinante. Considero una lección preciosa el hecho de que aquellos que ven la persecución de los impíos como una oportunidad para recibir la disciplina y la instrucción de Dios son, en verdad, bienaventurados. En el versículo 10 del pasaje de hoy, el salmista describe a Dios como un vengador justo y recto; es un Dios que nos disciplina, pero que también nos instruye con conocimiento. Bienaventurado, pues, aquel que considera la persecución de los impíos como una disciplina divina y aprende de ella (versículo 12). ¿Qué clase de bendiciones existen? He identificado tres:

(1) Aquellos que ven la persecución de los impíos como una disciplina divina y aprenden de ella reciben la bendición de aprender los estatutos del Señor (versículo 12).

Somos bienaventurados porque aprendemos los estatutos del Señor a través del sufrimiento causado por la persecución de los impíos. En otras palabras, cuando sufrimos persecución a manos de los impíos, esta se convierte en una bendición, ya que tal sufrimiento nos lleva a apartarnos de nuestras malas acciones, a obedecer los mandamientos del Señor y a caminar por la senda correcta. Por esta razón, el salmista

confesó en el Salmo 119:67 y 71: «Antes de ser afligido, yo me descarriaba, pero ahora guardo tu palabra… Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda tus estatutos».

(2) Aquellos que ven la persecución de los impíos como una disciplina divina y aprenden de ella reciben la bendición de disfrutar de la paz que Dios otorga, incluso en medio de la tribulación. Observemos el versículo 13 del Salmo 94: «Le concedes alivio ante los días de adversidad, hasta que se cave una fosa para el impío». Este versículo significa que la persona que atraviesa la tribulación de la disciplina conserva un corazón en paz hasta que dicha tribulación pasa; es decir, hasta que el perseguidor encuentra su ruina. En otras palabras, significa que posee paz en su alma aun mientras soporta la tribulación (Park Yun-sun). ¿Cómo puede uno disfrutar de la paz que Dios otorga en medio de la tribulación? Es posible porque, en medio de tales pruebas, aprendemos los estatutos del Señor. Podemos disfrutar de la paz que Dios da cuando permitimos que los estatutos del Señor gobiernen y dirijan nuestros corazones. El Espíritu Santo nos capacita para experimentar una paz que el mundo no puede comprender ni ofrecer, al permitir que la Palabra de Dios reine en nuestros corazones.

(3) La bendición de la que disfrutan en medio de la tribulación aquellos que ven la persecución de los impíos como una disciplina de Dios —y que aprenden de ella— es el amor inagotable del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 94:18: «Cuando dije: "Mi pie resbala", tu amor inagotable, oh Señor, me sostuvo». Cuando estamos a punto de resbalar en tiempos de tribulación, en ese momento crítico, Dios nos sostiene con su amor inagotable. Ya hemos aprendido esto a través de la experiencia de Asaf en el Salmo 73: el sufrimiento del justo y la prosperidad del impío. Asaf estuvo a punto de tropezar por envidia de la prosperidad de los impíos, pero Dios lo amó y lo sostuvo firmemente (73:23). Habiendo experimentado el amor de Dios, Asaf confesó: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra… Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien…» (Sal. 73:25, 28).

Nuestro Dios es aquel cuyas consolaciones deleitan nuestras almas cuando nuestra mente está llena de pensamientos angustiosos (94:19). ¡Cuántos pensamientos invaden nuestra mente cuando estamos en medio de la tribulación! En tales momentos, el Señor nos consuela, otorgándonos no solo paz en el alma, sino también un profundo deleite. El salmista, tras haber disfrutado de esta paz y deleite en su alma, confesó: «El Señor ha sido mi fortaleza, y mi Dios la roca de mi refugio» (v. 22). Dios es nuestra fortaleza y la roca de nuestro refugio. Cuando enfrentamos la persecución de los impíos, debemos aceptarla como una disciplina de Dios y recibir con humildad las lecciones y bendiciones que Él ofrece dentro de esa disciplina. En medio de tales circunstancias, debemos ser capaces de confesar, como el salmista: «Dios es mi fortaleza y la roca de mi refugio».

A principios de esta semana, hablé con un par de pastores. Lo que tenían en común era que ambos enfrentaban dificultades en sus ministerios; específicamente, desafíos causados por miembros de la congregación que habían caído en pruebas espirituales o en amargura. Un pastor compartió que un miembro de su congregación había llamado a una o dos familias para hablar mal de él e instarlas a no asistir a la iglesia. Sin embargo, resultó interesante que una hermana, al recibir una de estas llamadas, advirtiera a quien llamaba diciéndole: «Si odias así al siervo de Dios, serás castigado por Él». Supe que esta mujer era hija de un pastor; había visto a su propio padre soportar adversidades similares, pero también había presenciado cómo Dios disciplina a quienes se oponen al siervo del Señor. Al escuchar este relato del pastor, me impresionó la manera fascinante en que obra Dios. Esto fortaleció mi convicción de que el Señor ama a sus siervos y a su iglesia, y de que los protege y preserva activamente. Por ello, compartí esta historia con el pastor que me había llamado angustiado, asegurándole que, dado que Dios ama tanto a él como a la iglesia a la que sirve, seguramente los protegería y velaría por ellos. Mi sincera esperanza es que Dios —quien defiende la justicia— guíe de regreso al Señor y al camino correcto a estos amados miembros que se han extraviado, aun cuando ello requiera disciplina. También oro para que los pastores que sufren a causa de estos creyentes conflictivos puedan, en medio de ese mismo sufrimiento, disfrutar de las bendiciones otorgadas por el Dios que recompensa.

Nuestro Dios es un Dios que recompensa; Él es quien imparte un castigo justo a los impíos que persiguen a los justos, el propio pueblo de Dios. No obstante, para los justos que soportan tal persecución, existen bendiciones que se hallan a través de esa misma prueba o corrección: la bendición de aprender los estatutos del Señor, la bendición de disfrutar de la paz que Él otorga incluso en medio de la tribulación, y la bendición de experimentar la misericordia eterna del Señor. Oro para que todos lleguemos a disfrutar de estas bendiciones.

Aquellos que entran en el reposo de Dios

[Salmo 95]

¿Cómo encuentra usted «reposo para su alma»? En el versículo 19 del Salmo 94 —un pasaje sobre el cual meditamos durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada—, el salmista declara: «Cuando la ansiedad era grande dentro de mí, tu consuelo traía alegría a mi alma». ¡Cuántos pensamientos inundan nuestra mente cuando enfrentamos situaciones difíciles y angustiosas! En esos momentos, el Señor nos consuela, otorgando paz a nuestras almas y llenándolas de alegría. Para disfrutar de esta paz y alegría, debemos —al igual que el salmista— aprender «los estatutos del Señor» incluso en medio de la adversidad y el sufrimiento. Cuando lo hacemos, podemos gobernar nuestro corazón con sus estatutos en tiempos de tribulación y experimentar la paz que Dios provee. Además, en ese proceso, llegamos a experimentar la amorosa bondad del Señor. Solo entonces nuestras almas pueden hallar verdadero reposo.

Hebreos 4:9-10 afirma: «Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios; pues el que entra en el reposo de Dios, también reposa de sus obras, así como Dios reposó de las suyas». El «tiempo de reposo» que nos aguarda es el reposo eterno en el que entraremos cuando el Señor regrese. Allí, cesaremos de nuestras labores tal como Dios reposó de las suyas. Por lo tanto, debemos esforzarnos al máximo por entrar en ese reposo eterno (versículo 11).

En el Salmo 95:11, el salmista David escribe: «Por eso juré en mi ira: "Jamás entrarán en mi reposo"». Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «Aquellos que entran en el reposo

de Dios», deseo aprender sobre las dos cosas que hacen quienes entran en el reposo de Dios. Es mi oración que usted y yo podamos disfrutar del reposo que Dios provee mientras avanzamos hacia su reposo eterno.

En primer lugar, aquellos que entran en el reposo de Dios alaban a Dios.

Observemos el Salmo 95:1-2: «¡Vengan, cantemos al Señor! Aclamemos con júbilo a la Roca de nuestra salvación. Acerquémonos a Él con acción de gracias. Cantémosle salmos de alabanza con alegría». David nos exhorta a reunirnos («Venid») ante Dios con acción de gracias y a «aclamar con júbilo» (o cantar con alegría). En otras palabras, nos anima a ofrecer alabanza a Dios en unidad. ¿Por qué nos insta David a reunirnos y a alabar a Dios con alegría?

(1) La primera razón es que Dios es la «Roca de nuestra salvación» (versículo 1).

La razón por la que debemos reunirnos y ofrecer alabanza con acción de gracias es que Él es nuestro Salvador. Pensar en Dios como la «Roca de salvación» trae a la mente la canción cristiana «Dios, mi Roca»: «Dios, mi Roca; todo lo que has hecho es perfecto. Dios, fuente de mi vida; alabo lo que has hecho por mí. Dios fiel, mi buen Señor que no comete errores; Dios fiel, mi buen Señor que no comete errores». Habiendo recibido la gracia salvadora de Dios, debemos alabar a Dios, la Roca de nuestra salvación. Además, mientras recorremos el desierto de la vida tras haber recibido Su salvación (liberación), debemos alabar a Dios con acción de gracias. Así como Él salvó al pueblo de Israel del hambre proveyendo el pan de cada día y sació su sed haciendo brotar agua de la roca, también Él sacia nuestra sed espiritual y nos salva; por tanto, debemos alabar a Dios. El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «La razón por la que alguien no piensa en el Salvador o no sabe cómo regocijarse en Él es que aún no se da cuenta de cuán miserable es su propia condición».

(2) En segundo lugar, la razón por la que todos debemos reunirnos para alabar a Dios es que Él es un «gran Dios».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 95:3: «Porque Jehová es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses». ¿Recuerda la canción cristiana «Al gran Señor» que hemos cantado a menudo? La letra dice así: «Dad gloria al gran Señor; en la ciudad de Dios, en su monte santo —elevado y hermoso en sus cimientos, el gozo de toda la tierra. El monte Sion al norte, la ciudad del gran Rey. Cantad Aleluya, cantad Aleluya, cantad Aleluya: la ciudad del gran Rey». Cuando los problemas se agigantan y el dolor y las heridas parecen abrumadores, podemos ofrecer alabanzas gozosas a Dios con un corazón agradecido —fortalecidos por su gracia— al fijar la mirada en nuestro gran Señor. Somos capaces de alabar al gran Dios cuando, a través de la experiencia del dolor y la adversidad, comprendemos nuestra propia pequeñez y llegamos a reconocer su grandeza.

(3) En tercer lugar, la razón por la que todos debemos reunirnos para alabar a Dios es que Él es el gran Creador.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 95:4-5: «En su mano están las profundidades de la tierra, y suyas son las cumbres de los montes. Suyo es el mar, pues él lo hizo, y sus manos formaron la tierra firme». Recuerdan la canción evangélica «Gran y poderoso Señor», ¿verdad? Esa que a menudo se canta justo después de «Al gran Señor»: «Gran y poderoso Señor, nuestro Dios y Señor; gran y poderoso Señor, nuestro Dios y Señor. Alzad en alto el estandarte y ondeadlo; alabad al Rey. Gran y poderoso Señor, nuestro Dios y Señor; gran y poderoso Señor, nuestro Dios y Señor». David alababa al gran Dios porque Él «creó y gobierna las profundidades de la tierra y las cumbres más altas —lugares fuera del alcance de las manos humanas—, así como los cielos, la tierra y el mar» (Park Yun-sun).

Debemos congregarnos para alabar a Dios: la Roca de nuestra salvación, el Dios poderoso y el gran Creador. Debemos ofrecer alabanza con acción de gracias y cantar con júbilo al Señor. Cuando entremos en el verdadero y eterno reposo de Dios, le ofreceremos alabanza con gratitud y gozo para siempre.

En segundo lugar, quienes entran en el reposo de Dios le adoran.

Consideremos el Salmo 95:6: «Venid, postrémonos en adoración; arrodillémonos ante el SEÑOR, nuestro Hacedor». Alabamos a Dios por lo que ha hecho por nosotros. Le alabamos porque el gran Dios Creador —el Dios poderoso y la Roca de nuestra salvación— nos ha otorgado la gracia de la salvación. Adorar a Dios significa adorarle por quien Él es verdaderamente. En otras palabras, le adoramos no solo por lo que ha hecho por nosotros, sino porque «Él es nuestro Dios» (v. 7). Él es «nuestro Dios, y nosotros somos el pueblo de su pasto, el rebaño bajo su cuidado» (v. 7a). Si verdaderamente adoramos a Dios, debemos escuchar su voz (v. 7b). Nunca debemos endurecer nuestros corazones (v. 8). Además, no debemos poner a prueba a Dios como lo hicieron los antepasados de Israel en el desierto (v. 9). Debemos roturar la tierra baldía de nuestros corazones y recibir la palabra de Dios con un corazón como tierra fértil. En el pasaje de hoy, David nos exhorta a «postrarnos» y «arrodillarnos» (v. 6) en adoración, enseñándonos que quienes adoran a Dios deben escuchar y obedecer la voz del Señor. Si afirmamos adorar a Dios pero no escuchamos ni obedecemos su voz, lo adoramos solo con los labios mientras nuestros corazones permanecen lejos de Él (Isaías 29:13). En consecuencia, los antepasados de Israel afligieron a Dios durante cuarenta años en el desierto (Salmo 95:10). Eran un pueblo que no conocía los caminos de Dios; sus corazones se desviaron (v. 10), llevándolos a rechazar la voz de Dios y a desobedecer sus mandamientos. Como resultado, provocaron la ira de Dios y no lograron entrar en su reposo.

Quienes entran en el reposo de Dios lo adoran. Y Dios... Aquellos que verdaderamente lo adoran escuchan su voz y obedecen sus mandamientos. Un verdadero adorador nunca endurece su corazón al escuchar la Palabra de Dios; más bien, rotura diligentemente la tierra baldía de su corazón, ablandándolo para estar presto a atender la Palabra divina. Al conocer los caminos de Dios, no permiten que sus corazones se extravíen. Así, son

adoradores que no afligen a Dios, sino que alegran su corazón, y son ellos quienes disfrutan del verdadero reposo.

Tú y yo somos peregrinos que viajamos hacia un lugar de reposo eterno. Por tanto, mientras vivimos en este mundo, anhelamos el reposo eterno que Dios provee, al tiempo que experimentamos un anticipo de ese reposo desde ahora. Como quienes disfrutan de este reposo, alabemos y adoremos a Dios hoy.

Un verdadero adorador

[Salmo 96]

La primera de las tres metas principales de nuestra iglesia es "formar verdaderos adoradores". Es uno de los objetivos de nuestra iglesia que cada miembro de la Iglesia Presbiteriana Seungri —donde habita el Señor— se consolide como un "adorador y testigo". Esta declaración de misión dice así: "Al alabar la presencia de Dios en la 'adoración', proclamamos —incluso a los no creyentes— que deben 'postrarse y adorar a Dios, declarando que Dios está verdaderamente entre ustedes'" (1 Corintios 14:25). Esta declaración se basa en las palabras de 1 Corintios 14:25: "Los secretos de su corazón quedarán al descubierto. Así que se postrará y adorará a Dios, exclamando: '¡Dios está realmente entre ustedes!'".

Centrándome en el texto de hoy, el Salmo 96, y en el título "Un verdadero adorador", deseo reflexionar sobre cuatro aspectos de la vida de un verdadero adorador y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece. Mi oración es que nos consolidemos cada vez más como verdaderos adoradores.

En primer lugar, un verdadero adorador glorifica a Dios.

Observemos el Salmo 96:7: "Atribuyan al Señor, oh familias de las naciones, atribuyan al Señor gloria y poder". El Salmo 90 describe cuatro formas de vivir una vida valiosa ante los ojos de Dios en este mundo pasajero: (1) temer a Dios, (2) hallar satisfacción en el amor de Dios, (3) vivir para la gloria de Dios y (4) anhelar la gracia de Dios. Debemos vivir buscando

la gloria de Dios en lugar de la nuestra. En otras palabras, debemos centrarnos en lo que Dios hace por nosotros —sus actos poderosos— en lugar de en lo que nosotros hacemos por el Señor. Solo entonces podremos dar gloria a Dios verdaderamente. En la primera parte del Salmo 96:8, el salmista ordena: "Atribuyan al SEÑOR la gloria debida a su nombre...". ¿Cómo podemos, entonces, glorificar a Dios?

(1) Podemos atribuir la gloria debida a su nombre alabando a Dios. Observemos los versículos 1, 2 y 4 del Salmo 96: «Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra» (v. 1); «Cantad al Señor, bendecid su nombre; anunciad su salvación día tras día» (v. 2); «Porque grande es el Señor y digno de suprema alabanza; temible sobre todos los dioses» (v. 4). Debemos alabar al gran Dios con un cántico nuevo. Además, debemos ofrecer alabanza a Dios con gozo y alegría (v. 11). Por tanto, debemos dar gloria a Dios. ¿Por qué debemos dar gloria a Dios alabándole fervientemente? La razón es «su salvación» (v. 2). Debemos alabar a Dios diariamente con un cántico nuevo debido a la gracia de la salvación que Él nos ha otorgado.

(2) Podemos atribuir a su nombre la gloria debida proclamando las obras poderosas de Dios.

Observemos el Salmo 96:3: «Proclamad su gloria entre las naciones, sus maravillas entre todos los pueblos». Recuerdo que el pastor Charles Swindoll afirmó en su libro *The Grace Awakening* (El despertar de la gracia) que la herejía suprema dentro de la iglesia consiste en centrarse en lo que hemos hecho por Dios en lugar de en lo que Dios ha hecho por nosotros. Creo que una razón para esto es que centrarse en nuestras propias obras para Dios nos lleva a buscar nuestra propia gloria. Sin embargo, si nos centramos en las obras del Señor, podemos buscar la gloria del Señor. Por consiguiente, debemos proponernos y esforzarnos por vivir cada día proclamando las obras poderosas de Dios. En particular, tal como se indica en el versículo 2 del pasaje de hoy, debemos vivir proclamando a diario «esa salvación» que Dios nos ha otorgado por medio de Jesucristo. Solo entonces podremos tributar a Dios la gloria debida a su nombre.

En segundo lugar, un verdadero adorador ofrece algo a Dios.

Observemos el Salmo 96:8: «Atribuid al Señor la gloria debida a su nombre; traed ofrendas y venid a sus atrios». A menudo oímos a la gente decir que «van a ver un servicio de adoración». Sin embargo, la adoración no es algo a lo que vamos simplemente para observar; vamos para ofrecer adoración a Dios. En otras palabras, la adoración es el acto de dedicar nuestros cuerpos, mentes, corazones y posesiones materiales a Dios. Un verdadero adorador ofrece todo lo que tiene a Dios con un corazón dispuesto. Sin embargo, el problema del pueblo judío era que, si bien adoraban al Señor con sus labios, sus corazones estaban muy alejados de Él. Dios mira el corazón, pero el pueblo de Israel le ofrecía sacrificios sin que sus corazones estuvieran verdaderamente involucrados. Observemos Isaías 1:11–13: «Dice el Señor: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales engordados; no quiero sangre de bueyes, ni de corderos, ni de machos cabríos. Cuando venís a presentaros delante de mí, ¿quién demanda esto de vuestras manos, que holléis mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; lunas nuevas y sábados, y el convocar asambleas, no los soporto; ¡iniquidad y reunión solemne!"». Innumerables ofrendas presentadas sin que el corazón del adorador esté verdaderamente dedicado a Dios no le reportan ningún beneficio. Dios no se complace en tales ofrendas; a sus ojos, son vanas. Él nos dice que no las llevemos. Declara que no puede tolerar que vayamos a la casa del Señor a adorar y presentar ofrendas, para luego marcharnos y cometer el mal mientras vivimos en el mundo. Por lo tanto, cuando adoramos a Dios, debemos presentar ofrendas que sean agradables a sus ojos: ofrendas que provengan de un corazón de verdadera devoción. El apóstol Pablo nos exhorta: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1). No debemos «conformarnos a este siglo, sino transformarnos por medio de la renovación de [nuestro] entendimiento, para que comprobemos cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (versículo 2), y vivir conforme a la voluntad

del Señor mientras le ofrecemos nuestros cuerpos, corazones y dones. Solo entonces podremos ser llamados verdaderos adoradores.

En tercer lugar, los verdaderos adoradores viven una vida santa. Observemos la primera parte del Salmo 96:9: «Adoren al SEÑOR en la hermosura de la santidad…». Como quienes adoran al Dios santo, debemos reflejar su santidad en nuestras vidas. Si afirmamos adorar a Dios pero no revelamos su santidad al mundo a través de nuestra vida, no estamos glorificando a Dios ni entregándonos plenamente a Él. No debemos separar la adoración de la vida; o, dicho de otro modo, no debemos separar la adoración dominical de nuestra vida cotidiana durante la semana. La adoración no es algo que se ofrece solo durante una hora el domingo; debe vivirse a lo largo de toda nuestra existencia una vez concluido el culto. La vida que ofrecemos a Dios debe ser una vida santa. Cuando vivimos santamente como adoradores, podemos revelar al mundo el honor, la majestad, el poder y la belleza de Dios (versículo 6). Además, cuando nuestra vida santa como adoradores manifiesta la santidad de Dios en este mundo de tinieblas, demostramos que, a diferencia de Dios, «todos los dioses de las naciones son ídolos» (versículo 5).

En cuarto y último lugar, el verdadero adorador teme a Dios.

Observemos la última parte del Salmo 96:9: «…temblad ante su presencia, toda la tierra». Los verdaderos adoradores se acercan a la adoración con un sentido de asombro ante la santidad de Dios. Debemos reverenciar a Dios por encima de todos los demás dioses (v. 4). Nuestro Dios es un Dios grande (v. 4), el Creador (v. 5), un Dios de honor, majestad, poder y belleza (v. 6), y Aquel que gobierna sobre todo el mundo y el universo (v. 10). Además, nuestro Dios es un Dios que juzga con justicia (v. 10). Por tanto, quienes adoran a este Juez justo, veraz y santo (v. 13) deben temblar en su presencia. Debemos temer a Dios. Debemos acercarnos a Él y ofrecerle adoración con reverencia. Nunca debemos tratar a Dios a la ligera. Por eso el rey Salomón dijo: «Cuando vayas a la casa de Dios, guarda tus pasos…» (Eclesiastés 5:1). Debemos entrar en la casa de Dios, acercarnos y escuchar su palabra (v.

1). No debemos hablar precipitadamente ni a la ligera delante de Dios (v. 2). Si hacemos un voto a Dios, debemos cumplirlo sin demora (v. 4).

Deseo ser el tipo de verdadero adorador que Dios busca. Quiero glorificar a Dios, ofrecerle todo mi corazón y mi devoción junto con mis dones, vivir una vida santa y caminar en reverencia ante Él. Oro para que el Señor me establezca como un verdadero adorador.

«El Señor reina»

[Salmo 97]

Me gustaría retomar el versículo 10 del Salmo 96, un pasaje sobre el cual meditamos durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada: «Decid entre las naciones: "¡El Señor reina! El mundo está firmemente establecido, no será conmovido; Él juzgará a los pueblos con rectitud"». Cuando Dios reina, las cosas pueden permanecer firmes. Si Dios gobierna sobre nuestras familias y nuestra iglesia, no seremos sacudidos. Por lo tanto, debemos anhelar fervientemente el reinado y el gobierno de Dios. En el Salmo 97:1, el salmista declara: «¡El Señor reina!». Centrándome en este pasaje, quisiera aprender tres lecciones sobre cómo debemos responder al hecho de que el Señor reina.

En primer lugar, puesto que el Señor reina, debemos regocijarnos y alegrarnos.

Observemos el Salmo 97:1: «¡El Señor reina! ¡Alégrese la tierra, regocíjense las numerosas islas!». El reinado del Señor significa su venida a esta tierra para gobernar a su pueblo. Esta promesa se cumplió en la era del Nuevo Testamento a través de Jesús, el Hijo unigénito de Dios (Park Yun-sun). Nosotros —el pueblo de Dios que ha aceptado a Jesús, quien fue crucificado y resucitó, como nuestro Salvador y Señor— vivimos bajo su reinado. La razón por la que nosotros, que estamos bajo el gobierno del Señor, debemos regocijarnos y alegrarnos radica en el juicio del Señor. Veamos el versículo 8: «Sión oyó y se alegró, y las hijas de Judá se regocijaron por tus juicios, oh Señor». Los juicios del Señor son rectos y justos (v. 2). A través de estos juicios, el Señor juzga y castiga a los impíos, revelando así su rectitud y justicia. En consecuencia, «son avergonzados todos los que adoran imágenes

talladas y se jactan de ídolos vanos» (v. 7). Además, los cielos proclaman su justicia y todos los pueblos contemplan su gloria (v. 6). Por tanto, dado que el reinado de Dios significa juicio para los impíos pero salvación para su pueblo, no podemos evitar regocijarnos y alegrarnos.

Debemos creer que el Dios Todopoderoso y Creador gobierna y dirige todo el universo. Debemos ver este mundo pecaminoso a través de la perspectiva de tal fe. En otras palabras, Dios juzgará a este mundo con Su juicio justo y recto. Dios juzgará a los impíos, pero salvará al pueblo que ha elegido y amado. Por tanto, como pueblo de Dios, tú y yo podemos regocijarnos y alegrarnos.

En segundo lugar, puesto que el SEÑOR reina, debemos aborrecer el mal.

Observemos el Salmo 97:10: "¡Los que amáis al SEÑOR, aborreced el mal! Él preserva las almas de sus santos y los libra de la mano de los impíos". Como pueblo de Dios que vive bajo el reinado del SEÑOR, tú y yo debemos aborrecer el mal. Esta es la esencia misma de la vida de quien adora a Dios con verdadero gozo (v. 7). Si alguien afirma estar bajo el gobierno de Dios pero ama el mal, esa vida no puede describirse verdaderamente como una vida gobernada por Dios. ¿Qué clase específica de mal debemos aborrecer nosotros, como creyentes? No debemos cometer el mal de "adorar imágenes talladas y jactarnos de ídolos vanos" (v. 7). Debemos detestar especialmente tal pecado. Los creyentes que viven bajo el gobierno de Dios —juzgando los asuntos según las normas justas y rectas del Señor— aman lo bueno y aborrecen lo malo. Tal vida de adoración manifiesta verdaderamente la justicia y la rectitud de Dios. Con este fin, debemos ser rectos (v. 11). Mediante la rectitud, debemos distinguir entre el bien y el mal, amando el bien y aborreciendo el mal. Al hacerlo, podemos reflejar la luz del Señor (v. 11). Dios hace dos promesas a quienes le aman —aquellos que viven bajo Su gobierno y aborrecen el mal—: preservación y liberación. Observemos el versículo 10: "¡Los que amáis al SEÑOR, aborreced el mal! Él preserva las almas de sus santos y los libra de la mano de los impíos". Un creyente bajo el reinado del SEÑOR es gobernado por la Palabra de Dios mediante la obra del Espíritu Santo que mora en él. Puesto

que se rigen por la Palabra de Dios, son capaces de emitir juicios basados en la veracidad del Señor (96:13). Con tal discernimiento, distinguen entre el bien y el mal, amando el bien y aborreciendo el mal. En consecuencia, son honestos y veraces. Así, como verdaderos adoradores de Dios, viven una vida que resplandece como una luz en este mundo de tinieblas.

Por último, el tercer punto: puesto que el Señor reina, debemos dar gracias.

Observemos el Salmo 97:12: «¡Alégrense en el Señor, ustedes los justos, y den gracias al recordar su santo nombre!». El salmista se regocijaba y se alegraba porque Dios reina; daba gracias por la oportunidad de imitar la santidad de Dios aborreciendo el mal y alineando su juicio con el del Señor, y exhortaba a otros a unirse a esa acción de gracias. Por tanto, nosotros también debemos dar gracias. Tenemos todos los motivos para ofrecer un agradecimiento incesante: Dios envió a su Hijo unigénito, Jesús, a esta tierra, otorgándonos la gracia de la salvación mediante su muerte en la cruz y su resurrección; además, el Espíritu Santo que habita en nosotros obra para santificarnos, capacitándonos para participar de la santidad de Dios. Tan profunda gracia nos impulsa a dar gracias a Dios. A lo largo de los Salmos, encontramos con frecuencia esta declaración: «¡Den gracias al Señor, porque él es bueno; su amor inagotable permanece para siempre!» (107:1). Dios es bueno. Su amor inagotable es eterno. Al vivir experimentando su bondad y su amor eterno e inagotable, debemos ofrecer un agradecimiento sincero al Dios que reina sobre nosotros.

Porque el Señor reina, debemos regocijarnos y alegrarnos. Porque el Señor reina, debemos aborrecer el mal. Y porque el Señor reina, debemos dar gracias.

«Cantad al Señor un cántico nuevo»

[Salmo 98]

¿Alguna vez ha alabado a Dios mientras atravesaba momentos difíciles o de prueba? ¿Ha experimentado alguna vez la paz que Dios otorga al corazón a través de la alabanza? Ayer, después de la cena, fui a una cafetería a tomar el postre con cuatro diáconos. Cuando le pregunté a uno de ellos qué hacía cuando sufría emocionalmente, respondió que cantaba; allí mismo, en la cafetería, cantó la primera estrofa del himno 543, «Pressing Onward» (también conocido como «Higher Ground» o «Terreno más alto»). No esperaba que realmente cantaran en un lugar tan público... jaja. En el pasaje leído durante la reunión de oración matutina de hoy —específicamente en la segunda mitad del Salmo 68:35—, el salmista David declara: «...El Dios de Israel da poder y fuerza a su pueblo; ¡alabado sea Dios!». Dios es quien nos da fuerza y poder; cuando le alabamos en tiempos de adversidad, experimentamos la gracia de recibir precisamente esa fuerza y ese poder.

Hoy, centrándonos en el Salmo 98:1-9 y en el título «Cantad al Señor un cántico nuevo», deseo reflexionar sobre por qué debemos cantar un cántico nuevo a Dios, así como sobre quiénes deben cantarlo y cómo hacerlo, para así recibir las enseñanzas que allí se encuentran.

En primer lugar, ¿por qué debemos cantar un cántico nuevo al Señor?

La razón reside en las obras maravillosas que Dios ha realizado. Observemos el Salmo 98:1 en el texto de hoy: «Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su

diestra y su santo brazo le han dado la victoria». Aquí, las «maravillas» se refieren, en última instancia, a la «salvación». En otras palabras, la razón por la que debemos cantar un cántico nuevo al Señor es la salvación que Él nos ha otorgado. Debemos alabar a Dios porque ha cumplido la salvación que nos prometió a nosotros, su pueblo escogido (Park Yun-sun). Dios nos salvó con «su diestra y su santo brazo». Dicho de otro modo, Dios nos salvó a usted y a mí mediante el poderoso poder de su diestra y por medios divinos (Park Yun-sun). ¿Por qué envió Él a Su Hijo unigénito, Jesucristo, a esta tierra para morir en la cruz por personas como nosotros? ¿Fue por nuestro bien? En el versículo 1 del pasaje de hoy, la Biblia afirma que Dios otorgó la salvación "por amor a sí mismo". Esto significa que Dios nos salvó a ti y a mí para revelar Su propia gloria (Park Yun-sun). Así, el salmista declara: "El SEÑOR ha dado a conocer Su salvación; ha revelado Su justicia a la vista de las naciones" (versículo 2). Al salvar al pueblo de Israel, Dios hizo que "todos los confines de la tierra" vieran la salvación de nuestro Dios (versículo 3). La razón por la que Dios realizó esta obra de salvación para el pueblo de Israel se explica de la siguiente manera: "Se ha acordado de Su misericordia y de Su fidelidad para con la casa de Israel; todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios" (versículo 3). La razón por la que Dios otorgó la salvación al pueblo de Israel radica en Su misericordia y fidelidad hacia ellos. Recordando esa misericordia y fidelidad, Dios concedió la salvación al pueblo de Israel. Por eso el salmista nos exhorta a alabar a Dios con un cántico nuevo.

En segundo lugar, ¿quién debe cantar un cántico nuevo de alabanza al SEÑOR?

"Toda la tierra". Observemos el texto de hoy, el Salmo 98:4: "¡Aclamad con júbilo al Señor, toda la tierra; prorrumpid en cánticos, regocijaos y cantad alabanzas!". El pueblo de Israel, habiendo recibido la salvación mediante el gran amor y la fidelidad de Dios, debía alabarlo. No solo el pueblo de Israel, sino también nosotros debemos alabar a Dios con un cántico nuevo. Debemos alabar a Dios por la gracia de la salvación que nos ha otorgado. Dios, quien eligió al pueblo de Israel por amor y le prometió la salvación en la era del Antiguo Testamento, cumplió fielmente esa promesa y llevó a cabo la obra de salvación. En la era del Nuevo

Testamento, esa obra de salvación se ha hecho realidad entre todas las naciones hasta los confines de la tierra (versículo 3) (Park Yun-sun). Por lo tanto, todas las naciones que disfrutan de la gracia de la salvación mediante la misericordia y la fidelidad de Dios deben alabarlo con un cántico nuevo. El salmista declara que no solo todas las naciones, sino también toda la creación, deben alabar a Dios con un cántico nuevo: «¡Retumbe el mar y todo lo que contiene, el mundo y sus habitantes! ¡Que aplaudan los ríos y que a una canten de alegría los montes delante del Señor!» (versículos 7-8). Es una exhortación para que «el mar y todo lo que contiene», «el mundo y sus habitantes», así como «los ríos» y «los montes», alaben a Dios juntos. Dado que la obra redentora de Jesucristo resulta en la renovación de toda la creación —y no solo del pueblo elegido por Dios—, toda la creación debe también alabar a Dios con un cántico nuevo. Consideremos Romanos 8:21: «que la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción para alcanzar la libertad gloriosa de los hijos de Dios». La creación misma —al igual que tú y yo, que somos hijos de Dios— anhela ser liberada de su esclavitud a la decadencia y aguarda ese momento. Por tanto, la creación también debe ofrecer una alabanza gozosa, llena de expectación y esperanza.

En tercer lugar, ¿cómo hemos de cantar un cántico nuevo de alabanza al SEÑOR?

(1) Debemos alabar al SEÑOR con alegría.

Observemos los versículos 4, 6 y 8 del Salmo 98: «¡Aclamen con júbilo al SEÑOR, toda la tierra; prorrumpan en cantos de alegría y música!» (v. 4); «¡aclamen con júbilo ante el SEÑOR, el Rey, con trompetas y al son del cuerno de carnero!» (v. 6); «¡que aplaudan los ríos y que a una canten de alegría los montes delante del SEÑOR!» (v. 8). Cuando nos unimos a toda la creación para cantar un cántico nuevo al SEÑOR Dios, debemos hacerlo con alegría. La razón de ello es la redención que Dios nos ha otorgado a través de Jesucristo. En particular, puesto que poseemos el gozo de la salvación, debemos ofrecer a Dios una alabanza gozosa, arraigada precisamente en ese gozo.

(2) Debemos alabar al SEÑOR utilizando instrumentos musicales. Observemos los versículos 5 y 6 del Salmo 98: «Cantad salmos al Señor con el arpa, con el arpa y voz de cántico; con trompetas y sonido de bocina, aclamad delante del Señor, el Rey». Así como el salmista nos exhorta a alabar a Dios con el arpa, las trompetas, las bocinas y nuestras voces, nosotros también debemos utilizar con alegría toda clase de instrumentos musicales para alabarlo siempre que reflexionemos sobre la gracia de la salvación divina. A principios de este año, asistí a los funerales de la difunta señora Jang Eul-su y del difunto reverendo Kim Chang-hyuk; en ambos servicios cantamos el himno número 40, «Cuán grande es Él», un himno que ellos amaron y disfrutaron cantar a lo largo de sus vidas. Fueron personas que alabaron la grandeza y la majestad del Señor hasta su último aliento. Recuerdo haberlos visto conmovidos hasta las lágrimas de gratitud y asombro ante la gracia salvadora que Dios les había otorgado. También recuerdo cuando recitaban el Salmo 23, comenzando con «El Señor es mi pastor; nada me faltará» y concluyendo con «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días». Sus últimos momentos en esta tierra fueron verdaderamente hermosos, marcados por la alabanza a la grandeza y majestad del Señor. Al igual que ellos, yo también deseo vivir una vida que alabe la grandeza y majestad del Señor antes de llegar finalmente a estar en su presencia.

La Iglesia bajo el gobierno de Dios

[Salmo 99]

«Los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas» (Salmo 126:5-6). Mientras el pueblo de Israel vivía en cautiverio en Babilonia, soportó penalidades y superó adversidades mientras se esforzaba por mantener su fe en medio de las lágrimas. En respuesta, Dios les otorgó la gracia de la salvación, permitiéndoles regresar a Jerusalén y regalándoles el gozo de la liberación. Por consiguiente, al regresar, los israelitas confesaron: «Parecía un sueño» (v. 1). Experimentaron una obra de salvación divina que superaba toda expectativa o imaginación. Al meditar en este pasaje, recordé la importancia vital de la esperanza. Me sentí desafiado a comprender que nosotros, como creyentes, debemos seguir soñando y mirando al Señor —nuestra verdadera esperanza— incluso cuando enfrentamos dificultades tan graves que queremos rendirnos, o cuando nos vemos abrumados por el desánimo y la desesperación. Al reflexionar sobre la verdad de que Dios nunca se rinde con nosotros —y de hecho, *no puede* rendirse con nosotros—, aun cuando podamos sentirnos tentados a abandonarnos a nosotros mismos, a nuestras familias, nuestros trabajos, nuestros negocios, nuestras iglesias o la sociedad, me siento inspirado a soñar en el Señor. Por eso oramos, tenemos expectativas y aguardamos.

Recibí el mensaje del Salmo 126 pensando específicamente en nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri. Oro por el futuro de la Iglesia Presbiteriana Seungri, tengo expectativas sobre él y aguardo con esperanza lo que ha de venir. Por muy profundo que sea el desánimo o la desesperación, deseo seguir soñando en el Señor. Sigo soñando con levantar y enviar

líderes que posean una visión centrada en Cristo —líderes como los 300 guerreros de Gedeón— para hacer avanzar el Reino de Dios. Me viene a la mente la primera estrofa y el coro del himno 542: «Señor, te vi en sueños anoche; por favor, haz realidad ese sueño. Revélamelo en visiones de noche y de día, y concédeme siempre tu gracia. (Coro) Creo verdaderamente que este sueño maravilloso es señal de la gran gracia que recibiré; mi sueño maravilloso seguramente se cumplirá, y contemplaré el rostro del Señor».

Como alguien que sueña, al meditar hoy en el Salmo 99:1–9, me puse a reflexionar sobre qué clase de iglesia debería ser la nuestra. Al igual que meditamos anteriormente en los Salmos 93 y 97, mi oración para la Iglesia Presbiteriana Victory en el pasaje de hoy —el Salmo 99— es que Dios reine sobre nuestra congregación. Hoy, bajo el título «Una iglesia bajo el gobierno de Dios», deseo compartir tres lecciones sobre la naturaleza de tal iglesia y, luego, orar juntos por nuestra iglesia.

En primer lugar, una iglesia bajo el gobierno de Dios se caracteriza por el temor reverente, la alabanza y la adoración.

Observemos los versículos 1, 3, 5 y 9 del Salmo 99: «¡El Señor reina; tiemblen los pueblos! Él está entronizado sobre los querubines; ¡que la tierra se conmueva! … ¡Que alaben tu nombre grande y temible! ¡Santo es Él! … ¡Exaltad al Señor nuestro Dios y adorad ante el estrado de sus pies! ¡Santo es Él! … ¡Exaltad al Señor nuestro Dios y adorad en su monte santo; porque el Señor nuestro Dios es santo!». El salmista declara que, debido a que Dios reina, todos los pueblos temblarán y la tierra se estremecerá. Esto se debe al nombre grande y temible del Señor. En otras palabras, puesto que Dios es santo, debemos alabarlo y adorarlo con temor y temblor. Esta es la esencia de una iglesia que exalta a Dios. Cuando el pastor fundador de nuestra iglesia estableció la Iglesia Presbiteriana Victory, fijó tres objetivos principales: (1) una iglesia que acoge al Señor, (2) una iglesia que se asemeja al Señor y (3) una iglesia que exalta (se gloría en) el Señor. A la luz del texto de hoy, ser una iglesia que exalta al Señor significa alabarlo y adorarlo con temor y temblor ante el Dios

santo. Como seres creados, debemos reverenciar, alabar y adorar al Creador: el Dios santo y exaltado. Este es el deber propio de todos los seres creados.

Sin embargo, en la época en que vivimos, la gente cambia la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las cosas creadas en lugar de al Creador (Romanos 1:25). No hay reverencia hacia Dios ni temor ante el Dios santo. En consecuencia, las personas cometen el pecado de cambiar la verdad de Dios por la falsedad y adorar a las cosas creadas. Este mundo pecaminoso, que rechaza la soberanía de Dios, comete graves pecados contra el Dios santo sin temor ni temblor alguno. Lo mismo se aplica a ciertos grupos religiosos; cometen un gran pecado contra Dios al deificar y adorar a sus líderes. Incluso dentro de la iglesia, jamás debe ocurrir el pecado de exaltarse y adorarse a uno mismo —en lugar de adorar y exaltar a Dios, el Creador—. En otras palabras, dado que la iglesia está bajo el gobierno de Dios, debe exaltar únicamente a Dios con temor y temblor, y ofrecerle la alabanza y adoración que Él merece.

En segundo lugar, el poder de una iglesia gobernada por Dios reside en su amor por la justicia.

Consideremos el Salmo 99:4: «El poder del Rey ama la justicia; Tú has establecido la equidad; Tú has ejecutado justicia y rectitud en Jacob». El salmista declara: «El poder del Rey ama la justicia». Este pasaje nos enseña la profunda verdad de que la justicia misma es poder (Park Yun-sun). Al aplicarlo a la iglesia, la fuente de su fortaleza no es otra que el amor por la justicia; de hecho, amar la justicia constituye el verdadero poder y la capacidad de nuestra iglesia. En muchos aspectos, la razón por la que la iglesia parece carecer de poder e ineficaz ante el mundo actual es su falta de amor por la justicia, su incapacidad para establecer la equidad y su falta de práctica de la justicia y la rectitud. Si nosotros, como creyentes que vivimos en este mundo perverso, no practicamos la justicia y la rectitud, ya hemos perdido nuestro poder como cristianos. En consecuencia, somos incapaces de

ejercer una influencia positiva en el mundo. La causa fundamental de esta pérdida de influencia es nuestra falta de amor y práctica de la justicia de Dios.

Nuestro Señor tiene expectativas específicas para nuestra iglesia. Observemos Miqueas 7:8: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, ¿y qué pide Jehová de ti sino hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios?». Dios, quien gobierna sobre nosotros, solo requiere que actuemos con justicia, amemos la misericordia y caminemos humildemente con Él. Por tanto, en obediencia a lo que el Señor demanda, debemos convertirnos en una iglesia que actúa con justicia, ama la misericordia y camina humildemente con Dios. En particular, basándome en el texto de hoy, oro para que nuestra iglesia —al amar y practicar la justicia de Dios— vea al Señor establecer firmemente la equidad en medio de nosotros y a través de nuestro ministerio.

En tercer lugar, una iglesia bajo el gobierno de Dios es una iglesia de oración.

Observemos el Salmo 99:6: «Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocaron su nombre; invocaban a Jehová, y él les respondía». Aquí, el salmista presenta tres figuras ejemplares que representan a la iglesia del Antiguo Testamento —Moisés, Aarón y Samuel— y habla de la obra de Dios a través de ellos. En otras palabras, expone los principios del ministerio de la iglesia de Dios (Park Yun-sun). Ese principio no es otro que la oración. Moisés, Aarón y Samuel fueron hombres de oración que intercedieron por la iglesia. También fueron personas que recibieron de Dios respuestas a sus oraciones (Éxodo 17:11; Números 16:43; 1 Samuel 7:8–9; 9:12) (Park Yun-sun). Un detalle interesante es que, en los versículos 7 y 8 del texto de hoy, el salmista señala uno o dos requisitos para recibir respuesta a la oración:

(1) Para recibir respuesta a la oración, es necesario guardar la palabra de Dios.

Observemos el Salmo 99:7: «Él les hablaba en la columna de nube; guardaban sus testimonios y el estatuto que les había dado». El creyente que vive bajo el gobierno de Dios escucha la palabra divina y la obedece. En consecuencia, es capaz de ejercer un juicio justo y practicar la justicia. El salmista nos enseña que Dios responde a las oraciones de tales creyentes. (2) Para recibir respuesta a la oración, es necesario recibir el perdón de los pecados. Observemos el texto de hoy, el Salmo 99:8: «Oh Señor, Dios nuestro, tú les respondiste; fuiste para ellos un Dios que perdona, aunque te vengaste de sus obras». Nuestro Dios es un Dios de justicia; por tanto, nos disciplina por nuestros pecados. Sin embargo, también es un Dios de amor; así pues, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, Él nos perdona.

Nuestra iglesia debe ser una iglesia gobernada por el mandato de Dios. Por consiguiente, debemos consagrarnos de todo corazón a la oración. La obra de la iglesia de Dios se lleva a cabo a través de aquellos que están plenamente comprometidos con la oración. En otras palabras, el Señor edifica su iglesia —su cuerpo— mediante personas de oración como Moisés, Aarón y Samuel. Tales personas de oración son aquellas que han recibido el perdón de sus pecados y guardan la Palabra de Dios. Oro para que el Señor nos establezca, a ti y a mí, como personas de oración capaces de edificar su iglesia. Una iglesia bajo el gobierno de Dios está llena de reverencia y temor santo, alabanza y adoración. Además, el poder de una iglesia gobernada por Dios reside en su amor por la justicia. Y una iglesia bajo el gobierno de Dios ora. Sueño con que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia victoriosa de esta índole.

¿Cómo debemos acercarnos a Dios?

[Salmo 100]

Durante el culto en inglés del domingo pasado, centrándome en Hechos 15:22–35, animé a la congregación a consolarse mutuamente a través de los encuentros que el Señor nos concede al transcurrir nuestra semana. Luego, el martes pasado, tras la reunión de oración matutina, desayuné y tomé café con un miembro del equipo pastoral y su esposa; mientras compartía con ellos, me vi recibiendo consuelo en lugar de ofrecérselo yo a ellos. En particular, cuando la esposa del pastor habló sobre la gracia abundante que Dios derrama sobre quienes viven una vida de fe *Coram Deo* (ante la presencia de Dios), nos regocijamos juntos y le dimos gracias a Él. ¿Cómo es, entonces, verdaderamente una vida de fe ante Dios? Una vida *Coram Deo* es una vida vivida en la presencia de Dios. Arraigada en una mentalidad centrada en Dios, nos permite, en última instancia, vivir sin pizca de vergüenza ante Él. Cuando vivimos de esta manera —sin vergüenza ante Dios—, nuestros corazones quedan libres al acercarnos a Él para ofrecerle alabanza y adoración.

Hoy, centrándome en el Salmo 100, quisiera extraer tres lecciones del texto que responden a la pregunta: «¿Cómo debemos acercarnos a Dios?».

En primer lugar, debemos acercarnos a Dios con acción de gracias.

Observemos el Salmo 100:4: «Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; dadle gracias y bendecid su nombre». Cuando venimos a la casa del Señor para adorar, debemos entrar con un corazón agradecido. ¿Por qué debemos entrar en el

santuario con un corazón agradecido para ofrecer alabanza y adoración a Dios? El salmista explica la razón de la siguiente manera: «Porque el Señor es bueno; para siempre es su misericordia, y su fidelidad permanece por todas las generaciones» (v. 5). La razón por la que debemos acudir a la casa del Señor para adorar a Dios con acción de gracias es que Dios es bueno, y su misericordia y fidelidad hacia nosotros son eternas. En otras palabras, es porque Dios salva a su pueblo mediante las virtudes de la misericordia y la fidelidad. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dios no ama a Sus santos solo por un tiempo, para luego cambiar de parecer a mitad del camino. La vida de los santos también atraviesa diversos altibajos. Sus senderos pueden ser arduos en ocasiones y llanos en otras. Sin embargo, todas estas cosas obran para su bien; todas son expresiones del amoroso designio del Señor. Su cuidado fiel hacia nosotros se extiende a través de todas las generaciones». Al reflexionar sobre la gracia de la salvación que se nos ha concedido en Jesucristo, debemos subir a la casa del Señor con acción de gracias para adorar a Dios.

¿Cómo es en su caso? ¿Acude usted a la casa del Señor los domingos para adorar a Dios con un corazón agradecido? A menudo parece que Satanás nos tienta mientras nos dirigimos a la iglesia, tratando de impedir que siquiera pongamos un pie en el santuario y haciendo que regresemos a casa. Hay momentos en los que, tal vez debido a una discusión entre esposos, las personas terminan regresando a casa sin haber entrado jamás al santuario. Ciertamente, no es fácil acudir al santuario los domingos con un corazón agradecido. Puede haber ocasiones en las que usted llegue con la mente atribulada por diversas circunstancias, o entre al santuario con el corazón apesadumbrado, lleno de preocupación y ansiedad. No obstante, en el pasaje de hoy, el salmista nos exhorta a subir a la casa del Señor para adorar a Dios con un corazón lleno de gratitud. Subamos todos a la casa del Señor y adoremos a Dios con corazones rebosantes de gratitud, reflexionando sobre la gracia salvadora que Él nos ha otorgado a través de Jesucristo.

En segundo lugar, debemos acercarnos a Dios reconociendo quién es Él.

Observemos el Salmo 100:3: «Reconoced que Jehová es Dios. Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado». En esta época —caracterizada por una «hambre de oír la palabra de Jehová» (Amós 8:11)— somos testigos de la realidad verdaderamente trágica de personas que, a pesar de tener oídos, no pueden escuchar la voz del Señor. En particular, cuando nosotros, los pastores —al igual que los sacerdotes de Israel en los días de Oseas—, abandonamos el conocimiento de Dios y olvidamos Su ley (Su Palabra), el rebaño sufre; Como ovejas perdidas, están espiritualmente hambrientas y desnutridas, atormentadas por todos lados por las tentaciones de Satanás. En un momento así, debemos «conocer; esforcémonos por conocer al SEÑOR» (Oseas 6:3). Debemos crecer en el conocimiento de Jesús. Por tanto, al igual que el apóstol Pedro, cuando Jesús pregunta: «¿Quién decís que soy yo?» (Mateo 16:15), debemos ser creyentes que confiesan: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16). En el texto de hoy, el Salmo 100:3, el salmista nos exhorta: «Reconoced que el SEÑOR es Dios». Nos insta a reconocer que Dios es nuestro Creador, quien nos hizo, y también el Pastor que nos cuida. Por ello, nos dice que, puesto que somos «suyos», «su pueblo» y «las ovejas de su prado» (versículo 3), debemos reconocer al SEÑOR como nuestro Dios y, así, subir a la casa del Señor para ofrecerle alabanza y adoración.

En tercer y último lugar, debemos acercarnos a Dios con alegría.

Observemos el Salmo 100:1-2: «¡Aclamad con júbilo al SEÑOR, toda la tierra! Servid al SEÑOR con alegría; venid ante su presencia con cánticos». Cuando subimos a la casa del Señor para ofrecer alabanza y adoración, no solo debemos hacerlo con acción de gracias —reconociendo a Dios como Dios—, sino también con alegría. ¿Por qué debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con alegría? Podemos considerar tres razones: (1) Porque Dios nos ha salvado, debemos ofrecer alabanza y adoración movidos por el gozo de la salvación que hay en nosotros. (2) Porque nuestro Dios se regocija sobre nosotros con cánticos (Sofonías 3:17), nosotros también debemos ofrecer alabanza y adoración llenos del gozo de

Dios. (3) Debemos ofrecer alabanza y adoración con alegría porque nuestro Dios mismo es nuestra alegría.

Esta mañana temprano, vi en sueños al difunto pastor Kim Chang-hyuk. Recuerdo vívidamente que decía: «No estaré aquí para siempre». Al mismo tiempo, vi cómo las ramas de los árboles desaparecían gradualmente, una a una, mientras se rociaba agua sobre ellas. Después, mis familiares se reunieron alrededor de mi padre para cantar algunos himnos; cantábamos el himno 544, «Mientras vivo en este mundo por un tiempo», cuando desperté. Así pues, durante el servicio de oración de esta mañana, mientras cantaba este himno a Dios, pensé en el pastor y en los hermanos en la fe que ya han partido al cielo. Mi oración es que, mientras vivimos nuestros días en la tierra —cantando alabanzas continuamente—, podamos finalmente entrar en la gloriosa presencia de Dios cuando llegue el final y el Señor nos llame a casa.

(Estrofa 4) «Anhelo el día libre de suspiros y de muerte, y aguardo; cuando contemple al Señor que tanto he deseado, mi gozo rebosará»; (Estribillo) «Entraré por las puertas abiertas del cielo, dejaré las cargas de este mundo, recibiré una corona resplandeciente y reinaré con el Señor».

Oro para que, hasta mi último aliento, pueda dar gracias al Dios de mi salvación y —lleno de gozo— ofrecerle mi alabanza y adoración al ir a Su encuentro.

El rey ideal y su pueblo ideal

[Salmo 101]

Presté mucha atención cuando el Dr. James Dobson, una figura destacada del evangelicalismo estadounidense, apareció en las noticias de televisión esta semana. Comentó sobre el senador Obama, candidato presidencial demócrata, señalando que este sostenía una "teología confusa". Sin embargo, esto no significaba que el Dr. Dobson tuviera la intención de votar por el candidato republicano, el senador John McCain; al parecer, no votaría por ninguno de los dos. Creo que esto refleja su opinión de que, al examinarlos bajo una óptica bíblica, ninguno de estos candidatos cristianos es apto para la presidencia.

Ya han pasado cuatro años. El 13 de marzo de 2004 —tras el servicio de oración del amanecer de aquel sábado— recibí noticias de mi país natal: el presidente Roh Moo-hyun había sido sometido a un proceso de destitución (*impeachment*). Medité en las palabras de 1 Samuel 15:23: "Por cuanto desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey". A través de este versículo, reflexioné sobre la destitución desde una perspectiva bíblica. Mientras meditaba en la historia del rey Saúl —quien fue desechado—, hallé consuelo en el hecho de que, aunque Saúl fue apartado en un tiempo de sufrimiento y crisis, también estaba el rey David —levantado en esa misma época—, un hombre conforme al corazón de Dios. ¡Qué impacto debió suponer para toda la nación ver a su rey rechazado! Sin embargo, Dios ya estaba preparando a otra persona. Cuando me pregunto por qué el rey David era un hombre conforme al corazón de Dios, me vienen a la mente las célebres palabras de 1 Samuel 15:22: "Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención mejor que la grosura de los carneros". El mensaje es que un

rey conforme al corazón de Dios es aquel que escucha y obedece la palabra de Dios. En aquel entonces, concluí mi meditación con una oración ferviente para que Dios levantara para Corea un "rey" (presidente) que fuera conforme a Su corazón. Cuatro años más tarde, sin embargo, fuimos testigos de protestas masivas con velas en nuestra patria —desencadenadas por exigencias de renegociar los acuerdos de importación de carne de res— poco después de que un anciano de la iglesia asumiera la presidencia. Al seguir los acontecimientos en línea, leí también diversas críticas dirigidas al presidente. Más tarde, conocí a otro cristiano que compartía la opinión de que el presidente podría haber actuado por arrogancia. En medio de opiniones tan diversas, es probable que cada uno de nosotros tenga sus propios pensamientos, no solo sobre el presidente de nuestra propia nación, sino también sobre el actual presidente de los Estados Unidos y los candidatos que compiten en las próximas elecciones de noviembre. Por un momento, quisiera que dejáramos esos pensamientos a un lado. En su lugar, centrándonos en el Salmo 101:1-8, quiero que reflexionemos sobre la naturaleza de un rey ideal y consideremos también lo que la Biblia nos enseña acerca de las personas ideales.

En primer lugar, consideremos: ¿qué define exactamente a un rey ideal? Un rey ideal posee un corazón perfecto. En consecuencia, camina con cuidado por la senda de la integridad. Observemos el Salmo 101:2 en el texto de hoy: «Me esforzaré por llevar una vida intachable; ¿cuándo vendrás a mí? Gobernaré mi casa con un corazón íntegro». ¿Qué clase de corazón es este «corazón perfecto» —descrito como un «corazón intachable» (NIV) o un corazón de «integridad» (NASB)— que caracteriza a un rey ideal?

En primer lugar, el corazón de un rey ideal es aquel que valora la misericordia y la justicia. Observemos el Salmo 101:1: «Cantaré a la misericordia y a la justicia; a ti, oh Señor, cantaré alabanzas». La misericordia y la justicia son esenciales cuando un rey gobierna una nación y a su pueblo. Como las dos caras de una moneda, estas dos cualidades son elementos absolutamente necesarios para un rey que gobierna a sus súbditos. ¿Qué sucede si falta la misericordia o la justicia? La misericordia sin justicia conduce a la debilidad, mientras que

la justicia sin misericordia degenera en tiranía (Park Yun-sun). El rey David, el salmista, gobernó al pueblo de Israel con la misericordia y la justicia de Dios.

En segundo lugar, el corazón perfecto de un rey ideal es un corazón humilde.

Observemos el Salmo 101:3: «No pondré nada malvado ante mis ojos; aborrezco la obra de los que se apartan; no se adherirá a mí». Aquí, el término «cosa malvada» se refiere a la «maldad de la apostasía». Quienes ostentan el poder fácilmente se vuelven arrogantes, lo que puede llevarlos a apartarse de la verdad y caer en la corrupción (Park Yun-sun). Sin embargo, David mantuvo su corazón humilde ante Dios y aborreció la maldad de la apostasía. Rechazó firmemente la apostasía misma. Amaba lo que debía ser amado y aborrecía lo que debía ser aborrecido; específicamente, amaba la misericordia y la justicia, mientras aborrecía la maldad de la apostasía.

En tercer lugar, el corazón perfecto de un rey ideal rechaza el corazón perverso.

Observemos el Salmo 101:4: «Corazón perverso se apartará de mí; no conoceré la maldad». Aquí, un «corazón perverso» se refiere a un corazón engañoso: una vida en la que la apariencia externa difiere de la realidad interior (Park Yun-sun). En otras palabras, un «corazón perverso» alude a la hipocresía. David rechazaba tal hipocresía, ese corazón perverso. Un rey que actúa de esta manera es capaz de discernir y apartar a los cortesanos traicioneros (Park Yun-sun). Un rey ideal no alberga un corazón engañoso; jamás lleva una vida en la que sus acciones externas difieran de su ser interior. El rey David fue un rey ideal que despreciaba y rechazaba la hipocresía.

Al reflexionar sobre el rey ideal —David, el salmista— a la luz del pasaje de hoy, también contemplé la figura del presidente ideal. Un presidente ideal ama al pueblo de la nación que gobierna. Si alguien practica únicamente la justicia sin amor, inevitablemente se convierte en un presidente tiránico. Por tanto, un presidente ideal no solo ama al pueblo, sino que

también administra justicia entre ellos. El amor desprovisto de justicia deriva inevitablemente en debilidad; tal amor es desequilibrado y defectuoso. Así, un presidente ideal armoniza el amor y la justicia, gobernando eficazmente al pueblo que Dios le ha confiado. Un presidente ideal sirve al pueblo con humildad. Jamás abusa de su autoridad simplemente por ostentar el poder, ni comete actos malvados nacidos de la arrogancia. Un presidente ideal rechaza la hipocresía y mantiene a distancia a las personas engañosas; nunca mantiene a funcionarios hipócritas en su círculo íntimo.

A continuación, quisiera considerar: «¿Qué clase de personas constituyen los súbditos ideales de un rey ideal?». En resumen, los súbditos ideales también recorren el camino de la integridad. Observemos la segunda parte del Salmo 101:6 en el texto de hoy: «...el que anda en integridad, ese me servirá». Podemos entender este «andar en integridad» de unas cinco maneras:

En primer lugar, los súbditos ideales aman a su prójimo. Miremos la primera parte del Salmo 101:5: «Al que solapadamente calumnia a su prójimo, lo destruiré...». Aquí, la expresión «el que solapadamente calumnia a su prójimo» se refiere a «aquel que hace daño a otros mediante comentarios maliciosos y ocultos» (Park Yun-sun). Si un gobierno alberga a muchas personas así, estas actúan como funcionarios traicioneros que perjudican a los súbditos leales. El rey David, el salmista, declara que un rey ideal destruye a tales individuos. De este pasaje podemos inferir que los ciudadanos ideales no son aquellos que dañan a los demás, sino los que los aman.

En segundo lugar, los ciudadanos ideales son personas humildes.

Observemos la segunda parte del Salmo 101:5: «...Al de ojos altaneros y corazón soberbio, no lo toleraré». Un rey ideal jamás tolera a los arrogantes. Si una persona arrogante se involucra en los asuntos del Estado, puede abusar del pueblo con una actitud de desprecio hacia los demás y, movida únicamente por el deseo de alcanzar una posición elevada,

terminar conspirando para cometer traición (Park Yun-sun). Por tanto, un rey ideal requiere ciudadanos ideales: es decir, personas humildes.

En tercer lugar, los ciudadanos ideales son personas fieles.

Observemos el Salmo 101:6: «Mis ojos estarán sobre los fieles de la tierra, para que habiten conmigo; el que anda en integridad, ese me servirá». Un rey ideal examina la tierra en busca de los fieles y los nombra sus servidores para que le asistan. Esto se debe a que un rey ideal necesita colaboradores fieles, no engañosos. Trabajadores fieles y sinceros deben servir al rey ideal. La fidelidad es lo que se exige de aquellos a quienes se les ha encomendado una tarea (1 Corintios 4:2). Cuando tales servidores fieles y leales están junto a un presidente ideal, la nación goza de paz y prosperidad.

En cuarto lugar, los ciudadanos ideales son personas veraces.

Observemos el Salmo 101:7: «No habitará en mi casa quien practique el engaño; no permanecerá ante mis ojos quien profiera mentiras». Un mentiroso no puede permanecer ante un rey justo; solo quienes dicen la verdad pueden estar allí. Aquellos que profieren mentiras con labios engañosos no son, en absoluto, ciudadanos ideales. Debemos proteger nuestros corazones para no volvernos tortuosos. Debemos ser honestos. Y debemos decir la verdad desde un corazón sincero.

En quinto lugar, los ciudadanos ideales no cometen el mal.

Observemos el Salmo 101:8: «Cada mañana destruiré a todos los impíos de la tierra, y extirparé de la ciudad del Señor a todos los malhechores». Puesto que un rey ideal es justo, nunca permanece impasible mientras se comete el mal; por el contrario, juzga y castiga a los malhechores. Un rey ideal así requiere ciudadanos ideales: personas que no cometan el mal.

Un presidente ideal requiere ciudadanos ideales. Los ciudadanos ideales transitan por el camino de la integridad. Quienes siguen este camino aman a su prójimo y son humildes, fieles y veraces; además, no cometen actos de maldad.

Esta semana recibí noticias inquietantes desde Zimbabue sobre las próximas elecciones presidenciales: partidarios del presidente en ejercicio cortaban las manos a los seguidores de la oposición, los golpeaban e incluso violaban y asesinaban a mujeres. Esto me lleva a preguntarme si realmente existe un presidente ideal en este mundo: un presidente que, al igual que David, posea un corazón íntegro y camine por la senda de la rectitud. Tales realidades trágicas de nuestro mundo se reflejan claramente también en la historia del antiguo Israel. Desde el rey Saúl en adelante, vemos que todos los reyes de Israel pecaron; incluso David transgredió. No hubo ni un solo rey perfecto entre ellos. La razón de esto es que todos estos reyes imperfectos apuntaban hacia Jesús, el Rey de reyes. Jesús es el Rey de reyes. Él es el Rey que gobierna el Reino de Dios con amor, misericordia y justicia. Es un Rey humilde, en quien no hay rastro de un corazón perverso. ¿Cómo debemos comportarnos, entonces, nosotros —ciudadanos del Reino de los Cielos bajo el gobierno del Rey Jesús—? La Escritura de hoy nos enseña que, conforme a los mandamientos de Jesús, debemos amar a nuestro prójimo y ser humildes, fieles y veraces, apartándonos de la maldad. Oro para que nosotros, ciudadanos del cielo que servimos al Rey Jesús —perfecto e ideal—, nos consolidemos cada vez más como personas que caminan por el camino de la integridad con un corazón perfecto, tal como Él lo hace.

Cristianos que recorren el camino de la integridad con un corazón íntegro

«Prestaré atención al camino de la integridad: ¿cuándo vendrás a mí? Caminaré en mi casa con un corazón íntegro» (Salmo 101:2).

La gente observa el camino que recorremos. Nuestros familiares, en particular, prestan mucha atención a nuestra forma de vivir. Sin embargo, a menudo no perciben nuestro corazón; no pueden ver lo que hay en su interior. Si a nosotros mismos nos cuesta ver verdaderamente nuestro propio corazón, ¿cómo podrían otros percibirlo? Al fin y al cabo, son corazones que siguen siendo algo misterioso incluso para nosotros mismos. Dios, en cambio, ve nuestros corazones con claridad; los conoce íntimamente. Por consiguiente, los cristianos que viven su fe ante Dios centran su vida en el corazón que Dios ve. Aspiran a imitar el corazón del Señor y se esfuerzan por obedecer su Palabra con ese mismo espíritu. En cambio, los cristianos que simplemente mantienen una fachada religiosa ante los demás se centran en la conducta externa que la gente puede ver. Como resultado, aunque sus corazones no se asemejen realmente al corazón de Jesús, su comportamiento externo parece reflejar su imagen ante los demás. Reciben elogios e incluso respeto de la gente. Quizás, cuando recibieron tales elogios por primera vez, sintieron remordimientos y angustia interior. Sin embargo, al no arrepentirse, ni reorientar su corazón, ni buscar una vida de fe genuina ante Dios, siguieron viviendo pendientes de los demás, esforzándose por mantener una vida que les granjeara elogios y respeto humanos. Al persistir este patrón, terminaron simplemente imitando una vida de fe justa por pura apariencia. Con el tiempo,

al igual que los fariseos, honran a Dios con los labios, pero su corazón está lejos de Él (Mateo 15:8). ¿Dónde ponemos, pues, nuestra atención al vivir nuestra vida? ¿En Dios o en las personas? ¿En el corazón o en las acciones externas?

En el Salmo 101:2, el salmista David declara: «Prestaré atención al camino irreprochable» y «caminaré en mi casa con integridad de corazón». Al reflexionar sobre este pasaje, titulé esta meditación: «Cristianos que recorren el camino irreprochable con un corazón irreprochable». Sin embargo, tras elegir este título, me di cuenta de que a los lectores podría costarles aceptar los conceptos de un "corazón irreprensible" y un "camino irreprensible". Esto se debe a que, por lo general, creemos que nadie en este mundo es capaz de poseer un corazón verdaderamente irreprensible ni de recorrer un camino irreprensible. No obstante, creemos que solo Jesús —como el ser humano perfecto y sin pecado— caminó por esta tierra con un corazón y un camino irreprensibles. Por tanto, como discípulos suyos, los cristianos tenemos el deber de imitar el corazón y la vida irreprensibles de Jesús. Cabe señalar que el "corazón irreprensible" y el "camino irreprensible" de los que habla David en este pasaje se refieren a un corazón y una vida libres de mancha. En otras palabras, se nos enseña que debemos llegar a ser cristianos irreprensibles. A medida que crecemos en la fe, debemos ser cada vez más irreprensibles. Aunque tal vez no alcancemos la perfección absoluta mientras estemos en esta tierra, debemos avanzar hacia esa meta. Para lograrlo, primero debemos buscar un corazón sin mancha. La razón por la que debemos dar prioridad al corazón sobre nuestra conducta es que nuestras acciones deben fluir naturalmente del corazón. Al buscar un corazón sin mancha, una conducta intachable debería expresarse naturalmente desde ese mismo corazón. Entonces, ¿qué clase de corazón es un corazón sin mancha?

En primer lugar, un corazón sin mancha rechaza el corazón perverso.

Observemos el Salmo 101:4: «El corazón perverso se apartará de mí; no conoceré el mal». Aquí, un «corazón perverso» se refiere a un corazón engañoso: una vida en la que el ser

interior difiere de la apariencia externa (Park Yun-sun). En otras palabras, un corazón perverso es sinónimo de hipocresía. David rechazaba tal hipocresía, ese corazón perverso. También se mantenía alejado de quienes practicaban el engaño (versículo 7) y no permitía que los mentirosos permanecieran en su presencia (versículo 7). Así, David rechazaba las malas obras; buscaba destruir a todos los impíos y apartar a todos los malhechores de la ciudad de Dios (versículo 8).

Como cristianos que aspiramos a un corazón perfecto y sin mancha, debemos rechazar el corazón perverso. Es decir, debemos rechazar el corazón engañoso y la hipocresía; No debemos llevar una vida en la que nuestro ser interior difiera de nuestras acciones externas. Debemos rechazar la falsedad y las malas obras. Apartándonos de los corazones perversos y engañosos, debemos vivir una vida que rechace la hipocresía y el mal. Debemos acercarnos a las buenas obras con un corazón sincero. Como quienes buscan un corazón perfecto e intachable, debemos vivir haciendo el bien con sinceridad.

En segundo lugar, un corazón sin mancha no tolera un corazón soberbio.

Observemos el Salmo 101:5: «Al que solapadamente calumnia a su prójimo, lo destruiré; no soportaré al de ojos altivos y corazón soberbio». El rey David no toleraba a aquellos de ojos altivos y corazón soberbio. Si él, como rey, hubiera tolerado a tales individuos, estos podrían haberse entrometido en los asuntos del Estado; impulsados por un desprecio arrogante hacia los demás, habrían oprimido al pueblo y buscado únicamente altos cargos, llegando incluso a conspirar para cometer traición (Park Yun-sun). Tales individuos soberbios son precisamente quienes «calumnian solapadamente a su prójimo». En otras palabras, los soberbios son aquellos que «dañan a otros mediante propaganda maliciosa encubierta» (Park Yun-sun). El rey David no solo se negó a tolerar a estas figuras soberbias y traicioneras, sino que también las destruyó.

Como cristianos que buscan un corazón intachable y perfecto, nunca debemos tolerar un corazón soberbio. Tampoco debemos tolerar a los soberbios. Además, nunca debemos calumniar solapadamente a nuestro prójimo, ni tolerar a quienes lo hacen. La razón es que, cuando el Señor nos llamó, no lo hizo para dañar a nuestro prójimo, sino para amarlo. Por tanto, debemos amar a nuestro prójimo con un corazón humilde. En nuestra búsqueda de un corazón intachable y perfecto, debemos vivir considerando a nuestro prójimo como superior a nosotros mismos y velando por sus intereses con humildad (Filipenses 2:3–4).

En tercer lugar, un corazón intachable es un corazón fiel. Consideremos el Salmo 101:6: «Mis ojos estarán sobre los fieles de la tierra, para que habiten conmigo; el que camina en integridad me servirá». El rey David examinaba a su pueblo y no solo se mantenía alejado de aquellos con corazones malvados o arrogantes, sino que también aborrecía las obras de los infieles (versículo 3). En cambio, él atrajo hacia sí a los fieles y los designó para servirle (versículo 6). Lo hizo porque necesitaba siervos fieles, no personas engañosas o arrogantes; eligió a quienes caminaban en integridad para que le sirvieran (versículo 6).

Como cristianos que aspiran a tener un corazón perfecto e irreprensible, debemos aborrecer las obras de los infieles y amar las acciones de los fieles. Para ello, nuestros propios corazones deben volverse fieles primero, y debemos permanecer leales a nuestro Señor. Al fin y al cabo, lo que se requiere de un administrador es fidelidad (1 Corintios 4:2). Debemos ser fieles incluso en lo más pequeño (Lucas 16:10); al hacerlo, nos capacitamos para ser fieles también en asuntos mayores (versículo 10). Debemos permanecer fieles al Señor hasta la muerte (Apocalipsis 2:10). Mi oración es que, cuando estemos ante el Señor, todos podamos oírle decir: «Bien, buen siervo y fiel».

La oración del desvalido

[Salmo 102]

Durante el estudio bíblico de la Zona 1 el domingo pasado —mientras abordábamos la Lección 3 de la serie "Guerra Espiritual", titulada "Cómo afrontar las tentaciones internas"—, un participante compartió las palabras de Mateo 5:3: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Al compartir este versículo, habló de la lección de que debemos vaciar nuestros corazones. Al considerar las tentaciones internas, creo que no logramos deshacernos de ellas precisamente porque no hemos vaciado nuestros corazones. Por ejemplo, hoy almorcé con el pastor Gómez, nuestro pastor del ministerio hispano, y conversamos sobre las tentaciones internas que los líderes pueden enfrentar en el campo misionero. Estas tentaciones internas son el orgullo y la codicia. ¿Cuál es la raíz del problema? Es no vaciar el propio corazón. ¿Cómo está tu corazón? Examinemos nuestro interior. ¿Qué lo llena? ¿El amor del Señor, o el odio y la envidia? ¿La humildad o el orgullo? ¿Está lleno de la Palabra de Dios? Y así sucesivamente. Al reflexionar sobre el pasaje de hoy, el Salmo 102, personalmente comprendí la necesidad de la pobreza espiritual. En otras palabras, sentí que necesito tener hambre: tener un corazón que anhele escuchar la Palabra de Dios. Quiero escuchar, aprender y meditar en la Palabra de Dios con un espíritu pobre. También quiero clamar a Dios con un espíritu pobre. En última instancia, quiero llenar mi corazón con la Palabra de Dios.

En el Salmo 102:17, el salmista declara: "El SEÑOR ha atendido la oración del desvalido y no ha despreciado su oración". Hoy, centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre

dos puntos bajo el título "La oración del afligido": primero, quiénes son los "afligidos" y, segundo, la naturaleza de la oración del "afligido".

Primero, ¿quiénes son los "afligidos"?

El término se refiere a los "santos que sufren" (Park Yun-sun). En el Salmo 41, sobre el cual ya hemos meditado, aparece la expresión "el débil" (versículo 1). Allí, el término se refiere a «los indigentes (Éxodo 30:15), los enfermos (Génesis 41:19) y los pusilánimes (2 Samuel 13:4)» (Park Yun-sun). Al considerar todos estos significados en conjunto, el «empobrecido» se refiere a cualquier persona que sufre bajo la disciplina de Dios (Calvino). Este término se traduce como «los desvalidos»: aquellos incapaces de ayudarse a sí mismos o que carecen de poder. En otros pasajes bíblicos, la palabra hebrea correspondiente se traduce como «pobre» o «débil». Se refiere a una persona abatida por la pobreza económica, alguien en una condición humilde y, por tanto, vulnerable a la opresión. 1 Tesalonicenses 5:14 describe a tales individuos como «los tímidos» y «los débiles». Este «empobrecido» es semejante al «indigente» mencionado en el Salmo 102:17; ambos términos se refieren a quienes sufren bajo la disciplina de Dios. Es este salmista indigente quien eleva una oración ferviente a Dios en el pasaje de hoy.

¿Qué clase de sufrimiento llevó a esta persona indigente a orar con tanto fervor a Dios? Aunque se desconoce el autor de este salmo, es seguro que fue compuesto durante el exilio babilónico, reflejando un anhelo por la restauración de Jerusalén (Park Yun-sun). En otras palabras, el sufrimiento descrito por el salmista se refiere a la angustia padecida durante el cautiverio en Babilonia. Debido a este sufrimiento, el cuerpo del indigente se consumía (versículo 3) y su corazón se marchitaba como la hierba (versículo 4). Además, se encontraba en un estado de profunda soledad… …existía (versículos 6–9). El «mochuelo del desierto» y el «búho» mencionados en el versículo 6 simbolizan la soledad; dicho de otro modo, el creyente a menudo experimenta soledad (versículo 7) (Park Yun-sun). Aprovechándose de esta intensa soledad y angustia, los enemigos se abalanzaron sobre el

salmista, quien ya se encontraba desvalido. Fue un caso de sufrimiento agravado por adversidades adicionales (Park Yun-sun). En medio de tal sufrimiento, el salmista describe la mayor fuente de su dolor en el versículo 10: «A causa de tu indignación y de tu ira; pues me has levantado y me has arrojado lejos». El salmista, en el pasaje de hoy, comprendía que el pueblo de Israel sufría el cautiverio en Babilonia debido a la ira de Dios. La causa, por supuesto, eran los pecados cometidos por el propio pueblo de Israel.

¿Acaso no nos encontramos nosotros también entre los afligidos? ¿No estamos sufriendo la disciplina de Dios a causa de nuestros propios pecados? ¿No se han marchitado nuestros cuerpos y mentes debido a este sufrimiento, dejándonos en un estado de aislamiento? Y en medio de esto, ¿no soportamos un dolor aún mayor a causa de aquellos que nos atormentan? Si usted se enfrenta a tal sufrimiento, esta es una oportunidad inmejorable para la oración. Al igual que el salmista afligido del pasaje de hoy, debemos buscar a Dios con sinceridad. Debemos elevarle oraciones fervientes.

En segundo lugar, ¿cuál era la naturaleza de la oración de «aquel que sufre»?

Podemos analizar esto desde dos perspectivas:

(1) El primer punto a considerar es la «postura de oración» que adopta el afligido.

En resumen, la postura de oración del afligido se caracteriza por la certeza de la salvación. Dicho de otro modo, el salmista oraba a Dios y se aferraba a la esperanza porque tenía la certeza de que Dios libraría al pueblo de Israel de su cautiverio en Babilonia. Esta es una «convicción» que proviene de Dios.

(a) El fundamento de esta convicción reside en la existencia eterna de Dios.

Observemos el Salmo 102:12, incluido en el pasaje de hoy: «Mas tú, oh Jehová, permanecerás para siempre, y tu memoria de generación en generación». Cuando comprendemos que Dios vive eternamente, llegamos a la certeza de que todas las cosas encontrarán solución (Park Yun-sun). El salmista estaba convencido de que este Dios vivo y eterno cumpliría las promesas que había hecho conforme a la Palabra de verdad revelada, actuando de manera coherente con su «nombre conmemorativo». Con esta certeza, oraba fervientemente a Dios.

(b) El fundamento de esta convicción reside en el hecho de que «Jehová se levantará y tendrá misericordia de Sion» (versículo 13).

En otras palabras, la certeza de la salvación para los desvalidos se basa en la compasión de Dios. Observemos el versículo 13: «Te levantarás y tendrás compasión de Sion, pues es tiempo de mostrarle favor; el tiempo señalado ha llegado». Al saber que Dios tendría compasión de Israel («Sion»), el salmista confiaba en que Dios salvaría al pueblo de Israel en el momento que Él había determinado. La razón por la que el salmista sabía que Dios mostraría compasión a Israel era que veía al pueblo arrepentirse y —tras haber fallado anteriormente en valorar su verdadero mérito— ahora apreciar profundamente a «Sion» (la Iglesia), anhelando incluso sus piedras y su polvo (versículo 14) (Park Yun-sun).

Nosotros también debemos poseer esta seguridad de salvación. Al orar, debemos creer que, puesto que Dios es eterno y compasivo con su Iglesia, Él nos librará de cualquier adversidad que enfrentemos; debemos presentarle nuestras peticiones con esta fe. En particular, al considerar el versículo 16 del pasaje de hoy, podemos orar a Dios con fe, sabiendo que nuestro Señor edifica «Sion» —su Iglesia— y se manifiesta, y volverá a manifestarse, en su gloria. Dios contempla a su pueblo desde lo alto (v. 19) y «oye el gemido del cautivo», liberándonos así (v. 20). ¿Cuál es el propósito de esto? Permitir que su pueblo proclame la gloria de Dios y le sirva (v. 21).

(2) En segundo lugar, consideremos el contenido de la «oración del afligido».

(a) La primera parte de la oración del afligido era una petición para que su vida fuera prolongada.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 102:23-24: «Él debilitó mis fuerzas en el camino; acortó mis días. Dije: "Oh Dios mío, no me arrebates en la mitad de mis días; tus años perduran por todas las generaciones"». El terrible sufrimiento descrito por el salmista —quien se hallaba física y mentalmente agotado— lo llevó a suplicar a Dios que restaurara su salud y lo librara de una muerte prematura (vv. 3-11; Park Yun-sun). (b) La segunda parte de la oración del afligido fue una petición para que la descendencia de los siervos del Señor perdurara y permaneciera firme ante Él.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 102:28: «Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti». Mientras oraba por la restauración de su propia salud y por verse libre de una muerte prematura, el salmista afligido también clamaba por la perduración del pueblo de Dios. Pudo elevar tal oración porque creía en la eternidad de Dios. El salmista presentó su petición a Dios con fe, confiado en que, dado que Dios es eterno, la Iglesia —el Cuerpo del Señor, a quien Él ama— también perduraría para siempre.

Al meditar en la oración del salmista —quien se describe a sí mismo como pobre y necesitado—, recordé la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní. Jesús, que estaba profundamente afligido y angustiado (Marcos 14:33), cuya alma estaba abrumada por la congoja (v. 34) y que sabía que todos sus discípulos lo abandonarían (v. 27), ¿cuál fue su oración? Fue: «¡Abba, Padre! Para ti todo es posible. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (v. 36). Finalmente, conforme a la voluntad del Padre, fue crucificado y murió para nuestra salvación. Al morir, su clamor fue: «¡Eloi, Eloi, lema sabactani?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (15:34).

Jesús fue abandonado incluso por Dios Padre; sin embargo, mediante su muerte, se nos ha concedido la vida eterna. La Iglesia del Señor ha sido hecha eterna a través de la muerte y resurrección de Jesús. Por tanto, como ciudadanos del Reino de los Cielos que peregrinamos hacia nuestro hogar eterno, debemos elevar a Dios Padre la oración del pobre y necesitado —tal como lo hizo Jesús— durante esta travesía por el desierto. Sin importar el sufrimiento o el dolor que enfrentemos, debemos orar fervientemente al Dios eterno —rico en misericordia— con la certeza de la salvación. Dios se asegurará de que habitemos con el Señor para siempre en el Reino de los Cielos.

No olvidemos todos los beneficios de Dios.

[Salmo 103]

Durante la reunión de oración de esta mañana, medité en Isaías 30:18: «Por tanto, el Señor espera para tener piedad de vosotros, y por eso se levantará para mostraros compasión. Porque el Señor es un Dios de justicia. ¡Bienaventurados todos los que esperan en Él!». Dios aguarda para derramar gracia y compasión sobre nosotros; Él escucha y responde cuando clamamos a Él, derramando abundante gracia sobre todos nosotros. Como receptores de esta gracia, nuestra responsabilidad es no olvidar los beneficios que Él nos ha otorgado. En el Salmo 103:2, el salmista David declara: «Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios». Centrándonos en este versículo y en el tema «No olvidemos todos los beneficios de Dios», deseo que meditemos y recordemos cinco beneficios específicos de Dios, y que vivamos nuestras vidas bajo esa gracia.

El primer beneficio de Dios es que Él perdona todas nuestras iniquidades.

Observemos la primera parte del Salmo 103:3: «Él perdona todas tus iniquidades...». Todo cristiano con conciencia lucha inevitablemente con la cuestión del pecado. Esto se debe a que la presencia santa de Dios y su santa Palabra exponen nuestros pecados y hieren nuestra conciencia. Sin embargo, el problema surge cuando las personas se sienten tan atormentadas y abrumadas por la culpa de sus pecados que les cuesta sobrellevar la situación. En última instancia, tales individuos sufren bajo el peso de la culpa y caen en un ciclo de interminable decepción consigo mismos. Como consecuencia, sufren

inevitablemente de baja autoestima; valoran poco su propia existencia. Este fenómeno deriva de una forma desequilibrada de autoexamen y reflexión. Si bien reconocer el propio pecado a través de la Palabra de Dios es una gracia preciosa, el problema surge cuando uno no mira con fe hacia la preciosa sangre de Jesús —que expía ese pecado— y, por tanto, no logra comprender la plenitud del amor y la gracia de Dios. En el pasaje de hoy, el Salmo 103:10 y 12, David declara: «No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras iniquidades... tan lejos como está el oriente del occidente, así ha alejado de nosotros nuestras transgresiones». Dios no nos paga conforme a nuestros pecados o iniquidades. Aunque Dios se enoja cuando pecamos (versículos 8–9), no es un Dios que se irrite fácilmente ni que se apresure a castigar (versículo 8). ¿Por qué sucede esto? La razón por la que Dios no inflige un castigo inmediato cuando pecamos es que desea que nos arrepintamos (Romanos 2:4). En otras palabras, al retener el castigo inmediato, Dios nos concede tiempo —una oportunidad— para arrepentirnos. Dios puede enojarse cuando pecamos, pero no guarda ese enojo indefinidamente (Salmo 103:9). Esto se debe a que su amor misericordioso hacia nosotros es grande (versículo 11) y abundante (versículo 8). Por lo tanto, nuestro Dios amoroso no nos paga conforme a nuestras transgresiones; más bien, aleja nuestros pecados de nosotros, tan lejos como está el oriente del occidente. Un aspecto de nuestra vida de fe que resulta verdaderamente desconcertante es que, aunque Dios ha alejado claramente nuestras transgresiones tan lejos como está el oriente del occidente, nosotros seguimos aferrándonos a ellas con fuerza. Dios se deleita en perdonar nuestras transgresiones y lo hace por completo; sin embargo, a menudo no logramos perdonar nuestros propios pecados. Debemos aceptar por fe el hecho de que Dios ha alejado nuestras transgresiones tan lejos como está el oriente del occidente. Dios ha perdonado plenamente nuestros pecados; a medida que continuamos nuestra vida de fe, debemos llegar a comprender cada vez más la profundidad de esa gracia.

El Salmo 86:5, un pasaje sobre el que hemos meditado anteriormente, afirma: «Porque tú, Señor, eres bueno y estás dispuesto a perdonar...». En su libro *Aquel que participa de la naturaleza de Dios*, el pastor Hong Seong-geon escribió: «Sin embargo, cuando nos

arrepentimos, la misericordia de Dios llega a nosotros indefectiblemente. No importa cuán grave sea la situación o cuán profundo sea el círculo vicioso del pecado, Dios se deleita en perdonar». ¿Por qué se deleita Dios en perdonar nuestros pecados? ¿Por qué nos trata Él con tanta bondad? Es porque conoce nuestra condición (Salmo 103:14); es decir, recuerda que no somos más que polvo (v. 14). Observemos el texto de hoy, Salmo 103:15-16: «El hombre es como la hierba; florece como la flor del campo. Pues pasa el viento sobre ella, y perece, y su lugar no la conoce más». Una vida como la hierba, una vida como una flor silvestre, una vida que se desvanece cuando sopla el viento: una existencia verdaderamente frágil. Como Dios conoce esta naturaleza nuestra, tiene compasión de nosotros (v. 13). Por eso nuestro Dios se deleita en perdonar nuestros pecados. No debemos olvidar esta gracia de Dios: la gracia de un Dios que encuentra tanto placer en perdonar todas nuestras iniquidades.

El segundo beneficio que recibimos de Dios es la sanidad de todas nuestras enfermedades.

Fijémonos en la última parte del Salmo 103:3: «...que sana todas tus enfermedades...». Vemos a muchas personas a nuestro alrededor sufriendo enfermedades en estos tiempos. Como dice el dicho sobre el ciclo de la vida —nacimiento, envejecimiento, enfermedad y muerte—, los seres humanos estamos inevitablemente sujetos a enfermar y morir. En cierto sentido, por tanto, enfermar es una parte perfectamente natural de la vida. Sin embargo, aun sabiendo esto, cuando enfermamos a menudo pedimos fervientemente a Dios que nos sane. Al fin y al cabo, ¿quién querría sufrir en medio de la enfermedad? Por eso acudimos a Dios.

En Éxodo 15:26, Dios declara: «...Yo soy el SEÑOR que te sana». Además, el Salmo 147:3 nos dice que Él «sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas». Él es un Dios que sana nuestras dolencias físicas, pero lo hace solo después de haber resuelto primero nuestro problema fundamental. Ese problema fundamental es, por supuesto, el pecado. Aunque no siempre es así (como vimos en el caso de Job), una de las razones por las que sufrimos enfermedades físicas es a causa de nuestro pecado. Un ejemplo claro de esto es

el rey Joram, descrito en 2 Crónicas 21:18-19. La Biblia registra que el Señor hirió a Joram con una enfermedad incurable en los intestinos. Debemos tener presente que, cuando pecamos y no nos arrepentimos, nuestro Dios santo permite que vivamos en medio de la enfermedad, las heridas y el sufrimiento que resultan de ese pecado no confesado. Un ejemplo destacado de cómo Dios resuelve el problema fundamental del pecado antes de sanar una dolencia física se encuentra en el relato del paralítico que yacía en una camilla (Mateo 9:1–8). El Señor primero perdonó los pecados del paralítico (versículo 2: «…Jesús, al ver la fe de ellos, dijo al paralítico: "Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados"») y luego sanó su condición física (versículos 6–7: «…Dijo al paralítico: "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Entonces él se levantó y se fue a su casa»). ¿Cómo sana Dios, entonces, todas nuestras enfermedades? Él nos sana mediante su Palabra. Consideremos el Salmo 107:20: «Envió su palabra y los sanó; los libró de la muerte». En el Nuevo Testamento, Mateo 8:8 registra a un centurión pidiendo a Jesús que sanara a su siervo. El centurión le dijo a Jesús: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di la palabra y mi siervo será sanado» (versículo 8). Nuestro Dios es quien, mediante el poder de su Palabra, no solo resuelve el problema fundamental de nuestro pecado, sino que también sana nuestras dolencias físicas. No debemos olvidar este beneficio que proviene de Dios.

El tercer beneficio que recibimos de Dios es que Él rescata nuestra vida de la destrucción.

Observemos la primera parte del Salmo 103:4: «quien rescata tu vida de la destrucción [la fosa]…». La palabra «fosa» aquí nos trae a la mente una figura bíblica específica: nada menos que Jonás. La razón es que el profeta Jonás desobedeció el mandato de Dios de «levantarse, ir y proclamar» (Jonás 1:2); en cambio, descendió —bajando cada vez más— hasta llegar a las profundidades del mar, a la misma «fosa» (2:6). Bajó a Jope (1:3), bajó a una nave (v. 3), bajó a la bodega de la nave (v. 5) y fue aún más allá, bajando hasta «los cimientos de los montes» (2:6). A causa de su desobediencia, Jonás terminó descendiendo a «la fosa» (v. 6). Sin embargo, aun dentro de esa profunda fosa (destrucción), Jonás miró «hacia el santo templo [de Dios]» (v. 4). En consecuencia, Dios respondió a su oración y

rescató su vida de la fosa (v. 6). Pensar en Jonás nos recuerda a Jesús. A diferencia de Jonás, Jesús obedeció la palabra de Dios; no obstante, sufrió una agonía semejante a una fosa profunda: el tormento del infierno mismo. El Hijo unigénito de Dios fue abandonado por Dios Padre. ¿Por qué soportó Jesús una destrucción tan agonizante? Porque deseaba redimir tu vida y la mía. Eliú, amigo de Job, le dijo: «para apartar su alma de la fosa, y para que sea iluminado con la luz de la vida» (Job 33:30). El propósito de Dios al rescatar nuestras almas de la fosa (la destrucción) —un lugar como el infierno— era hacernos resplandecer con la luz de la vida. En otras palabras, la razón por la que Dios nos redimió a ti y a mí mediante la muerte de Jesús en la cruz es para concedernos la vida eterna. Habiendo recibido esta vida eterna como un regalo en Jesucristo, no debemos olvidar esta bendición de Dios.

La cuarta bendición de Dios es que Él derrama abundante gracia sobre nosotros.

Observemos la última parte del Salmo 103:4: «coronándote de misericordia y compasión». Esta frase denota una abundancia de gracia tan grande que resulta evidente para todos (Park Yun-sun). No debemos olvidar la gracia abundante que Dios ha derramado en nuestras vidas. Otra cosa que debemos recordar es que Dios a menudo nos prueba y nos refina antes de otorgarnos tal gracia abundante. Observemos el Salmo 66:10 y la parte final del versículo 12: «Porque tú nos probaste, oh Dios; nos refinaste como se refina la plata… nos sacaste a lugar de abundancia». Para recibir gracia abundante, debemos convertirnos en vasijas capaces de albergarla; tal refinamiento es necesario para prepararnos a contener dicha gracia. A través de este proceso de refinamiento, podemos abrir de par en par nuestros corazones y bocas, recibiendo con fe, humildad y gratitud la gracia abundante que Dios ha reservado en el cielo. También debemos tener presente que esta gracia abundante de Dios se experimenta mejor cuando existe una profunda conciencia del pecado. Veamos Romanos 5:20: «…pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». Aquellos que pueden recibir y disfrutar de la gracia abundante de Dios son quienes comprenden la magnitud, la amplitud y la profundidad del pecado. Tras reconocer este pecado y recibir la gracia de la redención de Jesús, son capaces de morar en la gracia abundante que Dios ha otorgado —y sigue

otorgando— a través de Jesucristo, y de disfrutar de ella. ¿Cómo se conducen, entonces, los creyentes que viven recibiendo y disfrutando de esta gracia abundante? Observemos el texto de hoy, Salmo 103:20–21: «Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto. Bendecid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis su voluntad». Los creyentes que viven recibiendo y disfrutando de la gracia abundante de Dios escuchan la palabra de Dios y viven en obediencia a ella (versículo 20). Sirven a Dios y cumplen su voluntad (versículo 21).

El quinto y último beneficio de Dios es que Él sacia nuestros deseos con cosas buenas.

Observemos el Salmo 103:5: «Que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila». Este versículo significa que Dios derrama abundantemente gracia espiritual sobre el santo, alegrando y fortaleciendo su alma para que no sucumba prematuramente a la fragilidad de la vejez (Park Yun-sun). Creo que un pasaje aplicable a muchos cristianos de nuestra época actual es lo que el Señor dijo a la iglesia de Laodicea: «Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente...» (Apocalipsis 3:15). ¿Por qué describimos nuestro propio caminar de fe como «tibio»? Una razón es que, al igual que los santos de Laodicea, dicen: «Soy rico; he acumulado riquezas y no necesito nada» (v. 17). En otras palabras, viven bajo la ilusión de que son «ricos» y no carecen de nada, sin reconocer que tienen un alma sedienta, hambrienta y en extrema necesidad. ¿Cómo podemos saber si este es el caso? ¿Cómo sabemos cuándo a alguien le falta un espíritu de pobreza —es decir, un reconocimiento humilde de la necesidad espiritual—? Podemos notarlo al observar un alma que no pide; en otras palabras, un alma que no ora. El salmista, que poseía un alma hambrienta, sedienta y anhelante, describe la situación en el Salmo 107:4-5: «Vagaban por el desierto, por caminos desolados; no hallaban ciudad donde habitar. Hambrientos y sedientos, su alma desfallecía en ellos». En medio de esa hambre, sed y angustia, clamó al Señor (v. 6). Y Dios respondió a su oración: «Porque Él sacia el alma anhelante y llena de bienes al alma hambrienta» (v. 9). Habiendo experimentado al Dios que colma de cosas

buenas el alma anhelante y hambrienta, el salmista respondió: «¡Oh, que los hombres den gracias al Señor por su bondad y por sus maravillosas obras para con los hijos de los hombres!» (v. 8). ¿Por qué, entonces, el Señor satisface nuestros deseos con cosas buenas? Es para renovar nuestra juventud como la del águila (v. 5). ¿Por qué comparó David su juventud con la de un águila? Se dice que el águila no muere de vejez; Más bien, debido a que vive tanto tiempo, su pico crece en exceso e impide que funcione correctamente, lo que le imposibilita alimentarse. Así, el águila se convierte en un símbolo de vitalidad duradera. Es cierto que los creyentes pueden gozar de longevidad física gracias al poder de su fe (Park Yun-sun). Por ello, el profeta Isaías declaró en Isaías 40:29–31: «Él da fuerzas al cansado y aumenta el poder del débil. Aun los jóvenes se cansan y se fatigan, y los muchachos tropiezan y caen; pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas. Volarán con alas como las águilas; correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán».

Somos receptores de los beneficios de Dios. Por tanto, al igual que el salmista David, debemos exclamar: «¡Bendice, alma mía, al Señor! ¡Bendiga todo mi ser su santo nombre! ¡Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios!... ¡Bendigan al Señor todas sus obras en todos los lugares de su dominio! ¡Bendice, alma mía, al Señor!» (Salmo 103:1–2, 22). Nuestras almas deben bendecir y alabar a Dios. Como quienes hemos recibido los beneficios de Dios, debemos alabarlo. Y nunca debemos olvidar los beneficios que Él nos ha otorgado.

“¡Oh Jehová, cuán múltiples son tus obras!”

[Salmo 104]

En lugar de detenernos en lo que hemos hecho por Dios, debemos centrarnos en lo que Dios ha hecho por nosotros. En otras palabras, debemos vivir nuestras vidas meditando en las obras que Dios realiza a nuestro favor. Por eso el salmista declara en el Salmo 77:12: “Meditaré en todas tus obras, y hablaré de tus hechos”. Debemos meditar profundamente en las obras que el Señor ha llevado a cabo. Hemos de reflexionar no solo en lo que Él ha hecho por ti y por mí personalmente, sino también en las obras que ha realizado —y sigue realizando— en este mundo.

Entre las muchas obras de nuestro Dios, Él creó los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos, y continúa gobernándolos (Salmo 104). Nuestro gran, poderoso y glorioso Dios (v. 1) es el Creador. Él extendió los cielos (v. 2) y estableció los cimientos de la tierra para que jamás fuera removida (v. 5). El Dios Creador hizo los cielos, la tierra y toda la creación con sabiduría (v. 24). Así, contemplamos la sabiduría de Dios a través del orden creado. Este Dios Creador gobierna soberanamente sobre todas las cosas. La pregunta 27 del Catecismo de Heidelberg plantea: “¿Qué entiendes por la providencia de Dios?”. La respuesta dice: “La providencia es el poder todopoderoso y siempre presente de Dios, mediante el cual Él sostiene y gobierna el cielo, la tierra y todas las criaturas, como si fuera por su propia mano”. El artículo 13 de la Confesión Belga afirma: “Creemos que este buen Dios, después de haber creado todas las cosas, no las abandonó, ni las desamparó, ni las dejó al azar; más bien, las gobierna y dirige según su santa voluntad, de tal manera que nada sucede en este mundo sin su dirección” (Internet). En otras palabras, Dios, quien creó los cielos y la tierra, controla

soberanamente todas las cosas mediante su providencia. Dios hace que los arroyos fluyan por los valles para que los animales salvajes y las aves puedan beber (versículos 10-11) y permite que las aves del cielo aniden a sus orillas (versículo 12). Como resultado, «la tierra se sacia del fruto de tus obras» (versículo 13). Además, Dios hace crecer la hierba para el ganado, hace brotar la vegetación para el uso humano y produce alimento de la tierra (versículo 14). También provee vino que alegra el corazón humano, aceite que hace brillar el rostro y alimento que fortalece el corazón (versículo 15). Al enviar la lluvia, Dios nos permite obtener las verduras, los granos, las frutas y los aceites que necesitamos. Cualquiera que contemple estas provisiones no puede, en buena conciencia, negar que son obra del Creador (Park Yun-sun). Dios es quien dispone la luna y el sol y gobierna la noche y el día (versículos 19-20); también gobierna sobre todas las bestias del bosque (versículos 21-22). Él es nuestro Dios: aquel que, en su sabiduría, creó el mar y todas las criaturas que en él habitan, tanto grandes como pequeñas (versículos 24-25); aquel que creó, gobierna y domina el cielo y la tierra, mientras preserva y cuida específicamente a sus criaturas y provee para todas sus necesidades. Cuando abre su mano para dar a sus criaturas, las sacia con cosas buenas (versículo 28). En última instancia, la gloria de Dios permanece para siempre, y Él se regocija en sus obras (versículo 31).

¿Cómo debemos responder al contemplar las numerosas obras de Dios Creador? Al presenciar estas grandes obras, el salmista decidió: «Cantaré al SEÑOR toda mi vida; alabaré a mi Dios mientras viva. Que mi meditación le sea agradable, pues me regocijaré en el SEÑOR... Bendice, alma mía, al SEÑOR. ¡Aleluya!» (versículos 33-35). El salmista se propuso cantar a Dios y alabarlo durante toda su vida. Se comprometió a una vida de alabanza: una alabanza arraigada en el regocijo en Dios. Una vez que reconocemos la grandeza de Dios, sus maravillas y las poderosas manifestaciones de su poder, no podemos evitar alabarlo todos los días de nuestra vida. Cantemos las estrofas 1 y 2 del Himno 40: (Estrofa 1) «Señor, mi Dios, al contemplar los cielos, el firmamento y las estrellas mil; al oír tu voz en los potentes truenos y ver brillar el sol en su cenit;» (Estrofa 2) «Al recorrer los montes y los valles y ver las bellas flores al pasar; al escuchar el canto de las aves y el

murmullo del río al avanzar;» (Coro) «Mi corazón entona la canción: ¡Cuán grande es Él! ¡Cuán grande es Él!» El salmista, quien decidió alabar la grandeza y majestad del Señor durante toda su vida mientras contemplaba el mundo creado por Dios, le suplicó que hiciera desaparecer de la tierra a los pecadores y a los impíos para que dejaran de existir (versículo 35). Él deseaba que los pecadores desaparecieran de este mundo y que las maldiciones de este mundo fueran revertidas (MacArthur). En otras palabras, el salmista anhelaba el «cielo nuevo y tierra nueva» profetizados en Apocalipsis 21:1. Cantemos la estrofa 4 del Himno 40: «Cuando Cristo venga con gran gloria y me lleve a su hogar celestial, ¡qué alegría llenará mi alma! Me postraré en humilde adoración y proclamaré: "¡Dios mío, cuán grande eres!"» Él quería alabar al Señor para siempre en ese cielo nuevo y tierra nueva. Al igual que el salmista, nosotros también debemos alabar eternamente la grandeza y majestad del Señor, contemplando el mundo que Él creó mientras anhelamos el cielo nuevo y la tierra nueva, a medida que las cosas viejas pasan. Alabemos por siempre a Dios: Aquel que creó, rige y gobierna todas las cosas en el cielo y en la tierra; Aquel que dirige sabiamente toda la creación mediante su providencia; el gran Dios Creador, poderoso, omnisciente y omnipotente.

Recordemos las obras de Dios.

[Salmo 105]

Existe un libro de Henri Nouwen titulado *Una persona que nos recuerda a Jesús*. En él, se nos anima a convertirnos en personas que recuerden a los demás la sanidad que proviene de Jesús. Si nosotros, como ministros, hemos de ser personas que recuerden a los demás a Jesús, nuestra "primera tarea es acercarnos a los recuerdos dolorosos del pasado y darles espacio para que salgan a la luz sin temor. La gran misión de un ministro es conectar constantemente la historia humana con la historia de Dios. La sanidad es el acto de revelar que las heridas que sufrimos los seres humanos están íntimamente ligadas al sufrimiento que el propio Dios padece. Por tanto, recordar vívidamente a Jesucristo significa reconocer que nuestros propios dolores, por pequeños que sean, se alinean con la historia del inmenso sufrimiento que Dios experimenta en Jesucristo. La sanidad no consiste fundamentalmente en eliminar el dolor; más bien, se trata de revelar que nuestro dolor forma parte de un dolor mayor, nuestra tristeza es parte de una tristeza mayor y nuestra experiencia es parte de la experiencia mayor de Cristo, quien preguntó: '¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y entrara así en su gloria?' (Lucas 24:26)" (Fuente: Internet).

Al reflexionar personalmente sobre estas palabras de Henri Nouwen acerca del ministerio de sanidad, dos términos resonaron profundamente en mí: "recordar" y "conmemorar". ¿Qué significa recordar? Según Nouwen, "recordar es traer los acontecimientos del pasado al presente y conmemorarlos aquí y ahora". Brevard S. Childs dijo una vez: "El acto de recordar convierte el pasado en una realidad para una generación que no estuvo presente

cuando ocurrió el acontecimiento. Gracias a ello, las personas pueden experimentar íntimamente los grandes actos de salvación... Aunque estemos separados en tiempo y espacio del ámbito de la revelación divina en el pasado, esa brecha se salva mediante el recuerdo, permitiendo que quienes antes estaban excluidos participen de nuevo en la historia de la salvación" (Nouwen). Debemos practicar esta disciplina del recuerdo. Al rememorar los actos salvadores que Dios realizó en el pasado, debemos conmemorarlos en nuestras vidas hoy. Al hacerlo, incluso en medio de la adversidad, el sufrimiento y las heridas, podemos —sostenidos por la gracia salvadora de Dios— ofrecer acción de gracias y alabanza y, con la seguridad de la salvación, levantarnos con valentía y continuar nuestro camino hacia el reino celestial.

En el pasaje de hoy, el Salmo 105:5, el salmista nos insta a recordar «las maravillas que él ha hecho, sus prodigios y los juicios que pronunció». Nos exhorta a «recordar las obras de Dios». ¿Cuáles son, entonces, estas «obras de Dios» a las que aquí se hace referencia? Se refieren a todas las cosas asombrosas que Dios hizo para cumplir la promesa que le había hecho a Abraham: darle la tierra de Canaán (versículos 8-11). ¿Cuáles fueron, precisamente, esos actos asombrosos que Dios realizó para conceder la tierra de Canaán que había prometido a Abraham? Podemos identificar tres puntos al respecto en el pasaje de hoy, en los versículos del 12 al 44:

En primer lugar, consideremos a los patriarcas de Israel que recibieron esta promesa. Mientras vivían como extranjeros en la tierra de Canaán —vagando «de una nación a otra, de un reino a otro» (Salmo 105:12-13)—, Dios los protegió para cumplir la promesa que le había hecho a Abraham (versículos 14-15).

Observemos el Salmo 105:14-15: «No permitió que nadie los oprimiera; por causa de ellos reprendió a reyes: "¡No toquen a mis ungidos; no hagan daño a mis profetas!"». Dios protegió a este pequeño grupo de israelitas —que vagaban por Canaán sin un asentamiento permanente— para que no sufrieran daño a manos de los reyes locales. Un ejemplo

destacado de esto es el relato bíblico de cómo Dios protegió a Abraham y a Sara. Según Génesis 12:10-17, cuando una hambruna obligó a Abram (quien había recibido la promesa) y a su esposa Sarai a bajar a Egipto, Abram —temiendo ser asesinado debido a la gran belleza de Sarai— afirmó que ella era su hermana; en consecuencia, el faraón, rey de Egipto, llevó a Sarai a su palacio. En ese momento, Dios envió graves plagas sobre el faraón y su casa, permitiendo así que Abram recuperara a su esposa Sarai. Un relato similar aparece en Génesis 20:3–7. En aquella ocasión, mientras se encontraba en un lugar llamado Gerar, Abraham también presentó a su esposa Sara como su hermana; cuando el rey de Gerar tomó a Sara, Dios se apareció al rey Abimelec en sueños durante la noche y le advirtió que moriría por haber tomado a la esposa de otro hombre, protegiendo y librando finalmente a Sara. Así, Dios no se limitó a darle una promesa a Abraham; también protegió y veló por Abraham y su esposa Sara mientras llevaba esa promesa a cumplimiento.

En segundo lugar, para cumplir la promesa hecha a Abraham —en un momento en que Jacob, sus hijos y sus descendientes formaban un pequeño grupo que vivía como nómadas sin un hogar permanente—, Dios envió a Egipto a José, uno de los hijos de Jacob, y provocó una hambruna en la tierra de Canaán, cortando así su suministro de alimentos (Salmo 105:16–17).

¿No resulta extraño? ¿Cómo pudo el Dios que hizo la promesa a Abraham —en lugar de permitir que Jacob, nieto de Abraham, y sus descendientes siguieran viviendo en abundancia en la tierra de Canaán, una tierra que fluía leche y miel— provocar una hambruna que los sumió en la miseria? Es un asunto que desafía nuestra comprensión habitual. Sin embargo, esto forma parte, sin duda, de la misteriosa providencia de Dios para cumplir la promesa que le hizo a Abraham. Esta providencia se refiere a cómo Dios cumplió la profecía que había anunciado a Abraham en Génesis 15:13: que sus descendientes, los israelitas, serían extranjeros en tierra ajena, servirían a sus habitantes y sufrirían opresión durante 400 años. Para lograrlo, provocó una hambruna en la tierra de Canaán donde habitaban los israelitas (Salmo 105:16) y orquestó los acontecimientos para que José,

odiado por sus hermanos, fuera vendido como esclavo y llevado a Egipto (v. 17). Finalmente, José llegó a ser primer ministro de Egipto (vv. 20–21), y su padre Jacob, junto con sus hijos y descendientes, emigró a Egipto (v. 23), donde Dios hizo que el pueblo de Israel se multiplicara grandemente (v. 24). ¿No es asombrosa la providencia de Dios? Considere cómo Dios hizo que el pequeño grupo compuesto por los hijos y descendientes de Jacob —que sumaban apenas unas setenta personas (v. 12)— y que había vivido como extranjero en Canaán, prosperara en medio de las adversidades de Egipto. Observe Deuteronomio 10:22: «Tus padres descendieron a Egipto en número de setenta personas, y ahora el Señor tu Dios te ha hecho tan numeroso como las estrellas del cielo». Finalmente, Dios cumplió la promesa que le había hecho a Abraham —de que su descendencia se multiplicaría como las innumerables estrellas del firmamento (Génesis 15:5)— haciendo realidad dicha promesa en medio del sufrimiento y la aflicción de Egipto. Dios, quien llevó a un pequeño grupo —Israel (Jacob) y sus hijos y descendientes— a una situación de necesidad debido a la hambruna, terminó guiándolos a todos hacia Egipto; allí hizo que prosperaran grandemente en medio de una dolorosa vida de esclavitud, volviéndolos más fuertes que su adversario, Egipto (v. 24). Este mismo Dios estaba cumpliendo, mediante su providencia, la promesa que había hecho a Abraham.

En tercer lugar, para cumplir la promesa hecha a Abraham, Dios liberó al pueblo de Israel —que se había multiplicado enormemente en Egipto— sacándolo de aquella tierra por medio de Moisés al cabo de 400 años (Sal. 105:26–43) y, finalmente, condujo a la nación de Israel, descendencia de Abraham, a la abundante tierra de Canaán, tierra que fluía leche y miel, tal como lo había prometido (v. 44).

Cuando Dios hizo que los israelitas prosperaran en Egipto y se volvieran más fuertes que los egipcios (v. 24), el corazón del Faraón y del pueblo egipcio cambió, llevándolos a odiar a los israelitas (v. 25). Con el tiempo, cuando los israelitas clamaron a Dios en medio de su tribulación y persecución, Él envió a Moisés y a Aarón a Egipto; por medio de Moisés, envió diez plagas y finalmente permitió que los israelitas salieran de Egipto «con plata y oro» (v.

37). Además, Dios los guio a través del desierto con una columna de nube y una columna de fuego (v. 39) y los sació proveyéndoles codornices como alimento y haciendo brotar agua de la roca (vv. 40–41). El versículo 42 del pasaje de hoy explica la razón por la que Dios actuó de esta manera: «Porque se acordó de su santa promesa y de Abraham, su siervo». Debido a que Dios recordó la santa promesa que le había hecho a Abraham, cumplió fielmente dicha promesa. Así, libró al pueblo de Israel de Egipto. Al hacerlo, hizo que salieran de Egipto con alegría y sacó a su pueblo escogido entre cánticos (versículo 43). ¿Por qué, entonces, cumplió Dios la promesa que hizo al pueblo de Israel? ¿Cuál era su propósito? El versículo 45 expone el propósito: «para que guardaran sus estatutos y observaran sus leyes…». Al dar la promesa a Abraham y cumplirla posteriormente, Dios capacitó a los descendientes de Abraham —su pueblo escogido de Israel— para obedecer su palabra.

Al reflexionar sobre las tres formas extraordinarias en que Dios actuó para cumplir Su promesa de dar la tierra de Canaán a Abraham, he extraído la siguiente aplicación: estoy convencido de que, a medida que el Señor cumple la promesa que hizo a nuestra Iglesia Presbiteriana Victory —que se encuentra en Mateo 16:18—, Él nos protege y vela por nosotros fielmente. Además, la razón por la que la promesa divina de protección nos brinda tanto consuelo y fortaleza es que, aun mientras vivimos como peregrinos en este desierto, Él nos guarda mientras nos guía hacia el verdadero "Canaán" —el Reino de los Cielos— que nos ha prometido en Jesucristo. También creo que el Señor sigue cumpliendo la promesa hecha a Abraham al multiplicar a sus hijos espirituales —aquellos de nosotros que vivimos en este mundo semejante a un desierto— hasta convertirlos en una multitud incontable como las estrellas, incluso en medio de las pruebas que enfrentamos. Debemos confiar en el Dios que, a través de tales adversidades, nos despoja de nuestras dependencias mundanas y nos lleva a un estado de necesidad para que dependamos únicamente de Él; confiando en este Dios, debemos continuar nuestro viaje hacia la Tierra Prometida del Cielo.

Amados, Dios nos ha concedido la gracia de la salvación. ¿Cuál es el propósito de esta gracia? Obedecer la Palabra de Dios. Somos el pueblo escogido de Dios, redimidos del reino

de Satanás —representado por Egipto— y actualmente somos peregrinos que atraviesan el desierto hacia el Reino de Dios. Mientras avanzamos, anhelando una patria mejor, debemos obedecer la Palabra de Dios. Debemos vivir conforme a las enseñanzas del Señor, sin desviarnos nunca ni a la derecha ni a la izquierda. En medio de esto, oro para que nosotros —al igual que el salmista— demos gracias a Dios (v. 1a), cantemos y proclamemos Sus obras salvadoras (vv. 1-2), y busquemos Su rostro y Su poder mientras caminamos hacia nuestro hogar celestial (vv. 3-4).

Recuérdame con gracia.

[Salmo 106]

¿Qué es la amnesia? Derivada de la palabra griega *amnesia*, se refiere simplemente a un trastorno de la memoria. Las causas de la amnesia se clasifican en factores orgánicos y funcionales. La amnesia causada por factores orgánicos se conoce como "amnesia traumática"; surge de anomalías en las partes del cerebro responsables de la memoria (típicamente el hipocampo) debido a lesiones por accidentes, enfermedades o consumo de drogas. La amnesia causada por factores funcionales se denomina "amnesia disociativa". Los factores funcionales implican elementos psicológicos, como los mecanismos de defensa. También existe una condición conocida como "amnesia parcial". Esta se divide generalmente en pérdida de memoria a largo plazo y pérdida de memoria a corto plazo. La "pérdida de memoria a largo plazo" se refiere a la pérdida de recuerdos del pasado; específicamente, una pérdida parcial de la memoria. Esta categoría incluye dos tipos: "amnesia parcial", donde solo se olvida una parte del pasado, y "amnesia total", donde se olvida todo el pasado. Por el contrario, la "pérdida de memoria a corto plazo" se refiere a la incapacidad de recordar eventos ocurridos hace apenas unos instantes. Esta es la forma más común de amnesia; en casos graves, una persona puede ser incapaz de recordar incluso lo que dijo un momento antes. Si bien a veces se equipara la amnesia con el simple olvido, la diferencia radica en la magnitud: el olvido cotidiano implica lapsos ocasionales, mientras que la amnesia conlleva una pérdida completa de la memoria (Fuente: Internet). Al investigar sobre la pérdida de memoria en línea, me puse a reflexionar sobre los diferentes grados del olvido. El simple olvido —el despiste— palidece en comparación con la pérdida de memoria a corto plazo; sin embargo, incluso esta última parece manejable cuando se

contrasta con la pérdida de memoria a largo plazo. Aunque perder el recuerdo de solo algunas partes del pasado es lamentable, comprendí que la "amnesia total" —olvidarlo todo por completo— sería un asunto verdaderamente grave. Esta línea de pensamiento surgió a raíz del pasaje de hoy, el Salmo 106; me estremecí al imaginar las consecuencias de olvidar por completo la gracia de Dios —una especie de "amnesia espiritual total"—, tal como hicieron los israelitas en el pasaje. No obstante, aunque no logremos recordar plenamente la maravillosa gracia de Dios, estoy convencido de que permanece una esperanza clara. Esa esperanza reside en el hecho de que nosotros también podemos elevar la misma oración que el salmista dirigió a Dios: «Acuérdate de mí, oh Señor, con el favor [gracia] que muestras a tu pueblo» (Salmo 106:4). Centrándome en este versículo y en el título «Acuérdate de mí con gracia», quisiera compartir dos puntos de reflexión: primero, ¿qué fue lo que los israelitas no recordaron? Y segundo, ¿qué es lo que Dios recuerda?

¿Qué fue lo que los israelitas no recordaron? El pasaje destaca tres cosas.

En primer lugar, no recordaron la abundante misericordia y bondad del Señor.

Observemos el Salmo 106:7: «Nuestros padres en Egipto no comprendieron tus maravillas; no se acordaron de la multitud de tus misericordias, sino que se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo». ¿Cuál era, entonces, esa abundante misericordia y bondad que Dios había mostrado a los israelitas en el momento del Éxodo? Es un amor que se manifestó cuando Dios escuchó el clamor de los israelitas, se compadeció de ellos, envió a Moisés y —a través de él— los liberó enviando diez plagas sobre el Faraón y Egipto. Sin embargo, los israelitas no lograron comprender las señales milagrosas que Dios había realizado en Egipto; olvidaron su abundante misericordia y bondad, y se rebelaron contra Él junto al Mar Rojo. Mientras acampaban junto al Mar Rojo, oyeron noticias de que el ejército egipcio los perseguía y se quejaron contra Moisés (Éxodo 14:11). En esencia, esto equivalía a quejarse contra Dios, quien había designado a Moisés como su líder. Esto constituye una falta de fe (Park Yun-sun). A pesar de tal pecado por parte de los israelitas, Dios los salvó en el Mar Rojo

por amor a su propio nombre (Salmo 106:8). Reprendió al Mar Rojo, haciendo que se secara, y permitió que los israelitas cruzaran el mar como si caminaran por un desierto (versículo 9). Mientras tanto, las aguas envolvieron al ejército egipcio que los perseguía, sin dejar ni un solo superviviente (versículo 11). Dios rescató a los israelitas de la mano de quienes los odiaban y los redimió de la mano del enemigo (versículo 10), revelando así su gran poder (versículo 8). En consecuencia, los israelitas llegaron a creer en las promesas de Dios y le cantaron alabanzas (versículo 12).

¿Acaso nosotros también vivimos olvidando la abundante misericordia (amor) de Dios, tal como lo hicieron los israelitas? Dios nos otorgó la gracia de la salvación a ti y a mí —que vivíamos en incredulidad dentro del reino de Satanás, muy parecido a Egipto— «por amor a su nombre»; sin embargo, ¿vivimos olvidando esa gran gracia y ese amor? Por eso, nosotros también debemos orar como el salmista en el pasaje de hoy: «Acuérdate de mí con el favor que muestras a tu pueblo» (versículo 4).

En segundo lugar, el pueblo de Israel olvidó las obras de Dios.

Observemos el Salmo 106:13: «Bien pronto olvidaron sus obras; no esperaron su consejo». A pesar de haber experimentado la obra salvadora de Dios en el Mar Rojo, los israelitas cometieron el pecado de murmurar contra Moisés —el líder designado por Dios— simplemente debido a una falta temporal de alimento en el desierto. Así, los israelitas olvidaron rápidamente las obras de Dios. En lugar de esperar la provisión divina, desearon comida con impaciencia y pecaron al quejarse contra Moisés (Park Yun-sun). Veamos el versículo 14: «Cedieron a un deseo intenso en el desierto y pusieron a prueba a Dios en el yermo». Aunque pecaron de esta manera, Dios hizo brotar agua de la roca para que bebieran y les proveyó maná y carne de codorniz (Park Yun-sun). En otras palabras, Dios concedió lo que los israelitas habían exigido (versículo 15). No obstante, los israelitas cometieron el pecado de rebelarse contra Moisés y Aarón (Números 16) y, además, cometieron el pecado absolutamente detestable de fabricar y adorar un becerro de oro en Horeb (Salmo 106:19;

Éxodo 32). Cometieron el pecado de cambiar la gloria de Dios por la imagen de un buey que come hierba (Park Yun-sun).

El mundo pecaminoso en el que vivimos hoy está cometiendo el pecado de «cambiar la gloria del Dios inmortal por imágenes hechas a semejanza del hombre mortal, de aves, de animales y de reptiles» (Romanos 1:23). El problema es que nosotros, el pueblo de Dios, también estamos cometiendo este pecado. En otras palabras, los cristianos también somos culpables de cambiar la gloria de Dios por la gloria humana. Una de las causas fundamentales, como se indica en el texto de hoy —el Salmo 106:14—, es la «codicia». Ya sea un anhelo de honor o un deseo de riqueza material, tal codicia lleva al pueblo de Dios a cometer el pecado de buscar su propia gloria en lugar de la gloria de Dios. La razón por la que buscamos la gloria humana en vez de la gloria de Dios es que no nos centramos en las obras de Dios, sino que ponemos nuestra atención en las acciones humanas. Por tanto, al igual que el salmista en el pasaje de hoy, no tenemos más remedio que orar: «Acuérdate de mí con el favor [gracia] que muestras a tu pueblo» (versículo 4).

En tercer lugar, el pueblo de Israel se olvidó de Dios, su Salvador.

Observemos el Salmo 106:21: «Olvidaron a Dios, su Salvador, que había hecho grandes cosas en Egipto». El pueblo de Israel no solo olvidó la abundante misericordia de Dios y las obras que Él había realizado a su favor, sino que fue más allá y se olvidó de Dios mismo: su Salvador. Aunque Dios había salvado al pueblo de Israel realizando «grandes obras» (v. 21) en Egipto y mostrando su poderío, ellos olvidaron a Dios, su Salvador. Tras olvidar al Dios que realizó maravillas en el Mar Rojo (v. 22), los israelitas no creyeron en la promesa de Dios (incredulidad) (v. 24); murmuraron y se negaron a atender la palabra de Dios (desobediencia) (v. 25); y llegaron aún más lejos al adorar al dios pagano Baal-Peor (v. 28). Además, se rebelaron contra el Espíritu de Dios en las aguas de Meriba (v. 33); al entrar en la tierra de Canaán, en lugar de destruir a las naciones paganas, se mezclaron con ellas, aprendieron sus costumbres (v. 35) y sirvieron a sus ídolos (v. 36). Incluso sacrificaron a sus propios hijos

a esos ídolos, derramando su sangre (vv. 37–38). Las acciones de los israelitas se corrompieron y se volvieron infieles (v. 39). Finalmente, debido a sus pecados, el Dios santo ardió en ira (vv. 23, 29, 32, 40) y los entregó a las naciones (v. 41); oprimidos por sus enemigos (v. 42), los israelitas clamaron a Dios —quien escuchó su clamor y reconoció su sufrimiento (v. 44)— y, aunque Él los libró «muchas veces», fueron humillados a causa de sus planes rebeldes y sus propias iniquidades (v. 43).

Vivimos nuestras vidas olvidando con demasiada rapidez la gracia salvadora de Dios. Es más, olvidamos pronto al mismo Dios que nos otorgó esa salvación. Aunque Dios nos mostró compasión y nos libró del sufrimiento y la adversidad contra los que clamábamos, tendemos a olvidar rápidamente esa gracia salvadora una vez que vivimos en paz, libres de tales dificultades. Mientras nos esforzamos por olvidar el dolor y la adversidad que soportamos, olvidamos con facilidad la gracia salvadora de Dios que nos rescató de ellos. En otras palabras, recordamos vívidamente el sufrimiento y la adversidad que enfrentamos, pero olvidamos demasiado pronto los actos de Dios —su gracia— que obraron nuestra liberación. Además, una vez salvados y viviendo en paz, a menudo seguimos olvidando a Dios, nuestro Salvador. Por eso, al igual que el salmista en el pasaje de hoy, debemos orar: «Acuérdate de mí con el favor [gracia] que muestras a tu pueblo» (versículo 4).

Entonces, ¿qué es lo que Dios recuerda?

Es precisamente «su pacto» hecho con nosotros.

Observemos el Salmo 106:45: «Por amor a ellos se acordó de su pacto y se compadeció conforme a la grandeza de su amor inagotable». El pueblo de Israel, sin embargo, olvidó de esta manera el amor y la gracia de Dios, pecando en medio de su incredulidad y desobediencia. Así, Dios, que había disciplinado al pueblo de Israel, finalmente les mostró compasión; cuando clamaron en su angustia, Él «se acordó de su pacto por amor a ellos y se compadeció conforme a la grandeza de su amor inagotable» (v. 45), haciendo que

hallaran misericordia ante los ojos de todos sus captores (v. 46). En otras palabras, Dios libró una vez más al pueblo de Israel de un castigo temporal (Park Yun-sun). Aunque los israelitas habían olvidado el abundante amor inagotable de Dios y sus obras poderosas —y, además, habían olvidado a Dios, su Salvador—, Dios se acordó de su pueblo Israel y no olvidó el pacto que había hecho con ellos. A pesar de que los israelitas fueron infieles al pacto, Dios permaneció fiel a su pueblo del pacto a pesar de la infidelidad de ellos. ¿Cuál es la razón de esto? Encontramos la respuesta en 2 Timoteo 2:13: «Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo». Precisamente de esto se trata. La razón por la que Dios es fiel a Su pueblo del pacto —a ti y a mí— es que Él no puede negarse a sí mismo. En otras palabras, Dios es un Dios que no puede evitar sernos fiel. Esa es Su propia naturaleza. ¿Qué otra cosa podría ser esto sino gracia? Vienen a mi mente las palabras de Isaías 49:15: «¿Puede una madre olvidar al bebé que amamanta y no sentir compasión por el hijo que dio a luz? ¡Aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré!». ¡Qué inmensa gracia es que, aun si una madre llegara a olvidar a su bebé de pecho, nuestro Dios nunca nos olvidará! Con frecuencia no recordamos la abundante misericordia de Dios; olvidamos rápidamente las obras que Él ha realizado en nuestras vidas e incluso vivimos como si Él no existiera; sin embargo, Dios promete no olvidarnos jamás, a pesar de nuestra ingratitud. ¿Qué es esto sino gracia? Por eso, al igual que el salmista en el pasaje de hoy, nos sentimos impulsados a orar: «Acuérdate de mí con el favor [gracia] que muestras a tu pueblo» (versículo 4).

Amados, oremos a Dios esta noche tal como lo hizo el salmista: «Señor, acuérdate de mí con la gracia que has otorgado» (versículo 4). Aun si sufrimos de amnesia espiritual —olvidando la abundante misericordia de Dios y sus obras poderosas, o incluso viviendo como si hubiéramos olvidado a Dios nuestro Salvador—, clamemos esta noche pidiéndole que se acuerde de nosotros únicamente por la gracia que nos ha mostrado.

El Dios que otorga gran gracia aun en medio de un gran pecado

[Salmo 106:6-12]

Entre las Escrituras —al menos aquellas que conozco intelectualmente— hay pasajes a través de los cuales Dios, en momentos específicos, derrama su gracia sobre mí. Uno de esos pasajes es la segunda mitad de Romanos 5:20: «...pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». A través de este versículo, Dios me revela mi pecado. Lo verdaderamente asombroso en medio de esta obra del Espíritu Santo es que mi corazón se llena de la gracia de Dios. En otras palabras, llego a experimentar la magnitud de la gracia de Dios justo en medio de la magnitud de mi pecado.

Al reflexionar sobre la naturaleza de Dios basándonos en el pasaje de hoy, el Salmo 106:6-12, podemos describirlo con una sola frase: Él es el Dios que otorga gran gracia aun en medio de un gran pecado. Mi oración es que hoy nos encontremos con este Dios a través del texto del Salmo 106:6-12.

El primer punto que debemos considerar es el gran pecado cometido por el pueblo de Israel. En el versículo 6 del pasaje de hoy, el salmista confiesa: «Hemos pecado igual que nuestros antepasados; hemos hecho lo malo y hemos actuado con maldad». ¿Cuál fue exactamente el pecado malvado que cometieron junto con sus antepasados? Podemos identificar tres aspectos:

En primer lugar, el pecado malvado cometido por el pueblo de Israel —junto con sus antepasados— fue no comprender las obras milagrosas del Señor. Observemos la primera parte del Salmo 106:7: «Nuestros padres en Egipto no comprendieron tus maravillas...». El pueblo de Israel no logró comprender las maravillas que Dios realizó en Egipto durante el tiempo del Éxodo. No mostraron interés ni les prestaron atención. En otras palabras, los judíos de la época de David cometieron el pecado de olvidar las obras poderosas —las maravillas— que Dios había realizado en la vida de sus antepasados durante la etapa en Egipto (versículo 7). ¿Y nosotros? ¿Acaso no estamos cometiendo el mismo pecado que los israelitas? Creo que no somos diferentes. Nosotros también vivimos a menudo olvidando las cosas buenas que Dios ha hecho por nosotros en el pasado. Incluso ahora, mientras vivimos en este mundo, no logramos reconocer las obras que Dios realiza en nuestras vidas. Este es precisamente el gran pecado señalado en el pasaje de hoy.

En segundo lugar, el pecado perverso que el pueblo de Israel —junto con sus antepasados— cometió fue no recordar la abundante misericordia del Señor.

Observemos la parte central del Salmo 106:7: «...no se acordaron de la multitud de tus misericordias...». Debido a que los israelitas de la época de David olvidaron las maravillas —las obras poderosas— que Dios había realizado en la vida de sus antepasados durante la etapa de Egipto, también cometieron el pecado de olvidar el «abundante amor» de Dios. ¿Qué hay de nosotros? ¿Con qué frecuencia vivimos olvidando el gran y abundante amor que Dios nos ha mostrado a través de las obras poderosas que realizó en el pasado? La Biblia identifica esto también como un pecado grave. En tercer lugar, el pecado grave cometido por el pueblo de Israel —junto con sus antepasados— fue su rebelión contra Dios.

Observemos la última parte del Salmo 106:7: «...se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo». Frente al Mar Rojo, los israelitas vieron al ejército egipcio que los perseguía y se quejaron contra Moisés (Éxodo 14:11). Quejarse contra el líder designado por Dios equivale a quejarse contra Dios mismo.

¿Cuál fue la gran gracia que Dios otorgó a los israelitas, a pesar de haber cometido un pecado tan grave? Fue, sencillamente, la «salvación». Observemos el texto de hoy, Salmo 106:8: «Pero él los salvó por amor de su nombre, para dar a conocer su poder». Dios realizó una gran obra de salvación para los israelitas que habían cometido un pecado tan serio. ¡Qué acontecimiento tan asombroso y qué gracia tan inmensa! Es la gracia de Dios que nos salva —diciendo «pero»— aun cuando hemos pecado. ¿Por qué salvó Dios a los israelitas ingratos que habían cometido un pecado tan grave? La razón fue «por amor de su nombre» (versículo 8). ¿Cuál es el significado del nombre de Jesús? ¿Acaso no significa «El Señor es Salvador»? Aunque hemos pecado, el Señor —nuestro Salvador— nos salva por amor de su propio nombre. ¡Qué gracia tan tremenda! Además, mediante este gran acto de salvación, Dios dio a conocer su «poderoso poder» a los israelitas. Aquellos soldados egipcios a quienes los israelitas tanto habían temido... Sin embargo, Dios reprendió al mar Rojo y lo secó, guiando al pueblo de Israel a través de él como si caminaran por un desierto (v. 9). Así, Dios salvó a los israelitas de la mano de quienes los odiaban y los redimió de la mano del enemigo (v. 10). ¿Por qué hizo esto? Porque, mientras los egipcios —enemigos de Israel— los odiaban, Dios amaba a los israelitas, a pesar de su naturaleza ingrata y pecaminosa. El gran poder de Dios se reveló no solo en la salvación de su pueblo amado, sino también en la destrucción del ejército egipcio, su enemigo (v. 11).

¿Cómo debe responder un creyente tras experimentar la gracia de una gran salvación mediante el poderoso poder de Dios, a pesar de haber cometido pecados graves contra el Dios Santo? Observemos el versículo 12 del pasaje de hoy: «Entonces creyeron a sus palabras y cantaron sus alabanzas». La Biblia señala dos respuestas: (1) En primer lugar, creer en la palabra de Dios con mayor profundidad. En otras palabras, significa confiar en la palabra prometida de Dios y vivir una vida guiada por ella. Significa que el creyente que ha experimentado la gran gracia de Dios en medio de su propio pecado grave llega a confiar aún más en Él. (2) En segundo lugar, alabar a Dios. Para un creyente que ha experimentado la

gracia de la salvación divina, debería resultar imposible no alabarlo. Oro fervientemente para que tal gracia esté tanto sobre usted como sobre mí.

Comprenda el gran amor de Dios.

[Salmo 107]

Para vivir una vida verdaderamente valiosa a los ojos de Dios —en lugar de una meramente pasajera—, debemos vivir una vida saciada por la misericordia amorosa del Señor (Salmo 90:14). Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad (Eclesiastés 3:11). Por tanto, como nuevas criaturas en Jesús, podemos llevar vidas plenas cuando nos amamos unos a otros con el amor eterno de Dios. Sin embargo, al igual que el pueblo de Israel, a menudo vivimos sin recordar la abundante misericordia amorosa del Señor (Salmo 106:7). Dios nos habla hoy a través del Salmo 107:43: «El sabio observará estas cosas y comprenderá la misericordia amorosa del SEÑOR». Centrándome en este versículo y en el título «Comprenda el gran amor de Dios», deseo reflexionar sobre cómo podemos captar verdaderamente este gran amor y recibir la gracia que Él ofrece.

¿Cómo podemos comprender el gran amor de Dios? Podemos comprender este gran amor a través de la sabiduría de Dios. Cuando poseemos la sabiduría de Dios, nosotros —los «sabios»— «observamos estas cosas» (v. 43). ¿Cuáles son, entonces, «estas cosas» que aquí se mencionan? En otras palabras, ¿a qué debemos prestar atención mediante la sabiduría de Dios? Se refiere a las «maravillosas obras» que Dios ha realizado en favor de la humanidad (vv. 8, 15, 21, 31). ¿Cuáles son, pues, esas obras maravillosas que Dios ha hecho por la humanidad? En resumen, se trata del acto mediante el cual Dios «salvó» al pueblo de Israel. Basándonos en el pasaje de hoy, podemos identificar cuatro situaciones específicas de las cuales Dios libró al pueblo de Israel (Park Yun-sun).

En primer lugar, Dios salvó al pueblo de Israel cuando vagaba por el desierto (versículos 4–9).

Observe el Salmo 107:4–5: «Vagaban por el desierto, por una senda desolada; no hallaban ciudad donde habitar. Hambrientos y sedientos, su alma desfallecía en ellos». Cuando los israelitas estaban agotados por el hambre y la sed mientras vagaban por el desierto, «clamaron al Señor en su angustia», y Dios los libró de su aflicción (versículo 6). Además, Dios no solo los rescató de su sufrimiento, sino que también los guio por el camino correcto, llevándolos a una ciudad donde pudieran habitar (versículo 7). ¿Cuál era, entonces, la respuesta adecuada para los israelitas que recibieron esta gracia salvadora? Observemos el versículo 8: «¡Que alaben al Señor por su misericordia y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!». ¿Por qué debían alabar a Dios los israelitas? Porque Él sació sus almas anhelantes y colmó de bienes sus almas hambrientas (versículo 9).

El mundo en que vivimos es un desierto. Al vivir en este mundo semejante a un desierto, experimentamos hambre y sed. Esto es algo totalmente natural. Sin embargo, por alguna razón, tendemos a evitar esta realidad y preferimos vivir en el corazón de la ciudad. En un mundo —muy parecido a una ciudad— que persigue los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, nos afanamos por buscar la abundancia terrenal. Y, ciertamente, a veces alcanzamos esa prosperidad mundana; no obstante, nuestras almas permanecen insatisfechas. Tal abundancia no es, en absoluto, mejor que la carencia del desierto; pues en el desierto, al menos, hay almas que —impulsadas por la necesidad— buscan y anhelan fervientemente a Dios. Por tanto, la carencia del desierto es más valiosa que la abundancia de la ciudad. Dios, que sacia nuestras almas necesitadas, nos otorga la gracia de la salvación cuando clamamos a Él con anhelo y hambre. Él evita que vaguemos sin rumbo por el desierto y, en su lugar, nos guía por el camino correcto, conduciéndonos a la verdadera «Ciudad»: Jerusalén. Así pues, debemos alabar a Dios por su gran amor.

En segundo lugar, Dios libró al pueblo de Israel cuando se encontraba en cautiverio (versículos 10–16).

Consideremos el Salmo 107:10: «Algunos estaban sentados en tinieblas y en profunda oscuridad, prisioneros que sufrían bajo cadenas de hierro». ¿Por qué, entonces, el pueblo de Israel permanecía sentado en tinieblas y en sombra de muerte, atado por la miseria y las cadenas? El salmista explica la razón: "Porque se rebelaron contra las palabras de Dios y menospreciaron el consejo del Altísimo" (versículo 11). Su pecado fue una obstinada rebeldía contra la palabra de Dios. Quienes cometen pecados tan graves merecen el castigo del cautiverio, un destino más aterrador que la muerte (Jeremías 22:10) (Park Yun-sun). Como resultado, Dios humilló al pueblo de Israel mediante la adversidad, dejándolos tropezar sin nadie que los ayudara (Salmo 107:12). En su angustia, el pueblo de Israel clamó al Señor (versículo 13). En consecuencia, Dios los libró de su sufrimiento, sacándolos de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompiendo sus ataduras (versículos 13-14). Por tanto, la respuesta adecuada para el pueblo de Israel, tras haber recibido tal gracia salvadora, es "alabar al Señor por su misericordia y por las maravillas que ha hecho para con los hijos de los hombres" (versículo 15). ¿Por qué debe el pueblo de Israel alabar a Dios? Porque Dios los liberó (versículo 16).

A nuestro alrededor hay personas que viven en cautiverio o esclavitud. Quienes no pueden perdonar y se niegan a aceptar el perdón viven, en la práctica, en cautiverio. En cierto sentido, quienes sufren adicciones —como el alcoholismo, el abuso de drogas o el juego— viven como esclavos. Al desobedecer la palabra de Dios y menospreciar al Altísimo, uno inevitablemente termina luchando en un estado de cautiverio o esclavitud. Así, Dios puede humillarnos y apartar a quienes podrían ayudarnos. Sin embargo, cuando nos humillamos ante Dios y clamamos a Él en nuestra angustia —tal como hicieron los israelitas—, Él nos libra de nuestro sufrimiento. Él rompe y elimina todas nuestras cadenas. Dios nos concede la verdadera libertad. Por ello, debemos alabar a Dios por su gran amor. En tercer lugar, Dios

salvó al pueblo de Israel cuando estaban al borde de la muerte, como aquellos que padecen una enfermedad grave (versículos 17-22).

Observemos el Salmo 107:18: "Su alma aborrecía todo tipo de comida, y se acercaban a las puertas de la muerte". La frase «su alma aborrecía todo tipo de comida» indica que estaban tan enfermos que no podían comer (Park Yun-sun). Así, el pueblo de Israel estaba al borde de la muerte. ¿Cuál era la causa? Se debía a que los necios sufren aflicción a causa de sus transgresiones e iniquidades (versículo 17). En aquel momento, el pueblo de Israel «clamó al SEÑOR en su angustia», y Dios los salvó de su aflicción (versículo 19). Dios «envió su palabra» y los sanó, librándolos de su estado de peligro (versículo 20). En otras palabras, Dios ejerció su soberanía y dio la orden de salvar al pueblo de Israel, que enfrentaba la muerte debido a una enfermedad grave (Park Yun-sun). ¿Cuál era, entonces, la respuesta adecuada para el pueblo de Israel que recibió esta gracia de salvación? Observemos los versículos 21 y 22 del texto de hoy: «¡Alaben al SEÑOR por su misericordia y por sus maravillas para con los hijos de los hombres! ¡Ofrezcan sacrificios de acción de gracias y proclamen sus obras con regocijo!».

Creo que existen tres tipos de puertas en este mundo: (1) la puerta de Acor [«Valle de Acor», Oseas 2:15], es decir, la puerta del sufrimiento; (2) la puerta de la muerte (Salmo 107:18); y (3) la puerta de la esperanza (Oseas 2:15). Aun mientras vivimos en este mundo —un desierto lleno de preocupaciones, adversidades, pecado y la realidad inminente de la muerte (Himno 474)—, y aunque debamos atravesar las puertas del sufrimiento y de la muerte, la puerta definitiva por la que estamos destinados a pasar es la puerta de la esperanza. Incluso hoy, el Señor nos guía hacia las puertas del cielo. Al reflexionar sobre esta gracia de salvación, no podemos sino alabar al Señor hasta nuestro último aliento, conmovidos por su amor infinito (Himno 403).

Finalmente, el cuarto punto es que Dios salvó al pueblo de Israel cuando se encontraba en peligro, tal como a los marineros que navegan entre las olas tempestuosas del mar (Salmo 107:23–32).

Dios, el Creador, agitó las olas del mar mediante un viento tempestuoso (v. 25), quebrantando los corazones de los israelitas a través de la tribulación —dejándolos en tal peligro que sus almas «se deshacían» (v. 26)— y haciendo que su sabiduría quedara anulada, de modo que tambaleaban como ebrios (v. 27). En ese momento, «clamaron al SEÑOR en su angustia, y Él los libró de sus aflicciones; calmó la tempestad hasta convertirla en un susurro y aquietó las olas» (vv. 28–29). Además, Dios guio a los israelitas —que se regocijaban ante la calma recién hallada— hacia el puerto que anhelaban (v. 30). Me viene a la mente la letra del himno 462: (Estrofa 1) «En un mar oscuro donde surgen grandes olas y la luz del faro es tenue, el Señor Jesús —que guía a través del vendaval— es el timonel de esta barca»; (Estrofa 2) «Grandes tormentas amenazan esta nave y las aguas profundas se abren para devorarla; sin embargo, el Señor Jesús —que rema a través de este mar— es el timonel de esta barca»; (Estrofa 3) «Con voz poderosa ordena a las olas, y el mar guarda silencio; cuando aclare el cielo del este, cruzaré este mar con el Señor»; (Coro) «No tengo miedo, miedo alguno, pues el Señor Jesús siempre vela; una vez que pase este mar turbulento, llegaré a la tierra de esperanza». Por tanto, ¿cuál es la respuesta adecuada para los israelitas que han recibido tal gracia salvadora? Observemos los versículos 31 y 32 del pasaje de hoy: «¡Que den gracias al SEÑOR por su amor inagotable y por sus maravillosas obras a favor de la humanidad! ¡Que lo exalten en la asamblea del pueblo y lo alaben en el consejo de los ancianos!».

Así como una ostra crea una hermosa perla en lo profundo del mar —incluso en medio de olas que rompen con fuerza y tormentas furiosas—, Dios utiliza las tormentas de este mundo, semejante a un desierto, para refinarnos y convertirnos en hijos de Dios preciosos y honrados. A menudo, cuando las tormentas de la vida arrecien y los vientos y las lluvias azoten, haciendo que nuestros corazones vacilen de miedo y temblor, clamamos a Dios en

nuestra angustia; Entonces Él nos libera y otorga paz a nuestros corazones. Así, cantamos: «Lugar de descanso para mi alma fatigada, puerto seguro entre las olas; me apoyo en el brazo eterno del Señor, que gobierna incluso la tormenta. Con el brazo eterno del Señor sosteniéndome, permanezco firme dondequiera que vaya, pues confío en Su brazo» (Himno 464, estrofa 1 y estribillo).

En última instancia, a través del sufrimiento y la adversidad, Dios salvó al pueblo de Israel, lo bendijo e hizo que prosperara grandemente (versículo 38). Dios sacó a los israelitas necesitados de su aflicción e hizo que sus familias fueran como rebaños de ovejas (versículo 41), haciendo que los rectos vieran esto y se regocijaran (versículo 42). ¿Cuáles son las obras maravillosas que Dios ha realizado en tu vida y en la mía? ¿Reconocemos tú y yo el gran amor de Dios a través de esas obras maravillosas? ¿Acaso no nos rescató —nos salvó— Dios cuando vagábamos por este mundo semejante a un desierto, esclavizados por el pecado, enfrentando la muerte eterna y azotados por las tormentas de la vida? ¿Cómo, entonces, no habríamos de alabar al Señor al reflexionar sobre esta gracia de salvación?

«¡Oh, la gracia salvadora del Señor Jesús! Es verdaderamente gozosa y deleitable; disfrutaré de esa gracia para siempre y pronto hallaré un descanso lleno de paz» (Himno 474, estribillo).

«El amor de Dios es mucho mayor de lo que la lengua o la pluma jamás podrían expresar; trasciende las estrellas más altas y llega hasta lo más profundo de la tierra. Para salvar almas pecadoras, envió a Su Hijo como sacrificio expiatorio y perdonó nuestros pecados. El gran amor de Dios es inmensurable, un amor que nunca cambia; oh santos, cantemos Sus alabanzas» (Himno 404, estrofa 1 y estribillo).

¿Reconoces el gran amor de Dios?

«El sabio observará estas cosas y comprenderá la misericordia del Señor» (Salmo 107:43).

¿Reconoces el gran amor de Dios incluso en medio del sufrimiento? ¿Cómo podemos percibir el gran amor de Dios cuando sufrimos?

Para reconocer el gran amor de Dios en medio del sufrimiento, necesitamos la sabiduría de Dios. Cuando poseemos la sabiduría de Dios, «observamos estas cosas» (Salmo 107:43). Y cuando prestamos atención a las maravillosas obras del Señor (versículos 8, 15, 21 y 31), podemos percibir su gran amor incluso en tiempos de dolor. ¿Cuáles son estas maravillosas obras del Señor que debemos observar?

En primer lugar, una obra maravillosa del Señor es humillarnos a través del sufrimiento.

Observa la primera parte del Salmo 107:12: «Por eso humilló sus corazones con aflicción…». ¿Por qué Dios permite que suframos? Porque nos rebelamos contra la palabra de Dios y menospreciamos su voluntad (versículo 11). En consecuencia, Dios hace que nos sentemos en tinieblas y en sombra de muerte, atados por la aflicción y las cadenas (versículo 10). Aun así, debemos reconocer el gran amor de Dios a través de esta obra maravillosa suya. El gran amor que debemos reconocer es precisamente este: el acto maravilloso de Dios de humillarnos, incluso a través de tal sufrimiento. Si logramos humillarnos mediante el sufrimiento, debemos dar gracias de buena gana por ese dolor y regocijarnos en él. Y a través

de esta obra maravillosa del Señor, debemos reconocer el gran amor que Dios nos tiene. En segundo lugar, una de las obras maravillosas del Señor es dejarnos sin quien nos ayude.

Observa la última parte del Salmo 107:12: «...tropezaron, y no hubo quien los ayudara». Cuando sufrimos, naturalmente queremos pedir ayuda a alguien. Cuanto más intenso es nuestro sufrimiento, más desesperadamente necesitamos asistencia. Sin embargo, la Biblia nos dice que Dios permite que tropecemos sin que haya nadie para ayudarnos. ¿Por qué hace esto Dios? ¿Cómo es esto una de las obras maravillosas del Señor? ¿Cómo podemos experimentar el gran amor de Dios a través de esto? Al apartar a los ayudantes humanos, Dios nos lleva a comprender no solo que «la ayuda no está dentro de [nosotros]» (Job 6:13), sino también que la ayuda humana es inútil e infructuosa (Isaías 30:7). De este modo, Dios hace que reconozcamos que nuestra ayuda proviene únicamente de Él: «Alzo los ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, creador del cielo y de la tierra» (Salmo 121:1-2). A través de esta obra maravillosa del Señor, debemos llegar a comprender el gran amor de Dios.

En tercer lugar, una de las obras maravillosas del Señor es enviar su palabra para sanarnos.

Observemos el Salmo 107:20: «Envió su palabra y los sanó; los libró de la tumba». Cuando sufrimos bajo la disciplina de Dios a causa de nuestros pecados, Él nos humilla y nos deja sin ayudantes humanos, impulsándonos a mirar con humildad únicamente al Señor. Y entonces, Dios nos envía su palabra. En otras palabras, la disciplina de Dios nos conduce al desierto, mientras que su amor habla con ternura a nuestros corazones en medio de ese desierto (Oseas 2:14). Esa palabra es la que nos sana (Salmo 107:20). Es una palabra que pone al descubierto nuestros pecados y nos lleva a confiar en la preciosa sangre que Jesús derramó en la cruz. Es una palabra que nos mueve a arrepentirnos de nuestros pecados y nos otorga la certeza del perdón. A través de esa palabra, nuestro ser interior es sanado en primer lugar; y al ser sanados, experimentamos el gran amor de Dios mediante su palabra.

Esta es una obra maravillosa del Señor, y debemos reconocer el gran amor que Dios nos tiene.

En cuarto lugar, una obra maravillosa del Señor es calmar las tormentas violentas de nuestra vida.

Observemos el Salmo 107:29: «Calmó la tormenta hasta convertirla en un susurro; las olas del mar se aquietaron». Nuestro Dios es quien envía tormentas violentas sobre nosotros cuando, al igual que el profeta Jonás, desobedecemos sus mandatos (Jonás 1:4). Él hace que el mar se vuelva cada vez más turbulento (v. 11), obligándonos así a confesar nuestros pecados (v. 10). Cuando nos arrojamos al mar de la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz, las aguas turbulentas se calman (v. 15). En resumen, Dios aquieta las violentas tormentas de nuestras vidas (Salmo 107:29). Él calma nuestros corazones, que son como un mar agitado por olas furiosas, y nos concede paz. Esta es una obra maravillosa del Señor, y debemos reconocer el gran amor que Dios nos tiene. En quinto lugar, una obra maravillosa del Señor es que Él escucha nuestras oraciones cuando clamamos a Él en nuestra angustia y nos libra de situaciones dolorosas.

Consideremos el Salmo 107:6, 13, 19 y 28: «Entonces clamaron al Señor en su angustia, y Él los libró de sus aflicciones» (v. 6); «Entonces clamaron al Señor en su angustia, y Él los salvó de sus aflicciones» (v. 13); «Entonces clamaron al Señor en su angustia, y Él los salvó de sus aflicciones» (v. 19); «Entonces clamaron al Señor en su angustia, y Él los sacó de sus aflicciones» (v. 28). Una obra maravillosa del Señor es que Dios no solo sana nuestro ser interior, sino que también libra nuestro ser exterior del sufrimiento. Cuando clamamos a Dios en nuestra angustia, Él escucha nuestras oraciones y nos rescata de nuestro dolor. Es una obra maravillosa del Señor que Él escuche las oraciones de pecadores como nosotros; además, responde a nuestras oraciones librándonos del desierto, así como de las tinieblas y la aflicción. Cuando experimentamos esta gracia de salvación, no podemos evitar dar gracias por el gran amor de Dios. Nos sentimos impulsados a confesar que «Dios es

salvación» (el significado del nombre Jesús). Esta es una obra maravillosa del Señor, y debemos reconocer el gran amor que Dios nos tiene.

En sexto lugar, una obra maravillosa del Señor es que Él nos guía por el camino correcto.

Consideremos el Salmo 107:7: «Y los guio por camino derecho, para que fueran a una ciudad donde habitar». Nuestro Dios nos ha rescatado del reino de Satanás —comparado con Egipto— y nos guía a través de este mundo, semejante a un desierto, hacia la verdadera tierra de Canaán: la Tierra Prometida del cielo. Como rebaño de Dios, debemos escuchar y obedecer la voz del Señor, nuestro Pastor (cf. Juan 10); sin embargo, en este mundo que se asemeja a un desierto, a menudo nos desviamos a izquierda o derecha y vagamos sin rumbo (Salmo 107:4). Siempre que esto sucede, el Señor, nuestro Pastor, nos consuela y nos guía con «tu vara y tu cayado» (Salmo 23:4). En consecuencia, ya no caminamos por las sendas tortuosas de Satanás, sino que seguimos el camino recto. Esta es una obra maravillosa del Señor y, a través de ella, debemos llegar a comprender el gran amor de Dios.

Séptimo, la obra maravillosa del Señor consiste en saciar el alma anhelante y llenar de bienes el alma hambrienta.

Observemos el Salmo 107:9: «Porque sacia al alma anhelante, y llena de bien al alma hambrienta». Dios nos conduce al desierto y nos lleva a una situación de necesidad. Al hacerlo, provoca que nuestras almas sientan hambre. Entonces infunde un anhelo en nuestras almas hambrientas: un deseo de Dios y de su Palabra (cf. Deuteronomio 8:2-3). Mediante esa Palabra, nos concede entendimiento y nos ayuda a comprender que no hay nadie en esta tierra a quien desear fuera del Señor (Salmo 73:25). La razón es que Dios desea que vivamos en plenitud, satisfechos únicamente con el Señor. Esta es una de las obras prodigiosas del Señor y, a través de ella, debemos reconocer el gran amor que Dios nos tiene.

Octavo, la obra prodigiosa del Señor consiste en concedernos la verdadera libertad.

Observemos el Salmo 107:14: «Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus cadenas». El Dios de verdad es el Dios que nos hace libres (cf. Juan 8:32). Al hacernos libres, primero libera nuestro ser interior del pecado, liberando así nuestro ser exterior de circunstancias dolorosas. Esto se debe a que Dios sabe que estar atados por las cadenas del pecado y esclavizados a él es un problema mucho mayor que el sufrimiento causado por cadenas físicas. Sin embargo, a menudo, mientras sufrimos bajo cadenas físicas, no logramos percibir la gravedad de estar atados por las cadenas del pecado. Con frecuencia, ni siquiera comprendemos la causa raíz del sufrimiento que soportamos en estas ataduras físicas. En particular, aunque Dios desea que aprendamos —a través del sufrimiento del cautiverio físico— la enorme diferencia entre ser siervos de la justicia y siervos del pecado, a menudo somos demasiado insensatos para percibir esta obra maravillosa suya. Por tanto, debemos pedir sabiduría a Dios (Santiago 1:5). Debemos prestar atención a sus obras maravillosas mediante la sabiduría que Él nos otorga (Salmo 107:43). Y debemos reconocer el gran amor de Dios, quien nos libera tanto de la esclavitud del pecado como de las cadenas físicas que nos aprisionan. En noveno lugar, la obra maravillosa del Señor nos conduce al puerto de nuestros anhelos.

Observemos el Salmo 107:30: «Entonces se alegran porque se calmaron; así Él los guía al puerto que deseaban». Dios calma los vientos tempestuosos de nuestras vidas y nos conduce al puerto que anhelamos. Al hacerlo, el Señor mismo se convierte en nuestro timonel, guiándonos incluso ahora hacia el puerto del cielo. Aunque el camino por delante parezca largo y peligroso, ruego fervientemente que todos miremos con fe al Señor —nuestro timonel— y alcancemos ese puerto celestial.

En décimo lugar, las obras maravillosas del Señor nos mueven a alabar a Dios.

Observemos el Salmo 107:8, 15, 21, 31 y 32: «¡Oh, que los hombres den gracias al Señor por su bondad y por sus obras maravillosas para con los hijos de los hombres!» (v. 8), «¡Oh, que los hombres den gracias al Señor por su bondad y por sus obras maravillosas para con los

hijos de los hombres!» (v. 15), «¡Oh, que los hombres den gracias al Señor por su bondad y por sus obras maravillosas para con los hijos de los hombres!» (v. 21), «¡Oh, que los hombres den gracias al Señor por su bondad y por sus obras maravillosas para con los hijos de los hombres!» (v. 31), «Exáltenlo también en la asamblea del pueblo y alábenlo en la compañía de los ancianos» (v. 32). En última instancia, al realizar obras milagrosas y maravillosas en nuestras vidas, Dios nos lleva a alabarlo en respuesta a su gran amor. Al reflexionar sobre Dios, quien nos humilla a través del sufrimiento, recordé la letra de la tercera estrofa del himno 330, «Para desechar el yugo del dolor»: «Dejando a un lado mi corazón orgulloso, vengo a Jesús; vengo al Señor para seguir su bendita palabra. Cansado y desanimado, vengo al Señor para cobrar fuerzas, recibir el gran amor de Jesús y probar el gozo celestial». Al pensar en Dios, quien nos deja sin ayuda humana, recordé la primera estrofa del himno 349, "Buscando la ayuda del Señor": "Oro al Señor Jesús buscando Su ayuda; concédeme la salvación y acéptame como Tuyo". Al contemplar a Dios, quien nos sana enviando Su palabra, recordé la tercera estrofa y el estribillo del himno 235, "Esa dulce y maravillosa palabra": "La palabra de vida, que resuena por doquier, trae perdón y paz a todo corazón; con solo escuchar la palabra de Jesús, recibimos bendición. Hermosa y preciosa palabra, fuente de vida; hermosa y preciosa palabra, fuente de vida". Al pensar en Dios, quien calma las furiosas tormentas de nuestras vidas, recordé la tercera estrofa del himno 462, "Sobre el oscuro mar de olas furiosas": "Cuando Él ordena a las olas con voz poderosa, este mar caerá en una calma serena; y cuando el alba despunte radiante en el oriente, cruzaré este mar junto con el Señor". Al reflexionar sobre el Dios que escucha nuestras oraciones cuando clamamos en la angustia y nos libra de situaciones dolorosas, me viene a la mente la letra de la tercera estrofa y el estribillo del himno 474, "Este mundo está lleno de pesares": "Este mundo está lleno de pecado y peligros de muerte; mas mi Señor Jesús me salva y descansaré en paz. ¡Qué gozo y alegría siento en la gracia salvadora del Señor Jesús!; disfrutaré de esa gracia por siempre y descansaré en paz". Al pensar en Dios, quien nos guía por el camino correcto, me viene a la mente la letra de la cuarta estrofa y el estribillo del himno 442: "Ayúdame a vivir conforme a Tu voluntad desde hoy en adelante; derrama Tu gran amor y permíteme seguirte. Buen Pastor, Salvador, guíame siempre; Buen Pastor, Salvador,

guíame siempre". Al pensar en el Dios que sacia nuestras almas anhelantes y colma de bienes a los hambrientos, me viene a la mente la letra de la tercera estrofa y el coro del Himno 102: "Nada es más precioso que el Señor Jesús; no puedo cambiarlo por la felicidad de este mundo. Aunque surjan tentaciones y persecuciones, mi corazón permanece firme en servirle; he dejado atrás todos los placeres y el orgullo mundanos. Nada es más precioso que el Señor Jesús; no hay nadie más que Jesús". Al pensar en el Dios que nos otorga la verdadera libertad, recuerdo la letra de la primera estrofa de la canción evangélica "He encontrado libertad": "He encontrado libertad, tú has encontrado libertad, hemos encontrado libertad; he encontrado libertad, tú has encontrado libertad, hemos encontrado libertad. El Señor ha hablado: las cadenas se han roto; hemos encontrado libertad. ¡Aleluya! He encontrado libertad, tú has encontrado libertad, hemos encontrado libertad". Al reflexionar sobre Dios, quien nos guía al puerto de nuestros anhelos, recuerdo una vez más el coro del Himno 462, "En un mar oscuro de olas furiosas": "Ya no temo, ya no temo; el Señor Jesús vela siempre. Cuando haya cruzado este mar turbulento, llegaré a esa tierra de esperanza". Al comprender el gran amor de Dios por nosotros a través de sus obras maravillosas, no podemos sino alabar su majestad y grandeza (Himno 40, "Cuán grande es Él"):

1. Señor mi Dios, al contemplar asombrado todos los mundos que tus manos crearon; veo las estrellas, oigo el retumbar del trueno, tu poder desplegado por todo el universo.

2. Cuando camino por los bosques y claros de la selva, y escucho a las aves cantar dulcemente entre los árboles; cuando miro desde la grandeza de las altas montañas, oigo el arroyo y siento la suave brisa.

3. Y cuando pienso que Dios, sin escatimar a su Hijo, lo envió a morir, apenas puedo comprenderlo; que en la cruz, llevando con gusto mi carga, sangró y murió para quitar mi pecado.

4. Cuando Cristo venga con grito de aclamación y me lleve a casa, ¡qué gozo llenará mi corazón! entonces me inclinaré en humilde adoración y proclamaré: «¡Dios mío, cuán grande eres!».

<Coro> ¡Mi alma canta a Ti, mi Dios y Salvador: cuán grande eres, cuán grande eres! ¡Mi alma canta a Ti, mi Dios y Salvador: cuán grande eres, cuán grande eres!

“Despertaré al alba”

[Salmo 108]

Este año, el lema de nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri es: “Dedíquense con constancia a la oración”. Al reflexionar sobre este lema, considero cómo podemos evaluar si nuestra iglesia realmente se está dedicando a la oración. Existen diversas formas de realizar tal evaluación. Por ejemplo, podríamos observar las cifras: cuántas personas asisten a la reunión mensual de oración nocturna (que se celebra de viernes a sábado), a la reunión de oración de los miércoles o al culto de oración de la madrugada del sábado. Si bien las cifras de asistencia ofrecen una manera de medir nuestro compromiso, también debemos evaluar la calidad de nuestras oraciones. Por supuesto, esta no es una tarea sencilla; es algo que cada individuo debe valorar por sí mismo. En última instancia, podemos determinar si toda la familia de la iglesia se dedica verdaderamente a la oración observando el contenido de las oraciones elevadas a Dios durante nuestros cultos de oración de la madrugada. Me centro en el culto de la madrugada porque marca los primeros momentos del día. Cuantos más corazones acudan a la casa del Señor para dedicarle el inicio del día —ofreciendo oraciones llenas de acción de gracias y alabanza—, más podremos afirmar que nuestra iglesia está viviendo verdaderamente el lema de este año: una dedicación constante a la oración. Es innegablemente difícil levantarse a una hora en la que uno se siente naturalmente cansado y somnoliento, acudir a la casa del Señor para dedicarle los primeros instantes del día y elevar oraciones de acción de gracias y alabanza. Uno podría preguntarse si realmente es necesario celebrar un culto de oración de madrugada. Sin embargo, si alguien logra despertar al alba y comenzar el día ofreciendo acción de gracias y alabanza a Dios, esa persona puede ser llamada verdaderamente un “guerrero de oración que despierta

al alba". Entonces, ¿cómo ora una persona que despierta al alba? Podemos considerar tres aspectos. En primer lugar, quien se levanta temprano para orar ofrece a Dios oraciones de acción de gracias y alabanza.

Observemos el Salmo 108:3: "Te daré gracias, oh Señor, entre los pueblos; te cantaré alabanzas entre las naciones". El pasaje de hoy nos presenta a David, un hombre que se levantaba temprano para orar. Él comenzaba su oración a Dios con acción de gracias y alabanza. ¿Por qué ofrecía tales acciones de gracias y alabanzas? Fue porque había experimentado la grandeza del amor inquebrantable y la fidelidad de Dios. Observemos el versículo 4: «Porque grande es, por encima de los cielos, tu amor inquebrantable; tu fidelidad llega hasta las nubes». ¿Cómo experimentó, entonces, David el amor inquebrantable y la fidelidad de Dios? Experimentó su amor inquebrantable a través de la gracia de la salvación divina —su acto de liberación (versículo 6)— y experimentó su fidelidad al escuchar a Dios hablar a través de su santidad (versículo 7).

Creo que es una expresión de fe verdaderamente preciosa comenzar el día acudiendo a la casa del Señor al amanecer para orar, ofreciendo acción de gracias y alabanza por su amor inquebrantable y su fidelidad. Además, vivir todo el día en el Señor con un corazón lleno de gratitud y alabanza representa una fe de valor incalculable. Sin embargo, al mirar atrás y repasar mi propia vida durante la semana pasada, debo confesar que no he vivido plenamente de esta manera ante Dios. Al reflexionar sobre la razón de esto a la luz del pasaje de hoy, me doy cuenta de que se debe a que no logré experimentar plenamente la gracia de la salvación de Dios y su santa Palabra. Si, en medio de la vida cotidiana, Dios nos libera y vivimos nuestra fe día a día escuchando su santa Palabra, ¿cómo no habríamos de acudir a la casa del Señor al amanecer para ofrecer oraciones de acción de gracias y alabanza? Al igual que David —un hombre de oración que se levantaba al amanecer—, yo también deseo subir a la casa de Dios y ofrecer oraciones llenas de acción de gracias y alabanza. Quiero orar mientras alabo a Dios, movido por la gratitud y el asombro ante su liberación (salvación)

y su santa Palabra. ¿Y usted? ¿Acaso no desea también, como David, ofrecer oraciones de acción de gracias y alabanza a Dios, movido por la gracia de su salvación y su Palabra?

En segundo lugar, quien se levanta temprano para orar lo hace para la gloria de Dios.

Observemos el Salmo 108:5: «Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos, y que tu gloria esté sobre toda la tierra». Quien se levanta temprano para orar se humilla ante el Dios santo. Jamás podrá exaltarse a sí mismo ni actuar con arrogancia en presencia del Dios santo. Si alguien ora jactándose de sí mismo —como el fariseo—, no puede ser llamado un verdadero guerrero de oración que se levanta al amanecer. Es más, una oración que se jacta de uno mismo no puede considerarse verdadera oración. David, quien se levantaba temprano para orar según el pasaje de hoy, oraba para que solo el Señor fuera exaltado. Oraba para que únicamente el Señor fuera enaltecido y para que su gloria fuera exaltada sobre todo el mundo. David oraba de esta manera porque había experimentado la gran misericordia y fidelidad de Dios. Así, mientras alababa la grandeza y majestad del Señor desde lo profundo de su alma (versículo 1), David oraba para que solo el Señor fuera exaltado. Oraba para que la gloria de Dios fuera exaltada sobre toda la tierra (versículo 5). En tercer lugar, quien ora al amanecer pide a Dios liberación.

Observemos el Salmo 108:6: «Sálvanos y ayúdanos con tu diestra, para que tus amados sean librados». David ofrecía oraciones de acción de gracias y alabanza a Dios, reconociendo su misericordia y verdad, y oraba por la gloria de Dios. Al mismo tiempo, David suplicaba a Dios que lo salvara de sus adversarios. Habiendo experimentado la gran misericordia de Dios a través de actos de liberación pasados, David apelaba ahora a Dios para que lo rescatara de sus enemigos una vez más. En esta oración, David reconocía que la ayuda humana es inútil (versículo 12). Por tanto, dirigía sus peticiones únicamente al Señor, quien es amoroso y fiel. En particular, sabiendo que la victoria sobre el enemigo era imposible a menos que Dios marchara con los ejércitos de Israel —sin abandonar a su pueblo (versículo 11)—, David confiaba plenamente en el Dios de salvación al orar.

Nosotros también debemos confiar plenamente en Dios y presentarle nuestras peticiones, tal como lo hizo David. Al orar, debemos reconocer la inutilidad de la ayuda humana y, con fe, buscar la liberación únicamente en Dios. Especialmente al librar una batalla espiritual, debemos creer firmemente que Dios es quien marcha con nosotros y nunca nos abandona (versículo 11); debemos invocar su ayuda y orar por la victoria sobre nuestros adversarios.

Así pues, hay dos cosas que experimenta quien ora al amanecer. (1) El primero de estos beneficios es la paz del corazón.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 108:1: «Mi corazón está firme, oh Dios; cantaré y entonaré alabanzas con toda mi alma». La persona que se levanta temprano para orar —ofreciendo acción de gracias y alabanza a Dios y buscando su gloria— halla paz mental al pedir su salvación. Esta paz interior es una gracia que Dios concede a quienes depositan toda su confianza en Él mediante la oración. Consideremos la última parte del Salmo 112:7: «...confiando en el Señor, su corazón está firme». Puesto que quien se levanta temprano para orar depende totalmente de Dios, su corazón permanece firme y en paz.

(2) Además, aquellos que se levantan temprano para orar actúan con valentía.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 108:13: «Con Dios obtendremos la victoria, y él pisoteará a nuestros enemigos». Después de orar y depositar toda su confianza en Dios, David actuó con valentía. No temió a sus enemigos; por el contrario, marchó con audacia y coraje junto a su ejército, seguro de la victoria. Esto se debió a que creía que Dios saldría con él y con sus fuerzas (versículo 11). También confiaba en que Dios les concedería la victoria y los conduciría a la «ciudad fortificada» (versículo 10). Así, David actuó con audacia y valentía.

Amados, dediquémonos a la oración. Esforcémonos por ser personas que, al igual que el salmista David, se levantan temprano para orar. Ofrezcamos oraciones de acción de gracias y alabanza, reconociendo la grandeza, la misericordia y la fidelidad de Dios. Al igual que David, oremos: «Exaltado seas, oh Dios, sobre los cielos, y tu gloria sobre toda la tierra» (versículo 5). Clamemos fervientemente a Dios por liberación. Cuando lo hagamos, Dios nos concederá estabilidad en el corazón y valentía. Actuemos valientemente para la gloria del Señor con un corazón firme e inquebrantable.

«Soy una persona de oración»

[Salmo 109]

¿Qué clase de persona utiliza Dios? Ayer, mientras hacía ejercicio en la YMCA y escuchaba en mi reproductor MP3 una conferencia del presidente del Seminario Teológico Reformado de Charlotte, un punto específico sobre Moisés —a quien Dios utilizó— resonó profundamente en mí. La conferencia me desafió al dividir la vida de 120 años de Moisés en tres etapas, ilustrando cómo Dios lo preparó progresivamente para Su servicio: (1) durante sus 40 años en Egipto, Moisés pensaba que era *algo*; (2) durante sus 40 años en Madián, comenzó a darse cuenta de que no era *nada*; y (3) durante los 40 años que guio a los israelitas por el desierto, llegó a comprender que Dios utiliza la *nada* (a aquellos que no son nada). Al escuchar esto, reflexioné sobre en qué etapa me encuentro actualmente. Parece que oscilo entre las etapas (1) y (2). Hay momentos en los que creo erróneamente que soy *algo*. En esos instantes, Dios, en Su amor, me enseña que en realidad no soy *nada*. Esa sensación de ser *algo* parece engendrar codicia y arrogancia en mi interior. Siempre que eso sucede, Dios me lleva al desierto para humillarme. Hace que me siente en silencio ante Él a solas; a través de la oración y Su Palabra, revela el pecado en mi corazón y me conduce al arrepentimiento. Recibo consuelo y fortaleza de las palabras amables que Él me dirige (Oseas 2:14). Vienen a mi mente las palabras de Marcos 9:29: «...sino por la oración...». Así como Jesús enseñó que ciertos demonios no podían ser expulsados sino mediante la oración, parece que la oración es la única manera de vaciarnos de cosas pecaminosas como la codicia y el orgullo.

En el Salmo 109:4, el salmista David dice: «En pago de mi amor me acusan, pero yo me entrego a la oración». Este pasaje nos dice que, aunque David amaba a sus enemigos, ellos se oponían a él. Ante tal situación, David declara: «Yo me entrego a la oración». ¿Cómo se oponían, entonces, los enemigos de David a él? Se oponían con palabras maliciosas. Observemos los versículos 2 y 3: «Porque bocas impías y engañosas se han abierto contra mí; han hablado contra mí con lenguas mentirosas. También me han rodeado con palabras de odio y me han atacado sin causa». Los enemigos de David escupían palabras venenosas y maliciosas para hacerle daño («bocas impías») y empleaban un discurso engañoso para conspirar contra él («bocas engañosas»). Además, oprimían a David —quien era inocente— acusándolo falsamente de culpabilidad («atacado sin causa») (Park Yun-sun). Los enemigos de David pagaban el bien con el mal y el amor con odio (versículo 5).

Ciertamente, la lengua tiene aspectos beneficiosos, pero al mismo tiempo posee una faceta aterradora. La lengua tiene un lado positivo —capaz de proclamar el Evangelio, pronunciar palabras amables y ofrecer consuelo y ánimo—, pero también tiene un lado aterrador; puede herir y lastimar a los demás y, mediante falsas acusaciones, calumnias, mentiras y la difusión de rumores, puede incluso destruir la vida de una persona. No hace mucho, un informe de noticias en línea de CNN cubrió el suicidio de una niña de 13 años en Misuri. Megan Meier, una joven de 13 años de Misuri, conoció a un chico llamado Josh Evans (de 16 años) en la red social MySpace; él se ganó su afecto enviándole mensajes en los que la llamaba «sexy», y ella se enamoró profundamente de él. Tras intercambiar mensajes durante un tiempo, Josh dijo repentinamente que se marchaba, y Megan le suplicó que se quedara. Sin embargo, Josh envió un mensaje diciendo: «El mundo sería un lugar mejor sin ti», y veinte minutos después, Megan se quitó la vida ahorcándose. Más tarde, los padres de Megan descubrieron que «Josh» era en realidad una mujer de 49 años que vivía en su mismo vecindario. Este incidente involucró a la madre de una de las amigas de la joven, quien se hizo pasar por un chico en MySpace para entablar una relación con ella, solo para causarle luego profundas heridas emocionales mediante el abuso verbal y palabras crueles, llevándola finalmente al suicidio. Considero que este suceso sirve como una advertencia

contundente sobre los peligros de los rumores maliciosos y los comentarios de odio que proliferan en Internet. Por eso el apóstol Santiago escribe: «Ningún ser humano puede domar la lengua. Es un mal inquieto, lleno de veneno mortal» (Santiago 3:8). Los enemigos de David se oponían a él con lenguas llenas de «maldad incesante y veneno mortal». Les encantaba maldecir; de hecho, la maldición era como una vestidura que llevaban puesta (Salmo 109:17–18). No hallaban placer en bendecir a otros; al contrario, se deleitaban maldiciendo. ¿Por qué a los enemigos de David les encantaba maldecirlo de esa manera? David explica la razón: «Porque nunca pensó en mostrar bondad, sino que persiguió al pobre, al necesitado y al de corazón quebrantado, incluso hasta la muerte» (v. 16). Los enemigos de David eran personas que no tenían intención alguna de mostrar compasión hacia el pobre, el necesitado o el de corazón quebrantado. Por el contrario, perseguían y buscaban matar precisamente a esas personas. Tales individuos crueles se levantaron contra David, maldiciéndolo con sus lenguas. Ante esta situación, David acudió a Dios en oración. La frase «soy un hombre de oración» (NIV) traduce el original como «soy una persona de oración», mientras que la NASB la traduce como «pero yo estoy en oración». En otras palabras, en medio de una situación en la que sus enemigos usaban sus lenguas malvadas para maldecirlo y hacerle daño, David declaró: «Pero yo estoy en oración». Una traducción literal del hebreo es «yo soy oración». Esto implica que el propio David *era* oración: que su vida misma se había convertido en oración (Park Yun-sun). ¿Cuál era, entonces, el contenido de la oración de David? Puede clasificarse, en términos generales, en dos puntos (Park Yun-sun):

(1) David oró para que el juicio de Dios cayera sobre sus enemigos (vv. 6–20). En su oración, David pidió a Dios que actuara contra los impíos —sus enemigos— (v. 6). Ellos merecen la condenación; dado que sus oraciones son meros halagos pasajeros en lugar de expresiones de arrepentimiento genuino, están destinados a enfrentar el juicio en vez de recibir una respuesta de Dios (v. 7). La oración que se encuentra en los versículos 8 al 16 es la súplica de David para que Dios traiga ruina y destrucción sobre sus enemigos malvados (Park Yun-

sun). Además, la oración de los versículos 17 al 20 pide a Dios que retribuya a aquellos que se deleitan en maldecirlo (v. 20).

(2) David suplicó a Dios que lo librara (vv. 21–31).

Esta oración de liberación fue una súplica para que Dios contemplara su estado de miseria y aflicción, mostrara compasión y lo salvara (vv. 22–25). Se describió a sí mismo como pobre y necesitado, con el corazón profundamente herido (v. 22); afirmó que se desvanecía como la sombra vespertina que se alarga (v. 23) y que había quedado demacrado a causa de sus oraciones (v. 24). Así, confiando en la misericordia de Dios, buscó tanto ayuda como salvación en Él (v. 26). David oró no solo por su liberación, sino también para que sus enemigos reconocieran que era Dios quien lo había salvado (v. 27). También poseía la certeza de la salvación (v. 28). Creía firmemente que Dios se pondría a la diestra del necesitado —él mismo— y lo rescataría de sus enemigos. Es más, David oró para que, aunque sus enemigos le lanzaran maldiciones, Dios las convirtiera en bendiciones (v. 28). También oró respecto a sus enemigos —quienes vestían la maldición como un atuendo (v. 18)— pidiendo que fueran «cubiertos de su propia vergüenza como de un manto» (v. 29). Confiando en la misericordia divina, presentó esta petición con la firme seguridad de que Dios respondería a su oración. En consecuencia, decidió: «Con mi boca daré grandes gracias al SEÑOR; lo alabaré en medio de la multitud» (v. 30).

Oremos como David, sin importar las dificultades, adversidades o situaciones injustas que enfrentemos. Aun cuando nuestros adversarios busquen hacernos daño con palabras maliciosas, mantengamos —al igual que David— una actitud constante de oración, declarando de hecho: «Pero yo, en cambio, estoy orando». Dios disciplinará a nuestros adversarios y nos librará de sus manos. Por tanto, ofrezcamos abundantes gracias y alabanzas a Dios con nuestros labios.

«Los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana»

[Salmo 110]

El domingo pasado participé en el estudio bíblico del Distrito 4, donde analizamos la Lección 6 de la serie «Guerra espiritual»: «La batalla pertenece al Señor». Durante la sección de apertura, compartimos cuáles eran los mayores campos de batalla en nuestras respectivas vidas. Identificamos estos campos de batalla como nuestros hogares, lugares de trabajo, relaciones con los demás y nuestro propio ser interior. Al hacerlo, nos planteamos una pregunta crucial: «¿Estamos realmente bien equipados para esta guerra espiritual?». La razón es sencilla: sin la armadura adecuada, no podemos ganar esta gran batalla. ¿Estamos tú y yo revestidos de toda la armadura de Dios? ¿Estamos verdaderamente armados con el cinturón de la verdad, el escudo de la fe, la coraza de justicia, el yelmo de la salvación, el calzado del evangelio de la paz y la espada del Espíritu —la Palabra de Dios—? ¿Estamos luchando bien con la Palabra de Dios y la fe en las batallas espirituales que enfrentamos ahora mismo? ¿Estamos luchando con la seguridad de la salvación? ¿Estamos aprovechando esto como una oportunidad para experimentar y proclamar el evangelio de la paz?

En lo personal, el día después del estudio bíblico del distrito —el lunes pasado— perdí la batalla en mi propio campo de batalla personal: la lucha interior. A altas horas de la noche del lunes, sin poder dormir, me senté en el sofá de la sala y reflexioné sobre mi vida; vinieron a mi mente los mensajes que había predicado. Recordé los sermones que había impartido: sobre los «corazones endurecidos» (Marcos 6:52), durante las oraciones de la madrugada

del viernes y el sábado y en el culto en inglés; y sobre «asuntos relacionados con la salvación» (Hechos 27:27–44), durante el culto en coreano. Al recordar estas enseñanzas, me di cuenta de que había fallado en proteger mi paz interior; en cambio, había permitido que mi corazón se endureciera, lo que me llevó a desobedecer la Palabra de Dios. Me sentí apesadumbrado y decepcionado de mí mismo al comprender que, a pesar de conocer el mensaje que se había proclamado, había pasado el día entero desobedeciéndolo intencionalmente y dejándome llevar por pensamientos pecaminosos. Al enfrentarme a mi propia debilidad, insuficiencia, indignidad y naturaleza pecaminosa —y ante la realidad de haber perdido la batalla interior contra mi "viejo yo"— busqué la misericordia y la compasión de Dios. Confesé y reconocí mis pecados ante Dios y pedí perdón. Más tarde, durante la reunión de oración de la madrugada del martes, tras compartir sobre la lucha espiritual que había enfrentado el lunes, vino a mi mente mientras oraba el pasaje de Filipenses 4:6-7, el cual se había proclamado durante el culto dominical en coreano. Entonces presenté mis peticiones a Dios "con acción de gracias" y decidí ser agradecido. En medio de esto, Dios me concedió paz mental y me permitió experimentar el gozo de la victoria.

Para triunfar en esta guerra espiritual que pertenece a Dios, debemos levantarnos como "sus jóvenes, como el rocío de la mañana", tal como se describe en el Salmo 110:3: "Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder; en la hermosura de la santidad, desde el seno de la aurora, tienes tú el rocío de tu juventud". Escuché por primera vez la frase "sus jóvenes, como el rocío de la mañana" en la iglesia Seohyun, en Corea. Fue cuando el pastor encargado del ministerio de jóvenes adultos se refirió a los jóvenes de la iglesia Seohyun con ese título. En aquel entonces, me pareció una frase maravillosa, aunque no comprendía del todo su significado. Sin embargo, al meditar hoy en el Salmo 110 y encontrarme nuevamente con esa expresión, comencé a reflexionar sobre lo que realmente significa ser "sus jóvenes, como el rocío de la mañana". Quisiera abordar esto desde tres perspectivas. En medio de esto, oro para que todos seamos levantados como los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— y salgamos victoriosos en nuestras batallas espirituales.

En primer lugar, los jóvenes del Señor, que son como el rocío de la mañana, son aquellos que se consagran voluntariamente al Señor.

Aquí, la frase "los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana" se refiere a aquellos que, en el día del poder del Señor —es decir, el día de su batalla—, se consagran con gozo o voluntariamente al Señor Jesús, su Comandante. Estos jóvenes, que voluntariamente se han consagrado a Jesucristo —Aquel que resucitó de la tumba, ascendió al cielo y reina a la diestra de Dios como Rey del Cielo (versículo 1)—, son innumerables, tal como lo sugiere la expresión «rocío de la mañana». En otras palabras, la multitud de jóvenes del Señor que se han consagrado con gozo a Cristo y a Su iglesia constituye el ejército espiritual del Señor. Este ejército espiritual —estos jóvenes semejantes al rocío matutino— son los «buenos soldados» de Cristo Jesús (2 Timoteo 2:3-4). Son aquellos que soportan el sufrimiento junto al Señor y que, negándose a enredarse en los asuntos de la vida civil, buscan más bien agradar a Aquel que los alistó como soldados.

El Señor nos ha alistado a ti y a mí en Su ejército. Somos los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— que voluntariamente nos hemos consagrado a nuestro Comandante. Como soldados espirituales alistados en el ejército del Señor, debemos esforzarnos por ser «buenos soldados» del Señor. Para ello, debemos reconocer que sufrir con el Señor es un privilegio (Filipenses 1:29) y participar fervientemente en Sus sufrimientos (Filipenses 3:10). Además, no debemos enredarnos en los asuntos de nuestra propia vida, sino esforzarnos por agradar al Señor que nos ha alistado. Como buenos soldados del Señor, para agradar a Jesús —nuestro Comandante— debemos permanecerle fieles y obedecer Sus mandamientos. Debemos consagrarnos a Jesús, nuestro Comandante, y comprometernos a obedecer Su Palabra.

En segundo lugar, los jóvenes del Señor —comparados con el rocío de la mañana— son aquellos que poseen un carácter santo.

El rocío de la mañana representa una frescura libre de polvo. Por tanto, «los jóvenes del Señor semejantes al rocío de la mañana» se refieren a aquellos que poseen una pureza similar a la claridad del rocío que resplandece bajo la luz del sol matutino. Estos jóvenes del Señor, al poseer tal pureza, están «vestidos de santidad» (v. 3). En otras palabras, son los santos soldados espirituales del Señor para el día de Su batalla. ¿Cuál es, entonces, la naturaleza de la guerra en la que participan estos soldados espirituales, confiando en Jesús, su Comandante? Es una guerra espiritual santa. Al participar —tú y yo— en esta santa guerra espiritual, debemos resplandecer «como el rocío» en nuestra calidad de santos soldados espirituales del Señor. Es decir, mientras luchamos contra este mundo de tinieblas, debemos irradiar la santa luz del Señor. Para ello, debemos exponer y reprender las obras de las tinieblas (Efesios 5:11, 13). Como santos soldados del Señor, jamás debemos participar en las obras de las tinieblas (v. 11). En consecuencia, como santos soldados espirituales del Señor, debemos alcanzar la victoria en esta santa guerra espiritual y, de este modo, dar gloria al santo Señor.

En tercer lugar, los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— son aquellos que reciben nuevas fuerzas y vencen al mundo.

Los jóvenes del Señor, semejantes al rocío de la mañana, libran una santa batalla espiritual como soldados santos del Señor; reciben nuevas fuerzas de Jesucristo —quien está sentado a la diestra de Dios— y, de este modo, triunfan en la guerra espiritual. Al librar esta santa guerra espiritual, estos jóvenes comprenden que la lucha no es contra carne y sangre. Es decir, tienen presente que la batalla espiritual es «contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). Por tanto, los soldados espirituales del Señor deben revestirse de toda la armadura de Dios. Especialmente en la batalla contra los espíritus malignos, deben afilar la espada del Espíritu, su única arma. Debemos librar la batalla espiritual afilando nuestros pensamientos y corazones con la Palabra de Dios, manteniéndonos vigilantes y sobrios, y orando (1 Pedro 4:7). Nunca debemos permitir que

las tentaciones del mundo, las riquezas y la codicia ahoguen la Palabra e impidan que dé fruto (Mateo 13:22). No podemos ganar una batalla espiritual si la afrontamos en un estado de embotamiento espiritual. Debemos luchar contra nosotros mismos, contra el pecado, contra el mundo y contra Satanás con la certeza de la victoria y creyendo en Jesús, nuestro Comandante. Esta es la imagen en la que nuestra iglesia debe transformarse. En otras palabras, todos debemos vivir una vida de combate con la certeza de la victoria.

¿Qué es lo que realmente necesita nuestra iglesia para librar la batalla espiritual como jóvenes (soldados) del Señor, semejantes al rocío de la mañana? Lo que necesita es la nueva fuerza que el Señor provee cada día, en cada instante. Debemos recibir esta nueva fuerza continuamente de parte del Señor, quien venció a la muerte, resucitó, ascendió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios. Solo así podremos cobrar fuerzas y vencer en esta santa guerra espiritual. Para obtener la nueva fuerza que el Señor nos brinda, debemos escuchar la voz apacible de Dios en la quietud de nuestros corazones. Así como el rocío cae silenciosamente en medio de la noche, debemos renovar nuestras fuerzas escuchando la voz apacible y suave de Dios en la quietud de nuestros corazones. Para luchar y vencer en la batalla espiritual, nunca debemos debilitarnos; por el contrario, para combatir y triunfar sobre las fuerzas de la injusticia y el pecado, necesitamos recibir del Señor un suministro diario de fortaleza. Necesitamos el poder de la Palabra de Dios, la espada del Espíritu. Necesitamos el poder del Evangelio. Además, para que nuestra iglesia triunfe en la batalla espiritual, necesitamos el poder de la oración.

En Éxodo 17:15 encontramos la expresión «Jehová-nisi» (El Señor es nuestro estandarte). Cuando Israel y Amalec lucharon en Refidim, Moisés alzó sus manos en oración e Israel venció (versículo 11). Al mantenerse las manos de Moisés alzadas hasta la puesta del sol, Israel salió victorioso; por ello, edificaron un altar y lo llamaron Jehová-nisi (versículo 15). El poder que hizo posible la victoria en la guerra fue el poder de Dios, quien responde a las oraciones de Moisés. Hoy debemos escuchar este mensaje y orar. Para ganar la batalla espiritual que enfrentamos —ese gran campo de batalla donde tú y yo estamos librando una

lucha espiritual—, no debemos bajar las manos en oración. Como jóvenes del Señor, y al igual que el rocío de la mañana, tú y yo debemos consagrarnos con gozo al Señor. Y como buenos soldados del Señor, debemos irradiar la luz de la santidad de Dios. Somos los santos soldados espirituales del Señor. Debemos luchar contra este mundo de tinieblas para manifestar la santidad del Señor. Debemos recibir nuevas fuerzas del Señor cada día y en cada instante para ganar la batalla espiritual que se nos ha encomendado. Por tanto, oro para que tú y yo seamos quienes planten la bandera de la victoria en nuestro campo de batalla, proclamando «Jehová-nisi»: «Jehová es mi estandarte».

«Una revelación importante»

[Salmo 111]

Anoche, mientras leía los capítulos 11 al 13 del Evangelio de Juan, mi atención se detuvo en Juan 13:2: «El diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de traicionar a Jesús». Al seguir leyendo, encontré otro pasaje sobre Judas Iscariote en Juan 13:27: «Tan pronto como tomó el bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto"». Al meditar en estos dos versículos, reflexioné sobre cómo Judas Iscariote no libró la batalla espiritual en el terreno de sus pensamientos; en cambio, permitió que la idea de traicionar a Jesús —sembrada por Satanás— entrara y creciera en su corazón, lo que finalmente llevó a que Satanás entrara en él y lo convirtiera en quien traicionó a Jesús. ¿Por qué crees que Judas Iscariote pasó de simplemente albergar el pensamiento de traicionar a Jesús a cometer realmente el acto de traición? Encontré la razón en Juan 12:4-6: «Pero Judas Iscariote, uno de sus discípulos —el que iba a traicionarlo— dijo: "¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio el dinero a los pobres?". Dijo esto no porque se preocupara por los pobres, sino porque era un ladrón; él tenía la bolsa del dinero y solía robar de lo que se depositaba en ella». En Juan 12:4-6 vemos un suceso en casa de Lázaro, en Betania, donde María tomó «una libra de perfume de nardo puro, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos» (versículo 3). Entonces Judas Iscariote preguntó: «¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio a los pobres?» (versículo 5). La razón por la que Judas habló así no fue por preocupación hacia los pobres, sino simplemente porque estaba obsesionado con el dinero. Era un ladrón que custodiaba la bolsa del dinero y solía robar de lo que se depositaba en ella (versículo 6). En resumen, Judas Iscariote era un hombre que amaba el

dinero. En consecuencia, como se observa en Juan 13:2, el diablo puso en el corazón de Judas el pensamiento de traicionar a Jesús; el diablo sembró esta idea en Judas precisamente porque él amaba el dinero. Este pensamiento creció hasta que Satanás entró en Judas (13:27) y, finalmente, Judas traicionó a Jesús ante los sumos sacerdotes a cambio de treinta monedas de plata (Mateo 26:15, 26:46–50).

Al meditar en este pasaje, recordé Santiago 1:15: «Entonces, cuando el deseo ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, cuando ha madurado, engendra la muerte». En última instancia, debido a que Judas amaba el dinero —raíz de toda clase de males (1 Timoteo 6:10)—, quedó indefenso cuando el diablo puso en su corazón el pensamiento de traicionar a Jesús; aceptó ese pensamiento y se dejó extraviar por él, permitiendo que el pecado en su mente creciera hasta producir el fruto del pecado. Al reflexionar sobre la vida y muerte de Judas Iscariote —cuya vida surgió de una raíz de amargura para dar frutos podridos—, recordé una vez más la importancia de la batalla por nuestros pensamientos. Reafirmé mi responsabilidad de luchar y vencer con buenos pensamientos cada vez que el diablo siembra pensamientos malignos o pecaminosos en mi mente. Para lograrlo, debemos meditar en la Palabra de Dios día y noche. Al hacerlo, debemos adquirir entendimiento a través de Su Palabra. ¿En qué consiste este «entendimiento»? En su libro *Guidance and the Voice of God* (La guía y la voz de Dios), J. I. Packer explica que el entendimiento significa comprender cómo vivir en obediencia a la revelación de Dios. La sabiduría es, ante todo, entendimiento (Packer). Además, la sabiduría abarca también el poner en práctica ese entendimiento con diligencia (Packer). El texto de hoy se refiere a esto como «buen entendimiento» (Salmo 111:10). Centrándome en el versículo 10 del Salmo 111, deseo explorar cómo podemos alcanzar este «buen entendimiento» y recibir la gracia que Dios ofrece.

¿Cómo podemos, entonces, alcanzar un buen entendimiento? Encontramos la respuesta en el Salmo 111:10: "El principio de la sabiduría es el temor del Señor; buen entendimiento tienen todos los que practican sus preceptos. ¡Su alabanza permanece para siempre!". La

Biblia nos dice que, para obtener buen entendimiento, debemos guardar "sus preceptos", es decir, los mandamientos de Dios. ¿Cuál es, entonces, el mandamiento de Dios al que se hace referencia aquí? Es temer a Dios (versículo 10). ¿Qué significa realmente temer a Dios? Solía pensar en el temor a Dios principalmente en términos del versículo: "El temor del Señor es aborrecer el mal" (Proverbios 8:13). Por supuesto, no creo que esa perspectiva fuera incorrecta; después de todo, eso es lo que dice la Biblia. Sin embargo, al leer el libro de James Packer *Conocer a Dios* (específicamente la sección sobre la guía de Dios), me di cuenta de que había un aspecto del temor a Dios que no había comprendido del todo. Packer afirma: "La reverencia no tiene nada que ver con el miedo; significa respeto". Explica además que la reverencia es una actitud de contemplar la grandeza de Dios con asombro, mientras se le obedece activamente y se busca agradarle. Al leer esto, comprendí que, si bien temer a Dios ciertamente implica obedecer su palabra y aborrecer el mal, va más allá: se trata de alabar y adorar al Señor por su excelsa grandeza. Entonces, ¿qué debemos hacer para alabar y adorar la grandeza del Señor? Encontré la respuesta a esta pregunta en tres puntos del pasaje de hoy. Mi oración es que aprendamos y pongamos en práctica estos tres principios bíblicos y que, al alabar y adorar la grandeza del Señor, obtengamos verdadero discernimiento.

En primer lugar, para alabar y adorar la grandeza del Señor, todos debemos estudiar las obras del Señor.

Observemos el Salmo 111:2: "Grandes son las obras del Señor; son meditadas por todos los que se deleitan en ellas". Las "obras del Señor" mencionadas aquí se refieren específicamente a los acontecimientos en los que Dios, a través de Moisés, envió diez plagas sobre Egipto y liberó a los israelitas de la esclavitud (v. 4); proveyó maná, codornices y agua en el desierto (v. 5); y les concedió la Tierra Prometida de Canaán como herencia (v. 6). Estas "obras del SEÑOR" representan la "redención" que Dios otorgó al pueblo de Israel (v. 9). ¿Por qué dice el salmista que aquellos que se deleitan en los grandes y poderosos actos de salvación de Dios —realizados a favor de Israel durante el Éxodo— los estudian?

La razón es que, al aprender más sobre los actos salvadores que Dios realizó en el pasado, llegamos a creer que su justicia salvadora perdurará para siempre, tanto en el presente como en el futuro (v. 3) (Park Yun-sun). En pocas palabras, la razón por la que estudiamos las obras de Dios con detenimiento es para fortalecer nuestra fe y nuestra certeza; específicamente, la certeza y la fe en nuestra salvación.

Debemos estudiar la historia de la salvación de Dios en la Biblia para cultivar la fe y la certeza de que el Dios que obró la salvación en el pasado también nos librará de las adversidades y dificultades que enfrentamos hoy. Entre estos relatos, uno de mis favoritos es la historia de José. Dios libró a José de sus hermanos, de Potifar y su esposa, y de la cárcel; finalmente, Él había enviado a José por delante de ellos para salvar la vida de toda la familia de Jacob (Génesis 45:5). Así, Dios hizo que el pueblo de Israel se multiplicara en Egipto y, unos 400 años más tarde, los liberó por medio de Moisés y los condujo a Canaán, la Tierra Prometida. La historia de la salvación de Dios revelada en la vida de José apunta a Jesús —el verdadero José—, quien nos salva mediante su vida y su muerte y nos guía hacia la Tierra Prometida del cielo. Por lo tanto, aunque enfrentemos diversas crisis injustamente —tal como le sucedió a José—, podemos tener la fe y la certeza de que Dios ciertamente nos salvará y hará que todas las cosas cooperen para nuestro bien. Para aferrarnos a esta fe y certeza salvadoras, debemos estudiar con diligencia y esmero la historia de la salvación de Dios tal como se registra en la Biblia. En consecuencia, con este entendimiento, debemos alabar y adorar al Señor por su excelsa grandeza.

En segundo lugar, para alabar y adorar la excelsa grandeza del Señor, todos debemos recordar las obras del Señor.

Observemos el Salmo 111:4: «Ha hecho que sus maravillosas obras sean recordadas; el Señor es clemente y misericordioso». El Dios clemente y misericordioso hizo que el pueblo de Israel —en tiempos del salmista— recordara la historia de salvación que Él había obrado para sus antepasados durante el Éxodo. ¿Cuál era el propósito de esto? Revelar que Él es un

Dios fiel que guarda su pacto: un Dios que recuerda el pacto establecido con Israel (versículo 5), lo confirma (versículo 9) y, finalmente, lo lleva a su cumplimiento.

Nuestro Dios es quien nos hace recordar las obras salvadoras —aquellos hechos maravillosos— que ha realizado en nuestras vidas. Por tanto, sin importar las adversidades o dificultades que enfrentemos hoy, al recordarnos la historia de salvación del pasado, Dios nos concede la fe y la certeza de que también nos librará de nuestras luchas actuales. Así, podemos cantar las palabras del Himno 40, cuarta estrofa: «Cuando mi Señor Jesús regrese a este mundo, me guiará a aquel reino celestial; me inclinaré humildemente en adoración y alabaré al Señor por siempre». Nuestro Señor, quien cumple fielmente el pacto que hizo con nosotros, ya ha comenzado la buena obra de salvación en nuestro interior; al consumar dicha salvación cuando Jesucristo regrese, nos permitirá ascender a la casa del Señor y alabar y adorar por siempre su majestad y grandeza.

En tercer lugar, para alabar y adorar al Señor por Su excelsa grandeza y majestad, todos debemos regocijarnos en las obras del Señor.

Consideremos el Salmo 111:2: «Grandes son las obras del Señor; buscadas por todos los que en ellas se deleitan». La gran obra que el Señor realizó a favor del pueblo de Israel durante el Éxodo fue, de hecho, la «redención». Así como Dios ordenó a los israelitas que aplicaran la sangre de un cordero en los postes de sus puertas durante la décima plaga para librarlos de Egipto, Él nos ha comprado a ti y a mí con la preciosa sangre de Jesús, otorgándonos así la gracia de la salvación. Observemos 1 Pedro 1:18-19: «Sabiendo que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata... sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación».

Por ello, podemos cantar el himno 410: «¡Sublime gracia! ¡Qué dulce el sonido que salvó a un miserable como yo!» (Estrofa 1). La razón es que poseemos «el gozo de [Su] salvación» (Salmo 51:12). Debemos regocijarnos en esta obra de salvación —grande (111:2), honorable

y majestuosa (v. 3)— que Dios ha llevado a cabo. Además, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios, llenos del gozo de Su salvación. Mi oración es que tú y yo vivamos una vida que tema a Dios —una vida de alabanza y adoración a Su excelsa grandeza—, alcanzando así la verdadera sabiduría y dando gloria a Dios.

Daré gracias a Dios con todo mi corazón y le alabaré para siempre.

«¡Aleluya! Daré gracias al SEÑOR con todo mi corazón en la asamblea de los rectos y en la congregación… El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría; todos los que siguen sus preceptos tienen buen entendimiento. Su alabanza permanece para siempre» (Salmo 111:1, 10).

Estamos celebrando una serie de cultos con motivo del 34.º aniversario de la fundación de la Iglesia Presbiteriana Victory. Ayer, viernes, el mensaje que Dios me transmitió a través del orador invitado fue «Solo por la gracia salvadora del Dios Trino» (Efesios 1:3–14). Recibí la verdad de que Dios Padre amó a un pecador como yo y me eligió antes de la fundación del mundo; Dios Hijo, Jesús, me redimió (perdonó mis pecados) mediante su muerte en la cruz; y Dios Espíritu Santo me selló y me garantizó. Tras recibir este mensaje, todos cantamos el himno evangélico «Aunque no pueda expresarlo plenamente» para alabar a Dios. Esa noche, sentado en el despacho pastoral de la iglesia, busqué esa canción en YouTube y la escuché repetidamente (tanto la versión vocal como la instrumental para violín). Me conmovió especialmente escuchar a una joven hermana interpretar la melodía al violín. Más tarde, mientras me preparaba para el sermón final de la serie de oración matutina —concretamente al comenzar a leer el Salmo 119, programado para el culto de hoy—, me vi volviendo a meditar una vez más en el Salmo 111, un pasaje en el que ya habíamos reflexionado a principios de semana. Al leer y releer el Salmo 111, mi atención se centró en la parte final de los versículos 1 y 10. En la lectura de hoy del Salmo 111 (específicamente los versículos 1 y 10), el salmista declara que la acción de gracias y la alabanza a Dios,

hechas de todo corazón, deben perdurar para siempre. ¿Cuál es la razón? Que las obras que Dios ha realizado son grandes (versículo 2). Deleitándose en estas grandes obras, el salmista las estudió (versículo 2). En particular, él estudió las obras que Dios realizó a favor del pueblo de Israel durante el Éxodo; grandes obras que pueden clasificarse en tres etapas:

La primera etapa comprende cómo Dios envió diez plagas sobre Egipto por medio de Moisés y, finalmente, libró a los israelitas de la mano del Faraón, el rey de Egipto.

Observemos el Salmo 111:4: «Ha hecho memorables sus maravillas; el Señor es clemente y compasivo». ¿Cuáles son las maravillas divinas que el salmista recordaba aquí? Son las diez plagas que Dios infligió a Egipto durante el Éxodo. El salmista no solo recordaba estos grandes milagros de Dios, sino que también los estudiaba (versículo 2). Su conclusión tras estudiar estos milagros fue esta: «Dios es clemente y compasivo» (versículo 4). Al igual que el salmista, nosotros también debemos deleitarnos en las grandes obras que Dios ha realizado y estudiarlas. Debemos mirar atrás, hacia nuestro propio pasado, y recordar los milagros que Dios ha obrado en nuestro favor. El milagro que debemos recordar es cómo Él nos libró —por medio de Jesús, el verdadero Moisés— del reino de Satanás, el cual es semejante a Egipto. ¿Cómo nos liberó Dios y nos rescató del reino de Satanás, donde antes éramos esclavos del pecado? De la siguiente manera: tal como envió la décima plaga sobre Egipto, Dios nos libró del reino de Satanás permitiendo que su Hijo unigénito, Jesús —quien es el Cordero de la Pascua—, muriera en la cruz. Al recordar este gran milagro de Dios, debemos confesar, tal como lo hizo el salmista, que «Dios es clemente y compasivo» (v. 4).

La segunda etapa abarca cómo Dios proveyó alimento a los israelitas en el desierto.

Observemos el Salmo 111:5: «Da alimento a los que le temen; se acuerda de su pacto para siempre». El salmista no solo recordaba y meditaba en la gran obra de Dios de liberar a los israelitas de Egipto, sino que también reflexionaba sobre cómo Dios los alimentó en el desierto durante cuarenta años. Recordaba cómo Dios había guiado a los israelitas a

recorrer el camino del desierto durante esos cuarenta años (Deuteronomio 8:2). También recordaba cómo Dios los alimentó con maná (v. 3). Cuando Dios hizo llover maná para alimentar a los israelitas —dándoles el pan del cielo (Salmo 78:24)—, la confesión del salmista fue que Dios había establecido su pacto para siempre y lo recuerda eternamente (111:5, 9). Al igual que el salmista, nosotros también debemos regocijarnos en las grandes obras que Dios ha realizado y meditar en ellas. Al mirar atrás hacia nuestro pasado, debemos recordar cómo Dios ha provisto nuestro pan de cada día. En particular, el pan celestial dado por Dios que debemos recordar es Jesús mismo; es decir, debemos recordar a Jesús, quien es el Pan de Vida (Juan 6:48). Debemos recordar el pacto eterno que Dios estableció a través de Jesús. Aunque el primer Adán desobedeció el pacto establecido por Dios, Jesús —el segundo Adán— obedeció la palabra de Dios incluso hasta la muerte en la cruz. En consecuencia, conforme a la promesa que hizo con Jesús, Dios ha perdonado todos nuestros pecados y nos ha salvado. A través de Jesucristo, hemos recibido el perdón de los pecados y la salvación, obteniendo así la vida eterna. Por lo tanto, habiendo recibido esta vida eterna, debemos —al igual que el salmista— confesar que «el nombre de Dios es santo y temible» (versículo 9).

La tercera etapa implica que Dios otorga la Tierra Prometida de Canaán al pueblo de Israel como su herencia.

Observemos el Salmo 111:6: «Les ha dado la heredad de las naciones y les ha mostrado el poder de sus obras». ¿Cuál fue, entonces, la herencia que Dios dio a su pueblo, Israel? Fue la tierra de Canaán: «las tierras de otras naciones» (versículo 6, *Versión Coreana Contemporánea*). Al dar la Tierra Prometida de Canaán a los israelitas, Dios demostró su poder (versículo 6). Él manifestó este poder al estar con Josué y el pueblo de Israel, capacitándolos para conquistar la tierra de Canaán (Josué 18:1). Dios destruyó a las siete naciones de Canaán y dio la tierra a los israelitas como herencia (Hechos 13:19). El verdadero «Josué» es Jesús (ambos nombres comparten el mismo significado: «Dios es salvación»), y la verdadera «tierra de Canaán» es el Reino de los Cielos. Mediante la muerte

de Jesús en la cruz, Dios nos ha concedido el perdón de los pecados (redención) y la salvación (vida eterna). Además, Dios mismo se ha convertido en nuestra herencia (Deuteronomio 10:9). Gracias al Señor, que es nuestra esperanza eterna, hemos llegado a poner la mirada en el cielo: una «patria mejor» (Hebreos 11:16). Como quienes experimentan este poder de salvación, debemos confesar lo mismo que el salmista: «Las obras de sus manos son fieles y justas; todos sus preceptos son dignos de confianza. Están establecidos para siempre jamás, promulgados con fidelidad y rectitud» (Salmo 111:7–8). Debemos confesar: «Las obras salvadoras que Dios realiza son fieles y justas; puesto que Él actúa en verdad y justicia, son eternamente seguras» (versículos 7–8).

¿Cuál fue la confesión del salmista tras contemplar las grandes cosas que Dios había hecho por el pueblo de Israel? Observemos el Salmo 111:3, el texto de hoy: «Sus obras son gloriosas y majestuosas, y su justicia permanece para siempre». ¿A qué se refiere, entonces, con «sus obras» (las obras de Dios)? Se refiere a la «redención» (versículo 9). Dios redimió al pueblo de Israel y lo salvó. Al comprender que la justicia de Dios en esta salvación permanece para siempre, el salmista confesó: «Dios es glorioso y majestuoso» (versículo 3). También se comprometió diciendo: «Dios, te daré gracias con todo mi corazón; Dios, te alabaré para siempre» (versículos 1, 10). Al igual que el salmista, recordemos y contemplemos también nosotros la gran obra de salvación que Dios ha realizado a nuestro favor, para que podamos darle gracias con todo nuestro corazón y alabarle eternamente.

La bendición de quienes guardan los mandamientos de Dios

[Salmo 112]

Hoy fui a la iglesia en coche con mis dos hijas, Yeri y Yeeun, para asistir a la reunión de oración de los miércoles. Por el camino, Yeri le leía un libro a Yeeun. Al escuchar una frase del libro que mencionaba a "una mamá coneja de entendimiento lento, un papá conejo aún más lento y el hijo conejo más lento de todos", comenté en broma a las niñas que aquello se parecía un poco a nuestra familia. Ya fuera porque Yeri no me oyó o simplemente porque lo tomó como una broma de papá, ella siguió leyendo. Sin embargo, unos segundos después, Yeeun dijo: "Como soy la hija menor de la casa, eso significa que soy la más lenta". Al percibir que Yeeun podía sentirse un poco herida, intenté suavizar la situación diciendo: "Lo que importa no es ser listo, sino esforzarse". En esta conversación encontré una lección espiritual: para evitar volvernos torpes espiritualmente, debemos dedicarnos con diligencia a meditar en la Palabra de Dios. Además, mediante esa meditación, debemos convertirnos en personas que escuchan y siguen la voz del Señor, nuestro Pastor.

El miércoles pasado meditamos sobre el concepto de "buen entendimiento" basándonos en el Salmo 111. Aprendimos que, para obtener un buen entendimiento, debemos guardar los mandamientos de Dios (versículo 10). Aprendimos que el mandamiento al que se hace referencia aquí es "temer a Dios" (versículo 10), y que temer a Dios significa "alabar y adorar al Señor por su grandeza y majestad". También aprendimos que, para alabar y adorar la grandeza del Señor, debemos estudiar, recordar y regocijarnos en las obras del Señor. Hemos aprendido que, al guardar los mandamientos de Dios, adquirimos buen

discernimiento y podemos vivir sabiamente en este mundo. En el Salmo 112:1, el salmista nos exhorta a encontrar gran deleite en los mandamientos de Dios: "¡Aleluya! Bienaventurado el hombre que teme al Señor, que se deleita grandemente en sus mandamientos". La Biblia nos dice que las bendiciones nos seguirán cuando lo hagamos. Hoy, al reflexionar sobre las bendiciones que disfrutan quienes guardan los mandamientos de Dios, espero que tú y yo también podamos experimentar estas mismas bendiciones obedeciendo Su palabra.

En primer lugar, la bendición de guardar los mandamientos de Dios se extiende a la descendencia.

Observemos el Salmo 112:2: «Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendecida». Uno de los deseos más profundos de los padres creyentes es transmitir su fe como legado a sus hijos. Pero, ¿está sucediendo esto como deseamos? Sabes mejor que nadie que la crianza de los hijos rara vez sigue exactamente los deseos de los padres. Entonces, ¿qué debemos hacer como padres para transmitir este legado espiritual a nuestros hijos y descendientes? Como nos enseña el texto de hoy, nosotros, los padres, debemos ante todo temer a Dios, y esa reverencia debe expresarse mediante la obediencia a Sus mandamientos. No debemos transmitir a nuestra descendencia meras riquezas materiales, sino más bien el camino de temer al Dios vivo (Park Yun-sun). Para que nuestros hijos y descendientes reciban bendiciones, debemos obedecer los mandamientos de Dios con un corazón que le tema. En resumen, debemos ser «los rectos» (versículo 2). Cuando lo hacemos, Dios derrama bendiciones sobre nuestros hijos y descendientes incluso después de que hayamos partido, haciéndolos prosperar en esta tierra. Tengamos esto presente: para que nuestros hijos y descendientes prosperen en este mundo hostil cuando ya no estemos, debemos temer a Dios y guardar diligentemente Sus mandamientos. En segundo lugar, una bendición que disfrutan quienes guardan los mandamientos de Dios es la abundancia de riquezas.

Observemos el Salmo 112:3: «Bienes y riquezas hay en su casa, y su justicia permanece para siempre». Quienes temen a Dios y guardan Sus mandamientos reciben bendiciones materiales. En otras palabras, la persona que guarda los mandamientos de Dios es la verdaderamente rica. ¿Qué define, entonces, a una persona verdaderamente rica? Una persona verdaderamente rica es aquella que, aun sin poseer grandes bienes materiales, tiene a Dios como su herencia; por ello, siempre se siente satisfecha y da para ayudar a los demás. Si alguien posee gran riqueza pero carece de satisfacción, esa persona es simplemente esclava de la codicia, de los deseos vanos y de la vida misma; ciertamente, no es alguien verdaderamente rico (Park Yun-sun). En cambio, la persona verdaderamente rica es «benigna, compasiva y justa» (versículo 4). Vive una vida caracterizada por la generosidad hacia los demás (Park Yun-sun). ¿Cómo puede uno llegar a ser verdaderamente rico? En otras palabras, ¿cómo puede uno alcanzar una abundancia de riquezas? La razón radica en el hecho de que quien teme a Dios y guarda sus mandamientos también posee «justicia» (versículos 3; Park Yun-sun). Dicho de otro modo, Dios contempla nuestra justicia y nos concede bendiciones materiales. Para aquellos que temen a Dios y guardan sus mandamientos, su justicia permanece para siempre (versículos 3, 9). En consecuencia, Dios otorga la bendición de una riqueza abundante a su hogar. Por tanto, hay satisfacción en su corazón.

En tercer lugar, una bendición para quienes guardan los mandamientos de Dios es recibir la gracia de Dios.

Observemos el Salmo 112:4: «Resplandece luz en las tinieblas para los rectos; él es benigno, misericordioso y justo». Nuestro Dios ya nos ha librado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo (Colosenses 1:13). Ya no pertenecemos a este mundo de tinieblas (Juan 17:14). Sin embargo, mientras vivimos en este mundo oscuro, aun cuando nos esforzamos por temer a Dios y guardar sus mandamientos, hay momentos en que enfrentamos tinieblas. No obstante, incluso en tales momentos de oscuridad, Dios hace que surja la luz. En otras palabras, uno recibe la gracia de Dios incluso en medio de

adversidades como la enfermedad o la tribulación (Park Yun-sun). Dios hace brillar su luz sobre los rectos cuando habitan en tinieblas y los libra. Por ello, quienes temen a Dios y guardan sus mandamientos disfrutan de una gracia aún mayor de parte de Dios en medio de las tinieblas.

En cuarto lugar, una bendición para quienes guardan los mandamientos de Dios es que prosperan.

Observemos el Salmo 112:5: «Bien le va al hombre que actúa con generosidad y presta; que maneja sus asuntos con justicia». Quienes temen a Dios y guardan sus mandamientos comparten con los demás la gracia que han recibido (versículo 5). Veamos el versículo 9 del texto: «Reparte generosamente y da a los pobres; su justicia permanece para siempre, y su poder será exaltado con honor». Él presta a otros; Es decir, vive una vida de servicio. Por lo tanto, prospera. Vienen a mi mente las palabras de Proverbios 11:24-25: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado». La razón por la que alguien se vuelve más próspero aun mientras reparte y da a otros es que Dios asegura que su prosperidad permanezca inquebrantable siempre que continúe su rectitud al ayudar al prójimo (Park Yun-sun). El secreto de tal éxito reside en temer a Dios y guardar fielmente sus mandamientos. Uno de esos mandamientos es actuar con justicia en todos los asuntos. Observemos Miqueas 6:8: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios». Actuar con justicia en todas las cosas es bueno; este es el verdadero secreto del éxito. Los impíos, que envidian la prosperidad de los justos, crujirán los dientes de frustración y finalmente perecerán; los deseos de los impíos se desvanecerán (Salmo 112:10).

En quinto lugar, la bendición de la que disfrutan quienes guardan los mandamientos de Dios es la firmeza.

Observemos el Salmo 112:8: «Afianzado está su corazón; no temerá, hasta que vea en sus enemigos su deseo». ¿Por qué el corazón de quien teme a Dios y guarda sus mandamientos permanece firme, de modo que no teme a las «malas noticias» (versículo 7)? Porque ha puesto su corazón firmemente en confiar en Dios (versículo 7). Debido a que da a los pobres en medio de estas circunstancias, quien teme a Dios y guarda sus mandamientos permanece sin temor (Park Yun-sun). Socorrer al pobre es un acto de amor al prójimo, y en tal amor no hay temor (1 Juan 4:18), pues el perfecto amor echa fuera el temor. Nosotros también debemos mantener nuestro corazón firme obedeciendo los mandamientos de Dios mientras le tememos. No debemos temer, ni siquiera al escuchar «malas noticias» sobre los impíos; por el contrario, debemos disponer firmemente nuestro corazón para depender totalmente de Dios. Bienaventurados son aquellos que temen a Dios y guardan sus mandamientos. La bendición se extiende a su descendencia; reciben bendiciones materiales y experimentan la gracia de Dios. Además, quienes guardan sus mandamientos prosperan y no temen, pues sus corazones son firmes. Ruego que tales bendiciones sean para todos nosotros.

«Alabad, siervos del Señor»

[Salmo 113]

¿Qué es la alabanza? Encontré un artículo en Internet que sugería que la alabanza puede servir como una herramienta de «autodiagnóstico» del estado espiritual de uno: «Si quieres conocer tu condición espiritual actual, simplemente observa las canciones que frecuentemente están en tus labios. Si te sientes solo, de ti brotarán canciones sobre la soledad; si estás desesperado, canciones pesimistas y tristes escaparán de tus labios. Lo mismo se aplica a tu estado espiritual. Al examinar las alabanzas que cantas con frecuencia, puedes discernir de inmediato tu condición espiritual actual. Si te encuentras cantando una canción como "No hay nadie que toque mi corazón como el Señor", es probable que necesites consuelo y sanidad. Nuestra boca expresa lo que llevamos dentro. Sin embargo, algo aún más notable es el hecho de que cambiar las canciones de tus labios puede, de hecho, cambiar tu estado interior. Si deseas transformar tu condición espiritual, simplemente cambia las alabanzas que cantas. Puesto que Dios se deleita en el canto, Él escucha las alabanzas de nuestros labios y obra en consecuencia» (Internet). Hay gran sabiduría en la idea de que cambiar las alabanzas en nuestros labios puede alterar nuestro estado espiritual. Por supuesto, creo que esto es imposible sin la gracia de Dios; solo es posible mediante la fe. Por ejemplo, sin fe sería imposible cantar verdaderamente el himno n.º 40, «Cuán grande es Él», mientras el corazón está lleno de angustia y dolor. Aunque uno pudiera forzar la salida de las palabras, el mero hecho de cantar la letra no transformaría el estado espiritual. Sin embargo, cuando miramos a Dios con fe y ofrecemos alabanza, el Espíritu Santo transforma nuestros corazones. Además, así como ocurrió un milagro cuando Pablo y Silas —encarcelados, como se relata en Hechos 16— oraron y alabaron a

Dios, de igual manera Dios transformará no solo nuestro estado espiritual, sino también nuestras circunstancias, cuando le ofrecemos alabanza con fe.

Por tanto, es propio que alabemos a Dios. En el Salmo 113:1, el salmista nos exhorta: «¡Aleluya! Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor». Aquí, los «siervos del SEÑOR» se refieren a aquellos que ocupan una posición humilde por causa de Dios (Park Yun-sun). Este pasaje nos enseña que debemos humillarnos mediante la fe, conocer verdaderamente a Dios y ofrecerle la alabanza que merece (Park Yun-sun). Desde nuestra posición humilde, debemos «alabar el nombre del SEÑOR desde ahora y para siempre» (versículo 2). En otras palabras, hemos de alabar a Dios eternamente. Además, junto con nosotros, el mundo entero debe alabar humildemente a Dios «desde donde sale el sol hasta donde se pone» (versículo 3). ¿Por qué, entonces, debemos alabar a Dios eternamente desde una posición tan humilde? Podemos encontrar dos razones en el texto.

La primera razón es que Dios es exaltado.

Observemos el Salmo 113:4-5: «¡El SEÑOR está por encima de todas las naciones, y su gloria por encima de los cielos! ¿Quién es como el SEÑOR nuestro Dios, que está sentado en las alturas?». Al reflexionar sobre estos versículos, recuerdo el himno 40, «Cuán grande es Él» (titulado literalmente «Todos los mundos creados por el Señor Dios» en coreano). Un alma que alaba la sublimidad y la grandeza del Señor reconoce la naturaleza exaltada de Dios. Y al reconocer la naturaleza exaltada y la grandeza de Dios, no podemos evitar cantar: «Me inclinaré humildemente en adoración y alabaré al Señor para siempre». En otras palabras, el creyente que llega a conocer la grandeza exaltada del Señor se siente impulsado a humillarse. Por consiguiente, se inclina humildemente y alaba la majestad y la grandeza del Señor. El salmista nos exhorta a ofrecer una alabanza digna de Dios, conociéndolo humildemente de manera correcta. Tal alabanza digna es aquella que se ofrece comprendiendo la naturaleza exaltada de Dios. En el pasaje de hoy, el salmista nos insta a alabar para siempre la gloria de Dios —quien está exaltado por encima de los cielos y

sentado en un trono alto y glorioso (versículos 4-5)—. ¿Cómo podemos, entonces, llegar a conocer la grandeza del Señor y ofrecerle la alabanza y la gloria que merece? Podemos conocer esto a través de la Palabra de Dios (revelación especial) y también a través del mundo natural que Él creó (revelación general). Una manera —como ya meditamos anteriormente en el Salmo 111— es estudiando (versículo 2), meditando en (versículo 4) y recordando las grandes obras de Dios; mediante esto, podemos comprender la grandeza del Señor. En resumen, al recordar, meditar y regocijarnos en las grandes obras de salvación que Dios ha realizado en nuestras vidas, llegamos a conocer Su grandeza y podemos ofrecerle la alabanza debida.

La segunda razón por la que debemos alabar a Dios es que Él se humilló a sí mismo.

Observemos el Salmo 113:6: «Él se humilla para mirar los cielos y la tierra». Debemos alabar a Dios porque Él se inclina para mirar a todos aquellos que son humildes. Entre los Salmos que ya hemos meditado, hay pasajes que describen cómo Dios contempla la vida humana: «El SEÑOR mira desde los cielos; ve a todos los hijos de los hombres. Desde su morada contempla a todos los habitantes de la tierra; Él forma el corazón de cada uno de ellos; considera todas sus obras» (33:13-15); «Dios mira desde los cielos a los hijos de los hombres, para ver si hay alguno que entienda, que busque a Dios» (53:2). ¿Quiénes son, entonces, las personas a las que Dios se humilla para mirar? Son «los pobres», «los necesitados» (113:7) y «la mujer estéril» (v. 9). En otras palabras, aquellos a quienes el Dios Altísimo se humilla para mirar son los humildes y los desvalidos: aquellos que no tienen otro recurso. Dios contempla a quienes se encuentran en circunstancias verdaderamente lamentables (Park Yun-sun). Al mirarlos, Él los «levanta» del polvo (v. 7), los «alza» del montón de ceniza (v. 7) y los «hace sentar» con príncipes, con los príncipes de su pueblo (v. 8). La razón por la que debemos alabar a Dios es que el Dios Altísimo se humilla para compadecerse de los humildes (Park Yun-sun). Al meditar en este Dios que se compadece de nosotros, recuerdo Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin

pecado». El Señor, quien fue tentado en todo tal como nosotros, es el Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades. Por tanto, el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad (Romanos 8:26). Aunque no sabemos cómo debemos orar, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (versículo 26). Así pues, debemos alabar a nuestro Señor.

Recuerdo las palabras de Filipenses 2:6–8, que describen cómo Jesús se humilló a sí mismo: «El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Jesucristo no se aferró a su igualdad con Dios, sino que se humilló y obedeció a Dios Padre incluso hasta la muerte en la cruz. ¿Cuál fue el resultado? «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:9–11). Debido a que el Señor supremamente exaltado se humilló para venir a esta tierra y morir en la cruz para salvarnos, Dios lo exaltó hasta lo sumo. En consecuencia, Dios nos ha capacitado para glorificar a Dios Padre alabando al Señor para siempre. Por tanto, debemos alabar humildemente al Señor por toda la eternidad.

La iglesia como santuario de Dios

[Salmo 114]

¿Cuál considera usted que es la verdadera naturaleza de la iglesia? ¿Qué significa realmente que una iglesia sea una iglesia? Personalmente, al meditar en el libro de los Hechos, descubrí cinco principios presentes en la iglesia primitiva, y deseo que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory practique estos cinco principios para que lleguemos a ser una iglesia que verdaderamente lo sea. Estos cinco principios son: (1) una iglesia que ora, (2) una iglesia llena del Espíritu, (3) una iglesia que proclama el Evangelio con valentía, (4) una iglesia a la que el Señor añade creyentes y (5) una comunidad de amor.

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 114:2, el salmista declara: «Judá vino a ser su santuario, e Israel su dominio». Aquí, el salmista se refiere a «Judá» como el «santuario de Dios»; en otras palabras, identifica a Israel como el santuario de Dios. Entonces, ¿qué es el «santuario» de Dios? Es el lugar donde Dios habita en medio de su pueblo y permanece con él. Es un lugar donde la Palabra de Dios está presente y se proclama. Es también un lugar donde el pueblo de Dios se reunía para ofrecer sacrificios, escuchar las palabras del pacto y ofrecer adoración y oración a Dios. Además, era un lugar donde tenían lugar grandes fiestas y celebraciones. Este «santuario de Dios» del Antiguo Testamento apunta a la «iglesia» del Nuevo Testamento; dicho de otro modo, el santuario de Dios se refiere a la iglesia. Centrándome en el Salmo 114:2, quisiera meditar sobre tres características de la iglesia como santuario de Dios y recibir la gracia que Él ofrece. Es mi oración que nuestra iglesia llegue a ser una comunidad así.

¿Qué clase de comunidad es la iglesia —el santuario de Dios—? En primer lugar, la iglesia —el santuario de Dios— es una comunidad que ha recibido la salvación.

Considere el Salmo 114:1: «Cuando Israel salió de Egipto, la casa de Jacob de entre un pueblo de lengua extraña». Aquí, el salmista recuerda cómo, en tiempos del Éxodo, Dios utilizó a Moisés para librar al pueblo de Israel de las manos de los egipcios: un pueblo de «lengua extraña» o un «pueblo bárbaro» (como señala Park Yun-sun). En otras palabras, reflexiona sobre la obra salvadora de Dios al sacar a su pueblo, Israel, de Egipto. ¿Por qué sacó Dios a los israelitas de Egipto? ¿Por qué los salvó? Fue porque Dios amaba al pueblo de Israel y tenía el propósito de cumplir el juramento que había hecho a sus antepasados. Observemos Deuteronomio 7:7-8: «No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido el Señor y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto el Señor os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado el Señor con mano poderosa, y os ha rescatado de la casa de servidumbre, de la mano del faraón, rey de Egipto». La salvación de Dios se lleva a cabo enteramente dentro de su soberanía. Debido a que amaba a los israelitas, se deleitaba en ellos y los había elegido, los libró de Egipto para cumplir la promesa que había hecho a sus antepasados.

En la era del Nuevo Testamento, es la iglesia la que constituye el verdadero pueblo de Dios: aquellos que han recibido la salvación divina. De hecho, la palabra griega para «iglesia», *ekklesia*, es un término compuesto por *ek* («fuera de») y *kaleo* («llamar»). En otras palabras, la iglesia representa a aquellos que han sido «llamados a salir». Dios eligió a la iglesia en Cristo antes de la fundación del mundo. Según su beneplácito, nos predestinó para ser sus hijos. Él salvó a la iglesia del reino de Satanás —comparado con Egipto— para que la iglesia alabe la gloria de su gracia (Efesios 1:4-5). Por tanto, siempre que reflexionamos sobre la gracia salvadora de Dios, debemos ofrecerle alabanza; la iglesia debe ser una comunidad de adoración. Además, al contemplar la salvación que Dios ha otorgado a través de Jesucristo, debemos también aguardar con esperanza la salvación que

se consumará en la Segunda Venida del Señor. En segundo lugar, la iglesia —como santuario de Dios— es una comunidad donde Dios habita.

Consideremos el Salmo 114:2: «Judá vino a ser su santuario, e Israel su dominio». Como hemos reflexionado anteriormente, el «santuario de Dios» se refiere al lugar donde Dios está presente entre su pueblo y habita con él. En otras palabras, la iglesia debe experimentar la presencia de Dios, conociendo, sintiendo y encontrándose personalmente con la realidad de que Dios está siempre con nosotros. La iglesia debe percibir especialmente la presencia de Dios mientras le adora en espíritu y en verdad. Además, la iglesia necesita experimentar la presencia de Dios aún más profundamente en medio de crisis y adversidades. En el versículo 2 del pasaje de hoy, el salmista recuerda cómo el pueblo judío, liberado de Egipto, caminaba con Dios (Park Yun-sun). Dios estaba presente en medio de Israel. Durante el Éxodo, Dios acompañó a los israelitas mediante columnas de fuego y de nube, y en el desierto habitó en el Tabernáculo para caminar junto a ellos. Dios dio la Ley a los israelitas a través de Moisés en el monte Sinaí (v. 4; Park Yun-sun); dicho de otro modo, Dios caminaba con los israelitas a través de su Palabra.

El capítulo 1 del Evangelio de Juan afirma que el Verbo, que estaba con Dios (vv. 1-2), se hizo carne y habitó entre nosotros (v. 14). La Biblia llama a este Dios que habitó entre nosotros «Emanuel» (Mateo 1:23), que significa «Dios con nosotros». En 1 Corintios 3:16, el apóstol Pablo pregunta: «¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?». Nosotros somos templo de Dios; el Espíritu Santo de Dios habita en nuestro interior. El Espíritu Santo está siempre con nosotros, santificando a aquellos que hemos sido salvos. Por tanto, la iglesia debe ser santa. Para demostrar a este mundo tenebroso que el Señor está verdaderamente presente, la iglesia debe ser santa. Debemos vivir una vida apartada del mundo, fundamentada en la fe en Emanuel: la convicción de que Dios está con nosotros. En resumen, la iglesia es la comunidad santa de Dios. En tercer lugar, la iglesia —como santuario de Dios— es una comunidad que manifiesta el poder de Dios.

Dios demostró su poder repetidamente cuando libró a los israelitas de Egipto durante el Éxodo y los condujo a Canaán, la Tierra Prometida. En Egipto, Dios manifestó su poder mediante las diez plagas; en el desierto, hizo brotar agua de la roca e hizo llover maná del cielo para alimentar al pueblo de Israel (v. 8). Dios también desplegó su poder en el mar Rojo y, unos cuarenta años más tarde, en el río Jordán, cuando el pueblo se acercaba a Canaán, la Tierra Prometida (vv. 3, 5). Ante el gran poder de Dios, el mar se abrió para convertirse en tierra seca y el agua brotó a raudales de la roca. Ciertamente, el mundo natural mismo tembló ante el poder de Dios (Park Yun-sun). Por ello, el salmista exhorta: «¡Tiembla, oh tierra, ante la presencia del Señor, ante la presencia del Dios de Jacob!» (v. 7). Todos los habitantes del mundo deben temer y reverenciar a Dios al presenciar su poder.

La iglesia debe manifestar el poder de Dios. Ese poder de Dios es el Evangelio mismo. Consideremos Romanos 1:16: «Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree: primero al judío, y también al gentil». Al proclamar con valentía este Evangelio —que es el poder de Dios—, nuestra iglesia debe demostrar el poder salvador de Dios. La iglesia de Dios es una comunidad de redimidos, una comunidad donde habita Dios y una comunidad que manifiesta el poder de Dios. Es mi oración que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia de Dios de esta índole.

Los bendecidos por Dios

[Salmo 115]

Durante la reunión de oración de esta mañana, medité en Colosenses 1:6: «Este evangelio ha llegado a ustedes. De la misma manera, está dando fruto y creciendo en todo el mundo, tal como lo ha hecho entre ustedes desde el día en que lo oyeron y comprendieron verdaderamente la gracia de Dios». Al meditar en este versículo, aprendí que, desde el momento en que escuchamos el evangelio y comprendemos verdaderamente la gracia de Dios, debe haber «fruto» en nuestras vidas. Aprendí que, a medida que comprendemos esa gracia con mayor profundidad, amplitud y abundancia, debemos dar fruto en toda buena obra (versículo 10). ¿Cuál es, entonces, la gran gracia que Dios nos ha concedido a ti y a mí? El apóstol Pablo afirma: «En él tenemos redención, el perdón de los pecados» (versículo 14). Entre las muchas grandes gracias que Dios nos ha otorgado, reflexioné específicamente sobre la redención: el perdón de los pecados. El simple hecho de pensar que el problema del pecado ha sido resuelto en Jesús llena mi corazón de una gratitud inmensa.

En cuanto a ti y a mí —que hemos recibido y seguimos recibiendo tal gracia—, el Salmo 115:15 declara: «Ustedes son bendecidos por el Señor, el Hacedor del cielo y de la tierra». Las Escrituras afirman que somos nosotros quienes hemos sido bendecidos por Dios. En efecto, tú y yo somos personas bendecidas por Dios; bendecidas con una bendición inmensa y extraordinaria. Habiendo recibido el amor de Dios, habiendo sido elegidos y predestinados por Él, y habiendo obtenido la vida eterna mediante la muerte y resurrección de Jesús, ¡qué tremenda bendición poseemos! Sobre todo, dado que Jesús —la fuente de todas las bendiciones— es nuestro Señor y está con nosotros, no podemos evitar contar

nuestras bendiciones y reconocer: «Soy verdaderamente una persona bendecida». El simple hecho de que el Señor, quien nos ha otorgado tan abundantes bendiciones, nos ame y habite con nosotros, nos impulsa a declarar que somos personas que han sido bendecidas y siguen siendo bendecidas por Dios. En el versículo 15 del pasaje de hoy, el salmista identifica al pueblo de Israel como aquel que recibe bendiciones de Dios. Para ellos, el salmista ofreció esta oración de bendición: «Que el Señor los haga prosperar aún más, a ustedes y a sus descendientes» (versículo 14). Reflexionar sobre esta oración me recordó a Joey, la primera nieta del diácono Kim, de nuestra iglesia; recordé que su madre mencionaba que el nombre «Joey» significa «Dios aumenta». La oración por una mayor prosperidad que el salmista ofrece en este pasaje es una petición por el crecimiento numérico del pueblo de Israel, abarcando tanto a la generación actual como a sus descendientes (Park Yun-sun). Podemos verlo claramente en el versículo 16: «Los cielos pertenecen al Señor, pero la tierra se la ha dado a la humanidad». El salmista ofreció esta oración por el crecimiento de Israel con confianza, fundamentada en la verdad de que el Dios Todopoderoso es quien los bendice y que Él ha entregado la tierra a la humanidad con el mandato de multiplicarse (Park Yun-sun).

Entonces, ¿qué clase de persona recibe esta bendición de crecimiento por parte de Dios? Quisiera reflexionar sobre tres puntos basados en el pasaje de hoy.

En primer lugar, quienes reciben la bendición de prosperidad de Dios son aquellos que le dan gloria a Él.

Observemos el Salmo 115:1: «No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad». En 1 Samuel 15:12, vemos al rey Saúl —quien había desobedecido el mandato divino de destruir por completo a los amalecitas— erigiendo un monumento en el Carmelo tras su victoria militar. ¿Qué revela esto? Muestra que él se atribuyó la victoria a sí mismo en lugar de dársela a Dios. El rey Saúl construyó el monumento para conmemorar su propio logro; no consideró la victoria sobre los amalecitas

como resultado de la gracia de Dios, sino como una hazaña propia. Saúl, que en un tiempo fue lo suficientemente humilde como para considerarse insignificante, se volvió arrogante tras convertirse en rey; desobedeció el mandato de Dios y, en lugar de reconocer su pecado y arrepentirse, erigió un monumento para apropiarse de la gloria. Al observar esto, debemos tomar más en serio el significado de la oración del salmista en el Salmo 115:1: «No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria». En resumen, esta oración es una negativa a atribuirse a sí mismo o al pueblo de Israel la gloria que pertenece únicamente a Dios. Al repetir dos veces la frase «no a nosotros» en su súplica a Dios, rechazó firmemente el acto de usurpar la gloria divina. Su deseo era dar gloria solo a Dios. Al orar, anhelaba fervientemente que solo Dios recibiera la gloria. ¿Por qué quería el salmista atribuir la gloria únicamente a Dios? La razón reside en la misericordia y la fidelidad del Señor (versículo 1). El erudito Delitzsch señaló que el Salmo 115 —el pasaje de hoy— es una oración de Israel que busca la ayuda de Dios durante una guerra contra enemigos paganos (Park Yun-sun). Si este es el caso, el salmista oraba para que solo Dios recibiera la gloria al actuar con fidelidad —cumpliendo su promesa de salvar al pueblo de Israel por amor a ellos— en medio del conflicto con sus adversarios paganos. El salmista oraba para que Dios, mediante su misericordia y fidelidad, concediera al pueblo de Israel la victoria en la batalla. Así, deseaba que solo Dios fuera glorificado. Pero ¿qué sucedería si Israel fuera derrotado y triunfaran los gentiles idólatras (versículos 4–8)? Los gentiles se burlarían del pueblo de Israel preguntando: «¿Dónde está ahora su Dios?» (versículo 2). Dado que el salmista buscaba únicamente la gloria de Dios, no quería que dicha gloria se viera empañada. Por ello, oró para que Dios revelara su misericordia y fidelidad durante la guerra, librando al pueblo de Israel de las manos de sus enemigos paganos y concediéndoles la victoria. Al elevar esta oración, el salmista reconocía la soberanía de Dios: «Nuestro Dios está en los cielos; él hace todo lo que quiere» (v. 3). Dios puede conceder al pueblo de Israel la victoria en la guerra, o bien puede optar por no impedir su derrota. Una razón por la que podría no impedir la derrota es que esta podría constituir un acto de disciplina divina ante el pecado impenitente del pueblo. En última instancia, la respuesta a la oración del salmista radica en que Dios hace

exactamente lo que Él quiere; en otras palabras, la victoria y la derrota en la guerra dependen de la soberanía de Dios.

Quienes reciben bendiciones de Dios son aquellos que dan gloria al Señor, la fuente de toda bendición. No tienen deseo alguno de atribuirse esa gloria para sí mismos. Esto se debe a que los bendecidos por Dios buscan únicamente Su misericordia y Su verdad. En el corazón de aquellos a quienes Dios prospera existe una dependencia exclusiva de la misericordia y la verdad del Señor; por ello, cuando sus oraciones son respondidas, reconocen la obra de Dios y le dan gloria solo a Él. Aquí, una "respuesta a la oración" no significa necesariamente recibir exactamente lo que pedimos; más bien, Dios responde conforme a Su voluntad soberana. Por tanto, aunque la respuesta no coincida con nuestros deseos, quienes son bendecidos por Dios siguen dándole gloria, pues experimentan Su misericordia y Su verdad en las obras que Él realiza bajo Su soberanía. Así pues, si nosotros —junto con nuestros hijos y descendientes— deseamos recibir la bendición de la prosperidad de parte de Dios, debemos darle gloria solo a Él. Oro para que la gloria de Dios se manifieste en sus vidas y en la mía mientras oramos a Él, confiando únicamente en Su misericordia y Su fidelidad.

En segundo lugar, quienes reciben la bendición de la prosperidad de parte de Dios son aquellos que confían en Él.

En tercer lugar, quienes reciben la bendición de la prosperidad de parte de Dios son aquellos que le temen.

Observemos el Salmo 115:13: «Bendecirá a los que temen al Señor, tanto a pequeños como a grandes». Quienes temen a Dios —es decir, quienes le guardan un respeto reverente— no temen a sus enemigos, ni siquiera en tiempos de guerra. La razón es que el Dios Todopoderoso, el Dios que otorga la victoria, ayuda, protege y guía a su pueblo hacia el triunfo. En cambio, ellos temen a Dios. Dios concede la bendición de la prosperidad a tales personas. En Deuteronomio 6:1-2 vemos que, antes de que los israelitas entraran en

Canaán —la Tierra Prometida—, Dios les dio mandamientos, estatutos y decretos a través de Moisés (versículo 1). ¿Cuál era la intención de Dios? Veamos Deuteronomio 6:2: «para que tú, tus hijos y tus nietos teman al Señor tu Dios todos los días de su vida, guardando todos sus decretos y mandamientos que yo te ordeno, y para que disfruten de una larga vida». Dios dio estos mandamientos, estatutos y decretos para que los israelitas le temieran todos los días de su vida. Por tanto, ¿qué dice la Biblia que sucederá si los israelitas —junto con sus hijos y descendientes— escuchan estos mandamientos, estatutos y decretos y los cumplen cuidadosamente? Veamos Deuteronomio 6:3: «Escucha, oh Israel, y cuídate de obedecer, para que te vaya bien y te multipliques grandemente en una tierra que fluye leche y miel, tal como el Señor, el Dios de tus antepasados, te prometió». Oro para que esta bendición de prosperidad de Dios abunde en la vida de todos nosotros que le tememos, mientras le damos gloria y confiamos cada vez más en Él.

«Oraré mientras viva».

[Salmo 116]

Hoy, mientras conducía hacia el servicio de oración de los miércoles con mi hija menor, Ye-eun, ella dijo de repente: «Papá, quiero crecer». Cuando le pregunté por qué quería crecer tan rápido, la niña de cinco años respondió: «Porque quiero tener un bebé lindo». Jajaja. Entonces le dije que, cuando creciera, debía casarse con un hombre cristiano que amara a Jesús y tener un bebé, y la animé a empezar a orar a Dios por un hombre así. Luego le conté que yo también había orado, y que Dios envió a su madre a mi vida para que pudiéramos casarnos. También mencioné que habíamos orado por tener cuatro hijos, y que Dios respondió a las oraciones de mamá y papá. Ye-eun no dijo nada en respuesta. Cuando le pregunté si estaba escuchando lo que decía, me contó que acababa de orar. Le pregunté por qué había orado, y dijo que había pedido un novio. Cuando le pregunté si había pedido un novio que amara a Jesús, admitió que había omitido la parte de «amar a Jesús». Jajaja. A través de esta y otras conversaciones, quería enseñar a Ye-eun sobre la oración a Dios. En otras palabras, quería enseñarle sobre la necesidad de la oración. También quería enseñarle la verdad de que Dios responde a nuestras oraciones. Al observar las recientes elecciones presidenciales de EE. UU. y las medidas sometidas a votación en mi estado natal de California —específicamente las Proposiciones 8 y 4—, sentí una mayor necesidad de orar por esta nación y su gente. Aunque se aprobó la Proposición 8, que respalda el matrimonio tradicional (y se opone al matrimonio entre personas del mismo sexo), las impugnaciones legales inmediatas presentadas por abogados y grupos de derechos civiles sugieren que la situación probablemente se volverá cada vez más conflictiva; esto me impulsa a orar con mayor fervor por nuestras familias. Además, creo que la iglesia debe arrepentirse por no

haber estado a la altura de su verdadero llamado, proyectando así ante los no creyentes una imagen de hostilidad hacia los homosexuales, de juicio y de hipocresía. También debemos arrepentirnos por el hecho de que la iglesia no ha logrado encarnar el verdadero testimonio cristiano, habiéndose hecho conocida más bien por lo que el cristianismo *no* es. También reconozco la importancia de orar por todos, especialmente por los líderes de esta nación (1 Timoteo 2:1–2). Sin embargo, al examinar mi propio corazón, debo confesar que, a pesar de todo esto, todavía no siento la urgencia de la oración tan profundamente como debería. Encontré un artículo en línea que resumía las opiniones del reformador del siglo XVI, Juan Calvino, sobre la necesidad de la oración, la cual se fundamenta en la Biblia, la Palabra de Dios. Aunque existen innumerables razones para orar, el artículo las sintetizaba en seis puntos principales: «Primero, oramos para que el deseo y el celo de buscar, amar y servir a Dios constantemente ardan en nuestros corazones. Segundo, para evitar que deseos o anhelos vergonzosos invadan nuestros corazones; cosas que nos avergonzaría revelar a Dios. Tercero, para asegurar que, cuando Dios nos otorga diversas gracias, las recibamos con sincera gratitud. Cuarto, para permitirnos meditar con mayor fervor en la bondad amorosa de Dios, con la certeza de que Él ha respondido a las oraciones que hemos elevado. Quinto, para permitirnos aceptar con mayor alegría aún las cosas que recibimos mediante la oración. Finalmente, para confirmar su providencia a través del hábito y la experiencia, en consonancia con nuestra propia fragilidad». De estos seis puntos, el cuarto resonó especialmente en mí. Coincido plenamente con la idea de que necesitamos orar para que, a través de sus respuestas a nuestras oraciones, podamos meditar con mayor fervor en la bondad amorosa de Dios. En medio de la oración, Dios me concede la certeza de que ya ha respondido a mis peticiones, otorgándome así la gracia que me permite adentrarme más profundamente en su amor y misericordia. De este modo, Dios me impulsa a orar.

En la lectura bíblica de hoy, tomada del Salmo 116:2, el salmista toma la resolución: «Le invocaré mientras viva». ¿Por qué tomó esta resolución? Porque Dios había escuchado su oración. Observemos los versículos 1 y 2 del Salmo 116, nuestro texto de hoy: «El Señor ha escuchado mi voz y mis súplicas…» (v. 1), y «Porque ha inclinado su oído hacia mí, le

invocaré mientras viva» (v. 2). Dios, quien escucha nuestras oraciones e inclina su oído hacia nuestras súplicas cuando clamamos en medio de la angustia, escuchó y respondió al salmista cuando este enfrentó una «gran angustia» (v. 10) y se vio envuelto en «tribulación y dolor» (v. 3). En otras palabras, cuando el salmista clamó: «¡Libra mi alma!» (vv. 3–4) mientras estaba atrapado por los «lazos de la muerte» y los «tormentos del Seol», Dios escuchó su oración y lo salvó (v. 6). Dios no solo lo salvó, sino que también concedió paz a su alma (v. 7). Además, Dios lo trató con bondad (v. 7) y derramó abundante gracia sobre él (v. 12). Por ello, el salmista se preguntó: «¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios para conmigo?» (v. 12).

¿Reconocemos y comprendemos verdaderamente toda la gracia que Dios derrama sobre nosotros? ¿Vivimos realmente disfrutando de toda la gracia que Dios provee —gracia que es «poderosa para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20)? Si es así, debemos —al igual que el salmista— decidir decir: «Le invocaré mientras viva», y llevar esa decisión a la práctica. ¿Por qué debemos tomar tal decisión? Porque, a través de las oraciones respondidas, llegamos a conocer a Dios tal como es realmente. En otras palabras, así como el salmista llegó a saber —mediante oraciones respondidas— que Dios es lleno de gracia, justo y misericordioso (v. 5), nosotros también debemos decidir orar a Dios a lo largo de nuestra vida. Por tanto, necesitamos las tribulaciones, el sufrimiento y las penas que nos impulsan a la oración. Dicho de otro modo, en medio de tales pruebas, debemos asemejarnos en cierto modo a los «simples» o «insensatos» (v. 6). Aquí, el término «simple» se refiere a aquellos que son «abiertos»: personas que abren su corazón para encomendarse a Dios en lugar de confiar en su propia sabiduría (Park Yun-sun). Quienes confían en su propia sabiduría durante los tiempos de tribulación y dolor inevitablemente buscarán ayuda en otras personas. Sin embargo, aquellos que abren sus corazones y confían en Dios —reconociendo que «todos los hombres son mentirosos»— dependerán únicamente del Dios lleno de gracia, misericordioso, veraz y justo, e invocarán su nombre (v. 11). Debemos permitir que las tribulaciones, el sufrimiento y las aflicciones nos humillen (v. 6). El salmista declara que

Dios lo salvó «cuando estaba abatido» (v. 6). En efecto, debemos humillarnos ante Dios a través de las adversidades, dificultades, sufrimientos y aflicciones de nuestra vida. En otras palabras, mediante tales circunstancias difíciles y dolorosas, debemos humillarnos ante Dios, postrarnos con humildad e invocarle. Cuando hacemos esto, ¿qué gracia nos otorga Dios? Observemos el versículo 8: «Porque has librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de tropezar». ¿Cómo respondió el salmista tras recibir respuesta a su oración por parte de Dios y experimentar la gracia de la salvación? En otras palabras, ¿cómo —y con qué— debemos corresponder a la gracia de Dios, quien responde a nuestras oraciones y nos concede la salvación? (Versículo 12)

En primer lugar, debemos amar a Dios. Y debemos confesar ese amor, tal como lo hizo el salmista.

Observemos el Salmo 116:1: «Amo al Señor, porque ha escuchado mi voz y mis súplicas». Al Dios que escucha nuestras oraciones de súplica y nos otorga la gracia de la salvación, debemos confesarle sinceramente: «Dios, te amo». El salmista declara: «Señor, te amo; la razón es que has escuchado mi voz y mis súplicas» (versículo 1). La confesión de amor es lo primero. Ya hemos meditado anteriormente sobre una confesión similar del salmista en el Salmo 18:1: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía». Debemos ser capaces de confesar: «Señor, te amo», al Dios que responde a nuestras oraciones y nos libra.

En segundo lugar, debemos esforzarnos siempre por caminar rectamente delante de Dios.

Observemos el Salmo 116:9: «Andaré delante del Señor en la tierra de los vivientes». El salmista decidió caminar delante del Señor durante el resto de su vida en respuesta a que Dios había escuchado sus oraciones. Dado que Dios lo había rescatado de las puertas de la muerte, él buscó dedicarle a Él esta segunda vida —concedida por Dios— y caminar con integridad delante de Su presencia (Park Yun-sun). La Biblia afirma que quien ama a Dios es aquel que se aferra a Sus mandamientos y los guarda (Juan 14:21). Si verdaderamente

hemos confesado a Dios: «Te amo», debemos guardar Sus mandamientos. Por tanto, debemos vivir una vida de integridad y rectitud delante del Señor.

En tercer lugar, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con un corazón agradecido.

Observemos el Salmo 116:13 y 17: «Alzaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor» (v. 13); «Te ofreceré sacrificio de acción de gracias e invocaré el nombre del Señor» (v. 17). La respuesta adecuada a la gracia de la salvación que Dios nos otorga es ofrecerle alabanza y adoración con gratitud. Aquellos que reciben la gracia de Dios pero carecen de una gratitud ferviente no recibirán más gracia en el futuro (Park Yun-sun). Para recibir más gracia, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con un corazón agradecido. Tenemos motivos para dar gracias en toda circunstancia, especialmente cuando reflexionamos sobre la gracia de la salvación (la vida eterna) que Dios nos ha concedido a través de Jesucristo. Por consiguiente, debemos corresponder a la gracia salvadora de Dios ofreciéndole alabanza y adoración con un corazón agradecido. En cuarto y último lugar, debemos cumplir los votos que hemos hecho a Dios.

Observemos el Salmo 116:14 y 18–19: «Cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo» (v. 14); «Cumpliré mis votos al SEÑOR en presencia de todo su pueblo: en los atrios de la casa del SEÑOR, en medio de ti, oh Jerusalén. ¡Aleluya!» (vv. 18-19). Al decidir cumplir su voto, el salmista recordó cómo había sido salvado cuando estaba al borde mismo de la muerte (v. 15) (Park Yun-sun). Observemos el versículo 15: «Estimada a los ojos del SEÑOR es la muerte de sus santos». Esto significa que Dios considera la muerte de un santo como un asunto de gran importancia y no permite que ocurra sin un propósito especial y valioso (Park Yun-sun). En efecto, nuestro Dios concede gran importancia a los asuntos de vida y muerte que nos conciernen a todos. Por tanto, aun cuando nos encontremos en la encrucijada entre la vida y la muerte, debemos confiar en el Dios que controla soberanamente la vida, la muerte, la fortuna y la adversidad, y debemos buscar

fervientemente la salvación en Él. Cuando Dios escucha nuestras oraciones de votos y nos libra de la tribulación y el sufrimiento, debemos cumplir lo que le hemos prometido.

Nuestro Dios es quien escucha la voz de nuestras súplicas. Es el Dios que inclina su oído hacia nosotros y nos libra cuando, en medio del sufrimiento, la tribulación y la tristeza, nos humillamos y le pedimos salvación. Además, es el Dios que nos concede paz y derrama abundante gracia sobre nosotros. Como resultado, llegamos a amar a Dios aún más. Expresamos ese amor a Dios viviéndolo plenamente ante Él. Asimismo, al ofrecer alabanza y adoración a Dios, cumplimos los votos que le hemos hecho. Mi oración es que usted y yo seamos personas que oren a Dios a lo largo de toda nuestra vida.

"Oraré toda mi vida"

[Salmo 116:1-12]

Gracias a la gracia de Dios y a su amorosa consideración, pasé los últimos dos meses en un periodo sabático. Durante unas cinco semanas visité Corea —en parte como una extensión del ministerio en línea que dirijo a través de mi página personal en Cyworld— y viví muchos encuentros preciosos que Dios orquestó y permitió. A través de estos encuentros, Dios me permitió ver no solo las lágrimas que brotaban de sus ojos, sino también las lágrimas ocultas en sus corazones. Sus corazones albergaban dolor, heridas, angustia y sufrimiento. Incapaces de comprender plenamente la voluntad de Dios, se aferraban a una fe difusa en medio de su dolor y sufrimiento. Golpeados por el mundo y enfrentando el desánimo y la frustración, vivían el día a día con la mirada puesta en el Señor, que es nuestra esperanza. Conocí a personas que sufrían enfermedades o heridas del pasado, así como a otras que enfrentaban luchas actuales: conflictos y discordias matrimoniales, dificultades en la crianza de los hijos y desafíos laborales. También vi a jóvenes angustiados por su futuro incierto. ¿Y eso es todo? Probablemente todos cargamos con innumerables dificultades que las palabras no pueden expresar plenamente. ¿Por qué hizo Dios que conociera a estas personas? Sentí que tal vez Él quería enseñarme Su propio corazón: el corazón de Dios Padre. Aunque compartí esto con algunas de las personas que conocí, creo que Dios me guio a encontrarme con aquellos que lloraban para que yo pudiera ver lo que el Padre ve y escuchar lo que el Padre escucha. Tras llevar a cabo este ministerio en Corea por la gracia de Dios y regresar a los Estados Unidos, leía la Biblia —específicamente la segunda mitad de Lucas 6:21— y recibí un mensaje de esperanza para quienes lloran. Ese mensaje de esperanza es precisamente este: "Bienaventurados los que ahora lloran". ¿Por qué son bienaventurados

los que lloran? Porque los que lloran reirán (v. 21). Porque Dios consolará a los que lloran (v. 24) y les otorgará una gran recompensa (v. 23).

Después de pasar unas cinco semanas en Corea disfrutando de la gracia que Dios me concedió, regresé a los Estados Unidos y, poco después, me alojé en casa de mi suegro durante una semana. Como poco más podía hacer, simplemente permanecí al lado de mi suegro mientras sufría una enfermedad física; le cantaba alabanzas a Dios, le leía la Biblia y oraba. Fue durante ese tiempo —específicamente cuando llevé a mis suegros a ver al médico de cabecera durante las vacaciones de Chuseok— que confirmamos que mi suegro padecía cáncer de pulmón. Mientras tanto, un diácono de nuestra iglesia se encuentra hospitalizado tras una cirugía de cáncer. La hermana menor de otro diácono también está hospitalizada después de una operación de cáncer, y la madre del pastor asociado de nuestra iglesia ha sido operada de cáncer asimismo. Amigos, ¿qué debemos hacer cuando pensamos en quienes sufren tales enfermedades y dolores? ¿Cómo debemos responder al considerar a estos seres queridos?

Encontré la respuesta en el Salmo 116:2: "Le invocaré mientras viva". El salmista, en el pasaje de hoy, toma esta resolución ante Dios: "Dios, oraré mientras viva". En resumen, se comprometió a la oración. ¿Por qué decidió orar el resto de su vida? Porque Dios había escuchado sus oraciones (vv. 1-2). ¿Cree usted verdaderamente que Dios es quien escucha sus oraciones? ¿Cree realmente que Él es quien inclina su oído hacia sus súplicas cuando usted clama a Él en medio del sufrimiento? Durante mi estancia en Corea, conocí a un matrimonio —él anciano de la iglesia y ella diaconisa principal— que servía a la iglesia con gran fidelidad y dedicación. Supe por medio de su hijo que el anciano sufría una recaída de cáncer y que la diaconisa atravesaba dificultades tras ser operada de un tumor cerebral, así que fui a visitarlos. Durante mi primera visita, vi cómo brotaban lágrimas de los ojos de la diaconisa. Oré a Dios por ella y, mientras lo hacía, ella repetía: "Amén, amén". Había prometido volver a visitarlos antes de regresar a Estados Unidos, así que fui a su casa aquel sábado. Ambos estaban allí y, tras conversar un rato, sugerí que alabáramos juntos a

"Nuestro buen Dios". Entonces, mientras me ponía de pie para orar, el anciano me sujetó por la pierna y pidió que oráramos sentados. Así que los tres nos sentamos en círculo, tomados de la mano, y oramos a Dios. Incluso entonces, la diaconisa decía con fervor: «Amén, amén». Amigos, el salmista del pasaje de hoy tenía fe. Él creía que Dios es quien responde a la oración. Por eso, cuando se encontró con «angustia y dolor» (versículo 3) y enfrentó una «gran aflicción» (versículo 10), clamó a Dios. La tribulación, el dolor y la gran aflicción que enfrentaba eran tan graves que se hallaba en la encrucijada misma entre la vida y la muerte. Por eso habló de los «lazos de la muerte» y de la «angustia del sepulcro» (versículo 3). En medio de tales circunstancias, clamó a Dios. En otras palabras, el salmista invocó a Dios cuando vacilaba entre la vida y la muerte.

Si usted y yo estuviéramos en esa misma encrucijada entre la vida y la muerte, ¿cómo cree que serían nuestras oraciones buscando a Dios? ¿Qué oraciones fervientes imagina que le ofreceríamos? El salmista oró a Dios de esta manera: «Entonces invoqué el nombre del Señor: "¡Oh Señor, sálvame!"» (versículo 4). Clamó a Dios: «¡Sálvame!» (versículo 4). Al hacerlo, Dios escuchó su oración y no solo lo libró (versículo 6), sino que también concedió paz a su alma (versículo 7). Esta es la clave: incluso al enfrentar la encrucijada entre la vida y la muerte, los cristianos que confían en Dios mediante la oración disfrutan de la seguridad de la salvación y de la paz del alma que Dios provee. Por eso pueden cantar el himno 470: (Estrofa 1) «Cuando la paz como un río inunda mi sendero, cuando las penas como olas del mar se agitan; sea cual sea mi suerte, Tú me has enseñado a decir: "Todo está bien, todo está bien con mi alma". (Coro) Todo está bien con mi alma, todo está bien, todo está bien con mi alma». Además, Dios trató con generosidad al salmista (versículo 7) y derramó abundante gracia sobre él (versículo 12). Tras haber experimentado esta gracia abundante, el salmista pregunta: «¿Con qué pagaré al Señor por todo el bien que me ha hecho?» (versículo 12). ¿Somos verdaderamente conscientes y comprendemos toda la gracia que Dios nos ha otorgado? ¿Captamos la plenitud de esa gracia: la gracia del Dios que responde a nuestras oraciones y nos concede «mucho más abundantemente de todo lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20)? Si tenemos aunque sea una ligera comprensión de esta

gracia abundante, ¿cómo deberíamos responder entonces? Al igual que el salmista, debemos decidir «orar durante toda [nuestra] vida» y llevar esa decisión a la práctica. Quienes han probado la verdadera naturaleza de la oración inevitablemente se comprometerán con ella, decididos —tal como el salmista— a orar por el resto de sus vidas.

Creo que las tribulaciones, el sufrimiento y las aflicciones que encontramos son necesarios, ya que nos impulsan a la oración. Más concretamente, como sugiere el versículo 6 del texto de hoy, necesitamos convertirnos en «insensatos» en medio de tales pruebas. Aquí, ser un «insensato» significa estar «abierto»: es decir, abrir el corazón para encomendarse a Dios en lugar de confiar en la propia sabiduría (Park Yun-sun). Necesitamos la disciplina de abrir nuestros corazones y encomendarlo todo a Dios, incluso a través de las dolorosas circunstancias que enfrentamos. Sostengo esta opinión porque el instinto humano rara vez nos inclina a confiar en Dios o a encomendarle todo mediante la oración. Nuestro instinto natural, al enfrentarnos a la tribulación, el sufrimiento y la aflicción, es confiar en nuestra propia sabiduría y buscar ayuda en los demás. Sin embargo, aquellos que abren sus corazones y confían en Dios en tales momentos —reconociendo que «todos los hombres son mentirosos» (versículo 11)— dependen únicamente del Dios lleno de gracia, misericordia, verdad y justicia, y le presentan sus súplicas (versículo 5). También debemos ser humillados a través de la tribulación, el sufrimiento y la aflicción (v. 6). Mediante estas pruebas, estamos llamados no solo a abrir nuestros corazones y encomendarlo todo a Dios, sino también a humillarnos ante Él. El salmista declara que Dios lo salvó «cuando estaba abatido» (v. 6). Ciertamente, debemos humillarnos ante Dios a través de las adversidades, dificultades, el sufrimiento y la aflicción de nuestra vida. En otras palabras, en medio de circunstancias tan penosas y dolorosas, debemos humillarnos, postrarnos y buscar a Dios con sinceridad. ¿Qué gracia otorgó Dios al salmista cuando hizo esto? Observemos el versículo 8: «Porque has librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de tropezar». Él experimentó la gracia de la salvación; cuando el salmista se postró humildemente y clamó a Dios en medio de su tribulación y sufrimiento, Dios lo libró de la

muerte, de las lágrimas y de tropezar. ¿No desea usted también experimentar esta gracia de la salvación?

Razones por las que debemos alabar a Dios

[Salmo 117]

Durante la reunión de oración de esta mañana temprano, medité en 2 Pedro 2:8: «porque ese justo, que vivía entre ellos, afligía cada día su alma justa al ver y oír sus hechos inicuos». Al vivir en un mundo como Sodoma y Gomorra, reflexioné sobre cómo —al igual que Lot— nuestras propias almas justas inevitablemente se angustian ante los actos obscenos e inicuos de este mundo pecaminoso (v. 7). ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nuestras almas justas se sienten así angustiadas? (1) Debemos aferrarnos a la seguridad de la salvación (v. 9). Debemos mirar hacia el futuro con confianza, sabiendo con certeza que Dios rescatará a los justos y destruirá a los impíos. (2) Debemos permanecer firmes en una fe inquebrantable (3:17). La Biblia nos dice que los falsos maestros (2:1) «seducen a las almas inconstantes» (v. 14) y «seducen, mediante los deseos de la carne —la lascivia—, a aquellos que verdaderamente habían escapado de los que viven en el error» (v. 18). Por tanto, debemos mantenernos firmes para no ser desviados hacia el pecado contra Dios. (3) Cuando nuestras almas justas se sienten angustiadas y sufren a causa de las cosas pecaminosas que vemos, oímos y experimentamos en este mundo, debemos meditar en el sufrimiento y la agonía de Jesús en la cruz. Al hacerlo, nuestro propio dolor disminuirá y experimentaremos cómo el Señor venda y sana nuestras almas heridas. Después de compartir este mensaje, más tarde esa misma mañana leí una noticia sobre un joven coreano que mató a tiros a un amigo, abandonó el cuerpo cerca de la autopista 110 —la ruta hacia el estadio de los Dodgers de Los Ángeles— y finalmente fue detenido mientras apostaba. Reflexionar sobre cómo un joven coreano aparentemente común pudo cometer tal acto me hizo recordar el mensaje de la reunión de oración de esa mañana.

Verdaderamente vivimos en un mundo pecaminoso, un mundo plagado de iniquidad. ¿Cómo debemos responder, entonces, cuando presenciamos, oímos hablar o nos encontramos con tales actos pecaminosos? Personalmente, a menudo me recuerdo a mí mismo: "Este mundo no es mi hogar; soy alguien que viaja hacia aquel lugar en lo alto". En medio de esto, aguardo con anhelo el regreso prometido del Señor: el momento en que Él venga para llevarnos a la morada que ha preparado. En 2 Pedro 3:12-13, el apóstol Pedro escribe: "Esperando y apresurándonos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos serán disueltos, incendiándose, y los elementos se fundirán con intenso calor; pero nosotros, según su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia". Como quienes anhelan los cielos nuevos y la tierra nueva, nos sentimos impulsados a ofrecer alabanza hasta nuestro último aliento, agradecidos por la gracia salvadora de Dios. Además, como quienes oran por la Segunda Venida del Señor Jesucristo —quien ha consumado y llevará a plenitud nuestra salvación—, y la aguardan con expectación, debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios. En el Salmo 117:1, el salmista declara: "¡Alabad al Señor, naciones todas; alabadle, pueblos todos!". ¿Por qué insta el salmista a todo el pueblo de Dios a alabarle? Él da la razón en el versículo 2: "Porque grande es su amor hacia nosotros, y la fidelidad del Señor permanece para siempre. ¡Aleluya!". A partir de esto, podemos identificar dos razones por las que debemos alabar a Dios.

La primera razón es el gran amor y la bondad de Dios hacia nosotros.

A menudo nos referimos a noviembre como una temporada de acción de gracias, en gran parte porque es el mes en que se celebra el Día de Acción de Gracias. Sin embargo, al reflexionar sobre el amor de Dios hacia nosotros, nos damos cuenta de que cada mes —es más, cada día y cada instante— debería ser un tiempo de acción de gracias para nosotros como hijos de Dios. Por supuesto, aunque conocemos la enseñanza bíblica de que debemos dar gracias en toda circunstancia, hay innumerables ocasiones en las que no lo hacemos al enfrentarnos a adversidades y dificultades. La razón de esto es que no logramos experimentar el gran amor de Dios. En otras palabras, cuando nos encontramos ante

situaciones difíciles, no percibimos el inmenso amor de Dios en medio de la lucha; En consecuencia, no podemos ofrecerle alabanza nacida de un corazón agradecido. Un detalle interesante en el versículo 1 es la frase «grande es su amor»; la palabra hebrea utilizada aquí para «grande» es *gabar*, que significa «abundante» o «creciente» (Park Yun-sun). Esto es significativo porque implica que la misericordia de Dios —su amor— hacia nosotros aumenta a medida que pasa el tiempo (Park Yun-sun). ¡Qué marcado contraste con el amor humano! Mientras que el amor humano tiende a disminuir con el paso del tiempo, el amor de Dios no hace más que crecer. La pregunta crucial es si vivimos nuestras vidas sintiendo y experimentando este amor de Dios, que crece continuamente con el paso de los años. En particular, ¿reconocemos y sentimos el amor creciente de Dios hacia nosotros incluso —y especialmente— cuando enfrentamos adversidades y dificultades?

El Salmo 139:17-18 nos dice que los pensamientos de Dios hacia nosotros superan en número a los granos de arena. Al caminar en fe —y especialmente al servir a la Iglesia, el cuerpo de Cristo, y amar a las almas individuales—, hay momentos en que nuestros corazones se sienten pesados, agobiados por diversos pensamientos, preocupaciones y ansiedades. En esos momentos, ¿recordamos el amor de Dios por nosotros —y sus innumerables pensamientos tanto sobre nosotros como sobre las almas que apreciamos— y sentimos así ese amor? ¿Ofrecemos alabanza y acción de gracias a Dios por ello? Si decidimos alabar a Dios por su amor grande y creciente —tal como su Palabra nos instruye hoy—, entonces nunca debemos cesar en esa alabanza. Debemos amar a nuestro prójimo con ese mismo gran amor de Dios. Nuestro amor por cada alma individual debe profundizarse y fortalecerse progresivamente. Si nuestro amor por las almas que Dios ama disminuye en lugar de crecer, no podemos llamarnos verdaderos adoradores que alaban rectamente la gran misericordia de Dios. Para ser verdaderos adoradores que alaban rectamente la inmensa misericordia de Dios, nuestro amor por el prójimo debe seguir aumentando con el paso del tiempo. Por lo tanto, tú y yo debemos convertirnos en personas que revelen gradualmente la luz del gran amor de Dios a nuestro prójimo.

La segunda razón radica en la fidelidad eterna de Dios hacia nosotros. Recuerdo haber visto artículos de prensa, escritos tras el suicidio de la fallecida Choi Jin-sil, que sustituían su nombre, "Jin-sil" (que significa "verdad"), por "Ga-sik" (que significa "apariencia" o "hipocresía"). ¿Qué es la "apariencia"? Un diccionario en línea la define como "disfrazar las propias palabras o acciones para hacerlas parecer rectas". No sé por qué alguien alteraría su nombre de "Jin-sil" a "Ga-sik" o publicaría tales cosas; sin embargo, el suicidio de esta madre de dos hijos —que ya no pudo soportar las críticas y los comentarios ajenos— destaca como quizás la noticia más importante del mundo del espectáculo en aquel año. Guardo con aprecio el consejo que me dio una anciana *kwonsa* (una líder laica veterana en la iglesia). Visitaba un complejo de apartamentos para personas mayores con mi abuela cuando nos encontramos con esta anciana *kwonsa*; ella caminaba hacia el edificio apoyándose en mi abuela. Cuando mi abuela mencionó que yo iba a ser pastor, la mujer se volvió para mirarme y dijo una sola cosa: "Sé veraz". Nunca he olvidado esas palabras. A veces, al recordarlo, me pregunto a cuántos pastores poco sinceros habría conocido ella para sentirse impulsada a decirme eso. Al mismo tiempo, siento una gran responsabilidad de asegurarme de ser yo mismo veraz.

En el pasaje de hoy, el Salmo 117, el salmista señala la fidelidad eterna de Dios hacia nosotros como la segunda razón por la que todos los pueblos deben alabarle. ¿Cuál es el significado de esta afirmación? ¿Qué significa que la veracidad de Dios hacia nosotros sea eterna? Significa que Dios cumple fielmente las promesas que nos ha hecho. Lo extraordinario es que, incluso cuando fallamos en cumplir fielmente nuestras responsabilidades como receptores de las promesas de Dios, Él sigue haciendo realidad esas promesas con fidelidad. El texto de hoy, el Salmo 117:1, es citado por el apóstol Pablo en Romanos 15:11. Esto se debe a que, tal como Dios prometió en el Antiguo Testamento, Él hizo que el Evangelio se proclamara no solo al pueblo de Israel, sino también a los gentiles (por ejemplo, a través de Pablo), llamándolos como sus escogidos y convirtiéndolos en su pueblo (Park Yun-sun). Por tanto, tanto el apóstol Pablo como el salmista, en el pasaje de hoy, declaran que los creyentes gentiles, junto con el pueblo de Israel, deben alabar a Dios.

Una de las promesas que Dios nos ha dado en Jesucristo se encuentra en Hebreos 4:9: «Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios». Dios nos ha prometido un reposo eterno, tanto a ti como a mí. El día que Jesús regrese, Él nos conducirá a ese lugar de reposo eterno. Dios, cuya fidelidad permanece para siempre, ciertamente cumplirá esta promesa. ¿Cuál es, entonces, nuestra responsabilidad? El autor de Hebreos dice: «Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo, para que nadie perezca siguiendo su ejemplo de desobediencia» (v. 11). Debemos esforzarnos por entrar en ese reposo eterno, aferrándonos firmemente a la esperanza de alcanzarlo. En otras palabras, debemos vivir una vida fiel y arraigada en la fe. Debemos escuchar la voz del Señor y obedecer, avanzando hacia ese lugar sublime. Me viene a la mente la letra de la canción góspel «Towards Us» (Hacia nosotros):

(Estrofa 1) «Grande, tan grande, es la misericordia del Señor hacia nosotros; grande, tan grande (2x)

(Estrofa 2) Eterna, eterna, eterna es la fidelidad del Señor hacia nosotros (2x)».

«Dad gracias al SEÑOR»

[Salmo 118]

Al mirar atrás y recordar el año que acaba de pasar, ¿cuándo y cómo hemos experimentado tú y yo la bondad y la misericordia de Dios? Personalmente, los momentos que permanecen más vivos en mi memoria son los servicios funerarios a los que asistí. Tras haber acudido a seis funerales este año —y, concretamente, tras haber oficiado los servicios de despedida y sepultura en dos de ellos—, recuerdo con claridad haber gustado y experimentado la bondad y la misericordia de Dios en aquellos instantes. En ambos servicios, mientras cantábamos el himno 40, «Cuán grande es Él» (título en coreano: «Todos los mundos creados por el Señor Dios»), y alabábamos al Dios que gobierna soberanamente la vida, la muerte y el destino —así como a Su majestad y grandeza—, llegué a experimentar más profundamente Su inmenso amor y Su naturaleza verdaderamente buena. En particular, al reflexionar sobre los últimos momentos de la difunta abuela Jang Eul-su y del difunto reverendo Kim Chang-hyuk, y al considerar la gracia de la salvación que Dios les había otorgado, recuerdo haber ofrecido alabanza y acción de gracias a Dios por Su bondad y misericordia.

¿Por qué debemos dar gracias a Dios? La razón es que Dios es bueno y Su misericordia permanece para siempre. Observemos el Salmo 118:1: «Dad gracias al SEÑOR, porque Él es bueno; Su misericordia permanece para siempre». En los versículos 1 al 5 del pasaje de hoy, vemos al salmista dando gracias a Dios después de que este respondiera a las oraciones elevadas en un tiempo de angustia. Miremos el versículo 5: «Clamé al SEÑOR en mi angustia; el SEÑOR me respondió y me puso en un lugar espacioso». Parece que el

salmista —probablemente David— sufría y sentía dolor porque había pecado contra Dios y estaba siendo disciplinado por Él (versículo 18). Esta disciplina divina conllevaba una situación en la que las naciones (v. 10) —que odiaban al pueblo de Israel (v. 7)— los habían sitiado, provocando no solo sufrimiento y adversidad, sino también el terror de la muerte. Podemos percibir esto gracias al uso reiterado en el texto de frases como «me rodearon» (v. 10), «me rodearon, sí, me rodearon» (v. 11) y «me rodearon» (v. 12). A pesar de soportar una agonía y una aflicción tan extremas debido a este cerco de naciones hostiles, David y el pueblo de Israel confesaron que Dios no los entregó a la muerte (v. 18). En medio de esta crisis, David clamó fervientemente a Dios. Aunque se enfrentaba a una situación desesperada y sin salida aparente, aun así acudió a Dios en súplica. Dios escuchó la oración ferviente de David y lo colocó en un lugar vasto: una «tierra espaciosa y sin límites» (Park Yun-sun, Delitzsch) (v. 5). Las traducciones al inglés expresan esto como «me puso en un lugar espacioso» (NASB) o «me liberó» (NIV). En otras palabras, Dios respondió a la oración de David rescatándolo de las naciones que lo rodeaban y llevándolo a un espacio amplio y abierto. Dicho de forma sencilla, Dios le concedió a David la gracia de la salvación. David describe esta respuesta a su oración de otra manera, al confesar que «la piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo» (v. 22). Este pasaje significa que, aunque David fue perseguido en sus primeros años por muchas figuras poderosas (los «edificadores»), Dios finalmente lo estableció como rey —la «piedra angular»— a pesar de haber sido rechazado por ellos (Calvino, Park Yun-sun). Con el tiempo, David enfrentó una severa disciplina divina debido a sus propias transgresiones; en medio del dolor, el sufrimiento y las circunstancias aterradoras resultantes, clamó fervientemente a Dios en oración. Al ser librado por Dios, David experimentó la bondad divina —que hace que todas las cosas cooperen para el bien— y Su amor eterno e inmutable.

¿Con qué frecuencia dudamos de la bondad y la misericordia de Dios cuando sufrimos adversidades y dificultades? En tales momentos, a menudo albergamos preguntas como: «Si Dios realmente me ama, ¿por qué debo soportar este sufrimiento y dolor?» y, al no perseverar, nos cuesta discernir la buena voluntad de Dios. ¿Acaso no ha habido momentos

en nuestras vidas —especialmente en medio de tanto sufrimiento— en los que todos los caminos parecían bloqueados, dejándonos atrapados y sin vislumbrar solución alguna? En tales momentos, debemos seguir el ejemplo del salmista y clamar a Dios. Mediante su gracia salvadora, debemos experimentar su amor inmutable y la bondad que hace que todas las cosas cooperen para el bien. Necesitamos experimentar con mayor profundidad y certeza la bondad inmutable y la misericordia amorosa de Dios, ya sea en tiempos de adversidad o de paz. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo logró David experimentar la bondad y la misericordia de Dios a través de la oración, incluso al enfrentarse a una situación de peligro mortal provocada por la disciplina divina? Fue porque David poseía un corazón valiente e intrépido, y tenía la certeza de la victoria en la batalla… esa es la razón (versículos 6-16). Observemos el versículo 6 del pasaje de hoy: «El Señor está de mi parte; no temeré. ¿Qué puede hacerme el hombre?». En el amor no hay temor, y el perfecto amor echa fuera el temor (1 Juan 4:18). Aun enfrentándose a un asedio aterrador y temiendo por su vida, David confió en el amor perfecto de Dios y clamó a Él con valentía y sin temor. Fácilmente podría haber desfallecido, haberse desanimado y haber temido la derrota en la batalla; ¿cómo, entonces, pudo orar a Dios sin temor? Fue porque David confiaba plenamente en Dios. Observemos los versículos 8 y 9 del Salmo 118: «Mejor es refugiarse en el Señor que confiar en el hombre; mejor es refugiarse en el Señor que confiar en príncipes». Si observamos Isaías 30:15 —uno de mis versículos bíblicos favoritos—, leemos: «… En el sosiego y en la confianza está vuestra fortaleza». Meditar en este versículo fue una oportunidad para recordarme una vez más que confiar serenamente en Dios es la fuente de mi fortaleza. Hacerlo me infundió fortaleza interior, reemplazando el temor con la seguridad de la salvación y la valentía. Dado que David confiaba plenamente en Dios, no solo le oraba sin miedo, sino que también poseía audacia, valor y la certeza de la victoria en la batalla. ¿Cómo logró David tener tal confianza en la victoria mientras estaba bajo asedio? Porque no tenía nada que temer, al saber que Dios estaba de su parte (Salmo 118:6, 7). Él creía que Dios —quien estaba con él— ayudaría tanto a él como al pueblo de Israel con su poderosa diestra (versículos 15, 16; versículos 7, 13). Observemos el versículo 13 del pasaje de hoy: «Me empujaste con fuerza para hacerme caer, pero el Señor me ayudó». ¿Qué hizo David al

recibir la salvación mediante la ayuda de Dios? Al confesar: «El Señor es mi fortaleza y mi cántico; él ha sido mi salvación» (v. 14), decidió entrar en la casa del Señor y darle gracias (vv. 19–21, 28). Veamos los versículos 21 y 28 del Salmo 118: «Te daré gracias, porque me respondiste; has sido mi salvación» (v. 21); «Tú eres mi Dios, y te daré gracias; tú eres mi Dios, y te exaltaré» (v. 28). También decidió proclamar con fe los actos salvadores de Dios que habían preservado su vida (v. 17). No solo dio gracias a Dios y proclamó sus obras salvadoras, sino que también nos exhorta a todos nosotros: «Dad gracias al Señor, porque él es bueno; «su amor permanece para siempre» (v. 29). Demos todos gracias a Dios. Él es bueno, y su amor permanece para siempre. En esta época de acción de gracias, reflexionemos sobre Jesucristo —la piedra que desecharon los edificadores y que llegó a ser la piedra angular— y demos gracias por la gracia de la salvación que Dios nos ha otorgado a todos.

Quien practica el Camino (la Palabra)

[Salmo 119:1-8]

El mensaje central del Salmo 119:1-8 es que aquellos que practican el Camino son bienaventurados. En otras palabras, el texto declara que son bienaventurados quienes practican la ley de Dios (v. 1). Ciertamente, son bienaventurados aquellos cuyos caminos son irreprochables porque practican la ley de Dios (v. 1). ¿Cómo se conducen, entonces, tales personas bienaventuradas? El texto destaca dos aspectos.

En primer lugar, la persona bienaventurada no comete iniquidad.

Observemos la primera parte del Salmo 119:3: «No cometen iniquidad…». ¿Cómo podemos evitar cometer iniquidad? Debemos aprender los justos juicios. Veamos el versículo 7: «Te alabaré con corazón recto cuando aprenda tus justos juicios». Al aprender los justos juicios, somos capaces de distinguir claramente entre lo correcto y lo incorrecto, y entre el bien y el mal. Poseyendo tal juicio justo, uno no comete iniquidad. Sin embargo, si carecemos de un juicio justo, elegiremos el camino equivocado (el mal) y, al hacerlo, nos contaminaremos. En consecuencia, inevitablemente enfrentaremos vergüenza (v. 6).

En segundo lugar, la persona bienaventurada guarda los mandamientos de Dios.

Observemos el Salmo 119:1: «Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley del Señor». La persona bienaventurada aprende el juicio justo a través de la ley de Dios. Y con este juicio justo, elige el camino correcto (el bien) y evita el camino equivocado (el

mal). Aquellos que aprenden a emitir juicios justos nunca eligen el camino equivocado; por lo tanto, no cometen actos de iniquidad. ¿Cómo podemos, entonces, aprender a emitir tales juicios justos? Es a través de la ley de Dios. Cuanto más aprendemos la ley de Dios, más desarrollamos la capacidad de emitir juicios justos. En consecuencia, adquirimos la habilidad de distinguir claramente entre lo correcto y lo incorrecto, lo que puede denominarse «discernimiento bíblico». Cuando utilizamos este discernimiento para elegir el bien y aborrecer el mal mediante un juicio justo, nuestros corazones se vuelven inevitablemente rectos. Y aquellos con corazones rectos eligen el camino de la justicia, nunca el camino de la iniquidad. Debemos poseer la capacidad de emitir juicios rectos mediante la Palabra de Dios, y debemos vivir una vida que elija el bien y aborrezca el mal basándose en ese juicio. En otras palabras, no debemos limitarnos a aprender el Camino (la Palabra); debemos convertirnos en hacedores del Camino. Debemos ser hacedores de la Palabra, y no tan solo oidores que se engañan a sí mismos (Santiago 1:22). Debemos esforzarnos diligentemente en esto; es decir, debemos guardar y seguir con diligencia la Palabra de Dios (versículo 4). Jamás debemos ser diligentes en cometer iniquidad (versículo 3). Debemos buscar fervientemente la ayuda de Dios para lograrlo (versículo 2). Dicho de otro modo, debemos buscar a Dios con todo nuestro corazón para poner en práctica Su Palabra (versículo 2), y debemos llevar a cabo el Camino de Dios (la Palabra) mientras permanecemos en oración.

Bienaventurados aquellos que ponen en práctica la Palabra de Dios (versículo 2). No serán avergonzados (versículo 6) y darán gracias al Señor (versículo 7).

¿Cómo puede un joven mantener puro su camino?

[Salmo 119:9-16]

Como creyentes en Jesús, deseamos en nuestro corazón imitar la santidad del Señor; sin embargo, a menudo descubrimos que nuestra débil carne persigue el pecado. Por eso el apóstol Pablo confesó: «...Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado» (Romanos 7:25). Se trata de una batalla espiritual: una batalla espiritual contra nosotros mismos. En esta lucha, debemos adoptar una perspectiva bíblica sobre nuestra propia naturaleza; específicamente, sobre la depravación humana (nuestra condición pecaminosa). En Proverbios 20:9, el autor pregunta: «¿Quién podrá decir: "Yo he limpiado mi corazón, estoy limpio de mi pecado"?». Asimismo, Job 15:14-16 afirma: «¿Qué es el hombre para que sea puro, y para que se justifique el nacido de mujer? He aquí que en sus santos no confía Dios, y ni aun los cielos son puros delante de sus ojos; ¡cuánto menos el hombre abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua!». Ciertamente, los seres humanos somos corruptos. ¿Cómo puede alguien ser puro? No obstante, en el texto de hoy —el Salmo 119:9—, el salmista plantea la pregunta: «¿Cómo puede un joven mantener puro su camino?...». Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre cuatro maneras en que podemos vivir una vida pura (santa).

En primer lugar, para vivir una vida pura (santa), debemos vivir conforme a la palabra del Señor.

Observemos el Salmo 119:9: «¿Cómo puede un joven mantenerse en el camino de la pureza? Viviendo conforme a tu palabra». Existe una conexión profunda entre purificarnos y la

palabra de Dios. Por ejemplo, el apóstol Pedro nos dice que la purificación de nuestras almas es posible mediante la obediencia a la verdad: «Ya que os habéis purificado obedeciendo a la verdad...» (1 Pedro 1:22). Así, en el texto de hoy —el Salmo 119:9—, el salmista afirma que debemos «tener cuidado» (o guardar nuestro camino) conforme a la palabra del Señor. La expresión «tener cuidado» (o «prestar atención») conlleva aquí dos implicaciones. Una tiene un sentido pasivo: una orden de «abstenerse» o de «no hacer algo». Deuteronomio 4:23 sirve de ejemplo: «Cuídate [ten cuidado] de no olvidar el pacto que el Señor tu Dios hizo contigo; no te hagas ningún ídolo con la forma de algo que el Señor tu Dios haya prohibido». La otra implicación es activa: una orden de «guardar» o «hacer». Génesis 18:19 ofrece un ejemplo: «Porque yo lo he escogido para que instruya a sus hijos y a su familia después de él, a fin de que guarden el camino del Señor haciendo lo que es justo y recto, para que el Señor cumpla con Abraham lo que le ha prometido». Entonces, ¿cómo «tenemos cuidado» (o prestamos atención) conforme a la palabra del Señor? Hay tres pautas.

(1) Debemos meditar en los preceptos del Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 119:15: «Medito en tus preceptos...». Debemos meditar —y volver a meditar— en la palabra de Dios. Hemos de cultivar el buen hábito de meditar en la Palabra de Dios. Meditar en Dios no significa simplemente leer la Biblia. La meditación implica pensar —y volver a pensar— en las palabras que hemos leído. Significa ponderar el significado de esas palabras y reflexionar sobre ellas repetidamente con un corazón lleno de oración (versículo 148).

(2) Debemos prestar atención al camino del Señor (Su Palabra).

Observemos la segunda mitad del Salmo 119:15: «...y fijo mis ojos en tus caminos». Debemos descubrir el camino de Dios meditando en Su Palabra. En otras palabras, a través de la Biblia descubrimos a Jesús y debemos prestar atención a las huellas que Él dejó al

caminar. Por tanto, cuando comprendemos el camino del Señor mediante Su Palabra, debemos comparar la senda que recorremos con la Suya. Si el camino en el que estamos difiere del del Señor, debemos arrepentirnos de nuestro pecado, volvernos atrás y caminar por el camino del Señor.

(3) Debemos deleitarnos en el camino de los testimonios del Señor. Observemos el Salmo 119:14: «Me he gozado en el camino de tus testimonios más que en todas las riquezas». La gente ama profundamente las riquezas. El salmista confiesa que se deleita obedeciendo la Palabra del Señor tanto como se deleita en las riquezas. El cristiano que experimenta el gozo de obedecer la Palabra de Dios purifica su conducta en medio de ese gozo de la obediencia.

En segundo lugar, para vivir una vida pura (santa), debemos buscar al Señor con todo nuestro corazón.

Observemos la primera parte del Salmo 119:10: «Con todo mi corazón te he buscado...». ¿Por qué buscamos al Señor? ¿Por qué elevamos oraciones al Señor? Deseamos vivir una vida santa y andar por un camino puro; meditamos en la Palabra de Dios y reflexionamos sobre el camino que recorrió el Señor; sin embargo, aun así tropezamos, caemos y pecamos. Por ello, con un corazón que anhela sinceramente imitar la santidad del Señor, clamamos a Él. La oración ferviente del salmista era: «No permitas que me desvíe de tus mandamientos» (v. 10). Esta debe ser también nuestra oración, pues poseemos una inclinación pecaminosa que busca alejarse de los mandamientos del Señor. Aunque albergamos un santo anhelo de obedecer sus mandatos, nuestros viejos hábitos persisten y la naturaleza pecaminosa que hay en nosotros a menudo nos hace desviarnos. El orgullo, en particular, nos aleja del camino del Señor y nos conduce a la corrupción (v. 21). Así pues, al igual que el salmista, debemos buscar a Dios con todo nuestro corazón. Debemos orar fervientemente: «No permitas que me desvíe de tus mandamientos» (v. 10). Al hacerlo, debemos pedir también: «Enséñame tus decretos» (v. 12). Debemos reconocer nuestra propia ignorancia y admitir que no podemos comprender los decretos del Señor por nuestra cuenta. Debemos

reconocer nuestra necesidad de la instrucción soberana de Dios (v. 34). Debemos buscar al Señor con todo nuestro corazón para purificar nuestra conducta y vivir conforme a su Palabra. Reconociendo nuestra ignorancia y nuestra incapacidad para obedecer sus mandamientos, debemos pedir a Dios sabiduría y fortaleza, y así vivir una vida santa. En tercer lugar, para vivir una vida limpia (santa), debemos guardar la palabra del Señor en nuestros corazones.

Observemos el Salmo 119:11: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti». ¿Qué significa guardar la palabra del Señor en nuestros corazones? Significa atesorar Su palabra y aferrarnos a ella en nuestro interior. Esta es precisamente la voluntad del Señor para nosotros. Por eso, el autor de Proverbios nos exhorta en Proverbios 7:1: «Hijo mío, guarda mis palabras y atesora mis mandamientos en tu interior». ¿Por qué debemos atesorar la palabra de Dios en nuestros corazones? La razón es evitar pecar contra el Señor (Salmo 119:11). Cuando guardamos la palabra de Dios en nuestros corazones, podemos ser gobernados y guiados por ella.

Entonces, ¿cómo podemos realmente atesorar la palabra del Señor en nuestros corazones? Podemos aprender dos lecciones del pasaje de hoy.

(1) Para guardar la palabra del Señor en nuestros corazones, debemos deleitarnos en ella.

Observemos el Salmo 119:14 y la primera parte del versículo 16: «Me he regocijado en el camino de tus testimonios tanto como en todas las riquezas» (v. 14); «Me deleitaré en tus estatutos…» (v. 16). Es verdaderamente difícil leer la Biblia sin deleitarse en la palabra de Dios. Sin embargo, cuando obedecemos la palabra de Dios y experimentamos las bendiciones que Él provee, naturalmente nos sentimos atraídos hacia Su palabra. El salmista nos insta a deleitarnos en el camino de los testimonios del Señor tal como nos deleitamos en todas las riquezas que poseemos (v. 14). Cuando nos deleitamos en los

estatutos del Señor (v. 16), somos capaces de atesorar la palabra de Dios en nuestros corazones.

(2) Para guardar la palabra del Señor en nuestros corazones, debemos decidir no olvidarla.

Observemos la segunda parte del Salmo 119:16 en el texto de hoy: «… no me olvidaré de tu palabra». Si no mantenemos la palabra de Dios cerca, fácilmente la olvidamos. Además, nuestros corazones se endurecen. En consecuencia, inevitablemente terminamos desobedeciendo la palabra de Dios. No debemos permitir que esto suceda. Debemos mantener la palabra de Dios cerca. Al igual que el salmista, debemos decidir no olvidarla. Debemos comprometernos con la palabra de Dios. En particular, para evitar olvidar la palabra de Dios, debemos obedecer la voz de Dios que escuchamos al meditar en ella. Cuando hacemos esto, podemos grabar la palabra de Dios en las tablas de nuestros corazones. Cuando hacemos esto, la palabra de Dios se convierte en nuestra propia posesión (versículo 56). Creo que este es el secreto definitivo para no olvidar la palabra de Dios.

Finalmente, el cuarto punto: para vivir una vida pura (santa), debemos proclamar la palabra del Señor.

Observemos el Salmo 119:13: «Con mis labios he declarado todos los juicios de tu boca». Para atesorar la palabra de Dios en nuestros corazones, debemos proclamarla con nuestros labios y vivirla. Por supuesto, al proclamar la palabra de Dios, nuestras propias vidas deben reflejar primero las mismas palabras que proclamamos. Debemos dar testimonio de la palabra de Dios mientras vivimos una vida que sirva como tal testimonio. En otras palabras, debemos proclamar la santa palabra del Señor mientras buscamos una vida santa y pura. Como testigos de Cristo, debemos vivir una vida de testimonio. Debemos proclamar la palabra de Dios con una pasión incontenible (Salmo 39:1–3; 40:9).

¿Cómo, entonces, podemos vivir una vida pura (santa)? Debemos vivir conforme a la palabra del Señor (v. 9). Debemos buscar al Señor con todo nuestro corazón (v. 10). Debemos atesorar la palabra del Señor en nuestros corazones y debemos proclamarla. Por lo tanto, oro para que usted y yo vivamos vidas santas y puras.

«Para no pecar contra Ti»

«En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Salmo 119:11).

El 25 de diciembre —día de Navidad—, los medios de comunicación informaron extensamente sobre un caso de asesinato en la ciudad de Covina bajo el titular «Masacre de Navidad». Un hombre divorciado de 45 años, disfrazado de Papá Noel, llegó a la casa de los que probablemente eran los padres de su exesposa alrededor de las 11:30 p. m. de la Nochebuena. Abrió fuego indiscriminadamente contra los invitados que asistían a una fiesta de Nochebuena e incendió la casa, provocando la muerte de nueve personas; más tarde, se quitó la vida. Enterarme de este horrendo crimen me llevó a reflexionar sobre cómo el trauma del divorcio puede conducir a consecuencias tan trágicas. Parecía que la incapacidad para controlar el odio, la ira y los impulsos de su corazón lo llevó a cometer un acto tan terrible. Al observar esto y los muchos otros informes de crímenes en televisión, estoy convencido de que, cuando un corazón está lleno de cosas pecaminosas, cometer un delito se vuelve inevitable. Creo que esto también se aplica a nosotros, los creyentes que seguimos a Jesús. Si nuestros corazones están llenos de cosas feas y pecaminosas, no podremos evitar pecar contra Dios. Sin embargo, a medida que nuestros corazones se llenan gradualmente de la Palabra de Dios, las ocasiones de pecar contra el Señor también disminuirán progresivamente. Para lograrlo, debemos tomar una decisión firme y comprometernos. Debemos decidir no pecar contra el Señor y, con ese fin, comprometernos a guardar Su Palabra en nuestros corazones.

En el Salmo 119:11, el salmista confiesa que ha guardado la Palabra del Señor en su corazón precisamente para no pecar contra Él. ¿Cómo podemos, entonces, guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones? He considerado cinco maneras:

En primer lugar, para guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones, debemos orar a Dios. Debemos orar diciendo: «Dios, por favor enséñame Tu Palabra».

Observemos el Salmo 119:12: «Bendito seas tú, oh Jehová; enséñame tus estatutos». El salmista oraba para que Dios le enseñara Su Palabra, a fin de poder guardarla en su corazón. Nosotros también debemos orar para que Dios nos enseñe Su Palabra. La razón es que el Espíritu Santo es el verdadero Autor de la Biblia. Puesto que el Espíritu Santo habita en aquellos de nosotros que creemos en Jesús, solo podemos entender la Palabra de Dios cuando Él la ilumina para nosotros. Si sentimos que nos falta el deseo de aprender la Palabra de Dios, debemos arrepentirnos y orar para que Dios nos conceda un corazón que anhele y desee aprender Su Palabra.

En segundo lugar, para guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones, debemos prestarle atención y meditar en ella con diligencia.

Observemos el Salmo 119:15: «Medito en tus preceptos y considero tus caminos». El salmista prestaba atención a la Palabra de Dios y meditaba en ella día y noche. Al igual que el salmista, debemos prestar atención a la Palabra de Dios. Debemos mantener la Palabra de Dios cerca de nosotros. Debemos meditar en ella con diligencia y regularidad. Al leer la Biblia, debemos rumiar la Palabra de Dios. Con un corazón dispuesto a la oración, debemos reflexionar profunda y repetidamente sobre la Palabra de Dios. A través de dicha meditación, debemos escuchar con humildad el mensaje —la voz— que Dios desea transmitirnos.

En tercer lugar, para guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones, debemos compartir la Palabra en la que hemos meditado.

Observemos el Salmo 119:13: «Con mis labios he declarado todos los juicios de tu boca». El salmista proclamaba todos los juicios del Señor con sus labios. Nosotros también debemos compartir con los hermanos y hermanas que nos rodean las enseñanzas que obtenemos al meditar en la Palabra de Dios. En particular, debemos compartir el evangelio de Jesucristo que llegamos a comprender al meditar en las Escrituras. La Palabra permanece más profundamente en nuestros corazones cuando la compartimos. A medida que escribimos las verdades en las que hemos meditado y las compartimos con otros, nuestros corazones se llenan cada vez más de la Palabra de Dios.

En cuarto lugar, para guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones, debemos deleitarnos en ella.

Observemos el Salmo 119:14: «Me he regocijado en el camino de tus testimonios, tanto como en todas las riquezas». El salmista se deleitaba en la Palabra de Dios tal como uno se deleita en una gran riqueza. Nosotros debemos hallar gozo en la Palabra de Dios, al igual que lo hacemos en las posesiones materiales. Quizás no sea fácil deleitarse en la Palabra de Dios desde el principio; sin embargo, a medida que meditamos en ella y experimentamos las revelaciones que Dios nos otorga, comenzaremos a comprender —al menos en cierta medida— la confesión del salmista de que la Palabra de Dios es más dulce que la miel (versículo 103). En última instancia, cuanto más saboreemos la dulzura de la Palabra de Dios, más imposible será no deleitarnos en ella. En este gozo, llegaremos a valorar aún más la Palabra de Dios y a meditar en ella con mayor profundidad.

Por último, el quinto punto: para guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones, no debemos olvidarla.

Observemos el Salmo 119:16: «Me deleitaré en tus estatutos; no olvidaré tu palabra». Puesto que el salmista se deleitaba en la Palabra de Dios, decidió no olvidarla. Nosotros debemos tomar esa misma determinación. También nosotros debemos consagrarnos a Dios,

prometiendo no olvidar su Palabra. Cuanto más nos llenemos del gozo que proviene de orar a Dios y meditar en su Palabra, más profundamente quedará esta grabada en nuestros corazones, trascendiendo el mero conocimiento intelectual para convertirse en parte de nuestro propio ser. Al suceder esto, no olvidaremos la Palabra de Dios y viviremos vidas que la reflejen. El creyente que vive cada vez más de esta manera no pecará contra el Señor.

Quienes creemos en Jesús no debemos participar cuando la gente del mundo comete pecado. Cuando el pecado prolifera en los hogares del mundo, las familias cristianas no deben cometer esos mismos pecados. Cuando se cometen toda clase de pecados en organizaciones mundanas, tales pecados no deben ocurrir dentro de nuestra iglesia. Para evitarlo, debemos guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones; debemos llenarlos con ella. Debemos asegurarnos de no olvidar la Palabra de Dios, aferrándonos al gozo y al deleite que surgen de la oración, la meditación y el compartir las revelaciones obtenidas mediante dicha meditación. Por tanto, oro para que todos guardemos la Palabra de Dios en nuestros corazones y así evitemos pecar contra Él.

«Para no pecar contra Ti»

«En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Salmo 119:11).

Ningún cristiano consciente que cree en Jesús desea pecar contra el Señor. Sin embargo, a menudo nos encontramos luchando en un pantano de culpa, frustración y desesperación al vernos cometer pecados que no deseamos cometer. ¿Por qué cometemos pecados que no queremos? ¿Por qué fallamos en obedecer la Palabra de Dios —algo que deseamos hacer— y en su lugar cometemos pecados que no deseamos? Podemos encontrar la razón en Romanos 7:13–25. Esa razón es precisamente «el pecado que mora en mí» (versículos 17, 20). Al observarse a sí mismo sirviendo a la ley del pecado con su carne mientras deseaba servir a la ley de Dios con su mente, el apóstol Pablo confesó: «¡Miserable de mí!» (versículo 25). Esta es precisamente nuestra condición: no hacer el bien que deseamos y, en cambio, cometer el mal que aborrecemos (versículos 15, 19). ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos mirar a nuestro Señor Jesucristo (versículo 25). Al hacerlo, debemos esforzarnos por cumplir fielmente nuestra responsabilidad. Esa responsabilidad no es otra que la de no pecar contra el Señor. ¿Cómo es esto posible?

En el contexto del pasaje de hoy —Salmo 119:9–16—, hay cuatro cosas que debemos poner en práctica si queremos guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones y evitar pecar contra el Señor.

En primer lugar, debemos orar a Dios.

El salmista buscó al Señor con todo su corazón (versículo 10). Lo hizo porque no quería desviarse de los mandamientos del Señor (versículo 10). Por ello, oró al Señor suplicando: «Enséñame tus estatutos» (v. 12). Nosotros también debemos orar para que Dios nos enseñe Su Palabra. Debemos pedir fervientemente a Dios que nos enseñe Su Palabra con una actitud humilde, dispuestos a aprender. A veces, las mismas palabras que he predicado o enseñado vuelven para herir mi propia conciencia. En esos momentos, me doy cuenta de que he sido negligente al enseñarme a mí mismo. Siento la necesidad de cultivar el hábito de examinar diligentemente mi corazón y mi vida en el espejo espiritual de la Palabra de Dios. El Señor me recuerda que debo enseñar a otros solo después de haberme instruido diligentemente a mí mismo primero. Oro al Señor para ser alguien que recibe instrucción con humildad. Deseo desarrollar el buen hábito de orar a Dios para ser instruido diligentemente por Su Palabra.

En segundo lugar, debemos meditar en la Palabra de Dios.

El salmista meditaba en los preceptos del Señor y prestaba atención a Sus caminos (v. 15). No podemos permanecer simplemente pasivos mientras oramos para que Dios nos enseñe Su Palabra; debemos atesorarla. Debemos mantener la Biblia cerca de nosotros. Necesitamos cultivar el hábito de meditar en la Palabra de Dios de manera diligente y constante, y debemos prestarle mucha atención. Creo que es crucial desarrollar un hábito práctico de "tiempo a solas con Dios" (meditando en la Palabra). No debemos limitarnos a oír, leer o estudiar la Palabra; necesitamos la disciplina de pensar —y pensar profundamente— en ella. Mediante esta disciplina, al meditar en la Palabra de Dios día y noche como lo hacía el salmista, podemos luchar contra los pensamientos pecaminosos y vencerlos con la Palabra de Dios en el ámbito de nuestra mente.

En tercer lugar, debemos obedecer la Palabra de Dios. El salmista proclamaba con sus labios todos los decretos que salían de la boca del Señor (v. 13). No debemos quedarnos solo en aprender y meditar en la Palabra; a medida que aprendemos y meditamos en la

Palabra de Dios, debemos escuchar la voz del Señor y seguirla. En otras palabras, debemos obedecer la Palabra del Señor. Cuando lo hacemos, esa Palabra queda grabada en las tablas de nuestro corazón y se vuelve verdaderamente nuestra (v. 56).

Finalmente, el cuarto punto es que debemos deleitarnos en la Palabra de Dios.

El salmista confesó que se regocijaba en el camino de los testimonios de Dios tanto como en todas las riquezas (v. 14). Experimentamos el gozo de la Palabra cuando aprendemos y meditamos en ella mediante la oración, y cuando obedecemos la voz de Dios que nos habla en ese proceso. Cuando poseemos este gozo de la Palabra, no olvidaremos la Palabra de Dios (v. 16).

Para evitar pecar contra el Señor, debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones. Con este fin, debemos aprender y meditar en la Palabra de Dios mientras oramos a Él. Debemos obedecer la Palabra de Dios a medida que Él nos enseña mediante este proceso. Por tanto, debemos regocijarnos al saborear la dulzura de la Palabra de Dios.

Combustible espiritual

«En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Salmo 119:11); «Esta es mi herencia: guardar tus preceptos» (Salmo 119:56).

Mientras me dirigía a la reunión de oración de esta mañana, sentí cierta ansiedad. Ya había experimentado ansiedad anteriormente cuando la furgoneta de la iglesia en la que viajaba se detuvo por falta de combustible; hoy, al conducir mi propio automóvil, noté que la aguja del indicador de combustible marcaba casi el nivel de reserva. Así que, mientras conducía, oré para que el Señor me ayudara a salir de la autopista 2 y llegar a la gasolinera Arco. Afortunadamente, tras repostar en la estación Arco, pude acelerar sin problemas y llegar a salvo a la iglesia.

Al reflexionar sobre la experiencia de esta mañana, compartí los versículos 11 y 56 del Salmo 119 durante la reunión de oración. El salmista atesoraba la Palabra de Dios en su corazón (versículo 11). Guardaba la Palabra en su interior para evitar pecar contra Dios. Una vida de obediencia a esa Palabra: esa era la «herencia» del salmista (versículo 56). En otras palabras, el salmista estaba lleno de combustible espiritual. Por consiguiente, cuando surgían tentaciones de pecar, era capaz de huir de ellas —tal como se pisa el acelerador para ganar velocidad— al dejarse guiar por la Palabra.

Sin embargo, al reflexionar sobre por qué no logro acelerar en mi caminar con la Palabra como lo hizo el salmista, me doy cuenta de que se debe a que no estoy reponiendo —ni recibiendo un nuevo suministro de— mi combustible espiritual cuando es necesario. Me encuentro reflexionando sobre si estoy viviendo mi vida de fe con demasiada prisa —

sirviendo afanosamente aquí y allá sin darme cuenta de cuánto combustible espiritual he consumido—, algo parecido a conducir un automóvil durante una semana sin mirar el indicador de combustible, ignorando cuánto queda en el depósito. Cuando recibo la Palabra de Dios, viva y eficaz —mi combustible espiritual—, y la hago verdaderamente mía aplicándola a mi vida, mi depósito espiritual se llena; esto me permite acelerar y escapar de las muchas tentaciones del mundo. Creo que mi incapacidad para hacerlo proviene de la falta de ese combustible espiritual. Otro factor crucial es el *tipo* de combustible espiritual que poseo. Por ejemplo, cuando lleno el depósito de mi coche, casi siempre elijo la gasolina «sin plomo normal» simplemente porque es la opción más económica. Sin embargo, recuerdo haber usado la «sin plomo premium» cuando hice un viaje largo para visitar a mi suegro en Arizona; mi esposa me lo sugirió, señalando que su mayor calidad era más adecuada para trayectos largos. No obstante, existe una categoría aún superior: la «super sin plomo». Dado que cuesta más por galón, rara vez —o nunca— la he utilizado. Creo que nuestro combustible espiritual puede clasificarse de manera similar. La opción más económica, la «sin plomo normal», representa un estado espiritual en el que uno conoce la Palabra solo intelectualmente, tratándola meramente como información almacenada en la mente. La «sin plomo premium» —una categoría superior— representa un estado en el que uno recibe gracia a través de la Palabra e intenta aplicarla, pero a menudo tropieza y cae; esto sucede porque las raíces espirituales no son lo suficientemente profundas. Finalmente, creo que la «super sin plomo» —la gasolina de mayor calidad— puede simbolizar la transformación que experimentamos al aplicar la Palabra de Dios a nuestras vidas; representa una vida profundamente arraigada y que da fruto. Imagino que el combustible espiritual del salmista era semejante a la «super sin plomo»: algo que hizo suyo mediante la aplicación activa de la Palabra de Dios. Probablemente por eso experimentó cómo la Palabra vivificaba su alma.

Hoy sentí ansiedad al ver que el indicador de combustible de mi coche marcaba casi el vacío. Mientras oraba, recordé al salmista preguntándole a su alma: «¿Por qué te abates, oh alma mía?» (Salmos 42:5, 11; 43:5). Cuando el combustible espiritual escasea, el alma

inevitablemente se llena de ansiedad y tiende a la desesperación. Aprendí la importancia de verificar con frecuencia mis niveles de combustible espiritual y de repostar siempre que aparece la señal de advertencia o, mejor aún, de reabastecerme proactivamente acudiendo al Señor antes incluso de que suene la alarma. Estoy convencido de que, si lleno mi depósito espiritual con la mejor «gasolina espiritual», tendré el impulso necesario para acelerar y escapar cuando surjan tentaciones a mi paso. Al igual que un coche requiere repostajes regulares y continuos, deseo llenar constantemente mi depósito espiritual con el combustible de mayor calidad: la Palabra de Dios. Entonces, al enfrentarme a las tentaciones del mundo, puedo adquirir la rapidez de la Palabra y «huir», tal como lo hizo José. Tras haber meditado, proclamado y orado esta mañana —y mientras reflexiono más a fondo al escribir esto—, me esfuerzo por llenar mi depósito espiritual con la mejor «gasolina espiritual» mediante la obediencia a Su Palabra.

El propósito de la vida

[Salmo 119:17–24]

Científicos sociales de la Universidad Johns Hopkins, en Estados Unidos, en colaboración con una agencia nacional de salud mental, realizaron un estudio de dos años con 7.948 estudiantes de 48 universidades, planteando la pregunta: "¿Qué es lo más importante para ti en este momento?". Los resultados mostraron que, si bien el 16 % de los encuestados respondió "ganar dinero", el 78 % contestó: "descubrir el sentido de mi vida". La conclusión de esta encuesta fue que los seres humanos no buscan fundamentalmente posesiones materiales, sino más bien el sentido de la vida (Fuente: Internet). ¿Cuál es, en realidad, el sentido de tu vida? ¿Con qué propósito vives? ¿Cuál es el verdadero propósito de nuestras vidas? El Catecismo Menor de Westminster afirma lo siguiente en la Pregunta 1: [P1] ¿Cuál es el fin principal del hombre? [R] El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre (1 Corintios 10:31; Romanos 11:36; Salmo 73:24–26; Juan 17:22–24). ¿Cómo, entonces, vivimos una vida que glorifica a Dios?

En el pasaje de hoy —específicamente en la segunda mitad del Salmo 119:17— se nos dice que, para cumplir el propósito de la vida (glorificar a Dios y gozar de Él para siempre), debemos guardar la palabra de Dios: "...guardaré tu palabra". ¿Cómo podemos, entonces, guardar la palabra de Dios? Quisiera reflexionar sobre esto a través de tres puntos basados en el pasaje de hoy, el Salmo 119:17–24.

En primer lugar, para guardar la palabra de Dios, los ojos de nuestro espíritu deben ser abiertos. Observemos el Salmo 119:18: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley". El

salmista oró a Dios diciendo: "Abre mis ojos". ¿Para qué? Para ver las maravillas de la ley del Señor. Inspirado por Dios, el salmista buscaba examinar la naturaleza maravillosa de Su Palabra (Park Yun-sun). Somos peregrinos en esta tierra (versículo 19). Esta tierra no es nuestro hogar; Estamos en camino hacia una patria mejor: el reino celestial. Como peregrinos aquí, tenemos la responsabilidad de vivir en obediencia a la Palabra de Dios —quien habita en el cielo— mientras estamos en esta tierra. Esto se debe a que somos ciudadanos del cielo (Filipenses 3:20). Por tanto, como ciudadanos del cielo que habitan en la tierra, debemos vivir de una manera digna de esa ciudadanía. En otras palabras, debemos vivir conforme a la Palabra de Dios. Sin embargo, mientras vivimos aquí, no podemos ver verdaderamente la Palabra de Dios a menos que nuestros ojos espirituales sean abiertos. Sin la apertura de nuestros ojos espirituales, no podemos ver la obra de Dios desarrollándose en esta tierra. Así, el salmista suplica a Dios: «No escondas de mí tus mandamientos» (Salmo 119:19). Nosotros también debemos elevar esta oración a Dios. Cuando Dios, en su misericordia, responde a nuestra oración y abre nuestros ojos espirituales, contemplaremos las maravillas que hay en su Palabra. En consecuencia, recibiremos la fortaleza para guardar la Palabra de Dios. ¡Este es el propósito mismo de la vida: guardar la Palabra de Dios!

En segundo lugar, para guardar la Palabra de Dios, nuestros corazones deben estar consumidos por un anhelo profundo y doloroso de ella.

Observemos el Salmo 119:20: «Mi alma está consumida por el anhelo de tus leyes en todo momento». El salmista declara que su alma está consumida —o desgastada— por su anhelo constante e intenso de la Palabra de Dios. ¿Cuánto debió anhelar el salmista la Palabra de Dios para experimentar tal angustia en el corazón? ¿Anhelamos nosotros, al igual que el salmista, constantemente la Palabra de Dios hasta el punto de que nuestros corazones duelan por ese anhelo? Aunque nuestra respuesta a esta pregunta *debería* ser «sí», parece que a menudo no lo es. Una razón de esto es que nuestros ojos espirituales no están totalmente abiertos; al no percibir la naturaleza maravillosa de la Palabra de Dios, no

la anhelamos con esa intensidad del corazón. No comprendemos plenamente la necesidad absoluta de la Palabra de Dios para el viaje de nuestra vida. En consecuencia, caemos en el orgullo y nos desviamos de los mandamientos del Señor (v. 21). Y debido a que vivimos apartados de sus mandamientos, el Señor nos reprende (v. 21). ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos arrepentirnos humildemente y volver al Señor. Debemos consagrarnos nuevamente a guardar su Palabra. Al hacerlo, nosotros —como peregrinos en este mundo— podemos hallar consuelo en la Palabra de Dios (v. 23). Podemos encontrar alivio en su Palabra incluso en medio de la persecución de los enemigos (v. 22: «afrenta y menosprecio»). Por tanto, necesitamos que nuestros corazones sean quebrantados —experimentar esa santa angustia— a través de las tribulaciones y adversidades de la vida. En ese quebrantamiento, al igual que el salmista, anhelaremos la Palabra de Dios con mayor fervor para poder guardarla.

En tercer lugar, para guardar la Palabra de Dios, debemos probar el gozo que se encuentra en ella.

Observemos el Salmo 119:24: «Tus testimonios son también mi deleite y mis consejeros». El salmista confiesa que la Palabra del Señor es «mi deleite y mis consejeros». ¿Cuál es nuestro deleite en este mundo donde no somos más que peregrinos? No hay nadie en la tierra a quien desear sino al Señor (73:25). Lo que necesitamos desesperadamente en esta tierra no es otra cosa que la palabra que sale de la boca del Señor (Deuteronomio 8:3). Solo el Señor —nuestro Pastor— puede guiarnos desde este mundo, donde somos meros peregrinos, hacia el reino de los cielos, el mundo venidero. Somos personas que requieren absolutamente la guía del Señor; necesitamos ser conducidos por las mismas palabras que salen de su boca. Por consiguiente, al igual que el salmista, debemos hacer de la Palabra de Dios nuestro deleite y nuestro consejero. Para ello, debemos probar el gozo que se halla en su Palabra y experimentar el poder de la misma. Esto exige que obedezcamos la Palabra de Dios con humildad y fe. Podemos experimentar el poder de Dios cuando guardamos su Palabra y, al hacerlo, comprenderemos qué gran gozo supone obedecerla.

El propósito de nuestras vidas es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre. Para vivir una vida así, debemos guardar la Palabra de Dios, y para guardar Su Palabra, debemos orar. Debemos pedir fervientemente a Dios que abra los ojos de nuestro corazón (versículo 18). Debemos anhelar constantemente la Palabra de Dios con una pasión que consuma nuestra propia alma (versículo 20), y debemos saborear el gozo que en ella se encuentra. Solo entonces podremos guardar Su Palabra. Mi oración es que todos glorifiquemos a Dios y disfrutemos de Él al guardar Su Palabra.

¡Correré hacia la Palabra del Señor!

[Salmo 119:25–32]

En una ocasión, un pastor visitó el hogar de un miembro de su congregación. Aunque había señales claras de que alguien se encontraba dentro, la puerta no se abría por más que él llamara. Sintiéndose menospreciado y pensando que lo ignoraban, el pastor dejó una nota citando Apocalipsis 3:20: «¡Aquí estoy! Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo». El domingo siguiente, el miembro de la iglesia le entregó una nota al pastor de la misma manera. Al buscar la cita bíblica, el pastor estalló en una carcajada. El versículo era Génesis 3:10: «Te oí en el jardín y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí» (Internet). Al leer esta anécdota y compartir unas risas, podemos extraer una lección valiosa: la importancia de aplicar la Palabra. Una vez leí un artículo en el que un pastor afirmaba que el mayor problema que enfrenta la iglesia coreana hoy en día es la abundancia de teoría frente a la debilidad en la aplicación. A pesar de la riqueza de conocimientos bíblicos, la multitud de sesiones de estudio bíblico en cada iglesia y la gran variedad de excelentes libros cristianos disponibles, existe una falta de poder celestial. Esta lectura me llevó a comprender que, para experimentar ese poder celestial, debemos aplicar la Palabra. Entonces, ¿qué significa aplicar la Palabra? «Si la meditación implica aferrarse a la Palabra y permitir que eche raíces y ejerza influencia en lo profundo de nuestros pensamientos y corazones, entonces la "aplicación" es el proceso de hacer que esa Palabra se manifieste de manera concreta en nuestras vidas» (Internet). Hoy, centrándonos en el Salmo 119:25–32 y en el título «Correré hacia la Palabra del Señor», deseo aplicar tres lecciones a nuestras vidas. También quiero desafiarlos con dos motivos de oración y un llamado al compromiso.

El primer motivo de oración relacionado con correr hacia la Palabra del Señor es: «¡Señor, ayúdame a entender Tu Palabra!».

Observemos el Salmo 119:27: «Hazme entender el camino de tus preceptos, para que medite en tus maravillosas obras». Reflexioné sobre cómo describir la época actual. Vinieron a mi mente las palabras de Marcos 4:12: «…oyendo, oyen, pero no entienden…». ¿Por qué es esta una era que no comprende? Porque se acerca al mal. Observemos la última parte de Job 28:28: «…El temor del Señor es la sabiduría, y apartarse del mal, la inteligencia». Al aplicar esto a la luz de la Epístola de Santiago, vemos que la razón por la que los cristianos no comprendemos la Palabra de Dios es que nos hemos contaminado con el mundo (Santiago 1:27). Aunque nuestras «almas justas» deberían afligirse al ver y oír a diario las acciones inicuas de este mundo (2 Pedro 2:8), no experimentamos tal aflicción porque estamos manchados por el mundo. En otras palabras, al no habernos guardado de caer en la mundanalidad, oímos la Palabra de Dios docenas —incluso cientos— de veces, pero no logramos captar su significado. El profeta Isaías explica la razón de esta falta de entendimiento en Isaías 44:18: «No saben ni entienden; porque Él cerró sus ojos para que no vean, y sus corazones para que no comprendan». El salmista del pasaje de hoy —el Salmo 119— vivió en una época sombría y anhelaba comprender el camino de los preceptos del Señor (Sal. 119:27). Rodeado por la iniquidad del mundo —al verla, oírla y experimentarla personalmente (2 P. 2:8)—, decidió orar a Dios en lugar de transitar por esa senda de maldad, y recibió respuesta a su oración (Sal. 119:26). Tras encomendar a Dios su incierto futuro mediante la oración, el salmista recibió una respuesta divina. En consecuencia, declaró: «Enséñame tus estatutos» (v. 26). Con el deseo de comprender más profundamente la Palabra del Señor gracias a esta oración contestada, buscó entender el camino de los preceptos divinos y andar por sus sendas, en lugar de seguir los caminos inicuos del mundo. ¿Cuál era la razón? Quería meditar en las maravillosas obras del Señor (v. 27). Él buscaba comprender el camino de los preceptos del Señor para poder contemplar y saborear la belleza —las «maravillosas obras»— de la Palabra del Señor (Park Yun-sun).

Es mi sincero deseo que este sea un año en el que saboreemos la belleza de la Palabra del Señor. Al leer, escuchar y meditar en las Escrituras, oro para que el Espíritu Santo nos conceda la percepción necesaria para disfrutar de la dulzura de cada versículo. Espero fervientemente que nosotros también podamos hacer la confesión que se encuentra en el Salmo 119:103: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Más que la miel a mi boca!».

La segunda petición de oración, mientras corremos hacia la Palabra del Señor, es esta: «¡Afírmame conforme a tu Palabra!».

Observemos el Salmo 119:28: «Mi alma se deshace de angustia; fortaléceme [afírmame] conforme a tu palabra». ¿En qué circunstancias pronunció el salmista esta segunda oración? Rogó a Dios ser sostenido conforme a Su palabra en un momento en que su alma se deshacía bajo el peso de la opresión. Fue una súplica para ser sustentado por la Palabra del Señor mientras se veía atormentado por la tribulación y la angustia (Park Yun-sun) y mientras su alma se llenaba de tristeza a causa del sufrimiento (Calvino). En otras palabras, cuando se hallaba afligido por la adversidad y sus fuerzas se habían agotado como el agua, imploró a Dios que fortaleciera su espíritu debilitado mediante el poder de Su palabra. Un corazón apesadumbrado hace que nuestro espíritu se deshaga y se consuma, tal como una vela que se derrite y pierde su sustancia. El corazón de un alma arrepentida se deshace en lágrimas a causa del pecado; sin embargo, esa misma alma arrepentida también puede sentir cómo su corazón se deshace bajo la presión de la tribulación. Es precisamente en esos momentos cuando uno siente el impulso de derramar su corazón ante Dios en súplica. Encontramos más luz sobre el contexto de esta oración en el versículo 25: «Mi alma está pegada al polvo». Esto significa que el salmista oró a Dios cuando la esperanza se desvanecía de su alma debido a la insignificancia de las cosas terrenales. ¿Cuál fue, entonces, la oración que elevó? Fue: «Vivifícame conforme a tu palabra» (v. 25). ¡Qué oración es esta, proveniente de un salmista que realmente comprendía la dulzura de la Palabra de Dios! Él sabía que el mundo no ofrecía más que amargura; por ello, aun cuando la esperanza se desvanecía en medio de la tribulación, la angustia y la vanidad del mundo, anclaba su esperanza en la Palabra de

Dios. La razón es que creía que solo la Palabra de Dios podía avivar y fortalecer su alma debilitada y sin esperanza.

Creo en el poder de la Palabra de Dios. Creo que la Palabra de Dios tiene el poder de levantar nuestras almas estancadas y desalentadas. Esto se debe a que la Palabra de Dios misma es viva y eficaz (Hebreos 4:12). Aunque nos fatiguemos y desfallezcamos mientras servimos a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, debemos aferrarnos a la promesa que se encuentra en Mateo 16:18: "Edificaré mi iglesia...". Debemos extraer fortaleza para nuestros corazones de esa Palabra prometida. A través de esa promesa, el Señor nos levanta y nos capacita para servir fielmente a su iglesia. Experimentamos en nuestras vidas la verdad de Proverbios 24:16: "Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse...". Es mi ferviente oración que el año venidero sea uno en el que nos veamos cada vez más fortalecidos por las promesas del Señor. Al igual que el salmista, aun cuando nuestros corazones y almas se derritan como el agua debido a la tribulación y el sufrimiento en este mundo vano y sin sentido, que podamos experimentar la gracia de poner nuestra esperanza únicamente en la Palabra de Dios y ser testigos de su poder precisamente cuando nos sentimos más débiles.

Una aplicación práctica de correr hacia la Palabra del Señor es la determinación: "Me comprometeré con la Palabra del Señor".

¿Cómo se comprometió el salmista con la Palabra? Podemos considerar tres formas.

(1) El salmista eligió el camino de la fidelidad.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:30: "He escogido el camino de la fidelidad; he puesto tus juicios delante de mí". Aunque ante él se extendían muchos caminos de infidelidad, el salmista no los eligió. Por eso ora a Dios: "Aparta de mí el camino de la mentira..." (v. 29). ¿Qué clase de decisiones tomamos nosotros en nuestras vidas? Todo se reduce a una de dos opciones: el camino de la verdad o el camino de la falsedad. Sin

embargo, la triste realidad es que demasiados cristianos confunden el camino de la verdad con el camino de la falsedad. Confunden el camino de la falsedad —que han elegido y por el que transitan— con el camino de la verdad, llegando incluso a considerar la mentira como la verdad. La Palabra de Dios es clara. Además, la razón por la que las personas eligen el camino de la falsedad —incluso cuando pueden distinguirlo del camino de la verdad— es que han perdido la capacidad de elegir el camino de la verdad. El salmista, quien comprendía la Palabra de Dios, gustaba de su dulzura y experimentaba cómo esta lo edificaba, eligió el camino de la fidelidad. Hizo de ese camino la norma de su vida (v. 30). Al igual que el salmista, debemos elegir el camino de la fidelidad y comprometernos a transitar por él.

(2) El salmista se aferró firmemente a la palabra del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:31: «Me aferro a tus testimonios; oh Señor, no permitas que sea avergonzado». ¿Por qué los cristianos enfrentamos la vergüenza ante la gente del mundo? Porque no vivimos conforme a la palabra de Dios. Por ejemplo, sufrimos vergüenza cuando incurrimos en conductas engañosas en lugar de elegir el camino de la integridad (versículos 29-30). Del mismo modo, cuando no vivimos una vida de obediencia a la palabra de Dios, inevitablemente enfrentamos la vergüenza ante el mundo. Deseando evitar tal vergüenza, el salmista se mantuvo firme —aferrándose estrechamente— a la palabra del Señor (Park Yun-sun). En otras palabras, permaneció fielmente unido a la palabra de Dios. Cuando nosotros, al igual que el salmista, nos acercamos cada vez más a la palabra del Señor, somos capaces de apartarnos de la falsedad.

(3) El salmista se comprometió a correr por el camino de los mandamientos del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:32: «Correré por el camino de tus mandamientos, porque tú ensancharás mi corazón». El salmista había elegido el camino de la integridad por encima del camino de la falsedad y se había aferrado firmemente a la palabra del Señor.

Confiado en que el Señor ensancharía su corazón, declaró que correría por el camino de los mandamientos del Señor. Aquí, la palabra «correr» denota un movimiento decidido y en línea recta, caracterizado por una velocidad relativa y por el celo. El Señor ensanchará aún más el corazón de aquel que se centra en Su palabra y corre hacia ella (p. ej., 1 Reyes 4:29). ¿Qué permitió al salmista correr por el camino de los mandamientos del Señor? La razón es que el Señor ha liberado su corazón (Salmo 119:32).

Debemos correr hacia la Palabra del Señor. Para hacerlo, debemos orar a Dios. Debemos pedir fervientemente a Dios que nos ayude a comprender Su Palabra. También debemos orar para que Él nos afirme conforme a Su Palabra. Al orar de esta manera, debemos comprometernos con la Palabra del Señor. Debemos dedicarnos a elegir el camino de la fidelidad, esforzándonos por aferrarnos a Su Palabra y recorrer la senda de Sus mandamientos. Oro para que tal oración y compromiso se hallen tanto en ti como en mí.

«La guardaré hasta el fin»

[Salmo 119:33–40]

Anoche, en el noticiero de las nueve de la cadena CBS, vi a un residente de Hermosa Beach —junto con otros participantes— corriendo de un lado a otro por un tramo de playa de 3,36 millas durante 24 horas sin descanso, con el fin de ayudar a escuelas que enfrentaban dificultades financieras. Al verlos, pensé en lo extenuante que debe ser correr sobre la arena; si correr sin parar durante 24 horas en una pista convencional ya es increíblemente difícil, el desgaste físico de hacerlo sobre arena sería inmenso. Sin embargo, tenían un propósito claro —el año pasado, los participantes establecieron un récord mundial al correr 83,04 millas y recaudaron decenas de millones de dólares en donaciones— y fue verdaderamente inspirador verlos esforzarse tanto por alcanzar esa meta. Esa escena me hizo reflexionar sobre la carrera de fe que nosotros, como cristianos, corremos. Como sabemos, la carrera de fe no es una prueba de velocidad de 100 metros, sino un maratón de larga distancia; naturalmente, nos sentimos impulsados a considerar profundamente qué debemos hacer para completar ese maratón hasta llegar a la meta.

En el Salmo 119:33, el salmista declara: «Enséñame, oh Señor, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin». En otras palabras, se comprometió a guardar los mandamientos del Señor —su Palabra— hasta el mismo final. ¿Cómo es esto realmente posible? ¿Qué debemos hacer para guardar la Palabra de Dios hasta el fin? Podemos considerar tres puntos:

En primer lugar, debemos hallar gozo al guardar los mandamientos de Dios.

Observemos el Salmo 119:35: «Hazme andar por la senda de tus mandamientos, porque en ella me deleito». El salmista oraba para que Dios lo guiara a andar por el camino de los mandamientos del Señor, pues encontraba deleite en ellos. La razón es que hallaba gozo en la senda de los mandamientos del Señor. Esto significa que el salmista disfrutaba del placer que Dios otorga, ya que Dios le enseñaba (v. 33), le capacitaba para comprender Su palabra (v. 34) y le daba la fortaleza para obedecer esa palabra comprendida con todo su corazón (v. 34). Cuando experimentamos este deleite, somos capaces de guardar la palabra de Dios hasta el mismo final. Cuando este gozo habita en nosotros, podemos completar la carrera de la fe.

Al observar a mi hija menor, Ye-eun, noto que es algo diferente al resto de nuestra familia de cuatro miembros. Ye-eun se dedica a las cosas que le gustan con alegría, regocijo y un corazón dispuesto. Ayer, tras regresar de la escuela de verano, nos preguntó a mi esposa y a mí si podía trasladarse a esa escuela. Parece que considera mejor la escuela donde asiste actualmente al curso de verano. La razón de su preferencia parece ser el gran entusiasmo que siente por la clase de cocina que toma allí; además, habla muy bien del profesor. Ver a Ye-eun tan feliz y encantada fue algo maravilloso, y simplemente di gracias a Dios. Observar a mi hija menor me recordó la respuesta a la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Me llamó la atención que solemos centrarnos demasiado en la primera parte de esa respuesta. Todos sabemos que los cristianos deben vivir para la gloria de Dios. Sin embargo, la parte que parecemos pasar por alto es «disfrutar de Dios para siempre». Incluso parece que no sabemos bien *cómo* disfrutar de Dios. No obstante, cuando vivimos para la gloria de Dios y al mismo tiempo disfrutamos de Él, somos capaces de correr la carrera de la fe que tenemos por delante hasta llegar a la meta. Cuando hallamos gozo en guardar los mandamientos de Dios, seremos capaces de guardar Su palabra hasta el mismo final.

En segundo lugar, debemos ser avivados por la palabra de Dios.

Observemos el Salmo 119:37 y 40: «Aparta mis ojos de cosas vanas; vivifícame en tu camino… Anhelo tus preceptos; vivifícame en tu justicia». Cuando nuestras almas se aferran al polvo debido a la tribulación y la persecución (v. 25), o cuando se deshacen bajo el peso de la opresión (v. 28), debemos experimentar el avivamiento y la renovación de nuestra alma mediante la Palabra de Dios. Solo entonces podremos guardar la Palabra de Dios hasta el fin.

Personalmente, siempre que mi alma se ha derrumbado por el desánimo, el Señor me ha levantado de nuevo a través de las promesas que me dio, permitiéndome llegar hasta aquí. Como un juguete que se endereza solo tras caer, he podido perseverar porque el Señor me llevó a meditar en el pasaje de los cinco panes y los dos peces (Juan 6:1–15), restaurando así la esperanza en mi alma. Dios ha avivado y guiado mi alma basándose en la fe de que Él —quien es fiel y no puede negarse a sí mismo (2 Timoteo 2:13)— ciertamente cumplirá lo que ha dicho (Números 23:19). Cuando mi alma estaba abatida y angustiada (Salmos 42:5, 11; 43:5), Dios usó su Palabra viva y eficaz (Hebreos 4:12) para volver mi alma hacia el Señor, haciendo que anhelara a Dios y hallara esperanza en Él. Por tanto, espero fervientemente que el Dios fiel que cumple su pacto me capacite para guardar y obedecer su Palabra hasta el mismo fin.

En tercer y último lugar, debemos temer al Señor.

Observemos el Salmo 119:38: «Cumple tu promesa a tu siervo, para que seas temido». El salmista rogaba a Dios que cumpliera la promesa que le había hecho. Su deseo era temer a Dios como resultado de ese cumplimiento. Mediante el cumplimiento de la promesa de Dios —una promesa que inspira el temor del Señor—, quería asegurarse de que su corazón no se inclinara hacia la codicia (versículo 36). Además, movido por el temor de Dios, deseaba que sus ojos no contemplaran cosas vanas (versículo 37). Impulsado por el temor de Dios, el salmista quería guardar la Palabra de Dios hasta el fin, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha.

Quiero recorrer este único camino hasta el mismo fin. Quiero recorrer el camino de justicia que el Señor desea para mí, manteniendo la mirada fija únicamente en Él, sin desviarme ni a la derecha ni a la izquierda. Sin embargo, aunque el espíritu está dispuesto, la carne es débil (Mateo 26:41), y a menudo experimento las artimañas de Satanás tratando de extraviarme. Reconozco que en los planes de Satanás residen la codicia y la vanidad de las que habló el salmista en el pasaje de hoy. Muchas veces me encuentro contemplando cosas vanas y vacías, impulsado por los deseos de los ojos (1 Juan 2:16). A menudo siento una profunda decepción conmigo mismo cuando sorprendo a mis ojos fijados en cosas sin valor —cosas que no me aportan ningún beneficio— y percibo la codicia de mi corazón deseándolas. Al reflexionar sobre por qué cometo repetidamente tales pecados contra un Dios santo, comprendo que la raíz del problema es que no temo a Dios. Como no temo a Dios, no aborrezco el mal. Por ello, la petición que el salmista formula en el versículo 38 del pasaje de hoy es también mi propia oración ferviente: «Confirma tu palabra a tu siervo, la cual produce reverencia hacia ti». Deseo temer a Dios, tal como lo hizo el salmista, viendo cómo Él cumple las promesas que me ha hecho. Además, por reverencia a Dios, anhelo ser liberado de la codicia, las vanidades y toda forma de pecado; cosas que, de otro modo, me harían desviarme a derecha o izquierda mientras recorro el camino de la justicia hasta el final.

Cuando envejezca y mire atrás hacia mi vida, quiero ver el camino de justicia que recorrí en compañía del Señor (Proverbios 16:31). En particular, anhelo hacer la misma confesión que el apóstol Pablo: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he guardado la fe» (2 Timoteo 4:7). Deseo glorificar a Dios guardando y obedeciendo su palabra hasta el final mismo. Con ese propósito, quiero experimentar un gozo cada vez mayor al guardar la palabra de Dios y conocer más profundamente la experiencia de ver mi alma avivada por su palabra. Por reverencia a Dios, quiero apartarme del mal y vivir una vida dedicada exclusivamente al camino del Señor: una vida de obediencia a la Palabra de Dios.

¡Caminad libremente!

[Salmo 119:41-48]

El pastor Charles Spurgeon habló de la forma más elevada de libertad de esta manera: «La forma más elevada de libertad es esforzarse siempre por conocer la mente de Dios y conformarse a ella». ¿Cómo es esto posible? Primero, debemos conocer la mente de Dios. Debemos descubrir el corazón de Dios a través de su Palabra. Al hacerlo, debemos obedecer sus mandamientos. Esto es precisamente lo que significa vivir una vida de la más alta libertad: disfrutar de la verdadera libertad que Dios nos da al conocer su corazón a través de su Palabra y obedecerla.

En el pasaje de hoy, Salmo 119:45, el salmista declara: «Andaré en libertad, porque he buscado tus preceptos». El salmista afirma: «Andaré libremente». ¿Cómo pudo decir esto? ¿Y cómo podemos tú y yo caminar libremente? El texto de hoy sugiere dos maneras.

Primero, para caminar libremente, debemos buscar los preceptos del Señor.

Veamos el Salmo 119:45: «Andaré en libertad, porque he buscado tus preceptos». El salmista buscó los preceptos del Señor. Aquí, «preceptos» se refiere a la guía, las reglas, los principios y las enseñanzas que todos los miembros de la comunidad del pacto deben obedecer. Esto significa que podemos disfrutar de verdadera libertad cuando buscamos los principios bíblicos y los ponemos en práctica. Sin embargo, el desafío radica en distinguir entre los principios bíblicos y los que no lo son. Parece que con demasiada frecuencia confundimos estos dos principios. Creo que una causa de esta confusión es nuestra

incapacidad para comprender el corazón de Dios a través de su Palabra. En otras palabras, cuando no aprendemos adecuadamente la Palabra de Dios, priorizamos nuestra propia voluntad sobre la suya, lo que nos lleva a confundir los principios bíblicos con los que no lo son. Por lo tanto, para caminar en verdadera libertad, debemos conocer el corazón de Dios a través de su Palabra; al comprender su corazón, podemos captar su voluntad y obedecerla. Para lograr esto, primero debemos buscar con fervor los estatutos del Señor.

Segundo, para caminar en libertad, debemos amar los mandamientos del Señor.

Consideremos el Salmo 119:47-48: «Me deleitaré en tus mandamientos, los cuales amo; alzaré mis manos a tus mandamientos, los cuales amo, y meditaré en tus estatutos». ¿Qué significa amar los mandamientos del Señor? Podemos considerarlo de cuatro maneras:

(1) Meditar en los mandamientos del Señor con deleite.

Quienes aman los mandamientos del Señor meditan en su Palabra porque se deleitan en ella, y encuentran gozo en el acto mismo de meditar. En resumen, quienes aman los mandamientos del Señor se complacen al meditar en ellos.

(2) Confiar en la Palabra del Señor.

Consideremos el Salmo 119:42: «Así tendré respuesta para el que me insulta, porque en tu palabra confío». Si amamos los mandamientos del Señor, confiamos en ellos. Por lo tanto, como el salmista, oramos: «Que tu misericordia venga también a mí, oh Señor; tu salvación conforme a tu palabra» (v. 41). Como el salmista, confiamos en la Palabra prometida del Señor incluso ante quienes nos reprochan (v. 39). (3) Amar los mandamientos del Señor es tener siempre presente la palabra de verdad.

Veamos el Salmo 119:43: «No quites de mi boca la palabra de verdad, porque en tus preceptos he puesto mi esperanza». El salmista deseaba tener la palabra del Señor siempre presente, depositando en ella su esperanza. En otras palabras, quería que sus labios y su corazón fueran guiados por la palabra del Señor. Un corazón guiado por la palabra de verdad de esta manera es un corazón libre.

(4) Amar los mandamientos del Señor es guardarlos.

Mira el Salmo 119:44: «Guardaré tu ley continuamente, por siempre jamás». Para seguir el camino de los mandamientos del Señor hasta el final (versículo 33), debemos guardar su ley continuamente, por siempre jamás (versículo 44). Caminar en verdadera libertad consiste precisamente en seguir el camino de los mandamientos del Señor. Guardar y obedecer esos mandamientos es el secreto para vivir en libertad. Quien ama, guarda y obedece esos mandamientos es quien ama al Señor (Juan 14:21).

Jesús dijo en Juan 8:32: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Oro para que tú y yo podamos vivir en libertad al conocer el corazón de Dios mediante la verdad y al obedecer sus mandamientos conforme a su voluntad.

¡Consuélate a ti mismo!

[Salmo 119:49–56]

Hoy leí una noticia en un periódico cristiano coreano-estadounidense sobre la división de una gran iglesia coreana perteneciente a la denominación PCUSA. En la denominación PCA —a la que pertenece mi propia iglesia—, una gran iglesia coreana ya se ha fracturado, dando lugar a dos congregaciones separadas que adoran en el mismo edificio; me preocupa también lo que le depare el futuro a esta gran iglesia de la PCUSA. Es una realidad verdaderamente desgarradora, especialmente al pensar en los hermanos y hermanas que sufrirán las consecuencias. Últimamente, a menudo me pregunto si la iglesia se ha convertido en un lugar donde las personas son heridas en lugar de sanadas. Quizás por eso siento con tanta fuerza que necesitamos desesperadamente «consoladores»: personas como Bernabé, cuyos corazones arden de amor.

Durante mucho tiempo, he orado personalmente a Dios pidiéndole que me convierta en un «consolador cuyo corazón arde de amor». Sin embargo, cuando un querido evangelista del ministerio en inglés de nuestra iglesia renunció, sentí tanto dolor y lloré tanto que me negué a aceptar consuelo de nadie. Supongo que reaccioné así porque mi corazón sufría profundamente y me encontraba en un estado de gran angustia. Al recordar esa experiencia a la luz del pasaje bíblico de hoy, me pregunto: «¿Cómo puede un pastor cultivar la "autosuficiencia espiritual" necesaria para consolarse a sí mismo?». Esto es importante porque, si un pastor no puede hallar consuelo en su interior, no podrá consolar eficazmente al rebaño que el Señor le ha confiado.

Me parece que, cuando una persona siente un dolor y una angustia profundos, tiende a rechazar el consuelo de los demás. Cuando ese dolor y sufrimiento se vuelven tan abrumadores que no podemos soportarlos, corremos el riesgo real de rendirnos ante la desesperación. Existe el peligro de acomodarse a un estado de angustia y heridas, llegando incluso a provocarse a uno mismo más desánimo, decepción y dolor. Sin embargo, resulta notable que el salmista, en el pasaje de hoy, encontrara la manera de «consolarse a sí mismo» (v. 52) aun en medio de la «aflicción» (v. 50). Por tanto, al meditar una vez más en el Salmo 119:49–56, quisiera explorar —basándome en este texto— una o dos formas de cultivar la capacidad espiritual para consolarnos a nosotros mismos, tal como lo hizo el salmista.

En primer lugar, para cultivar esta capacidad espiritual de autoconsuelo, hay algo que debemos evitar rigurosamente: debemos cuidarnos de permitir que los soberbios hablen a nuestras almas.

El salmista señala que los soberbios «se burlaban excesivamente de él» (v. 51). ¿Cuál era la intención o el objetivo malvado de los soberbios? Apartar al salmista de la palabra del Señor (v. 51). ¡Qué plan tan aterrador tiene Satanás! Así como una persona maliciosa podría sacar un pez de su pecera para matarlo, Satanás utiliza a los soberbios para burlarse cruelmente de nosotros, buscando arrastrarnos fuera de la «pecera» de la Palabra de Dios y destruirnos. Al considerar la naturaleza de esta burla severa, recuerdo el Salmo 14:1: «Dice el necio en su corazón: "No hay Dios"...». Especialmente cuando estamos angustiados —como el salmista—, a menudo nos hacemos eco insensatamente de las burlas de los soberbios, planteando a nuestras propias almas preguntas como: «Si Dios realmente existe, ¿por qué no me rescata de este sufrimiento?» o «¿Por qué debo soportar tanto dolor y tantas heridas?». En tales situaciones, a menudo nos vemos consumidos por un sentimiento de victimismo. Culpamos a los demás, a nuestras circunstancias e incluso al propio Dios. En medio de estas adversidades, nuestro orgullo queda al descubierto; dudamos de la existencia de Dios, rechazamos su mano auxiliadora y permitimos que el sufrimiento y las

circunstancias que enfrentamos dominen nuestras almas. En última instancia, observamos una tendencia a caer en las trampas de Satanás y a alejarnos de la Palabra del Señor cuando estamos angustiados. Sin embargo, a menudo no nos damos cuenta de esto en el momento, sino que pasamos los días aturdidos, perdidos en el dolor, la angustia y las lágrimas. Hablo por experiencia propia: tras la renuncia de un colega muy querido, pasé mis días en un estado de estupor, lleno de dolor y lágrimas. Aunque me esforcé por mantener una vida de oración y lectura de las Escrituras, no logré permitir que la Palabra gobernara verdaderamente mi corazón. Simplemente pasé unas tres semanas como aturdido. En última instancia, Satanás utiliza el dolor, la angustia y los sucesos penosos para hacernos olvidar la Palabra del Señor, induciendo una especie de «demencia espiritual». Como consecuencia, nos alejamos de la Palabra y nos hundimos más profundamente en el desánimo y la tristeza. Debemos estar alerta e impedir que Satanás utilice las burlas de los soberbios para hablar a nuestras almas. Solo así podremos cultivar la fortaleza espiritual interior necesaria para consolarnos a nosotros mismos.

Por último, hay tres cosas esenciales que debemos hacer para cultivar esta fortaleza espiritual interior y hallar consuelo propio:

(1) En primer lugar, debemos recordar las promesas del Señor (Salmo 119:49, 52, 55).

El salmista se consolaba recordando los «juicios antiguos» del Señor (versículo 52). Aquí, «juicios antiguos» se refiere a la Palabra de Dios: una verdad que se ha mantenido firme y ha demostrado su validez a lo largo del tiempo (Park Yun-sun). En otras palabras, el salmista recordaba la promesa de Dios, una palabra cuya veracidad y firmeza habían quedado demostradas a lo largo de su vida pasada. Por ejemplo, consideremos la promesa que el Señor hizo a nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri en Mateo 16:18: «Edificaré mi iglesia». Recordar esta promesa en tiempos de dificultad nos permite reflexionar sobre las pruebas de cómo, durante el último año y cinco meses, el Señor ha edificado fielmente la Iglesia Presbiteriana Seungri —su cuerpo— de tantas maneras. Al mirar atrás y contemplar la

fidelidad de Dios en el cumplimiento de sus promesas, el salmista halló verdadero consuelo para su alma. Así, confesó: «Este es mi consuelo en mi aflicción: que tu palabra me ha vivificado» (Salmo 119:50).

A menudo parece que avanzamos a toda prisa, centrados únicamente en lo que nos espera más adelante. Mientras nos esforzamos por alcanzar metas futuras y el éxito, podemos encontrarnos con dificultades o adversidades, tal como le sucedió al salmista. En esos momentos, necesitamos hacer una pausa y reflexionar: «Quizás el Señor esté utilizando esta dificultad para pedirme que me detenga un instante, mire hacia atrás y recuerde las huellas de cómo ha cumplido fielmente sus promesas». Vivimos vidas de actividad frenética, mirando constantemente solo hacia el futuro. Por eso creo que las adversidades que el Señor permite pueden ser beneficiosas (versículo 71). Es un momento para mirar atrás —no para detenerse en heridas dolorosas o recuerdos desagradables del pasado, sino para recordar las huellas de la gracia fiel de Dios. Especialmente durante la "noche" (versículo 55) —cuando las olas del dolor y el sufrimiento amenazan con oscurecer nuestros corazones— debemos recordar y aferrarnos aún más a la promesa del Señor. (2) En segundo lugar, para cultivar la fortaleza espiritual interior que nos permita consolarnos a nosotros mismos, debemos aferrarnos firmemente a la Palabra de promesa y suplicar fervientemente a Dios.

En el pasaje de hoy, el Salmo 119:49, el salmista suplica al Señor: "Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar". Él apela al Señor recordando y aferrándose a Su promesa: "Señor, Tú recuerdas la promesa que me hiciste, ¿verdad? Por favor, te pido que recuerdes esa palabra". Por supuesto, el Señor nunca olvida las promesas que nos ha hecho; simplemente somos nosotros quienes a menudo las olvidamos cuando estamos en angustia. La razón por la que el salmista oraba para que Dios recordara Su promesa era que, en su situación actual, esa misma promesa era la fuente de la esperanza que Dios había infundido en él. En cierto sentido, la luz de las promesas de Dios brilla con una esperanza aún mayor cuando estamos en medio de una adversidad y un sufrimiento

extremos, tal como la luz resplandece con más intensidad sobre el fondo de una profunda oscuridad. Por lo tanto, al igual que el salmista, nosotros también debemos inclinarnos ante el Señor en tiempos de gran dolor y angustia, proclamando Sus promesas mientras avanzamos. Habiendo comprendido a través del sufrimiento intenso que no hay esperanza en ningún otro lugar, debemos reconocer y confesar que nuestra única esperanza reside en el Señor y en Su Palabra, y debemos acudir únicamente a Él. Debemos experimentar la obra del Espíritu Santo —a través de la Palabra— avivando y renovando nuestras almas solitarias en el jardín de la soledad, mientras le suplicamos con palabras de esperanza cuando nada más puede ofrecernos consuelo.

(3) Finalmente, el tercer paso esencial es guardar los estatutos (mandamientos) del Señor. En otras palabras, el mensaje es que, incluso en medio de una adversidad extrema, no debemos apartarnos de los estatutos del Señor, sino más bien observarlos con mayor fidelidad. La manera de vencer las artimañas de Satanás es aferrarse firmemente a la Palabra —acercándose a ella y aferrándose a sus promesas—, al tiempo que se adquiere poder espiritual mediante la oración y se toma la iniciativa de poner dicha Palabra en práctica. El salmista guardaba los estatutos del Señor (versículos 55 y 56). Es más, confiesa que guardar estos estatutos constituye su propia posesión (versículo 56). ¿Cómo puede uno poseer la Palabra de Dios? ¿Cómo podemos hacer verdaderamente nuestra la Palabra que oímos y aprendemos? Es sencillo: debemos vivir conforme a esa Palabra. El salmista hizo precisamente esto en medio de la adversidad. No podemos negar que, en tiempos de comodidad, a menudo nos dejamos llevar por nuestra naturaleza pecaminosa y fallamos en vivir según los mandamientos del Señor.

Al transitar por la vida, inevitablemente nos enfrentamos a diversas dificultades, dolores y heridas, tanto infligiéndolos a otros como recibiéndolos nosotros mismos. Esto es especialmente cierto dentro de la iglesia, el cuerpo de Cristo, donde a menudo nos hacemos daño y nos herimos unos a otros. Lamentablemente, sin embargo, no logramos transformar estas «dificultades» en algo beneficioso. La razón es que carecemos de la

fortaleza espiritual interior —como la que tenía el salmista— para consolarnos a nosotros mismos. Debemos cultivar esa misma capacidad espiritual de autoconsuelo. Por tanto, debemos vivir como verdaderos consoladores, tal como lo hizo Bernabé.

El Señor que me da esperanza

«Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar. Este es mi consuelo en mi aflicción, porque tu palabra me ha vivificado» (Salmo 119:49–50).

Ya hemos recibido el Año Nuevo. Deseémonos mutuamente un «Feliz Año Nuevo». Oro sinceramente para que el año venidero rebose de mayor alegría y felicidad para todos nosotros en la Iglesia Presbiteriana Victory. Somos conscientes de los acontecimientos mundiales que probablemente continúen en el nuevo año. Por consiguiente, es posible que muchas personas no vean el año entrante con especial esperanza. De hecho, es probable que haya muchos que se preocupen y angustien por cómo lograrán sobrevivir al año que comienza. Para ellos, el nuevo año podría parecer más un tiempo de desánimo y desesperación que de esperanza. Sin embargo, al recibir el nuevo año, tú y yo debemos poner nuestra esperanza en el Señor. La razón es que, aunque diversas dificultades económicas irrumpan en nuestras vidas, el Señor es quien infunde esperanza en nosotros.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 119:49, el salmista confiesa: «Me has hecho esperar». Nuestro Señor no otorgó esperanza únicamente al salmista; también nos ha dado una esperanza clara y segura a ti y a mí. ¿Cómo nos dio el Señor esta esperanza? Lo hizo dándonos su palabra prometida. La Biblia contiene innumerables promesas de Dios y, entre ellas, seguramente hay promesas específicas a las que cada uno de ustedes se aferra. La promesa a la que nos aferramos como Iglesia Presbiteriana Victory se encuentra en Mateo 16:18: «…edificaré mi iglesia». Al reflexionar sobre esta promesa, puedo hacerme eco de la confesión del salmista en el pasaje de hoy, el Salmo 119:50: «Este es mi consuelo en mi

aflicción, porque tu palabra me ha vivificado». Meditar en la promesa del Señor de edificar la Iglesia Presbiteriana Victory —su propio cuerpo— me brinda consuelo, sin importar cuán pesado o atribulado se sienta mi corazón. En otras palabras, cuando contemplo la fidelidad del Dios que hizo esa promesa, la promesa misma reaviva mi alma desanimada y abatida. Al recibir el nuevo año, oro para que el Señor los afirme aún más. También oro para que Él fortalezca y afirme a sus familias, tal como lo ha prometido. Asimismo, oro para que el Señor afirme firmemente a nuestra Iglesia Victory en el año venidero. Aunque los informes noticiosos predicen un año de crecientes dificultades económicas a nivel mundial, espero que nosotros, la familia Victory, encontremos esperanza aferrándonos con fe a las promesas del Señor. Sin importar las dificultades o adversidades que enfrentemos este año, oro para que encuentren consuelo al recordar las promesas del Señor (versículo 52). Pronuncio una bendición sobre ustedes: que la obra de la Palabra del Señor —que aviva y trae renovación espiritual a nuestras almas— se manifieste con aún mayor abundancia este año.

Líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios

[Salmo 119:49–56]

Ayer, durante el primer día de la conferencia bíblica de nuestra iglesia, Dios utilizó al orador invitado para reprenderme, iluminarme y exhortarme. Me instó a seguir adelante con la visión de formar líderes, tal como Bernabé, un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe (Hechos 11:25–26). Más allá de la simple exhortación, Dios me consoló y fortaleció mediante Su Palabra, capacitándome bondadosamente para dejarme guiar por la visión que Él me dio (a mí y a la iglesia) con una fe aún más firme. Por Su gracia, deseo trabajar con diligencia: viendo el potencial en cada alma, descubriendo líderes prometedores y participando humildemente en la labor de formarlos. Quiero dedicarme plenamente al ministerio de formar líderes cristianos que triunfen en la batalla espiritual —luchando contra el pecado, este mundo, Satanás y la muerte— mediante el poder de la Palabra de Dios. ¿Quiénes son, entonces, estos líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios? Quisiera reflexionar sobre cuatro puntos y aprender de ellos basándome en el pasaje de hoy, el Salmo 119:49–56:

En primer lugar, los líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios hacen de la Palabra de Dios su «esperanza».

Observemos el Salmo 119:49: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, pues en ella me has hecho esperar». El salmista se encontraba en medio de la «aflicción» (v. 50). Los soberbios se burlaban cruelmente de él (v. 51). El propósito de la burla era hacer que el

salmista se apartara de la ley del Señor (v. 51). Además, el salmista sufría a causa de los impíos que habían abandonado la ley del Señor (v. 53). En medio de tal sufrimiento, oró al Señor. En su oración, suplicó a Dios diciendo: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo» (v. 49). En otras palabras, el salmista pidió a Dios que recordara las promesas que le había hecho. ¿Cómo podría el Dios veraz y fiel olvidar las promesas que hizo al salmista? Si el olvido fuera posible, sería el salmista —un ser humano— quien podría olvidar las promesas que Dios le había hecho, no Dios mismo. Por ello, cuando el salmista se encontraba en angustia, recordaba personalmente las antiguas leyes del Señor (v. 52). Se acordaba del nombre del Señor por la noche y guardaba su ley (v. 55). ¿Por qué recordaba la palabra de Dios? Porque la palabra de Dios era su «esperanza» (v. 49). La palabra de Dios es nuestra esperanza.

Cuando sufrimos dolor, debemos mirar con fe a Dios, quien es nuestra «esperanza». Cuando enfrentamos dificultades, debemos recordar la palabra del Señor, que es nuestra «esperanza». Debemos orar al Dios fiel que cumple activamente esas promesas, anhelarlo y aguardar en Él.

En segundo lugar, los líderes cristianos que triunfan mediante la palabra de Dios consideran dicha palabra como su «consuelo».

Observemos el Salmo 119:50: «Este es mi consuelo en mi aflicción, porque tu palabra me ha dado vida». Cuando el salmista estaba angustiado, buscaba consuelo en la palabra de Dios. Por tanto, recordaba las antiguas leyes del Señor y «hallaba consuelo» en ellas (v. 52). Aquí, las «antiguas normas» se refieren a la Palabra de Dios, la cual ha demostrado ser verdadera desde hace mucho tiempo y permanece firme (Park Yun-sun). En otras palabras, el salmista recordaba la Palabra prometida de Dios: una Palabra que había demostrado ser veraz y se había mantenido inquebrantable a lo largo de su vida pasada. Al mirar atrás y reflexionar sobre la fidelidad de Dios en el cumplimiento de sus promesas, hallaba verdadero consuelo para su alma.

Los líderes cristianos necesitan cultivar la capacidad espiritual de consolarse a sí mismos. Para ello, uno no solo debe hacer de la Palabra prometida de Dios «mi esperanza», sino también —y esto es más importante— hacer del Dios fiel a su pacto, quien dio esa promesa, «mi esperanza» (v. 49). Además, es preciso recordar la promesa dada por el Señor fiel —quien es «mi esperanza»—, aferrarse a esa Palabra e invocar a Dios con fe. Al hacerlo, mediante la Palabra de Dios que vivifica el alma afligida (v. 50), llegamos a experimentar la misericordia amorosa de Dios como nuestra fuente de consuelo (v. 76).

En tercer lugar, los líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios hacen de esa Palabra "mi cántico".

Consideremos el Salmo 119:54: "Tus estatutos han sido mis cánticos en la casa de mi peregrinación". En medio de sus tribulaciones, el salmista hizo de la Palabra prometida de Dios —su fuente de esperanza y consuelo— "su cántico" y ofreció alabanza a Dios. Ofreció esta alabanza específicamente "en la casa de su peregrinación". ¿Cómo podía un peregrino tener un hogar? Aunque uno tenga una morada, esta es meramente temporal. El salmista tenía la mirada puesta en su hogar eterno: el reino celestial. Él peregrinaba hacia ese hogar celestial, siguiendo la Palabra de Dios. Y esto se realiza haciendo de la Palabra de Dios nuestro propio cántico y ofreciéndole alabanza.

Somos peregrinos que viajan hacia nuestro hogar celestial. Al vivir en este mundo —que no es más que un lugar de paso—, somos adoradores que anhelan una patria mejor y ofrecen alabanza a Dios aun en medio de la adversidad. Cuando adoramos, debemos alabar a Dios recordando la obra de salvación que Él ya ha realizado por nosotros en Jesucristo. Además, debemos alabar a Dios con fe, anticipando el acontecimiento futuro de la segunda venida de Jesús. Al igual que el profeta Habacuc, debemos convertir nuestros cánticos en oraciones y ofrecer alabanza a Dios (Habacuc 3). Tal como Pablo y Silas experimentaron un acontecimiento milagroso —no solo siendo liberados de la prisión, sino también viendo al

carcelero y a su familia alcanzar la salvación— después de orar y cantar alabanzas a Dios mientras estaban encarcelados (Hechos 16:25), nosotros también debemos experimentar la maravillosa obra de salvación de Dios haciendo de Su Palabra prometida nuestro cántico y presentándole nuestras peticiones.

Finalmente, el cuarto punto: los líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios hacen de esa Palabra su propia posesión.

Observemos el Salmo 119:56: "Esto ha sido mi suerte: que he guardado Tus preceptos". En medio de sus tribulaciones, el salmista hizo de la Palabra de Dios su esperanza, su consuelo y su cántico; Al guardar los estatutos de Dios, él hizo verdaderamente suya esa Palabra. Transformó su sufrimiento en una oportunidad para apropiarse de la Palabra de Dios; concretamente, en una ocasión para grabar profundamente esa Palabra en las tablas de su corazón a través de las crisis de su vida.

A través de la muerte de mi primogénito —la mayor crisis de mi vida—, Dios grabó profundamente en mi corazón las palabras del Salmo 63:3. Dado que el amor eterno del Señor era infinitamente mayor que los cincuenta y cinco días de vida de mi primogénito Juyoung, mis labios no pudieron evitar alabar al Señor. Me sentí impulsado a alabar el amor de Dios, maravillándome de lo magnífico y maravilloso que es para conmigo. Incluso ahora, cada vez que medito de nuevo en la Palabra que Él sembró en mi corazón durante aquellos tiempos difíciles, Dios continúa grabándola aún más profundamente en mi alma. El Salmo 63:3, Juan 6:1–15 y Mateo 16:18 se han convertido en algo «mío»; también hoy, Dios utiliza estas palabras para brindarme esperanza y consuelo, llevándome a ofrecerle alabanza.

Los líderes cristianos que triunfan mediante la Palabra de Dios deben hacer de esa Palabra su propia posesión, su consuelo y su cántico. Así, deben ganar la batalla espiritual mediante la Palabra de Dios, ofrecerle un cántico de victoria y avanzar hacia el reino celestial. Es mi oración que tú y yo lleguemos a ser líderes cristianos de esa clase.

Mi posesión

"Esto he tenido, porque guardé Tus preceptos" (Salmo 119:56).

Al comenzar el año nuevo, durante el culto en coreano de la Iglesia Presbiteriana Victory, cantamos la segunda estrofa del himno evangélico "Mi ser, mi posesión" como himno de apertura. Al escuchar la frase "mi posesión", es fácil pensar en riqueza material; sin embargo, el texto de hoy revela un aspecto diferente de lo que constituye "mi posesión". Específicamente, "mi posesión" se define como "guardar los preceptos del Señor".

El salmista no afirma que el mero hecho de *conocer* los preceptos del Señor sea su posesión; más bien, identifica el *guardar* dichos preceptos como su posesión. Esto indica que el salmista vivió una vida de obediencia a los mandamientos del Señor: una vida en la que la Palabra estaba encarnada en su propio carácter. Al examinar la vida del salmista y cómo encarnaba la Palabra —específicamente en el contexto de los versículos 49 al 51—, podemos identificar tres características clave:

En primer lugar, el salmista vivió sin olvidar las promesas que el Señor le había hecho.

Observemos la primera parte del Salmo 119:49: "Acuérdate de la palabra dada a tu siervo...". ¿Por qué deseaba el salmista que Dios recordara la palabra que le había dicho? Porque la palabra prometida por Dios le daba esperanza (versículo 49). Meditar en este pasaje trajo a mi mente a Abraham, tal como se describe en Romanos 4:18. Él pudo tener esperanza "contra toda esperanza" porque recordaba la promesa de Dios —"Así será tu descendencia" (versículo 18)— y estaba plenamente convencido de que el Señor la cumpliría (versículo 21).

En otras palabras, una vida impulsada por la palabra prometida es el secreto para encarnar la Palabra y hacer que la palabra del Señor sea verdaderamente propia.

En segundo lugar, el salmista halló consuelo en la palabra del Señor. Observemos la primera parte del Salmo 119:50: «Este es mi consuelo en mi aflicción…». Cuando enfrentamos una angustia tan profunda que nadie más puede consolarnos —o cuando nos hallamos en un estado en el que nos sentimos impulsados a rechazar el consuelo ajeno— y luchamos en soledad, llorando y suplicando únicamente el consuelo del Señor, Él nos restaura mediante su palabra prometida. Para mí, la mayor fuente de consuelo es la promesa que se encuentra en el relato de los cinco panes y los dos peces (Juan 6:1-15). Cuando he caído y me he derrumbado en la desesperación, incapaz de ser levantado por nadie —y cuando mi estado espiritual me ha impedido aceptar el consuelo de los demás—, esa promesa me ha reavivado (Salmo 119:50) y levantado, permitiéndome vivir una vida que siempre se recupera, como un juguete que vuelve a ponerse en pie por sí solo. El salmista vivía hallando consuelo en la palabra prometida porque había experimentado la renovación que dicha palabra aporta. Cuando vivimos una vida que experimenta tal renovación espiritual a través de la palabra de Dios, la obediencia a esa palabra se convierte inevitablemente en una parte integral de quiénes somos. En tercer lugar, el salmista vivió una vida que nunca se apartó de la palabra del Señor.

Observemos la segunda parte del Salmo 119:51: «…pero no me he apartado de tu ley». Incluso cuando los soberbios se burlaban cruelmente de él, el salmista no abandonó la ley del Señor. Reflexionar sobre este principio trae a la mente las palabras de Juan 6:68. Cuando muchos discípulos dejaron a Jesús y ya no caminaban con Él porque sus enseñanzas resultaban demasiado difíciles (Juan 6:66), y Jesús preguntó a los doce: «¿Queréis acaso iros también vosotros?» (v. 67), el apóstol Pedro respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (v. 68). ¡Qué confesión tan maravillosa! Muchos cristianos hoy en día abandonan al Señor y a su iglesia porque consideran que su palabra es demasiado difícil o difícil de creer. Al no experimentar las «palabras de vida eterna» como lo hizo Pedro,

escuchan el «evangelio» pasajero y falso de Satanás en lugar del evangelio de Cristo, que ofrece vida eterna. Incluso entre pastores y miembros de la iglesia, la realidad es que la gente proclama y escucha las "palabras de esta vida" en lugar de las palabras de vida eterna. Sin embargo, el salmista —independientemente de sus circunstancias o de lo que otros dijeran— nunca se apartó de la palabra prometida del Señor. No prestó oídos a otras palabras. Se mantuvo firme porque la palabra prometida del Señor le daba esperanza cuando no la había, y le brindaba consuelo y renovación en medio de sus aflicciones. ¿Qué lección nos enseñan estos hechos? Que debemos avanzar ofreciendo al Señor —y presentando a Dios en adoración— nuestras vidas, las cuales se van convirtiendo en una encarnación de la Palabra y en algo verdaderamente nuestro. Presentar una ofrenda durante el culto en la casa de Dios el domingo no significa simplemente entregar a Dios "lo que es mío"; más bien, debemos llegar a la adoración tras haber vivido, de lunes a sábado, una vida que recuerda las promesas de Dios, halla consuelo en ellas y se mantiene firme en ellas. En otras palabras, debemos vivir una vida guiada por la Palabra prometida y luego acudir a la casa del Señor el domingo para ofrecerle —tal como somos— nuestras vidas (que ya encarnan esa Palabra), junto con la alabanza, la oración, las ofrendas y la escucha atenta que fluyen naturalmente desde nuestro interior hacia el exterior. Cuando hacemos esto, nuestras vidas se convierten en una ofrenda que Dios recibe con gozo.

¡Cambia de rumbo!

[Salmo 119:57–64]

Adam Clarke habló del secreto de una vida piadosa de esta manera: «La resolución asegura un buen comienzo, la oración sostiene la piedad y la reflexión corrige los errores». Creo que hay gran sabiduría en estas palabras. La reflexión es particularmente crucial en la vida de piedad. Es vital examinarse a uno mismo a la luz de la santa Palabra de Dios, reconocer los pecados que se revelan y arrepentirse apartándose de ellos. En el pasaje de hoy, específicamente en el Salmo 119:59, el salmista declara: «Reflexioné sobre mis caminos, y volví mis pies a tus testimonios». Centrándome en este versículo y en el título «¡Cambia de rumbo!», deseo extraer dos lecciones sobre cómo podemos, en efecto, cambiar de rumbo.

Primero, debemos reflexionar sobre nuestros caminos.

Observemos la primera parte del Salmo 119:59: «Reflexioné sobre mis caminos...». El salmista reflexionó sobre sus propias acciones. Al reflexionar, Jesús nos presenta una lista de siete puntos basada en el pasaje de hoy:

(1) ¿Estoy guardando la palabra del Señor? (v. 57) ¿Estoy descuidando su cumplimiento? (v. 60)
(2) ¿Busco la gracia del Señor con todo mi corazón? (v. 58)
(3) ¿Estoy viviendo como si hubiera olvidado la ley del Señor? (v. 61)
(4) ¿Estoy agradecido por la palabra del Señor? (v. 62)
(5) ¿Temo al Señor? (v. 63)

(6) ¿Me relaciono con quienes obedecen los mandamientos del Señor? (v. 63)
(7) ¿Estoy lleno de la bondad del Señor? (v. 64)

Necesitamos examinar nuestras vidas con atención haciéndonos estas preguntas. Al hacerlo, debemos reflexionar humildemente sobre nosotros mismos ante Dios. Es decir, nuestro autoexamen debe conducir a una auténtica autorreflexión.

Segundo, debemos dirigir nuestros pasos hacia los testimonios del Señor.

Observemos la segunda mitad del Salmo 119:59: «...Dirigí mis pies hacia tus testimonios». Después de resolver y prometer ante Dios guardar la palabra del Señor (v. 57), el salmista buscó la gracia del Señor con todo su corazón (v. 58). Luego, sin demora, obedeció prontamente los mandamientos del Señor (v. 60). En otras palabras, el salmista tradujo su resolución y sus oraciones en acción inmediata. Nosotros también debemos examinar nuestras acciones, tomar una resolución, orar y luego obedecer prontamente los mandamientos que Dios nos ha dado. Sin embargo, cuando actuamos con rapidez para guardar los mandamientos de Dios de esta manera, enfrentaremos tentaciones. No obstante, cuando nos enfrentemos a la tentación, no debemos olvidar las palabras del Señor (v. 61). En cambio, debemos aprovechar este momento para grabar aún más profundamente la palabra de Dios en nuestros corazones. Debemos reflexionar con gratitud sobre nuestro día al anochecer (v. 62) y seguir aprendiendo la palabra del Señor (v. 64). También debemos entablar amistad con quienes aprenden a temer al Señor y a guardar su palabra (v. 63).

¡Elimina la grasa de tu corazón!

«Su corazón es insensible y cruel, pero yo me deleito en tu ley» (Salmo 119:70).

¿Puede el corazón acumular grasa y volverse obeso? Según el profesor Lim Soo, del Departamento de Medicina Interna del Hospital Universitario Nacional de Seúl Bundang, así como la grasa abdominal conduce a la obesidad, la grasa puede acumularse alrededor del corazón, causando «obesidad cardíaca». Los estudios demuestran que, incluso si una persona no es obesa en general, tener «obesidad cardíaca» aumenta significativamente el riesgo de enfermedades cardiovasculares. El problema es que, dado que el músculo cardíaco no se mueve según la voluntad, es imposible quemar directamente la grasa cardíaca. Por lo tanto, para reducir la grasa cardíaca indirectamente, es necesario mantener un peso saludable, limitar el consumo de sal y grasas saturadas, consumir abundantes alimentos ricos en fibra —como verduras frescas, cereales integrales y legumbres— y hacer ejercicio con regularidad.

En el pasaje de hoy, Salmo 119:70, encontramos personas que sufren de «obesidad cardíaca», o, más precisamente, personas cuyos corazones están cubiertos de grasa. Estas personas son los arrogantes que inventan mentiras para atacar al salmista (versículo 69). Al meditar en este versículo, me di cuenta de que no solo los adversarios de los cristianos, sino también nosotros mismos, podemos tener nuestros corazones cubiertos de grasa. En otras palabras, la grasa puede acumularse en nuestros corazones, lo que lleva a la arrogancia y la deshonestidad, oscureciendo la gloria de Dios y convirtiéndose en obstáculos para la propagación del Evangelio de Jesucristo. ¿Por qué se forma este tipo de grasa en nuestros

corazones? Sucede porque no nos deleitamos en los estatutos del Señor (versículo 70) ni cumplimos su ley (versículo 69). Para ser más específicos, la razón por la que nuestros corazones se endurecen —llevando a la arrogancia y la falsedad— es que no hemos atesorado la palabra del Señor en ellos (v. 11). Debido a que no guardamos los preceptos del Señor ni hacemos nuestra su palabra, se forma una insensibilidad espiritual en nuestros corazones (v. 56). En consecuencia, nos apartamos de sus mandamientos (v. 10) y pecamos contra Él (v. 11), inclinando nuestros corazones hacia la avaricia (v. 36). ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos eliminar esta insensibilidad de nuestros corazones. ¿Cómo es posible? ¿Cómo podemos despojarnos de esta grasa espiritual?

Primero, necesitamos el sufrimiento provechoso.

Necesitamos la aflicción que el Dios fiel nos inflige (v. 75). Esto se debe a que, a través del sufrimiento provechoso, comprendemos dónde nos hemos desviado (v. 67) y aprendemos los estatutos del Señor (v. 71), lo que nos permite guardar su palabra (v. 67).

Segundo, debemos interiorizar adecuadamente la palabra de Dios.

Para ello, debemos deleitarnos en la Palabra de Dios (v. 70) y meditar en ella durante todo el día (v. 97). Al hacerlo, adquirimos sabiduría y entendimiento (vv. 98-99). Esto nos permite ejercer el discernimiento espiritual —distinguir la verdad de la falsedad— para que podamos rechazar lo falso y elegir interiorizar la verdad.

En tercer lugar, debemos guardar y obedecer la Palabra de Dios.

Debemos obedecer la voz de Dios que nos habla mientras meditamos día y noche en la Palabra que aprendimos a través del sufrimiento. Cuando obedecemos, la Palabra de Dios se graba en las tablas de nuestro corazón. Mediante la obediencia, la insensibilidad desaparece y, en su lugar, se fortalece nuestra fe. Además, a medida que nuestra fe se

fortalece, adquirimos el poder espiritual para desechar toda forma de pecado, como el orgullo y la falsedad. Cuando esto sucede, incluso si enfrentamos persecución y tribulación a manos de nuestros adversarios, no solo seremos capaces de vencer el miedo en nuestros corazones, sino también de evitar desviarnos a la izquierda o a la derecha y pecar contra Dios.

El beneficio del sufrimiento

"Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos. Mejor me es la ley de tu boca que millares de monedas de oro y plata" (Salmo 119:71-72).

Durante este "Mes de la Familia", hoy me encontré con una noticia profundamente perturbadora en la CNN. Ocurrió un incidente en un pequeño pueblo cerca de Chicago, donde un padre de 34 años apuñaló hasta la muerte a su propia hija de 8 años y a la amiga de esta, de 9 años; les infligió 20 heridas a una y 11 a la otra. Lo verdaderamente horrendo fue saber que este hombre incluso había apuñalado a su hija en los ojos; no pude evitar sentir una oleada de indignación, pensando que se trataba de un acto de maldad que sobrepasaba lo que cualquier ser humano debería ser capaz de cometer. En medio de mi ira, surgieron preguntas en mi corazón: "¿Es siquiera humano?" y "¿Estaba realmente capacitado para ser padre?".

Para conducir un automóvil, es necesario obtener una licencia de conducir. Sin embargo, no existe tal certificación para ser padre, ni se requiere ninguna capacitación específica para desempeñar ese papel. Esta noche recuerdo otra noticia que conocí anteriormente: una madre que golpeó a su hija en la cabeza, la dejó morir en la sala de estar durante dos días y, finalmente —en un giro macabro de los acontecimientos—, vio cómo la cabeza de su hermosa hija era cercenada y desechada. Esto me lleva a preguntarme: ¿poseemos realmente, como padres, las cualificaciones necesarias para serlo?

Los capítulos 5 y 6 de Efesios, en la Biblia, nos enseñan que los hombres tienen la responsabilidad, como esposos y padres, de "criar" (o "educar") a sus esposas e hijos. La palabra griega utilizada aquí para "criar" conlleva el significado de "estrecho". En otras palabras, implica que nosotros, como esposos y padres, debemos mostrar a nuestras esposas e hijos el camino estrecho que Jesús recorrió: el camino de la Cruz. Dicho de otro modo, el mensaje es que debemos tomar nuestras propias cruces y seguir a Jesús por la senda del sufrimiento. Sin embargo, poseemos un instinto que se resiste a recorrer ese camino de sufrimiento; intentamos evitarlo deliberadamente. La razón es que, más allá del dolor y la agonía que conlleva, no logramos reconocer los beneficios del sufrimiento. Además, al no haber experimentado estos beneficios, carecemos de la fe necesaria para perseverar mientras transitamos por el camino del sufrimiento.

Hoy, centrándome en el Salmo 119:65–72, quisiera reflexionar sobre uno o dos puntos relacionados con "los beneficios del sufrimiento":

En primer lugar, un beneficio del sufrimiento es que nos hace conscientes de que nos hemos desviado del camino.

Observemos la primera parte del Salmo 119:67: "Antes de ser afligido, yo me había descarriado". A menudo, no somos conscientes de que nos hemos apartado del camino correcto hasta que llega el sufrimiento. Por supuesto, hay momentos en los que elegimos conscientemente el camino equivocado. Sin embargo, con frecuencia nos volvemos espiritualmente ciegos y sordos; en lugar de recorrer el camino estrecho y de cargar la cruz como lo hizo el Señor, vagamos sin rumbo, desviándonos hacia la izquierda o hacia la derecha. En tales momentos, el sufrimiento que el Señor permite nos hace entrar en razón. Así como un pastor usa su vara para guiar de vuelta al camino correcto a una oveja descarriada, el Señor —nuestro Pastor— utiliza la "vara" del sufrimiento para guiarnos de regreso cuando nos hemos extraviado. El profeta Isaías dijo: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino..." (Isaías 53:6). Como ovejas

insensatas, a menudo estamos demasiado ocupados persiguiendo nuestros propios caminos... refiriéndonos al camino ancho del mundo en lugar del camino estrecho del Señor. El sufrimiento que enfrentamos en esos momentos nos hace conscientes de que nos hemos desviado.

En segundo lugar, y finalmente, el beneficio del sufrimiento es que nos lleva a guardar la palabra del Señor.

Observemos la segunda parte del Salmo 119:67: "...pero ahora guardo tu palabra". Aquí debemos considerar seis formas en las que el sufrimiento nos capacita para guardar la palabra del Señor:

(1) El sufrimiento nos lleva a creer en los mandamientos del Señor.

Observemos la primera parte del Salmo 119:66: "He creído en tus mandamientos..." El sufrimiento, que revela nuestros errores cuando caminamos por la senda equivocada, nos impulsa a dar media vuelta; ...nos lleva a creer que solo los mandamientos del Señor constituyen el camino verdadero. Cada día vivimos eligiendo entre dos caminos: la senda estrecha del Señor o el camino ancho del mundo. En otras palabras, en todo momento elegimos seguir los mandamientos del Señor o prestar atención a las palabras de Satanás o del mundo. El sufrimiento no solo nos hace reconocer nuestras decisiones equivocadas, sino que —al actuar como una disciplina amorosa derivada de tales decisiones— nos guía a creer en el camino correcto (la senda del Señor y Sus mandamientos) y a caminar por ella.

(2) El sufrimiento nos enseña discernimiento y conocimiento.

Observemos la segunda parte del Salmo 119:66: «...enséñame discernimiento y conocimiento». ¿Cuántos cristianos caminamos por la senda equivocada en ignorancia, habiendo perdido el discernimiento —es decir, la capacidad de distinguir lo que es bueno?

La pérdida del discernimiento espiritual genera confusión en lugar de convicción respecto a nuestro estado espiritual. En última instancia, nos impide caminar con constancia por la senda de los mandamientos del Señor; por el contrario, nos lleva a vagar por los caminos del mundo: sendas de confusión. Sin embargo, a través del sufrimiento, el Señor nos rescata del fango de la ignorancia y de la pérdida de un discernimiento sano. Él nos concede discernimiento divino y el conocimiento de Su voluntad, capacitándonos para correr hacia Su Palabra.

(3) El sufrimiento nos permite gustar de la bondad del Señor.

Consideremos la primera parte del Salmo 119:68: «Tú eres bueno y haces el bien…». Entre los aspectos de la bondad del Señor que experimentamos a través del sufrimiento (cf. Salmo 34:8), el mayor beneficio —o bendición— es experimentar al Dios bueno que hace que todas las cosas, incluido el sufrimiento, obren para bien (Romanos 8:28). La gloria del Dios bueno resplandece con mayor intensidad en nuestras vidas precisamente cuando estamos en nuestro punto más bajo: agotados, desfallecientes y soportando un dolor y sufrimiento intensos. Por eso, aun en medio de graves adversidades, podemos cantar: «Dios bueno, Dios bueno, mi Dios verdaderamente bueno».

(4) El sufrimiento hace que aborrezcamos las falsedades de los soberbios. Consideremos la primera parte del Salmo 119:69: «Los soberbios han forjado mentiras contra mí…». Antes de experimentar el sufrimiento, las mentiras de los soberbios a menudo nos resultan tan convincentes que frecuentemente nos encontramos recorriendo los caminos engañosos que ellos han trazado. Pensemos en las falsedades de los arrogantes de este mundo: mentiras que se asemejan tanto a la verdad que nosotros, los cristianos, en nuestra confusión, las aceptamos como tales y elegimos el camino equivocado. ¿Acaso no nos estamos precipitando actualmente por ese camino falso? Es el camino del éxito engañoso, del honor y del materialismo, promovido por los arrogantes de este mundo. Sin embargo, tras soportar el sufrimiento, llegamos a aborrecer esos caminos falsos de los arrogantes.

Esto se debe a que el sufrimiento revela con claridad el camino verdadero: el camino del Señor. Es el camino estrecho de la cruz, ejemplificado en las Escrituras por Jesús, el humilde. Y el destino final de ese camino es la muerte. ¡Qué diferencia tan abismal existe entre esto y el desenlace del camino del mundo! ¿Sientes una atracción espiritual hacia esto? ¿Encontramos tú y yo un atractivo espiritual en el hecho de que la culminación del camino estrecho que recorremos sea la muerte? ¿Te atrae la realidad de que un pecador como yo pueda llegar a sufrir el martirio para la gloria del Señor? Parece que no todos pueden aceptar tal verdad. El corazón de una persona arrogante no puede sostenerla ni abrazarla. No obstante, a través del sufrimiento, nuestro Señor planta esta verdad en nuestros corazones. En este proceso de siembra, Él utiliza el sufrimiento para hacernos detestar las falsedades de los arrogantes.

(5) El sufrimiento elimina la grasa del corazón.

Observemos la primera parte del Salmo 119:70: «Su corazón es como grasa…». La obesidad se ha convertido en un problema importante en los Estados Unidos hoy en día. Innumerables personas hacen dieta y ejercicio en un esfuerzo por perder peso. Algunas incluso se someten a cirugía para eliminar ese exceso de grasa. Mientras tantos se esfuerzan por deshacerse del exceso de grasa corporal, nosotros los cristianos —que también participamos en este afán— a menudo ni siquiera reconocemos la «grasa del corazón», y mucho menos hacemos esfuerzo alguno por eliminarla. El exceso de grasa física causa diversos inconvenientes y, con el tiempo, conduce a enfermedades derivadas del estilo de vida; de igual manera, la «grasa del corazón» produce consecuencias pecaminosas que obstaculizan nuestra vida de fe. Sin embargo, en lugar de abordar esto, tendemos a restar importancia a esas consecuencias pecaminosas, incurriendo así en el pecado aún mayor de consentirlas. En este estado espiritual, el sufrimiento actúa como un remedio esencial —quizás el definitivo— para eliminar la grasa del corazón. Debemos desprendernos de esta grasa espiritual a través del sufrimiento.

(6) El sufrimiento nos permite comprender profundamente el valor supremo de la Palabra de Dios.

Consideremos el Salmo 119:72: «Mejor es para mí la ley de tu boca que millares de monedas de oro y plata». Durante el Éxodo, Dios quiso que los israelitas aprendieran, a través de sus cuarenta años de adversidad en el desierto, que «no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8:3). Del mismo modo, al recorrer el camino estrecho —el camino de la cruz— en este mundo que es como un desierto y al enfrentar diversas formas de sufrimiento, debemos comprender que somos seres que, en última instancia, solo podemos vivir gracias a la Palabra que proviene de la boca del Señor. En ese momento, llegamos a confesar que el valor de Su Palabra es más precioso que nuestras propias vidas. ¿Cómo puede compararse la Palabra eterna con la duración finita de la vida humana en la tierra? El sufrimiento nos revela lo preciosa —es más, el valor supremo— que es esta Palabra, superando con creces cualquier riqueza material.

En un mundo de agitación social que avanza inexorablemente hacia los tiempos finales, los cristianos que creen en Jesús enfrentarán sufrimientos aún mayores que los del pasado o el presente al caminar por el sendero estrecho del Señor. Sin embargo, si recibimos la bendición de experimentar los beneficios del sufrimiento cada vez que este surge, podremos convertirnos en personas que saben disfrutar de tales beneficios y bendiciones, incluso al afrontar pruebas mucho más grandes que las anteriores. Tal como declaró el salmista en el versículo 65, al experimentar cómo el buen Señor nos «trata bien» y al probar Su bondad, podremos confesar desde lo más profundo de nuestro corazón: «Dios es tan bueno». Oro en el nombre de Jesús para que esa bendición nacida de la adversidad repose sobre ti y sobre mí.

¡Espera la Palabra del Señor!

[Salmo 119:73–80]

Esperar es una virtud. En particular, esperar la respuesta de Dios a la oración —mientras se ora con fe y expectación— es una cualidad hermosa de los cristianos. Es un espectáculo hermoso ver a un creyente dirigir su mirada con fe hacia el Señor de la esperanza y aguardar su salvación. En el pasaje de hoy, el Salmo 119:74, vemos al salmista —un hermoso ejemplo de creyente— diciendo: «Los que te temen se alegrarán al verme, porque he puesto mi esperanza en tu palabra». Centrándome en este versículo, quisiera aprender dos lecciones sobre cómo debemos esperar, bajo el título: «¡Espera la Palabra del Señor!».

En primer lugar, debemos esperar con entendimiento.

Observemos el Salmo 119:75: «Sé, oh SEÑOR, que tus juicios son justos, y que con fidelidad me has afligido». ¿Qué dice el salmista que debemos saber?

(1) Debemos saber que los juicios del Señor son justos.

El salmista sufría a causa de los soberbios. Estas personas arrogantes lo habían derribado sin causa (v. 78). Sin embargo, debido a que temía a Dios (vv. 74, 79), el salmista obedecía la ley del Señor (vv. 77, 80). Confiando en el juicio justo del Señor, oró a Dios diciendo: «Que sean avergonzados» (v. 78) y «Que yo no sea avergonzado» (v. 80).

(2) Debemos saber que la aflicción que el Señor permite en nosotros proviene de su fidelidad.

¿Qué significa esto? Incluso mientras sufría a manos de los soberbios, el salmista confiaba en que Dios cumpliría fielmente su voluntad perfecta (v. 75). ¿Cuál es esa voluntad perfecta de Dios? Un aspecto de ella es que Dios nos forma a través del sufrimiento; específicamente, llevándonos a aferrarnos a la palabra del Señor, a orar fervientemente por el cumplimiento de sus promesas y a esperar con expectación. Debemos reconocer la fidelidad y la justicia de Dios y esperar al Señor con fe. Cuando sufrimos a causa de los soberbios, debemos esperar, confiando en el justo juicio y la fidelidad de Dios.

En segundo lugar, debemos esperar mientras oramos.

¿Por qué debemos orar, entonces? En el pasaje de hoy, el salmista nos presenta cinco peticiones de oración:

(1) Debemos buscar el consuelo del Señor.

Observemos el Salmo 119:76: «Sea tu amor inagotable mi consuelo, conforme a tu promesa a tu siervo». En medio de su angustia, el salmista deseaba el consuelo del Señor por encima de todo. Hizo del amor inagotable del Señor su propia fuente de consuelo. Nosotros también debemos hacer del amor inagotable del Señor —que es mejor que la vida misma (Salmo 63:3)— nuestro consuelo y buscar el alivio de Dios cuando enfrentamos el sufrimiento.

(2) Debemos buscar la compasión del Señor.

Observemos el Salmo 119:77: «Que venga a mí tu compasión para que viva, pues tu ley es mi deleite». Cuando estamos angustiados, debemos —al igual que el salmista— hacer del amor inagotable del Señor nuestro consuelo y de Su ley nuestro deleite. En medio de tales

circunstancias, debemos buscar la misericordia del Señor. Cuando el sufrimiento nos lleva a deleitarnos en la Palabra de Dios, y ese deleite nos hace reconocer nuestro propio pecado, nos sentimos impulsados a buscar la misericordia del Señor.

(3) Debemos buscar la justicia del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:78: «Que los soberbios sean avergonzados por haberme agraviado sin causa; en cuanto a mí, meditaré en tus preceptos». La causa del sufrimiento del salmista eran los «soberbios» (v. 78). Ellos lo humillaron sin motivo y lo atormentaron con mentiras. Sin embargo, en medio de tal hostigamiento, el salmista deseaba aún más aprender la Palabra del Señor (v. 73) y meditaba en ella (v. 78). Aferrándose a la Palabra de Dios mientras soportaba el sufrimiento, el salmista buscaba la justicia del Señor; le suplicaba a Dios que los soberbios fueran avergonzados. (4) Debemos buscar la provisión del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:79: «Que se vuelvan a mí los que te temen, para que conozcan tus testimonios». Cuando el salmista se encontraba en angustia, Dios le proveyó compañeros creyentes que temían al Señor. ¡Qué gran consuelo mutuo debió haber sido aquello en tiempos de sufrimiento! Cuando enfrentamos adversidades, debemos orar para que Dios nos envíe compañeros creyentes que teman al Señor. Cuando el Señor responde a nuestras oraciones y nos envía estos compañeros de fe, debemos acudir juntos a la Palabra del Señor, consolarnos mutuamente y superar con éxito nuestras dificultades unidos.

(5) Debemos buscar la obra perfeccionadora del Señor. Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:80: «Sea mi corazón íntegro para con tus estatutos, para que no sea avergonzado». En medio de su sufrimiento, el salmista acudió a la Palabra del Señor y rogó a Dios que hiciera íntegro su corazón mediante dicha Palabra. Convirtió sus adversidades y angustias en una oportunidad para perfeccionar su corazón a través de la Palabra del Señor.

Al igual que el salmista, nosotros también debemos aprovechar las situaciones dolorosas y angustiosas como oportunidades para hacer íntegros nuestros corazones mediante la Palabra del Señor.

Debemos aguardar la Palabra del Señor. Sin embargo, debemos hacerlo con entendimiento. Debemos esperar sabiendo que los juicios del Señor son justos. Debemos esperar también sabiendo que el hecho de que el Señor nos aflija nace de Su fidelidad. Debemos esperar mientras oramos. Debemos aguardar la Palabra del Señor, buscando Su consuelo, misericordia, justicia, provisión y la obra perfeccionadora que Él realiza en nosotros.

"Señor, ¿cuándo me consolarás?"

[Salmo 119:81–88]

¿Alguna vez has sentido que habías llegado al límite de tu resistencia? ¿Alguna vez has orado a Dios preguntando: "¿Cuánto tiempo debo soportar y aguantar este sufrimiento?"? A medida que se prolongan el dolor y la adversidad que enfrentamos, hay momentos en los que sentimos que nuestra paciencia se agota. En esos instantes, a menudo clamamos a Dios preguntando: "¿Hasta cuándo?". Esta fue la experiencia del salmista en el Salmo 119. Él anhelaba la palabra de Dios y suspiraba por Su salvación; sin embargo, mientras esperaba una respuesta a su oración —que parecía tardar en llegar—, oraba así: "Desfallecen mis ojos esperando tu palabra, diciendo: '¿Cuándo me consolarás?'" (versículo 82). Hoy, centrándonos en este pasaje y en el título "Señor, ¿cuándo me consolarás?", quisiera reflexionar sobre el "límite de la resistencia" y el "desafío de la resistencia", y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, consideremos el límite de la resistencia. Observemos el Salmo 119:81–82: "Desfallece mi alma anhelando tu salvación, pero en tu palabra he puesto mi esperanza. Desfallecen mis ojos esperando tu promesa, diciendo: '¿Cuándo me consolarás?'". El salmista estaba fatigado; se sentía exhausto y consumido. ¿Por qué? Porque estaba siendo perseguido por enemigos (v. 84). ¿Quiénes eran estos enemigos? Eran "los soberbios que no guardan tu ley" (v. 85). Perseguían al salmista "sin causa" (v. 86) y cavaban fosas (trampas) para hacerle daño (v. 85); en otras palabras, conspiraban contra él. Además, estuvieron "a punto de destruirlo" (v. 87); estuvieron "cerca de matarlo" (v. 87). En esta situación desesperada, el salmista anhelaba la salvación del Señor (v. 81) y ponía su esperanza en Su

palabra (v. 82); no obstante, parece que aún no había experimentado la salvación de Dios ni el cumplimiento de Sus promesas. Así, él estaba fatigado (exhausto) (v. 81) y consumido (v. 82).

Nosotros también atravesamos momentos en los que nos sentimos exhaustos y fatigados, al igual que el salmista. Hay ocasiones en las que nos sentimos desfallecer —tanto en cuerpo como en espíritu— porque, por más fervientemente que clamemos a Dios para que nos rescate de nuestras dolorosas circunstancias, Él parece no responder y nuestra situación no hace más que empeorar. En tales momentos, el mayor peligro es el desánimo. Cuando nuestras circunstancias son extenuantes y angustiosas, y sin embargo Dios parece guardar silencio y la situación parece deteriorarse aún más, podemos resistir hasta llegar al límite de nuestras fuerzas; en ese estado de agotamiento, corremos el riesgo de caer en el desánimo o incluso en la desesperación. Somos especialmente propensos al desánimo cuando nuestros enemigos arrogantes se burlan de nosotros preguntando: «¿Dónde está tu Dios?» (Salmo 42:10). También podemos sentirnos profundamente desanimados cuando el juicio de Dios parece tardar, llevándonos a preguntarnos, como el salmista: «¿Cuándo castigarás a mis enemigos arrogantes?» (Versículo 84, *Versión Coreana Contemporánea*). ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Qué debemos hacer cuando nuestras almas están inquietas y desanimadas porque, a pesar de nuestras oraciones y de nuestra espera esperanzada en la salvación de Dios, no llega ninguna respuesta? ¿Qué debemos hacer cuando esperamos y esperamos, pero no logramos sentir el consuelo de Dios, lo que nos lleva a clamar como el salmista: «Señor, ¿cuándo me consolarás?»? Este es precisamente el desafío de la paciencia.

En segundo lugar, consideremos este desafío de la paciencia.

¿Qué debemos hacer cuando nos sentimos desfallecer mientras anhelamos la salvación del Señor (Versículo 81, *Versión Coreana Contemporánea*)? ¿Qué debemos hacer cuando el consuelo del Señor se demora, cuando nuestros ojos se cansan de esperar que se

cumplan sus promesas (Versículo 82, *Versión Coreana Contemporánea*) y cuando sentimos que nos hemos vuelto «inútiles» (Versículo 83, *Versión Coreana Contemporánea*)? ¿Qué debemos hacer cuando los arrogantes, que no guardan la ley del Señor, nos persiguen sin causa y nos tienden trampas, pero el juicio de Dios sobre ellos se demora (vv. 84–86)? ¿Qué debemos hacer incluso cuando nos han «casi matado» (v. 87)? ¿Cómo debemos responder a este desafío de paciencia? Aunque nos fatiguemos mientras anhelamos la salvación del Señor, debemos seguir «confiando en tu palabra» (v. 81). La razón es que «tus mandamientos son dignos de confianza» (v. 86). Además, aunque nos agotemos mientras esperamos el cumplimiento de la palabra prometida por el Señor (v. 82), no debemos «olvidar tu ley» (v. 83). Aunque nuestros enemigos arrogantes nos persigan sin causa y nos lleven al borde de la muerte, no debemos «abandonar tus preceptos» (v. 87). Al hacerlo, seremos avivados (restaurados a la vida) «conforme a tu amor inagotable» (v. 88). Entonces, continuaremos guardando la ley del Señor (v. 88).

La gran paciencia de Dios —su demora en intervenir— no es en absoluto un acto imprudente. Ni un solo instante de la espera de Dios se desperdicia; cada momento se aprovecha de la manera más preciosa (Park Yun-sun). Aunque la salvación, el consuelo y la ayuda de Dios parezcan demorarse desde nuestra perspectiva —llevándonos a preguntar: «Señor, ¿cuándo me consolarás?», «Señor, ¿cuándo me ayudarás?» o «Señor, ¿cuándo me librarás?»—, no debemos olvidar los mandamientos fieles del Señor ni dejar de confiar en su palabra en tales momentos. Nunca debemos abandonar esa palabra. Cuando llegue el tiempo señalado por el Señor, Él ciertamente nos salvará; el Señor fiel cumplirá sin duda las promesas que nos ha hecho. Aferrándonos a esta seguridad de salvación, debemos perseverar en medio de la tribulación y la persecución con fe y esperanza. Incluso cuando sintamos que hemos llegado al límite de nuestra resistencia, no debemos desanimarnos; más bien, debemos fijar nuestros ojos en el Señor —nuestra verdadera esperanza— y anhelarle, valorando aún más su palabra. Oro para que el Espíritu Santo, el Consolador, nos traiga consuelo a través de la palabra viva y eficaz de Dios.

«Mi deleite»

[Salmo 119:89–96]

¿Cuál es tu deleite? ¿Qué te produce gozo, especialmente cuando te encuentras en medio del sufrimiento? En el pasaje de hoy, el Salmo 119:92, el salmista confiesa: «Si tu ley no hubiera sido mi deleite, habría perecido en mi aflicción». Al centrarme en este versículo y en el tema «Mi deleite», oro para que experimentemos la gracia de Dios mientras meditamos sobre aquello en lo que debemos deleitarnos, cómo podemos encontrar ese deleite y cuáles son los resultados de tal deleite.

En primer lugar, ¿qué es «mi deleite»?

El deleite del salmista era «tu ley» (v. 92). Él hallaba gozo en la ley del Señor incluso en medio de su sufrimiento (v. 92). Por consiguiente, declara: «Jamás olvidaré tus preceptos» (v. 93).

En segundo lugar, ¿qué debemos hacer para deleitarnos en «tu ley»?

(1) El salmista nos dice que, para deleitarnos en la ley del Señor, debemos «considerarla».

Observemos el Salmo 119:95 en el texto de hoy: «Los impíos me acechan para destruirme, pero yo consideraré tus testimonios». Cuando los impíos le acechaban para destruirlo, el salmista consideraba diligentemente la ley del Señor. En otras palabras, meditaba con diligencia en la palabra del Señor siempre que afrontaba una crisis en su vida. ¿Por qué hacía esto? Porque esa palabra le «daba vida» (v. 93). Esto debe convertirse en nuestro

hábito. Necesitamos cultivar la costumbre de meditar en la palabra de Dios con mayor diligencia aún durante los tiempos de crisis. (2) El salmista habla de la necesidad de «buscar» la ley del Señor para hallar gozo en ella.

Observemos el texto de hoy, Salmo 119:94: «Tuyo soy; sálvame, porque he buscado tus preceptos». El salmista buscaba la ley del Señor porque anhelaba la salvación del Señor. Un verdadero creyente pone su esperanza en la Palabra de Dios; Por lo tanto, no la olvidan, sino que la buscan (versículos 93–94). En tiempos de sufrimiento, nuestra única esperanza reside en el Señor. No tenemos más remedio que volver la mirada a la Palabra del Señor durante la aflicción. Es más, nada salvo la Palabra de Dios puede librarnos del sufrimiento.

En tercer y último lugar, ¿cuál fue el resultado de meditar en la ley del Señor y buscarla?

Podemos identificar dos resultados principales de la meditación del salmista sobre la ley del Señor y su búsqueda de la misma:

(1) Al meditar en la ley del Señor y buscarla, el salmista llegó a percibir la amplitud ilimitada de los mandamientos del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:96: «A toda perfección he visto fin; mas tu mandamiento es amplísimo». Al meditar en la ley del Señor y buscarla en medio del sufrimiento, él fue transformado por el poder de la Palabra de Dios. Así, el sufrimiento se convierte en una valiosa oportunidad para que la vasta Palabra del Señor ensanche nuestros corazones.

(2) El salmista llegó a confesar que la Palabra del Señor permanece firme para siempre en los cielos.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:89: «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos». El sufrimiento es temporal, pero la Palabra de Dios es eterna. Mediante esa Palabra eterna, Dios gobierna los cielos, la tierra y toda la creación. El salmista llegó a comprender esta verdad al meditar en la ley del Señor y buscarla en medio de su sufrimiento.

Debemos deleitarnos en la Palabra de Dios; ella debe convertirse en nuestro gozo. Por tanto, debemos meditar diligentemente en la Palabra de Dios —especialmente al afrontar una crisis—, pues solo Su Palabra puede darnos vida. También debemos buscar la Palabra de Dios, particularmente en tiempos de tribulación y persecución. ¿Por qué debemos hacerlo? Porque anhelamos la salvación de Dios. Quienes desean ardientemente Su liberación deben buscar con ahínco Su Palabra. Como resultado, descubriremos la inmensidad de la Palabra de Dios y experimentaremos la preciosa gracia de ver nuestros corazones ensanchados por su poder. Además, al meditar en la Palabra de Dios y buscarla, disfrutaremos de la bendición de permanecer firmes sobre Su verdad eterna.

La persona con discernimiento

[Salmo 119:97-104]

Me gustaría compartir un artículo interesante que encontré hoy en el *Americas Gospel Newspaper* (Miju Gospel Newspaper). Se envió una encuesta a 3.338 pastores principales de iglesias coreanas en todo el continente americano; el análisis de las 333 respuestas reveló que el "conflicto entre el pastor y la congregación" (21,35 %) se señalaba como el mayor desafío en el ministerio entre inmigrantes. Me pregunto por qué el conflicto entre el pastor y la congregación representa una dificultad tan grande para pastores como yo. Una razón parece ser la falta de habilidades interpersonales o de capacidad para resolver problemas y conflictos. A la luz del pasaje bíblico de hoy, creo que estos conflictos se convierten en obstáculos tan significativos en el ministerio porque a nosotros, los pastores, nos falta "discernimiento".

Un diccionario bíblico define el "discernimiento" (o perspicacia) como el "conocimiento inteligente de la razón" que subyace a las cosas. También se describe como un "actuar sabio y el uso de un buen sentido común práctico". El problema, sin embargo, es que estamos presenciando el cumplimiento de la profecía de que el pueblo perece por haber rechazado el conocimiento de Dios (Oseas 4:6). Más concretamente, la profecía se está cumpliendo porque los "sacerdotes" —o, en términos modernos, pastores como yo— han dejado de lado el conocimiento de Dios, lo que conduce a la ruina del pueblo de Dios. En nuestra búsqueda de conocimiento mundano por encima del conocimiento de Dios, parece que llevamos a cabo el ministerio mezclando principios y métodos del mundo con los principios de la Palabra de Dios, en lugar de apegarnos estrictamente a estos últimos. La causa

fundamental es una deficiencia en el conocimiento de Dios; en otras palabras, una falta de discernimiento. Una consecuencia de que los pastores no ejerzan un sentido común sano y práctico puede ser el conflicto entre ellos y sus congregaciones. Jeremías 9:24 dice en la Biblia: «Alábese en esto el que se alabe: en entenderme y conocerme, pues yo soy el Señor, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque en estas cosas me complazco…». A partir de este pasaje, podemos identificar dos aspectos del entendimiento que agrada a Dios: (1) conocer a Dios y (2) comprender que Dios es quien ejerce misericordia, juicio y justicia en la tierra. Con la esperanza de que nosotros —tanto pastores como miembros de la congregación— lleguemos a ser personas de discernimiento que agradan a Dios mediante tal conocimiento y comprensión, quisiera reflexionar sobre tres características de la «persona con discernimiento» basándome en el pasaje de hoy:

En primer lugar, una persona con discernimiento es aquella que medita en la palabra del Señor.

Observemos el Salmo 119:99: «Más que todos mis maestros he entendido, porque tus testimonios son mi meditación». El salmista afirma que poseía mayor discernimiento que todos sus maestros porque meditaba en la palabra del Señor. Esto alude al aspecto intelectual; a través de la palabra del Señor, el salmista llegó a conocer al Señor y a comprender sus obras. Habiendo probado los frutos de esta doble meditación, superó a sus maestros en discernimiento. Además, mediante la palabra del Señor, llegó a ser más sabio que sus enemigos (versículo 98).

Al vivir nuestra vida cotidiana, frecuentemente nos enfrentamos a las tentaciones de nuestro enemigo, Satanás. Satanás es mucho más sabio que nosotros. Si bien su sabiduría está pervertida, es un hecho innegable que conoce las Escrituras mejor y más extensamente que nosotros; simplemente distorsiona la Palabra de Dios cuando nos habla. Por lo tanto, no debemos caer en las artimañas de Satanás ni permitir que deforme nuestra mente. Para triunfar en esta batalla intelectual —o mental—, debemos meditar

diligentemente en la palabra de Dios. Debemos usar esa palabra para agudizar nuestra mente, tal como se afila la espada del Espíritu Santo, y permitir que gobierne nuestros pensamientos y corazones. Solo entonces seremos más sabios que el enemigo y podremos luchar y prevalecer contra él.

En segundo lugar, una persona con discernimiento es aquella que ama la palabra del Señor. Observemos el Salmo 119:97: «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación». El salmista, que meditaba en la palabra del Señor durante todo el día, era alguien que verdaderamente amaba dicha palabra. Ciertamente no era alguien que conociera la palabra de Dios meramente a nivel intelectual; él amaba la palabra profundamente: «¡Cuánto amo…!». Esto hace referencia a la dimensión emocional de su fe. Amar la palabra del Señor implica amar al Señor mismo y, por ende, hallar gozo al escuchar su voz. El salmista, dotado de discernimiento, deseaba conocer al Señor más profundamente y experimentar con mayor plenitud cómo el Señor obraba en su vida a través de su palabra.

Aunque la palabra de Dios que conocemos es la misma que conoció el salmista, parece que —a pesar de los numerosos sermones y estudios bíblicos a los que asistimos— a menudo no logramos reconocer a Dios obrando activamente en nuestro interior y en nuestras vidas mediante esa palabra. Podemos conocer la palabra de Dios en nuestra mente y afirmar con nuestros labios que conocemos al Señor; sin embargo, con frecuencia no logramos experimentarlo como una presencia viva y activa en nuestras vidas. Debemos, por tanto, reflexionar sobre si realmente amamos la palabra de Dios.

Finalmente, el tercer punto: una persona con discernimiento es aquella que guarda la palabra del Señor.

Observemos el Salmo 119:100: «Más que los ancianos he entendido, porque he guardado tus mandamientos». Esto alude al aspecto de la voluntad. El salmista no se acercaba a la palabra del Señor meramente desde una perspectiva intelectual o emocional; se

comprometía a guardarla mediante un acto de la voluntad. Más concretamente, podemos identificar tres formas en las que el salmista se comprometía a guardar la palabra:

(1) «Apartó sus pies de todo mal camino».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:101: «De todo mal camino aparté mis pies, para guardar tu palabra». Avanzamos por la vida tomando decisiones cada día. Si bien algunas decisiones están guiadas por nuestra fe, con demasiada frecuencia tomamos decisiones impulsadas por la incredulidad y las tentaciones de Satanás. Cada día nos encontramos en una encrucijada donde se abre ante nosotros un único camino de verdad, junto a noventa y nueve caminos de tentación satánica o falsedad. Estos caminos de tentación y engaño son demasiado visibles para nuestros ojos físicos; parecen atractivos: estimulan el apetito, agradan a la vista y parecen deseables para alcanzar la sabiduría. Estadísticamente hablando, la probabilidad de elegir uno de los noventa y nueve caminos falsos es mucho mayor que la de elegir el único camino de la verdad. En consecuencia, a menudo nos encontramos transitando por estos caminos engañosos, solo para vernos atrapados en la culpa y vagando en la confusión. Sin embargo, el salmista no hizo esto. No puso un pie en «ningún camino de maldad»; apartó totalmente sus pies de ellos. ¡Qué ejemplo tan extraordinario de alguien fortalecido por la Palabra! Esta es verdaderamente la vida de una persona con discernimiento que agrada a Dios.

(2) No se apartó de la palabra del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:102: «Porque Tú mismo me has enseñado, no me he desviado de tus juicios». ¡Cuántas veces, día tras día, nos involucramos en palabras y acciones totalmente ajenas a la Palabra de Dios! ¿Con qué frecuencia expresamos nuestras emociones de maneras impropias del pueblo de Dios? Somos muy conscientes de que un pez no puede sobrevivir fuera de su agua (su pecera); sin embargo, a menudo vivimos nuestras ajetreadas vidas ignorando la verdad eterna de que los hijos de Dios no pueden

vivir separados de la Palabra de su Padre Celestial. Transcurrimos nuestros días respirando y viviendo en un estado espiritual en el que nuestra vida cotidiana está desconectada de la Palabra. Debemos realizar una profunda reflexión personal para preguntarnos si estamos viviendo la vida de los muertos (espiritualmente), aunque estemos vivos físicamente. El salmista confiesa que no se ha apartado de la Palabra del Señor (versículo 102). Nosotros también debemos ser capaces de hacer esta misma confesión cuando lleguemos al destino final de nuestras vidas.

(3) Aborrecía todo camino de falsedad.

Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 119:104: «De tus preceptos adquiero entendimiento; por tanto, aborrezco todo camino de falsedad». El salmista, que meditaba en la palabra del Señor y la amaba, llenó su mente y su corazón tan completamente con esa verdad que «aborrecía todo camino de falsedad». Dado que conocía la Palabra de Dios con todo su ser —intelecto, emoción y voluntad— y estaba impregnado de esa verdad, ardía en santa indignación. En resumen, quien ama la verdad no puede evitar aborrecer toda falsedad. El salmista era un creyente que amaba la verdad; una verdad en la que la falsedad no podía penetrar.

Al considerar cómo llegó el salmista a estar tan entregado a la Palabra, encuentro la respuesta en el texto de hoy, el versículo 103: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Más dulces que la miel a mi boca!». Tras haber experimentado la dulzura de la Palabra del Señor, el salmista se sintió impulsado a consagrarse a ella aún más profundamente. Era un creyente que entregaba todo su ser a la Palabra de Dios: meditaba en ella, la amaba y se dedicaba a cumplirla. Por eso la Biblia lo describe como una persona de entendimiento. Mi oración es que nosotros también lleguemos a ser personas de entendimiento, como el salmista, y experimentemos constantemente la felicidad que proviene de una vida vivida en obediencia a la Palabra.

¡Sigamos adelante hasta el final!

[Salmo 119:105–112]

Durante la reunión de oración de esta mañana, medité en Eclesiastés 7:8: «Mejor es el fin del asunto que su principio…». Si bien el comienzo de una tarea es importante, la conclusión es aún más crucial. Esto se debe a que, por muy grandioso o hermoso que sea un comienzo, no sirve de nada si no se lleva a cabo hasta el final. Debemos ser personas que lleven las cosas hasta su culminación. Si empezamos con gran entusiasmo pero no terminamos la tarea, ese comienzo pierde todo sentido.

En el Salmo 119:112, el salmista declara: «He inclinado mi corazón a cumplir tus estatutos para siempre, hasta el mismo fin». Centrándome en este versículo y en el título «¡Sigamos adelante hasta el final!», deseo recibir la gracia de Dios hoy meditando en cinco maneras en que podemos cumplir fielmente los mandamientos del Señor hasta el mismo fin.

En primer lugar, para seguir los mandamientos del Señor hasta el final, debemos hacer el voto de guardarlos.

Observemos el Salmo 119:106: «He jurado y confirmado que guardaré tus justos juicios». Por supuesto, no debemos hacer juramentos a la ligera delante de Dios. Sin embargo, cuando se trata de guardar la palabra del Señor, es necesario hacer un voto. La razón es que la palabra del Señor es «palabra de vida eterna» (Juan 6:68). Otra razón es que la palabra de Dios sirve de guía —como una lámpara— en este mundo de tinieblas (Salmo 119:105).

En segundo lugar, para seguir los mandamientos del Señor hasta el final, debemos aferrarnos a la palabra de Dios y orar.

Observemos el Salmo 119:107: «Estoy afligido en gran manera; vivifícame, oh Señor, conforme a tu palabra». ¿Cuándo oró el salmista a Dios? Oró a Dios cuando se encontraba en «gran aflicción». ¿Qué significa aquí «gran aflicción»? Observemos la primera parte del versículo 110 en el texto de hoy: «Los impíos me han tendido una trampa...». El salmista sufría persecución a manos de los impíos. En consecuencia, su vida corría peligro constante (versículo 109). En medio de este peligro mortal, el salmista oró a Dios: «Vivifícame conforme a tu palabra» (versículo 107). Oró con fe, pidiendo a Dios que lo librara de su sufrimiento. En esa situación, el salmista elevó esta oración a Dios: «Te ruego, oh Señor, que aceptes las ofrendas voluntarias de mi boca y me enseñes tus juicios» (versículo 108). Dado que había guardado la palabra del Señor incluso en medio del sufrimiento, su corazón estaba lleno de gozo y ofrecía alabanzas a Dios.

En tercer lugar, para guardar los mandamientos del Señor hasta el final, no debemos olvidar la ley del Señor.

Observemos el Salmo 119:109: «Mi vida está continuamente en peligro, pero no olvido tu ley». El salmista decidió no olvidar la palabra del Señor, aun cuando su vida corría peligro. A menudo olvidamos la palabra de Dios al enfrentarnos a situaciones de vida o muerte. Con frecuencia fallamos en aferrarnos a la palabra de Dios durante las crisis y nos desviamos de sus estatutos. Sin embargo, actuar así significa permitir que las circunstancias nos controlen y abandonar nuestra fe. No debemos desechar nuestra lámpara mientras caminamos por un sendero oscuro.

En cuarto lugar, para guardar los mandamientos del Señor hasta el final, debemos hacer de la palabra de Dios nuestra herencia. Observemos el Salmo 119:111: «Tus testimonios son mi herencia eterna, pues son el gozo de mi corazón». Puesto que la Palabra de Dios es

nuestro gozo, debemos convertirla en nuestra herencia eterna. Sin embargo, si no experimentamos este gozo, no podremos hacer de la Palabra de Dios nuestra herencia. El verdadero gozo para nuestros corazones se encuentra únicamente en la palabra del Señor. Cuando vivimos conforme a esa Palabra, experimentamos un gozo divino en nuestros corazones. Debemos disfrutar de ese gozo plenamente. En quinto y último lugar, para cumplir los mandamientos del Señor hasta el final, debemos inclinar nuestro corazón hacia la Palabra de Dios.

Observemos el Salmo 119:112: «He inclinado mi corazón a cumplir tus estatutos para siempre, hasta el fin». Para obedecer los mandamientos de Dios hasta el final, debemos inclinar nuestro corazón hacia su Palabra. Debemos inclinar nuestro corazón hacia la Palabra de Dios aún más cuando nos encontramos en medio de un gran sufrimiento. Debemos aferrarnos firmemente a esa Palabra. Por tanto, debemos permitir que esa Palabra nos gobierne y nos guíe.

Debemos obedecer la Palabra de Dios hasta el final. Debemos comprometernos a guardar esa Palabra. Debemos aferrarnos a ella y orar. No debemos olvidar la Palabra del Señor. Debemos hacer de esa Palabra nuestra herencia e inclinar nuestro corazón hacia ella. Mi oración es que tú y yo seamos de aquellos que obedecen la Palabra de Dios hasta el final.

¡Tengamos claro qué es lo que amamos y qué es lo que odiamos!

[Salmo 119:113–120]

La Biblia nos manda decir «sí» cuando es «sí» y «no» cuando es «no»; sin embargo, parece que a nuestra vida de fe le falta esta claridad. A menudo llevamos una vida de fe en la que el «sí» a veces puede convertirse en «no», y el «no» a veces puede convertirse en «sí». ¿Cuántas veces decimos «sí» en obediencia al mandato de Dios, pero luego actuamos como si la respuesta fuera «no», desobedeciendo sus mandamientos en nuestra conducta real? Por el contrario, respecto a las cosas que Dios nos manda no hacer —donde deberíamos vivir un «no»—, a menudo las aceptamos con naturalidad mediante un «sí» y cometemos pecado.

Parece que preferimos los tonos grises al blanco y negro. Aunque deberíamos amar la vida de obediencia a la Palabra que el Señor valora y odiar los pecados del mundo, nosotros —al igual que los israelitas en el monte Carmelo— vivimos en una zona gris, sin ser plenamente una cosa ni la otra (1 Reyes 18:21). Nuestra vida de fe actual carece de claridad. No estamos trazando una línea clara respecto a los objetos de nuestro amor y nuestro odio: amar lo que debe ser amado y odiar lo que debe ser odiado.

Sin embargo, el salmista en el pasaje de hoy (Salmo 119) tenía claro qué amaba y qué odiaba. Él odiaba a las «personas de doble ánimo» y amaba «tu ley» (versículo 113). Nosotros también debemos trazar esa línea clara, tal como lo hizo el salmista. No obstante, nos resistimos a hacerlo. Una razón es que la vida en la «zona gris» resulta cómoda. Nos hemos acostumbrado demasiado a vivir en esa zona gris. Esto se debe a que llevar una vida

espiritual tibia —sin ser una cosa ni la otra— permite vivir cómodamente en este mundo. Sin embargo, la Biblia desea que tengamos una identidad clara. Dios es Dios y un ídolo es un ídolo; Él no quiere que los cristianos vivan una vida indefinida, que no es ni una cosa ni la otra. Al reflexionar hoy sobre los claros objetos de amor y odio del salmista, espero que nosotros también podamos definir claramente los objetos de nuestro propio amor y odio.

En primer lugar, ¿cuál era el objeto del amor del salmista?

Al observar el pasaje de hoy —Salmo 119:113–120—, vemos que el objeto del amor del salmista era la Palabra de Dios. Por supuesto, dado que el Señor mismo era el objeto de su amor, la Palabra del Señor también lo era. Consideremos cuatro aspectos de la vida de quien ama la Palabra del Señor:

(1) Presta atención constante a la Palabra del Señor.

Observemos la última parte del versículo 117: «…siempre prestaré atención a tus estatutos». El salmista respetaba y valoraba la Palabra de Dios.

(2) Guarda la Palabra del Señor.

Observemos la última parte del versículo 115: «…guardaré los mandamientos de mi Dios». El salmista guardaba los mandamientos del Señor. Juan 14:21 nos dice que quien ama al Señor es aquel que retiene y guarda sus mandamientos. Quienes aman al Señor no se quedan en el mero respeto y valoración de su Palabra; realmente la guardan.

(3) Pone su esperanza en la Palabra del Señor.

Observemos la última parte del Salmo 119:114: «…en tu palabra espero». Cuando nos esforzamos por guardar la Palabra del Señor, a menudo enfrentamos ataques de Satanás.

Por tanto, al igual que el salmista, debemos hacer del Señor nuestro «escondite» y «escudo» (v. 114), morar en Él y poner nuestra esperanza en la palabra (de promesa) del Señor (v. 116).

(4) Es sostenido por la palabra del Señor. Observemos el pasaje de hoy, Salmo 119:116–117: «Sostenme conforme a tu palabra, para que viva… sostenme…». Cuando nos esforzamos por guardar la palabra del Señor —honrándola y valorándola—, podemos enfrentarnos a los ataques de Satanás y a diversos peligros. En tales momentos, debemos permanecer en el abrazo del Señor, quien es nuestro refugio y escudo, y aguardar el cumplimiento de su palabra prometida. Al hacerlo, el Señor sostendrá nuestra vida (v. 116) y nos salvará (v. 117). Si somos así sostenidos por la palabra del Señor, Él ciertamente nos sustentará y salvará conforme a esa palabra.

Entonces, ¿cuál era el objeto del odio del salmista?

El objeto de su odio eran «los de doble ánimo» (v. 113). ¿Quiénes son los «de doble ánimo»? Santiago 1:6–8 describe como personas de doble ánimo a aquellos que oran a Dios pero «dudan». ¿Acaso no somos nosotros mismos, a veces, personas de doble ánimo? ¿Con qué frecuencia albergamos dudas al orar a Dios? Tales personas de doble ánimo son inestables en todos sus caminos (v. 8). Debemos aborrecer esa doblez de ánimo en nuestro propio interior. En el contexto del Salmo 119:113, los «de doble ánimo» pueden caracterizarse de tres maneras:

(1) Los de doble ánimo son aquellos que se han apartado de la palabra de Dios. Observemos la primera parte del versículo 118 en el texto de hoy: «Desechas a todos los que se desvían de tus estatutos…». Como cristianos cuyo amor está dirigido hacia el Señor y su Palabra, debemos aborrecer a quienes se han apartado de la Palabra de Dios; es decir, a aquellos que albergan un corazón dividido. La Biblia afirma que el Señor los mira con desprecio (versículo 118). Puesto que son personas engañosas que persiguen cosas vanas, quienes aman la Palabra del Señor deben aborrecer a aquellos que se han desviado de ella.

(2) Aquellos que tienen un corazón dividido son malhechores. Observemos la primera parte del versículo 115 del texto de hoy: «¡Malhechores…!». Aquellos que albergan un corazón dividido y se apartan de la Palabra del Señor inevitablemente incurren en malas acciones. Por consiguiente, quienes aman la Palabra del Señor aborrecen a los malhechores.

(3) Los que tienen el corazón dividido son los impíos.

Observemos la primera parte del versículo 119 del texto de hoy: «Como a escoria desechas a todos los impíos de la tierra…». Los cristianos, que claramente hacen del Señor el objeto de su amor, también consideran claramente a los impíos como objeto de aborrecimiento en su caminar de fe.

Un hecho notable aquí es que Dios promete «quitar toda [nuestra] escoria y apartar toda [nuestra] impureza», a pesar de que somos nosotros a quienes Él eligió por amor (Isaías 1:25). ¡Qué gracia y amor tan maravillosos provienen de Dios! Es la promesa de que el Dios que desecha a los impíos como escoria nos limpiará por completo, aun cuando llevemos esa misma escoria en nuestro interior. ¿Y acaso no cumplió Dios esta promesa a través de Jesucristo? Dios nos ha purificado totalmente mediante la preciosa sangre de Jesús en la cruz. Por tanto, ya no debemos confundir los objetos de nuestro amor y de nuestro odio, ni vivir una vida semejante a la escoria. No debemos seguir viviendo una vida de ambigüedad, una mezcla confusa de cosas. No podemos conformarnos con una vida de fe que se estanca en una zona gris, desdibujando los límites entre lo que debemos amar y lo que debemos aborrecer. No podemos permitirnos ser tibios; debemos ser fervientes o fríos. Es hora de dejar de vacilar en nuestra fe y tomar una decisión firme. Ruego que todos sepamos distinguir claramente entre lo que debemos amar y lo que debemos aborrecer, trazando una línea firme mientras vivimos nuestra fe.

«Es tiempo de que el SEÑOR actúe»

[Salmo 119:121–128]

¿Qué clase de tiempo es este? Creo que es un tiempo para custodiar la gracia que hemos recibido y para poner en práctica los mandamientos de Dios mediante el poder de esa gracia. Si bien hay momentos en los que recibimos gracia, es verdaderamente importante preservarla fielmente y, fortalecidos por ella, traducir cada vez más los mandamientos de Dios en acciones.

En el pasaje de hoy, el Salmo 119:126, el salmista declara: «Han anulado tu ley; es tiempo de que el SEÑOR actúe». Quisiera reflexionar sobre dos puntos basados en este versículo: (1) ¿Qué clase de tiempo es este? (2) ¿Qué debemos hacer en un tiempo así?

En primer lugar, ¿qué clase de tiempo es este?

El texto nos enseña dos cosas al respecto:

(1) Es un tiempo en el que «han anulado tu ley» (v. 126).

Es un tiempo en el que se violan los mandamientos de Dios. Es también un tiempo en el que son oprimidos aquellos que practican la justicia y la rectitud (v. 121). En otras palabras, es un tiempo en el que los soberbios oprimen al siervo del Señor (vv. 122, 125).

(2) Es tiempo de que el SEÑOR actúe (v. 126).

Aquí, la «obra del SEÑOR» puede entenderse de dos maneras. (a) Primero, la «obra del SEÑOR» se refiere al juicio de Dios (Park Yun-sun). Dios juzgará a quienes violan sus mandamientos. Juzgará a aquellos que viven quebrantando continua e intencionalmente sus leyes. Además, Dios juzgará a quienes oprimen a los santos que practican la justicia y la rectitud. Ciertamente, Dios juzgará a los soberbios. (b) En segundo lugar, la «obra del SEÑOR» se refiere a la salvación de Dios. Observemos el texto de hoy, Salmo 119:123: «Mis ojos desfallecen esperando tu salvación y tu justa palabra». Para nosotros, los que creemos en Jesús, el tiempo en que opresores arrogantes anulan los preceptos del Señor es un tiempo de fatiga. Si bien la opresión en sí misma es ciertamente agotadora, el cansancio proviene aún más del intenso anhelo por la salvación del Señor y por Su palabra justa. Por tanto, este mismo tiempo —cuando se violan los mandamientos del Señor— es un tiempo para la oración, un tiempo para buscar y anhelar fervientemente la salvación del Señor y Su palabra.

En segundo lugar, ¿qué debemos hacer entonces en tales tiempos?

¿Qué debemos hacer cuando se anula la ley del Señor y se transgreden Sus mandamientos? ¿Cómo debemos actuar cuando personas arrogantes oprimen a los siervos del Señor —y a nosotros, que practicamos la justicia y la rectitud?

(1) Debemos amar aún más los mandamientos del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:127: «Por eso amo Tus mandamientos más que el oro, más que el oro fino». En tales tiempos, el salmista amaba los mandamientos del Señor más que el oro fino. Nosotros también debemos hacer lo mismo. En estos tiempos en que se violan los mandamientos del Señor —y cuando enfrentamos opresión por guardarlos—, debemos amar esos mandamientos aún más. La persecución y el sufrimiento de este mundo, que surgen por guardar los mandamientos del Señor, no deben hacer que nos

alejemos de ellos. Por el contrario, en medio de la tribulación y la persecución, debemos negarnos a ceder y, en su lugar, comprometernos aún más a amar y guardar los mandamientos del Señor.

(2) Debemos considerar rectos los preceptos (mandamientos) del Señor en todos los asuntos. Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:128: «Por eso considero rectos todos Tus preceptos respecto a todas las cosas; aborrezco todo camino de falsedad». Al igual que el salmista, en estos tiempos en que la gente viola los mandamientos del Señor, debemos considerar que dichos mandamientos son rectos. Además, debemos aborrecer todo camino de falsedad que se desvíe de esos mandamientos justos.

Vivimos en una época en la que se transgreden los mandamientos de Dios. Es un tiempo para que Dios actúe; un tiempo para que lleguen Su juicio y Su salvación. Dios juzgará a quienes violan Sus mandamientos y salvará a quienes los guardan. En tales tiempos, debemos amar aún más los mandamientos del Señor y sostenerlos como rectos en cada aspecto de nuestra vida. Mi oración es que todos seamos personas que consideren correctos los mandamientos de Dios y, en consecuencia, aborrezcan todo camino de falsedad.

«¡Afirma mis pasos en tu Palabra!»

[Salmo 119:129–136]

Creo que recorrer fielmente un único camino hasta el final es imposible sin la gracia de Dios. Esto se debe a que, sin su gracia, somos propensos a caer en diversos caminos engañosos de la vida en lugar de continuar fielmente por una sola senda. Nuestros pasos requieren cierta firmeza: una firmeza que nos permita recorrer ese camino con serenidad y determinación. Al caminar por la senda estrecha hacia el Gólgota —el camino que el propio Señor recorrió—, debemos afirmar nuestros pasos cada vez con mayor solidez. Por tanto, no debemos dejarnos desviar por los caminos anchos que se extienden ante nosotros.

En el Salmo 119:133, el salmista ora a Dios: «Afirma mis pasos en tu Palabra, y que ninguna iniquidad se enseñoree de mí». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre dos puntos bajo el título «¡Afirma mis pasos en tu Palabra!»: (1) ¿Por qué debemos afirmar nuestros pasos en la Palabra del Señor? y (2) ¿Cómo podemos afirmar nuestros pasos en la Palabra del Señor?

En primer lugar, ¿por qué debemos afirmar nuestros pasos en la Palabra del Señor?

Hay dos razones.

(1) Debemos afirmar nuestros pasos en la Palabra del Señor para que ninguna iniquidad se enseñoree de nosotros.

¿Cuándo cobra dominio la iniquidad sobre nosotros? Ocurre cuando no guardamos la Palabra del Señor en nuestros corazones. Observemos el Salmo 119:11: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti». En estos tiempos en que se transgreden los mandamientos de Dios, observamos —incluso en nosotros mismos— una tendencia a tomar a la ligera la Palabra de Dios y a no guardarla en el corazón. La consecuencia de esto es la comisión del pecado. Caemos inevitablemente en el pecado porque, al no albergar la Palabra de Dios en nuestros corazones, permitimos que nuestra vieja naturaleza pecaminosa nos gobierne en lugar de dejar que la Palabra ejerza su dominio. Esto no debe ser así. Ya no debemos permitir que el pecado reine sobre nosotros. Por el contrario, debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones y dejar que ella gobierne nuestras vidas. Debemos amar aún más los mandamientos del Señor y esforzarnos por cumplirlos. Por tanto, debemos afirmar nuestros pasos firmemente sobre la Palabra del Señor.

(2) La razón por la que debemos afirmar nuestros pasos sobre la Palabra del Señor es para ser librados de la opresión de los demás.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:134: «Redímeme de la opresión de los hombres, y guardaré tus preceptos». La presión que enfrentamos al procurar obedecer la Palabra de Dios sirve como una prueba valiosa para revelar si realmente nos mantenemos firmes en esa Palabra. Si no estamos firmemente cimentados en la Palabra de Dios, la presión puede llevarnos a abandonarla, a transigir con el mundo y a pecar contra Dios. Sin embargo, si nos mantenemos firmes en la Palabra de Dios, la presión que pesa sobre nosotros se convierte en una oportunidad para anclar nuestros pasos con mayor seguridad en dicha Palabra. Esto es precisamente lo que constituye la salvación de Dios. Si bien la liberación de la opresión es ciertamente una forma de salvación, el ser fortalecidos para permanecer aún más firmes en la Palabra del Señor en medio de esa opresión también es salvación de Dios.

En segundo lugar, ¿cómo podemos afirmar nuestros pasos sobre la Palabra del Señor? El pasaje del Salmo 119:129-136 nos ofrece tres lecciones clave.

(1) Para afirmar nuestros pasos sobre la Palabra del Señor, debemos llegar a ser personas «sencillas».

Observemos el versículo 130: «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos». Aquí, «los sencillos» se refiere a los creyentes que no albergan un corazón dividido ante Dios, sino que buscan honrarlo con una devoción de corazón indiviso (Mateo 11:25; Salmo 27:4) (Park Yun-sun). Cuando la Palabra de Dios se revela a tal persona, surge el entendimiento. Y con ese entendimiento, podemos afirmar nuestros pasos sobre la Palabra del Señor.

(2) Para afirmar nuestros pasos sobre la Palabra del Señor, debemos abrir bien la boca y anhelar intensamente, jadeando de deseo.

Observemos el Salmo 119:131: «Mi boca abrí y jadeé, porque anhelaba tus mandamientos». Así como una persona jadea buscando aire porque moriría sin él, el salmista anhelaba los mandamientos de Dios, sabiendo que perecería sin ellos (Park Yun-sun). Esto ilustra la intensidad con la que debemos anhelar la palabra del Señor. Necesitamos abrir la boca y jadear por la palabra de Dios; debemos comprender que, si no la consumimos, moriremos. Por tanto, para vivir, debemos anhelar la palabra de Dios. Debemos buscarla con un sentido de urgencia existencial: la conciencia de que nuestra propia supervivencia depende de ella.

(3) Para afirmar nuestros pasos en la palabra del Señor, debemos guardar sus maravillosos testimonios.

Observemos el Salmo 119:129: «Maravillosos son tus testimonios; por eso los guarda mi alma». El salmista guardaba los mandamientos del Señor porque había experimentado la

naturaleza maravillosa de los testimonios de Dios. Él afirmó firmemente sus pasos en la palabra del Señor. ¿Y nosotros? Si experimentamos la maravilla de la palabra de Dios, nos esforzaremos aún más por obedecerla y guardarla. Sin embargo, si no experimentamos esa maravilla, nos volveremos negligentes a la hora de guardar la palabra de Dios. Al igual que el salmista, tal vez ni siquiera busquemos aprender la palabra del Señor (v. 135). En consecuencia, al no guardar los mandamientos de Dios, haríamos brotar lágrimas de los ojos de aquellos que sí los guardan (v. 136). No debemos seguir así. Debemos experimentar la maravilla de la palabra de Dios. Debemos experimentar, de manera más abundante y profunda, la gracia que Dios otorga a quienes obedecen su palabra (v. 132). Por tanto, debemos afirmar firmemente nuestros pasos en la palabra del Señor.

Debemos afirmar firmemente nuestros pasos en la palabra del Señor. Debemos hacerlo para asegurar que ningún pecado cobre dominio sobre nosotros. También debemos afirmar firmemente nuestros pasos en la palabra del Señor para ser librados de la opresión de aquellos que la quebrantan. Para lograrlo, debemos llegar a ser como los de corazón sencillo; debemos anhelar la palabra del Señor con una devoción absoluta, centrada únicamente en honrarle a Él. Además, debemos abrir bien la boca y alimentarnos de la Palabra de Dios para sustentar nuestra vida. Oro para que tú y yo afirmemos nuestros pasos en la Palabra del Señor, guardando sus maravillosos testimonios.

Cuando la angustia y la aflicción me alcanzan

[Salmo 119:137–144]

¿Qué debemos hacer cuando nos alcanzan la angustia y la aflicción?

En el Salmo 119:143, el salmista confiesa: «Angustia y aflicción me han alcanzado, mas tus mandamientos son mi deleite». Al examinar el pasaje de hoy, quisiera aprender tres lecciones sobre cómo el salmista hallaba deleite en los mandamientos del Señor aun en medio de tales pruebas, y aplicar estas lecciones a nuestras propias vidas. Mi oración es que nosotros también lleguemos a considerar los mandamientos del Señor como nuestro deleite, incluso al enfrentar la angustia y la aflicción.

En primer lugar, debemos ser honestos cuando nos alcanzan la angustia y la aflicción.

Observemos el Salmo 119:137: «Justo eres tú, oh Señor, y rectos son tus juicios». Cuando enfrentamos angustia y aflicción, a menudo resulta más fácil mentir que ser honestos. Esto se debe a que, en el momento, mentir puede parecer una vía fácil para escapar de la situación. Sin embargo, al igual que el salmista, debemos emitir juicios honestos cuando nos golpean la angustia y la aflicción; nunca debemos permitir que nuestro juicio se nuble. Para lograrlo, nuestro propio carácter debe estar revestido de la justicia del Señor. La honestidad debe brotar de esa justicia. La ley del Señor es verdad (v. 142). Debemos encarnar esta palabra de verdad y vivir una vida de honestidad. Nunca debemos ceder a la tentación de la falsedad ni abandonar nuestra integridad.

En segundo lugar, debemos ser fieles cuando nos alcanzan la angustia y la aflicción. Observemos el Salmo 119:138: «Tus testimonios son justos y sumamente fieles». Si bien no es fácil mantenerse honesto en medio de la tribulación y la aflicción, permanecer fiel puede resultar aún más difícil. Esto se debe a que la fidelidad en medio de tales pruebas requiere paciencia y perseverancia. No obstante, el salmista del pasaje de hoy permaneció fiel. A pesar de estar soportando tribulación y aflicción causadas por sus adversarios (versículo 139), se mantuvo fiel a la palabra del Señor. No olvidó la palabra del Señor (versículo 139). La razón por la que pudo permanecer tan fiel a la Palabra de Dios fue que había experimentado personalmente la «suma fidelidad» de dicha Palabra (versículo 138). En otras palabras, el salmista no solo conocía la fidelidad de Dios a través de Su Palabra, sino que también la había experimentado personalmente en su propia vida; por ello, confiaba firmemente en la fidelidad de Dios incluso en medio de las tribulaciones y angustias de la vida, las cuales ocurrían dentro del marco de esa misma fidelidad. Nosotros también debemos confiar firmemente en la fidelidad de Dios, tal como lo hizo el salmista. Debemos hacerlo aún más cuando enfrentamos tribulaciones y angustias.

En tercer y último lugar, cuando nos sobrevienen tribulaciones y angustias, debemos amar.

Observemos el Salmo 119:140: «Sumamente pura es tu palabra; por eso la ama tu siervo». Debemos amar la Palabra del Señor, que es sumamente pura. ¿Por qué deberíamos amar la Palabra sumamente pura del Señor? Porque, así como el oro se funde en un horno para obtener oro refinado, nosotros mismos somos refinados por la Palabra sumamente pura de Dios a través de las tribulaciones y angustias de la vida. ¡Qué poder tan asombroso posee la Palabra del Señor! En medio de la tribulación y la angustia, nuestra fe, nuestros corazones y nuestro propio carácter son refinados por la Palabra de Dios. Así, al igual que el salmista, no nos queda más remedio que hacer de los mandamientos del Señor nuestro deleite, incluso en medio de tales pruebas.

Debemos permanecer íntegros en medio de las tribulaciones y dificultades que irrumpen en nuestras vidas. Debemos guardar fielmente la Palabra justa y firme del Señor, y amar aún más Su Palabra exquisitamente refinada. Solo entonces viviremos (versículo 144).

¡Clama al Señor!

[Salmo 119:145–152]

Si existe un gigante espiritual en el ámbito de la vida de oración de un cristiano que simplemente no puede pasarse por alto, es probablemente George Müller. Fue un hombre de oración, conocido por haber recibido respuestas a sus oraciones en más de 50.000 ocasiones. Respecto a su fe, se dice que afirmó: «Mi fe es la misma que la de todos los creyentes. Es una fe que recorre el camino del Señor y crece poco a poco cada día. Mi fe no es, en absoluto, una clase especial de fe» (Internet). Al igual que George Müller —un hombre de oración que recibió más de 50.000 respuestas al clamar a Dios con una fe que crecía a diario—, nosotros también debemos convertirnos en personas de oración. Debemos ser personas que oran con fe.

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 119:145, el salmista declara: «Clamo con todo mi corazón; ¡respóndeme, oh Señor! Guardaré tus estatutos». Centrándome en este versículo y en el título «¡Clama al Señor!», deseo reflexionar sobre tres aspectos de la oración y recibir las enseñanzas que el Señor nos ofrece.

En primer lugar, ¿cómo debemos orar? (El método de la oración)

En el Salmo 119:145, vemos que el salmista clamó al Señor «con todo su corazón». Al igual que el salmista, cuanto mayor sea el peligro que enfrentemos, más debemos dedicarnos a la fe y a la oración en lugar de a la ansiedad y la preocupación (Park Yun-sun). ¿Cuál era la situación peligrosa que enfrentaba el salmista? Observemos el versículo 150: «Se acercan

los que persiguen la maldad; están lejos de tu ley». La situación a la que se enfrentaba el salmista era el acercamiento de un grupo de personas que buscaban la maldad en lugar de seguir la ley del Señor. Debido a que el salmista amaba la ley del Señor, los impíos —que detestan dicha ley— se acercaban a él. ¿Por qué se acercaban los impíos al salmista? Porque buscaban apartarlo de la ley del Señor. En esta situación, sin embargo, el salmista confiaba en que el Señor estaba cerca (v. 151) y clamó a Dios con todo su corazón. Meditaba en la palabra del Señor día y noche (v. 148). Aferrándose a la palabra de verdad, clamó al Señor de todo corazón (v. 149). Además, clamó apoyándose en la misericordia del Señor (v. 149). Al igual que el salmista, cuando los impíos se acercan a nosotros, nosotros también debemos acercarnos al Señor en oración con todo nuestro corazón. Al acercarnos a Él en oración, debemos clamar confiando en Su misericordia. También debemos aferrarnos a la palabra de Su verdad por fe y clamar a Él de todo corazón.

En segundo lugar, ¿por qué debemos orar? (El contenido de la oración)

El contenido del clamor del salmista a Dios se expresa en el Salmo 119:146: «Clamo a Ti; sálvame, y guardaré Tus testimonios». En resumen, el salmista clamaba para que Dios lo salvara. Suplicaba a Dios que lo librara de los impíos que rechazaban la ley del Señor. ¿Cuál era su propósito al buscar la salvación de Dios? Era poder guardar fielmente la palabra de Dios. Observemos la parte final de los versículos 145 y 146 del texto de hoy: «…guardaré Tus estatutos» (v. 145b) y «…guardaré Tus testimonios» (v. 146b). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «El propósito de un creyente al buscar la liberación de la aflicción no es vivir una larga vida en este mundo, sino guardar la palabra de Dios con mayor fidelidad». La razón por la que imploramos a Dios liberación es para observar mejor Su palabra. Debemos pedir a Dios la salvación teniendo en mente este propósito correcto.

En tercer lugar y finalmente, ¿cuándo debemos orar? (El momento de la oración)

En el Salmo 119:147, el salmista declara que clamó a Dios «antes del amanecer». Elevó una oración de tal urgencia y fervor que clamó a Dios antes de que despuntara el día. Esto refleja cuán profundamente anhelaba él la liberación del Señor (v. 146) y la palabra del Señor (v. 147). Con ese mismo fervor, debemos —al igual que Jesús— acudir a un lugar apartado de madrugada y clamar a Dios.

Debemos clamar al Señor con todo nuestro corazón. Debemos clamar confiando en la misericordia del Señor y conforme a Su palabra. Al clamar, debemos orar por la liberación del Señor. Debemos buscar de todo corazón la liberación del Señor para poder guardar la palabra de Dios con mayor fidelidad. Además, al igual que el salmista y Jesús, debemos clamar a Dios de madrugada. Al hacerlo, reconoceremos que el Señor está cerca de nosotros (v. 151) y nos sentiremos impulsados a confesar que todos sus mandamientos son verdad (v. 151). Así, nos mantendremos firmes en la palabra del Señor —nuestro fundamento eterno— y viviremos guardando dicha palabra.

"¡Oh Señor, avívame!"

[Salmo 119:153–160]

¿Es para usted una experiencia agradable o dolorosa mirar hacia atrás, al pasado? Parece que muchas personas sienten angustia en lugar de alegría al reflexionar sobre el pasado. A menudo, esto se debe a que albergan más recuerdos desagradables que felices. Quienes cargan con muchos recuerdos dolorosos tienden a reprimirlos en lo profundo de sus corazones, deseando evitar volver al pasado. Sin embargo, cuando surgen nuevos problemas en su vida presente, esos viejos y dolorosos recuerdos resurgen, sumiéndolos en una angustia y desesperación aún mayores. Atrapados en este ciclo de sufrimiento y abatimiento, pueden caer en una desesperación mayor —o incluso en la falta de esperanza— al enfrentarse a sí mismos, llenos de remordimientos, culpa persistente y resentimientos largamente guardados. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos protegernos de la desesperación.

En el pasaje de hoy —específicamente en la parte final de los versículos 154, 156 y 159 del Salmo 119— el salmista ora: "Avívame". Centrándome en estos versículos, quisiera meditar sobre el tema "¡Oh Señor, avívame!" y considerar dos formas de protegernos de la desesperación. Oro para que la gracia de Dios esté con todos nosotros.

En primer lugar, ¿qué es lo que nos hace caer en la desesperación?

Hay dos cosas.

(1) Lo que nos lleva a la desesperación es "mi aflicción".

Observemos el Salmo 119:153: "Mira mi aflicción y líbrame, porque no olvido tu ley". El sufrimiento que experimentó el salmista provino de manos de los "impíos" (v. 155), aquellos que lo perseguían, y de sus adversarios (v. 157). Él enfrentó persecución a causa de estas personas malvadas que no buscaban los estatutos del Señor (v. 155) y de estos individuos traicioneros que no guardaban la palabra del Señor (v. 158). Debido a la persecución de ellos, el salmista —quien buscaba los estatutos del Señor y guardaba Su palabra por amor— sufrió enormemente y corría el riesgo de caer en la desesperación. En esta situación, él suplicó al Señor tres veces, diciendo: "Vivifícame" (vv. 154, 156, 159).

(2) Lo que nos lleva a caer en la desesperación es el sentimiento de agravio.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:154: "Defiende mi causa y redímeme; vivifícame conforme a tu palabra". Cuando el salmista enfrentaba un sufrimiento injusto —oprimido por los impíos a pesar de no haber hecho nada malo—, acudía a Dios con su agravio. Nosotros también podemos caer en la desesperación al enfrentar injusticias. ¿Qué debemos hacer cuando sentimos tal desesperación?

En segundo lugar, ¿cómo podemos superar la desesperación?

Podemos superar la desesperación mediante la oración y la Palabra. Cuando el salmista sufría la persecución de los impíos, tenía dos opciones: permitir que el sufrimiento hundiera su alma en la desesperación, o entregarse más activamente a una vida centrada tanto en la Palabra como en la oración. El salmista eligió esto último; en medio de su sufrimiento, buscó la oración y la Palabra con mayor diligencia aún. Observemos sus oraciones: "Líbrame" (v. 153) y "Vivifícame" (vv. 154, 156, 159). En lugar de sucumbir a la desesperación en medio del sufrimiento, puso su mirada en el Señor y oró pidiendo liberación y vivificación. Además, aun en medio de la aflicción, no olvidó la ley del Señor (v. 153) ni se apartó de sus

testimonios (v. 157). Se aferró con más fuerza a la palabra del Señor. Así, el salmista clamó al Señor: "Vivifícame conforme a tu palabra" (v. 154) y "Vivifícame conforme a tus juicios" (v. 156). Para evitar caer en la desesperación en tiempos de sufrimiento, nosotros también debemos orar conforme a la palabra del Señor. En otras palabras, debemos aferrarnos a su palabra y presentarle nuestras peticiones con fe. Nuestros corazones deben ser guiados por la palabra del Señor y debemos permitir que ella nos gobierne; de lo contrario, caeremos fácilmente en la desesperación al enfrentar las adversidades. Podemos sentirnos desanimados ante el sufrimiento y las injusticias que encontramos en la vida. En esos momentos, debemos aferrarnos a la Palabra de Dios y orar al Señor. Confiando en Su amorosa bondad, debemos suplicar: «Avívame», conforme a Su Palabra. Al hacerlo, el Señor escuchará nuestras oraciones y avivará nuestros corazones. Él nos sacará de la desesperación, orientando nuestros corazones hacia la esperanza y el anhelo de Él, librándonos así del abatimiento. Además, nos rescatará de los malvados y de quienes nos persiguen. Oro para que tanto tú como yo experimentemos esta obra de salvación.

¡Obedezca los mandamientos de Dios!

[Salmo 119:161-168]

Si amamos a Dios, debemos obedecer sus mandamientos (Juan 14:21). Al obedecer los mandamientos de Dios, debemos guardarlos y ponerlos en práctica sin pasar por alto ni el más mínimo detalle (Mateo 5:19). En el pasaje de hoy, el Salmo 119:166, el salmista declara: «Señor, espero tu salvación y cumplo tus mandamientos». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre tres puntos bajo el título «¡Obedezca los mandamientos de Dios!»: (1) ¿Qué debemos hacer para obedecer los mandamientos de Dios? (2) ¿Cómo debemos obedecer los mandamientos de Dios? (3) ¿Cuál es el resultado de obedecer los mandamientos de Dios?

En primer lugar, ¿qué debemos hacer para obedecer los mandamientos de Dios?

El pasaje de hoy, Salmo 119:161-168, nos ofrece tres lecciones:

(1) Para obedecer los mandamientos de Dios, debemos reverenciar únicamente la palabra de Dios.

Observemos el Salmo 119:161: «Príncipes me persiguen sin causa, pero mi corazón siente reverencia ante tu palabra». Aun enfrentando una persecución injusta, el salmista no temía a los príncipes que lo perseguían; más bien, sentía reverencia únicamente ante la palabra del Señor. Cuando poseemos esta reverencia por la palabra del Señor, nosotros, al igual que el salmista, podemos obedecer los mandamientos de Dios. Sin tal reverencia, corremos el

riesgo de temer a quienes nos persiguen e inevitablemente caer en el pecado de desobediencia al no guardar los mandamientos de Dios.

(2) Para obedecer los mandamientos de Dios, debemos deleitarnos en la palabra del Señor. Miremos el texto de hoy, Salmo 119:162: «Me regocijo en tu palabra como quien halla un gran tesoro». El salmista no solo reverenciaba la palabra de Dios, sino que también se deleitaba en ella. Se regocijaba en la palabra de Dios tal como alguien se regocija al obtener un gran botín de guerra. Nosotros también debemos regocijarnos en la palabra de Dios en medio de nuestro sufrimiento, regocijándonos con la misma intensidad que alguien que ha conseguido un gran tesoro. Así como una persona se regocija por un botín obtenido sin esfuerzo ni mérito personal, debemos regocijarnos grandemente en la palabra prometida que se nos ha dado —un regalo que recibimos a pesar de no merecerlo—, incluso mientras sufrimos.

(3) Debemos amar la palabra del Señor para guardar los mandamientos de Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:163: «Aborrezco y detesto la falsedad, pero amo tu ley». Para guardar los mandamientos de Dios, debemos amar su palabra tal como lo hizo el salmista. Y para amar la palabra de Dios, debemos aborrecer y detestar la falsedad. No debemos tolerar ni la más mínima falsedad. Tolerar una mentira simplemente porque parece pequeña es prueba de que no amamos verdaderamente la palabra de Dios. Quienes aman la palabra de verdad aborrecen y detestan incluso la falsedad más pequeña; puesto que aman la palabra de Dios, obedecen sus mandamientos.

En segundo lugar, ¿cómo debemos guardar los mandamientos de Dios?

Observemos el Salmo 119:166: «Señor, espero tu salvación y cumplo tus mandamientos». El salmista guardaba los mandamientos de Dios mientras esperaba la salvación del Señor. En otras palabras, resulta contradictorio esperar la salvación sin guardar los mandamientos

de Dios. Si bien la salvación pertenece únicamente a Dios, existe un problema al orar por la salvación mientras se descuida la responsabilidad humana de obedecer su palabra. Debemos buscar la salvación en Dios al tiempo que cumplimos nuestra responsabilidad humana de obedecer su Palabra. Debemos poner en práctica los mandamientos de Dios mientras esperamos su liberación. Cuando lo hacemos, Dios nos rescata de nuestro sufrimiento.

En tercer lugar, ¿cuál es el resultado de obedecer los mandamientos de Dios?

Nos lleva a alabar al Señor. Observemos el texto de hoy, el Salmo 119:164: «Siete veces al día te alabo por tus justos juicios». El salmista alababa al Señor siete veces al día debido a sus justos juicios; en última instancia, fue al guardar los mandamientos de Dios que llegó a alabarlo. Aquellos que reverencian, se deleitan en y aman la Palabra de Dios alaban al Señor. Otro resultado de obedecer los mandamientos de Dios es hallar una gran paz en el corazón. Observemos el versículo 165: «Mucha paz tienen los que aman Tu ley, y nada los hace tropezar». Quienes aman la Palabra de Dios y viven en obediencia a ella hallan una gran paz interior.

Debemos obedecer los mandamientos de Dios. Debemos poner en práctica la Palabra de Dios aun en medio del sufrimiento. Debemos obedecer Su Palabra con reverencia, deleite y amor. Al obedecer, debemos buscar la salvación en Dios en medio de nuestras pruebas. Cuando lo hacemos, Dios nos concede una gran paz y nos lleva a alabar al Señor.

«Entonces alabaré al Señor»

[Salmo 119:169–176]

Dios es el objeto de nuestra alabanza (Deuteronomio 10:21; Jeremías 17:14). El propósito por el cual Dios nos creó como nuevas criaturas es «que proclamemos su alabanza» (Isaías 43:21). En el pasaje de hoy, el Salmo 119:175, el salmista declara: «Viva mi alma y te alabe, y que tus juicios me ayuden». Aquí, el salmista ora diciendo que, si el Señor concede vida a su alma, él alabará al Señor. Centrándome en este versículo y en el título «Entonces alabaré al Señor», deseo reflexionar sobre tres formas en que nuestras almas pueden cobrar vida verdaderamente y recibir la gracia que Dios provee. Es mi oración que nosotros —tanto usted como yo— podamos experimentar esta vida en nuestras almas y alabar al Señor.

En primer lugar, para que nuestras almas vivan, debemos ser personas de oración.

Observemos la primera parte de los versículos 169 y 170 del Salmo 119: «Llegue mi clamor a tu presencia, oh SEÑOR» (v. 169a) y «Llegue mi súplica a tu presencia» (v. 170a). Para asegurar que su alma viviera, el salmista oraba a Dios, buscando fervientemente su ayuda (vv. 173, 175). La ayuda que el salmista buscaba de Dios era doble: internamente, pedía entendimiento conforme a la palabra de Dios (v. 169) y, externamente, buscaba liberación (v. 170) o «tu salvación» (v. 174). En segundo lugar, para que nuestras almas vivan, debemos convertirnos en almas que se deleitan en la palabra del Señor.

Observemos el Salmo 119:174: «Anhelo tu salvación, oh SEÑOR, y tu ley es mi deleite». En una situación en la que necesitaba desesperadamente la ayuda de Dios, el salmista eligió

la palabra de Dios porque se deleitaba en ella. Luego, permitió ser guiado por esa palabra al presentar sus peticiones a Dios. Por consiguiente, él confiaba en que Dios lo libraría. En otras palabras, el salmista tenía la certeza de que recibiría ayuda (versículos 173, 175) y liberación (versículo 170) conforme a la palabra del Señor (versículo 170). Al igual que el salmista, nosotros también debemos poseer la seguridad de la salvación. Para ello, debemos dejarnos guiar por la palabra de Dios. Debemos ser instruidos por esa palabra (versículo 171) y debemos comprenderla y asimilarla (versículo 169). Debemos deleitarnos en la palabra de Dios (versículo 174).

Finalmente, para que nuestras almas vivan, debemos llegar a ser como una oveja perdida.

Observemos el Salmo 119:176: «Me he extraviado como oveja perdida; busca a tu siervo, porque no he olvidado tus mandamientos». Aquí, un alma como una oveja perdida se refiere a un alma que se reconoce a sí misma como pecadora. Es notable que el salmista confiese haberse extraviado como una oveja perdida, aun cuando no había olvidado los mandamientos del Señor (versículo 176). Esta confesión implica que no es que pequemos *a pesar* de recordar la palabra; más bien, como no olvidamos la palabra, nos examinamos constantemente a la luz de ella y, por tanto, no podemos negar que somos pecadores. Para que nuestras almas vivan, debemos cultivar el buen hábito —al igual que el salmista— de examinarnos continuamente a la luz de la Palabra de Dios, la cual mantenemos siempre presente. Al hacerlo, necesitamos la humildad para reconocer nuestro propio pecado y admitir ante Dios y su Palabra que somos pecadores. Cuando oramos a Dios con tal humildad, Él responde a nuestras oraciones.

Para alabar al Señor, nuestras almas deben estar vivas. Para que nuestras almas vivan, debemos orar a Dios y deleitarnos en su Palabra; es a través de la oración y de la Palabra de Dios que nuestras almas hallan vida. Además, para que nuestras almas vivan, debemos llegar a ser como una oveja perdida; es decir, debemos reconocer que somos pecadores.

Por ello, oro para que todos experimentemos esta vida en nuestras almas y alabemos a nuestro Señor.

«Aunque deseo la paz...»

[Salmo 120]

Últimamente, mi esposa y yo a menudo nos sorprendemos sonriendo gracias a nuestra hija menor, Ye-eun. Hace poco, mientras regresábamos de la iglesia en coche, Ye-eun preguntó qué era la «paciencia», así que le dije que paciencia significa esperar. Mi esposa, que iba sentada a mi lado, le explicó entonces a Ye-eun que la paciencia es «esperar con buena actitud». En ese momento, Ye-eun preguntó en tono de broma qué significaba «esperar con buena actitud»; cuando se lo deletreé letra por letra —«e-s-p-e-r-a-r c-o-n b-u-e-n-a a-c-t-i-t-u-d»—, ella simplemente respondió: «¡Madre mía!» (o *O-M-G* en inglés). Mi esposa y yo nos reímos mucho en aquel instante, y todavía sonrío cada vez que recuerdo ese momento. Más tarde, durante las vacaciones de Acción de Gracias de la semana pasada, regresábamos a casa desde la casa de mis suegros; ya casi habíamos llegado y, mientras Dylan y Yeri dormían, Ye-eun intentaba participar en la conversación que mi esposa y yo manteníamos. Nos pidió que adivináramos qué quería, dándonos una pista: la palabra empezaba por la letra «R». Cuando mi esposa preguntó si era algo de comer, Ye-eun dijo que no; era algo de beber. Me devané los sesos tratando de pensar en una bebida que empezara por «R». Recordé que, cuando era más pequeña, solía llamar al agua «manu» (una palabra que yo no lograba descifrar en absoluto), así que supuse que quería agua. Aunque sabía que «agua» no empezaba por «R», lo adiviné de todos modos, y ella gritó emocionada: «¡Tienes razón!». Mi esposa y yo simplemente nos reímos ante lo absurdo de la situación. Sin embargo, últimamente Ye-eun suele murmurar cosas para sí misma; ha estado memorizando el versículo «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres» (Lucas 2:14) y recitándonoslo con orgullo. Parece que está memorizando frases para una

obra que se representará en el culto de Nochebuena de la escuela dominical. Parece ser el versículo de Lucas 2:14: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a aquellos sobre quienes reposa su favor!». Últimamente, a menudo le digo a Yae-eun: «Formemos una familia feliz». Intento enseñarle que, para construir una familia feliz, no debemos quejarnos, llorar ni enfadarnos. Al pensar en nuestra iglesia, deseo ofrecer la misma exhortación: «Esforcémonos por construir una iglesia feliz». Entonces, ¿qué debemos hacer para lograrlo?

En el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 120:7, el salmista dice: «Yo busco la paz; pero cuando hablo, ellos buscan la guerra». Como creyentes en Jesús, naturalmente debemos desear la paz, tal como lo hizo el salmista. Cuando lo hacemos, nuestra iglesia puede convertirse en una iglesia feliz. Jesús dijo: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9). La Biblia nos identifica a usted y a mí como pacificadores. Por tanto, como hijos e hijas de Dios, debemos desear la paz y vivir una vida que la fomente. Sin embargo, ¿por qué vemos peleas y conflictos entre nosotros? ¿Por qué ocurren tales cosas dentro de la iglesia? El apóstol Santiago nos dice que la causa raíz reside en nuestro interior, proveniente de «los deseos que luchan en nuestro interior» (Santiago 4:1). Cuando surgen conflictos y discordias en la iglesia debido a estas pasiones beligerantes, la comunidad experimenta inevitablemente «desorden y toda clase de prácticas malvadas» (3:16). Por ello, el apóstol Santiago nos exhorta: «Pero si albergan envidia amarga y ambición egoísta en sus corazones, no se jacten de ello ni nieguen la verdad» (v. 14).

El salmista del pasaje de hoy, el Salmo 120, vivió durante mucho tiempo entre aquellos que odiaban la paz (v. 6); mientras él anhelaba la paz, quienes le rodeaban amaban la discordia y se deleitaban haciendo daño a los demás con mentiras (v. 5; Park Yun-sun). En consecuencia, sufrió profundamente. En medio de esta situación, vemos al salmista orando a Dios: «Invoqué en mi angustia al Señor, y él me respondió. ¡Líbrame, oh Señor, de los labios mentirosos y de la lengua engañosa!» (120:1-2). Nosotros también debemos elevar tales oraciones a Dios, tal como lo hizo el salmista. En este pasaje, el salmista sufría angustia y adversidad causadas por los labios mentirosos y las lenguas engañosas de aquellos que

aborrecían la paz (v. 6), y por ello oró para ser librado de ellos. Del mismo modo, cuando enfrentamos dificultades y dolor dentro de la iglesia debido a los labios mentirosos y las lenguas engañosas de quienes odian la paz, debemos orar a Dios —como hizo el salmista— para ser librados «de los labios mentirosos y de la lengua engañosa» (v. 2). Sin embargo, si descubrimos en nuestro interior deseos pecaminosos que aborrecen la paz, debemos refrenar nuestros labios —que de otro modo podrían pronunciar falsedades contra la verdad—, arrepentirnos de tales deseos y pedir fervientemente a Dios que nos libre de ellos. Al orar de esta manera, debemos guardarnos de tener «labios mentirosos y lengua engañosa» (v. 2). Como enseñó el apóstol Santiago, no debemos permitir que de la misma boca salgan «bendición y maldición» (Santiago 3:10). Si no guardamos nuestra lengua y —al igual que aquellos del pasaje que aborrecen la paz— utilizamos labios mentirosos y lenguas engañosas para perturbar la paz de la iglesia, el salmista declara: «¿Qué se te dará, o qué se te añadirá, oh lengua engañosa? ¡Agudas saetas de guerrero, con brasas de retama!» (120:3–4). Las Escrituras nos dicen que el Señor ejecutará juicio. Él declara que una calamidad repentina y fatal —como la aguda flecha de un guerrero que atraviesa el cuerpo— golpeará al dueño de tal lengua engañosa (Park Yun-sun). Además, la Biblia afirma que el Señor traerá sobre ellos un juicio semejante al fuego inextinguible de las brasas de retama que tocan el cuerpo (Park Yun-sun).

Por tanto, temiendo el juicio del Señor, no debemos perturbar la paz de la iglesia utilizando labios mentirosos y lenguas engañosas, tal como hacen aquellos que aborrecen la paz. Más bien, al igual que el salmista, debemos ser personas que buscan la paz. En otras palabras, debemos ser personas que aman la paz y que trabajan activamente por ella. Para ello, debemos orar a Dios. Si bien ciertamente debemos orar por los hermanos en la fe que se encuentran en conflicto, también debemos orar para ser librados de cualquier deseo interno de contender o pelear. En este proceso, debemos cuidar nuestros labios; no debemos pronunciar falsedades que contradigan la verdad. Además, así como Jesús es «nuestra paz» (Efesios 2:14), debemos proclamar la paz (versículo 17) y desempeñar fielmente el ministerio de la reconciliación (2 Corintios 5:18). Por tanto, oro para que todos glorifiquemos

a Dios y ganemos el reconocimiento de nuestro prójimo al mantener la unidad en medio de la diversidad de la iglesia.

Dios, mi ayudador

[Salmo 121]

El lunes pasado, durante una reunión de exalumnos del seminario, compartí una comida con un matrimonio misionero que sirve en China y sus cuatro hijos; después, escuchamos su informe misionero. Como tienen cuatro hijos varones, el pastor misionero se ocupaba de ellos mientras su esposa presentaba el informe; escuché su explicación y vi fotografías que mostraban su ministerio singular: específicamente, su labor de alcance a las trabajadoras sexuales. El pastor describió cómo viajaba diez horas en autobús y caminaba otras dos para llegar a un remoto valle montañoso y enseñar la Palabra; confesó que él mismo recibió gracia al presenciar la profunda hambre espiritual de la gente de aquel lugar. Tras el informe, al pedir nuestras oraciones, ella expresó su deseo de ser un canal de bendición; la vi derramar lágrimas de amor y preocupación por los pastores de iglesias pequeñas o recién fundadas. Si bien los informes misioneros suelen concluir con peticiones de apoyo económico, esta pareja habló más bien de su deseo de ayudarnos a *nosotros*, anhelando ser un canal de bendición para los pastores de iglesias pequeñas o nuevas durante su estancia aquí. Al verlos —personas que también tienen necesidades— desear ofrecer ayuda a otros, me conmovió la preciosidad y la belleza de su devoción y amor por el Señor. Sin embargo, aun con una actitud tan hermosa, hay momentos —ya sean ocasionales o frecuentes— en los que nosotros mismos necesitamos ayuda desesperadamente. ¿A quién debemos acudir en busca de ayuda en tales momentos? En el Salmo 121:1-2, el salmista confiesa: «Alzo los ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del SEÑOR, creador del cielo y de la tierra». Tras alzar la vista a los montes y reflexionar sobre la fuente de su ayuda, el salmista concluyó: «Mi ayuda viene del SEÑOR, creador del cielo y de

la tierra». Aquí, los «montes» simbolizan los poderes enormes e imponentes de este mundo (Park Yun-sun). El salmista había intentado encontrar ayuda en estos poderes mundanos, pero fracasó; fue entonces cuando comprendió que solo Dios era su Salvador y fuente de ayuda (Park Yun-sun). ¿A quién acudimos tú y yo en busca de ayuda cuando tenemos una necesidad desesperada? Al igual que el salmista, ¿acaso no dirigimos la mirada hacia otras personas o cosas —en lugar de hacia Dios— cuando preguntamos: «¿De dónde vendrá mi socorro?»? Poseemos un instinto pecaminoso que se resiste a depender totalmente de Dios para recibir ayuda, hasta que comprendemos plenamente nuestra propia impotencia. En consecuencia, a menudo buscamos auxilio mirando hacia los «montes» que Él creó, en vez de volvernos hacia el Dios Creador mismo. Sin embargo, tras no hallar ayuda verdadera en los «montes» del mundo y caer en el desánimo y la desesperación, la obra del Espíritu Santo nos guía a mirar al Creador Todopoderoso —quien hizo incluso esos montes— y a implorar finalmente la ayuda de Dios. Una vez recibido su auxilio, nos unimos al salmista al confesar: «Mi socorro viene del SEÑOR, que hizo los cielos y la tierra». Entonces, ¿cómo nos dice el texto de hoy que Dios —a quien el salmista reconoce como su ayudador— nos ayuda realmente a ti y a mí?

En primer lugar, Dios, que es nuestro ayudador, evita que tropecemos.

Observemos la primera parte del Salmo 121:3: «No dejará que resbale tu pie...». Esto significa que Dios, quien nos ayuda, impide que tú y yo nos desviemos de la verdad (Park Yun-sun). ¡Qué preciosa bendición y gracia de Dios es esta! Somos seres débiles que a menudo actuamos «como ovejas» que «se descarriaron» y «cada cual se apartó por su camino» (Isaías 53:6); sin embargo, Jesús —que es el Camino, la Verdad y la Vida— nos guarda de desviarnos de la senda de la verdad. ¡Qué inmensa bendición y gracia es esa!

Movido por la curiosidad sobre las razones por las que los jóvenes coreanos se desvían del buen camino, busqué información en internet y encontré los siguientes resultados de una encuesta que deseo compartir. Un equipo de investigación dirigido por los profesores Hong

Seong-do y Kim Ji-hye, del Departamento de Psiquiatría Infantil y Adolescente del Centro Médico Samsung, realizó una encuesta sobre conductas delictivas entre 431 estudiantes de secundaria y bachillerato de Seúl (224 chicos y 207 chicas). Revelaron que las causas principales de tal comportamiento diferían según el género: la «ansiedad y las emociones negativas» eran los factores principales en los chicos, mientras que una «autopercepción distorsionada» era la causa principal en las chicas. El equipo del profesor Hong explicó: «La razón por la que las causas de la conducta delictiva difieren entre los sexos es que los chicos a menudo incurren en actos delictivos temporales para aliviar emociones negativas como la ansiedad; en cambio, en las chicas, la autoevaluación negativa y los patrones de pensamiento se identificaron como los factores clave que impulsan dicho comportamiento» (Internet). Al reflexionar sobre los resultados de la encuesta —que señalan las «emociones negativas» (en los varones) y la «autoevaluación negativa» (en las mujeres) como causas de la delincuencia entre los adolescentes—, me pregunté qué es lo que nos lleva a nosotros, los cristianos que creemos en Jesús (nuestra Verdad) y le seguimos, a apartarnos también de la verdad. Creo que una de esas causas es una actitud negativa ante el sufrimiento que experimentan los justos. Mi razonamiento se basa en el Salmo 73, donde el salmista Asaf estuvo a punto de tropezar debido al contraste entre el sufrimiento de los justos y la prosperidad de los impíos. ¿Qué opinas? ¿Estás de acuerdo en que una actitud negativa hacia el sufrimiento de los justos es una razón por la que los cristianos se apartan de la verdad? Si es así, ¿cómo podemos cultivar una actitud positiva ante el sufrimiento? Encontré la respuesta en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». Si reconocemos que sufrir por Jesucristo es un acto de la gracia de Dios —y aprendemos a recibir y valorar esa gracia con gratitud—, no nos apartaremos de la verdad. Debemos orar por esto. Debemos pedirle a Dios que nos conceda la gracia de comprender que el sufrimiento es, de hecho, Su gracia y bendición, para que no nos alejemos de la verdad. Cuando oramos de esta manera, podemos hacerlo con la convicción de que Dios nos guarda de tropezar, tal como declara el salmista en el Salmo 121:3.

En segundo lugar, Dios, que es mi ayuda, vela por nosotros.

¿Cómo vela Dios por nosotros, entonces? (1) Dios vela por nosotros sin adormecerse ni dormir. Observemos la segunda parte del Salmo 121:3 y el versículo 4: «El que te guarda no se adormecerá; he aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel». Últimamente, mi hijo Dylan ha tenido miedo de dormir por las noches debido a las pesadillas. Por eso, le animé a leer la Biblia y a orar antes de acostarse. Cuando les contó a mi esposa y a mí, el domingo y el lunes por la noche, que había visto un gorila en sus sueños, ella lo consoló diciendo: «Mataremos a ese gorila; aquí tienes un pequeño globo lleno de una medicina que mata al gorila pero no te hace daño; sostenlo mientras duermes». Parece que durmió bien la noche del domingo después de aquello. Por mucho que amemos a Dylan, no podemos permanecer a su lado toda la noche con las manos sobre su cabeza, orando mientras él tiene pesadillas. ¿Cómo podríamos nosotros velar por nuestros hijos sin llegar a adormecernos jamás? Sin embargo, la Biblia nos dice claramente que nuestro Padre Celestial vela por ti y por mí sin adormecerse ni dormir. Pero, ¿cuál es el problema? Cuando la ayuda de Dios se demora o nuestras oraciones parecen no tener respuesta, a veces nos preguntamos si Dios se ha quedado dormido. En realidad, no obstante, Dios no duerme. Nuestro Dios ayuda al creyente que enfrenta adversidades en el momento que Él ha determinado. Por tanto, los creyentes deben aprender a ser pacientes.

(2) Dios se convierte en nuestra sombra, protegiéndonos de aquello que nos hace daño. Por favor, miremos el pasaje de hoy, Salmo 121:5-6: «Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche». Mientras meditaba ayer, durante el culto de oración de la madrugada, sobre la verdad de que «Dios es la sombra a mi mano derecha», vino a mi mente un pensamiento. Al imaginar lo que sucedería si el sol del desierto cayera implacable sobre mí, la verdad de que Dios actúa como mi sombra trajo un gran consuelo a mi corazón. Así como anhelamos la sombra de un gran árbol y buscamos refugio bajo ella durante el calor sofocante del pleno verano, hay momentos en los que —cansados y golpeados por las pruebas de este mundo— anhelamos

que Dios Padre sea nuestra sombra y deseamos acercarnos a Él. Al vivir en este mundo que es como un desierto, nos reconforta saber que, cuando fuerzas dañinas —como el sol abrasador durante el día o la luna por la noche— amenazan con hacernos daño, Dios permanece a nuestra derecha como nuestra sombra. El Dios que es nuestra sombra nos protege de los elementos nocivos de este mundo que arremeten contra nosotros. Él es el Dios que actúa como nuestro escudo; nos protege mientras avanzamos hacia las alturas, guardándonos de todos los peligros que acechan en este mundo desértico. Por ello, podemos hacer la misma confesión que David expresó en el Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento».

(3) Dios nos libra de todas las aflicciones.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 121:7: «El Señor te protegerá de todo mal; él cuidará tu vida». El Dios que nos ayuda es el Dios de la salvación; Él evita que tropecemos, nos protege y resguarda de todo peligro, y nos libra de todas las aflicciones. ¿No es interesante? Aunque Dios nos protege y vela por nosotros, lo cierto es que debemos atravesar «toda clase de dificultades». Podríamos pensar naturalmente que, si el Creador del cielo y de la tierra nos protege, no deberíamos enfrentar problema alguno; sin embargo, Dios nos cuida al tiempo que permite que experimentemos diversas pruebas, solo para librarnos de ellas. Esto me parece fascinante. Creo que, si bien Dios no permite que nos apartemos de la verdad, sí nos deja enfrentar aflicciones para refinarnos y llevarnos cada vez más cerca del lugar de su bendición.

La semana pasada me llevé una grata sorpresa mientras revisaba unos libros enviados desde Corea. Descubrí que uno de mis escritos devocionales (reflexiones para el tiempo a solas con Dios) había sido publicado en la edición de diciembre de un folleto devocional del ministerio «Precept». No sabía quién lo había enviado, pero al abrir el folleto casualmente, un pasaje me resultó familiar; al examinarlo con más detenimiento, encontré mi nombre y

el de mi iglesia allí. Jaja. Más tarde supe que una hermana de una iglesia en Corea —que trabaja en el equipo editorial de Precept— había tomado mi escrito, lo había resumido maravillosamente y lo había incluido en el folleto. Esta reflexión se centra en Oseas 2:14 y destaca cómo Dios, al disciplinar al pueblo de Israel, lo llevó al desierto para hablarle tiernamente al corazón. Resalta la verdad de que dicha disciplina no era un mero castigo, sino una bendición de Dios, revelando que el sufrimiento y las adversidades son, de hecho, bendiciones divinas. En efecto, las dificultades, adversidades y tribulaciones que enfrentamos son bendiciones de Dios. Aunque en el momento puedan resultar dolorosas, angustiosas y desgarradoras, son bendiciones que nos impiden apartarnos de la verdad y, por el contrario, profundizan nuestra fe. Además, nos brindan una oportunidad maravillosa para orar, recibir respuesta a esas oraciones y experimentar la gracia de la salvación. Así, podemos cantar el himno 383, "En medio de la tribulación y la persecución": "En medio de la tribulación y la persecución, los santos mantuvieron la fe; pensar en esta fe llena el corazón de gozo. Siguiendo la fe de los santos, permaneceré fiel hasta la muerte". Oro para que tales cantos de alabanza resuenen en sus vidas, aun en medio de sus propias circunstancias difíciles.

¿Quién guarda mi alma?

«El Señor te protegerá de todo mal; él cuidará tu vida» (Salmo 121:7).

Es el Señor Dios quien guarda nuestras almas (Salmo 121:5). Sin embargo, surge una pregunta: «¿Acaso no tengo ninguna responsabilidad en este asunto?». Un incidente relacionado con gasolina y un automóvil me recuerda esto. ¿Tendría sentido orar a Dios para llegar a la iglesia —mi destino— sin detenerme en una gasolinera, aun cuando al vehículo casi se le ha acabado el combustible? Sin duda, el automóvil se habría detenido a un lado del camino antes de llegar a la iglesia, tal como sucedió una vez cuando el vehículo de la congregación se quedó sin gasolina mientras yo me dirigía a la oración de la madrugada. Puede parecer sentido común, pero en nuestra vida de fe a menudo hacemos peticiones imprudentes a Dios sin cumplir con nuestras propias responsabilidades humanas.

Al reflexionar sobre el Salmo 121:7 —que habla de Dios guardando nuestras almas—, debemos hacernos una pregunta: si clamamos «¡Señor, guarda mi alma!» mientras nuestros depósitos de combustible espiritual están vacíos, ¿podemos afirmar con verdadera confianza que evitaremos caer en las tentaciones de Satanás y pecar contra Dios? Nuestra responsabilidad es hacer nuestra la Palabra de Dios (Salmo 119:56) viviendo una vida de obediencia a ella. Es nuestro deber guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones para no pecar (versículo 11). En resumen, para guardar nuestras almas, debemos asumir la responsabilidad de llenar nuestros depósitos de combustible espiritual hasta el tope. Así como un automóvil avisa cuando le queda poco combustible, debemos reconocer cuándo se agota nuestro combustible espiritual y reabastecerlo escuchando la voz de Dios en el desierto (Oseas 2:14).

Muchos cristianos hoy en día sirven a la iglesia mientras permanecen indefensos ante las fuerzas espirituales malignas de Satanás que buscan destruir nuestras almas. Podemos parecer firmes ante nuestros hermanos en la fe —manteniéndonos erguidos como un cedro— aun cuando por dentro estamos espiritualmente resecos. Somos como cristianos impulsados por la urgencia, obligados a seguir «conduciendo» mientras nuestras almas se marchitan por falta de combustible espiritual. ¿Por qué oramos a Dios y, sin embargo, no experimentamos la renovación de nuestras almas? ¿Por qué escuchamos innumerables sermones sin experimentar una renovación de nuestro combustible espiritual? ¿Por qué conocemos el mandato de amar, pero nos vemos incapaces de hacerlo? Se debe a que no damos prioridad a preservar nuestras almas ni nos esforzamos con todas nuestras fuerzas por alcanzar la plenitud de Cristo. No logramos proteger nuestras almas porque no aplicamos la Palabra de Dios —nuestro combustible espiritual— de una manera que la haga verdaderamente nuestra.

Al pedirle hoy a Dios que proteja nuestras almas, oremos también para llegar a ser corredores sabios en la carrera de la fe, acumulando una abundante reserva de combustible espiritual para que nosotros también podamos proteger nuestras propias almas.

Prosperan quienes aman a la iglesia.

[Salmo 122]

Philip Yancey escribió un libro titulado *Church: Why Bother?* (Iglesia: ¿Para qué molestarse?). En él, habla sobre la naturaleza de la comunidad eclesial: «El fundamento esencial de la comunidad cristiana —el amor reconciliador de Dios— trasciende todas las naciones, razas, clases, edades y géneros del mundo. La comunidad es lo primero; los conflictos y problemas que nos dividen ocupan un segundo lugar». Aunque personas diversas se reúnen en la comunidad de la iglesia, esta —como familia de Dios— debe buscar la unidad en medio de tal diversidad. «¡Qué hermosa resulta la iglesia cuando, a pesar de todas las diferencias, las personas se unen como una sola comunidad gracias a ese vínculo compartido!» (Yancey). Personalmente, sueño con una comunidad así de hermosa: una iglesia que preserve fielmente la unidad del Espíritu Santo en lugar de sucumbir a la división en medio de la diversidad.

En el Salmo 122:6, el salmista David declara: «Oren por la paz de Jerusalén: “Que vivan seguros los que te aman”». Aquí, «Jerusalén» simboliza a la iglesia (Park Yun-sun). En otras palabras, es un deseo de prosperidad para quienes aman a la iglesia. Ciertamente, quienes aman a la iglesia prosperan porque Dios está con ellos. Entonces, ¿qué hacen aquellos que aman a la iglesia? Extraigamos dos lecciones del pasaje de hoy.

En primer lugar, quienes aman a la iglesia se regocijan al ir a ella.

Observemos el Salmo 122:1: «Me alegré con los que me decían: "Vamos a la casa del Señor"». David se alegró ante la invitación de sus amigos a subir a la «casa del SEÑOR», es decir, al Templo de Dios en Jerusalén. ¿Cuál era la razón de esto?

(1) La primera razón era que «lo que antes había sido destruido, ahora estaba restaurado» (Park Yun-sun).

David se regocijó enormemente cuando el Templo de Jerusalén, que había sido destruido, fue reconstruido. Esta debería ser también nuestra alegría. Quienes aman a la iglesia «deben alegrarse profundamente cuando una iglesia caída se arrepiente y es hermosamente restaurada» (Park Yun-sun). ¿No es esto motivo de alegría para usted y para mí? ¿Ver una iglesia que había caído en la corrupción purificarse y renovarse mediante una verdadera reforma? ¡Qué alegría es ver a la iglesia —el cuerpo de Cristo— siendo edificada por el Señor y transformándose en una novia pura, bien preparada para recibir a Jesús, su Esposo!

(2) En segundo lugar, la razón por la que el salmista se alegraba de subir a la casa del Señor —el Templo de Dios— era su deseo de adorar a Dios con un corazón lleno de gratitud.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 122:4: «Allí suben las tribus, las tribus del Señor, conforme al testimonio dado a Israel, para dar gracias al nombre del Señor». Al contemplar la santa ciudad de Jerusalén, restaurada por la mano bondadosa de Dios (Nehemías 2:18), David deseaba subir a la casa de Dios con alegría y ofrecer una adoración llena de gratitud. Además, David se regocijaba y daba gracias a Dios porque la ciudad de Jerusalén —donde habitaba la presencia de Dios— estaba poblada (Salmo 122:3) y en ella se ejercía un gobierno justo (versículo 5) (Park Yun-sun).

Esta debería ser la actitud de nuestros corazones. Cuando experimentamos la obra del Señor de purificar y edificar la iglesia, debemos subir a la casa del Señor con alegría y deleitarnos en adorar a Dios con un corazón agradecido. Asimismo, a medida que el Señor

habita en la iglesia —su cuerpo— y obra un verdadero avivamiento, el crecimiento de la iglesia y un gobierno eclesiástico bíblico y correcto, debemos subir a la casa del Señor con gratitud y ofrecer nuestra adoración a Dios con alegría. Solo aquellos que aman a la iglesia y experimentan la obra que Dios realiza entre nosotros pueden subir a la casa del Señor para adorarle con alegría y un corazón agradecido. Al experimentar el gozo de la adoración, debemos amar aún más a la iglesia: el cuerpo de Cristo.

En segundo lugar, quienes aman a la iglesia buscan su paz y prosperidad.

Observemos el Salmo 122:6–8: «Pedid por la paz de Jerusalén: "Que vivan seguros los que te aman. Que haya paz dentro de tus muros y seguridad en tus fortalezas". Por amor a mi familia y a mis amigos, diré: "Que haya paz en ti"». Como alguien que amaba a Jerusalén, David pronunció una bendición sobre ella. Esa bendición era precisamente la «paz y prosperidad» de Jerusalén. Aquí, la «paz» se refiere tanto a la paz entre Dios y el hombre como a la paz entre las personas. En otras palabras, quienes amaban a Jerusalén oraban para que ella recibiera la bendición de la paz. Al buscar esta bendición de paz para Jerusalén, el salmista también anhelaba fervientemente la bendición de la prosperidad que proviene de Dios.

Si amamos a la iglesia, debemos bendecirla. Como personas que aman a la iglesia, debemos orar por su paz. La paz es una característica distintiva de la iglesia —el cuerpo de Cristo—, donde el Señor habita y a la cual Él edifica (Park Yun-sun). Debe haber paz espiritual dentro de la iglesia; esto implica paz no solo en nuestra relación con Dios, sino también entre los miembros de la congregación. En medio de esta paz, la iglesia —como cuerpo de Cristo— debe prosperar, pues el Señor está presente con nosotros como Emanuel.

Consideremos el himno 246, «Amo tu reino, oh Señor»; la letra de las estrofas 1 a 3 dice así: (Estrofa 1) «Amo tu reino, oh Señor, la casa de tu morada, la iglesia que nuestro bendito

Redentor salvó con su propia sangre preciosa»; (Estrofa 2) «¡Amo a tu iglesia, oh Dios! Sus muros ante ti están; amada como la niña de tus ojos y grabada en tu mano»; (Estrofa 3) «Por ella caerán mis lágrimas, por ella ascenderán mis oraciones; a ella dedicaré mis afanes y trabajos, hasta que cesen los trabajos y las penas». Como quienes amamos a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, debemos regocijarnos grandemente al ver cómo ella se transforma en una novia pura y sin mancha para Jesús, nuestro Esposo. Al presenciar la obra del Señor en la edificación de su iglesia, debemos acudir a su casa con alegría y ofrecer una adoración llena de gratitud. Además, debemos procurar la paz de la iglesia que amamos. Al buscar esta paz divina, debemos también procurar la paz en nuestras relaciones mutuas como hermanos y hermanas. Al hacerlo, debemos buscar bendiciones para nuestros hermanos y hermanas por el bien de la iglesia (versículo 9). Oro para que nuestra iglesia abunde en las bendiciones de la paz y la prosperidad de Dios.

Miremos únicamente al Señor

[Salmo 123]

En nuestra vida de fe, a menudo surgen momentos en los que no tenemos más remedio que acudir ante el Señor, postrarnos y clamar a Él. En tales instantes, al contemplar nuestras circunstancias, nos acercamos silenciosamente al Señor con el corazón agobiado por la opresión y la angustia, y elevamos nuestra voz a Dios. Mientras presentamos estas súplicas, el Espíritu Santo obra en nuestro interior, impulsándonos a derramar por completo nuestros corazones atribulados y cargados ante Dios Padre. El Espíritu Santo trae a nuestra memoria la Palabra de Dios, utilizándola para hacernos conscientes de nuestros pecados y guiarnos al arrepentimiento. En medio de esta obra del Espíritu Santo, debemos buscar el perdón de Dios por nuestros pecados. Además, el Espíritu Santo nos capacita para abrazar el corazón de Dios Padre y orar a Él con ese mismo sentir; también nos guía a buscar la voluntad del Señor. Por tanto, las situaciones dolorosas y difíciles de nuestra vida se convierten en oportunidades valiosas para mirar al Señor y elevar nuestras oraciones.

En el pasaje de hoy, el Salmo 123:2, vemos al salmista dirigiendo su mirada a Dios mientras afronta una situación angustiosa. ¿Cuál era la naturaleza de la angustia que experimentaba el salmista? Se trataba de una situación marcada por la burla y el desprecio (versículo 4). Aquí, la expresión «los que viven tranquilos» (o «los que reposan») se refiere a personas que viven en una complacencia despreocupada, sin reparar en las advertencias de Dios (Park Yun-sun). Tales personas son arrogantes y carecen de reverencia hacia Dios. En otras palabras, el salmista sufría porque era objeto de las burlas y el escarnio de estas personas «complacientes» y «arrogantes». Sin embargo, en medio de esta dolorosa situación,

mantuvo sus ojos fijos únicamente en el Señor. Hoy quisiera reflexionar sobre tres maneras en que el salmista miró al Señor en medio de su sufrimiento. Mi oración es que nosotros también aprendamos de esto y —manteniendo la mirada fija solo en el Señor— logremos superar nuestras propias circunstancias dolorosas mediante la gracia que Dios nos otorga.

En primer lugar, debemos alzar los ojos para mirar al Señor que habita en los cielos. Observemos el Salmo 123:1: «¡Oh Tú, que habitas en los cielos! A Ti alzo mis ojos». Mientras vivimos en esta tierra, inevitablemente nos enfrentaremos a innumerables adversidades y pruebas dolorosas. Como consecuencia, nuestros corazones pueden sentirse agobiados y fatigados. ¿Qué es, entonces, lo primero que debemos hacer? Debemos alzar los ojos hacia Dios, que está en el cielo. ¿Qué debemos hacer cuando afrontamos adversidades y obstáculos en esta tierra, mirando a nuestro alrededor sin hallar fuente de ayuda alguna? Debemos alzar los ojos hacia los montes (Salmo 121:1-2). La razón es que nuestra ayuda proviene del «Señor, que hizo los cielos y la tierra» (v. 2). No nos conformemos nunca con buscar ayuda únicamente en las cosas de esta tierra. Más bien, reconociendo que la salvación que proviene del Dios Altísimo es la única salvación verdadera, alcemos los ojos y anhelemos la liberación que viene de Dios, quien está en el cielo (Park Yun-sun).

Personalmente, encuentro fortaleza en Jonás 2:4: «Dije: "He sido arrojado de tu presencia; mas volveré a mirar hacia tu santo templo"». Aprecio profundamente este versículo porque me brinda consuelo y fortaleza cuando —al igual que Jonás— he desobedecido la palabra del Señor y he enfrentado la disciplina por mi pecado, sintiendo que mi alma se hunde en la desesperación, como si cayera en un profundo lodazal. En resumen, amo las palabras de Jonás 2:4 porque me impulsan a mirar al Señor «de nuevo», tal como Jonás miró «de nuevo» hacia el santo templo del Señor. En el pasaje de hoy, el Salmo 123, el salmista no fijó su mirada en las circunstancias dolorosas y difíciles que afrontaba. En lugar de centrarse en esa situación, alzó los ojos para contemplar a Dios, que está en el cielo. Al igual que el salmista, alcemos también nosotros los ojos en este momento para mirar al Señor en el cielo. Aunque nuestros ojos físicos vean adversidad y dificultad, que nuestros ojos

espirituales miren únicamente al Dios de salvación, quien es capaz de librarnos de esas circunstancias angustiosas. El Dios de nuestra salvación nos librará. El Dios justo someterá a aquellos que viven «en reposo» y a los «soberbios» que nos atormentan. Dios ciertamente nos ayudará y nos fortalecerá. En segundo lugar, debemos mirar al Señor con actitud de siervo.

Observemos el Salmo 123:2: «Como los ojos de los siervos miran a la mano de su señor, como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran al SEÑOR nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros». ¿Qué significa mirar al Señor «como los ojos de los siervos miran a la mano de su señor»? Implica que el salmista consideraba el acto de mirar al Señor como un llamado divino: un *cheonjik* (Park Yun-sun). ¿Qué es un *cheonjik*? Se refiere a una misión en la tierra otorgada por el cielo. ¿Consideramos usted y yo que mirar al Señor es nuestro llamado divino? Ciertamente, así es. La misión que Dios, desde el cielo, nos ha encomendado mientras vivimos en esta tierra es mirar al Señor. ¿Cuál debe ser, entonces, la actitud de un siervo que abraza esta misión —mirar al Señor— incluso mientras soporta la burla y el desprecio de los soberbios? Debemos ser humildes. Aquellos que consideran mirar al Señor como su llamado sagrado y mantienen una actitud de siervo no murmuran diciendo que su salvación se demora cuando lo miran con anhelo en medio de circunstancias dolorosas. De hecho, ni siquiera saben cómo murmurar (Park Yun-sun). Es más, aunque el Señor no salvara a un siervo como yo, seguiría sirviéndole simplemente manteniendo mis ojos fijos en Él. Un siervo reconoce la soberanía del Señor. ¿Cómo podría un siervo atreverse a plantear objeciones o expresar quejas sobre las obras soberanas del Señor?

Mientras vivimos en esta tierra, debemos avanzar hacia las alturas, manteniendo la mirada fija únicamente en el Señor. La Biblia enseña que esta es la actitud correcta para nosotros: los siervos del Señor. Mientras vivimos aquí, debemos mirar a Dios —nuestro Señor— reconociendo que sufrir por su causa es una parte esencial de la gracia. Especialmente cuando nuestras almas se ven abrumadas por la burla y el desprecio de los que viven «en

calma» y de los «soberbios», tal como experimentó el salmista, debemos confiar en la mano poderosa del Señor. Su poderosa diestra tomará la nuestra y nos sacará del profundo cieno. Él es nuestro único Salvador. En tiempos así, no nos quejemos de que la salvación del Señor tarda en llegar; más bien, avancemos con paciencia, mirando hacia Él con fe.

En tercer y último lugar, debemos mirar al Señor hasta que Él nos muestre su misericordia. Observemos la segunda parte del Salmo 123:2 y el versículo 3: «... nuestros ojos miran al SEÑOR nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. Ten misericordia de nosotros, oh SEÑOR, ten misericordia de nosotros, pues estamos hartos del desprecio». El salmista no dejó de mirar al Señor ni de orar hasta que Dios le concedió misericordia (y gracia). Mientras que la Biblia coreana dice «esperamos a que tengas misericordia de nosotros», la versión inglesa NASB traduce: «Hasta que Él tenga gracia con nosotros». En otras palabras, el salmista decidió no dejar de mirar a Dios hasta que Él le otorgara gracia. Este pasaje nos recuerda la determinación de Jacob al luchar con el ángel en Génesis 32:25: «No te dejaré ir si no me bendices». El salmista persistió en mirar al Señor y orar hasta que el Señor le concedió misericordia y gracia. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Por eso, él clama a Dios. Así, la oración es el arma del santo. Mediante la oración, él supera todo obstáculo. Si bien la oración puede cambiar las circunstancias de uno, incluso si estas no cambian, el corazón de quien ora se transforma, capacitándolo para soportar y superar todas las dificultades» (Park Yun-sun). Al mirar al Señor y orar, sucede una de dos cosas: o cambia la situación dolorosa que enfrento, o yo —quien ora— soy transformado y capacitado para superar dicha situación. Cuando oramos al Señor en tiempos difíciles, debemos buscar incesantemente la misericordia y la gracia de Dios, teniendo presentes cuatro cosas (Park Yun-sun): (1) Debemos recordar que encontrarnos en una situación tan difícil ha sido ordenado por el Señor; (2) debemos recordar que Dios nos da la fortaleza para soportarla; (3) debemos recordar que Dios convierte incluso tales situaciones en una bendición para nosotros; y (4) debemos recordar que, al final, Dios nos guía para salir de esa situación. Es probable que conozcas la canción góspel "Fix Your Eyes Only on the Lord" (Ju-man Baraboljira). La letra dice así:

(Estrofa 1) "Tú que anhelas el amor de Dios, tú que buscas la paz de Dios: comprende cuán profundamente te ama el Señor, quien creó todo lo que eres."

(Estrofa 2) "Tú que ofreces alabanza y adoración a Dios, tú que buscas reflejar Su bondad: el Señor, quien creó todo lo que eres, te ha hecho hijo Suyo."

(Estribillo) "Dios te cuida en todo momento con ojos de amor e inclina siempre hacia ti Su oído misericordioso; Él hace brillar una luz intensa en la oscuridad y responde incluso a tu suspiro más tenue. Así que, dondequiera que estés, vuélvete hacia el Señor y fija tus ojos únicamente en Él."

Alcemos los ojos y miremos al Señor en el cielo. Confiemos humildemente en su poderosa diestra y clamemos a Él. Supliquemos fervientemente a Dios hasta que nos muestre misericordia y nos libre de nuestras angustiosas circunstancias.

Si Dios no hubiera estado de nuestra parte

[Salmo 124]

¿Qué pensamientos acuden a su mente al recordar el pasado? A menudo, al reflexionar sobre los días transcurridos, sentimos nostalgia y pensamos: «Aquellos fueron buenos tiempos...». Esta nostalgia suele intensificarse cuando atravesamos circunstancias difíciles o adversas. Si viviéramos una vida tranquila en este momento, ¿qué pensaríamos al mirar atrás? ¿Recordaríamos verdaderamente la gracia que Dios nos otorgó en tiempos de sufrimiento pasados y le daríamos gracias por ella? Si pudiéramos rememorar la abundante gracia que Dios nos ha mostrado en el pasado, seríamos capaces de buscar su ayuda incluso en medio de nuestras dificultades y dolores actuales. Sin embargo, con demasiada frecuencia vivimos olvidando la abundante gracia que Dios ya ha derramado sobre nosotros. En consecuencia, al enfrentar la adversidad, a menudo no acudimos al Señor y nos vemos incapaces de salir de nuestras situaciones difíciles. Solo más tarde reflexionamos sobre la gracia que Dios nos mostró entonces, volvemos la mirada hacia el Señor y nos arrodillamos en oración. Regresamos a la casa del Señor buscando su ayuda con un corazón que anhela su gracia. Y en oración aguardamos —con fe y humildad— que Dios nos libre de las dolorosas circunstancias que enfrentamos. Mientras esperamos, Dios responde a nuestras oraciones, nos libra prontamente y revela su gloria. Tras experimentar tal gracia salvadora de Dios, deberíamos detenernos a reflexionar: «¿Dónde estaría yo ahora si Dios no me hubiera mostrado su gracia en aquel entonces?» o «¿Qué habría sido de mí si Dios no me hubiera ayudado en aquel momento?». En el Salmo 124:1-2, el salmista insta al pueblo de Israel —mientras asciende al templo— a plantearse una pregunta concreta: «Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte...». Los anima a recordar la gracia que Dios mostró en el

pasado al permanecer junto a ellos y librarlos cuando enfrentaban una opresión injusta. Parece ser parte de la naturaleza humana recibir la ayuda de Dios en momentos de peligro y, sin embargo, no reconocerla, mostrando a menudo ingratitud (Park Yun-sun). Al reflexionar sobre por qué albergamos tales tendencias de ingratitud, creo que la causa raíz reside en nuestros corazones desagradecidos, que olvidan con demasiada rapidez la abundante gracia que Dios nos ha otorgado. Por supuesto, cuando somos rescatados de las dificultades y la adversidad, damos gracias a Dios reconociendo que Él ha respondido a nuestras oraciones; sin embargo, el problema es que nuestra gratitud suele ser efímera. Deberíamos vivir con un corazón constantemente agradecido hacia Dios; no obstante, cuando nuevas olas de adversidad y dificultad irrumpen sobre nosotros, tendemos a buscarle no por gratitud, sino simplemente por el deseo de escapar de nuestras circunstancias agobiantes. Con demasiada frecuencia, no logramos mirar con fe hacia la gracia que Dios provee en medio de esas mismas pruebas.

Hoy, el salmista nos ofrece este mismo consejo. Insta no solo al pueblo de Israel, sino también a ti y a mí, a plantearnos esa misma pregunta: «Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte…». ¿Qué dice el salmista que habría sucedido si Dios no hubiera estado con el pueblo de Israel en tiempos de peligro —es decir, si Dios no hubiera estado de su lado cuando sus enemigos se levantaron contra ellos (versículo 2)? Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 124:3–5: «Entonces su ira se habría encendido contra nosotros y nos habría devorado vivos; entonces las aguas nos habrían anegado, y el torrente habría pasado sobre nuestras almas; entonces las aguas impetuosas habrían pasado sobre nuestras almas». Él afirma que, si Dios no hubiera estado con el pueblo de Israel, ellos «nos habrían devorado vivos» (v. 3), «nos habrían arrastrado» (v. 4) y «habrían ahogado nuestras almas» (vv. 4–5). Estas palabras «ilustran una situación desesperada en medio de una tribulación extrema» (Park Yun-sun). En otras palabras, el salmista nos insta a recordar cómo, en el pasado, cuando el pueblo de Israel clamaba a Dios al enfrentarse a una tribulación extrema y reconocer su propia impotencia, Dios estuvo de su lado, los ayudó y los libró.

Este mensaje se aplica también a nuestra iglesia, pues la iglesia es el verdadero Israel. Dado que el Señor —la Cabeza de la iglesia— está de parte de la iglesia, recibimos su ayuda y liberación, sin importar las tribulaciones o persecuciones que enfrentemos. El Señor permanece junto a la iglesia, que es su cuerpo, protegiéndola y preservándola. Por tanto, ¿cómo debemos responder al reflexionar sobre la gracia del Señor Emanuel, quien siempre está con nosotros? Debemos dar gracias a Dios y alabarlo. Observemos el versículo 6 del pasaje de hoy: «¡Bendito sea el Señor, que no permitió que fuéramos despedazados por sus dientes!». ¿Por qué insta el salmista al pueblo de Israel a alabar a Dios? Explica la razón de la siguiente manera: «Hemos escapado como un ave de la trampa del cazador; la trampa se rompió y hemos escapado» (v. 7). Exhorta a Israel a alabar a Dios porque Él los libró de sus crueles enemigos y les concedió la libertad. Nosotros también tenemos motivos para alabar a Dios eternamente. La razón es que Dios nos redimió haciendo de su Hijo unigénito, Jesús, el sacrificio expiatorio por nuestros pecados (Isaías 43:1; 1 Juan 2:2). Además, Dios nos ha concedido libertad eterna: la liberación del pecado. Al reflexionar sobre esta gracia, no podemos sino alabar la majestad y la grandeza del Señor hasta nuestro último aliento.

En el pasaje de hoy, el Salmo 124:8, el salmista concluye con esta confesión: «Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra». El Dios que está de nuestra parte es el Dios que es nuestro auxilio. El Dios que nos ayuda es el Dios de salvación que libró a su iglesia del enemigo —el diablo— y de sus fuerzas. Tal como un ave escapa de la trampa del cazador (v. 7), Él aseguró nuestra salvación y libertad eterna al permitir que Jesucristo muriera en la cruz. Por consiguiente, debemos ofrecer alabanza a Dios. Debemos alabar la majestad y la grandeza del Señor hasta nuestro último aliento; es más, por toda la eternidad.

Aquellos que confían en Dios

[Salmo 125]

En una ocasión, reflexioné sobre quiénes son las personas más felices del mundo, basándome en el pasaje de Romanos 4:1–8. La Biblia declara que las personas más felices del mundo son aquellas —pecadores sin obras ni méritos propios— que son declaradas justas por Dios mediante la fe en Jesucristo, únicamente por Su gracia. ¿Cuál es, entonces, la naturaleza de la felicidad que compartimos tú y yo, nosotros a quienes Dios considera justos sin mérito alguno de nuestra parte? Observemos Romanos 4:7–8: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos; bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de pecado». En resumen, nuestra felicidad radica en el hecho de que todos nuestros pecados han sido perdonados. ¿Qué clase de pecados han sido perdonados en Jesucristo? Hemos recibido perdón en Jesucristo por todos los actos de rebelión cometidos abiertamente [«iniquidades» (v. 7)]; por todos los pecados cometidos por debilidad —actos que no alcanzan la voluntad de Dios [«pecados» (v. 7)]—; y por todas las transgresiones éticas que se desvían del camino justo de la vida [«pecado» (v. 8)] (Park Yun-sun). Hemos recibido perdón; todos nuestros pecados han sido eliminados [«perdonados» (v. 7) y «cubiertos» (v. 7)], y Dios los ha borrado, sin tomarlos ya más en cuenta contra nosotros [«no culpa de pecado» (v. 8)]. Mediante la preciosa sangre que Jesús derramó en la cruz, todos nuestros pecados han sido eliminados. Todos nuestros pecados han sido cubiertos. Dios ha borrado cada uno de nuestros pecados. Por tanto, la Biblia declara que la persona más feliz del mundo es aquella que, por la gracia absoluta de Dios, cree en Jesucristo y ha recibido el perdón de todos sus pecados a través de la preciosa sangre que Él derramó en la cruz.

¿Eres feliz? Una característica de la persona feliz se refleja en el estribillo del himno 342, «Al andar con el Señor»: «Al pasar los días, Él es todo en quien confío; pase lo que pase, confío en Jesús». Si bien los niños suelen esforzarse por independizarse de sus padres y hacer las cosas por sí mismos a medida que crecen, aquellos de nosotros que creemos en Jesús —a medida que maduramos en la fe— no nos independizamos de Dios; más bien, llegamos a depender cada vez más de Él. Las personas felices, en particular, se apoyan más en Dios al enfrentar dificultades, reconociendo cuán débil y pequeña es su propia fe. Así, la persona feliz busca la ayuda de Dios durante los momentos más oscuros y peligrosos de la vida. ¿Estás disfrutando de la felicidad de depender cada vez más de Dios a medida que pasan los años?

En la lectura bíblica de hoy, el Salmo 125:1, el salmista declara: «Los que confían en el SEÑOR son como el monte Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre». En otras palabras, el mensaje es que aquellos que confían en Dios permanecerán inquebrantables para siempre, como el monte Sion. Una «montaña» es símbolo de «inmovilidad y reposo» (Park Yun-sun). Al igual que una montaña, quienes confían en Dios permanecerán firmes e inamovibles en medio de cualquier tribulación o adversidad, y disfrutarán eternamente de la paz y el reposo que Dios provee. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede uno disfrutar de paz y reposo —manteniéndose firme como una montaña— en este mundo pecaminoso, donde abundan las preocupaciones, las adversidades e incluso la amenaza de la muerte? Es porque Dios protege a quienes confían en Él. Mira el versículo 2: «Como los montes rodean a Jerusalén, así el SEÑOR rodea a su pueblo desde ahora y para siempre». Geográficamente, se dice que Jerusalén está rodeada por muchas montañas (Park Yun-sun). Tal como estas numerosas montañas rodean a Jerusalén, Dios rodea a quienes confían en Él. Al igual que las montañas —con su postura inamovible— rodean a Jerusalén desde cerca y desde lejos, Dios protege y guarda firmemente a quienes confían en Él. Por lo tanto, aquellos que confían en Dios permanecen en Su presencia para siempre y reciben Su protección eterna.

Sin embargo, hay algo que debemos tener en cuenta aquí: incluso aquellos que confían en Dios y viven bajo Su protección pueden enfrentar experiencias dolorosas. Mira el versículo 3 del Salmo 125, nuestro texto de hoy: «El cetro de los impíos no reposará sobre la tierra asignada a los justos, no sea que los justos extiendan sus manos para hacer el mal». A veces, Dios otorga autoridad a los impíos para afligir a los justos (los santos), despertándolos así a la vigilancia (Park Yun-sun). En otras palabras, esto significa que, incluso en la vida de quienes confían en Dios, pueden surgir situaciones dolorosas provocadas por los impíos. Me pregunto por qué Dios permite tales cosas en la vida de aquellos que dependemos de Él. La razón es despertarnos. Algunos podrían decir también que Dios permite tal sufrimiento para refinarnos. Creo que el motivo reside en la voluntad buena, agradable y perfecta de Dios de llevarnos a depender aún más de Él. Dicho de otro modo, cuando vivimos confiando en Dios, el dolor y las adversidades que enfrentamos a causa de los impíos hacen, en realidad, que dependamos todavía más de Él. Por consiguiente, cuanto mayores son las adversidades y dificultades, con más fervor clamamos a Dios.

Entonces, ¿cuáles son las peticiones de oración de quienes confían en Dios? El salmista expone dos de estas peticiones en los versículos 4 y 5 del pasaje de hoy.

La primera petición de oración se registra en el Salmo 125:4: «Haz bien, oh SEÑOR, a los que son buenos, y a los rectos de corazón». Aquí, los términos «buenos» o «rectos de corazón» se refieren a «aquellos que —sin engaño— confían sinceramente en Dios y se esfuerzan por alcanzar la justicia; en otras palabras, los santos» (Park Yun-sun). En resumen, este pasaje nos enseña que, como santos, debemos confiar sinceramente en Dios y buscar la justicia. Si somos verdaderos creyentes, viviremos dependiendo de Dios. Y si realmente dependemos de Él, nos esforzaremos por la justicia mientras confiamos en Él con sinceridad y sin engaño. ¿Cómo podría Dios hacer oídos sordos a las oraciones elevadas a Él en medio de una vida tan virtuosa? Lo que debemos comprender aquí es que, si bien el contenido de la oración es importante, la persona que ora es aún más significativa. Si alguien afirma confiar en Dios y le ora, pero no vive una vida agradable a sus ojos, es

inevitable cuestionarse cómo podría Dios responder a las oraciones de tal persona. Quienes confían en Dios y le piden que muestre su bondad son rectos de corazón; son sinceros. Son personas que conocen la buena voluntad de Dios y se esfuerzan por cumplirla. Cuando tales personas rectas y virtuosas oran diciendo «haznos bien», lo hacen con una fe firme en las palabras de Romanos 8:28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados».

La segunda petición de oración se registra en el versículo 5 del texto de hoy: «En cuanto a los que se desvían hacia sus propios caminos torcidos, el Señor los apartará junto con los obreros de iniquidad. ¡Paz sea sobre Israel!». Aquí, la expresión «los que se desvían hacia sus propios caminos torcidos» se refiere a los «apóstatas que se apartan de la verdad de Dios» (Park Yun-sun). Esto significa que Dios tratará a tales apóstatas tal como trata a los incrédulos impenitentes: a «los que practican el mal». Su destino es la destrucción. Al orar, confiando en Dios y pidiéndole que muestre bondad a los rectos de corazón, el salmista también pidió a Dios que tratara a estos apóstatas —aquellos que han abandonado la verdad— agrupándolos con los malhechores impenitentes. En medio de esto, oró para que hubiera paz sobre Israel.

En estos tiempos, cuando la vida se ha vuelto cada vez más difícil debido a la crisis económica, debemos confiar en Dios más que nunca. Si hemos quebrantado la enseñanza de Jesús en Mateo 6:24 —que no se puede servir a Dios y al dinero a la vez— al esforzarnos más por obtener riquezas que por buscar a Dios, debemos confesar nuestro pecado y arrepentirnos. Debemos dejar de depender de las posesiones materiales y depositar nuestra confianza plenamente en Dios. Debemos ser rectos y sinceros de corazón. Además, debemos esforzarnos por discernir la buena voluntad de Dios y cumplirla. Al hacerlo, debemos pedirle a Dios que nos muestre su bondad. Cuando actuamos así, podemos permanecer firmes e inquebrantables; Dios protegerá y preservará a quienes confían en Él.

«Fue como un sueño»

[Salmo 126]

El viernes pasado, alrededor de las 4:20 de la madrugada, desperté tras haber soltado una carcajada mientras dormía. En el sueño, me había encontrado con el difunto pastor Kim Chang-hyuk; conversábamos alegremente y bromeábamos juntos cuando estallé en risas, solo para despertar y darme cuenta de que todo había sido un sueño. Había pasado cerca de un año desde que él partió de este mundo, así que me llenó de alegría verlo, aunque fuera en sueños. Si aquello hubiera sido realidad en lugar de un sueño, ¿lo habrían creído? Nadie lo habría creído en absoluto. Soy consciente de que ya no puedo ver al pastor en este mundo; no abrigo la esperanza de volver a verlo en esta vida. Solo cuando yo también deje este mundo y me presente ante el Señor volveré a encontrarme con él en el cielo; esa es la esperanza que poseo. Sin embargo, si Dios resucitara al pastor y lo enviara a mí —si pudiera volver a encontrarme con él en este mundo—, quedaría absolutamente atónito ante un acontecimiento tan increíble. Me pellizcaría, preguntándome si estaba despierto o soñando. ¿Qué clase de milagro —algo casi demasiado increíble para creerlo— espera usted que suceda en su propia vida? En otras palabras, ¿cuál es esa esperanza ferviente con la que sueña? En el Salmo 126:1, el salmista confiesa: «Fue como un sueño». ¿Qué acontecimiento increíble del pasado le llevó a decir esto? Ese suceso increíble y milagroso fue el hecho de que Dios trajo al pueblo de Israel de vuelta a la tierra de Judá desde su cautiverio en Babilonia (Park Yun-sun). Al reflexionar sobre este gran acto de salvación divina, tanto el salmista como los israelitas que regresaban lo consideraban casi imposible de creer. Pensemos en su situación: durante el cautiverio, habían anhelado y suplicado la salvación de Dios en medio del dolor y las lágrimas (versículos 5 y 6), sintiéndose a menudo frustrados

y desesperanzados al ver que la respuesta a sus oraciones parecía demorarse. Entonces, mediante el dramático acto de liberación de Dios, fueron liberados del cautiverio y puestos en libertad. ¡Qué increíble y milagroso debió parecerles aquello! Por ello, al mirar atrás y recordar esa historia de la salvación de Dios, el salmista confiesa: «Fue como un sueño». El mes pasado, mientras observaba la investidura de Barack Obama —el primer presidente negro de los Estados Unidos—, vi a muchas mujeres negras de edad avanzada derramar lágrimas. Estoy seguro de que ellas, al igual que muchos otros ciudadanos negros, sentían como si estuvieran soñando. Había ocurrido un acontecimiento que antes resultaba inimaginable e increíble. En los tiempos en que las personas negras servían a amos blancos y vivían como esclavos, ¿quién —ya fuera negro o blanco— se habría atrevido a soñar que una persona negra pudiera llegar a ser presidente? Ni siquiera hace falta remontarse a la época de la esclavitud; incluso en la década de 1960, creo que nadie se habría atrevido a soñar que una persona negra pudiera llegar a ser presidente. Sin embargo, durante la investidura del presidente Obama el mes pasado... me di cuenta de que muchas personas negras creen que el discurso «Tengo un sueño» —pronunciado por el Dr. Martin Luther King Jr. ante una multitud de 250.000 personas en el Monumento a Lincoln en Washington D. C., el 28 de agosto de 1963— se ha hecho realidad. Al dirigirse a aquella inmensa multitud, el Dr. King habló del sueño que albergaba: «Un día, en las colinas rojas de Georgia, los hijos de antiguos esclavos y los hijos de antiguos propietarios de esclavos podrán sentarse juntos a la mesa de la hermandad». «Es un sueño de que un día los racistas de Alabama se aparten, y mi joven hijo y mi hija vivan allí de la mano con los hijos e hijas de los blancos como hermanos y hermanas» (Internet). Miremos a los Estados Unidos hoy en día. No solo se ha hecho realidad el sueño del Dr. King, sino que ver a un hombre negro convertirse en presidente de los Estados Unidos —un acontecimiento que debe parecer un sueño increíble, especialmente para la población negra— nos muestra la realidad de esa visión. Ahora, nosotros, los asiáticos, también podemos soñar. ¿Quién puede decir que no surja un presidente asiático durante la época de mis hijos? En el texto de hoy, el Salmo 126, el salmista recuerda un acontecimiento que parecía un sueño —el regreso a la tierra de Judá desde el cautiverio babilónico mediante el gran acto de salvación de Dios— y dice lo

siguiente: «Entonces nuestra boca se llenó de risa, y nuestra lengua de cantos de alegría. Entonces se decía entre las naciones: "El Señor ha hecho grandes cosas por ellos". El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros, y estamos llenos de alegría» (versículos 2-3). Al reflexionar sobre aquel suceso que parecía un sueño, se sumergió en la risa y el gozo que colmaron aquel momento. Recordó cómo, cuando Dios realizó aquella gran obra (versículo 3), el pueblo alabó a Dios al unísono, regocijándose por la salvación que Él había otorgado. El salmista nos recuerda que, al alabar a Dios por esta gran gracia de salvación, incluso los gentiles de otras naciones oyeron la noticia y reconocieron: «El Señor ha hecho grandes cosas por ellos [el pueblo de Israel]» (versículo 2). En medio de esto, podemos verlo orar por sus compatriotas que aún permanecían en tierras extranjeras y no habían regresado a la tierra de Judá. (Park Yun-sun): «Haz volver nuestra cautividad, oh SEÑOR, como los arroyos del sur» (v. 4). La frase «como los arroyos del sur» expresa la oración del salmista para que todo el pueblo cautivo de Israel regresara a casa, tal como esos arroyos se desbordan de agua durante la temporada de lluvias (Park Yun-sun). En medio de esta oración, el salmista albergaba la certeza de que sería respondida. Podemos verlo en los versículos 5 y 6 del texto: «Los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán; el que va llorando, llevando la semilla para la siembra, sin duda volverá con alegría, trayendo sus gavillas consigo». Al orar por sus compatriotas israelitas que permanecían cautivos, el salmista —aunque derramaba lágrimas en medio de aquel doloroso exilio— confiaba en que Dios salvaría a los cautivos restantes y los traería de vuelta a la tierra de Judá con alegría, tal como había realizado anteriormente una gran obra de salvación al liberar al pueblo de la esclavitud y restaurarlo en su patria.

Amados, cuando oramos con lágrimas, sin duda llegará un día de alegre alabanza a Dios. Acontecimientos que parecen un sueño se desarrollarán en nuestras vidas. Esto se debe a que nuestro Dios es capaz de hacer realidad incluso aquello que parece un sueño, conforme a su voluntad. Él es el Dios que ve las lágrimas derramadas en nuestras oraciones y las responde. Él es el Dios que escucha nuestras súplicas fervientes y realiza grandes obras de salvación. Nuestro Dios es quien transforma nuestra tristeza en danza; Él nos concede la

salvación y nos lleva a regocijarnos y a cantar sus alabanzas. Que todos seamos personas que miren con fe a este Dios de salvación y sueñen grandes sueños.

Es en vano, a menos que el Señor la edifique.

[Salmo 127]

En la oración de Moisés registrada en el Salmo 90, está escrito: «Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y si en virtud de fortaleza llegan a ochenta, su orgullo no es más que trabajo y pesar; pues pronto se cortan, y volamos». Al reflexionar sobre estas palabras —que una vida de setenta u ochenta años equivale a poco más que fatiga y dolor—, medité también en las palabras de Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Eclesiastés 1:2). La vida pasa tan rápidamente; es demasiado breve para dedicar toda nuestra existencia a un mundo de fatiga y dolor, ocupándonos solo en actividades que, en última instancia, carecen de sentido. Me encuentro preguntándome una vez más: «¿Cómo debo vivir, entonces?». En este contexto, reflexioné sobre las enseñanzas del Salmo 127. Me vi impulsado a reconocer y confesar que una vida verdaderamente significativa solo es posible en el Señor. Cualquier obra o labor emprendida al margen del Señor carece de verdadero significado. En otras palabras, todos nuestros esfuerzos fuera del Señor son totalmente vanos. Solo cuando el Señor está con nosotros —obrando en nosotros y a través de nosotros— nuestra labor deja de ser vana.

En el Salmo 127:1, el salmista Salomón declara: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el centinela». Como sabemos, Salomón fue el rey que edificó el Templo en Jerusalén (2 Crónicas 2:1–5:1). Aunque su padre, el rey David, deseaba profundamente construir el templo, Dios no le concedió el permiso; en cambio, designó al hijo de David, el rey Salomón, para construir el templo de Jerusalén. Dada la experiencia directa de Salomón en esta empresa, su

declaración en el Salmo 127:1 —«Si el Señor no edifica la casa, el trabajo de los edificadores es en vano»— constituye una confesión profundamente significativa. Esto se debe a que, siempre que una congregación —incluidos pastores y comités de construcción— emprende la edificación y dedicación de un templo al Señor, a menudo se enfrenta a numerosas dificultades; Ciertamente, construir un templo no es en absoluto una tarea sencilla. Además, como bien sabemos, muchas iglesias se han enfrentado a pruebas espirituales y conflictos internos derivados de proyectos de construcción. El viernes pasado vi una noticia sobre una gran iglesia que planeaba demoler dos edificios de apartamentos de su propiedad —habitados por inquilinos de bajos recursos— para ampliar su estacionamiento. Los trámites legales para la demolición ya habían concluido, pero los inquilinos, apoyados por grupos como la *Koreatown Labor Alliance*, ofrecieron una conferencia de prensa para oponerse a la demolición, argumentando que perderían su derecho a la vivienda. Si bien tales desafíos pueden originarse en factores externos, los problemas y conflictos internos que surgen en la iglesia durante la construcción suelen ser aún más graves. Por lo tanto, la construcción de una iglesia no puede llevarse a cabo sin la ayuda de Dios. En el Salmo 127:1, cuando el rey Salomón habla de que «si Jehová no edificare la casa», la palabra «casa» se refiere al «templo» (Park Yun-sun). Así pues, debemos reconocer la verdad de que, a menos que el Dios del rey Salomón edifique el templo, el trabajo de los constructores será en vano. La iglesia pertenece al Señor; de ninguna manera es propiedad de un individuo o grupo en particular. Por consiguiente, la iglesia del Señor debe ser edificada por el propio Señor, conforme a la promesa que se encuentra en Mateo 16:18. Nosotros somos meramente «constructores», instrumentos en las manos del Señor. Del mismo modo que los arquitectos utilizan herramientas para construir una casa, nosotros somos simplemente las herramientas que el Señor emplea para edificar la iglesia, la cual es su cuerpo. Por tanto, nuestro papel consiste simplemente en obedecer al Señor mientras Él edifica la iglesia; cuando Él nos ordena hacer algo, lo único que debemos hacer es responder «sí» y llevarlo a cabo.

Salomón no se limitó a construir el Templo en Jerusalén; también fue un gran rey que gobernó con sabiduría a la nación de Israel. Buscó la sabiduría de Dios —en lugar de riquezas o gloria— precisamente para poder gobernar eficazmente al pueblo de Dios. En respuesta, Dios le concedió no solo sabiduría, sino también riquezas y honra. Dotado de la sabiduría que Dios le otorgó, Salomón emprendió proyectos de gran envergadura, completando el templo en siete años y el palacio real en trece. Estas monumentales obras de construcción requirieron la importación de madera y piedra del extranjero mediante la diplomacia internacional. Sin embargo, este contacto con naciones extranjeras terminó llevándolo a permitir la introducción de religiones foráneas. Además, la movilización excesiva de la población para trabajos forzados y la pesada carga impositiva provocaron resentimiento entre sus súbditos y funcionarios. En consecuencia, como sabemos, el rey Salomón desobedeció la palabra de Dios y cometió el pecado de idolatría al adorar a los dioses de naciones extranjeras. El rey Salomón confiesa: «…si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia» (v. 1). Este pasaje significa que el ascenso y la caída de una nación dependen únicamente de la voluntad de Dios (Park Yun-sun). Dios es quien edifica las naciones y también quien las derriba o provoca su ruina (Jeremías 1:11). Fue este mismo Dios quien estableció la nación de Israel durante los reinados de David y Salomón, pero que más tarde la dividió en el Reino del Norte (Israel) y el Reino del Sur (Judá) durante el reinado de Roboam, hijo de Salomón, debido al pecado de este último. Solo cuando Dios mismo actúa como el verdadero Guardián —custodiando y protegiendo a su iglesia y a su nación— pueden estas mantenerse firmes. Sin tal obra del Señor, el esfuerzo humano es en vano (Salmo 127:1).

Consideremos el texto de hoy, Salmo 127:2: «Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño». Aquí, Salomón señala que si una persona trabaja —incluso con un esfuerzo extenuante, día y noche— sin confiar en Dios mediante la oración ni obedecer su palabra, no puede alcanzar el verdadero éxito (Park Yun-sun). Por tanto, nos exhorta a depositar nuestra plena confianza en Dios y a obedecer su palabra mientras trabajamos,

asegurándonos de que nuestros esfuerzos no sean en vano. En otras palabras, debemos trabajar con fe. Aquellos que trabajan con tal fe son los que Dios ama, y a ellos les concede el sueño. El Dr. Park Yun-sun sugiere que la afirmación de que Dios concede el sueño a su amado puede interpretarse de tres maneras: (1) En primer lugar, significa que Dios otorga sueño físico a aquellos a quienes ama; (2) en segundo lugar, denota una actitud del alma que confía en Dios y descansa en Él; y (3) en tercer lugar, implica que, para aquellos que confían en Dios y le aman, Él asegura el éxito de sus esfuerzos incluso mientras duermen. Considero que las tres interpretaciones son válidas. Dios concede no solo el sueño físico, sino también el descanso espiritual a aquellos a quienes Él establece. Además, hace prosperar la obra emprendida por sus amados —nosotros— incluso mientras dormimos. También otorga la bendición de los hijos a quienes ama. Observemos el versículo 3: «Los hijos son herencia del SEÑOR; el fruto del vientre es una recompensa».

Si sigue las noticias en estos días, todavía verá historias sobre Nadya Suleman, quien acaparó titulares en todo el mundo al dar a luz a octillizos. Además de los octillizos, ya tenía otros seis hijos concebidos mediante fecundación in vitro; es madre soltera, se divorció el pasado mes de enero, carece de recursos económicos y depende de ayudas gubernamentales. Ahora, para criar a sus catorce hijos, busca obtener dos millones de dólares publicando y vendiendo su historia (según informes en línea). La última noticia que escuché fue que la casa de sus padres —donde ella se aloja actualmente— podría ser embargada. Si bien al principio todos quedaron asombrados por el nacimiento de los octillizos, la gente se sorprende aún más a medida que conoce más detalles sobre la madre a través de los medios. Una madre soltera, que ya había dado a luz a seis hijos mediante fecundación in vitro, declaró que la razón por la que decidió tener octillizos fue simplemente porque ama profundamente a los bebés. Uno bien podría cuestionarse si esto puede llamarse realmente una «bendición de hijos». La bendición de los hijos descrita en el pasaje de hoy es una recompensa que Dios otorga a las familias que Él establece (Salmo 127:3). Significa que Dios concede los hijos como un acto de gracia a las parejas que Él une. No recibimos hijos de Dios porque los hayamos ganado o los merezcamos; más bien, los

recibimos como un regalo mediante la gracia absoluta de Dios. Además, Salomón compara a los hijos de la juventud con flechas en manos de un guerrero (versículo 4). Los hijos nacidos de padres jóvenes alcanzan su plenitud justo cuando sus padres comienzan a envejecer. Cuando los padres empiezan a debilitarse, estos hijos pueden intervenir naturalmente para ayudarles y servir como escudo, protegiendo a la familia. Los hijos bien criados son como flechas vitales; Junto a sus hijos ya adultos, los padres pueden defender su hogar frente a los adversarios que amenazan con derribarlo. Un hogar con muchos hijos sanos no se desmorona fácilmente ante enemigos externos. En este sentido, una familia bendecida con muchos hijos sanos es una familia feliz. Los hijos brindan seguridad a sus padres, tal como un carcaj lleno de flechas. Los padres que se encuentran en esta situación no tienen nada que temer, al igual que un guerrero bien provisto de flechas. Además, no pasarán vergüenza cuando se enfrenten a sus enemigos a las puertas de la ciudad (versículo 5).

La lección que Dios nos enseña hoy a través del Salmo 127 es que nuestras familias terrenales, nuestras familias espirituales (la iglesia) e incluso nuestras naciones se edifican en vano a menos que el Señor las establezca. Además, en lo que respecta a la familia, se nos enseña que los hijos son una recompensa dada por Dios; una familia llega a existir verdaderamente gracias a Su don, y no únicamente por el esfuerzo humano. Una familia, una iglesia o una nación verdaderamente bendecida es aquella establecida por el Señor. Es mi oración que nuestras familias, las iglesias a las que servimos, los Estados Unidos y nuestra patria, Corea, sean todos lugares así.

“Los que temen al Señor”

[Salmo 128]

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, mientras meditábamos en el Salmo 127, aprendimos que, a menos que Dios edifique nuestros hogares, nuestras iglesias y nuestra nación, el trabajo de los edificadores es en vano (versículo 1). En otras palabras, aprendimos la verdad de que cualquier labor emprendida sin fe en Dios resulta inútil (versículo 2). Sin embargo, en el pasaje de hoy —Salmo 128:1-2— la Biblia declara: “¡Bienaventurado todo aquel que teme al Señor, que anda en sus caminos! Comerás del fruto del trabajo de tus manos; serás bienaventurado y te irá bien”. Así, el salmista nos dice que el trabajo de quienes temen a Dios ciertamente produce una cosecha de bendición. Aquí podemos ver la conexión entre el Salmo 127 y el Salmo 128. Mientras que el Salmo 127 nos exhorta a trabajar confiando en Dios, el pasaje de hoy, el Salmo 128, nos enseña a trabajar temiendo a Dios. Cuando lo hacemos así, nuestro trabajo no es en vano y recibimos bendiciones de Dios.

Dado que el pasaje de hoy afirma que el trabajo de quienes temen a Dios cosecha bendiciones, ¿qué nos enseña exactamente la Biblia sobre las bendiciones que Dios otorga a quienes le temen? El pasaje destaca tres bendiciones específicas.

En primer lugar, Dios bendice el trabajo y el sustento de quienes le temen.

Observemos el Salmo 128:2: “Comerás del fruto del trabajo de tus manos; serás bienaventurado y te irá bien”. Durante el culto de oración de la madrugada del jueves pasado,

meditamos en Deuteronomio 8:18: “Acuérdate del Señor tu Dios, porque él es quien te da la capacidad de producir riqueza, confirmando así el pacto que juró a tus antepasados, tal como sucede hoy”. Este versículo forma parte de una advertencia que Moisés dirigió a los israelitas, recordándoles que la tierra de Canaán —en la que estaban a punto de entrar— era una “buena tierra” (v. 7) y una tierra donde “nada les faltaría” (v. 9). La advertencia era que, una vez que entraran en esta tierra de abundancia y «comieran, se saciaran, edificaran buenas casas y se establecieran», y vieran cómo sus «manadas y rebaños crecían y su plata y oro aumentaban» junto con todas sus posesiones (vv. 12–13), no debían permitir que sus corazones se enorgullecieran (v. 14). Moisés les instó a no enorgullecerse ni olvidar al Señor su Dios (v. 14), temiendo que tal orgullo les hiciera olvidar la gracia de la salvación de Dios —su liberación de Egipto y los cuarenta años de provisión, protección y guía en el desierto— y los llevara a dejar de prestar atención a la palabra de Dios. Esta era la preocupación de Moisés. Le inquietaba que, al entrar en Canaán —una tierra que fluye leche y miel— y disfrutar de su abundancia, los israelitas olvidaran al Dios que los salvó y guio en el desierto, atribuyendo en cambio su prosperidad a sus propios méritos. En resumen, Moisés temía… que el pueblo de Israel dijera en su corazón: «Mi poder y la fuerza de mi mano me han conseguido esta riqueza» (v. 17). Por ello, Moisés dijo a los israelitas: «Acuérdate del Señor tu Dios, porque es Él quien te da el poder para adquirir riquezas» (v. 18). Debemos creer que Dios nos concede la capacidad de adquirir riquezas. Debemos tener presente que no obtenemos la riqueza mediante nuestra propia habilidad o la fuerza de nuestras manos. Solo cuando Dios otorga el poder para adquirir riquezas podemos obtenerlas y disfrutar de una vida abundante. Además, al disfrutar de tal abundancia por la gracia de Dios, debemos mirar hacia el Reino de los Cielos —la tierra de la verdadera abundancia— y anhelarlo. Nunca debemos confundir este mundo con nuestro verdadero hogar simplemente porque disfrutamos de prosperidad material. Debemos disfrutar sabiamente de las bendiciones que Dios provee en este mundo (v. 16), manteniendo la mirada fija en una patria mejor.

En el pasaje de hoy —Salmo 128:1–2—, el salmista afirma que es necesario temer a Dios para recibir bendiciones relacionadas con las posesiones materiales o el sustento. Como

vimos en nuestra meditación anterior sobre el Salmo 112:1, el salmista declara: «¡Aleluya! Bienaventurado el hombre que teme al Señor, que se deleita grandemente en sus mandamientos». En otras palabras, quienes temen a Dios se deleitan en sus mandamientos. Quienes temen a Dios guardan sus mandamientos. Y la Biblia nos dice que aquellos que se deleitan en los mandamientos de Dios y los guardan son bienaventurados. Una de las bendiciones que reciben es la abundancia de riquezas. Observemos el Salmo 112:3: «Bienes y riquezas habrá en su casa, y su justicia permanece para siempre». Quienes temen a Dios y guardan sus mandamientos reciben bendiciones materiales. Dicho de otro modo, la persona que guarda los mandamientos de Dios es la verdaderamente rica. Una persona verdaderamente rica puede no poseer una gran cantidad de bienes materiales; sin embargo, al tener a Dios como su herencia, siempre se siente satisfecha y practica la caridad con los demás. Por el contrario, si alguien posee gran riqueza pero carece de satisfacción, esa persona es simplemente esclava de la codicia, los deseos vanos y la tacañería, y no es verdaderamente rica (Park Yun-sun). Puesto que los creyentes que temen a Dios practican su Palabra (128:1) y trabajan con diligencia y esmero (v. 2), Dios bendice su trabajo y su sustento.

En segundo lugar, Dios otorga bendiciones a las familias de aquellos que le temen.

Consideremos el Salmo 128:3: «Tu esposa será como una vid fructífera en lo íntimo de tu casa; tus hijos, como plantas de olivo alrededor de tu mesa». Las bendiciones que Dios concede a las familias de quienes le temen son precisamente sus esposas e hijos. Aquí, la esposa —como bendición de Dios— se refiere a aquella que confía en su marido y que, cumpliendo con sus deberes conyugales, trabaja silenciosamente en el hogar con un espíritu apacible y tranquilo (Park Yun-sun). La descripción de ella como «una vid fructífera» significa que da a luz a muchos hijos y los cría bien (Park Yun-sun). Tal esposa es verdaderamente una mujer virtuosa y bendecida (Proverbios 31:10–31) (Park Yun-sun). Dios concede una esposa así como bendición a quienes le temen. Así, el autor de Proverbios afirma en Proverbios 18:22: «El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia del

Señor». Por supuesto, la «esposa» a la que aquí se hace referencia es una «mujer virtuosa» (12:4), una «esposa prudente» (19:14) y una «mujer de carácter noble» (31:10). Es una bendición de Dios tener a una mujer así como esposa. ¿Cómo debemos responder a esta bendición? Eclesiastés 9:9 dice: «Vive alegremente con la esposa que amas, todos los días de tu vida vana que Él te ha dado bajo el sol, todos tus días de vanidad; porque esa es tu porción en la vida y en la labor que realizas bajo el sol». Además, Dios concede hijos como bendición a quienes le temen. El texto de hoy, el Salmo 128:3, dice: «Tus hijos [serán] como plantas de olivo alrededor de tu mesa». Los olivos crecen grandes, hermosos y vigorosos. La imagen de los hijos como «plantas de olivo» —una bendición dada a quienes temen a Dios— evoca una vida familiar armoniosa y llena de alegría, con los hijos pequeños sentados juntos alrededor de la mesa (Park Yun-sun). Verdaderamente, esta es una hermosa visión de la familia. Para hacer realidad el sueño de una familia tan hermosa y bendecida por Dios, debemos temer a Dios. Cuando lo hacemos, podemos cantar la tercera estrofa del Himno 305 con corazones sinceros y gratitud: «Afanándose mañana y tarde, toda la familia trabaja unida; reuniéndose en torno a una mesa para comer y beber: he aquí nuestro paraíso».

Por último, el tercer punto es que Dios derrama bendiciones sobre la iglesia, la asamblea de aquellos que le temen. Observemos el Salmo 128:5: «Que el Señor te bendiga desde Sion; que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida…». El salmista pronuncia una bendición, pidiendo a Dios que bendiga desde Sion a quienes le temen; Sion es un término que aquí sirve como metáfora de la iglesia (Park Yun-sun). Esto implica que el creyente individual recibe bendiciones gracias a la bendición otorgada al cuerpo colectivo de Sion (la iglesia). En otras palabras, los creyentes son bendecidos porque la iglesia a la que pertenecen es bendecida primero por Dios. Por tanto, como creyentes, debemos orar para que la iglesia reciba la bendición de Dios (Park Yun-sun). Debemos procurar con diligencia la prosperidad de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo, pues cuando la iglesia es bendecida, nosotros también lo somos. Dios bendice a quienes le temen no solo prosperando su sustento y a sus familias, sino también bendiciendo a la iglesia —su comunidad de fe—, extendiendo así la bendición a su sustento y a sus familias. Oro para que, a medida que la

iglesia reciba la bendición de Dios, usted y yo vivamos para ver a «los hijos de sus hijos» (versículo 6). Oro para que, al temer a Dios y ver bendecidas nuestras iglesias, familias y medios de sustento, seamos testigos de cómo nuestros hijos y descendientes crecen con vigor dentro de la iglesia, el cuerpo de Cristo.

¿Cómo debemos vivir en el mundo actual, donde tantas personas luchan en medio de dificultades económicas? Debemos trabajar confiando en Dios (Salmo 127) y hacerlo temiendo a Dios (Salmo 128). Al hacerlo, Dios promete otorgarnos bendiciones para nuestro sustento, nuestras familias y la iglesia. Oro para que usted experimente estas preciosas bendiciones.

«No han prevalecido contra mí»

[Salmo 129]

Estoy seguro de que todos ustedes se enteraron de la noticia la semana pasada. Se trataba de la trágica historia de un pastor que servía en una iglesia de la zona de Redondo Beach y perdió la vida tras ser apuñalado en la parte inferior del cuerpo por su hijo, quien padecía una enfermedad mental. Tras leer el informe inicial y buscar más detalles en internet, me sentí profundamente entristecido; parecía que ya estaba atravesando una etapa muy difícil y dolorosa en su ministerio, solo para encontrar un final tan trágico a manos de su propio hijo. ¿Qué siente su corazón al escuchar noticias así? Vivimos en un mundo verdaderamente lleno de angustia, adversidad, preocupación e incluso tragedias mortales. Antes de conocer esta noticia, durante el servicio de oración de la madrugada del viernes, había estado meditando en Deuteronomio 31; específicamente, en las últimas palabras que Moisés dirigió al pueblo de Israel, a su sucesor Josué, a los sacerdotes levitas y a todos los ancianos de Israel mientras se enfrentaba a su propia muerte. En ese pasaje, Moisés exhortó al pueblo y a Josué a esforzarse y ser valientes, fundamentando este ánimo en el hecho de que Dios estaba con ellos. En particular, la segunda mitad de Deuteronomio 31:6 registra a Moisés diciéndole al pueblo: «Porque Jehová tu Dios va contigo; no te dejará ni te desamparará». Posteriormente, escuchó la voz de Dios en la presencia del Señor. Dios le reveló a Moisés que, una vez que los israelitas entraran en la abundante tierra de Canaán —una tierra que fluía leche y miel— y comieran hasta saciarse y prosperar, abandonarían a Dios, quebrantarían Su pacto y cometerían el pecado de idolatría (versículo 20). En aquel momento, la ira de Dios se encendió contra el pueblo de Israel; Él escondió Su rostro de ellos y declaró que «muchos males y angustias» vendrían sobre ellos (versículos 17, 21).

Profetizó que serían consumidos por naciones gentiles (versículo 17). Dios le dijo a Moisés que solo entonces el pueblo de Israel diría: «¿No será porque nuestro Dios no está en medio de nosotros que nos han sobrevenido estos males?» (versículo 17). La razón por la que Dios no permaneció con el pueblo de Israel y escondió Su rostro de ellos se debió a sus pecados. En consecuencia, se vieron inevitablemente expuestos al desastre y a la tribulación. A causa de sus pecados, el pueblo de Israel enfrentó la disciplina de Dios y sufrió persecución a manos de naciones gentiles.

Este es el contexto del pasaje de hoy, el Salmo 129. El pueblo de Israel había sido perseguido por poderosas naciones gentiles desde su estancia en Egipto. De hecho, esto constituye la historia misma de Israel. Desde los inicios de la fundación de la nación, Israel ha enfrentado la persecución de las naciones gentiles circundantes, una situación que persiste hasta el día de hoy. A esto se le llama la "historia de la persecución del pueblo escogido" (Park Yun-sun). En medio de esta historia de persecución, el salmista declara en el versículo 2 del Salmo 129: "Muchas veces me han afligido desde mi juventud, mas no han prevalecido contra mí". La historia de Israel ha sido —y sigue siendo— una historia de repetidas aflicciones causadas por naciones gentiles hostiles. En los tiempos del Antiguo Testamento, el pueblo de Israel sufrió reiteradamente debido a invasiones y persecuciones por parte de naciones gentiles, comenzando por Egipto (en tiempos de Moisés) e incluyendo a Moab, Edom, Madián, Filistea, Asiria, Babilonia y Roma. ¿Cuál es la situación hoy en día? Aunque Israel es ahora una nación poderosa que posee armas nucleares, consideremos el inmenso sufrimiento que soporta en medio de conflictos con vecinos como los palestinos, el Líbano, Siria, Egipto e Irán. Así, en los versículos 1 y 2 del Salmo 129 —nuestro texto de hoy—, el salmista declara repetidamente: "Muchas veces me han afligido desde mi juventud". La lección para nosotros —el pueblo santo de Dios, la Iglesia que es el cuerpo de Cristo— es que inevitablemente enfrentaremos persecución por parte de enemigos en cualquier momento.

Podemos ver esta verdad demostrada no solo en la historia de Israel, sino también en la historia de la Iglesia. Un ejemplo notable es la persecución de cristianos por parte del emperador romano Nerón (año 64 d. C.), la cual marcó la primera gran persecución. En el verano del año 64 d. C. —durante la era apostólica—, se desató un incendio inimaginable en Roma, la capital del imperio; durante seis días, feroces llamas arrasaron la ciudad, dejando en ruinas totales diez de sus catorce distritos. Entre el pueblo circulaban rumores de que el propio emperador Nerón había provocado el incendio para reconstruir la ciudad según su propia visión. Estos rumores crecieron y se propagaron, transformándose finalmente en la historia de que Nerón tocó la lira y cantó mientras Roma ardía. A medida que la ira pública se volvía contra él, Nerón buscó un chivo expiatorio para salir de su difícil situación y eligió a los cristianos. Los acusó de incendiar Roma y los sometió a persecución. Tácito ofrece un relato relativamente detallado de la persecución de los cristianos bajo el mandato de Nerón: «Antes de matar a los cristianos, Nerón los utilizó para el entretenimiento público. Algunos creyentes fueron cubiertos con pieles de animales y despedazados por perros. Otros fueron crucificados. Hubo quienes fueron quemados vivos para servir de antorchas durante la noche. Nerón organizaba estos espectáculos en el anfiteatro, vistiéndose como auriga y conduciendo un carro por la arena. En consecuencia, los ciudadanos comenzaron a sentir lástima por aquellos que supuestamente merecían el castigo, al darse cuenta de que morían no por el bien público, sino para satisfacer la crueldad de un solo hombre» (Internet). Más allá de la persecución de Nerón, la historia de la iglesia registra otros episodios importantes, como la persecución bajo el emperador Domiciano (81–96 d. C.) —la segunda persecución— y la persecución bajo el emperador Diocleciano (284–305), ocurrida en el año 303 d. C. La persecución bajo Diocleciano se considera la peor de todas; durante ese tiempo, se destruyeron iglesias, se quemaron Biblias, se revocaron los derechos de los cristianos e incluso se les ofreció en sacrificio a dioses paganos (Internet). En última instancia, el pueblo de Dios —ya sea en tiempos del salmista, en la iglesia primitiva, en la actualidad o en el futuro previo al regreso del Señor— seguirá enfrentando tribulaciones y persecuciones incesantes.

¿Hasta qué punto, entonces, sufrió persecución el pueblo de Israel a manos de sus enemigos? En el Salmo 129:3, el pasaje que nos ocupa hoy, el salmista lo describe así: «Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos sus surcos». Esta es una metáfora que indica que quienes perseguían a Israel devastaron la nación y la oprimieron sin piedad, tal como un agricultor ara un campo (Park Yun-sun). Según Roberts, en Palestina era común que una persona perseguida dijera de sus perseguidores: «Araron sobre mi espalda» (Park Yun-sun). En resumen, esto significa que el pueblo de Israel había quedado reducido a un estado de extrema miseria debido a la persecución infligida por sus enemigos (Park Yun-sun). Sin embargo, el punto crucial es que Dios libró al pueblo de Israel de tal profundidad de desdicha. Observemos el versículo 4: «Jehová es justo; cortó las coyundas de los impíos». Al romper las cuerdas que los enemigos de Israel utilizaban para oprimirlos, Dios rescató a su amado pueblo de las manos de sus adversarios. Tal como un ave escapa de la trampa del cazador (124:7), Dios cortó las cuerdas que actuaban como tal trampa y salvó al pueblo de Israel. Así, el salmista confiesa con confianza: «Muchas veces me han angustiado desde mi juventud, mas no prevalecieron contra mí» (129:2). En otras palabras, aunque los enemigos de Israel los atormentaron repetidamente, Dios hizo que fracasaran en cada ocasión, otorgando así la victoria al pueblo de Israel. Fue con esta experiencia de victoria y la certeza que la acompaña que el salmista compuso el cántico que encontramos en el texto de hoy: un cántico entonado mientras se ascendía al templo. Del mismo modo, cuando acudimos a la casa del Señor, debemos hacerlo poseyendo tanto la seguridad de la victoria como el recuerdo de los triunfos alcanzados con la ayuda de Dios en medio de las batallas espirituales del mundo.

Al reflexionar sobre esta gracia de liberación, el salmista oró: «Sean avergonzados y vueltos atrás todos los que aborrecen a Sion; sean como la hierba de los tejados, que se seca antes de crecer» (129:5-6). Él apeló al Dios justo, pidiendo que los enemigos que odiaban a Israel fueran avergonzados y enfrentaran el juicio. Este es el significado de la frase «como la hierba de los tejados» (versículo 6). La hierba en un tejado carece de raíces profundas; crece brevemente, pero pronto se marchita (Park Yun-sun). El salmista oró para que los enemigos

de Israel corrieran tal suerte: que se desvanecieran como la hierba que brota por un instante solo para marchitarse rápidamente. Además, declaró que nadie ofrecería bendición a los enemigos de Israel —quienes eran, en efecto, enemigos de Dios (versículo 8)—. La razón es que ellos se encuentran fuera del ámbito de la bendición de Dios (Park Yun-sun).

2 Timoteo 3:12 afirma: «De hecho, todos los que deseen vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos». Los creyentes enfrentan mucha persecución en este mundo. Aunque pueda haber mucha angustia, adversidad y sufrimiento, avancemos con fe, aferrándonos a la seguridad de la salvación de Dios y a la certeza de la victoria. Acojamos las palabras de la última parte de Juan 16:33: «... En este mundo tendrán aflicción. ¡Pero ánimo! Yo he vencido al mundo...».

Esperar

[Salmo 130]

Al examinarme, reconozco que una de mis debilidades es la «impaciencia». A veces, mi impaciencia provoca que cause problemas o hiera a los demás con mis palabras y acciones. También noto que la impaciencia me lleva a echar a perder las cosas. En medio de esto, Dios me guio a meditar en 2 Timoteo 3:4; específicamente, en el pasaje que describe cómo, en los «últimos días» de angustia (versículo 1), las personas serán «precipitadas» (impacientes). ¿Por qué nos volvemos impacientes? Parece suceder cuando nos convencemos de que ya no podemos esperar y, al mismo tiempo, renunciamos a la paciencia. Cuando eso ocurre, actuamos según nuestros propios caprichos. Tal impaciencia nos lleva a adelantarnos a la voluntad de Dios; al no esperar su plan, ideamos estrategias y métodos erróneos que, en última instancia, conducen a consecuencias desastrosas. La impaciencia nos impulsa a elegir planes y cursos de acción mundanos y carnales. Abraham y Sara son un claro ejemplo de ello. Aunque habían recibido la promesa de Dios, cedieron ante la impaciencia y abandonaron la paciencia de la fe; en consecuencia, Sarai instó a su esposo Abram a unirse a su sierva egipcia, Agar (Génesis 16:1–2). Abram aceptó la sugerencia, se unió a Agar y engendró un hijo llamado Ismael. Sin embargo, como sabemos, Ismael no era la descendencia prometida; lo era Isaac. Así pues, la impaciencia conduce al terrible resultado de abandonar la fe y la paciencia. Quizás por eso «esperar» se considera una virtud. Esperar es un elemento esencial de nuestra vida de fe. En el Salmo 62:1 y 5, sobre el cual ya hemos meditado, la Biblia nos dice: «En Dios solamente reposa mi alma; de él viene mi salvación… Alma mía, en Dios solamente reposa; de él viene mi esperanza». A través de estos versículos, aprendimos que debemos confiar plenamente en Dios: nuestra salvación,

nuestra esperanza, nuestra roca y nuestra fortaleza. La razón es que confiar en Dios de manera tranquila y completa se convierte en nuestra fortaleza (Isaías 30:15). Debemos esperar su salvación mientras ponemos nuestra mirada en Él con serenidad. El Dios de salvación ciertamente nos librará. Hoy, en el Salmo 130:6, el salmista ilustra su espera de esta manera: «Mi alma espera al Señor más que los centinelas esperan la mañana; más que los centinelas esperan la mañana». El salmista compara su propia espera con la de los centinelas que aguardan el amanecer. En esta comparación, confiesa que su alma espera al Señor incluso más de lo que los centinelas esperan la mañana. ¿Quiénes son estos «centinelas»? Son aquellos que montan guardia en los muros de la ciudad durante toda la noche, inquietos y vigilantes ante posibles incursiones enemigas, para proteger a la gente que está en su interior. En otras palabras, son los guardianes que renuncian al sueño para vigilar ante posibles ataques enemigos. ¿Qué es lo que más anhelan estos centinelas? Es la «mañana». Aguardan con ansias la llegada del alba (Park Yun-sun). Con esa misma y ferviente expectación, el salmista esperaba —y seguía esperando— al Señor. El salmista aguardaba al Señor con un anhelo que superaba incluso al de los centinelas que esperan la mañana. Fue en medio de esta ferviente expectación que el salmista entonó las palabras del pasaje de hoy mientras ascendía al templo.

¿Cuál era, entonces, el objeto de tan ferviente espera por parte del salmista? Era la Palabra de Dios. Observemos el versículo 5 del Salmo 130: «Espero al Señor, mi alma espera, y en su palabra tengo esperanza». La Palabra de Dios que el salmista esperaba con tanto anhelo era la certeza de que Dios concedería perdón y salvación conforme a su palabra revelada (Park Yun-sun). De esto podemos deducir que el salmista atravesaba una situación dolorosa provocada por la disciplina divina a causa de sus pecados. ¿Cuál era la naturaleza de esa situación dolorosa? Veamos el versículo 1: «Desde lo profundo clamo a ti, oh Señor». Las «profundidades» en las que se hallaba el salmista debido a su pecado simbolizan una tribulación extrema: un estado de asfixia semejante a ahogarse en aguas profundas (Park Yun-sun). Al igual que Jonás —quien se hundió en las profundidades, atrapado en el vientre de un gran pez en el fondo del mar, a causa de su desobediencia—, tanto Jonás como el

salmista volvieron su mirada al Señor con anhelo y elevaron fervientes oraciones. Observemos los versículos 1 y 2 del Salmo 130: «Desde lo profundo he clamado a Ti, oh SEÑOR; ¡Señor, escucha mi voz! Que tus oídos estén atentos a la voz de mis súplicas». En medio de esta oración ferviente, el salmista comprendió que si el Señor tomara nota —o no pasara por alto— todos los pecados cometidos desde el pasado hasta el presente y los condenara, nadie podría mantenerse en pie ante Él. Por eso pregunta: «Si Tú, SEÑOR, tuvieras en cuenta las iniquidades, oh Señor, ¿quién podría mantenerse en pie?» (v. 3). Si Dios llevara un registro de cada pecado —pasado, presente y futuro— sin perdonarnos, ni una sola persona en este mundo se atrevería a comparecer ante el Señor santo. Aunque un pecador no puede pretender presentarse ante el Señor santo, el salmista creía en el perdón de Dios (v. 4) y, con humildad y un corazón lleno de reverencia (v. 4), oraba fervientemente pidiendo el perdón de sus pecados. Luego aguardaba la palabra de perdón de Dios. ¡Con qué anhelo debió haberla esperado! Cuando, tras haber pecado y caído en un profundo abatimiento debido a la disciplina divina, volvemos la mirada hacia Él y elevamos una oración ferviente pidiendo perdón, anhelamos oírle decir: «He borrado y eliminado todos tus pecados; ya no me acuerdo más de ellos». Si escucháramos esa voz de Dios, ¿acaso no saltaríamos y danzaríamos de alegría, sintiéndonos libres y liberados, mientras le ofrecemos alabanza y adoración?

Tras orar fervientemente pidiendo perdón, el salmista aguardaba en silencio y con fe ante Dios, anhelando escuchar su palabra de perdón. Al hacerlo, esperaba mientras rogaba fervientemente a Dios que lo rescatara —como prueba de ese perdón— de la dolorosa situación provocada por sus transgresiones, clamando a Él desde lo profundo. En otras palabras, oraba por la gracia salvadora de Dios, la esperaba y aguardaba su llegada. ¿Cómo pudo el salmista orar por la gracia salvadora de Dios, esperarla y aguardarla? Encontré la respuesta en los versículos 7 y 8 del pasaje de hoy: «Oh Israel, espera en el SEÑOR; porque en el SEÑOR hay misericordia y abundante redención. Y Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades». Dado que el salmista creía en el amor inquebrantable y en la abundante redención de Dios, pudo orar por el perdón de los pecados y la gracia salvadora de Dios, así

como esperarlos y aguardarlos. ¿Cree usted verdaderamente en el amor inquebrantable y en la abundante redención de Dios? ¿Cree que Dios es quien le redime de todas sus iniquidades?

¿Hay alguien aquí que, al igual que el salmista, se encuentre en lo profundo? ¿Está usted atravesando una tribulación extrema, sintiendo como si hubiera caído al agua y se estuviera hundiendo cada vez más? ¿Y es consciente de que la razón por la que se encuentra en esa profundidad son sus pecados? Si es así, volvamos la mirada —como hizo el salmista— con fe hacia el amor inquebrantable y la abundante redención de Dios; oremos con fervor, esperemos y aguardemos el perdón de los pecados y la gracia salvadora de Dios con un corazón anhelante. Aguardemos al Señor con mayor anhelo aún que el que sienten los centinelas al esperar la mañana. Dios ciertamente perdonará todos sus pecados y le librará de la tribulación extrema en la que se encuentra.

Cómo traer quietud y paz a mi alma

[Salmo 131]

Guardo un vago recuerdo de una canción que aprendí en la escuela primaria: "Plop, plop, lancemos una piedra; lancemos una piedra sin que mi hermana se entere...". Parece que aprendí esa canción con esmero, sin comprender realmente por qué había que lanzar la piedra. Esta canción infantil me vino a la mente porque me ayudó a entender el pasaje del Salmo 131:1–3, que leí hoy. Reflexioné sobre qué tipo de "piedra" podría romper la quietud y la paz de mi alma cuando esta se encuentra en calma. Probablemente existan muchas "piedras" así. Circunstancias difíciles, críticas de los demás, relaciones tensas, problemas económicos, estrés... innumerables variedades de "piedras" pueden perturbar la tranquilidad de nuestras almas. Sin embargo, creo que la "piedra" más destructiva se encuentra en nuestro interior. En otras palabras, hay una "piedra" dentro de nosotros que destruye la quietud y la paz espirituales que Dios otorga. Esa "piedra" no es otra que el "orgullo" (versículo 1). Dicho de otro modo, David habla de tener "ojos altivos". Una persona con ojos altivos es aquella que "se ocupa de grandes asuntos y de cosas demasiado maravillosas para ella" (versículo 1). Tal persona olvida su propia condición, contempla asuntos que exceden su alcance y malgasta energía en ellos. Por ejemplo, imagine a alguien que recibió un talento del Señor pero que, con ojos altivos, envidia y guarda resentimiento constantemente hacia quienes recibieron dos o cinco talentos, intentando realizar la labor que les correspondía a ellos. Es precisamente entonces cuando perdemos la quietud y la paz de nuestras almas.

Como pastor, una vez perdí brevemente la quietud y la paz de mi alma mientras leía un periódico cristiano en la iglesia. Ver artículos y fotografías de diversos pastores distinguidos y sus ministerios hizo que sintiera cómo se alteraba esa tranquilidad interior. Al reflexionar, me di cuenta de que se debía a que —tal como describe el Salmo 131— había alzado demasiado la mirada. En otras palabras, el orgullo se había infiltrado en mi corazón. Por eso caí en comparaciones y me consideré más grande de lo que realmente era. Este «orgullo» —que nos hace olvidar nuestra verdadera condición e infla nuestra autoimagen— es un arma aterradora de Satanás; nos hace perder de vista quiénes somos realmente ante Dios, especialmente cuando se alimenta de un espíritu de competencia. En consecuencia, tomé medidas: dejé de leer los periódicos y decidí pronunciar palabras de bendición sobre aquellos pastores.

Por lo tanto, para traer quietud y paz a nuestras almas, lo primero que debemos hacer es luchar contra el «orgullo». No debemos entrar en el «aula de la comparación», donde nos medimos con los demás. No debemos aspirar a «cosas demasiado grandes o maravillosas» para que nosotros las alcancemos (versículo 1). Simplemente necesitamos reconocer los talentos que Dios nos ha dado y cumplir fiel y humildemente con nuestros propios deberes. No debemos codiciar cargos, éxitos o tareas que estén fuera de nuestro alcance. Debemos aceptarnos y amarnos a través de la lente del amor de Dios: el amor que nos abraza tal como somos. Cuando hacemos esto, vivimos sin «tener un concepto de nosotros mismos más alto del que debemos tener, sino que pensamos de nosotros mismos con buen juicio, conforme a la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno de nosotros» (Romanos 12:3).

Mientras luchamos contra el «orgullo», debemos fijar simultáneamente nuestros ojos en Dios (Salmo 131:3). Hacerlo nos permitirá encontrar quietud y paz para nuestras almas. David nos enseña que nuestros corazones, al mirar a Dios, deben reflejar la actitud de un «niño destetado». Los estudiosos señalan que las madres hebreas de la época del Antiguo Testamento solían destetar a sus hijos alrededor de los dos o tres años de edad. Esto me recuerda la etapa vivida entre mi segunda hija, Ye-eun (de un año), y mi primera hija, Ye-ri

(de tres años). Pensando específicamente en Ye-eun, el corazón de un niño destetado se refleja mejor en la expresión de paz del rostro de un niño cuando se queda dormido en los brazos de su madre... Podía percibir una profunda quietud y paz (versículo 2). En ese momento, Ye-eun indicaba que no necesitaba ni a su padre, ni comida, ni juguetes; lo único que necesitaba era a su madre. Cuando imagino a Yeeun quedándose dormida tranquilamente en los brazos de su madre, las palabras del texto de hoy —específicamente el versículo 2— resuenan con mayor profundidad en mí. David rechazó la arrogancia y se acercó al Señor con el corazón de un niño destetado. Compuso este «Cántico gradual» impulsado por el deseo de ser sostenido en el abrazo de Dios Padre. Del mismo modo, al ascender al santuario para la adoración dominical, debemos hacerlo anhelando el abrazo de Dios Padre. Para hallar verdadera paz en ese abrazo amoroso, hemos de examinar nuestros corazones y ver si poseen la humildad de un niño destetado. Si albergamos algún orgullo, debemos arrepentirnos y permitir que el Espíritu Santo nos guíe hasta el trono de la gracia de Dios. Ante ese trono, debemos ofrecer alabanza y adoración al Dios de nuestra salvación y dejar que nuestras almas descansen en su abrazo. Solo entonces podrán nuestras almas experimentar verdadera quietud y paz.

Un corazón como el de un niño destetado

[Salmo 131]

Sabemos que Dios mira el corazón y no la apariencia externa (1 Samuel 16:7). Esta verdad se fundamenta en el relato bíblico de cuando Dios rechazó al rey Saúl y envió a Samuel a la casa de Isaí —el padre de David— para ungir a un nuevo rey (capítulo 16). Al llegar a la casa de Isaí y buscar al rey que Dios quería ungir, Samuel vio a Eliab, el mayor de los ocho hijos de Isaí, y pensó para sí mismo: «Ciertamente delante del Señor está su ungido» (v. 6). En ese momento, Dios le habló a Samuel: «No te fijes en su apariencia ni en su estatura… El Señor no mira las cosas en las que se fija la gente. La gente se fija en la apariencia externa, pero el Señor mira el corazón» (v. 7). Al reflexionar sobre el hecho de que, mientras los seres humanos miran la apariencia externa, Dios mira el corazón, recuerdo que, como creyentes, debemos centrarnos en el «corazón» —que es lo que Dios ve— en lugar de en nuestra apariencia religiosa externa. Entonces, ¿cómo debería ser nuestro corazón? Encuentro la respuesta a esta pregunta en el corazón de David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22). En resumen, el corazón de David —un hombre conforme al corazón de Dios— era «como el de un niño destetado» (Salmo 131:2).

Observemos el Salmo 131:2: «Ciertamente he calmado y aquietado mi alma, como un niño destetado junto a su madre; como un niño destetado está mi alma dentro de mí». Para comprender la frase «mi alma es como un niño destetado», debemos considerar las etapas del crecimiento de un niño en la cultura hebrea. Estas etapas de crecimiento se clasifican generalmente en cinco fases. (1) La primera etapa es la del lactante; este período abarca desde el nacimiento hasta aproximadamente los 30 días de edad. (2) La segunda etapa es

la del «niño destetado», precisamente la figura mencionada en el texto de hoy. Esta etapa parece abarcar el período desde el mes de vida hasta unos cinco años de edad; Se dice que los niños hebreos solían ser destetados alrededor de los tres o cuatro años de edad. (3) La tercera etapa es la del niño que ya camina; se dice que esta etapa abarca desde los cinco hasta los veinte años. (4) La cuarta etapa es la pubertad, denominada en hebreo *elem* o *almah*. Este término designa a un joven sexualmente maduro, lo que probablemente indica una edad de veinte años o más. (5) Las etapas subsiguientes son la edad adulta y la vejez. Al considerar la afirmación del salmista David —que su ser interior era como un niño destetado— en el contexto de estas etapas de crecimiento, visualicé a un niño destetado en brazos de su madre. Imaginé a un niño que ya no llora ni se inquieta pidiendo leche, sino que descansa satisfecho en el abrazo materno mientras contempla el rostro de su madre. Esta es la imagen con la que David comparó su propio corazón. En otras palabras, David se comparó con un niño destetado porque, al igual que tal niño encuentra satisfacción simplemente en tener a su madre —sin reclamar leche—, el corazón de David se sentía satisfecho únicamente con Dios. La letra de la canción góspel "Satisfecho solo con el Señor" dice así: "Estoy satisfecho solo con el Señor; alabo al Señor, que lo es todo para mí. Jesús, mi vida eterna: elevo mi voz para alabarte. Alabo tu gran amor, oh Señor; tú eres mi fuerza y mi poder, y has transformado toda mi vida. Alabo tu gran amor". Se dice que este himno se basa en 2 Corintios 3:5: "No es que seamos competentes por nosotros mismos para reclamar algo como propio, sino que nuestra competencia proviene de Dios". Ciertamente, nuestra satisfacción proviene únicamente de Dios. David comprendía esto; en lo profundo de su corazón, se sentía satisfecho solo con Dios Padre, tal como un niño destetado. Nuestros corazones deben ser iguales. En otras palabras, nuestro ser interior debe asemejarse a ese niño destetado, al igual que el de David. Deberíamos sentirnos plenamente satisfechos solo con el Señor. Sin embargo, a menudo vivimos sin encontrar satisfacción únicamente en Dios. Con frecuencia, desviamos la mirada de Dios para centrarnos en otras personas o cosas. Una razón para esto es el "ojo de los celos" mencionado en 1 Samuel 18:9. Mientras que la Biblia coreana simplemente afirma: "Desde aquel día, Saúl vigilaba de cerca a David", la Nueva Versión Internacional (NIV) de la Biblia

lo expresa así: "Desde aquel momento, Saúl miraba a David con celos". Desde el día en que David regresó tras matar al filisteo Goliat y las mujeres de todas las ciudades de Israel salieron (v. 6) cantando y bailando: "Saúl mató a sus miles, y David a sus diez miles" (v. 7) —lo que provocó que Saúl dijera con gran ira: "A David le atribuyen diez miles, pero a mí solo miles; ¿qué más le queda sino el reino?" (v. 8)—, Saúl comenzó a mirar a David con ojos de celos (v. 9). Tal mirada pecaminosa y celosa hace, en última instancia, que fijemos nuestros ojos en personas o cosas distintas de Dios mismo. ¿Cómo, entonces, podemos vencer estos celos pecaminosos? Encontré el secreto en el Salmo 73. El salmista Asaf superó unos celos que eran mundanos, sensuales y demoníacos solo después de entrar en el santuario de Dios y comprender cuál sería el fin de los impíos; además, los venció cuando comprendió que acercarse al Señor es bueno y que no hay nadie en la tierra a quien desee sino al Señor. En otras palabras, cuando miramos únicamente al Señor con la perspectiva de Dios, podemos vencer los celos pecaminosos como los de Saúl. Entonces, al igual que el apóstol Pablo, podemos vivir contentos con la gracia suficiente de Dios, aun si llevamos un "aguijón en la carne" (2 Corintios 12:9).

¿Qué significa estar satisfecho solo con el Señor? Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 131:1: "Oh Señor, mi corazón no es orgulloso, ni mis ojos altivos; no me ocupo de grandes asuntos ni de cosas demasiado maravillosas para mí". Un corazón como el de un niño destetado —plenamente satisfecho solo en el Señor— no solo está libre de orgullo, sino que es incapaz de albergarlo; en otras palabras, tal corazón es humilde. Sabemos esto porque David no puso sus ojos en cosas elevadas; Él no codiciaba la gloria terrenal (Park Yun-sun). ¿Por qué? Porque su mirada estaba fija en el Señor, el Altísimo. Para quien vive satisfecho únicamente en el Señor, ¿qué podría haber más elevado que el Señor mismo? A diferencia de los soberbios, que buscan ascender en el mundo, David miraba mucho más alto: hacia Dios (Park Yun-sun). En consecuencia, no se preocupaba ni se inmiscuía en «grandes asuntos» ni en «cosas demasiado maravillosas» para su entendimiento. En resumen, David no perseguía con arrogancia grandes empresas por vana ambición; tareas que no formaban parte de su llamado (Park Yun-sun). Al igual que David, no debemos dejarnos llevar por los

vanos deseos de este mundo. No debemos buscar la gloria vacía del mundo; debemos guardarnos de la vanidad. Un corazón como el de David —satisfecho solo en el Señor— posee «quietud y paz». Puesto que un corazón como el de un niño destetado halla satisfacción únicamente en Dios, goza de un estado de tranquilidad y calma. Esta quietud y paz constituyen un estilo de vida que se alcanza sometiendo las ambiciones y pasiones turbulentas que surgen en nuestro interior, y fijando la mirada exclusivamente en Dios (Park Yun-sun). David pudo llevar una vida tan tranquila y pacífica porque su corazón estaba libre de soberbia —gracias a su satisfacción plena en el Señor—, lo cual le permitía aquietar diversos descontentos y emociones turbulentas (Park Yun-sun). Sin dejarse arrastrar por la codicia mundana, y creyendo y obedeciendo la Palabra de Dios, disfrutaba de quietud y paz en su corazón. Por ello, exhorta no solo al pueblo de Israel, sino también a nosotros, diciendo: «Espera, oh Israel, en el Señor, desde ahora y para siempre» (versículo 3). ¿Por qué debemos poner nuestra mirada en Dios desde ahora y para siempre? Porque el Señor es nuestro Pastor, y nada nos faltará (Salmo 23:1). Hallemos todos contentamiento únicamente en el Señor, con un corazón como el de un niño destetado. No permitamos nunca que la codicia nos impulse a perseguir las cosas de este mundo; estas jamás podrán saciar nuestras almas. No alberguemos soberbia en nuestros corazones; más bien, humillémonos humildemente ante el Señor. Cuando lo hagamos, Dios traerá quietud y paz a nuestras almas.

Un alma como un niño destetado

«En verdad me he calmado y aquietado el alma, como un niño destetado junto a su madre; como un niño destetado está mi alma dentro de mí» (Salmo 131:2).

Recibimos noticias de que la cifra de víctimas mortales del terremoto y el tsunami —un desastre de enormes proporciones en Asia— ha superado las 100.000 personas. Ahora también se informa de la propagación de enfermedades infecciosas. Es una situación verdaderamente aterradora. Se dice que existe la posibilidad de que ocurran más terremotos pronto. Esto nos hace comprender, al menos indirectamente, cuán impotentes somos los seres humanos frente a las fuerzas de la naturaleza. Ayer vi imágenes en las noticias de una ola gigantesca rompiendo sobre la piscina de un hotel. Supe que muchos niños perdieron la vida a causa de esa ola. En particular, se informó que muchos niños murieron arrastrados por la enorme ola mientras recogían peces que habían llegado a la orilla impulsados por olas más pequeñas anteriores. Es una tragedia verdaderamente desgarradora. Cada vez que escucho la palabra «ola», recuerdo algo que un anciano me dijo una vez. Nunca he olvidado sus palabras: aunque las olas rompan en la superficie del mar, en lo profundo de las aguas, la ostra perlera está creando silenciosamente una perla. En la superficie, las olas pueden embravecerse, pero las profundidades del mar permanecen tranquilas y serenas. Si bien muchas personas perecieron a causa de las recientes olas gigantescas, también escuché una noticia sobre una mujer que sobrevivió porque estaba buceando a gran profundidad en ese momento.

Existen muchos tipos diferentes de «olas» a lo largo del viaje de nuestra vida. A causa de estas olas, a menudo nos sentimos ansiosos y temerosos, y a veces sufrimos heridas. Sin embargo, en medio de todo ello, algo que a menudo no aprendemos es cómo mantener una sensación de quietud o tranquilidad en nuestra alma, muy parecida a la calma de las profundidades bajo las olas que rompen. En el Salmo 131:2, el pasaje que analizamos hoy, el salmista describe un alma quieta, sosegada o en paz como aquella que es «como un niño destetado». ¿Por qué utiliza esta imagen en particular? En aquella época, las madres judías solían destetar a sus bebés después de unos dos o tres años. Aunque hoy en día las prácticas varían, el destete suele producirse alrededor del año de edad. Me sorprendí pensando en mi hija menor, Ye-eun; concretamente, en cómo era ella después de haber sido destetada al cumplir un año (según el cómputo estadounidense). Recuerdo vívidamente cómo descansaba tranquila en los brazos de su madre, apoyando suavemente la cabeza en su hombro. Creo que un alma que es "como un niño destetado" es aquella que descansa en el abrazo de Dios Padre. Imagino cuán tranquila y serena debe ser tal alma. Visualizo mi propia alma cayendo lentamente en el sueño, sostenida en el abrazo amoroso de Dios Padre, escuchando el sonido de los latidos de su corazón y la suave melodía de su voz. Imagino cómo me sentiría si Dios Padre me sostuviera con un brazo mientras acariciaba suavemente mi espalda con el otro, y escuchara su voz hablándole a mi alma.

En la ciudad donde vivimos, el ajetreo constante genera muchos elementos que roban a nuestras almas la quietud y la paz. Hay un clamor de voces humanas y conversaciones mundanas; sobre todo, las voces internas de nuestras propias emociones y pensamientos a menudo agitan olas turbulentas en nuestro interior. Como consecuencia, nuestras almas no logran producir esa hermosa "obra maestra" que deleita a Dios, tal como una ostra crea una perla. Deberíamos estar quietos y reconocer a Dios como Dios; sin embargo, nuestras almas parecen luchar por alcanzar la grandeza en lugar de asemejarse a un niño destetado. Al igual que los adolescentes que no anhelan el abrazo de su Padre, a menudo hemos intentado afrontar las tormentas del mundo a nuestra manera, solo para ser arrastrados por ellas y perder la quietud y la paz de nuestras almas. Debemos restaurar esta quietud y paz.

Nuestras almas deben volver al estado de un niño destetado y descansar en los brazos de Dios Padre. Cuando caminamos por la senda de la fe sostenidos en su abrazo, nuestras almas permanecen tranquilas y en paz, sin importar cuán furiosas sean las tormentas.

"Cuando la paz, como un río, acompaña mi camino, cuando las penas, como olas del mar, se agitan; sea cual sea mi suerte, Tú me has enseñado a decir: 'Todo está bien, todo está bien con mi alma'." (Himno 470)

El Dios inmutable

[Salmo 132]

Una de las palabras significativas en la Biblia es "pacto". Esta palabra representa un tema importante que recorre todas las Escrituras. Un pacto se refiere a la relación establecida entre Dios y su pueblo, una relación en la que Dios mismo toma la iniciativa y define los términos. La palabra "pacto" aparece aproximadamente 296 veces en la Biblia; en el Antiguo Testamento, la palabra hebrea se pronuncia *berit* y significa un voto, un contrato o una promesa solemne; específicamente, una alianza o acuerdo formado al pasar entre los trozos de un animal sacrificado.

En el pasaje de hoy, el Salmo 132, la palabra "juramento" aparece dos veces: en los versículos 2 y 11. La primera mención se refiere a un juramento que David hizo a Dios (versículo 2), mientras que la segunda se refiere a un juramento que Dios hizo a David (versículo 11). Es interesante notar que, si bien la palabra "fielmente" no aparece en el relato del juramento de David a Dios, *sí* aparece en el relato del juramento de Dios a David. Aquí surge una verdad clara: aunque nosotros fallemos en cumplir fielmente los juramentos que hacemos a Dios dentro de nuestra relación de pacto, Dios permanece fiel; Él es un Dios que cumple infalible y fielmente los juramentos que nos ha hecho. Por lo tanto, debemos orar con fe al Dios que es fiel a su pacto.

En el texto de hoy, Salmo 132:11, el salmista —Salomón— declara: "El SEÑOR juró a David, un juramento seguro que no revocará: 'A uno de tus propios descendientes pondré en tu trono'". Salomón oró aferrándose firmemente a la promesa que Dios había jurado a su padre

David: que un descendiente de David continuaría ocupando el trono real. Presentó su petición a Dios confiando en su fidelidad inmutable. Por eso habló del pacto de Dios ("mi pacto") en el versículo 12. ¿Qué es este "pacto"? Es el acuerdo que Dios estableció con David, el cual abarca tanto la promesa de Dios como la responsabilidad de David. Salomón oró aferrándose a este pacto porque tanto la Casa de Dios como la Casa de David eran muy importantes para él. En otras palabras, oró a Dios aferrándose al ferviente deseo de su padre David respecto al Templo y a la promesa que Dios le había hecho a David en reconocimiento de ese deseo. Así, en el Salmo 132:1 —el pasaje que hoy nos ocupa—, suplicó: «Señor, acuérdate de David y de todas sus aflicciones». Salomón oró a Dios pidiéndole que recordara el ferviente deseo de David; concretamente, su anhelo profundo por el Templo de Dios (versículos 1-5) (Park Yun-sun). Al hacerlo, Salomón apeló al Dios fiel e inmutable, aferrándose a la promesa que Él había jurado fielmente a David, sabiendo que Dios estaba al tanto de la oración ferviente de David (versículo 11). En resumen, el salmista Salomón se aferró al pacto de Dios, subió al Templo de Dios y le presentó su súplica.

Respecto a este pacto, los versículos 2 y 11 del Salmo 132 revelan que tanto David como Dios hicieron juramentos mutuos. Consideremos el juramento de David ante Dios: «Juró al Señor e hizo voto al Poderoso de Jacob» (versículo 2). Salomón pidió a Dios que recordara todas las profundas inquietudes que su padre David había tenido respecto al Templo de Dios (versículo 1). En particular, oró a Dios aferrándose al juramento y al voto que su padre había hecho (versículo 2). El juramento y el voto de David consistían en no entrar en la tienda donde habitaba ni subir a su lecho (versículo 3), ni dar sueño a sus ojos ni descanso a sus párpados (versículo 4), hasta haber hallado una morada para el Señor: un tabernáculo para el Poderoso de Jacob (versículo 5). En otras palabras, el centro del juramento y del voto de David era el Templo de Dios, el tabernáculo de Dios. David anhelaba profundamente construir el Templo de Dios porque, mientras él mismo vivía en un palacio de cedro, le angustiaba que no hubiera un templo para albergar el Arca de Dios. Por ello, juró y prometió que no entraría en su casa ni dormiría tranquilo hasta que el Templo de Dios fuera construido. Tal era el anhelo de David por la presencia de Dios y... incluso deseaba construir un templo

para albergar el Arca. En medio de esto, David halló renovada fortaleza espiritual al buscar el Arca del Pacto —que simbolizaba la presencia de Dios (v. 6)— y adoró a Dios (vv. 7-8); asimismo, exhortó a los sacerdotes a actuar con rectitud y proclamó que los santos del Señor debían gritar de júbilo (v. 9) (Park Yun-sun). Salomón, el salmista, se acercó a Dios en oración basándose en el celo que su padre David había mostrado por la casa del Señor (69:9) —un celo que lo impulsaba a esforzarse por cumplir sus juramentos y votos—, diciendo: «Por amor a tu siervo David, no rechaces a tu ungido» (132:10). Era una oración en la que Salomón pedía a Dios que no lo rechazara a él —el Ungido del Señor— por amor a su padre David (v. 10). Esta petición no se basaba en los deseos egoístas de Salomón, sino en el pacto que Dios había establecido (Park Yun-sun).

¿Cuál fue, entonces, el juramento que Dios hizo a David? Observemos el Salmo 132:11 en el texto de hoy: «El SEÑOR ha jurado a David con verdad, y no se retractará: “Pondré sobre tu trono el fruto de tus entrañas”». Las promesas juradas de Dios a David pueden resumirse en cinco puntos:

Primero, Dios prometió conceder el trono a los descendientes de David para siempre.

Observemos el Salmo 132:12: «Si tus hijos guardan mi pacto y el testimonio que les enseñaré, también sus hijos se sentarán sobre tu trono para siempre». Este pasaje es una promesa basada en 2 Samuel 7:12, donde Dios dijo a David: «Cuando tus días hayan terminado y descanses con tus antepasados, levantaré a tu descendencia para que te suceda —uno de tu propia carne y sangre— y estableceré su reino». Por supuesto, esta promesa conlleva una responsabilidad para David y sus descendientes: guardar los mandamientos de Dios.

En segundo lugar, Dios prometió elegir Sion y habitar allí para siempre. Observemos el Salmo 132:13–14: "Porque el Señor ha elegido a Sion; la ha deseado para su morada, diciendo: 'Este es mi lugar de reposo para siempre; aquí me sentaré en el trono, pues la he

deseado'". Aquí, "Sion" se refiere al pueblo escogido de Dios. En otras palabras, la promesa de Dios es que Él permanecerá con su pueblo para siempre.

En tercer lugar, Dios prometió proveer alimento abundante para la Sion que eligió.

Observemos el Salmo 132:15: "La bendeciré con abundantes provisiones; a sus pobres saciaré de pan". Esta es una promesa de que Dios otorgará abundantemente bendiciones materiales a su pueblo.

En cuarto lugar, Dios prometió hacer que sus santos se regocijaran en la salvación.

Observemos el Salmo 132:16: "Vestiré a sus sacerdotes de salvación, y sus santos cantarán de alegría". Este pasaje representa la promesa de Dios de otorgar bendiciones espirituales a su pueblo (Park Yun-sun).

En quinto lugar, Dios prometió hacer brotar un "cuerno" —es decir, a Cristo— para David.

Consideremos el Salmo 132:17–18: "Allí haré brotar un cuerno para David; he preparado una lámpara para mi ungido. Vestiré a sus enemigos de vergüenza, pero sobre él resplandecerá la corona". Aquí, la promesa de hacer brotar un cuerno para David se refiere a Cristo, mientras que la "lámpara" simboliza la revelación que proviene de Cristo.

Así, el salmista Salomón subió a la casa de Dios para orar, aferrándose a la promesa que Dios había hecho a su padre, David. Buscó la respuesta de Dios a su oración por dos razones: (1) primero, oró apoyándose en el voto que su padre David había hecho a Dios en medio de la angustia (versículo 2); y (2) segundo, oró apoyándose en el juramento que Dios mismo había hecho a David (versículo 11).

La unidad de la iglesia

[Salmo 133]

El pastor Ahn Hee-hwan (Iglesia Chamsarang), autor de un artículo titulado "La iglesia que recibe críticas a pesar de realizar una buena labor", destacó diversas formas en que la iglesia desempeña un papel positivo en el mundo. Un ejemplo que citó fue la donación de sangre; un estudio del Instituto Coreano de Ética Social Religiosa, que comparó las estadísticas de donación de sangre por religión entre 1998 y 2001, reveló que la contribución protestante alcanzó el 81,79 %. En cambio, las cifras correspondientes al catolicismo, al budismo Won y al budismo fueron de apenas el 10,54 %, el 0,55 % y el 0,86 %, respectivamente, lo que sitúa la tasa protestante en un nivel abrumadoramente alto. Un segundo ejemplo es la donación de órganos o médula ósea. Los registros desde el año 2000 hasta junio de 2002 muestran que los protestantes representaron, una vez más, un abrumador 38 % de las donaciones de médula ósea. En tercer y cuarto lugar de la lista figuran la gestión de centros de bienestar social y de organizaciones de apoyo a las personas sin hogar. A pesar de estas contribuciones, la percepción pública de la iglesia no es favorable; de hecho, a menudo es hostil. Aunque la iglesia cumple claramente su papel de "sal y luz" en el mundo —y lo hace a gran escala—, recibe más críticas que elogios. El pastor Ahn señala unas seis razones para ello; entre ellas, destaca la conducta vergonzosa de clérigos corruptos y la fragmentación de la iglesia. Cuando pastores de iglesias prominentes y conocidas cometen faltas como la malversación de fondos eclesiásticos o el adulterio, las repercusiones son enormes. Además, ver con frecuencia cómo grandes iglesias se fracturan y caen en el caos provoca inevitablemente críticas por parte del público. A medida que los aspectos negativos de la iglesia quedan expuestos ante el mundo, las actividades de los grupos anticristianos van en

aumento. Vemos con frecuencia a anticristianos organizando grupos, infiltrándose en diversas plataformas en línea y dedicándose a empañar la imagen del protestantismo. Existe incluso un grupo conocido como la "Coalición Cívica Anticristiana" que cobra cuotas de afiliación; su objetivo declarado es la erradicación del cristianismo. En este contexto, la comunidad cristiana debe arrepentirse y volverse a Dios, esforzándose por ser una iglesia que encarne verdaderamente su llamado. El mundo se volverá más oscuro y sombrío. Mientras esto sucede, la iglesia debe hacer brillar su luz con mayor intensidad en este mundo tenebroso y revelar su verdadera belleza en medio de la fealdad.

¿Cuál es, entonces, la verdadera belleza de la iglesia? Reside en que los hermanos y hermanas convivan en unidad en el Señor. Observemos el Salmo 133:1: «¡Qué bueno y agradable es que los hermanos convivan en unidad!». Recuerdo un pasaje en el que meditamos durante las reuniones de oración matutinas de la Semana de la Pasión la semana pasada: Isaías 53:2: «Creció delante de él como un renuevo tierno, como raíz de tierra seca. No tenía belleza ni majestad que nos atrajera hacia él, nada en su apariencia que nos hiciera desearlo». Jesús no poseía belleza exterior ni un porte majestuoso que cautivara al mundo; por consiguiente, la gente del mundo no muestra interés en Él. Creo que esto refleja el estado actual de la iglesia. Las personas del mundo parecen indiferentes ante la iglesia. ¿A qué se debe esto? Se debe a que, a sus ojos, la iglesia carece de una belleza que suscite admiración o, dicho de otro modo, de una belleza que atraiga a la gente. Así pues, cuando nosotros, los cristianos, miramos a nuestra iglesia, ¿existe realmente una belleza digna de admiración? Creo que la respuesta es no. Incluso a nuestros propios ojos, la iglesia ha perdido su atractivo; carece de una belleza que despierte admiración. ¿Por qué ha llegado la iglesia a este estado? ¿Por qué carece de la belleza que la haría atractiva, ya sea para el mundo o para nosotros mismos? La razón es que no obedecemos a Jesús, quien es la Cabeza de la iglesia. Jesús —que no poseía belleza exterior que lo hiciera deseable para el mundo ni siquiera para nosotros— es hermoso a los ojos de Dios. ¿Por qué es Jesús hermoso para Dios? Porque obedeció hasta el punto de morir en la cruz para cumplir la voluntad de Dios Padre (Filipenses 2:8). En otras palabras, la imagen de Jesús como el Hijo

obediente es hermosa a la vista de Dios Padre. Esta es precisamente la belleza de la iglesia del Señor, y la belleza tuya y mía como discípulos suyos. Nuestra belleza reside en obedecer la palabra del Señor. Una iglesia que obedece la palabra del Señor es hermosa a los ojos de Dios. Si la belleza de la iglesia reside en la obediencia a los mandamientos del Señor, ¿dónde reside entonces su bondad? Encuentro la respuesta en Romanos 8:28 y Efesios 2:10. Romanos 8:28 nos dice que, para aquellos que aman a Dios —los llamados conforme a su propósito—, todas las cosas cooperan para el bien. En resumen, la bondad de la iglesia es la manifestación de la bondad de Dios. Para ello, la iglesia debe experimentar continua y plenamente la bondad de Dios (Salmo 34:8). De este modo, tal como afirma Efesios 2:10, la iglesia —compuesta por aquellos «creados en Cristo Jesús para buenas obras»— debe manifestar su bondad al mundo mediante la realización de buenas acciones. Mateo 5:16 dice: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

En el Salmo 133, el salmista David —al componer un cántico para la subida al templo— declara que es verdaderamente bueno y hermoso que los hermanos habiten juntos en unidad en el Señor. Esto no se refiere a que los israelitas, el pueblo de Dios, se unieran basándose en lazos de sangre o linaje (Park Yun-sun). Más bien, significa la unidad espiritual del pueblo de Dios; apunta a la unidad de la iglesia del Señor. ¡Qué hermoso debe resultarle a Dios cuando la iglesia obedece el mandamiento del Señor de amarse unos a otros: amando con el amor de Dios, viviendo en armonía y manteniendo la unidad de la iglesia! Cuando el mundo sea testigo de tal unidad, la gente no injuriará, criticará ni señalará a la iglesia; al contrario, se sentirá atraída hacia ella. Como cristianos, cuando obedecemos la palabra del Señor y nos amamos unos a otros, preservando así la unidad de la iglesia, nosotros también contemplaremos la hermosa imagen de Jesús dentro de ella. Por tanto, debemos prestar atención a la palabra de Dios sobre la unidad de la iglesia. Mediante la muerte expiatoria de Jesucristo, Dios salvó a su pueblo escogido y lo unió como uno solo en Cristo (Efesios 1:10). En consecuencia, la iglesia debe «esforzarse por mantener la unidad

del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:3). La iglesia, que es el cuerpo del Señor, debe «edificarse a sí misma en amor» (5:16).

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 133:2–3a, el salmista David ilustra la bondad y la belleza del pueblo de Dios —la iglesia— habitando en unidad, mediante dos comparaciones.

(1) David lo describe como «el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras» (versículo 2).

El aceite derramado sobre la cabeza de Aarón era fragante, rico y poseía una cualidad que hacía que se extendiera. Así como el aceite vertido sobre la cabeza de Aarón fluía por su barba hasta el borde de sus vestiduras, el amor fraternal es un amor que Dios derrama y hace que se extienda (Park Yun-sun). Romanos 5:5 nos dice que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado —a nosotros, que hemos sido justificados por la fe en Jesús. Debemos poner en práctica este amor de Dios que ha sido derramado. En otras palabras, este amor de Dios que se extiende debe existir dentro de la iglesia. Debemos amarnos unos a otros con este amor de Dios que se propaga. Al hacerlo, la iglesia puede mantener su unidad. En consecuencia, puede manifestar la bondad y la belleza de la iglesia.

(2) David describe la bondad y la belleza del pueblo de Dios —la iglesia— habitando juntos en unidad, comparándolo con «el rocío del Hermón, que desciende sobre los montes de Sion» (versículo 3).

Según el pastor John MacArthur, el monte Hermón es una cumbre imponente en el norte de Palestina que alcanza una elevación de 9200 pies. La humedad de la nieve en su cima se evapora, viaja hacia el sur y desciende como rocío sobre la tierra de Judá (Park Yun-sun). El rocío es vital para Judá; sin él, los cultivos no pueden sobrevivir. Por tanto, cuando David compara la unidad de la iglesia con el rocío del Hermón que cae sobre Sion, da a entender

que —al igual que el rocío se extiende hacia abajo desde las alturas del monte Hermón— el verdadero amor divino es derramado por Dios sobre la iglesia desde lo alto. Además, el texto afirma: «Porque allí envió Jehová bendición, y vida eterna» (parte final del versículo 3). Esto significa que Dios ha dispuesto que la bendición de la «vida eterna» exista dondequiera que esté presente su amor (Park Yun-sun). En efecto, cuando el amor de Dios habita en la iglesia, esta puede disfrutar de la bendición de la vida eterna.

El salmista David declara: «¡Cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!» (versículo 1). La bondad y la belleza de la iglesia del Señor residen en que los hermanos y hermanas habiten juntos en unidad. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. A medida que ese amor se extiende a nuestros hermanos y hermanas, la iglesia es capaz de mantener la unidad en Jesucristo. Cuando esto sucede, la iglesia se vuelve buena y hermosa a los ojos de Dios. Es mi oración que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia buena y hermosa ante los ojos de Dios.

«Bendecid al Señor»

[Salmo 134]

El jueves pasado reflexioné sobre «la gracia suficiente de Dios». Medité en ello basándome en las palabras de 2 Corintios 12:9: «Pero él me dijo: "Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad". Por tanto, con gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo». Estas fueron las palabras que el Señor dirigió al apóstol Pablo cuando este le rogó tres veces que quitara el «aguijón en mi carne» que se le había dado. Al recibir esta palabra, Pablo comprendió que el poder de Dios se perfeccionaba en su debilidad mediante la gracia suficiente de Dios y, en consecuencia, se regocijó grandemente. Piénselo bien: Pablo había pedido a Dios tres veces que quitara aquel aguijón en su carne, pero no recibió la respuesta que buscaba; en cambio, recibió la seguridad de que «mi gracia te basta». Fue precisamente gracias a esa gracia suficiente que pudo regocijarse grandemente aun mientras seguía soportando aquel aguijón. La razón por la que volví a reflexionar sobre esta gracia suficiente fue que, el jueves pasado, mi suegro —a pesar de no haber podido someterse a una cirugía programada— confesó su fe en la gracia suficiente de Dios. Junto con el pastor y los ancianos de la iglesia a la que sirve, dio gracias y se regocijó grandemente. Aunque no conozco todos los detalles, imagino que no debió ser fácil dar gracias y regocijarse en tal situación; al presenciar su respuesta, no pude evitar confesar que nuestro Dios es verdaderamente un Dios bueno. En medio de esto, vino a mi mente la canción evangélica «Good, Good God» (Dios bueno, bueno): «Dios bueno, bueno; Dios bueno, bueno; mi Dios verdaderamente bueno». Así como Pablo y Silas alabaron a Dios mientras estaban en prisión —incluso ante la perspectiva de ser ejecutados al día

siguiente—, la gracia suficiente de Dios nos capacita también a nosotros para alabarlo en nuestras propias vidas.

En el pasaje de hoy, tomado del Salmo 134:1-2, el salmista repite dos veces la exhortación a «bendecir al Señor». ¿Cuál es, entonces, el significado de «bendecir» en este contexto? Hay muchas palabras en la Biblia que denotan «alabanza». Entre ellas, tres aparecen con mayor frecuencia. Cada una de estas tres palabras arroja luz sobre el significado de la alabanza desde una perspectiva y un contexto diferentes.

(1) La primera palabra es *hillel*.

Al ser la palabra para «alabanza» que aparece con mayor frecuencia en el Antiguo Testamento, su significado básico es «jactarse» o «elogiar». Este verbo se utiliza tanto al alabar a las personas (Génesis 12:15; 2 Samuel 14:25; Proverbios 12:8) como al alabar a Dios. En cambio, el verbo griego correspondiente en el Nuevo Testamento, *aineo*, se emplea exclusivamente para referirse a Dios. El ministerio de la alabanza consiste en jactarse de Dios y exaltarlo. Implica reconocer cuán magnífico es Dios y las cosas asombrosas que ha hecho, para luego expresar el asombro que nos producen tales realidades. Así, la alabanza comienza centrándose en el carácter y las obras de Dios, y se manifiesta acompañada de un sentido de maravilla. Además, la alabanza va ligada a emociones como la admiración, el entusiasmo, la profunda conmoción, el orgullo y el júbilo; sentimientos que surgen cuando nuestro propio ser se encuentra con el carácter y las obras de Dios. (2) La segunda palabra es *hodah*.

Aunque a menudo se traduce como «dar gracias», su significado fundamental es «confesar». El verbo griego correspondiente en el Nuevo Testamento, *homologeo*, también significa «confesar». El sentido de *hodah* difiere considerablemente del concepto de «gratitud» en nuestra sociedad, que suele ser una reacción ante alguien que nos da algo bueno o nos hace un favor. Por el contrario, *hodah* y su forma sustantiva, *todah*, aparecen frecuentemente

en contextos de tribulación, como en el Salmo 50:14-15 y en 2 Crónicas 20:21. En otras palabras, *hodah* es el acto de alabar a Dios en medio de circunstancias difíciles, recordando que el Dios bueno y fiel gobierna el mundo entero y protege y cuida a sus hijos. Alabar a Dios en medio de la tribulación significa mirar más allá del problema para contemplar la autoridad, el poder y el plan maravilloso de Dios; implica confiar en Él aun cuando la situación misma resulte incomprensible. El ministerio de la alabanza fomenta la confianza en Dios al poner nuestra mirada en su autoridad y su poder. (3) La tercera palabra es «berek», que aparece en el texto de hoy, el Salmo 134:1-2.

En la Versión Coreana Revisada (*Gaeyeok Hangeul*), esta palabra se traduce de tres maneras diferentes según el sujeto y el objeto: (a) cuando Dios «berek» a una persona, se traduce como «bendecir» (otorgar bendición); (b) cuando una persona «berek» a otra, se traduce como «bendecir» (invocar bendición); y (c) finalmente, cuando una persona «berek» a Dios, se traduce como «alabar» o «bendecir» (en el sentido de exaltar). Aquí, el término referido a bendecir a Dios significa reconocer o dar testimonio de que Dios es verdaderamente Dios, en lugar de implicar que un ser humano otorga una bendición a Dios. Mientras que el término mencionado anteriormente, *hodah*, se centra en la naturaleza de Dios —uno de los dos aspectos de la alabanza, siendo el otro sus obras—, *berek* sirve como testimonio de las acciones de Dios, específicamente de la gracia y las bendiciones que Él ha otorgado. Además, mientras que *hodah* implica recordar y confesar la naturaleza de Dios en medio de la tribulación, *berek* es una confesión de gratitud por haber superado dificultades mediante la ayuda de Dios.

En el pasaje de hoy —un Cántico de Ascenso—, el salmista exhorta a «todos los siervos del Señor» a ofrecer alabanza a Dios, una confesión de gratitud por superar adversidades mediante su ayuda (versículo 1). Aquí, «siervos del Señor» se refiere a los levitas (sacerdotes) que ministraban al pueblo de Dios en el santuario. Específicamente, señala a aquellos siervos fieles que ministraban en el santuario del Señor incluso durante la noche. El salmista insta a todos estos siervos fieles a «bendecir al Señor». Llama a todos los siervos de Dios —

quienes ministraban fielmente en el santuario, sostenidos por la ayuda fiel de Dios— a bendecirle. Les instruye a bendecirle «alzando [sus] manos hacia el santuario» (versículo 2). Esta exhortación invita a bendecir (alabar) a Dios con el corazón, o con todo el ser (Park Yun-sun). ¿Qué hace Dios por tales personas? La Biblia afirma que Él derrama bendiciones sobre ellas. Observemos el versículo 3 del pasaje de hoy: «Que el Señor, creador del cielo y de la tierra, te bendiga desde Sion». Al exhortar a todos los siervos fieles de Dios —quienes ministran en el santuario incluso durante la noche— a bendecir al Señor, el salmista también pronuncia una bendición sobre ellos. En particular, oró para que «el SEÑOR, creador del cielo y de la tierra», los bendijera; la razón para dirigirse a Él como «el SEÑOR, creador del cielo y de la tierra» es revelar que Dios posee un poder infinito para bendecir a todos sus siervos fieles (Park Yun-sun). Es este Dios —que posee un poder infinito para otorgar bendiciones— quien bendice a todos sus siervos fieles.

Dios bendice a todos sus siervos que le alaban. Independientemente de las circunstancias en las que nos encontremos, ruego que podamos ofrecer alabanza con corazones llenos de gratitud hacia Dios, sostenidos por su gracia suficiente.

¡Alabad al SEÑOR!

[Salmo 135]

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, meditamos en la Palabra de Dios basándonos en el Salmo 134, bajo el tema "Bendecid al SEÑOR". Recibimos el mensaje de que todos los siervos fieles de Dios —aquellos que viven vidas victoriosas gracias a Su ayuda fiel— deben bendecir a Dios con confesiones de gratitud. Posteriormente, durante nuestro retiro de oración de toda la noche el viernes y sábado pasados, meditamos en el capítulo 8 de Nehemías y fuimos testigos de cómo Esdras y el pueblo de Israel alababan a Dios en medio del avivamiento provocado por Su Palabra. ¿Por qué alababan a Dios? Porque el gran Dios, mediante Su poderoso poder, había llevado a cabo la monumental tarea de reconstruir los muros de Jerusalén en tan solo 52 días. ¿Qué lección nos dejan estos pasajes? Que debemos alabar a Dios. Nuestro Dios es digno de alabanza. Cuando reflexionamos sobre las obras de salvación que Dios ha realizado, está realizando y realizará en nuestras vidas, nos sentimos impulsados a alabarle.

En el pasaje de hoy, Salmo 135:1-3, el salmista nos exhorta cuatro veces a "alabar al SEÑOR". ¿Por qué nos insta repetidamente a alabar a Dios de esta manera? El texto nos da la razón: "Alabad al SEÑOR, porque el SEÑOR es bueno; cantad alabanzas a Su nombre, porque es hermoso" (versículo 3). Al comienzo mismo del salmo, el salmista nos llama a alabar a Dios porque Él es bueno. La lección aquí es que debemos alabar a Dios simplemente por quién es Él: porque Él es Dios. El salmista confiesa que alabar a este Dios bueno es un acto deleitable (descrito como "agradable" o "hermoso" en el versículo 3). ¿Experimentamos nosotros, al igual que el salmista, la verdadera alegría de alabar a Dios hoy? Una alegría que

surge al probar Su bondad, al saber que Él es verdaderamente bueno. Aun cuando no podamos comprender plenamente las obras que Dios realiza en nuestras vidas, debemos confiar en que, puesto que Él es bueno, hará que todas las cosas cooperen para el bien; apoyándonos únicamente en Su bondad, debemos ofrecerle alabanza con fe.

A partir del versículo 4, el salmista explica con mayor detalle por qué debemos alabar a Dios. Él expone cuatro razones distintas para ello (tal como señala Park Yun-sun). Hoy, me propongo reflexionar sobre estas cuatro razones. A través de esta reflexión, espero que todos lleguemos a comprender la bondad de Dios y a experimentar el gozo de alabarle.

En primer lugar, la razón por la que debemos alabar a Dios es que Él nos ha elegido como su propia posesión especial.

Consideremos el Salmo 135:4: «Porque el Señor ha escogido a Jacob para sí, a Israel como su posesión especial». El salmista afirma que la razón por la que Dios eligió a Israel como su posesión especial fue «para sí mismo». ¿Cómo pudo Dios elegir a un pueblo como los israelitas —cuyos corazones eran obstinados y que se deleitaban en el pecado— como su posesión especial «para sí mismo»? Para responder a esta pregunta, no debemos centrarnos en los israelitas, los que fueron elegidos. Solo podemos captar el sentido de la frase «para sí mismo» cuando miramos a Dios, Aquel que realizó la elección. ¿Por qué eligió Dios a un pueblo como los israelitas «para sí mismo»? La razón es que Dios los amaba. Observemos Deuteronomio 7:6-8: «Porque tú eres pueblo santo para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para ser un pueblo para sí mismo, un tesoro especial por encima de todos los pueblos sobre la faz de la tierra. El Señor no puso su amor en vosotros ni os eligió porque fuerais más numerosos que cualquier otro pueblo, pues erais el más pequeño de todos los pueblos; sino porque el Señor os ama…». La razón por la que Dios nos eligió a ti y a mí es que nos ama. Porque Dios nos ama, nos eligió para ser su posesión especial. El término «posesión especial» (o «posesión preciada») se refiere aquí a un «pueblo preciado» (Deuteronomio 26:18). Dios no solo nos ha hecho a ti y a mí un pueblo preciado,

sino que también nos ha reconocido como tal (Deuteronomio 26:18). Por tanto, debemos alabar a Dios. Habiendo sido elegidos como su pueblo preciado dentro del amor de Dios, es justo y debido que le alabemos.

En segundo lugar, la razón por la que debemos alabar a Dios es que disfrutamos de la gracia común que Él otorga. Observemos el Salmo 135:6: «Todo lo que el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos». El gran Dios que creó los cielos y la tierra (versículo 5) es el Dios que gobierna todas las cosas en el mundo natural. Él dirige activamente todos los acontecimientos de la naturaleza —ya sean grandes o pequeños— conforme a su buena voluntad (versículo 6), incluso en este preciso instante. Dios ejerce soberanía sobre todas las cosas, e incluso mueve el mundo natural para sustentar al preciado pueblo que ha elegido para vivir en esta tierra. Por ejemplo, consideremos la parábola del hijo pródigo en Lucas 15: Dios hizo que una gran hambruna azotara la tierra donde se encontraba el hijo —quien había malgastado la herencia de su padre llevando una vida desenfrenada— (versículo 14); esta miseria lo impulsó a regresar a su padre. Otro ejemplo es el Éxodo, cuando Dios libró a los israelitas del Faraón enviando plagas —como granizo y tinieblas— sobre el Faraón y los egipcios. De esta manera, Dios mueve la naturaleza y sigue obrando en nuestras vidas, las de nosotros, su pueblo escogido. Si bien Dios nos concede abundancia mediante cosechas generosas, también permite que experimentemos tiempos de escasez a causa de la sequía. Tal como retuvo la lluvia cuando el rey Acab pecó y luego la envió de nuevo en respuesta a la oración de Elías, Dios controla la naturaleza para proveer la lluvia que necesitamos en el momento oportuno, o para retenerla cuando Él lo considera conveniente. Lo más importante es que reconozcamos por fe la obra soberana de Dios en todos estos acontecimientos. Además, debemos alabar a Dios, agradecidos por la gracia natural (o gracia común) de la que disfrutamos en medio de sus acciones soberanas.

En tercer lugar, debemos alabar a Dios porque nos ha otorgado la gracia especial de la salvación.

Observemos el Salmo 135:12: «Dio sus tierras en heredad, en heredad a su pueblo Israel». En teología, la gracia de Dios se clasifica en dos tipos: gracia común (o gracia natural) y gracia especial. La gracia común es la gracia de Dios derramada sobre toda la humanidad: un favor inmerecido que permite incluso a los impíos beneficiarse de la lluvia y cultivar la tierra. La gracia especial, en cambio, es la gracia de Dios otorgada únicamente a los santos: su pueblo. ¿Qué es esta gracia especial? Es nuestra salvación. Como personas que han sido salvadas, debemos alabar a Dios. En el pasaje de hoy, el Salmo 135:8–14, el salmista relata las obras poderosas de Dios al liberar de Egipto al pueblo de Israel —a quien Él amó y eligió— durante el Éxodo. El salmista comienza describiendo las diez plagas milagrosas que Dios envió sobre Egipto (versículo 9), destacando la mayor de ellas: la décima plaga que acabó con los primogénitos, tanto de hombres como de animales (versículo 8). Luego narra cómo Dios usó su poder para derrotar a las tribus cananeas cuando Israel entró en la Tierra Prometida (versículos 10–11) y cómo entregó Canaán a los israelitas como herencia (versículo 12). Finalmente, en los versículos 13–14, el salmista declara que la obra salvadora de Dios debe proclamarse a través de todas las generaciones. La razón es que esta obra sirve como testimonio del amor de Dios hacia Israel (Park Yun-sun). Por tanto, si amamos a Dios, debemos proclamar su gracia especial de salvación. Además, no debemos olvidar la gracia salvadora que Dios ha mostrado en nuestro pasado; al recordarla y compartirla, podemos tener la certeza de la salvación de Dios, no solo en nuestra vida actual, sino también en medio de las adversidades y dificultades que podamos enfrentar en el futuro. Con esa certeza, debemos alabar a Dios con fe.

En cuarto y último lugar, la razón por la que debemos alabar a Dios es que, a diferencia de todos los ídolos, Él es el Dios verdadero.

Consideremos el Salmo 135:15–17: «Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos humanas. Tienen boca, pero no hablan; tienen ojos, pero no ven; tienen oídos, pero no oyen; ni hay aliento en sus bocas». Aquí, el salmista expone por qué el pueblo escogido y precioso de Dios —aquellos que creen en el Dios de la salvación— debe alabarlo. En

esencia, declara que debemos alabar a Dios porque solo el Dios de nuestra salvación es el Dios verdadero (Park Yun-sun). Los ídolos falsos poseen boca pero no pueden hablar, ojos pero no pueden ver y oídos pero no pueden oír. Estos dioses muertos, incapaces incluso de respirar, son totalmente falsos. Por ello, el salmista afirma: «Como ellos serán los que los hacen y todos los que en ellos confían» (v. 18). Dado que la adoración a los ídolos tiene su raíz en la falsedad, solo acarrea sufrimiento a quienes la practican (Park Yun-sun). Dios, sin embargo, nos amó lo suficiente como para elegirnos como su pueblo precioso y salvarnos. Mediante el pacto establecido en Jesucristo, nos hemos convertido en el pueblo del pacto de Dios y hemos obtenido una herencia eterna: la vida eterna. Él ha llegado a ser nuestro Dios, y nosotros hemos llegado a ser su pueblo. Por tanto, debemos alabar al Dios verdadero, que es nuestro Salvador. En el pasaje de hoy, el Salmo 135:1–3, el salmista nos exhorta cuatro veces a «alabar al Señor»; asimismo, en los versículos finales (19–20), el llamado a «bendecir al Señor» aparece cuatro veces: «¡Casa de Israel, bendecid al Señor! ¡Casa de Aarón, bendecid al Señor! ¡Casa de Leví, bendecid al Señor! ¡Vosotros, los que teméis al Señor, bendecid al Señor!». Así como el salmista comienza instándonos cuatro veces a «alabar al Señor», concluye instándonos cuatro veces a «bendecir al Señor». Él nos llama a bendecir al SEÑOR porque Dios nos ha elegido como su posesión especial —concediéndonos no solo las bendiciones de la gracia común, sino también la gracia de la salvación—, convirtiéndose así en nuestro verdadero Dios. Luego ofrece esta confesión final: «¡Que el SEÑOR, que habita en Jerusalén, sea alabado desde Sion! ¡Aleluya!» (v. 21). Oro para que tú y yo experimentemos la bondad del SEÑOR Dios —quien es digno de toda alabanza— y saboreemos el gozo de alabarlo.

«Den gracias al SEÑOR»

[Salmo 136]

Durante la reunión de oración del sábado pasado por la mañana, reflexionamos sobre el concepto de un «filtro espiritual». Esta idea surgió a raíz de la visita de un técnico que vino a reparar el purificador de agua de nuestra iglesia y explicó que el problema residía en el filtro mismo. Así como un filtro defectuoso en el purificador obstaculizaba el flujo de agua potable, comprendí que un problema en el filtro espiritual de nuestra iglesia podría impedir que ciertas cosas se expresaran adecuadamente. Esta reflexión se basó específicamente en Efesios 5:15–21. En este contexto, el «filtro espiritual» se refiere a la «sabiduría». En otras palabras, aprendimos que nuestra iglesia debe ejercer discernimiento espiritual —guiada por la sabiduría dada por Dios— para aceptar lo que debe aceptarse y rechazar lo que no. Aprendimos que debemos aprovechar bien el tiempo, comprender la voluntad del Señor y vivir una vida llena del Espíritu Santo; además, aprendimos que tal vida llena del Espíritu se manifiesta de tres maneras: «alabanza/adoración», «acción de gracias» y «sumisión». Es decir, aquellos que están llenos del Espíritu Santo ofrecen alabanza y adoración a Dios, dan gracias constantemente a Dios Padre desde el corazón y se someten unos a otros por reverencia a Cristo (versículos 19–21). ¿Estamos tú y yo viviendo verdaderamente una vida llena del Espíritu Santo?

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, recibimos la exhortación a «alabar al SEÑOR», basada en el Salmo 135. Con este mismo espíritu, al observar el texto de hoy —el Salmo 136:1—, encontramos al salmista instándonos: «Den gracias al SEÑOR, porque él es bueno; su amor permanece para siempre». La razón por la que el salmista nos exhorta a dar

gracias a Dios es que Dios es bueno. En el Salmo 135, el salmista nos instaba a «alabar al SEÑOR» porque él es bueno, mientras que en el pasaje de hoy, el Salmo 136, nos exhorta a «dar gracias al SEÑOR». En este pasaje, al tiempo que nos llama a dar gracias a Dios, declara repetidamente en cada versículo —veintiséis veces en total— que «su amor inagotable permanece para siempre». La razón por la que debemos dar gracias a Dios es que Él nos ama con un amor eterno y nos revela su bondad. Dios ha mostrado su bondad hacia nosotros en el pasado, continúa mostrándola en el presente y seguirá mostrándola en el futuro. ¿Por qué nos revela Dios su bondad de esta manera? Porque nos ama con su amor eterno.

En este contexto, el salmista expone cuatro razones específicas por las que debemos dar gracias a Dios.

La primera razón es que debemos dar gracias a Dios porque Él es grande (versículos 1–3).

Observemos el Salmo 136:2–3: «Dad gracias al Dios de los dioses, porque para siempre es su misericordia. Dad gracias al Señor de los señores, porque para siempre es su misericordia». El salmista declara que debemos dar gracias a Dios porque Él es supremo sobre todos los dioses y todos los señores; es decir, Él es el Dios verdadero entre los dioses y el Señor verdadero entre los señores. En otras palabras, nos dice que debemos dar gracias a Dios por quién es Él. Me viene a la mente la canción evangélica «Nombre sobre todo nombre»: «Nombre sobre todo nombre, Jesús es el Señor, Jesús es el Señor / Que todos se inclinen y adoren; Jesús es el Señor de todo / Jesús es el Señor, Jesús es el Señor; toda la creación levanta la mirada / Dando gloria ante su trono; Jesús, Jesús, Jesús es el Señor». La razón por la que debemos ofrecer acción de gracias, alabanza y adoración a Dios es que Él es el Dios y Señor supremo sobre todos los demás dioses y señores. Este Dios grande y bueno sigue amándote a ti y a mí con su amor eterno incluso ahora. Por tanto, debemos dar gracias a nuestro gran Dios.

En segundo lugar, la razón por la que debemos dar gracias a Dios se encuentra en el relato de su creación de los cielos y la tierra (versículos 4–9).

Observemos el Salmo 136:4: «Dad gracias a aquel que solo hace grandes maravillas, porque para siempre es su misericordia». Durante el servicio de oración del miércoles pasado, al meditar en el Salmo 135, aprendimos que una segunda razón específica para alabar a Dios es la gracia natural que Él otorga (versículos 6–7). El gran Dios que creó los cielos y la tierra (versículo 5) es quien gobierna todas las cosas en el mundo natural. Él orquesta cada acontecimiento de la naturaleza —ya sea grande o pequeño— conforme a su beneplácito (versículo 6); de hecho, Él mueve el mundo natural para que su pueblo escogido y preciado pueda habitar sobre la tierra. Así, aprendimos que debemos alabar a Dios por esta gracia natural. En el pasaje de hoy, el Salmo 136:4–9, el salmista nos invita a dar gracias a Dios por las "grandes maravillas" que realizó al crear los cielos y la tierra. Tras haber señalado la propia naturaleza de Dios —quién es Él— como la razón principal para dar gracias (versículos 1–3), el salmista pasa en el versículo 4 a las "grandes maravillas" que Dios realiza por sí solo. ¿Cuáles son, entonces, estas "grandes maravillas" que Dios realiza por sí solo? El salmista las describe en los versículos del 5 al 9. Nos dice que debemos dar gracias a Dios por las grandes maravillas de la creación: Él "hizo los cielos con sabiduría" (versículo 5), "extendió la tierra sobre las aguas" (versículo 6), "hizo grandes lumbreras" (versículo 7), "puso el sol para que señorease en el día" (versículo 8) y "puso la luna y las estrellas para que señoreasen en la noche" (versículo 9). El Dios Todopoderoso, que creó los cielos y la tierra, nos revela su grandeza y majestad a través de todas las maravillas de la creación. Por tanto, a través de los cielos y la tierra que Él ha hecho, [reconocemos] su grandeza y... Debemos dar gracias a Dios al contemplar su grandeza. Me viene a la mente la canción evangélica "Grande es el Señor": "Dad gloria al gran Señor en la ciudad de Dios, en su monte santo; hermoso en su elevación, alegría de toda la tierra: el monte Sion al norte, la ciudad del gran Rey. (Coro) Cantad aleluya, cantad aleluya, cantad aleluya: la ciudad del gran Rey". Debemos dar gracias a Dios porque el gran Señor ha realizado grandes obras y ha revelado su gran gloria.

En tercer lugar, la razón por la que debemos dar gracias a Dios es que Él nos ha redimido (versículos 10–22). En el pasaje de hoy —Salmo 136:10–22—, el salmista nos invita a dar gracias a Dios recordando cómo Él libró a los israelitas de Egipto, realizó grandes maravillas en el desierto (versículo 4), los condujo a la Tierra Prometida de Canaán y les entregó dicha tierra como herencia. Nos exhorta a dar gracias recordando cómo Dios —con mano poderosa y brazo extendido (versículo 12)— hirió a los primogénitos de Egipto (versículo 10) y sacó a los israelitas de allí (versículo 11); cómo abrió el Mar Rojo (versículo 13), permitiendo que los israelitas cruzaran en seco (versículo 14) mientras derribaba al faraón y a su ejército en el mar (versículo 15); cómo los guio a través del desierto (versículo 16) y derrotó a grandes reyes (versículo 17) y reyes famosos (versículo 18), incluido Og, rey de Basán (versículo 20); y cómo, finalmente, entregó la Tierra Prometida de Canaán a Israel como herencia (versículos 21–22). Este pasaje habla de la gracia especial que Dios otorga a su pueblo escogido: aquellos a quienes amó e hizo su posesión especial, un pueblo preciado (135:4). En otras palabras, la razón por la que debemos alabar y dar gracias a Dios es su gracia salvadora. Como receptores de la gracia especial de Dios, debemos darle gracias, y volver a darle gracias. Porque Él nos amó a ti y a mí… Dios, quien nos eligió y nos libró del reino de Satanás —comparado con Egipto—, nos guía a través de este mundo, que es como un desierto. Como receptores de la gracia de la salvación, debemos ofrecer un agradecimiento infinito a Dios, quien nos ha concedido una herencia eterna y la vida perdurable.

En cuarto lugar, una razón por la que debemos dar gracias a Dios es por su providencia (versículos 23–26).

Mediante su providencia, Dios obra en la vida de las personas que ha elegido y ama —protegiéndolas, guiándolas y proveyendo para ellas—, revelando así su gloria. La providencia de Dios, tal como se observa en el Salmo 136:23, implica el hecho de que Él permitió que el pueblo de Israel cayera en un «estado de humillación». Aquí, este «estado de humillación» se refiere a su cautiverio en Babilonia. ¿Por qué permitió Dios que los israelitas

cayeran en una condición tan baja? Fue a causa de sus pecados. Cuando el pueblo de Israel pecó y no se arrepintió, Dios permitió que experimentaran esta humillación como consecuencia de su mal proceder. En consecuencia, mientras se encontraban en ese estado de humillación, los israelitas reconocieron sus pecados y se arrepintieron. ¿Cómo respondió Dios? Los libró de sus adversarios (versículo 24). Aunque Dios había utilizado a Babilonia para disciplinar a sus amados hijos —Israel— por sus pecados, finalmente derribó a Babilonia, rescató a su pueblo de sus manos y les permitió regresar a la tierra de Judá. Posteriormente, Dios les proveyó alimento (versículo 25). Debemos dar gracias a Dios por proveer nuestro pan de cada día. Al recibir nuestro sustento diario, debemos estar agradecidos por la misericordia amorosa de Aquel que lo provee. Debemos «dar gracias al Dios de los cielos». ¿Por qué? La razón es que la misericordia amorosa de Dios permanece para siempre (v. 26).

Se puede medir la fe de una persona observando con qué frecuencia brotan de sus labios palabras de acción de gracias a Dios. Los creyentes que simplemente dan gracias a Dios al experimentar su gracia y su amor son verdaderamente maduros. Por el contrario, sin importar la posición o el título que un creyente pueda ostentar, si sus palabras están llenas de quejas e insatisfacción, es inmaduro. Demos todos gracias a Dios, simplemente porque Él es Dios. También damos gracias al reflexionar sobre las grandes maravillas que ha realizado, como la creación de los cielos y la tierra y la gracia de la salvación. Además, debemos dar gracias por la providencia de Dios; agradezcamos a Aquel que nos levanta cuando estamos abatidos y nos provee nuestro pan de cada día.

¡Den gracias a Dios!

«Den gracias al Señor, porque él es bueno; su amor permanece para siempre» (Salmo 136:1).

¿Cómo debemos celebrar el Día de Acción de Gracias? Especialmente hoy, al conmemorar el domingo de Acción de Gracias, ¿qué debemos hacer? Debemos dar gracias a Dios. ¿Por qué motivos das gracias a Dios?

Al mirar atrás y recordar el año que termina, quiero que todos ofrezcamos juntos nuestra gratitud a Dios durante este culto conjunto de Acción de Gracias. Aunque hemos enfrentado —y seguimos enfrentando— dificultades económicas, no solo en los Estados Unidos sino en todo el mundo, miremos todos a Dios y demos gracias aun en medio de tales circunstancias. ¿Por qué debemos dar gracias a Dios? Hay dos razones:

La primera razón es que Dios es bueno.

¿Crees que Dios es bueno? Si respondiste «Sí» o «Amén», ¿crees que Dios es *siempre* bueno? Si estás atravesando un momento difícil, ¿puedes aun así confesar que Dios es bueno? Al recordar este año, creo que Dios ha demostrado su bondad a nuestra familia de la iglesia. Como Dios es bueno, no puede evitar derramar bondad sobre nosotros. Por lo tanto, creo que a través de los diversos acontecimientos de este año, Dios ha obrado —y sigue obrando— para que todas las cosas cooperen para el bien. Demos gracias a Dios, pues, confiando en su bondad. Dios es bueno. ¡Todo el tiempo!

En segundo lugar, la razón por la que debemos dar gracias a Dios es que su amor (su misericordia y bondad) permanece para siempre.

Amigos, las dificultades económicas u otros problemas que enfrentamos duran, a lo sumo, setenta u ochenta años; aunque, en realidad, es probable que no duren tanto tiempo. Sin embargo, el amor de Dios por nosotros no se limita a un lapso de setenta u ochenta años; su amor es eterno. Dios nos amó y nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4). Él nos dio el precioso regalo de la fe por su gracia (2:8). También nos capacitó para aceptar a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor. En consecuencia, nos ha dado el regalo de la vida eterna (Romanos 6:23). Si comprendemos aunque sea una fracción de este amor eterno de Dios, ¿cómo no habríamos de darle gracias? Al mirar atrás y repasar este año, me siento especialmente agradecido por el amor que Dios nos ha revelado a través de Su Palabra. En otras palabras, doy gracias porque he experimentado el amor de Dios mediante Su Palabra, y sigo experimentándolo incluso ahora. A lo largo de este año —nuestro «Año de meditación en la Palabra»—, mientras leían, escuchaban, meditaban y estudiaban la Palabra de Dios, seguramente han recibido gracia de Él. He resumido brevemente en tres puntos el amor de Dios que experimenté a través de esa gracia:

(1) Dios me dio fortaleza a través de Su Palabra.

En particular, me fortaleció aumentando mi fe mediante el mensaje de la Epístola a los Romanos. (2) Dios me guio a través de Su Palabra.

En particular, Dios me guio a través de los Salmos, llevándome a orar con fe en Su soberanía y reconociéndolo como el Dios verdadero.

(3) Dios infundió esperanza en mí al permitirme escuchar la noticia más grande de todas: el Evangelio de Jesucristo.

Dios no solo avivó mi alma mediante Su Palabra, sino que también inspiró esperanza al permitirme meditar más profundamente en Jesucristo a través de esa misma Palabra.

¿Cómo se sienten al recordar el año que acaba de pasar? Demos todos gracias a Dios, recordando la gracia que Él nos otorgó mientras meditábamos en Su Palabra. Nuestro Dios es bueno. Su amor y misericordia hacia nosotros permanecen para siempre. Por tanto, ofrezcamos todos alabanza y adoración a Dios con gratitud.

«¡Den gracias al Señor, porque Él es bueno; su amor permanece para siempre!» (Salmo 136:1).

Cuando pensamos en la iglesia

[Salmo 137]

El 14 de mayo de 2009, encontré un artículo en el sitio de noticias en línea *Kukmin Ilbo Mission Life* titulado «Declaración de emergencia de unos 300 líderes cristianos instando a la autorreflexión en la iglesia coreana». Bajo el encabezado «Declaración sobre la responsabilidad evangélica y la autopurificación de los pastores», proclamaron ocho puntos: primero, nos arrepentimos por no haber permanecido fieles a los valores evangélicos; segundo, reflexionamos sobre el fracaso de la iglesia en amarse mutuamente en medio de la división y el conflicto; tercero, reconocemos la laxitud moral entre los pastores y nos comprometemos a mantener un estándar moral más elevado; cuarto, reconocemos la necesidad de rectificar la polarización entre iglesias causada por una obsesión con el crecimiento; quinto, nos esforzaremos por convertirnos en autoridades en espiritualidad en lugar de buscar títulos y honores mundanos; sexto, nos empeñaremos en cultivar la piedad personal y ejercer una influencia saludable en la sociedad; séptimo, buscaremos una gobernanza eclesiástica íntegra fundamentada en el Evangelio; y octavo, nos dedicaremos a la misión de la iglesia de servir como luz y sal del mundo. Al leer estos ocho puntos de la declaración de emergencia, los consideré verdaderamente valiosos. Si nuestras iglesias vivieran de acuerdo con esta declaración, funcionarían verdaderamente como iglesia y darían gloria al Señor. En particular, sentí que el primer punto era el núcleo de todos ellos: la necesidad de que nuestra iglesia se arrepienta por no haber sido fiel a los valores evangélicos. El texto desarrolla este primer punto de la siguiente manera: «Proclamar el evangelio de salvación —transmitido por los apóstoles y consumado mediante la sangre derramada y la muerte de Jesucristo en la cruz— y defender lo que los reformadores lograron

a través del martirio...». «Declaramos nuestro compromiso de mantener la tradición reformada. La iglesia, edificada sobre este Evangelio, es un hospital que salva almas y una escuela donde aprendemos acerca de Dios. Sin embargo, al realizar una profunda autorreflexión —preguntándonos si priorizamos el éxito mundano sobre los valores del Evangelio, si nos esforzamos por alcanzar un estándar más alto de vida moral y ética, y si hicimos todo lo posible por amar a nuestros hermanos y cuidar a nuestro prójimo—, ofrecemos un arrepentimiento doloroso y nos comprometemos a vivir fielmente de acuerdo con los valores del Evangelio de ahora en adelante» (Internet). Esta es una declaración con la que es imposible no estar de acuerdo. Coincido especialmente con el llamado a arrepentirnos de la tendencia de la iglesia a priorizar el éxito mundano sobre los valores del Evangelio. Al pensar en la iglesia, ¿qué creemos que debería hacer nuestra iglesia —o nosotros como cristianos—? ¿Cómo debemos responder cuando pensamos en la iglesia?

En primer lugar, al pensar en la iglesia, debemos llorar.

Observemos el Salmo 137:1: «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sion». El salmista, tras haber sido llevado cautivo a Babilonia junto con el pueblo de Israel, se sentó junto a los ríos de Babilonia y lloró al recordar Sion, ciudad que Babilonia había destruido. ¿Por qué lloraba al recordar Sion? Porque anhelaba profundamente la gracia restauradora de Dios (Park Yun-sun). Cuando meditamos en el Salmo 136 durante la reunión de oración del miércoles pasado —específicamente en el versículo 23—, observamos que Dios había predicho que los israelitas serían llevados cautivos a un «estado de humillación» (Babilonia) debido a sus pecados contra Él; efectivamente, los israelitas terminaron cayendo en cautiverio a causa de sus transgresiones, y fue allí donde el salmista escribió este poema. Considerando la aflicción de la vida en cautiverio, los versículos 2 y 3 describen cómo el salmista colgó su arpa en los sauces para negarse a la exigencia de sus captores, quienes les habían ordenado cantar uno de los cánticos de Sion. Lo hizo porque no deseaba que un cántico santo se utilizara para el entretenimiento de los gentiles (Park Yun-sun). Imaginemos la angustia del pueblo santo de

Dios —cautivo y oprimido por los gentiles— cuando se les obligaba a cantar los cánticos santos de Dios simplemente para diversión. Por ello, el salmista se lamenta: «¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños?» (versículo 4). En medio de este lamento y de la soledad del cautiverio, lloró junto a los ríos de Babilonia mientras pensaba en Sion; he reflexionado sobre esas lágrimas de dos maneras:

(1) Las lágrimas derramadas por el salmista fueron... Probablemente fueron lágrimas derramadas en una oración de arrepentimiento.

El llanto del salmista debió ir acompañado de la angustia del arrepentimiento. Al reflexionar sobre la gracia de Dios perdida, el creyente no puede evitar pensar en su pecado y, en consecuencia, sentir una profunda contrición (Park Yun-sun). «La gracia de Dios perdida...». Al reflexionar sobre esto, recuerdo cómo me sentía el miércoles pasado. Cuando estoy lleno de gracia, experimento un corazón rebosante de gratitud, paz y gozo; sin embargo, cuando olvido la gracia de Dios, me veo agobiado por una sensación de pesadez, ansiedad y preocupación. En ese estado, Dios sacó a la luz mis pecados, me llevó a confesarlos y me desafió a vivir una vida apartada del pecado. A la mañana siguiente —el jueves—, tras el culto de oración matutino, las lágrimas brotaron de mis ojos mientras oraba sosteniendo un trozo de pan de Kentucky Fried Chicken (KFC) que había sobrado del día anterior. Me sentí conmovido al recordar el mensaje que debía predicar en el culto del miércoles; experimenté una profunda gratitud por la providencia de Dios —su gracia— al proveer nuestro pan de cada día. Debemos derramar lágrimas de arrepentimiento al reflexionar sobre nosotros mismos, nuestras familias y, sobre todo, la Iglesia: el Cuerpo del Señor. ¿Por qué? Porque la Iglesia está olvidando la gracia de Dios. Cuando la Iglesia del Señor olvida la gracia de Dios, inevitablemente peca contra Él. Por tanto, nuestra iglesia debe arrepentirse ante Dios. Solo entonces podrán producirse la verdadera restauración, reconciliación, reforma y avivamiento dentro de la iglesia a través del arrepentimiento.

(2) Las lágrimas que el salmista derramó junto a los ríos de Babilonia, al recordar Sion, fueron probablemente lágrimas de oración nacidas del anhelo por la gracia salvadora de Dios.

Quienes se arrepienten verdaderamente reconocen que solo Dios es su Salvador; en consecuencia, no pueden evitar suplicarle fervientemente la salvación. Mientras el salmista —junto con el pueblo de Israel— vivía en cautiverio en Babilonia debido a sus pecados, llegó a comprender sus transgresiones y se arrepintió; en ese proceso, Dios... Es probable que suplicaran misericordia y gracia, pidiendo ser liberados de su cautiverio en Babilonia y conducidos de regreso a su patria, en la tierra de Judá. Así como Jonás, desde el vientre del gran pez, miró hacia el Señor y confesó: «¡La salvación viene del SEÑOR!» (Jonás 2:9) —anhelando la gracia salvadora de Dios—, también el salmista, sabiendo que solo Dios podía salvar al pueblo de Israel, buscó fervientemente la salvación que proviene de Él. Al contemplar la iglesia —el cuerpo del Señor—, debemos presentar nuestras peticiones con corazones verdaderamente arrepentidos y anhelantes de la gracia salvadora de Dios. Debemos orar para ser librados de todo pecado inmundo y vil. Debemos suplicar renacer como la novia santa y pura de Jesús, nuestro Esposo. Al hacerlo, debemos convertirnos en una iglesia que se prepara para la Segunda Venida del Señor. Mi oración es que, siempre que pensemos en la iglesia, derramemos lágrimas de arrepentimiento y de oración que anhelen la gracia salvadora de Dios.

En segundo lugar, cuando pensemos en la iglesia, debemos considerarla como nuestro mayor gozo.

Observemos el Salmo 137:6: «Si no me acordare de ti, mi lengua se pegue a mi paladar; si no prefiriere a Jerusalén sobre mi mayor alegría». Aunque el salmista vivía en cautiverio en la nación gentil de Babilonia, confiesa que valoraba a Jerusalén por encima de su mayor alegría terrenal. En otras palabras, hizo de Jerusalén su deleite supremo. Esto revela una vida piadosa y centrada en Dios. Aun estando cautivo en tierra extranjera, el salmista

recordaba a Sion, lloraba y buscaba fervientemente a Dios. En cierto sentido, al igual que un hijo lejos de casa que llega a anhelar profundamente a sus padres y su hogar, el anhelo del salmista por Jerusalén se intensificó durante su cautiverio en Babilonia. Dado que Jerusalén —la Ciudad de Dios— había quedado reducida a ruinas por Babilonia, él oraba fervientemente por su reconstrucción y por el retorno a su antigua prosperidad (Calvino). Esta debe ser también nuestra oración ferviente. Debemos orar para que el Señor reconstruya Su iglesia —que es Su cuerpo— a partir de sus ruinas y la restaure al estado floreciente que se vio en la iglesia primitiva. Cabe preguntarse si alguna vez hubo una edad de oro para la iglesia mayor que aquella época. Debemos esforzarnos para que nuestra iglesia actual refleje a aquella iglesia primitiva: una época en la que los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, proclamaban el Evangelio con valentía y demostraban su poder; en la que el Espíritu Santo añadía creyentes a la iglesia cada día; y en la que la comunidad estaba edificada sobre el amor. Debemos orar por este tipo de verdadero florecimiento de la iglesia. Además, al contemplar la iglesia de la época actual, debemos —al igual que el salmista— derramar lágrimas de arrepentimiento y de oración, anhelando la gracia salvadora de Dios. Debemos suplicar fervientemente al Señor que obre una verdadera reforma en nuestro tiempo, tal como lo hizo durante la Reforma Protestante del siglo XVI. ¿Por qué debemos orar de esta manera al pensar en la iglesia? La razón es que, como confesó el salmista, la iglesia es nuestra mayor alegría. Puesto que el Señor —la Cabeza de la iglesia— es nuestra alegría suprema, Su cuerpo, la iglesia, se convierte también en nuestra alegría suprema. Conocemos bien la respuesta a la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster: «¿Cuál es el fin principal del hombre?», a saber: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre». Por tanto, estamos llamados a gozar del Señor eternamente; y quienes gozan del Señor para siempre también hallan alegría en su iglesia. ¿Cómo podemos, entonces, hacer de la iglesia nuestro mayor gozo y deleite? Al igual que el salmista, primero debemos recordar la iglesia del Señor y llorar. Hemos de contemplar con ojos espirituales el estado desolado de la iglesia, causado por el pecado, y derramar lágrimas de arrepentimiento. Sin tales lágrimas genuinas de arrepentimiento, no podemos experimentar el verdadero gozo de la obra mediante la cual el Señor rescata y establece su iglesia. Por

consiguiente, si deseamos convertir la iglesia del Señor en nuestro deleite supremo, debemos derramar lágrimas de arrepentimiento. En medio de esto, debemos rogar fervientemente al Señor que salve a su iglesia. Nuestras oraciones apasionadas deben pedir que el Señor reedifique y establezca su iglesia, que es su cuerpo. Y cuando el Señor establezca su iglesia, debemos acercarnos al Dios de bienaventuranza —el Señor, que es nuestro mayor gozo— y ofrecer alabanza y adoración con los cánticos de Sion. Esta es la vida de quien halla gozo y deleite supremos en la iglesia del Señor.

En tercer y último lugar, debemos orar a Dios cuando pensemos en la iglesia.

En el pasaje de hoy —Salmo 137:7-9—, el salmista eleva una oración a Dios buscando su retribución (juicio o castigo) contra Babilonia, enemiga y adversaria de Israel. Al orar, suplica: «Acuérdate, oh Señor, de lo que hicieron los edomitas el día que cayó Jerusalén, y abate a los descendientes de Edom» (v. 7). Por supuesto, los edomitas no eran Babilonia; más bien, se regocijaron cuando Babilonia atacó Jerusalén. A pesar de compartir originalmente un vínculo fraternal con el pueblo de Israel, se habían convertido en sus acérrimos enemigos y en objeto de la ira de Dios (Park Yun-sun). Así pues, tanto Edom como Babilonia —mencionados en los versículos 7 al 9— comparten el rasgo común de ser objeto de la ira divina. La razón de esto es que se opusieron a Israel, el pueblo de Dios, y lo oprimieron. El salmista, que lloraba junto a los ríos de Babilonia al recordar a Sion, oró para que Dios derribara a los edomitas, quienes son comparados con los babilonios que devastaron Jerusalén. Del mismo modo, cuando oramos a Dios, debemos pedir que Su ira caiga sobre Satanás —el enemigo de la iglesia— y sus siervos malvados. Quizás no estemos acostumbrados a tales oraciones; sin embargo, considero que es un desequilibrio orar por la salvación del pueblo de Dios sin orar también por el juicio de los impíos. Esto se debe a que, como se observa en la Biblia (especialmente en el Antiguo Testamento), la salvación de Dios y el juicio de Dios son dos caras de la misma moneda. En otras palabras, cuando Dios salva a Su pueblo —la Iglesia—, lo hace juzgando y castigando a sus enemigos. Por tanto, debemos orar no solo por la salvación de la Iglesia, sino también por la destrucción

de sus enemigos. Debemos orar por el juicio justo de Dios y pedirle que imponga castigo sobre los enemigos de la Iglesia.

Cuando pienso en la Iglesia Presbiteriana Victory —el cuerpo de Cristo—, me vienen a la mente dos cosas: la promesa del Señor en Mateo 16:18, "Edificaré mi iglesia", y el himno 246, "Amo tu reino, oh Señor". Esto se debe a que, durante un retiro celebrado en 2003 por la Asociación de Pastores para la Renovación de la Iglesia, Dios trajo a mi mente la Iglesia Presbiteriana Victory mientras recibía Su Palabra y le cantaba alabanzas entre lágrimas. Recuerdo haber derramado lágrimas de anhelo y amor por la iglesia en aquel entonces. Oro para que la Iglesia Presbiteriana Victory sea una iglesia establecida por el Señor: una iglesia que crezca en el conocimiento de Jesús, que lo confiese rectamente y que viva conforme a esa confesión. También oro para que el Señor establezca firmemente a la Iglesia Presbiteriana Victory sobre la roca. Es mi ferviente esperanza que llegue a ser una iglesia verdaderamente victoriosa; una iglesia que triunfe en la batalla contra el yo, el mundo, el pecado, Satanás y la muerte.

El mayor gozo

«Si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén por encima de mi mayor alegría, que se me pegue la lengua al paladar» (Salmo 137:6).

Tomé un libro de Henri Nouwen y comencé a leerlo de nuevo. Mientras leía, una palabra en particular resonó en mí: «autorrechazo». Es probable que esta palabra me impactara porque, en mi propio camino de fe, había confundido la «negación de uno mismo» con el «autorrechazo». Con demasiada frecuencia, mi alma sufría heridas a causa del autorrechazo. Confundiéndolo con humildad, vivía rechazándome a mí mismo y, en consecuencia, no lograba vivir la vida abundante que el Señor desea para nosotros. Por eso, este concepto exigió toda mi atención.

Creo que rechazarse a uno mismo equivale a no saber amarse con el amor del Señor. A menudo tendemos a ver el amarnos a nosotros mismos con el amor del Señor como algo pecaminoso. Aunque conocemos bien los mandamientos de amar a Dios y al prójimo, de alguna manera percibimos el amarnos a nosotros mismos con el amor del Señor como algo intrínsecamente egoísta. Como resultado, nuestra percepción de nosotros mismos se vuelve malsana, incluso enfermiza.

Recuerdo haber visto hace algún tiempo un libro titulado *Christian Self-Love* (Amor cristiano a uno mismo). Sin embargo, tales libros no parecen ser populares entre nosotros. En consecuencia, no hemos aprendido a amarnos a nosotros mismos con el amor del Señor. Intentamos amar a Dios y al prójimo mientras poseemos un «yo deformado». ¿Cómo podemos amar a Dios y al prójimo con un «yo» malsano? ¿Cómo podría ser posible tal cosa?

A veces me pregunto si es simplemente el poder de la hipocresía lo que está actuando. Muchos de nosotros, los cristianos, estamos atormentados por la culpa. Sufrimos diversas formas de culpa, incluida la asociada a vivir una vida hipócrita. Además, a menudo confundimos el maltrato hacia nosotros mismos con la humildad, llevando nuestras vidas de fe bajo esta idea errónea. Me pregunto qué hijos tan lamentables debemos parecer ante los ojos de Dios. Cuestiono seriamente si esta es realmente la clase de vida que agrada a Dios.

El desafío que encuentro hoy en el Salmo 137:6 es la confesión del salmista de que se regocija en el Señor más que en su mayor alegría terrenal. ¿Cómo fue capaz de hacer tal confesión? Creo que se debió a que poseía una sana percepción de sí mismo. En otras palabras, al saber que él mismo era el mayor gozo de Dios, pudo valorar a Dios Padre por encima de cualquier alegría terrenal. Me viene a la mente una canción evangélica en particular, una que habla de cómo Dios no puede contener su gozo por nosotros. Creo que quienes logran valorar a Dios por encima de todos los goces terrenales son aquellos que comprenden que Dios mismo se regocija en ellos con un deleite desbordante. Llenos de ese gozo y amor, y tras haber hecho suyo el amor del Señor, son capaces de amar tanto a Dios como a su prójimo con una sana percepción de sí mismos.

La razón por la que doy gracias y alabanza al Señor con todo mi corazón

[Salmo 138]

El domingo pasado reflexioné sobre los conceptos de ser "esclavo del pecado" y "esclavo de la obediencia" (esclavo de la justicia), centrándome en Romanos 6:15–23. A través de esa meditación, aprendimos que debemos "dar gracias a Dios" (versículo 17). ¿Por qué debemos dar gracias a Dios? Porque ya no somos esclavos del pecado. Más bien, aprendimos que debemos dar gracias porque, mediante la gracia de Dios y la muerte y resurrección de Jesucristo, hemos sido justificados y nos hemos convertido en esclavos de la justicia. Al reflexionar sobre la vida de fe y considerar el fruto que produce un esclavo de la justicia, me vienen a la mente dos cosas: "gratitud" y "obediencia".

En el Salmo 138:1, el salmista David declara (y decide): "Te daré gracias con todo mi corazón; cantaré tus alabanzas delante de los dioses". ¿Por qué decide David dar gracias y alabanza al Señor con todo su corazón? Debido a la "misericordia y verdad" del Señor (versículo 2). ¿Cuál era la naturaleza de la misericordia (amor) y la verdad (fidelidad) de Dios que David experimentó? Observemos el versículo 2: "Adoraré hacia tu santo templo y daré gracias a tu nombre por tu misericordia y tu verdad; porque has engrandecido tu palabra sobre todo tu nombre". La misericordia y la verdad que David experimentó residían en el hecho de que el Señor engrandeció su palabra (Park Yun-sun). Aquí, la frase "engrandeció su palabra" significa que el Señor cumplió las promesas que le había hecho a David. Habiendo experimentado la misericordia y la fidelidad del Señor, David decide dar gracias y alabanza al Señor con todo su corazón (versículo 1). Podemos identificar cuatro razones específicas

en el pasaje de hoy para esta decisión; es decir, las formas concretas en que experimentó la misericordia y la fidelidad del Señor.

En primer lugar, la razón por la que David alabó y dio gracias al Señor con todo su corazón es que el Señor respondió a sus oraciones, le dio fuerzas y lo fortaleció. Observemos el Salmo 138:3: «Cuando clamé, me respondiste; me infundiste valor y fortaleza en mi alma». Al mirar atrás y contemplar nuestra vida pasada, no podemos sino confesar que el Dios de Ebenezer nos ha ayudado y guiado hasta este mismo punto. ¿Cómo fue, en efecto, que Dios nos ayudó a llegar hasta aquí? Nos trajo hasta este lugar respondiendo a nuestras oraciones, dándonos aliento y fortaleciéndonos. Al reflexionar sobre la vida de David, lo vemos orando a Dios: «Vuélvete a mí y ten misericordia de mí; da tu fortaleza a tu siervo...» (86:16). ¡Con cuánta desesperación necesitamos, tanto David como nosotros que vivimos en este mundo, la fortaleza que el Señor provee! Cuando David imploró fortaleza al Señor, este no solo se la concedió, sino que se convirtió él mismo en su fortaleza. Por eso David confesó en el Salmo 18:1: «¡Oh Señor, fortaleza mía, te amo!». El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Dios desea renovar nuestro espíritu antes de renovar nuestras circunstancias. Ante todo, debemos recibir gracia en nuestros corazones (Filipenses 4:23). ... Decir que Él "fortaleció [su] alma" significa que Dios no solo le encomendó una buena tarea, sino que también capacitó su espíritu para llevarla a cabo» (Park Yun-sun). Nuestro Señor es el Dios que nos da fortaleza. No es un Señor que nos confía una misión para luego quedarse de brazos cruzados; Él nos provee la fuerza necesaria para cumplirla. Por tanto, debemos orar a Dios tal como lo hizo David. E. M. Bounds escribió en su libro *The Essentials of Prayer* (Lo esencial de la oración): «Así como la oración trae la respuesta, la respuesta genera gratitud y alabanza. Del mismo modo que la oración pone a Dios en acción, la oración respondida pone en marcha la acción de dar gracias» (Bounds). Recuerdo la letra de la canción góspel «Una persona bendecida»: «Tú, que extraes fuerzas del Señor y llevas en tu corazón el camino real hacia Sion, eres una persona bendecida por Dios; el Señor se deleita grandemente en ese camino...». Oremos a nuestro Señor siempre que nos sintamos débiles o impotentes. Sin duda, nuestro Señor nos concederá fortaleza y nos capacitará —tal como hizo con David, así lo hará con usted y

conmigo— cuando clamemos a Él. Oro para que, al recibir esta fortaleza, podamos ofrecer acción de gracias y alabanza de todo corazón al Señor.

En segundo lugar, la razón por la que David dio gracias y alabó al Señor con todo su corazón fue que los reyes de la tierra también dieron gracias y alabaron al Señor. Observemos el Salmo 138:4-5: «Te alaben, oh Señor, todos los reyes de la tierra, porque han oído las palabras de tu boca. Canten acerca de los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande». ¿Por qué los reyes de las naciones gentiles, al igual que David, ofrecieron acción de gracias y alabanza al Señor? Porque la gloria del Señor es grande. La gloria de Dios no solo se reveló a través de David, sino también a los reyes de las naciones gentiles por medio de él. ¿Cómo, entonces, se reveló la gloria de Dios a estos reyes a través de David? Se reveló mediante la palabra del Señor. En otras palabras, Dios le dio una promesa a David —a quien amaba— y, al cumplir esa promesa, reveló su gloria a las naciones. El profeta Isaías declara: «¡Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor se alza sobre ti! Mira, las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad envuelve a los pueblos, pero el Señor se alza sobre ti y su gloria aparece sobre ti. Las naciones vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer» (Isaías 60:1-3). A medida que la gloria de Dios se revela al mundo entero, los reyes de las naciones ven esa gloria y acuden a la luz y al resplandor del Señor. Al revelar su gloria a través de David, el Señor hizo que los reyes de las naciones vieran dicha gloria y le ofrecieran acción de gracias y alabanza. Oro para que Dios revele su gran gloria a este mundo tenebroso a través de ti y de mí, llevando así a la gente del mundo a dar gracias y alabar a Dios. Cuando lo hagamos, nosotros, al igual que David, nos sentiremos impulsados a dar gracias y alabar a Dios.

En tercer lugar, la razón por la que David dio gracias y alabó al Señor con todo su corazón fue su convicción de que el Señor lo salvaría en su humildad. Observemos el Salmo 138:6–7: «Aunque el Señor está en lo alto, mira a los humildes, pero a los soberbios los conoce de lejos. Aunque ande en medio de la angustia, tú preservas mi vida; extiendes tu mano contra la ira de mis enemigos, y con tu diestra me salvas». Nuestro Dios, aunque exaltado en lo alto,

mira a los humildes. Aquí, la expresión «mirar» implica observar con un amor especial. La pregunta, entonces, es si realmente nos contamos entre los humildes, es decir, los de corazón humilde. Un hecho claro es que Dios mira a personas soberbias como tú y como yo con un amor especial gracias a Jesús, quien fue humilde. ¡Qué gracia tan maravillosa es esta! Esta gracia de Dios se manifestó de manera aún más especial cuando el humilde David se encontraba en medio de la angustia; Dios vivificó a David, quien sufría en medio de la aflicción. Veamos el Salmo 71:20: «Tú, que me has hecho ver muchas y graves angustias, me vivificarás de nuevo; desde lo profundo de la tierra me harás subir otra vez». Además, el Señor abatió (juzgó) a los soberbios —los enemigos de David— con su poderosa diestra y rescató (salvó) a David de sus manos (138:7). Incluso cuando nos hallamos en medio de la angustia, debemos —al igual que David— confiar en la misericordia y la fidelidad de Dios, quien nos mira con un amor especial. Ciertamente, nuestro Dios no es un Dios que nos abandona cuando enfrentamos tribulaciones. Él es el Dios que nos vivifica mediante su Palabra prometida y fortalece nuestras almas con ella. Él nos capacita para perseverar en medio de la tribulación y la persecución, derrotando finalmente a los arrogantes —nuestros enemigos— y librándonos de sus manos. Al confiar en este Dios, David le ofrecía acción de gracias y alabanza. En otras palabras, aun enfrentando la adversidad presente, él miraba con fe al Dios de la salvación; lleno de la certeza de la liberación, alababa y daba gracias a Dios. Esta es precisamente la actitud que nosotros también debemos adoptar. Sin importar las adversidades o dificultades que enfrentemos, debemos —como David— ofrecer acción de gracias y alabanza a Dios con fe, aferrándonos a la certeza de la salvación.

En cuarto lugar, la razón por la que David dio gracias y alabó al Señor con todo su corazón fue su convicción de que el Señor llevaría a término todo lo que a él concernía.

Consideremos el Salmo 138:8: «El Señor perfeccionará lo que a mí concierne; oh Señor, tu misericordia permanece para siempre; no desampares las obras de tus manos». Cabe destacar que, en el texto hebreo original, la frase específica «lo que a mí concierne» (o «su propósito») no aparece realmente. Por tanto, una traducción literal diría: «El Señor lo

completará para mí». ¿Qué es, entonces, lo que el Señor va a completar para él? En otras palabras, ¿cuál es esa «cosa que a mí concierne» —o ese «propósito suyo»— a la que se refiere el texto? Se refiere a la promesa que Dios le hizo a David en 2 Samuel 7. Es la promesa de que Dios haría a David gobernante de Israel y engrandecería su nombre; de que establecería un lugar para el pueblo de Israel y le concedería paz; de que edificaría una casa para Dios a través de la descendencia de David; y de que la casa y el reino de David perdurarían para siempre, con su trono establecido eternamente. Así, David oró: «Ahora pues, oh Señor Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado acerca de tu siervo y de su casa, y haz tal como has dicho» (versículo 25). Esta promesa de Dios habla de la venida del Mesías a través del linaje de David y del establecimiento del reino de Dios —el verdadero Israel— por medio de ese Mesías. ¿Cómo se aplica, entonces, esta promesa hecha a David a nosotros, los creyentes de la era del Nuevo Testamento? En otras palabras, ¿qué es lo que el Señor llevará a término para ti y para mí? Es, precisamente, nuestra salvación. Observemos Romanos 8:30: «Y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó». Por ello, Pablo afirma en Filipenses 3:20-21: «Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. Y de allí esperamos ansiosamente a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien, mediante el poder que le permite someter todas las cosas a su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso». Esta es la consumación misma de nuestra salvación: la transformación de nuestros cuerpos humildes a semejanza del cuerpo glorioso del Señor Jesucristo. Por tanto, aferrándonos a esta esperanza de salvación, debemos ofrecer alabanza al Señor con un corazón agradecido. Además, mientras vivimos en esta tierra, debemos confiar en el Señor fiel que nos dio esta promesa. También debemos vivir nuestra fe sin dudas, poseyendo la misma convicción que Pablo: «estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (1:6).

Debemos ofrecer a Dios acción de gracias y alabanza de todo corazón por la misericordia y la fidelidad del Señor. Más concretamente, debemos dar gracias y alabar a Dios con todo

nuestro corazón porque el Señor respondió a nuestras oraciones y nos fortaleció, dándonos poder y vigor (Salmo 138:3). También debemos dar gracias y alabar a Dios con todo nuestro corazón por otras razones específicas: porque los reyes dieron gracias y alabaron al Señor (vv. 4–5), porque él confió en que el Señor lo salvaría en su humildad (vv. 6–7) y porque creyó que el Señor perfeccionaría aquello que le concernía (v. 8).

¡Fortalece mi alma!

«Cuando clamé, me respondiste; me infundiste gran valentía» (Salmo 138:3).

Ayer, un hermano visitó nuestro hogar. Más tarde, mi esposa me contó que había venido porque se sentía herido por algo ocurrido en la iglesia a la que asiste. Se había estado preparando con esmero para una competición deportiva en la que participaban unas veinte iglesias, pero al parecer el entrenador le pidió que esperara a la siguiente oportunidad. Sin embargo, se sintió herido al descubrir —a través de un correo electrónico que circulaba— que lo habían descartado en favor de un atleta talentoso de otra iglesia. Por eso, en lugar de asistir a la reunión de su iglesia el viernes pasado, vino a nuestra casa. Después de que se marchó, mientras conversaba con mi esposa, me di cuenta de que el tipo de dolor que él experimentó en su iglesia podría ocurrir fácilmente también en la nuestra, la Iglesia Seungri. Así que animé a mi esposa a que, al servir en el ministerio de habla inglesa, diéramos prioridad a las personas por encima de los eventos o programas. Le insté a asegurarse de que los líderes del equipo de dicho ministerio se consolaran y animaran mutuamente, y se capacitaran unos a otros para aprovechar al máximo los dones espirituales que han recibido.

Al igual que este hermano, todos somos personas que podemos ser heridas fácilmente dentro de la iglesia. En el Salmo 143:4 y 7, el salmista confiesa: «mi espíritu desfallece dentro de mí» y «mi alma está agotada». Su alma estaba herida y cansada porque «el enemigo perseguía mi alma» (versículo 3). En otras palabras, habitar en «lugares tenebrosos» (versículo 3) provocó que el alma del salmista quedara herida y fatigada. Me encuentro reflexionando sobre qué es aquello que hiere y agota mi propia alma. Creo que

un factor posible es el «nivel de expectativas» que establecemos para los demás. Dicho de otro modo, es algo parecido a lo que se describe en el Salmo 131:1: fijar la mirada demasiado alto y esforzarse por alcanzar cosas que están fuera de mi alcance. Debería simplemente reconocer mis propias limitaciones y servir con diligencia utilizando los dones que he recibido; sin embargo, a menudo me siento tentado a fijarme en otros pastores y en los dones que ellos poseen, un hábito que frecuentemente desgasta mi alma. A veces, incluso evito leer los periódicos cristianos que llegan a la iglesia. Tal estado espiritual no es, en absoluto, saludable. Así como es importante tener un sentido saludable de uno mismo, un alma sana es esencial para nuestra vida de fe. Dios desea concedernos esa alma sana. Hoy quisiera reflexionar sobre cómo Dios fortalece nuestras almas, centrándome en el pasaje que tenemos ante nosotros.

En primer lugar, Dios fortalece nuestras almas a través de la alabanza y la adoración.

Observemos el Salmo 138:1–2: "Te daré gracias con todo mi corazón; cantaré tus alabanzas delante de los dioses. Me inclinaré hacia tu santo templo..." El salmista declara que debemos ofrecer alabanza y adoración a Dios con todo nuestro corazón y con gratitud. ¿Por qué debemos dar gracias a Dios con todo nuestro corazón? Porque el Señor es amoroso y fiel (versículo 6). Al reflexionar sobre el significado de "tu misericordia" (o amor leal), las palabras del versículo 6 resonaron profundamente en mí: "Aunque el Señor está en lo alto, mira a los humildes". Ayer salí a caminar con mi hija menor, Ye-eun. Como tiene poco más de un año, tuve que sostener su mano mientras caminábamos. Sin embargo, para sostener su mano, tuve que agacharme. Aunque me dolía un poco la espalda, sentí una cálida satisfacción al observar a Ye-eun, a quien le encanta caminar agarrada de la mano de su papá. Este momento me llevó a reflexionar sobre los sentimientos de mi propio corazón hacia mi hija. Pude sentir el amor de Dios al contemplar cómo Dios Padre camina conmigo: mirando con cuidado hacia abajo, hacia mí —que soy humilde y pequeño—, mientras recorre el camino a mi lado. Medité en la frase "tu fidelidad" (versículo 2) en relación con el versículo 7: "Aunque camine en medio de la angustia, tú me vivificarás; extenderás tu mano

contra la ira de mis enemigos, y tu diestra me salvará". Por ejemplo, ayer, mientras sostenía la mano de Ye-eun, la soltaba repetidamente para animarla a practicar caminar por sí misma. Cada vez, ella se caía y, llorando, extendía su mano hacia mí. Tal como sucedió en ese momento, incluso cuando caemos al enfrentar tribulaciones, el Señor es el Dios fiel que extiende su mano para salvarnos. Podemos confiar en que el Señor —quien nos ha salvado en el pasado, nos salva ahora y nos salvará en el futuro— es un Dios fiel. David ofreció alabanza y adoración, agradeciendo a Dios con todo su corazón por su misericordia y fidelidad; al hacerlo, Dios fortaleció su alma.

En segundo lugar, Dios fortalece nuestras almas a través de su Palabra.

Observemos la parte final de los versículos 2 y 4 del Salmo 138: «...porque has engrandecido tu palabra sobre todas las cosas» (versículo 2), y «...cuando oigan las palabras de tu boca» (versículo 4). Dios es quien fortalece nuestras almas mediante su palabra prometida. Él es el Dios que exalta su palabra al cumplir las promesas contenidas en ella. La gran palabra de Dios avivó a David incluso mientras atravesaba tiempos de angustia: «Este es mi consuelo en mi aflicción: que tu palabra me ha vivificado» (Salmo 119:50); «¡Oh SEÑOR, vivifícame conforme a tu palabra!». El alma de David fue fortalecida por la palabra de Dios.

En tercer y último lugar, Dios fortalece nuestras almas a través de la oración.

Observemos el Salmo 138:3: «En el día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma». David cobró valentía y su alma fue fortalecida gracias a la oración respondida. ¿Cómo oraba a Dios? Daba gracias al Señor con todo su corazón (v. 1), confiaba en su misericordia y fidelidad (v. 2), se aferraba a la palabra del Señor (vv. 2, 4), poseía la seguridad de la salvación (v. 7) y oraba con la fe de que «el SEÑOR perfeccionará lo que concierne a mí» (v. 8). David fue fortalecido por el poder de la oración.

En nuestra vida de fe, parece haber una tendencia a centrarnos demasiado en cosas externas: palabras, acciones, hábitos, programas, eventos, números, etcétera. A menudo nos sentimos tan atraídos por estos asuntos exteriores que descuidamos el cuidado de nuestras almas. Hoy, el pasaje del Salmo 138 nos dice que debemos fortalecer nuestras almas. Dios fortalece nuestras almas mediante la alabanza y la adoración, la Palabra del Señor y la oración. «¡Señor, fortalece mi alma!»

El Dios que me examina y me conoce

[Salmo 139]

Un lunes por la noche, antes de acostarme, entré en la habitación de mis hijos. Los tres estaban leyendo; mi hija menor, Ye-eun, en particular, estaba tumbada en la cama, leyendo con gran concentración e incluso en voz alta. Primero me acerqué a Ye-ri, le acaricié el cabello, le dije que era una buena niña y la animé a seguir leyendo con diligencia. Sin embargo, Ye-ri ni siquiera levantó la vista hacia su papá; mantuvo los ojos fijos en su libro, leyendo absorta. Luego fui hacia mi hija menor, Ye-eun, le acaricié el cabello, le dije que era una buena niña y la animé a seguir leyendo. Ella tampoco me miró. Sin darle más importancia, regresé a mi habitación y comencé a leer la Biblia. Poco después, Ye-eun entró en mi cuarto con una botella de agua en la boca. Vio un libro cristiano sobre la mesita de noche, junto a mi cama, y preguntó si lo estaba leyendo. Le dije que lo leía de vez en cuando, pero que en ese momento estaba leyendo la Biblia. Ella abrió el libro cristiano, vio los pasajes subrayados y preguntó por qué había trazado líneas en él. Le expliqué que subrayo las partes que considero importantes. Entonces le mostré la Biblia que tenía en las manos y le dije que también subrayaba en ella las partes importantes. Señalando el libro cristiano, dijo que estaba bien subrayar ese, pero insistió en que no se debía subrayar la Biblia. Me pregunté cómo explicarle esto, al tiempo que necesitaba enseñarle que no se debe simplemente garabatear en la Biblia... Tras pensarlo un poco, le pedí que se sentara a mi lado y leyera Isaías 8:17 —un versículo que yo mismo estaba leyendo— porque lo había subrayado: «Esperaré al Señor, que esconde su rostro de la casa de Jacob. Pondré mi confianza en él». Después de leerlo, Ye-eun comentó que, dado que la palabra «el Señor» aparecía en el versículo, este era lo suficientemente importante como para justificar que se

subrayara. Así que le pregunté: «¿Confías tú en el Señor?», tal como dice el texto en inglés. Ella respondió: «Sí». Me gustaría hacerle la misma pregunta: ¿Confía usted en el Señor? Si respondió «sí», entonces le pregunto: «¿Por qué confía en el Señor?». Al meditar hoy en el Salmo 139 y aprender sobre la naturaleza del Dios en quien confiamos, oro para que todos lleguemos a depender de nuestro Señor y a confiar en Él aún más profundamente.

En el Salmo 139:1, el salmista David hace esta confesión acerca de Dios: «Oh Señor, tú me has examinado y conocido». En resumen, el Dios de quien dependemos y en quien confiamos es el Dios que nos examina y nos conoce. Oro para que, al aprender más sobre este Dios que nos examina y nos conoce, crezcamos en nuestra dependencia y confianza en Él y vivamos vidas de fe.

En primer lugar, el Dios que me examina y me conoce está al tanto de cada una de mis acciones y de mi propia existencia (versículos 1-4). En el Salmo 139:1-4, David confiesa que Dios sabe cuándo se sienta y cuándo se levanta, conoce sus pensamientos (v. 2), está íntimamente familiarizado con todos sus caminos (v. 3) y conoce cada palabra en su lengua antes incluso de que sea pronunciada (v. 4). En resumen, David reconoce que Dios es omnisciente. ¿Cómo es posible que el Dios que todo lo sabe esté plenamente al tanto de cada aspecto de las palabras, acciones, pensamientos íntimos y movimientos de David? La razón es que Dios lo creó. En otras palabras, debido a que Dios, el Creador, hizo a David, Él sabe todo acerca de él. Observe el versículo 13: «Porque tú formaste mis entrañas; tú me entretejiste en el vientre de mi madre». En consecuencia, David dio gracias a Dios (v. 14). Lo hizo porque la forma en que Dios lo creó fue maravillosa y 超 pasaba todo entendimiento (v. 14). Dicho de otro modo, David agradeció a Dios porque la manera de su creación fue tan maravillosa y misteriosa que desafiaba la comprensión humana.

Ayer, mientras leía el libro de Job, me detuve a meditar en el pasaje de Job 7:17-20a. Lo hice porque sentía que estaba profundamente relacionado con el texto de hoy: «¿Qué es el hombre para que le des tanta importancia, para que pongas tu corazón en él, lo visites cada

mañana y lo pruebes a cada instante? ¿Hasta cuándo no apartarás la mirada de mí, ni me dejarás solo ni siquiera un momento para tragar saliva? ¡Oh, Tú que velas por la humanidad!». Al reflexionar sobre por qué el Señor tiene a la humanidad en tan alta estima —prestándonos tanta atención y sin apartar nunca la mirada—, Job confiesa que el Señor es el «Guardián de la humanidad». Este Dios no solo sabe cuándo nos sentamos y cuándo nos levantamos, sino que también comprende nuestros pensamientos y cada una de nuestras acciones; Él conoce lo que pretendemos decir incluso antes de que las palabras salgan de nuestros labios. Esto se debe a que Dios es nuestro Creador. Habiéndonos formado de manera tan maravillosa y misteriosa, Él nos conoce mejor que nadie. Debemos depositar nuestra confianza en este Dios omnisciente: Aquel que nos examina y comprende plenamente cada una de nuestras acciones y nuestra propia existencia.

En segundo lugar, no podemos ocultarnos del Dios que nos examina y nos conoce (versículos 5–12).

Consideremos el Salmo 139:7: «¿A dónde podré ir lejos de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia?». Aquí, David habla de la omnipresencia de Dios. En otras palabras, Dios no está limitado por el tiempo ni por el espacio; es capaz de estar en todas partes al mismo tiempo. Como el Dios omnisciente que mejor nos conoce, Él está con nosotros dondequiera que estemos. Por tanto, no podemos escapar de Dios (Jeremías 23:23–24; Amós 9:2). No podemos eludir su escrutinio. Tal como lo describe David, Dios nos cerca —rodeándonos tan completamente que no podemos escapar de su vigilancia— y su mano nos sostiene constantemente, asegurando que nunca nos alejemos de su cuidado (versículo 5; Park Yun-sun). Dado que David conocía esta verdad —al menos hasta cierto punto— por experiencia personal, confesó: «Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí, demasiado elevado para que pueda alcanzarlo» (v. 6). Él reconoció que no hay forma de escapar ni de esconderse del Dios omnipresente, ya sea en los cielos, en las profundidades del Seol, en los confines del mar o incluso en medio de las tinieblas (vv. 8–12). Por eso preguntó: «¿A dónde podré ir lejos de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia?» (v. 7).

Debemos prestar atención a las palabras del profeta Isaías: «¡Ay de los que se esconden en lo profundo para ocultar sus planes al Señor, que hacen sus obras en tinieblas y piensan: "¿Quién nos ve? ¿Quién lo sabrá?"» (Isaías 29:15). Si, al igual que el pueblo de Israel, honramos a Dios con nuestros labios mientras nuestros corazones están lejos de Él (v. 13) —cometiendo pecado en la oscuridad y preguntando: «¿Quién nos ve? ¿Quién lo sabe?»—, la Biblia declara que nos espera el «ay». No podemos escondernos ni huir de la omnisciencia y la omnipresencia de Dios. Dios conoce cada uno de nuestros movimientos y, dondequiera que estemos, Él está allí con nosotros. Este Dios es Emanuel —Dios con nosotros— para ti y para mí. Es una verdadera bendición vivir en la realidad de la omnipresencia de Dios: un Dios que siempre está con nosotros, dondequiera que nos encontremos. Como ilustra el Salmo 121, esta bendición significa que Dios no se adormece ni duerme mientras nos protege y vela por nosotros; Él se asegura de que no tropecemos (v. 3). Debemos apoyarnos en este Dios y confiar en Él.

En tercer lugar, el Dios que me examina y me conoce centra toda su atención en mí (versículos 17-18).

Consideremos el Salmo 139:17-18: «¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumerara, serían más numerosos que la arena; al despertar, aún estoy contigo». David confiesa: «¡Cuán preciosos me son tus pensamientos!», maravillado de que el Dios omnisciente —quien mejor le conoce y más le ama— dirija toda su atención y enfoque hacia él, albergando pensamientos sobre su persona que superan en número a los granos de arena. Imaginemos el estado del corazón de David al darse cuenta de que, incluso al despertar, el Dios omnipresente estaba con él, atesorando innumerables pensamientos hacia él. Al percibir que la atención y el enfoque indivisos de Dios estaban puestos en él, David no pudo evitar dar gracias por el precioso amor de Dios (versículo 14). De esta gratitud surgió en David una firme convicción: puesto que Dios le amaba supremamente, destruiría a sus enemigos, quienes eran, de hecho, los propios adversarios de Dios. Junto a esto, confiaba en que Dios le salvaría juzgando a los impíos. Esta seguridad

se fundamentaba en la omnisciencia y omnipresencia de Dios y, sobre todo, en su amorosa bondad. En resumen, como David sabía que Dios era quien mejor le conocía y más le amaba, tenía la certeza de que Dios le salvaría juzgando a los impíos.

Personalmente, atesoro este pasaje del Salmo 139. La razón es que, aunque sea de manera imperfecta, puedo sentir el amor de Dios dirigido hacia mí. Comprender que los pensamientos de Dios hacia alguien como yo —nacidos de su inmenso amor— son tan innumerables como los granos de arena a la orilla del mar, me fortalece y me llena de gratitud. Por más que reflexione sobre ello, me reconozco totalmente indigno de tal amor; sin embargo, Dios me valora y me cuida con innumerables pensamientos y una ternura exquisita. Solo puedo sentir una profunda gratitud por este gran amor. Debemos depositar nuestra confianza en este Dios.

Dios es quien mejor nos conoce y quien más nos ama; no hay lugar donde podamos escondernos de Él. Por tanto, al igual que David, nosotros también debemos elevar esta oración a Dios: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis inquietudes. Mira si hay en mí algún camino de maldad y guíame por el camino eterno» (versículos 23-24). Como personas que viven experimentando el gran amor de Dios, debemos —al igual que David— orar para que el Dios omnisciente examine y conozca nuestros corazones. Debemos pedirle que nos pruebe y discierna nuestras verdaderas intenciones. Al igual que David, debemos orar para que nuestros corazones e intenciones sean agradables ante los ojos del Dios que todo lo sabe, que está siempre presente y que está lleno de amor. Oremos todos fervientemente para que no haya ningún camino de maldad en nuestras vidas.

El Dios que vindica a los que sufren

[Salmo 140]

El viernes pasado encontré un artículo interesante en el sitio de noticias en línea "Miju Newsnjoy" titulado "'Abogados cristianos' intervienen para resolver disputas en iglesias coreanas". El artículo informaba que unos cuatro abogados cristianos coreano-estadounidenses y un pastor se habían reunido para establecer el "Comité Coreano de Mediación de Disputas". Su misión es doble: resolver disputas eclesiásticas y ofrecer educación para prevenirlas. En otras palabras, el grupo busca facilitar la mediación o la negociación —ayudando a las partes a resolver problemas antes de llegar a los tribunales— y, al mismo tiempo, ofrecer capacitación en prevención de conflictos para detener las disputas antes de que comiencen o resolverlas en una etapa temprana. Según se informa, uno de los profesionales legales del comité, un abogado llamado Seo (quien también es anciano en una iglesia de Los Ángeles y ha servido a la comunidad durante 20 o 30 años), hizo los siguientes comentarios durante una conferencia: "Un juez de un tribunal del área de Los Ángeles expresó una vez gran frustración preguntando: '¿Por qué son solo los coreanos quienes llevan los problemas de sus iglesias a los tribunales en lugar de resolverlos dentro de la iglesia?'... Una vez que comienza una demanda, el simple proceso de verificar los hechos cuesta al menos 20.000 dólares. ¿Por qué deberían gastarse de esa manera las valiosas ofrendas entregadas por la congregación?". Leer este artículo me recordó a un colega más joven de mis tiempos universitarios. Ahora es abogado y viaja una vez al año a la India con otros colegas para defender a los pobres y a los desvalidos que han sufrido injusticias. Pensar en él me trajo a la mente las palabras de Santiago 1:27: "La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en

sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo". La Biblia enseña que cuidar a los desvalidos —como los huérfanos y las viudas— en sus tribulaciones constituye la verdadera religión y la piedad. Así, el salmista Asaf también nos exhorta a "defender la causa del débil y del huérfano; hacer justicia al pobre y al oprimido" (Salmo 82:3). Una vida dedicada a defender la justicia y a mostrar equidad hacia los huérfanos, las viudas, los pobres y los oprimidos es un ministerio de servicio que los cristianos debemos abrazar. ¿Por qué es así? Porque es un mandato de Dios, y refleja el propio corazón y las acciones de Dios.

En el Salmo 140:12, el salmista David habla de Dios de esta manera: "Sé que el Señor garantiza justicia para los pobres y defiende la causa de los necesitados". En resumen, David confiesa que Dios es quien vindica a los afligidos y establece justicia para los necesitados. En el pasaje de hoy, vemos a David presentando su petición a Dios, fundamentada en su fe en este Dios. Quisiera considerar dos aspectos de su oración.

En primer lugar, David pidió a Dios por sí mismo.

¿Qué le pidió David a Dios para sí? Buscó la liberación (salvación) y la protección de Dios (versículos 1–5). Observemos el Salmo 140:1: "Líbrame, Señor, del malvado; protégeme del violento". David suplicó a Dios que lo rescatara y protegiera de los impíos y violentos, ya que sus enemigos eran tan malvados que albergaban intenciones profundamente arraigadas de hacerle daño. No solo conspiraban para perjudicar a David y se reunían a diario para luchar contra él (v. 2), sino que también buscaban matarlo escupiendo veneno como víboras (v. 3). Por consiguiente, David rogó a Dios diciendo: "Guárdame, oh SEÑOR, de las manos del impío; protégeme del violento" (v. 4). Esto se debía a que aquellos hombres malvados estaban decididos a hacerlo tropezar y caer. Esta es precisamente la obra de Satanás. Incluso ahora, Satanás está actuando, buscando por cualquier medio hacer que quienes creemos en Jesús tropecemos y caigamos. Su objetivo es hacernos caer durante la carrera de la fe: que demos la espalda a Jesús, lo abandonemos y sigamos el camino de la apostasía. Así, Satanás se reúne a diario con sus siervos malvados para tramar nuestro daño. El Salmo

140:5 afirma: "Los soberbios me han escondido una trampa; han tendido una red de cuerdas junto al camino y me han puesto trampas (Selah)". A través de sus siervos arrogantes, Satanás tiende lazos, redes y trampas para dañar no solo a David, sino también a usted y a mí. Por lo tanto, si bajamos la guardia aunque sea un poco, corremos el riesgo de caer en esas trampas y pecar contra Dios. Para evitar caer en las trampas de Satanás, debemos armarnos con la Palabra de Dios y permanecer vigilantes y sobrios en la oración (1 Pedro 4:7).

En segundo lugar, David presentó peticiones a Dios con respecto a sus enemigos.

Estas peticiones pueden resumirse en dos puntos (MacArthur):

(1) David oró para que Dios frustrara a sus enemigos (Salmo 140:6–8). Observemos el texto de hoy, el Salmo 140:8: «Oh SEÑOR, no concedas al impío sus deseos; no permitas que prosperen sus malvados planes, para que no se ensoberbezcan (Selah)». David suplicó a Dios que frustrara los planes malvados que los impíos tramaban a diario para hacerle daño. Al elevar esta oración, él mantenía una clara convicción y confianza en Dios. Veamos el Salmo 140:6–7: «Dije al SEÑOR: "Tú eres mi Dios; escucha, oh SEÑOR, mi clamor de misericordia". Oh SEÑOR Soberano, mi poderoso libertador, tú protegiste mi cabeza en el día de la batalla». Habiendo experimentado la protección y los actos salvadores de Dios en el pasado —como cuando Dios frustró el consejo de Ahitofel e hizo que Absalón siguiera el consejo de Husai, protegiendo y finalmente salvando así a David—, él confiaba en que Dios continuaría protegiéndolo y librándolo de sus enemigos en el presente. Anclado en esta certeza, oró con fe para que Dios frustrara a sus enemigos.

(2) David oró para que Dios castigara a sus enemigos (versículos 9–11).

Observemos el Salmo 140:9–11: «Que el mal de sus propios labios envuelva a quienes me rodean. Que caigan brasas ardientes sobre ellos; que sean arrojados al fuego, a fosas

profundas de las que no puedan salir. Que los calumniadores no se establezcan en la tierra; que la desgracia persiga al violento y lo lleve a la ruina». Aquí, David implora a Dios que castigue a sus enemigos enviando desgracia sobre ellos, asegurándose de que nunca más puedan levantarse. Pide a Dios que provoque su ruina para que jamás vuelvan a mantenerse firmes en este mundo. Esta debe ser también nuestra oración. Debemos orar para que Dios se oponga a nuestros enemigos —y a los suyos— y los frustre. Debemos orar para que Él desbarate sus planes y haga que ellos mismos provoquen su propia destrucción.

A través de las noticias, ocasionalmente escuchamos historias de personas que fueron encarceladas injustamente pero que más tarde fueron exoneradas gracias a pruebas de ADN. Al ver a aquellos que —sin recursos para pagar un abogado— pasaron décadas tras las rejas por delitos que no cometieron antes de ser finalmente liberados, es inevitable preguntarse cómo podrán recuperarse esos años perdidos. Creo que hoy en día todavía hay personas que sufren un encarcelamiento injusto. Esto se debe a que el clima jurídico se ha corrompido cada vez más; a menudo se presentan falsedades como si fueran la verdad, en lugar de que prevalezca la verdad auténtica. Los fiscales a veces encarcelan erróneamente a inocentes, mientras que los abogados defensores —obteniendo enormes ganancias— a menudo abogan por la absolución de verdaderos delincuentes, ayudándoles a eludir el castigo; tal es la atmósfera pecaminosa que impregna el sistema legal. ¿Cómo debemos vivir, entonces, en medio de esta realidad? Al igual que David en el Salmo 140, debemos orar al Dios que vindica a los afligidos y necesitados, y que sostiene la justicia. Debemos buscar su gracia salvadora y su protección. Sin embargo, no debemos detenernos ahí. Debemos orar a Dios para que derrote a nuestros enemigos y los castigue. Por ello, espero que tú y yo demos gracias a Dios al presenciar la salvación de los justos mediante su juicio sobre los impíos.

Pero, Señor, mis ojos están puestos en Ti.

[Salmo 141]

¿Qué haces cuando enfrentas dificultades en la vida? ¿Qué haces cuando, por más que te esfuerces, resulta difícil seguir adelante? Vienen a mi mente las palabras de los versículos 1 y 5 del Salmo 62, en las que meditamos durante el servicio de oración matutina de la semana pasada: «En silencio, mi alma espera solo en Dios; de Él proviene mi salvación (esperanza)». ¿Cómo puede uno mirar únicamente a Dios en silencio al enfrentar la adversidad? La razón es que «en el sosiego y en la confianza está vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). ¿Por qué debemos confiar en Dios en silencio en medio de las dificultades? Porque nuestra salvación (y la esperanza de ella) proviene únicamente del Señor (Salmo 62:1, 5).

En el pasaje de hoy, Salmo 141:7, 9 y 10, vemos al salmista David enfrentando adversidades causadas por sus enemigos: los impíos. La adversidad que afrontaba no solo le afectaba a él, sino también a sus compañeros, quienes estaban siendo devastados por estos enemigos (versículo 7; Park Yun-sun). Los enemigos impíos de David tendían lazos, trampas y redes para capturarlo (versículos 9-10) y buscaban matarlo por cualquier medio (versículo 7). ¿Qué hizo David en medio de tal adversidad? Me gustaría extraer cinco lecciones del texto de hoy.

En primer lugar, David puso sus ojos únicamente en el Señor.

Observemos el Salmo 141:8: «Pero mis ojos están puestos en Ti, oh Señor Soberano; en Ti busco refugio: no dejes desamparada mi alma». Aunque no aparece en las versiones

coreanas de la Biblia, las traducciones al inglés comienzan el versículo 8 con la conjunción «Pero». En medio de circunstancias tan difíciles, David confiesa: «Pero mis ojos están puestos en Ti, oh Señor Soberano». Esto denota una actitud de mirar hacia Dios y aguardar su ayuda (Park Yun-sun). El hecho mismo de que un creyente mire a Dios con esperanza, en lugar de desanimarse durante el sufrimiento, es un milagro en sí mismo; ¿cómo, entonces, no habría de conducir al cumplimiento de esa fe? (Park Yun-sun). Ciertamente, es un milagro que, en medio del sufrimiento —sin importar los obstáculos o adversidades que enfrentemos—, no desmayemos; en lugar de fijar la mirada en las circunstancias difíciles, centramos nuestros ojos en el Señor, quien es plenamente capaz de rescatarnos y ayudarnos a atravesarlas.

Reflexionar sobre cómo David volvió sus ojos hacia el Señor nos trae a la mente la primera parte de Hebreos 12:2: «Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe...». Cuando encontramos obstáculos o nos hallamos en medio de la adversidad y la angustia, nuestra mirada debe permanecer fija únicamente en el Señor: el autor y consumador de nuestra fe. No debemos, como los israelitas frente al mar Rojo durante el Éxodo, sucumbir al miedo y murmurar quejándonos mientras miramos el mar delante y al ejército egipcio que nos persigue por detrás. Al igual que Moisés, debemos alzar la vista. Debemos levantar los ojos para mirar a Dios —el Creador del cielo y de la tierra—, quien es nuestro socorro (Salmo 121:1–2).

En segundo lugar, las manos de David estaban alzadas hacia Dios.

Consideremos el Salmo 141:2: «Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde». Cuando David enfrentaba la adversidad, volvía sus ojos hacia el Señor y alzaba sus manos hacia Él. La expresión «sus manos estaban alzadas hacia el Señor» significa que, en medio de sus pruebas, David ofrecía su propia alma a Dios en oración ferviente (Park Yun-sun). Podemos vislumbrar esta postura de oración ferviente —ofrecer su alma a Dios— en el versículo 1 del texto de hoy: «Señor, a ti clamo; ven pronto

a mí. Escucha mi voz cuando te invoco». La inclusión de la palabra «pronto» en la oración de David revela que él hacía un llamado urgente a Dios; la situación era, en efecto, crítica. En resumen, la oración de David era una súplica nacida del anhelo de una liberación inmediata por parte de Dios. Así, oraba para que Dios no abandonara su alma a la desolación (v. 8), para que le concediera protección (v. 9) y para que juzgara a los impíos mientras permitía que el propio David escapara ileso (v. 10). Al elevar tales oraciones urgentes, David derramaba su alma ante Dios. Decidió orar «continuamente» (v. 5) y deseaba que Dios aceptara sus oraciones con el mismo agrado con que recibía el sacrificio vespertino (Park Yun-sun).

¿Cuál es, entonces, el tipo de oración —semejante al sacrificio vespertino— que Dios acepta con agrado? Viene a la mente el Salmo 51:17: «Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». La oración que Dios acepta con agrado, al igual que el sacrificio vespertino, es aquella que se ofrece con un espíritu quebrantado y un corazón contrito. Dios se deleita en las oraciones ofrecidas con un corazón que reconoce el pecado, lo confiesa y se arrepiente, y las acepta. Dios se deleita en las oraciones ofrecidas con manos alzadas y un corazón puro y limpio, y las acepta.

En tercer lugar, el corazón de David no se inclinaba hacia las malas acciones.

Observemos el Salmo 141:4: «No permitas que mi corazón se incline a lo malo, ni que participe en obras malvadas junto con los malhechores; no dejes que pruebe sus manjares». Cuando enfrentamos dificultades, si no volvemos nuestros ojos al Señor ni oramos, nuestra fortaleza espiritual se erosiona, haciéndonos susceptibles a las tentaciones de Satanás y propensos a pecar contra Dios. En última instancia, si nuestros ojos y manos no están dirigidos hacia el Señor, nos volvemos espiritualmente vulnerables y nuestros corazones se inclinan fácilmente hacia el mal, hacia actos pecaminosos. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «En tiempos de adversidad, los seres humanos tienden a comprometer su fe firme y a asimilarse con los malvados. Por tanto, debemos decidir y orar para evitar tal destino. Aun a costa de

nuestra vida, no debemos participar en las obras de tales personas». Creo que todo se reduce a uno de dos caminos: o somos refinados espiritualmente a través de la adversidad y damos gloria a Dios, o nos volvemos espiritualmente débiles y pecamos contra Dios. O bien crecemos espiritualmente fuertes mediante el crisol del sufrimiento —viviendo una vida santa, cada vez más apartada del mundo y del pecado—, o bien nos debilitamos espiritualmente, alineándonos con el mundo y el pecado, asimilándonos a los malhechores y viviendo una vida incluso peor que la de los incrédulos. Me preocupa que, al menos en apariencia, a menudo parezca que los cristianos llevamos vidas que dejan mucho que desear, incluso en comparación con quienes no creen. ¿A qué se debe esto? Se debe a que nuestros corazones se vuelven vulnerables en medio de las dificultades y adversidades, inclinándose hacia el mal. ¿Qué debemos hacer entonces los creyentes?

En el pasaje de hoy, David puso sus ojos en el Señor y alzó sus manos hacia Dios; asimismo, tomó la firme decisión y oró para que Dios preservara su corazón de inclinarse al mal y de cometer pecado. Aunque el alimento de los impíos pudiera parecer tan apetecible como un «manjar», su corazón no sucumbió a la tentación de los deseos de los ojos, pues mantuvo su mirada fija únicamente en el Señor. Además, dado que sus manos buscaban la pureza y la limpieza al elevarse en oración a Dios, logró evitar participar en las malas acciones de los malhechores. Al igual que David, incluso cuando enfrentamos numerosas tentaciones en medio de la adversidad, debemos guardar nuestro corazón fijando la mirada en el Señor y dedicándonos a la oración con las manos alzadas hacia Él.

En cuarto lugar, David puso guardia a su boca.

Observemos el Salmo 141:3: «Pon guarda a mi boca, oh Señor; vigila la puerta de mis labios». Debemos ser prudentes con nuestras palabras cuando nos encontramos en angustia, dolor o adversidad. La razón es que, en tales momentos, existe un gran riesgo de pecar contra Dios con nuestros labios. Debemos tener especial cuidado con lo que decimos cuando nos sentimos espiritualmente vulnerables. De hecho, al observar las tácticas de Satanás,

vemos que él intenta fijar nuestra mirada en nuestras dolorosas y difíciles circunstancias para impedirnos orar e inclinar nuestros corazones hacia el pecado. Al hacerlo, Satanás nos lleva a pecar contra Dios con nuestros labios. Un ejemplo de esto se encuentra en las palabras de la esposa de Job en Job 2:9: «… ¿Todavía te aferras a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!». Al oír esto, Job respondió a su mujer: «… Hablas como una de las mujeres insensatas. ¿Acaso recibiremos de Dios el bien y no recibiremos la adversidad?». En todo esto, Job no pecó con sus labios (versículo 10). Incluso en medio de las dificultades que enfrentó, Job no pecó contra Dios con sus palabras. Al igual que David, debemos orar al Señor pidiéndole que ponga guardia a nuestra boca y vigile la puerta de nuestros labios. Especialmente cuando sufrimos a causa de quienes nos perturban y atormentan, debemos fijar la mirada en Dios mediante la oración, guardar diligentemente nuestro corazón y esforzarnos por no pecar contra Él con nuestras palabras. En tales momentos, al igual que David, nuestras palabras deben ser agradables al oído de los demás (Salmo 141:6). Hablar de manera agradable se refiere a pronunciar palabras que brindan alegría y consuelo a quien escucha. Esto nos recuerda las palabras del apóstol Pablo en Colosenses 4:6: «Que su conversación sea siempre con gracia, sazonada con sal…». Que las palabras que salen de nuestra boca transmitan gracia a quienes las escuchan.

En quinto lugar, la cabeza de David no rechazó la reprensión del justo.

Observemos la primera parte del Salmo 141:5: «Que el justo me hiera: será un acto de bondad; que me reprenda: será aceite para mi cabeza; mi cabeza no lo rechazará…». Incluso en medio de la adversidad, David no solo se negó a rechazar la reprensión del justo, sino que la consideró un acto de gracia. ¿Cómo es posible ver tal reprensión como gracia en tiempos de tribulación? Cuando estamos angustiados, naturalmente deseamos consuelo de los hermanos y hermanas que nos aman; nadie quiere ser reprendido. Si recibiéramos una reprensión mientras ya estamos pasando por dificultades, es probable que nuestros corazones se sintieran aún más agobiados. Sin embargo, cabe preguntarse cómo logró David no rechazar la reprensión del justo en momentos tan difíciles y, en cambio, aceptarla

como gracia. El secreto puede resumirse en dos palabras: humildad y sabiduría. En primer lugar, la humildad se refiere a la actitud de David de mantener la mirada fija en el Señor en medio de las dificultades, el dolor y la adversidad, y —mediante la oración— humillar su corazón ante Dios. Fue esta humildad la que permitió a David aceptar la reprensión del justo como gracia en lugar de rechazarla. En segundo lugar, David poseía sabiduría. Salomón, el autor de Proverbios, afirma: «No reprendas al burlón, pues te odiará; reprende al sabio, y te amará» (Proverbios 9:8). Experimentamos la realidad de esta verdad en nuestras propias vidas. Por más amor que se ponga al reprender a una persona orgullosa y arrogante, esta no escuchará. Aunque la reprensión se exprese con cautela e indirectamente, no le prestan atención; por el contrario, responden con odio. En consecuencia, tendemos a evitar reprender a tales individuos arrogantes. Sin embargo, vemos que la persona sabia, incluso cuando es reprendida directamente en lugar de indirectamente, escucha, se esfuerza por corregir su camino y responde con gratitud. Aunque en el momento mismo de la reprensión puedan sentirse heridas en lo profundo de su ser, ver su posterior y sincero agradecimiento confirma la verdad de la Palabra de Dios: «Reprende al sabio, y te amará» (versículo 8). Debido a que David poseía tal humildad y sabiduría, no rechazó —ni siquiera en medio de la adversidad— la reprensión del justo; más bien, la aceptó como un acto de gracia. Oro para que tú y yo también poseamos esta clase de humildad y sabiduría.

Que mantengamos la mirada fija en el Señor, sin importar las dificultades o adversidades que tengamos delante. Mantengamos la vista puesta en Él, clamemos a Él y alcemos nuestras manos hacia Él en oración. Además, guardemos diligentemente nuestros corazones para que no se inclinen hacia el mal. Pongamos todos guardia a nuestros labios. Incluso cuando seamos reprendidos, no rechacemos la corrección, sino que la aceptemos como gracia. El Señor escuchará nuestras oraciones y nos salvará.

“Cuando mi espíritu desfallece en mí”

[Salmo 142]

Amigos, ¿acaso tienen muchas fuentes de sufrimiento en estos días? La vida a menudo parece un matorral de espinos, enredado con diversas clases de dolor y aflicción. En consecuencia, muchas personas padecen enfermedades provocadas por la preocupación, la ansiedad y el estrés. Por eso comparo la vida con un arbusto espinoso; los acontecimientos se entrelazan de tal manera que a menudo pesan gravemente sobre nuestros corazones. En esos momentos, nos preguntamos: “¿Por qué está mi vida tan enredada?”. Verdaderamente, es una vida como un matorral de espinos. Cuando pregunto: “¿Por qué sucede esto?”, encuentro la respuesta en la parábola del sembrador, contada por Jesús. La causa raíz reside en “el mundo, las preocupaciones y el engaño de las riquezas”. Al vivir en este mundo, caemos presa de diversas tentaciones mundanas y pecamos contra Dios; esto conduce a una red de problemas dolorosos que se enredan cada vez más, causándonos una gran angustia. Además, cuanto más intentamos desenredar estos nudos por nuestra cuenta, más enmarañados parecen volverse. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En el Salmo 142, vemos al salmista David enfrentando una situación en la que diversas fuentes de sufrimiento están entrelazadas como un matorral de espinos. Podemos verlo claramente en el versículo 2: “Delante de Él expongo mi queja; delante de Él manifiesto mi angustia”. La palabra hebrea utilizada aquí para “queja” es *siach*, que literalmente se refiere a un “arbusto” o “matorral”. La palabra “matorral” indica que la vida de David estaba enredada en una multitud de problemas dolorosos —muy parecidos a un arbusto espinoso—, lo que lo dejaba en un estado desesperado y desdichado (Park Yun-sun). ¿Por

qué enfrentaba David tal multitud de problemas que lo redujeron a una condición tan miserable? Se debía a que estaba siendo perseguido por Saúl (v. 6; Park Yun-sun). La persecución de Saúl llegó al extremo de tender trampas ocultas en el camino de David para intentar capturarlo (v. 3). En última instancia, el rey Saúl buscaba quitarle la vida a David (1 Samuel 18–24), obligándolo a huir y esconderse en la cueva de Adulam (22:1). A simple vista, la situación de David parecía totalmente desesperada: una coyuntura crítica que no ofrecía ninguna perspectiva de supervivencia salvo la intervención divina (MacArthur). El texto de hoy resume este estado desesperado y aparentemente sin salida en una sola frase que aparece en el versículo 6: «...he sido llevado a lo más bajo». En otras palabras, la persecución de Saúl había reducido a David a un estado de extrema humillación y debilidad (v. 6; Park Yun-sun). Este estado de profunda abatimiento y fragilidad se manifestaba tanto externamente —mientras se escondía del rey Saúl en la cueva de Adulam (v. 7)— como internamente, donde su espíritu estaba quebrantado y lleno de angustia (vv. 2-3). En medio de esto, el versículo 4 revela que David se sentía totalmente abandonado: «Mira a mi derecha y observa; nadie me reconoce, no tengo refugio y nadie se preocupa por mi alma». David se lamenta de que, mire donde mire, no hay nadie que se interese por él, nadie que le ayude y nadie que le ofrezca consuelo. A los ojos humanos, parece una situación verdaderamente lamentable. Sin embargo, en ella reside la providencia de Dios. Parecía como si Dios estuviera cerrando todas las demás vías de escape a David. ¿Cuál era la razón de esto? Dios estaba obrando para asegurarse de que David derramara su espíritu quebrantado y afligido únicamente ante Él en oración. Observemos los versículos 1 y 2 del texto de hoy: «Clamo a voz en cuello al Señor; elevo mi súplica en voz alta al Señor. Derramo mi queja delante de Él; expongo mi angustia ante Él». Incluso en su estado de abatimiento, David no desmayó; por el contrario, lleno de esperanza, expuso abiertamente toda su situación a Dios en oración (Park Yun-sun). Veamos el versículo 3: «Cuando mi espíritu desfallecía dentro de mí, Tú conocías mi senda. En el camino por donde ando, me han tendido una trampa en secreto». En esta oración, David derrama sus sentimientos más íntimos ante Dios; desahoga su corazón ante Él. Lo hizo porque su espíritu estaba abrumado y quebrantado en su interior. David estaba profundamente angustiado porque albergaba un

sentimiento de aflicción y congoja (versículo 2). En consecuencia, derramó ante Dios los sentimientos de su corazón.

Aquí quisiera reflexionar sobre tres aspectos de la oración de David. En otras palabras, deseo examinar el contenido de la oración de David, que se encuentra en los versículos 5 al 7, y aplicarlo a nuestras propias vidas.

En primer lugar, la oración de David reconocía a Dios como Dios.

Observemos el Salmo 142:5: «Oh Señor, a ti clamé; dije: "Tú eres mi refugio, mi porción en la tierra de los vivientes"». David comenzó su oración proclamando quién es Dios y reconociendo su naturaleza. Empezó afirmando que Dios era «mi refugio» y «mi porción». Cuando David miraba a su derecha y no encontraba a nadie que lo conociera, ni lugar de refugio, ni quien cuidara de su alma (versículo 4), volvía sus ojos hacia Dios, su verdadero refugio. Cuando nuestro espíritu está quebrantado y albergamos un profundo resentimiento, podemos desahogarnos con quienes nos rodean; pero ¿podemos decir con confianza que ellos son nuestro refugio? Hacer de las personas nuestro refugio es peligroso; es como construir una casa sobre arena. Tal cimiento es débil y está destinado a derrumbarse, dejándonos en un estado aún más lamentable. Debemos hacer de Dios, y solo de Él, nuestro refugio. Solo nuestro Señor, que es nuestro refugio, puede protegernos, consolar nuestro espíritu quebrantado y acudir en nuestra ayuda. David no solo creía en Dios y lo confesaba como «mi refugio», sino que también oraba reconociéndolo como «mi porción». ¿Qué significa «mi porción» en este contexto? Significa que, dado que Dios es la fuente de la vida, solo aquellos que lo poseen a Él pueden disfrutar verdaderamente de la vida (Park Yun-sun). Por eso a veces cantamos el himno 82: «Señor, tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida...». Debemos llevar nuestro dolor y nuestro espíritu quebrantado ante el Señor —nuestro refugio y nuestra vida eterna— y buscarlo con sinceridad.

En segundo lugar, la oración de David buscaba la salvación de Dios. Observemos el Salmo 142:6: «Escucha mi clamor, pues estoy en gran necesidad; líbrame de los que me persiguen, porque son demasiado fuertes para mí». Desde su estado de total indefensión, David clamó a Dios para que lo librara del rey Saúl, quien lo perseguía. Se vio impulsado a clamar a Dios porque el rey Saúl y sus fuerzas eran mucho más poderosos que él. Sin embargo, al verse sumamente debilitado por dicha persecución, David buscó refugio en Dios —su verdadero amparo— e imploró al Todopoderoso que le concediera la gracia de la salvación. En medio del sufrimiento y la adversidad, y gracias a la comunión con mis hermanos y hermanas, a menudo recuerdo la canción evangélica «Tú me das fuerzas cuando soy débil». Esto se debe, probablemente, a que veo cómo Dios los guía a reconocer su propia debilidad al enfrentarse a diversas dificultades. En esos momentos, mientras ellos miran a Dios en su fragilidad, percibo Su mano poderosa reposando sobre ellos. Doy gracias por la obra salvadora de Dios cuando soy testigo de una fortaleza interior —otorgada por Él— que surge en medio de la debilidad. Por tanto, no debemos temer llegar a un estado de total debilidad; al contrario, hemos de ver los momentos de extrema flaqueza como oportunidades para anhelar la gracia salvadora de Dios. Cuando somos débiles, debemos apoyarnos en la fortaleza divina e invocar a Dios; al hacerlo, Él nos librará de nuestra debilidad.

Por último, el tercer punto es que la oración de David reflejaba la confianza en que el Señor actuaría con bondad hacia él. Observemos el Salmo 142:7: «Sácame de la cárcel, para que alabe tu nombre; me rodearán los justos, porque tú serás bondadoso conmigo». Aunque David se ocultaba en la cueva de Adulam para escapar del rey Saúl, creía que Dios lo libraría de aquel lugar que era como una prisión. En resumen, poseía la certeza de la salvación. Confiaba no solo en su salvación, sino también en que el Señor lo rescataría de las manos de Saúl y haría que los justos lo rodearan. ¿Qué significa esto? En el versículo 4 del pasaje de hoy, David se lamenta de que, al mirar a su derecha, no encuentra a nadie que lo conozca, ni refugio, ni quien se preocupe por su alma; sin embargo, en el versículo 5, confiesa que Dios es su refugio y acude al Señor en oración. Finalmente, en el versículo 7, lo vemos plenamente convencido de que los justos se reunirán a su alrededor. ¿Cómo es esto posible?

Se debe a que David confiaba en un Dios que muestra bondad. El Salmo 116:7 dice: «Vuelve a tu reposo, alma mía, porque el Señor ha sido bueno contigo». Al igual que David, cuando nuestro espíritu se siente abrumado, debemos confiar en la bondad del Señor y, mediante la oración, permitir que nuestra alma recupere la paz. Al derramar nuestras aflicciones ante Dios en oración y experimentar su gracia salvadora, debemos disfrutar de la paz de Dios: una paz que el mundo no puede dar.

Este mundo está lleno de muchas aflicciones y adversidades; abunda en pecado y en el espectro de la muerte. Nuestras vidas en un mundo así son como un matorral de espinos; a menudo sentimos el espíritu herido, enredado en una red de dolorosas pruebas. Hay momentos en que experimentamos una profunda soledad, sin nadie a quien confiarle nuestro pesar. En tales instantes, al igual que David el salmista en el pasaje de hoy, debemos derramar nuestro corazón ante Dios en oración. Al hacerlo, hemos de dar el paso de proclamar con fe quién es Dios: Él es «mi refugio» y «mi porción». Debemos clamar a este Dios —nuestro refugio y porción— para que nos libre. Y al clamar, debemos orar con la certeza de la salvación, pues nuestro Dios es un Dios que nos colma de sus beneficios. Que todos experimentemos la gracia de la salvación de Dios.

Un corazón desolado

[Salmo 143]

Tengo un primo menor que, de niño, sentía pavor ante las habitaciones oscuras, sumidas en una negrura absoluta. Que yo recuerde, el motivo de este miedo era que, durante su infancia, su padre lo había dejado encerrado en una habitación oscura —probablemente como medida disciplinaria— tras haber desobedecido a sus padres. Recuerdo que, cuando cursaba la escuela intermedia, asistió a un retiro eclesiástico en un centro de oración; debido a que se estaba comportando de manera especialmente rebelde, uno de los evangelistas de nuestra iglesia lo dejó solo en un lugar oscuro de la montaña, una acción tomada, según creo, como medida disciplinaria. Hoy, al meditar en el Salmo 143, recordé a este primo que solía temer a esos lugares de oscuridad absoluta. Este recuerdo surgió a raíz del versículo 4 del pasaje, donde el salmista David declara: «Mi corazón dentro de mí está desolado». En cuanto al significado de la palabra «desolado» (o «sombrío/desdichado») empleada aquí, el diccionario en línea de Yahoo cita definiciones del diccionario coreano como: (a) extremadamente sombrío y (b) espantoso u horrendo; el diccionario de *Hanja* (caracteres chinos) lo define como: (a) oscuro y lúgubre, (b) espantoso y sombrío, o (c) (en referencia a una situación o estado) miserable y sin esperanza. Cuando David describe su corazón como «desolado» en el pasaje de hoy, el significado hebreo subyacente implica que estaba atenazado por un miedo aterrador, ya que una gran calamidad —el juicio de Dios— había caído sobre él a causa de su pecado. En otras palabras, David escribió el Salmo 143 mientras enfrentaba un gran desastre provocado por su transgresión; se encontraba sumido en una etapa de la vida verdaderamente oscura y sombría, con el espíritu quebrantado y el corazón lleno de desolación.

En el Salmo 143:4, David describe su condición de la siguiente manera: «Por eso mi espíritu desfallece dentro de mí; mi corazón dentro de mí está desolado». En resumen, David se hallaba en un estado de «espíritu quebrantado» y «corazón desolado». Tal como afirmó en el Salmo 142:3 —pasaje sobre el cual meditamos el miércoles pasado— que su espíritu desfallecía en su interior, aquí en el Salmo 143:4 describe nuevamente su espíritu como quebrantado y su corazón como desolado. ¿Por qué estaba quebrantado su espíritu? ¿Por qué estaba desolado su corazón? La razón se expone en el versículo 3: «El enemigo me persigue; me aplasta contra el suelo y me hace habitar en tinieblas, como a los que llevan mucho tiempo muertos». El espíritu de David estaba quebrantado y su corazón abrumado por la angustia porque su enemigo lo perseguía. El enemigo en cuestión parece ser su propio hijo, Absalón. Podemos deducir esto porque ciertos manuscritos de la Septuaginta incluyen un encabezado para este salmo que dice: «Cuando su hijo Absalón lo perseguía para quitarle la vida» (Park Yun-sun). Si bien la persona que perseguía a David en el Salmo 142 —sobre el cual meditamos el miércoles pasado— era el rey Saúl, quien lo perseguía y buscaba su vida en el pasaje de hoy, el Salmo 143, era su hijo Absalón; esto revela que la vida de David estuvo marcada por sufrimientos y persecuciones que quebrantaban su espíritu y abrumaban su corazón, tanto antes como después de convertirse en rey. Sin embargo, existe una diferencia clara: la persecución que sufrió a manos del rey Saúl no fue un castigo divino por ningún pecado cometido contra Dios, mientras que la persecución que enfrentó por parte de Absalón en este pasaje fue consecuencia de su propio pecado. Por esta razón, el Salmo 143 es el último de los siete salmos penitenciales (Salmos 6, 32, 38, 51, 102, 130 y 143) (Park Yun-sun). David era consciente de que la persecución que soportaba —y el consiguiente quebrantamiento de su espíritu y angustia de su corazón— provenían de su propio pecado. Esta certeza hacía que su corazón se sintiera aún más afligido, atormentado y lleno de desesperación. ¡Qué situación tan verdaderamente desdichada es aquella en la que quien busca quitarle la vida a uno no es un extraño, sino su propio hijo, Absalón; cuando el enemigo que persigue y amenaza la vida de uno es... ¿Puede imaginarlo? ¡Su propia carne y sangre! Al intentar ponernos en el lugar de David, podemos imaginar a un padre huyendo de su propio hijo. ¿Qué situación podría ser más desdichada o desesperanzadora? En tal

trance, David se sentía como si habitara en tinieblas, como alguien muerto hace mucho tiempo (versículo 3).

¿Qué hizo David en medio de una situación tan desesperanzadora, angustiosa y verdaderamente devastadora? Podemos considerar dos puntos basados en el pasaje de hoy:

En primer lugar, David recordó las obras que el Señor había realizado en el pasado.

Observemos el Salmo 143:5: «Me acuerdo de los días antiguos; medito en todas tus obras; reflexiono sobre la obra de tus manos». Al continuar meditando en los Salmos cada miércoles, a menudo observamos el patrón de oración del salmista; uno de esos patrones consiste en recordar las obras pasadas del Señor mientras se ora. Personalmente, me encuentro adoptando gradualmente este hábito: reflexionar sobre el pasado para meditar en la historia de salvación de Dios y en la gracia que Él ha derramado. Antes de comenzar a meditar en los Salmos, mirar hacia atrás a menudo significaba centrarme en situaciones difíciles, recuerdos desagradables, memorias pecaminosas marcadas por la fragilidad humana y en mis propios fracasos y transgresiones, en lugar de enfocarme en lo que Dios había hecho. Sin embargo, a través de esta meditación, el Espíritu Santo está cambiando mi enfoque. Ahora, cuando el Espíritu Santo me lleva a mirar atrás, dirige mi atención hacia las acciones de Dios; específicamente, hacia cómo Él me rescató y derramó su gracia en tiempos de adversidad, angustia y desánimo. La gracia hallada en este proceso desplaza el enfoque de lo que Dios simplemente *hizo* a quién es Dios —su propia naturaleza—, capacitándome para presentarle mis peticiones con valentía y fe.

En cuanto al texto de hoy, el Salmo 143:5, creo que cuando David —enfrentado a una situación crítica en la que su vida corría peligro debido a la persecución de Absalón— recordaba el pasado y meditaba en «todas» las obras del Señor, sin duda estaba reflexionando sobre la gracia salvadora que Dios le había mostrado anteriormente. Aquel episodio previo, que constituye el trasfondo del Salmo 142, se refería a su liberación de la

persecución del rey Saúl antes de que él mismo llegara a ser rey. Una razón para esta convicción es la sorprendente similitud entre ambos sucesos; Tanto en el Salmo 142 (sobre el cual meditamos el miércoles pasado) como en el Salmo 143 de hoy, el espíritu interior de David... Cuando nos hallamos en un estado de quebranto y verdadera miseria —y cuando situaciones similares se repiten en nuestras vidas—, creo que es parte de la providencia de Dios instarnos a reflexionar sobre la gracia salvadora que Él nos ha mostrado en el pasado. Me viene a la mente un ejemplo apropiado de esto en Juan 21:9. Cuando Jesús resucitado se apareció a sus discípulos junto al mar de Tiberíades y preguntó a Pedro tres veces: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas (más que a estos)?» (versículos 15, 16 y 17), el escenario guardaba un parecido sorprendente con aquel momento en que Pedro había negado a Jesús tres veces. Podemos apreciar esta similitud porque en ambas ocasiones hubo un «fuego» (específicamente, brasas o fuego de carbón): cuando Pedro negó a Jesús tres veces y cuando Jesús resucitado le preguntó tres veces: «¿Me amas?». ¿Lo recuerda? Respecto a la ocasión en que Pedro negó a Jesús tres veces, Lucas relata: «Cuando encendieron fuego en medio del patio y se sentaron juntos, Pedro se sentó entre ellos» (Lucas 22:55). Sin duda, cuando Jesús resucitado encendió un fuego de brasas, puso pescado y pan sobre él y preguntó tres veces a Pedro —quien había desembarcado—: «¿Me amas?», Pedro debió de recordar el pecado de haber negado a Jesús mientras estaba sentado junto a un fuego en el pasado. Parece que Jesús recreó aquel escenario anterior para liberar a Pedro de su culpa y encomendarle una misión. ¡Qué amor y providencia tan maravillosos los de Dios! Por tanto, al igual que David, cuando enfrentamos dolor y adversidad en nuestra vida actual —dejando nuestro espíritu quebrantado y nuestro corazón sumido en la desesperación—, nosotros también debemos volver la mirada hacia la gracia que el Señor nos ha otorgado en el pasado... Debemos recordar las gracias que hemos recibido. Por difíciles que sean nuestras circunstancias actuales, debemos reflexionar y meditar en la gracia salvadora de Dios —recordando cómo nos libró de dificultades aún mayores en el pasado— para que podamos hallar motivos de gratitud en nuestra situación presente. El Dios que escuchó nuestras oraciones, las respondió y nos libró en el pasado es plenamente capaz de rescatarnos de

cualquier prueba que enfrentemos hoy. Oro para que, al recordar y meditar en las obras pasadas del Señor, todos podamos tener esta certeza de salvación.

En segundo lugar, y finalmente, David clamó al Señor.

Observemos el Salmo 143:6: «A ti he extendido mis manos; mi alma tiene sed de ti, como tierra sedienta (Selah)». En medio de la persecución de sus enemigos —con el espíritu quebrantado, el corazón sumido en la desesperación y la mente llena de profunda angustia—, David anhelaba al Señor, le extendía las manos y clamaba por ayuda. Al clamar, David esperaba que Dios respondiera a su oración «pronto» (versículo 7). Tal era la desesperación de su situación. David describe esta terrible situación en el versículo 7: «Respóndeme pronto, oh SEÑOR, porque desfallece mi espíritu. No escondas de mí tu rostro, no sea que venga a ser como los que descienden a la fosa». Aquí podemos reflexionar sobre cuatro aspectos de la oración de David y aplicarlos a nuestra propia vida de oración:

(1) David no se centró en su propia infidelidad ni en su falta de justicia; más bien, clamó a Dios apoyándose en la fidelidad y la justicia del Señor.

Observemos el Salmo 143:1: «Escucha mi oración, oh SEÑOR; atiende a mis súplicas. Respóndeme conforme a tu fidelidad y a tu justicia». Cuando su espíritu estaba quebrantado y su corazón angustiado, David no se centró en sus circunstancias; en cambio, puso la mirada en el Dios que gobierna y controla soberanamente dichas circunstancias. Clamó a Dios apoyándose en Su fidelidad y justicia. El miércoles pasado, mientras meditaba en el Salmo 142, nos animé a comenzar nuestras oraciones a Dios proclamando Su naturaleza, reconociéndolo como Dios. En el Salmo 143 vemos a David hacer lo mismo: ora apoyándose primero en la naturaleza de Dios, específicamente en Su fidelidad (verdad) y en Su justicia. Esto nos sirve de lección y nos muestra que tal debería ser el modelo de nuestra propia vida de oración. Cuando enfrentamos situaciones dolorosas como disciplina divina por nuestros pecados, nuestro instinto es centrarnos en nosotros mismos y en nuestras circunstancias

inmediatas; podemos caer fácilmente en la queja y el resentimiento sin darnos cuenta de las consecuencias de nuestras propias malas acciones. Sin embargo, no debemos hacer eso. Más bien, debemos aprovechar tales situaciones como una oportunidad para examinarnos ante Dios. Debemos reconocer nuestra propia infidelidad y falta de justicia. Solo entonces nos veremos obligados a depender enteramente de la fidelidad y la justicia de Dios.

(2) Al observar la oración de David, vemos que, aun cuando su espíritu estaba quebrantado y su corazón sumido en una profunda angustia, él rogó a Dios que le permitiera escuchar la palabra del Señor.

Observemos el versículo 8 del texto de hoy, el Salmo 143: «Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado; enséñame el camino por donde debo andar, porque a ti elevo mi alma». En medio de un espíritu quebrantado y un corazón lleno de angustia, David —apoyándose en la veracidad y la justicia de Dios— suplicó al Señor que le dejara oír su palabra de misericordia por la mañana. ¿Por qué deseaba escuchar la palabra de misericordia del Señor? Buscaba oírla porque quería ser guiado por ella mientras depositaba su confianza en Él. En otras palabras, David deseaba escuchar las palabras llenas de gracia del Señor porque quería conocer la voluntad divina y ponerla en práctica (v. 10). Por eso oró a Dios diciendo: «Muéstrame el camino por donde debo andar» (v. 8). Cuando enfrentamos la disciplina de Dios a causa de nuestros pecados, hay momentos en que nuestro espíritu se quebranta y nuestro corazón se llena de angustia debido al dolor y el sufrimiento resultantes. En tales momentos, debemos orar a Dios y anhelar la palabra del Señor, tal como lo hizo David. ¿Por qué? Porque a través de la palabra del Señor podemos reconocer el camino que debemos seguir, dar media vuelta y andar por la senda que el Señor desea. Aunque nos hayamos extraviado y pecado contra Dios antes de que comenzara nuestro sufrimiento, debemos confiar en la fidelidad y la justicia del Señor; mediante la oración y la guía de su palabra, debemos caminar por la senda de verdad y justicia que Él desea.

(3) David suplicó a Dios que lo librara.

Observemos el pasaje de hoy, Salmo 143:9: «Líbrame, oh Señor, de mis enemigos, porque en ti busco refugio». Cuando el espíritu de David estaba abatido y su corazón lleno de angustia en medio de la persecución de sus enemigos, buscó refugio en el Señor. Tal como hizo en el Salmo 142 —sobre el cual meditamos el miércoles pasado—, David se dio cuenta de que nadie a su alrededor podía ofrecerle un refugio mientras huía del rey Saúl; por consiguiente, no acudió a nadie más (142:4), sino que buscó refugio únicamente en el Señor (v. 5). De igual manera, en el pasaje de hoy, el Salmo 143, él acudió al Señor —su refugio— y rogó a Dios que lo librara de sus enemigos. Observemos la oración de David pidiendo salvación en el texto de hoy, Salmo 143:11: «¡Por amor de tu nombre, oh Señor, preserva mi vida! En tu justicia, saca mi alma de la angustia». David —y nosotros también— podemos dirigir tal súplica a Dios porque Él es nuestro Salvador. Así, el Dios de salvación perdona nuestros pecados y nos salva cuando nos arrepentimos y volvemos a Él.

(4) David rogó a Dios que juzgara a sus enemigos.

Observemos el Salmo 143:12 en el texto de hoy: «En tu misericordia, corta a mis enemigos y destruye a todos los que afligen mi alma; pues yo soy tu siervo». David pidió a Dios que eliminara y destruyera a los enemigos que atormentaban su alma. Podía hacer esta petición porque era siervo del Señor. La implicación es que, mientras David era siervo del Señor, sus enemigos no lo eran; por tanto, oró para que el Señor, en su misericordia, se acordara de su siervo escogido y lo mirara con favor, salvándolo a él mientras destruía a los impíos. Esta debería ser también nuestra oración. Debemos orar para que, conforme a su misericordia, el Señor salve a sus siervos escogidos y destruya a nuestros enemigos: aquellos que no son siervos del Señor y no han sido escogidos por Él. De esta manera, se revelan la misericordia (amor) y la justicia de Dios. En otras palabras, la gloria de Dios se manifiesta a través de la salvación y el juicio, o bien, a través de la salvación lograda mediante el juicio. Es mi esperanza que, por muy difíciles que sean las circunstancias que enfrentemos, nosotros —

al igual que el salmista David— recordemos los actos salvadores que el Señor ha realizado en el pasado y experimentemos la gracia salvadora de Dios al elevar nuestras oraciones a Él.

Situaciones que se repiten en nuestras vidas

«Me acuerdo de los días antiguos; medito en todas tus obras; reflexiono en las obras de tus manos» (Salmo 143:5).

¿Por qué se repiten situaciones similares en nuestras vidas? Tenemos la certeza de haber vivido una situación así anteriormente y, sin embargo, aquí estamos enfrentándola de nuevo. Por supuesto, si la situación es difícil y dolorosa, es posible que en ese momento nos sintamos demasiado abrumados para darnos cuenta de que ya la hemos afrontado antes. No obstante, si nos serenamos y reflexionamos sobre la situación con calma y objetividad, podemos recordar haber estado en una posición parecida en el pasado. ¿Cómo debemos ver, entonces, estas situaciones recurrentes? ¿Deberíamos llamarlas simplemente coincidencias? Ciertamente no son coincidencias; no pueden serlo. En Dios no existe tal cosa como la coincidencia. Hay un propósito claro detrás de la providencia soberana de Dios al hacer que situaciones similares se repitan en nuestras vidas. ¿Cuál es, pues, ese propósito?

En primer lugar, Dios permite que situaciones similares se repitan en nuestras vidas para que meditemos en sus obras pasadas de salvación y, al hacerlo, anhelemos estar con Él.

En el Salmo 143:5, vemos a David —en medio de una situación crítica en la que su vida corría peligro debido a la persecución de Absalón— recordando el pasado y meditando en «todo» lo que el Señor había hecho. Al hacerlo, seguramente reflexionó sobre la gracia salvadora que Dios le había mostrado cuando fue librado anteriormente de la persecución del rey Saúl, el mismo contexto que dio origen al Salmo 142. Una razón por la que creo esto es que ambos

sucesos comparten similitudes sorprendentes. La Biblia nos dice que el espíritu de David se sentía abrumado y abatido, ya fuera durante el tiempo de persecución por parte del rey Saúl (Salmo 142) o más tarde, cuando enfrentó la persecución de Absalón tras haber pecado como rey (Salmo 143:4). ¿Por qué se repitieron situaciones tan parecidas en la vida de David? La razón es que Dios quería que David recordara —y meditara en— la historia de su liberación de manos del rey Saúl. Al hacerlo, Dios le llevó a anhelar profundamente Su gracia salvadora, incluso en medio de la persecución por parte de Absalón, la cual constituye el trasfondo del pasaje de hoy: el Salmo 143. Así, David «extendió sus manos hacia [Dios]» y su alma «tuvo sed de [Dios] como tierra sedienta» (v. 6). En esta situación apremiante, suplicó a Dios que respondiera pronto a su oración (v. 7).

En segundo lugar, Dios permite que situaciones similares se repitan en nuestras vidas para sacar a la luz nuestros pecados, llevarnos al arrepentimiento e impulsarnos a cumplir nuevamente la voluntad del Señor.

Aunque David se encontró en situaciones parecidas tanto en el Salmo 143 como en el Salmo 142, existía una diferencia clave. La persecución que sufrió por parte del rey Saúl (Salmo 142) no fue consecuencia de ningún pecado cometido por David. Por el contrario, se originó en los celos del rey Saúl —desatados por las aclamaciones de las mujeres— después de que David derrotara a Goliat en el nombre del Señor, cumpliendo así la obra de Dios. En cambio, el pasaje de hoy —el Salmo 143— refleja la persecución que David enfrentó por parte de su hijo Absalón, consecuencia del pecado que cometió al violar a Betsabé y provocar intencionadamente la muerte del esposo de ella, el leal soldado Urías, en un intento por encubrir su transgresión. Así, en los versículos 8 y 10 del Salmo 143, David expresa su deseo de ser instruido por la palabra de Dios y de cumplir la voluntad del Señor. Ver a David apartarse del pecado que había cometido siguiendo sus propios deseos y buscar ahora hacer la voluntad del Señor me recordó la historia de Pedro que se encuentra en Juan 21:9 y los versículos siguientes. En ese relato, después de que Jesús resucitó de entre los muertos y se apareció a sus discípulos junto al mar de Tiberíades, preguntó a Pedro tres

veces: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas (más que a estos)?» (versículos 15, 16 y 17). Esa situación guarda un parecido sorprendente con el momento en que Pedro negó a Jesús tres veces. Podemos apreciar esta similitud porque en ambos casos hubo un «fuego» (específicamente, un fuego de brasas): cuando Pedro negó a Jesús tres veces y cuando Jesús resucitado le preguntó en tres ocasiones: «¿Me amas?». ¿Lo recuerda? Respecto al momento en que Pedro negó a Jesús tres veces, el autor Lucas registra en Lucas 22:55: «Cuando encendieron fuego en medio del patio y se sentaron juntos, Pedro se sentó entre ellos». Sin duda, Pedro debió recordar su pecado pasado —negar a Jesús mientras estaba sentado junto a un fuego— cuando más tarde Jesús resucitado encendió un fuego de brasas, puso pescado y pan sobre él y le preguntó tres veces: «¿Me amas?» (Juan 21:9). En última instancia, al recrear aquel escenario pasado, Jesús buscaba liberar a Pedro de su culpa y encomendarle la misión de cumplir la voluntad del Señor. ¡Qué amor y providencia tan maravillosos los de Dios!

Cuando situaciones similares se repiten en nuestras propias vidas, tomemos un momento para reflexionar en silencio ante Dios. Si el Espíritu Santo trae a nuestra mente una experiencia pasada semejante, recordemos y meditemos en la obra salvadora que Dios realizó en aquel entonces. En medio de esto, volvamos nuestra mirada hacia el Dios de salvación respecto a nuestra situación actual y presentémosle nuestras peticiones. Al reflexionar sobre la gracia salvadora del pasado, aferrémonos a la seguridad de la salvación que nos otorga el Espíritu Santo que habita en nosotros y acerquémonos con valentía al Dios de salvación mediante la oración. Además, si durante este tiempo de reflexión el Espíritu Santo revela algún pecado no confesado, confiemos en la preciosa sangre de Jesucristo para confesar nuestras faltas ante el Dios santo y arrepintámonos delante de Aquel que abunda en misericordia, gracia y amor. Depositemos nuestra propia voluntad a los pies de la cruz y consagrémonos a cumplir la voluntad del Señor. Al hacerlo, Él cumplirá su propósito a través de las situaciones que dispone en nuestras vidas y recibirá gloria solo para sí mismo.

"Hazme oír tu palabra de amor por la mañana"

"Hazme oír tu palabra de amor por la mañana, porque en ti confío. Muéstrame el camino que debo seguir, pues a ti elevo mi alma" (Salmo 143:8).

El salmista David declara: "¡Qué bueno y agradable es que los hermanos convivan en unidad!" (Salmo 133:1). Es verdaderamente hermoso que los hermanos y hermanas en el Señor estén unidos, sirviéndole con un mismo corazón y un mismo sentir. ¿Qué debemos hacer para preservar la unidad del Espíritu (Efesios 4:3) en nuestra iglesia? Necesitamos oídos dispuestos a escuchar. Debemos ser prontos para escuchar, tardos para hablar y tardos para airarnos (Santiago 1:19). Los hijos de Dios que buscan la unidad de la iglesia saben escuchar, en aras de la paz y la armonía de la congregación. Entonces, ¿qué debemos escuchar? Al igual que el salmista en el pasaje de hoy (Salmo 143:8), debemos escuchar la palabra de amor del Señor. La razón por la que él deseaba oír la palabra de amor del Señor por la mañana era que quería escuchar la voz del Señor y caminar por la senda que Él deseaba. Por eso oró a Dios: "Muéstrame el camino que debo seguir" (versículo 8). En otras palabras, el salmista quería conocer la voluntad del Señor. Él oró: "Tú eres mi Dios; enséñame a hacer tu voluntad..." (versículo 10). Al igual que el salmista, nosotros también debemos acudir a la casa del Señor por la mañana y orar a Dios: "Dependo de ti esta mañana. Por favor, hazme oír tu palabra de amor". Mientras oramos y meditamos en la Palabra de Dios, debemos escuchar con humildad la voz bondadosa de Dios, expresada por el Espíritu Santo. Como el salmista, debemos deleitarnos en escuchar la voz del Señor y en hacer su voluntad.

Esta mañana, el Señor me dirigió una palabra llena de gracia tomada del Salmo 141:5: "Que el justo me hiera: es un acto de bondad; que me reprenda: es aceite para mi cabeza; mi cabeza no lo rechazará...". ¿Cómo podemos, en verdad, considerar las reprensiones de los demás como un acto de gracia? Por lo general, no nos sentimos bien cuando otros nos reprenden; en momentos de exaltación emocional, solemos hablar precipitadamente. Al carecer de un temor reverente hacia Dios, no guardamos nuestra lengua. Ante una reprensión, nos apresuramos a hablar sin poner guardia a nuestros labios. ¿A qué se debe esto? Se debe a que, a diferencia del salmista, no hemos escuchado la palabra llena de gracia del Señor por la mañana o, aun habiéndola escuchado, no la hemos obedecido. Desobedecemos porque buscamos seguir nuestra propia voluntad en lugar de cumplir la del Señor. Sin embargo, el creyente que desea escuchar la palabra llena de gracia del Señor y hacer su voluntad percibe la gracia fiel y el amor ilimitado de Dios incluso a través de las reprensiones de los demás. Al examinarse a sí mismos a la luz de la Palabra —escuchada de nuevo mediante tales reprensiones—, llegan a comprender la gracia de Dios, quien pone al descubierto sus pecados con total claridad. Por ejemplo, Dios revela nuestra infidelidad para que podamos experimentar su gracia fiel. Al experimentar esa gracia fiel, en lugar de sentir odio ante la reprensión de una persona —aunque esta nazca del amor y no del odio—, percibimos el amor incesante y fiel de Dios hacia nosotros. En consecuencia, valoramos incluso una reprensión nacida del amor como un precioso regalo de gracia.

Para que nuestra iglesia mantenga la unidad en medio de la diversidad, debemos prestar atención a las palabras llenas de gracia del Señor. Aun cuando personas diversas se reúnen y expresan sus respectivos pensamientos, los oídos de nuestro espíritu deben permanecer atentos a las palabras bondadosas que el Señor ha pronunciado. Al hacerlo, debemos cultivar un corazón humilde, esforzándonos por cumplir la voluntad del Señor y glorificar a Dios. Aunque las palabras llenas de gracia del Señor —pronunciadas por boca de otros— expongan nuestros pecados con cruda claridad, debemos reflexionar sobre su voluntad en ese momento y procurar cumplirla. Si vivimos con tal mentalidad, seremos capaces de considerar como gracia no solo las reprensiones de hermanos y hermanas amados, sino

incluso las maldiciones de nuestros enemigos. Así como David, al huir del palacio hacia el desierto tras haber pecado, soportó con humildad las maldiciones de Simei —un hombre de la tribu de Benjamín—, también nosotros podemos recibir con humildad las palabras falsas, los susurros, las calumnias y las condenas de quienes nos odian, siempre que estemos espiritualmente sanos y nutridos por las palabras llenas de gracia del Señor en nuestro propio desierto. Es más, no nos limitaremos a oír; escucharemos claramente la voz del Señor en medio de esas palabras, la grabaremos en las tablas de nuestro corazón y viviremos de manera que encarnemos Su Palabra. De este modo, podremos confesar: «No hay gozo fuera de la voz del Señor» (Himno 500) y ofrecer una alabanza sincera a Dios.

Bienaventuradas son tales personas.

[Salmo 144]

¿Qué es, entonces, una "bendición"? Hablamos constantemente de bendiciones, pero ¿qué define exactamente la Biblia como bendición? La Biblia habla de bendiciones tales como los hijos y la riqueza material. Sin embargo, la mayor bendición de todas es acercarse al Señor, quien es la fuente de toda bendición. Esta verdad se fundamenta en el Salmo 73:28. El salmista Asaf estuvo a punto de tropezar debido a la envidia que sentía por la prosperidad de los impíos; no obstante, tras entrar en el santuario de Dios y comprender el destino final tanto de los impíos (versículos 17-20) como de los justos (versículo 24) —además de reconocer su propia insensatez e ignorancia al envidiar a los impíos, comparándose con una bestia bruta ante el Señor (versículo 22)—, hizo esta confesión: "El acercarme a Dios es el bien" (versículo 28). En otras palabras, si bien acercarse a Dios es una bendición, la verdadera bendición reside en el hecho de que Dios —la fuente misma de la bendición— está con nosotros. ¿Vivimos tú y yo verdaderamente con el conocimiento y el disfrute de esa bendición?

En el Salmo 144:15, la Biblia declara: "Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová". Esto significa que aquellos que confían en Dios son bienaventurados (Park Yun-sun). ¿Por qué afirma el salmista David que quienes confían en Dios son bienaventurados? Para resumir la razón en una sola frase: porque Dios otorga la gracia de la salvación a quienes confían en Él. Fue precisamente porque confiaba en Dios y había experimentado Su gracia salvadora que declaró: "Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová". Habiendo experimentado la gracia salvadora de Dios gracias a su confianza en Él, David describe a este Dios de salvación de

tres maneras en el pasaje de hoy. La descripción de David nos enseña en qué clase de Dios debemos confiar al vivir nuestras vidas. Oro para que todos recibamos esta lección con humildad y fe, y así seamos bendecidos.

En primer lugar, David describió al Dios en quien confiaba —y mediante el cual experimentó la gracia salvadora— como el "Dios de la victoria".

Observemos el Salmo 144:1: «Bendito sea el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla». Aquí, David declara: «Bendito sea el Señor, mi Roca», porque Dios adiestró sus manos y dedos para el combate, capacitándolo para triunfar en la guerra. ¿No es fascinante? Él presenta a Dios como Aquel que lo entrena para alcanzar la victoria en la batalla. La Septuaginta (LXX), la Vulgata, así como las versiones etíope y árabe, describen esto como «un salmo compuesto con motivo de la victoria de David sobre Goliat» (Park Yun-sun). Si este es el caso, David escribe el Salmo 144:1 —el pasaje que nos ocupa hoy— mientras reflexiona sobre cómo Dios adiestró sus manos y dedos para la batalla. Recuerda cómo seleccionó cinco piedras lisas del arroyo, las puso en su zurrón de pastor y avanzó hacia Goliat —que se acercaba— en el nombre del Señor Todopoderoso (1 Samuel 17:40, 45, 48). Recuerda haber metido la mano en su zurrón, sacar una piedra, lanzarla con la honda y golpear a Goliat en la frente de tal manera que la piedra se hundió en ella, conduciéndolo finalmente a la victoria (1 Samuel 17:49–50). David declara que fue el Señor Dios quien lo capacitó para derrotar a Goliat en aquel entonces; fue Dios quien adiestró sus manos y dedos, guiándolo a tomar la piedra de su zurrón y lanzarla para lograr aquel triunfo. ¿Qué significado tiene esto? Creo que 1 Samuel 17:47 ofrece la respuesta adecuada: «Y para que toda esta asamblea sepa que el Señor no salva con espada ni con lanza; porque la batalla es del Señor, y él los entregará en nuestras manos». ¿No es verdaderamente asombroso? Dios enseñó a las manos y dedos de David a usar una piedra y una honda para derrotar a Goliat: un gigante de Gat que medía seis codos y un palmo de altura, armado con una lanza cuyo asta era como el rodillo de un tejedor y cuya punta pesaba seiscientos siclos de hierro (1 Samuel 17:4, 7). Al considerar por qué Él actuó de esta manera, si bien una razón

fue ciertamente enseñar la verdad de que la victoria en la guerra pertenece a Dios, otra razón fue evitar que los israelitas se jactaran diciendo: «Mi propia mano me ha salvado» (Jueces 7:2). En cambio, Él eligió derrotar a Goliat y al ejército filisteo mediante las manos y los dedos de David —un simple pastor— en lugar de hacerlo a través de las vastas filas del ejército israelita. Este Dios es el mismo Dios que es tuyo y mío. ¿Cómo no confiar en el Dios que otorga la victoria en la batalla? Mi oración es que, al meditar diariamente en la Palabra de Dios y reflexionar sobre las batallas espirituales en nuestro interior, confiemos en el Dios de la victoria —quien adiestró las manos y los dedos de David para derrotar a Goliat— y así experimentemos la gracia de la salvación divina.

En segundo lugar, David describe al Dios en quien confiaba —y cuya gracia salvadora experimentó— como un «Dios de amor».

Observemos el Salmo 144:2: «Él es mi misericordia y mi fortaleza, mi baluarte y mi libertador, mi escudo y aquel en quien me refugio, quien sujeta a mi pueblo bajo mi mando». Más allá de la victoria sobre Goliat y los filisteos, David tuvo numerosas experiencias en las que Dios le concedió el triunfo en la guerra. Al reflexionar sobre estas gracias salvadoras, David confesó quién es Dios verdaderamente para él (versículo 2). Justo al comienzo de esa confesión, David declara: «El Señor es mi misericordia (amor)». Al reflexionar sobre la gracia salvadora de Dios —quien había sido su fortaleza, baluarte, escudo y refugio en la batalla—, David sintió el amor de Dios tan profundamente que no pudo evitar confesar: «Dios es mi misericordia». Al experimentar este amor, respondió: «Oh Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿O el hijo del hombre para que lo tomes en cuenta? El hombre es como un soplo; sus días son como una sombra pasajera» (versículos 3-4). Cuanto más percibimos el amor de Dios, más nos parece —al igual que a David— incomprensible que el Señor nos reconozca y se preocupe por nosotros. Este sentimiento de asombro se profundiza especialmente cuando nos damos cuenta de cuán insignificantes somos en realidad, como una sombra fugaz. Al meditar en los versículos 2 al 4 del pasaje de hoy, los consideré junto con el Salmo 8:4 y el Salmo 18:1-2, ya que estos salmos guardan notables semejanzas. Por

ejemplo, el versículo 2 del pasaje de hoy evoca el Salmo 18:1-2: «Te amo, oh Señor, fortaleza mía. El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador; mi Dios, mi fortaleza, en quien confiaré; mi escudo y el poder de mi salvación, mi baluarte». Asimismo, los versículos 3 y 4 del pasaje de hoy (Salmo 144) guardan una gran similitud con el Salmo 8:4: «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?». Al reflexionar sobre estas semejanzas, me pregunto: «¿Qué hay en mí que hace que el Señor me ame tan profundamente?». Solo puedo confesar mi incapacidad para comprender plenamente la gracia y el amor que mueven al Señor —quien es nuestra Roca, Fortaleza, Refugio, Escudo, Baluarte y Dios de salvación— a amar a seres como nosotros, que no somos más que sombras pasajeras, y a convertirse en nuestra propia fortaleza. Por eso, tal como David confesó en el Salmo 18:1, nosotros también declaramos: «Oh Señor, fortaleza mía, te amo».

En tercer lugar, David describe al Dios en quien confía —y cuya gracia salvadora ha experimentado— como el Dios que responde a sus oraciones.

En el Salmo 144:5–11, vemos a David suplicando al Dios de salvación. En resumen, su oración es una petición para ser librado de sus enemigos (Park Yun-sun). Como hemos visto en nuestras meditaciones anteriores sobre los Salmos 142 y 143, entre los enemigos de David se encontraban el rey Saúl y Absalón. Por supuesto, dado que David había derramado mucha sangre, seguramente tenía también muchos otros enemigos; de hecho, ¿acaso Goliat —mencionado en este mismo salmo— no era también uno de sus enemigos? En el pasaje de hoy, David describe específicamente a sus enemigos en los versículos 8 y 11: «Su boca habla engaño, y su diestra es diestra de falsedad… Rescátame y líbrame de manos de extranjeros, cuya boca habla engaño y cuya diestra es diestra de falsedad». Si bien señala que sus bocas hablan engaño, resulta interesante que caracterice dos veces sus manos como «manos de extranjeros» y describa sus diestras como «diestras de falsedad». Esta diestra engañosa del enemigo contrasta con la propia mano de David: la mano que, como se menciona en el versículo 1, recibe instrucción de Dios. En última instancia, la diestra engañosa del enemigo no puede prevalecer contra la mano de David, la cual es guiada y

enseñada por la presencia de Dios. Por ello, en los versículos 5–7 del pasaje de hoy, el Dios a quien David ora pidiendo liberación es «el guerrero celestial que viene a luchar en la tierra a favor de David contra los enemigos de Dios» (MacArthur). De hecho, utiliza un lenguaje altamente figurado en estos versículos para retratar a Dios como este guerrero celestial (MacArthur). Él implora a este Dios diciendo: «Esparce a los enemigos y lanza tus flechas; dispérsalos» (v. 6). Además, en el versículo 10, vemos a David apelando al «Dios de salvación», aquel que «rescata a David de la espada mortal». Al elevar esta oración a Dios, el Guerrero Celestial, David decide en el versículo 9: «Oh Dios, te cantaré un cántico nuevo; te alabaré con un salterio de diez cuerdas». Él decide alabar al Señor con un cántico nuevo que celebra la gracia salvadora de Dios. Puede tomar esta decisión porque confía en que Dios responderá a su oración y le concederá la liberación; es precisamente esta certeza de salvación la que lo lleva a decidir alabar a Dios con un cántico nuevo. Quizás por eso la oración y la alabanza van de la mano, tal como sucedió cuando Pablo y Silas experimentaron la gracia de la salvación mientras oraban y cantaban alabanzas a Dios en la cárcel. Busquemos nosotros también con fervor la gracia salvadora de Dios en oración y ofrezcámosle alabanza con fe, fundamentados en la certeza de salvación que Él nos brinda. Al hacerlo, experimentaremos en nuestra propia vida la verdad de que "la salvación pertenece al Señor" (Jonás 2:9). No dejemos de orar a ese Dios de salvación. La obra de salvación se cumplirá en su tiempo y conforme a su voluntad.

¿De qué bendiciones disfrutan, entonces, aquellos que confían en Dios y reciben esta gracia de salvación? David, el autor del texto de hoy —el Salmo 144—, menciona tres bendiciones para quienes tienen al Señor como su Dios en los versículos 12 al 14.

(1) Una bendición de la que disfrutan quienes confían en Dios es que sus hijos son bendecidos.

Observemos el versículo 12: "Que nuestros hijos en su juventud sean como plantas bien cuidadas, y nuestras hijas como columnas talladas para adornar un palacio".

(2) Una bendición de la que disfrutan quienes confían en Dios es la prosperidad material.

Observemos el versículo 13 y la primera mitad del 14: "Nuestros graneros estarán llenos de toda clase de provisiones. Nuestros rebaños en los campos se multiplicarán por miles y decenas de miles, y nuestros bueyes irán cargados de abundancia..."

(3) Una bendición de la que disfrutan quienes confían en Dios es la paz.

Observemos la segunda mitad del versículo 14: "...No habrá brechas en los muros, ni cautiverio, ni gritos de angustia en nuestras calles".

Mi oración es que usted y yo disfrutemos de estas preciosas bendiciones al confiar en Dios.

Señor, ¿qué es el hombre para que pienses en él?

«Oh Señor, ¿qué es el hombre para que lo reconozcas, y qué es el ser humano para que pienses en él? El hombre no es más que un soplo; sus días son como una sombra pasajera» (Salmo 144:3-4).

El viernes pasado se celebró un culto especial para conmemorar el 34.º aniversario de la fundación de la Iglesia Presbiteriana Victory, donde sirvo. A través del orador invitado, Dios transmitió un mensaje sobre la «gracia de la salvación», centrado en Efesios 1:3-14. Tras recibir aquel mensaje, mientras oraba y reflexionaba sobre la gracia salvadora del Dios Trino, vino a mi mente un versículo en el que había meditado anteriormente: la primera parte del Salmo 8:4: «¿Qué es el hombre para que pienses en él…?». Le confesé a Dios: «Dios, ¿qué es el hombre para que lo ames tanto? Dios, ¿quién soy yo para que me concedas tal gracia de salvación?». Posteriormente, tras compartir el Salmo 144 —en el que había meditado la noche anterior— durante la reunión de oración de esta mañana, vuelvo a reflexionar sobre los versículos 3 y 4 de dicho pasaje. En particular, deseo centrarme en la última parte del versículo 3: «¿Qué es el ser humano para que pienses en él?».

En mi opinión, por mucho que un esposo y una esposa se amen, no piensan el uno en el otro incontables veces a lo largo del día. Me pregunto: incluso si pensaran el uno en el otro con frecuencia, ¿llegarían a hacerlo mil veces al día? Dudo que exista alguna pareja que piense en el otro hasta diez mil veces. Incluso en el caso de una pareja que piense en el otro con tanta frecuencia, persiste la certeza de que no pueden pensar el uno en el otro durante todo el día. Al fin y al cabo, ¿cómo podrían pensar el uno en el otro mientras duermen por la noche? Por supuesto, aunque el cónyuge aparezca en los sueños, uno no sueña con él durante toda

la noche; por tanto, el amor y los pensamientos compartidos entre esposo y esposa son inevitablemente limitados. Sin embargo, los pensamientos de Dios hacia nosotros no tienen límites. Esto se debe a que Dios, quien nos ama y piensa en nosotros, no se adormece ni duerme (Salmo 121:4). Además, puesto que Dios es eterno (Isaías 40:28), sus pensamientos hacia nosotros también son eternos.

El Salmo 139:17–18 describe así los pensamientos de Dios hacia nosotros: «¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumerara, superarían a los granos de arena; al despertar, aún estoy contigo». La Biblia nos dice que el Señor, que nos ama, alberga pensamientos preciosos hacia nosotros que superan en número a los granos de arena. ¿Cómo podríamos contar los granos de arena? Ni siquiera intentaríamos contarlos, simplemente porque la cifra es inmensa. En efecto, la capacidad humana es insuficiente para contarlos todos; ni siquiera podemos comenzar la tarea. La Biblia revela que los preciosos pensamientos de Dios hacia nosotros son incontables hasta ese mismo grado. Sin embargo, lo que resulta aún más asombroso es que Dios dirige tales pensamientos incontables hacia nosotros, los seres humanos: seres que somos «como un soplo; [cuyos] días son como una sombra pasajera» (Salmo 144:4). Si nuestras vidas son como una sombra que se desvanece al ponerse el sol, o como un aliento que desaparece en un instante —si nuestros días son como la hierba (Salmo 103:15)—, ¿por qué el Señor piensa en nosotros tantas veces? ¿Acaso no es porque nos ama? Cuando nuestro aliento cesa, volvemos al polvo y, en ese día, perecen nuestros propios pensamientos (Salmo 146:4). No obstante, los pensamientos de Dios hacia nosotros —frágiles como somos, cual mero soplo o sombra pasajera— jamás perecen ni podrían dejar de existir, pues nuestro Dios es eterno.

Resulta incomprensible que este Dios eterno nos ame —a nosotros, simples mortales tan fugaces como un soplo o una sombra— y piense en nosotros incesantemente, hasta el punto de enviar a su Hijo eterno, Jesús, a esta tierra para morir en la cruz por nuestra salvación. No alcanzo a comprender plenamente la gracia y el amor que movieron al Hijo

eterno de Dios a revestirse de forma humana y morir en la cruz para salvar a un pecador como yo. Por eso, solo puedo orar a Dios: «Señor, ¿qué es el hombre para que pienses en mí?» y «¿Qué soy yo, para que me tengas presente en tus pensamientos?».

Exalto al Señor.

[Salmo 145]

Disfruto cantar el himno cristiano titulado "Una persona de bendición". La letra del estribillo dice así: "Tu servicio es un hermoso himno; tu devoción es una oración fragante; dondequiera que pises, el nombre del Señor será exaltado". Cada vez que canto esta canción —especialmente el estribillo—, pienso en las "personas de bendición" que hay en mi vida y oro para que el nombre del Señor sea exaltado por dondequiera que ellas caminen. Al reflexionar sobre ellas, canto con la convicción de que su servicio es un hermoso himno y su devoción, una oración verdaderamente fragante. Con este espíritu, oro para que yo, junto con toda la familia de la Iglesia Presbiteriana Victory, lleguemos a ser personas de Dios que —como individuos bendecidos— exaltemos el nombre del Señor dondequiera que estemos y hagamos lo que hagamos. De hecho, este es uno de los tres propósitos fundamentales de nuestra iglesia: ser una iglesia que acoge al Señor, se asemeja a Él y lo exalta. Nuestro pastor emérito, quien estableció estos tres propósitos y sirvió al cuerpo del Señor —la Iglesia Presbiteriana Victory—, continúa exaltando el nombre del Señor en el campo misionero incluso después de su jubilación.

En el Salmo 145:1, vemos la entrega del salmista David: "Te exaltaré, mi Dios, oh Rey; y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre". David se comprometió a exaltar al Señor y a alabar su nombre por la eternidad; ¿qué clase de Señor era aquel a quien él buscaba exaltar?

En primer lugar, David buscaba exaltar a "mi Dios, el Rey". Observemos el Salmo 145:1: "Te exaltaré, mi Dios, oh Rey; y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre". Es probable que conozca el himno "Mi Dios, mi Rey", ¿verdad? "Mi Dios, mi Rey, te exaltaré y bendeciré tu nombre para siempre". Este Dios, que es nuestro Rey, es quien reina sobre su reino (v. 13). El reino del Señor —gobernado por nuestro Dios y Rey— es eterno (v. 13) y posee majestad y gloria (vv. 11-12). En este reino majestuoso y glorioso, gobernado por nuestro Dios y Rey, somos testigos y experimentamos el poder del Señor (vv. 11–12). David, tras haber experimentado esta majestad, gloria y poder del Señor, se dedicó a meditar en las obras maravillosas realizadas por «mi Dios, mi Rey». Observemos el versículo 5 del pasaje de hoy: «Meditaré en el glorioso esplendor de tu majestad y en tus obras maravillosas». La semana pasada, durante la escuela bíblica de verano para niños, conversé con el pastor de educación de nuestra iglesia y con un amigo suyo, también pastor. Hablamos sobre la necesidad de que nosotros, como ministros, hagamos una pausa, miremos hacia atrás a nuestra vida pasada y reflexionemos sobre el toque del Señor —el Alfarero— en nuestras vidas. La razón es que tal reflexión nos permite tomar decisiones correctas ante los ojos de Dios en medio de nuestras circunstancias actuales. Especialmente a la luz del pasaje de hoy, dado que «mi Dios, mi Rey» reina sobre nuestras vidas, considero verdaderamente importante que nosotros —quienes vivimos bajo su dominio— reflexionemos y meditemos en los recuerdos de haber visto la gloria de Dios y haber experimentado su poder en el pasado. Esto se debe a que, al meditar en las asombrosas maravillas que Dios realizó en el pasado, podemos tener la certeza absoluta de que el Señor, nuestro Rey, gobierna y reina actualmente sobre nuestras vidas. Con esta seguridad, sin importar la situación que enfrentemos, podemos exaltar al Señor tal como lo hizo David.

En segundo lugar, David buscaba exaltar al «gran Dios».

Observemos el Salmo 145:3: «Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza es insondable». Es probable que conozca la canción cristiana «Grande es el Señor». La letra dice así: «Grande es el Señor; alabadle en la ciudad de nuestro Dios, su monte santo. Él nos

ha dado la victoria y ha derrotado a todos nuestros enemigos. Postrémonos y adoremos a nuestro Señor... (Coro) Exaltando su gran nombre y dando gracias por las cosas poderosas que ha hecho por nosotros. Oh, su amor fiel se extiende por toda la tierra y los cielos; solo su nombre permanece para siempre». El versículo 8 del pasaje de hoy nos dice que este gran Dios nos ama a ti y a mí con un "gran amor". ¿Cómo lo sabemos? Observemos el versículo 14: "El Señor sostiene a todos los que caen y levanta a todos los que están agobiados". Durante la reunión de oración de la madrugada del viernes pasado, mientras meditábamos en Isaías 41:10, también reflexionamos sobre la promesa de Dios: "Te sostendré con mi diestra victoriosa". Hemos aprendido que, incluso en situaciones que provocan temor y sobresalto, Emanuel —Dios con nosotros— sostiene nuestras manos derechas, débiles e impotentes (v. 13), restaurando nuestras fuerzas y levantándonos. En el pasaje de hoy, el Salmo 145:14, David declara que el gran Dios, mediante su inmenso amor, nos sostiene y nos levanta cuando tropezamos debido a la tribulación y la persecución. Podemos ver aún más cómo este gran Dios nos ama con un amor tan vasto al observar los versículos 18 y 19: "Cercano está el Señor a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verdad. Cumple los deseos de los que le temen; escucha su clamor y los salva". Este gran y poderoso Dios nos ama a ti y a mí con su inmenso amor, acercándose a "todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verdad" (v. 18). Además, cuando presentamos nuestras peticiones con reverencia hacia Él, Él escucha nuestros clamores y nos salva (nos libra). Habiendo experimentado su gran amor —evidenciado en cómo nos sostiene (v. 14) y responde a nuestras oraciones (vv. 18-19)—, este gran Dios "guarda" a todos los que le amamos (v. 20). Por tanto, al igual que David, debemos dedicarnos a alabar y proclamar grandemente a este "gran Dios". Observemos los versículos 3, 4 y 6 del pasaje de hoy: "Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza es insondable. Una generación alabará tus obras a otra, y anunciará tus hechos poderosos... Hablarán del poder de tus obras asombrosas, y yo proclamaré tus grandes hazañas". Cuando David contemplaba las poderosas obras de salvación realizadas por el gran Dios mediante Su inmenso poder, no podía menos que ofrecer gran alabanza y proclamar la grandeza de Dios. Al igual que David, nosotros también debemos dedicarnos a ofrecer gran gloria y alabanza a nuestro gran Señor,

habiendo experimentado el inmenso amor de Dios y Sus poderosas obras de salvación en nuestras propias vidas.

En tercer lugar, David buscó exaltar al "Dios lleno de gracia".

Observemos el Salmo 145:8: "El Señor es clemente y lleno de compasión, lento para la ira y grande en misericordia". Mientras David meditaba en Dios como Rey y reflexionaba sobre la grandeza de Dios revelada en su propia vida, no podía evitar ofrecer alabanza; esto se debía a que había llegado a comprender la naturaleza de la gracia de Dios. Adquirió una comprensión más profunda de la abundante gracia divina al contemplar cómo el Rey majestuoso había realizado poderosos actos de salvación en su vida mediante Su gran amor. En particular, fue testigo y experimentó cómo el Dios lleno de gracia "es bueno para con todos, y sus tiernas misericordias se extienden sobre todas sus obras" (v. 9). También vio y experimentó cómo el Dios lleno de gracia "satisface el deseo de todo ser viviente" (v. 16). Así, David confesó: "Justo es el Señor en todos sus caminos, y lleno de gracia en todas sus obras" (v. 17). Se dedicó a conmemorar a este "Dios lleno de gracia". Observemos el versículo 7: "Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad, y cantarán tu justicia". Dios es quien, por su gran amor, trata a su pueblo (sus hijos) con bondad, les muestra misericordia y satisface sus deseos. Cuando recordamos la gran gracia que Dios ha derramado sobre nuestras vidas en el pasado y conmemoramos esa gracia en el presente, ¿cuál es nuestra respuesta natural? Observemos el versículo 10: "Todas tus obras te alabarán, oh Señor, y tus santos te bendecirán". No podemos evitar dar gracias a Dios, y nos sentimos impulsados a expresar nuestra gratitud mediante la alabanza. Así, en el versículo 21 —el último del pasaje de hoy—, David hace este voto de (re)dedicación: "Mi boca proclamará la alabanza del Señor, y toda carne bendecirá su santo nombre eternamente y para siempre".

Debemos vivir vidas que exalten al Señor, pues Él es el Dios verdaderamente digno de toda exaltación. Él es nuestro Rey; Él es el Dios que gobierna y reina sobre nosotros. A Él pertenecen la honra, el poder y la gloria. Él es un Dios grande y magnífico. Y este gran Dios

nos ama a ti y a mí con su amor infinito. Él es el Dios que nos sostiene cuando tropezamos bajo la tribulación y la persecución, y que responde a nuestras oraciones. Además, nuestro Dios es un Dios lleno de gracia; nos trata con bondad y nos otorga misericordia. Por tanto, al meditar en las grandes obras que el Señor ha realizado en el pasado, debemos conmemorar la gracia que nos ha mostrado. Debemos acercarnos a este gran Señor con acción de gracias y ofrecerle una alabanza poderosa. Mi oración es que todos seamos personas que exalten al Señor.

Glorifiquemos al gran Señor

"Grande es el Señor y digno de toda alabanza; su grandeza es insondable" (Salmo 145:3).

La selección nacional juvenil de fútbol de Corea está disputando actualmente un partido contra Brasil. Imagino que muchos aficionados coreanos están viendo el encuentro, esperando que el jugador Park Chu-young marque un gol, tal como lo hizo en el partido contra Nigeria. Sé que Park Chu-young, quien es cristiano, siempre se arrodilla y ora para celebrar sus goles. Yo también recuerdo haber visto esto en las noticias de televisión. Creo que arrodillarse para orar —mientras tantas personas observan, ya sea en persona o por televisión— es una forma en que un futbolista cristiano glorifica a Dios. Sin embargo, no todos somos famosos como Park Chu-young. Aun así, cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de glorificar al gran Señor en su propia vida. Centrándome en el pasaje bíblico de hoy, quisiera reflexionar sobre cómo el salmista David glorificó al gran Señor y considerar cómo podemos aplicar esto a nuestras propias vidas.

En primer lugar, David conmemoró la "gran gracia" del gran Señor.

Observemos el Salmo 145:7: "Celebrarán tu abundante bondad..." David recordaba y conmemoraba la gran gracia del Señor. Podemos glorificar al gran Señor recordando y conmemorando la gran gracia que Él ha derramado sobre cada uno de nosotros. Sin embargo, con demasiada frecuencia vivimos nuestras vidas trivializando u olvidando la "gran gracia" que Dios nos ha mostrado. Por eso David buscó la sabiduría para contar las bendiciones de Dios. Nosotros también necesitamos esa clase de sabiduría. Al mirar atrás

y reflexionar sobre las huellas de la gracia de Dios en nuestras vidas, debemos conmemorar esa gran gracia.

Debemos glorificar al gran Dios. Para hacerlo, primero debemos tomarnos el tiempo de mirar hacia atrás en nuestras vidas. Al hacerlo, debemos recordar y conmemorar la "gran gracia" de Dios.

En segundo lugar, David ofreció una "gran alabanza" al gran Dios.

Observemos el Salmo 145:3: "Grande es el Señor y digno de toda alabanza..." Ofrecer una "gran alabanza" significa "exaltar grandemente" los actos poderosos o las grandes y grandiosas obras del Señor (versículo 4). Por tanto, para «alabar grandemente» al Señor, nosotros —al igual que David— debemos meditar en «el glorioso esplendor de tu majestad y en tus obras maravillosas» (versículo 5). En particular, al meditar en las «obras maravillosas» del Señor, debemos reflexionar sobre la bondad (versículo 9) y la compasión (versículo 9) que Dios nos ha mostrado. Sin su bondad y su gran compasión, no habríamos llegado hasta aquí. Además, debemos meditar en la justicia y la gracia del Señor (versículo 17). Puesto que el Señor, quien «sostiene a todos los que caen y levanta a todos los agobiados» (versículo 14), también ha satisfecho nuestros deseos (versículo 16), debemos ofrecer gran alabanza al gran Señor.

Recuerdo que el pastor Hong Sung-geon, de Juventud con una Misión (JUCUM), distinguía entre «alabanza» y «adoración», señalando que la alabanza implica celebrar las cosas que Dios ha hecho en nuestras vidas. En medio de nuestras vidas ajetreadas, debemos cultivar el buen hábito de hacer una pausa para reflexionar sobre nuestra vida con el corazón sereno. En medio de todo esto, debemos ser capaces de percibir —con los ojos del espíritu— las obras que Dios está realizando en nuestras vidas. Creo que esto es algo que solo puede reconocerse mediante la fe. Cuando lo hacemos, nos sentimos impulsados a ofrecer una alabanza poderosa a nuestro gran Señor. En nuestra adoración, primero debemos preparar

el corazón mediante la oración centrada en su Palabra. Al meditar en la inmensa gracia de Dios y recordar las grandes cosas que ha hecho por nosotros, debemos ofrecer una alabanza poderosa, llena de gratitud y asombro. Sin embargo, si ofrecemos alabanzas ruidosas ignorando las obras de Dios en lo profundo de nuestro corazón, ello carece de sentido ante sus ojos. De hecho, puede resultar incluso ofensivo para sus oídos. Dios recibe gloria cuando del corazón brota una alabanza poderosa: una alabanza nacida del recuerdo de su gran gracia y sus obras portentosas, y llena de gratitud y asombro genuinos.

En tercer lugar, David «proclamó» con valentía la grandeza de Dios.

Observemos el Salmo 145:6: «... y proclamaré tu grandeza». David no se limitó a alabar la grandeza de Dios con los labios; la proclamó verdaderamente a través de su vida. Creo que aquí es donde a menudo fallamos. Podemos parecer proclamar a grandes voces la grandeza de Dios, pero en realidad, nuestras vidas proclaman a un Dios demasiado "pequeño". Atrapados por dudas que nos impiden confiar plenamente en un Dios grande, y consumidos por la ansiedad y la preocupación, mostramos un Dios disminuido a los no creyentes que nos rodean. En consecuencia, ellos se preguntan: "¿Es realmente tan pequeño el Dios de esa persona?". Nuestro "amor pequeño" hace esto evidente. Proclamamos a gritos la importancia de amar al prójimo, pero ¿acaso el amor que realmente les mostramos no es muy pequeño? Me pregunto si nuestra sociedad seguiría en su estado actual si nuestro amor por el prójimo fuera tan grande como la grandeza de Dios. En lugar de reflejar al Dios grande, nuestras vidas a menudo revelan al mundo un dios de conflicto, división, celos y envidia. No debemos seguir así. Al igual que David, debemos vivir vidas que proclamen la grandeza de Dios. Nunca debemos disminuirlo retratando a un "Dios pequeño", oscureciendo así Su magnífica gloria.

Mientras escribía esta reflexión, me enteré de que la selección nacional juvenil de fútbol de Corea había perdido ante Brasil. No hubo celebración de gol por parte del jugador Park Chu-young, algo que muchos esperaban ver. Encontré comentarios en un sitio de noticias de

Yahoo que decían cosas como: "Cristianos, ¿por qué perdimos? Era la selección nacional cristiana de nuestro país; todos, desde el entrenador hasta los jugadores, eran cristianos... ¿Perdimos porque nuestro 'poder de oración' no era tan fuerte como el de Brasil?" y "No fue la selección nacional la que perdió; fue el equipo de los 'fanáticos de Jesús' el que perdió... Ánimo". ¿Qué opinas de la frase "perdió el equipo de los 'fanáticos de Jesús'"? El mundo nos observa, a nosotros, los "fanáticos de Jesús". Somos hijos de Dios con la responsabilidad de dar gran gloria a nuestro gran Señor. ¿Cómo podemos, entonces, glorificar al gran Señor? ¿Acaso marcando goles, como en el fútbol? Debemos glorificar al gran Señor honrando la "gran gracia" de Dios. También debemos glorificarlo "alabando" al gran Dios de manera "magnífica". Debemos glorificar al Señor proclamando valientemente la inmensa grandeza de Dios a través de nuestras vidas.

No pongas tu confianza en las personas; ponla en Dios.

[Salmo 146]

¿Alguna vez te han traicionado? ¿Alguna vez has sentido la traición de un ser querido en quien confiabas profundamente? ¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que *tú* podrías estar traicionando a Dios? Durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, medité en Jeremías 11:15: «¿Qué derecho tiene mi amada en mi casa cuando ha cometido tantas acciones impuras? ¿Acaso la carne santa puede evitar tu desastre? Cuando haces el mal, te regocijas». Al pueblo de Judá —que cometía un adulterio espiritual desenfrenado adorando y sirviendo a muchos ídolos, pero que aun así acudía a la casa de Dios para ofrecer sacrificios (quizás en un intento de encubrir sus actos pecaminosos) y se regocijaba haciendo el mal—, Dios le preguntó: «¿Qué haces en mi casa?». Al meditar en estas palabras, me pregunté: «¿Qué estoy haciendo yo —qué está haciendo mi familia y qué está haciendo nuestra familia espiritual, la Iglesia Presbiteriana Victory— en la casa de Dios?». ¿Acaso yo, al igual que el pueblo de Judá, honro a Dios con mis labios mientras mi corazón está lejos? ¿Vengo a la casa del Señor los domingos con una ofrenda de adoración, mientras al mismo tiempo cometo el adulterio espiritual de la idolatría al servir a otros dioses…? La voz de Dios pregunta: «¿Qué haces en mi casa?». En Jeremías 11:9, la Biblia describe este pecado de idolatría cometido por el pueblo de Judá como «rebelión». Al reflexionar sobre esta palabra, me pregunté si Dios se sintió traicionado por el pueblo de Judá. Al pensar en el pueblo de Israel —que dio la espalda a Dios para perseguir ídolos y cometer adulterio espiritual—, uno puede imaginar la sensación de traición que Dios debió sentir hacia su pueblo descarriado. Esta reflexión me llevó a preguntarme: «¿Se puede confiar realmente en los seres humanos? ¿Son las personas realmente dignas de nuestra confianza?». Además, me pregunté: «¿Soy

yo el tipo de persona en quien otros pueden confiar?». Me considero alguien que ni siquiera puede confiar plenamente en sí mismo. ¿Qué opinas tú?

El pasaje de hoy, el Salmo 146, es el primero de los cinco «Salmos de Aleluya» (Salmos 146 al 150). Así, el salmista comienza declarando: «¡Aleluya! Alaba, oh alma mía, al Señor. Alabaré al Señor toda mi vida; cantaré alabanzas a mi Dios mientras viva» (versículos 1-2). El salmista nos invita a decir «Aleluya» —que significa «Alabad al Señor»—, instándonos a alabar a Dios juntos a lo largo de nuestra vida. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debemos todos alabar a Dios juntos mientras vivamos? La razón es que, si bien no se puede confiar en los seres humanos, solo Dios es eternamente digno de confianza. Por eso el salmista afirma en el versículo 3: «No pongáis vuestra confianza en príncipes, ni en hijo de hombre, en quien no hay ayuda». En resumen, nos exhorta a no depositar nuestra confianza en las personas. Más concretamente, nos exhorta a no depender de «príncipes», es decir, de «aquellos que parecen influyentes a los ojos de los demás» (Park Yun-sun) o de simples mortales. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué no debemos depender de otras personas? La razón es que las personas carecen de poder para ayudar (versículo 3). Así, el salmista habla de aquellos que carecen de poder para ayudar: «Cuando su aliento se va, vuelven a la tierra; ese mismo día perecen sus planes» (versículo 4). Los seres humanos somos frágiles; al morir, inevitablemente volvemos al polvo y nuestros planes se desvanecen en el aire. ¿Cómo, entonces, podemos depender de tales personas? El Dr. Park Yun-sun comentó sobre el asunto de depender de las personas: «Confiar en los seres humanos es una mentalidad maligna que bloquea el camino para confiar en Dios. Por lo tanto, el salmista prohíbe primero el pecado de confiar en los humanos para guiar a otros hacia el acto de confiar en Dios». Confiar en personas que carecen de poder para ayudar nos impide confiar en Dios, quien es nuestro verdadero Ayudador. Por consiguiente, siguiendo la exhortación del salmista, debemos dejar primero de depender de los humanos que carecen de poder para ayudar. Debemos cesar en la práctica de depender de las personas.

El salmista nos exhorta de la siguiente manera: «Bienaventurado aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios» (versículo 5). Ciertamente, bienaventurado es aquel que pone su esperanza en Dios. Bienaventurado es quien hace de Dios su ayuda. Por tanto, no debemos buscar ayuda en seres humanos impotentes, sino en Dios. Bienaventurados aquellos que así lo hacen. Entonces, ¿por qué nos exhorta el salmista a hacer de Dios nuestra ayuda y a poner nuestra esperanza en Él? ¿Cuál es la razón?

En primer lugar, la razón es que Dios es el Dios verdadero y Todopoderoso que creó los cielos y la tierra.

Observemos la primera parte del Salmo 146:6: «El SEÑOR hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay…». ¿En quién debemos confiar: en un semejante (otra criatura) o en Dios, el Creador? Ya conocemos la respuesta. Resulta verdaderamente desconcertante que a menudo confiemos en las personas en lugar de en Dios, aun sabiendo perfectamente que debemos confiar en Dios, el Creador, y no en las criaturas. Debemos confiar en Dios, el Creador. ¿Por qué? Porque nuestro Dios Creador es el Dios verdadero y Todopoderoso que creó los cielos y la tierra. Solo el Dios Todopoderoso puede ayudarnos a ti y a mí en el día de la angustia. Los seres humanos —que provienen del polvo y al polvo vuelven— carecen del poder para ayudarnos. Por consiguiente, debemos confiar en Dios, el Creador, quien es el Dios verdadero y Todopoderoso.

En segundo lugar, la razón por la que debemos hacer de Dios nuestra ayuda es que Dios es fiel.

Observemos la segunda parte del Salmo 146:6: «…que guarda la verdad para siempre». Las personas en las que a menudo confiamos no son fieles. Nosotros, los seres humanos, solemos ser engañosos y poco dignos de confianza. Dios, en cambio, es un Dios fiel. Él es fiel; concretamente, permanece eternamente fiel al cumplir el pacto que estableció con su pueblo (Park Yun-sun). Aunque nosotros seamos infieles a las responsabilidades de la

relación de pacto que tenemos con Dios, Él permanece eternamente fiel, pues es digno de confianza y no puede negarse a sí mismo. Por tanto, debemos confiar en el Dios fiel.

En tercer lugar, la razón por la que debemos buscar a Dios como nuestro ayudador es que Él es un Dios de amor y misericordia.

Consideremos el Salmo 146:8: «El Señor abre los ojos de los ciegos, el Señor levanta a los agobiados, el Señor ama a los justos». Debemos hacer de Dios nuestro ayudador porque Él nos ama. ¿Cómo nos ama Dios, entonces, a ti y a mí? Él hace justicia por nosotros (versículo 7). Nuestro Dios es un Dios de justicia. Por tanto, cuando enfrentamos opresión, Él juzga con rectitud y castiga a los impíos (última parte del versículo 9), salvándonos así (versículo 7). Por consiguiente, debemos confiar en el Dios de justicia. Además, nuestro Dios nos provee el pan de cada día; es decir, el Dios de amor nos suministra lo que necesitamos (versículo 7). El Dios de amor, que da alimento a los hambrientos, sustenta al huérfano y a la viuda (versículos 7 y 9). En otras palabras, nuestro Dios es quien sostiene y respalda al huérfano y a la viuda. Por ello, debemos confiar en el Dios que nos sustenta y nos respalda. Asimismo, el Dios de amor es quien nos sana (versículo 8). El término «ciegos» no se refiere solo a la ceguera física, sino también a la espiritual. Así, la afirmación de que Dios abre los ojos de los ciegos significa que Él sana no solo nuestra incapacidad física para ver, sino también la ceguera de nuestras almas. Por tanto, debemos confiar en el Dios que nos sana. El Dios de amor es quien levanta a los agobiados (versículo 8). Aquí, «los agobiados» se refiere a aquellos que han sido abatidos o humillados (Park Yun-sun). En otras palabras, nuestro Dios es quien exalta a los humildes. El Dios de amor es quien levanta a los humildes. Por consiguiente, cuando nos encontramos en una condición de humillación, debemos confiar en el Dios que nos levanta. El Dios de amor es quien protege al extranjero (versículo 9). Aun mientras vivimos como peregrinos en este mundo, nuestro Dios nos protege tanto a ti como a mí. Así pues, habiendo recibido su protección, debemos confiar en Dios. No debemos depositar nuestra confianza en personas que carecen del poder para ayudar. Si insistimos en depender de los demás, es muy probable que tengamos que experimentar la

traición por parte de ellos; pues solo entonces dejaremos de depender de las personas. En el pasaje de hoy, el salmista nos insta a confiar únicamente en Dios. Nos dice que pongamos nuestra esperanza solo en Él. Ahí es donde reside la verdadera bendición. ¿Por qué debemos confiar en Dios? Porque Él es el Dios verdadero y Todopoderoso que creó los cielos y la tierra. Además, debemos buscar ayuda en Dios porque Él es fiel. Dado que nuestro Dios está lleno de misericordia, debemos hacer de Él nuestra fuente de ayuda.

Es bueno y hermoso alabar a nuestro Dios.

[Salmo 147]

En el Salmo 147:1, el salmista confiesa: «¡Alabad al Señor! Porque es bueno cantar alabanzas a nuestro Dios; porque es agradable y apropiado alabarlo». ¿Por qué dice que alabar a Dios es bueno, hermoso y apropiado? ¿Cuál es la razón? La razón es que el Señor edifica Jerusalén. Observemos el versículo 2: «El Señor edifica Jerusalén; Él reúne a los desterrados de Israel». Aquí, la afirmación de que el Señor edifica Jerusalén significa que Él está edificando al pueblo de Dios; es decir, está edificando la iglesia. ¿Por qué el Señor edifica la iglesia? Porque Él ama a la iglesia y se deleita en ella. Veamos los versículos 10 y 11 del pasaje de hoy: «Él no se deleita en la fuerza del caballo; no se complace en las piernas del hombre. El Señor se complace en aquellos que le temen, en aquellos que esperan en su misericordia». La verdadera iglesia es una congregación de aquellos que temen a Dios y esperan en su amor misericordioso. Puesto que el Señor está edificando tal iglesia, debemos alabar a Dios.

Entonces, ¿cómo edifica exactamente el Señor la iglesia? Podemos encontrar la respuesta en el pasaje de hoy a través de cinco puntos.

En primer lugar, el Señor edifica la iglesia reuniendo a los dispersos y sanando a los quebrantados de corazón. Consideremos el Salmo 147:2-3: «El Señor edifica Jerusalén; Él reúne a los desterrados de Israel. Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas». Comprender el contexto de este salmo ayuda a aclarar el significado de que Dios reúna a los dispersos y sane a los quebrantados. Este salmo fue compuesto durante la

época de Esdras y Nehemías, un tiempo en que el pueblo regresó del cautiverio para reconstruir los muros de Jerusalén, el Templo y su patria (Park Yun-sun). Por tanto, la declaración de que Dios reúne a los dispersos y sana a los quebrantados significa que Él hace regresar al pueblo de Israel del cautiverio y lo restaura. Esta no es una tarea difícil para Dios. En efecto, el salmista describe al Señor como Aquel que cuenta el número de las estrellas y a todas ellas llama por su nombre (v. 4); un Dios grande, poderoso en fuerza e infinito en sabiduría (v. 5). Es un Dios de tal grandeza y poder que reunir al pueblo disperso de Israel no le supone ninguna dificultad. Al edificar su iglesia, el Señor reúne a los que están dispersos. Además, no se limita a reunir a los dispersos; al establecer su iglesia, sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas (v. 3). El pueblo de Israel fue llevado cautivo a Babilonia como disciplina divina por sus transgresiones; sin embargo, cuando se arrepintieron y se volvieron a Él, Dios los reunió nuevamente en Jerusalén y sanó y vendó sus corazones quebrantados y sus heridas. Por ello, el profeta Oseas exhortó al pueblo de Israel de aquel tiempo: «Venid y volvamos al SEÑOR; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará» (Oseas 6:1). ¿Qué opinas? ¿Vemos —y experimentamos— al Señor reuniendo a los dispersos y sanando a los quebrantados mientras cumple su promesa de edificar su iglesia, el cuerpo de Cristo, conforme a Mateo 16:18? Si respondes «sí», entonces, como quienes han gustado de la bondad de Dios, debes alabarlo. Tal alabanza a Dios es buena y hermosa.

En segundo lugar, el Señor edifica la iglesia sosteniendo a los humildes.

Observa el Salmo 147:6: «El SEÑOR sostiene a los humildes, pero humilla a los impíos hasta la tierra». El pueblo de Israel fue humillado mediante la disciplina de Dios. Tras haber sido corregidos por Dios a través de Babilonia, se humillaron ante Él. Entonces, Dios sostuvo al pueblo de Israel que había sido humillado de esta manera. Recuerdo los pasajes de Isaías 41:10 y 13, en los que medité una vez durante una reunión de oración matutina. Dios ha prometido sostener nuestra mano derecha con su diestra justa. Fiel a esa promesa, nuestro Señor ciertamente está aferrando nuestras manos débiles. Es sosteniendo a nuestra iglesia con su mano justa como Él la establece. Sin embargo, si la iglesia se vuelve arrogante ante

Dios, el Señor —en el proceso de edificar la iglesia— primero quebrantará nuestro orgullo y nos humillará. Esto se debe a que Dios otorga gracia a los humildes. Por tanto, nuestra iglesia debe humillarse ante Dios. Al hacerlo, debemos experimentar por fe que el Señor sostiene nuestras manos débiles. Cuando esto sucede, no podemos evitar alabar a Dios clamando: «¡Aleluya!». Tal alabanza a Dios es buena y hermosa.

En tercer lugar, el Señor edifica la iglesia proveyendo lo que necesitamos.

Observemos el Salmo 147:8-9: «Él cubre los cielos de nubes, prepara la lluvia para la tierra, hace brotar la hierba en los montes y da alimento a los animales salvajes y a las crías de los cuervos que claman». Si Dios, el Creador, provee para las criaturas que ha hecho, ¡cuánto más proveerá para nosotros, a quienes creó a su propia imagen! Al proveer lo necesario, Él es el Dios que envía lluvia sobre la tierra y alimenta a las fieras y a los polluelos de los cuervo. Así, el salmista declara: «...Él te sacia con lo mejor del trigo» (versículo 14). Dios es quien provee abundantemente para nuestra iglesia. Si bien nuestra experiencia de carencia ciertamente puede provenir del pecado, también puede surgir de no administrar sabiamente —con mentalidad de mayordomo— los abundantes recursos que Dios ha provisto. En el pasaje de hoy, el salmista nos enseña que no debemos preocuparnos por el alimento (Park Yun-sun). En el Sermón del Monte —específicamente en Mateo 6:30b-33— Jesús nos dice: «...¡Oh, hombres de poca fe! No se preocupen diciendo: "¿Qué comeremos?", "¿Qué beberemos?" o "¿Qué vestiremos?". Porque los gentiles buscan todas estas cosas, y su Padre celestial sabe que las necesitan. Pero busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas». Preocuparse por qué comer, beber o vestir no resuelve el problema; sin embargo, como nuestra fe es débil, a menudo nos inquietamos por nuestro sustento tal como lo hacen los incrédulos. Esto se aplica no solo a los individuos y a las familias, sino también a la iglesia como comunidad. El mensaje del salmista para hoy es que no debemos preocuparnos. Él nos asegura que, a medida que el Señor establece la iglesia —su cuerpo—, provee y satisface todas sus necesidades. Es bueno y hermoso alabar a Dios al experimentar esta verdad mediante la fe.

En cuarto lugar, el Señor protege a su iglesia.

Observemos el Salmo 147:13: «Porque fortaleció los cerrojos de tus puertas; bendijo a tus hijos dentro de ti». Este pasaje significa que Dios protege con seguridad la tierra de aquellos que confían en Él (Park Yun-sun). Al aplicarlo a la iglesia, vemos que el Señor —quien es la Cabeza de la iglesia— protege a salvo a los santos que confían en Él. Al meditar anteriormente en el Salmo 146:9, aprendimos que Dios es quien «protege al extranjero». Además, el Salmo 145:20 nos dice que Dios «guarda a todos los que le aman». Dios, que de este modo protege al extranjero y a todos los que le aman, ama y protege a la iglesia —la cual compró con la sangre de su Hijo unigénito, Jesús—. En consecuencia, la iglesia goza de «paz» gracias a la protección de Dios (147:14). Y una iglesia que disfruta de tal paz debe ofrecer alabanza a Dios. Esto es bueno y hermoso ante los ojos de Dios.

Por último, el quinto punto es que el Señor edifica la iglesia enviándole su Palabra.

Observemos el Salmo 147:18-19: «Envía su palabra y los derrite; hace soplar su viento y correr las aguas. Declara su palabra a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel». Dios es quien no solo nos envía su palabra, sino que también nos la revela. En otras palabras, el Señor nos habla —a la iglesia— y nos revela el significado de esa palabra. Así, en Mateo 16, Pedro pudo confesar: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16), en respuesta a la pregunta de Jesús: «¿Quién decís que soy yo?» (v. 15), gracias a la revelación de Dios (v. 17). Cuando se hace una verdadera confesión de fe mediante esta revelación de la palabra de Dios, la iglesia se edifica firmemente sobre la roca. El Señor está llevando a cabo activamente esta obra de establecer la iglesia —su cuerpo— con tal firmeza. Por tanto, es justo que alabemos a Dios; esto es bueno ante sus ojos. Es bueno, hermoso y apropiado para nosotros alabar a Dios (Salmo 147:1). La razón es que Dios nos ama y se deleita en nosotros, y así Él edifica nuestra iglesia (v. 2). ¿Cómo edifica el Señor la iglesia? Primero, Él edifica la iglesia congregando a los dispersos y sanando a los quebrantados de corazón (vv. 2–3). Segundo, Él edifica la iglesia sosteniendo a los humildes (v. 6). Tercero, Él edifica la

iglesia proveyendo para nuestras necesidades (vv. 8–9). Cuarto, Él protege a su iglesia (v. 13). Finalmente, Él edifica la iglesia enviándole su palabra (vv. 18–19). Por tanto, debemos alabar a Dios. A Dios… Ofrecer alabanza es bueno y hermoso.

¡Alabado sea Dios!

«¡Alabad al Señor! ¡Qué bueno es cantar alabanzas a nuestro Dios; qué agradable y apropiado es alabarlo!» (Salmo 147:1).

Durante la reunión de oración de esta mañana temprano, cantamos el himno 204, «Blessed Assurance» (título en coreano: «Jesús es mi Salvador»). Mientras cantaba el estribillo, la frase en inglés «This is my story…» (Esta es mi historia…) llamó mi atención y me hizo reflexionar. «Mi historia»: ¿cuál es el testimonio de mi vida a lo largo de los últimos cincuenta años? En particular, al acercarnos al 25.º aniversario de la Iglesia Presbiteriana Victory, reflexioné sobre la historia de la iglesia durante estos veinticinco años. Con la esperanza de que nuestro culto del 25.º aniversario sea un tiempo de gran alabanza al Señor —quien es fiel, lleno de gracia, misericordioso, compasivo, perdonador e incluso quien disciplina—, compartí el mensaje basado en el Salmo 147:1–3 durante la reunión de oración. Dado que el salmista describe la alabanza a Dios como algo bueno, agradable y apropiado, quisiera reflexionar sobre tres razones por las que esto es así y, posteriormente, considerar tres aspectos de la voluntad del Señor para nosotros al avanzar más allá de nuestro 25.º aniversario.

En primer lugar, alabar a Dios es bueno porque Él es un Dios que edifica.

Observemos el Salmo 147:2: «El Señor edifica a Jerusalén…». Desde finales del año pasado, nuestra iglesia ha estado meditando en el libro de Nehemías durante nuestros cultos dominicales. Al reflexionar sobre el libro de Nehemías, vemos que Dios utilizó a Nehemías y al pueblo de Israel para construir los muros de Jerusalén. Sin embargo, Nehemías

reconoció que esta reconstrucción no se logró únicamente mediante sus propios esfuerzos o los del pueblo, sino gracias a «la mano bondadosa de mi Dios sobre mí» (Nehemías 2:8, 18). Del mismo modo, nosotros, la familia de la Iglesia Presbiteriana Victory, debemos reconocer y confesar que nuestra iglesia está siendo edificada con la ayuda de Su mano bondadosa. Debemos experimentar el fiel cumplimiento de la promesa que se encuentra en Mateo 16:18, donde el Señor se comprometió a edificar Su iglesia, el cuerpo de Cristo. Por tanto, debemos experimentar la bondad de Dios y ofrecerle nuestra alabanza. Mediante dicha alabanza, y fortalecidos por la gracia de la bondad divina, debemos participar en la buena obra de edificación que Dios está llevando a cabo. Al edificar la iglesia, el Señor comienza derribando nuestras propias vidas —sacando a la luz nuestras imperfecciones— para que podamos ser verdaderamente edificados; en este proceso, estamos llamados a ejercer el ministerio de edificarnos unos a otros. Especialmente tras el servicio del 25.º aniversario, debemos unirnos en un mismo sentir para esta obra del Señor, cumpliendo fielmente nuestras respectivas responsabilidades de restaurar y edificar a las personas, las familias y la iglesia que están quebrantadas. No podemos edificar a nuestras familias sin antes edificarnos a nosotros mismos, ni podemos edificar la iglesia del Señor sin antes edificar a nuestras familias. En última instancia, tal como el Señor prometió en Mateo 16:18, es Él quien edifica la iglesia; al experimentar la bondad de Dios en este proceso, debemos ofrecerle nuestra alabanza. En segundo lugar, alabar a Dios es algo hermoso porque Él reúne a los dispersos.

Observemos el Salmo 147:2: «…Él reúne a los desterrados de Israel». La Biblia muestra ocasiones en las que Dios dispersó al pueblo de Israel cuando este no se arrepintió tras haber pecado. Por ejemplo, Deuteronomio 4:27–30 describe cómo Dios los dispersó entre las naciones como disciplina por sus pecados, dejando solo un pequeño remanente. Sin embargo, en medio de su sufrimiento y angustia, el pueblo de Israel clamó a Dios y tuvo un encuentro con Él. Finalmente, Dios los atrajo de nuevo hacia sí y los guio a obedecer su palabra. Este patrón de la obra de Dios continúa hoy en día. Cuando nosotros, la iglesia —el pueblo de Dios—, pecamos y no nos arrepentimos, Dios nos dispersa. Cuando Dios

dispersa a la iglesia a causa del pecado, solo queda un pequeño remanente. Sorprendentemente, no obstante, a menudo dejamos de orar a Dios incluso en medio de tal sufrimiento y dolor. Aun cuando la iglesia no logra ser luz para el mundo —y, por el contrario, oscurece la gloria de Dios, mancha su santo nombre y se convierte en objeto de burla para el mundo—, no clamamos a Él a pesar de nuestro propio dolor, heridas y sufrimiento. Como consecuencia, no logramos encontrarnos con Dios; no regresamos a Él ni prestamos atención a su palabra. ¿Cuál es, entonces, nuestra responsabilidad? Debemos participar en la obra del Señor de congregar a su pueblo disperso. Demasiados cristianos andan errantes, habiendo abandonado la iglesia y quedado dispersos, cualesquiera que sean las heridas que sufrieron en su seno. Dios, que desea reunirlos de nuevo, también quiere usarnos a nosotros. Por tanto, reconociendo la belleza de la providencia divina en el dispersar y el congregar, debemos dedicarnos de todo corazón y con alegría a la tarea de reunir al pueblo disperso de Dios. Además, al contemplar la belleza de Dios, debemos ofrecerle nuestra alabanza.

Por último, la tercera razón por la que es apropiado alabar a Dios es que Él es quien sana y venda las heridas.

Consideremos el Salmo 147:3: «Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas». Al observar aquí el ministerio sanador de Dios, vemos que primero sana a los quebrantados de corazón, es decir, al ser interior destrozado. Solo entonces parece sanar las heridas externas. ¡Qué perfecta es esta manera en que Dios obra la sanidad! Sin embargo, aún más notable es la verdad de que nuestro Padre celestial es el verdadero «Sanador Herido» (un concepto célebremente articulado por Henri Nouwen). Es el Señor —quien aún en el cielo lleva las heridas de la cruz— quien sana y venda nuestras propias heridas. No obstante, a menudo rechazamos el toque de Dios, el Sanador Herido que busca sanarnos y vendar nuestras heridas. En tiempos de Oseas, el pueblo de Israel al menos decía al Dios que hiere y venda: «Venid y volvamos» (Oseas 6:1); en cambio, nosotros a menudo huimos cada vez más lejos de Dios. Una razón para ello parece ser la creencia de que Dios es quien nos

infligió las heridas. Por supuesto, puede que no siempre lo digamos en voz alta. A menudo vemos en nosotros un reflejo de Jonás: apartándonos de Dios con resentimiento y queriendo dejarlo atrás porque cuestionamos por qué un Dios amoroso permite que suframos dolor y heridas. Sin embargo, pasamos por alto una verdad crucial. Si bien Dios Padre —el Sanador Herido— permaneció presente mientras su Hijo unigénito, Jesús, era herido por los pecadores, la realidad asombrosa es que Él no se limita a observar cuando *nosotros* somos heridos. Dios desea sanar y vendar nuestras heridas. Por tanto, al experimentar Su obra perfecta de sanidad y restauración, es justo que le ofrezcamos nuestra alabanza.

Debemos ofrecer gran alabanza al gran Señor por Su abundante gracia (Salmo 145:3, 7). Alabar a nuestro gran Dios es bueno, hermoso y justo, pues Él es quien nos afirma, reúne a los dispersos y sana y venda nuestros corazones quebrantados y heridos. Tras ofrecer alabanza y adoración a Dios, debemos participar en estas tres obras del Señor: afirmarnos, reunir a los dispersos, y sanar y vendar nuestras heridas. Al hacerlo, debemos llevar a cabo fielmente la obra que es buena, hermosa y justa ante Sus ojos.

Es bueno alabar a nuestro Dios.

«¡Aleluya! Porque es bueno cantar alabanzas a nuestro Dios; porque es agradable y apropiado alabarlo» (Salmo 147:1).

El miércoles a las 6:00 p. m., oficié un servicio de cierre del féretro. Hace aproximadamente un año y medio, en este mismo lugar y ante el mismo púlpito, había oficiado el servicio de cierre del féretro de mi querido tercer tío, quien también era pastor. Tras el servicio, mientras observaba a los asistentes ofrecer sus condolencias a la familia afligida, me quedé sumido en mis pensamientos. Al presenciar los abrazos entre lágrimas de la familia y los presentes, medité en las palabras de Eclesiastés 7:2: «…porque ese es el fin de todos los hombres; y los vivos lo tomarán en serio». Consciente de que nosotros también debemos enfrentar la muerte algún día, me tomé un tiempo para reflexionar profundamente como uno de los vivos. Una vez que la familia terminó de saludar a los asistentes, nos reunimos por última vez para orar ante el féretro del difunto. Aún se escuchaba el llanto de los niños. Mi corazón sentía un profundo dolor. Fue un momento que reafirmó, una vez más, que Jesús es la única esperanza en esta tierra.

Dado que la reunión de oración del miércoles estaba programada justo después del servicio de cierre del féretro, regresé a la iglesia en lugar de compartir una comida con la familia afligida. Mientras alababa a Dios, canté el himno «Te amo, mi Jesús». Lo canté porque quería confesar mi amor a Jesús; profesar mi amor a través del canto al Señor, quien es mi verdadera esperanza, gozo y vida. En medio de esto, al comenzar a proclamar la Palabra de Dios basada en el Salmo 147, me detuve en el primer versículo: «¡Aleluya! Porque es bueno cantar alabanzas a nuestro Dios; porque es agradable y apropiado alabarlo». Aunque había

preparado el sermón completo —meditando en el pasaje hasta el último versículo (el versículo 20)—, terminé deteniéndome únicamente en el versículo 1. Hallé una gracia tan profunda en ese solo versículo que llenó mi alma de una sensación de abundancia. En consecuencia, centré mi meditación en el versículo 1, explorándolo desde tres perspectivas diferentes.

En primer lugar, alabar a nuestro Dios es bueno.

Nuestro Dios es bueno. Los creyentes que han gustado y visto que el Señor es bueno (Salmo 34:8) no pueden evitar alabarlo. En particular, aquellos que han experimentado la buena obra de Dios —mediante la cual «todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28)— se sienten impulsados a alabar su bondad. Por eso cantamos alabanzas al «Dios Bueno». Incluso al presenciar el dolor que causa la muerte de un ser querido, podemos alabar la bondad de Dios gracias al Señor, quien es nuestra esperanza. Lo hacemos porque confiamos en que, dentro de su providencia soberana, Dios revelará su bondad incluso a través de estos sucesos. Creemos con certeza que el Dios bueno transformará nuestro dolor en alegría. Por tanto, hoy también alabo la bondad de Dios. En segundo lugar, alabar a nuestro Dios es hermoso.

Un día, al regresar a casa tras asistir a un funeral, mi esposa comentó: «He sido testigo de la gloria del hombre». Al oírla decir esto —y contrastarlo con aquella ocasión en que presenció la gloria de Dios en el funeral de mi tercer tío, el difunto reverendo Kim Chang-hyuk—, sentí que sus palabras encerraban una gran verdad. Cuando alguien vive y muere para la gloria de Dios, esa muerte es verdaderamente hermosa en el Señor. Al contemplar la gloria de Dios a través del servicio funerario de una muerte tan hermosa, no podemos sino alabar al Señor por su majestad y grandeza (Himno 40). Cuando vemos la belleza de Dios a través de una muerte hermosa, nos sentimos impulsados a alabarlo. Nuestro Dios es hermoso. Los creyentes que contemplan esa belleza divina con los ojos del espíritu alaban a Dios. Viene a mi mente el Salmo 27:4: «Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: habitar en la casa

del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor e inquirir en su templo». Deseo alabar a Dios por siempre en su casa mientras contemplo su hermosura.

En tercer lugar, alabar a nuestro Dios es algo apropiado.

Nuestro Dios es digno de recibir alabanza. Los creyentes que experimentan su bondad y hermosura le alaban de forma natural. Por dolorosas o difíciles que sean nuestras circunstancias, quienes creen en el Dios bueno y hermoso le alabarán. La razón es que los creyentes saben que es apropiado alabar a Dios, independientemente de las circunstancias que enfrenten. Esto fue lo que sucedió con Pablo y Silas en el capítulo 16 de Hechos; aun estando encarcelados, oraban a Dios y le cantaban alabanzas (versículo 25). La alabanza no se deja influir por las circunstancias; más bien, las trasciende para llegar a Dios. Por tanto, solo podemos ofrecer alabanza a Dios mediante la fe. Le alabamos por fe porque reconocemos que es correcto y apropiado hacerlo.

Aún recuerdo cuando visitaba a mi abuelo mientras sufría de cáncer. Él pasaba de estar acostado a sentarse en la cama y me pedía que cantara el himno número 82. Recuerdo haber cantado estas palabras: (Estrofa 1) «Señor, eres mi gozo, mi esperanza y mi vida; aunque te alabe día y noche, siempre anhelo alabarte más». (Estrofa 4) «Jesús, a quien verdaderamente atesoro: ¡qué bienvenida es tu voz!; solo tú eres mi vida y mi verdadera esperanza». Alabo a Jesús, quien es mi gozo, mi vida y mi verdadera esperanza. Deseo alabar la grandeza y la majestad del Señor hasta mi último aliento. Deseo alabar el amor inmenso de Dios hasta el momento de mi muerte. La razón es que alabarle es bueno, hermoso y apropiado.

¡Todo lo que hay en el cielo y en la tierra, alabad a Dios!

[Salmo 148]

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, al centrarnos en el Salmo 147, aprendimos que, dado que el Señor está edificando Su iglesia —que es Su cuerpo—, es bueno, hermoso y apropiado que alabemos a Dios (v. 1). Al establecer la iglesia verdadera —compuesta por santos que temen a Dios y esperan en Su misericordia—, el Señor la edifica: (1) reuniendo a los dispersos y sanando a los quebrantados de corazón; (2) sosteniendo a los humildes; (3) proveyendo lo que necesitamos; (4) protegiéndonos; y (5) enviándonos y revelándonos Su Palabra. Por tanto, debemos ofrecer alabanza a Dios; aprendimos que esto es bueno, hermoso y apropiado.

Al observar hoy los versículos 1 y 7 del Salmo 148, la Escritura dice: «¡Alabad a Jehová desde los cielos…!» (v. 1) y «…¡alabad a Jehová desde la tierra!» (v. 2). El salmista declara que todo lo que hay en el cielo y en la tierra debe alabar a Dios. Aquí, «todo lo que hay en el cielo» (vv. 1–6) se refiere a «todos sus ángeles» y a «todas sus huestes» (v. 2). En otras palabras, el salmista dice que todos los ángeles del cielo deben alabar a Dios. Más allá de los ángeles, el salmista afirma que no solo el «sol y la luna» y las «estrellas resplandecientes» deben alabar a Dios (v. 3), sino que también los «cielos de los cielos» y las «aguas que están sobre los cielos» deben alabarlo (v. 4). Aquí, los «cielos de los cielos» se refieren a la esfera celestial más elevada, y las «aguas que están sobre los cielos» se refieren al agua contenida en las nubes (Park Yun-sun). En resumen, el salmista exhorta a todo lo que hay en los cielos —ya sea en el ámbito celestial mismo o en el firmamento donde flotan las nubes— a alabar

a Dios. Podemos imaginar fácilmente a los ángeles en el cielo alabando a Dios. Por supuesto, los ángeles mencionados aquí no son los ángeles caídos: Satanás y sus huestes. Aunque ellos también deberían alabar a Dios, se oponen a Él y nunca lo harán. Las expresiones «todos sus ángeles» y «todos sus ejércitos», mencionadas en el versículo 2, se refieren a ángeles sin pecado que alaban a Dios. Cuando imagino a estos ángeles sin pecado totalmente absortos en la alabanza a Dios, y considero que el día en que Jesús regrese nosotros también seremos como ellos —revestidos de cuerpos espirituales gloriosos y libres de pecado— y ofreceremos alabanza al Dios santo, me lleno de una gran expectación. Oro por la llegada de ese día, la anhelo y la aguardo. Sin embargo, nos resulta difícil imaginar cómo el sol, la luna y las estrellas resplandecientes —junto con los cielos más altos y las aguas situadas sobre ellos (el agua de las nubes)— pueden alabar a Dios. Si bien es cierto que, como creaciones de Dios, deberían alabar a su Creador, no resulta evidente de inmediato cómo tales elementos pueden ofrecer alabanza realmente. No obstante, al reflexionar sobre el comentario del Dr. Park Yun-sun, comprendí que el mero hecho de que el sol, la luna y las estrellas existan tal como son constituye una alabanza al Dios Creador que los hizo. Por supuesto, esto difiere de la alabanza vocal que solemos imaginar. Mientras que generalmente alabamos a Dios abriendo la boca y usando nuestra voz —a menudo acompañados por pianos y otros instrumentos—, los cuerpos celestes como el sol, la luna y las estrellas no pueden alabarlo de la misma manera que nosotros. Sin embargo, a diferencia de nosotros, los seres humanos racionales, ellos ciertamente alaban a Dios. Vista desde esta perspectiva, la idea de que el sol, la luna y las estrellas alaben a Dios resulta más fácil de comprender. El punto crucial no es tanto *cómo* alaban, sino más bien que todo lo que hay en los cielos debe alabar a Dios. ¿Por qué sucede esto? ¿Cuál es la razón? Observemos los versículos 5 y 6 del pasaje de hoy: «Alaben el nombre del Señor, porque a su mandato fueron creados. Él los estableció para siempre jamás; les dio un decreto que no pasará». La razón por la que todo en los cielos debe alabar a Dios es que Él los creó a todos mediante su mandato. En otras palabras, puesto que Dios habló y creó todas las entidades celestiales —ángeles, el sol, la luna, las estrellas y más— y las estableció eternamente en sus respectivos lugares, tienen el deber de alabarlo. El salmista declara que no solo todo lo

que está en los cielos debe alabar a Dios, sino que todo lo que está en la tierra también debe hacerlo (versículos 7–14). Exhorta a toda la creación a alabar a Dios: «monstruos marinos y todos los abismos» (versículo 7); «fuego y granizo, nieve y vapor» y «vientos tempestuosos» (versículo 8); «montes y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros» (versículo 9); y «animales salvajes y todo ganado, reptiles y aves que vuelan» (versículo 10). Exhorta a «reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra» (v. 11), así como a «jóvenes y doncellas, ancianos y niños» (v. 12), a alabar a Dios. Este pasaje llama a todas las criaturas de la tierra —tanto a los seres humanos como a los elementos del mundo natural— a alabar a Dios. Así como el sol, la luna y las estrellas en los cielos alaban a Dios simplemente por existir en su estado de creación, lo mismo se aplica a todos los elementos naturales de la tierra. Su propia existencia —creada bajo la soberanía de Dios y situada en esta tierra— manifiesta la grandeza del poder del Creador y, por tanto, constituye una alabanza a Dios (Park Yun-sun). Además, el hecho de que el salmista inste a todas las personas de la tierra a alabar a Dios implica una reprensión: si incluso los objetos inanimados alaban a Dios a su manera, ¿cuánto más deberíamos nosotros, los humanos, alabarlo? (Park Yun-sun). Por eso llama a todos a alabar a Dios. Ya sean creyentes que confían en Jesús o incrédulos que no lo hacen, todos deben alabar a Dios (Park Yun-sun). En particular, el salmista llama al pueblo escogido de Dios —los «santos» que están cerca de Él— a alabar a Dios (v. 14). ¿Cuál es la razón de esto? Es porque «Él ha exaltado el poder de su pueblo» (v. 14). En otras palabras, puesto que Dios ha salvado a todos los santos, es justo que ellos le alaben. Somos santos que han sido salvados por Dios. Somos el pueblo de Dios y sus hijos, y disfrutamos de una relación cercana con Él. Somos el pueblo de Dios, habiéndonos convertido en nuevas criaturas en Cristo Jesús. Por tanto, como hijos de Dios que hemos recibido la salvación, es propio que alabemos al Dios de nuestra salvación.

El salmista nos exhorta: «Alaben el nombre del Señor, porque solo su nombre es excelso; su gloria está por encima de la tierra y de los cielos» (v. 13). Todas las cosas en el cielo y en la tierra deben alabar el nombre de Dios. ¿Por qué? Porque solo el nombre de Dios es excelso,

y su gloria sobrepasa todo lo demás en el cielo y en la tierra. Alabemos todos la excelsa grandeza del Señor (Himno 40).

Dios, quien embellece a los humildes con la salvación

[Salmo 149]

¿Cómo ve usted la vida? Yo creo que «la vida es hermosa». Por eso, allá por diciembre de 2007, escribí las siguientes palabras bajo el título «La vida es hermosa»:

«La vida es hermosa; la vida es hermosa incluso en medio del sufrimiento.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque hay lágrimas de oración.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque existe la familia, una comunidad de amor.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque hay restauración y transformación.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque podemos ver la imagen de Jesús en nuestro interior.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque experimentamos la presencia de Dios.
La vida es hermosa; la vida es hermosa porque se revela la gloria de Dios».

Recordé estas palabras gracias al versículo del Salmo 149:4: «Porque el Señor se complace en su pueblo; Él embellece a los humildes con la salvación». El salmista declara que Dios embellecerá a los humildes con la salvación. Si bien la traducción coreana podría parecer estar en tiempo presente, las versiones en inglés indican un acontecimiento futuro: que Dios *embellecerá* a los humildes con la salvación. En otras palabras, este versículo es escatológico; apunta a la salvación que llegará a los santos en los tiempos finales. Respecto a esta salvación que nos aguarda en los tiempos finales, Dios finalmente otorgará la victoria a sus santos (versículos 6–9; Park Yun-sun). Esta victoria es la «gloria» que Dios concede a sus santos (versículo 9). ¿Cómo nos otorga, entonces, Dios esta gloria y victoria a nosotros,

sus santos? Por favor, observemos desde el versículo 6 hasta la primera mitad del versículo 9 del pasaje de hoy: «Que las alabanzas exaltadas a Dios estén en sus bocas y una espada de doble filo en sus manos, para infligir venganza sobre las naciones y castigo sobre los pueblos, para atar a sus reyes con grillos y a sus nobles con cadenas de hierro, para ejecutar la sentencia escrita contra ellos…». Dios nos capacita para ofrecerle alabanzas exaltadas de honor y gloria con nuestra boca, y pone la Palabra de Dios —una espada de doble filo— en nuestras manos; Mediante esto, Él nos concede la victoria al ejecutar venganza y juicio sobre las naciones. Sin embargo, no debemos interpretar este pasaje únicamente como una profecía que ha de cumplirse en los tiempos finales. La razón es que esta hermosa obra futura de salvación divina —aunque aún no se haya realizado plenamente— ya se está cumpliendo en parte en la vida de nosotros, los creyentes, hoy en día. En otras palabras, si bien es cierto que Dios adornará con salvación a los humildes —los santos que sufren en esta tierra— en el momento de la Segunda Venida de Jesús, ya nos está embelleciendo ahora mismo al librarnos de las adversidades y el sufrimiento que enfrentamos en nuestras vidas. Dicho de otro modo, ya estamos experimentando —al menos en parte— la plenitud de esa salvación futura que nos adornará, incluso mientras vivimos nuestra vida en esta tierra hoy. Esto se debe a que Jesús consumó la obra de salvación mediante su muerte en la cruz y su resurrección hace unos 2000 años. Ya hemos recibido la salvación. Al estar unidos a Jesús en su muerte en la cruz y en su resurrección, todos nuestros pecados han sido perdonados y hemos sido declarados justos gracias a su resurrección. Por tanto, podemos afirmar lo siguiente: Dios ya nos ha embellecido al unirnos a la muerte y resurrección de Jesús en la cruz. ¿Por qué nos embellece Dios con tal gracia salvadora? Porque Dios, quien nos creó (versículo 2), se deleita en nosotros, sus santos (versículo 4).

Mientras vivimos en esta tierra y experimentamos —al menos en parte— esta gracia que nos embellece a través de la obra salvadora de Dios, ¿cómo debemos responder a ella en nuestras vidas? En otras palabras, Dios ya nos ha embellecido mediante la salvación y volverá a hacerlo en el futuro; entonces, ¿cómo debemos vivir —nosotros, los santos que habitamos en la tensión entre este «ya» y el «todavía no»— una vida que sea hermosa ante

los ojos de Dios? En resumen, debemos ofrecer alabanza a Dios. Debemos cantar y alabar con gozo y alegría (v. 5) al Dios que se deleita en nosotros y nos embellece mediante la salvación. Debemos alabar al Dios que otorga gloria a sus santos (vv. 5, 9). Observemos los versículos 1, 2, 3 y 5: «¡Aleluya! Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad su alabanza en la congregación de los santos» (v. 1); «Alégrese Israel en su Hacedor; regocíjense los hijos de Sion en su Rey» (v. 2); «Alaben su nombre con danza; cántenle salmos con pandero y arpa» (v. 3); «Regocíjense los santos en gloria y canten con júbilo desde sus lechos» (v. 5). Al reflexionar sobre la gracia con la que Dios ya nos ha embellecido mediante la salvación en Jesucristo, debemos ofrecerle alabanza con gratitud y un corazón alegre. Además, al experimentar la gracia salvadora de Dios —que nos libra y nos otorga la victoria en medio del dolor y la adversidad de la batalla espiritual en nuestra vida cotidiana—, debemos alabarlo con un cántico nuevo. Más aún, al aguardar la gloriosa salvación que Dios nos concederá cuando Jesús regrese —esa salvación que nos embellecerá—, debemos ofrecer alabanza a Dios con fe. Debemos alabar a Dios hasta nuestro último aliento. Alabar a Dios es algo hermoso.

Hacia febrero de 2008 —unos dos meses después de haber escrito un texto titulado «La vida es hermosa» en diciembre de 2007—, escribí otro titulado «Hasta la muerte es hermosa»:

«Hasta la muerte es hermosa; aun en medio del dolor, la muerte es hermosa.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque hay lágrimas de amor.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque, en una separación momentánea, reside una esperanza viva de un reencuentro eterno.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque se vivió una vida hermosa.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque se contempla la belleza de Jesús.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque alabamos juntos la grandeza y la majestad del Señor.
Hasta la muerte es hermosa; es hermosa porque se revela la gran gloria de Dios».

Dios, por favor, hazme hermosa.

«Porque el Señor se complace en su pueblo; adornará a los humildes con la salvación» (Salmo 149:4).

En la mañana de Año Nuevo —un momento en el que debería haber estado dando la bienvenida a un nuevo comienzo lleno de esperanza— me desperté temprano con el corazón apesadumbrado. Aunque físicamente estaba agotada, mi espíritu se sentía aún más fatigado; inquieta e insegura sobre qué hacer, daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Entonces, mi hijo mayor, Dylan, me dijo que había cerca de cien hormigas en el bote de basura del baño de los niños. Salté de la cama, tomé un insecticida y fui a comprobarlo, solo para encontrar apenas unas diez hormigas. Apliqué el producto, metí la basura en una bolsa y la tiré. Después de lavar el bote y devolverlo a su sitio, me acosté de nuevo, pero el sueño no llegaba; los pensamientos seguían inundando mi mente. En medio de esos pensamientos, sentí un fuerte deseo de visitar a *Kwon-sa-nim* (una diaconisa mayor) de mi iglesia, quien se encontraba en un hogar de ancianos. Siempre que mi corazón estaba agobiado y cargado, visitar a esta querida diaconisa —sentarme ante ella y cantar «Mi alma ha hallado descanso» (Himno 495)— lograba aliviar el peso de mi corazón entre lágrimas y me permitía experimentar cómo la fortaleza del Señor me renovaba; así que animé a mi cuerpo cansado y me dirigí al hogar de ancianos. Al llegar y entrar en su habitación, me quedé impactada al verla con una máscara de oxígeno y los labios muy hinchados. Preocupada al ver su delicado estado de salud, le pregunté a la cuidadora filipina —que ya estaba atendiendo a otra anciana en la habitación— sobre su condición; ella dijo no saberlo y sugirió que le preguntara a la enfermera encargada. Mientras contemplaba a esta querida *Gwonsa-nim* (diaconisa mayor), que había soportado tantas

adversidades —y que ahora ya no conservaba recuerdos debido a su demencia—, me puse a reflexionar sobre los recuerdos compartidos desde que Dios la trajo a nuestra iglesia y a mi vida. Vinieron a mi mente dos cosas específicas que ella me había dicho durante mis visitas: «La Iglesia Presbiteriana Seungri es *nuestra* iglesia» y «He sufrido tanto». Recordar el profundo amor que ella sentía por la Iglesia Presbiteriana Seungri —un amor que perdura hasta el día de hoy— me inspiró a amar aún más a la iglesia. También pensé en mis propios abuelos fallecidos; recordé cómo ellos también amaban entrañablemente a la Iglesia Presbiteriana Seungri y me dejaron —a mí, su nieto y pastor— un encargo final semejante a una última voluntad: "Protege a la Iglesia Presbiteriana Seungri". Además, recordar sus palabras —"He sufrido tanto"— me llevó a decidir dedicarme más plenamente al servicio de la iglesia. En medio de estas reflexiones, recordé el Salmo 149:4, un pasaje en el que había meditado durante el culto de oración de la madrugada de aquel miércoles. Oré en silencio en mi corazón: "Dios, por favor, hazme hermoso". Mientras elevaba esta oración —pidiendo a Dios que quitara la pesadez de mi corazón y me hiciera hermoso—, seguía contemplando a esta querida *Gwonsa-nim*, quien ya no conservaba recuerdos del pasado debido a su demencia. Querida *Gwonsa-nim* (Diaconisa mayor) Park, a quien Dios ama tan profundamente: hallé consuelo en el hecho de que Dios te recuerda —y de que recuerda incluso a una persona débil como yo—, aunque tú ya no tengas recuerdos propios. Mientras estaba allí, escuché a una cuidadora en la habitación —que alimentaba a la anciana coreana en silla de ruedas— decir en coreano: "Abuela, escúpelo, escúpelo". Al oír esas palabras, reflexioné sobre lo que *yo* necesitaba escupir de mi propio corazón. Más tarde supe por la enfermera encargada que los labios de la *Gwonsa-nim* Park estaban hinchados porque vomitaba con frecuencia los nutrientes que recibía a través de su sonda gástrica; esto despertó en mí el deseo de escupir y purgar de mi corazón cualquier pensamiento que pudiera llevarme a la tentación. Oré fervientemente a Dios, pidiéndole que me ayudara a desechar todos esos pensamientos pecaminosos, a preservarme de la tentación, a librarme y a hacerme hermoso ante sus ojos. En medio de esto, vino a mi mente el Salmo 147:11: que Dios se complace en quienes le temen y en quienes esperan en su amor misericordioso. Anhelaba el amor misericordioso de Dios. Abrí mi corazón ante Dios,

expresando mi anhelo de desear aún más Su amor y misericordia en el nuevo año, y de vivir amando a mis hermanos y hermanas con ese mismo amor. Oré para que el año venidero fuera un año de amor y perdón.

Tras visitar a la querida *Gwonsa-nim* Park, subí a mi automóvil y puse un CD; comenzó a sonar la letra de la canción góspel «Esperando otro fruto». La frase «ser precioso» fue lo primero que captó mi atención. Me dirigí a la Iglesia Presbiteriana Victory, reconfortado por la verdad de cuán precioso soy a los ojos de Dios. Y ahora, en este primer día del año nuevo, me encuentro en el despacho pastoral de la Iglesia Presbiteriana Victory —un lugar amado por el Señor y donde Él dio la promesa: «Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18)—, meditando en la Palabra de Dios y plasmando por escrito estos pensamientos. En este nuevo año, cuando te sientas fatigado y al borde del colapso, o te encuentres solo y con el corazón apesadumbrado, ruego que recuerdes las promesas de Dios y halles «consuelo en [tu] aflicción» (Salmo 119:49-50). La Palabra del Señor nos dará vida a todos. El Señor nos llenará de esperanza. Oro para que nos regocijemos en esa esperanza y nos preparemos con mayor fidelidad para el regreso del Señor. El día que Él vuelva, nos hará a todos radiantes y hermosos.

«Que todo lo que respira alabe al Señor»

[Salmo 150]

Hoy, por fin he llegado a meditar en el Salmo 150, el último de todos los salmos. Han pasado cuatro años y nueve días desde que comencé a meditar en el Salmo 1, aquel miércoles 21 de septiembre de 2005; hoy —30 de septiembre de 2009— es el día en que medito sobre el Salmo 150. Hace unas tres o cuatro semanas, mientras oraba durante el culto de oración de la madrugada del sábado, pensé que —si fuera la voluntad del Señor— algún día podría publicar estas meditaciones como libro; por ello, durante este último periodo he estado revisando el material, comenzando desde el Salmo 1. Personalmente, expreso mi profunda gratitud a Dios. Agradezco que, a lo largo de estos cuatro años de meditación en los Salmos, Él me haya permitido —casi sin darme cuenta— llegar a parecerme a los salmistas, aunque sea en pequeña medida. Estoy especialmente agradecido por la gracia que Dios me ha mostrado al ayudarme a emular las oraciones de los salmistas. Como reflejo de esa emulación, durante mi tiempo de oración personal tras impartir el mensaje en el culto de madrugada de ayer, alabé la bondad de Dios. Él me llevó a cantar el himno «Good, Good Father» (o «God is So Good») y «No cambiaré al Señor por nada», permitiéndome alabar a Dios por quien Él es verdaderamente. Al igual que hicieron los salmistas, y tal como Pablo y Silas ofrecieron oraciones y alabanzas a Dios mientras estaban en prisión —según se relata en Hechos 16—, yo también encuentro gozo y deleite en el tiempo que dedico a ofrecer oración y alabanza a Dios. Asimismo, deseo expresar mi gratitud a todos ustedes. Ciertamente, no debió ser fácil escuchar la Palabra de Dios, desde el Salmo 1 hasta el 150, a lo largo de estos cuatro años a través de un siervo indigno como yo; les agradezco a todos por haber recorrido fielmente el camino de los Salmos hasta el final.

Hoy deseo reflexionar sobre el Salmo 150, el salmo final. Como el último de los salmos de «Aleluya» —una serie que abarca desde el Salmo 146 hasta el 150—, el Salmo 150 representa el «clímax del Aleluya» (Park Yun-sun). En el versículo final, el versículo 6, el salmista alcanza esta cima de alabanza al declarar: «Que todo lo que respira alabe al Señor. ¡Aleluya!». Centrándome en este versículo y en el tema «Que todo lo que respira alabe al Señor», quisiera reflexionar sobre cuatro aspectos de la alabanza (basándome en el comentario del pastor MacArthur).

El primer punto a considerar es la pregunta: ¿Dónde deben alabar a Dios aquellos que tienen aliento?

Observemos el Salmo 150:1: «¡Aleluya! Alabad a Dios en su santuario; alabadle en su poderoso firmamento». El salmista nos instruye a alabar a Dios «en su santuario» y «en su poderoso firmamento». ¿Qué significa esto? Aquí, «su santuario» se refiere al Templo de Jerusalén, mientras que «su poderoso firmamento» se refiere a los cielos; es decir, al ámbito celestial. En resumen, este pasaje significa que todos los que tienen aliento deben alabar a Dios tanto en la tierra como en el cielo (148:1, 7; MacArthur). En pocas palabras, debemos alabar a Dios movilizando todo lugar concebible digno de alabanza (Park Yun-sun). Debemos alabar a Dios en todas partes. Hemos de alabarle no solo mientras vivimos en esta tierra, sino también eternamente en el cielo.

El segundo punto a considerar es la pregunta: ¿Por qué deben alabar a Dios aquellos que tienen aliento?

¿Por qué exhorta el salmista a todo aquel que tiene aliento a alabar al Señor? ¿Cuál es la razón? Hay dos motivos:

(1) La razón por la que todo aquel que tiene aliento debe alabar al Señor son los actos poderosos de Dios.

Observemos la primera parte del Salmo 150:2: «Alabadle por sus actos poderosos...». ¿Cuáles son los actos poderosos de Dios? Por ejemplo, el hecho de que Dios nos sustenta, nos guía y nos protege: todos estos son sus actos poderosos. En particular, al hablar de los actos poderosos de Dios, no podemos pasar por alto su poder salvador. Debemos alabar a Dios por sus obras poderosas porque hemos experimentado, estamos experimentando y seguiremos experimentando el poder que Él demostró —como cuando libró a los israelitas de Egipto y los condujo a la Tierra Prometida de Canaán, manifestando su poder tanto en el desierto como en la tierra de Canaán.

(2) La razón por la que todo ser que respira debe alabar al SEÑOR es su grandeza insuperable.

Observemos la segunda parte del Salmo 150:2: «...alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza». Nuestro Dios es un Dios de grandeza insuperable. Debemos ofrecer alabanza a este Dios supremamente grande. En particular, cuando reflexionamos sobre la gracia de la salvación —mediante la cual este Dios supremamente grande amó con inmenso amor a personas insignificantes como tú y como yo, y nos salvó por su poderío— nos sentimos impulsados a alabarlo. Debemos alabar a Dios por sus obras poderosas y por su grandeza.

El tercer punto a considerar es la pregunta: ¿Cómo deben alabar a Dios aquellos que tienen aliento?

Observemos el Salmo 150:3–5: «¡Alabadle a son de bocina; alabadle con salterio y arpa! ¡Alabadle con pandero y danza; alabadle con cuerdas y flautas! ¡Alabadle con címbalos resonantes; alabadle con címbalos de júbilo!». El salmista nos exhorta a alabar a Dios utilizando trompetas, salterios, arpas, panderos, instrumentos de cuerda, flautas y címbalos. ¿Qué significa esto? En resumen, significa que debemos emplear todos los instrumentos musicales disponibles para alabar a Dios (Park Yun-sun).

El cuarto y último punto que deseamos considerar es la pregunta: ¿Quién debe alabar a Dios?

Observemos el Salmo 150:6: «Que todo lo que respira alabe al Señor. ¡Aleluya!». En resumen, este versículo hace un llamado a la movilización total de todos aquellos que pueden cantar alabanzas para adorar a Dios (Park Yun-sun). Debemos alabar a Dios movilizando todo lugar de adoración y todo instrumento musical, pero, sobre todo, movilizando a toda persona capaz de cantar alabanzas. Todo en el cielo y en la tierra debe alabar a Dios. No solo los ángeles en el cielo, sino toda criatura viviente sobre la tierra que tenga aliento debe alabar a Dios.

En este momento, pongámonos todos de pie y ofrezcamos alabanza a Dios cantando «Alaba, alma mía» (Da gracias, alma mía; regocíjate, alma mía).

Conclusión

La persona bienaventurada medita en la palabra de Dios día y noche. Su deleite reside en escuchar la palabra llena de gracia del Señor por la mañana; por ello, aguarda con anhelo la palabra del Señor y acude a ella con prontitud. Obediente a esa palabra, camina por la senda de los justos, temblando ante la idea del pecado y absteniéndose de cometerlo. Al atesorar la palabra en su corazón, evita el pecado y mantiene pura su conducta. Triunfa en las batallas espirituales mediante la palabra de Dios, haciéndola suya. En efecto, la persona bienaventurada es aquella que pone en práctica la palabra de Dios.

En medio de cualquier persecución o adversidad, la persona bienaventurada confía únicamente en el Señor, poniendo su mirada solo en Él en lugar de depender de las personas. En situaciones aterradoras donde nadie más puede ofrecer ayuda, fija serenamente su mirada en Dios. Le confía sus cargas y clama al Dios de salvación que la libra. Eleva oraciones urgentes, suplicando: "Oh Dios, ayúdame pronto". Declarando: "Soy un hombre de oración", presenta humildemente sus deseos ante el Señor y se consagra a la oración, afirmando: "Despertaré al alba". Lo hace porque siempre ha puesto su esperanza en el Señor y cree que Él escucha y responde a sus oraciones. En consecuencia, decide: "Oraré todos los días de mi vida". Al comprender el gran amor de Dios mediante la certeza de que sus oraciones son escuchadas —y al reconocer al Dios que otorga gracia abundante incluso en medio de un gran pecado—, la persona bienaventurada dedica su vida a la oración.

La persona bienaventurada da gracias al Señor con todo su corazón. Agradece al Señor, quien no rechaza la oración nacida del anhelo de su corazón, sino que humildemente le concede su petición, lo libra y le otorga la gracia de la salvación. También da gracias al Señor, quien levanta su cabeza y lo recompensa conforme a su justicia. Agradece al Señor por otorgarle fuerza y poder. La razón de su profunda gratitud hacia el Señor es el amor eterno

de este. Sabe que los pensamientos del Señor hacia él son innumerables. Da gracias al Señor porque Él transforma incluso el sufrimiento en un beneficio, le permite experimentar Su fortaleza en medio de la debilidad y sostiene su alma. La persona bienaventurada que da gracias al Señor de esta manera no olvida, ni *puede* olvidar, todos los beneficios que Dios le ha otorgado. Por ello, hace esta confesión ante el Señor: «Oh Señor, fortaleza mía, te amo».

La persona bienaventurada halla su mayor gozo en Dios. Para ella, Dios es el «Dios de su supremo deleite». Habita en la presencia de Dios, en comunión con este Dios de supremo deleite. Se siente satisfecha solo con el Señor y se regocija en Él, quien la enaltece por encima de todo. Da gracias por el amor eterno e inmutable del Señor: por el Dios que tiene innumerables pensamientos hacia ella, que se deleita en su prosperidad, que afirma su camino, que la fortalece y que la guía hasta el día de su muerte. Así, alaba a Dios con un corazón lleno de gratitud. Se consagra a dar gracias a Dios con todo su corazón y a alabar al Señor para siempre. La persona bienaventurada alaba a Dios mientras tenga aliento.